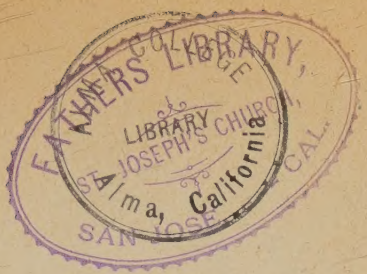
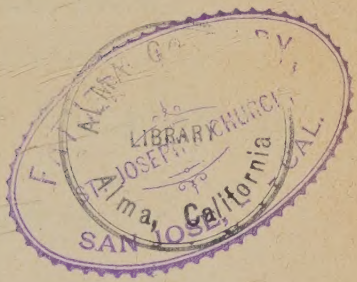
FATHERS OF THE HOLY CROSS
ALMA COLLEGE
LIBRARY
Alma, California


FATHERS LIBRARY,
COLLEGE
LIBRARY
ST. JOSEPH'S CHURCH,
Alma, California
SAN JOSE, CAL.


LIBRARY
ST. JOSEPH'S CHURCH,
Alma, California
SAN JOSE, CAL.

FATHERS' COLLEGE
LIBRARY
ST. JOSEPH'S
Alma, California
SAN JOSE

COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

—

TOMO XLIV.

---

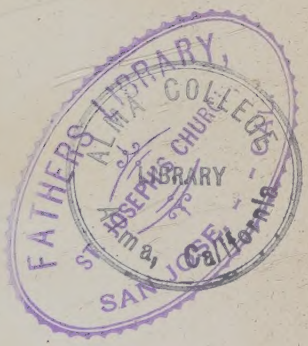
# TESORO

DE

# ESCRITORES MÍSTICOS ESPAÑOLES.

Lent to Fr Cunningham
by Fr Culligan S.J.
Pastor of St Joseph
Oct. 6, 1918

PARIS.—EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, cerca del Odeon.


FATHERS' LIBRARY
ALMA COLLEGE
ST. JOSEPH'S CHURCH
LIBRARY
SAN JOSE, Cal.

FREY LUIS DE LEON.

# TESORO

DE

# ESCRITORES MÍSTICOS

## ESPAÑOLES

publicado bajo la direccion

DE

**DON EUGENIO DE OCHOA,**

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO TERCERO.

---

**OBRAS ESCOGIDAS**

DE

**FRAY DIEGO DE ESTELLA. — FRAY LUIS DE LEON.**
**FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE. — EL PADRE JUAN EUSEBIO NIEREMBERG.**
**POESIAS ESPIRITUALES.**

---

Alma, California

247.08
Oc 3
Alma, California

PARIS.

BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA,

3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,

CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

1847

44730

# OBRAS ESCOGIDAS

DE VARIOS

# AUTORES MÍSTICOS

## ESPAÑOLES

A SABER:

FRAY DIEGO DE ESTELLA: De la Vanidad del Mundo; Meditaciones.
FRAY LUIS DE LEON: La Perfecta casada; Poesias.
FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE: Tratado de la Magdalena; Sermon de Origenes.
EL PADRE JUAN EUSEBIO NIEREMBERG: Diferencia entre lo temporal y eterno.
POESIAS ESPIRITUALES de varios autores.

**HECHO BAJO LA DIRECCION**

DE

**DON EUGENIO DE OCHOA,**

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

PARIS.
BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA,
3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,
CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

1847

FRAY

# DIEGO DE ESTELLA.[1]

## PRIMERA PARTE

DEL LIBRO

## DE LA VANIDAD DEL MUNDO.

### CAPITULO I.

**Cómo para gozar de Dios conviene despreciar las vanidades del mundo.**

«Ninguno puede servir á dos señores;» dice Cristo nuestro Redentor. Suave es la divina consolacion, y esta no es para todos, sino para los que desprecian las vanidades del mundo. No es posible gustar de Dios y amar desordenadamente las cosas desta vida. Todos quieren gozar de la suave conversacion del Señor, pero muy pocos son los que quieren perder sus intereses y menospreciar de corazon los bienes terrenales. Desean recibir la interior consolacion del alma, y juntamente satisfacer á sus apetitos. Si quieres seguir á Cristo, conviene negar á tí mismo. Despídete del mundo, para gozar de Dios. De los Samaritanos, que eran una gente perdida, dice la Escritura que temian á Dios, y juntamente con esto tenian ídolos que adoraban. No puedes temer á Dios con amor filial y verdadero y adorar el vicio que amas. Por amor desto mandó Jacob á los suyos quitar los ídolos, para orar y sacrificar á Dios. Contrarios son Jesucristo y el demonio; ninguna cosa tienen comun, ni pueden morar juntos. Quita primero el amor del mundo si quieres que venga Dios á tu alma. No podrás gustar de Dios hasta que los bienes deste mundo y sus deleites tengas por amargos y desabridos. Cuando las

Matth., 6.

Luc., 9.

4. Reg.

Gen., 35.

(1) Nació en Estella, en 1524: tomó el hábito en el convento de frailes menores de la regular observancia de Salamanca; fué predicador, consultor y teólogo del rey Felipe II y confesor del cardenal Granvela. Además de varias obras en latin, escribió en castellano las siguientes: 1ª *De la vanidad del mundo*, — 2ª El tratado de las cien *Meditaciones del amor de Dios*, — 3ª *La vida y excelencias de san Juan Evangelista*. — El estilo de este ascético escritor no brilla por la pompa ni por la elegancia, sino por la pureza y correccion. Tal vez peca de monótono, defecto comun de nuestros autores místicos; mas, como quiera, es entre ellos uno de los mas justamente apreciados, no solo por su erudicion y alta doctrina, sino tambien por la excelencia de su lenguaje.

Murió en Salamanca el dia 1º de agosto de 1578.

cosas deste siglo tuvieres por acedas, entonces está tu ánima dispuesta para recibir la interior consolacion de Jesucristo. Como es imposible mirar con un ojo al cielo, y con el otro á la tierra, así no cabe en razon, ni se compadece, que teniendo las afecciones en los bienes terrenales, quieras gozar de las espirituales consolaciones. Si quieres gozar de Dios, forzoso es que seas privado de todo género de mundana y sensual consolacion. Si quieres gozar del sol, vuelve las espaldas á la sombra. Vuelve las espaldas al mundo despreciando estas sombras y vanidades suyas, y gozarás del Sol de justicia Jesucristo. Nadie goza de la consolacion espiritual sino el que vuelve las espaldas á la terrena. Vil es la consolacion humana, pues impide á la divina. No busques á Dios entre los vergeles, y florestas de los deleites, y pasatiempos del mundo, pues le halló Moisen entre las espinas de la penitencia y aspereza de la vida. Porque los mundanos le buscan en los regalos, nunca merecen hallarle. Aborrece de corazon toda mundana delectacion, y serás de parte de Dios recreado. Desarraiga el amor del mundo de tu alma, para que dé lugar que el divino amor haga presa en ella. No permitió Dios que su santa arca y el ídolo Dagon tuviesen un altar: y aunque porfiaron los Filisteos, jamas pudieron hacer que estuviesen juntos. No quiere Dios que esté en pié el ídolo del vicio que adoras, donde está su divina Persona. No consiente que él y el mundo sean juntamente adorados. Por tanto si á Dios quieres amar, cumple que desames la gloria de este siglo. Nunca apareció Dios á Moisen estando en Egipto, ni tú esperes gozar dél viviendo entre las tinieblas del mundo. Renuncia el palacio de Faraon menospreciando las honras y vanidades en que vives, porque en el desierto de la vida solitaria hallarás como otro Moisen el amparo de Dios y espiritual consolacion. En tanto que se hallare en tí la harina de Egipto, no gustarás del maná del cielo. Acábese primero en tí todo amor mundano, y gozarás del amor divino. Tienes el estómago lleno de malos humores, y por eso no recibes el delicado y sustancial manjar del cielo. Menosprecia de corazon todas las cosas que deleitan debajo del cielo, y podrás levantar tu ánimo sobre el cielo, y recebir parte de los gozos del cielo. Aquella pobre viuda por mandado del profeta Eliseo echaba aceite en los vasos vacíos que sus hijos le ofrecian, y faltando los vasos cesó el aceite, que Dios milagrosamente habia multiplicado. Si quieres que Dios derrame en tu corazon su divina gracia, conviene que se le ofrezcas vacío de amor mundano. Aparejada está la divina largueza, para comunicarte sus dones, y los da á quien le ofrece el corazon desocupado de todo lo que es mundo, y sabe á mundo. Y si cesa esta celestial consolacion, es porque cesas tú de darle vaso vacío, en que ese divino licor se derrame. Cuando cesó el aceite, no fué por culpa del magnífico dador, sino por falta de vasos vacíos. Creeme, que si Dios no te da las gracias que dió á sus grandes amigos, que no es porque no es agora tan magnífico como entonces, sino porque no dispones tu voluntad como aquellos santos la disponian y daban á Dios. Entrégate todo á él, que-

Mal., 4.

Exod., 3.

1. Reg., 5.

Exod., 2.

Exod., 10.

4. Reg., 4.

brando de todo con el mundo, y verás lo mucho que del Señor recibes. Pocos son los que perfectamente renuncian al mundo y á sí mismos. Muchos quieren tener dos respetos, y entregándose á Dios reservan los cumplimientos que tienen con el mundo. No te sea grave apartarte de los amigos y parientes, pues no sirven, sino de impedir el camino del cielo. No revela Dios al alma sus íntimos secretos delante de testigos, ni quiere conversar con el bullicioso, que en muchos negocios se ocupa. Ninguno es amado del mundo sino el que es desechado de Cristo, y ninguno es querido de Cristo sino aquel que el mundo desprecia. David recibió al siervo egipcio á quien su amo habia desechado. Así recibe Dios á los que el mundo desecha. Presto oyen la voz de Dios los que no tienen en este mundo cosas que los deleitan. No puedes perfetamente amar á Dios si no desprecias á tí mismo, y al mundo, por Dios. En esto verás si amas á Dios, echando la cuenta con el amor que tienes al mundo. Cuanto á Dios mas amares, tanto estimarás en menos las cosas de la tierra. No quiere el Señor nuestro corazon partido ni dividido, sino entero. Por no perder un bien tan verdadero, ten en poco estos falsos bienes : y alcanzarás la perfecta consolacion del espíritu.

2. Reg., 30.

## CAPITULO II.

### De la paz del corazon.

« Mi paz os doy, y mi paz os dejo, » dice el Señor. En tanto que al mundo sirvieres, siempre vivirás en contienda. El amor de las cosas terrenales es liga de las penas espirituales. Los amadores del mundo viven en continuo tormento. Rueda es el mundo, que siempre da vueltas, y volviendo mata á sus amadores. Los mundanos nunca alcanzarán la paz del corazon. Ama á Dios, y ternás vida. Niega á tí mismo, y conseguirás la verdadera paz. ¿Quién alcanza la verdadera paz? El que es humilde y manso de corazon. Limpia tu corazon de toda malicia, y ternás la buena paz. Apártate de las cosas que te distraen, porque no hallarás en ellas holganza si no vuelves á tu corazon, y buscares á Dios, y le amares sobre todas las cosas. No hay buena paz sino en Dios y en el hombre virtuoso, que hace todas las cosas por Dios, á quien ama. Está en silencio, y sufre un poco por amor de Dios, y él te librará de toda carga y inquietud. La buena conciencia da confianza para con Dios en la tribulacion y en la muerte; pero la mala conciencia siempre anda con temor, y tiene consigo contienda. El airado presto cae de un mal en otro. El sufrido y manso de enemigo hace amigo : y halla á Dios propicio, por la piedad que tiene con el que peca. El que desea tener paz debe morar en Sion, donde está la pacífica Jerusalen. Si tuvieres á Dios contigo, ternás la paz que cantaba Simeon haber alcanzado, cuando

Joan., 14.

Psal., 75.

Luc., 2.

tenia á Jesucristo en sus brazos. Él solo da la paz, la cual, segun él mismo dice, no puede dar el mundo. Deprende á vencerte en todas las cosas, y el Señor te dará esta paz interior. Corta tus desordenados apetitos, quita de tí los vanos deseos, lanza fuera la codicia de este mundo, y vivirás pacífico y contento. Ninguno te podrá turbar, ninguna cosa te dará pena, gozarás de la suavidad del espíritu, y ternás paraiso encima de la tierra. « Ninguna cosa puede acontecer al justo, dice el Sabio, que le dé turbacion. » Tus propias pasiones son las que te hacen la guerra, y teniendo los enemigos dentro en casa quéjaste de los de fuera. Grande, Señor, es quien manda á sí mismo. Este es el grande señorío de nuestra voluntad, que tiene mayor poder que los reyes y emperadores del mundo, los cuales no pueden hacer amigos de sus enemigos, como nuestra voluntad queriendo puede tener por amigos los que primero eran sus enemigos. La causa porque te dan pena las injurias, adversidades, ó otras cualesquier tribulaciones, es porque las aborreces. Pregonaste guerra contra estos trabajos, y porque los tienes por enemigos te dan molestia. En tu mano está amarlos, y así lo que agora te da pena te dará despues consolacion. San Andres con la cruz holgaba, y aquel glorioso Padre san Francisco á las enfermedades las llamaba hermanas, y por eso aquellos y los otros santos se deleitaban en las tribulaciones que te dan enojo, porque amaban ellos lo que tú aborreces. Ama lo que aquellos santos amaron, pues está en tu mano, y alcanzarás la consolacion que ellos tenian en sus trabajos. Si padeciendo persecucion recibes pena, no te quejes de quien te persigue, mas antes te debes quejar de tí mismo, pues teniendo libertad para amar la persecucion, no quieres. Enmolda tu alma en Jesucristo, sé amigo de su cruz y pasion, entrégate de todo á él, y ama lo que él amó, y verás cuanta dulzura y suavidad hallarás en las cosas que agora tienes por desabridas. Entra dentro de tí mismo, y mete á cuchillo todas tus pasiones y deseos de mundo, y nunca ternás queja de nadie. Y si algun agravio tienes, vuelve contra tí, y véngate de esos tus enemigos de dentro, que son los que te desconsuelan, y no te quejes de los de fuera, pues ningun perjuicio te pueden hacer, si tú no quieres. Como la polilla nacida en el paño destruye al mismo paño, y el gusano roe el madero donde se crió, así esos agravios que tanto roen tu corazon, de la propia concupiscencia nacen, en tí se criaron, y te cortan la vida, y como víboras rompen las entrañas de la madre donde fueron engendrados. ¡O cuan pacífico vivirias si fueses verdaderamente mortificado, y dejases estas cosas de fuera! En tanto que anduvieres distraido por las cosas de este siglo, no ternás reposo en tu corazon. Entonces andará tu vida concertada, cuando morares contigo mismo. El que está en todo lugar no está en parte alguna. Los peregrinos tienen muchas posadas, y ningunas amistades. Si te quitares de las ocupaciones exteriores, gozarás de la buena paz. ¿Qué aprovecharan todos los negocios temporales, cuando viniere Dios á examinar tu conciencia? ¿Quieres ser quieto de dentro? no te derrames de fuera. No curas del reino de Dios, que está dentro de

Joan., 14.

Prov., 12.

Luc., 17.

tí, cuando te diviertes á estas vanidades de fuera. Tanto estas cosas serán á nosotros menos molestas, cuanto mas trabajaremos de ser dentro de nosotros mas pacíficos. No mora el Espíritu Santo sino en el corazon pacífico, segun aquello que está escrito en el psalmo : « En la paz tiene su lugar. » Acusa al pecador el gusano de su mala conciencia, pero el que tiene conciencia segura gozará de la paz verdadera del corazon. Vuelve á las cosas interiores, y entra en el secreto de tu corazon, porque si en lo interior no hay paz, no te irá bien por mas que la busques en las criaturas. Si tuvieres paz contigo no te hará daño la malicia ajena. Verdadera es la sentencia que dice que ninguno es ofendido, sino de sí mismo. El mayor enemigo que tienes eres tú mismo. El sabio no recibe injuria, aunque otro se la quiera hacer. Todo tu bien consiste en la virtud del ánimo, la cual no empece quien quita la libertad, honras, ó riquezas. Las persecuciones no solo no dañan, mas antes dan materia de merecimiento. Pues la gloria del cristiano es la cruz de Jesucristo, abrázate con la cruz del Señor, y ninguno te podrá turbar ni dar pena; antes alcanzarás dél verdadero reposo del espíritu, y vivirás pacífico y contento.

Psal., 75.

Galat., 6.

## CAPITULO III.

### Cómo la vanidad del mundo se descubre con la vida de Cristo.

« Sed imitadores de Jesucristo, como hijos muy amados, » dice el Apóstol. Todo tu estudio sea conformar tu vida con la del Salvador. Aunque no hubiera otra razon para condenar las vanidades del mundo, sino la vida de Jesucristo, y el ejemplo que nos dió, solo esto bastaba para confusion de aquellos que tienen nombre de cristianos. Mas sabiduría y ciencia hallará en la vida de Cristo el simple idiota para vencer las vanidades deste siglo, y conocer sus engaños, de lo que el sutil disputador podrá hallar en la consideracion de la máquina universal del mundo. La vida y pasion de Cristo somos enseñados á imitar, pero contemplar todo el rostro del mundo sin alabanza y gloria de Dios vanidad es y locura. Vergüenza es vivir en deleites y regalos, viendo á nuestro capitan Joab en grandes afrentas y peligros. No hay soldado que viendo morir á su capitan no se ponga á peligro de muerte, olvidado de la vida y de sus placeres. Si tú buscas la honra viendo á tu capitan general deshonrado, grande señal es que no eres de su bandera. Preciándote de cristiano, mucho te debes correr y afrentar, hallando en tí algun amor de las vanidades que buscan los infieles. Todos dicen ser cristianos, pero muy pocos son los que imitan la vida de Jesucristo. Son conformes en el nombre, y muy contrarios en las costumbres. Si como con regla se midiesen las vidas de muchos con la vida del Redentor, muy á la clara conocerian todo lo torcido de

Ephes., 5.

2. Reg., 11.

sus corazones, pues quitándolos de aquella rectitud en que Dios los puso, los inclinaron al amor de las cosas que él quiso fuesen despreciadas. ¿Quién sabe mas, Dios ó el mundo? Pues si crees que Dios sabe mas, mira que escoge pobreza y abatimiento, y solo esto baste para conocer cuan perdida es tu vida. Si en la cera donde el sello figuró torres, castillos, ciudades y campos, tocare el rayo del sol, luego será toda derretida, y deshechas aquellas figuras. De esta manera aunque en tu corazon estén figuradas estas riquezas, honras y vanidades del mundo, si fueses tocado con el rayo de aquel Sol de justicia Jesucristo, y mirases su vida, presto desharias de tu alma esas locuras y vanidades. Así se deshicieron las imágenes que el mundo pintó en el corazon de la Magdalena, y en solo tocar este divino rayo en el corazon de san Mateo publicano, y de Zaqueo, se deshicieron las imágenes del mundo, al cual despreciando siguieron la vida de Cristo. En tu mano está sacar ese tu corazon á este sol, pues á todos alumbra, y á ninguno se niega. Ama lo que Jesucristo amó, y ten en poco lo que él despreció, si quieres acertar. Desviado andas del verdadero camino del cielo, si desordenadamente buscas honras y riquezas en este suelo. Si el mundo fuera bueno, y sus honras y riquezas fueran provechosas, no las mandará despreciar el Redentor á sus amados discípulos. En el menosprecio de sí mismo, y aspereza de vida, te enseñó el Señor la poca cuenta que debes tener con las cosas de la tierra. Aquel duro pesebre en que fué reclinado el dia de su santo nacimiento condena los regalos deste mundo; aquel establo muestra cuan vanas son las honras y prosperidades de la vida presente, y aquellos viles paños en que la divina Majestad fué envuelta nos dan bien á entender que tales son las riquezas deste siglo. Procede por el discurso de su vida, y hallarás que el hijo de Dios hecho hombre siempre nos enseñó el menosprecio del mundo, así en la vida como en la muerte. Estando en la cruz, tanta fué su pobreza que si bajara della, como se lo persuadian los Fariseos, no tenia hilo de ropa con que cubrirse, porque ya los sayones habian jugado y repartido entre sí sus vestiduras. Si eres cristiano, y crees al Evangelio que esto dice, ¿porqué buscas honras y riquezas en esta vida? ¿Está tu Señor pobre y desnudo en una cruz, y tú vives en regalos? Desabridos son todos los misterios de la vida de Cristo, al que se convierte á las cosas exteriores y vanas. Un afecto vence á otro afecto, y el que gusta de las cosas espirituales fácilmente desprecia todas las cosas terrenales, por amor de Cristo. El hijo de Dios siendo rico se hizo pobre y despreciado por tí, ¿pues porqué tú que eres pobre y miserable buscas honras y riquezas en este mundo? Si aquel que crió todas las cosas no quiso ser rey cuando lo elegian, ni quiso tener cosa alguna en este mundo, ¿qué buscas tú en él? Y no solo con ejemplos de vida, pero tambien con palabras y doctrina, enseñó el Salvador el menosprecio del mundo y amor de la pobreza, como parece en muchos lugares del Evangelio. Predicando aquel gran sermon del monte, la primera cosa que alabó fué el desprecio de los bie-

Luc., 19.
Matth., 9.
Luc., 19.
Matth., 4.
Luc., 2.
Matth., 27.
1. Cor., 8.
Joan., 6.

nes de la tierra, y así comenzó diciendo: « Bienaventurados los pobres de espíritu, porque dellos es el reino de los cielos. » Y Jeremías en persona del Salvador dice: « Acuérdate de mi pobreza. » Confusion es tuya que gastes tú la vida en juntar riquezas, y hacer tesoros, viendo á Jesucristo tan pobre y alabando tanto la pobreza. Mucho debes temer no te diga este Señor lo que dijo á unos pecadores: « Vosotros sois deste mundo. » No vino el Hijo de Dios á te destruir, sino á demostrar el camino del cielo, y por asegurar tu salvacion. Si Cristo acertó, tú vas errado, y si él escogió bien, tú eliges mal: y si él con ignominia y pasion abrió las puertas de la gloria, sin falta ninguna, siendo tan amigo de honras y vanidades derechamente caminas al infierno. En grande peligro vives, grande riesgo corre tu salvacion, si no dejas el mal camino que llevas, y determinas muy de veras de seguir las pisadas de aquel que no pudo errar. Grande abuso que quiera un vil gusano de la tierra ser grande, haciéndose el Dios de la Majestad tan pequeño. Pues tú, ó ánima cristiana, si vieres á tu esposo Isaac andar por tierra, debes como otra Rebeca cubrirte con el manto, habiendo vergüenza de ver á Jesucristo en desprecio, y á tí en el alto camello de la honra y potencia de este mundo, y así desciende segun aquella hizo despreciando los altos estados y vanidades del siglo presente, conformándote con la vida del Redentor, porque gozes con él despues de las verdaderas riquezas y honra que para siempre dura.

Matth., 6.
Thren., 3.
Joan., 8.
Gen., 24.

## CAPITULO IV.

### De la vanidad que hay en las cosas del mundo.

« Vanidad de vanidades, y todo es vanidad, dice el Sabio. Vi todo lo que se hace debajo del sol, y todo era vanidad. » Con razon este mundo en la Escritura es llamado hipócrita, pues teniendo buena aparencia es de dentro lleno de corrupcion y vanidad. En estos bienes sensibles parece bueno, siendo, segun verdad, lleno de falsedad y mentira. No pongas en su amor fija el áncora de tu corazon. Las verdes cañas alegran la vista, y los ojos se deleitan en su frescura, y muestra de fuera. Pero si las quiebras, hallarás dentro ser huecas y vanas. No te engañe el mundo, ni se ceben tus ojos de esa verdura y hermosura que parece: porque cierto si quieres considerar lo que debajo está escondido, hallarás que es todo vanidad. Si el mundo con el cuchillo de la verdad fuese abierto, seria visto ser falso y vano. Porque cuanto hay en el mundo es pasado, presente, ó por venir. Lo pasado ya no es, lo que está por venir es incierto, y lo presente es instable y momentáneo. Vanidad es esperar en él, y vanidad muy grande hacer caso de sus favores. Vanidad es desear sus honras, y mayor vani-

Eccl., 1.

da l amar sus riquezas y deleites. Vanidad es querer sus bienes transitorios, y vanidad es por cierto tener cuenta con los corruptibles haberes de este siglo. Vanidad andar tras el viento de las alabanzas humanas. Vanos son los cuidados que se emplean en servir á este mundo infelice. Todo finalmente es vanidad, sino á solo Dios amar y servir. Breve y engañosa es toda la gloria de este mundo: y vanos son los que se gozan en las riquezas, honras y deleites de esta vida, despues de las cuales cosas se siguen perpetuos lloros. Dichosos aquellos que dejaron todas las cosas por Cristo, y caminaron por el camino estrecho del cielo. Vano es el vivir, vanos son los bienes mundanos: vana la hermosura, y todo contentamiento de esta vida. El vaso que está vacío, en tocándole suena quien es. Si con fe viva dieses un toque á todo el mundo visible, y á sus pasatiempos, muy presto oirás el sonido de su vanidad: pues tan breve y engañoso es. El santo rey David se llamó pobre y necesitado, no porque le faltasen honra ni riquezas, sino porque entendia que era todo vanidad, y que le faltaba su Dios. « Bienaventurado aquel que del mundo es olvidado. » Este tal vivirá consolado, no habrá quien lo quite de sus espirituales ejercicios: gozará de la suavidad y quietud del espíritu. Mas vale ser pobre que rico, mejor es ser pequeño que grande, y mejor ser idiota y humilde que letrado vano y soberbio. La ciencia y habilidades que Dios te dió para mas te obligar á le servir con mayor hervor y humildad, tomas por ocasion para ser mas relajado que los otros, y mas vano y arrogante. Cuanto mejor sea ser pequeño que grande, el dia último lo demostrará en aquel estrecho y riguroso juicio final donde los libros de nuestras conciencias serán abiertos y leidos delante de todo el mundo. Mas querremos haber amado á Dios, que haber disputado muy altas y subtiles cuestiones. Mas valdrá la limpia conciencia que haber predicado grandes y profundos sermones. No nos será preguntado por lo que dijimos, sino por lo que hicimos. Mas valdrá haber despreciado la vanidad del mundo, que seguir sus engañosos halagos y falsos prometimientos. Mejor te será en aquel dia haber hecho penitencia de tus pecados, que sirviendo á tus apetitos en tiempo tan breve ser despues lanzado en el fuego perdurable. Echa bien la cuenta, entra dentro de tí mismo, y mira cuanta parte diste al mundo, y cuan poco diste á Dios de esa vida que te dió, para que le sirvieses. ¿Qué fruto sacaste del tiempo que al mundo serviste? ¿Qué se han hecho tantos años pasados, tan sin provecho? El tiempo pasado no se puede recuperar. Pasan los dias de la vida sin los echar de ver: andando la muerte en el alcance. ¿Qué tienes de cuanto has hecho? En los amigos no hallaste amistad en aquellos á quien hiciste bien; hallaste ingratitud, y en los hombres muchos engaños y cumplimientos. Pues mira cómo has perdido cuanto has hecho. Ese poco conocimiento de los hombres, y todas las cosas de que te quejas te están diciendo que á solo Dios debes amar y servir. Permite el Señor para tu provecho que halles desagradecimiento en el mundo, porque te vuelvas á solo él. Pierdes todos tus trabajos si no los empleas en solo servir á Jesucristo. Solo el tiempo que gastas en servir á Dios es el tiempo apro-

Psal., 69.

Dan., 7.
Apoc., 20.

vechado : porque todo lo demás es muy grande vanidad y perdicion. Si muy bien consideras la ingratitud de los hombres, y que gastaste lo mejor de tu vida en los contentar, llorarás por el tiempo pasado, y procurarás de servir á tu Criador en el tiempo por venir. Pluguiese á Dios que la cuenta que lanzas al cabo de tu vida sin poder recuperar los años pasados, que la echases en tu mocedad : para que con tiempo comenzases á servir á Dios, y le dieses los buenos años de tu vida. Vanidad es, y muy grande, gastar la vida en contentar á los hombres. Regímonos por solo lo que de fuera parece, y presto perezco. Lo invisible, que es eterno, con pocas ocasiones lo olvidamos : y por eso es menester abrir los ojos para que nos paremos en el camino, haciendo del desierto propia tierra, para que cerrando los ojos que el pecado abrió abramos los ojos que el pecado cerró. Resigna tus apetitos, desnúdate de tus afectos, y ternás en nada lo que agora te parece alguna cosa.

## CAPITULO V.

### Del menosprecio del mundo.

«Todas las cosas tuve por estiércol por ganar á Jesucristo,» dice san Pablo. Viles son las cosas del mundo, y dignas de ser estimadas en nada, pues las compara el Apóstol al muladar y estiércol del mundo. ¡O suma perversidad y ceguedad terrible de los hijos de Adan! ¿Quién es Dios á quien dejas, sino fuente de bienes, centro de nuestra alma, verdadero descanso de nuestro corazon, y un acto puro de bondad? ¿Quién es el mundo á quien amamos sino cárcel de vivos, sepulcro de muertos, oficina de vicios, desprecio de virtudes, atormentador de la razon que nos lleva á Dios, enemigo de los presentes, olvido de los pasados, y escurecedor de los hechos claros? El mundo pasa, y toda su concupiscencia. Dime qué es lo que quieres : ¿amar estas cosas temporales y pasar con el tiempo, ó amar á Cristo y vivir para siempre? ¿Qué mucho dejar todas las cosas por el que es todas las cosas? Mejor es dejar estas cosas que ser dellas dejado. No es digno de Dios el que no menosprecia al mundo por Dios. Menosprecia las riquezas, y serás rico : menosprecia la honra, y serás honrado : menosprecia las injurias, y alcanzarás vitoria de tus enemigos : menosprecia el descanso, y poseerás perpetua holganza. Locura es tener cuenta con el mundo, que con nadie tiene cuenta : y no tener cuenta con Dios, que con todos tiene cuenta. El Señor dice : «Ninguno puede servir á dos señores.» Pues hemos de servir, mejor es servir al que por nosotros se hizo siervo. Para servir á Cristo menester es tener por estiércol todo lo que él quiso que fuese reputado por tal. Aquellos que comieron el pan de Jesucristo en el desierto, asentaronse en el suelo. No debian tener vestiduras preciosas, pues así las maltra-

Philip., 3.

1. Joan., 2.

Mal., 6.

Philip., 2.

Joan., 6.

taban. Era gente pobre y plebeya, y sin ellos hubo algunos ricos, despreciando la pompa y fausto mundano, humilmente se sentaron en el suelo. Has de ser pobre, ó si eres rico debes tener en poco esas riquezas que posees, si quieres gozar del delicado manjar de Jesucristo. Humíllense los grandes, menosprecien los deleites y vanidades en que viven, y asiéntense en el lugar postrero, si quieren ser de Dios apacentados. Para gozar de la dulce conversacion del Señor, requiérese esta modestia del ánimo, que es creer de tí que no eres digno de mas alto lugar que la tierra humilde. Aquella obediencia has de tener a voluntad de Dios, que si te mandare descender del trono real al polvo de la tierra liberalmente obedezcas. No sabe este suave manjar al estómago lleno de mundo, ni gustan del maná del cielo los que están hartos de los ajos y cebollas de Egipto. No es esta doctrina para toda gente. El amor que tienes á estos sueños y fantasías del mundo es causa de no gustar de Dios. Estos que siguieron al Salvador en el desierto tanto gustaban de su doctrina que se olvidaron del mantenimiento corporal. El entendimiento ocupado actualmente en una cosa no puede perfectamente por un mismo tiempo ocuparse en otra. Así el que ocupa su entendimiento en estas niñerías de la tierra no puede vacar á las cosas altas y celestiales, y de aquí procede el olvido de la vida espiritual y de la salud del alma, como vemos vivir á muchos como si fuesen moradores de la tierra, y no hubiesen de pasar á la otra vida. A estos reprehende el santo rey David, diciendo: « Hijos de los hombres, ¿ hasta cuando terneis corazones aplomados? ¿ porqué amais la vanidad y buscais la mentira? » Pasamos como una florecita de henos, y andamos camino que nunca tornaremos, y mídenos las jornadas un correo tan ligero que vuela mas de mil millones de leguas dentro de veinte y cuatro horas, y hácenos correr con tanta furia como esta tras el mal, y llévanos á poner en las manos de aquel juez terrible de quien está escrito: « Horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo. » Siendo esto así gastamos esta breve vida en ganar un poco de estiércol y un engaño manifiesto que nos dejará mañana. Sueño es fantástico y engañoso, y de celebros turbados, el que duermen los varones de las riquezas: y que cuando despertaren en la muerte se hallarán vacíos, y su arrepentimiento sin provecho. Júntaseles la verdadera y sempiterna muerte tras el sueño de esta vida, como á Sisara, que lo despertó Jael del sueño, que le causó el dulce beber de la leche, atravesando sus sienes con clavo pungitivo. Bebiendo los mundanos los deleites de este siglo son arrebatadamente punidos con muerte temporal y eterna, durmiendo en sus vanidades, y como Holofernes, que cuando despertó de la beodez se halló de cabeza en el infierno, que cierto era peor la escarapela que en el infierno pasaba con la cabeza de su ánima hinchiendo su porcion superior de perpetua miseria que la que pasaba en Betulia donde Judit mostraba la cabeza de su cuerpo á todo el pueblo. Viendo esto no ves, y oyendo no oyes, á seme-

Luc., 14.

Num., 11.

Psal., 4.

Hebr., 10.

Psal., 75.

Judic., 4.

Judith, 13.

janza de los ídolos de las vanidades en que andas, de quienes dice David en el psalmo: « Sean semejantes á ellos los que los hacen. »
Psal., 134.
¿Qué será cuando oyeres decir: Loco, esta noche quitarán esa ánima de tí; cuando aunque te pese hará Dios el divorcio de la carne y del mundo que tanto amas? ¿Qué será cuando oyeres aquel escarnio con que mofando Dios de los amadores
Luc., 12.
del mundo dice: ¿Donde están sus dioses de ellos, en quien tenian su confianza? Levántense agora, y ayúdenlos en esta necesidad. Es menester pensar qué angostura es la que damos,
Deut., 32.
y qué anchura la que en el cielo esperamos. Porque toda la tierra en comparacion del mundo y máquina universal es juzgada por un punto. De manera que si fingiésemos que la tierra estuviese en el cielo estrellado, y la tornase Dios clara como una de las otras estrellas, no se podria de acá abajo divisar por su pequeñez. Y si en respeto del firmamento es la tierra como un punto, ¿cuanto será menor puntillo respeto del cielo empireo? ¿Pues qué dejas menospreciando el mundo, aunque fueses señor dél, sino un angosto nido de hormigas, por los reales y anchos palacios del cielo? Si considerases las cosas que en el cielo se te prometen, asco ternias de todo lo que hay acá en la tierra. Moisés pudo ser
Exod., 2.
succesor del rey Faraon, y criado por hijo de su hija. Pero despreció aquellas honras y dignidad, como dice el Apóstol, por el oprobio de Jesucristo, el cual prefirió á los tesoros de Egipto. Por despreciar aquella honra, le hizo
Hebr., 11.
Exod., 7.
Dios como Dios de Faraon, á quien era terrible y temeroso. Si quieres ser á los pecadores en terror, á los reyes en reverencia, y que todo te sea sujeto, menosprecia las cosas de este siglo. Mandó Dios á Ezequiel que figurase en un adobe á Jerusalen, y
Ezec., 4.
á sus muros y torres, y al cerco de los Caldeos. Encima de un poco de lodo mandó debujar las fuerzas, ejércitos, y poderes del mundo, y todo lo que á los hombres parece grande, por demostrar que todo esto no es sino un poco de tierra. Las cosas grandes del mundo estan en un pequeño adobe esculpidas. Los adobes son de barro, y con el agua se deshacen: y los edificios hechos de ellos son de tierra
Exod., 1 et 5.
flaca. Estos edificios hacia el pueblo de Israel en Egipto estando cautivo por mandado de Faraon. Semejantes obras edifican los que sirven al mundo. Deja la tierra por el cielo. Si estuviese uno preso por graves y atroces delitos, y de manera que supiese que de ahí á una hora lo habian de ahorcar, y hacer cuartos, y viendo un agujero en la cárcel por donde podria huir, y salvar su vida, si este no quisiese huir hallando tan buena comodidad por no desnudarse el sayo, ó por no perder su jubon ó calzas, ¿no seria loco? Cualquier hombre de juicio
Matth., 7.
viéndose condenado á muerte, pudiendo escapar della pasando por un estrecho agujero, si el salir le impide la ropa se desnudará de cuanto tiene: y aunque sea dejando entre las piedras de la pared pedazos de sus carnes y cuero, saldrá por salvarse y vivir. Oye, hombre mundano, á Jesucristo, que dice: « Entrad por la puerta angosta, porque muy estrecho es el camino que lleva á la vida. » El camino es estrecho, y

andamos condenados á muerte, y no sabemos si mañana ejecutarán la sentencia : y no somos para huir de la muerte del infierno despreciando el mundo. ¡O cuantos hay que mas quieren su capa que su vida! Mas quieren ser ricos y ir condenados para siempre á la horca del infierno, que dejando estas riquezas temporales salvarse desnudos, y vivir para siempre con Cristo. Escápate de la muerte, y huye como pudieres. Huye del infierno, y no hagas caso de perder la capa, ni el sayo, ni cuanto posees, por librarte de la damnacion eterna, y gozar de vida perdurable. Muchos mas quieren vivir prelados, y ir al infierno, que ser súbditos, y salvarse : mas quieren ser ricos, y perderse, que pobres, y gozar de Dios en el cielo. Vanidad de vanidades. Esta es una grandísima vanidad. Vanísimo es, y muy loco, el preso, que por no perder una capa ó un sayo, habiendo luego de perder la vida, y las vestiduras, que ama, quiere mas ser muerto, y perderlo todo, que perdiendo sus vestidos salvar la vida. El mundo está lleno de este género de vanos. No quieren resignar beneficios, no quieren desechar prelacías, no quieren pagar lo que deben, no quieren renunciar los deleites, faustos y vanidades en que viven : y finalmente que mas quieren vestidos ir al infierno que desnudos entrar en la gloria. No lo hizo así el santo mozo José, pues mas quiso dejar la capa en las manos de la mala mujer, que perder á Dios, y ser de ella favorecido. Todo se ha de dejar y perder por salvar la vida del alma. Quita, hombre mundano, esos tus ojos de la tierra, y ponlos en Jesucristo crucificado, y verlehas que pasa de este mundo al Padre rasgado su sacratísimo cuerpo, y hecho un mar de sangre, herido todo de piés á cabeza : y que por esta estrechura y angostura pasó de esta vida mortal á la inmortal y gloriosa. Imitáronle sus amados Apóstoles, y de esta manera lo siguieron los santos mártires, desnudos, despedazados, echados á leones y á fieras, asados y degollados. Los santos confesores y vírgines despreciaron el mundo, escupieron en sus deleites, acocearon sus riquezas, y abominaron cuanto hay en este siglo, atormentaron su carne, y viviendo pobres, y en grande aspereza de vida, con lágrimas y gemidos alcanzaron el cielo. ¿Pues cómo quieres tú cargado de oficios y riquezas, regalando tu cuerpo, y viniendo en tantos deleites, entrar tan vestido y calzado por donde los santos entraron desnudos de todo amor mundano, haciendo pedazos sus carnes? Deja esas vanidades en que vives, menosprecia este mundo ciego y malaventurado, y pasa por la angostura de las piedras, como hace la culebra, dejando la piel vieja de tus malas costumbres juntamente con todas las honras y riquezas de este mundo cautivo. Mañana aunque no quieras lo has de dejar todo; despídete del mundo antes que te despida, gánale por la mano, despreciándole antes que te vuelva el rostro, y no seas ciego, que por tener lo que por fuerza has de dejar, y por ventura antes de lo que piensas, pierdas lo que agora amas, juntamente con la vida. Menospreciándole ternás aquí paraiso, y despues gozarás para siempre de perpetuo descanso en el cielo.

Gen., 39.

## CAPITULO VI.

### Del vano fin de las cosas mundanas.

« Muchos andan de quien decia á vosotros, y agora lo digo llorando, enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es perdicion: » decia el Apóstol. El fin de los que aman el mundo dice San Pablo que es muerte y perdimiento. Philip., 3. No eches mano de lo que el mundo te representa, porque luego se seguirá la verdad de sus engaños. Los contentamientos, que te muestra, correos son de la muerte. Huye de sus mentiras, si no quieres verte perdido. No mires lo presente, pero considera lo que está por venir. Sé diligente en correr con el pensamiento al remate del pecado, y teniendo lo futuro como presente aborrecerás los deleites y vanidades que el mundo te ofrece. Nuestras vidas son como rios, que corren al mar de la muerte. Las aguas de los rios son dulces, pero su fin es entrar en las amargas aguas del mar. 1. Reg., 14. Dulce es esta vida á sus amadores, mas será amarga cuando llegare á la muerte. El paradero de las sabrosas aguas de los rios es amargo, y el fin de la vida del hombre es acedia. Las vanidades, que aman los mundanos, sin falta ninguna vienen á rématarse en tristeza y pesares. Comienzan en bien, y acaban en mal. La entrada es alegre, y muy triste la salida. Si quieres pensar cuanto mas grande es el tormento que el deleite, de grado renunciarás semejantes vanidades. No te verás caido en la culpa, ni en la tristeza, que muerde tu conciencia. Breve es lo que deleita, y eterno lo que atormenta. No te cebes de las vanidades que el falso mundo te da: antes pon tus ojos en lo que ha de parar. Dios dice: « Convertiré vuestra fiesta en llanto, y vuestro gozo en lloro. Amos, 8. La risa será mezclada de dolor, y los extremos del gozo ocupan las lágrimas. » Prov., 14. Aquella estatua que hizo Nabucodonosor tenia la cabeza de oro, y los piés de barro. Dan., 3. Este mundo tiene los principios ricos y hermosos, que codician los mundanos. No ven que sus piés, que son sus fines y cosas postreras, son viles y de tierra. Piensa en el fin sin fin, y vivirás para siempre sin fin. No mires á lo que agora eres, sino á lo que has de ser. No mires á la hermosura presente, sino á la fealdad en que ha de parar toda esa hermosura. No te ocupes en lo presente, mas contempla lo que ha de suceder. Créeme, que todo tu mal depende en no te acordar del fin del pecado, cuando estás en los principios. Aun no has comenzado á probar sus bienes, cuando te está zaheriendo y dando en rostro con sus abominaciones. Lloraba, y con mucha razon, el profeta Jeremías sobre Jerusalen, diciendo: « Sus inmundicias están en sus piés, y no se acordó de su fin. » Thren., 1. En los piés, que era el último de los vicios, tenia sus inmundicias. El alma desatinada olvidóle del fin, y acordóse del principio. Teniendo ojos para ver la afeitada y compuesta

cabeza, no ocupó la vista en la consideracion de los fines del mundo. La causa porque nuestro Redentor lloró sobre Jerusalen era porque no conocia los males que habian de venir sobre ella. Tener cuenta con lo presente, y no se acordar de la tristeza en que pára la alegría mundana, es cosa mucho para llorar. Por eso llora Jesucristo porque la descuidada Jerusalen, engañada con la alegría presente, no tenia cuenta con los trabajos advenideros. Mucho es para llorar verte tan engañado que no curas de los tristes fines en que se han de rematar todos los deleites y contentamientos con que huelgas al presente. No te rijas por lo que se te antoja al principio, pero conoce lo que ha de suceder. No pueda en ti mas el apetito que la razon. Falso es todo parecer que se recibe primero de la voluntad que del entendimiento. Pues conoces cuan amargos son los fines del mundo, no hagas caso de sus bienes. No pueda mas la codicia que lo que entiendes. Comunmente los hombres tienen mas cuenta con lo pasado que con lo por venir. Tras el bien viene el mal, y á los mundanos contentamientos suceden amargos disgustos. Regla es del mundo no dar buena comida, sin dar despues mala cena. «Todo hombre pone al principio buen vino y á la postre el que no es tal,» dijo el arquitriclino, y muy bien, porque es costumbre del mundo comenzar con alegría, y concluir llorando. Pero en el convite donde Jesucristo se halla, hácele al reves, y guárdase el buen vino para la postre: porque á los principios da trabajos, y despues muy grandes consolaciones. Así Dios á su amado pueblo Israelítico dió al principio muchos trabajos en el desierto, y despues al fin le dió regalos y tierra fertil, como el mismo Dios se lo dijo: «Despues que te afligi, y te probé, en el fin hube de tí misericordia.» Lo mismo leemos haber hecho con Jacob en casa de Laban, y con su hijo José en Egipto, y con David, y otros muchos. El mundo hácelo al revés, encubriendo en el principio los males que despues descubren sus postrimerías. Cuando dijeren paz, seguridad, entonces vendrá súbita muerte sobre ellos. El fin da el ser á las cosas. Cual es el fin, tales son las cosas en que te deleitas. El fin de los deleites es tormento, el fin de los manjares son enfermedades, y el fin y el paradero de esta vida, que tanto amas, no es sino gusanos y ceniza. El fin y conclusion de todo pecado mortal será muy grave tormento.

Luc., 19.

Joan., 3.

Deut., 8.

Gen., 29.

Gen., 30.

2. Thes., 5.

## CAPITULO VII.

### De la consideracion del vano fin de las cosas mundanas.

«El hombre estando en honra, y no la entendiendo, fué comparado á las bestias insipientes, y hecho semejante á ellas,» dice el psalmista. Dándole Dios prudencia para mirar lo que está por venir, y los tristes fines de las vanidades de las cosas del

Psal., 48.

mundo, no quiso usar de este privilegio. Miró á la honra presente, y no á su amarga despedida. Detúvose en el deleite, que delante tenia, sin considerar la pena que despues se siguió, ni de la pena se acordó hasta que se vió dentro de ella. El Eclesiástico dice: «Yo dije de los hijos de los hombres que los probase Dios, y mostrase ser semejantes á las bestias.» Vistió Dios á Adan de pellejas de brutos animales despues del pecado, por mostrar haber descendido á tal estado, por la culpa. Ofende á Dios el pecador, y luego dice: No quisiera haber hecho este pecado. Pues conoces la malignidad del mundo, y que ese pesar es anejo á sus deleites, ¿porqué no vias eso antes que pecaras? Lo que hace el sabio al principio hace el loco á la postre. Del prudente es pensar, como del necio decir no pensaba. Todo lo que se hace acaso se hace temerariamente. Mira primero las cosas. De un ánima santa dice el Sabio: «Consideró el campo, y compróle. Primero consideró, y despues compró, porque vió que era bueno.» Así tambien aquel negociador evangélico primero halló el tesoro en el campo, y despues vendió cuanto tenia por comprarle. No lo hizo así aquel rico avariento que abrió los ojos estando en el infierno: y entonces conoció los engaños y vanidades del mundo, como fuera razon que antes los conociera y huyera dél. Tambien aquel mundano que no quiso ir á la cena del Señor, dió por respuesta: He comprado una heredad, y voila á ver. Despues que la compró la iba á ver, como segun razon fuera justo que la viera antes que la comprara. ¿Pero cómo la comprara si la viera primero? Ninguno que tiene ojos para ver al mundo lo comprara. La causa porque tan desenfrenadamente te entregas al mundo, es porque no quieres considerarle antes que le compres. Mira todo lo que hay en él, y verás cómo es grande engaño dar alguna cosa por él, cuanto mas una tan preciosa perla y sobrepujante margarita, como es tu ánima. Mira primero lo que haces, porque despues no te pese de lo que hiciste, cuando aunque quieras no podrás deshacer la venta. Piensa en el enojo, fin de las cosas humanas, y no te verás despues arrepentido. El psalmista dice: «Pensé en mis caminos, y volví para tras del camino que llevaba.» De pensar yo el paradero de los pecados nació dejar el mal camino, y volver á guardar tus mandamientos. Si yendo por un camino fueres avisado que hay en él ladrones y matadores, ¿no dejarás el camino comenzado, y irás por otro? En el camino de los deleites por donde caminas hay ladrones, que matan y roban la gracia y méritos. Toma mi consejo y da la vuelta, si quieres escapar de la muerte. En viniendo la tentacion, considera el camino que llevas, porque cierto si ocupares tu entendimiento en conocer ese viaje volverás luego para tras. El Apóstol dice: «El galardon del pecado es la muerte.» Estaban Jacob y Esau en el vientre de su madre, y allí porfiaban sobre quien naceria primero. Cuando nacieron, tomó Jacob á Esau por la planta del pié. La cabeza es el principio, y el pié lo último del hombre. Esta diferencia hay de los buenos á los malos, que los buenos como Jacob toman al vicio por el pié,

Eccli., 8.
Gen., 3.
Prov., 31.
Matth., 13.
Luc., 16.
Luc., 14.
Psal., 118.
Rom., 8.
Gen., 25.

y los malos por la cabeza. Los malos abrázanse con los deleites, honras y vanidades, no teniendo cuenta con el paradero de estas cosas; y los buenos toman al mundo por el pié, considerando sus amargos fines. El Sabio dice: «No mires al vino cuando tiene buen color, ni cuando resplandece su color en el vidrio.» Entra blando, pero despues morderá como culebra, y así como basilisco derramará su ponzoña. No mires al mundo en sus principios, porque aunque entra halagando, y con blandura, á la postre morderá tu conciencia. Resplandecen aquí los placeres y prosperidades de esta vida como candela encendida, cuya llama es hermosa, y susténtase en tanto que dura la materia. Pero cuando se acaba, todo pára en humo y en mal olor, cuales son los remates de todas las cosas mundanas. Aunque agora te deleite el resplandor de sus vanidades, no te engañes, que al fin causarán muy grande tristeza y remordimiento. En el psalmo está escrito: «Como falta el humo, así desfallezcan, y como la cera en la presencia del fuego, así perezcan los pecadores en la presencia de Dios.» Si fueres prudente, proveerás en lo porvenir. Lo pasado da doctrina para lo que ha de ser. Acuérdate de las cosas pasadas, y considera lo que adelante podrá acontecer. El Apóstol dice: «¿Qué fruto sacaste de las cosas de que agora habeis vergüenza? Trae á tu memoria cuan infrutuoso y perdido fué el tiempo que diste al mundo, y guarda de volver á los males pasados. Aunque estés en la mayor gloria del mundo, piensa que muy presto se acabará. Vanos son los bienes de ese mundo, pues tienen tan vano fin.» El real profeta dice: «Aun tenian el manjar en sus bocas, y la ira de Dios descendió sobre ellos.» Aun no comienzan los mundanos á gustar de sus vanidades, cuando es con ellos la justicia divina, castigando sus pecados. Ninguno, por grande sed que tenga, osará beber de la fuente en cuyo suelo ve serpientes venenosas, y otras suciedades pestilenciales. Así ninguno bebe de la fuente de este mundo, sino aquel que no mira el hondon y fin de las honras, deleites, y vanidades de este siglo. Si los hombres mirasen los gusanos y abominaciones en que estos nuestros cuerpos han de ser resolvidos, y el fin de lo que aman, y todo lo que el mundo posee, huirian de beber de la fuente de este mundo cautivo, del cual no se bebe agua clara, sino tósigo, que emponzoña y mata. Arrójanse pecho por tierra como los que despidió Gedeon, á beber sus venenosas aguas, entregándose á regalos, suciedades y vanas honras, soltando las riendas á sus apetitos, como ciegos y desatinados, no mirando las serpientes y gusanos, que están en el fin y suelo de este mundo. Como el caminante que, segun dice el Eclesiástico, abre su boca, y bebe de toda agua, así los mundanos sin diferencia alguna se entregan á sus vicios y apetitos sensuales. No han comenzado á gustar sus bienes, cuando ya la tristeza y tormento tiene ocupados sus corazones. Pues tan aneja es la tristeza á todas las cosas mundanas, considera en el principio el fin, y no te des á vanidades.

Prov., 23.

Psal., 67.

Rom., 6.

Psal., 77.

Judic., 7.

Eccli., 26.

## CAPITULO VIII.

### De la vanidad de los dichos de los hombres.

« Pon todo tu cuidado en el Señor, y él te criará, » dice el profeta. Todo tu estudio sea acerca de agradar y contentar á Dios, y no te ensalzarás con las alabanzas humanas, ni recibirás turbacion si de tí murmuraren los hombres. La causa porque te da pena el mal que de tí dicen es porque pretendes contentarlos, y la razon porque te deleitan sus loores, es porque quieres tenerlos contentos. ¡ O pluguiese á Dios que del todo en todo te determinases de no desear ni querer otra cosa sino hacer la voluntad de Dios, y estar bien con él, y cuan poca cuenta harias de las palabras de que agora haces tanto caso! Acaba contigo de no querer contentar á otro sino á solo Dios, y vivirás quieto y consolado. Ninguna cosa te daria pena sino su ofensa, y en ninguna cosa recibirias consolacion, sino en la limpia conciencia. Todo el cuidado de los santos era contentar á solo Dios, no haciendo caudal de los vanos dichos de los hombres. El Apóstol dice : « Vestíos de nuestro Señor Jesucristo. » No dice que te vistas de las vestiduras de Cristo, sino de Jesucristo. De sola la vestidura de Cristo, y no de Cristo, se visten los hipócritas, y todos aquellos que quieren contentar á los hombres, porque en lo exterior se muestran espirituales, así en las palabras como en la composicion del cuerpo, siendo dentro llenos de pecados. Vistete de Jesucristo, trayéndole dentro de tu alma y corazon, siendo verdaderamente bueno, y no te fatigues por vender santidad fingida á los hombres, que ven solamente lo defuera, teniendo á Dios ofendido. Muchos son justos delante de los hombres, que no lo son delante de Dios. A Noé que era verdaderamente justo delante de Dios, dijo el mismo Señor : « A tí solo hallé justo delante de mí entre todas las gentes. » De los padres de san Juan Baptista dice el evangelista san Lucas que eran entrambos justos delante de Dios. No como los Fariseos y sacerdotes de la ley, cuyo estudio era ser justificados de los hombres, y ser de ellos alabados. Si tratares de contentar á solo Dios, fácilmente menospreciarás todo lo que los hombres dijeren de tí falsamente. Vanidad es hacer caso de los inicuos juicios y dichos de los hombres, estando bien con Dios. Muchos fueron alabados de los hombres que están agora en el infierno, y muchos fueron tenidos por locos que gozan agora de la gloria con Cristo. « Es alabado el pecador en los deseos de su corazon, y el malo es bendecido : » dice el psalmista. Y el Sabio dice que dirán los condenados estando en el infierno, hablando de los justos : « Estos son los que en algun tiempo tuvimos por cosa de risa, y en vituperio. Nosotros como necios pensábamos que su vida era locura. » Y el Apóstol dice

Psal , 54.

Rom., 13.

Gen., 7. Luc., 1. Matth., 21.

Psal., 9.

Sap., 5.

á los Corintios: «Nosotros somos locos por Cristo.» De muchos amigos de Dios suelen burlar los hombres, alabando á los malos. Pues si esto es así, ni por ser alabado te debes gloriar, ni desconfiar entre las opiniones adversas. Si con razon te alabaren del bien que tienes no te ensoberbezcas, pues muchas faltas secretas hay en tí que si los hombres la supiesen no te alabarian. Y si te alaben de la virtud que no tienes, procura por alcanzarla, porque no engañes al mundo. Si con verdad murmuran, procura de enmendarte. Muchos viviendo mal persiguen á los que dellos murmuran, lo cual es vanidad y manifiesta locura. Los que murmuran de tu mala vida, no habiéndolos tú enojado, ¿no está claro que murmurarán mucho mas si los persigues? El verdadero remedio es enmendarte del mal que se dice de tí con verdad, y de esta manera taparás las bocas á los murmuradores. Si contra razon murmuraren de tí, y fueres mal juzgado, conoce que son hombres, y que ningun mal te pueden hacer, sino mucho provecho, teniendo paciencia. Si para darte Dios la gloria, ó alanzarte en el infierno, hubiese de consultar los hombres, y tomar consejo con ellos sobre lo que hará de tí, entonces seria bien que procurases mucho de que todos te alaben y te tengan por santo. Pero como Dios las ha de haber contigo á solas, y tu alma y él habeis de entrar solos al tomar de la cuenta, vanidad es esperar que nuestra vida sea aprobada de los hombres. No les ha Dios de tomar los votos, no les ha de ser preguntado por tí, ni han de dar allí su parecer. Y aunque digan lo que les parece de tí, no se ha de regir Dios por sus dichos, sino por lo que hallare en tu conciencia. Y si todas las gentes te condenaren, siendo tú amigo de Dios, ¿qué perjuicio te pueden hacer, aunque te reprueben? Ni lo que ellos reprueban es delante de Dios reprobado, ni todo lo que aprueban es á Dios acepto. Vanos son sus juicios, no conocen los corazones, no saben los méritos del hombre, ni alcanzan lo interior del alma, y muchas veces son engañados. No dan ellos la gracia, no pueden dar la gloria, ni en su mano está condenarte, ni poderte salvar. Dios dijo al profeta Samuel: «No juzgo yo segun el parecer de los hombres.» Aunque tengas por amigos á todos los hombres del mundo, no serán poderosos para te alargar media hora de vida, ni te podrán librar del riguroso juicio de Dios. ¡O cuanto mejor será en el trance de la muerte tener á Dios por amigo que haber gastado la vida en contentar á los príncipes y reyes, los cuales, aunque nos amen, ninguna cosa nos podrán entonces aprovechar. Toma pues mi consejo, y no te congojes, porque haciendo lo que debes se murmure de tí, ni tampoco te fatigues por contentar la gente, ni busques sus loores en este mundo, porque es todo vanidad y perdimiento de tiempo. Mas antes levantando tu corazon á Dios con todas tus fuerzas, procura de contentar á él solo, tapando tus sentidos al estruendo y vanidad de este mundo infelice.

1. Cor., 4.

3. Reg., 16.

## CAPITULO IX.

### Del menosprecio de los dichos de los hombres.

« A mí muy poco se me da por ser juzgado de vosotros. El que me juzga es Dios. No juzgueis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, que alumbrará las cosas escondidas en tinieblas, y manifestará lo intrínseco de los corazones. Entonces será cada uno alabado de Dios. » Esto decia el Apóstol despreciando los dichos y pareceres de los hombres. Pues Dios es el que conoce los corazones, y el que nos ha de juzgar, no te debes vanagloriar cuando eres alabado, ni entristecerte por ser vituperado, porque ser detraido no es injuria, ni puede coronar la alabanza ajena. En la hora de la muerte se verá quien es bueno ó malo. No hagas mucho caso de los inicuos juicios dichos de los hombres, mas antes procura de contentar á solo Dios. Los que justan aunque sean alabados ó condenados del pueblo ignorante, no tienen cuenta sino con los jueces, que han de dar la joya, y premiar al mejor justador. Así no debes hacer caso de las alabanzas de los hombres, ni de sus vituperios, sino tener todo tu pensamiento en contentar á solo Dios, que te ha de juzgar, que pagará cada uno, como dice el Salvador, segun sus obras. Si bien trabajas, él lo ve todo, y de su mano recibirás el galardon. Ama la verdad, y no los dichos de las gentes, que muchas veces se mueven por odio, ó por amor, no sabiendo lo que hay en el hombre. No dejes el bien, por el dicho de la gente. El oso, que lleva la colmena llena de miel, no se le da mucho que le piquen las abejas. Así tú haciendo lo que debes, y llevando á Dios contigo, no hagas caso de los dichos y murmuraciones de los hombres, porque son picaduras que te pueden hacer poco daño. Muy presto se apartará de la justicia el que en las cosas que hace tiene mas cuenta con los dichos de los hombres que con Dios. Este tal muchas veces dilata el poder del pecar, pero no la mala voluntad. No es sin alabanza y honra el que por amor de Dios desprecia las alabanzas y honras. Los malos, que juzgan nuestras buenas obras á mala parte, muestran no saber el arte de bien obrar. Así no debes hacer caso de sus malos juicios y perversos dichos. Como despreciamos los dichos de los que hablan en el oficio, que no entienden, así debes no hacer cuenta de lo que los tales dicen. No se le da nada al pintor aunque oiga decir á un rústico pastor que no está bien pintada la imágen que hizo : bienaventuradas serian las artes si solos los maestros y artífices dellas las juzgasen. No te indignes, ni recibas pena, aunque algunos tengan de tí mala opinion. ¿Por ventura eres tú mejor que Jesucristo? Lee el Evangelio, y hallarás escrito que decian unos que era Cristo samaritano y endemoniado, y otros dijeron no ser hombre de Dios, pues

[1. Cor., 4.

Matth., 16.

Rom., 2.

Joan., 8.

no guardaba la fiesta, y otros respondian que cómo podia siendo pecador hacer tantos milagros, de manera que dice san Juan que habia cisma entre ellos, diciendo unos una cosa, y otros otra. Pues si del Salvador del mundo, siendo la misma santidad y bondad, habia tan diferentes opiniones, ¿porqué eres tan soberbio que siendo tú lleno de mil imperfecciones quieres que todos aprueben lo que haces? Si del inocentísimo Señor habia contrarios pareceres, ¿porqué quieres tú que todos hablen por una boca canonizando tus obras? Vanidad de vanidades, y esta es grande vanidad. Si tantos son los que te alaban siendo tú vaso de flaqueza y iniquidad, no te enojes ni recibas pena porque algunos digan mal de tí. Ninguno es tan santo que su vida sea en este mundo loada de todos, ni es alguna obra tan justificada que los malos no murmuren della. Gran error es no usar de la virtud, por lo que puede decir el mundo. Por santo que sea el camino que tomas, no ha de faltar quien lo contradiga: y si tú eres tan liviano que haces caso de todo lo que los hombres dicen, nunca harás obra que buena sea. Aquel ciego que estaba asentado en el camino de Jerico llamaba á Cristo en su ayuda, pero no faltó quien lo reprehendiese. Mas él cuanto mas le contradecian mas perseveraba llamando. Imposible es faltar las lenguas de los maliciosos. Allégate á Dios, sigue el camino de la virtud, y persevera en el bien que comenzaste, y no haciendo caudal de palabras de ociosos, que teniendo por oficio glosar las intenciones, y interpretar las obras de sus prójimos. Perderás el seso si hicieres cuenta de todo lo que la gente dice. Trabaja continuamente por estar bien con Dios, y en todo hacer su voluntad, porque todo lo demás es vanidad muy grande y aflicion del espíritu.

Joan., 9.

Luc., 18.

## CAPITULO X.

### De la vanidad de los que detraen de los buenos.

«Los que dan males por bienes detraían de mí, porque seguia la bondad,» dice el psalmista. Muchos en el mundo como viven ociosos sin andar por el camino de Dios son impedimento á los virtuosos, detrayendo y murmurando de ellos. Son estos enemigos de Cristo, y sus contrarios, porque aborrecen á los que siguen á Cristo, y con sus lenguas los persiguen. Como ningun sacrificio tanto agrada á Dios como el zelo de las ánimas, así ninguna cosa tanto le desagrada como impedir la salud de ellas. Por eso dijo el Apóstol que estos detraedores eran aborrecibles á Dios. A san Pedro llamó Cristo Satanás, porque impedia la pasion y salvacion de las ánimas, no queriendo que el Salvador las redimiese derramando su sangre por ellas. Pues si lo que el santo Apóstol hacia con

Psal., 58.

Rom., 1.

Matth., 16.

buena intencion por el amor que tenia á Cristo, fué así reprehendido, ¿cómo piensas tú que serás castigado, pues maliciosamente murmuras, y detraes de las vidas de los buenos, y eres causa que muchas veces vuelvan atrás los flacos, temiendo la persecucion de tu lengua? Hecho eres Satanás, segun la sentencia del Salvador, cuando con tus escarnecimientos impides la salud de las ánimas. Quitas á Dios las ánimas que él compró con el precio de su sangre inestimable. Alégrase Dios, y toda la córte del cielo, en la conversion del pecador, y solo tú, por conformarte con el demonio, te entristeces con él, y le ayudas á apartar del servicio de Dios al que comienza á servirlo. De estos detraedores habla san Juan, cuando dijo que muchos se habian hecho Antecristos. Contradicen estos á Cristo, y por eso son llamados Antecristos, pues apartan con sus detracciones á los que siguen á Cristo. No seria tenido por cristiano el que á los cautivos cristianos, que se libraron de las mazmorras, y fueron redimidos, diese órden como volviesen otra vez á ser cautivos, y presos de los moros. ¿Pues qué diremos de aquellos que á los que se librareu del cautiverio del pecado, y comienzan á seguir la libertad del espíritu, los hacen volver á la servidumbre del pecado, de que ya estaban libres? Todos estos detraedores desean ir á la gloria, pero aborrecen la puente de la penitencia, por donde necesariamente han de pasar á la gloria todos los pecadores cristianos. Ahogan á sus hermanos despues que se libraron de la tormenta del mar. Así detraía el fariseo llamado Simon de la Magdalena, cuando dejando los pecados venia á lavarse en la fuente de la misericordia Jesucristo. En levantándose aquel paralítico que habia estado enfermo en la piscina, y en comenzando á servir á Dios, haciendo lo que Cristo le mandaba, luego el mundo comenzó á darle grita, y tuvo calumniadores, y quien le reprehendiese, porque llevaba el lecho á cuestas en el dia del sábado. Treinta y ocho años estuvo enfermo sin tener quien le ayudase á entrar en la piscina, y en librándolo el Redentor de la enfermedad del alma, y del cuerpo, y comenzando á servir á Dios, no se olvidaron de él los detraedores. Así persiguieron tambien al ciego que se lavó en la fuente de Siloe, los que tienen cuidado de ahogar la virtud, en comenzando á ejercitarse. Una de las astucias del demonio es ahogar el bien comenzado, y esto hace por mano de los detraedores. Por mano de la serpiente ahogó en el paraiso la religion comenzada, y por Faraon quiso destruir al pueblo de Dios, matando á los niños de los Hebreos en naciendo. La malicia de estos es semejante á la de Herodes, que mataba los niños inocentes, lo cual hacen estos escarneciendo de los tiernos en el servicio de Dios, en naciendo en el bien, que comienzan. Es como viento que quema la viña del Señor cuando está en flor, porque muchos dejan el bien comenzado, no pudiendo sufrir á estos escarnecedores, y como espinas se ponen en el camino del cielo. ¿Qué hacen sino soplar el polvo, y cegarse con él, para que cuanto mas soplan con sus detracciones menos vean la verdad? Nunca detraerás de tu prójimo, si bien te mirares, y te conocieres. En el Levítico mandó Dios que ninguno comiese sangre humana. Sangre humana

Luc., 15.

1. Joan., 2.

Luc., 7.

Joan., 5.

come el que detrae de sus prójimos. Dios dice: «Guárdate que no comas sangre.» Son estos detraedores perros, que guardan el ganado del demonio, del cual no quieren que se pierda oveja alguna, y si se va del rebaño del demonio alguna, y se convierte á Jesucristo, ellos la persiguen con ladrar y morder detrayendo y murmurando de los que dejando la mala vida pasada comienzan á servir á Cristo. «Como la serpiente que muerde en silencio, así es, dice el Eclesiástico, el que en secreto detrae de la vida de su prójimo.» La serpiente es animal traidor, que muerde en silencio, anda camino torcido, y come tierra. Tales son estos, pues en ausencia murmuran de los que alaban delante, y andan caminos torcidos, cuando alaban primero á los que quieren infamar por acreditar su dicho, y comen tierra, porque lo que es terrenal y mas bajo dicen de sus prójimos. De estos dice el Sabio: «Maldita sea la generacion que tiene cuchillos por dientes.» ¿Qué cosa mas monstruosa que tener cuchillos en la boca en lugar de dientes? David tambien dice en el psalmo: «Los dientes de los hijos de los hombres son armas y saetas, y su lengua es espada aguda. A nadie perdonan, y no dejan cosa que no corten.» No perdonaron al Salvador del mundo, ni á su santísimo precursor, segun aquello que el mismo Redentor dijo á unos detraedores: «Vino san Juan Baptista no comiendo, ni bebiendo, y decís que tiene demonio; y vino el Hijo de la Vírgen comiendo y bebiendo, y decis que es comedor y bebedor de vino, y amigo de los publicanos y pecadores.» Huye de estos tales, segun aquello que está escrito en los Proverbios: «No te mezcles con los detraedores.» Aquellos muchachos que detraian del profeta Eliseo fueron muertos y despedazados por los osos. No dejes el bien comenzado por temor de ellos, ni por lo que pueden decir: pues ningun daño te pueden hacer, haciendo tú lo que debes, y oye al Apóstol, que dice: «Olvidandonos de las cosas que quedan atrás, extiéndome á las cosas que tengo delante.» Los santos cuatro animales iban adelante sin volver atrás. Tapando tus oidos á estas sirenas engañosas, prosigue tu camino perseverando en el bien comenzado: porque así llegues al puerto seguro de salvacion, donde para siempre descanses.

Deut., 12.

Luc., 12.

Prov., 24.

4. Reg., 2.

Philip., 3.

Ezeč., 1.

## CAPITULO XI.

### De la vanidad de los que dejan el bien, por lo que dice el mundo.

«El que hubiere de mí vergüenza delante de los hombres, el Hijo de la Vírgen habrá tambien vergüenza dél delante de Dios,» dice el Señor. Vanos son los que dejan el bien por la vergüenza del mundo, ni por temor de lo que pueden decir los hombres. Como caballos espantadizos han miedo de su propia sombra. No son verdaderos

Luc., 9.

males los de esta vida, sino los de la otra. Los males presentes son sombra de los advenideros. Por lo cual los que temen la vergüenza presente, y no la advenidera, temen la sombra, y no la verdad. «Temblaron con temor, dice David, donde no habia que temer.» Son como los niños que temen á los perrillos que ladran y no pueden morder. Tenemos autoridad de viejos y vicios de niños. Tienen miedo los niños de cosas livianas. De cosas livrana tienen miedo los que temen las lenguas de los maldicientes. Este mundo es como perrillo que ladra contra los que hacen bien, pero no sabe morder, porque no hiere, y él callará despues que hubiere muy bien ladrado. Si el rey pidiese el debido servicio á un caballero, y él dijese que no le osaba servir, por lo que los hombres dirian dél, muy fria respuesta seria, y excusa muy digna de risa. Así es muy fria la escusa de aquellos que dejan el servicio de Dios por lo que los hombres dicen. Suele ser causa de este temor el amor de contentar al mundo. Dejarás de temer, si dejares de esperar en el mundo. ¿No sabes que dice Santiago que la amistad de este mundo que es enemiga de Dios?» El que quisiere ser amigo de este mundo es hecho enemigo de Dios.« Confundidos son, dice el psalmista, los que á los hombres agradan, porque Dios los despreció.» Y el Apóstol tambien dice :« Si á los hombres contentase, no seria siervo de Cristo. Suele tambien ser causa de este temor el apartarse Dios dellos: porque no podria haber tanto temor en aquel en quien Dios está, conforme aquello que el profeta dice : « Si anduviere en medio de la sombra de la muerte, no temeré los males, porque tú estás conmigo.» Por amor de esto dijo Dios en el Levítico : « Si despreciaredes mis leyes, y no guardaredes mis mandamientos, caireis delante vuestros enemigos, y estareis sujetos á los que os aborrecen, y huireis sin perseguiros nadie. » Tanta es la vergüenza y miedo de estos, que caen en solo verse delante de sus enemigos, porque no pueden sufrir la presencia de los mofadores; mas antes como se derrite la cera delante la presencia del fuego, y la nieve delante del sol, así los corazones de estos se deshacen delante de los mofadores. Andan sujetos á sus contrarios. No osan hacer lo que desagrada á sus enemigos, habiendo de hacer segun verdad lo que á ellos descontenta. Huyen estos sin ser de nadie perseguidos. Los detraedores no te persiguen, mas antes te aprovechan. Administran materia con la cual labran corona eterna : porque sus palabras son como oro, y plata, y piedras preciosas, con las cuales se hace la corona del paraiso. El Sabio dice : « Huye el malo, sin ser de nadie perseguido.» Huyen del mal de la pena, y síguelos el mal de la culpa. Espantarse han, como dice Dios, del sonido de la hoja que va por el aire, y huirán de ella como de la espada, y caerán sin ser de nadie perseguidos. Hoja que vuela por el aire es la palabra del que burla, de la cual se espanta, y dejan por amor della el bien comenzado los pusilánimes. Dicen estos : ¿Qué dirán de mí, si esto hago? y no miran lo que será dellos si dejan de hacerlo. Mas temen los dichos de los hombres que los hechos de Dios, y así miran los que los hombres pueden

Psal., 13.

Jac., 4.

Paral., 52.

Galath., 1.

Psal., 22.

Lev., 26.

Prov., 33.

Lev., 26.

decir, no mirando lo que Dios puede hacer. Su locura se muestra en dejarse vencer de los detractores, pudiéndolos vencer tan fácilmente como es solamente callando. Isaías dice: « En silencio y esperanza será vuestra fortaleza. » Si los que son burlados callasen, y tuviesen su pensamiento en el galardon que esperan sufriendo, serian confundidos estos que burlan. No responder al parlero es injuriarle. Contra el fuego has de pelear con agua, que es su contrario, y contra el parlero con silencio. Piensa que mas puedes tú oir con dos oidos de lo que podrá decir el parlero con una boca. El menor trabajo de todos es el callar. Vese tambien tu vanidad: pues temes ser burlado de los dignos de burla. Cuando los malos burlan de los buenos por el bien que hacen, es como si los ciegos burlasen de los que ven porque ven, como si los cojos se riesen de los que andan derecho, porque no andan cojeando como ellos. Esta risa merece ser reida. ¿Qué hombre hay que tenga seso que no se ria del cojo que se rie del que anda derecho? ¿y quién no ternia por loco al que movido por esta risa anduviese cojeando pudiendo andar bien, porque el cojo no haga de burla? Pues luego debes tú de burlar de los que burlan de tí, porque andas derecho por el camino de la virtud, y no imitarlos. En los Proverbios está escrito: « El que anda por el camino derecho, y teme á Dios, es despreciado del que anda por el camino infame. » Y en otra parte dice Salomon: « Abominan los malos á los que andan por el camino derecho. » Huye de los hombres, ó burla del mundo, y de lo que hay en él. En muchas cosas es menester hacerte loco. Si te parece que el escarnio de los hombres prevalecerá porque son muchos, no temas que Dios escarnecerá dellos, segun aquello del psalmista: « El que mora en los cielos hará burla dellos. » No es vituperio del sol, porque las lechuzas no le ven, ni le precian, ni es tampoco ignominia del oro ni de la plata, porque las bestias irracionales no la estiman. No hacen caso las bestias sino de la paja y de la cebada. Así tambien no es afrenta de los buenos ser despreciados de los malos. Cada uno alaba sus cosas. Isaías dice: « Ay de vosotros que decis bien de lo malo, y mal de lo bueno! » Del dicho de los tales no hay que hacer caso. Como dijese uno á Aristipo que los hombres lo despreciaban, él respondió: Y á ellos las bestias. Ellos no hacen caso de las bestias, ni yo tampoco de ellos. Tales mofas como estas no solo no deben ser temidas, sino aun despreciadas. No solo no debes volver atrás por lo que los hombres malos dicen, pero antes gloriarte mucho mas, porque mas honra es ser bueno entre los malos que vivir virtuosamente entre los justos. Aun no eres bueno, pues no burla de tí el mundo. « Bienaventurados sereis, dice el Salvador, si dijeren de vosotros mal los hombres, y os vituperaren por amor de mí. » Cuando fueres alabado, ó escarnecido mira primero quien te alaba ó vitupera, y entonces verás de lo que has de hacer cuenta. No trates de contentar á muchos, síno á quienes debes contentar. Mira, ánima cristiana, que no es tan vil tu Esposo Jesucristo, que te debes afrentar de servirle. Mira cuan escarnecido fué tu Amado de los hombres, cuando

Isai., 30.

Prov., 14.

Prov., 29.

Psal. 2.

Isai., 5.

Matth., 5.

estaba en este mundo, y no te desprecies de imitarle. Por mayores riquezas tuvo Moisen la ignominia de Cristo, que la gloria del palacio del rey Faraon. Los santos apóstoles iban alegres al concilio, teniéndose por dichosos en padecer vituperios por amor de Cristo. Si al Redentor llamaron Belzebu, ¿cuanto mas á sus siervos? Si fueras de este mundo, amárate el mundo: pero porque no eres deste mundo, te aborrece el mundo. No recibas pena, aunque digan los hombres mal de tí, si tienes buena la conciencia. El Apóstol dice: « Nuestra gloria es el testimonio de nuestra conciencia. » Tambien dijo el bienaventurado Job: « En el cielo está mi testigo. » Pues si en el cielo está tu testigo, y dentro en tu conciencia, deja á los vanos decir lo que quisieren de fuera, y no vuelvas atrás, dejando el buen camino que llevas. La rosa no deja de crecer, aunque está cercada de espinas, ni tú debes dejar de ir adelante, prosiguiendo el camino de la virtud que comenzaste, por lo que dicen los malos y pecadores.

Hebr., 11.
Act., 4.
Matth., 10.
Joan., 15.
1. Cor., 1.
Job, 16.

## CAPITULO XII.

### De la vanidad de los que desprecian su propia fama.

« Mejor es la buena fama que las muchas riquezas, » dice el Sabio. Del prelado dice el Apóstol que conviene que tenga buena fama entre la gente de fuera. A Dios debes buena conciencia, y al prójimo buen ejemplo. Cuando Moisen por mandado de Dios quiso ungir á Aaron por sumo sacerdote, eligiólo delante de todo el pueblo, porque supiesen todos que el que era mejor de todos era digno del sacerdocio. Pluguiese á Dios que tales fuesen los prelados, y tales fuésemos todos, que se pudiese con verdad decir de cada uno de nosotros aquello que la Escritura dice de la valerosa mujer Judit: « No habia quien dijese della palabra mala. » Y san Lucas dice de los padres de san Juan Baptista, que ninguno tenia queja dellos. Y Cristo Salvador nuestro, cuyas obras son nuestro ejemplo, preguntó á sus discípulos por lo que decian de los hombres. Sabia todas las cosas como verdadero Dios, y no ignoraba lo que dél se decia, pero preguntó lo que dél se decia, por enseñarnos que no despreciemos la propia fama, y tengamos cuenta con lo que se dice de nosotros. No es esto contra lo que arriba dijimos, que debemos despreciar los dichos de los hombres, porque aquello se entiende cuando haciendo lo que debemos murmuran los malos de nuestra buena vida. Entonces no hemos de hacer caso de sus dichos, ni dejar el santo ejercicio de la virtud por temor de las lenguas de los pecadores. Pero cuando con razon se escandalizan de nosotros, no debemos despreciar sus dichos, ni tener

Prov., 22.
1. Tim., 3.
Lev., 8.
Judith, 8.
Luc., 1.
Matth., 16.

en poco la buena fama. Muchos dicen: «Haga yo lo que soy obligado, y diga cada uno lo que quisiere.» Muy bueno es que hagas lo que eres obligado: pero yerras si desprecias tu fama. No queria Dios que le ofreciesen sacrificio de levadura y miel, porque estas cosas huelen mal, siendo quemadas. Mucho desplace á Dios que seas de mal olor y fama. No basta que seas bueno, y tengas en tí la miel dulce, si juntamente con esto no tienes buen olor de vida aprobada. Dulce es la miel, pero por su mal olor es reprobada del sacrificio. Pregunta á ejemplo del Redentor por lo que de tí se dice, y entonces mira si lo que se dice de tí es verdad ó mentira. Ninguno puede saber esto tan bien como tú, pues eres juez de tu propia conciencia, y sabes lo que haces. Si el mal que se dice de tí es verdad, enmienda tu vida, y desprecia el dicho de la gente; en tal caso como este es de hombres desalmados. Si dicen de tí mal contra razon y justicia, entonces puedes decir: haga lo que debo, y diga cada uno lo que quisiere; consolándote con el Apóstol, que dice: «Si contentase á los hombres, no seria siervo de Jesucristo.» Bueno pues es tener cuenta con lo que se dice, porque si con verdad murmuran servirte ha de correccion, y si con mentira serte ha causa de mérito, y aun de aviso para vivir con mas cautela y recato. Así debes vivir, y dar tan buen ejemplo de fuera, que aun los malos compelidos de tu virtud, digan bien, aunque no quieran. De tal manera vive, que los que te alaban no tengan miedo á los murmuradores. Para nosotros es necesaria nuestra buena vida, y para los otros nuestra fama, y lo que á los prójimos administramos para salud y edificacion redunda en nuestro provecho. Huye de las personas de cuya conversacion se puede sospechar mal de tí, porque no solo has de tener buena conciencia, sino tambien debes atajar lo que los hombres pueden decir de tí, segun aquello del Apóstol: «Haced bien no solo delante de Dios, sino tambien delante de los hombres.» Y escribiendo á los Corintios dice: «Somos buen olor de Cristo en todo lugar.» No quieras contentar á muchos, sino á los buenos. No está la perfeccion á contentar á muchos, sino á pocos. Mira lo que se dice, y quien lo dice. De unos maliciosos fariseos que se escandalizaban de la buena doctrina de Cristo, dijo el mismo Señor á sus discípulos: «Dejadlos, que ciegos son, y guias de ciegos.» De los buenos has de ser alabado. Aquel es merecedor de las alabanzas de los buenos que trabaja por seguir las pisadas dellos, y hace por alcanzar sus virtudes. Dichoso fué san Juan Baptista, pues mereció ser tan altamente alabado de Cristo. Si la murmuracion de los malos debe ser despreciada, debes hacer poco caso de sus dichos, y mucho caudal del mal crédito que tienen de tí los buenos, porque no es bueno aquel cuya vida desagrada á los virtuosos. El Salvador no quiso ser alabado de los malos, sino de los buenos. San Lucas, primero que escribiese el testimonio y alabanzas que dieron de Cristo Simeon y Ana profetisa, hija de Fanuel, dijo las muchas virtudes dellos, y alabó primero el evangelista á Simeon y á Ana, y despues escribió el

Lev., 2.

Galat., 1.

Rom., 12.

2 Cor., 2.

Matth., 15.

Matth., 11.

Luc., 7.

Luc., 2.

testimonio loable que dieron de Cristo : porque entiendas que no quiere ser Cristo alabado sino de los buenos, de cuyos loores hace mucho caso. Por esta misma razon mandó callar á los demonios que decian ser Hijo de Dios, porque no quiere los loores de los malos, ni ser alabado de los pecadores. Así dice Dios á un pecador : « ¿ Porqué dices tú mis justicias, y tomas mi testamento en tu boca ? » Haz cuenta de las alabanzas de los buenos, y no desprecies tu propia fama y honra. El que desprecia su fama flagicioso es ó inhumano. Así debes amar la buena vida, que no menosprecies tu honra, ni te olvides de la buena fama. Es la honra y fama en la persona como la corteza en la pera, ó camuesa, que siendo una cosa tan delgada y tan poca, conserva la fruta todo el tiempo que la tiene, y en quitándosela en tres horas se pudre y se pierde. Así la buena fama aunque es pequeña bien en respecto de los mayores del alma, pues al fin es bien temporal, pero tiene virtud de conservar á la persona en lo bueno. Perdida esta corteza de la buena fama, piérdese lo demás; y rómpese, y estrágase la persona. Así dijo Dios á un pueblo pecador, cuando pecaba á rienda suelta, porque tenia perdida la fama y la vergüenza : « Eres como mujer infame, y pecas sin vergüenza. » Muchos pecados se evitan con la buena fama. Por conservar la buena fama, se abstiene el hombre de muchos pecados, lo cual no hace teniendo perdido el freno de la buena fama. Es la buena fama escudo y guarda de la castidad, y de buenas costumbres, la cual quitada mas sueltamente se entrega el hombre á los vicios. No solo ataja muchos vicios y pecados, pero tambien despierta, é incita á bien obrar, y hace al hombre idoneo para ejercitar la virtud. El Eclesiástico dice : « Ten cuidado del buen nombre, porque esto quedará contigo mas que muchos tesoros grandes y preciosos. » Por el provecho que hace en tí, debes conservar la buena fama, pues te refrena de pecar, y te incita á obrar bien, mas aun tambien debes desear tener buena fama no por jactancia ni vanagloria, sino por la edificacion y provecho de los prójimos. Y si impediendo la malicia de los hombres tuvieres mala fama, no te indignes ni enojes, pues basta para con Dios, que te ha de juzgar, el testimonio de la buena conciencia. Entre las palabras de los que te alaban ó murmuran siempre has de acudir á tu corazon, y si se halla en tí el mal que de tí se dice, debes estar triste, y si no se halla debes mucho alegrarte y dar gracias á Dios, pues te libró de aquellos males. Si haciendo lo que debes fueres infamado, y anduvieres por lenguas de hombres, consuélate con Jesucristo, que por amor de tí fué infamado y condenado á deshonrada muerte, y pon en tu memoria para tu esfuerzo aquello que el Apóstol dice : « Hayámonos en todo como siervos de Dios en mucha paciencia, por infamia y buena fama. » Dios mira tu corazon, y conoce tu conciencia, y él pagará á cada uno segun sus obras.

Luc., 4.

Psal., 49.

Jer., 3.

Eccli., 11.

2. Cor., 6.

## CAPITULO XIII.

**De la vanidad de los que se jactan del mal que hacen.**

« Alabáronse de sus pecados, así como los de Sodoma: » dice el profeta Isaías. Muchos de los mundanos así desprecian su propia fama, que no solo tienen en poco ser de los hombres predicados sus males: pero aun ellos se alaban del mal que hacen, así como los de Sodoma. Muchas veces estos pecan mas con la boca alabándose del mal que hacen, de lo que pecaron con la obra, cuando ofendieron á Dios. Con la obra hicieron daño á sí mismos, pero alabándose incitan á otros á pecar. Ya que no te enmiendas de la culpa, ten vergüenza de sembrarla entre los otros. Si no temes ser malo, teme ser malo delante de tantos. Conténtate con sola tu perdicion. Cuanto uno tiene menos temor de Dios, tanto con mayor libertad peca, y cuanto tiene en menos el mal, tanto le parece mas lícito, y de tenerlo por lícito y bueno procede jactarse y alabarse dello. Si Sodoma pecara con miedo, no se jactara de sus males. Perdido del todo el temor y freno de la vergüenza, no pecaban los Sodomitas en escondido, y así públicamente vinieron todos á la casa de Lot, y quisieron entrar por fuerza. De tener en poco los males, vienes á jactarte dellos, y por ser muchos y muy grandes los tienes en poco, segun aquello que está escrito en los Proverbios: « Desprecia el malo sus culpas cuando llega al profundo de sus pecados. » Como en el lagar con el grande peso de la piedra se exprimen las uvas, y quedan secos los racimos, así tambien cuando el peso de los muchos pecados carga sobre el corazon del malo, apártase del todo el humor del temor de Dios, y buena esperanza, hasta del todo estar seco y duro en su corazon. Perdido el conocimiento de la culpa á causa del peso de los pecados, alábase el malo de las cosas que hubiera de llorar y haber vergüenza. De estos habla la Escritura Divina, cuando dice: « Alégranse cuando hacen mal, y huélganse con las obras pésimas. » Los hijos de Israel cuando estaban en Egipto debajo el poderío de Faraon muy poco lo temian: pero cuando salian de Egipto, y vieron á Faraon, que estaba ya sobre ellos, temieron mucho. Así los malos, cuando llegan al profundo de los males pierden el miedo, y pecan sin temor, no haciendo caso de los pecados, lo cual no hacen los que remordiéndoles su conciencia comienzan á tratar de la salida del pecado. Cuando garrochean un toro siente mucho las primeras varas, pero despues que anda cargado ya no siente las otras. Sienten los pecadores los primeros pecados: pero despues que se cargan dellos no les dan pena alguna. De estos está escrito en el libro de Job que beben el pecado como agua, porque unos comen los pecados, y otros los beben. Los que comen una cosa estánla mascando y revolviendo

Isai., 3.

Prov., 13.

Prov., 2.

Exod., 14.

Job, 34.

en la boca antes que la traguen, pero los que beben no hacen esto. Así hay unos que están mascando y escrupuleando el pecado, antes que lo traguen con el consentimiento. Otros hay que aun no es llegado el pecado al pensamiento, cuando lo tienen colado al consentimiento. Deléitanse en sus culpas, y no las sienten, y por eso se alaban de ellas. Grande mal es que hayas venido á tal estado que te jactas de lo que te hubieras de correr y afrentar. Dos príncipes de ladrones llamados Baan y Recab mataron á traicion á Isboset, hijo de Saul, que reinaba en Israel, y fueron al rey David, que reinaba en Ebron, jactándose y gloriándose del mal que habian hecho: á los cuales el justo rey mandó matar, como el delito lo merecia. Así tambien lo hizo aquel amalecita, que se alabó al rey David diciendo que él habia muerto al rey Saul, la cual jactancia no le costó menos que la vida. Lo mismo leemos haber hecho Saul, cuando se alababa delante de Samuel, diciendo que habia hecho todo lo que Dios le mandó, en lo cual no decia verdad, pues traia á Agag, rey de Amalec, vivo, y los mejores de sus ganados, contra el precepto de Dios. Alábanse los malos del mal que hacen, como si en ello sirviesen á Dios. Así se jactaba Nabucodonosor en su soberbia y ciudad, que habia edificado. Del número destos eran aquellos de cuya malicia hablaba el Salvador del mundo á sus discípulos: «Vendrá hora en la cual todos los que os mataren pensarán que sirven á Dios en ello.» Esta ignorancia no excusa el pecado, antes permite Dios que la tengan los malos en castigo y pena de otros muchos pecados que antes cometieron. Grande mal es que siendo malo no solo no te conozcas por tal, pero aun que te alabes y precies dello, porque andas á escuras, y por camino de tinieblas, no sabes donde pones el pié, ni el camino que llevas, ni adonde vas á parar, y por eso te alabas del mal que haces, teniendo tanta causa para llorar tu perdicion. Si mirases que tal es el fin de la jornada que andas, y el tormento que te está esperando, llorarias los males que haces, y no te alabarias ni jactarias dellos vanamente. Salomon dice: «Muchos males hay que así andan seguros, como si tuviesen las buenas obras de los justos.» Estos son como los frenéticos, que estando enfermos se tienen por sanos, lo cual es vanidad y grande locura. No ternán en el dia del juicio necesidad de acusador, pues ellos mismos publican sus males, por lo cual serán mas castigados.

2. Reg., 4.

2. Reg., 1.

Ibid.

Daniel, 4.

Joan., 16.

Eccl., 8.

## CAPITULO XIV.

### De la vanidad de los juicios humanos.

«No querais juzgar, y no sereis juzgados,» dice el Señor. Vanidad es querer la criatura usurpar el oficio de su Criador. «El hombre, dice la Divina Escritura, ve lo de

Luc., 6.

1. Reg., 16.

fuera, pero Dios mira el corazon. Caso es reservado para Dios examinar las intenciones y pensamientos de los hombres. No te entrometas en juzgar los corazones ajenos. ¿Eres tú profeta, ó hate revelado Dios lo que los otros piensan? Vanidad de vanidades, y esta es grande vanidad. ¿Qué mayor vanidad y desatino? El Apóstol dice: «¿Quién eres tú, que juzgas al siervo ajeno? A su señor incumbe juzgarle.» Apenas se halla alguno de esta vanidad. Todos quieren dar remedio á las enfermedades ajenas. La causa de estos juicios temerarios son tus pecados. No puede el hombre sentir mejor de otro de lo que siente de sí mismo. Esto tiene todo afecto humano, que en las cosas que él yerra, piensa que tambien yerran los otros. El que acostumbra mentir y engañar al prójimo, cuando compra, y vende, juzga, y cree hacer lo mismo los otros compradores y vendedores. Por sí mismo juzga á los otros. El que es malo las buenas obras de su prójimo atribuye á mal fin, y no por otra razon, sino por ser él malo, ó por la mala voluntad que él tiene. El sol que pasa por la vidriera recibe el color de que está pintado el vidrio. Así el juicio, que pasa por el corazon del malo: porque está su corazon con mal color pintado. No procede el mal juicio de la obra de tu prójimo, sino de tu mal ánimo. La vara derecha metida en el agua parece torcida y quebrada, por la reflexion de la sombra. Así el corazon torcido y vicioso juzga las obras derechas de sus prójimos por torcidas, como el enfermo que desecha el manjar dulce; juzgándolo por amargo, porque tiene el gusto perdido. De esto tenemos ejemplos en la Escritura sagrada. En el libro de Job leemos que ya que el demonio no pudo calumniar las buenas obras del santo Job, juzgó como malo que lo que hacia Job era por mal fin, y así dijo á Dios que los bienes que Job hacia era por interese mas que por su amor. Mandó el rey David visitar con santa intencion á Annon, rey de Amon, por consolarle de la muerte de su padre Naas, y dijeron los suyos que los enviaba David para espiarle la tierra, y tomarle el reino. De esta manera los malos interpretan á mal fin las buenas intenciones de sus prójimos. Los buenos como son justos juzgan á la mejor parte, y aun las malas obras de sus prójimos las excusan en lo que pueden. José en Egipto excusaba en cuanto él podia la malicia de sus hermanos, que le vendieron por envidia en aquel reino, diciéndoles que Dios habia permitido aquello por su provecho de ellos, y salud de tantos pueblos. San Esteban defendia delante de Dios la maldad de sus perseguidores, que lo apedreaban, diciendo que aquello hacian por ignorancia, aliviando la culpa de sus enemigos. La malicia, ó bondad, que cada uno tiene en su pecho es causa de los juicios buenos ó malos. El calor natural en el que está sano, y tiene buena complexion, gasta todo lo que come, y lo convierte en buena sangre. Así el que ama á Dios, y es inflamado en su amor, todo lo que ve convierte en bien, y le aprovecha. Pero los malos todo lo convierten en mal. Como los mentirosos nunca creen á nadie, porque les parece que mienten como ellos lo tienen de costumbre, así tambien los buenos como amen verdad, y la tratan, no piensan que los

Rom., 14.

Job, 1 et 2.

2. Reg., 10.

Gen., 45.

Act., 7.

certos mienten, y como no saben engañar á nadie fácilmente dan crédito á los otros. En los Proverbios está escrito : « El bueno cree á todas palabras. » No debes vituperar en ellos la facilidad del creer, sino alabar la bondad. Esta es la santa simplicidad de la paloma, que Cristo encomienda á los apóstoles, que consiste en ser malicioso, y juzgar bien de todos, y atribuir á buena parte las cosas que ves hacer á tus hermanos. Los Gabaonitas vinieron á Josue con falsedad, y engañaron al varon santo, y al pueblo de Dios, con sus embustes y mentiras. Como Josue y los suyos eran buenos, no creyeron que los Gabaonitas vinieron con engaño. La caridad no piensa mal, ni juzga mal de su prójimo. Los ojos de Adan en el estado de la inocencia no veían la desnudez, y perdida la caridad vieron que estaba desnudo. El bueno no tiene ojos para ver los defectos ajenos, como el malo, que perdida la caridad juzga temerariamente, teniendo por pecadores á los otros, y á sí mismo por justo. A estos reprehende el Señor, diciendo : « Hipócrita, ¿no ves el madero que está atravesado en tu ojo, y ves la pajuela que está en el ojo de tu hermano? » ¿No ves los grandes pecados en que vives, y ves el pecado venial en tu prójimo? Desproporcionado exceso es el del madero á los ojos, porque los ojos, que son miembros pequeños en el hombre, no son capaces de un grueso madero. Pues mucho mas desproporcionada es la malicia del pecado en el ánima, pues menos conviene el pecado á nuestra ánima que una viga á nuestro ojo. Gran milagro es que no ve el que no tiene el madero, y ve el que tiene el madero atravesado. Porque el que no tiene atravesado el madero en el ojo, y tiene caridad, no ve los pecados del prójimo, y el que tiene el madero, que es el grande pecado, ve el pecadillo de su hermano, lo cual es cosa maravillosa. Grande lástima, que no sabiendo si mañana te tomarán estrecha cuenta de tu propia vida, andes tan descuidado de tu conciencia, y seas tan solícito escudriñador de lo que los otros hacen, que hasta los pensamientos quieres ver y juzgar. El ojo, que no ve á sí mismo, ve otras cosas. Así el hombre ve á los otros, no viéndose á sí. Pon lo que tú haces en segunda persona, y verás quien eres. El profeta Natan, porque sabia que los hombres no ven á sí mismos, y que tienen larga vista para examinar á los otros, porque David viese su pecado pusolo en segunda persona, trayéndole aquella parábola de la oveja, para que conociendo la grandeza de su culpa sentenciase contra sí, no creyendo ser él autor de aquel pecado. Esto mismo hizo el Señor con los sacerdotes del templo, cuando les propuso aquella parábola de la viña, que aquel padre de compañas arrendó á los ingratos y rebeldes labradores. Puso sus culpas dellos en segunda persona, porque mejor las viesen, y conociesen la grandeza de su pecado. Entra dentro de tí mismo, y si lo que tú haces vieses hacer á otro, ¿qué dirias? Pues en esa reputacion debes tener á tí. Como una ropa para ver si está bien hecha, haces que la vista otro, y miras las faltas que tiene, así pon tu vida en otro, y considera bien quien eres, pues á tí mismo por andar tan cerca de tí no quieres conocerte. Deja

Prov., 14.

Matth., 10.

Josué, 7.

Gen., 3.

Luc., 6.

1. Reg., 12.

estos vanos y supérfluos cuidados. No cures de juzgar á los otros. Sé juez contigo riguroso, pues sabes quien eres, y conoces tu propia vida, así lo pasado como lo presente, y serás del Señor benignamente juzgado en la hora de tu muerte. El que fuere curioso examinador, y riguroso juez de los defectos ajenos, nunca merecerá perdon de sus propios yerros. Procura de escusar las obras de tus hermanos, en todo lo que á tí fuere posible. Vano eres, pues teniendo tantas culpas graves que enmendar en tí andas á corregir los defectos pequeños de tus hermanos. Mira á tí mismo, y lo mucho que hay que enmendar en tí, y no juzgues en tu prójimo la obra que pudo ser hecha con buena intencion. Judas, hijo de Jacob, pronunció sentencia de muerte contra su nuera Tamar, queriendo castigar el pecado que habia cometido. Pero como ella le mostró el anillo y el báculo, que traian á la memoria á Judas su pecado, revocó la sentencia, y dijo : Mejor es que yo. Si conocieres á tí mismo por mayor pecador, no serás juez riguroso con tus prójimos. En conociéndose Judas por mayor pecador retrajo la sentencia que temerariamente sin examinar la culpa de su nuera habia denunciado contra ella. Si miras á tí mismo, pues sabes tus pensamientos, y conoces tus malas inclinaciones, no serás temerario juez de lo que los otros hacen, antes dirás como dijo Judas : Mejores son que yo. Joab, capitan general de David, enviando á decir al rey el desastre de la batalla, dijo al mensajero : Si vieres que se enoja el rey David, y nos reprehendiere, diciendo : ¿Porqué llegastes al muro? tú dirás : Urías es muerto. Este recado mandó dar Joab al rey David, porque trayéndole á la memoria el pecado, que el mismo rey habia cometido, haciendo matar á un tan buen caballero como era Urías, no tuviese lengua para reprehender el descuido de sus capitanes en haberse llegado al muro : pues la culpa de Joab y de los suyos era muy pequeña en comparacion de la que David habia cometido, mandando matar á Urías. Y así David no solo no tuvo lengua para reprehender á los suyos, mas antes los animó para que prosiguiesen la batalla. Si tienes ojos para ver tus grandes defectos, no serás juez temerario de las pequeñas faltas de los otros. Aun las obras has de juzgar benignamente, cuando manifiestamente son malas, cuanto mas las que claramente no muestran malicia, y aunque puedan ser hechas con mala intencion, á tí conviene juzgarlas á buen fin, pues no te consta de lo contrario. Mas vale errar juzgando á buen fin las obras que tus prójimos hacen con dañada intencion, que atribuir á mala parte lo que hacen con buen intento : porque en lo primero hay bondad, y lo segundo no carece de culpa. En la ley vieja mandaba Dios que no juzgase el sacerdote al leproso, sino despues de siete dias. Pues si Dios no consentia que el sacerdote juzgase luego de la lepra, que con sus ojos veia, ¿cómo permitirá que juzgues á tu prójimo de la malicia del corazon, que tú no ves? Debríanse acordar los escudriñadores de los corazones de los prójimos de aquel grande castigo que hizo Dios en los Betsamitas. Porque miraron y curiosamente escudriñaron lo interior del arca del testamento,

Gen., 38.

2. Reg., 11.

Levit., 13.

1. Reg., 6.

cuando pasaba por su tierra, mató Dios setenta de los hombres principales, y cincuenta mil de los del pueblo. Mas verdadera arca es el corazon de tu hermano que aquella arca de Israel, y mucho mas interior y secreta es la intencion, que está escondida en el pecho del hombre, que las tablas de la ley, y el vaso del maná, y la vara que estaba en el arca. Pues si fueres curioso escudriñador de los pensamientos de tu prójimo, no podrás huir del castigo que Dios dió á los Betsamitas. Vanísima es y loca esta ocupacion. Recoge pues tus pensamientos, y serás de Dios amado, de los prójimos bien quisto, y vivirás pacífico y contento.

## CAPITULO XV.

### De la vanidad de las amistades humanas.

« El amigo de la mesa no permanecerá en el dia de tribulacion, » dice el Eclesiástico. Vanos son y locos los que se atreven á ofender á Dios por complacer á los hombres; el mundo da á los tales su pago. Permite Dios, por lo mucho que te quiere, que no halles lealtad ni agradecimiento en tus amigos, porque deprendas á servir á solo Jesucristo. Rara es la amistad que hay en el mundo. Todos son amigos de sí mismos, y si agora se te rien, y hacen cortesía, es porque pretenden tu favor, ó aprovecharse en alguna cosa de tí, porque ven que eres rico, privado, ó favorecido. Y el dia que no tuvieres estas cosas, en viéndote abatido y caido, los primeros que huirán de tí serán aquellos en quien mas confiabas, y que creias como ciego que eran los mayores tus amigos. El amor tiene su fin. No aman tu persona, sino tus bienes, los que te sirven no por quien tú eres, sino por lo que tienes, ó por lo que puedes. El cuervo, cuando no habian cesado las aguas del diluvio, volvió al arca de Noé, donde habia estado : pero en hallando que comer no tuvo cuenta con quien le habia librado de la muerte, y mantenido ciento y cincuenta dias que duró el diluvio. No volvió á Noé, porque ya no lo habia menester. Muchos hacen agora caso de tí, y te visitan y alaban, porque te han menester para hacer sus negocios, los cuales acabados no curan de tí. Como la amistad del cuervo, son las mas de las amistades del mundo. Los que te parece que son tus amigos no lo son segun verdad, sino amadores de sí mismos pretenden su interese, y á sí mismos buscan en tí. La tribulacion dice quien es amigo, segun aquello del Eclesiástico : « No será en la prosperidad conocido el amigo, y en la tribulacion se manifestará el enemigo. » El árbol cuando tiene su fruta es visitado, porque se la cogen : pero en acabándose la fruta es dejado, y no curan dél. Agora que tienes riquezas ó favor de que se pueden aprovechar de tí, eres visitado porque estás próspero, pero la pobreza y abatimiento descubrirá ese engaño. Cuando Jerusalen estaba rica y próspera en tiempo de David y

Gen., 8.

Eccli., 12.

Salomon, y de otros reyes poderosos, que reinaron en ella, todos holgaban con su amistad, y los reyes comarcanos le ofrecian parias. Pero cuando los Caldeos la asolaron y destruyeron, el santo profeta Jeremías llorando su calamidad, arrasados sus ojos, entre otras lástimas dijo con grande sentimiento: «Entre sus queridos no hay quien la consuele. Todos sus amigos la menospreciaron, y le son enemigos.» Bien parece que aquella amistad que tenian con Jerusalen no era verdadera, pues en su adversidad la dejaron sola y ayudaron á sus enemigos. Salomon dice en los Proverbios: «En todo tiempo ama el amigo, y el hermano en las angustias es probado.» De los trabajos del santo Job no fué el menor ver en su tribulacion que su propia mujer le era contraria, y los amigos que habian venido á visitarle le dijeron lástimas. Lo cual sintiendo dijo á Dios: «Mis amigos son palabreros.» «Hay amigos, dice el Eclesiástico, que no tienen sino nombre de amigos.» Grande union hay entre el oro y el azogue, y tanta que cuando purifican el oro en el horno, el azogue convertido en humo busca al oro donde quiera que está fuera del fuego para unirse con él. Pero con toda esta amistad en entrando el oro en el fuego, el azogue lo deja y desampara, y se convierte en humo. La amistad que muestran muchos tener contigo en entrando en el fuego de la tribulacion toda se convierte en humo, y solo serás dejado en el horno de tus angustias. No fies en el mundo, no hagas caso de palabras, ni amistades vanas de hombres, y no pienses que el mundo falso tratará á tí mejor de lo que trató al que le crió. El dia que el Señor entró en Jerusalen, todo el pueblo con ramos en las manos lo salió á recibir, y lo alabaron y honraron. Los discípulos se preciaban de tener tan honrado Maestro, y ninguno faltó de la mesa para comer la última cena. Pero en volviendo el mundo el rostro, luego en la noche de su prision los apóstoles que lo acompañaban en su prosperidad lo desampararon todos, y uno dellos se afrenta de tenerle por Maestro, y jura que no lo conoce. Por eso dijo muy bien el santo rey David: «No querais confiar en los príncipes, ni en los hijos de los hombres, en quienes no hay salud.» «¡Ay de vosotros, dice Isaías, que confiais en un báculo de caña, y quebradizo!» Mucho confias en el poderoso, y en tu amigo que es como caña, que estribando en su amistad se quiebra, y faltando la caña caes, y quiebras los ojos. El mundo está lleno de hombres que se quejan de sus amigos, y de la ingratitud de los señores. Vano eres y loco si con todas esas quejas nunca acabas de escarmentar. ¿Porqué piensas que mandó Cristo nuestro Señor que amásemos á los enemigos? Porque amasemos. Como el fuego siempre hace, y obra donde quiera que está, así nuestra voluntad jamás está ociosa, y no sabe vivir sin amar. Ya que no hay amigos, quiere Dios que ames á los enemigos: porque antes, si buscas que amar, quedarte has sin amar. Cada uno es amigo de su interese, todo el mundo

2. Reg., 10.
Jer., 52.
Thren., 1.
Prov., 17.
Job, 2.
Job, 16.
Eccli., 37.
Matth., 21.
Marc., 11.
Luc., 19.
Joan., 13.
Matth., 26.
Luc., 22.
Psal., 145.
Isai., 36.
Matth., 5.

busca su provecho, todos pretenden, y tanta es la codicia que ya el hijo no ama al padre sino por su provecho. Muchos aman á sus enemigos, y hacen bien á los que los aborrecen, y tienen envidia, y cumplen en esto el precepto evangélico que manda amar á los enemigos, pensando ellos que no lo guardan. Amas á los que tienes por amigos, y comen á tu mesa: sepas pues que amas á tus enemigos. No hay hombre que no ame á sus enemigos: pues todos aman, y en tiempo que no hay amigos. Engañosas son por cierto, y muy falsas todas esas tus amistades. ¡O vanidad de vanidades hacer caso de estas amistades humanas! Niñerías son, y juegos de muchachos, y ocupacion ociosísima, y sin algun provecho. Mañana morirás, y estando la candela en la mano dime qué te aprovecharán tantos años de tu vida que gastaste en contentar á los hombres. ¿Cómo no te libran de la muerte aquellos por cuyo amor mataste tantas veces tu ánima con pecados? Aquel riguroso trance de la muerte dirá cuan vanos son los que habiéndoles Dios dado una breve vida, para granjear en ella otra vida perpetua y verdadera, ofenden á Dios por hacer placer á los hombres. Entonces veremos cuan perdido fué el tiempo que gastamos en contentar á las criaturas, dejando al Criador de todas ellas. Muchos, como Herodes y Pilato, que se hicieron amigos para perseguir á Cristo, traban amistades, y las tienen muy estrechas para tornar á crucificar otra vez Jesucristo en sí mismos, como dice el Apóstol, con muchos pecados y suciedades. No has de ofender á Dios por amor de tu amigo: pero debes sufrir cualquier pena y trabajo por amor dél. Has de tomar por él el mal de la pena: y no el mal de la culpa. Muchos lo hacen al reves. Son compañeros de sus amigos en la culpa, y participantes en la ofensa de Dios, y no quieren gustar de la pena, sino librarle della, y dejar solos á sus amigos en sus trabajos. Adan, que habia sido compañero de Eva en la culpa, y ofendió á Dios por amor de ella, no queria despues ser compañero en la pena; mas antes defendiéndose echaba á su mujer la culpa, diciendo á Dios: «La mujer que me diste me dió del árbol, y comí.» Mejor amigo era David de los suyos, cuando decia á Dios: «Yo soy el que pequé: estos que son ovejas, ¿qué hicieron? Conviértase tu ira solo contra mí.» Muchos hay en el mundo que pecaron mortalmente por sus amigos y si los vieren en necesidad no les darán nada. No se puede llamar esta amistad verdadera, ni es posible durar mucho tiempo. No hay amistad ni la puede haber, sino entre los buenos. El tiempo deshace la amistad de los pecadores. Oye á la Escritura, que dice: «El mundo está puesto en malignidad.» Cree á pocos, y huye de los muchos. Con solo Jesucristo y sus siervos ten amistad, y en sintiendo que alguna amistad mundana perjudica á tu aprovechamiento espiritual, huye della como de una manifiesta pestilencia, y todas cuantas amistades hay debajo del cielo debes tomar como cosas emprestadas, y que mañana serás privado dellas.

Matth., 27. Luc., 23. Hebr., 6.

Gen., 3.

2. Reg., 24.

Joan., 5.

## CAPITULO XVI.

### De la verdadera amistad.

Psal., 138. «Muy honrados son, Señor, vuestros amigos,» dice el psalmista hablando con Dios. Pues son vanas las amistades del mundo, y engañosas y falsas las palabras de los pecadores, debes tener amistad con solo Dios, y con los que le aman y temen. La amistad de Dios es fiel y verdadera, pues tan famosos hace á sus amigos en la tierra, y tan gloriosos despues en el cielo. El mundo anda á viva quien vence, y á los que muestra tener amor en la prosperidad desecha en la tribulacion. Cuando es amado uno en la prosperidad, incierto es si se ama la prosperidad ó la persona: pero la pérdida de la prosperidad da testimonio de quien es amigo. El que en la adversidad desprecia á su prójimo, manifiesto es que no le amaba en la prosperidad. El tiempo descubre la verdad, y declara quien sea amigo ó enemigo. Dios es buen amigo,

Gen., 41. Dan., 13. 1. Reg., 26. pues en todo tiempo ama. No se olvidó de José en la cárcel, ni de Susana en su angustia, ni de David en sus persecuciones. A ninguno de sus amigos olvidó en sus trabajos y necesidades, y así les guarda la amistad, que aun despues de muertos, cuando los hombres ya no tienen amigos, es Dios muy buen amigo de los suyos. Queriendo castigar á Salomon por sus grandes pecados, y quitarle el reino, templó su justicia, por ser hijo de

3. Reg., 11. su amigo David, dejándole dos tribus, por conservar la memoria de David, y su casa, y nombre. De tal manera tiene el Señor cuenta con sus amigos, y con la honra dellos, que tiene por bueno que padezca su honra, porque la honra de sus amigos no pa-

Matth., 1. dezca detrimento. Por esta razon quiso que la Vírgen su Madre fuese desposada, porque si pariera sin ser casada no fuera tenida por buena mujer. Fué tenido el Salvador del mundo por

Luc. 1 et 3. Hijo de José, siendo Hijo de Dios verdadero, porque era su Santísima Madre casada con José, lo cual quiso el Señor sufrir, antes que su Madre fuese infamada. Mas quiso que se dudase de su nacimiento eterno que de la pureza y limpieza de la Vírgen, tan á costa suya quiso conservar segura la honestidad de la Madre. En esto verás cuan buen amigo es Dios, y el mucho cuidado que tiene de la honra de los

Matth., 1. Luc., 7. suyos. Envió san Juan Baptista á Cristo á preguntarle quien era, y esto hizo por la salud espiritual de sus discípulos, y porque el pueblo pudiera tener al santo precursor por liviano, pues preguntaba quien era habiendo dado dél testimonio, el Señor como buen amigo volvió por la honra de san Juan alabándole el pueblo de constante, y de otras muchas virtudes. Lo mismo

Num., 12. hizo cuando volvió por la honra de su grande amigo Moisen, en el tiempo que sus hermanos Aaron y María habian

murmurado dél. Así tambien respondió por su devota discípula la Magdalena, cuando la despreciaba el fariseo, y cuando se indignaron contra ella los discípulos, y cuando se le quejó Marta porque no le ayudaba en el servicio de casa. Pide Dios la sangre de sus amigos injustamente derramada: como pidió la sangre de Abel, y la de Nabot, y la de Zacarías hijo de Joyada pontífice, y la sangre de todos sus profetas. Mira cuan seguras tienen las espaldas los amigos de Dios, y como los ampara, y castiga á los que los maltratan. No es la amistad de Dios como la del mundo, de la cual dice el santo Job: « Mis amigos me engañaron, así como el arroyo que impetuosamente corre á los valles. » Muchos arroyos hay que en el invierno van llenos de agua cuando no hay necesidad de agua, y se secan en el verano cuando es menester el agua: en los cuales no hallan agua los caminantes sedientos y son engañados y burlados. Así el falso y fingido amigo, segun sentencia de Job, cuando no es menester en el tiempo de la prosperidad promete mucho, pero en la adversidad cuando todo falta, y está seco, y tienes necesidad dél, si fueres á él en tu angustia hallarás haber sido engañado. Dichosos los apóstoles, pues merecieron oir de boca del Salvador: « A vosotros dije amigos. » Esta buena dicha y bienaventurada amistad de Dios podrás alcanzar tú, haciendo lo que debes. Esta amistad es firme y perpetua, y la que dura para siempre, porque la amistad de los malos no puede durar mucho tiempo. Como la flor sola de la yerba llamada efemera cada dia nace y se seca, y quemándola el soles totalmente consumida, así es vana la amistad del mundo, y se seca luego con cualquier molestia, y se acaba del todo. Por lo cual dijo David en el psalmo: « Apartaste de la miseria á mi amigo, á mi prójimo, y á mis conocidos. » No lo hizo así el santo patriarca Abrahan con su amigo Lot, pues cuando supo que estaba preso lo socorrió en su angustia. Toda tu amistad sea con Dios, pues cuando pecas él te perdona, y te galardona cuando haces lo que debes. Este es buen amigo el cual en todo tiempo amó, en las honras y deshonras, y en la vida y en la muerte. Y como no tuviese mas de la lengua para nos hacer servicio, cuando estaba enclavado en la cruz, con ella nos ganó perdon del Padre orando con lágrimas, como dice san Pablo. Toda otra conversacion es cosa de vanidad, y amistad muy de burla, si en Dios no va fundada. Buena es la amistad de los pocos buenos y varones espirituales que con su santa conversacion encienden en el amor de Dios el corazon, y ayudan á levantar el espíritu al Señor. Aquel es verdadero amigo tuyo que ama la salud de tu alma, y no el que te adula y habla blandamente. Aquel es amigo que le pesa de tus males, y ruega á Dios por tí, y te amonesta con caridad. No es fiel amigo sino en Dios, ni es verdadera amistad sino la que se funda en Dios hace fiel amigo, y sin él ninguna amistad puede durar mucho tiempo. Todas las cosas has de tratar con los amigos, pero primero has de tratar de ellos. No hay cosa que se compare con el amigo

Luc., 7.
Matth., 26.
Luc., 10.
Gen., 4.
2. Paralip., 24.
4. Reg., 27.
Matth., 23.
Job, 6.
Joan., 15.
Psal., 87.
Gen., 14.
Hebr., 5.

fiel, y el que le halla halla un tesoro. Con él trata tus negocios, y no reveles tu secreto al extraño. Lo que no quieres que se sepa no lo digas al que no es probado amigo. ¿Quieres que sea tu prójimo mejor contigo de lo que tú eres contigo mismo? ¿Quieres que te ame mas de lo que tú te amas? Pues si tú no puedes guardar tu secreto, ¿cómo quieres que lo guarde aquel á quien lo descubres? Cosa rara es y ardua guardar secreto. Tales secretos descubre que no tengas despues vergüenza, aunque los veas manifiestos. El que no sabe callar no sabe conservar amigos. Grande don de Dios saber callar y hablar cuando conviene. Con los buenos y virtuosos ten tu amistad, porque la ley de Dios que trae el bueno delante de sus ojos le hará guardar el secreto que en conciencia es obligado á no descubrir. Pero el que no guarda la ley en poco terná ir contra ella. Escrito está: « El que consigo es malo, ¿con quién será bueno? » El que no tiene ley consigo, ¿cómo la terna contigo? El que dice sus propias cosas, ¿cómo callará las ajenas? Solo el bueno será el verdadero amigo, y mirará por tus cosas: pues el que ama á Dios no puede dejar de amar al prójimo, y tratar cristianamente las cosas del amigo. Esta es la amistad verdadera, á la cual solamente te debes arrimar: huye de toda otra amistad mundana, pues no sirve sino de llevar los hombres al infierno.

Eccli., 6.

Prov., 25.

Eccli., 14.

## CAPITULO XVII.

### De la vanidad de los loores humanos.

« Guardaos no hagais vuestras obras delante de los hombres por ser vistos de ellos, » dice el Señor. Aunque diga el Salvador que resplandezca nuestra luz delante de los hombres para que vean nuestras buenas obras, no quiso que buscases tus loores, sino la gloria y honra de Dios: y por eso dijo: « Para que glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. » El que hace la buena obra por ser alabado no quiere que sea Dios glorificado, sino él. No prohibe el Señor la buena obra pública, pero quiere que la intencion sea secreta. Manda que no busques tus alabanzas, sino que en el bien que hicieres pretendas mas contentar á Dios que tus propios loores. Si en la boca ajena pones el tesoro de la buena obra, no está en tu mano guardarlo ni perderlo. Tú mismo guarda tu tesoro. Esconde las riquezas de las virtudes, si no quieres ser robado de los lisonjeros. Ezequias, porque mostró sus tesoros á los mensajeros del rey de Babilonia, fué gravemente punido. No publiques las buenas obras que haces, ni busques los loores humanos, si no quieres ser castigado de Dios, como vano y arrogante. No busques el galardon de tus buenas obras en este mundo, porque no pierdas el premio

Matth., 6.

Matth., 5.

4. Reg., 20.

eterno de la gloria. Guárdate que no te diga despues el justo Juez: Recebiste tu galardon. No quieras ser justificado de los hombres, porque vana es la alabanza humana acusando la mala conciencia. El hombre sabio no busca la alabanza humana, antes la alabanza busca á él. El que con el vituperio no ofendió, no es desvanecido con la alabanza. ¿Quién desea alabanzas humanas, pues si quiere conocerse en lo pasado hallará de que dolerse y en lo por venir de qué temer? Si quieres ser digno de alabanza no busques los loores de los hombres, porque aunque á alguno sea fácil no hacer caso de los loores humanos, pero dificultoso es no deleitarse en ellos, cuando le son ofrecidos. Si te elevas cuando te alaban de las gracias que tienes, con esas gracias y dones haces guerra á Dios que te las dió. Mira cuan grande delito es que no solo no des gracias á Dios por los beneficios que te ha hecho, pero aunque esos dones sean las armas con que hagas guerra al magnífico Dador, con las cosas que te debieras humillar te ensoberbeces. El que por la virtud quiere loores humanos da por vil precio lo que vale mucho. No puedes por una misma obra desear la alabanza humana, y alcanzar el premio eterno. Mas te va en parecer á tí mismo bien, que en parecer bien á los otros. Vicio es querer contentar á muchos, y no á los pocos buenos. A los justos atormenta su propia alabanza, y ensalza á los soberbios; pero este tormento purga á los buenos, y alegrando á los pecadores muestra ser injustos. Ama ser tenido en nada, y esto te será mas provechoso que ser alabado de los hombres. El que no desea la alabanza humana no siente las injurias de los hombres. Si deseas ser digno de alabanza no busques los loores humanos. Huye de ser alabado, porque no seas engañado, y pierdas el mérito de la buena obra. No te deleiten ni muevan las alabanzas de los hombres, ni los favores de los poderosos, porque vanas son y mortíferas las cosas que nos aparten del sumo bien. No hagas caso de palabras, porque el Varon sabio mas pondera las obras que las palabras. La buena obra ella alaba á sí misma. Los que buscan solamente palabras ninguna cosa hallarán. La virtud hecha en Dios de ese mismo Señor recibirá el galardon. Si pusieres tu vida en las bocas de los hombres, agora serás mucho, y luego serás nada, y nunca serás libre ni quieto. El justo no se mueve por palabras adornadas, pero tiene cuenta con agradar á Dios. Vuelve á tu conciencia donde hallarás la verdad de lo que eres, y conoce que eres enfermo y pecador, y que morirás muy presto. En el artículo de la muerte se verá cuan falsa fué la gloria de este mundo, cuan loca su alegría, y cuan vanas las alabanzas de los hombres. No codicies andar en las bocas de los hombres, porque engañan con vanos loores al loco amador de la gloria temporal. Vana es la alegría que no se funda en segura y limpia conciencia.

Matth., 6.

Como se prueba el oro en el fuego, así es probado el hombre en la boca del que le alaba. El oro queda en el crisol apurado, y lo que no es oro conviértese en humo. Así la virtud pasada por el crisol de la alabanza, si es falsa consúmese y acábase; pero si es verdadera virtud crece siendo loada. Si deseas la alabanza de los hombres, no tienes la verdadera virtud. Si te ensalzas en los loores humanos no eres virtuoso.

Eccli., 1.

Dan., 3. Los de Babilonia cuando oian la música adoraban la estatua, como muchos que en oyendo las alabanzas humanas adoran la estatua del vicio. El maná que guardaban los Israelitas para alguno de los dias de entre semana, hallábanlo

Exod., 16. ese otro dia comido de gusanos, pero si lo guardaban para el sábado estaba sano y bueno. Entiende por estos dias de entre semana el tiempo de la vida presente. Todas las obras que haces por ser en este mundo alabado de los hombres se pierden y corrompen. Pero las que se hacen guardándolas para el descanso de la fiesta de la gloria, allá parecerán buenas, y recibirán su galardon. Guárdalas por el sábado de

Exod., 20. la gloria. Mandando Dios que las piedras de que se hacia su altar no fuesen polidas ni labradas, sino toscas, y sin labor, no quiso decirte, sino que las obras que hicieres no las hagas por parecer bien á los hombres, sino por solo Dios. No se labra la piedra por defuera, sino para parecer bien á los ojos de los hombres. Guárdate de querer contentar á los que te ven obrar bien, pero levanta tu corazon á Dios, y solamente en él, y no en otro debes poner tu pensamiento.

Ezec., 1. Aquellos santos cuatro animales que vió Ezequiel tenian sus alas tendidas en lo alto. Las buenas obras, que son las alas con que hemos de volar al cielo, y las que nos llevan á él, han de ir enderezadas en lo alto contemplando los tesoros celestiales, y encaminándolas á solo Dios. Procura de á solo Dios contentar, y servir en lo interior de tu alma, y no cures de hipocresías y buenas muestras por ser vanamente alabado.

## CAPITULO XVIII.

### De la vanagloria.

Josué, 7. «Da la gloria á tu Dios y Señor,» dice la Divina Escritura. La gloria de buena obra dése á Dios, como autor y principal, y causa del bien que haces. Guárdate de usurpar la gloria que no quiso Dios dar á nadie, segun aquello que él mismo

Isai., 41. dice: «No daré mi gloria á nadie.» Grande mal es la vana gloria. Cosa es muy dañosa al varon espiritual la vana gloria y propia complacencia. En todo lo que hicieres huye de la vana gloria como del basilisco. Si te ve primero tomándote desapercebido, morirás con su vista; pero si tú le ves ante mano conociendo su vanidad, y la poca razon que tienes en recebir vanagloria de tus obras, alcanzarás perfecta vitoria. Sea Dios alabado en sus obras, y no el

Isai., 10. hombre, que es un vil instrumento de su gracia. Dios dice: «¿Por ventura la segur se gloriará contra aquel que corta con ella, y la sierra ensalzarseha contra el que obra con ella?» No se dan las gracias al instrumento, sino al oficial que hizo con el instrumento la buena obra. Pues si tú algun bien haces no eres sino un

instrumento de Dios, que obra por tí: guárdate que no usurpes la gloria y honra, que se debe á tu Señor. El Apóstol, despues que relató los muchos trabajos que sufrió, dijo así: «No hice yo esto, sino la gracia de Dios en mí,» y Cristo Salvador nuestro dice en su santo Evangelio: «Sin mí ninguna cosa podeis hacer.» Y por eso tantas veces repite esto el santo rey David, diciendo: «Mi fortaleza y mi alabanza es el Señor, y es hecho en mi salud, y fué hecho el Señor mi fuerza y mi refugio.» Y en otro psalmo dice á Dios: «Contigo destruiré á mis enemigos.» No dice en mi virtud, ó en mi industria, ó fuerza, sino en tí, y contigo. Con tu fuerza y poder venceré á todos mis contrarios. Bien ves como el psalmista atribuye todas sus vitorias á Dios, y las refiere á él, como á autor dellas, y de su salud. Porque Moisen y Aaron no dieron á Dios esta honra como Autor del milagro, no entraron en la tierra de promision, con haber pasado cuarenta años de grandes trabajos por amor de ella. Pues si á estos dos santos tan grandes amigos de Dios así los trató, ¿qué hará á tí que usurpas toda la gloria y honra de Dios en los bienes que haces? En todo género de cosas hemos de venir á un principio, del cual proceden todas las cosas de aquel género. Todo movimiento es causado del movimiento del primer movible. Lo mesmo hemos de decir del movedor. Porque en los movidos y movedor no hemos de poner discurso infinito, y por eso hemos de venir al primer movedor. Así las buenas obras necesariamente han de proceder de la influencia de la bondad primera, porque todo bien viene del bien primero. Por lo cual dijo el Apóstol: «No somos suficientes de pensar alguna cosa como nuestra, pero nuestra suficiencia viene de Dios.» Y á los Filipenses dice: «Dios es el que obra en nosotros, el querer y perfecionar.» Porque aunque los ojos estén sanos, no pueden ver si no fueren ayudados con la luz de fuera. Así nosotros no podemos hacer obra meritoria de la vida eterna, aunque tengamos libre albedrío, que es como ojos del alma, si no somos ayudados por Dios con luz eterna. Pues si ninguna cosa puedes sin Dios, y el principal Autor del bien que haces es Dios, ¿porqué te alabas? Aquel siervo fiel que escribe san Lucas, á quien Dios habia dado una libra, para que negociase, viniendo á dar la cuenta, dijo al Señor: Tu libra ha ganado diez libras. No dijo: Yo he ganado diez libras, tu libra ganó diez, atribuyendo el varon santo toda la ganancia á la gracia de Dios, segun aquello del Apóstol: «Dios dió acrecentamiento.» Del hombre es plantar y regar; pero dar el fruto conviene, segun sentencia del Apóstol, á la Divina Gracia. No dijo Judit: Yo corté la cabeza á Holofernes, sino: El Señor lo mató por mano de una mujer. Eliezer era criado de Abrahan, y todo el buen suceso de su camino referia á Dios, y decia haber venido de su mano. Santa Isabel, madre de san Juan Baptista, viendo que habia concebido al santo precursor del Señor, refiriendo la milagrosa concepcion no al marido sino á Dios, dijo: Esto hizo Dios

1. Cor., 15.
Joan., 15.
Psal., 117.
Psal., 41.
Num., 20.
2. Cor., 3.
Philip., 2.
Luc., 19.
1. Cor., 13.
Judith, 13.
Gen., 27.
Luc., 1.

en mí. Son los santos muy fieles en dar la gloria y honra á Dios, pues es suya: al reves de los pecadores y vanos, que se alzan con ella.

Apoc., 4. Aquellos veinte y cuatro viejos del Apocalipsis tomaban las coronas de sus cabezas, y ponianlas á los piés del cordero, lo cual debes tú hacer poniendo la honra de la buena obra á los

Psal., 113. piés de Jesucristo, y diciendo con el profeta: «No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre se dé la

Isai., 26. gloria.» «Todas nuestras obras obrastes vos, Señor,»

Dan., 4. dice Isaías. Nabucodonosor alabando á sí mismo dijo: ¿Por ventura no es esta la ciudad grande y fuerte que yo edifiqué con mi potencia y fuerza? Luego sonó una voz del cielo, que dijo: Tu reino pasará á tus enemigos. Gloriábase Sanson de una vitoria

Jud., 13. que Dios le dió, y decia: Con la mejilla del asno los maté. No dijo: Dios los mató, sino: Yo los maté, jactándose en sus fuerzas, por lo cual lo castigó Dios, y fué luego humillado, y de manera que casi muriera con sed, por la vanagloria que tomó de la obra que hizo Dios por él. Codiciar esta gloria vana del mundo es ignominia. La verdadera gloria es despreciar esta gloria vana del mundo, y no hacer caso della, sino hacer todas las cosas por contentar á Dios. Si deseas ser alabado, procura con diligencia ser alabado de Dios, porque la alabanza de los hombres en comenzando es acabada. Por grande pecado tenia el santo

Job, 31. Job besarse la mano, lo cual haces tú cuando te jactas, y

Exod., 4. alabas de la buena obra que hiciste. Parecia á Moisen que tenia la mano sana, pero metiéndola en su seno sacábala leprosa. Si te parece que tus obras son sanas y buenas, mete la mano en tu pecho, considerando las circunstancias que se requieren para que la obra sea buena, y hallarás que no carece de lepra si la haces por vanagloria. ¿Qué tienes que no recibiste? Tu perdicion es tuya, y la salud

Oseæ, 13. es de Dios. Si miras en lo pasado, hallarás haber hecho muchas cosas de que debes haber vergüenza. Si miras lo presente, hallartehas en este destierro cercado de peligros: y si pones los ojos en lo que está por venir, debes mucho temer, considerando los terribles juicios de Dios, que vernán sobre tí. Mas debes andar temeroso y triste en este valle de lágrimas que vanaglorioso y alegre: pues esas buenas obras que haces no sabes cuan aceptas son á Dios, ni qué tanto tiempo perseverarás en ellas. «El que está en pié mire que no caiga, dice

1. Cor., 10. el Apóstol: si en la gracia que te dió Dios te vanaglorias

Psal., 115. y ensoberbeces, serás privado de ella.» Así lo dijo el psal-

Psal., 19. mista: «Yo dije: En mi abundancia nunca me moveré.» Porque confiaba vanamente en sí cayó, segun que dice: «Apartaste, Señor, tu rostro de mí, y luego fuí conturbado.» Si algun bien haces, de Dios es. ¿Qué razon hay para gloriarte en los bienes que no son tuyos? Vírgines locas son, y vasos traen sin aceite, los que buscan la vanidad y gloria exterior de este mundo. Si glorificas á tí mismo, tu gloria es ninguna. Si los ángeles siendo de tanta dignidad en el cielo no buscan sino la honra y gloria de Dios, ¿cuanto mas un hombre mortal y pequeño se debe humillar lanzando de sí toda vanagloria? Deprende,

hombre miserable, á ser humilde de corazon : porque halles la gracia, que perdieron los malos ángeles por su vanidad y soberbia.

## CAPITULO XIX.

### Del desprecio de la vanagloria.

«El que se gloria gloríese en el Señor,» dice el Apóstol. 1. Cor., 10. No te glories en tus obras, porque toda la gloria del siervo de Jesucristo debe ser en solo Dios. Él es el que dice : « No daré á otro mí gloria. » Quiso Dios con ser el principal autor de la buena Isai., 42. obra que haces, que todo el provecho fuese tuyo, reservando para sí solamente la gloria y honra. Así la repartieron los ángeles, cuando, el dia de su sagrado nacimiento, dijeron : « Gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres. » Luc., 2. Pues cuando hurtas la gloria que es de Dios, quítate Dios el provecho que era tuyo, y así en la buena obra que hiciste, porque te alzaste con la honra debida á Dios, pierdes el merecimiento, del cual te priva Dios, y justamente, porque quisiste usurpar la gloria que era suya. Es conforme á justicia que el que toma lo ajeno pierda lo que era propio suyo. Pierdes el merecimiento que era tuyo, porque hurtas á Dios la gloria que era suya. El Apóstol dice : « Al Rey de los siglos, 1. Tim., 1. inmortal, é invisible, á solo Dios sea la honra y la gloria. » Act., 12. A Herodes mató el ángel, porque no dió la honra á Dios. Desprecia toda gloria vana del mundo presente, si quieres recibir mayor gracia del Señor. Cuanto mas devoto fueres, tanto debes temer mas la vanagloria, y vivir mas recatado. La vanagloria procede del bien, y así no se apaga con el bien : mas antes se aumenta. Como Dios por su bondad de los males saca bienes, por el contrario es tan grande la malicia de nuestro adversario que de los bienes saca males. De las obras virtuosas saca vanagloria, porque pierdes el mérito de la buena obra. Así lo hizo con aquel vano farisco, que locamente se gloriaba en el Luc., 18. templo, alabándose de lo que hacia. Esta vanidad es la saeta del dia, que procede de la luz de la buena obra, de que el profeta deseaba ser libre. Guarda no seas herido de esta saeta, Psal., 90. porque trae yerba que mata. Si te parece que haces mucho, es porque no comparas tus obras con las que los santos hicieron. Por mucho que hagas, mira los trabajos de los santos, y entonces conocerás lo poco que vales. Una cosa parece blanca, y puesta junto de la nieve queda por negra. Si traes á tu memoria lo mucho que los santos sufrian, y la grande penitencia que hicieron, no sé qué obras haces tú que con esta consideracion no las tengas por pequeñas y á tí provechoso y desaprovechado. Conoce tu flaqueza, y lo poco que eres, y no tomes vanagloria por nada. No te mueva á hacer alguna buena obra la vanidad, ni

esperes el galardon de los hombres. El molino de viento no anda ni lanza harina, sino con el viento. Muchos no dan de sí harina de buenas obras, sino cuando sopla el viento de la vanidad. Aunque hagas todo cuanto manda la ley, ¿de qué te glorias? El Señor dice: «Cuando hiciéredes todas las cosas que os son mandadas, decid que sois siervos sin provecho.» Aunque hubieras siempre servido á Dios, te debes tener por siervo inútil, cuanto mas que si quieres tener cuenta contigo, y entrar en tu conciencia, hallarás haber ofendido á Dios muchas veces. Entonces habrás hecho todas las cosas, cuando tuvieres para tí que ninguna hiciste. No destruyas el fruto de tus trabajos, y no derrames en vano tus sudores. Bien sabe Dios, y mejor que tú mismo, lo que haces, y los méritos de tus obras. No dejará de remunerar un jarro de agua fria que dieres en su nombre. ¿Pues porqué te alabas? ¿No sabes que si á tí alabas que no serás alabado de Dios? Ten á tí mismo por desaprovechado, y Dios te pasará á la parte de los útiles y provechosos. Si te alabares, serás reprobado, aunque hubieras sido digno de ser alabado. Si te tuvieres por inútil, luego serás útil, aunque antes fueses culpado. Necesario es recoger los pensamientos. Conviene que te olvides de tus propias virtudes. Como te olvidas de tus pecados, siendo mas dignos de memoria, no es mucho que te olvides del bien que haces. Grande tesoro es el olvido de la buena obra. Los santos mucho trabajaron por traer á la memoria sus defectos, y por eso fueron humildes. El fariseo por vanagloria se perdió, aunque parecia dar gracias á Dios. Si á tí mismo alabas, eres á Dios aborrecible, y á los hombres odioso. Si quieres que tus cosas sean grandes, no pienses que son grandes, porque de otra manera no podrán ser grandes. Si fueres en todas las cosas pequeño, recibirás mayor gracia del Señor. Nuestro Señor Jesucristo, cuya vida y ejemplo es para nuestra doctrina, cuando sanó al leproso mandóle que no dijese á nadie el milagro, por enseñarnos el desprecio de la vanagloria. Lo mesmo hizo cuando curó al sordo y mudo, y cuando resucitó á la hija del príncipe de la Sinagoga. ¿Qué puedes ganar de todos los loores humanos sino un poco de viento y humo que pasa? Si quieres ser de los hombres alabado, desprecia sus alabanzas. Quita de tí los vanos y locos pensamientos de la jactancia y alabanza humana. En el Genesis se lee que Abrahan hacia sacrificio á Dios de carnes muertas, y venian las moscas y aves, y porque no lo ensuciasen las echaba del sacrificio y aventaba. Cuando hicieres alguna buena obra, que es como sacrificio que á Dios ofreces, si el demonio viniere con moscas de pensamientos de vanagloria, lo cual él procura por quitar el mérito, échalas de tí, y dales de mano. A Moisen mandó Dios, queriendo castigar los Egipcios, que derramase ceniza por el aire, y cumpliendo Moisen el mandamiento de Dios andaba la ceniza por el aire como niebla, y de allí resultaron en los Egipcios vanas nacidas y hinchazones. Las obras que haces por vanidad son como ceniza que anda por el aire, y de echar tus buenas obras al viento de vanagloria se sigue la hinchazon de la so-

Luc., 17.

Matth., 10.

Luc., 5.

Marc., 7.

Luc., 8.

Gen., 15.

Exod., 9.

berbia. Todo tu cuidado sea solamente en contentar á Dios, teniéndole delante en todo cuanto hicieres.

## CAPITULO XX.

### De los que se alaban á sí mismos.

«Todo dado bueno, y todo don perfecto es de lo alto, y desciende del Padre de la lumbre,» dice el Apóstol Santiago. Pues si todo el bien que tienes es de Dios, ¿porqué te alabas? ¿Qué tienes que no hayas recibido? y si los has recibido, ¿porqué te glorias, como si no lo hubieras recibido? No somos suficientes para pensar alguna cosa de nosotros, así como nuestra: pero nuestra suficiencia viene de Dios. Pues si el hombre no es suficiente para pensar una cosa buena de sí mismo, que es el menor bien de todos, ¿qué podrá cerca de lo que ha de hacer? «Ninguno viene á mí si mi Padre no lo trajere,» dice el Señor. Tu perdicion es tuya, y el bien es de Dios. Por sí mismo va el hombre al pecado, pero no sale dél por sus propias fuerzas. Por sí misma se enreda el ave, pero no sale de la red si otro no la saca. El Señor dice: «Sin mí no podeis hacer cosa alguna.» Todos los bienes, así espirituales como temporales, vienen de Dios: ¿pues qué razon tienes para alabarte? ¿De qué te ensoberbeces? El que dice sus bienes, y calla sus males, es como el que hace al barbero que le saque la buena sangre, y la echa fuera, y se queda con la mala. El fariseo que subió á orar al templo alabábase á sí mismo diciendo los bienes que hacia: y así sacábase la buena sangre con la lanceta de su lengua, dejando la mala sangre, y encubriendo sus pecados, y así quedó enfermo. El publicano por el contrario estando enfermo quedó sano, porque echó fuera la mala sangre de sus pecados. Alabarse el hombre á sí mismo es una grande vanidad y locura. Alabándote, y publicando tus bienes, no alcanzas lo que pretendes. Alábaste porque te estimen en mucho, y por solo esto te estiman en poco los que te oyen. Los que te tenian por cuerdo, oyendo de tu boca tus propias alabanzas, te tienen por liviano y arrogante, y así te desprecian. Y si algun simple del pueblo te honra por lo que de tí dijiste, de todos los sabios eres tenido en poco. Locura es comprar una cosa tan liviana como la estimacion del pueblo simple, por tan caro precio como es ser despreciado de los buenos y sabios varones. Alábaste porque te honren, y por la misma razon eres deshonrado y tenido en poco. Encubre el bien que haces y no seas arrogante, ni vanaglorioso. Los Egipcios, en pariendo las mujeres hebreas hijo varon, luego lo ahogaban en el rio, por lo cual las madres los escondian y criaban. Así si no escondieres la buena obra, que es como concebimiento de tu ánima,

Jacob., 1.
1. Cor., 4.
2. Cor., 3.
Joan., 6.
Oseæ, 13.
Joan., 15.
Exod., 1.

será muerta, quitándole la vanidad el merecimiento. A solo Dios queria por testigo del bien que hacia el santo Job cuando dijo: « En el cielo está mi testigo, y el que me conoce está en las alturas. » El que busca las alabanzas humanas por lo que hace quiere testigo en la tierra: pero el que procura contentar á solo Dios, considera que tiene á solo Dios en el cielo, por testigo de cuanto hace. El que tiene á Dios por testigo de su vida no teme los dichos de los hombres. ¿Quieres aumentar tus virtudes? No las digas. Huye de ser visto lo que mereciste ser. Lo que puedes perder manifestándolo, procura de callarlo. A ninguno tanto teme el demonio (que es cabeza de todos los hijos de soberbia) como al humilde, y que desprecia á sí mismo. Y por el contrario, contra ninguno tanto prevalece como contra el soberbio, y que presume de sí mismo. Si no quieres ser vencido ni señoreado de Satanás, no te ensalces, ni presumas de tí mismo, ni alabes tus obras. De soberbios es contentarse á sí mismos, y creer á sí mas que á los otros, y reprehender á los prójimos fácilmente, y burlar de los pequeños. Todo el bien que tienes lo debes referir á solo Dios de quien lo recebiste, y no gloriarte vanamente en los beneficios de Dios. El que agrada á sí mismo agrada á un loco, y desagrada á Dios. Por lo cual en todos los bienes que haces y dices, debes trabajar por contentar á Dios, porque recibas algo dél. ¿Porqué te alabas de los bienes de naturaleza, como seas mortal, y que mañana serás comido de gusanos? El soberbio no sabe callar, porque desea parecer docto y sabio, y ser alabado mas que los otros. El que se alaba es de todos vituperado, pero el que con vergüenza callare será á todos gracioso. Grande humildad de corazon es sentir de sí mismo cosas pocas, y grandes cosas de los otros. Grande soberbia abundar en su propio sentido, y estribar en su parecer. Si te acordares de los terribles juicios de Dios, no te alabarás vanamente. Esta es grande vanidad, y argumento de soberbia, y cosa muy contraria á la gracia de Dios. El que hace una cosa y se alaba della, mata la candela con el viento de la elacion y vanidad. No te ensalces ni te alabes de algun bien que tuvieres delante de los hombres, pues tienes muchos defectos interiores, los cuales sabe Dios, y tú no los ves, ni los ponderas como debes. El que busca la alabanza humana hallará confusion, permitiéndolo el Señor, delante de muchos. La vanagloria y el amor de la propia alabanza engañan á muchos, privándolos de los bienes eternos. ¿Qué cosa mas loca que amar las cosas vanas y despreciar las verdaderas? ¿Qué cosa mas perversa que olvidándose de Dios tener cuenta con solos los hombres? ¿Qué mayor desatino que mirar al mundo y despreciar al cielo? Todos los bienes que tienes son dones de Dios, y cuando buscas en estas cosas la honra y gloria de Dios subes al cielo con los ángeles: pero cuando te alabas y buscas la gloria de este siglo caes en el infierno, pierdes la gracia, y obligaste á la pena. No te alabes vanamente, pues no sabes lo que será mañana, ni si estarás como hoy, ó si caerás. No quieras ensoberbecerte en el bien, porque no caigas en el mal. Arfaxad, rey de los Medos, como dice la Divina Escritura, gloriábase en su poderoso ejército y riquezas, y majestad, y

Job, 41.

Job, 1.

Judith, 1.

permitió Dios, por castigar su soberbia, que vencido del rey de los Asirios en un punto lo perdiese todo. Dios resiste á los soberbios, así á los ángeles como á los hombres, que presumen de sí mismos y se alaban y glorian en las cosas de este mundo, así como á Arfaxad y á otros muchos. ¿Quién se gloriará que tiene entre los hombres casto corazon, para que viva puro de toda malicia? Pues si no tienes esto, ¿de qué te alabas? Y si lo tienes, deja decir á otro tus virtudes. Cuando los discípulos de san Juan preguntaron al Salvador quién era, díjoles que veian los ciegos, y andaban los cojos, y resucitaban los muertos. No dijo: Yo resucito á los muertos, ni alumbro los ciegos, pero respondió como si hablara de tercera persona, por enseñarnos que no nos alabemos ni jactemos de nuestras buenas obras, pero cuando fuere necesario, y viéremos que conviene á la salud del prójimo, mostraremos nuestras buenas obras, y ellas dirán quien somos, sin que nosotros nos alabemos. A un hombre de quien el Señor habia sacado una legion de demonios, dijo despues de sano: Vete, y di cuantas mercedes te ha hecho Dios. No le dijo que contase á los otros la merced que él le habia hecho, sino que dijese el beneficio de Dios, por enseñarnos á huir nuestras propias alabanzas. El humilde huye de la alabanza, á quien sigue la alabanza, como á digno della. Aunque huye el Redentor sus propios loores, y no quiso que supiese nadie cuando pasaba por las comarcas de Tiro y Sidon, dice san Márcos que no pudo esconderse su venida, porque como la gloria y fama sigue al que huye della, salió á Cristo aquella mujer cananea publicando quien era. Así tambien escribe san Lucas que aunque el Redentor se escondia en el desierto, muchas gentes lo buscaban. Busca la alabanza al humilde que huye della, y huye del soberbio que la busca. Como la balanza cuando está mas vacía y liviana tanto mas sube arriba, así cuanto el hombre es mas inútil y vano tanto mas se ensalza y alaba á sí mismo. Y por el contrario cuanto la balanza es mas pesada, tanto mas desciende abajo: y así el hombre cuanto mas virtuoso tanto es mas humilde, y desprecia mas á sí mismo. Todos los que te oyen que te alabas te tienen por liviano, y ensalzándote das testimonio de tí que eres vacío. El conocimiento de la propia imperfeccion es perfeccion muy grande. Conócete á tí mismo, y humíllate: no te alabes, pues tan claro está que la propia alabanza es cosa aborrecible á Dios y á los hombres.

Jacob., 4.

Prov., 20.

Matth., 11.

Luc., 7.

Luc., 8.

Marc., 7.

Luc., 4.

## CAPITULO XXI.

**De la vanidad de los que pretenden contentar á los hombres.**

Galat., 1. «Si á los hombres contentase no seria siervo de Cristo,» dice el Apóstol san Pablo. El cuidado del verdadero siervo de Jesucristo ha de ser de contentar á solo Dios con quien solamente las ha de haber al dar de la cuenta. Deprende á no moverte por los juicios de los hombres, ni á deleitarte con sus favores, ni á entristecerte con sus desprecios, porque el juicio humano es ciego, ignora la verdad, y engáñase muchas veces. Por ser alabado de los hombres no eres por eso mejor, ni eres mas vil por ser dellos despreciado. Loco es el que trabaja por contentar al loco, porque como el ciego no diferencia las colores, ni el sordo los sones, así el loco no sabe pensar los méritos de los hombres. Por lo cual cuando hicieres alguna obra heróica no te fatigues por contentar á los hombres, pero llamando el favor de Dios procura de contentar á solo él. Si te sucediere bien, á Dios que te ayudó debes dar gracias y no ensoberbecerte: pero cree que Dios hizo aquella obra por tu mano, por los méritos de los otros. Así te debes haber en todo el bien que haces, como si no lo hicieses. Alábete cada uno, ó despréciete: tú calla, y no hagas caso dello. Todos estamos puestos para contentar ó descontentar los unos á los otros. Y pues no está en tu poder contentar á otro sino en su voluntad y albedrío, el cual no le puedes dar, muchas veces trabajarás de balde si te fatigas por contentar á los hombres. Cuando hubieres muy bien trabajado, y pensares que los tienes contentos, los hallarás descontentos, y conocerás haber perdido tu trabajo. Lo mas seguro y cierto es procurar de contentar á solo Dios, y de no escandalizar al prójimo. Y cuando contentas á algunos, atribúyelo á su bondad de ellos, y no á tu virtud. Y cuando los descontentas, piensa que es por tu culpa, y que mucho mas descontentos estarian de tí si te conociesen de veras, y supiesen quien eres. Siempre que fueres tenido en poco, pon los ojos en tí mismo, y conoce que mereces ser mas despreciado. No te debes indignar cuando alguna vez fueres menospreciado, sino maravillarte cómo no eres de todos aborrecido. Cuando dicen mal de tí no te enojes, porque si es verdad lo que dicen no es mucho que los hombres osen hablar lo que tú te atreviste á hacer: y si no es verdad, no te puede hacer daño lo que dicen; pues importa poco que digan que eres negro siendo blanco. Serás lo que fueres, y no otra cosa, por mas que ellos digan. El premio de los hombres es muy vil y pequeño, y presto se acaba; pero acerca de Dios ninguna cosa se pierde, ni con el tiempo, ni en la eternidad. Mira á la fealdad de tu conciencia mas que á la estimacion humana, porque no son todas las cosas delante de Dios sanas y claras, como parecen delante de los hombres. El hombre ve lo de fuera, pero Dios mira el corazon: y considera las cosas muy menudas que tú no

1. Reg., 16.

alcanzas, ó tienes en poco. Por la cual humilla tu corazon debajo del estrecho juicio de Dios, y procura de contentar á solo él. El Apóstol dice: « Buscad las cosas de arriba, y no las de sobre la tierra. » Esto enseñó nuestro Salvador cuando alzaba sus ojos al cielo en muchos de los milagros que hizo: lo cual no de balde lo escribieron los Evangelistas, por enseñarnos que sea nuestro intento contentar á solo Dios que está en los cielos. Por el ojo entiende Cristo la intencion, segun aquello que dice: « Si fuere tu ojo simple, todo tu cuerpo será claro y resplandeciente. » Esta intencion se ha de poner en Dios, y no en los hombres. Pierde el bien que hace el que trabaja por contentar á los hombres. No hay polilla que así destruya el paño como la vanagloria la virtud. Como Abrahan echaba las moscas del sacrificio que ofrecia á Dios, así debes lanzar de las buenas obras que ofreces á Dios toda vanidad y deseo de contentar á los hombres. Solo Jesucristo ha de ser la causa y fin de todo el bien que hicieres, segun aquello que él mismo dice al alma cristiana en los Cánticos: « Ponme por señal encima de tu corazon. » Ten á Cristo por blanco, en quien endereza todos tus pensamientos y obras. Los que tañen órganos ningun sonido hacen si no les dan viento con los fuelles. Así muchos si no son alabados de los hombres, y si no sopla el viento de la vanidad, ninguna buena obra hacen. Los que quieren navegar esperan por viento próspero para embarcarse, y hacer su viaje: y no salen del puerto hasta que venga viento convenible, y conforme á su voluntad. Así muchos esperan por el viento de la vanidad, y á que soplen las alabanzas humanas, y les hablen á su gusto, para venir á hacer alguna cosa buena. Los santos cuatro animales que vió Ezequiel, cada uno tenia cuatro alas, de las cuales levántandolas en alto, con las otras dos encubrian sus cuerpos. Demostraban la rectitud y caridad que tenian en tener las alas tendidas y derechas, y cubríanse con las otras por enseñarnos que debemos cubrir el bien que hiciéremos huyendo de la vanagloria, y no pretendiendo contentar á los hombres. Las conchas y las ostras marinas crecen y descrecen con el crecimiento y descrecimiento de la luna. Así los que se dan á contentar á los hombres, agora crecen con sus alabanzas, y andan subidos con ellas, y luego descrecen con ser vituperados. Nunca estarás quieto ni sosegado, si te das á oir á los livianos que por nada te alaban, y por menor ocasion murmuran. Los justos tienen cuenta con solo Dios, y no están sujetos á estas vanidades del mundo. Pon toda tu intencion en Dios, y él terná cuidado de tí. El psalmista dice: « Como los ojos de la sierva están en las manos de su señora, así están nuestros ojos en nuestro Dios. » La criada tiene los ojos solamente en las manos de su señora, porque ella es la que la ha de dar el galardon de sus trabajos. Así tú con solo Dios ten cuenta, pues él solo es el que ha de pagar tu servicio. Si tuvieses un rubí de gran valor no consentirias que le pusiese el precio un rústico pastor que no conoce de piedras, sino un grande lapidario. Así no quieras que los hombres aprecien tus obras, pues no conocen el mérito dellas; pero

Colos., 3.

Matth., 6.

Gen., 15.

Cant., 8.

Ezec., 1.

Psal., 122.

fíate de Dios, á quien nada se esconde, y déjalas en sus manos. Ten cuenta con lo interior, y no hagas caso de las alabanzas humanas. Esau andaba de fuera, pero el justo Jacob estaba en casa. « Toda la gloria de la hija de la reina está en lo interior, » dice el psalmista. Por lo cual decia el Apóstol que estaba su gloria y alabanza en el testimonio de la buena conciencia. Los justos procuran de traer lo interior de su conciencia limpio y bueno, segun aquello del psalmo : « Sea mi corazon limpio en tus justificaciones, para que no sea confundido. » En la hora de la muerte hallarás haber sido tiempo perdido todo el que se gasta en contentar á los hombres, y hallarás haber aprovechado mucho si lo hicieres por contentar á Jesucristo.

Gen., 25.
Psal., 44.
Psal., 118.

## CAPITULO XXII.

### De la vanidad de los que defienden sus propias culpas.

«No os defendais á vosotros mismos,» dice el Apóstol. Porque quieres contentar á los hombres, justificas tu causa delante de ellos, y te defiendes, siendo culpado en muchas cosas. El escusarse, y defender los malos, herencia es de nuestros Padres primeros, que heredaron para su mal muchos de sus hijos. Reprehendiendo Dios á Adan, excusóse de su pecado, y dijo : La mujer que me diste me dió de la fruta, y comí. En decir de la mujer que me diste, echa la culpa á Dios, que fué el que le dió tal mujer, poniendo la culpa en Dios que se la dió. Eva tambien culpando á la serpiente dice que ella la engañó. Si Adan no defendiera su pecado, no fuera echado del paraíso, pero con defenderse acrecentó su culpa. Por amor de esto suplica David á Dios en el psalmo, diciendo : « No declines mi corazon en palabras de malicia, para excusar excusaciones en pecados. » Provocas á Dios á ira echando la culpa del pecado á otro que no sea tu propia voluntad, pues sola la voluntad es causa del pecado. Deja las excusas, porque ninguno que peca tiene excusa, pues nadie peca contra su voluntad. El pecado es voluntario, y de tal manera que si no es voluntario no es pecado. No se puede entender cómo la voluntad sea voluntad, y no sea libre. ¿Pues quién tiene la culpa del pecado, sino tú que pecaste? Donde hay culpa no puede haber excusa, pues la voluntad no puede ser forzada. Pecaste porque quisiste, ¿pues qué razon hay de excusa? ¿Con qué puedes defenderte? No eches la culpa á la naturaleza, ni al demonio, ni á otro alguno, sino á tí mismo, pues tuviste la culpa, haciendo lo que no debias. En los Proverbios está escrito : « El justo lo primero de todo es acusador de sí mismo. » Jacob que no era velloso cubrió lo desnudo de su cuello, y las manos, con las pieles del cabrito, pareciéndose á Esau. Así el justo, aunque sea inocente, y sin culpa, tiénese por pecador. Judas,

Rom., 22.
Gen., 3.
Psal., 140.
Prov., 18.
Gen., 27.

hijo de Jacob, con los otros hermanos humilmente confesaban delante de José el hurto de que era acusado Benjamin, aunque estaban inocentes, y así merecieron conocer á José y recibir muchos bienes de su mano. El que era sin pecado, y venia desde el cielo á quitar los pecados del mundo, quiso ser circuncidado, y parecer pecador, y ser tenido por tal: ¿y quieres tú estando lleno de pecados justificarte, escusando con vanas palabras tus culpas, y ser reputado por bueno delante de los ojos de los hombres? Escusándote, te condenas. La humilde acusacion del pecado, y la confesion contrita merecen perdon, y la excusa presuntuosa es digna de damnacion eterna. Escrito está: « Yo dije: Confesaré al Señor mi injusticia contra mí, y tú perdonaste mi pecado.» Lo que el hombre encubre Dios descubre, y lo que el hombre descubre Dios encubre, y lo que el hombre conoce Dios perdona, y castiga lo que defiende. Por amor de esto dijo David en el psalmo: « No escondí mi injusticia.» Si eres defendedor de tu pecado, ¿cómo quieres tener á Dios por librador dél? Para que sea el librador conviene que seas tú acusador. Locura es defender uno al enemigo que tiene. ¿Qué mayor enemigo que el pecado? Ninguno puede hacer mal al hombre, ni el demonio, ni otro alguno sin este enemigo. Ninguna adversidad dañará donde ninguna maldad hubiere. Cuando te excusas, sepas que defiendes y amparas al mayor enemigo que tienes. No defiendas al que debes perseguir. Como el abismo de la miseria llame al abismo de la misericordia, el que defiende su culpa no quiere que mueva su miseria á la misericordia de Dios infinita. Los pobres para que les den limosna muestran á los que piden su pobreza, y desnudan sus llagas. Muestra tus llagas á Dios, y no las encubras. La humilde confesion de las culpas propias es purgacion de todos los vicios en el corazon humilde y contrito delante de Dios. El santo Job dice: « Si escondí como hombre mi pecado, y guardé en mi seno mi maldad.» No lo hizo así Giezi, criado de Eliseo, pues habiendo con mentiras recebido los dones de Naaman, siro, escondia su pecado, y negaba su culpa delante del profeta, diciendo que no habia ido á parte alguna. Mereció ser castigado con la lepra de Naaman, y salió leproso del profeta. Añade pecado á pecado el que defiende con falsas excusas la culpa pasada. Cierra los caños de la misericordia divina, y hácese indigno del perdon el que defiende su pecado y se excusa. A este propósito dijo el santo rey David en el psalmo: « No me sorba el profundo, ni abra el pozo sobre mí su boca.» En el profundo de la iniquidad cae el pecador descendiendo á muchos pecados, del cual abismo llamaba el real profeta á Dios, diciendo: « Del profundo llamé á tí, Señor.» Cierra el pozo su boca sobre él cuando no se conoce ni confiesa su pecado. Sobre el que conoce su pecado, y no lo defiende, no ha cerrado el pozo su boca: pero el que sin conocerse defiende su culpa, como tiene tapada la boca del pozo, no puede salir, y así queda sin remedio. Cerrada tiene la puerta del remedio el que defiende la culpa que hizo. Si tú de-

¿ Gen., 44.

Luc., 2.

Psal., 31.

Ibid.

Psal., 41.

Job, 31.

4. Reg., 5.

Psal., 68.

Psal., 126.

fiendes tu culpa, ¿ cómo te sacará Dios de ella? Si quieres tener á Dios por ayudador, llámale conociéndote: pues sin él no puedes librarte, y él no ayuda sino á los que se conocen. De no conocerte viene defender tus culpas, y excusarte. Salvóse el ladron que fué crucificado con el Redentor del mundo, porque no solo no se excusó, pero confesó humilmente sus pecados, diciendo que justamente y con razon padecia.

Luc., 23.

No se excusaba el publicano, ni se alababa del mal que habia hecho, mas antes con humildad se conocia y acusaba, y así mereció alcanzar misericordia y perdon de sus pecados. Grande alivio es para el médico que conozca el enfermo el lugar donde le duele, y la causa de su dolor, para que mejor le pueda aplicar el remedio. No excuses tus culpas, conócete á tí mismo, y humíllate debajo la poderosa mano de Dios, para que te ensalce en el dia de la tribulacion, y goces despues en el cielo de la Bienaventuranza eterna.

Ibid., 18.

1. Pet., 5.

## CAPITULO XXIII.

### De la vanidad de los que quieren ser grandes en este mundo.

« No ames al alto lugar, mas teme de subir á él, » dice el Apóstol. Si quieres ser grande en el cielo, sé pequeño en este suelo. Muchos conocimos grandes y poderosos, de los cuales ya no hay memoria. Considerando esto pregunta el profeta Baruc, diciendo: « ¿ Donde están los príncipes de las gentes, y los que se enseñorean sobre las bestias, que están sobre la tierra? » Los que juegan con las aves del cielo, y atesoran el oro y la plata en que los hombres confian, y nunca llegan al fin de su codicia, fueron destruidos y descendieron á los infiernos, y levantáronse otros en su lugar. ¡ Cuantos tomaron posesion de gruesas prelacías, y grandes dignidades, las cuales poseidas con mucha honra pasó como humo aquella vanidad, y de ellos agora no hay quien tenga algun cuidado! Ellos son muertos, otros gozan sus prebendas, y ninguna cuenta tienen con los pasados. ¿ Porqué te fatigas por mandar y valer? ¿Porqué quieres ser grande en este mundo? ¿ En el estado que deseas no hubo otros antes de tí? ¿ Acuérdase el mundo de ellos? ¿No miras en qué pararon? Lo que aconteció á aquellos verná por tí, pues el mundo no ha mudado su antigua costumbre. Contempla cómo subieron, y cómo bajaron, y que cuanto fué mas gloriosa la subida tanto mas vilmente cayeron. Los que ellos en otro tiempo menospreciaban, los cubren agora con tierra, y andan sobre sus sepulturas. Debes acordarte que en ese estado que deseas hubo otros cuyos nombres ignoras, y que el mundo no conoce mas que si nunca los viera, ni hubieran sido. Ya son convertidos sus cuerpos en polvo y ceniza. No mires al tiempo presente, sino al que está por venir. No tengas cuenta con la honra que el mundo aquí te ofrece, pero mira lo que

Rom., 11.

Baruc., 3.

te ha de suceder. Pon tus ojos en lo que ha de ser despues de esta breve vida, y vivirás contento en el estado en que Dios te puso. No te engañe el mundo, ni el demonio te haga creer que servirás á Dios mejor en algun alto estado que en el humilde lugar que agora tienes. A muchos simples engaña nuestro adversario, haciéndoles creer semejantes vanidades y mentiras. So color de virtud desean prelacías y riquezas, pareciéndoles que harán limosnas, y otros muchos bienes: todo es falso y lleno de engaño. Las honras ciegan á los mundanos. Los grandes menos señores son de sí mismos. Los prelados mayores obligaciones tienen. Pues si tú, siendo mas libre y mas señor de tí mismo, no cumples con las pocas cosas á que eres obligado, ¿cómo satisfarás á mayores obligaciones, teniendo menos libertad? Si no puedes con la pequeña carga, ¿cómo podrás con la grande? Si pocos cuidados te apartan de la oracion, y de otros ejercicios espirituales, ¿cómo te darás á Dios cercado de muchos cuidados? El que pequeñas cosas no sufre no sufrirá las grandes. El que no fuere buen súbdito no será buen prelado. Sé amigo de Dios, ama la pureza de la conciencia, y entrégate de todo á él, que si de Dios está ordenado que seas grande, él te ensalzará, sin que tú tengas cuidado. No tiene Dios necesidad de tu diligencia. Sé humilde delante de tus ojos, y no cures de estos sueños de honra. Saul, cuando era pequeño y humilde, delante de sus ojos fué hombre santo: y despues que se vió grande señor, y rey de Israel, fué soberbio y muy malo. Tambien David siendo pobre y perseguido era grande amigo de Dios, y hablaba con él muchas veces, y cuando se vió grande y poderoso rey, ofendió á Dios gravemente, habiéndole servido fielmente en el estado humilde y bajo. Su hijo Salomon, á quien hizo Dios grande en la tierra en sabiduría y riquezas, así la grandeza y prosperidad le trastornó el juicio que adoró los ídolos, y cometió grandes pecados, y de manera que muchos dudan de su salvacion. Estas son las obras que hacen la grandeza y vanidad del mundo, y altos estados en el corazon del hombre. No te cures de estas poquedades y bajezas que el mundo falsamente llama grandezas, porque escrito está: « Los poderosos poderosamente serán atormentados. Los árboles plantados en alto mas presto son arrancados del viento. No ames el alto estado, porque allí estás en mayor peligro. En las redes de los pescadores los peces grandes quedan presos, y los pequeños se van por entre las mallas. » Nabucodonosor llevó presos á Babilonia á los príncipes y grandes de Jerusalen, dejando á los pequeños y populares en su ciudad y tierra. No quieras ser grande, pues mas presto serás preso en las redes del demonio. No tengas deseo de levantar estado, porque no seas llevado á la confusion infernal de Babilonia. Considera en qué pararon los grandes, y holgarás de ser pequeño. No busques altos estados y vanidades, pues todo pasa tan brevemente. No hay estados humanos por grandes que sean que no puedan ser abatidos de otros. Los estados, y obras de mortales, mortales han de ser. Mira el fin de los grandes. Aunque en el campo estén unas espigas de trigo mas altas que otras,

1. Reg., 9
4. Reg., 15.
1. Reg., 11.
3. Reg., 11.
Sap., 6.
Jer., 25.

cuando el segador las corra todas quedan iguales dentro de la tierra, sin poderse conocer cual fué mas alta ó mas pequeña. De la misma manera en el campo deste mundo, aunque haya unos mas grandes que otros en letras, riquezas, honras ó dignidades, cuando la muerte nos segare cortándonos la vida todos quedaremos iguales. Si abres las sepulturas no podrás conocer quien fué rico ó pobre, quien grande ó pequeño, ni hallar alguna diferencia entre los reyes y pastores, ni sabrás cuales de aquellos fueron varones famosos y honrados, ó quienes fueron abatidos y despreciados. En el Apocalipsis está escrito, que un ángel salió del templo, y dió una grande voz diciendo al que estaba asentado en la nube: « Echa tu hoz y siega, porque ya vino la hora de segar, y las mieses de la tierra están secas. » Mañana nos segará la hoz de la muerte, y quedaremos todos iguales junto de la tierra. Pues todas las grandezas y honras del mundo vienen á parar en tanta miseria y igualdad, vanidad es querer ser algo en este mundo. Ten humilde sentimiento de tí mismo. Conténtate con ese estado en que Dios te puso, porque merezcas poseer despues de esta vida alto trono de la gloria.

## CAPITULO XXIV.

### De la vanidad del señorío mundano.

« No quieras señorío de mano del hombre, ni del rey, silla de honra, » dice el Eclesiástico. Todas las grandezas y señoríos del mundo debes despreciar como fiel siervo de Jesucristo, pues te precias y honras con el nombre de cristiano. Ejemplo te dió el Redentor, á quien debes imitar y seguir, pues no quiso aceptar la dignidad real cuando el pueblo se la ofrecia, mas antes la despreció, y huyó cuando le querian hacer rey. Ofrecióse por su voluntad á la muerte el que libremente renunció el reino. Exortando el Apóstol á seguir este ejemplo, dice á los Hebreos: « Corramos al campo puesto delante de nuestros ojos, » mirando al remunerador de nuestra fe, el cual ofreciéndole gozo sufrió la muerte. Este ejemplo debes traer siempre delante de tus ojos, si eres cristiano. El señorío es propia excelencia de Dios, y así no debe ser deseado del hombre. Cuando Dios crió al hombre, no le fué dado señorío para mandar á otro hombre, sino solamente para que se enseñorease de las bestias de la tierra, y de los peces y aves; pero del pecado tuvieron orígen los señoríos, y mandos, y tiranías del mundo. Despues de la naturaleza corrupta unos mandan á otros, y así se gobierna el mundo. Pues por nuestros pecados venimos á este estado, Dios quiere que unos manden á otros. Por él reinan los reyes, y los poderosos hacen justicia. No quieras señorío, ni lo recibas, si de mano de Dios no viniere. Como hace traicion al rey el que sin su

Eccli., 7.

Joan., 6.

Hebr., 12.

Gen., 1.

Prov., 8.

licencia toma algun oficio real en su reino, así haces traicion á Dios si buscas señorío sino de tu mano. Las honras consigo traen los peligros, y cuanto es mayor la honra tanto es mayor el peligro. Los montes altos mas veces son heridos con los rayos que los llanos y humildes valles. Cuanto estuvieres mas alto, tanto estás mas sujeto á mayores peligros y mas grandes caidas. Los mas indignos suelen en el mundo ser promovidos á estos estados y señoríos de la tierra. Así eligieron los de Siquen á Abimelec, hijo de Gedeon, por príncipe y señor de la tierra, siendo hombre facinoroso y malo. En reprehension de esto propuso Jonatas su hermano á los siquimitas la parábola de los árboles, que quisieron elegir rey, y no queriendo el olivo ni la higuera, ni la cepa dejar sus buenos frutos, eligieron al cambron, mata vil y espinosa, el cual aceptó el señorío. Los buenos como la oliva frutifican en la casa de Dios, y no quieren dejar la suavidad de la oracion y reposo de sus almas por mandar á los otros, pero esto acepta el malo, y lo desea y procura. La oliva dijo, no queriendo aceptar el señorío: ¿Cómo tengo yo de dejar la suavidad de mi aceite, por mandar á los otros árboles? ¿Cómo dejará el amigo de Dios la conversacion muy dulce del Señor, y quietud de su espíritu, por andar derramado en oficios exteriores? Esto de que huyen los varones espirituales, aceptan de buena gana los hombres sensuales y del mundo, que como sienten poco de lo interior, huelgan de andar distraidos por las cosas de fuera. Vanidad de vanidades, que un vil gusano de la tierra apetezca prelacías, señoríos y mandos en esta breve y miserable vida. Aunque seas grande prelado, y rey, y emperador, ¿qué hay despues? Si fueses papa, que es la suprema y mas alta dignidad que hay en el mundo, ¿qué hay despues? Si fueres señor de todo cuanto oro, y plata, y piedras preciosas hay en el mundo, y mandares á cuantos hay en la tierra, ¿qué hay despues? ¿Librarte han estas cosas de la muerte? ¿Podránte defender de los gusanos? ¿Dejarás, aunque seas señor de todo esto, de entrar con Dios en estrechísima y muy rigurosa cuenta de tu vida? Todo se ha de quedar acá, y desposeido de cuanto tienes, y de todo lo que puedes desear en esta vida, entrarás desnudo en una pobre y angosta sepultura. ¡O vana y loca ocupacion de mortales, fiera y perversa condicion de los hijos de Adan, que siendo todo cuanto con los ojos vemos cosa tan emprestada, que mañana con la muerte la hemos de dejar, con todo esto andamos ciegos y abobados sin juicio ni entendimiento tras estos señoríos y sueños del mundo! No sabes si morirás hoy, y por mas que dilates la muerte no se tardará mucho, y entonces serás despojado de las honras, riquezas, estados, mando y señorío, y uno llevará una cosa, y otro otra, y quedarás desposeido de todo cuanto tienes. ¿No seria mejor que esta renunciacion del mundo que has de hacer entonces, cuando no te será agradecido, la hagas agora, pues merecerás el cielo, y vivirás en esta vida sin cuidados? Grande abatimiento y desprecio está guardado para los señores y grandes de este siglo. El diente cuando está sano es limpiado, lavado y curado; pero si se pudre, y daña, sacaslo de la boca, y das con él en el muladar. Al revés se hace

Judic., 91.

Psal., 51.

con el pié, el cual cuando está sano anda por tierra, y es maltratado: y en estando enfermo trátaslo regaladamente, y tiéneslo en la cama. Así los señores y grandes del mundo, en tanto que viven aquí, son honrados y acatados de todos, y están en lo alto, como los dientes en la boca. Pero cuando enfermaren, y viniere la muerte, serán los soberbios y poderosos tiranos del mundo lanzados en el muladar del infierno. Los pobres y pequeños andan por tierra como los piés, llenos de polvo y trabajos, y llevan toda la carga de la república. Cuando la muerte viniere serán ensalzados y regalados, y tratados con honra. Ejemplo tenemos de esto en el Evangelio, en aquel rico avariento, y Lázaro el pobre, de los cuales el primero, que vestia holanda y carmesí, y comia cada dia opulentísimamente, fué echado en el muladar del infierno cuando vino la muerte, y Lázaro llevado por los ángeles al coro de los justos. Cuando Judas Macabeo queria dar batalla á Gorgias exhortaba á los suyos, diciendo: «No codicieis sus despojos; pero pelead contra vuestros enemigos, y despues saquearéis el campo seguramente. Si os deteneis codiciando sus riquezas y despojos, sereis vencidos: despues de la vitoria habrá tiempo.» Mira pues lo que dice Job, que la vida del hombre es una continua batalla sobre la tierra. No codicies las riquezas, estados ni señores del mundo contra quien peleas: porque acabada la vitoria en esta vida, podrás despues enriquecerte, y ser grande en el cielo. Trabaja agora, y no quieras estos estados y señoríos del mundo. El que tiene señorío y mando en este mundo tantas cargas trae sobre sí cuantos son aquellos á quien manda. No se pueden contar las culpas de los que desean mandos y señoríos. Aquel es grande señor que se enseñorea de sus malos deseos. Maravillosa cosa es que siendo el subir cosa penosa, y el bajar muy fácil, todos quieren subir á señoríos y mandos, y muy pocos quieren descender y bajar á la humildad. Son los hombres amigos de descanso, y enemigos del trabajo, y con todo esto dejan el estado humilde que hallan sin trabajo, y echan mano de cosas altas y vanas por vivir trabajosamente. Con trabajo subes, y para tu mal subiste, segun aquello que el Sabio dice. «Muchas veces se enseñorea un hombre de otro, para su mal y daño.» Por su mal subió Abimelec al señorío, pues le duró tan poco y acabó tan desastradamente. Lo mesmo podemos decir de Absalon, Adonías, Atalía, y de otros tiranos. Guárdate no te acontezca lo que pasó por Aman, gran privado del rey Asuero, el cual por su grande soberbia y presuncion fué ahorcado en la horca que tenia aparejada para Mardoqueo. Este es el fin de las privanzas, honras y estados del mundo, y el pago que da el mundo á sus servidores. Ama el estado humilde en el suelo, porque Dios te ensalce con sus escogidos en el cielo.

Luc., 16.

1. Mac., 4.

Job, 7.

Eccl., 8.
Judic., 9.
2. Reg., 17.
3. Reg., 2.
4. Reg., 11.
Esther, 7.

## CAPITULO XXV.

### De la vanidad de los que quieren ser prelados.

«No sabeis lo que pedís,» dijo el Señor á dos discípulos que querian ser preferidos á los otros. De no conocerte quien eres nace el apetito de querer ser prelado. La honra es premio de la virtud. Si te tienes por merecedor della, y piensas que eres bueno, por la misma razon eres indigno de la honra. Basta creer de tí que eres bueno para saber tú mismo que no eres tal. Y si tienes para tí que la mereces, por solo esto debes creer no ser merecedor. La ambicion es madre de la herejía. Dificultoso es estar en alta dignidad y no tener altivos los pen samientos. Los que quieren ser prelados no saben qué cosa es ser prelado Tanta ventaja ha de hacer el prelado á los súbditos cuanta hace el pastor á sus ovejas. No se da el grado de doctor al que comienza á estudiar, porque dicen que será buen letrado, sino al que ya es letrado. No ha de ser prelado el que comienza á ser virtuoso, sino el que tiene ya resignados todos sus apetitos, y es ya virtuoso. La prelacía es estado de perfectos. Mandaba Dios que á la primera señal que hiciesen las trompetas, saliesen los capitanes al campo, y cuando prosiguiesen, y continuasen mas su llamamiento, saliese la otra gente popular. A la primera inspiracion ha de acudir el prelado, y ser el primero en el servicio de Dios. No obliga Dios á los súbditos tanto como á los prelados, por no tener estado de tanta perfeccion, pero quiere que los prelados sean diligentes en responder á Dios al primero llamamiento. Cuanto eres mas alto en dignidad, tanto has de ser mejor. Si mucho recebiste, mucho debes. Si pecas, mas gravemente pecas: porque tanto es mas grande la caida cuanto es mayor el estado. Todos los discípulos dormian en el huerto, pero Cristo nuestro Redentor á solo san Pedro reprehendió: porque pecando todos, tanto por tanto, mayor reprehension merece el prelado que el súbdito. No ha de dormir el que tiene por oficio de despertar á los otros. No serás ambicioso si consideras que eres obligado á ser mas virtuoso que los otros, y que pecando has de ser mas gravemente punido. En la mas alta region del aire donde el aire está mas puro no hay nubes, ni rayos, ni suben vapores de la tierra; pero toda aquella region está quieta, clara, y serena, y resplandeciente. Pero en la mas baja region del aire se engendran nubes, y rayos, y otras cosas semejantes. Así los prelados, que tienen lugar mas alto, y estado de perfeccion, han de estar quietos y libres de toda turbacion y pasion. Y aunque en los súbditos se hallan estas flaquezas, no las ha de haber en los prelados. Con mucha razon son comparados en el Evangelio á la ciudad puesta encima del monte, lo uno porque es vista de todos, y lo otro por-

Matth., 20.

Num., 10.

Marc., 14.

Matth., 52.

que la ciudad ha de ser proveida de los mantenimientos necesarios. No es maravilla que en una aldea no se hallen bastimentos: y así no es mucho que en el súbdito no se hallen virtudes ni letras. Pero el prelado, que es como ciudad, ha de tener provision de prudencia, virtudes, santidad y letras. San Pablo en las epístolas que escribió saluda diciendo: «Gracia y paz sea con vosotros.» Pero en las epístolas que escribió á Timoteo dijo: «Gracia y paz, y misericordia.» Añadió misericordia escribiendo á Timoteo, porque Timoteo era obispo: y la misericordia y piedad que deben tener con los pobres los prelados es virtud muy encomendada á ellos. Mas piadoso y perfecto has de ser tú, si eres prelado, que tus ovejas. En todas las cosas has de ir delante, y ser en la virtud el primero. El primero que en Ninive hizo penitencia fué el rey. Él fué el primero que se levantó de su trono, y se vistió de cilicio, á quien imitó toda la ciudad. Todos tienen los ojos puestos en tí, y así eres obligado á vivir mas santamente. La lepra del rey Ozias estaba en la frente; pero la de Moisen estaba en las manos, que con meterlas en el seno la podia esconder. Así la lepra y culpas de los reyes y prelados está en la cara, y todos la ven; pero la lepra de los súbditos está en las manos, que se pueden encubrir. Conviene que no sean leprosos, sino que vivan bien, pues todos miran al rostro, y tienen puesta la vista en ellos, y se les van las lenguas tras los ojos. Si uno tiene medidas falsas en su casa, venlas dos, ó tres, y cuando mucho sábenlo los vecinos; pero las medidas falsas que están en la picota, velas todo el mundo. Así los pecados de los prelados de todos son vistos, porque son personas públicas, y están á vista de todos, lo cual no acontece á los súbditos. Todos tienen puestos los ojos en tí, y no haciendo lo que debes escandalizas á muchos. El mal prelado de tantas muertes es digno cuantas ocasiones dió de pecar á los flacos con su mal ejemplo. En casa del hermano mayor murieron los hijos de Job, porque los súbditos mueren con el mal ejemplo del prelado, que es su mayor hermano. Siguen los súbditos los ejemplos de los prelados. Segun las varas que el pastor Jacob ponia á sus ovejas, así concebian ellas los corderos manchados, porque segun los ejemplos que los súbditos ven en sus pastores, conciben las obras buenas ó malas. No carecerá de mácula la obra del súbdito, que ve con los ojos el mal ejemplo del prelado. Tus obras buenas ó malas son las varas, que pones delante los ojos de tus ovejas: conviene que ellos vivan como tú vives. Cuando andaba la nube que guiaba á Israel, andaba el pueblo: y cuando la nube paraba, estaban quedos. Andando el prelado por el camino de las virtudes, andan y aprovechan los súbditos, y parando ellos ociosamente están quedos los súbditos, sin pasar adelante. Anda tú, que eres prelado, y guia de los otros: y seguirtehan tus súbditos. ¿Estás tú quedo, y dices á los otros que vayan? Las obras mas semejantes son con las obras que con las palabras. Mas se persuade el hombre á obrar con ejemplos de obras que con palabras. Bebiendo el médico el amargo brebaje, ma-

1. Tim., 1.
2. Tim., 1.
Jonas., 3.
2. Paral., 26.
Exod., 4.
Job, 1.
Gen., 30.
Exod., 13.

persuade al enfermo que diciéndole que lo beba. Mejor harás andar á los súbditos, diciendo vamos, y andando tú delante, que diciéndoles que vayan, estando tú quedo. Del Señor como buen prelado dice san Lucas que comenzó á hacer, y á decir: «No quiebres la cabeza con grandes sermones, siendo en tu vida relajado: porque cosa es monstruosa tener un hombre la lengua mayor que la mano.» Menor es la lengua que cabe en la boca que la mano, porque quiere Dios que tengas pequeñas pláticas y grandes obras. Muchos de los prelados y predicadores tienen grande cuenta con hablar bien, y muy poco cuidado de vivir virtuosamente. Los que venden el atriaca primero hacen la prueba en sí mismos, porque de otra manera nadie quiere comprarla. Así el que á los otros enseña la virtud debe hacer la experiencia primero en sí mismo viviendo virtuosamente, si quiere que los otros hagan lo mismo. Primero que Cristo nuestro Redentor saliese á predicar penitencia al pueblo, ayunó cuarenta dias con sus noches en el desierto. Siendo tu vida despreciada, resta que la doctrina sea tenida en poco. Sé el primero en el servicio de Dios, y verás cuanto mas provecho harás en tus súbditos que con largos y elegantes razonamientos. Pues mira cuanta vanidad es desear ser prelado, pues te obligas á dar cuenta de las almas ajenas, y á ser mejor y mas perfecto que los otros. Loco eres si quieres tomar sobre tus hombros tan grande carga. No debes desear estado en el cual andan los hombres engañados. Los prelados nunca oyen sino lisonjas y mentiras: y muchas veces de boca de aquellos que murmuran dellos en su ausencia, y detraen de sus vidas y costumbres. ¿Qué mayor mal que nunca oir verdad? Los prelados y príncipes siempre andan cercados de aduladores, que aprueban sus yerros, y alaban todo cuanto hacen. Entre estos peligros debes considerar el riguroso juicio y residencia que tomará Dios á los prelados, segun aquello que está escrito en el libro de la Sabiduría: «Juicio durísimo se hará á los que mandan á los otros.» Aunque no hubiera otra cosa sino solo decir Dios que serán los prelados durísimamente juzgados, solo esto debria bastar para huir de prelacías y dignidades. Mañana morirás, y la Escritura Divina, que no puede mentir está diciendo que serás juzgado rigurosamente. ¿Qué cosa mas para temer? ¿Qué cosa mas espantosa y terrible? ¿Crees esto, ó tienes lo que dice el Espíritu Santo por cosa de burla? Si eres cristiano, y crees á Dios, ¿cómo eres tan desalmado que quieres ser juzgado durísimamente? ¡Extraña ceguedad, y error intolerable, que quiera un hombre flaco y pecador entrar con Dios en la cuenta rigurosa de su terrible justicia! Esto quieres, si quieres ser prelado, y preferirte á los otros. Quita de tu corazon toda ambicion y vano deseo de mandar, imitando á Jesucristo nuestro Señor y Redentor, el cual no vino á ser servido, sino á servir, por enseñarte la humildad y sujecion; la cual tú debes amar, porque goces despues de la verdadera honra y perpetuo descanso en el cielo.

Act., 1.

Matth., 4.

Sap., 6.

Matth., 20.

Luc., 22.

## CAPITULO XXVI.

### Del ejemplo de los prelados.

Matth., 5. «Resplandezca vuestra luz delante de los hombres, para que viendo vuestras buenas obras glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos, » dice Cristo nuestro Redentor á los prelados de la Iglesia. Grande obligacion tienen los prelados de dar buen ejemplo á sus súbditos, pues el pueblo imita á los mayores. En meneándose la rueda grande del molino, se menea el rodezno, y la piedra, y las otras ruedas menores. Así en meneándose el prelado para el bien, ó para el mal, se menean los súbditos, y aun muchas veces la rueda mayor está queda, y las otras no dejan de menearse: porque acontece que ya el prelado está enmendado de su pecado, y los súbditos no cesan de murmurar y escandalizarse. Como muchos de los prelados y grandes andan acompañados de gente, así entran acompañados en el infierno, llevando tras sí mucha gente, que escandalizaron con su mal ejemplo: como acá no andan solos, así tampoco quieren ir solos al infierno. Cuando un pequeño arroyo sale de madre, hace poco daño; pero si sale de madre un rio caudaloso, lleva puentes, y huertas, y casas, y molinos, y hace mucho daño. Cuando el súbdito peca hace poco daño á los otros; pero si el prelado sale de sí, haciendo lo que no debe, hace grandes daños y males con su mal ejemplo. De tal manera siguen los súbditos los ejemplos de los prelados, y así los imitan, que los de Siquen hasta en la fe y religion que tenian imitaron á su príncipe Emor, y se circuncidaron, porque vieron que su señor se circuncidaba. Mira cuan fácilmente siguió el pueblo al señor y prelado, y en cosa de tanta calidad como era mudar la adoracion y religion que tenian. En matándose el rey Saul, luego se mató su criado, que le llevaba las armas: porque veas cómo el mal ejemplo del príncipe lleva tras sí á los otros. El pontífice Caifas con su sentencia condenando á muerte al Autor de la Vida, llevó tras sí á los otros de su consejo: los cuales vinieron á decir lo mesmo, movidos con la autoridad del pontífice. Cuando una pequeña piedra cae del monte quédase luego donde cayó; pero si cae un peñasco grande de una montaña, lleva tras sí otras muchas piedras y árboles. Así cayendo el súbdito no daña mucho á los otros; pero cuando cae el prelado, lleva tras sí á muchos. Así tambien aunque en la fábrica caiga una piedra no hace mucho daño; pero si cae la clave, que es la piedra vasal, destruye todo el edificio, porque caen otras muchas piedras con ella. Mira pues, si eres prelado, la obligacion que tienes de vivir bien, y el daño que haces con tu mal ejemplo. Josué y Caleb no solo espiaron la tierra de promision, pero aun trajeron un grande rácimo de uvas, en

Gen., 34.

1. Reg., 31.

Joan., 11.

Num., 13.

lo cual con obra y ejemplo mostraban ser verdad lo que decian. No basta que el prelado enseñe con palabras á sus súbditos, pero tambien es menester que con vida y ejemplo muestre ser verdad lo que dice. Cuando los mayores quieren aprovechar á los menores, ha de conformar la vida con la doctrina. En Ezequiel está escrito que no subian mas las ruedas de lo que subian los animales santos. Todo iba á compás, y todo á plomo. Cuando se levantaban las ruedas, juntamente se levantaban los animales: y donde iba el espíritu, tambien allí las ruedas. Y sus piés eran derechos, porque han de conformar las obras con las palabras. Cuando los prelados, que son las cabezas, están enfermos, todo el cuerpo está enfermo. En el Eclesiástico está escrito: «Segun el juez del pueblo son sus oficiales, y cual es el que rige la ciudad tales son los que moran en ella.» Como la sombra del pilar imita al pilar, y si el pilar es derecho está la sombra derecha, y si torcido torcida, así los súbditos imitan á los prelados, y siguen sus ejemplos. El primero que profanó los vasos del templo fué el rey Baltasar, á quien siguieron los otros. En esto verás cómo los mayores llevan tras sí á los menores en la virtud ó en el vicio. Por amor de esto los pecados del pueblo son dichos ser pecados de los prelados, por ser ellos causa de que peque el pueblo. Por lo cual cuando pecó el pueblo de Israel adorando el becerro reprehendió Moisen á su prelado y sacerdote Aaron, diciendo: «¿Qué te hizo este pueblo para que pusieses sobre él tan grande pecado?» Pecó el pueblo, y el prelado es reprehendido, y á él se pone la culpa. Si el reloj anda desconcertado, no echan la culpa al reloj, ni á sus ruedas, sino al que tiene cargo de concertarle. Así los yerros y culpas del pueblo son culpa de los prelados, los cuales cuando hacen lo que deben tambien los súbditos los siguen, y son buenos y virtuosos. Abimelec hijo de Gedeon dijo á los suyos: Haced lo que me viéredes hacer. Y cortando un ramo púsolo al hombro, lo cual tambien hicieron sus soldados, y lo seguian. Cuando Josué iba á pasar el rio Jordan con el arca del testamento, mandó que los sacerdotes pasasen delante, y diesen vado, y así fué que pasando ellos cesó la furia del agua, y pasaron todos. Así deben ir los sacerdotes y prelados delante de todo el pueblo. En diciendo Isaías que la cabeza estaba enferma, y el corazon angustiado, añadió luego, diciendo: «Desde la planta del pié hasta lo mas alto de la cabeza, no hay en él cosa sana.» Quiso en esto decir el profeta que porque estaban las cabezas enfermas no habia salud en los miembros: porque cuando los prelados son viciosos, los súbditos hacen lo que no deben, porque siguen las ovejas á sus pastores. Los de Babilonia cuando vieron que los príncipes, y prelados, y principales del pueblo adoraban la estatua, luego ellos tambien la adoraron, siguiendo á sus mayores en aquel pecado, provocados por su mal ejemplo, lo cual por ventura no hicieran, si no vieran idolatrar á los magistrados. Así Jeroboan, rey de Israel, llevó tras sí á la idolatría á

Ezec., 1.

Eccli., 10.

Dan., 5.

Exod., 32.

Judic., 9.

Josué, 3.

Isai., 1.

Dan., 3.

3. Reg., 12.

todo el pueblo, cuando hizo los becerros de oro. Como el cazador pone en el campo una paloma sorda y ciega por añagaza, con la cual toma otras muchas que vienen á ella, así el demonio pone un mal prelado sordo y ciego en la Iglesia, con el cual caza á otros muchos que pecan incitados por su mal ejemplo. Mandó César Augusto con arrogancia escribir y empadronar á todos sus vasallos, y luego Cirino, y todos los otros presidentes y oficiales del emperador hicieron lo mismo siguiendo á su señor. Como el mar Mediterráneo imita al aire, y está quieto cuando está el aire sosegado y tempestuoso cuando anda el aire turbado, así los súbditos imitan á los reyes y prelados. El pueblo no es otra cosa sino sombra del príncipe, que se menea con él. Como el caño de agua sigue la naturaleza de la fuente de donde mana, así el pueblo sigue el ingenio y costumbres del príncipe. Turbada la fuente, túrbase el agua que ella corre: así turbado el prelado túrbanse los súbditos. Turbóse Herodes, y dice el Evangelio que luego se turbó tambien Jerusalen con él. Los pecados que hacen los hombres del pueblo son como defectos en el pié, ó en la mano, que se pueden disimular y encubrir. Mas las culpas de los prelados son mancillas en el rostro, porque luego se da pregon de quien son, y hacen mayor daño con su mal ejemplo que el súbdito con muchos pecados. Pecado es este cuyo castigo no quiso Dios dilatar mucho, dando en esta vida la pena, para enmienda de los malos prelados y ejemplo de otros. Pecaron los hijos de Israel y los Madianitas: mas porque los Madianitas fueron causa del pecado de los Hebreos, los mató Dios á todos. Fácilmente perdonó Dios á David el pecado, que cometió como flaco y persona particular, y castigó rigurosamente el mal ejemplo que dió á sus vasallos, lo cual parece en lo que el profeta Natan le dijo: «Dios pasó tu pecado de tí: pero porque con el mal ejemplo hiciste blasfemar al nombre de Dios, castigará Dios duramente este escándalo.» Muchos blasfemando echaban á Dios la culpa de David, diciendo que habia hecho Dios mal en quitar á Saul, y darles á David, y esta ocasion que habia dado David, para que el pueblo flaco blasfemase, castigó Dios mas ásperamente que la propia culpa. Así fué punido Jeroboan por los becerros de oro, por la ocasion que dió de idolatrar á sus sucesores: por lo cual la Escritura contando los pecados de los otros reyes acusó siempre á Jeroboan, por haber sido autor del escándalo. El santo viejo Eleazar, aunque pudiera comer lo que le ponian delante sin ir contra la ley, antes quiso morir que hacer lo que el tirano le mandaba, por no dar mal ejemplo á los mozos. Esto deben mirar todos los prelados, pues á ellos incumbe apacentar sus ovejas con doctrina y ejemplo de buena vida y santas costumbres: porque haciéndolo así serán dignos (como dice el Apóstol) de doblada honra, y alcanzarán mayor corona en el cielo.

Luc., 3.

Matth., 2.

Num., 31.

2. Reg., 12.

1. Reg., 16.

2. Mac., 6.

1. Tim., 3.

## CAPITULO XXVII.

### De la obligacion que tienen los prelados.

«Ruégoos que andeis dignamente segun vuestro llamamiento, » dice el Apóstol. Si mira el prelado que es atalaya, y que es llamado para ser maestro de virtudes, hará por estar tan adelante en ellas, que con vida y ejemplo persuada á sus súbditos á hacer lo mesmo. No solo si eres prelado debes ser mejor que tus súbditos, y tienes obligacion á darles buen ejemplo, y á edificarlos con tu vida; pero aun debes visitarlos, y conocer tus ovejas, y velar sobre tu ganado. Los samaritanos en todo el tiempo que estuvieron sin sacerdote y pastor, eran despedazados y perseguidos de los leones; pero despues que vino el sacerdote de Dios á ellos, y les enseñó la ley y culto divino, cesó aquella plaga. Así la presencia de los prelados es muy necesaria, porque ignora el pueblo muchas cosas de que es enseñado por el prelado. Por lo cual en los Proverbios está escrito: «Donde no hay quien gobierne, perdérseha el pueblo.» Cuando Moisen estaba con su pueblo israelítico rigiéndolo y gobernándolo, nunca idolatró teniendo á su prelado presente; pero en ausentándose, y subiéndose al monte, adoraron el becerro, aunque le dejó á Aaron por sostituto. Envió Eliseo su báculo por Giezi su criado, para que poniéndolo encima de un difunto, resucitase el muerto, el cual no resucitó hasta que llegó el profeta en propia persona. No basta que visites tus ovejas por tercera persona, porque es menester que tú mismo vayas á ellas, y las visites, y trabajes si quieres darles vida. La luna aunque es menor que las estrellas, mas mueve y hace en estas cosas interiores que ninguna estrella: no porque tiene influencia ni virtud mas eficaz que ellas, sino porque anda mas cerca de nosotros, y está en el primero cielo, y mas bajo. En esto verás cuanta virtud tiene para mover el andar cerca. Así el prelado debe residir, y con su presencia regir las ovejas: para que pueda mover á los súbditos á la virtud, andando cerca dellos. Trajo Dios todos los animales á Adan para que les pusiese nombres. Tan particular conocimiento ha de tener el buen prelado de sus súbditos que sepa los nombres propios de todos. Eres obligado á visitar tus ovejas so pena de damnacion eterna, y visitándolos remediar sus daños, y suplir sus necesidades. Así muchos son como el carcelero, que comiendo y bebiendo á costa de los presos, y andándose él paseando con toda libertad por la plaza, visita á los presos, no para otro efecto sino para ver si están bien presos, y para dejarlos mas aprisionados. Así muchos de los prelados, triunfando ellos, y viviendo en toda libertad y regalos á costa de los súbditos, no los visitan sino para cargarlos con

Ephes., 4.

4. Reg., 17.

Prov., 11.

Exod., 32.

4. Reg., 4.

Gen., 2.

preceptos y censuras, y dejarlos mas aherrojados, y ligados con estatutos y cargas, que ellos no quieren tocar con el dedo. No lo hacia así aquel buen pastor David, pues mataba osos y leones, por la vida de sus ovejas. Jacob desvelábase, y sufria el calor del verano y el frio del invierno, y padecia grandes trabajos en el desierto, por el descanso y vida de su ganado. De los pastores á quienes apareció el ángel en la noche del Nacimiento del Salvador dice san Lucas que velaban sobre su ganado. Eres obligado á trabajar, visitar, y velar sobre tus ovejas. No has de ser áspero ni esquivo, ni arrogante con tus súbditos, sino afable y benigno con los pequeños, y severo con los rebeldes. Como las nubes cuando se levantan en alto, y no están llenas de humor de agua, sino estériles, causan vientos en lo alto, y tempestad en el mar, así cuando los prelados están llenos de espíritu de vanidad y presuncion, y no tienen humor de devocion, son vanos, y engendran en el pueblo tempestades y contradiciones. A estos llama el apóstol san Judas Tadeo nubes sin agua, que son llevados de los vientos. La cabeza del hombre, que es el miembro mas alto de su cuerpo, tiene poca carne : porque si tuviese mucha carne pesaria mucho, y no ternia vivos los sentidos. Los prelados que están en lo alto de la dignidad, y son las cabezas del pueblo, que se enseñorean de los otros, no deben cargarse mucho con el peso de los bienes temporales, ni traer grandes casas, porque puedan llevar la carga sus súbditos, y tengan ellos juicio y discrecion para regir el pueblo. Muchos dellos con las obras y ejemplo de sus vidas dan á entender que los llamó el favor del mundo, y no Jesucristo. Dos querubines hizo Moisen por mandado de Dios en el templo del Señor, y otros dos tambien en el templo el rey Salomon, porque así como hace Dios prelados en su Iglesia, así tambien los hacen los reyes. Pero habia diferencia entre los querubines de Moisen, y del rey Salomon, que los de Moisen miraban al propiciatorio donde estaba Dios, y de donde daba sus respuestas, y los del rey miraban á la puerta exterior, y de fuera. Los prelados elegidos por Dios tienen puestos sus ojos en él, y ruegan al Señor por las ánimas á ellos encomendadas. Mas los que elige el favor humano, y son promovidos sin méritos á dignidades y honras, no miran al propiciatorio, sino á la puerta exterior, porque no tienen cuenta con la salud de las ánimas, sino con acrecentar las rentas, y subir á otras mas ricas y mayores prelacías. No hizo mas querubines en aquel templo el rey Salomon de los que hizo Moisen, pero agora mas hace el rey que Moisen, porque mas son los que elige el favor temporal de príncipes y principados que los que hace Jesucristo. Huye si quieres acertar de honras y prelacías, y toma el camino mas seguro. En grande peligro te pones si quieres ser prelado y mandar á los otros. Ninguno hay tan desalmado que quiera ser prelado, conociendo las obligaciones de los prelados. Siendo obligado á dar cuenta de las almas de los otros, grande desatino es querer ser prelado. Trabajo será cuando te pidieren cuenta de los pecados de tus súbditos, que tú no hiciste. Loco es el que

Matth., 23.
1. Reg., 17.
Gen., 31.
Luc., 2.
Jud., 12.
Exod., 27.
3. Reg., 6.

se quiere obligar á pagar lo que los otros comieron. A la hora de la muerte harto terná cada uno que entender consigo siendo el juicio tan riguroso, sin tener que dar cuenta de las almas ajenas. Hallartehas tan embarazado entonces, que no harás poco en librar á tí, cuanto mas tomando á tu cuenta las conciencias de los otros. Vanidad es muy grande poner tu salvacion en tanto peligro. Vanidad de vanidades querer ser alguna cosa en este destierro. Mas amado serás de Dios si fueres virtuoso, y mas honrado de los hombres si hicieres lo que debes, aunque seas súbdito, que siendo prelado soberbio. No serás temido, porque no eres prelado, pero serás amado, y estimado que es muy mejor. Desnúdate de tus afectos, y no quieras tomar sobre tus hombros la grande carga y obligacion que tienen los prelados. Ama la humildad como fiel siervo de Cristo, y quita de tu corazon el amor de los estados y honras del mundo, pues en la hora de la muerte no te podrán aprovechar estas cosas, mas antes pornán tu salvacion en mayor peligro.

## CAPITULO XXVIII.

**De la vanidad de los que quieren valer y mandar en el mundo.**

« El que es mayor entre vosotros hágase como el menor, y el que á los otros precede sea como siervo : » dice el Señor. Leccion es esta que trajo el Divino Maestro del cielo á la tierra, aunque el mundo está sordo para oirla, y ciego para entender esta doctrina. Todos quieren ser preferidos á sus hermanos, y ser señores de los otros. Vanidad de vanidades, y perversidad grande de los hombres. Muy ajeno anda de la verdad y justicia el que en este mundo quiere valer y mandar. El ambicioso condesciende con las voluntades injustas de los poderosos á quienes no quiere descontentar, sino serles gracioso y acepto, para seguir sus pretensiones. Aunque conozca que lo que quiere el príncipe ó prelado es contra justicia, concuerda con su voluntad. Todo ambicioso es pusilánime. Anda á complacer á los poderosos, y así no tiene ánimo para contradecir la mentira, ni pecho para volver por la verdad. Cuatrocientos profetas por congraciarse con el rey Acab, de quien esperaban honras, le aconsejaban, no la verdad, sino lo que el rey queria. Las cortes de los reyes andan llenas de esta gente. No hay maldad que no se presuma de un ambicioso. Dijo el Señor en la última cena á sus apóstoles que uno de ellos lo habia de vender, y luego dice san Lucas que hubo entre ellos dissension sobre quien era el mayor. De ninguno presumian los apóstoles quien podia cometer tan grande delito, sino del que entre ellos pretendia el primado. De creer era que el que queria ser mayor que todos, y mandar á los otros, ese habia de vender al Señor, para que echado del principado mandase él solo. Por esta razon Abimelec, hijo

Luc., 2.

3. Reg., 22.

Luc., 22.

Jud., 9. 4. Reg., 11. de Gedeon bastardo, mató setenta hermanos legítimos, por suceder él solo en el señorío, y mandar á Israel. Lo mismo afirma la Divina Escritura haber hecho Atalía, la cual metió á cuchillo toda la generacion real, por alzarse con el reino de Judea. Joram mató á sus hermanos, y á algunos de los príncipes de Israel, por reinar con mayor tiranía. Nunca estos ambiciosos acabaron bien. Así murieron á espada Abimelec y Atalía: y Joram de enfermedad abominable, y acabó lleno de miserias, despues de haber padecido dos años de increibles dolores. Absalon y Adonías, hijos del rey David, y Siba, criado suyo, cada uno por sí en diversos tiempos quisieron usurpar el reino de Israel viviendo David; pero muy breve fué el tiempo que gozaron de la honra, la cual dejaron muriendo desastradamente, y muerte condigna á su ambicion. No puede sufrir la tierra á los ambiciosos: y así se abrió y tragó vivos á Datan y Abiron, que se levantaron contra Moisen, y en cuerpo y en alma descendieron vivos al infierno. Triste espectáculo ver al hombre hoy en grande cumbre ensalzado, y que lleva tras sí los ojos de todos, y en breve tiempo lo verás caido, y de manera que nadie quiere mirarle. Estos son los testimonios del mundo, y el pago que da á los que aquí ensalza. En esta vida padecen tormento intolerable, y en la otra arden para siempre. El odio, la envidia y la ambicion traen consigo la cruz, y no la de Cristo, sino el durísimo tormento del mundo. Estos tres vicios atormentan el corazon: quitan el sueño y descanso, y desasosiegan á todo el hombre. Al ambicioso son tormento todos los bienes de su prójimo: y al que aborrece á otro todo el bien que le sucede le congoja y aflige. Si es ambicioso, cuando ve á los otros sublimados, es herido con cuchillo de dolor, anda cabezcaido, y imaginando como alcanzará dignidades y honras, y por qué modos y maneras conseguirá lo que pretende. Así el malaventurado ambicioso siempre anda triste, inquieto y turbado, y lleno de cuidados: y aunque á todos habla bien, y muestra la cara alegre, y honra á todos, porque teniéndolos contentos le ayuden á subir y á valer, su corazon de dentro padece ansias mortales, y cada vez que á otros proveen de algun oficio de honra, se le atraviesan con una lanza. Como el perro que tanto roe el hueso que se saca su propia sangre, y aquella chupa, así el ambicioso á sí mismo se deshace, y roe su propia sangre, y se come á bocados. Mucho es lo que sufre el ambicioso. Es la ambicion ximia de la caridad, y en todo procura remedarla, y tiene las condiciones que de la caridad pone el Apóstol, aunque por diversos fines. La caridad es paciente para las cosas eternas, y la ambicion para las eternales. La caridad es benigna con los pobres, la ambicion con los ricos. La caridad todo lo sufre por la verdad, y la ambicion sufre mucho por la vanidad. La una y la otra lo creen todo, y esperan todo. Mártir del demonio es el ambicioso, porque la grandeza al que la posee indignamente es aguijon de las penas. Pesado yugo sufre sobre sus hombros, y muy remotos trae los pensamientos de los cuidados que los santos

2. Paral., 21. 2. Reg., 15. 3. Reg., 1. 2. Reg., 18. 3. Reg., 2. Num., 16. 1. Cor., 13.

tenian. Sabiendo el demonio ser la ambicion cierta caida de los ángeles y de los hombres, tres veces combatió al colegio apostólico con esta tentacion. La una cuando lidiaban sobre quien era mayor, y llamó el Señor á un niño, con cuyo ejemplo deprimió su ambicion. La segunda cuando despues que san Juan y Santiago se quisieron asentar á la mano derecha y izquierda, se indignaron los otros apóstoles. Y la tercera, en la última cena. Con grande cuidado te debes guardar de esta vanidad, pues acomete á los apóstoles de Jesucristo, varones santos, pobres y sin rentas, vestidos de viles ropas, y mantenidos con pocos y groseros manjares. En hombres tan santos y tan despreciados se enciende la llama de la codicia del mandar. Críase esta fiera en los palacios de los reyes, y visita las casas de los muy pobres labradores, y hizo estremecer el colegio de Jesucristo. Huye de esta maldita ponzoña. De la variedad de los deseos mana la variedad de las cosas adquiridas. La variedad de los deseos tiene orígen de la enfermedad del ánimo. El que está enfermo muchas cosas desea. Agora quiere fuentes, agora ramos, agora unos manjares, y luego aborrece aquellos, y quiere otros : y muchas veces imagina cosas imposibles. Todo esto hace la variedad de las cosas de que uno está enfermo. El que quiere no fatigarse con estas cosas, ni derramarse con semejantes cuidados, determínese de sanar purgándose de todos pecados, y procurando de seguir á Jesucristo en su desprecio y pasion. El que desea el primado en la tierra hallará confusion en el cielo. Y así procura de ser el menor de todos: porque el que fuere mayor en la honra, no es mas justo; pero el que fuere mas justo, aquel es mayor. Si deseas subir, deseas caer. El psalmista dice : « Echástelos, Señor, cuando subian. » Cuando es ensalzado es abatido el que subiendo en honras pierde las virtudes. Por lo cual las honras de mano de Dios se han de recebir, porque él dará virtud y suficiencia al que eligiere. Las cuales aunque se den por manos de hombres, entonces debes creer que vienen de mano de Dios, cuando no las deseas ni procuras. Y como quiera que sea, es lo mas seguro no tenerlas, porque si no haces lo que debes, tienes cierto el infierno, y si haces lo que eres obligado ternás muy grande trabajo. Muy grande es la obligacion de los prelados, y las costumbres y fueros del mundo están muy subidas en lo contrario, y de lo que deben hacer : por tanto si quieres acertar, y asegurar tu salvacion, aborrece de corazon estos sueños y vanidades de honras, que como humo se deshacen, y te dejarán solo entregado á grande multitud de gusanos, que te acompañen.

Matth., 18.
Matth., 20.
Luc., 22.
Psal., 72.

## CAPITULO XXIX.

### De la vanidad de los que presumen de sí mismos.

Prov., 28. « Vanidad es el que confía de sí mismo, » dice Salomon en los Proverbios. Vanos son los que de sí presumen: como el hombre no pueda por su propia virtud ni vivir ni conservarse. Todas las cosas que son hechas de nada se convertirian en nada, si el que las hizo no las sustentase con su mano. ¿Pues porqué presumes? Tampoco podrias defenderte de los demonios, si no fueses de Dios amparado. Escrito está: « Por la misericordia de Dios no somos consumidos. » Tu perdicion es tuya, y el auxilio de solo Dios. Puedes tú mismo matar tu ánima con pecados, pero no podrás salir de ellos sin especial auxilio de Dios. No tienes causa para presumir de tí mismo. Porque san Pedro se tenia á sí mas que todos, cayó mas que todos. Por destruir esta maldita presuncion humana permitió el Señor que cayese el santo rey David en viles y torpes pecados. Dijo presumiendo de sí mismo: « Yo dije en mi abundancia: no me moveré. » Apartó Dios su mano dél, y cayó, y por eso dijo á Dios: « Apartaste tu mano de mí, y fuí turbado. » Quita Dios su temor y ayuda á los que presumen de sí mismos: el cual quitado no aprovecha el hombre en el bien, y cae en el mal. Por amor de esto aquella santa mujer Judit dijo hablando con Dios: « Humillas, Señor, á los que presumen de sí mismos, y se glorian en su virtud. » Grande vanidad es presumir el hombre de sí mismo, siendo nuestra flaqueza y poquedad tan grande que dijo el Apóstol: « No somos suficientes para pensar alguna cosa de nosotros, como de nosotros; pero toda nuestra suficiencia viene de Dios. » Pues si por sí mismo no puede el hombre pensar un buen pensamiento, que es la cosa mas pequeña de todas entre las buenas obras, ¿cómo podrá hacer otras cosas grandes? ¿Porqué presumimos de cosas grandes, no siendo suficientes para las pequeñas? El Señor dice: « Ninguno viene á mí, si mi Padre no lo trujere. » Sintiendo su propia flaqueza la Esposa en los Cánticos, implorando este favor divino decia á su Esposo Jesucristo: « Tráeme en pos de tí, y correremos trás el olor de tus ungüentos. No puedo ir á tí sino yendo en pos de tí, ni esto puedo hacer sino ayudada por tí, por lo cual te ruego que me lleves en pos de tí. Sin tí no puedo hacer nada. » El navío por sí mismo entra en el mar, pero no sale á tierra sino con manos ajenas; por sí mismo entra el pece en la red, y no sale si no lo sacan; y si por sí misma da la tierra cardos y espinas, y no trigo: y así por sí mismo hace el hombre mal, y no puede hacer bien sin el

Tren., 3. Oseæ, 13. Matth., 26. Psal., 29. Judith, 6. 2. Cor., 3. Joan., 6. Cant. 1. Joan., 15.

favor divino. Pues si esto es así, ¿de qué presumes? Puso Dios al hombre en el paraíso terrenal, y con ser puesto por su mano no pudo conservarse: ¿pues cómo se pondrá en la gloria por sus propias fuerzas? En los Proverbios está escrito: « El sabio teme, y apártase del mal; pero el loco pasa y confia. » Esta propia estimacion procede de no conocerse el hombre á sí mismo. Por bueno que tú seas tienes defectos y faltas como hombre pecador y flaco, y por malo que tu prójimo sea tiene cosas buenas que tú puedes ver, si quieres mirar en ello. Pues si pones delante de tus ojos tus propias culpas, y los bienes de tu prójimo, ternás á tí mismo por pecador y miserable, y á tu prójimo por justo y bueno. Pero porque echas mano del bien que tienes, y de los defectos de tus hermanos, eres loco y arrogante presumiendo de tí, y teniéndote en mucho, y despreciar á tus prójimos. Así lo hacia aquel soberbio fariseo que alababa á sí mismo en el templo contando sus bienes, y los males del publicano: por lo cual fué reprobado. Así dice san Lucas que esta parábola dijo el Salvador á unos que confiaban de sí mismos. Otro hubiera de decir los bienes del fariseo, y no él. Tenia Moisen tan resplandeciente su cara que los hijos de Israel no podian mirarle, y él solo no lo sabia. Otros verán y dirán tus virtudes: tú ten cerrados tus ojos. ¿Qué tienes que no hayas recibido? y si lo recibiste, ¿porqué te glorias como si no lo hubieras recebido? Muchos fuertes cayeron, porque presumieron de sí mismos. Muchos enfermos convalecieron, porque esperaron en Dios, y le llamaron. El humilde y manso es amado de todos, el presuntuoso y soberbio lanza de sí á los que á él se llegan. Por no mirar nuestros propios defectos, los cuales debríamos traer siempre delante de nuestros ojos, y llorarlos, venimos á tenernos en mucho, y á despreciar á nuestros prójimos. El que á sus prójimos desprecia, y se tiene por mejor que ellos, ofende á Dios y á sus santos. Infiel es y loco el siervo que de los bienes de su Señor se ensoberbece, y desprecia á los otros. No presumas, pues no sabes si eres acepto á Dios, y aunque esto supieses no debes presumir, pues no sabes si perseverarás en el bien comenzado, ni el estado en que te tomará la muerte. El hombre por santo y perfecto que sea puede caer como cayeron Adan, David, y san Pedro, y otros muchos. Puede tambien condenarse y perderse para siempre, aunque sea justo, como cayeron los ángeles, siendo de purísima naturaleza espiritual, y estando en el cielo: y como Saul, y Judas, y otros semejantes. De los ángeles dijo el santo Job: « Los que sirven á Dios no son constantes ni firmes, y en sus ángeles halló maldad. » Pues como dice el Apóstol, el que piensa que es algo como no sea nada, engaña á sí mismo. No presumas pues de tí mismo, antes así debes pensar de lo íntimo de tu corazon que eres mas vil y inferior que los otros, que no pienses que eres nada.

Prov., 14.

Luc., 18.

Exod., 34.

1. Cor., 4.

Gen., 3.

3. Reg., 11.

Matth., 26.

1. Reg., 13.

Matth., 27.

Job, 4.

Galat., 6.

## CAPITULO XXX.

**De la vanidad de los que presumen de letrados.**

« La ciencia hincha, y la caridad edifica, » dice el Apóstol. La ciencia sin el temor de Dios ensoberbece al letrado, y escandaliza á muchos. La verdadera ciencia es conocerse el hombre á sí mismo, y no saber nada de sus propias virtudes y méritos. ¿Qué tanta es tu ciencia, pues no sabes si eres acepto á Dios, ni el camino que llevas, ni lo que será de tí? El que piensa que sabe algo aun no sabe cómo le conviene saber. No presumas de tus letras y ciencia, pues ningun hombre en esta vida sobrepuja en saber á los demonios, los cuales con cuanto saben no se pueden escapar de las penas del infierno. ¿Qué aprovecha que sepas toda la Escritura, y la traigas en la boca, si tienes mala conciencia? El demonio tambien cuando tentó al Señor en el templo, tenia la Escritura en la lengua, y la alegó; pero muy remoto tenia su corazon de Dios. Si no quieres imitar al demonio, conviene que como traes la Escritura en la boca la traigas en el corazon, y vivas segun lo que entiendes. Los berros en el arroyo, aunque estén metidos en el agua, crecen, y medran muy pocos si no les llueve del cielo. Menester es que les llueva de arriba para que crezcan. Aunque estés lleno de muchas ciencias, y seas grande letrado, no basta para aprovechar á tí y á los otros si no viene de lo alto la ciencia, y si no llueve el Espíritu de arriba del cielo, y enciendes á tí mismo en el amor de Dios, y aprovechas á los otros. Por amor de esto, diciendo el Apóstol que la ciencia hinchaba, habló luego de la caridad, la cual da el valor á la ciencia. Como el agua templa el vino, para que no se suba á la cabeza, así la caridad templa la ciencia, para que no se ensoberbezca el hombre. Para alcanzar el fruto de la ciencia es menester que tú sujetes á la caridad. El manjar indigesto engendra malos humores, no estando primero cocido con el calor natural, y no sustenta el cuerpo, mas antes lo desmaya. Así la ciencia echada en el entendimiento como en el estómago del ánima, engendra soberbia, y destruye al letrado, si no fuere cocida con el fuego de la caridad. El Apóstol dice: « Si hablare por lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere caridad, soy como metal que suena.» El estaño mas suena que el oro, y de mas lejos es oido; pero de mas precio es el oro. Así el letrado que enseña á los otros mas suena y es mas conocido que el idiota virtuoso, pero mas vale el simple y buen cristiano que el letrado vano y soberbio. Como los que enseñan á danzar á otros no basta que enseñen por palabra, pero es menester que dancen tambien ellos, así el que enseña las virtudes á los otros ha de hacer lo que dice. De unos que, viviendo mal, revolvian muchos libros por saber,

1. Cor., 8.

¡Matth., 4.

1. Cor., 13.

dice el Apóstol que siempre deprendian, y nunca llegaban á la ciencia de la verdad. El Eclesiástico dice: « Desea la sabiduría, y guarda la justicia, y Dios te la dará. » Para alcanzar de Dios la sabiduría dijo que guardase la justicia. Escrito está: « Lléganse las aves á sus semejantes, y la verdad irá á los que la obran. » Como la sabiduría sea don de Dios, no debes buscarla por fuerza de solos libros y estudio sin consultar á Dios, segun aquello que dice el apóstol Santiago: « Si alguno de vosotros tiene necesidad de sabiduría, pídala á Dios, el cual la da á todos abundantemente. » Dios dijo á Moisen: « Llamé á Beseleel, á quien dí ciencia para la obra del Tabernáculo. » Pues si aquella arte mecánica viene de Dios, ¿cuanto mas las otras ciencias mas altas y espirituales? A Daniel, que fué enseñado de Dios, halló Nabucodonosor muy mas docto que á todos sus letrados. A Dios pide la verdadera ciencia, porque no te pierdas, como aquellos gigantes, por su insipiencia. Aunque sepas lo alto del cielo, y el profundo del mar, y todas las ciencias, si á tí no te conoces, eres semejante al que edifica casa sin cimiento. Tanto uno interiormente es mas ignorante, cuanto en lo exterior piensa que es mas sabio, y quiere ser tenido por tal. No podrá llegar á la verdadera sabiduría el que es engañado con la presuncion de sus letras. Con dificultad se humilla el corazon del que se tiene por sabio. Toda la sabiduría de este siglo es infiel, pues no permanece con el hombre despues de su muerte. Si quieres ser sabio deprende en la tierra ciencia que persevere contigo en el cielo. El que sin la verdadera sabiduría piensa ser sabio, no es sabio, sino ignorante. Deprende aquí como vengas á aquel al cual como una vez vieres sabrás luego todas las cosas. Esta es aquella Verdad eterna, sin la cual toda sabiduría es ignorancia: y el que la conoce tiene perfecta ciencia. Desdichado aquel que sabe todas las otras cosas, y no sabe esta verdad: y bienaventurado el que á Dios sabe, aunque no sepa las otras cosas. Mas loable es el ánimo á quien es conocida su propia enfermedad, que el que, no conociendo, la escudriña el curso del cielo, la altura del sol, y el fundamento de la tierra. Muchos disputan de la forma y figura del cielo, y pocos hacen por alcanzarle. Acuérdate de aquel dicho del Salvador, que dice: « Si sabeis estas cosas, sereis bienaventurados, si las hiciéredes. » Siempre debes pensar que no sabes nada, ni desees saber otra cosa sino á Jesucristo, y este crucificado. Si sabes á Cristo, harto sabes: aunque no sepas otras cosas. Querer saber solamente por saber es curiosidad: querer saber por ser conocido es vanidad: querer saber por adquirir honras, ó riquezas, es torpe ganancia: pero querer saber por mejor servir á Dios, y edificar al prójimo, y aprovecharle, es virtud. Si eres letrado mira que debes á Dios mas que el ignorante, y que si haces lo que no debes tienes menos excusa delante de Dios. No aprovecha la sabiduría sin Dios. Letrados eran aquellos sacerdotes que dijeron á Herodes donde habia nacido Cristo; pero no fueron á adorarle, ni le co-

2. Tim., 13.
Eccli., 1.
Eccli., 27.
Jac., 1.
Num., 24.
Dan., 3.
Baruc., 3.
Joan., 3.
1. Cor., 2.
Matth., 2.

Luc., 2. nocieron. Adoráronle unos simples pastores, y sin letras, quedándose en Jerusalen sin ver al hijo de Dios aquellos soberbios y arrogantes letrados. Los principales tentadores y perseguidores que Cristo tuvo fueron los letrados y doctores de la ley. Mas daño hace un letrado de mala conciencia que cien ignorantes, porque como á sabios dáseles crédito, y tienen autoridad en el pueblo. A estos dice Cris-

Matth., 25. Luc., 11. to: « ¡ Ay de vosotros, letrados, que teneis la llave de la ciencia, y cerrais á los otros el reino de los cielos, no entrando tampoco en él vosotros! » El Espíritu Santo dijo á la Santa Igle-

Cant., 1. sia que le daria unas arracadas de oro esmaltadas con plata. Aunque esto parece cosa al revés, pues venia mejor que el oro cayera sobre la plata, que no la plata sobre el oro; pero quiere que el fundamento y la cosa mas principal sea la buena vida, y despues ha de caer la doctrina sobre el oro fino de la caridad. Lo mejor se ha de poner primero. Mejor es el oro que la plata, y mejor es ser bueno que ser letrado. Entonces la sabiduría es buena cuando cae sobre la virtud. Cuando no es así es como el loco con espada desnuda, que mata sin tiento, y mata á sí mismo. Así el letrado sin virtud con las armas de las letras, y opinion que tiene, destruye á sí y á otros muchos. La ciencia que ordenó Dios para que los hombres le conociesen y amasen, convierten muchos en vanidad y locura. Ciéganse con la lumbre de

Gen., 6. la ciencia, que debiera alumbrarlos. Así aquellos gigantes á quien Dios dió fuerzas para trabajar, y ayudar á los hombres, convertiéronlas en oprimirlos. Grande mal es cuando ofendes á Dios con las cosas que te dió para que le sirvieses. Huye de toda hinchazon y vanidad, y no desprecies al prójimo, porque no es tan letrado como tú, pues puede ser que sea muy mejor que tú: y acuérdate que el cielo no se alcanza con letras, sino con buenas obras.

## CAPITULO XXXI.

### Cómo á los que enseñan á los otros debe acompañar la buena vida.

« El que hiciere, y enseñare, este será grande en el reino de los

Matth., 5. cielos, » dice el Señor. Primero trató de las obras diciendo el que hiciere, y despues habló de la doctrina cuando dijo y enseñare: porque mas principalmente se ha de esmerar el que enseña virtudes en el ejercicio y obras de ellas, que en predicar muy altos y elo-

Mar., 11. cuentes sermones. Maldijo Cristo á la higuera que no tenia fruta, y echará á tí su maldicion porque tienes solas hojas de palabras, y careces de la fruta de las buenas obras. Los dos dis-

Luc., 44. cípulos que iban á Emaus no conocieron al Señor cuando iban por el camino hablando de la ley de Dios, aunque iba con ellos; pero supieron quien era, poniendo por obra lo que la ley

mandaba, haciendo caridad, y convidando á comer al peregrino desconocido. Mira cómo favorece Dios mas las buenas obras de sus predicadores que sus palabras. Los discípulos de Cristo tenian doctrina, y eran fervientes en buena vida: y así convirtieron á todo el mundo. Las letras que estaban en el racional del sacerdote eran doctrina y verdad: porque quiere Dios que acompañe á lo que enseñas la verdad de la buena vida. Del santo precursor del Señor dice el Evangelio que era voz: porque la vida, y comer, y vestir, y todo él era voz que predicaba penitencia. No basta que des voces, sino que tú mismo seas voz como lo era san Juan Baptista haciendo lo que dices. No seas como pozo con cuya agua limpian los vasos sucios, y está él sucio y lleno de cieno. Muchos, teniendo todo el cuerpo metido en la laguna de sus vicios, y á sí como ranas, alaban las virtudes con sola la boca. Mira que tal debes ser, pues tienes por oficio ser maestro de virtudes. Plega á Dios que no tengas necesidad de ser discípulo. Las palabras que solamente salen de la boca no pasan de los oidos de los oyentes; pero para que lleguen al corazon es menester que salgan del corazon. A un corazon no habla sino otro corazon. No quemarás si no dieres el tizon encendido, ni arderán los corazones de los oyentes si no fuere tu corazon abrasado con el fuego del Divino Amor. Sobre los apóstoles que habian de predicar en todo el mundo vino el Espíritu Santo en lenguas de fuego, porque las palabras del que enseña á los otros han de ser encendidas en el amor de Dios. Enviando Dios á predicar á Isaías, tocóle los labios con una brasa: porque las palabras del predicador han de ser fuego encendido, que queme todo lo que es paja, y heno de vicios. En el templo de Salomon las tijeras de espabilar eran de oro: porque el que ha de espabilar, y reprehender á otro quitándole lo malo y vicioso que tiene con su amonestacion, es menester que sea bueno como oro. « El que es sin pecado tire la primera piedra, » dijo el Señor á unos pecadores que querian castigar una pecadora. Fueron aquellos confundidos, y así lo serás tú, reprehendiendo el vicio que tienes. El Apóstol dice: « Yo no peleo como quien hiere el aire; pero castigo mi cuerpo, y póngolo en servidumbre, porque por ventura predicando á los otros no sea yo reprobado. » Enciéndense los carbones muertos poniendo una brasa encendida entre ellos, ó hiriéndose unos con otros, porque con el movimiento sacan fuego adelgazándose el aire, que se convierte en fuego. Pero mas fácilmente se encenderán de la primera manera que de la segunda. Dice pues el Apóstol que no encendia en los corazones de los pecadores como el que hiere el aire, y saca fuego dél: porque aunque desta manera se saque fuego es dificultosamente, y con solas palabras. Encendia san Pablo los corazones muertos estando él lleno de fuego de amor y caridad con ejemplos de santa vida, castigando su cuerpo, y sujetándolo al servicio del espíritu. Cristo nuestro Redentor obró treinta y tres años, y predicó solos tres, porque sepas enseñar poco y obrar mucho. Los que edificaban á

Exod., 28.

Joan., 1.
Luc., 3.

Act., 2.

Isai., 6.

3. Reg., 7.

Joan., 8.

1. Cor., 9.

Nehem., 4. Jerusalen con una mano obraban y con otra tenian la espada. El Apóstol compara la palabra de Dios á la espada.
Hebr., 4.
Ephes., 6. Así con una mano has de enseñar, y obrar con la otra. La espada no atemoriza á los enemigos, sino cuando está en la mano del contrario. Por lo cual de los buenos predicadores dice el
Psal., 149. psalmista: « Las alabanzas de Dios están en sus gargantas, y tienen en sus manos espadas de dos filos. » No se sustenta la lumbre en la lámpara sino con el aceite, ni la luz de la doctrina sino con la misericordia. En el Evangelio es comparado el predicador
Luc., 8. al sembrador, el cual siembra con la mano: porque entienda el predicador que con las obras ha de enseñar al pueblo y autorizar su doctrina. Aunque muchos hay agora que son como los oficiales mayores, y maestros de obras, que ellos nunca trabajan, ni sirven sino de mandar á los otros lo que han de hacer, y á la tarde reciben mayor premio que los otros. Pon las manos en la obra, pues enseñas á los otros. Hablas cosas buenas, y no las haces, y abominas los males de los otros, siendo tú negligente en muchas cosas. Escrito está: « Pe-
Jac., 4. cado tiene el que sabe el bien, y no lo hace. » El que sabe muchas cosas, y no las hace, levántase de la buena mesa muerto de hambre. El que disputa de los vicios, y no los resiste, siembra buena simiente entre las espinas. Mas son traidos los hombres con buenos ejemplos que con muchas palabras. No es muy grande arte ni virtud querer enseñar á los otros, y enmendarlos; pero es cosa muy loable regirse el hombre á sí mismo, y enseñar con vida y ejemplo. Esta es la grande sabiduría de Dios y de los hombres. Cuando Dios
Exod., 19. bajó al monte Sinai á dar su ley á Moisen, primero comenzó á arder el monte con la presencia del fuego de Dios, y tras esto oyóse la voz de la trompeta que iba creciendo sensiblemente. Así el que enseña á los otros lo primero se ha de encender en el fuego del amor de Dios, y creciendo el sonido de la trompeta de la predicacion, enseñe, amoneste y reprehenda. Entonces será oida su voz, y terná virtud la doctrina. Primero el ama recibe el manjar, y lo convierte en su sustancia, que dé de la leche al hijo que cria. Primero el fuego quema lo mas propincuo que lo distante. Así el que enseña á otros, primero como él ama ha de tomar la doctrina para sí, y primero el fuego de la casa de Dios ha de encender á él que al pueblo. En los Proverbios está es-
Prov., 5. crito: « Bebe el agua de tu cisterna, y dala á los pueblos. » Primero bebe tú la doctrina, y despues la darás á los otros. Cuando
Exod., 9. Moisen tenia la vara en sus manos era vara, y cuando la
Num., 20. echaba en la tierra era culebra. Cuando pones las manos en lo que enseñas obrando lo que dices, es tu doctrina vara de virtud y justicia que tiene virtud para sacar agua de las peñas, convertiendo los duros y obstinados pecadores. Mas si dejas de las manos lo que enseñas diciendo una cosa y haciendo otra, tórnase culebra torcida, y llena de vueltas, que llaga y emponzoña las conciencias de los oyentes. Dos veces se lee en el Evangelio que el Señor con
Marc., 8. Joan., 6. pocos panes hartó muchos millares de hombres, y ambas

veces antes que los diese los tomó con sus manos. Para que aproveche la doctrina, que es pan y mantenimiento del alma, tómala primero con las manos, obrando lo que enseñas á los otros. Por lo cual Salomon pedia á Dios, diciendo: « Envia, Señor, la sabiduría desde el cielo, para que esté conmigo, y trabaje conmigo. » No solo Sap., 9. queria que estuviese la sabiduría con él, sino que tambien trabajase con ella. David, primero que dijese en el psalmo que enseñaria á los malos los caminos de Dios, suplicó al Señor diciendo: « Cria en mí un corazon limpio, y confírmame con tu principal Psal., 50. Espíritu. » Pidió el Espíritu del Señor, antes que enseñase á los otros la justicia. Aunque el sol en deciembre alumbre á los de Noruega, que es region septentrional, pero no los calienta, así á muchos enseña la ciencia lo que han de hacer, pero no los enciende en lo que han de hacer. Tócalos para saber, y no para obrar. El espejo muestra á los otros las mancillas del rostro, y él no se ve á sí mismo. Pues muestras á los otros sus defectos, mira á tí mismo, y enmienda tus culpas. El Apóstol escribiendo á Timoteo dice: « Mira por tí, y por la doctrina. » Los cojos 1. Tim., 4. parecen bien estando asentados; pero en levantándose, y en comenzando á andar, muestran ser cojos. Muchos parecen bien, y cuando están asentados, ó quedos enseñando á los otros, y muestran su fealdad cuando andan cojeando por el camino de las virtudes. No des á comer á los otros, quedando tú muerto de hambre. El 3. Reg., 13. profeta Elías primero tomó el pan para sí, y despues lo dió á la viuda. La correccion fraterna ha de comenzar en el hombre por sí mismo enmendando primero á sí que á los otros. Si vives segun la buena doctrina que enseñas, serás grande, como el Matth., 5. Señor dice, en el reino de los cielos.

## CAPITULO XXXII.

### De la vanidad de los que se precian de valientes.

« Yo humillaré y abatiré la arrogancia y soberbia de los fuertes, » dice Dios por Isaías. Por lo cual aquella santa Isai., 13. mujer Judit, hablando con Dios, decia: « Tú, Señor, humillas á los que presumen de sí, y se jactan de sus fuerzas. » ¿Qué mayor vanidad que un hombre de carne tan flaca presumir de valiente? Suele Dios domar esta vanidad derrocando á estos valientes con cosas pequeñas. Presumia san Pedro de valiente, y parecióle que aunque todos faltasen á su Maestro, que él no faltaria, y que Matth., 26. moriria por él si fuese necesario. Ser todo esto vanidad mostróselo el Señor cuando permitió que por una flaca mujer, y de vil condicion y oficio, pues era sierva y portera, fuese vencido el príncipe de la Iglesia, que presumió de valiente y esforzado. No Luc., 22.

quiso Dios que leones ni tigres venciesen al soberbio Faraon, sino cínifes y moscas, que son viles y pequeños animales, porque conociese ser vana y loca su valentía. Benadab, rey de Siria, presumiendo de valiente vino sobre Samaria con treinta y dos reyes, y muy poderoso ejército, y con grande vanidad y presuncion envió á decir al rey de Israel: Mal me hagan mis dioses, si en toda Samaria hay un paño de tierra para cada uno de los muchos que traigo conmigo. Castigó Dios la soberbia de este gentil con destruir su grande ejército, y matar infinidad de los suyos con solos doscientos y treinta infantes, y tornándose á rehacer, y volviendo otra vez, murieron en solo un dia cien mil del ejército de Benadab. Con grande soberbia llegó el gigante Golías preciándose en su valentía, y grandes fuerzas de su persona, y quiso nuestro Señor que un pastorcillo, que nunca tomó armas, le cortase la cabeza con su propia espada. No con menor arrogancia cercó á Betulia el príncipe Holofernes, general del rey de los Asirios, con poderoso ejército, y una mujer lo degolló, y confundió la casa del rey Nabucodonosor, segun que ella despues dando gracias á Dios por esta singular vitoria dijo en su cántico: « No le mataron los altos gigantes, pero Judit, hija de Merari, lo deshizo. » Así destruyó Dios á Sisara, á Senaquerib, y á los gigantes de la tierra de Canaan, y á todos los que vanamente presumen de valientes. Por lo cual el santo rey David dice en el psalmo: « No se salva el rey en su fuerza, y el gigante no se salvará en la multitud de la fuerza. » La fortaleza del cuerpo muy presto es destruida, si no fuere con el juicio de la razon amparada. Sanson era hombre valiente, y por dejar el consejo de la razon fué puesto en miserable servidumbre en manos de sus enemigos. Ninguno pues debe gloriarse de las fuerzas del cuerpo, pero debe desear mucho la fortaleza del ánima. La verdadera valentía consiste en no temer sino las cosas torpes, y en sufrir con igual corazon las prósperas y adversas. Aquel es valiente que la prosperidad no lo ensoberbece, ni la adversidad lo derrueca. La divina Sabiduría dice: « Mejor es la sabiduría que las fuerzas, y mejor es el varon prudente que el fuerte. » Las fuerzas corporales dalas Dios á las bestias, pero la valentía del ánimo es de los hombres. Esta fortaleza, que es virtud del ánimo esforzado, consiste en sufrir con magnanimidad las cosas adversas. ¿Cómo eres tú valiente, sintiendo tanto una palabra que de tí dijeron? Alábaste de valiente, y amenazas á los que te injuriaron. Contradíceste, pues por una parte dices que eres valiente, y por otra ven los que te oyen que eres vencido de pequeñas injurias, y que no tienes ánimo ni valor para sufrir cosas pocas. El ánimo valiente y generoso perdona las injurias, y no se mueve por ningunas adversidades, y hace rostro á cualesquier tribulaciones. ¿Cómo eres valiente, pues te turbas con nada, y pierdes el sueño por pocas cosas? Cobarde eres, y apocado, pues eres vengativo, y andas vencido de tus pasiones. Mañana morirás, ¿y en qué pararán tus fieros y ame-

Exod., 8.

4. Reg., 17.

1. Reg., 17.

Judith, 13.

Judith, 16.

Judith, 4.

4. Reg., 19.

Psal., 32.

Jud., 16.

Sap., 6.

nazas? ¿Qué será de tu valentía? ¿Cómo si eres valiente no te defenderás de unos torpes y viles gusanos? ¡O vanidad de vanidades, que presuma de valiente un vil gusano de la tierra y miserable pecador, tan flaco y desventurado que no puede resistir á tan flacas criaturas como son los gusanos de su sepultura! En la vida muy pequeños animales te desasosiegan y vencen: y despues de la muerte serás manjar de viles gusanos. Escrito está: «Cuando el hombre muriere herederá serpientes, bestias y gusanos.» ¿Pues qué valentía es la tuya? No hagas caso de la valentía y fuerzas corporales, sino de la paciencia y virtud. El corazon animoso no es movido, ni turbado. El rayo destruye y quema todo lo que hay en la tierra, sino el laurel. El laurel no es herido del rayo, ni el varon justo del fuego de la tribulacion. La verdadera virtud es un hermoso laurel, que está siempre verde, y no es destruido por algunas tribulaciones. A esta firmeza de virtud nos amonesta el Apóstol, diciendo: «Estad constantes y inmovibles, abundando en todas buenas obras.» Verdaderamente valiente se puede llamar el glorioso san Juan Baptista, pues ni la prosperidad ni la adversidad pudo moverle. Enviaron á preguntarle si era Cristo, y no le mudó tan grande honra como le era ofrecida. Dióle la muerte Herodes, y tampoco se desdijo. Por amor de esto alabando el Señor la valentía del ánimo de san Juan, dijo dél que no era liviano como caña que se mueve á cada viento. Tal era tambien aquel santo rey, de quien dice la Escritura: «Así es mi señor el rey como el ángel del Señor, que no se mueve por maldicion ni bendicion.» Aquel es de grandes fuerzas que resiste fuertemente á los vicios. Aquel es fuerte caballero, y bien armado, que doma su carne con las armas de la continencia. Preciarse de las fuerzas corporales, y oprimir á los que pueden menos, no es de valientes, sino de soberbios tiranos. Suelen estos tales emplear sus fuerzas en hacer mal, y condenados dirá cada uno de ellos aquello de Isaías: «En vano consumí y gasté mi fortaleza.» Vanidad es presumir de esta valentía, pues dice la Escritura: «Los poderosos poderosamente serán atormentados, y á los fuertes fuerte castigo les está esperando.» Nembrot era valiente y robusto, y dél dice la Escritura que se hizo tirano y opresor de los hombres. Como ande continua lucha entre el espíritu y el cuerpo, segun aquello que el Apóstol dice que la carne codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne, cuanto mas fuerte fueres en el cuerpo tanto mas debes temer que el espíritu ande vencido. Siendo contrarios estos dos enemigos, las muchas fuerzas del uno serán causa de su vitoria, y de la caida del otro. La experiencia nos enseña que comunmente los que son mas fuertes en el cuerpo son mas flacos y enfermos en el ánima. El Apóstol dice: «Cuando estoy mas enfermo soy mas fuerte.» Cuando en el cuerpo estaba mas enfermo, estaba mas fuerte en el ánima. Y por el contrario los que tienen mayores fuerzas corporales suelen ser mas enfermos y flacos en las cosas

Eccli., 10.

1. Cor., 13.

Joan., 1 Marc., 6. Matth., 11. Luc., 7.

2. Reg.. 14.

Isai., 33. Sap., 6.

Gen., 10.

Galat., 5.

1. Cor., 12.

espirituales. No te precies de estas vanidades : mas antes conoce que eres flaco y pecador, y sujeto á necesidades, y vencido de cosas flacas.

## CAPITULO XXXIII.

### De la vanidad de los que vengan sus injurias.

Rom., 12. «Dejad para mí la venganza,» dice Dios. Pues Dios toma á su cargo vengar tu injuria, vanidad es querer vengarte por tus manos. Si dejares la venganza para Dios, él te vengará cumplidamente, poniendo al que te ofendió en la horca del infierno. Ninguno hay tan cruel que si viese las penas que padecen los dañados en el infierno, no se moviese á compasion de ellos. No te podrás vengar tanto cuanto te vengará Dios de quien te injurió echándolo en el infierno. Si no supiera el Señor cuan grave era el tormento del infierno, no sufriera tan cruel pasion por librarnos de aquella pena. Pues Dios te vengará, castigando duramente con pena eterna á quien te ofendió, deja á él la venganza. Dios dice : «Mia es la venganza.» No tomes á Dios su oficio. Tres cosas reservó Dios para sí, y no quiso que nadie se las tomase. La primera es juzgar la intencion y pensamientos de nuestros prójimos, segun aquello que él mesmo dice : «No querais juzgar, y no sereis juzgados.» «El Padre todo el juicio dió al Hijo.» La segunda, la honra y gloria, conforme á aquello que dice el mesmo Dios : «No daré á nadie mi gloria.» La tercera cosa que reservó para sí es la venganza. Guárdate de hurtar á Dios ninguna de estas cosas. Cuanto mas que es locura querer vengarte, haciendo mal á tu prójimo. Vanidad es querer un hombre sanar su llaga con llaga ajena. El vengativo en el mal ajeno quiere su bien, y quiere salud con enfermedad ajena, lo cual no es otra cosa sino buscar agua en el fuego, y uvas en las espinas, y higos en los abrojos. Mira que eres vano, porque la pena de otro no puede aprovechar á la tuya. Vanidad es querer un hombre vengarse tan á costa suya que no puede hacer pequeño daño en el cuerpo de su prójimo, sin hacerse muy mayor daño en su propia alma y conciencia. En los Proverbios está escrito : «No digas : Daré mal por mal. Espera en el Señor, y él te librará.» Librarte ha del trabajo, y gastos, y del peligro del ánima, y del cuerpo, y del infierno, al cual te obligas vengando tu injuria. Por lo cual el Apóstol aconseja, diciendo : «No querais defenderos ; pero dad lugar á la ira.» No prohibe el Apóstol la honesta defensa, pero veda la venganza, y así aquí por defensa entiende san Pablo venganza, como está escrito en el libro de Judith, que juró Nabuchodonosor de defenderse de todas aquellas naciones, donde la Escritura Divina por vengarse puso defenderse.

Deut., 32.

Luc., 6.

Joan., 3.

Isai., 42.

Matth., 7.

Prov., 20.

Rom., 2.

Judith, 1.

«El que quiere vengarse caerá en la venganza del Señor, y guardará Dios sus pecados,» dice el Eclesiástico. Si tú has ofendido á Dios en muchas cosas, ¿porqué te maravillas que los hombres te ofendan? No se debe tener por agraviado por ninguna ofensa que de los hombres reciba el que tiene á Dios ofendido, pues cuando á Dios ofendemos merecemos que todo el mundo se alce contra nosotros, y apellide en su favor, y vuelva y responda por la honra de Dios. ¿Pues de qué te quejas, siendo pecador, á Dios? ¿Porqué quieres vengarte? No te quejes de que los hombres se levanten contra tí, pues tú tantas veces te has levantado contra Dios. Si Dios se vengara de las ofensas que le has hecho, ya estuvieras en el infierno. Él es el que dice: «Por la medida que midiéredes á los otros sereis medidos.» Como tratares á los otros, serás tratado de Dios: por lo cual como querrias que lo hiciese Dios contigo, así lo debes hacer con tu hermano. Si te vengares de las injurias que recebiste, Dios se vengará tambien de las que tú hiciste contra él, segun aquello del apóstol Santiago: «Juicio se hará sin misericordia al que no hiciere misericordia.» Vengándote de tu prójimo atesoras ira de Dios, y dura venganza, que verná sobre tí. Por la medida que midieres serás medido. En el lugar donde lamieron los perros la sangre de Nabot lamieron la de Acab, que le mataron contra justicia, como de parte de Dios se lo habia dicho el profeta Elías. Los hijos de Jacob porque fueron crueles con su hermano José fueron despues afligidos en Egipto, segun ellos lo confesaron diciendo: «Con razon padecemos esto, porque pecamos contra nuestro hermano, y no le oimos cuando nos rogaba.» Porque Faraon ahogaba en las aguas á los hijos de Israel, lo pagó en la misma moneda ahogándole Dios en las aguas del mar Bermejo. Porque la serpiente trajo al hombre á miserable servidumbre, fué castigada en que anduviese pecho por tierra. Y porque en su boca trajo mentira, le dió en mantenimiento la tierra que él maldijo por el pecado del hombre. Porque la mujer comió de la fruta vedada fué castigada en el fruto de su vientre, diciéndole Dios que con dolor pariria sus hijos. Y porque el hombre pecó comiendo, le castigó Dios en el manjar diciéndole que comeria el pan con el sudor de su cara. En el libro de los Jueces está escrito que dijo Adonibezec: «Setenta reyes cortados los estremos de los piés y de las manos comian los relieves de mi mesa: lo que hice con los otros eso mesmo hizo Dios conmigo.» Ya ves cómo paga Dios en la misma moneda. Si no tuvieres caridad con tu prójimo, tampoco usará Dios de misericordia contigo. Si te vengares de tu prójimo, Dios se vengará de tí, y como tratares á quien te ofendió así serás tratado de Dios. Si fueres benigno y piadoso con tu hermano, y le perdonares la injuria que te hizo, Dios será contigo benigno y manso, y te perdonará los pecados que contra él hiciste. No puede mentir el que dice: «Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.» Bien ó mal como lo hiciéremos con

Eccli., 28.

Luc., 6.

Jacob, 2.

Rom., 2.

3. Reg., 22.

3. Reg., 21.

Gen., 42.

Exod., 1.

Ibid., 14.

Gen., 3.

Jud., 1.

Matth., 5.

nuestros prójimos, así lo hará Dios con nosotros. Pues si eres cruel y vengativo con tu hermano, ¿cómo quieres que sea Dios misericordioso contigo? Indigno es de tener á Dios propicio el que es cruel con su hermano. Deja para Dios la venganza. Traidor seria al rey el que hiciese corregidor de una ciudad contra la voluntad del rey. Dios quiere que la venganza sea suya; tú no te alces con ella contra la voluntad de Dios.

## CAPITULO XXXIV.

### Cómo hemos de perdonar las injurias.

Luc., 6. Matth., 6. «Perdonad, y sereis perdonados,» dice el Señor. «Si perdonáredes á los hombres los pecados que contra vosotros hicieron, vuestro Padre celestial os perdonará tambien los pecados que contra él cometistes.» Así nos enseñó el Redentor que cuando oramos digamos á Dios: «Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.» Esto mismo mas claramente está escrito en el Evangelio de san Marcos, donde se escribe que dijo el Salvador: «Cuando estuviéredes en la oracion, perdonad si teneis algo contra alguno, porque vuestro Padre Celestial os perdone vuestros pecados: porque si no perdonáredes, ni vuestro Padre que está en los cielos os perdonará tampoco.» Muchos quieren una ley para sí, y otra para los otros. Quieren que las injurias que recibieron sean rigurosamente castigadas, y que Dios disimule con los muchos pecados que ellos hacen cada dia. Contra estos dice el Eclesiástico: «Guarda el hombre su ira contra el hombre, y quiere de Dios medicina.» No tiene misericordia con el hombre, que es semejante á él, y ruega por sus pecados. Mira cómo en tu mano puso Dios su misericordia: porque si quieres que use Dios de misericordia contigo, es menester que uses de misericordia con tu prójimo, y entonces Dios no te negará su misericordia cuando tú fueres misericordioso con quien te ofendió. Esto aconseja el Eclesiástico diciendo: «Perdona al prójimo que te injurió, y entonces te perdonará Dios tus pecados.» Cuando el que te ofendió te pide perdon, mira que te dice que te perdones á tí mismo. Cuando viene á demandarte perdon, él está perdonado, porque por el arrepentimiento que tuvo de la injuria que te hizo fué hecho amigo de Dios, y despues de estar con Dios reconciliado, ya no se trata de la salud del que te ofendió, sino de la tuya, que eres el injuriado. Por lo cual el que te dice humilmente que le perdones, sepas que no te dice otra cosa sino que te perdones á tí mesmo. Si perdonares harás tu provecho, y si no perdonares ningun daño haces al que te injurió, porque no manda la ley al que te ofendió que tú le perdones, sino que te pida perdon. Con solo pedirte perdon satisface, y no es obligado á

Marc., 7. Matth., 11.

Eccli., 28.

Eccli., 3.

mas : y que perdones ó no perdones es cosa impertinente para el que te ofendió, y le va muy poco en ello. A quien importa es á tí mismo, y á tí te va la vida espiritual y salvacion de tu alma en perdonarle; pero si no le perdonas de todo tu corazon, es imposible salvarte. El que te injurió y te pide perdon se puede salvar sin que tú le perdones, y tú no te puedes salvar sin perdonarle. Y pues el pedirte perdon es medicina ordenada para tu provecho, no seas cruel contigo mesmo en no querer recibirla. Una de las grandes locuras del mundo es pensar muchos que con no querer perdonar al que los ofendió quedan vengados, como segun verdad por no perdonar estén ellos en el infierno, y los que los injuriaron en estado de salvacion, pues hicieron lo que debian arrepintiéndose de la culpa, y pidiendo perdon al injuriado de la ofensa que le hicieron. Vanidad de vanidades, y esta es una muy grande vanidad. Mira, hombre vano y ciego, que te perdones á tí mismo, y hayas misericordia de tí, perdonando la injuria que recibiste. Haz bien á tí mismo. A aquel siervo á quien el Señor perdonó grande deuda trató despues rigurosamente, porque no quiso perdonar la pequeña deuda Matth., 18. que su prójimo le debia. Mira cómo Dios, con haber sido tan magnífico y misericordioso con el que le debia grandísima deuda, se hubo despues duramente con él : porque entiendas cuanto mas castiga el clementísimo Señor las ofensas que hacemos al prójimo que las propias suyas. Castigó Dios con pena eterna al siervo que no quiso perdonar, y luego dijo : «Esto mismo hará mi Padra Celestial á vosotros si no perdonáredes.» No dijo vuestro Padre, sino mi Padre : porque no son hijos de Dios, sino del demonio, los que no perdonan. Aunque fué reprehendido aquel siervo porque no habia perdonado á su prójimo, no pidió perdon como habia hecho al principio, porque por la crueldad que usó con su prójimo se habia hecho indigno de misericordia. La puente por donde hemos de pasar á Dios para que nos perdone es la misericordia que usaremos con nuestros prójimos, y el que á su prójimo no perdona quiebra la puente por donde ha de pasar á Dios para alcanzar perdon, y como este habia quebrado esta puente no usando de misericordia con su prójimo, no tuvo por donde pasar, y así cayó en manos de la justicia de Dios, por haberse hecho indigno de su misericordia, no perdonando á su hermano. Por amor de esto dice el apóstol Santiago : «Juicio se hará sin misericordia al que no hiciere misericordia.» Jacob., 2. Podrá llegar á Dios á pedir misericordia el que usare misericordia, y el que esta no tuviere quedarseha desta otra parte del rio. El que no perdona al que lo injurió cuando dice la oracion del Pater noster, que le perdone así como él perdona, no hace oracion, mas antes echa maldicion sobre sí, y dice que nunca Dios le perdone, pues él no perdona. El camino muy cierto para alcanzar perdon de tus pecados, es perdonar las injurias á tus prójimos. Aquella mujer viuda que usó de misericordia con el pobre Elías, hizo Dios con ella tanta misericordia 1. Reg., 17. que nunca faltó en su casa el aceite ni la harina, hasta que llovió sobre la tierra. Halló la misericordia de Dios porque la tuvo con el prójimo. Así debes ser piadoso con quien te ofendió, perdonando

al prójimo, y usando de misericordia con él, aunque te haya ofendido. Si los que están enfermos en el cuerpo no son dignos de odio, sino de misericordia, mucho menos deben ser aborrecidos los que están llagados en sus almas. Por lo cual no solo al que te pide perdon eres obligado á perdonar, pero tambien has de amar y perdonar al que te hace mal y huelga de perseguirte. Los niños si les hacen algun enojo echan lo que tienen en las manos, y aun lo que han de comer. Así muchos como niños en siendo injuriados echan de sí la paciencia, el juicio, y caridad, y razon, y la preciosa vestidura de la inocencia con que han de salir vestidos y ataviados el dia del juicio. Grande es la locura de estos, pues la ira, que no tiene sino amargura, prefieren al reino de los cielos. Hacen tesoro del odio, y no quieren trocarle por el reino de los cielos. Si fueres magnánimo, no dirás que recibiste injuria, sino que tu enemigo tuvo ánimo de injuriarte. Ninguno te puede hacer injuria, si tú no quieres recibirla por injuria, y cuando el que ofendió estuviere en tu poder, el poderte vengar debes tomar por venganza. El mas noble y el mas honesto género de venganza es perdonar pudiendo vengarte. El perdonar injurias no es de corazones cobardes ni apocados, sino de ánimos varoniles y generosos. En los Proverbios está escrito: « Honra es al hombre apartarse de contiendas. » Los locos andan siempre quejosos y agraviados. Locura es que estando el demonio para matarte, hagas tú caso de una palabra que te dijo tu hermano. ¿No es grande locura que te quieras tú hacer juez entre tí y el que injurió? ¿Cómo puedes tú ser juez siendo la parte injuriada? ¿Cómo quieres tú juzgar antes de tiempo? El Apóstol dice: « No juzgueis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, que manifestará las cosas escondidas de los corazones. » Dios juzgará en la muerte: tú agora no tomes el oficio á Dios, ni juzgues antes de tiempo. Y ya que te haces juez temerario, mira que comience el castigo por tí; pues eres el principal malhechor, y el que mas daño te haces, y no te dejes sin castigo. Todo el daño que los otros te pueden hacer es muy pequeño, y cuasi nada en comparacion del daño que á tí mismo te haces, matando tu ánima con enojos.

Prov., 20.

1. Cor., 4.

## CAPITULO XXXV.

### De la vanidad de los soberbios edificios.

« ¡Ay de aquel que dice: Edificaré para mí grande casa, y aposentos espaciosos! » dice el Señor. Si la maldicion echada por algun santo debe ser temida, ¿cuanto mas debes huir de hacer cosas que Dios maldice? Vanos son y locos los que se jactan de grandes y suntuosas casas, y en esta vanidad consumen mucha ha-

Jer., 22.

cienda, y gastan el tiempo de esta breve vida. El ángel dijo á los pastores, hablando del nacimiento del Salvador: «Hallareis al Niño puesto en un pesebre.» El pesebre donde estuvo el Señor reclinado condena estas vanidades mundanas. No tuvo el unigénito Hijo de Dios donde nacer sino un vil establo, ni casa propia en que vivir, y en la muerte fué sepultado en sepulcro ajeno, ¿y tú, gusano de tierra, que has de morir mañana, edificas grandes palacios y altas casas? El Criador de los cielos está en un rincon de la tierra, y aquel que tiene en el puño á todo el mundo está en un pesebre llorando, ¿y quieres tú morar en soberbios palacios de mármol? Morador eres del cielo, y huésped sobre la tierra, ¿y labras suntuosos y solemnes edificios en este destierro? Dios dice: «Abominé la soberbia de Jacob, y aborrecí sus casas.» Grande perversidad es que ame el hombre lo que Dios aborrece. Los santos en el principio del mundo, que vivian setecientos y ochocientos años, moraban en cortijos y cabañas, y tú, en tiempo que las vidas son tan cortas, que ayer veniste, y mañana has de partir, por dos dias que eres huésped sobre la tierra inventas aposentos, y trazas soberbios edificios, y muestras tu vanidad á los que pasan, para que vean que no eres cuerdo los que te solian tener por prudente. No tienes paciencia para encubrir tu vanidad. El Apóstol dice, hablando de los padres del Viejo Testamento: «Por fe moró Abrahan en la tierra de promision, como en tierra ajena, morando en chozas con Isaac y Jacob, herederos del mismo prometimiento.» Esperaban la ciudad que tenian fundamento, cuyo artífice y fundador es Dios. Todos sus fundamentos tenian puestos en aquella ciudad soberana de la gloria para donde caminaban, y donde habian de morar para siempre. Sufre el correo una mala posada, porque ha de estar poco tiempo en ella, ¿y tú, que caminas con mayor priesa para la muerte, detiéneste en labrar grandes casas? De aquellos solemnes edificios que por su grande soberbia y vanidad fueron contados entre las siete maravillas del mundo ya no hay memoria, ni ha quedado rastro ni señal, ¿y piensas tú dejar en el mundo perpetua memoria de tí por las casas que labras? Tiempo vendrá, y no se tardará, cuando los palacios de los reyes, las altas torres, fuertes castillos, y todos cuantos edificios hay sobre la tierra caerán, y no quedará dellos piedra sobre piedra. El mar cubrirá toda la tierra como estaba en los dos dias primeros del mundo cubierta toda de agua, ¿y entonces qué será de todo cuanto los hombres edificaron sobre la tierra? Arruinadas sus obras, deshechos sus suntuosos sepulcros, y caidos todos los edificios del mundo, estarán los unos en perpetuo descanso, y los otros en tormento que nunca terná fin. Estando en el infierno, y todas tus obras destruidas, ¿qué será de todo lo que labraste? Vanidad de vanidades, buscar la memoria de este siglo. Vanidad de vanidades, poner tu honra en unas piedras mudas y insensibles. Pluguiese á Dios que el cuidado que pones en hacer en este mundo transitorio soberbios edificios, que le pusieses en edificar casa en el cielo. Esta peregrinacion presto se acaba, pero aquella morada durará para siempre. Breve es la

Luc., 22.

Amos, 6.

Hebr., 11.

Gen., 1.

vida del hombre, y pues tan poco has de estar sobre la
Job, 14. tierra no te fatigues tanto por andar como niño haciendo casillas de barro y de tejuelas, pues te crió Dios para te aposentar en los palacios del cielo, donde para siempre mores y vivas. Desprecia estos hormigueros del mundo por los suntuosos y anchos aposentos del cielo. Los santos padres del yermo siendo hombres como nosotros tenian sus celdillas á la medida de sus cuerpos en peñas, y allí moraron muchos años. De san Hilarion escribe san Jerónimo que la celda donde moró mucho tiempo mas parecia sepultura de muerto que casa de hombre vivo. Muchos de aquellos santos monges vivian en aberturas de peñas, y en concavidades de árboles, y vestidos de vestiduras de palma y ásperos cilicios, desnudos, sufrieron muchos años los terribles frios del invierno y calor del verano. Quemados del sol en la soledad del yermo, compañeros de las fieras, y de los lagartos y escorpiones, comian raices y hojas de árboles, y bebian el agua por tasa, y gastaban todo el dia y la noche en continuas vigilias, lágrimas y oraciones. Consideraban que eran huéspedes sobre la tierra, y con gemidos edificaban casas en el cielo,
Hebr., 13. diciendo muchas veces aquello del Apóstol: « No tenemos aquí ciudad permaneciente, pero buscamos la advenidera. » Cualquiera casa basta para el que ha de morir tan presto. Mejor se camina de una pequeña casa al cielo que de un soberbio palacio. Debes prevenir tu sepultura. No quieras labrar anchas y suntuosas casas por el poco tiempo que aquí has de vivir, pues para tantos años como has de morar debajo la tierra te basta una angosta sepultura. Mandaba
Exod., 20. Dios que su altar fuese edificado de piedra tosca, y sin ninguna labor, en lo cual condena los bruñidos jaspes, imaginarios y vanos edificios nuestros. Alaban los simples estos edificios exteriores, y maravíllanse de estas vanidades; pero de los sabios y discretos son reputadas en un poco de tierra, que como tal se ha de des-
Matth., 24. hacer mañana, y resolverse en polvo. Los discípulos de
Luc., 21. Cristo como aun imperfectos entonces eran, alababan al Señor el soberbio edificio del templo de Jerusalen, diciéndole ser edificado de grandes y ricas piedras, á los cuales respondió el Señor: « Dias vendrán en que no quedará piedra sobre piedra de todo este edificio. » Alabad los sacerdotes, y ministros del templo, y no las piedras del
1. Reg., 16. templo, pues las culpas de los moradores del templo son causa de que su edificio sea en breve destruido. Los hombres miran lo de fuera, pero Dios ve lo de dentro. Los hombres juzgan por lo exterior, como los Apóstoles juzgaban; pero Cristo consideraba los corazones codiciosos de aquellos sacerdotes. Si tienes grandes casas que heredaste, haz que el morador de tus buenas casas sea bueno. Muchos de los hombres quieren que todas sus cosas sean buenas, y ser ellos malos. Quieren buena casa, y buena ropa, y buen pan, y buen vino, buen zapato: y ellos no quieren ser buenos. Todo lo quieren bueno, sino á sí mismos. En mas estiman su zapato que sus propias personas, pues quieren que el zapato sea bueno, no teniendo ellos cuidado de vivir virtuosamente. De ser destruido el suntuoso tem-

plo de Salomon y asolados los grandes edificios de Jerusalen fueron causa los pecados de sus moradores. Si no vivieres bien, oye la sentencia que Dios pronuncia, diciendo : « Si no te sustentares con el temor del Señor, muy presto caerá tu casa. » Pues tanto procuras de aposentar tu cuerpo en buenas casas procura de aposentar á Dios en buena conciencia. Grande cuidado tienen los hombres de adornar buen aposento para su cuerpo corruptible y miserable, y de la casa de su conciencia donde Dios ha de habitar ningun cuidado tienen. Por amor de esto permite Dios que no gocen de las casas que edifican. Entre las maldiciones que echa Dios á los pecadores en su santa ley, es una, diciendo : « Edificarás casa, y no morarás en ella. » Esto vemos cumplirse cada dia. Verás muchas grandes casas por acabar que se quedaron así imperfectas, porque los señores que las mandaron hacer murieron antes que las acabasen. Los herederos las gozan, y no tienen cuenta con lo que los otros comenzaron. Estando de camino para el otro mundo quieren perpetuarse en este, y labrar casas para muchos años, sin edificar casa en el cielo, y la Justicia Divina es tan recta que los deja sin gozar de la casa de acá : porque los mata antes que moren en ella, y los priva del cielo, pues no tuvieron cuidado de edificar allá posada, y así privados de la una casa y de la otra son compelidos á ser moradores perpetuos en la cárcel del infierno. No des lugar á que entren en tu corazon esas vanidades. Así vive, como si ya murieses. Edifica casa en el cielo gastando en las piedras vivas, que son los pobres de Jesucristo, lo que gastas vanamente en las piedras insensibles, para que halles casa perpetua entre los moradores celestiales, donde para siempre vivas.

Eccl., 27.

Deut., 28.

## CAPITULO XXXVI.

### De la vanidad de los que buscan la memoria de este mundo.

« Venid, edifiquemos una ciudad, y una torre, que llegue hasta el cielo, y celebremos nuestro nombre y memoria, » dijeron unos mundanos, los unos á los otros. Confundió Dios las lenguas, y deshizo su vano y loco edificio, y destruyó su memoria. Muchos son tocados de esta vanidad, que edifican soberbias casas poniendo en ellas sus armas y memoria, porque se acuerden de ellos los hombres despues de muertos. Otros instituyen mayorazgos y capillas, y escriben libros, y hacen cosas semejantes: por dejar memoria de sí en los siglos advenideros, deseando andar por las bocas de los hombres, y ser famosos y conocidos en el mundo. Un hombre vil puso fuego al gran templo de Diana Efesino, por celebrar su nombre en la tierra, y mandaron los que regian la ciudad que ninguno le nombrase. Así hay muchos que ponen fuego á sus conciencias, y

Gen., 11.

Luc., 16.

robando haciendas ajenas fundan memorias por tener nombre y fama en el mundo, y permite Dios que en muriendo sean olvidados. En el Evangelio en aquella historia del rico avariento y de Lázaro el pobre, no es nombrado el nombre del rico, ni sabemos cómo se llamaba, porque el malo en las cosas que peca es castigado. Deseaba aquel rico avariento celebrar su nombre en la tierra, y quiso Dios que quedase su nombre puesto para siempre en olvido, y que nadie le supiese el nombre. El Eclesiástico dice: « Destruirá Dios la memoria de los soberbios. » Así destruyó la memoria de Amalec de sobre la tierra, porque deseaba perpetuar en ella su nombre. Vanidad es buscar la memoria de este siglo. ¿Qué aprovecha que haya grande memoria de tí en el mundo, si estás ardiendo en el infierno? ¿Aliviarán tus penas las alabanzas de los hombres? Cuanto mas que si deseas esta memoria, mucho mejor la alcanzarás despreciando, lo que buscando malos medios por adquirirla. Sabemos el nombre del pobre Lázaro, que no pretendia fama ni nombre en la tierra, y callase el nombre del rico, que buscaba de sí memoria. Dios dice, hablando de los malos: « No me acordaré de sus nombres, ni los tomaré en mis labios. » Como ninguno meterá en su boca la manzana que trajeron perros ó otros animales sucios en sus bocas, así dice Dios que no tomará en su boca los nombres de los pecadores, los cuales anduvieron en este mundo en las bocas de los hombres sensuales y malos que alaban sus liviandades. Desean los mundanos nombre y fama en la tierra, segun aquello que dice el real profeta: « Llamaron sus nombres en la tierra. » Pero Dios destruirá su memoria, como lo dice el mismo psalmista hablando de los pecadores. Sean raidos del libro de la vida, y no se escriban con los justos. Los pecadores en blanco tienen su nombre en el libro de la vida. Como tú no sabes el nombre del que no conoces, ni trata contigo, así Dios no sabe el nombre por ciencia de aprobacion de los pecadores, porque no tratan con él. Los buenos tienen nombre delante de Dios, y son dél aprobados, porque tratan con él. Así dijo Dios á su grande amigo Moisen: « Yo te conozco por tu propio nombre. » Y á sus santos discípulos dijo el Señor: « Gozaos, y alegraos, porque vuestros nombres estan escritos en los cielos. » Sola la memoria de los buenos es la que nunca se acaba, y la que dura para siempre, porque la memoria de los malos en un punto se pasa, y brevemente perece. De aquí es que en los Proverbios dice Salomon: « La memoria del justo será con alabanza, y el nombre de los malos se corromperá. » Destruirá Dios la memoria de los pecadores, y honrará los nombres de los justos en el cielo y en la tierra. Dios dice: « Al que pecó contra mí, raerlohe del libro de la vida. » De los hijos de Amon dijo Dios por boca del profeta Ezequiel que los castigaria de manera que no quedaria dellos memoria en el mundo. Por lo cual el psalmista hablando de los mundanos dice: « Ví al malo ensalzado sobre los cedros del monte Líbano: miréle, y

Eccli., 10.
Exod., 17.
Psal., 15.
Psal., 48.
Psal., 68.
Exod., 33.
Luc., 10.
Prov., 10.
Exod., 23.
Ezec., 25.
Psa., 36.

ya no era; busquéle, y no fué hallado su lugar.» Aunque los malos alcancen algun nombre y fama por un poco de tiempo, muy presto pasa su memoria. Dichosos aquellos santos que ayudaban á san Pablo en sus trabajos, pues de ellos dice el mismo Apóstol que sus nombres están escritos en el libro de la vida. La memoria de estos dura para siempre, segun aquello que está escrito en el psalmo: «En memoria eterna será el justo.» Del santo rey Josias dice la Divina Escritura: «En toda boca como miel será dulce su memoria, y como música en el convite del vino.» Al patriarca Abrahan que pretendia solo servir á Dios, y no buscaba la memoria de este mundo, dijo el mismo Dios: «Engrandeceré tu nombre en la tierra.» Ensalzó Dios su nombre por todos los siglos, y entre todas las naciones y gentes del mundo. Mira cómo la memoria de los buenos es perpetua en el cielo, y como solos ellos alcanzan nombre y fama en el mundo, cuya memoria ningun tiempo ni edad la destruye. Verdaderamente desdichado es el hombre que desea nombre sobre la tierra, y tiene por fin las alabanzas humanas. Muchos cuando vivian en estado humilde, vivian á Dios, y cuando no eran conocidos del mundo eran conocidos de Dios, y familiarmente eran visitados, cuando eran menos acompañados de los hombres. No estará sin memoria en el mundo el que por amor de Dios desprecia la memoria de este siglo, ni estará sin gozo el que de voluntad menosprecia el gozo y alegría del mundo. El tiempo es breve, la muerte cierta, el tiempo cuando ha de venir incierto, y todas estas cosas caducas y vanas. Muchos están podridos en las sepulturas que pensaban vivir mucho tiempo. Apartáronse de la memoria de los hombres los que andaban en las bocas de todos. Ama á no ser conocido de los hombres, y á ser olvidado de ellos, y tenido en poco. Mas provechoso te será esto para tu salvacion, que ser de los hombres alabado y estimado en mucho. Vanos son sus loores, y vana su memoria, y locura es muy grande ofender á Dios por dejar memoria de tí en este mundo miserable. La memoria de los buenos permanecerá siempre con su Señor, que es Eterno, y con el mundo que se acaba juntamente fenecerá la memoria de los mundanos. En solo Dios pon tu memoria y esperanza como en fiel y verdadero amigo, que honra á los suyos en el cielo, y hace dellos en este mundo perpetua memoria.

Philip., 4.

Psal., 111.

Eccl., 49.

Gen., 22.

## CAPITULO XXXVII.

### De la peregrinacion de este mundo.

«En tanto que en este mundo vivimos peregrinamos al Señor,» dice el Apóstol. Huésped eres en este mundo, y caminas para el cielo. No tenemos aquí ciudad permane-

2. Cor., 15.

Hebr., 13.

ciente, pero buscamos la futura. Todo caminar es trabajo. No quieras holgar en este mundo, pues eres caminante. El peregrino es afligido con hambre, sed, frio, calor, cansancio, enfermedades, y otras muchas miserias, á las cuales estamos sujetos todos los que peregrinamos en este mundo. El peregrino anda lejos de su naturaleza, y desea volver á ella. Así nosotros como desterrados en este mundo debemos desear el cielo, verdadera patria nuestra. Y como los peregrinos son recebidos en la posada con alegría, y cuando se van les toman estrecha cuenta, así aunque agora se nos ria el mundo, cuando dél nos despidiéremos, daremos cuenta muy rigurosa en la muerte. No quieras, pues eres peregrino, edificar casa, ni hacer asiento en la esterilidad de este mundo, pues tienes padre rico, y vas para casa abundante y fértil tierra.

1. Pet., 2. San Pedro dice: « Ruégoos como á extranjeros y peregrinos os abstengais de los deseos de la carne, que pelean contra el ánima. » Vive como peregrino. Los peregrinos pasajeros llevan mala vida: siempre son huéspedes, y no tienen amigos en la tierra. No te cures de las amistades que conoces ser perjudiciales á tu espíritu. No se te dé mucho por no hallar todas las cosas á tu sabor, pues eres caminante y pasajero. Si te acordares que eres peregrino, evitarás muchos males. A muy grande priesa corres la posta: no hagas fundamento en este mundo miserable. Quien llega á una venta, por un cuarto de hora que ha de estar allí no trasteja ni concierta la posada, ni se detiene en edificarla, pues hace cuenta que ha de estar allí poco tiempo. Y si por ventura se detuviese á hacer estas cosas, seria tenido por loco. Huésped eres sobre la tierra. Ayer llegaste, y mañana has de partir.

Psal., 141. No cures de buscar honras, riquezas, ni vanidades: porque el tiempo es tan breve que como quiera puedes pasar. Mas antes como caminante, que en el camino va pensando en la tierra para donde camina, sean todos tus pensamientos en aquella tierra de los vivientes, donde los santos gozan con Cristo. Caminas para la casa de tu Padre, ocupa tus pensamientos en cómo has de llegar, y cómo te han de recebir: olvidado de las cosas del presente destierro. Por media hora que estás en el mundo, no tomes morada de asiento. Si hubieras de estar mucho tiempo, no me maravillara que edificaras altas casas, y te proveyeras de muchas cosas. Pero siendo tan breve la vida, y tan incierta la hora de la muerte, que no sabes si llegarás á mañana, mereces áspera reprehension si echas mano de las cosas del mundo, como si hubiesen de permanecer. Muchos edifican casas, y no moran en ellas. No tomes de veras cosas tan de burla. Pues siempre caminas á mas andar para la muerte, no estés quedo en las vanidades del mundo. Quien quiera pasa una mala noche en una venta, acordándose que ese otro dia ha de ir á dormir á su casa con mucho descanso. Esta sola consideracion debria bastar para sufrir con paciencia todos los trabajos de la vida presente, acordándote que no han de durar sino muy poco tiempo, y que mañana llegarás á tu casa, que es el cielo, donde descansarás para siempre. Bienaventurado el peregrino que en todo el lugar y tiempo de su destierro en este cuerpo se acuerda de la morada del cielo,

Philip., 1.

donde se gozan con Jesucristo los santos en gloria eterna y descanso perdurable. Bienaventurado el peregrino que Apoc., 19. no quiere morada en este mundo, pero desea ser desatado de la carne y verse con Jesucristo. Bienaventurado el que es llamado á la cena del Cordero, y entre tanto que no es asentado en esta mesa suspira y llora en este mundo. Trae siempre delante de tus ojos aquello del psalmo, diciendo á Dios: «Extranjero soy delante de vos, y peregrino como todos mis padres.» Si miras cuan eterna y per- Psal., 38. durable es aquella vida que esperamos, pues nunca tendrá fin, y la cotejas con esta presente: aunque vivieses mil años sobre la tierra, hallarás no ser media hora respecto de la que está por venir, que será perpetua. Echa bien la cuenta, y hallarás segun verdad que toda nuestra vida no es sino un punto, en comparacion de la advenidera. Esto movia al Apóstol á sufrir con paciencia los trabajos de su peregrinacion: segun aquello que escribe á los Corintios: «Trabajamos, y no 2. Cor., 4. somos dejados; padecemos persecucion, y no desfallecemos: somos desechados, y no perecemos.» No faltamos porque es breve y momentánea nuestra tribulacion en el tiempo presente, vivimos, no contemplando las cosas que se ven, sino las que no se ven. Las cosas visibles, temporales son: y las invisibles, eternas. Esforzábase el santo Apóstol considerando la brevedad de la presente tribulacion, teniendo cuenta con que era peregrino, y caminaba para el cielo. Si te tienes por caminante, no te enojarás si los hombres te desconocieren. Si el trabajo del camino te fatiga, no te congojes, que presto acabarás tu jornada. De los santos del Viejo Testamento dice san Pablo que confesaron ser peregrinos y estranjeros sobre la tierra. En chozas y cabañas moraban, y nunca en esta vida tuvieron reposo, andando siempre peregrinando. No vivas como si fueses morador en este mundo. Cain comenzó á edificar ciudad en la tierra, y perdió la del Gen., 4. cielo. El primero que quiso vivir en este mundo como morador siendo peregrino fué Cain, el cual fué condenado. San Pedro con mucha razon fué reprehendido, porque siendo pere- Matth., 17. grino queria en el monte Tabor edificar casa como morador de la tierra. Los que pasando por reinos extraños van para su propia casa, no compran de camino cosas que no pueden llevar consigo, como son bienes raices, sino joyas, ó otros muebles ricos que lleven á su tierra. Acuérdate que eres peregrino y extranjero, y que ninguna cosa de las de esta vida podrás llevar contigo. Aquí quedarán todas tus honras y riquezas. Las buenas obras podrás llevar. ¿Para qué te fatigas por comprar y haber cosas que se han de quedar en el camino? ¿Porqué quieres ser aquí rico y abastecido caminando tan apriesa, y despues en tu casa, donde has de estar siempre, vivir pobre y muerto de hambre? Compra ricas joyas de méritos en esta peregrinacion, porque llegues á tu casa rico, y vivirás despues próspero y honrado en el cielo.

## CAPITULO XXXVIII.

### De la vanidad de la hermosura corporal.

Prov., 31. « Vanidad es la hermosura, » dice el Sabio. Si todas las vanidades debes reputar en nada, con mucha razon cosa tan vana como es la hermosura del cuerpo debe ser tenida en ninguna cuenta. Entre todas las vanidades que aman los mundanos, que tú debes despreciar como fiel siervo de Jesucristo, una de las muy grandes es la de aquellos que se precian de la corporal hermosura. Vanísimos son y locos los que tienen cuenta con semejantes vanidades. No

2. Reg., 18. sirvieron á Absalon sus hermosos cabellos, sino de instrumento de muerte. La hermosura que puso Dios en sus criaturas fué para que de allí levantasen el espíritu á conocer á su Criador. « Las cosas invisibles de Dios, segun doctrina del Apóstol, conócense por estas cosas visibles, y el conocimiento de

Rom., 1. la criatura trae al hombre al conocimiento de su Criador. » ¿No te acaeció caminando topar con una pequeña vena de agua, y seguirla hasta venir á dar en la fuente manantial de donde procede? Así topando con alguna corporal hermosura debes seguir el rastro hasta dar en aquel principio que es Dios, fuente de donde mana toda hermosura. Los niños simples viendo en los libros letras hermosas doradas ó pintadas, allí paran, y pasmados las contemplan, sin leer la buena doctrina que está escrita en el libro. No seas como niño, pues eres hombre, y no te detengas en la contemplacion de la hermosura de la criatura; pero lee lo que en ella está escrito, y hallarás que te dice que ames al hacedor de tanta hermosura. Si quieres leer en todas las criaturas, hallarás escrito quien es Dios. Son las criaturas como antojos, que no son para se ver el hombre en ellos, sino para ver con ellos otras cosas. No tomes las criaturas por verlas, ni para te ver en ellas, sino para ver á Dios con ellas. « ¡Ay de

Isai., 5. Sap., 5. vosotros, dice el profeta Isaías, que no mirais á lo que hace Dios, ni considerais las obras de sus manos. » Por no hacer esto peleó la redondez de la tierra contra los locos. El sentido es puerta de la imaginacion. Con el sentido vemos las criaturas, de cuyo conocimiento y hermosura podemos venir al conocimiento y hermosura del Criador, pues toda la hermosura de la criatura no es sino una gota destilada de aquel piélago inmenso de la hermosura del Criador. ¿Qué ves en la criatura que no sea ajeno? Cuanto mas hermosa es la criatura, y mayor saeta de amor te echa, tanto mas te enciende en el amor de su Criador. Si en la hermosura te deleitas sin referirla á Dios, vano eres, y loco. Pues si á tí mismo amas por ser hermoso, ¿qué mayor vanidad? Pregunto, ¿y esa hermosura no viene del alma? Quita el alma al cuerpo, y toda su hermosura se convertirá en fealdad muy grande. El alma sus-

tenta la hermosura que tiene el cuerpo. Si el cuerpo te parece hermoso, mucho mas debes amar el alma, que es causa de esta hermosura. Si la presencia del alma es causa de tanta hermosura, ¿cuanto mas crees tú que será hermosa esa misma alma? En el alma consiste la verdadera hermosura, porque toda la otra hermosura es sombra que pasa en un momento. No te detengas en la corteza de fuera, no mires á la exterior apariencia, pero pasa mas adelante, y pon tus ojos en la raiz, y ama el principio de todo lo que de fuera parece hermoso, como fundamento de todo lo que tienes por amable. No fies en hermosura, que quita una pequeña enfermedad. Corren apriesa los dias, pasa la mocedad, y á mas andar caminas para la muerte ó para la vejez, ¿y entonces qué será de la lustrosa tez del rostro, y de la corporal hermosura? Si en tí mismo ó en otra persona vieres rostro hermoso, contempla que en breve quitará la muerte aquel cuero blanco, y cuan hundidos y tristes quedarán los ojos claros, y cuan abominable y feo todo lo que agora te parece hermoso. Esta verdad está defuera cubierta con una mentira. Un engaño cubre á este desengaño. No es otra cosa la hermosura sino un engaño mudo. Peor es que el fuego, el cual quema á quien toca, y la hermosura quema de lejos. Sigue la soberbia á la hermosura. Es la hermosura tirana de un poco de tiempo. Es velo para los ojos, lazo á los piés, y liga á las alas, para que no conozca las cosas verdaderas, ni siga la virtud, ni levante su ánimo á cosas altas. El amor de la hermosura corporal es olvido de la razon. Pocas veces hay concordia entre la castidad y la hermosura. Compara Isaías la hermosura del cuerpo al heno, diciendo: « Toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del campo. Secóse el heno, y cayó la flor. Hoy está verde el heno, y mañana está seco, y calientan con él el horno. A la mañana está fresca la flor, y á la tarde es marchita. Así pasa la frescura de la mocedad, y toda su gloria y hermosura como el heno, y como la flor del campo, y sécase luego viniendo la vejez sin ser sentida. » El psalmista dice, hablando de la vida del hombre: « A la mañana pasa como yerba, florece y pasa, y á la tarde sécase. » Usando de esta metáfora dijo á este propósito el apóstol Santiago: « Cayó la flor, y la hermosura de su rostro. » Como florecilla que luego pasa su verdura y frescor, así dice la Escritura que es toda la juventud y hermosura del hombre. Vanidad es dejar lo verdadero por lo mentiroso. No mires esto falso y engañoso que de fuera parece; pero pasa con tu consideracion adelante, y cuando vieres alguna persona hermosa, contempla cuanta abominacion está escondida debajo de aquel retablo pintado, y mira despues de muerta cuan fea, horrible y torpe ha de estar. No mires lo presente, pero mira lo que está por venir. Debes penetrar con los ojos de tu entendimiento la verdad que está encubierta. Pluguiese á Dios que no te determinases en la primera vista: sino que luego del primer golpe, en viendo algun rostro hermoso, te acordases de la verdad de lo que es el hombre. Si muchas veces te ejercitases en esta consideracion, quedarias tan bien acostumbrado que sin trabajo servirias á Dios con limpio corazon, despegada tu aficion de semejantes vanidades. Procura de hermosear y

Isai., 40.

Psal., 89.

Jacob., 1.

adornar mucho tu alma, pues es la hermosura que permanece : porque toda la otra hermosura vana es, corruptible, momentánea, loca y transitoria, que el tiempo la deshace, y con el tiempo viene á parar en muy grande miseria.

## CAPITULO XXXIX.

### De la verdadera hermosura.

Cant., 4. « Toda eres hermosa, » dice Jesucristo á la ánima redemida con su sangre. La hermosura del ánima es la que nunca se acaba, y que dura para siempre en el cielo. Aquella es verdadera hermosura, que las enfermedades ni la muerte no la pueden quitar. La hermosura del cuerpo breve es, y momentánea, y corruptible ; pero la del alma dura para siempre. Esta hermosura excede á todo cuanto hay hermoso en el universo. Cuanto es mas hermoso el cielo que la tierra, tanto la hermosura del ánima sobrepuja y excede á toda cualquier otra cosa del mundo, por muy hermosa que sea. Si viesemos con ojos corporales su grande hermosura, haríamos burla de toda cuanta hermosura vemos. Es tan grande la hermosura del ánima que está en gracia y amistad de Dios, que una de las causas porque no quiso Dios que viésemos nuestras almas hermoseadas con su gracia, es por el peligro que habria de ensoberbecernos y vanagloriarnos viéndonos tan hermosos. Este pecado echó á los ángeles del cielo, y porque no á tí te aconteciese otro tanto, y te perdieses con vanidad como aquellos se perdieron, no quiso que vieses la grande y extremada hermosura de tu ánima. Enamorartehias de tí mismo, y estarias tan abobado, pasmado, y tan elevado en su maravillosa hermosura y lindeza, que no darias al cuerpo el mantenimiento necesario. Por el contrario si vieses su fealdad cuando está en pecado mortal, vernias á desesperacion, viéndote tan feo y abominable. « Eres mas negra que los carbones, » dijo un profeta al ánima pecadora. Ninguna cosa te hace tan feo como los vicios y pecados en que vives. Aquel es hermoso que está limpio de todo pecado. Si amas esta hermosura corporal, mucho mas debes amar la hermosura del ánima : pues si el ánima está hermosa, el cuerpo tambien estará con ella hermoso para siempre en el cielo, glorificado con el alma. ¿ Quieres que no se acabe esta hermosura corporal ? Haz que el ánima esté hermosa : porque resucitando el dia del juicio estés en el cielo hermoso como ángel, glorificado en cuerpo y en alma. Si hubiese una agua que al que se lavase con ella lo hiciese feo por tres dias, y quedase despues para siempre hermosísimo, y mozo, y fresco, ¿ qué mujer habria que no se lavase el rostro con tal agua ? Daria por bien empleado estar solo tres dias fea, por gozar despues en toda su vida de grande y extremada hermosura. ¿Quieres pues ser para siempre hermoso ? Lava tu ánima con el agua de las lágrimas y penitencia, y

Thren., 4.

Matth., 22.

castiga tu cuerpo, y aflígelo con ayunos, vigilias y oraciones; porque aunque en los tres dias de esta breve vida estés flaco y enfermo, gozarás despues perpetuamente en el cielo de incomparable hermosura y lindeza. El que en esta vida hermoseare el ánima con la gracia de Dios, parecerá el dia del juicio en cuerpo glorioso, hermosísimo y resplandeciente. Aunque agora seas viejo, enfermo, y muy feo y disforme, si haces hermosa tu ánima con virtudes resucitarás mozo, sano, blanco y colorado, y hermoso como un ángel. Y por hermoso que agora seas, si afeas tu ánima con vicios, parecerás en el juicio general con figura abominable y monstruosa, y tan feo que no hay pintor en el mundo que pueda pintar imágen tan fea ni disforme como la de un cuerpo de un condenado. Trabaja por hermosear el ánima con santas costumbres, y alcanzarás la hermosura que deseas, y aun muy mayor de la que puedes pensar. De tanta hermosura y claridad es dotado el cuerpo glorioso, que si Dios mostrase desde acá á los hombres el cuerpo de un bienaventurado, tan abobados estarian mirándole que no se acordarian de comer, ni beber, ni dormir, ni sentirian las cosas de esta vida, elevados en increible deleite de tan espantable hermosura. Pues si amas la hermosura, ¿porqué no amas la virtud que hace hermosa al ánima y al cuerpo? Amas esta hermosura, que es breve, y fealdad grandísima, en comparacion de la hermosura advenidera, y no amas la hermosura perpetua, que excede á todo lo que en esta vida se puede imaginar hermoso. Breve es esta hermosura, y aquella durará para siempre. Momentánea es esta fealdad, pero la advenidera será perpetua. No dejes lo eterno por lo transitorio, ni las cosas que son sin fin por vanidades, que no han venido cuando son pasadas. ¿Qué cosa mas breve ni vana que esta corporal hermosura? Ayer eras mozo hermoso, y hoy estás lleno de canas, la cara arrugada y la boca sin dientes. ¿Qué se hizo aquella fresca juventud? Pasó como flor, que la llevó el viento, y ya la muerte anda en el alcance, y te trae cercado de enfermedades y miserias. Vana es la hermosura corporal, engaño es manifiesto no conocido de los locos, y despreciado de los sabios varones. Si tuvieres la hermosura del ánima, que es la verdadera, ternás hermosura para el ánima y para el cuerpo. La hermosura del ánima á todos hizo provecho, y la hermosura del cuerpo á muchos hizo grande daño. La hermosura del árbol vedado hizo caer á nuestra madre Eva. La hermosura de las hijas de Cain destruyó al mundo con las aguas del diluvio, y la hermosura de Bersabé hizo grandes daños al rey David, así como dió la muerte á su hijo Amon la hermosura de Tamar, de la cual muerte sucedieron muchos males y guerras. ¿Quién degolló al príncipe Holofernes, y destruyó el poderoso ejército de los Asirios, sino la hermosura de Judit? De ella dice la Divina Escritura: «Su hermosura cautivó á Holofernes.» Perdiéronse aquellos viejos en la hermosura de Susana, y la hermosura de Dina fué causa de la destruicion de Siquen, y de muchas muertes y males. Por amor de esto dice la Escritura: «Muchos se perdieron por la hermosura.» Así se

Gen., 3.
Ibid., 6.
2. Reg., 11.
Ibid., 13.
Judith, 13.
Ibid., 16.
Dan., 13.
Gen., 34.
Eccl., 9.

precian muchas personas de esta vanidad tan breve, falsa y transitoria, que afean sus almas con vicios, por amor de la hermosura del cuerpo. Ama la verdadera hermosura del alma, y alcanzarás hermosura perpetua para el cuerpo, y para el alma en el cielo.

## CAPITULO XL.

### De la vanidad de las preciosas vestiduras.

Eccl., 11. Matth., 11. Luc., 16. «Nunca te glories en el vestido,» dice el Eclesiástico. Si la superfluidad de las vestiduras no fuera mala, no alabara Cristo á san Juan Baptista de que no usaba de delicadas vestiduras, ni el evangelista san Lucas escribiendo las culpas de aquel rico avariento, dijera que se vestia de ricas y preciosas vestiduras. El Señor dice: «Los que se visten de blandas y delicadas vestiduras, están en las casas de los reyes temporales,» dijo, que no en la casa del Rey eterno. Pues el Espíritu Santo, autor de la Escritura, condena las delicadas ropas de aquel rico, que se perdió, y alaba al santo Precursor de la aspereza de sus vestidos, grande argumento es este para probar en cuanto peligro viven los que se precian de ricas ropas, y cuan vanas son las personas que en semejantes vanidades gastan mucho tiempo. Si no te atavias con mal fin, á lo menos pierdes el tiempo, que es la cosa mas preciosa que tienes. Aunque muchas veces no sea pecado traer ropas ricas y preciosas, pero muy aneja es la vanidad á los que así visten. Huelgan de parecer en público, y de ser vistos y alabados de los hombres. Aprovechan poco en las virtudes, y resfríase el espíritu de la devocion. Por mucho que te vistas ni compongas, no saldrás tan vistoso ni hermoso como una flor del campo. Salomon, con toda su gloria, no salió vestido como una de estas flores. El Apóstol dice: «Con tener con que nos cubrir nos contentamos.» No dijo con que nos regalemos, ni ensoberbezcamos, sino con que nos cubramos. De esta manera tambien habló el santo patriarca Jacob, cuando dijo: «Si me diere Dios pan para comer, y vestidura con que cubrirme.» Locura es querer cubrir con tanta solicitud un poco de polvo y ceniza. El apóstol san Pedro enseña que el traje de la mujer cristiana no ha de ser en superfluidad de vestidos ni oro, sino en honestidad de hábito. Basta al siervo de Dios llana y comun vestidura, conforme á su estado. Evita toda curiosidad, porque grande señal es que tienes poca cuenta con las cosas interiores, pues tanto te ocupas cerca de las exteriores. Escrito está: «La gloria de la hija del rey está de dentro.» Salomon, por ocuparse mucho en vestirse, y en concertar su corte, se olvidó de Dios y de su alma, de tal manera que vino á adorar los ídolos. Cuando la nuez despide antes de tiempo la corteza,

Matth., 6. 1. Tim., 6. Gen., 1. 1. Pet., 3. Psal., 44. 3. Reg., 11.

señal es de su interior corrupcion. Cuando el cristiano no trae la vestidura de fuera como lo demanda la cristiana religion, señal es que dentro tiene algun gusano de pecado, que le hace andar vano en lo de fuera. Las andas en que llevan los cuerpos de los muertos á enterrar á las iglesias, nunca están adornadas, sino cuando tienen dentro algun cuerpo muerto. Así estas personas vanas nunca componen sus cuerpos con preciosas vestiduras, sino cuando está dentro el alma defunta en pecados. Por lo cual el profeta Habacuc dice: «Cubierto está de oro, y de plata, y no tiene el espíritu en sus entrañas.» Habac., 2.

Como llorarias á quien quieres bien si le vieses muerto, así debes llorarle como muerto viéndole vanamente vestido. A los hombres quieres contentar, pues tanto te esmeras en el atavío de fuera. Los hombres miran lo de fuera, y Dios ve el corazon. Esto es grande vanidad y locura, por lo cual el Apóstol dice: «Si yo anduviese por contentar á los hombres no seria siervo de Jesucristo.» 1. Reg., 16. Galat., 1.

Si fueses verdaderamente mortificado, excusarias estos supérfluos cuidados. El cuidado de fuera pregona el descuido de dentro. Exod., 20. No puedes acudir á tantas cosas. Con uno de dos has de caer en falta. Por ataviar á la sierva tienes desnuda á la señora. El arca del testamento era dorada, y estaba cubierta con sayal. Esté tu ánima llena de caridad, que lo de fuera como quiera puede andar. Procura de ataviar lo interior con virtudes, y no te fatigues por adornar el cuerpo con vanas vestiduras. El Apóstol dice de los santos del Viejo Testamento que anduvieron vestidos de ropas tejidas de pelos de camellos y de cabras. Hombres eran como nosotros; pero conociendo que salieron desnudos del vientre de su madre, Hebr., 11. Jacob., 1. y que desnudos habian de volver á la tierra, como pobres peregrinos anduvieron en este mundo. Antes del pecado no tenia el hombre necesidad de vestidos: porque como el sol vestido de lumbre, era el hombre vestido de la gracia. Como blanco lirio estaba vestido con la blancura de la inocencia. Pero perdida la inocencia hubo vergüenza de verse desnudo, y por eso hizo Dios á nuestros primeros padres túnicas de pelos de animales. Porque el hombre fué herido por el pecado le puso Dios paños con que se vendase y atase sus llagas. Gen., 3. El que se gloria en las vestiduras es semejante al que se alaba de los paños con que tiene atadas sus llagas, la cual gloria es grande ignominia. Por loco seria tenido el que se preciase de sus llagas y flaquezas. Vilmente se vestia Job, pues decia: «Puse saco sobre mi carne.» Aspera era la vestidura de aquel santo rey, que dijo: «Mi vestidura era cilicio.» A los que se precian de semejantes ropas blandas, dice Dios por Isaías: «Tu cobertura será gusanos.» Job, 16. Psal., 98. Isai., 14. Provocas á Dios con tus vanidades, las cuales dice el psalmista que son á su Divina Majestad aborrecibles. No traigas al mundo nuevas invenciones, y maneras de vestidos, mas teme el riguroso castigo de Dios, el cual dice por boca del profeta Sofonías: «Visitaré sobre los príncipes, y sobre los hijos de los reyes, y sobre todos aquellos que Psal., 80. Soph., 1.

se visten de vestiduras peregrinas. » Nunca las telas curiosas y ricas vestiduras se traen, sino por vanagloria y liviandad. Das pregon de tí mismo á los que te ven. Publicas tus defectos manifestándote por liviano á los que por ventura te tenian en cuenta de hombre cuerdo. El Eclesiástico dice :

Eccl., 19. «La vestidura del cuerpo, y el andar del hombre, denuncian dél. »

4. Reg., 1. Preguntó Ocozias á sus mensajeros qué vestidos tenia el que les salió al camino, y por la respuesta que le dieron de la aspereza del vestido del profeta Elías, conoció que era Elías. Así tú, si andas vanamente, y con pompa, como

Amos, 16. dice Amos, serás conocido por vano. No te ternán por Elías, sino por liviano. ¿ Tú quieres ser loco ? Pues si no quieres ser loco, ¿ porqué quieres ser tenido por loco? La exterior superfluidad indicio es de la vanidad interior. Las vestiduras blandas muestran la blandura y flaqueza del ánimo, porque no se buscaria el tal atavío del cuerpo con

Jon., 4. tanto cuidado sin descuidarse del ánima desnuda de virtudes. En Ninive desde el menor hasta el mayor se vistieron de sacos, con que aplacaron á Dios, que tenian gravemente ofendido : porque veas cuanto agrada á Dios el hábito de penitencia, y humilde vestidura. Así como es loco el que compra el caballo porque tiene buen jaez, no mirando qué tal es, así es locura estimar al hombre por las preciosas vestiduras. A los que vanamente se visten se puede con

Matth., 23. mucha razon decir lo que dijo Cristo á los fariseos : « ¡ Ay de vosotros que sois semejantes á sepulcros pintados por defuera, y dentro estais llenos de huesos de muertos! » Por defuera andas muy compuesto, estando dentro de vanidad y jactancia. Robas á los pobres desnudos las cosas supérfluas y vanas, que pones en tí mismo. No traigas pomposas y vanas vestiduras, ni que excedan á la cuantidad del cuerpo, pero anda en hábito honesto y moderado, que no muestre haber en tí jactancia ni vanidad. Contempla á Jesucristo desnudo en una cruz por amor de tí, y ahorrarás mucho tiempo del que gastas en vestirte vanamente. En todo cuanto haces trae á Jesucristo crucificado delante de tus ojos, y excusarás muchos cuidados que agora tanto te distraen y derraman.

## CAPITULO XLI.

### De la vanidad de la nobleza del linaje.

«A la podre dije : Tú eres mi padre, y á los gusanos dije : Vosotros

Job, 17. sois mi madre y hermana : » dice el santo Job. Si quieres, hombre vano, ver el solar de tu linaje, abre las sepulturas. Vanidad es muy grande un vil gusano, hijo de Adan, preciarse de la nobleza del linaje. Un sabio dijo : « Qué hacen los grandes títulos y abolorios? ¿ de qué sirven las armas nobles y reales ? Aunque todos los pos-

tes de tu casa estén llenos de las imágines de los antiguos tus antecesores, sola la virtud es la verdadera nobleza. Mas quiero que sea tu padre Tersitas (que era un hombre escuro), con condicion que tú seas Aquiles, que siendo tú semejante á Tersitas tengas á Aquiles por padre. Ese que comenzó la nobleza de tu linaje, y levantó la casa de donde desciendes, fué ensalzado por ser varon virtuoso, y para mucho. Sé virtuoso, y en tí comenzará la nobleza, aunque tus pasados no la hayan tenido. Si siendo noble eres apocado, y bajo en tus costumbres, en tí se acaba la nobleza de tu sangre. Mas vale ser principio de la nobleza que el fin della. Mas es comenzar el estado que acabarle. Virtud es comenzar casa, y vicio destruirla. Con tus costumbres escureces tu linaje. Para ver no busques la luz en el ojo ajeno, si tú no la tienes en tus propios ojos. Poco aprovecha á tí la claridad de la nobleza de los otros, si tú no la tienes contigo. Mejor es ser noble que descender de nobles. Mejor es ser virtuoso que venir de virtuosos. Grande señal es que no es virtuoso el que anda á mendigar las virtudes de los otros. Porque no tienes en tí la verdadera nobleza, buscas la nobleza de los otros, para te adornar y honrar con el bien ajeno. Argumento es que eres pobre, pues con los buenos hechos de los pasados quieres enriquecerte. Los hechos de los antepasados no te han de hacer mas ilustre de lo que tus obras te hicieren. A cada uno hacen sus obras bueno ó malo. Con ellas hace cada uno cabeza de linaje. El que se jacta del linaje, y no tiene tales hechos, es como el que encubre las faltas ajenas, y descubre las propias. A los judíos que se preciaban del linaje de Abrahan dijo el Salvador: «Si sois hijos de Abrahan, haced las obras de Abrahan.» Las propias obras te darán nombre de ilustre. La fe es cosa rica, pero sin obras es muerta. Buena es la nobleza, pero muy infame y vil si no está acompañada de virtudes. Al que es bueno mas le ensalza venir de gente baja. David fué príncipe ilustrísimo, y dió principio á su linaje con sus claros hechos y muchas virtudes, y todos sus succesores fueron ilustres, aunque su padre Isai no lo hubiese sido. Burlando del linaje de David dijo Saul: «¿Donde está el hijo de Isai?» Cuando el pueblo despreciaba á Roboan, nieto de David, por baldon decia: «¿Qué tenemos que ver con el hijo de Isai?» Aunque estos denostaban á David por ser hijo de quien era, no le escurecieron la nobleza de su linaje, pues él lo ennoblecia con sus loables costumbres. No escurecieron la nobleza de Cristo nuestro Redentor y de su Madre santísima descender de Rut moabite, ni de Roab cananea, que venia de linaje de Cam, hijo maldito de Noé. A cada uno hacen noble sus costumbres, de una raiz nace la espina y la rosa, y de una madre puede nacer el noble y el hijo vil. Bien puedes nacer de la raiz de donde proceden rosas de varones ilustres y excelentes, y ser tú una vil espina; Cain, Cam y Esau, tuvieron padres nobles, y sus hermanos fueron nobles, y ellos y sus descendientes fueron viles, y escurecieron su linaje. ¿Qué aprovecha que venga el arroyo de clara y limpia fuente, si está lleno de cieno y suciedad? El que por sí es malo, ¿qué alabanza

Joan., 8.
Jacob., 1.
3. Reg., 20.
Ibid., 11.
Matth., 11.
Ruth., 2.
Gen., 9.

puede tener por los buenos hechos de sus antepasado ?
Ezec., 16. De la tierra fértil nace la cicuta, que es una yerba mortífera y venenosa, y de la tierra estéril nace el oro. A unos nobles ismaelitas, que eran malos por sí, dijo Ezequiel : « Tu padre es amorreo, y tu madre cetea. » Compáralos á los gentiles, no porque viniese dellos segun la carne, sino porque los imitaban en sus malas costumbres. Perece la nobleza en aquel cuya alabanza está en solo su orígen y linaje. Loco seria el que quisiese parecer blanco, no teniendo blancura, y hermoso careciendo de hermosura. Así es loco el que cree que es noble, y quiere ser tenido por tal, no teniendo la verdadera nobleza. El Apóstol escribiendo á Timoteo dice : « Yo te rogué que quedases
1. Tim., 1. en Efeso, cuando iba á Macedonia, para que denunciases á algunos que no se ocupen en fábulas ni en genealogías. » Y á Tito tambien dice : « Evita las vanas cuestiones y genealogías,
Tit., 3. porque son inútiles y vanas. » ¿Por ventura no somos todos hijos de un padre? Si él fué vil todos somos viles, y si él fué noble todos somos nobles. ¿Puede ser mayor nobleza que ser hijos de Dios? Pues esta nobleza es comun á todos los cristianos, y por eso quiso el Señor que en la oracion del Pater noster no dijese nadie
Matth., 7. Luc., 11. Padre mio, sino Padre nuestro, porque ninguno se glorie mas que los otros de la nobleza del linaje, pues esta alta nobleza es comun á todos. Si descendiendo de malos fueres malo, no eres tú solo el malo; pero si viniendo de buenos no fueres virtuoso, toda tu malicia es tuya propia. Nosotros no escogimos los padres, y así ni por los bajos merecemos vituperio ni por los nobles gloria. Esto se debe á los vicios ó virtudes, pues están en nuestra mano y eleccion. Si la nobleza preservase á los hombres de las enfermedades, y muerte, y pesadumbre que heredaron del pecado de Adan, seria grande cosa. Pero si los ilustres están tan sujetos á los dolores y muerte como los viles, vana y loca es esta nobleza, pues no perdona á los príncipes y reyes de los desastres que la vida mortal trae consigo. Todos estamos sujetos á la muerte, así el que presume del linaje de los godos como el de bajo suelo. Por grande señor que seas no estás libre de semejantes calamidades, porque al fin eres
Matth., 22. hombre. El Señor dice en su Evangelio : « Semejante es el reino de los cielos á un hombre rey. » Parece que bastara decir que era semejante á un rey, sin decir á un hombre rey, porque claro está que si es rey que ha de ser hombre, pero quiso decir á un hombre rey, porque entienda el rey, y el príncipe, y el grande que es hombre, y se deje de devaneos, y de pensar que no está sujeto como hombre á todas las miserias y corrupcion de los otros hombres comunes y plebeyos, si no es que los ilustres, como dice Isaías,
Isai., 82. tengan hecho pacto con la enfermedad y con la muerte para que no les empezca ni dañe. ¿Has visto por ventura la muerte, pues dices que has hecho concierto con ella? ¿Has experimentado los tormentos del infierno? Considera para deshacer tu loca imaginacion que eres hombre, aunque seas rey y grande señor, y que ma-
Psal., 29. ñana serás comido de gusanos. El rey David dice : « ¿Qué

provecho hay en mi sangre, cuando descendiere á corrupcion? » Muchos, por ser de padres nobles, toman licencia para ser mas vanos y arrogantes. « Su gloria, dice Oséas, viéneles del vientre y de la concepcion. » Del nacimiento les nace la vanidad. Las cosas que les obligan á ser mas virtuosos toman por ocasion para ser mas livianos. La nobleza de la sangre necesita á los nobles á seguir la virtud de sus antepasados. La nobleza es un juro de heredad para siempre sin fin, que los tales deben tener á la virtud, y los que así no salen son como monstruos que no se parecen con sus padres. No te jactes ni te precies de tu linaje, porque das á los que te oyen grande testimonio de tu locura. ¿Quieres ver cuan poca cuenta hizo Dios de los linajes nobles? Escogió Dios á Saul por rey de Israel, siendo de la mas baja familia y del tribu mas pequeño de aquel pueblo. A Jefte, que por ser espurio y de vil madre lo echaron sus hermanos de casa de su padre con afrenta, escogió Dios para librar á su pueblo de los Amonitas. Cuando vino al mundo no escogió nobles, sino ignobles, y pobrecillos pescadores. El mismo Redentor aunque era rey y Señor, para confusion de los que se precian de semejantes vanidades, dijo que era pastor. Reprehension es para aquellos que toman por sobrenombre el mas claro título de sus padres. Quita de tu corazon todas estas locuras y sueños. Acuérdate que eres tierra y ceniza como tus padres. No perdonarán á tí los gusanos que comen en las sepulturas á aquellos que te engendraron. La nobleza que dellos heredaste fué mortalidad y corrupcion. Estas son las armas que has de poner en tu escudo, y ponerlas no en las puertas de tu casa, sino delante de tus ojos. Ten estas cosas continuamente en tu memoria, y desharás la rueda de tus ociosos y vanos pensamientos.

Oseæ, 9.

Judic., 11.

1. Cor., 1.

Joan., 10.

## CAPITULO XLII.

### De la verdadera nobleza.

« A todos los que me honraren glorificaré yo, y los que me desprecian no serán nobles, » dice Dios. Si desprecias á Dios pecando, ¿cómo eres noble, si dice ese mismo Señor que los que esto hacen no son nobles, sino rústicos, segun esto que Dios dijo por boca de un profeta al sacerdote Heli? La verdadera nobleza es la virtud, la cual no desprecia á Dios, mas antes le ama sobre todas las cosas. De esta nobleza del ánimo debes hacer caudal, y no de esta corporal, siendo tú escuro en tus costumbres. Por loco seria uno tenido si se preciase de noble siendo hijo de un esclavo, aunque su madre sea libre y noble. Pues si tu ánima, que es la mejor parte que tienes, es esclava y cautiva del pecado, ¿de qué te precias, aunque el cuerpo, que es la parte mas flaca y menos principal, sea noble? Cuando el ánimo no es adornado de buenas y loa-

1. Reg., 2.

bles costumbres, muy poco hace al caso toda esta nobleza de sangre. Sin la nobleza del ánima cosa peligrosa es esta nobleza del cuerpo, porque suele engendrar soberbia, y ignorancia del conocimiento que debe tener el hombre á sí mismo, y otros muchos males. Segun sentencia de sabios las señales de la verdadera nobleza son la liberalidad, el agradecimiento á los beneficios recibidos, la clemencia en perdonar, valentía y grandeza de ánimo. De corazones nobles es sufrir con esfuerzo cualesquier tribulaciones, y ocupar sus pensamientos en cosas grandes, y no en las bajezas de este siglo. Aquella es verdadera nobleza que adorna el ánimo con buenas costumbres. No claridad del linaje, sino la nobleza de las virtudes, hacen al hombre acepto y agradable á Dios. La nobleza corporal no es tuya, sino de los tuyos. La nobleza verdadera, que es la virtud, es propia tuya, la cual ninguno te la podrá dar ni quitar, si tú no quieres. ¿Qué mereces tú por lo que los otros ganaron? ¿qué razon hay para te alabar, por lo que heredaste de tus padres? La nobleza del linaje viene de la generacion; pero la nobleza de la virtud procede de la obra propia cuanto á las virtudes adquisitas, y es don de Dios cuanto á las infusas. Esta nobleza es tuya propia. De la raiz amarga sale el fruto saboroso y dulce, y de baja generacion puede ser ilustre y noble, si fueres virtuoso y amigo de Dios. Aquel es noble que no sirve á ninguna torpeza. La grandeza del noble corazon desprecia las cosas pequeñas, y emprende arduos negocios. Aquella es verdadera nobleza, que hace á los hombres hijos de Dios, y herederos del reino del cielo. Aquel guarda entera su nobleza que no sirve á los vicios, ni es de ellos mandado. Siervo eres de aquel de quien eres enseñoreado. ¿Por ventura no es siervo de la maldad el que es señoreado della? Aquel no es vil que no hace vilezas. No te debes jactar de que eres noble, pero debes mucho correrte, y tener vergüenza, que viniendo de buenos y nobles no seas heredero de sus virtudes. Como las nubes gruesas escurecen el sol, y la luna, y estrellas, para que no parezcan, ni nos den su luz, así los vicios de los que descienden de nobles escurecen los buenos hechos, y lustre de los antepasados. La religion cristiana no mira la nobleza del cuerpo, sino la virtud del ánima. Sirviendo al vicio no eres noble, sino vil, pues eres siervo del vicio. La verdadera libertad y nobleza delante de Dios es no servir al pecado, y la suma nobleza es ser claro en virtudes. Para solo esto te debes acordar que eres noble, para que con la sangre ilustre frisen las virtudes. La nobleza mundana no la halló la equidad de la naturaleza, sino la ambicion de la codicia. La ingratitud y escaseza son vicios de villanos. De Dios, que es nobilísimo, dice el Evangelio que hace nacer al sol para los buenos y malos, y llueve sobre justos y injustos. A todos da, y á todos comunica su bondad y nobleza. La clemencia es propia virtud de nobles, y que conviene á los reyes. El rey entre las abejas no tiene aguijon. Como la mansedumbre en los rendidos es señal de nobleza, así la soberbia entre los sujetos es argumento de villanía. De Dios, que es la misma nobleza, está escrito que humilla á los soberbios y poderosos, y ensalza y favorece á los abatidos y pequeños. Propio es de villanos la venganza, y de nobles perdonar las

Matth., 5.

Luc., 1.

injurias, y favorecer á los que poco pueden. Como es de corazones generosos hacer poco caso de las cosas pequeñas, así lo es de los que son verdaderamente nobles despreciar estas poquedades y miserias del mundo. Como seria grande poquedad si un hijo de un rey se pusiese á guardar los puercos, ó anduviese por las calles jugando con el lodo, así es grande vileza que siendo hijo del Rey del cielo ames el estiércol del mundo, y abominaciones de la carne, guardando los puercos de tus sentidos, y apacentándolos con suciedades, siendo criado para gozar de aquellas celestiales riquezas. Mira que eres hijo de Dios, y que en la oracion lo llamas Padre cuando dices: « Padre nuestro que estás en los cielos. » En tener á Dios por Padre se nos da á entender que seamos nobles en nuestras costumbres, y nos estimemos en mucho, y no nos abajemos á cosas viles. Esta es la verdadera nobleza, y sola esta tiene valor delante de Dios. Preciábanse los judíos de tener por padre al santo patriarca Abrahan, siendo en sus obras contrarios de sus costumbres, por lo cual el Señor los desengañó diciendo: « Si sois de Abrahan, haced sus obras. » En esta sentencia del Salvador claramente se muestra que la nobleza consiste en la virtud y ejercicios della, y que es vanidad preciarse el hombre de la nobleza de sus antepasados, siendo diferente en las costumbres. ¿Qué cosa mas noble puede ser al hombre cristiano que ser hijo de Dios? Todo lo demás es nada en comparacion de esta nobleza. Y cuan poco valga esta nobleza, sin la buena vida, el psalmista lo declara diciendo: « Yo dije: vosotros sois dioses, y hijos del Muy Alto; pero como hombres morireis y caereis como uno de los príncipes. » Declara primero David la dignidad del hombre en ser hijo adoptivo de Dios, y muestra lo segundo que esta dignidad aprovecha poco si viviéremos como hombres, porque como tales moriremos. Todo nuestro ser tragará la muerte. Habiendo vivido como hombre, morirás como hombre, y en eso parará todo tu valor. No morirás como los hijos del Muy Alto, á quienes espera bienaventurada y gloriosa vida; pero caereis como el príncipe, que cercado de ejército, y vestido de doradas y lucidas armas, cae y muere en el campo. Así morirán y caerán los hijos de Dios, si no vivieren como tales, y como hijos de tal Padre. ¿Y quieres ver otra cosa mas maravillosa? Si gran cosa es ser hijo de Dios adoptivo, mucho mas es sin comparacion alguna ser hijo de Dios natural, como lo era nuestro Redentor Jesucristo. Pues Cristo nuestro Señor no quiere ser tenido por hijo de Dios, si no hiciere las obras de su Padre. Así lo dice él mismo en el Evangelio: « Si yo no hago las obras de mi Padre, no quiero que me creais. » Pues si Cristo no quiere ser tenido por hijo de Dios, si no hace obras conformes á este título y dignidad, mucho menos valdrá delante de Dios ser hijo adoptivo, no viviendo como tal. Y si ser hijo de Dios adoptivo, que es la mas alta nobleza que puedes tener, importa poco viviendo mal, ¿cuanto menos hace al caso descender de hombres mortales, y ser hijo de la muerte, y corrupcion de tus antepasados? Procura de ennoblecerte con virtudes, porque

Matth., 7. Luc., 11.

Joan., 8.

Psal., 81.

Joan., 10.

esta es la nobleza que hace hijo de Dios y heredero de su reino celestial. De esta nobleza, que es la verdadera, debes hacer mucho caso, despreciando toda otra nobleza como cosa mundana, vana y loca, que con el tiempo muy brevemente pasa.

## CAPITULO XLIII.

### De la vanidad de las riquezas temporales.

Psal., 51. « Si las riquezas abundaren, no pongais en ellas vuestro corazon, » dice el psalmista; mucho debe aborrecer el verdadero siervo de Jesucristo las cosas que conoce apartarle de Dios. Vanas son estas riquezas temporales, pues tienen tan vano fin. Durmieron sus sueños los varones de las riquezas, y ninguna cosa hallaron en sus manos. Vano es lo que te aparta de un fin tan deseado, como es Dios.

Matth., 4. Aquellos reinos y ciudades que el demonio mostró á Cristo nuestro Redentor en el monte por arte mágica, no eran verdaderas riquezas, ni ciudades, sino fantásticas y aparentes. Así todas las honras, riquezas y gloria de este mundo no son bienes verda-

Jacob., 4. deros, sino vanos y ficticios, y, como dice Santiago, vapor que un poco aparece. No pongas tu corazon en cosas tan vanas y transitorias, llevas tras sí al deseo, y pocos andan entre las riquezas y tienen su corazon despegado dellas. Bienaventurado el rico, que es hallado sin mácula, y que no se fué tras el oro, ni esperó en los tesoros de la pecunia. ¿Quién es este, y alabarlo hemos? Alguno habrá; pero cosa es muy rara poseer riquezas, y no ser el corazon cau-

Eccli., 31. tivo de ellas. El camino del cielo es estrecho y trabajoso,

Matth., 7. el cual no se puede andar sin especial favor de Dios. Ha de ir contigo el favor de Dios mediano, ó el favor grande y excelente. Los pobres caminan por la vida cristiana, con el favor mediano de Dios: pero á los ricos para se salvar no basta este favor mediano, porque les es necesario aquel favor grande y excelente de Dios. Y por tener el rico necesidad de mayor favor, está en mayor peligro su salvacion. Todo rico es malo, ó heredero de malo. El halcon harto no

Luc., 15. conoce á su señor. El hijo pródigo, viéndose rico, dejó la casa de su padre, y puesto en necesidad convirtióse, y volvió á la casa que habia dejado. La riqueza lo apartó de Dios, y la

Num., 32. pobreza lo llevó á él. Los hijos de Ruben y Gad pidieron á Moisen que los dejase aquella tierra antes del Jordan, que era buena para el pasto de sus ganados, que eran muchos, y renunciaron la tierra de promision. Así muchos renuncian la tierra del cielo, á ellos prometida en perpetua posesion, por amor de las riquezas y bienes cor-

Luc., 10 ruptibles de este mundo. Si quieres de veras darte á Dios, desnúdate de toda mundana ocupacion y amor de la tierra.

Túrbaste cerca de muchas cosas. Una es necesaria. Si esta buscas, luego aborrecerás todo género de terrenales cuidados. Cuando nuestros primeros padres estaban en el estado de la inocencia, ocupados en la espiritual consideracion de Dios, tanto se olvidaron del cuerpo que no echaban de ver que estaban desnudos. Como pecaron, luego entendieron cerca de las cosas del cuerpo, y viéronse desnudos. El apóstol san Pablo, arrebatado hasta el tercero cielo, dijo que no sabia si esto fué en el cuerpo, ó fuera del cuerpo, porque no saben parte del cuerpo los que son elevados á las cosas celestiales. El cuidado que tenian cerca de las cosas del espíritu les hacia ser descuidados de las del cuerpo. Este descuido es grande cuidado, y este no saber es muy alta sabiduría. Los discípulos de Cristo ocupados en la doctrina de su Divino Maestro, no advertian en las cosas exteriores, y por eso se sentaron á la mesa sin lavarse las manos. Los fariseos miraron en ello, y dijeron al Señor que porqué sus discípulos no se lavaban las manos. Diferentes son los pensamientos de los siervos de Dios de aquellos en que los ocupan los mundanos. Los siervos del mundo ocupados en cosas pequeñas no miran por las mayores, y por entender mucho en lo que pertenece al cuerpo fáltales tiempo para se ocupar con el alma. Los cuidados hijos son de las riquezas, y las ocupaciones que traen consigo ahogan el espíritu del Señor. Desprecia la vanidad de estos bienes corruptibles, porque puedas libremente darte á Dios. No podrás volar á Dios si no quiebras las pihuelas con que el mundo te tiene preso. No te aparte del amor de Jesucristo la dulzura de este siglo. La ponzoña dase en algun sabroso manjar. Mezclada en otro manjar fácilmente se come, y el que la recibe es muy presto llevado á la sepultura. Dulces son las riquezas á los que las aman; pero la muerte está entre ellas, que haciendo al hombre soberbio y vicioso, llevan consigo á la muerte eterna. El Eclesiástico dice: «El que ama las riquezas no recibirá fruto de ellas.» Del fruto dijo el Apóstol: «Los que quieren ser ricos caen en los lazos y tentaciones del demonio.» Todas las criaturas tales son al hombre cual es el hombre á sí mismo. La buena alma no puede ser dañada de las cosas que son de fuera, ni el malo ser de ellas ayudado. ¿Qué aprovecha la multitud de las riquezas, para esta nuestra carne, que ha de morir? No podrán defenderla de la corrupcion en que ha de parar. Buena alma es aquella que no es sojuzgada de las riquezas. «Durmieron su sueño los varones de las riquezas,» dice el psalmista. No dijo las riquezas de los varones, sino los varones de las riquezas, porque ellos eran siervos de las riquezas, y no señores. La ganancia con mala fama es contada por perdida. De temer es el que teme la pobreza. Los siervos sirven de quitar cuidados á sus señores: porque teniendo uno cargo de una cosa, y otro de otra, descansan los señores. Malos siervos son el dinero y la hacienda temporal, pues no quitan á su señor de cuidado, mas antes le doblan los cuidados y trabajos. Vano eres si en las vanidades de estos bienes corruptibles pones tu último fin. Vanidad es cautivar tu corazon en las vanidades de este mundo cautivo. Desprecia

Gen., 3.

Matth., 5, 1.

Eccli., 1.

1. Tim., 6.

Psal., 75.

de corazon las riquezas de la tierra, y será lleno ese tu corazon de las verdaderas riquezas celestiales.

## CAPITULO XLIV.

### De lo poco que valen las riquezas temporales.

Philip., 4. « Todas las cosas tengo por estiércol, » dice el Apóstol hablando de las cosas de este mundo. No halló cosa mas vil á que apreciar el poco valor de las riquezas terrenales que al estiércol. La verdadera perfeccion de la criatura racional es estimar cada cosa en lo que ella merece. ¿Qué cosa mas necesaria que saber poner el precio á las cosas? San Pablo, como sabio y lleno de espíritu de Dios, puso el precio á estas cosas terrenales, segun el valor que tienen. Por lo cual aunque estos bienes temporales valieran mucho los debieras tener en poco, por comprar con ellos aquellos verdaderos bienes de la gloria, cuanto mas siendo tan bajos que por lo poco que valen en sí mismos deben ser reputados en nada. ¿Piensas que haces mucho en despreciar los bienes de este mundo? Mira lo poco que valen, conoce la vil materia de que son hechas todas sus riquezas, y formadas sus joyas. Considera con atencion su vil precio, y sean de tí estimadas en poco. ¿Qué es el oro sino heces de la tierra? ¿Qué son la plata, y las piedras preciosas, sino escoria de la tierra, que en ella se cuajaron y se crian? ¿Qué son los brocados, rasos, sedas y tafetanes, sino estiércol de viles gusanos? ¿Qué son los finos paños, sino lana de bestias? ¿Qué son las martas, las pieles blandas y delicadas, sino cueros de animales muertos? ¿Qué son los palacios pintados, las salas doradas, las altas torres, los suntuosos edificios, las grandes y populosas ciudades, sino tierra? ¿y qué son las honras, sino viento? ¿qué es todo cuanto hay en el mundo, sino tierra? Amando estas cosas terrenales que el mundo falsamente llamó bienes, ¿qué amas, sino un poco de tierra? Conoce la vanidad eso que el mundo te da, y guárdate de cautivar tu corazon en cosas tan bajas. Cuan poco sea todo esto que debes despreciar muéstralo Isaías en aquello que dice hablando del hombre: «Toda carne es heno, y toda su gloria así como la flor del campo.» Si lo mejor de este universo es el hombre, y aquí te ha dicho el profeta el nombre, y toda su gloria como el vil heno, ¿á qué podrá ser comparado todo lo demás, pues sin comparacion es menos que el hombre? Ten vergüenza de tí mismo, y débeste de afrentar y correr, pues siendo criatura tan excelente, y criado para amar y gozar de Dios, has sido tan apocado, y de tan bajo espíritu, que dejando á tu Criador empleaste tu amor en cosas tan viles. Hállase en tí una santa soberbia estimándote en lo que es razon, conociendo tu nobleza, y el ser tan excelente que recebiste de Dios. Ama cosas nobles, que son los bienes espirituales segun la noble inclinacion que

Isai., 40.

puso Dios en tu generoso corazon, cuando te crió á su imágen y semejanza. Mira lo que valen el oro y las piedras preciosas, pues Salomon, segun sentencia del Señor, vestido de brocados, y sedas, y piedras preciosas, con toda su gloria no salió tan bien vestido como una flor del campo. ¿Quién dirá que no es mas rico el oro que el vil heno? Maravillóse la reina de Saba del saber y riqueza de Salomon, y no se maravillaba del lilio del campo. Este es un grande error, y engaño de los hombres, que aquellas cosas que parecen hermosas juzgamos por mas hermosas que las que son real y verdaderamente hermosas. Nuestra codicia es causa de esto. Quien ama al feo parécele hermoso. Así á nosotros, que somos codiciosos y avarientos, la vestidura de oro nos parece mas hermosa que el lilio del campo; y si esto mirásemos con ojos claros, veríamos en la ropa de carmesí y de brocado las manos del hombre que la tejieron, y en el lilio la mano de Dios que lo hizo. Y cuanto seria á Dios cosa mas agradable á tí que el hombre si tuvieses los ojos limpios, tanto mas hermoso te pareceria el lilio que pintó Dios que la vestidura que tejió el hombre. Así la esposa que es hermosísima es alabada en los Cánticos. «Como el lilio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas.» Ama pues la verdadera hermosura, y los ricos tesoros celestiales, y no cautives tu corazon en el estiércol de la tierra. Ten vergüenza de estimar en algo cosas tan viles. ¿Qué tienes tú que ver, ó cristiano, con las riquezas temporales, pues te son prometidas riquezas eternas y celestiales? ¿Lo que muchos filósofos gentiles menospreciaron, tú, discípulo de Jesucristo llamado para el cielo, tienes en mucho? Ninguna cosa está tan fuera de nosotros como el dinero, ni hay cosa que menos provecho nos traiga. Aunque tuvieses en tu poder todo el tesoro del mundo, ¿serias por eso mas mozo, mas sabio, grande, fuerte, ó mas hermoso de lo que agora eres? Si dices que con las riquezas adquieres deleites, esos son breves y vanos. El verdadero gozo y deleite es la tranquilidad y sosiego del ánimo. Si dices que ganas honra, mira que los hombres no se maravillan de tu persona, sino de tus vestiduras y de tus riquezas, y así esa honra no es tuya, sino de lo que tienes. Si viesen la pobreza de tu ánimo, por miserable y desventurado te tendrian. La verdadera honra es ser amigo de Dios. Si dices que ganas amigos con las riquezas, no por cierto verdaderos amigos, sino muy falsos, lo cual no solo no es ganancia, sino pérdida conocida. A tus riquezas aman, y no á tí. Engáñante con lisonjas, y el que mejor cara te muestra, y es tu deudo mas cercano, te desea mas la muerte, por heredarte. Si dices que con las riquezas das limosnas á pobres, y haces muchos bienes, mayor bien es, y mayor merecimiento delante de Dios, dejarlo todo por amor dél, y no poseer nada, como lo hicieron los apóstoles y discípulos de Jesucristo, mandándoselo su Divino Maestro, que poseyendo grandes riquezas, viviendo en el siglo, hacer muchos bienes con ellas. Abre pues los ojos, y mira el engaño en que vives si piensas que estas riquezas temporales, y muladar del mundo, son de algun valor. Como el amor vende al amante por el amado, de manera que no es suyo,

Matth., 6.

3. Reg., 10.

Cant., 2.

Matth., 4.

sino de aquello que ama, amando estos bienes terrenales, valiendo tú tanto, y ellos tan poco como hemos visto, das lo mejor por lo que tal no es. Vendes lo precioso por cosas viles, lo muy bueno y excelente, que es tu corazon, por el estiércol de la tierra. Por eso manda Dios que ames á él, no porque su Divina Majestad tiene necesidad de tu amor, sino por tu provecho. Por honrarte quiere que le ames, porque vendiéndote por él amándole, te mejores en la venta, dando lo bueno por lo inestimable, y lo precioso por aquel que ningun precio recibe. La verdadera riqueza mas se alcanza disminuyendo la codicia que acrecentando tesoros, los cuales muchas veces se allegan para mal de su dueño, y los quita Dios con grande benignidad á los que guarda para el cielo: porque por ventura teniéndolos con cebo de la vana prosperidad embebecidos en sus locuras, y ciegos con el humo de sus honras, perderian las riquezas, y honras inestimables, que tienen fin. Mira en cuan poco tiene Dios esos bienes terrenales, pues privó de ellos á un su amigo tan grande como Job, á peticion de su enemigo Satanás. Abre los ojos, y considera cuanto te abates amando las riquezas desordenadamente, y cómo te engrandeces menospreciándolas. Quita tu amor de estas vanidades, y empléalo en solo Jesucristo.

Matth., 22. Luc., 10.

Job, 1.

## CAPITULO XLV.

### De la pobreza de las riquezas terrenales.

« No compare á la Divina Sabiduría la piedra preciosa, porque todo oro en su comparacion es un poco de arena, y como lodo se estimará la plata delante de ella, » dice el Sabio. Pobreza es muy grande esa que el mundo llama riqueza. No pongas tu corazon en la vanidad de las criaturas, mas antes lo levanta á solo Dios. No te apoques cautivando tu voluntad á cosas tan viles. Por eso te crió Dios derecho, porque amases las cosas del cielo, y estimases en poco las de la tierra Porque mira el Señor tu provecho, todas las cosas que has menester puso encima de la tierra, así como el pan, y vino, y la carne, porque con facilidad las hallases, y las supérfluas, como el oro y la plata, puso debajo de la tierra, porque no las codicies. No busques de veras cosas tan de burla. El psalmista dice: « Hijos de los hombres, ¿porqué amais la vanidad, y buscais la mentira? » Siendo hijo de hombre racional, y que tienes uso de razon, no vivas tan sin razon que constituyas tu último fin en los bienes terrenales, pues fuiste criado para gozar de los celestiales. No des crédito al mundo, que engaña, y siempre miente á sus servidores. « Vanidad es lo que amas, dice el psalmo, y mentira cuanto el mundo promete. » Ese oro tierra es, y estas sedas en que tanto te regalas, de feos y torpes gusanos

Sap., 7.

Psal., 4.

salen, que no puede ser cosa mas baja. Estas son las preciosas joyas con que te arreas, y estos son los ricos atavíos con que te compones. Cercado andas de estas cosas, rodeado estás de pobreza y vanidad. No te jactes vestido de tales ropas, ni te glories en la tapicería, cortinas, ni paños de tus grandes casas, porque aunque á tus ojos ciegos parezcan riquezas, no lo son segun verdad, ni por tales las tienen los discretos y sabios varones. No son estas las cosas que hacen al hombre rico. Si quieres ser verdaderamente rico, ama las verdaderas riquezas. Estas riquezas no hacen al hombre ser prudente, humilde, paciente, casto, ni benigno, ni á la ira convierten en mansedumbre, ni al cruel hacen piadoso, ni al envidioso caritativo. Pues si á las virtudes del ánimo ninguna cosa aprovechan, antes por experiencia vemos que hacen notable daño, criando vicios y extirpando virtudes, ¿qué razon hay para que así tan desatinadamente las ames? Eres como si criases en tu seno víboras y escorpiones, que de ninguna cosa serviria, sino que criándolas con tu calor, te emponzoñarian despues, y te quitarian la vida. Con el calor de tu codicia crias y aumentas esas riquezas de que vives, las cuales te comen las entrañas, roen la conciencia, ahogan el espíritu, y ponen tu salvacion en muy gran peligro. Esto es lo que amas, hombre ciego, esto es lo que buscas, y estas son las cosas tras que te matas. Los infieles, que ninguna cosa tienen en el cielo, no es maravilla que busquen estas vanidades en la tierra, pues, como dice el Apóstol, no tienen guardada sustancia en el cielo. Pero tú que tienes tesoro, justicia y redencion en el cielo, ¿porqué amas estos bienes terrenales? Los que despues de esta vida han de ser para siempre pobres, no es mucho que procuren riquezas en este mundo. Los que no tienen pan en la tierra de promision, descienden por trigo á Egipto. Pero tú, á quien está aparejada mesa en el cielo, y á quien Cristo dispuso el reino celestial, como lo dispuso el Padre á él para que comas y bebas para siempre en aquella mesa de la gloria, donde has de beber del arroyo de dulzura y de la fuente deleitable, teniendo allá cosas de que gozar, que ni ojos vieron, ni oidos oyeron, ni llegó á corazon de hombre, ¿porqué quieres hartarte aquí de los ajos, y puerros, y ollas de Egipto? Los esclavos y siervos no es maravilla que traten de las cosas de la tierra. Pero los hijos de Dios, y herederos de la gloria, mal parece tratar con tanta codicia los haberes de este mundo. Si en el dia del juicio fueres señor de todas las riquezas del mundo, no podrás con todas ellas redemir el menor pecado escrito. No aprovecharán las riquezas en el dia de la venganza, porque los ricos tuvieron hambre y necesidad, pero á los que buscan á Dios no faltará todo bien. Solos estos vivirán sin necesidad. Grande es la diferencia que hay de las riquezas espirituales á las temporales. Las riquezas espirituales llévannos al cielo, y las temporales al infierno. Las riquezas espirituales crecen comunicándose, pero las temporales disminúyense, dándolas, y si se guardan no aprovechan. Engañosas llama el Salvador

1. Thes., 4.
Hebr., 10.
1. Cor., 2.
Gen., 42.
Psal., 22.
Luc., 22.
Psal., 35.
Num., 11.
Isai., 64.
1. Cor., 2.
Prov., 11.

á las riquezas. Engañosas son, pues no pueden permanecer con nosotros mucho tiempo. Engañosas, pues no hinchen todos los deseos de nuestra ánima. Solas aquellas riquezas son verdaderas, que nos hacen ricos de virtudes. Ruega á Dios que te limpie el entendimiento, para que conozcas bien la vanidad de los bienes que amas, porque así levantes tu corazon á amar otros bienes mas nobles, mas ricos y verdaderos.

Matth., 13.

# MEDITACIONES

DEVOTÍSIMAS

# DEL AMOR DE DIOS.

## MEDITACION PRIMERA.

Cómo todo lo criado nos convida al amor de Dios.

Todas tus criaturas me dicen, Señor, que te ame, y en cada una de ellas veo una lengua que publica tu bondad y grandeza. La hermosura de los cielos, la claridad del sol y de la luna, la refulgencia de las estrellas, el resplandor de los planetas, las corrientes de las aguas, las verduras de los campos, la diversidad de las flores, variedad de colores, y todo cuanto tus divinas manos fabricaron, ó Dios de mi corazon, y Esposo de mi alma, me dicen que te ame. Todo cuanto veo me convida con tu amor, y me reprehende cuando no te amo. No puedo abrir mis ojos sin ver predicadores de tu muy alta sabiduría, ni puedo abrir mis oidos sin oir pregoneros de tu bondad: porque todo lo que hiciste me dice, Señor, quien eres. Todas las cosas criadas primero enseñan el amor del Criador que el don. La Escritura dice, hablando de la creacion del mundo, que el Espíritu del Señor andaba sobre las aguas, como está la voluntad tan amorosa del artífice sobre la masa de oro para sacar las imágines acabadas y perfectas: porque entendamos que sobre todas las cosas andaba nadando el Divino amor, el cual con ley suave las sustenta y gobierna. Todo nace de fuente viva de amor, y todo lo que tiene ser viene esmaltado de amor: y de manera que si la vista de nuestra alma no estuviese ciega de la vileza y polvo de su propia pasion y amor, lo primero que veria en todo lo criado seria el amor del Criador. De aquí es que tus amigos, Señor, con mayor ingenio y mas subtil arte que aquel famoso filósofo llamado Pirodas, el cual enseñó á sacar fuego del pedernal, de cada criatura, aunque pequeña, hacen saltar centellas

Gen., 1.

de fuego de amor. Pues si la tierra me sustenta, y sirve con sus frutos, el buen hortelano solícito es el santo amor, el cual una vez se la mandó, cuando la crió. Si el aire me refresca y da vida, el amor se lo mandó, que él por sí (como sea causa segunda) nada podria. Si el agua nos sirve, y da sus peces, y corre con grande ímpetu para el mar de donde salió, todo es para cumplir el mandamiento del amor. Finalmente si el fuego da calor, si el cielo da luz y influencia, criando diversos metales en la tierra, todo es para mi servicio, y para regalo de un solo amigo que aquel amor infinito, nuestro Dios, en esta tierra crió. ¿Qué son, Señor, sino brasas encendidas, los elementos, aves, animales, cielos y planetas, con que pusiste fuego á mi helado corazon, para lo disponer á amar á quien tantos dones le envia por hacerlo diestro amador? ¿Qué son el sol, y la luna, cielos y tierra, sino joyas de tu mano para nos intimar tu grande voluntad y amor? Cada mañana hallarás, ánima mia, á la puerta de tu casa á todo el universo, las aves, animales, campos y cielos que te esperan para servirte: para que tú pagues por todos el servicio de amor libre que tú sola en lugar de todos debes á tu Criador, y suyo. Todas las cosas te despiertan al amor de tu Dios, y todas, como un procurador de su señor, te ponen demanda de amor. Convídante á su amor el clamor grande de todas sus criaturas, así superiores como inferiores, las cuales con voces manifiestas te declaran su Majestad, su hermosura y su grandeza. Los cielos cuentan, Señor, tu gloria, y el firmamento denuncia las obras de tus manos, y no hay hablas ni lenguajes donde no sean oidas sus voces, y tanto, que son inexcusables todos los hombres. Callando manifiestan, Señor, los cielos tu gloria, y nos dicen cual será el aposento de tus escogidos, pues tanta hermosura dejas ver á los ojos de los mortales. ¡O cuan rico eres, mi Dios, pues de tan ricas lámparas te sirves! ¿De qué traza pudo salir labor tan prima? ¿Quién pudo hacer tan hermosa claridad, y tan diversas influencias, tantos y tan diversos movimientos, sin errar un punto? Con razon pregunta Job, y dice: «¡Quien contará la órden de los cielos, y dirá sus movimientos!» ¡O pesado corazon mio, cómo el deseo de ver tanto primor y grandeza te lleva á aquellas celestiales moradas! ¡O cuan grande es la casa del Señor, y cuan inmenso el lugar de su habitacion! Veré los cielos, obra de tus dedos, y la luna, y las estrellas que tú criaste. Todo lo que mis ojos ven me dice que te ame. Pues si me convierto al mundo menor, que es el hombre, y pongo los ojos en mí mismo, aquí hallo mayor causa para te amar, pues todo lo sobredicho criaste para mi servicio y provecho. Si abro mis oidos oiré al psalmista, que me dice: «En mí conozco tu admirable ciencia.» Del conocimiento de mí mismo vine en el conocimiento de tu muy alta sabiduría. Por amor de esto dijo tu profeta Isaías á los pecadores: «Volved, prevaricadores, al corazon. En vosotros mismos vereis quién es vuestro Dios.»

Psal., 18.

Rom., 1.

Job, 38.

Baruc., 3.

Psal., 18.

Psal., 138.

Isai., 46.

## MEDITACION II.

### Cómo las criaturas nos envian al Divino Amor.

Cuanto veo con mis ojos me envia á tí, mi Dios y Señor, y todo lo que criaste me sirve de conocer tu Divina grandeza. Como la saeta no pára en el aire, pero va delante, así nuestras consideraciones y pensamientos no han de parar en las cosas de la tierra, sino en el fin, y último paradero, que eres tú, mi Dios. Todas estas cosas que vemos son como camino para considerar al Criador. El Espíritu del Señor hinchó la redondez de la tierra, y el que todo lo contiene tiene ciencia de voz. Ciego es el que no es alumbrado con tantos resplandores de cosas criadas, sordo es el que con tantos clamores no despierta, mudo es el que con tantos efectos no alaba á Dios, y loco es el que con tantos indicios no conoce al primero principio y causa de todo esto. Abre pues, ánima mia, tus ojos; aplica las orejas espirituales, suelta tus labios, y ofrece tu corazon para que veas á tu Dios en todas sus criaturas, y lo oigas, alabes, ames, y engrandezcas: porque no se levante contra tí toda la redondez de la tierra. Por no hacer esto peleó la redondez de la tierra contra los locos, y por el contrario será materia de gloria á los sabios, los cuales pueden decir con el profeta: « Deleitásteme, Señor, en las cosas que hiciste, y me gozaré en las obras de tus manos. » ¡O cuan engrandecidas son, Señor, tus obras! todas las cosas hiciste sabiamente, y la tierra está llena de tu posesion. Veo en cada criatura como en un espejo la omnipotencia de tí, mi Dios. Resplandece en las criaturas como en espejo la Majestad del Criador. Es el sentido puerta de la imaginacion, y con el sentido vemos las criaturas, de cuyo conocimiento venimos á conocer la bondad y sabiduría del Criador. Queriendo dibujar Ezequiel el edificio de la Iglesia, comenzó por el muro de fuera. Antes que suba mi ánima á la consideracion de las infinitas perfecciones que hay en tí, mi Dios, levantaré mi corazon á tu santo amor, atraido de estas cosas exteriores que con mis ojos veo, pues ellas me llevan á tu conocimiento. « ¡Ay de vosotros que no mirais á lo que hace Dios, ni considerais las obras de sus manos, » dijo tu santo profeta Isaías. Muchas veces por las obras son conocidos los maestros que las hicieron, aunque no los veamos con los ojos corporales. Las imágines de Fidia, insigne estatuario, demostraban quien era, y lo conocian los que nunca lo habian visto, y Protogenes conoció tambien al gran pintor Apeles por una línea que hizo. ¡O Criador de todas las cosas! ¿qué imágen hay tan clara de quien eres tú, como soy yo? ¿Qué líneas mas sutiles ni delicadas pudo obrar la mano de algun artífice, ni ingenioso y muy excelente

Sap., 1.

Sap., 5.

Psal., 118.

Psal., 91.

Psal., 103.

Ezec., 40.

Isai., 5.

pintor, que lleguen ni se puedan comparar con el primor y extremada hermosura de los resplandores del cielo y flores de los campos? Pues si miramos la órden, armonía y concierto de este universo, ¿qué puedes decir, ánima mia, sino estar elevada y suspensa en tu Dios? Es una música tan acordada con tan admirable consonancia y proporcion, que si no fueses sorda te haria olvidar de todo lo criado, trasformada en tu Criador. Cada cuerda de la vigüela suena dulcemente, pero todas juntas hacen suave melodía. Cada criatura por sí sola me representa tu infinito poder y bondad inefable; pero consideradas todas juntas, y mirando la órden del universo, ponen extraña admiracion. Con tu órden persevera el dia, porque todas las cosas te sirven. Cuando el diestro tañedor pone en proporcion las voces contrarias y diversas de las cuerdas del instrumento, aunque no le veas lo juzgas por grande en su arte. Si miras, ánima mia, á todo lo criado, hallarás maravillosa consonancia en las cosas contrarias unas de otras, pues los elementos con tener cualidades contrarias no pelean unos contra otros, ni las cosas bajas contradicen á las altas; pero todas concuerdan, y hacen música de inestimable proporcion y concierto, moviéndolos la mano de aquella sabiduría infinita de tu Dios. Este Señor teniendo como vigüela la universidad de las cosas, junta las cosas celestiales con las terrenales, y las universales con las particulares. Mirando esta diversidad de cosas tan bien ordenadas, pienso conmigo en aquellas palabras del Sabio, que dicen: «Mas hermoso es el que esto hizo.» ¡O cuanto mas hermoso debe ser el que todo lo hizo, porque el Autor de la hermosura lo pinta todo! ¡O cual debe ser la providencia de aquel que á tanta multitud de cosas provee tan por extenso, como si para una sola fuese Dios! ¿De donde se sacan los matices de las yerbas, la dulzura de los frutos, las pinturas de las aves, y hermosura del mundo? ¡O cuan poderoso debe ser el que de nada hizo esto, y cuan sabio el que dió tan diversas astucias á los animales, tantas propiedades á las raices, tantas virtudes á las yerbas, y tan varios ingenios á los hombres, lo cual todo junto en su comparacion es como si no fuese! Levántate, pues, ánima mia; abre los ojos, y despierta, y si no ves la virtud divina que obra estas cosas, mira las obras, pues ellas manifiestan al que las hizo para que sea conocido el que no puede ser comprehendido. Por amor de esto dijiste tú, Señor, á unos ciegos que teniéndote delante no te conocian: «Si á mí no me creeis, creed á mis obras.» Ellas decian quien tú eras, si tuvieran ojos los que las veian para considerarlas, y como fuera posible que las consideraran, y no te conocieran, tampoco fuera posible conocerte, y dejar de amarte.

Psal., 118.

Sap., 13.

Joan., 10.

## MEDITACION III.

### Cómo Dios ha de ser amado por sí mismo.

Suma perversidad es fruir de las cosas que hemos de usar, y usar de lo que debemos fruir. Fruir es amar una cosa por amor de sí misma, y usar es amarla no por sí, sino por amor de otra cosa. Aquel es malo que usa del Criador, y frue de la criatura. Ama á Dios no por él, sino por respecto de otras cosas, y por los bienes que dél espera, y ama á la criatura por amor de sí misma. Este tal prevaricador es de la ley, y pervierte la órden del amor. Indigno es de Dios el que ama sus cosas mas que á Dios. El amor tiene su fin, y aquello que es fin último es lo que verdaderamente amamos, y usamos de todos los otros medios, no amándolos por sí mismos, sino porque son medios provechosos para alcanzar el último fin que amamos, donde el amor se quieta y descansa. ¿Pues qué mayor injuria puedes hacer, ánima mia, á tu Dios, que amar sus dones mas que á ese mismo Criador tuyo? Si no amas á Dios por sí mismo, sino por lo que te da, y por lo que dél esperas, ¿no prefieres y estimas en mas el don que el dador? Injuria hace la esposa á su esposo cuando quiere los joyeles y dádivas del esposo mas que á su persona. Bueno es tu esposo, y digno de ser amado por sí mismo. Muchos aman á otros hombres no por sus riquezas, ni favores, ni bienes que poseen, pues los que aman tienen mas abundancia de estas cosas que ellos, pero ámanlos por ser buenos, y de sabrosa y dulce conversacion. ¿Pues porqué, Señor, no haré yo contigo lo que hace un hombre con otro hombre, amándote por quien tú eres sin buscar mi propio interese? Amote cuanto puedo, y todo lo que es á mí posible, y con todo esto estoy descontento por lo poco que te amo: porque quisiera tener potencia infinita para amarte infinitamente. Si por caso imposible pudiese estar en la gloria gozando de la vista de tu divina esencia teniéndote ofendido, ó arder en el infierno sufriendo todas las penas que padecen los dañados estando bien contigo, mas quiero ser atormentado en el profundo de el infierno teniendo tu divina gracia que gozar de tu gloria con tu ofensa. Mi gloria es tenerte contento, y mi infierno estar tú de mí ofendido. Concédeme, Señor, tu gracia, y haz de mí lo que quisieres. Dame tu santo amor, y ordena de mí á tu voluntad: la cual si es que yo padezca todos los tormentos del infierno, en él estaré como en el paraiso, pues te sirvo en ello, y hago tu voluntad. Si aborrezco aquel malaventurado lugar, no es tanto por la pena que recelo como porque sé que los que allí moran son enemigos tuyos, y si amo la bienaventuranza eterna y gloria celestial, no la quiero tanto por mi regalo y deleite como porque sé que los que allí te gozan son tus amigos, y están seguros y muy ciertos que nunca te ofenderán. Esto solo desea mi alma, que es nunca ofenderte, y perseverar siempre en tu

santo amor. Asegúrame de tu amistad, y corta por do quisieres: porque á mí basta tenerte conmigo para nunca ser triste, ni recibir enojo por cosa que me suceda. A tí solo quiero, á tí solo amo, á mí muy bueno es llegarme á tí, y solo esto me basta. ¡O cuan suave es, Señor, tu espíritu! ¡cuan dulce tu conversacion! ¡y cuan digno eres de ser amado por tí mismo! Siervo es y muy vil mercenario el que busca otra cosa, sino á tí. ¿Tan poca cosa eres tú siendo sumo bien y bondad infinita, que no mereces ser amado por tí sino solo por lo que tienes y nos puedes dar? De manera, Señor, que si no tuvieses que darnos, no serias amado de nosotros. ¡O cuanta injuria te hace el que te sirve, y guarda tus mandamientos, no tanto por amor de tí, ni porque tú lo mandas, como por su particular provecho! En el Deuteronomio despues que dijo Moisen que te amásemos, añadió diciendo: « Has de amar á tu Dios así como él te lo manda. » En esto nos dió á entender que la causa y razon principal porque te debemos amar es porque tú lo mandas y quieres. No solo por los bienes que de tí esperamos, no porque amenazas con tormentos á los que no te aman, sino mas principalmente porque tú lo mandas, y pues tu voluntad es que te amemos, por solo esto te debemos amar. El que dice que te ama, y guarda los diez mandamientos de tu ley solamente ó mas principalmente porque le des la gloria, tengase por despedido della. No es guiado este tal por tu santo amor, pero es llevado del amor propio, y á sí mismo busca en lo que hace. ¿Si un hijo dijese á su padre que le obedece, y hace todo lo que le manda, no porque es su padre, ni por amor que le tiene, sino solamente por heredarle, no merecia que el padre desheredase al tal hijo? ¿No lo lanzará de su casa, y mejorara al hijo que lo ama y le sirve sin interese? ¿Para quien quiere el padre su hacienda, sino para el hijo que le tiene amor? ¿Para quien quieres tú, mi Dios, la gloria, sino para los que te aman? Tu Apóstol dice: « No vió ojo, ni oyó oreja, ni llegó á corazon de hombre lo que tiene Dios aparejado para los que le aman. » La vida eterna es para los que te aman, y desheredado será de ella el que no amando á Dios busca á Dios no por Dios, sino por sola su gloria. Para los que te aman tienes, Señor, guardada tu bienaventuranza, y los hijos que te sirven por amor entrarán en ella. El que á tí solo busca hallarteha, y terná contigo todos los bienes. A tí solo amo y quiero, y tú solo eres el premio de mis trabajos, segun aquello que dijiste al patriarca Abrahan: « Yo soy tu galardon grande y copioso. » Tú eres aquel galardon muy abundante y grueso del cual hablando contigo dijo David en el psalmo: « Incliné mi corazon para hacer tus justificaciones por amor del galardon. » De balde debes amar, ánima mia, al que de balde te compró, dando el precio de tu redencion sin que merecieses ser redimida. No quieras fuera dél otra cosa, pues él solo basta para tí. Por avarienta que seas te debes contentar con solo él. Aunque tu avaricia quiera poseer el cielo y la tierra, mas es aquel que hizo el cielo y la tierra. En él solo ternás todo cuanto puedes desear, y todo lo que puedes pretender. « Perdona, Señor, á tu pueblo, dijo

Psal., 7.
Sap., 12.
Deut., 5.
1. Cor., 2.
Gen., 15.
Psal., 118.

Exod., 32. Moisen á Dios, ó quítame del libro de la vida.» No queria Moisen ser apartado del amor de Dios; pero tanto amaba á Dios, y á los prójimos, que por amor de ellos queria ser privado de la gloria, que era su propio provecho y interese, contentándose con solo el amor de Dios.

## MEDITACION IV.

### Que Dios ha de ser amado, por ser sumamente bueno.

Si el objeto de nuestra voluntad es el bien verdadero, ó bien aparente, ó sumo bien, y bondad infinita de mi Dios, ¿porqué no te amará mi corazon sobre todas las cosas, siendo tú sumamente bueno, y la misma bondad? Es imposible amar el hombre alguna cosa si no fuere verdaderamente buena, ó so color y razon de algun bien. Cuando ama lo malo, no lo quiere en cuanto malo, sino porque viene el mal cubierto con algun bien, del cual cebándose la voluntad, es llevada engañosamente á querer lo malo, el cual nunca seria amado de nuestra voluntad si viniese descubierto. Representa el mundo á la voluntad bienes aparentes, como son deleites, honras, provechos temporales, y otras cosas semejantes: debajo de los cuales bienes transitorios y faltos viene escondida la muerte de la culpa, con las abominaciones de los vicios y pecados. Estos engaños recibes tú, ánima mia, cuando aficionándote á estas vanidades exteriores, compras á costa de perder tu libertad los eternos y perdurables tormentos. No sé que prevaricacion y maldad es esta, pues siendo tan natural á tí el amar lo bueno, como al fuego el quemar, dejas á tu Dios (que es sumamente bueno y un acto puro de bondad) por una bondad tan superficial como es la bondad que resplandece en la criatura. La bondad de la criatura no es sino una pequeña gota, que mana de aquel piélago infinito y profundo abismo sin suelo de la bondad inefable del Criador. ¿Pues porqué dejas la existencia por la apariencia, lo vivo por lo dibujado, y lo que es verdaderamente bueno por una sombra de bien? Debajo de esa pequeña bondad que ves en las criaturas, la cual recibieron emprestada de la suma bondad del Criador, están muchas imperfecciones escondidas; pero la bondad del Señor es propia suya, sin mezcla de alguna imperfeccion. ¿Pues qué malignidad es la tuya, que dejando al que es sustancialmente bueno, y esencialmente bueno, y tan digno de ser amado, por ser la misma bondad, te vas tras un poco de bien momentáneo, que cubre muchas faltas y defectos dignos de aborrecimiento? « Ninguno es bueno, sino solo Dios, » dice la Escritura: porque solo él es sustancialmente bueno, y su bondad es natural á él, y propia de su esencia, mas la bondad de la criatura es adquirida, comunicada, emprestada, y muy superficial, y no es buena de sí misma, sino por participacion, que es por

Marc., 12. Luc., 10.

la bondad que recibió de Dios. A tí, mi Dios, que eres orígen y manantial de donde proceden todas las bondades que amo en la tierra, ame mi corazon sobre todas las cosas, pues segun su naturaleza no puede ser llevado sino de lo bueno, ni captivo sino del bien verdadero ó aparente. A tí, Señor, que eres sumo bien, y verdadera bondad, debo yo amar, pues eres todo bueno, y centro de mi alma, y eres fin de mis deseos, descanso de mi corazon, y cumplimiento de mi voluntad. Tú eres esencialmente bueno, y toda otra bondad es cosa muy accesoria, y indigna de emplear en ella mi amor. Mandaste á tu siervo Moisen que hiciese un propiciatorio, que era una tabla ancha y grande de oro puro y macizo, sin pintura alguna, la cual estaba encima del arca del testamento entre dos querubines que la miraban, de donde dabas tus respuestas. « Si, como dice tu santo Apóstol, todas las ceremonias de aquella ley eran figura de la ley de gracia, ¿qué representa aquella tabla de oro puro y macizo, sino tu bondad pura, sólida, sustancial y verdadera? Es en nosotros la bondad como oropel, que asienta sobre muchos defectos y flaquezas; pero en tí es toda oro fino, por ser tú esencialmente todo bueno. La pintura es cosa muy accidental y exterior, y por eso mandabas que esta tabla no se pintase: porque en tí no hay cosa accidental, ni es accidente la bondad que te conviene por tu propia naturaleza. Era grande y ancha: porque tu grande bondad extiéndese á los extraños, y á los infieles y enemigos. Nace el sol para los buenos y malos, y envias el agua sobre los justos y injustos. No desechaste al ladron que te llamó en la cruz, no despreciaste á la mujer pecadora que te buscó en casa del fariseo, no te escondiste de la adúltera que te presentaron en el templo, y no te desdeñabas de recibir á los pecadores, y comer con ellos, no obstante las murmuraciones de los fariseos. No eres aceptador de personas: ni llegó á tí algun pecador, por grande que fuese, que no hallase esas entrañas de amor para su remedio abiertas. Aquellos, Señor, se quejen de tí, y de tu soberana bondad, que buscándote en sus tribunales y trabajos, no hallaron en tí blando y benigno Padre para socorrerlos y ayudarlos. ¡O cuan ancha y extendida es esta tu bondad, clementísimo Señor, pues abrazas al pobre y al esclavo, y siervo vil y miserable, y mezquino pecador, así como al grande, poderoso y rico, y como al que está muy adelante en tu servicio! Dos querubines estaban mirando y contemplando el propiciatorio: porque se entienda que solas dos naturalezas angélica y humana te conocen, y solos los ángeles y los hombres tienen noticia de tu bondad infinita. Tenian tendidas sus alas: porque en la consideracion y contemplacion de tu bondad encendiesen nuestros deseos, y estiende el alma sus afectos volando con sus santos ejercicios, y hervientes suspiros, amando la voluntad sobre todas las cosas al que conoce el entendimiento ser digno de ser amado mas que todas ellas. Porque todo lo que se ve, se ve en la luz, por amor de lo cual es la luz mas visible, así como porque todo lo que se entiende, por razon de la verdad se entiende, y por eso la mesma

Exod., 25.

1. Cor., 10.

Matth., 5.
Luc., 23.
Ibid., 7.
Joan., 8.
Luc., 15.
Act., 10.

verdad es mas inteligible. Así todo lo que se ama es amado por razon de algun bien que tiene; luego el mismo bien es mas digno de ser amado. Pues como tú, Señor, seas el mesmo bien por razon de tu bondad, eres merecedor de ser sumamente amado. Amartehe, Señor, fortaleza mia, firmamento mio, refugio mio, y librador mio. Mas eres en tí mismo que cuanto has hecho por nosotros, y así es justo que te ame mi corazon por tu bondad infinita, y aun mas que por lo que por mí hiciste. Debes pues, ánima mia, sumirte en aquel piélago infinito de la bondad de tu Dios, y entrar en el profundo abismo del sumo bien de tu Criador. Arda mi corazon en ese horno de fuego de caridad inmensa de tí, mi Dios, y abrásense mis entrañas encendidas en el amor de tu eterna y soberana bondad. Amartehe, Dios mio, bien infinito, inefable bondad, y amor sin término ni medida, todo cuanto puedo, y sobre todas las cosas, pues eres sumo bien, y la fuente de donde manan los bienes que tienen todas las otras cosas.

Psal., 17.

## MEDITACION V.

### Que Dios ha de ser amado, por ser sumamente hermoso.

Si la hermosura tanto poder tiene para robar las voluntades, ¡ó corazon mio! ¿porqué no te captivas de aquella hermosura inmensa de tu Criador? ¡O fuente de toda hermosura, de la cual todas las otras hermosuras proceden! ¿porqué no soy todo llevado de la grande perfeccion de tan extremada y soberana lindeza? La hermosura de las criaturas pequeña es, transitoria, momentánea y perecedera. Hoy es fresca como la flor del campo, y mañana está marchita. La hermosura de la criatura falta, y deja de ser al mejor tiempo; pero la hermosura del Criador para siempre persevera, y está con él. Toda hermosura, comparada con la hermosura del Señor, es fealdad muy grande. ¿Pues porqué, ánima mia, te detienes en el amor de la fealdad de la criatura engañosa, cubierta con una falsa apariencia de hermosura, y dejas á la misma hermosura de tu Dios? Mas ventaja hace la hermosura del Criador á la de la criatura que el cuerpo á la sombra. Pues tanto te convida la sombra á que la ames, ¿porqué no te captiva la luz á que la quieras? Si tanta admiracion te causan las labores, que no pudieron ser recibidas con la perfeccion que tenian en el dechado por la torpeza del sujeto donde fueron labradas, ¿cómo no quedas fuera de tí contemplando la hermosura y perfeccion que tenian en el dechado de donde se sacaron? ¿Qué hombre habrá en el mundo que aficionándose á una figura muy hermosa sacada al natural de una persona, no se aficione mucho mas á la misma persona? Pues si todas las criaturas son dibujo de la mano de tí, mi Dios, y el hombre es imágen y semejanza tuya, ¿porqué, Señor, no me aficionaré mas á tí

Gen., 2.

que á tu imágen y dibujo? y si yo amo con tanto cuidado las cosas que comparadas á la nobleza de mi ánima gran parte del bien que tienen es ser codiciadas de mí, ¿porqué no amaré á aquel sin el cual no hay bien alguno, y que crió estas cosas por amor de mi? Será mi corazon cautivo de la hermosura infinita de mi Dios. ¡O hermosura tan antigua y tan nueva, cuan tarde te conocí y cuan tarde te amé! ¿Por ventura no eres tú, Señor, aquel de quien dice el psalmista que eres hermoso entre los hijos de los hombres? De tí dice la Esposa que eres blanco y colorado, escogido entre millares. Y si en este destierro no veo la hermosura de tu Divina Majestad así como eres hermoso en el cielo, por los efectos vengo en conocimiento de la causa, y por la hermosura de los cielos, planetas, árboles, flores, y variedad de muy vivas colores de las cosas que tus divinas manos fabricaron, conozco mi Dios y Señor ser abismo infinito de hermosura, la hermosura de donde estas hermosuras tienen su orígen. Pues si aquí en alguna manera venimos en noticia de tu divina hermosura, que es principio y causa de todo lo hermoso, ¿porqué el conocimiento de mi juicio y razon no me arrebata con impetuoso aceleramiento, y me lleva al amor de tanta perfeccion y hermosura? Captivaron los trajes de la hermosa Judit al príncipe Holofernes, y la hermosura de Ester convirtió en blandura el pecho airado del rey Asuero, y la hermosura del árbol de la vida hizo á Eva que se olvidase de tí y del precepto que le pusiste. ¿Pues cómo no me olvidaré yo de mí mismo y de todas las cosas del mundo por amor de esa hermosura infinita, pues una hermosura tan temporal como la de aquel árbol hizo á nuestra primera madre que te pusiese en olvido? Vanidad dice la Escritura que es esta hermosura temporal por burlar tan presto al que la ama. Mas aquella hermosura eterna, que es propia de tí, mi Dios, durará en tanto que tú durares, que será para siempre sin fin. Recreábase Jonas debajo de la verdura de la yedra verde, la cual roida del gusano secóse luego. Aneja es la sequedad y fea corrupcion á toda hermosura corporal, cual es la de la criatura. ¿Pues á quien ha de acudir mi ánima, y en quien ha de emplear su corazon mi amor sino en esa perpetua y infinita hermosura, que nunca se acaba, ni se seca? Si por ser corto de vista en esta vida transitoria no veo tu hermosura con los ojos corporales, basta que con los antojos de la fe la alcance á conocer, en cuya consideracion mi ánima y mis potencias son trasformadas en tí, y llevadas al amor de tu inefable hermosura. Grande es el poder que tiene la hermosura corporal para cebar los ojos, y llevar tras ellos el corazon, y mayor es la torpeza y pesadumbre del que puede acabar consigo de volver el corazon á alguna hermosura corporal, teniendo presente á una hermosura tan sin medida como la de tí, mi Dios, que hace fuerza á las criaturas insensibles á seguirla.

Psal., 44.
Cant., 5.
Judith., 16.
Esther, 15.
Gen., 3.
Prov., 31.
Jonas, 4.

## MEDITACION VI.

### Cómo ha de ser Dios amado.

Si quieres, ánima mia, saber el modo que has de tener en amar á tu Dios, es sin modo. Cuando mandó amar al prójimo, puso tasa diciendo que lo amases como á tí, y no mas que á tí; pero mandando que amases á su Divina Majestad, no puso límites, mas antes dijo absolutamente que le amases, porque Dios ha de ser amado todo cuanto pudieres amarle. Eres, Señor, tan bueno, que por mucho que la criatura te ame nunca te amará cuanto mereces ser amado, y por tanto la medida con que te ha de amar es amarte sin medida. Así dice la Escritura: «Glorificad á Dios cuanto podeis, porque mayor es que toda alabanza.» Ama pues, ánima mia, á tu Dios cuanto él es amable, y eso te basta. ¿Porqué te maravillas de esto que te digo? ¿Por ventura no sabes que la Escritura nos lo manda loar segun la muchedumbre de su grandeza, conviene á saber como él es loable? Dirasme que ninguno lo puede así amar sino él mesmo, ni loarle tampoco: porque él mesmo se iguala á sí amándose, cuyo amor es infinito, como lo es tambien la grandeza. Bien dices, pero si no puedes bastar á loarle, no ceses de loarle, y si no puedes amar como debes, ama cuanto puedes: porque no tienes porqué temer hacer exceso ni demasía en el amor, donde la facultad y poderío es vencido de la gloria y excelencia del amado, y el poderío del amador, y la facundia del que alaba es vencida de la virtud, y merecimiento del alabado. Arden aquellos serafines, y enciéndense las virtudes angélicas en amor dél, como está escrito: «El que hace á sus espíritus ángeles, y á sus siervos fuego quemante.» No cesan jamás de aquel ardor, porque nunca les parece que han ardido harto. ¿Y qué es todo el amor de aquí comparado con el ardor y fuego de aquellos espíritus angélicos y ánimas bienaventuradas? Todo nuestro amor es grande tibieza si se compara con la fragrancia y encendimiento dellos. Amote pues, Dios mio, y mi Señor, sin manera y sin medida, porque así nos amaste, y tú, que hiciste todas las cosas en peso, cuenta y medida, en amar no tuviste modo ni medida. En esto solo excediste, Dios nuestro, y pasaste el modo, excediendo sobre manera, y excediendo sobre toda razon y entendimiento, y guardando en todas las cosas desde el principio manera en amarnos, no quisiste tener modo ni manera; mas sobre manera fué excesivo y demasiado. Perdona, Señor, te suplico, perdona á tu siervo, que habla de tí con gozo y osadía grande: porque demasiado y muy demasiado fuiste en amarnos, Dios nuestro. ¿No es por ventura demasiado que esté el Hijo de Dios colgado en la cruz por un vil gusanillo? ¿No es exceso grande que

Matth., 22.

Eccl., 4.

Psal., 150.

Psal., 10.

Sap., 11.

muera el Criador porque viva la criatura? ¿No es extraño y excesivo caso de amor perder la vida el Hacedor por la obra que hizo, y el inocente por el culpado, y el justo por el pecador? Si esta es medida, Señor, cerca de vuestra sabiduría es medida: porque cerca de todo entendimiento criado exceso es este, y muy grande exceso y demasía grande. No temeré de decir lo que el evangelista dijo que hablaban Moisen y Elías en la trasfiguracion de tu pasion sagrada, á la cual san Lucas llamó exceso. Naturalmente ponemos la mano y el brazo á peligro por defender la cabeza, que es miembro mas principal, pero exceso fué de grande amor que tú, mi Dios y Señor, siendo nuestra cabeza, te pusieses á peligro de muerte, y murieses en la cruz por amparar á nosotros miembros tuyos. Tambien tu santo Apóstol, lleno de espíritu, no temió de decir que fué demasiada aquella caridad con que nos amaste, y de tal manera que siendo Hijo de Dios te diste por unos viles y despreciados esclavos. ¡O verdaderamente excesiva y muy grande caridad, y que traspasa los términos de toda caridad! A la obra de nuestra redencion copiosa redencion la llamó el profeta, pero mas propiamente la llama el Apóstol excesiva y demasiada. Excesiva fué tu caridad, pues pagaste en tu pasion por nosotros mas de lo que debíamos. Excesiva satisfaccion, pues bastando para nuestra satisfaccion una gota de tu sangre, por razon de la infinidad del supuesto, la diste toda, mostrando el excesivo amor que nos tenias. Así tengo yo de amar á tí, mi Dios, tan excesivamente, y tan de veras, y tan de propósito, que no haya término ni medida en mi amor. Saldré de mí mismo, y saldré fuera de mí, amándote sin estar en mí, embriagado de este tu santo amor, y enagenado de mí: porque si el amor es verdadero, ha de sacar al hombre de sus casillas, y fuera de sí, porque el amor suspende y hace extasis. Por amor de esto en los Cantares ponderando el Esposo el amor de la Esposa, lo compara al vino, por la propiedad que tiene el vino de enagenar de sí al que mucho bebe dél, y la Esposa le dice: «Metióme el rey en su botillería,» y porque hablaba de la caridad, tratando de este vino añadió luego diciendo: «Y inclinó mi voluntad á diversos grados de caridad.» Herida podrá salir el alma en el perdon y sufrimiento de las injurias, mas considerando el ejercicio en que se ejercitó tu amor, ya es muy fácil y muy amable. ¡O mi Dios y bien infinito, quien tuviese la sabiduría de los ángeles para declarar este tu pensamiento acerca de nosotros! Cierto soy que quien fuese de esto bien enseñado, seria de tu Divina Majestad y de tu bondad perfectamente enamorado. Tu amor pusiste en la cruz, y en hiel y vinagre, y el nuestro en panales de miel. ¡O qué dura ley la de tu amor, mi Dios, acerca de nosotros, y cuan dulce y fácil la nuestra acerca de tí! pues hasta en el morir no cumplis la ley de vuestro amor, y hasta vivir en vuestro reino y gloria no podemos cumplir como deseamos la ley de nuestro amor. Pero en cuanto puedo, y fuere á mí posible, amartehe en esta vida mas que á mis cosas, y mas que á mí mismo. Por amor de esto preguntaste á tu apóstol san Pedro si te amaba mas que á los otros, porque

Luc., 9.

Ephes., 2.

Psal., 120.

Cant., 1.

Cant., 2.

Joan., 21.

quieres ser de nosotros amado mas que todas las otras cosas, y sobre todas ellas, y sin término, y sin medida. Todas las otras virtudes tienen medida y tasa, mas sola la virtud del amor y de la caridad no la tiene.

## MEDITACION VII.

### Cómo Dios solamente ha de ser amado.

Los piés del ánima son el amor, y del amor soy llevado donde quiera que voy. Y como este nuestro cuerpo tiene dos piés con que anda, así el ánima tiene dos amores y afectos que la llevan, que son tu amor santo y divino, y el amor de las cosas mundanas. Despues que Jacob luchó con el ángel, y fué llamado varon que ve á Dios, tocóle el ángel en una pierna, y quedó cojo de un pié. En conociendo, Señor, mi ánima la excelencia de tu bondad, y en descubriendo algo de tus divinas perfecciones, luego anda cojeando en el amor del mundo, y camina derecha por el camino de tu santo amor. ¿Porqué será mi ánima adúltera teniendo esposo tan hermoso y rico, y tan digno de ser amado? Seré cojo en el amor del mundo y camino de maldad por andar ligero por las sendas de tu divino amor, cuando gustare de tu dulzura, segun aquello que dice el profeta hablando contigo: «Corrí por el camino de tus mandamientos cuando ensanchares mi corazon.» Estiende las telas del corazon, la alegría y gusto del amor, la cual alegría hace que corra con deleite por la guarda de tus mandamientos. La carga del amor del mundo apesga las alas de tu amor para que no vuele á tí, mi Dios, siendo centro de mi ánima. ¿Pues porqué querré yo cargarme con el amor de cosas que impiden el vuelo de mi ánima para su Criador y esposo? Aborreceré de corazon todo lo que es fuera de tí, pues tú solo bastas para mí. Menos te ama, Señor, el que contigo ama otras cosas, si por tí no las ama. Partido tiene el amor, y dividido está el corazon del que, no contento con tu solo amor, ama, y no por tí, las criaturas. Maravillosa cosa es que siendo el hombre quien es, te contentes tú, mi Dios, con solo él, y siendo tú quien eres, no se contente el hombre solamente contigo, sino que quiere amar contigo otras cosas, y no por tí, como si tú solo no bastases para él. ¿Cómo, Señor Dios mio, y todo mi bien, tan poca cosa eres tú que no bastas para mí? ¡O centro de mi corazon, y Esposo de mi alma! ¿y qué quise yo en el cielo ni en la tierra sino á tí? Si tú eres el mismo bien, y contienes en grado eminente todos los bienes, ¿porqué anda mi ánima buscando bienes en las miserables criaturas, y deja á tí, fuente de todos los bienes? ¿Porqué anda mi corazon rastreando por el amor de las criaturas, habiéndome la experiencia enseñado que no me quietan, ni hallo en ellas verdadero descanso? Cuando no son poseidas, son codiciadas y aborrecidas en habiéndolas. Ellas me

Gen., 32.

Psal., 118.

Psal., 72.

dicen que ame solamente á tí. Tengolas en mucho precio antes que las alcance, y despues de alcanzadas son estimadas en nada. Antes de alcanzadas tenian este bien, que era por su ausencia poder mover mi deseo con apariencia de bien, mas vano que verdadero; pero despues de poseidas cesa el deseo, y cesando el deseo se descubre su poco valor, y así son tenidas en poco. Cuanto la criatura es mas poseida es mas conocida, y cuando está ausente es ignorada; poseyéndose se comunica, y comunicándose manifiesta los defectos que antes no eran conocidos, y así la voluntad la tiene en menos que antes. Mucho amaba Amon á su hermana Tamar, y tanto que estaba enfermo por el grande amor que le tenia; pero despues que alcanzó lo que deseaba, fué mayor el aborrecimiento que le tuvo que el amor que primero le habia tenido. Dan luego en rostro los bienes de la tierra, y en comenzando á gozarlos nos están zaheriendo con sus imperfecciones y defectos. Pues si tú, mi Dios, cuanto eres mas amado y poseido, descubres mas las riquezas de tu bondad, y tus infinitas perfecciones, ¿para qué quiero yo tejer, contra el mandamiento de la ley, vestidura de lana y lino, mezclando el amor imperfecto de la criatura con la excelencia de tu santo amor? La criatura, si me favorece en algo, no quiere en todo, y si quiere en todo no puede, y si en todo quiere y puede (lo cual es imposible), no en todo lugar, ni en todo tiempo. ¿Pues porqué no terné en mas ser amado de quien me puede favorecer en mas cosas que yo puedo conocer, ni pensar, ni desear, ni pedir, y esto en todo lugar y tiempo? ¡O cuan enhechizados nos trae el mundo y nuestra propia carne, y cuan sin centella de claro conocimiento, pues dejamos de amar á aquella bondad eterna y admirable hermosura de Dios, por abajarnos á cosas tan viles como las criaturas de este mundo! Todas las criaturas me estan diciendo: Ama á tu Dios, y no á mí. ¿Porqué me amas? ¿Porqué me quieres? Mira que soy tierra y polvo. ¿Qué ves en mí que no sea ajeno? Ama solamente al que de nada nos crió, y nos dió todo lo que somos. Guarda que te engaño: porque falso es todo lo que amas en mí, y todo lo que quieres, y deseas, y te parece bien. Cata que si me amas yo te mataré, y te causaré la muerte. Yo no soy sino para levantar tu corazon para que ames á tu Criador y mio. Cuanto mas hermosa es la criatura, y mayor saeta de amor te echa, tanto mas te enciende en el amor de tu Señor. Pues si amas, ánima mia, estas cosas temporales por la hermosura que ves en ellas, mucho mas debes amar á tí misma, pues vences en lindeza y perfeccion á todo lo terreno. Si vieses la hermosura de tu rostro conocerias claramente cuan digna eres de reprehension, pues piensas que hay alguna cosa fuera de tí digna de tu amor. Pues si el amor no puede ser solitario, y saliendo fuera de sí ha de amar á otro, ¿á quien has de amar sino á tu refugio y amparo, que es tu Dios, pues todo lo corporal es menos que tú? Injuria hace á sí mismo el que pone su amor en las cosas que no son dignas dél. Conviene que cada uno considere á sí mismo, y despues que conociere su dignidad no ame las cosas que son menos que él, por no hacer injuria á su amor. Porque las cosas que son hermosas, consideradas por sí, son despre-

2. Reg., 13.

Deut., 22.

ciadas, comparándolas con otras mas hermosas. Y como es locura juntar las cosas feas con las hermosas, así es cosa indecente igualar las cosas que no tienen sino una baja imágen de hermosura con las que son perfectas y acabadas en hermosura. Si no quieres, ánima mia, tener amor solitario, no quieras tenerle vil y apocado. Si quieres único amor, quiere al únicamente amado. Sabes que el amor es fuego, y que el fuego busca materia donde arda, pues guárdate que no ames cosas que te sirvan de humo. Mira tu hermosura, y entenderás qué hermosura debes amar. Todo el mundo te está sujeto, y tú, no digo á todo el mundo, sino no sé qué partecilla de el mundo, que en su especie no es hermosa, ni en el bien necesaria, ni en la cuantidad grande, ni en la bondad muy buena, no te desdeñas de admitir en tu amor. Si estas cosas amas, ámalas como beneficios de tu Dios, y con tal condicion, poniendo todo tu amor en tu Criador y suyo. No ames mas los dones que te da que el afecto del amante. Mayor injuria haces á su caridad si recibiendo sus dones no le pagas el amor en la misma moneda, amando á quien te ama. Desecha sus dones si puedes, y si estos no puedes despreciar págale con el mismo amor. Indigna eres del amor de tu Dios si pones tu amor en estas cosas temporales. Ama á él, y ama á tí por amor dél, ama sus dones por él, ámale porque gozes dél, y ama á tí porque seas dél amada.

## MEDITACION VIII.

**Cómo Dios ha de ser amado por ser centro de nuestra alma.**

Todas las cosas naturalmente apetecen su centro, y desean su perfeccion y fin, y en él descansan y se quietan. La piedra apetece su centro natural, y por eso desciende. Los rios corren para el mar, de donde salieron: y así con grande ímpetu se mueven por llegar á su propio lugar. El fuego sube con ligereza á su esfera, y no pára hasta llegar á su último fin. ¡O Criador de nuestras ánimas! ¿y quién eres tú, mi Dios, sino fin y centro dellas? Criastenos por amor de tí, y está inquieto nuestro corazon hasta llegar á tí. Como la piedra es inclinada á bajar al centro, así mi ánima desea el Sumo Bien, que eres tú, mi Dios; y como está violentada la piedra fuera de su centro, lo cual se muestra, pues en quitándole el impedimento que la estorba luego baja abajo, así mi ánima nunca está quieta ni sosegada hasta llegar á tí. No se quieta mi ánima en las riquezas, no en las honras, ni en los deleites, sino solamente en tí, mi Dios, verdadero descanso y reposo de mi corazon. Esto considera el Sabio, cuando dijo: «Vanidad de vanidades, y todo es vanidad.» Vano es todo lo que no ocupa lugar, y vanas son todas estas cosas terrenales, pues no hinchen la capacidad del alma, ni cumplen sus deseos, ni son parte para satisfacer á sus

Eccl., 1.

apetitos. Pues si todas las cosas naturalmente caminan para su fin, y tú, Señor, eres el fin del hombre, y el mas perfecto de todas las cosas, con mayor ímpetu y aceleramiento es justo que caminemos nosotros para tí de lo que las otras cosas naturales caminan para su centro y para sus fines particulares; y porque los piés con que se llega mi ánima á tí son sus afectos, necesaria cosa es que yo ame á tí, mi Dios, porque llegue á mi centro. A este reposo y quietud nos llamas, Señor, cuando dices en tu santo Evangelio: «Venid á mí todos los que trabajais y andais cargados, porque yo os recrearé.» Andais inquietos y desasosegados, sirviendo al mundo y á vuestras pasiones: venid á mí, y estareis en vuestra esfera, gozando de quietud y reposo. Quiebra pues, ánima mia, muy de veras con el mundo, y dejando sus pesadas cargas vuelve á tu descanso: porque muy claro está, si quieres abrir los ojos, que la fuerza del amor te llevará á tu Señor como á tu propio centro. Bien ves que no tienes descanso fuera dél, por lo cual cuando para él fueres entonces descansarás, y dirás con el profeta: « En paz en él mismo dormiré y descansaré; » y si quieres consultar á la experiencia que tienes, ella te dice que en ninguna cosa descansa tu amor, sino en Dios, porque todas las otras cosas te lanzan de sí y te envian á tu centro. ¿No ves á la clara que si alguna cosa fuera de Dios amas por sí misma, que en el tal amor hay desasosiego grande, y amargura, y mortales congojas? ¡O cuan desabrida, ó cuan amarga, ó cuan congojosa es toda criatura si por sí es amada! ¡Cuantas tragedias y cuan flébiles y lamentables casos nos contarian de esto los locos amantes, si se lo quisiésemos preguntar! Nunca ellos acabarian de decir, ni nosotros de oirlo. Toda criatura te lanza de sí con ignominia, y te abofetea, para que apartándote de ella procures de llegarte á tu Criador, como si baldonándote te dijese: ¿Para qué te llegas á mí, miserable? ¿Para qué me quieres, ánima mezquina? No soy yo el bien que tú buscas, ya que quieres amar. Vete adonde vas; pasa adelante, y no dejes el camino verdadero y real que te lleva á tu Dios: y tú, aun con todo esto, ciega, loca y desatinada, no te curas, sino de abrazar á la que no te quiere, á la que de continuo te echa de sí, y con vituperio procuras de detenerla contra su voluntad, y sigues á la que huye de tí, y te es dada en servicio. Aun ella no queriendo la pones en señorío, tanta es tu locura y vanidad. Mas ni estos abrazos te durarán mucho, porque luego se te volverán en amargura, y muy presto te hartarás y aborrecerás lo que con tanto deseo y con tanto trabajo buscaste, y buscarás luego otra cosa: y así andarás mezquina, no pudiéndote contentar criatura alguna al derredor, como está escrito: « La cabeza dellos es el circuito dellos; » y en otro lugar dice: « Al derredor andan los malos. » Por lo cual vuélvete á Dios, como á verdadero centro tuyo: y no sean parte las vanidades del mundo, y estiércol de la tierra, para impedirte. Un peñasco movido de su lugar, y cayendo de lo alto, cosa espantosa es ver con qué ímpetu cae, y con qué estruendo corre abajo, y con qué presteza y ligereza se da priesa para llegar al lugar á él conve-

Matth., 11.

Psal., 4.

Psal., 113.

Psal., 11.

niente, y donde pueda descansar : y todas las cosas que se le ponen delante las desmenuza, y quebranta, y deshace, para que finalmente pueda llegar adonde va. Así te debes dar, ánima mia, á tu Dios y Criador, que no sea poca tu vergüenza y confusion cuando te vieres vencida de una piedra, que con mayor ímpetu ella se vaya á su centro que tú te vayas al tuyo. Desecha, pues, derrueca y destruye todo lo que se te pone delante y te impide que no vayas á tu Dios. Quebrántalo y pasa, como está escrito : « Traspasaré el muro en mi Dios. » Porque así como por algun liviano viento de soberbia, ó envidia, ó por algun impedimento de codicia de cualquier cosa mundana que sea, eres detenida y estorbada, bien pueden conocer de cuan poco peso seas, y cuan semejante á las pajas livianas, á las cuales el viento por su poco peso detiene su bajada, y las suspende en el aire. ¿Mas á las peñas que caen quién las tendrá? ¿Quién las impedirá? Así ni mas ni menos á los virtuosos todo el mundo no puede impedir, ni apartar de su Dios. Mira á san Pablo, peña apostólica y de grande peso, con qué ímpetu se iba hácia su Dios, al cual ninguna cosa puede estorbar que no vaya á su centro. «¿Quién nos apartará, dice él, de la caridad de Dios?» ¿La tribulacion por ventura, ó la angustia, ó la hambre, ó la desnudez, ó el peligro, ó la persecucion del cuchillo? Cierto soy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo alto, ni lo bajo, ni otra criatura alguna, nos podrá apartar de la caridad de Dios, que es en Jesucristo Señor nuestro. ¡O peso grande, excelente y admirable, de tan santa ánima como la de aquel Divino Apóstol! ¡O poderosísima peña, que con su peso y grandeza destrozaba y deshacia todos los impedimentos, porque no le pudiesen estorbar que no fuese á do queria y deseaba! Por angustias, y por muchos trabajos, por hambre y por sed, por frios y calores, por cuchillos, por infamias, y por todas las cosas espantosas y terribles, con grandísima velocidad se daba priesa por ir y llegar á su centro, cuya voluntad en alguna manera se habia vuelto en naturaleza. La piedra con natural ímpetu se va al centro, mas el ánima no así, sino con ímpetu voluntario y libre. Pues esta facultad, que te ha dado tu Dios, renúnciala, ánima mia, y vuelve la libertad en naturaleza, para que con todo tu poder y con toda tu fuerza llegues adonde vas. Esto es lo que te manda Dios, cuando te dice que le ames de todo tu corazon, y de toda tu ánima y de toda tu mente, y de todas tus fuerzas, y de toda tu fortaleza : conviene á saber, que le ames segun lo último de tu potencia, como la naturaleza.

Psal., 17.

Rom., 8.

## MEDITACION IX.

### Cómo el Amor nos lleva á Dios, como á nuestro centro.

Muy claro está, Señor, y muy averiguado, que así como el bien de los hombres eres tú, así toda la fuerza del amor naturalmente inclina á ese mismo hombre, y la lleva á tí como á su principio y centro: aunque muchas veces desordenadamente sea llevado á otras cosas, contra su valor y honra. Porque así como la naturaleza siempre endereza á una cosa, así tambien toda nuestra voluntad nos lleva á una cosa, aunque por el libre albedrío sea capaz de muchas, y por su querer se pueda volver á do quisiere. Porque en la voluntad no hay necesidad, como la hay en la naturaleza, y pluguiese á tí, mi Dios, que la hubiese, y que un atamiento necesario, y de manera que aunque no quisiésemos, no pudiésemos hacer otra cosa, y nos ayuntásemos contigo, como despues de esta vida por tu grande misericordia seremos á tí ayuntados. ¡Ay de mí, que veo en los hombres un grande milagro, y muy mal milagro, y digno de ser lamentado! ¿No ternias por ventura á muy grande milagro si vieses á un grande peñasco colgado en el aire, y que lo tenia una pluma: y ver un rio caudaloso que corriendo con grande ímpetu fuese bastante un papel para detenerle? ¿Quién viendo tal cosa no se santiguaria? ¿Quién no se maravillaria y espantaria? ¿Pues cómo no me maravillo yo en ver hombres, que bastan cosas muy pequeñas que los detengan, para que no lleguen á tí, mi Dios? Estraño caso es que un hombre que naturalmente tiene un peso gravísimo que lo lleva á tí, mi Dios, que lo detengan cosas tan livianas como las de la tierra. Peregrinos somos en este mundo, y así nos llaman las Divinas letras, y caminamos á tí, Señor, como á propia tierra nuestra, y naturaleza de nuestras almas, en quien nos movemos, como dice el Apóstol, « y vivimos, y somos: » y siempre que pecamos nos detenemos en el camino, y paramos en él, y lo que es grande maravilla, y tanta que pone admiracion, es que cosas tan livianas nos detienen. Mi amor es mi peso, y del amor soy llevado donde quiera que voy. Adonde acuesta mi amor, allí va mi ánima, y así como diste, Señor, á la piedra el peso para que bajase al centro, que es su lugar natural, así diste á nuestra ánima un peso, que es un deseo del Sumo Bien, para que con ese peso llegase mas ligeramente á tí. Pues si esto es así, ó mi buen Dios, ¿y cómo puede ser que toda ánima por tí criada no se vaya á gran priesa para tí? Pero vemos la que suspensa y colgada de un poco de viento es privada de todo bien, y se rie, y huelga, y descansa. ¿Cómo es posible que alguna criatura capaz de vos no se vaya hácia vos cuanto pudiere, centro infinito y infinitamente bueno, y por consiguiente infinitamente atractivo? ¿Qué cosa puede detener á una criatura capaz de tanto

Hebr., 11.
1. Pet., 2.
Act., 17.

bien? ¡O gran peso el del pecado, el cual puesto sobre las cervices de los hombres animales las apesga, y hace sentar en lo bajo: porque no suban á su esfera, para la cual son criados. Verdaderamente mas milagro es á las ánimas no subirse á su Dios por amor, que á las peñas estarse suspensas y colgadas con un poco de viento, para que no bajen á su centro: y mas que detener un pliego de papel muy delgado á un impetuoso y caudaloso rio, para que no corra y vaya al mar. ¿Quién nunca recibiria en paciencia su vida, si distinta y claramente conociese de cuanto bien es privado, y cuanto bien pierde? ¡O ingratísimo velo de mi carne, y de cuanta alegría me privas! ¿Quién me detiene que no te rompa y rasgue con mis propias manos, para que vaya á ver á mi Dios, y goze de él, y en él descanse? ¡O de cuantos placeres y de cuan grande bienaventuranza carezco por tí, y aun, lo que peor es, que conociendo todo esto, y viéndolo, y sabiendo que es así, te sufro, y me rio, y no lloro, ni gimo, como seria razon, dias y noches sobre tan grande destierro, y tanta ceguedad y miserable desventura mia! ¿De donde me viene á mí tan mala y tan ingrata paciencia, sino porque está el velo puesto en medio, y porque esta nube de la carne me impide que la claridad del sol no resplandezca en los ojos de mi ánima? Quita este velamento que impide, y verás con cuan grande ímpetu se irá el ánima hácia su centro. Mira las ánimas de los santos, que suelto ya el velo, y libres, con qué priesa y con cuanta ligereza se van para su Dios. ¿Quién las podrá impedir? ¿Quién las podrá detener? ¿Quién las podrá apartar de su lugar? Allí está lleno y perfecto descanso, allí entera hartura de todos los movimientos y deseos del ánima.

Psal., 47.

Psal., 28.

Verdaderamente grande es el Señor, y loable, y ni menos amable, sino tan amable como loable. Aunque esté mi ánima en la ciudad del Señor, y en el monte santo suyo, allí está encendida la fuerza del amor, donde ninguna interposicion de velo impide, y aun agora cuando este velo es delgado y trasparente, tanto mas se mueve el ánima hácia su Dios, y mas se esfuerza en ella el ímpetu del amor, como al contrario acaece á muchos, los cuales tienen tan grueso el velo de la carne, con la grande abundancia de riquezas, y otros bienes temporales, que muy poco, y muy de espacio, y perezosamente se van hácia su centro. Estos tales muy poquito, ó nada, aman á Dios. Mas los que con vigilias, y ayunos, y otras abstinencias adelgazan este velo de la carne, y le quebrantan, por su trasparencia en alguna manera, aun en esta vida mortal se les trasluce en los ojos de sus almas aquella luz bienaventurada, segun aquello que el Apóstol dice: « Vemos agora por espejo en enigma y escuridad, » y así corren los tales tras el olor de sus ungüentos, y aun algunas veces les acontece que por algunos resquicios y agujeros resplandecen aquellos rayos de la Divina lumbre, siquiera por un poco tiempo en los ojos de sus ánimas, y se derriten luego en amor, y con grande ímpetu son llevados, no ya atraidos por el olor, sino por gran hermosura. ¡Mas ay que muy poco dura esta radiacion, y muy presto se pasan tan deleitables rayos! Hieren el ánima, y pásanse luego,

1. Cor., 13.

Cant., 1.

y como dice Job : « Escondió su luz en las manos, y mándala que venga otra vez, y dice della á su amigo que es su posesion, y que á ella puede subir. » Mas luego como entre las manos la enciende, la que por entre los dedos un poco resplandecia. Porque si con toda su lumbre quisiera resplandecer en lleno, aun á los quicios de los cielos, conviene á saber á los espíritus celestiales, con su resplandor mas cegara que alumbrara, porque serán vencidos de tan grande claridad. ¿ Porqué quien podrá sufrir la Majestad Divina, si ella no se templare ? De esta manera son entretenidos los varones espirituales en esta vida, en tanto que no ven á tí, mi Dios, claramente en la otra, donde estarán perfectamente en el centro de la bienaventuranza, gozando de tu Divina Esencia.

Job, 26.

Deut., 30.

## MEDITACION X.

**Cómo el alma no se quieta sino en Dios, como en su centro.**

Como naturalmente mi ánima se incline á tí, mi Dios, por su amor, de aquí es que si por el pecado no estuviera afeada y estragada nuestra naturaleza, nunca tuviera necesidad que le mandaras que te amara, como ni agora nos mandas que nos amemos á nosotros mismos : porque naturalmente harto y aun demasiado nos inclinamos á ello, ni hay necesidad que nos mandes ni amonestes hacer aquello que de naturaleza nos viene y conviene, y pues naturalmente se inclina el hombre á amarte, y mas á tí que á sí mismo, ¿ porqué se nos manda tu santo amor como sea mas natural, y no se nos manda el de nosotros mismos ? Ciertamente el pecado es causa de esto, cuando apartando los ojos el ánima de su Dios, los hinchó, y puso en sí mesma, y estancó, y detuvo aquel arroyo de amor que impetuosamente corria á tí, mi Dios. Pues luego digamos que no hubiera necesidad de tal mandamiento si la naturaleza se conservara en aquella pureza que fué criada, y de aquí es que en su primera creacion, ni á los ángeles, ni á los hombres, no leemos que tal mandamiento les dieses cuando los criaste : porque naturalmente se inclinaban á esto, y no tenian necesidad de espuelas para cumplir tal mandamiento los que con ley de amor íntima y grandemente habian sido formados de su Hacedor. Mas ya olvidado nos hemos de esta ley natural, y enajenados estamos de nuestro propio natural : de tal manera que ni por mandamientos, ni promesas, ni amenazas, ni cuotidianos y grandes beneficios, nunca te amamos como es razon. Mas así como el plomo que violentamente es detenido en lo alto, si lo dejan luego desciende á lo bajo, así nuestra ánima, si un poco, y con violencia, es arrebatada y subida á las cosas altas, luego con su peso se abaja á las cosas terrenales y transitorias, y se derrama toda por estas cosas sensibles. Dime pues, ó ánima mia, respóndeme, miserable, y declárame qué sea la causa por-

que de tan buena gana te andas por las criaturas tan hambrienta y sedienta, y con tanta deshonra tuya mendigando dellas una gotica de aguas turbias, y desabridas, y salobres, que mas te encienden la sed que te la matan, dejándola limpia, sabrosa, y perpetua fuente de todos los bienes, en la cual sola podrias matar toda tu sed, y hartarte á tu placer y voluntad. Dime, mezquina, ¿qué cosa puedes desear que no la halles muy mas enteramente en tu Dios? Si te deleita la sabiduría, sapientísimo es: si el poderío y fortaleza, poderosísimo y fortísimo es: si quieres gloria y riquezas, mucha gloria y riqueza hay en su casa: si deleites y placeres, delectaciones hay en su mano derecha hasta el fin: si hartura y abundancia de deseos, embriagados son de la abundancia de su casa los que le poseen. ¿Pues cómo, mísera, sabiendo esto, y muy mucho mas de lo que yo te puedo decir, dejas adrede al abismo de todos los bienes, y te andas congojada, triste y fatigada, buscando tus consolaciones y placeres por los arroyuelos de las criaturas? Menosprecias la fuente que te dan de balde, y con grandes trabajos cavas para tí pozos turbios. ¡O intolerable locura, desatino muy grande, y ceguedad estupenda! De aquí es que indignado el Señor por esto, exclama por el profeta diciendo: « Espantaos, cielos, y sus puertas sean destruidas, dice el Señor, porque dos males ha hecho mi pueblo. » Dejaron á mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas destruidas, que no pueden tener las aguas. Verdaderamente algibe desechado y disipado es la gloria del mundo, cisterna deshecha es el deleite de la carne, alberca destruida es toda honra y dignidad, y balsa abierta y agujereada es toda abundancia de riquezas, que no puede tener las aguas, y si no me crees, ó piensas que te engaño, preguntalo á la experiencia, y mira con cuanto deseo buscaste alguna dignidad, y cuantos trabajos pasaste por alcanzarla, y alcanzándola, á tres dias no la tuviste en nada: porque balsa agujereada es, y no puede tener las aguas. Deseaste algun deleite, alcanzástelo, y luego desapareció: porque es cisterna disipada, y no puede tener las aguas del deleite que no se fuesen. Muy presto pasaron estas vanidades, y desvanecieron como humo, y tú quedaste cabe la cisterna sedienta como antes, y aun á las veces mas sedienta y deseosa. Discurre por todas las cosas, y hallarás ser esto así en todas ellas. Mas aunque esto así sea, por la expereincia lo vean los míseros hombres, con qué trabajos, con qué afrentas, y con cuantos sudores cavan estas balsas disipadas y agujereadas por todas partes. Por cavar estos algibes podridos pasan grandes trabajos de dia y de noche, por mar y por tierra, en guerras y peligros de muerte, y muchos de ellos en servicios trabajosos de pecados: los cuales todos hacen poco caso de la fuente limpia de aguas vivas que por las plazas les corre, ni la estiman en nada, y siendo convidados en ella. Ella es la que á todos voceando en las plazas llama: « El que tiene sed venga á mí y beba, » y en otra parte por un profeta llama diciendo: « Todos los que habeis sed, venid á las aguas, venid, y comprad sin plata, ni oro, ni trueque alguno, vino y leche. ¿» Porqué pesais vuestra plata, y no en

Psal., 15, 35, et 111.

Jer., 2.

Joan., 7.

Isai., 55.

panes, y vuestro trabajo, y no en hartura? De gracia se da, y ninguno va á él, y por esto se queja á los ángeles y á sus santos diciendo: « Espantaos, cielos, conviene á saber, vosotros, ángeles bienaventurados, y maravillaos sobre esto vosotros, que sois apartados de todo dolor y tristeza. » Mas vosotros, puertas, que sois mis santos, que aun estais en la carne militando, por los cuales muchos como por puertas entran en el cielo, vosotros os desconsolad mucho, y os entristeced mucho sobre tan horrenda y execranda ceguedad de vuestro pueblo, sobre tan grande error de los míseros mortales, y sobre tan grande desatino de los hijos de Adan. Deja, pues, ánima mia, deja, yo te ruego, estas cisternas disipadas, deshechas y agujereadas, que con tanto trabajo has cabado, y á gran priesa corre, y vete á la fuente de agua viva, que es á tu Dios y Esposo Jesucristo, donde podrás á tu placer matar toda tu sed. Aquí serás harta de deleites, y verdaderos deleites y placeres, segun todo tu corazon, y toda tu voluntad, y como quisieres. Solo en el Señor hallarás quietud y descanso, y no en otra cosa alguna de cuantas hay en el mundo. Él solo es tu centro, y propia y natural esfera; fuera dél no hallarás contento, y en él mucho bien, y descanso, y gloria.

Jer., 2.

## MEDITACION XI.

### Cómo hemos de amar á Dios porque nos ama.

Si tantas razones como hay para amarte, Dios de mi corazon, y esposo de mi alma, no bastan para que mi corazon de dia, y de noche, siempre arda en llamas de amor, despiérteme siquiera, y muévame á lo menos el amor inmenso que me tienes. Ninguna cosa mas provoca al amor que ser amado, y así amamos á los que nos aman, aunque sean dignos de nuestro amor, solamente porque nos aman. ¿Quién es tán silvestre y bárbaro que no ame á quien le ama? Los hombres muy crueles suelen amar á quien los ama, y no quieren hacer esto contigo, siendo quien eres, y amándolos tú tanto que te diste á tí mismo por ellos. Pues un amor no se paga sino con otro amor, muy justo es por cierto, Señor, que yo te ame, y arda en vivas llamas de puro fuego de amor, pues tan ardentísimamente soy amado de tí. Si dudas pues, ánima mia, del amor que tu Dios te tiene, sus testimonios por cierto son muy terribles. Testigo es la cruz, testigos son los clavos, testigos los dolores, testigos la confusion, testigos los arroyos de sangre, y testigo la muerte amarga y acerbísima que por tí sufrió, y como todo esto pasase, aun le parecia poco por la grandeza del amor, y si fuese caso posible, aun pide, y desea pasar mayores cosas por tí, mayores dolores, mayores angustias y mayores tormentos, porque esto es lo que vocea en

la cruz, cuando dice que tiene sed, y en el psalmo tambien dijo: «Corrí en mi sed.» Conviene á saber, aparejado estoy á sufrir muy mayores penas de las que sufrió por el hombre, y aunque dél esté escrito que se hartará de oprobios, y en otra parte diga tambien la Escritura que será su ánima llena de denuestos, con todo esto desea mas estando harto cuanto al efecto, y tiene sed cuanto al afecto. Harto estaba porque de solo la planta del pié hasta la cabeza no tenia sanidad, y tiene sed: porque aun el amor no estaba lleno de dolores, aunque el cuerpo estaba lleno de llagas. Pues si en amar á tan grande amador eres fria, ánima mia, mas dura te muestras que las piedras, pues sabes que delante de tan grande dignacion se quebrantaron, por duras que eran, y las que no tenian sentido mostraron sentido: porque veas qué serán obligados á hacer los corazones de los hombres que tienen sentido. Si las peñas no pudieron sufrir tan grande peso de amor, deprende de las durísimas peñas á amar á tu Criador. ¿Pues cómo no te ablandas, ó miserable, viendo que las piedras se quebrantan con tan grande beneficio, y que las peñas hacen oficio de corazones por los hombres? Sé pues agora discípulo de las piedras, y ama. Lo mas precioso que nos diste, Dios nuestro, y lo mejor que de tus divinas manos recibimos, fué el amor. Tu amor para con los hombres era un don, y merced íntima, oculta, secreta, entrañable, y el orígen y fundamento de todos los otros dones y mercedes. Porque así como se arguye haber fuego de donde vemos salir humo y centellas, así arguimos el amor que nos tuviste por los bienes que has hecho en nosotros, y por nosotros. De esto te alabas por el Profeta Malaquías, diciendo: «Mirad que os amé.» Sacaste el amor de tí mismo, no por mutacion, sino por comunicacion. Criaste el cielo, y hinchistelo de ángeles, criaste el aire, y hinchistelo de aves, y el mar de peces, y la tierra de animales; pero al hombre aposentástelo en tí mismo. Así dijiste al patriarca Abrahan: «Yo soy tu galardon grande y copioso.» El amor que tienes al hombre es las mercedes que le haces. Tanto nos amas, Señor, que hasta en los castigos que nos das pretendes nuestro bien y provecho, y quieres que nos conozcamos, humillemos y enmendemos. Cuando enviabas á Egipto aquellas siete plagas, dijiste á Moisen: «Esto hago porque sepan los de Egipto que yo soy Dios.» Querias darte á conocer á aquellos gentiles, para que dejando la idolatría te sirviesen, y se salvasen. Mandaste en el Evangelio vender al siervo que debia diez mil talentos, porque amenazado con este castigo se humillase, y mereciese que le perdonases toda la deuda. ¡O cuan bueno eres, Dios de Israel, con nosotros, y cuan grandiosamente nos amas, pues así en los regalos, como en las tribulaciones que nos das, pretendes nuestro provecho, y así, Señor, no solo amas tú lo que es en mí de tu parte, pero aun tambien lo que es de mi parte, y de parte de mi libre albedrío si es bueno, aunque aborrezcas la malicia que hay en mí! Por lo cual si fuese posible

Matth., 27.

Psal., 118.

Thren., 3.

Psal., 87.

Isai., 1.

Matth., 27.

Malac., 1.

Gen., 1.

Gen., 15.

Exod., 7.

Matth., 18.

Psal., 72.

castigar los pecados de los que están en el infierno sin castigar á las personas, lo harias, segun amas mucho nuestra humana naturaleza. Pero porque no es posible castigar lo uno sin lo otro, porque las culpas y pecados son accidentes, y no pueden estar sin sujeto; por amor de esto cuando atormentas lo uno, atormentas lo otro. Si dan á uno una cuchillada, y despues de sano queda la señal, aunque aborrece la herida y señal, ama la carne donde se la dieron. Así tambien, Señor, amas las criaturas que criaste, aborreciendo los pecados y culpas que proceden de la voluntad humana. En el libro de la Sabiduría está escrito que ninguna cosa aborreciste de las que hiciste. Tu no hiciste el pecado, ni la muerte, ni te alegras en la perdicion de los que mueren; mas la malicia de la perversa voluntad es autora del pecado, por lo cual castigando en el infierno el mal que hizo el hombre, conservas la naturaleza, que es bien tuyo: porque tu amor persevera inmovible amando la naturaleza buena que criaste, y así en todo cuanto haces por nosotros, muestras, Señor, el grande amor que nos tienes, y todos los beneficios que comunicas á los hombres proceden de aquel inflamado y ardentísimo amor con que nos amas. La predestinacion viene del amor: y criar el cielo, y la tierra, y todas las otras cosas del amor procedieron. Por lo cual como quieres tú, Señor, que en todas las cosas te imitemos, así quieres que todas nuestras cosas salgan con caridad inflamadas, y de aquí viene que no quieres aceptar alguna que no venga con caridad esmaltada, y la razon es porque el que te da oro, ó plata, date cosas exteriores; pero el que te ama dase á sí mismo, y esta es la causa porque das de mano á los servicios que te hacemos: porque no hallas en ellos el amor que te debemos. Dices, Señor, en tu Evangelio, que como te amó el Padre así amas á nosotros: porque como el Padre te ama en la naturaleza humana que recibiste por gracia, así nos amas por gracia sin méritos nuestros. ¿Pues cómo no amaras tú, ó ánima mia, á quien tanto te ama? Aunque agora se te haga de mal el amar, despues que comenzares á amar á tu Dios, tanto gusto y deleite hallarás en el amor, que mayor tormento recibirás en dejar de amar, por no perder tan grande dulzura, de lo que te seria trabajo en quebrar de veras con el mundo por amor de tu Esposo Jesucristo. No llega este tormento á aquel, pues mas dolor es dejar el amor de Dios despues que gustaste dél, que romper con el mundo, y comenzar á amar á tu Dios.

Sap., 1 et 10.

Joan., 15.

## MEDITACION XII.

### Cómo hemos de amar á Dios, porque nos amó primero.

Queriendo, Señor, que te amásemos, tuviste por bien de amarnos primero: porque ganándonos por la mano, siendo con tu gracia prevenidos,

no pudiésemos dejarte de amar. No hallaste mejor medio que amar primero á aquellos de los cuales querias ser amado. Tú nos amaste primero, dice san Juan. Porque dejando aparte que tu amor es infinito, y no puede ser pagado, el habernos amado primero es merced tan soberana que es imposible pagarla nosotros. Nunca David pudo pagar á Jonatas aquel amor primero con que Jonatas amó á David y aquella liberalidad que usó dándole sus vestiduras en señal del grande amor que le tenia. Por lo cual viéndose David tan obligado por pagar el amor que á Jonatas debia, amóle como á su propia vida, y no solo lo amó viviendo, mas aun tambien mostró el grande amor que le tenia en su muerte, cuando la lloró con tan grande sentimiento. Amartehe, pues, Dios mio, refugio mio y fortaleza mia, por tus grandes misericordias. Aunque en todas tus obras eres admirable, pero en las entrañas de piedad que tienes con el hombre te hallo mas maravilloso. « Tus misericordias, dice el profeta, son sobre todas tus obras. » A ninguno despides, á ninguno desechas, á ninguno desprecias, y á los que te ofenden, y huyen de tí, buscas con perseverancia, y llamas benignamente. Al que se arrepiente perdonas, recibes al que vuelve, y esperas al que dilata la penitencia. Vuelves al camino al errado, convidas al que rehusa, despiertas al perezoso, abrazas al que viene, al triste consuelas, alzas al caido, y abres al que llama. Cosa maravillosa es que el pecador que dejó á tí, Sumo Bien y Bondad infinita, que no hallando ningun descanso en las cosas que ama no le queda otro remedio sino volver á quien ofendió. No puede vivir sin tí, y dejándote á tí le compele la necesidad á volver á tí. No hallando el hijo pródigo sino trabajos y miserias en todas las cosas criadas, ningun otro remedio tuvo sino volver á la casa de su padre, que despreció. Tú eres nuestro amparo y guarida, y así nos amaste, que por granjear nuestro amor tomaste (como dice Isaías) nuestros dolores y recibiste nuestras enfermedades. Trocaste con nosotros tus bienes por nuestros males: lloras porque riamos, ayunas porque comamos, trabajas por nuestro descanso, eres pobre, por enriquecernos, y en fin mueres porque vivamos. Pegámoste la enfermedad, y tú nos pegaste la salud. El que toma una camuera fria en la mano caliente, la mano pega á la camuesa el calor, y ella pega á la mano el olor y frialdad. « Por amor de nosotros, dice tu Apóstol, que quisiste ser pobre: porque con tu necesidad fuésemos nosotros ricos. » El amor nuestro, por ser finito y limitado, no puede hacer de dos cosas una: porque por mucho que se amen el marido y la mujer, ó el hermano y el hermano, siempre serán dos distintas personas. Pero el amor infinito que nos tuviste hizo que tu Divina naturaleza, y nuestra naturaleza humana, estén en una persona simplicísima, y un supuesto. Salomon dijo que en todo tiempo ama el que es amigo, y el hermano en la angustia se prueba. ¡O verdadero amigo de mi alma, que en todo tiempo me amaste! En las honras y deshonras, en la vida y en la muerte, y como no tuvieses suelta mas que la lengua, para nos hacer merced, cuando

1. Joan., 4.

1. Reg., 18.

2. Reg., 1.

Psal., 17.

Psal., 44.

Luc., 15.

Isai., 53.

2. Cor., 8.

Prov., 27.

estabas enclavado en la cruz, con ella me ganaste perdon del Padre, orando con lágrimas, como dice tu Santo Apóstol. Cuando éramos menos dignos de ser amados, entonces mas declarabas el amor que nos tenias, manifestándolo con mayores obras. Predicabas mas veces, y hacias mas milagros en Cafarnaum que en otras ciudades del reino de Judea ni de la provincia de Galilea, porque en aquella ciudad marítima donde habia mas usuras y vicios, y menos merecia tu presencia, resplandeciese mas tu misericordia, segun aquello que dijo tu santo Apóstol: «Donde abundó el delito sobrepujó la gracia.» ¿Quién no amará á un Dios tan amoroso, que no se desdeña de amar donde es menos amado? Qué pecho habrá tan horrible y lleno de pecados, que desespere de la misericordia de Dios, viendo que no vuelve el rostro á las idolatrías, avaricias y torpezas de Cafarnaum? No sé qué pecho habrá tan duro, ni qué corazon tan helado, que no se ablande y derrita con la presencia de tan grande amador. Escribiendo el evangelista san Lucas cómo en la noche de tu sagrada pasion te apartaste á orar en el huerto, de tus discípulos, por espacio de un tiro de piedra, usó de este vocabulo *avulsus*. Esta palabra *avulsus* propiamente es arrancar, como cuando se pone gran fuerza en arrancar un árbol con su raiz y tierra. Estaba tan unido tu corazon por amor con aquellos apóstoles, que como si te arrancaran esas tus entrañas te apartaste dellos. ¡O gran fuerza de amor, que ni por distancia de un tiro de piedra, sufre ausencia sin gran dolor, y estás tú, ánima mia, apartada de tu Dios tantos años, y casi no lo sientes! Falta es de amor de Dios, no lo puedes negar. Este grande amor no sufrió que se apartase media legua de los suyos, sino tan pequeño intérvalo como un tiro de piedra. Dios amor es, suave es, y dulcísimo es: porque no hay mayor dulzura que santamente amar. Amor es Dios, y no es fe, sino fundamento y objeto donde se funda nuestra fe. No dijo san Juan, sino que es Dios amor: porque entendamos cuan propio le es amarnos, como á hechura de sus manos. ¡O con cuanta justicia pide ser amado de todas nuestras fuerzas y corazon, queriendo el homenaje de nuestra alma á solas, pues á él solo se debe toda nuestra voluntad y amor! ¡O dulzura de amor santo, y cuan bien te supo el nombre de aquel singular amigo de Dios, cuando dijo: «Dios es caridad, y el que persevera en amor está en Dios, y Dios en él.» ¡O compañía admirable, y trueco de grande ganancia, que siendo yo quien soy te pongas tú, mi Dios, en cambio conmigo, y que amándote yo me ames, por hacer paga de amor con amor. Libre es el amor, porque nace de madre libre, que es nuestra voluntad, la cual ni por premios ni tormentos no sufre ser compelida: porque si lo fuese ya dejaria de ser voluntad. Por eso es tan precioso el amor, y nos le pides tú, Señor, como zeloso amigo nuestro: porque es la joya mas nuestra que te podemos presentar. Por esta perla preciosa y rubí encendido de amor diste al hombre todo lo criado, haciéndole señor de este universo, como dice el psalmista: porque dándoselo todo le obligues á pagar con toda la deuda de amor que te debe, como á su Criador. Pusiste al hom-

Rom., 8.

Luc., 22.

1. Joan., 4.

1. Joan., 4.

Psal., 4.

bre primero en los vergeles del paraíso terrenal, hicístelo señor del universo, y prevenístelo con singulares dones, y muchos beneficios, porque te amase. Mas como la mucha leña suele matar el fuego, y se acaba dando humo, así Adan cargado con tantas mercedes salió llorando, cuando por ingratitud murió el fuego Divinal de amor en su mísero corazon. Mas tú, Señor mio y Redentor mio, como querubin queriendo cebar el fuego con fuego, entraste debajo de las ruedas de mis penalidades, y tomando brasas en tus sagradas manos, derramástelas sobre la ciudad de Jerusalen, que es cada una de nuestras almas, segun que lo vió el profeta Ezequiel en figura.

Gen., 2.

Gen., 3.

Ezec., 28.

## MEDITACION XIII.

**Cómo él amor que Dios nos tiene es eterno y tan antiguo como él.**

Manifiéstase, Señor, el amor grande que nos tenias en amarnos, antes que fueses amado de nosotros. No fué tu amor paga de mi amor, ni mi amor pudo satisfacer al amor que me tuviste. En amarme primero, está la prueba del amor, y eternalmente me amaste primero, segun aquello del profeta: «La misericordia de Dios es eterna, y durará en la eternidad.» Usó el santo rey del nombre de misericordia, hablando de tu santo amor, porque mayor conocimiento me da de quien tú eres este nombre de misericordia que el nombre de amor. La misericordia es afecto del ánimo, que se apiada de la miseria ajena, y provee al necesitado, dándole primero la compasion del alma. Quitando lo que á tí no conviene por ser impasible, reconoceré lo que es propio, y entenderé el amor. No pertenece á tí compasion ni corazon doloroso, porque tu naturaleza es esencia de perfeccion y gloria, mas es muy propio á tí proveer al mísero y necesitado. Conozco los bienes que me diste, amándome, y esto debajo de nombre de misericordia: porque no hallaste en mí hermosura y bienes que amar, sino miseria que sanar y pobreza que enriquecer. Por amor de lo cual usó antes el profeta del nombre de misericordia que de amor, y así amaste á mí, miserable pecador, sin merecimientos mios, por sola tu bondad y amor, y este amor así fué antes que yo fuese, que diciendo san Juan que nos amaste primero, y cantando David que tu misericordia es eterna, declaró la antigüedad de tu amor, pues sin principio y eternalmente nos amaste. Conoces todas las cosas en tí mismo, y no es menester que sean hechas, ni que hagan bien ó mal, para que sean conocidas de tí: porque como no recibes conocimiento de las cosas, así no esperas á que obren para entender sus obras. No puede haber novedad ni accidente en tí, porque seria grande imperfeccion, y la menor está muy lejos de tí: por lo cual cuando veo hacerse alguna cosa de nuevo, no considero que

Psal., 99.

1. Joan., 4.

entonces tienes nueva voluntad, ni que entonces lo quisiste, mas sube mi pensamiento á aquella antiquísima y eterna disposicion tuya, en la cual eternalmente ordenaste todas las cosas, y determinaste todo cuanto veemos hecho de nuevo. Nuevas son las cosas á nuestros ojos, y eternas á los tuyos, pues antes que sean hechas las conoces, y así tu misericordia y amor son eternos, porque en tu eternidad viste y conociste perfectamente la miseria de nuestra culpa, y siendo merecedores de condenacion, compadeciéndote de nosotros tuviste misericordia, y eficazmente quisiste á su tiempo darnos gracia y gloria para sanar nuestras heridas, y destruir nuestra muerte, dándonos resureccion y vida. Considera pues agora, ánima mia, cuan obligada estás al Divino Amor, por haberte Dios amado tanto antes que tú le pudieses querer bien. Mide esas dos horas que ha que comenzaste á ser con la eternidad de Dios, en la cual te ama. Mil años son en el Divino acatamiento como el dia de ayer, que acabó de pasar. Compara unas cosas con otras, y hallartehas corrida y vencida, y pluguiese á Dios que entrases en la ley de las vencidas, que son aprisionadas debajo del poder del vencedor. Pluguiese á Dios que te hallases tan atada y vencida que quedases presa en el amor del que tanto amó en su eternidad, para que fueses libre de aquellas cadenas de fuego en que serán aprisionados todos los pecadores de la tierra. Nunca, Señor, por desagradecidos que nos conociste, te arrepentiste por habernos hecho bien, ni volviste atrás en tus misericordias, porque, como dice el Apóstol, « sin arrepentimiento son tus dones. » No hay en tí sí ni no: porque tu sí permanece para siempre fiel y verdadero. Yo comenzé á ser ayer, y he gastado mis dias ociosamente, y lo que peor es, en mil ofensas tuyas. Muchas veces propuse de amarte, y volví atrás, y comenzando algunas veces á servirte volví á ofenderte. De esto es testigo mi corazon, los ángeles, y toda criatura. ¡ O grande afrenta y vergüenza ! ¡ ó confusion llena de salud, si lo conociese ! ¿ Cuando fuiste tú, que no me conocieses y amases ? ¿ Por ventura aguardaste á que viniese tiempo en que nacieses, para quererme bien ? ¿ Por ventura estorbó á tu Divina bondad y hermosura mi fealdad de culpa, para que no me quisieses bien ? ¡ O Dios mio, Bondad infinita, Amor eterno, y Salud verdadera ! Yo no te conocí, ni aun muchos años despues que tuve ser, y cuando ya por tu inmensa Caridad te me diste á conocer, y tu grande hermosura y bondad me aficionó, puse en la fealdad y corrupcion de las criaturas mi amor, dejando de amar á tí, que eres bondad infinita, y gloria, y hermosura de los ángeles. Detúveme en las criaturas, habiéndomelas dado tu cuidado paternal para regalo y servicio mio, y para manifestacion de quien tú eres tan digno de amor y reverencia. Compiten, Señor, tu bondad y mi malicia, pues cuanto mas bueno y liberal te mostrabas conmigo, tanto mas rebelde me hallaste, y desconocido de los bienes, que de tu largueza recibia. No agotó mi ingratitud la fuente de tu misericordia, porque tu bondad y clemencia vence á toda malicia humana, y así como el amor no sabe estar ocioso, y se manifiesta en las obras, por el amor que nos tuviste nos diste bienes de naturaleza y gracia, y

Psal., 89.

Rom., 6.

nos prometiste bienes de gloria, si guardáremos tus mandamientos. ¿Pues porqué, Dios mio, y bondad infinita, no te amará mi corazon, viéndome tan prevenido con tu amor, y que te anticipaste á quererme y amarme, y mostraste el amor soberano que me tenias con tantos beneficios? La primera cosa que en naciendo vieron mis ojos fueron los dones de tu mano, con los cuales prendiste mi corazon, para amarte perpetuamente. Como el primer movible arrebata tras sí las otras esferas y cielos, moviéndolos de oriente á occidente, así la fuerza de este Amor Santo que me tuviste primero en tu eternidad arrebata todas las potencias del alma y sentidos del cuerpo, sujetándolos al servicio suave del yugo de tu Santo Amor. Esto te pedia la Esposa en los Cantares por singular merced: « Traedme en pos de vos, y correremos tras el olor de vuestros ungüentos. » Del conocimiento de estas cosas se sigue hallarme muy obligado á amar á quien amándome tan antigua y eternalmente me obligó con tan grandes beneficios.

Cant., 1.

## MEDITACION XIV.

### De donde nace el amor que Cristo nos tiene.

Si despues de contemplar la antigüedad y eternidad del amor con que me preveniste, quiero considerar la grandeza de este amor, á quien tal meditacion, ¡ó Redentor y Señor mio! se agotará todo entendimiento criado. No hay lengua que baste á decirlo, y tu Apóstol san Pablo dice que tu caridad excede á todo conocimiento y sentido, aunque sea el de los ángeles. ¿Pues qué hombres lo podrán explicar, si los ángeles no lo alcanzan á conocer? Algunos ignorantes y duros no acaban de caer en la cuenta de este amor. Porque como el amor de ellos nazca de la bondad y perfeccion de la cosa amada, porque el cebo del amor es la bondad y perfeccion de las cosas, siendo el hombre una criatura tan baja y tan imperfecta segun el cuerpo, y segun el alma un vaso de maldad, ¿qué amor se puede tener á criatura tan miserable? y si tambien en especial consideran que tu Divino Amor no es ciego, ni apasionado, ni antojadizo, y así creerán errando que es pequeño el amor que nos tienes, si piensan que nace de nosotros. Porque donde no hay ceguedad ni pasion en el que ama, y la cosa que se ha de amar es tan imperfecta, fea y miserable, ¿qué amor se le podrá tener? No es esta la cuenta que se ha de hacer para medir este amor: porque no nace, Señor, tu Santo Amor de la perfeccion que hay en nosotros, sino de lo que tú tienes que mirar en tu Eterno Padre. Por lo cual si quieres, ánima mia, considerar el amor que te tiene tu Redentor, toma este negocio de los primeros principios, considerando la grandeza de la perfeccion, y gracias inestimables por toda la Santísima Trinidad, fué concedida á aquella Santísima Humanidad de tu Esposo Jesucristo en

Ephes., 3.

el instante de su concepcion. Allí le fueron concedidas tres gracias tan grandes, que cada una dellas en su manera es infinita, conviene á saber, la gracia de la union Divina, y la gracia universal que se le dió, como á cabeza de toda la Iglesia, y la gracia esencial de su ánima. Diósele primero á aquella Santa Humanidad el ser Divino juntándola, y poniéndola con la Divina Persona: de manera que á aquella Humanidad se le dió el ser Divino, y de tal suerte que podemos con verdad decir que aquel hombre es Dios, y Hijo de Dios, y que ha de ser adorado en los cielos, y en la tierra, como Dios. Esta gracia ya se ve ser infinita por la dádiva que se da en ella, que es la mayor que se puede dar, pues en ella se da Dios, y por la manera que se da, que es la mas estrecha que hay, que es por via de union personal, y así Cristo no es dos personas, sino una persona, y un supuesto infinito. Tambien se le dió á aquel nuevo hombre que fuese padre universal, y causa de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influyese su virtud: de manera que en cuanto Dios es igual al Padre Eterno, y en cuanto hombre es principio y cabeza de todos los hombres, y conforme á este principado se le dió gracia infinita, para que dél así como de una fuente de gracia, y como de un mar de santidad, reciban la gracia todos los hombres, y él se llame Santo de los Santos, no solamente por ser él mayor de todos, sino por ser santificador de todos, y como si dijésemos un tinte de santidad, de donde ha de recibir este color y lustre todo lo que ha de ser santo. Esta gracia tambien es infinita, porque es para toda la generacion, de manera que no tiene número de personas determinado, sino puede cuanto es de su parte multiplicarse en infinito, y para todo lo que en ello se multiplicare hay méritos y gracia en la bendita ánima de Jesucristo. Diósele particularmente otra gracia especial para la santificacion, y perfeccion de su vida, la cual tambien se puede llamar infinita: porque tiene todo aquello que pertenece para el ser y condicion de la gracia, sin que nada le falte, y sin que nada se le pueda añadir. Diéronsele tambien en aquel punto de su Santísima Concepcion, todas las gracias gratis datas de hacer milagros y maravillas cuantas él quisiese. Diéronsele todas en sumo grado y perfeccion: porque esta es aquesta hermosa flor de hermosura, donde se asentó la paloma blanca del Espíritu Santo, y tendidas las alas, la cubrió, y extendió sobre ella toda su virtud y gracias cumplidamente. Este es el vaso de escogimiento donde se infundió aquel caudaloso rio de todas las gracias con todas sus avenidas abundantísimamente, sin que ninguna gota quedase sin entrar en él. Aquí se hizo Dios el mayor beneficio que le pudo hacer, y le dió todo cuanto pudo dar: porque aquí hizo lo último de potencia y gracia, dando todo lo que podia á aquella ánima dichosísima en aquel punto que fué criada. Y sobre todo le fué dado en aquel mismo punto que viese luego la Esencia Divina, y conociese claramente la majestad y gloria del Verbo con que era ayuntada, y así viendo fuese bienaventurada, y llena de tanta gloria esencial cuanta tiene agora á la diestra del Padre. Si te pone admiracion esta dádiva tan grande, junta con ella esta otra circunstancia mara-

Isai., 61.

Luc., 4.

villosa que hay en ella, y es que todo esto se dió de pura gracia ante todo merecimiento, antes que aquella bendita ánima pudiese haber hecho obra meritoria alguna, por donde lo pudiese merecer. Todo fué junto el criarla y dotarla de todas estas gracias, no por mas de que así quiso el Señor amplificar, y estender sus manos y largueza con ella, y magnificar así su gracia, por lo cual llama san Augustin á Cristo dechado y muestra de la gracia. Porque así como los grandes escribanos y pintores suelen hacer algunas muestras de labores en sus oficios cuando se quieren dar á conocer, en las cuales empleando todo su saber hacen todo lo último de potencia, para que todo el mundo vea qué tanto es lo que alcanzan: así la bondad y magnificencia de Dios determinó de criar una nueva criatura, y usar con ella en su manera de toda su magnificencia y gracia, para que por esta obra conociesen en los cielos y la tierra la grandeza de Dios. El rey Asuero hizo un convite solemnísimo, para que todos sus reinos viesen la grandeza de sus riquezas y potencia. El Rey del cielo quiso hacer otro convite maravilloso á esta Santa Humanidad, con quien él se desposaba, para que todas las criaturas celestiales y terrenales conociesen por él la grandeza de la bondad y largueza Divina, que á tales cosas se estendió. Mira tú pues agora, ánima mia, qué dádiva sea esta tan admirable, y cuan dichosa haya sido aquella bendita ánima de tu Redentor, á quien Dios tal gracia quiso hacer, y no tengas envidia, sino alegría, pues la gracia que él recibió no solamente la recibió para sí, sino tambien para tí. En nombre suyo se escribieron aquellas palabras de Job: « Si comí yo á solas mi bocado, y el extranjero no comió del: porque desde mi niñez creció conmigo la misericordia, y del vientre de mi madre salió conmigo. » Así que no comió su bocado á solas, mas antes lo repartió con los peregrinos, y como verdadera cabeza nuestra recibió lo que recibió, no solo para sí, mas tambien para sus miembros.

Esther, 1.

Job, 31.

## MEDITACION XV.

### Del origen y causa del amor de Jesucristo.

Recoge pues agora tus pensamientos, ánima mia; entra dentro de tí misma, y en silencio y soledad pasa adelante, y considera la parte que te cabe de tan grandes riquezas como estas. Dime, cuando aquella ánima Santísima de Jesucristo, en aquel dichoso punto que fué criada, abrió los ojos, y se vió tal cual se vió, y conoció de cuyas manos le venia tanto bien, y como el que nace rey, y no lo ganó por su lanza, y se hallase con el principado de todas las criaturas, y viese arrodilladas delante de sí á todas las hierarquías del cielo, que en aquel dichoso punto lo adoraron, como dice el Apóstol, dime, si es posible de decirse, con qué amor amaria esta tal ánima

Hebr., 1.

al que así quiso glorificarla. ¿Con qué deseos codiciaria que se le ofreciese algo en que poder agradar y servir á tal dador? ¿Hay algunas lenguas de serafines ni querubines que esto puedan decir? Pues añado mas, que á este deseo le fué dicho que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre, y que de este negocio se encargase por la honra y obediencia suya, y que tomase á pechos esta empresa tan gloriosa, y no descansase hasta salir al cabo con ella, y porque la manera que tienen todas las causas y criaturas para obrar es por amor, porque todas ellas obran por amor de algun fin que desean, cuyo amor concebido en sus entrañas les hace trabajar, y por tanto pues el Hijo de Dios humanado habia de tomar sobre sí esta obra de la redencion de los hombres, menester era que los amase con tanto amor y deseo que por amor de verlos remediados, y restituidos en su primera gloria, se pusiese á hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario. Despues que conoció esto aquel ánimo tan generoso, deseoso de agradar al Eterno Padre con linaje de inefable amor, revolvió hácia los hombres para amarlos y abrazarlos por aquella obediencia del Padre. Vemos que cuando algun tiro de artillería echa una bala con mucha pólvora y fuerza, si la pelota resulta á soslayo de donde va á parar, tanto con mayor ímpetu resulta cuanto mayor furía llevaba. Pues así aquel amor del ánima de Jesucristo para con Dios llevaba tan admirable fuerza, porque la pólvora de la gracia que lo impelia era infinita, cuanto despues de haber ido á herir derechamente en el corazon del Padre, resultase de allí al amor de los hombres, con cuanta fuerza y alegría volveria sobre ellos para amarlos y remediarlos, no hay lengua ni virtud que esto pueda significar. Esta es aquella fuerza que significó el profeta cuando dijo: « Alegrése así como gigante para correr el camino: desde lo mas alto del cielo fué su salida, y su vuelta hasta lo mas alto dél, y no hay quien se pueda esconder de su calor. » O Amor Divino, que saliste de Dios, y bajaste al hombre, y volviste á Dios, porque no amaste al hombre por el hombre, sino por Dios, y en tanta manera lo amaste, que quien considera este amor no se puede defender de tu amor, porque hace fuerza á los corazones, como dice tu santo Apóstol: « La caridad de Cristo nos hace fuerza. » Este es aquel hervor y diligencia que significó tu Santa Iglesia en los Cantares, cuando dijo: « Miradlo como viene con tanta priesa, saltando los montes y traspasando los collados. Semejante es mi Amada á la cabra montés, y al hijo de los ciervos, segun la ligereza que trae. » Esto mismo significó el profeta Isaías, cuando dijo: « No se entristecerá ni turbará hasta establecer en la tierra juicio y concierto, y su ley esperarán las islas. » De aquí nacieron aquellas palabras tan animosas que dijiste: « Si diere yo sueño á mis ojos y dejare siquiera un poquito pegar mis párpados; si tomare algun descanso para mi vida, hasta que halle en la tierra morada y lugar para con los hombres? » Esta es la fuente y orígen del amor de Cristo para con los hombres, si lo quieres saber: porque no es causa de

Psal., 18.

2. Cor., 5.

Cant., 2.

Isal., 42.

Psal., 131.

este amor la virtud, ni bondad, ni hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo, y su agradecimiento, y su gracia, y su inefable caridad para con Dios. Esto significan aquellas palabras suyas, cuando dijo el jueves de la cena á sus discípulos: « Porque conozca el mundo cuanto yo amo á mi Padre, levantaos, y vamos de aquí adonde he de morir por los hombres en la cruz. » Cata aquí agora, ánima mia, la causa de este amor tan grande. Tanto mas quema el resplandor del sol cuanto mas recios son los rayos que lo hacen reverberar. Los rayos de fuego de este Divino Sol iban derechos á dar en el corazon de Dios, y de allí reverberaron sobre los hombres. Pues si los rayos son tan derechos, ¿qué tanto quemará su resplandor? No alcanza ningun entendimiento angélico que tanto arda este fuego, ni hasta donde llegue su virtud. Quieres, Señor, que te paguemos nosotros este amor con amor, y que te amemos en recompensa de aquel amor inmenso con que nos amaste y amas. El amor que nos tuviste, y tienes, te puso en la cruz, y por ser de nosotros amado te entregaste á la muerte. ¡O mi buen Jesus, qué agora entiendo lo que dijiste! « Fuego vine á poner en la tierra, y ¿qué es mi deseo sino que arda? » Todo te veo abrasado en amor, y con millares de bocas de fuego, y con llagas casi sin número das combate á mi ánima cercada por todas partes de fuego de alquitran, que es tu Santísimo Amor. No sé como ya no se rinde, dándose á partido en las manos de tu Divina Majestad, pues no puede ser que muera quien libremente se sujetare en las manos del que es verdadera vida, segun aquello que dijiste á santa Marta: « Yo soy resurreccion y vida. » ¿Qué temes, alma mia? ¿Porqué te defiendes de quien es infinito poder? Serafin encendido de amor es; no temas, sino ámale, que no pide sino amor. Si huyes de la vida, ¿qué resta sino que halles la muerte? y si temes la muerte, ¿porqué no te das, ofreciéndote á la vida Cristo Jesus, en quien, segun dice su Apóstol, tienes vida, ser y movimiento? Mira cuan grandemente te amó tu Esposo Jesucristo, y no pares ni descanses hasta convertirte todo en su amor, y sea una brasa encendida en puro fuego de amor, segun eres obligada á querer á quien tan admirablemente te amó.

Joan., 14.

Luc., 12.

Joan., 11.

Act., 17.

## MEDITACION XVI.

### Que este amor de Cristo es sin término.

Es de tal suerte el amor que nos tienes, Señor nuestro, Redentor nuestro, y Vida de mi alma, y tan altamente nos amas, que no es el término de tu Amor solamente hasta la muerte donde llegó, y muerte de cruz, pero pasó mas adelante: porque si como tuviste mandamiento de pade-

cer una muerte te mandaran sufrir millares de muertes, para todas ellas tenias amor, y si lo que te mandaron padecer por todos los hombres te mandaran hacer por cada uno de ellos, todo eso hicieras por cada uno como por todos: y si como estuviste aquellas tres horas penando en la cruz, fuera menester estar allí hasta el dia del juicio, amor habia para todo, si mas tormentos y mas tiempo fuera necesario padecer. De manera, Señor, que mucho mas amaste que padeciste, y muy mayor amor te quedaba en las entrañas encerrado que lo que mostraste acá de fuera en tus llagas. No sin gran misterio quiso el Espíritu Santo que se escribiese entre las otras particularidades del templo de Salomon, conviene á saber, que las ventanas de aquel templo eran mas rasgadas y abiertas de la parte de dentro que de fuera, y así por de dentro eran mayores de lo que de fuera parecian. ¡O Amor Divino, y cuanto mayor eres de la parte de dentro de lo que pareces por acá defuera! Tantas llagas, y tantos azotes, y tan crueles heridas, sin duda nos predican grandísimo amor, pero no dicen toda la grandeza del amor, porque sin duda muy mayor era el amor que allá dentro ardia en tu pecho sagrado de lo que parecia por acá defuera. Centellas son esas llagas que salen de ese fuego, rama es esa que procede de ese árbol, arroyo que sale de ese piélago infinito de inmenso amor. Esta es la señal que puede haber de amor, poner uno la vida por sus amigos; señal, y no igualdad. Pues si tanto te debo, Dios mio y mi Señor, por lo que hiciste por mí, ¿cuanto mas te deberé por lo que deseaste de hacer? Si tanto es lo público que ven los ojos de todo, ¿qué tanto mas es eso que ven solos los ojos de Dios? ¡O piélago de infinito amor, o abismo sin suelo de amor! ¿Quién dudará, Señor, del amor que nos tienes? ¿Quién no se terná por el mas rico del mundo, pues de tal Señor es amado? Suplícote, Salvador mio, por las entrañas de misericordia que te movieron á darme tal dádiva, que me des ojos y corazon, para que yo conozca y sienta esto, y me glorie siempre en tus misericordias, y cante todos los dias tus alabanzas. Si quieres pues agora, ánima mia, barruntar algo de la grandeza del amor de tu Señor, y del deseo que tuvo para padecer por tí, ponte á pensar en la grandeza del deseo que los santos tuvieron de padecer por Dios, y porque por aquí podrás entender algo del deseo que tuvo el Santo de los Santos, pues excede tanto en santidad y gracia cuanto la lumbre del sol á las tinieblas, y mucho mas. Mira aquel deseo que tenian aquellos bienaventurados padres san Francisco y santo Domingo, los cuales así deseaban el martirio como el ciervo las fuentes de las aguas, y pedia el Glorioso santo Domingo que todos los miembros de su cuerpo fuesen cortados, pareciéndole que era poca cosa un martirio solo, y deseando para cada miembro un martirio. Mira el deseo del bienaventurado Apóstol san Andres, que viendo la cruz en que habia de morir se requebraba con ella, como con esposa muy amada, y le rogaba se alegrase con él, como él se contentaba con ella. Vengo á otro mas alto martirio, y otra nueva manera de deseo, que fué el de san Pablo, al cual pareciéndole poco todos los géneros de tormentos juntos para satisfacer al amor que á Dios tenia, deseó

Joan., 10.

3. Reg., 6.

Joan., 14.

las mismas penas y tormentos del infierno por la honra de Dios y salud de los hombres. « Codiciaba, dice este santo Apóstol, ser anatema de Cristo por mis hermanos. » Deseaba en esto ser para siempre apartado de Cristo cuanto á la participacion de la gloria, aunque no cuanto á la gracia y Amor de Dios. Toma pues ahora, ó ánima mia, alas para volar, y sube de este escalon hasta las entrañas y corazon de tu Esposo Jesucristo, y mira que si aqueste Apóstol sagrado, no teniendo sino sola una gota de gracia, tenia tan grande amor á los hombres; » cuanto mayores serán los deseos del Salvador, que es un mar infinito de gracia; pues segun el amor es el deseo? Esto, Señor, nos quisiste dar á entender en aquellas palabras, cuando dijiste: « De un bautismo tengo de ser bautizado ¿y cómo vivo en estrechura, hasta que llegue su hora? » Angustiábase, y afligíase, Señor, tu corazon, porque era tan grande el deseo que tenias de verte ya por amor de nosotros teñido en tu propia sangre, que cada hora que esto se dilataba te parecia mil años, por la grandeza del amor. Y de aquí nacia aquella fiesta gloriosa de los ramos, que quisiste que se te hiciese cuando ibas á padecer, por enseñar al mundo la alegría de tu corazon, pues así cercado de rosas y flores quisiste ir al tálamo de la cruz. No parece, Señor, que vas á la cruz, sino al desposorio, pues es tanta la fiesta que quieres que se te haga en el camino.

Rom., 9.

Luc., 12.

Matth., 21.

## MEDITACION XVII.

### De la muestra de amor, que nos dió el Salvador en su muerte.

« Pues salid agora, hijas de Sion, salid, ánimas devotas de Jesucristo, y vereis al rey Salomon con la guirnalda que le corona su madre en el dia de su desposorio, y en el dia de la alegría de su corazon. » No hallo, Señor, otra guirnalda, sino la que hizo tu madre la Sinagoga en el viernes de la cruz, no de hojas ni flores, sino de crueles espinas, para atormentar tu sagrada cabeza. ¿Pues cómo se llama este dia de fiesta, y alegría de tu corazon? ¿Por ventura esas espinas no te lastiman? Mas lastiman á tí que á ninguno de los hombres, porque tu delicadeza era mayor: mas por la grandeza del amor que nos tenias, no mirabas á tu dolor, sino á nuestro remedio, no á tus llagas, sino á la medicina de nuestras almas enfermas. Si al patriarca Jacob los muchos años del trabajoso servicio le parecian pocos dias por casar con Raquel, á causa del grande amor que le tenia, ¿qué te parecerán á tí tres horas de cruz, y un dia de Pasion, por desposarte con la Iglesia, y hacerla tan hermosa que no le quede mácula ni ruga? Este amor te hace morir tan de buena gana, este te embriagó de tal manera, que te hizo estar desnudo y colgado en una cruz, hecho

Cant., 3.

Gen., 29.

escarnio y oprobio del mundo. Tú eres aquel Noé que plantaste una vina, y bebiste del vino della con tanta abundancia, que embriagado de aqueste poderoso vino de amor caiste dormido en la cruz, y padeciste tales deshonras en ella, que tus mismos hijos se escandalizaron y hicieron burla de tí. ¡O maravilloso amor, que á tal estremo descendiste, y extraña ceguedad de los hombres, que tomaron ocasion para descreerte donde la habian de tomar para mas amarte! Dime, ó dulcísimo amor, si sola esta centella que nos mostraste acá de fuera fué tan espantable á los hombres, que ha sido escándalo á los Judíos, y locura á los gentiles, ¿qué hicieran si les dieras alguna otra muestra que declarara toda la grandeza de este amor tuyo, pues si sola esta muestra, que es menor que el amor que nos tienes, hace á los hombres malos salir de sus sentidos, y perder la vista en medio del resplandor de la luz, ¿qué harán tus hermanos, hijos y amigos, que tan creido tienen, y tan conocido, á cuanto mas se extiende tu amor? Esto es lo que les hace salir de sí, y quedar atónitos cuando recogidos en el secreto de su corazon les descubres estos secretos, y se los das á entender y sentir. De aquí nace el deshacerse, y abrasarte sus entrañas: de aquí el desear los martirios: de aquí el holgarse con las tribulaciones: de aquí sentir refugio en las parrillas, y pasearse sobre las brasas encendidas: de aquí el desear los tormentos, como convites, y holgarse con lo que todo el mundo teme abrazar, lo que el mundo aborrece: buscar las abominaciones de Egipto, para sacrificar el ánima á Dios. El ánima que está desposada contigo, Redentor del mundo, y voluntariamente se junta contigo en el tálamo de la cruz, ninguna cosa tiene por mas gloria que traer consigo las injurias del crucificado. ¿Pues cómo te pagaré yo, amor mio, este amor? Esta sola es digna de recompensacion, cuando la sangre se recompensa con sangre. Aquella sangre que Moisen celebró en la amistad con Dios á su pueblo confederándole, y haciendo pacto con él, la cual era figura de esta, parte se derramó sobre el altar, y parte sobre el pueblo; la que caia sobre el altar era para aplacar á Dios, y la que caia sobre las cabezas del pueblo para obligar á los hombres. Dulcísimo Señor, yo conozco esta obligacion, no permitas que yo salga della, véame yo con esa sangre teñido, y en esa cruz enclavado. ¡O cruz, hazme lugar, y recibe en tí mi cuerpo, y deja al de mi Señor! Ensánchate, corona, para que pueda yo meter mi cabeza: dejad, clavos, esas manos inocentes, y atravesad mi corazon, y llagadlo de compasion y amor. Por amor de esto dice tu Santo Apóstol: «Moriste para enseñorearte de vivos y muertos, no con amenazas ni castigos, sino con obras de amor.» Cuéntame, entre los que mandares, por vivo ó por muerto, y véame yo cautivo debajo del señorío de tu amor. ¡O cuan maravillosa y excellente manera de pelear has escogido, Señor, porque ya no con diluvio, ni con fuego del cielo, sino con halagos de paz y de amor has conquistado los hombres, no matando, sino muriendo, no derramando sangre ajena, sino dando la tuya propia por nosotros en la cruz! ¡O ma-

Gen., 7.

1. Cor., 1.

Exod., 8.

Exod., 24.

Rom., 4.

Gen., 8.

ravillosa y nueva virtud, pues lo que no hiciste desde el cielo servido de ángeles, hiciste desde la cruz acompañado de ladrones! Tantas son las bocas de fuego que me dicen que te ame, cuantas llagas veo que tienes por mi amor en este tu Sagrado Cuerpo: cada herida de esas es una lengua, que me da voces que te ame. Bien será, ánima mia, que te ocupes en amar al que en todo tiempo y lugar con tan grande amor se ejercitó en buscarte. ¡O grandeza de Amor Divino, inflama todo mi corazon, para que todo se emplee en tí, no hallando lugar en mí otro adúltero amor! Paraíso de deleites de Dios, y templo de paz de nuestra ánima, recíbenos, fugitivos y peregrinos en este valle de miserias.

## MEDITACION XVIII.

### Cómo la cruz de Cristo enciende nuestras almas en amor.

Isai., 8. O robador de corazones, roba, Señor, este mio, pues en la Escritura tienes nombre de robador, apresurado, y violento. ¿Qué espada será tan fuerte? ¿Qué arco tan recio, y bien flechado, que pueda penetrar un fino diamante? La fuerza de tu amor ha despedazado infinitos diamantes. Tú has quebrantado la dureza de nuestros corazones, tú has inflamado á todo el mundo con tu amor, como tú dijiste por un profeta: « Con el fuego de mi amor será abrasada toda la tierra, » y en tu Evangelio dijiste: « Fuego vine á poner en la tierra, y qué quiero yo, sino que arda? » Bien habia entendido la virtud de esta venida y valor de este fuego aquel santo profeta que daba voces diciendo: « ¡Ojalá rasgases ya los cielos, y vinieses, y las aguas arderian con fuego! » ¡O dulce fuego, ó dulce llama, que así enciendes los corazones helados mas que nieve, y los conviertes en amor! Esta es la causa de tu venida, traer este fuego desde el cielo, y henchir al mundo de amor, como lo dijo el profeta: « Visitaste la tierra, y embriagástela de amor. » ¡O amantísimo, suavísimo, hermosísimo y clementísimo Señor, embriaga nuestros corazones con este vino, abrásalos con ese fuego, y hiérelos con esa saeta de tu Amor! ¿Qué le falta á esa tu cruz para ser una espiritual ballesta, pues así hiere los corazones? La ballesta se hace de madera, y una cuerda estirada, y una nuez al medio della, donde sube la cuerda para disparar la saeta con furia, y hacer mayor la herida. Así estando tu Sacratísimo Cuerpo extendido en el madero de la Cruz, así como cuerda, y los brazos tan estirados, veo que en la abertura de ese costado se pone como en nuez la saeta de tu amor, para que de allí salga á herir el corazon. Sepa agora todo el mundo que yo tengo el corazon herido. ¡O corazon mio! ¿cómo te guarecerás? No hay remedio ninguno que te

Soph., 3. Luc., 12. Isai., 64. Psal., 64.

cure, sino morir. Cuando yo, mi buen Jesus, veo que de tu costado sale este hierro de lanza ensangrentado, y esa lanza es una saeta de amor que me traspasa, siento que de tal manera hiere mi corazon que no deja parte en él que no penetre. ¿Qué has querido hacer, amor dulcísimo? ¿qué has querido hacer en mi corazon? Vine aquí para curarme, y hasme herido, y vine para que me enseñases á vivir, y hacesme loco. ¡O dulcísima herida, ó sapientísima locura, nunca me vea yo jamás sin tí! No solamente la cruz, pero aun la misma figura que en ella tienes, nos llama dulcemente. ¡O amoroso Señor, y puro fuego de amor! la cabeza tienes inclinada para oirnos y darnos beso de paz, con la cual convidas á los culpados, siendo tú el ofendido; tienes los brazos tendidos por abrazarnos, las manos agujeradas para darnos tus bienes, el costado abierto para recibirnos en tus entrañas, los piés enclavados para esperarnos, y para nunca poderte apartar de nosotros. De manera que mirándote, Señor, en la cruz, todo cuanto ven mis ojos me convidan á tu amor. El madero, la figura, el misterio, las heridas de tu cuerpo, y sobre todo el amor interior me da voces que te ame, y que nunca te olvide. ¿Pues cómo me olvidaré de tí? Si me olvidare de tí, ó buen Jesus, sea echado en olvido de mi mano derecha. Péguese mi lengua á los paladares, si no me acordare de tí y si no te pusiere en principio de mis alegrías. Cata aquí pues, ánima mia, declarada la causa del amor que Cristo te tiene, porque no nace este amor de mirar lo que hay en el hombre, sino del Amor Divino, y deseo que tiene de hacer su santa voluntad. Pues por este mismo camino podrás entender de donde provienen tantos beneficios y promesas, como Dios tiene hechas al hombre, porque de aquí se esfuerce tu esperanza viendo sobre cuan firmes fundamentos está fundada, y como la causa porque Cristo amó al hombre no es el hombre, sino Dios, así tambien el modo, porque Dios tiene prometido tantos beneficios al hombre, no es el hombre, sino Cristo. La causa porque el Hijo nos ama es porque se lo manda su Padre, y la causa porque nos favorece el Padre, es porque se lo pide y merece el Hijo. Estos son aquellos sobrecelestiales planetas, por cuyo aspecto maravilloso se gobierna la gloria, y se envian todas las influencias de gracias al mundo. ¿Ves cuan firmes son los estribos de amor? No lo son menos los de nuestra esperanza. Tú nos amas, Redentor nuestro, porque tu Padre te lo manda, y tu Padre nos perdona, porque tú se lo suplicas. De mirar tú su corazon y voluntad resulta que me ames á mí, porque así lo pide tu obediencia, y de mirar él tus pasiones y heridas procede mi perdon y salud, porque así lo piden tus méritos. Miraos siempre, Padre y Hijo, miraos siempre sin cesar, porque así se obre mi salud. ¡O vista de soberana virtud, ó aspecto de sobrecelestiales planetas, de donde proceden los rayos de la Divina gracia con tanta certidumbre! ¿Cuando desobedecerá tal Hijo? ¿Cuando no mirará tal Padre? pues si el Hijo obedece yo seré amado, y si el Padre mira yo seré perdonado. A un suspiro que dió aquella doncella llamada Axa ante su padre Caleb, le dió el padre piadoso todo cuanto le pidió. ¿Pues qué podrá negar tal Padre á los sus-

Joan., 19.

Psal., 136.

Josué, 18.

piros y lágrimas de tal Hijo? ¿ Cuando, Redentor mio, olerá tan mal el cieno de mis pecados que no huela mas suavemente el sacrificio de tu pasion? Es tan grande la hermosura de tu pasion sagrada, que todos los pecados del mundo juntos no son mas parte para afearla que un lunarico muy pequeño en un rostro de grande hermosura y lindeza. Pues, ó ánima flaca y desconfiada, que en tus angustias no sabes confiar en Dios, ¿ porqué te acobardan tus culpas, y la falta de tus merecimientos? Mira que este negocio no estriba en tí, sino en Cristo: porque si el demérito del primer hombre terreno fué principio de tu caida, el mérito del segundo celestial fué principio y fin de tu remedio. Trabaja por estar unida con este por fe, y amor, así como lo estás con el otro por vínculo de parentesco: porque si lo estuvieres, así como por el parentesco participas la culpa del trasgresor, así por el deudo espiritual comunicarás la gracia de Cristo. Si con él estuvieres de esta manera unida, cree cierto que lo que fuere dél será de tí, y lo que fuere del Padre será de los hijos, y lo que fuere de la cabeza eso será de los miembros, y, como dice el Evangelio, « donde estuviere el cuerpo alli se juntarán las águilas.» Esto es lo que en figura de este misterio dijo el rey David á un hombre temeroso y turbado: « Júntate conmigo, que lo que será de mí será de tí, y conmigo serás guardado. » No mires á tus fuerzas, que te harán desmayar, sino mira á este tu remediador, y tomarás esfuerzo. Si pasando el rio se te desvanece la cabeza, mirando las aguas que corren, levanta los ojos en alto, y mira los merecimientos del crucificado, y pasarás segura. Si crees de veras que el Padre te dió á su Hijo, cree tambien que te dará lo demás: pues todo es menos. No pienses, ánima mia, que porque subió á los cielos te tiene olvidada: pues no se pueden compadecer en uno amor y olvido. La mejor prenda te dejó, cuando subió allá, que fué el palio de su carne preciosa, en memoria de su pasion y amor. Mira que no solamente viviendo padeció por tí, mas aun despues de muerto recibió la mayor de sus heridas, que fué la lanzada en el costado, para que sepas que en vida y en muerte te es amigo verdadero, y para que entiendas tambien por aquí que cuando dijo al tiempo del espirar: « Acabado es, » que aunque se acabaron sus dolores, no se acabó su amor. « Jesucristo, dice san Pablo, ayer fué, y hoy es tambien, y será en todos los siglos: porque cual fué en este siglo mientras vivió para los que le querian, es agora y será para siempre para todos los que le buscaren. »

Matth., 24.

1. Reg., 22.

Rom., 8.

4. Reg., 2.

Joan., 19.

Matth., 27.

Hebr., 13.

## MEDITACION XIX

### Cómo Dios ha de ser amado, por ser nuestro Bienhechor.

Si, como dijo un sabio gentil, no podemos pagar á los dioses, ni á los padres, que nos dan solamente esta casa de alquiler en que mora el alma, ¡cuanto te debo, verdadero Dios y único Señor mio, pues me diste el alma y cuerpo, y todo cuanto yo soy! Con las cuerdas de Adan dices que me traerás, y con ataduras de amor. Estos cordeles son las mercedes que hiciste á Adan y á sus hijos. Dices en esto que harás tales obras al hombre, que lo traerás á tí. Si el amar es querer bien para el amado, tanto decimos que amas á uno cuanto mayores bienes le comunicas: y si al que mas amas haces mas bien, si yo quisiere entrar en cuenta contigo, y sumar los bienes que de tu mano he recibido, faltará el tiempo, y primero se acabará la vida que se acabe tan larga cuenta. Cuantos miembros tengo en mi cuerpo, tantos beneficios hallo, por los cuales debo amarte. Si uno perdiese un ojo, ¿qué tanto amaria al que se lo restituyese? Si uno mereciese perder sus ojos, ¿cuanto amaria al que se los conservase? No menos debo yo amar al que me dió los ojos, y me los conserva: pues muchas veces usando mal dellos merecí perderlos. Esto mesmo considero de los otros miembros, ¿y cuanto mas seria obligado á amar al que siendo muerto me resucitase? ¡O hacedor de mi vida, restaurador y conservador della! ¿qué hay en mí que no haya recibido de tí? y si tanto es justo que te ame por el cuerpo y vida que me diste, ¿porqué no te amaré, y mucho mas por el ánima racional que en mí criaste, pues sin comparacion es mas prestante y excelente que este nuestro cuerpo mortal y corruptible? y si esta mi ánima perdiese el uso de la razon, ¿cuanto amaria yo al que se lo restituyese? Mucho pues te debo amar, pues me diste uso de razon, y alma, y cuerpo, y vida, y conservas esta union, mereciendo muchas veces la muerte por mis pecados. Levanta pues, ánima mia, todos tus pensamientos á este inefable amor de tu Dios. Ninguna cosa hay mas justa, mas útil, ni mas saludable, ni dulce, que amar el hombre á aquel de quien recibió todo el ser y conservacion que tiene: si no puedes, ánimá mia, conocer que tal sea aquel que tanto te ama, considera siquiera las arras que te dió de amor. En los dones que tienes contigo conocerás con cuanto afecto y con cuanto cuidado y diligencia lo debes amar. Insignes son sus arras, y nobles sus dones: porque al grande no conviene dar cosas pequeñas. Abre tus ojos, y mira al universo cielo, tierra, aire, y todos los elementos, y criaturas, que todos te sirven. Recibes el beneficio, y no conoces á quien te lo da. Pues si quiero, Señor, poner mis ojos en el tratamiento que me haces, véote, Dios mio, tan ocupado en hacerme mercedes, que parece que

Oseæ, 1.

olvidado de todos los demás te ocupas solamente conmigo, y que de mí solo tienes cuidado. Tú siempre fuiste para mí solaz en mis adversidades, y guarda en mi prosperidad. Adonde quiera que me volvia me precedia tu gracia y misericordia, y cuando estaba á punto de perderme me libraste. Cuando iba errado, me volviste al camino, cuando ignoraba me enseñaste, cuando pecaba me corregiste, cuando estaba triste me consolaste, cuando caí me levantaste, y estando en pié me tuviste. Tú me diste que verdaderamente te conociese, que puramente te amase, que sinceramente te creyese, y ardientemente te siguiese. O Dios de mi corazon, dulzura de mi vida y lumbre de mis ojos, ¿quieres que te ame? ¿Cómo te amaré, y quien soy yo para amarte? ¿Cómo no amaré á tan noble Bienhechor, viéndome tan cercado de sus dones? Cuando el virtuoso mancebo José fué en Egipto requerido de su deshonesta señora, acordándosele de los beneficios que de su Señor habia recibido, respondióle diciendo: « Mi señor me ha entregado todas las cosas de su casa, excepto á tí, que eres su mujer. ¿Pues cómo podré yo pecar contra mi señor? » No solo dijo: ¿cómo querré ofender á mi señor? sino ¿cómo podré? porque le parecia que no era posible injuriar á quien tanto debia. ¿Pues cómo podré yo ofender á tí, mi Dios, de cuyas magníficas manos he recibido tantos bienes? Aunque mi perversa voluntad con su libertad y señorío te quisiese desamar, yo no sé como será posible que pueda ofender á quien está tan obligada. Si Putifar entregó á José su casa, no lo hizo señor de toda ella, pues algo reservó para sí, como él mesmo lo dijo. Pero tú, Señor mio, ¿qué tienes que no me hayas dado? Dándote á tí mismo, me diste contigo todos los bienes, ¿y qué tengo yo que no lo haya recibido de tí? Así me fuerza á amarte la memoria de tan innumerables y altos beneficios, que aunque quiera dejar de amar no podré jamás acabar conmigo. La pascua del cordero que mandabas celebrar á los judíos, y todas las otras fiestas, servian de encomendarles la memoria de los beneficios que habian recibido de tu mano. La pascua era memorial de la salida de Egipto; el ofrecerte los primogénitos era memoria de los primogénitos de sus enemigos que mataste en Egipto; el maná que mandaste guardar en el arca del Testamento, fué (como tú mismo lo dices) en memoria del mantenimiento con que sustentaste á tu pueblo cuarenta años en el desierto; y las doce piedras que sacó Josué del Jordan, era para que se acordasen para siempre los hijos de Israel del beneficio que recibieron, mandando parar á las aguas de aquel rio, para que tu pueblo pasase á pié enjuto. En esto, y en la fiesta de las cabañas, y en todas las otras fiestas y memorias que mandabas celebrar, no pretendias otra cosa sino hacer á los Israelitas que no se olvidasen de las mercedes que les hiciste: porque la memoria de tan soberanos beneficios despertase sus voluntades al amor de tan grande Bienhechor. Cuando en el Deuteronomio mandaste que te amásemos, antes que pusieses aquel precepto dijiste á tu pueblo: «Yo soy el Señor Dios tuyo, que te saqué de tierra de Egipto.» Pusísteles

Gen., 39.

Exod., 12.

Exod., 16.

Josué, 40.

Deut., 16.

Deut., 6.

delante de los ojos la obligacion que tenian de amarte, trayéndoles á la memoria el beneficio recibido. Todos tus dones proceden de amor, y así quieres obligarnos con las mercedes que nos haces á que te amemos, pues tantas razones hay para ser de nosotros amado.

## MEDITACION XX.

### Que Dios ha de ser amado, por los beneficios que nos hace.

Si dádivas quebrantan peñas, mas duro que peña eres, corazon mio, si no te derrites en el amor de tu Señor, viéndote tan obligado con la multitud de mercedes que de su mano recebiste, y recibes cada hora. Los perros, y todos los otros brutos irracionales, aman á su bienhechor, y reconocen y agradecen el bien que se les hace. ¿Pues porqué yo, siendo criatura racional, y criado á tu imágen y semejanza, seré peor que las bestias, no amando continuamente á tí, mi Dios y Señor, pues nunca cesas de obligarme con nuevos y singulares dones? Quéjaste, Señor, de esta ingratitud y desconocimiento de los hombres, diciendo por tu profeta Isaías: « Conoció el buey á su poseedor, y la bestia el pesebre de su señor, y Israel no me conoció, y no entendió mi pueblo. » Como sea natural á toda criatura viviente amarse á sí misma, y pretender su conservacion y ser, así le es muy propio amar á quien le hace bien, y por ser esto cosa muy natural al hombre dice el Apóstol que el que hace buenas obras al enemigo pone carbones de fuego sobre su cabeza, para encenderlo en su amor. Así leemos en la Escritura haberlo hecho dos veces David con su cruel enemigo y perseguidor Saul, al cual con buenas obras convirtió en amor. ¡O perverso y duro corazon mio! ¿qué obstinacion es esta tan grande, pues tan innumerables beneficios de tu Dios no te ablandan y derriten en su amor? ¡O clemencia, y obras de David, y cuan atrás quedais si con las de este Señor se comparan! Todo cuanto, Señor, me diste, fué por obligarme á amarte, y porque te diese mi amor. Servísteme, siendo tú Rey del cielo, y Señor de los ángeles, por solicitarme, para que te pague amor con amor. ¡O Señor Dios mio, y todo mi bien, y cuanto has hecho por ser amado de nosotros miserables pecadores! Si me dieras licencia para amarte era muy grande el favor y merced que me hacias, siendo tú quien eres Majestad infinita, y siendo yo quien soy gusano de la tierra. Cuanto mas que no solo no te desdeñas de ser amado de mí, mas aun solicitas mi amor con muchedumbre de dones, tanta es tu Bondad y Clemencia. Criásteme por amor, que si no me amáras no me criaras. La causa de todas las cosas es tu voluntad, y si á mí me criaste es porque quisiste: y si al otro no criaste, fué porque no quisiste: y no solo tuviste entrañable amor en criarme; pero excesivo en redimirme. Aunque te debo amar

Isai., 1.

Rom., 12.

1. Reg., 18 et 26.

porque me hiciste, pero muy excesivamente te debo amar, porque me diste nuevo ser, redimiéndome cuando estaba perdido. Cuando reducido por el pecado á vil ser, y condenado para fuego eterno, tú me tornaste á reformar de nuevo por via de rescate, para el cual no enviaste un ángel, ni un serafin, ni espíritu celestial, sino á tu propio Unigénito Hijo, coeterno, consustancial, y igual á tí. ¡O admirable ardor de caridad! ¡O maravillosa piedad, y estraño caso de amor, que por redimir al siervo enviaste á tu Hijo natural para morir; y por vivificar un gusanillo de tierra, formado de barro, bajó el Hijo de Dios desde el cielo á tomar la muerte! ¿Quién causa esto? El grande amor que tuvo á nosotros, y á nuestra naturaleza. Mas amaste á mí que á tu vida temporal, pues quisiste morir por mí. ¿Parécete pues, ánima mia, que debes amar á quien tanto te ama? ¿parécete que debes tributo de amor á quien antes que fueses te amó? Justo es que pagues á tu Dios esta deuda tan debida. Preguntaria yo, Señor, á tu Divina Majestad, si osase, y si no fuese en mi perjuicio: ¿Porqué amas, Señor, una cosa tan vil, y una criatura tan inútil, como el hombre? Acaece tener un señor un esclavo muy feo y abominable, á quien ama mucho su señor, y si preguntamos á este señor porqué pone su amor en cosa tan disforme, responderá que le tiene amor porque es dél amado, y le sirve con mucho cuidado y diligencia, y alegará algunas cosas que ha hecho por él. ¡O Señor! ¿callaré ó hablaré? verdaderamente yo callaria, si la justa razon no me forzase á hablar. Amas, Señor, á este siervo miserable, afeado con mil máculas de pecados, y siendo tú quien eres, y siendo él quien es, no menosprecias su bajeza, ni te desdeñas de emplear joya tan rica, como tu Santo Amor en cosa tan vil. ¿Amasle por ventura por lo que ha hecho por tí? ¿Amasle porque te amaba él primero, ó por sus diligentes y hervientes servicios? ¡O soberana Bondad y Caridad infinita de mi Dios, pues tan de balde, solamente por quien tú eres, tan altamente nos amaste, y con tantas y tan excelentes obras nos mostraste y muestras el estupendo amor que nos tienes! y tú, ánima mia, pues amas á un etiopiano porque te ama, y ha hecho algo por tí, ¿porqué no amas á tu Esposo Jesucristo, pues se anticipó en amarte, y puso la vida por tí? Como entre los dones de tu Dios el menor de todos será este mundo, ¿qué tan grande piensas que será el mayor don de todos, pues este que es el menor es tan grande? Quien dijo dádivas dijo obligaciones, porque á los bienhechores tenemos obligacion. Quieren los hombres que no solo les agradezcan el bien que hacen cuando están haciendo algun beneficio, mas aun tambien piden agradecimiento por las buenas obras que hicieron, las cuales quieren que sean siempre tenidas en la memoria, y que pasando los dones no pase la obligacion de la deuda. ¡O bonísimo y magnificentísimo Señor, cuan grande es tu Bondad y Misericordia, pues te contentas con que te amemos, siquiera cuando actualmente nos estás haciendo bien! Entonces, ánima mia, ama á tu Dios, cuando te enviare dones desde el cielo, y pues estas prendas de amor recibes en todo tiempo de su liberalísima mano, justo es por cierto que en todo tiempo ames á tan magnífico y noble Bienhechor. Amale á lo menos cuando te está haciendo bien: y

pues siempre hace esto, siempre debes amarle. Todos los géneros de beneficios, que son tres, sumó el santo rey David, cuando dijo en el psalmo: « Conviértete, ánima mia, á tu holganza: porque el Señor te hizo bien. Libró mi ánima de la muerte, mis ojos de las lágrimas, y mis piés de caida. « Todos los bienes que recibimos de alguno son en tres maneras, conviene á saber, bienes dados, males de que nos libró, y bienes prometidos. Los dones que recibió de Dios tocó el psalmista, cuando dijo á su ánima que se volviese á Dios por los bienes que recibió dél. Trató del segundo género de mercedes, cuando dijo que libró su ánima de la muerte, y sus ojos de las lágrimas. Buena obra nos hace el que nos libra de algun mal antes que caigamos en él, avisándonos del peligro. Habló de los bienes prometidos, diciendo que libró su ánima de la caida, prometiéndole la gloria y Bienaventuranza eterna, donde confirmados en gracia veremos á Dios, libres de resbalar, y caer en culpas y pecados, y por mas incitar á su ánima, para que se convirtiese á su Dios, llama al Señor su holganza y descanso, donde se recreará y descansará de los trabajos y miserias que padece, sirviendo al mundo, y á sus pasiones y apetitos. Justo pues es, ánima mia, que te conviertas á Dios, que es holganza y refrigerio tuyo, de quien tantos bienes has recibido y recibes cada punto, pues sin los dones que te dió te sacó de pecados, y te libró del infierno, y te ha prometido bienes celestiales. Estos tres géneros de beneficios debes contemplar, discurriendo por los pasos de tu vida, y sacándolos de tu memoria, conociéndolos el entendimiento, y representándolos á la voluntad, para que inflamada en el amor de tan magnífico Bienhechor le ames y sirvas segun la obligacion que tienes. Sobre estos dos versos del psalmo hallarás larga materia que contemplar, cerca de las innumerables mercedes que de tu Dios recibiste, y de suerte que ya que no quieres amar á tu Criador por ser Sumo Bien, Bondad infinita, y Hermosura Celestial, le ames, aunque no quieras, por los bienes que te hace.

Psal., 114.

## MEDITACION XXI.

### Que Dios ha de ser amado, por ser holganza nuestra.

« Conviértete, ánima mia, á tu holganza, » dice á Dios el real profeta. Si es á todo hombre cosa muy natural amar su bien y descanso, debes pues agora, corazon mio, dar de mano á las cosas de este mundo y negocios del siglo que estorban y inquietan, y recogiendo tus pensamientos volverte á Dios, y poner todo cuidado en él. ¡O cuanto descanso y quietud hallarás, si de veras, cerrando la puerta á todo otro cuidado, te pusieres en las manos de tu Esposo Jesucristo! Aquí se enjugarán tus lágrimas, aquí cesarán las quejas que tienes de los hombres que tanto te desasosiegan: aquí se acabarán todas tus tristezas,

Psal., 114.

enojos y trabajos, y hallarás paz interior, alegría de corazon, y paraiso encima de la tierra. Muchas molestias padeces, andando derramada y distraida por las cosas exteriores, y deseando holganza no la quieres, pudiendo hallarla á pié quedo. La paloma de Noé no halló donde reposar fuera del arca, y así la necesidad le compelió á volver á ella. No hallarás, paloma mía, descanso fuera de las manos del verdadero Noé Jesucristo; por eso vuélvete á él, en quien consiste tu holganza. Buscando descanso dejas á tu Dios, al cual por fuerza has de volver, si quieres hallar lo que buscas. Al mismo á quien ofendiste has de tornar, aunque no quieras, como lo hizo el hijo pródigo. Huye Jonas de Dios, y en apartándose dél no halla sino tormenta y tempestad en el mar; pero convirtiéndose, y volviendo al que dejó: halló descanso y puerto seguro. Vase Agar de casa de su señor Abrahan, y anda por el desierto perdida y muerta de sed; pero mándale el ángel que vuelva á casa de Abrahan, donde tiene vida y regalo. Quita pues, ánima mia, este bien, y el otro bien, y vuélvete para aquel que es verdadero bien. No quieras amar este, ó aquel bien, conviene á saber el finito y limitado bien, mas ama el bien infinito, y sin límites. No busques esta ó aquella dulzura, mas busca y ama á aquella dulzura, que por sí subsiste. No ames esta ó aquella hermosura, mas á la misma hermosura, no á aquel, ó á este bien, sino al Sumo Bien. Si quieres dulzura y delectacion, no la busques en frutas, ni en panales, ni en pan, ni en carne, ni en otro manjar alguno, ni en otra particular naturaleza, mas busca á la misma delectacion, y á la misma dulzura que por sí subsiste, y de nadie depende, que de ninguna cosa es dulzura, mas tan solamente es dulzura, y toda dulzura, y por semejante manera, si buscas hermosura, no la busques en el sol, ni en la luna, ni en las estrellas, ni en el hombre, ni en los cielos, ni en las vestiduras, ni en el oro, ni en la plata, ni piedras preciosas, mas busca á la misma hermosura: porque no es hermosura de esto, ni aquello sino la misma pura hermosura, que no es naturaleza mezclada, sino todo es ser hermoso, y esta dulzura, bondad, y pura hermosura, necesario es que sea infinita y ilimitada. ¡O cómo nos hartará la misma hartura, y cómo te holgarás, ánima mia, con la misma holganza! ¿Quién podrá decir, aunque tuviese cien lenguas, y otras tantas bocas, cuan sabroso sea el mismo sabor, y cuan delectable la misma delectacion! ¡O cómo me alegrará la misma alegría, y cómo nos henchirá de todo bien el mismo cumplimiento de toda bondad! Si el panal es dulce por el dulzor que está en él, ¿cuanto mas será dulce la misma dulzura? Si sabe el pan por el sabor que está mezclado, ¿cuanto mas sabrá el mismo sabor? Si deleita el oro por la hermosura que en él labró el artífice, ¿cuanto mas deleitará la misma hermosura? Jáctese quien quisiere, y diga que trabajó desde la mañana, llevando el peso del dia y del estío, y alábese el otro diciendo que no es como los otros hombres, y que ayuna dos dias cada semana; pero á mí muy bueno es, Señor, llegarme á tí, y poner en tí mi esperanza. Confien otros

Gen., 8.

Luc., 15.
Jonas, 1.
Gen., 16.

Matth., 20.

Luc., 18.
Psal., 72.

en sus ciencias y sutileza de ingenio, y en nobleza de sangre y en dignidades, honras y vanidades de este siglo, mas yo todo esto tuve por estiércol: porque tú, Señor, eres mi esperanza, y mi refugio muy alto. Pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas; pero yo confio en tu palabra, por amor de la cual desprecié todas las cosas. Tú dices que busquemos primero el reino de Dios, y que nos serán dadas todas las otras cosas. Para tí es dejado el pobre, y tu serás ayudador del huérfano. Si se levantare contra mí batalla, en tí solo esperaré, porque tú, Señor, eres mi holganza, refugio mio, y único bien mio. Pues, ó ánima mia, quita este bien, y aquel bien, y goza del mismo bien, conviene á saber de la misma subsistente sustancia de la bondad de la cual, y por la cual, es bueno todo lo que es bueno. Esta es la que promete y da tu Dios á sus amigos y escogidos, no premiándolos con algun bien, sino con el mismo bien, y con la misma bondad. De aquí es que como Abrahan preguntase á Dios lo que le habia de dar por sus trabajos, le fué respondido: «O Abrahan, dartehe todo mi bien.» Este ha de ser el jornal de tu obra, y este el galardon de tu trabajo. Conviértete, pues, segun consejo del psalmista, á tu holganza; vuélvete para tu Dios y Señor, porque en él solo hallarás en suma perfeccion todo lo que andas mendigando por las miserables y pobres criaturas. Ama siquiera á tu Dios por tu descanso y provecho, pues en él solo está tu verdadera holganza.

Philip, 3. Psal., 50. 1. Tim., 1. Matth., 6. Psal., 10 et 26. Gen., 15.

## MEDITACION XXII.

### Del beneficio que nos hizo Dios en darnos á su Hijo.

Entre los innumerables beneficios que de tus magníficas manos recibimos, Dios nuestro y Señor nuestro, el que tiene el primado, y donde mas claramente mostraste el inmenso amor que nos tienes, es en darnos á tu Unigénito Hijo. Porque, como dice tu santo Apóstol, «el que nos dió á su Hijo, ¿cómo con él no nos dará todas las otras cosas?» ¿Cómo nos negará lo que le pidiéremos el que tan liberamente se dió á sí mismo, y con él todos los bienes? y si los beneficios recibidos obligan á amar al bienhechor, comenzando á contar las mercedes á mí hechas (si es posible contarse lo que no tiene cuento ni número), comenzaré á considerar lo mucho que me diste por ser amado de mí, pues diste á tí mismo por mí, procediendo este don de puro amor, segun aquello que tú mismo dijiste á Nicodemo: «Tanto amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito Hijo.» Este es el Sumo Bien, infinito Bien, y Divinísimo que nos quisiste, dándonos á tu Hijo en testimonio y muestra del inefable amor con que nos amas. El medio y la fuente manantial de infinitas gracias

Rom., 8. Joan., 3.

fué la encarnacion de tu Hijo nuestro Señor Jesucristo, ordenando que se hiciese hombre en nuestra carne mortal y pasible. Esta leccion tengo yo de leer con aquellos ojos, y con aquella consideracion, que Moisen vió la zarza llena de fuego, en la cual se dibujó la obra de este misterio: porque así como se mostró el fuego entre las espinas de la zarza sin quemarla ni consumirla, así ayuntaste á la Divina Persona de tu Hijo nuestra humanidad sin consumirla, donde ardia el fuego de tu infinito amor. En fuego fué tambien manifestada esta admirable obra á Ezequiel: porque en medio del fuego vió una figura de eletro, que es oro finísimo de veinte quilates, por la gloria y excelencia de nuestra humanidad, la cual resplandeció con maravillosas virtudes y milagros, y fué ensalzada sobre todo lo criado. En fuego, y en medio dél, se manifiesta este misterio: porque mana esta Divina obra de aquel Divino Fuego del Amor, que nos tuviste, y así la tengo de considerar, y tengo de llegar á ella, como á fuego para recibir calor de Divino Amor, que venza la frialdad de mi corazon. Cuanto voy mas adentro de esta leccion, tanto mas me voy acercando al fuego, por lo cual mas debria crecer tu Santo Amor en mi pecho, para arder en vivas llamas de fuego de amor. Aquí descansará y parará mi corazon sin pasar adelante, sacando riquezas divinas, hasta llegar al fin de mis deseos. La primera brasa de amor que aquí se me da, es ver el tiempo en que se prometió al hombre esta merced, y el fin porque se le concede. Entre otras muchas revelaciones hechas á los santos profetas, que declaraban que nos habias tú, Señor, de dar á tu Unigénito Hijo, una de las mas principales es aquella que dijo Isaías cuando fué al rey Acaz. Fué puesto en grande angustia aquel impiísimo rey, y á punto de ser destruida Jerusalen, y queriendo tú librarle, enviástele al profeta Isaías con embajada de tanto bien, y para que estuviese seguro de la promesa Divina, dióle el profeta eleccion que escogiese cualquier señal en el cielo, ó en la tierra, la cual cumplida conociese que verdaderamente lo librarias, así como el profeta se lo decia, y perdiese todo el miedo que tenia. Entendió el mal rey que si pidiese algun milagro en el cielo, como que se detuviese el sol, ó volviese atrás, ó en los infiernos, como que resucitasen algunos muertos, ó se abriese la tierra, que seria Dios glorificado, y se convirtiria á él su pueblo, y le adorarian, como á verdadero Señor, y no queriendo esto, mas procurando estorbarlo, quiso quedarse en su temor y peligro, y no pedir señal alguna, ni milagro. Levantó entonces Isaías su voz, y lleno del zelo de la honra de Dios dijo: « En poco teneis ser enojosos á los siervos de Dios, dándoles cárceles, tormentos y muertes, ¿y no bastaba esto, sino que tambien á Dios en su propia persona y honra habeis de ser enemigos y contrarios, estorbando el testimonio de su Divinidad? Por esto os dará el Señor una señal, en que se glorificará y magnificará mucho mas de lo que este pueblo le podia dar de honra y alabanza, convirtiéndose á él. Ecce: Atended, y mirad, que una vírgen concebirá, y parirá un Hijo, que se llamará Emanuel, que quiere decir Dios con nosotros. » ¡O admirable palabra esta que dice por lo cual! ¿Qué es este por lo cual? ¿Porqué

Exod., 3.

Ezec., 1.

Isai., 7.

se ha de hacer Dios hombre? Porque el hombre no quiere su honra y gloria, y procura de estorbarla aun con peligro de su vida. Por amor de esto le quieres tú, mi Dios, dar el mayor de los dones, y hacerle la mayor que pudo el hombre recibir, conviene á saber, dándole á tu Unigénito Hijo, hecho Hombre verdadero. ¿De donde procede, Señor, esta grande magnificencia que usas con el mundo, sino de aquella infinita caridad y amor tuyo, pues el mayor de los dones se promete y declara en tanta fealdad de culpa? ¿Qué fuera razon que dijera el profeta, despues de haber querido el hombre embarazar y estorbar la honra de Dios? Por cierto muy justo fuera que mandará que se abriera la tierra, y descendieran vivos al infierno los obradores de tanta maldad, y no se hace esto, mas promete que se abrirán los cielos, y que descenderá Dios vivo en la tierra, y se hará verdadero Hombre. De manera que si consideras, ánima mia, la Encarnacion de tu Esposo Jesucristo, revelada por Isaías, y la contemplas tambien en aquel primero punto que el primer hombre ofende á su Criador, hallarlahas siempre en medio del fuego de amor. Ofende Adan á la Divina Majestad, y nosotros con él: estorbase la honra, y gloria divina, que tanto se habia de magnificar en la vida de los hombres, y su traslacion al paraíso de su reino, sin que muriéramos. Entonces no trata Dios de nuestra condenacion, mas visto que se estorbaba el consejo de su amor acerca de los que se habian de salvar, ofrece el Padre Eterno á su Hijo. Considera que dice Dios Padre en el punto que peca Adan: Pues se pone estorbo á la gloria de los mios que tanto amo, yo ofrezco á mi Hijo Unigénito para que muera, y pague este pecado, y todos los demás. Habia de hacerse Hombre, como convenia á la honra del Unigénito del Padre, inmortal y impasible, mas yo le doy, para que vaya en forma de siervo, semejante á la que sus hermanos tienen, para que muera, y sean salvos.

Gen., 3.

## MEDITACION XXIII.

### Del amor que Dios nos tuvo dándonos á su Hijo.

Queriendo declarar al mundo el grande amor que nos tuviste, ó clementísimo y piadoso Señor, escribe tu evangelista san Juan que tanto le amaste que le diste á tu Unigénito Hijo. La causa de haber hecho al mundo tan singular merced, no fué otra sino el grande amor que le tuviste, pues el amor hizo que le dieses á tu Hijo. Si miramos quien ama, hallaremos que dice que eres tú, mi Dios, y á quien amas es al mundo, y lo que le das en testimonio del amor que le tienes es á tu Unigénito Hijo. El que ama eres tú, Señor, que eres Dios, Sumo Bien, Bondad infinita, incomprehensible, inefable y omnipotente, cuyo centro está en todo lugar, y la circunferencia ó fin en ninguna parte. Pues tú, Señor, que eres sin principio y sin fin, que no

Joan., 3.

procedes de nadie, y de quien todas las cosas dependen y reciben su ser, amas al mundo. Si dijera el evangelista que amabas á los ángeles no fuera mucho, pues de ellos dice el profeta que son tus ministros y siervos, que hacen tu voluntad. Si dijera que amas á los varones justos, pues guardan tus mandamientos, no nos maravilláramos dello; pero pone grande admiracion que pongas tus ojos en el mundo rebelde, trasgresor de tus preceptos, y que ames al mundo, traspasador de tus divinos mandamientos, pues el que ama es Dios, y el amado es el mundo. Mirad la diferencia y desigualdad que hay del uno al otro, de Dios al mundo, y del mundo á Dios. Tanto te allanaste, Señor, en poner tu amor en tu criatura, que fuera de ser desiguales en cualidad de nobleza (y por esto no merecedora de este amor), era por otra parte indigna dél por ser mala por su culpa. Porque quien dice mundo dice flaqueza y pecado, y esto significa en la Escritura mundo, y quien dice pecado dice pecadores, y quien dice pecadores, dice enemigos de Dios, y quien dice enemigos de Dios dice dignos del infierno, y así aunque aborrece los pecados ama á los pecadores. ¡O extraño y estupendo caso de amor, que ame Dios, siendo quien es, al mundo tal cual es! Pues siendo tú, mi Dios, tal, y tan grande, es tanta tu Bondad, que no te desprecias de amar al mundo perdido, y de darle á tu Unigénito Hijo en señal del inmenso amor que le tienes. Esto sentia tu santo Apóstol, cuando dijo, escribiendo á los Romanos: « Engrandece Dios su caridad, pues siendo pecadores quiso morir por nosotros. Engrandeces tu amor en amar á los hombres, y no tanto en esto cuanto en amarlos, y en morir por ellos, siendo pecadores y enemigos suyos. Tanto nos quiso Dios, siendo nosotros sus enemigos, que entregó á su Hijo á la muerte por nuestra redencion y rescate. Si miramos la cuantidad de este amor no se puede decir. « Tanto, dice san Juan, amó Dios al mundo. » ¿Qué tanto? no hay quien decir pueda el cuanto de este tanto. Inefable es por cierto la cuantidad de este amor, y así no tuvo palabras para decirlo, por ser sin término ni medida. Cuando alguna cosa es tan grande que no se puede dar á entender con palabras, acostumbra la Escritura decirla por esta palabra así. El grande dolor que la Vírgen Sagrada pasó en los tres dias que perdió á su Unigénito Hijo, manifestó por esta palabra, así cuando dijo: « Hijo, ¿porqué lo hiciste con nosotros así? » El cansancio que el Señor tenia, cuando fatigado del camino se sentó en la fuente cerca de Siquen, y vino á él aquella mujer samaritana, escribió el evangelista, diciendo: « Fatigado del camino sentóse así junto de la fuente. » A la grande virtud Divina, que mostró el Redentor cuando en la cruz con grande voz dió el alma, explicó san Márcos, diciendo: « Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios. » ¡O amor mayor que el cielo ni la tierra, ni que cuanto Dios tiene criado, pues todo es cifra en comparacion de este amor! Aquel amor soberano, aquel piélago infinito, y profundísimo mar de amor con que nos amaste, incluyó el evangelista en esta palabra así: « Así lo amó, tanto le amó, y tanto lo quiso, » que no hay quien diga la cuantidad

Psal., 102.

Rom., 5.

Luc., 2.

Joan., 4.

Marc., 13.

de este amor, porque así lo amó que ninguno puede decir ni imaginar la grandeza de este amor, y para declarar el evangelista el amor grande que tú, mi Dios, tuviste al mundo, mide el amor con el don que nos hiciste, el cual fué tan grande que no hay peso ni medida que lo pueda pesar ni medir. Dístenos á tu Unigénito Hijo. Este don es igual contigo, y tus deleites, y sustancia, y ser, bondad y riquezas tuyas, y tan grande fué el don que fué el mismo Dios. Tan grande pues fué el amor como el don. Amaste, Señor, al mundo con amor que era Dios. Amasnos, Señor, como á tu Unigénito Hijo, pues nos le diste por amor? ¿Quién pues es el hombre para que tanto le ames? ¿Qué cosa es el hombre, pues tanto lo engrandeces y pones cerca de tu corazon? Toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del campo, y semejante á vanidad, y con todo esto aun no acaba el mísero hombre de ofender á su Dios, siendo Dios quien es, y él quien veis. Porque no pensase alguno que nos amabas con solo el corazon, y con solas palabras, mostró el evangelista el infinito amor que nos tenias, diciendo que diste á tu unigénito Hijo al mundo. Hiciste por el mundo todo cuanto pudiste hacer, y dístele cuanto le pudiste dar. Muchos servicios te hizo Abrahan, pues dejó su tierra y parientes, y, como dice tu Apóstol, creyó con esperanza, y contra esperanza, que podia concebir Sarra; pero con todo esto cuando ofreció á su hijo en sacrificio, así le agradeciste este servicio que parecias olvidarte de todos los pasados, y le dijiste: « Agora conozco que temes á Dios, pues no perdonaste á tu hijo unigénito por amor de mí. » Muy bien te habia servido Abrahan antes de agora; pero agora dices que conoces su bondad, pues puso al degolladero á su unigénito hijo por amor de tí: porque todo lo pasado no llegó á tan grande testimonio de amor, como entregar á su hijo á la muerte por tí. ¡O amador de nuestras almas, Dios mio, y dulzura de mi vida, que agora, mi Dios, conozco lo mucho que me amas, pues no perdonaste á tu Unigénito Hijo por amor de mí! Considera pues, ánima mia, si son estas verdaderas señales y muy ciertas prendas del amor infinito que tu Dios te tiene. ¡O largueza y liberalidad de Dios, pues un Hijo que tenia, y ese tan querido, lo da Dios al mundo, y no lo da prestado, sino dado! Así dijo el profeta Isaías, hablando del tiempo en que nos fué dado en su Nacimiento: « Un niño nos es nacido, y un Hijo nos es dado, y en la muerte se dió Dios al hombre, para que haga dél al hombre lo que quisiere. » Esto es lo que dijo san Lucas, que el presidente Pilato, despues de determinado de dar la muerte al Autor de la vida, que lo dió á la voluntad de sus enemigos para que hiciesen dél lo que quisiesen. Mira, hombre, que tan señor eres de Dios como de cosa propia tuya, y él es tuyo, y está tan rendido á tí que aun morir no quiere, sino alcanzada licencia tuya. ¡O inestimable obra de amor, pues por dar vida al siervo entregó á la muerte á su Unigénito Hijo, y en testimonio del infinito amor que nos tenia nos dió á su Hijo, no prestado, sino dado para nosotros!

Job, 7.

Isai., 40 et 43.

Gen., 12.

Galat., 3.

Gen., 22.

Isai., 9.

Luc., 23.

## MEDITACION XXIV.

**Cuan grande fué el Amor de Dios, dándose á si mismo.**

¡ O suma y inefable magnificencia de tu caridad acerca de los hombres, Señor mio! ¡ O admirable fuego de amor! Maravillosa cosa es como no se quebrantan nuestros corazones, con tan grande caridad. Porque ¿ qué otra cosa restaba, Señor mio, despues que pecamos, sino que luego nos lanzases en el infierno, como á los ángeles que te ofendieron? y si quisieras, Señor, muy bien pudieras criar otra criatura mas noble, que de noche y de dia te sirviera. ¿ Qué amor fué este, buen Dios, que convidado de nuestra caida, que fué tu ofensa, veniste á buscarnos con tanto cuidado? ¿ y despues de nuestra culpa quisiste magnificarnos mucho mas que antes? ¿ Qué fué esto y de donde vino tanto bien, siendo nuestra culpa merecedera de grande pena? Todo procedió de puro fuego de amor. Lo que mas mueve mi corazon para amarte es considerar profundamente el amor que nos tuviste. Mas mueve el amor para ser uno amado que los beneficios recibidos, porque el que hace beneficio á otro dale algo de lo que tiene, pero el que ama da á sí mismo con lo que tiene, sin que le quede nada por dar. Agora pues veamos, Señor, si nos amas, y qué tanto es el amor que nos tienes. Mucho aman los padres á los hijos. ¿Por ventura amasnos tú como Padre? No hemos entrado nosotros en el seno de tu corazon para saber esto, mas tu Unigénito Hijo, que descendió de ese seno, el que nos trajo nuevas dello, y nos mandó que te llamásemos Padre, por la grandeza del amor que nos tenias, y sobre todo esto nos dijo que no llamásemos á otro padre sobre la tierra, porque tú solo eres nuestro Padre, porque así como tú solo eres bueno, por la eminencia de tu soberana Bondad, así tú solo eres Padre, y de tal manera lo eres y tales obras nos haces, que en comparacion de tus entrañas paternales no hay alguno que pueda así llamarse. Bien conocia esto tu profeta, cuando dijo: « Mi padre y mi madre me han dejado y olvidado, mas el Señor me ha recibido. » Tú mismo te quisiste comparar con los padres, diciendo por Isaías: « ¿ Por ventura habrá alguna mujer que se olvide del niño chiquito, y no tenga piedad con el hijo que salió de su vientre? » Posible será que ella se olvide, mas yo nunca me olvidaré de tí: porque en mis manos te tengo escrito, y tus muros están siempre delante de mí, y porque entre las aves el águila es muy afamada en amar á sus hijos, con el amor della quisiste, Señor, comparar la grandeza de tu amor, diciendo: « Como el águila defiende su nido, y como estiende á sus pollos sus alas, y los recibe sobre sí, y los trae sobre sus hombros, así yo fuí tu

2. Pet., 2.

Matth., 6.
Luc., 11.
Matth., 23.

Isai., 26.
Ibid., 49.

Deut., 32.

guia y amparo. » Sobre este amor es el del esposo á la esposa, del cual se dice: « Por esta dejará el hombre á su padre y á su madre, y se llegará á su mujer, y serán dos en una carne. » Mas á este amor sobrepuja tu amor, porque, segun tú dices por Jeremías, « si el marido echa á la mujer de su casa, y despues de así lanzada se junta con otra, ¿por ventura volverá otra vez á él? » Mas tú has adulterado con cuantos amigos has querido, y con todo ese vuélvete para mí, dice el Señor, que yo te recibiré, y si todavía eres incrédula á este amor, mira todos los beneficios que te tiene hechos, porque todo ellos son prendas y testimonios de amor. Echa la cuenta de todos ellos cuantos son, y hallarás que todas cuantas criaturas hay en el cielo, y en la tierra, y todos cuantos huesos hay en todo tu cuerpo, y todas cuantas horas y momentos tienes de vida, todos son beneficios del Señor, y mira tambien cuantas inspiraciones buenas has recibido de mano de tu Dios, y cuantos bienes has tenido en esta vida, de cuantos pecados te ha librado, y en cuantas enfermedades y desastres pudieras haber caido, si él no te hubiera librado, y que todas estas cosas son muestras y señales de amor. Hasta los mismos azotes y tribulaciones que te envia son argumentos de amor, porque son muestras del corazon de aquel Padre, que castiga á todo hijo, que recibe para enmendarlo, y para despertarlo, y para purgarlo, y conservarlo en todo bien. Amenazando á tu querido pueblo de Israel, si no guardase tus mandamientos, dijiste por tu profeta: « Si dejaren tus hijos mi ley, y no anduvieren en mis juicios, si profanaren mis justicias, y no guardaren mis mandamientos, visitaré en vara sus maldades, y sus pecados con azotes. » Y por mostrar que este castigo era de Padre amoroso, y que no te olvidas de tu acostumbrada misericordia, añadiste diciendo: « Mas no apartaré ni quitaré dél mi misericordia, ni lo dañaré con mi justicia, » y cuando castigaste como Padre á Adan, lanzándole del paraíso de deleites, hicístele vestidura con que se defendiese del calor del verano, y se abrigase en el invierno. ¡O clementísimo y piadosísimo Señor, pues aun en los trabajos que nos das, y cuando nos azotas, muestras el grande amor que nos tienes! Pues si pongo los ojos en este mundo, veo que todo él se hizo para mí, y solo por amor de mí, y que cuantas cosas hay en él predican amor, y significan amor. Y si á todas estas cosas estás sorda, ánima mia, no es razon que lo estés á las voces que el Salvador te da en el Evangelio. De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito Hijo, porque todo el que creyere en él no se pierda, sino alcance vida eterna. Todas estas son señales de amor, y esta mas que ninguna de todas, como escribe aquel tan amado y amador de Dios su evangelista san Juan, diciendo: « En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene que nos dió á su Hijo, para que vivamos por él, y este beneficio con los demás son muestras del amor que Dios nos tiene, y son como centellas que saltan acá de fuera de aquel infinito y abrasado fuego de amor. » ¿Qué tanto mayor piensas debe ser aquel fuego escondido, pues las centellas que dél

Matth., 19.

Jer., 3.

Hebr., 12.

Psal., 88.

Gen., 3.

Joan., 3.

1. Joan., 4.

salen son tan grandes? ¡O Amor infinito, Amor grande y gracioso, digno de ser gratificado con amor! Danos, Señor, á sentir con todos los santos, la alteza y profundidad, y la anchura y largueza de este amor, porque por todas partes sea nuestro corazon herido y conquistado de tan grande amor.

## MEDITACION XXV.

### De la excelencia del Divino Amor.

La caridad con que nos amaste, clementísimo Señor, es una virtud que en respecto de las otras virtudes se ha como el oro en comparacion de los otros metales. Porque así como el oro excede á cualquier otro metal en valor, estima, y en hermosura, así excede la caridad en perfeccion y excelencia á las demás virtudes, las cuales si no están engastadas en caridad tienen poco ó ningun valor. Declara muy bien esto tu Santo Apóstol, diciendo: « Si hablare con lenguas de hombres, y de ángeles, y no tuviere caridad, soy como metal que suena. » No tienen ningun valor las otras virtudes sin la caridad, y todas ellas tienen dependencia de la caridad, y ella no la tiene de ninguna otra, antes ella sola incluye todas las virtudes. Da vida á la fe, con la esperanza seguramente confia, con la paciencia sufre, con la fortaleza vence, con la misericordia se compadece, con la mansedumbre calla, con la liberalidad reparte, y finalmente que á todas las virtudes ejercita: porque, como dice el Santo Apóstol, es paciente, benigna, no tiene emulacion, no hace mal, no se ensoberbece, no busca sus cosas, no burla de nadie, no piensa mal, no se goza con la maldad; antes se alegra con el bien, todo sufre, todo cree, todo espera, y todo lo sustenta. Todos estos son propios efectos de otras virtudes, las cuales tiene por anejos la caridad, como la experiencia nos lo muestra. En el amor natural, y tambien en el mundano, cuando un amigo quiere mucho á otro, luego se cree dél, y le fia cuanto tiene, y le da lo que tiene, y le perdona cualquier enojo, ó agravio, que haya recibido. No tiene envidia del bien que otro le hace, trabaja por contentarle, no le hace ninguna injuria, sufre por el amado grandes trabajos, acomete cualquier peligro, y es mayor la pena y dolor, que produce en él la compasion de la pasion ajena, que la misma pasion. Y así si aquella persona de cuyo amor es cautivo, tiene falta de alegría, él tiene sobrada tristeza: si tiene falta de salud, él está mas enfermo: si está pobre, él no está rico: si le ve en adversidades, él se tiene por atribulado. Pues si esto hace el amor mundano en el sujeto donde está, ¿cuanto mas al propio obrará esto el Amor Divino, si está dispuesto el sujeto por la gracia preveniente, y el término es el Sumo Bien, que es Dios, de donde mana toda perfeccion? ¡O fuerza grande, y excesivo poder, y vigor grande de este Santo Amor! ¿Qué cosa hay que aunque parezca imposible no puedas, y qué cosa tan-

1. Cor., 13.

Cant., 6.

ardua que no acometas, y qué cosa tan fuerte que no venzas? ¡ O poderosísimo amor, que eres mas fuerte que la muerte, y tanto mas fuerte que todas las cosas fuertes cuanto mas poderoso que todas las cosas poderosas, cuanto mas suave y blando que ninguna cosa del mundo! ¡ O admirable fuerza de amor, que no con hierro, ni con armas, no con mano armada, sino con una suave dulcedumbre ó con una dulce suavidad tienes las cosas debajo de tu imperio, y por admirable manera constriñes al mundo á tu servicio, y sobre todas las cosas tienes tributo. Bien sabemos, Señor, cuan opulenta, abastada y rica es tu casa, y cuan llena de riquezas divinas. No hay mayor riqueza entre todos tus celestiales tesoros, no hay mayor tesoro que tu Santo Amor, ni hay cosa mas preciosa, ni mas espléndida, ni mas de desear. Y pues esto es así, la mayor merced y beneficio que puedes hacer á un hombre es darle este tu Santo Amor. Pida quien quisiere á tí, mi Dios, el don de sabiduría, pida el don de profecía, pida humildad y castidad, y lo que él quisiere, que yo no quiero pedir para mí, sino tu Divino Amor, porque quien este tiene todo lo tiene. Este es el mayor bien que se puede desear, y el mayor don que se puede dar. Y la razon es, porque cualquier don que se me conceda, y cualquier beneficio que se me otorgue, no lo tengo en nada, si me niegas tu Amor Divino, con el cual te tengo de poseer, porque el amor tiene tal poder que hace que tú, Señor, seas mio, y mi posesion y mi heredad, y quien tuviere todo lo que puede tener, si no tiene amor de Dios no tiene fruicion de Dios. La fruicion divina y tu Santo Amor están tan hermanados que no puede haber fruicion donde no hay amor. ¿Luego qué aprovecha poseer todo lo que se posee, si no poseemos á tí, mi Dios? Porque así como no puedes dar otra cosa de mas valor que á tí mismo, tampoco puedes dar otra cosa mas preciosa que á tu amor, pues con él nos das á tí mismo en posesion. Posible es de tu potencia absoluta y plenario poderío que la vista y amor que tienen de tí los santos, las dádivas de arte que uno te vea y no te ame, y otro te ame y no te vea, y tenga conocimiento de tí : porque si no te conociese no te podria amar. Manifiesto está que en tal caso como este que ninguno de estos seria bienaventurado, porque el que ve tu Divina Majestad no goza del Sumo Bien que ve, porque no ama, y el que te ama y no te ve no puede sosegar ni descansar, hasta que vea distintamente lo que ama, y no puede haber bienaventuranza donde falta gozo y hay deseo : y aunque ninguno de estos dos tiene perfecta bienaventuranza, que consiste en amor y vision todo junto, pero si á mí me dieses á escoger, yo antes escogeria amarte sin verte que verte sin amarte. Porque no amándote no puedo poseerte enteramente, ni tener tu amistad, y amándote, aunque no te vea, puedo ser tu amigo, y agradar á tu Divina Majestad, lo cual sin amor es imposible. ¡ O Sumo Bien, ó Bondad infinita, dame tu Santo Amor, y haz de mí lo que quisieres! No hayas pues temor, ánima mia, por ser de fuego este carro de Elías, que es el Amor Santo y encendido que arrebata las almas y las lleva al cielo, pues los niños en Babilonia no le temieron, mas antes entraron en este fuego osadamente, y quemadas las ataduras andaban libres cantando y alabando en todas las criaturas á Dios. No

4. Reg., 2.
Dan., 2.

quema, sino da luz, este fuego del Santo Amor. O diremos que quema, y no quema, porque quemando las ataduras quita los lazos, consume las tribulaciones, y quita las cadenas de culpa. Mas no quema ni aun los cabellos de la cabeza á los niños, que se han hecho inocentes y limpios en las llamas encendidas de amor puro del benigno y dulce Jesus: de lo cual, como otro Nabucodonosor, se maravilla mucho nuestro adversario Satanás. Tal es el poder y fuerza del Divino fuego de amor, que purificando la sensualidad, la espiritualiza, y levanta á gozarse en tí, Señor, juntamente con el espíritu, segun aquello que dijo tu santo profeta: « Mi corazon y mi carne se gozarán en Dios vivo.» Cosa grande es haber subido la carne á tan alto grado espiritual, y estar tan sujeta al espíritu, que se goze á una con el alma en Dios; mas todo lo puede la gran fuerza del amor, el cual antes de la resurreccion, adonde será el entero dominio del espíritu á la carne, comienza el Amor Santo á dar un gusto de aquel deseado dia, haciendo paces por algun tiempo entre estos dos enemigos espíritu y cuerpo, cuya guerra nació del pecado.

Psal., 83.

## MEDITACION XXVI.

### Del beneficio de la Encarnacion.

Sabias muy bien, Señor, que la semejanza es causa de amor, y que no hay union de amor entre dos diferentes sujetos, no siendo en algo semejantes. ¡O Bondad infinita de mi Dios! ¿y qué lengua podrá decir las cosas que tú has hecho por ser amado de un vil gusanillo de tierra como yo? Beneficios sin cuenta hacias al hombre antes de tu Encarnacion, y visitábaslo con innumerables dones desde el cielo: porque atraido con tantos bienes, y viéndose tan obligado, pusiese su amor en tan magnífico Bienhechor, y viendo que todo esto no aprovechaba para que te amase, quisiste hacerte semejante á él, y ser hombre verdadero como él, porque por este camino granjeases su amor. Antes habia desemejanza, y en muchas cosas éramos diferentes, y de distintas y diversas propiedades: porque tú, Señor, eras impasible, invisible, inmortal, infinito, incomprehensible, y eterno, y nosotros pasibles, visibles, mortales, criaturas finitas y limitadas, comprehensibles, temporales y terrenas. Pero fué tan inefable tu Caridad y Amor que nos tienes, que siendo quien eres quisiste ser lo que nosotros somos, recibiendo en tu divino supuesto nuestra naturaleza humana, haciéndote hombre como nosotros, mortal y pasible, visible y semejante á nosotros, por ser de nosotros amado. Estás agora presente y visible en la humanidad que recibiste, y cuando fué menester que para mi redencion y vida te ausentases de mí y despues de tu muerte subieses al cielo, y te sentases á la diestra de Padre mi semejanza, quitando delante de mis ojos tu presencia corporal

entonces en la partida instituiste el Santísimo Sacramento del altar, porque teniendo siempre presente tu presencia corporal no pudiese olvidarme de tí. Apareciste en el mundo hombre verdadero, siendo Dios en semejanza de carne de pecado, en las penas que con ella tomaste, aunque no en la culpa, de la cual totalmente careciste, semejante á carne de pecado, por las penas y muertes que trajo el pecado al mundo, las cuales recibiste sin deberlas. De esta manera venciste al pecado, y con él á la muerte, que entró en el mundo por él, como quien con las ramas de un árbol pegase fuego al mismo árbol, para que, como dice tu Apóstol, del pecado naciese la destruicion y damnacion del pecado. ¡O buen Jesu, y cuanta mas razon tenemos nosotros de cantar tus alabanzas que las mujeres que cantaban las proezas de David, que degolló al gigante con sus propias armas! Tú, Señor, entraste en el campo con el soberbio demonio, contra quien nadie se atrevió, y con el báculo de tu cruz, y sufrimiento mas que de piedra, disimuladas las armas de tu Divinidad, lo derribaste, cortándole la cabeza con su mismo alfanje, que son los efectos del pecado, que son penas y muertes. Y así condenaste al pecado en la carne, dando tu Santísima Carne á las penas y muerte, por donde tu gloria fué mayor, y la afrenta del enemigo mas vergonzosa. En esto mostraste el grande amor que nos tienes, y descubriste los tesoros de tu infinita sabiduría, y mostraste al mundo tu alto poder. Cuando un nudo está bien dado, cuanto mas se tira por los extremos tanto mas fuertemente se aprieta. Así te anudaste, Señor, siendo Dios, con nuestra naturaleza humana, que tirando la muerte por los extremos entonces se apretó mas el nudo del amor para nunca mas se apartar, porque lo que una vez recibiste nunca lo dejaste, antes entonces mostraste mas el inmenso amor que nos tenias. De esta manera los que una vez se asen contigo por amor, antes dejan la vida, y la pierden, que desasirse, ni soltar el amor. ¿Qué pudiste, Señor, hacer por nosotros que no lo hayas hecho? Siendo tú inaccesible, y teniendo el cielo cerrado nuestros pecados, y no pudiendo con el peso de nuestras culpas llegar á tí, tuviste por bien, clementísimo Señor, de venir á nosotros en carne humilde: porque pudiesemos llegar á tu Divina Majestad, y gozar de tus misericordias. Cuando un toro bravo anda suelto y libre en el coso, pocos osan llegar á él; pero si fuere despues unido y atado, quien quiera se llega á él sin miedo. Antes que encarnases, Señor, y te vistieses de nuestra mortalidad, como á otro toro bravo no osaba nadie llegar á tí, y por amor de esto dijo Moisen al pueblo de Israel que ninguno se llegase á las raices del monte donde tú estabas cuando diste la ley, ni hombre, ni animal, porque no muriesen. Llegóse Oza, y tocó en el arca del testamento, y murió luego. Llegaron Nadab y Abiu, hijos de Aaron, y fueron punidos con arrebatada muerte, y llegó el rey Ozias, como no debia, y fué herido con lepra. Por eso dijo David, hablando de tí en el psalmo, que eras Dios de venganzas. Pero despues que te uniste con nuestra humana naturaleza, y te sometiste

Rom., 8.

Rom., 8.

1. Reg., 18.

1. Reg., 17.

Exod., 19.

2. Reg., 6.

Lev., 10,

2. Paral., 6.

Psal., 93.

al yugo de la mortalidad, haciéndote hombre, dice el Evangelio que se llegaban á tí publicanos y pecadores, y que comias con ellos. No solo no los desechabas, ni los matabas, mas antes con benignidad los recibias, y misericordiosamente les perdonabas sus pecados, y amorosamente los consolabas. No huyas pues, ánima mia, no huyas de tu Esposo Jesucristo : porque aunque estés fea, y ensuciada con pecados, para lavar tus inmundicias, y perdonar tus culpas, viene el Señor del cielo á la tierra en semejanza de carne de pecado. ¿Quién hizo tanto por alguna mujer como Cristo por la naturaleza humana? Si un rey muy poderoso enamorado de una negra cautiva tanto la amase que no solo la rescatase, mas aun se casase con ella, ¿no seria este excesivo amor? y si no contento con esto quisiese morir por los delitos della, ¿qué mayor amor? ¡O Esposo de mi alma, Príncipe de la gloria, y Rey del cielo, que todo esto hiciste por mí, pues tanto me amaste que no solo me rescataste, pero haciéndote hombre te desposaste en el tálamo virginal con la naturaleza humana en indisoluble matrimonio, y así la ensalzaste, igualándola contigo, que lo que se dice de tí en cuanto Dios, que eres Criador, impasible y omnipotente, se dice Dios hecho Hombre, y lo que se dice en cuanto Hombre se dice de Dios que muere, padece, y es sepultado, por comunicacion de los títulos y nombres, y no paró en esto tu inefable amor, pues quisiste morir por mis culpas y pecados! Murmuraban Aaron y María de su hermano Moisen porque se habia casado con una etiopisa. ¿Pues qué dijeran si muriera por ella? Mas tú, Señor, no solo en tu Encarnacion Santísima te nos diste hecho hombre, pero aun quisiste en la cruz perder tu vida por darnos vida.

Luc., 15.

Num., 12.

FRAY

# LUIS DE LEON.[1]

## LA PERFECTA CASADA.

### A DOÑA MARIA VARELA OSORIO.

### INTRODUCCION.

**En que se habla de las leyes y condiciones del estado del matrimonio, y de la estrecha obligacion que corre á la casada de emplearse en el cumplimiento de ellas.**

Este nuevo estado en que Dios ha puesto á vuestra merced sujetándola á las leyes del santo matrimonio, aunque es como camino real, mas abierto y menos trabajoso que otros, pero no carece de sus dificultades y malos pasos: y es camino adonde se estropieza tambien, y se peligra y yerra, y que tiene necesidad de guia, como los demás. Porque el servir al marido, y el gobernar la familia, y la crianza de los hijos, y la cuenta que juntamente con esto se debe al temor de Dios, y la guarda y limpieza de la conciencia (todo lo cual pertenece al estado y oficio de la mujer que se casa), obras son que cada una de por sí pide mucho cui-

(1) Nació en Granada en 1527; tomó el hábito de la órden de san Agustin en 1543, en Salamanca, y falleció en Madrigal el dia 23 de agosto á los sesenta y cuatro años de su edad.

Las principales obras suyas que se conservan son: 1ª *Los Nombres de Cristo*, — 2ª *La explicacion del cántico de Salomon*, — 3ª *La exposicion sobre el Salmo XXVI*, — 4ª *La exposicion sobre el profeta Abdias*, — 5ª *La exposicion sobre la epístola de san Pablo á los Gálatas*, — 6ª *La Perfecta Casada*, — 7ª *La exposicion del libro de Job* — y un gran número de *Poesías*, sin contar algunos tratados en latin. De todas ellas publicó una excelente edicion en Madrid, á principios de este siglo, el sapientísimo padre maestro fray Antolin Merino, de la órden de san Agustin.

Hay noticia de que fray Luis de Leon compuso otras obras, que desgraciadamente no han llegado hasta nosotros: entre ellas debemos lamentar con particularidad la que escribió con el título de El *Perfecto Predicador*, de que hizo memoria el maestro Valdivieso en la aprobacion que dió en Madrid en 1629 á las obras poéticas de nuestro autor.

Ya se le considere como prosista, ya como poeta, fray Luis de Leon es una de las mas altas glorias de nuestra literatura. Las mas generalmente apreciadas de sus obras en prosa son la *Perfecta Casada*, que publicamos íntegra, y los *Nombres de Cristo*. El maestro Leon es reputado al par de nuestros primeros poetas líricos. En el género sagrado ninguno le iguala. A él pertenecen todas las poesías suyas que insertamos en esta obra.

dado, y que todas juntas, sin particular favor del cielo, no se pueden cumplir. En lo cual se engañan muchas mujeres, que piensan que el casarse no es mas que dejar la casa del padre y pasarse á la del marido, y salir de servidumbre, y venir á libertad y regalo. Y piensan que con parir un hijo de cuando en cuando, y con arrojarle luego de sí en los brazos de una ama, son cabales y perfectas mujeres. Y dado que el buen juicio de vuestra merced y la inclinacion á toda virtud, de que Dios la dotó, me aseguran para no temer que será como alguna de estas que digo, todavía el entrañable amor que la tengo, y el deseo de su bien que arde en mí, me despiertan para que la provea de algun aviso, y para que la busque y encienda alguna luz, que sin engaño ni error alumbre y enderece sus pasos, por todos los malos pasos deste camino, y por todas las vueltas y rodeos dél. Y como suelen los que han hecho una larga navegacion, ó los que han peregrinado por lugares extraños, que á sus amigos, los que quieren emprender la misma navegacion y camino, antes que lo comiencen, y antes que partan de sus casas, con diligencia y cuidado les dicen menudamente los lugares por donde han de pasar, y las cosas de que se han de guardar, y los aperciben de todo aquello que entienden les será necesario, así yo en esta jornada, que tiene vuestra merced comenzada, la enseñaré, no lo que me enseñó á mí la experiencia pasada, porque es ajeno de mi profesion, sino lo que he aprendido en las sagradas letras, que es enseñanza del Espíritu Santo. En las cuales como en una tienda comun, y como en un mercado público y general, para el uso y provecho general de todos los hombres, pone la piedad y Sabiduría Divina copiosamente todo aquello que es necesario, y conviene á cada un estado: y señaladamente en este de las casadas se revee y desciende tanto á lo particular dél, que llega hasta, entrándose por sus casas, ponerles la aguja en la mano, y ceñirles la rueca, y menearles el huso entre los dedos. Porque á la verdad, aunque el estado del matrimonio en grado y perfeccion es menor que el de los continentes ó vírgines: pero por la necesidad que hay dél en el mundo, para que se conserven los hombres, y para que salgan dellos los que nacen para ser hijos de Dios, y para honrar la tierra, y alegrar el cielo con gloria, fué siempre muy honrado y privilegiado por el Espíritu Santo en las letras sagradas. Porque dellas sabemos que este estado es el primero y mas antiguo de todos los estados, y sabemos que es vivienda no inventada despues que nuestra naturaleza se corrompió por el pecado, y fué condenada á la muerte, sino ordenada luego en el principio, cuando estaban los hombres enteros y bienaventuradamente perfectos en el paraíso. Ellas mismas nos enseñan que Dios por su persona concertó el primer casamiento que hubo, y que les juntó las manos á los dos primeros casados, y los bendijo, y fué juntamente, como si dijésemos, el casamentero y el sacerdote. Allí vemos que la primera verdad que en ellas se escribe haber dicho Dios para nuestro enseñamiento, y la doctrina primera que salió de su boca, fué la aprobacion de este ayuntamiento, diciendo: «No es bueno que el hombre esté solo.» Y no solo en los libros del viejo Testamento, adonde el ser estéril era maldi-

Gen., 2.

cion, sino tambien en los del nuevo, en los cuales se aconseja, y como apregona generalmente, y como á son de trompeta, la continencia y virginidad, al matrimonio le son hechos nuevos favores. Cristo nuestro bien, con ser la flor de la virginidad, y sumo amador de la virginidad y limpieza, es convidado á unas bodas, y se halla presente á ellas, y come en ellas, y las santifica, no solamente con la majestad de su presencia, sino con uno de sus primeros y señalados milagros. Joan., 2. El mismo, habiéndose enflaquecido la ley conjugal, y como aflojádose en cierta manera el estrecho ñudo del matrimonio, y habiendo dado entrada los hombres á muchas cosas ajenas de la limpieza, y firmeza, y unidad que se le debe, así que habiéndose hecho el tomar un hombre mujer poco mas que recibir una moza de servicio á soldada por el tiempo que bien le estuviese, el mismo Cristo, entre las principales partes de su doctrina, y entre las cosas para cuyo remedio habia sido enviado de su Padre, puso tambien el reparo deste vínculo santo, y así le restituyó en el antiguo y primero grado. Matth., 19. Y, lo que sobre todo es, hizo del casamiento, que tratan los hombres entre sí, significacion y sacramento santísimo del lazo de amor, con que él se ayunta á las almas: y quiso que la ley matrimonial del hombre con la mujer fuese como retrato é imágen viva de la unidad dulcísima y estrechísima que hay entre él y su Iglesia, y así ennobleció el matrimonio con riquísimos dones de su gracia y de otros bienes del cielo. Ephes., 5. De arte que el estado de los casados es estado noble y santo, y muy preciado de Dios: y ellos son avisados muy en particular, y muy por menudo, de lo que les conviene en las sagradas letras por el Espíritu Santo, el cual, por su infinita bondad, no se desdeña de poner los ojos en nuestras bajezas, ni tiene por vil ó menuda ninguna cosa de las que á nuestro provecho hacen. Pues entre otros muchos lugares de los divinos libros, que tratan de esta razon, el lugar mas propio, y adonde está como recapitulado, ó todo, ó lo mas que á este negocio en particular pertenece, es el último capítulo de los Proverbios, adonde Dios, por boca de Salomon, rey y profeta suyo, y como debajo de la persona de una mujer, madre del mismo Salomon, cuyas palabras él pone y refiere, con hermosas razones pinta acabadamente una virtuosa casada, con todos sus colores y partes, para que las que lo pretenden ser (y débenlo pretender todas las que se casan) se miren en ella, como en un espejo clarísimo, y se avisen, mirándose allí, de aquello que les conviene, para hacer lo que deben. Y así, conforme á lo que suelen hacer los que saben de pintura, y muestran algunas imágenes de excelente labor á los que no entienden tanto del arte, que les señalan los lejos, y lo que está pintado como cercano, y les declaran las luces, y las sombras, y la fuerza del escorzado, y con la destreza de las palabras hacen que lo que en la tabla parecia estar muerto viva ya y casi bulla, y se menee en los ojos de los que lo miran: ni mas ni menos, mi oficio, en esto que escribo, será presentar á vuestra merced esta imágen, que he dicho, labrada por Dios, y ponérsela delante la vista, y señalarle con las palabras, como con el dedo, cuanto en mí fuere, sus hermosas

figuras, con todas sus perfecciones, y hacerle que vea claro lo que con grandísimo artificio el saber y mano de Dios puso en ella encubierto. Pero antes que venga á esto, que es declarar las leyes y condiciones que tiene sobre sí la casada, será bien que entienda vuestra merced la estrecha obligacion que tiene á emplearse en el cumplimiento dellas, aplicándose toda á ellas con ardiente deseo. Porque, como en cualquier otro negocio y oficio que se pretende, para salir bien con él son necesarias dos cosas: la una el saber lo que es, y las condiciones que tiene, y aquello en que principalmente consiste; y la otra el tenerle verdadera aficion: así en esto, que vamos tratando, primero que hablemos con el entendimiento, y le descubramos lo que este oficio es, con todas sus cualidades y partes, convendrá que inclinemos la voluntad á que ame el saberlas, y á que sabidas se quiera aplicar á ellas. En lo cual no pienso gastar muchas palabras, ni para con vuestra merced que es de su natural inclinada á bueno será menester, porque al que teme á Dios, para que desee y procure satisfacer á su estado, bástale saber que Dios se lo manda, y que lo propio y particular que pide á cada uno es que responda á las obligaciones de su oficio, cumpliendo con la suerte que le ha cabido, y que si en esto falta, aunque en otras cosas se adelante y señale, le ofende. Porque, como en la guerra el soldado que desampara su puesto no cumple con su capitan, aunque en otras cosas le sirva, y como en la comedia silban los miradores al que es malo en la persona que representa, aunque en la suya sea muy bueno, así los hombres, que se descuidan de sus oficios, aunque en otras virtudes sean cuidadosos, no contentan á Dios. ¿Tendria vuestra merced por su cocinero, y daríale su salario, al que no supiese salar una olla, y tocase bien un discante? Pues así no quiere Dios en su casa al que no hace el oficio en que le pone.

Luc., 14. Dice Cristo en el Evangelio que cada uno tome su cruz; no dice que tome la ajena, sino manda que cada uno se cargue de la suya propia. No quiere que la religiosa se olvide de lo que debe al ser religiosa, y se cargue de los cuidados de la casada: ni le place que la casada se olvide del oficio de su casa, y se torne monja. El casado agrada á Dios en ser buen casado, y en ser buen religioso el fraile; y el mercader en hacer debidamente su oficio; y aun el soldado sirve á Dios en mostrar en los tiempos debidos su esfuerzo, y en contentarse con su sueldo, como lo dice san Juan. Y la cruz,

Joan., 3. que cada uno ha de llevar, y por donde ha de llegar á juntarse con Cristo, propiamente es la obligacion y la carga que cada uno tiene por razon del estado en que vive. Y quien cumple con ella cumple con Dios, y sale con su intento, y queda honrado é ilustre, y como por el trabajo de la cruz alcanza el descanso que merece. Mas al revés, quien no cumple con esto, aunque trabaje mucho en cumplir con los oficios, que él se toma por su voluntad, pierde el trabajo y las gracias. Mas es la ceguedad de los hombres tan miserable y tan grande, que con no haber duda en esta verdad, como si fuera al revés, y como si nos fuera vedado el satisfacer á nuestros oficios, y el ser aquellos mismos que profesamos ser, así tenemos enemistad con ellos, y huimos

dellos, y metemos todas las velas de nuestra industria y cuidado en hacer los ajenos. Porque verá vuestra merced algunas personas de profesion religiosas, que como si fuesen casadas todo su cuidado es gobernar las casas de sus deudos, ó de otras personas que ellas por su voluntad han tomado á su cargo; y que si se recibe ó se despide el criado ha de ser por su mano dellas, y si se cuelga la casa en invierno lo mandan ellas primero. Y, por el contrario, en las casadas hay otras, que como si sus casas fuesen de sus vecinas, así se descuidan dellas, y toda su vida es el oratorio, y el devocionario, y el calentar el suelo de la iglesia tarde y mañana: y piérdese entretanto la moza, y cobra malos siniestros la hija, y la hacienda se hunde, y vuélvese demonio el marido. Y si el seguir lo que no son les costase menos trabajo que el cumplir con aquello que deben ser, tendrian estas algun color de disculpa: ó si habiéndose desvelado mucho en aquesto, que escogen por su querer, saliesen perfectamente con ello, era consuelo en alguna manera; pero es al revés, que ni el religioso, aunque mas trabaje, gobernará, como se debe, la vida del hombre casado; ni jamás el casado llegará á aquello que es ser religioso. Porque, así como la vida del monasterio, y las leyes y observancias, y todo el trato y asiento de la vida monástica favorece y ayuda al vivir religioso, para cuyo fin todo ello se ordena: así, al que siendo fraile se olvida del fraile, y se ocupa en lo que es el casado, todo ello le es estorbo y embarazo muy grave. Y como sus intentos y pensamientos, y el blanco adonde se enderezan, no es monasterio, así estropieza y ofende en todo lo que es monasterio, en la portería, en el claustro, en el coro y silencio, en la aspereza y humildad de la vida. Por lo cual le conviene, ó desistir de su porfía loca, ó romper por medio de un escuadron de duras dificultades, y subir, como dicen, el agua por una torre. Por la misma manera, el estilo de vivir de la mujer casada como la convida y alienta á que se ocupe en su casa, así por mil partes la retrae de lo que es ser monja ó religiosa. Y así los unos y los otros, por no querer hacer lo que propiamente les toca, y por quererse señalar en lo que no les atañe, faltan á lo que deben, y no alcanzan lo que pretenden, y trabajan incomparablemente mas de lo que fuera si trabajáran en hacerse perfectos cada uno en su oficio, y queda su trabajo sin fruto y sin luz. Y como en la naturaleza los monstruos que nacen con partes y miembros de animales diferentes no se conservan ni viven, así esta monstruosidad de diferentes estados en un compuesto, el uno en la profesion, y el otro en las obras, los que la siguen no se logran en sus intentos. Y como la naturaleza aborrece los monstruos, así Dios huye destos, y los abomina. Y por esto decia en la ley vieja que ni en el campo se pusiesen semillas diferentes, ni en la tela fuese la trama de uno y estambre de otro, ni menos se le ofreciese en sacrificio el animal que hiciese vivienda en agua y en tierra. Pues asiente vuestra merced en su corazon con entera firmeza que el ser amiga de Dios es ser buena casada, y que el bien de su alma está en ser perfecta en su estado, y que el trabajar en ello y el desvelarse es ofrecer á Dios un sacrificio aceptísimo de sí misma.

Lev., 19.

Deut., 14.

Y no digo yo, ni me pasa por pensamiento, que el casado ó alguno han de carecer de oracion, sino digo la diferencia que ha de haber entre las buenas, religiosa y casada. Porque en aquella el orar es todo su oficio, en esta ha de ser medio el orar, para que mejor cumpla su oficio. Aquella no quiso el marido, y negó el mundo, y despidióse de todos, para conversar siempre y desembarazadamente con Cristo: esta ha de tratar con Cristo para alcanzar dél gracia y favor con que acierte á criar el hijo, y á gobernar bien la casa, y á servir, como es razon, al marido. Aquella ha de vivir para orar continuamente: esta ha de orar para vivir como debe. Aquella aplace á Dios, regalándose con él: esta le ha de servir trabajando en el gobierno de su casa por él. Mas considere vuestra merced cómo reluce aquí la grandeza de la divina bondad, que se tiene por servido de nosotros con aquello mismo que es provecho nuestro. Porque á la verdad, cuando no hubiera otra cosa que inclinara la casada á hacer el deber, si no es la paz y sosiego, y gran bien, que en esta vida sacan é interesan las buenas de serlo, esto solo bastaba. Porque sabida cosa es que cuando la mujer asiste á su oficio, el marido la ama; y la familia anda en concierto, y aprenden virtud los hijos, y la paz reina, y la hacienda crece. Y como la luna llena en las noches serenas se goza, rodeada y como acompañada de clarísimas lumbres, las cuales todas parece que avivan sus luces en ella, y que la remiran y reverencian, así la buena en su casa reina y resplandece, y convierte á sí juntamente los ojos y los corazones de todos. El descanso y la seguridad la acompaña adonde quiera que endereza sus pasos, y á cualquiera parte que mira encuentra con el alegría y con el gozo. Porque, si pone en el marido los ojos descansa en su amor, si los vuelve á sus hijos alégrase con su virtud, halla en los criados bueno y fiel servicio, y en la hacienda provecho y acrecentamiento, y todo le es gustoso y alegre: como al contrario á la que es mala casera todo se le convierte en amarguras, como se puede ver por infinitos ejemplos. Pero no quiero detenerme en cosa, por nuestros pecados, tan clara, ni quiero sacar á vuestra merced de su mismo lugar. Vuelva los ojos por sus vecinos y naturales, y revuelva en su memoria lo que de otras casas ha oido. ¡De cuántas mujeres sabe que por no tener cuenta con su estado, y tenerla con sus antojos, están con sus maridos en perpetua lid y desgracia! ¡Cuantas ha visto lastimadas y afeadas con los desconciertos de sus hijos y hijas, con quien no quisieron tener cuenta! ¡Cuantas yacerán en estrema pobreza, porque no atendieron á la guarda de sus haciendas, ó por mejor decir porque fueron la perdicion y la polilla de ellas! Ello es así, que no hay cosa mas rica, ni mas feliz, que la buena mujer; ni peor, ni mas desastrada, que la casada, que no lo es: y lo uno y lo otro nos enseña la sagrada Escritura. De la buena dice así: «El marido de la mujer buena es dichoso, y vivirá doblados dias; y la mujer de valor pone en su marido descanso, y cerrará los años de su vida con paz. La mujer buena es suerte buena, y como premio de los que temen á Dios la dará Dios al hombre por sus buenas obras. El bien de la mujer diligente deleitará á su marido, y hinchará de grosura sus huesos. Don grande de Dios es el trato bueno

Eccl., 6.

suyo : bien sobre bien, y hermosura sobre hermosura, es una mujer que es santa y honesta. Como el sol que nace parece en las alturas del cielo, así el rostro de la buena adorna y hermosea su casa. » Y de la mala dice por contraria manera : « La zelosa es dolor de corazon y llanto continuo, y el tratar con la mala es tratar con los escorpiones. Casa que se llueve es la mujer rencillosa, y lo que turba la vida es casarse con una aborrecible. La tristeza del corazon es la mayor herida, y la maldad de la mujer es todas las maldades. Toda llaga, y no de corazon : todo mal, y no mal de mujer. No hay cabeza peor que la cabeza de la culebra, ni ira que iguale á la de la mujer enojada. Vivir con leones y con dragones mas es pasadero que hacer vida con la mujer que es malvada. Todo mal es pequeño en comparacion de la mala; á los pecadores les caiga tal suerte. Cual es la subida arenosa para los piés ancianos, tal es para el modesto la mujer deslenguada. Quebranto de corazon y llaga mortal es la mala mujer. Cortamiento de piernas, y descaimiento de manos, es la mujer que no da placer á su marido. La mujer dió principio al pecado, y por su causa morimos todos. » Y por esta forma otras muchas razones. Y acontece en esto una cosa maravillosa, que siendo las mujeres de su cosecha gente de gran pundonor, apetitosas de ser preciadas y honradas, como son todos los de ánimo flaco, y gustando de vencerse entre sí unas á otras aun en cosas menudas y de niñería, no se precian, antes se descuidan y olvidan, de lo que es su propia virtud y loa. Gusta una mujer de parecer mas hermosa que otra, y aun si su vecina tiene mejor basquiña, ó si por ventura saca mejor invencion de tocado, no lo pone á paciencia : y si en el ser mujer de su casa le hace ventaja, no se acuita, ni se duele, antes hace caso de honra sobre cualquier menudencia, y solo aquesto no estima. Como sea así, que el ser vencida en aquello no le daña, y el no vencer en esto la destruye : con ser así, que aquello no es su culpa, y aquesto destruye todo el bien suyo y de su casa: y con ser así, que el loor, que por aquello se alcanza, es ligero y vano loor y loor, que antes que nazca perece, y tal que, si hablamos con verdad, no merece ser llamado loor; y por el contrario la alabanza maciza, y que tiene verdaderas raices, y que florece por las bocas de los buenos juicios, y que no se acaba con la edad, ni con el tiempo se gasta, antes con los años crece, y la vejez la renueva, y el tiempo la esfuerza, y la eternidad se espeja en ella, y la envia mas viva siempre y mas fresca por mil vueltas de siglos. Porque á la buena mujer su familia la reverencia, y sus hijos la aman, y su marido la adora, y los vecinos la bendicen, y los presentes y los venideros la alaban y ensalzan. Y á la verdad, si hay debajo de la luna cosa que merezca ser estimada y preciada, es la mujer buena : y en comparacion della el sol mismo no luce, y son escuras las estrellas : y no sé yo joya de valor, ni de loor, que ansí levante y hermosee con claridad y resplandor á los hombres, como es aquel tesoro de inmortales bienes de honestidad, de dulzura, de fe, de verdad, de amor, de piedad y regalo, de gozo y de paz, que encierra y contiene en sí una buena mujer, cuando se la da por compañera su buena dicha. Que

Eccl., 26.
Prov., 19.
Ibid., 30.
Eccli., 25.

Eur., in Hecuba. si Euripides, escritor sabio, parece que á bulto dice de todas mal, y dice que si alguno de los pasados dijo mal dellas, y de los presentes lo dice, ó si lo dijeren los que vinieren despues, todo lo que dijeron, y dicen, y dirán, él solo quiere decir y dice. Así que si esto dice no lo dice en su persona, y la que lo dice tiene justa disculpa en haber sido Medea la ocasion de que lo dijese. Mas ya que habemos llegado aquí, razon es que callen mis palabras, y que comiencen á sonar las del Espíritu Santo, el cual, en la doctrina de las buenas mujeres, que pone en los Proverbios, y yo ofrezco ahora aquí á vuestra merced, comienza destos mismos loores en que yo ahora acabo, y dice en pocas razones lo que ninguna lengua pudiera decir en muchas, y dice desta manera:

Prov., 31.

## CAPITULO I.

**Algunas advertencias del autor para entrar á tratar de la materia.**

« *¿ Quién hallará mujer de valor? raro y extremado es su precio.* »

(Prov., 31, v. 10.)

Pero antes que comencemos, nos conviene presuponer que en este capítulo el Espíritu Santo, así es verdad que pinta una buena casada, declarando las obligaciones que tiene, que tambien dice y significa, y como encubre debajo desta pintura, cosas mayores y de mas alto sentido que pertenecen á toda la Iglesia. Porque se ha de entender que la sagrada Escritura, que es habla de Dios, es como una imágen de la condicion y naturaleza de Dios. Y así como la divinidad es juntamente una perfeccion sola, y muchas perfecciones diversas; una en sencillez, y muchas en valor y eminencia: así la santa Escritura por unas mismas palabras dice muchas y diferentes razones, y, como lo enseñan los santos, en la sencillez de una misma sentencia encierra gran preñez de sentidos. Y como en Dios todo lo que hay es bueno, así en su Escritura todos los sentidos, que puso en ella el Espíritu Santo, son verdaderos. Por manera que el seguir el un sentido no es desechar el otro; ni menos el que en estas sagradas letras, entre muchos y verdaderos entendimientos, que tienen, descubre uno dellos y le declara, no por eso ha de ser tenido por hombre que desecha los otros entendimientos. Pues digo que en este capítulo Dios, por la boca de Salomon, por unas mismas palabras hace dos cosas. Lo uno instruye y ordena las costumbres; lo otro profetiza misterios secretos. Las costumbres, que ordena, son de la casada; los misterios, que profetiza, son ingenio, y las condiciones, que habia de poner en su Iglesia, de quien habla, como en figura de una mujer de su casa. En esto postrero da luz á lo que se ha de creer; en lo primero en-

seña lo que se ha de obrar. Y porque aquesto solo es lo que hace ahora á nuestro propósito, por eso hablaremos dello aquí solamente, y procuraremos cuanto nos fuere posible sacar á luz, y poner como delante de los ojos, todo lo que hay en esta imágen de virtud, que Dios aquí pinta. Dice pues:

## CAPITULO II.

**Cuanto es menester para que una mujer sea perfecta, y lo que debe procurarlo ser la que es casada.**

*« ¿Mujer de valor quién la hallará? raro y extremado es su precio. »*

(Prov., 31, v. 10.)

Propone luego al principio aquello de que ha de decir, que es la doctrina de una mujer de valor, esto es, de una perfecta casada, y loa lo que propone, ó por mejor decir propone loándolo, para despertar desde luego y encender en ellas aqueste deseo honesto y virtuoso. Y porque tuviese mayor fuerza el encarecimiento, pónelo por via de pregunta, diciendo: « ¿Mujer de valor quién la hallará? » Y en preguntarlo, y decirlo así, dice que es dificultoso el hallarla, y que son pocas las tales. Y así la primera loa que da á la buena mujer es decir della que es cosa rara, que es lo mismo que llamarla preciosa y excelente cosa, y digna de ser muy estimada, porque todo lo raro es precioso. Y que sea aqueste su intento, por lo que luego añade se ve: « Alejado y extremado, » dice, « es su precio. » O como dice el original en el mismo sentido: « Mas, y allende, y muy alejado sobre las piedras preciosas el precio suyo. » De manera que el hombre que acertare con una mujer de valor, se puede desde luego tener por rico y dichoso, entendiendo que ha hallado una piedra oriental, ó un diamante finísimo, ó una esmeralda, ú otra alguna piedra preciosa de inestimable valor. Así que esta es la primera alabanza de la buena mujer, decir que es dificultosa de hallar. Lo cual así es alabanza de las buenas, que es aviso para conocer generalmente la flaqueza de todas. Porque no seria mucho ser una buena, si hubiese muchas buenas, ó si en general no fuesen muchos sus siniestros malos. Los cuales son tantos á la verdad, y tan extraordinarios, y diferentes entre sí, que con ser un linaje y especie, parecen de diversas especies. Que como burlando en esta materia, ó Focilides ó Simonides solia decir: « En ellas solas se ven el ingenio, y las mañas de todas las suertes de cosas, como si fueran de su linaje. Que unas hay cerriles y libres como caballos, y otras resabidas como raposas, otras labradoras, otras mudables á todos colores, otras pesadas como hechas de tierra, y por esto la que entre tantas diferencias de mal acierta á ser buena merece ser alabada mucho. » Mas veamos

Apud Stobæum, serm. 73.

por qué causa el Espíritu Santo á la buena mujer la llama mujer de valor, y despues veremos con cuanta propiedad la compara y antepone á las piedras preciosas. Lo que aquí decimos, mujer de valor, y pudiéramos decir mujer varonil, como Sócrates, acerca de Xenofon, llama á las casadas perfectas, así que esto decimos varonil, ó valor, en el original es una palabra de grande significacion y fuerza, y tal que apenas con muchas muestras se alcanza todo lo que significa. Quiere decir virtud de ánimo, y fortaleza de corazon, industria, y riquezas, y poder, y aventajamiento; y finalmente un ser perfecto y cabal en aquellas cosas, á quien esta palabra se aplica: y todo esto atesora en sí la que es buena mujer, y no lo es, si no lo atesora. Y para que entendamos que es esto verdad, la nombra el Espíritu Santo con este nombre, que encierra en sí tanta variedad de tesoro. Porque, como la mujer sea de su natural flaca y deleznable, mas que ningun otro animal, y de su costumbre é ingenio una cosa quebradiza y melindrosa; y como la vida casada sea vida sujeta á muchos peligros, y donde se ofrecen cada dia trabajos y dificultades muy grandes, y vida ocasionada á continuos desabrimientos y enojos, y, como dice san Pablo, vida adonde anda el ánimo, y el corazon dividido, y como enajenado de sí, acudiendo ahora á los hijos, ahora al marido, ahora á la familia y hacienda; para que tanta flaqueza salga con victoria de contienda tan dificultosa y tan larga, menester es que la que ha de ser buena casada esté cercada de un tan noble escuadron de virtudes como son las virtudes que habemos dicho, y las que en sí abraza la propiedad de aquel nombre. Porque lo que es harto para que un hombre salga bien con el negocio que emprende, no es bastante para que una mujer responda como debe á su oficio: y cuanto el sugeto es mas flaco, tanto para arribar con una carga pesada tiene necesidad de mayor ayuda y favor. Y como cuando en una materia dura, y que no se rinde al hierro ni al arte, vemos una figura perfectamente esculpida, decimos y conocemos que era perfecto y extremado en su oficio el artífice que la hizo, y que con la ventaja de su artificio venció la dureza no domable del sujeto duro, así, y por la misma manera, el mostrarse una mujer la que debe entre tantas ocasiones y dificultades de vida, siendo de suyo tan flaca, es clara señal de un caudal de rarísima y casi heróica virtud. Y es argumento evidente que cuanto en la naturaleza es mas flaca, tanto en valor del ánimo y en su virtud es mayor y mas aventajada. Y esta misma es la causa tambien por donde, como lo vemos por la experiencia, y como la historia nos lo enseña en no pocos ejemplos, cuando alguna mujer acierta á señalarse en algo de lo que es de loor, vence en ello á muchos hombres, de los que se dan á lo mismo. Porque cosa de tan poco ser, como es esto que llamamos mujer, nunca ni emprende ni alcanza cosa de valor, ni de ser, si no es porque la inclina á ello, y la despierta y alienta, alguna fuerza de increible virtud, que, ó el cielo ha puesto en su alma, ó algun don de Dios singular. Que pues vence su natural, y sale como rio de madre, debemos necesariamente entender que tiene en sí grandes acogidas de bien. Por manera que con grandísima verdad, y significacion de loor, el Espí-

Mem. sive de Adm. dom., lib. 5.

1. Cor., 7.

ritu Santo á la mujer buena no la llamó como quiera buena, ni dijo ó preguntó: ¿Quién hallará una buena mujer? sino llamóla mujer de valor, y usó en ello de una palabra tan rica y tan significante como es la original que dijimos, para decirnos que la mujer buena es mas que buena, y que esto que nombramos bueno es una medianía de hablar que no allega á aquello excelente que ha de tener y tiene en sí la buena mujer. Y que para que un hombre sea bueno, le basta un bien mediano; mas en la mujer ha de ser negocio de muchos y muy subidos quilates: porque no es obra de cualquier oficial, ni lance ordinario, ni bien que se halla á do quiera, sino artificio primo y bien incomparable, ó, por mejor decir, un amontonamiento de riquísimos bienes. Y este es el primer loor que le da el Espíritu Santo, y con este viene como nacido el segundo, que es compararla á las piedras preciosas, en lo cual, como en una palabra, acaba de decir cabalmente todo lo que en esto, de que vamos hablando, se encierra. Porque, así como el valor de la piedra preciosa es de subido y extraordinario valor, así el bien de una buena tiene subidos quilates de virtud. Y como la piedra preciosa en sí es poca cosa, y por la grandeza de la virtud secreta cobra gran precio, así lo que en el sujeto flaco de la mujer pone estima de bien es grande y raro bien. Y como en las piedras preciosas la que no es muy fina no es buena, así en las mujeres no hay medianía ni es buena la que no es mas que buena. Y de la misma manera que es rico un hombre que tiene una preciosa esmeralda, ó un rico diamante, aunque no tenga otra cosa, y el poseer estas piedras no es poseer una piedra, sino poseer en ella un tesoro abreviado, así una buena mujer no es una mujer, sino un monton de riquezas, y quien la posee es rico con ella sola, y sola ella le puede hacer bienaventurado y dichoso. Y del modo que la piedra preciosa se trae en los dedos, y se pone delante los ojos, y se asienta sobre la cabeza, para hermosura y honra della, y el dueño tiene allí juntamente arreo en la alegría y socorro en la necesidad, ni mas ni menos á la buena mujer el marido la ha de querer mas que á sus ojos y la ha de traer sobre su cabeza, y el mejor lugar del corazon dél ha de ser suyo, ó por mejor decir todo su corazon y su alma: y ha de entender que en tenerla tiene un tesoro general para todas las diferencias de tiempos, y que es varilla de virtud, como dicen, que en toda sazon y coyuntura responderá con su gusto, y le hinchirá su deseo, y que en la alegría tiene en ella compañía dulce, con quien acrecentará su gozo, comunicándolo, y en la tristeza amoroso consuelo, y en las dudas consejo fiel, y en los trabajos regalo, y en las faltas socorro, y medicina en las enfermedades, acrecentamiento para su hacienda, guarda de su casa, maestra de sus hijos, provisora de sus excesos, y finalmente en las veras y burlas, en lo próspero y adverso, en la edad florida, y en la vejez cansada, y por el proceso de toda la vida, dulce amor, y paz, y descanso. Hasta aquí llegan las alabanzas que da Dios á aquesta mujer; veamos ahora lo que despues desto se sigue.

## CAPITULO III.

Qué confianza ha de engendrar la buena mujer en el pecho del marido: y de como pertenece al oficio de la casada la guarda de la hacienda, que consiste en que no sea gastadora.

*« Confia en ella el corazon de su marido, no le harán mengua los despojos. »*

(Prov., 31, v. 11.)

Despues que ha propuesto el sujeto de su razon, y nos ha aficionado á él, alabándolo, comienza á especificar las buenas partes dél, y aquello de que se compone y perficiona, para que asentando los piés las mujeres en aquestas pisadas, y siguiendo estos pasos, lleguen á lo que es una perfecta casada. Y porque la perfeccion del hombre en cualquier estado suyo consiste principalmente en el bien obrar, por eso el Espíritu Santo no pone aquí por partes de esta perfeccion de que habla sino solamente las obras loables á que está obligada la casada que pretende ser buena. Y la primera es que ha de engendrar en el corazon de su marido una gran confianza. Pero es de ver cual sea y de qué esta confianza que dice, porque pensarán algunos que es la confianza que ha de tener el marido de su mujer que es honesta, y aunque es verdad que con su bondad la mujer ha de alcanzar de su marido esta buena opinion, pero á mi parecer el Espíritu Santo no trata aquí dello, y la razon porqué no lo trata es justísima. Lo primero, porque su intento es componernos aquí una casada perfecta, y el ser honesta una mujer no se cuenta ni debe contar entre las partes de que esta perfeccion se compone, sino antes es como el sujeto sobre el cual todo este edificio se funda, y para decirlo en una palabra es como el ser y la sustancia de la casada, porque si no tiene esto no es ya mujer, sino alevosa ramera, y vilísimo cieno, y basura la mas hedionda de todas y la mas despreciada. Y como en el hombre ser dotado de entendimiento y razon no pone en él loa, porque tenerlo es su propia naturaleza, mas si le faltase por caso, el faltarle pondria en él mengua grandísima, así la mujer no es tan loable por ser honesta cuanto es torpe y abominable si no lo es. De manera que el Espíritu Santo en este lugar no dice á la mujer que sea honesta, sino presupone que ya lo es, y á la que así es, en señal de lo que le falta, y lo que ha de añadir para ser acabada y perfecta. Porque, como arriba dijimos, esto todo que aquí se refiere es como hacer un retrato ó pintura adonde el pintor no hace la tabla, sino en la tabla, que le ofrecen y dan, pone él los perfiles, é induce despues los colores, y levantando en sus lugares las luces, y bajando las sombras adonde conviene, trae á debida perfeccion su figura. Y por la misma manera Dios, en la honestidad de

la mujer, que es como la tabla, la cual presupone por hecha y derecha, añade ricas colores de virtud, todas aquellas que son necesarias para acabar una tan hermosa pintura. Y sea esto lo primero. Lo segundo porque no habla aquí Dios de lo que toca á esta fe, es porque quiere que este negocio de honestidad y limpieza lo tengan las mujeres tan asentado en su pecho que ni aun piensen que puede ser lo contrario. Y como dicen de Solon, el que dió leyes á los atenienses, que señalando para cada maleficio sus penas no puso castigo para el que diese muerte á su padre, ni hizo memoria deste delito, porque dijo que no convenia que tuviesen por posible los hombres ni por acontecedero un mal semejante, así por la misma razon no trata aquí Dios con la casada que sea honesta y fiel, porque no quiere que le pase aun por la imaginacion que es posible ser mala. Porque, si va á decir la verdad, ramo de deshonestidad es en la mujer casta el pensar que puede no serlo, ó que en no serlo hace algo que le deba ser agradecido. Que como á las aves les es naturaleza el volar, así las casadas han de tener por dote natural, en que no puede haber quiebra, el ser buenas y honestas : y han de estar persuadidas que lo contrario es suceso aborrecible y desventurado, y hecho monstruoso, ó por mejor decir no han de imaginar que puede suceder lo contrario mas que ser el fuego frio ó la nieve caliente, entendiendo que el quebrar la mujer á su marido la fe es perder las estrellas su luz, y caerse los cielos, y quebrantar sus leyes la naturaleza, y volverse todo en aquella confusion antigua y primera. Ni tampoco ha de ser esto, como algunas lo piensan, que con guardar el cuerpo entero al marido, en lo que toca á las pláticas y á otros ademanes y obrecillas menudas se tienen por libres, porque no es honesta la que no lo es y parece, y cuanto está lejos del mal tanto de la imágen ó semeja dél ha de estar apartada, porque, como dijo bien un poeta latino, aquella sola es casta en quien ni la fama mintiendo osa poner mala nota. Y cierto, como al que se pone en el camino de Santiago, aunque á Santiago no llegue, ya le llamamos romero, así sin duda es principiada ramera la que se toma licencia para tratar destas cosas, que son el camino. Pero si no es esto, ¿qué confianza es la de que Dios habla en este lugar? En lo que luego dice se entiende, porque añade : « No le harán mengua los despojos. » Llama despojos lo que en español llamamos alhajas y aderezo de casa, como algunos entienden, ó como tengo por mas cierto llama despojos las ganancias que se adquieren por via de mercancías. Porque se ha de entender que los hombres hacen renta, y se sustentan y viven, ó de la labranza del campo, ó del trato ó contratacion con otros hombres. La primera manera de renta es ganancia inocente, y santa ganancia, porque es puramente natural, así porque en ella el hombre come de su trabajo, sin que dañe, ni injurie, ni traiga á costa ó menoscabo á ninguno, como tambien porque en la manera como á las madres es natural mantener con leche á los niños que engendran, y aun á ellos mismos, guiados por su inclinacion, les es tambien natural el acudir luego á los pechos, así nuestra naturaleza nos lleva é inclina á sacar de la tierra, que es madre y engendradora nuestra comun, lo que conviene para nuestro sustento.

La otra ganancia y manera de adquirir, que saca fruto y se enriquece de las haciendas ajenas, ó con voluntad de sus dueños, como hacen los mercaderes, y los maestros y artífices de otros oficios, que venden sus obras, ó por fuerza y sin voluntad, como acontece en la guerra, es ganancia poco natural, y adonde las mas veces interviene alguna parte de injusticia y de fuerza, y ordinariamente dan con disgusto y desabrimiento aquello que dan las personas con quien se granjea. Por lo cual todo lo que en esta manera se gana es en este lugar llamado despojos, por conveniente razon. Porque de lo que el mercader hinche su casa, el otro que contrata con él queda vacío y despojado, y aunque no por via de guerra, pero como en guerra, y no siempre muy justa. Pues dice ahora el Espíritu Santo que la primera parte y la primera obra con que la mujer casada se perficiona es con hacer á su marido confiado y seguro que teniéndola á ella, para tener su casa abastada y rica, no tiene necesidad de correr la mar, ni de ir á la guerra, ni de dar sus dineros á logro, ni de enredarse en tratos viles é injustos, sino que con labrar él sus heredades, cogiendo su fruto, y con tenerla á ella por guarda, y por beneficiadora de lo cogido, tiene riqueza bastante. Y que pertenezca al oficio de la casada, y que sea parte de su perfeccion, aquesta guarda é industria, demás de que el Espíritu Santo lo enseña tambien lo demuestra la razon, porque cierto es que la naturaleza ordenó que se casasen los hombres, no solo para fin que se perpetuasen en los hijos el linaje y nombre dellos, sino tambien á propósito de que ellos mismos en sí y en sus personas se conservasen, lo cual no les era posible, ni al hombre solo por sí, ni á la mujer sin el hombre. Porque para vivir no basta ganar hacienda, si lo que se gana no se guarda: que si lo que se adquiere se pierde, es como si no se adquiriese. Y el hombre que tiene fuerzas para desvolver la tierra, y para romper el campo, y para discurrir por el mundo, y contratar con los hombres, negociando su hacienda, no puede asistir á su casa á la guarda della, ni lo lleva su condicion: y al revés la mujer, que por ser de natural flaco y frio, es inclinada al sosiego y á la escasez, y es buena para guardar, por la misma causa no es buena para el sudor y trabajo del adquirir. Y así la naturaleza en todo proveida los ayuntó para que, prestando cada uno dellos al otro su condicion, se conservasen juntos los que no se pudieran conservar apartados. Y de inclinaciones tan diferentes, con arte maravillosa, y como se hace en la música, con diversas cuerdas hizo una provechosa y dulce armonía, para que cuando el marido estuviere en el campo la mujer asista á la casa, y conserve y endure el uno lo que el otro cogiere. Por donde dice bien un poeta que los fundamentos de la casa son la mujer y el buey, el buey para que are y la mujer para que guarde. Por manera que su misma naturaleza hace que sea de la mujer este oficio, y la obliga á esta virtud, y parte de su perfeccion, como á parte principal y de importancia. Lo cual se conoce por los buenos y muchos efectos que hace, de los cuales es uno el que pone aquí Salomon, cuando dice que «confía en ella el corazon de su marido, y que no le harán mengua los despojos.» Que es decir que con ella se contenta

con la hacienda que heredó de sus padres, y con la labranza y frutos della, y que ni se adeuda ni menos se enlaza con el peligro y desasosiego de otras granjerías y tratos, que, por do quiera que se mire, es grandísimo bien. Porque, si vamos á conciencia, vivir uno de su patrimonio es vida inocente y sin pecado, y los demás tratos por maravilla carecen dél. Si al sosiego el uno descansa en su casa, el otro lo mas de la vida en los mesones y en los caminos. La riqueza del uno no ofende á nadie, la del otro es murmurada y aborrecida de todos. El uno come de la tierra, que jamás se cansa ni enoja de comunicarnos sus bienes: al otro desámanle esos mismos que le enriquecen. Pues si miramos la honra, cierto es que no hay cosa ni mas vil ni mas indigna del hombre que el engañar y el mentir, y cierto es que por maravilla hay trato destos que carezca de engaño. ¿Qué diré de la institucion de los hijos, y de la órden de la familia, y de la buena disposicion del cuerpo y del ánimo, sino que toda va por la misma manera? Porque necesaria cosa es que quien anda ausente de su casa halle en ella muchos desconciertos, que nacen y crecen, y toman fuerzas con la ausencia del dueño: y forzoso es á quien trata de engañar que le engañen, y que á quien contrata y se comunica con gentes de ingenio, y de costumbres diversas, se le apeguen muchas malas costumbres. Mas, al revés, la vida del campo, y el labrar uno sus heredades, es una como escuela de inocencia y verdad. Porque cada uno aprende de aquellos con quien negocia y conversa. Y como la tierra en lo que se le encomienda es fiel, y en el no mudarse es estable, y clara, y abierta en brotar afuera y sacar á luz sus riquezas, y para bien hacer liberal y abastecida, así parece que engendra é imprime en los pechos de los que la labran una bondad particular, y una manera de condicion sencilla, y un trato verdadero, y fiel, y lleno de entereza, y de buenas y antiguas costumbres, cual se halla con dificultad en las demás suertes de hombres. Allende de que los cria sanos y valientes, y alegres, y dispuestos para cualquier linaje de bien. Y de todos estos provechos, la raiz de donde nacen y en que se sustentan es la buena guarda é industria de la mujer, que decimos. Mas es de ver en qué consiste esta guarda. Consiste en dos cosas. En que no sea costosa, y en que sea hacendosa. Y digamos de cada una por si. No ha de ser costosa ni gastadora la perfecta casada, porque no tiene para que lo sea. Porque todos los gastos que hacemos son para proveer, ó á la necesidad, ó al delcite: para remediar las faltas naturales, con que nacemos, de hambre ó desnudez; ó para bastecer á los particulares antojos y sabores que nosotros nos hacemos por nuestro vicio. Pues á las mujeres en lo uno, la naturaleza les puso muy grande tasa, y en lo otro las obligó á que ellas mismas se la pusiesen. Que si decimos verdad, y miramos lo natural, las faltas y necesidades de las mujeres son mucho menores que las de los hombres. Porque, lo que toca al comer, es poco lo que les basta, por razon de tener menos calor natural. Y así es en ellas muy feo ser golosas ó comedoras. Y ni mas ni menos, cuanto toca al vestir, la naturaleza las hizo por una parte ociosas, para que rompiesen poco, y por otra aseadas, para que lo poco les luciese mucho. Y las que piensan que á fuerza de posturas y vestidos han

de hacerse hermosas, viven muy engañadas, porque la que lo es revuelta lo es, y la que no de ninguna manera lo es, ni lo parece, y cuando mas se atavia es mas fea. Mayormente, que la buena casada, de quien vamos tratando, cualquiera que ella sea, fea ó hermosa, no ha de querer parecer otra de lo que es, como se dirá en su lugar. Así que, cuanto á lo necesario, la naturaleza libró de mucha costa á las mujeres: y cuanto al deleite y antojo, las ató con muy estrechas obligaciones, para que no fuesen costosas. Y una dellas es el encogimiento, y modestia, y templanza, que deben á su natural. Que aunque el desórden y demasía, y el dar larga rienda al vano y no necesario deseo, es vituperable en todo linaje de gentes, en el de las mujeres, que nacieron para sujecion y humildad, es mucho mas vicioso y vituperable. Y con ser esto así, no sé en qué manera acontece que cuanto son mas obligadas á tener este freno, tanto, cuando le rompen, se desenfrenan mas que los hombres, y pasan la raya mucho mas, y no tiene tasa ni fin su apetito. Y así sea esta la segunda causa, que las obliga á ser muy templadas en los gastos de sus antojos, porque, si comienzan á destemplarse, se destemplan sin término, y son como un pozo sin suelo, que nada les basta; y como una carcoma, que de continuo roe; y como una llama encubierta, que se enciende sin sentir por la casa, y por la hacienda, hasta que la consume. Porque no es gasto de un dia el suyo, sino de cada dia; ni costa que se hace una vez en la vida, sino que dura por toda ella; ni son, como suelen decir, muchos pocos, sino muchos, y muchos. Porque si dan en golosear, toda la vida es el almuerzo, y la merienda, y la huerta, y la comadre, y el dia bueno: y si dan en galas, pasa el negocio de pasion, y llega á increible desatino y locura. Porque hoy un vestido, y mañana otro, y cada fiesta con el suyo, y lo que hoy hacen mañana lo deshacen, y cuanto ven tanto se les antoja. Y aun pasa mas adelante el furor, porque se hacen maestras é inventoras de nuevas invenciones y trajes, y hacen honra de sacar á luz lo que nunca fué visto. Y como todos los maestros gusten de tener discípulos, que los imiten, ellas son tan perdidas que en viendo en otras sus invenciones las aborrecen, y estudian y se desvelan por hacer otras. Y crece la frenesía mas, y ya no les place tanto lo galano y hermoso como lo costoso y preciado, y ha de venir la tela de no sé donde, y el brocado de mas altos, y el ámbar, que bañe el guante, y la cuera, y aun hasta el zapato, el cual ha de relucir en oro tambien, como el tocado; y el manteo ha de ser mas bordado que la basquiña: y todo nuevo, y todo reciente, y todo hecho de ayer para vestirlo hoy y arrojarlo mañana. Y como los caballos desbocados, cuando toman el freno, cuanto mas corren, tanto van mas desapoderados, y como la piedra que cae de lo alto, cuanto mas desciende tanto mas se apresura, así la sed destas crece en ellas con el beber, y un gran desatino y exceso que hacen les es principio de otro mayor, y cuanto mas gastan tanto les aplace mas el gastar. Y aun hay en ello otro daño muy grande, que los hombres, si les acontece ser gastadores, las mas veces lo son en cosas, aunque no necesarias, pero duraderas ó honrosas, ó que tienen alguna parte de utilidad y provecho,

como los que edifican suntuosamente, y los que mantienen grande familia, ó como los que gustan de tener muchos caballos; mas el gasto de las mujeres es todo en el aire: el gasto muy grande, y aquello en que se gasta, ni vale ni luce. En volantes y en guantes, y en pebetes y cazoletas, y azabaches, y vidrios, y musarañas, y en otras cosillas de la tienda, que ni se pueden ver sin asco, ni menear sin hedor. Y muchas veces no gasta tanto un letrado en sus libros como alguna dama en enrubiar los cabellos. Dios nos libre de tan grande perdicion: y no quiero ponerlo todo á su culpa, que no soy tan injusto; que grande parte de aquesto nace de la mala paciencia de sus maridos. Y pasara yo agora la pluma á decir algo dellos, si no me detuviera la compasion que les he. Porque si tienen culpa, pagan la pena della con las setenas. Pues no sea la perfecta casada costosa, ni ponga la honra en gastar mas que su vecina, sino tenga su casa mas bien abastada que ella, y mas reparada, y haga con su aliño y aseo que el vestido antiguo le esté como nuevo, y que con la limpieza cualquiera cosa que se pusiere le parezca muy bien, y el traje usado y comun cobre de su aseo della no usado ni comun parecer. Porque el gastar en la mujer es contrario de su oficio, y demasiado para su necesidad, y para los antojos vicioso, y muy torpe, y negocio infinito, que asuela las casas, y empobrece á los moradores, y los enlaza en mil trampas, y los abate y envilece por diferentes maneras, y á este mismo propósito es y pertenece lo que se sigue.

## CAPITULO IV.

**De la obligacion que tienen los casados de amarse y descansarse en los trabajos mutuamente.**

*« Págole con bien, y no con mal, todos los dias de su vida. »*

(Prov., 31, v. 12.)

Que es decir que ha de estudiar la mujer, no en empeñar á su marido, y meterle en enojos y cuidados, sino en librarle dellos, y en serle perpetua causa de alegría y descanso. Porque, ¿qué vida es la de aquel que ve consumir su patrimonio en los antojos de su mujer, y que sus trabajos todos se los lleva el rio, ó por mejor decir el albañar? ¿Y que tomando cada dia nuevos censos, y creciendo de continuo sus deudas, vive vil esclavo aherrojado del joyero y del mercader? Dios, cuando quiso casar al hombre, dándole mujer, dijo: « Hagámosle un ayudador su semejante, » de donde se entiende que el oficio natural de la mujer, y el fin para que Dios la crió, es para que sea ayudadora del marido, y no su calamidad y desventura; ayudadora, y no destruidora. Para que le alivie de los trabajos, que trae con-

Gen., 2.

sigo la vida casada; y no para que le añada nuevas cargas. Para repartir entre sí los cuidados, y tomar ella su parte; y no para dejarlos todos al miserable, mayores y mas acrecentados. Y finalmente no las crió Dios para que sean rocas donde quiebren los maridos, y hagan naufragio las haciendas y vidas, sino para puertos deseados y seguros, en que viniendo á sus casas reposen, y se rehagan de las tormentas de negocios pesadísimos, que corren fuera dellas. Y así como seria cosa lastimera, si aconteciese á un mercader, que despues de haber padecido, navegando, grandes fortunas, y despues de haber doblado muchas puntas, y vencido muchas corrientes, y navegado por muchos lugares no navegados y peligrosos, habiéndole Dios librado de todos, y viniendo ya con su nave entera y rica, y él gozoso y alegre, para descansar en el puerto, quebrase en él y se anegase, así es lamentable miseria la de los hombres, que bracean y forcejan todos los dias contra las corrientes de los trabajos y fortunas desta vida, y se vadean en ellas, y en el puerto de sus casas perecen, y les es la guarda destruicion, y el alivio mayor cuidado, y el sosiego olas de tempestad, y el seguro y el abrigo Scila y Caribdis, y peñasco áspero y duro. Por donde lo justo y lo natural es que cada uno sea aquello mismo para que es, y que la guarda sea guarda y el descanso paz, y el puerto seguridad, y la mujer dulce y perpetuo refrigerio y alegría de corazon, y como un halago blando que continuamente estétrayendo la mano, y enmolleciendo el pecho de su marido, y borrando los cuidados dél, y, como dice Salomon, «hále de pagar bien, y no mal, todos los dias de su vida.» Y dice, no sin misterio, que le ha de pagar bien, para que se entienda que no es gracia y liberalidad este negocio, sino justicia y deuda, que la mujer al marido debe, y que su naturaleza cargó sobre ella, criándola para este oficio, que es agradar y servir y alegrar, y ayudar en los trabajos de la vida, y en la conservacion de la hacienda á aquel con quien se desposa. Y que, como el hombre está obligado al trabajo del adquirir, así la mujer tiene obligacion al conservar y guardar: y que aquesta guarda es como paga y salario, que de derecho se debe á aquel servicio y sudor. Y que, como él está obligado á llevar las pesadumbres de fuera, así ella le debe sufrir y solazar cuando viene á su casa, sin que ninguna excusa la desobligue. Bien á propósito desto es el ejemplo que san Basilio trae, y lo que acerca dél dice: «La víbora, dice, animal ferocísimo entre las sierpes, va diligente á casarse con la lamprea marina: llegada, silba, como dando señas de que está allí, para desta manera atraerla de la mar, á que se abrace maridablemente con ella. Obedece la lamprea, y júntase con la ponzoñosa fiera sin miedo. ¿Qué digo en esto? ¿Qué? Que por mas áspero y de mas fieras condiciones que el marido sea, es necesario que la mujer le soporte, y que no consienta, por ninguna ocasion, que se divida la paz. ¡Oh que es un verdugo! Pero es tu marido. ¡Es un beodo! Pero el ñudo matrimonial le hizo contigo uno. ¡Un áspero, un desapacible! Pero miembro tuyo ya, y miembro el mas principal. Y, porque el marido oiga lo que le conviene tambien, la víbora entonces teniendo respeto al ayuntamiento, que hace, aparta de sí su

In Hex., hom. 7.

ponzoña : ¿y tú no dejarás la crueza inhumana de tu natural por honra del matrimonio?» Esto es de Basilio. Y demás desto, decir Salomon que la buena casada paga bien, y no mal, á su marido, es avisarle á él que pues ha de ser paga lo merezca él primero, tratándola honrada y amorosamente. Porque aunque es verdad que la naturaleza y estado pone obligacion en la casada, como decimos, de mirar por su casa, y de alegrar y descuidar continuamente á su marido, de la cual ninguna mala condicion dél la desobliga, pero no por eso han de pensar ellos que tienen licencia para serles leones, y para hacerlas esclavas : antes como en todo lo demás es la cabeza el hombre, así todo este trato amoroso y honroso ha de tener principio del marido. Porque ha de entender que es compañera suya, ó por mejor decir parte de su cuerpo, y parte flaca y tierna, y á quien por el mismo caso se debe particular cuidado y regalo. Y esto san Pablo, ó en san Pablo Jesucristo, lo manda así, y usa mandándolo de aquesta misma razon, diciendo : « Vosotros los maridos amad á vuestras mujeres, y como á vaso mas flaco poned mas parte de vuestro cuidado en honrarlas y tratarlas bien.» Porque así como á un vaso rico y bien labrado, si es de vidrio le rodeamos de vasera, y como en el cuerpo vemos que á los miembros mas tiernos y mas ocasionados para recibir daño la naturaleza los dotó de mayores defensas, así en la casa á la mujer, como á parte mas flaca, se le debe mejor tratamiento. Demás de que el hombre, que es la cordura, y el valor, y el seso, y el maestro, y todo el buen ejemplo de su casa y familia, ha de haberse con su mujer como quiere que ella se haya con él, y enseñarla con su ejemplo lo que quiere que ella haga con él mismo, haciendo que de su buena manera dél y de su amor aprenda ella á desvelarse en agradarle. Que si el que tiene mas seso, y corazon mas esforzado, y sabe condescender en unas cosas y llevar con paciencia algunas otras, en todo con razon y sin ella quiere ser impaciente y furioso, ¿qué maravilla es que la flaqueza, y el poco saber, y el menudo ánimo de la mujer dé en ser desgraciado y penoso? Y aun en esto hay otro mayor inconveniente, que como son pusilánimes las mujeres de su cosecha, y poco inclinadas á las cosas que son de valor, si no las alientan á ellas, cuando son maltratadas y tenidas en poco de sus maridos pierden el ánimo mas, y descáenseles las alas del corazon, y no pueden poner ni las manos ni el pensamiento en cosa que buena sea, de donde vienen á cobrar siniestros vilísimos. Y de la manera que el agricultor sabio á las plantas que miran y se inclinan al suelo, y que si las dejasen se tenderian, rastrando por él no las deja caer, sino con horquillas y estacas, que les arrima, las endereza y levanta, para que crezcan al cielo, ni mas ni menos el marido cuerdo no ha de oprimir ni envilecer con malas obras y palabras el corazon de la mujer, que es caedizo y apocado de suyo, sino, al revés, con amor y con honra la ha de levantar y animar, para que siempre conciba pensamientos honrosos. Y pues la mujer, como arriba dijimos, se dió al hombre para alivio de sus trabajos, y para reposo, y dulzura, y regalo, la misma razon y naturaleza pide que sea tratada dél dulce y regaladamente. Porque ¿á do se consiente que desprecie ninguno á su alivio, ni

Ephes., 5.

que enoje á su descanso, ni que traiga guerra perpetua y sangrienta con lo que tiene nombre y oficio de paz? O ¿en qué razon se permite que esté ella obligada á pagarle servicio y contento, y que él se desobligue de merecérselo? Pues adeúdelo él, y páguelo ella, porque se lo debe : y aunque no lo deba, lo pague. Porque cuando él no lo supiere adeudar, lo que debe á Dios y á su oficio pone sobre ella esta deuda, de agradar siempre á su marido, guardando su persona y su casa, y no siéndole, como arriba está dicho, costosa y gastadora, que es la primera de las dos cosas en que, como dijimos, consiste esta guarda. Y contentándonos con lo que della habemos escrito, vengamos ahora á la segunda, que es el ser hacendosa, á lo cual pertenece lo que Salomon añade, diciendo :

## CAPITULO V.

**Porqué se vale el Espíritu Santo de la mujer de un labrador para dechado de las perfectas casadas : y cómo todas ellas, por mas ricas y nobles que sean, deben trabajar y ser hacendosas.**

*« Buscó lana y lino, y obró con el saber de sus manos.»*

(Prov., 31, v. 13.)

No dice que el marido le compró lino para que ella labrase, sino que ella lo buscó. Para mostrar que la primera parte de ser hacendosa es que sea aprovechada, y que de los salvados de su casa, y de las cosas, que sobran, y que parecen perdidas, y de aquello de que no hace cuenta el marido, haga precio ella para proveerse de lino y de lana, y de las demás cosas que son como estas, las cuales son como las armas y el campo adonde descubre su virtud la buena mujer. Porque ajuntando su artificio ella, y ayudándolo con la vela, é industria suya y de sus criadas, sin hacer nueva costa, y como sin sentir, cuando menos pensare, hallará su casa abastada y llena de riquezas. Pero dirán por ventura las señoras delicadas de ahora que esta pintura es grosera, y que aquesta casada es mujer de algun labrador, que hila y teje, y mujer de estado diferente del suyo, y que así no habla con ellas. A lo cual respondemos que esta casada es el perfecto dechado de todas las casadas, y la medida con quien así las de mayores como las de menores estados se han de ajustar cuanto á cada una le fuere posible : y es como el padron desta virtud, al cual la que mas se avecina es mas perfecta. Y bastante prueba dello es que el Espíritu Santo que nos hizo y nos conoce, queriendo enseñar á la casada su estado, la pinta desta manera. Mas porque quede mas entendido, tomemos el agua de su principio, y digamos así. Tres maneras de vidas son en las que se reparten y á las que se reducen todas las maneras de viviendas que hay entre los que viven casados. Porque, ó labran la tierra, ó se mantienen de algun trato y oficio, ó arriendan sus haciendas á otros

y viven ociosos del fruto dellas. Y así una manera de vida es la de los que labran, y llamémosla vida de labranza. Y otra la de los que tratan, y llamémosla vida de contratacion. Y la tercera de los que comen de sus tierras, pero labradas con el sudor de los otros, y tenga por nombre vida descansada. A la vida de labranza pertenece no solo el labrador, que con un par de bueyes labra su pegujar, sino tambien los que con muchas juntas, y con copiosa y gruesa familia, rompen los campos y apacientan grandes ganados. La otra vida, que dijimos de contratacion, abraza al tratante pobre, y al oficial mecánico, y al artífice, y al soldado, y finalmente á cualquiera que vende ó su trabajo, ó su arte, ó su ingenio. La tercera vida ociosa, el uso la ha hecho propia ahora de los que se llaman nobles, y caballeros, y señores, los que tienen, ó renteros, ó vasallos de donde sacan sus rentas. Y si alguno nos preguntare cual destas tres vidas sea la mas perfecta y mejor vida, decimos que la de la labranza es la primera y la verdadera : y que las demás dos por la parte que se avecinan con ella, y en cuanto le parecen, son buenas; y segun que della se desvian, son peligrosas. Porque se ha de entender que en esta vida primera, que decimos, de labranza hay dos cosas, ganancia y ocupacion: la ganancia es inocente y natural, como arriba dijimos, y sin agravio ó desgusto ajeno; la ocupacion es loable, necesaria, y maestra de toda virtud. La segunda vida de contratacion se comunica con esta en lo segundo, porque es tambien vida ocupada como ella, y esto es lo bueno que tiene : pero diferénciase en lo primero, que es la ganancia, porque la recoge de las haciendas ajenas, y las mas veces con desgusto de los dueños dellas, y pocas veces sin alguna mezcla de engaño. Y así cuanto á esto, tiene algo de peligro, y es menos bien reputada. En la tercera y última vida, si miramos á la ganancia, cuasi es lo mismo que la primera, á lo menos nacen ambas á dos de una misma fuente, que es la labor de la tierra, dado que cuando llega á los de la vida, que llamamos ociosa, por parte de los mineros por donde pasa, cobra algunas veces algun mal color del arrendamiento, y del rentero, y de la desigualdad, que en esto suele haber; pero al fin por la mayor parte, y cuasi siempre, es ganancia y renta segura, y honrada, y por esta parte aquesta tercera vida es buena vida : pero si atendemos á la ocupacion, es del todo diferente de la primera, porque aquella es muy ocupada, y esta es muy ociosa; y por la misma causa muy ocasionada á daños y males gravísimos, de manera que lo perfecto y lo natural, en esto de que vamos hablando, es el trato de la labranza. Y pudiera yo aqui ahora extender la pluma alabándola, mas dejarélo por no olvidar mi propósito, y porque es negocio sentenciado ya por los sabios antiguos, y que ha pasado en cosa juzgada su sentencia, y tambien porque á los que sabemos que Dios puso al hombre en esta vida, y no en otra, cuando le crió, y antes que hubiese pecado, y cuando mas le regalaba y queria, bástanos esto para saber que de todas las maneras de vivir sobredichas es aquesta la mas natural y la mejor. Pues dejado aquesto por cosa asentada, añadimos, prosiguiendo adelante, que en todos las cosas, que son de un mismo linaje, y que comunican en una misma razon, si acontece que entre ellas

haya grados de perfeccion diferentes, y que aquello mismo, que todas tienen, esté en unas mas entero, y en otras menos; la razon pide que la mas aventajada y perfecta sea como regla y dechado de las demás, que es decir que todas han de mirar á la mas aventajada, y avecinarse mas á ella, cuanto les fuere posible, y que la que mas se le allegare será de mejor suerte. Claro ejemplo tenemos desto en las estrellas y en el sol, los cuales todos son cuerpos llenos de luz, y el sol tiene mas que ninguno dellos, y es el mas lucido y resplandeciente, y así es el que tiene la presidencia en la luz, y á quien todas las cosas lucidas miran y siguen, y de quien cogen sus luces, tanto mas cada una cuanto se le acerca mas. Pues digo ahora que como entre todas las suertes de vivir de los hombres casados tenga el mas alto y perfecto grado de seguridad y bien la labranza, y sea ella, como está concluido, la medida y la regla que han de seguir, y el dechado que han de imitar, y el blanco adonde han de mirar, y á quien se han de hacer vecinas las demás suertes cuanto pudieren, no convenia en ninguna manera que el Espíritu Santo, que pretende poner aquí una que sea como dechado de las casadas, pusiese ó una mercadera, mujer de los que viven de contratacion, ó una señora regalada y casada con un ocioso caballero, porque la una y la otra suerte son suertes imperfectas, y menos buenas, y por la misma causa inútiles para ser puestas por ejemplo general y por dechado. Sino escogió la mejor suerte, y hizo una pintura de perfecta mujer en ella, y púsola como delante de los ojos á todas las mujeres, así á las que tienen aquella condicion de vida como á las de diferentes estados, para que fuese comun á todas, á las del mismo estado para que se ajustasen del todo con ellas, y á las de otra manera para que se le acercasen y hiciesen semejantes cuanto les fuese posible. Porque, aunque no sea de todas el lino y la lana, y el huso y la tela, y el velar sobre sus criadas, y el repartirles las tareas y las raciones: pero en todas hay otras cosas que se parecen á estas, y que tienen parentesco con ellas, y en que han de velar y se han de remirar las buenas casadas con el mismo cuidado que aquí se dice. Y á todas, sin que haya en ello excepcion, les está bien, y les pertenece á cada una en su manera, el no ser perdidas y gastadoras, y el ser hacendosas y acrecentadoras de sus haciendas. Y si el regalo y mal uso de ahora ha persuadido que el descuido y el ocio es parte de nobleza y de grandeza, y si las que se llaman señoras hacen estado de no hacer nada y de descuidarse de todo, y si creen que la grangería y labranza es negocio vil y contrario de lo que es señorío, es bien que se desengañen con la verdad. Porque, si volvemos atrás los ojos, y si tendemos la vista por los tiempos pasados, hallaremos que siempre que reinó la virtud, la labranza y el reino anduvieron hermanados y juntos. Y hallaremos que el vivir de la granjería de su hacienda era vida usada, y que les acarreaba reputacion á los príncipes y grandes señores. Abrahan, hombre riquísimo, y padre de toda la verdadera nobleza, rompió los campos. Y David, rey invencible y glorioso, no solo antes del reino apacentó las ovejas, pero despues de rey los pechos de que se mantenia eran sus labranzas y

Gen., 21.

1. Reg., 17.

sus ganados. Y de los romanos, señores del mundo, sabemos que del arado iban al consulado, que es decir al mando y gobierno de toda la tierra, y volvian del consulado al arado. Y si no fuera esta vida de nobles, y no solo usada y tratada por ellos, sino tambien debida y conveniente á los mismos, nunca el poeta Homero en su poesía, que fué imágen viva de lo que á cada una persona y estado convinó, introdujera á Helena, reina noble, que cuando salió á ver á Telémaco asentada en su cadira, una doncella suya le pone al lado en un rico canastillo copos de lana, ya puestos á punto para hilar, y usadas ya hiladas, y la rueca para que hilase. Ni en el palacio de Alcinoo, príncipe de su pueblo riquísimo, de cien damas, que tenia en su servicio, hiciera, como hace, hilanderas á las cincuenta. Y la tela de Penelope, princesa de Itaca, y su tejer y destejer, no la fingiera el juicio de un tan grande poeta, si la tela y el urdir fuera ajeno de las mujeres principales. Y Plutarco escribe que en Roma á todas las mujeres, por mayores que fuesen, cuando se casaban, y cuando la llevaba el marido á su casa, á la primera entrada della, y como en el umbral, les tenia, como por ceremonia necesaria, puesta una rueca, para que lo que primero viesen al entrar de su casa les fuese aviso de aquello en que se habian de emplear en ella siempre. ¿Pero qué es menester traer ejemplos tan pasados y antiguos, y poner delante los ojos lo que de muy apartado cuasi se pierde de vista? sin salir de nuestras casas, dentro de España, y casi en la edad de nuestros abuelos, hallamos claros ejemplos de esta virtud, como de la reina católica doña Isabel, princesa bienaventurada, se lee. Y si las que se tienen ahora por tales, y se llaman duquesas y reinas, no se persuaden bien por razon, hagan experiencia dello por algun breve tiempo, y tomen la rueca, y armen los dedos con la aguja y dedal, cercadas de sus damas, y en medio dellas hagan labores ricas con ellas, y engañen algo de la noche con este ejercicio, y hurtense al vicioso sueño, para entender en él, y ocupen los pensamientos mozos de sus doncellas en estas haciendas, y hagan que animadas con el ejemplo de la señora, contiendan todas entre sí procurando de aventajarse en el ser hacendosas: y cuando por el aderezo ó provision de sus personas y casas no les fuere necesaria aquesta labor (aunque ninguna casa hay tan grande, ni tan real, adonde semejantes obras no traigan honra y provecho), pero cuando no para sí háganlo para remedio y abrigo de cien pobrezas y de mil necesidades ajenas. Así que traten las duquesas y las reinas el lino, y labren la seda, y den tarea á sus damas, y pruébense con ellas en estos oficios, y pongan en estado y honra aquesta virtud, que yo me hago valiente de alcanzar del mundo que las loe, y de sus maridos, los duques y reyes, que las precien por ello y que las estimen: y aun acabaré con ellos, que en pago deste cuidado las absuelvan de otros mil importunos y memorables trabajos, con que atormentan sus cuerpos y rostros; y que las excusen y libren del leer en los libros de caballerías, y del traer el soneto y la cancion en el seno, y del billete, y del donaire de los recaudos, y del ter-

Cic., pro Rosc. Plin. lib. 18, Hist. Nat., 3.

Odys., lib. 4.

Odys., lib. 7.

Ibid., lib. 2.

In Quæst. Romanis.

rero, y del sarao, y de otras cien cosas deste jaez, aunque nunca las hagan. Por manera que la buena casada, en este artículo de que vamos hablando, de ser hacendosa y casera, ha de ser ó labradora en la forma que dicho es, ó semejante á labradora todo cuanto pudiere. Y porque del ser hacendosa decíamos que era la primera parte ser aprovechada, y que por esta causa Salomon no dijo que el marido le compraba lino á esta mujer, sino que ella lo buscaba y compraba, es de advertir lo que en esto acontece, que algunas, ya que se disponen á ser hacendosas, por faltarles esta parte de aprovechadas, son mas caras y mas costosas labrando que antes eran desaprovechadas holgando. Porque cuanto hacen y labran ha de venir todo de casa del joyero, y del mercader, ó fiado, comprado á mayores precios, y quiere la ventura despues que habiendo venido mucho del oro, y mucha de la seda y aljófar, pára todo el artificio y trabajo en un arañuelo de pájaros, ó en otra cosa semejante de aire. Pues á estas tales mándenles sus maridos que descansen y huelguen, ó ellas lo harán sin que se lo manden, porque muy menos malas son para el sueño que para el trabajo y la vela: que lo casero y la hacendoso de una buena mujer gran parte dello consiste en que ninguna cosa de su casa quede desaprovechada, sino que todo cobre valor, y carezca en sus manos, y que como sin saber de qué se haga rica y saque tesoro, á manera de decir, de entre las barreduras de su portal. Y, si el descender á cosas menudas no fuera hacer particular esta doctrina, que el Espíritu Santo quiso que fuese general y comun, yo trujera ahora á vuestra merced por toda su casa, y en cada uno de los rincones della le dijera lo que hay de provecho: mas vuestra merced lo sabe bien, y lo hace mejor, y las que se aplican á esta virtud de sí mismas lo entienden, como al revés las que son perdidas y desaprovechadas, por mas que se les diga, nunca lo aprenden. Pero veamos lo que despues de aquesto se sigue.

## CAPITULO VI.

**Declárase qué es ser mujer casera, y del modo que debe acrecentar la hacienda.**

*« Fué como navío de mercader, que de lueñe trae su pan. »*

(Prov., 31, v. 14.)

Pan llama la sagrada Escritura á todo aquello que pertenece y ayuda á la provision de nuestra vida. Pues compara á esta su casada Salomon á un navío de mercader, bastecido y rico. En lo cual hermosa y eficazmente da á entender la obra y el provecho desto que tratamos, y llamamos casero y hacendoso en la mujer. La nao, lo uno corre la mar por diversas partes, pasa muchos senos, toca en diferentes tierras y provincias, y en cada una dellas coge lo que en ellas hay bueno y barato, y con solo

tomarlo en sí, y pasarlo á su tierra, le da mayor precio, y dobla y tres-dobla la ganancia. Demás desto, la riqueza que cabe en una nao, y la mercadería que abarca, no es riqueza la que basta á un hombre solo ó á un género de gente particular, sino es provision entera para una ciudad; y para todas las diferencias de gentes que hay en ella, trae lienzos, y sedas, y brocados, y piedras ricas, y obras de oficiales hermosas, y de todo género de bastimento, y de todo gran copia. Pues esto mismo acontece á la mujer casera, que como la nave corre por diversas tierras buscando ganancia, así ella ha de rodear de su casa todos los rincones, y recoger todo lo que pareciere estar perdido en ellos, y convertirlo en utilidad y provecho, y tentar la diligencia de su industria, y como hacer prueba della así en lo menudo como en lo granado. Y como el que navega á las Indias, de las agujas que lleva y de los alfileres, y de otras cosas de aqueste jaez, que acá valen poco, y los indios las estiman en mucho, trae rico oro y piedras preciosas, así esta nave que vamos pintando ha de convertir en riqueza lo que pareciere mas desechado, y convertirlo sin parecer que hace algo en ello, sino con tomarlo en la mano, y tocarlo, como hace la nave, que sin parecer que se menea nunca descansa, y cuando los otros duermen navega ella, y acrecienta con solo mudar el aire el valor de lo que recibe, y así la hacendosa mujer estando asentada no pára, durmiendo vela, y ociosa trabaja, y cuasi sin sentir cómo, ó de qué manera, se hace rica. Visto habrá vuestra merced alguna mujer como esta, y dentro de su casa debe haber no pequeño ejemplo de aquesta virtud. Pero si no quiere acordarse de sí, y quiere ver con cuanta propiedad y verdad es nao la casera, ponga delante los ojos una mujer, que rodea su casa, y que de lo que en ella parece perdido hace dinero, y compra lana y lino, y junta con sus criadas lo adereza y lo labra, y verá que estándose sentada con sus mujeres, volteando el huso en la mano, y contando consejas (como la nave, que sin parecer que se muda, va navegando, y pasando un dia y sucediendo otro, y viniendo las noches, y amaneciendo las mañanas, y corriendo, como sin menearse, la obra) se teje la tela, y se labra el paño, y se acaban las ricas labores, y, cuando menos pensamos, llenas las velas de prosperidad entra esta nuestra nave en el puerto, y comienza á desplegar sus riquezas, y sale de allí el abrigo para los criados, y el vestido para los hijos, y las galas suyas, y los arreos para su marido, y las camas ricamente labradas, y los atavíos para las paredes y salas, y los labrados hermosos, y el abastecimiento de todas las alhajas de casa, que es un tesoro sin suelo. Y dice Salomon que trae esta nave de lueñe pan, porque si vuestra merced coteja el principio desta obra con el fin della, y mide bien los caminos por donde se viene á este puerto, apenas alcanzará cómo se pudo llegar á él, ni cómo fué posible de tan delgados y apartados principios venirse á hacer despues un caudaloso rio. Mas pasemos á lo que despues desto se sigue.

## CAPITULO VII.

Pondérase la obligacion de madrugar en las casadas, y se persuade á ello con una descripcion de las delicias que suele traer consigo la mañana. Avisase tambien que el levantarse temprano de la cama ha de ser para arreglar á los criados y proveer á la familia.

« *Madrugó, y repartió á sus gañanes las raciones, la tarea á sus mozas.* »

(Prov., 31, v. 15.)

Es, como habemos dicho, esta casada que pinta aquí y pone por ejemplo de las buenas casadas el Espíritu Santo, mujer de un hombre de los que viven de labranza. Y la razon porque pone por dechado á una mujer desta suerte, y no de las otras maneras, tambien está dicha. Pues como en las casas semejantes, la familia, que ha de ir á las cosas del campo, es menester que madrugue muy de mañana, y porque no vuelve á casa hasta la noche es menester tambien que lleve consigo la provision de comida y almuerzo, y que se les reparta á cada uno así la racion de su mantenimiento como las obras y haciendas en que han de emplear su trabajo aquel dia: pues como esto sea así dice Salomon que su buena casada no encomendó este cuidado á alguna de sus sirvientas, y se quedó ella regalando con el sueño de la mañana descuidadamente en su cama, sino que se levantó la primera, y que ganó por la mano al lucero, y amaneció ella antes que el sol; y por sí misma, y no por mano ajena, proveyó á su gente y familia, así en lo que habian de hacer como en lo que habian de comer. En lo cual enseña y manda á las que son desta suerte que lo hagan así, y á las que son de suertes diferentes que usen de la misma vela y diligencia. Porque, aunque no tengan gañanes, ni obreros, que enviar al campo, tienen cada una en su suerte y estado otras cosas, que son como estas, y que tocan al buen gobierno y provision de su casa, ordinario y de cada dia, que las obligan á que despierten y se levanten, y pongan en ello su cuidado y sus manos. Y así, con estas palabras dichas y entendidas generalmente, avisa de dos cosas el Espíritu Santo, y añade como dos nuevos colores de perfeccion y virtud á esta mujer casada, que va dibujando. La una es que sea madrugadora. Y la otra que madrugando provea ella luego y por sí misma lo que la órden de su casa pide. Que ambas á dos son importantísimas cosas. Y digamos de lo primero. Mucho se engañan los que piensan que mientras ellas, cuya es la casa, y á quien propiamente toca el bien y el mal della, duermen y se descuidan, cuidará y velará la criada, que no le toca, y que al fin lo mira todo como ajeno. Porque si el amo duerme, ¿porqué despertará el criado? Y si la señora, que es y ha de ser el ejemplo y la

maestra de su familia, y de quien ha de aprender cada una de sus criadas lo que conviene á su oficio, se olvida de todo; por la misma razon, y con mayor razon, los demás serán olvidadizos y dados al sueño. Bien dijo Aristóteles en este mismo propósito que el que no tiene buen dechado no puede ser buen remedador. No podrá el siervo mirar por la casa, si ve que el dueño se descuida della. De manera que ha de madrugar la casada para que madrugue su familia. Porque ha de entender que su casa es un cuerpo, y que ella es el alma dél, y que como los miembros no se mueven, sino son movidos del alma, así sus criadas, si no las menea ella y las levanta, y mueve á sus obras, no se sabrán menear. Y cuando las criadas madrugasen por sí, durmiendo su ama, y no la teniendo por testigo, y por guarda suya, es peor que madruguen: porque entonces la casa, por aquel espacio de tiempo, es como pueblo sin rey, y sin ley, y como comunidad sin cabeza; y no se levantan á servir, sino á robar y destruir; y es el propio tiempo para cuando ellas guardan sus hechos. Por donde, como en el castillo que está en frontera, ó en el lugar que se teme de los enemigos, nunca falta la vela, así en la casa bien gobernada, en tanto que están despiertos los enemigos, que son los criados, siempre ha de velar el señor. Es el que ha de ir al lecho el postrero, y el primero que ha de levantarse del lecho. Y la señora, y la casada, que esto no hiciere, haga el ánimo ancho á su gran desventura, persuadida y cierta que le han de entrar los enemigos el fuerte, y que un dia sentirá el daño, y otro verá el robo, y de continuo el enojo, y el mal recaudo y servicio, y que al mal de la hacienda acompañará tambien el mal de la honra. Y como dice Cristo en el Evangelio que mientras el padre de la familia duerme siembra el enemigo la zizaña, así ella con su descuido y sueño meterá la libertad y la deshonestidad por su casa, que abrirá las puertas, y falseará las llaves, y quebrantará los candados, y penetrará hasta los postreros secretos, corrompiendo á las criadas, y no parando hasta poner su inficion en las hijas: con que la señora que no supo entonces ni quiso por la mañana despedir de los ojos el sueño, ni dejar de dormir un poco, lastimada y herida en el corazon pasará en amargos suspiros muchas noches velando. Mas es trabajoso el madrugar, y dañoso para la salud. Cuando fuera así, siendo por otra parte tan provechoso y necesario para el buen gobierno de la casa, y tan debido al oficio de la que se llama señora della, se habia de posponer aquel daño, porque mas debe el hombre á su oficio que á su cuerpo, y mayor dolor y enfermedad es traer de continuo su familia desordenada y perdida, que padecer un poco ó en el estómago de flaqueza ó en la cabeza de pesadumbre; pero, al reves, el madrugar es tan saludable, que la razon sola de la salud, aunque no despertara el cuidado y obligacion de la casa, habia de levantar de la cama en amaneciendo á las casadas. Y guarda en esto Dios, como en todo lo demás, la dulzura y suavidad de su sabio gobierno, en que aquello á que nos obliga es lo mismo que mas conviene á nuestra naturaleza, y en que recibe por su servicio lo que es nuestro provecho. Así que no solo la casa, sino tambien la salud, pide á la buena mujer

De cura rei famil., lib. 1, cap. 6.

Matth., 13.

que madrugue. Porque cierto es que es nuestro cuerpo del metal de los otros cuerpos, y que la órden que guarda la naturaleza para el bien y conservacion de los demás, esa misma es la que conserva y da salud á los hombres. Pues quien no ve que á aquella hora despierta el mundo todo junto, y que la luz nueva saliendo abre los ojos de los animales todos, y que si fuese entonces dañoso dejar el sueño, la naturaleza (que en todas las cosas generalmente y en cada una por sí esquiva y huye el daño, y sigue y apetece el provecho; ó que, para decir la verdad, es ella eso mismo que á cada una de las cosas conviene y es provechoso) no rompiera tan presto el velo de las tinieblas, que nos adormecen, ni sacara por el oriente los claros rayos del sol, ó si los sacara no les diera tantas fuerzas para nos despertar. Porque si nos despertase naturalmente la luz, no le cerrarian las ventanas tan diligentemente los que abrazan el sueño. Por manera que la naturaleza, pues nos envia la luz, quiere sin duda que nos despierte. Y pues ella nos despierta, á nuestra salud conviene que despertemos. Y no contradice á esto el uso de las personas que ahora el mundo llama señores, cuyo principal cuidado es vivir para el descanso y regalo del cuerpo, las cuales guardan la cama hasta las doce del dia. Antes esta verdad, que se toca con las manos, condena aquel vicio, del cual ya por nuestros pecados, ó por sus pecados dellos mismos, hacen honra y estado, y ponen parte de su grandeza en no guardar, ni aun en esto, el concierto que Dios les pone. Castigaba bien una persona, que yo conocí, esta torpeza, y nombrábala con su merecido vocablo. Y aunque es tan vil, como lo es el hecho, daráme vuestra merced licencia para que lo ponga aquí, porque es palabra que cuadra. Así que cuando le decia alguno que era estado en los señores este dormir, solia él responder que se erraba la letra, y que por decir *establo* decian *estado*. Y ello á la verdad es así, que aquel desconcierto de vida tiene principio y nace de otro mayor desconcierto, que está en el alma, y es causa él tambien y principio de muchos otros desconciertos torpes y feos. Porque la sangre, y los demás humores del cuerpo, con el calor del dia y del sueño, encendidos demasiadamente y dañados, no solamente corrompen la salud, mas tambien aficionan é inficionan el corazon feamente. Y es cosa digna de admiracion que siendo estos señores en todo lo demás grandes seguidores, ó por mejor decir grandes esclavos de su deleite, en esto solo se olvidan dél, y pierden por un vicioso dormir lo mas deleitoso de la vida, que es la mañana. Porque entonces la luz, como viene despues de las tinieblas, y se halla como despues de haber sido perdida, parece ser otra, y hiere el corazon del hombre con una nueva alegría; y la vista del cielo entonces, y el colorear de las nubes, y el descubrirse el aurora (que no sin causa los poetas la coronan de rosas), y el aparecer la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves, ¿qué duda hay sino que suena entonces mas dulcemente? y las flores, y las yerbas, y el campo todo despide de sí un tesoro de olor. Y, como cuando entra el rey de nuevo en alguna ciudad, se adereza y hermosea toda ella, y los ciudadanos hacen entonces plaza, y como alarde, de sus mejores riquezas, así los animales, y la tierra, y

Virg., Æneid., lib. 6. Garcilaso de la Vega, égl. 2.

el aire, y todos los elementos á la venida del sol se alegran, y como para recibirle se hermosean y mejoran, y ponen en público cada uno sus bienes. Y, como los curiosos suelen poner cuidado y trabajo por ver semejantes recibimientos, así los hombres concertados y cuerdos, aun por solo el gusto, no han de perder esta fiesta que hace toda la naturaleza á el sol por las mañanas. Porque no es gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos, porque la vista se deleita con el nacer de la luz, y con la figura del aire, y con el variar de las nubes; á los oidos las aves hacen agradable armonía; para el oler, el olor que en aquella sazon el campo y las yerbas despiden de sí, es olor suavísimo: pues el fresco del aire de entonces templa con grande deleite el humor calentado con el sueño, y cria salud y lava las tristezas del corazon, y no sé en qué manera le despierta á pensamientos divinos, antes que se ahogue en los negocios del dia. Pero, si puede tanto con estos hijos de tinieblas el amor dellas, que aun del dia hacen noche, y pierden el fruto de la luz con el sueño; y ni el deleite, ni la salud, ni la necesidad y provecho, que dicho habemos, son poderosos para los hacer levantar; vuestra merced, que es hija de luz, levántese con ella, y abra la claridad de sus ojos, cuando descubriere sus rayos el sol, y con pecho puro levante sus manos limpias al dador de la luz, ofreciéndole con santas y agradecidas palabras su corazon: y despues de hecho esto, y de haber gozado del gusto del nuevo dia, vuelta á las cosas de su casa entienda en su oficio, que es lo otro que pide en esta letra el Espíritu Santo á la buena casada, como fin á quien se ordenó lo primero, que habemos dicho, del madrugar. Porque no se entiende que si madruga la casada ha de ser para que, rodeada de botecillos y arquillas, como hacen algunas, se esté sentada tres horas afilando la ceja, y pintando la cara, y negociando con su espejo, que mienta y la llame hermosa. Que demás del grave mal que hay en aqueste artificio postizo, del cual se dirá en su lugar, es no conseguir el fin de su diligencia, y es faltar á su casa por ocuparse en cosas tan excusadas que fuera menos mal el dormir. Levántese pues, y levantada gobierne su gente, y mire lo que se ha de proveer y hacer aquel dia, y á cada uno de sus criados reparta su oficio; y como en la guerra el capitan, cuando ordena por hileras su escuadra, pone á cada un soldado en su propio lugar, y le avisa á cada uno que guarde su puesto, así ella ha de repartir á sus criados sus obras, y poner órden en todos. En lo cual se encierran grandes provechos. Porque lo uno hácese lo que conviene con tiempo y con gusto. Lo otro, para cuando alguna vez acontece que ó la enfermedad ó la ocupacion tiene ausente á la señora, están ya los criados por el uso, como maestros en todo aquello que deben hacer: y la voz y la órden de su ama, á la cual tienen hechos ya los oidos, aunque no lo oigan entonces, les suena en ellos todavía, y la tienen como presente sin vella. Y demás desto, del cuidado del ama aprenden las criadas á ser cuidadosas: y no osan tener en poco aquello en que ven que se emplea la diligencia y el mandamiento de su señora: y como conocen que su vista y provision della se extiende por todo, paréceles, y con razon, que en todo cuanto hacen la tienen como por testigo y presente, y así se

animan, no solo á tratar con fidelidad sus obras y oficios, sino tambien aventajarse señaladamente en ellos. Y así crece el bien como espuma, y se mejora la hacienda, y reina el concierto, y va desterrado el enojo. Y finalmente la vista, y la presencia, y la voz, y el mando del ama, hace á sus mozas no solo que le sean provechosas, sino que ellas en sí no se hagan viciosas, lo cual tambien pertenece á su oficio. Síguese:

## CAPITULO VIII.

**La perfecta casada no solo ha de cuidar de abastecer su casa, y conservar lo que el marido adquiere, sino que ha de adelantar tambien la hacienda.**

*« Vínole al gusto una heredad, y compróla; y del fruto de sus palmas plantó viña. »*

(Prov., 31, v. 16.)

Esto no es algun nuevo precepto diferente de los pasados, ni otra virtud mas particular que las dichas, sino antes es como una cosa que se consigue y nace dellas. Porque cierto es que la casada, que fuere tan tasada en sus gustos, y tan no curiosa por una parte, y por otra tan casera y veladora, y aprovechada, no solo conservará lo que su marido adquiere, sino tambien ella lo acrecentará por su parte, que es lo que aquí ahora se dice. Porque de tan grande industria y vela el fruto no puede ser sino grande. Por manera que á los demás títulos que siguiendo esta doctrina de Dios habemos dado á la buena mujer, añadimos ahora este, que sea adelantadora de su hacienda, no como título diferente de los primeros, sino como cosa que se sigue dellos, y que declara la fuerza de los pasados, y lo que pueden, y el hasta dónde han de llegar. Y así decir que compró heredamiento, y que plantó viña del sudor de su mano, es avisarle que del ser casera que se le pide su propio punto es no parar hasta esto, que es no solo bastecer á su casa, sino tambien adelantar su hacienda: no solo hacer que lo que está dentro de sus puertas esté bien proveido, sino hacer tambien que se acrecienten en número los bienes y posesiones de fuera. Y es decirle que pretenda, y se precie ella tambien de, señalando, como con el dedo, alguna parte de sus posesiones, poder decir claramente: Este es fruto de mis trabajos, mi industria añadió esto á mi casa, de mis sudores fructificó esta hacienda: como lo han hecho en nuestros tiempos algunas. Pero dirán que es esto pedir mucho. Mas pregunto yo á las que lo dicen, ¿qué es en esto lo que tienen por mucho? ¿Tienen por mucho que de la diligencia y aprovechamiento, y labor de una mujer, acompañada de sus mujeres, salga cosa de tanto valor como es esto? ¿ó tienen por mucho que quiera ella gastar lo que adquiere en estos aprovechamientos y haciendas, y no en sus contentos y galas?

Si aquesto postrero es lo que les parece mucho, en aquesta doctrina no tienen razon, ni en tener otro gasto por mas suyo ni por mas apacible y gustoso, ni en pensar que se vende en la tienda cosa que comprada las hermosee mas que estas compras. Porque aquello pasa en el aire, y el bien, y honra y contento, juntamente con el buen nombre, que por esta otra via se adquiere, como tiene raices en la virtud, es duradero y perpetuo. Mas si lo primero las espanta, porque no creen tanto bien de sus manos, lo uno hácense injuria á sí mismas, y limitan su poder apocadamente: y lo otro ellas saben que no es así, y que pueden, si quieren aplicarse, pasar desta raya, porque ¿adónde no llegará la que puede hacer y la que hiciere lo que se sigue?

## CAPITULO IX.

**Cuanto debe evitar la mujer buena el ocio, y de los vicios y malas resultas que de él nacen.**

«*Ciñóse de fortaleza, y fortificó su brazo. Tomó gusto en el granjear; su candela no se apagó de noche. Puso sus manos en la tortera, y sus dedos tomaron el huso.*»

(Prov., 31, v. 17, 18, 19.)

Tenga valor la mujer, y plantará viña; ame el trabajo, y acrecentará su casa; ponga las manos en lo que es propio de su oficio, y no se desprecie dél, y crecerán sus riquezas; no se desciña, esto es, no se enmollezca, ni haga de la delicada, ni tenga por honra el ocio, ni por estado el descuido y el sueño, sino ponga fuerza en sus brazos, y acostumbre á la vela sus ojos, y saboréese en el trabajar, y no se desdeñe de poner las manos en lo que toca al oficio de las mujeres, por bajo y por menudo que sea; y entonces verá cuanto valen, y adonde llegan sus obras. Tres cosas le pide aquí Salomon, y cada una en su verso. Que sea trabajadora lo primero, y lo segundo que vele, y lo tercero que hile. No quiere que se regale, sino que trabaje. Muchas cosas están escritas por muchos en loor del trabajo, y todo es poco para el bien que hay en él, porque es la sal que preserva de corrupcion á nuestra vida y á nuestra alma, mas yo no quiero decir aquí nada de lo general. Lo que propiamente toca á la mujer casada, eso diré solamente. Porque, cuanto de suyo es la mujer mas inclinada al regalo y mas fácil á enmollecerse y desatarse con el ocio, tanto el trabajo le conviene mas. Porque si los hombres, que son varones, con el regalo conciben ánimo y condicion de mujeres, y se afeminan, las mujeres ¿qué serán, sino lo que hoy dia son muchas dellas? Que la seda les es áspera, y la rosa dura, y les quebranta el tenerse en los piés, y del aire, que suena, se desmayan, y el decir la palabra entera

las cansa, y aun hasta lo que dicen lo abortan, y no las ha de mirar el sol, y todas ellas son un melindre, y un lijo, y un asco; y perdónenme porque les pongo este nombre, que es el que ellas mas huyen, ó, por mejor decir, agradézcanme que tan blandamente las nombro. Porque quien considera lo que deben ser, y lo que ellas mismas se hacen, y quien mira la alteza de su naturaleza, y la bajeza en que ellas se ponen por su mala costumbre, y coteja con lo uno lo otro, poco dice en llamarlas así: y si las llamase cieno, que corrompe el aire, y le inficiona, y abominacion aborrecible, aun se podia tener por muy corto. Porque teniendo uso de razon, y siendo capaces de cosas de virtud y loor, y teniendo ser, que puede hollar sobre el cielo, y que está llamado al gozo de los bienes de Dios, le deshacen tanto ellas mismas, y se aniñan así con delicadez, y se envilecen en tanto grado, que una lagartija, y una mariposilla, que vuela, tiene mas tomo que ellas, y la pluma que va por el aire, y el aire mismo es de mas cuerpo y sustancia. Así que, debe mirar mucho en esto la buena mujer, estando cierta que en descuidándose en ello se volverá en nada. Y como los que están de su naturaleza ocasionados á algunas enfermedades y males se guardan con recato de lo que en aquellos males les daña, así ellas entiendan que viven dispuestas para esta dolencia de nadería y melindrería, ó no sé cómo la nombre, y que en ella el regalo es rejargar, y guárdense dél, como huyen la muerte, y conténtense con su natural poquedad, y no le añadan bajeza, ni la hagan mas apocada: y adviertan y entiendan que su natural es femenil, y que el ocio, por sí, afemina, y no junten á lo uno lo otro, ni quieran ser dos veces mujeres. He dicho el extremo de nada á que vienen las muelles y regaladas mujeres, y no digo la muchedumbre de vicios que desto mismo en ellas nacen, ni oso meter la mano en este cieno. Porque no hay agua encharcada y corrompida que crie tantas y tan malas sabandijas, que nacen vicios asquerosos y feos en los pechos destas damas delicadas de que vamos hablando. Y en una dellas, que pinta en los Proverbios el Espíritu Santo, se ve algo desto, de la cual dice así: «Parlera y vagabunda, y que no sufre estar quieta, ni sabe tener los piés en su casa, ya en la puerta, ya en la ventana, ya en la plaza, ya en los cantones de la encrucijada, y tiende por donde quiera sus lazos. Vió un mancebo, y llegóse á él, y prendióle, y díjole con cara relamida blanduras. Hoy hago fiesta y he salido en tu busca, porque no puedo vivir sin tu vista, y al fin he hecho en tí presa. Mi cámara he colgado con hermosas redes, y mi cuadra con tapices de Egipto: de rosas y de flores, de mirra y linaloe, está cubierto el suelo todo y la cama. Ven y bebamos la embriaguez del amor, y gocémonos en dulces abrazos hasta que apunte la aurora.» Y si todas las ociosas no salen á lo público de las calles, como esta salia, sus abscondidos rincones son secretos testigos de sus proezas, y no tan secretos que no se dejen ver y entender. Y la razon y la naturaleza de las cosas lo pide. Que cierto es que produce malezas el campo que no se rompe y cultiva, y que con el desuso el hierro se toma de orin y se consume, y que el caballo holgado se manca. Y demás desto, si la casada no trabaja ni se ocupa en

Prov., 7.

lo que pertenece á su casa, ¿qué otros estudios ó negocios tiene en que se ocupar? Forzado es que, si no trata de sus oficios, emplee su vida en los oficios ajenos: y que dé en ser ventanera, visitadora, callejera, amiga de fiestas, enemiga de su rincon, de su casa olvidada, y de las casas ajenas curiosa, pesquisidora de cuanto pasa, y aun de lo que no pasa inventora, parlera y chismosa, de pleitos revolvedora, jugadora tambien, y dada del todo á la conversacion y al palacio, con lo demás que por ordinaria consecuencia se sigue, y se calla aquí ahora, por ser cosa manifiesta y notoria. Por manera que en suma, y como en una palabra, el trabajo da á la mujer ó el ser, ó el ser buena: porque sin él, ó no es mujer, sino asco; ó es tal mujer que seria menos mal que no fuese. Y si con esto, que he dicho, se persuaden á trabajar, no será menester que les diga y enseñe cómo han de tomar el huso y la rueca, ni me será necesario rogarles que velen, que son las otras dos cosas que les pide el Espíritu Santo, porque su misma aficion buena se las enseñará. Y así, dejando esto aquí, pasaremos á lo que se sigue.

## CAPITULO X.

**Ha de ser la perfecta casada piadosa con los pobres y necesitados, pero debe ir con cuidado en ver á quien admite en casa y favorece.**

*«Sus palmas abrió para el afligido, y sus manos extendió para el menesteroso.»*

(Prov., 31, v. 20.)

A muy buen tiempo puso esto aquí Salomon, porque repitiendo tanto lo que toca á la granjería y aprovechamiento, y aconsejando á la mujer tantas veces, y con tan encarecidas palabras, que sea hacendosa y casera, dejábala, al parecer, muy vecina al avaricia y escasez, que son males que tienen parentesco con la granjería, y que se le allegan no pocas veces. Porque así como hay algunos vicios que tienen apariencia y semejanza de algunas virtudes, así hay virtudes tambien que están como ocasionadas á vicios. Porque, aunque es verdad que la virtud consiste en el medio, mas como este medio no se mide á palmos, sino es medio que se ha de medir con la razon, muchas veces se aleja mas del un extremo que del otro, como parece en la liberalidad, que es virtud medida por la razon entre los extremos del avaro y del pródigo, y se aparta mucho menos del pródigo que del avaro. Y aun tambien acontece que de la virtud y del vicio, que en la verdad son principios muy diferentes, en la vista pública y en lo que de fuera parece nazcan frutos muy semejantes. Tanto es disimulado el mal, ó tanto procura disimularse para nuestro daño, ó por mejor decir tanta es la fuerza y excelencia del bien, y tan general su provecho, que aun el mal para poder vivir y valer se le allega

y se viste dél, y desea tomar su color. Así vemos que el prudente y recatado huye de algunos peligros, y que el temeroso y cobarde huye tambien. Adonde, aunque las causas sean diversas, es uno y semejante el huir. Y vemos por la misma manera que el hombre concertado granjea y beneficia su hacienda, y el avariento tambien es granjero: y que son unos en el granjear, aunque en los motivos del granjear son diferentes. Y puede tanto este parentesco y disimulacion, que no solamente los que miran de lejos, y ven solo lo que se parece, engañándose nombran por virtud lo que es vicio; mas tambien esos mesmos, que ponen las manos en ello, y lo obran, muchas veces no se entienden á sí, y se persuaden que les nace de raiz de virtud lo que les viene de inclinacion dañada y viciosa. Por donde todo lo semejante pide grande advertencia, para que el mal, disimulado con el bien, no pueda engañarnos. Y así porque á Dios no aplace, sino la virtud, y porque ser la mujer muy granjera le puede nacer de avaricia y de vicio, para que no se canse sin fruto, y para que no ofenda á Dios en lo que piensa agradarle, avísale aquí que sea limosnera, que es decirle que dado que le tiene mandado que sea hacendosa y aprovechada, y veladora y allegadora, pero que no quiere que sea lacerada ni escasa, ni quiere que todo el velar y adquirir sea para el arca y para la polilla, sino para la provision y abrigo, no solo de los suyos, sino tambien de los necesitados y pobres, porque en ninguna manera quiere que sea avarienta. Y por eso dice elegantemente que abra la palma, que la avaricia cierra: y que alargue y tienda la mano, que suele encoger la escasez. Y dado que el ser piadoso y limosnero es virtud que conviene á todos los que se tienen por hombres, pero con particular razon las mujeres deben esta piedad á la blandura de su natural, entendiendo que ser una mujer de entrañas duras ó secas con los necesitados, es en ella vituperable mas que en hombre ninguno. Y no es buena excusa decir que les va á la mano el marido. Porque, aunque es verdad que pertenece á él el dispensar la hacienda, pero no se entiende que si veda á la mujer, y le pone ley para que no haga otros gastos perdidos, le quiere tambien cerrar la puerta á lo que es piedad y limosna, á quien Dios con tan expreso mandamiento y con tan grande encarecimiento la abre. Y cuando quisiese ser aun en esto escaso el marido, la mujer, si es en lo demás cual aquí pintamos, no debe por eso cerrar las entrañas á la limosna, que es debida á su estado, ni menos el confesor se lo vede. Porque si el marido no quiere, está obligado á querer, y su mujer si no le obedece en su mal antojo, conformase con la voluntad, que él debe tener de razon: y en hacer esto trata con utilidad y provecho su alma dél, y su hacienda: porque lo uno cumple con la obligacion que ambos tienen de socorrer á los pobres: y lo otro asegura y acrecienta sus bienes con la bendicion, que Dios, cuya palabra no puede faltar, tiene á la piedad prometida. Y porque muchos nunca se fian bien de esta palabra, por eso muchos hombres son crudos y lacerados. Que si se pusiesen á considerar que reciben de Dios lo que tienen, no temerian de le tornar parte dello, ni dudarian de que quien es liberal no puede jamás ser desagradecido: y quiero decir en esto que Dios, el cual sin haber

recibido nada dellos, liberalmente los hizo ricos, si repartieren despues con él sus riquezas se las volverá con gran logro. Esto, que he dicho, entiendo de las limosnas mas ordinarias y comunes, que se ofrecen cada dia á los ojos; que en lo que fuere mas grueso, y mas particular, la mujer no ha de traspasar la ley del marido, y en todo le ha de obedecer y servir. Y yo fio que ninguno habrá tan miserable, ni malo, que si ella es de las que yo digo, tan casera, tan hacendosa, tan veladora, y tan concertada en todo, y aprovechada, le vede que haga bien á los pobres. Ni será ninguno tan ciego que tema pobreza de la limosna que hace quien le enriquece la casa. Así que abra sus entrañas y sus brazos y manos á la piedad la buena mujer, y muestre que su granjería nace de virtud, en no ser escasa en lo que, segun razon, es debido. Y como el que labra el campo, de lo que coge en él da sus primicias y diezmos á Dios, así ella de las labores suyas, y de sus criadas, aplique su parte para vestir á Dios en los desnudos, y hartarle en los hambrientos: y llámele como á la parte de sus ganancias, y abra, como aquí dice, sus manos al afligido, y al menesteroso sus palmas. Mas si dice que abra sus manos y su casa á los pobres, es mucho de advertir que no le dice que la abra generalmente á todos los que se profesan ser pobres. Porque á la verdad una de las virtudes de la buena casada, y mujer, es el tener grande recato acerca de las personas que admite á su conversacion y á quien da entrada en su casa. Porque debajo de nombre de pobreza, y cubriéndose con piedad, á las veces entran en las casas algunas personas arrugadas y canas que roban la vida y entiznan la honra, y dañan el alma de los que viven en ellas, y los corrompen sin sentir, y los emponzoñan, pareciendo que los lamen y halagan. San Pablo casi señaló con el dedo á este linaje de gentes, ó á algunas gentes deste linaje, diciendo: «Tienen por oficio andar de casa en casa ociosas, y no solamente ociosas, mas tambien parleras y curiosas, y habladoras de lo que no conviene.» Y es ello así, que las tales de ordinario no entran sino á aojar todo lo bueno que vieren, y cuando menos mal hacen, hacen siempre este daño, que es traer novelas y chismerías de fuera, y llevarlas afuera de lo que ven, ó les parece que ven en la casa donde entran, con que inquietan á quien las oye, y les turban los corazones: de donde muchas veces nacen desabrimientos entre los vecinos y amigos, y materias de enojos, y diferencias; y á veces hay discordias mortales. En las repúblicas bien ordenadas los que antiguamente las ordenaron con leyes ninguna cosa vedaron mas que la comunicacion con los extraños, y de diferentes costumbres. Así Moisen, ó por mejor decir Dios por Moisen, á su pueblo escogido le avisa desto en mil lugares, con encarecimiento grandísimo. Porque lo que no se ve no se desea, que, como dice el versillo griego, del mirar nace el amar. Y, por el contrario, lo que se ve, y se trata, cuanto peor es, tanto mas ligeramente, por nuestra miseria, se nos apega. Y lo que es en toda una república, eso tambien en una sola casa, por la misma razon, acontece. Que si los que entran en ella son de costumbres diferentes de las que en ellas se usan, unos con el ejemplo,

1. Tim., 5.

Lev., 22. Num., 18. 1. Esd., 10.

Diog. apud Erasm., chil. 1. Adag., cent. 2, num. 76.

y otros con la palabra, alteran los ánimos bien ordenados, y poco á poco los desquician del bien. Y llega la vejezuela al oido, y dice á la hija, y á la doncella, que porqué huyen la ventana, ó porqué aman la almohadilla tanto, que la otra fulana y fulana no lo hacen así. Y enséñales el mal aderezo, y cuéntales la desenvoltura del otro, y las marañas que ó vió ó inventó póneselas delante, y vuélveles el juicio, y comienza á teñir con esto el pecho sencillo y simple, y hace que figuren en el pensamiento lo que con solo ser pensado corrompe: y dañado el pensamiento luego se tienta el deseo, el cual en encendiéndose al mal luego se resfria en el bien, y así luego se comienzan á desagradar de lo bueno y de lo concertado, y por sus pasos contados vienen á dejarlo del todo á la postre. Por donde, acerca de Eurípides, dice bien el que dice: «Nunca, nunca jamás, que no me contento con decirlo una sola vez, el cuerdo casado consentirá que entren cualesquier mujeres á conversar con la suya, porque siempre hacen mil daños. Unas por su interés tratan de corromper en ella la fe del matrimonio. Otras, porque han faltado ellas, gustan de tener compañeros de sus faltas. Otras, porque saben poco, y de puro necias. Pues contra estas mujeres y las semejantes á estas, conviénele al marido guarnecer muy bien con aldabas y con cerrojos las puertas de su casa. Que jamás estas entradas peregrinas ponen en ella alguna cosa sana, sino siempre hacen diversos daños.» Pero veamos ya lo que despues de aquesto se sigue.

Eurip., in Androm.

## CAPITULO XI.

**Del buen trato y apacible condicion con que se deben portar las señoras con sus sirvientas y criadas.**

*«No temerá de la nieve su familia, porque toda su gente está vestida con vestiduras dobladas.»*

(Prov., 31, v. 22.)

No es aquesta la menor parte de la virtud de aquesta perfecta casada que pintamos, ni la que da menos loor á la que es señora de su casa, el buen tratamiento de su familia y criados: antes es como una muestra donde claramente se conoce la buena órden con que se gobierna todo lo demás. Y pues le habia mostrado Salomon en lo que es antes de esto, á ser limosnera con los extraños, convino que le avisase ahora, y le diese á entender, que aqueste cuidado y piedad ha de comenzar de los suyos. Porque, como dice san Pablo, «el que se descuida de la provision de los que tiene en su casa, infiel es, y peor que infiel.» Y aunque habla aquí Salomon del vestir, no habla solamente dél, sino por lo que dice en este particular enseña lo que ha de ser en

1. Tim., 5.

todo lo demás que pertenece al buen estado de la familia. Porque, así como se sirve de su trabajo della el señor, así ha de proveer con cuidado á su necesidad, y ha de compasar con lo uno lo otro, y tener gran medida en ambas cosas, para que ni les falte en lo que han menester, ni en lo que ellos han de hacer los cargue demasiadamente, como lo avisa y declara el Sabio en el capítulo treinta y tres del Eclesiástico. Porque lo uno es injusticia, y lo otro escasez, y todo crueldad y maldad. El pecar los señores en esto con sus criados, ordinariamente nace de soberbia, y de desconocerse á sí mismos los amos. Porque, si considerasen que así ellos como sus criados son de un mismo metal, y que la fortuna, que es ciega, y no la naturaleza proveida, es quien los diferencia, y que nacieron de unos mismos principios, y que han de tener un mismo fin, y que caminan llamados para unos mismos bienes: y si considerasen que se puede volver el aire mañana, y á los que sirven ahora servirlos ellos despues, y si no ellos, sus hijos, ó sus nietos, como cada dia acontece, y que al fin todos, así los amos como los criados, servimos á un mismo Señor, que nos medirá como nosotros midiéremos: así que, si considerasen esto, pondrian el brio aparte, y usarian de mansedumbre, y tratarian á los criados como á deudos, y mandarlos hian como quien siempre no ha de mandar. Y aquí conviene que las mujeres hinquen los ojos mas, porque se desvanecen mas fácilmente, y hay tan vanas algunas que casi desconocen su carne, y piensan que la suya es carne de ángeles, y las de sus sirvientas de perros, y quieren ser adoradas dellas, y no acordarse dellas si son nacidas: y si se quebrantan en su servicio, y si pasan sin sueño las noches, y si están ante ellas de rodillas los dias, todo les parece que es poco y nada para lo que se les debe, ó ellas presumen que se les ha de deber. En lo cual, demás de lo mucho que ofenden á Dios, hacen su vida mas miserable de lo que ella se es, porque se hacen aborrecibles á los suyos, que es una encarecida miseria. Porque ninguna enemistad es buena, y la de los criados, que viven dentro del seno de los amos, y saben los secretos de casa, y son sus ojos, y aunque les pese, de su vida testigos, es peligrosa y pestilencial. Y de aquí ordinariamente salen las chismerías, y los testimonios falsos, y las mas veces los verdaderos. Y esta es la causa por donde muchos hallan, cuando no piensan, las plazas llenas de sus secretos. Y, como es peligrosa desventura hacer de los criados fieles crueles enemigos con no debidos tratamientos, así el tratarlos bien es no solo seguridad, sino honra y buen nombre. Porque han de entender los señores que son como parte de su cuerpo sus gentes, y que es como un compuesto su casa, adonde ellos son la cabeza, y la familia los miembros; y que por el mismo caso, que los tratan bien, tratan bien y honradamente á su misma persona. Y como se honran de que en sus facciones y disposicion no haya ni miembro torcido ni figura que desagrade, y como les añaden á todos sus miembros, cuanto es en sí, hermosura, y los procuran vestir con debido color, así se han de preciar de que en toda su gente relumbre su mucha liberalidad y bondad. Por manera que los de su casa ni estén en ella faltos, ni salgan della quejosos. Conocí yo en aqueste reino una señora, que es muerta,

ó por mejor decir que vive en el cielo, que del caballo troyano, que dicen, no salieron tantos hombres valerosos como de su casa sirvientas suyas doncellas, y otras mujeres, remediadas y honradas. A la cual, como le aconteciese echar de su casa, por razon de un desconcierto, á una criada suya, no tan bien remediada como las demás, la oí decir muchas veces que no se podia consolar cuando pensaba que de las personas que Dios le habia dado, que así lo decia, habia salido una de su casa con desgracia y poco remedio. Y yo sé que en esta bondad gastaba muy grandes sumas, y que haciendo estos gastos, y otros de semejantes virtudes, no solo conservó y sustentó los mayorazgos de sus hijos, que estaban en su tutoría, y les venian de muchos abuelos de antigua nobleza, sino que tambien los acrecentó é ilustró con nuevos y ricos vínculos, y así era bendita de todos. Deben pues amar esta bendicion las mujeres de honra, y si quieren ellas ser estimadas y amadas, aqueste es camino muy cierto. Y no quiero decir que todo ha de ser blandura y regalo, que bien vemos que la buena órden pide algunas veces severidad; mas, porque lo ordinario es pecar los amos en esto, que es ser descuidados en lo que toca al buen tratamiento de los que los sirven, por eso hablamos dello, y no hablamos de como los han de ocupar, de que ellos se tienen cuidado. Síguese:

## CAPITULO XII.

**De como el traje y manera de vestir de la perfecta casada ha de ser conforme á lo que pide la honestidad y la razon. Afease el uso de los afeites, y condénanse las galas y atavios, no solo con razones tomadas de la misma naturaleza de las cosas, sino tambien con dichos y sentencias de los Padres de la Iglesia, y autoridades de la Sagrada Escritura.**

*« Hizo para sí aderezos de cama: holanda y púrpura es su vestido. »*

(Prov., 31, v. 22.)

Porque habia hablado de la piedad que deben las buenas casadas al pobre, y del cuidado que deben á la buena provision de su gente, trata ahora del tratamiento y buen aderezo de sus mismas personas. Y llega hasta aquí la clemencia de Dios, y la dulce manera de su providencia y gobierno, que desciende á tratar de su vestido de la casada, y cómo ha de aderezar y asear su persona, y condescendiendo en algo con su natural, aunque no le place el exceso, tampoco se agrada del desaliño y mal aseo, y así dice: «Púrpura y holanda es su vestido.» Que es decir que desta casada perfecta es parte tambien no ser en el tratamiento de su persona alguna desaliñada y remendada, sino que como ha de ser en la administracion de la hacienda granjera, y con los pobres piadosa, y con su gente no escasa, así por la misma forma á su persona la ha de traer limpia y bien tratada, aderezándola honestamente en la manera que su es-

tado lo pide, y trayéndose conforme á su cualidad, así en lo ordinario como en lo extraordinario tambien. Porque la que con su buen concierto y gobierno da luz y resplandor á los demás de su casa, que ella ande deslucida en sí ninguna razon lo permite. Pero es de saber por qué causa la vistió Salomon de holanda y de púrpura, que son las cosas de que en la ley vieja se hacia la vestidura del gran sacerdote, porque sin duda tiene en sí algun grande misterio. Pues digo que Exod., 28. quiere Dios declarar en esto á las buenas mujeres que no pongan en su persona sino lo que se puede poner en el altar; esto es, que todo su vestido y aderezo sea santo, así en la intencion con que se pone, como en la templanza con que se hace. Y díceles que quien les ha de vestir el cuerpo no ha de ser el pensamiento liviano, sino el buen concierto de la razon: y de la compostura secreta del ánimo ha de nacer el buen traje exterior: y que este traje no se ha de cortar á la medida del antojo, ó del uso vituperable y mundano, sino conforme á lo que pide la honestidad y la vergüenza. Así que señala aquí Dios vestido santo para condenar lo profano. Dice púrpura y holanda, mas no dice los bordados, que se usan ahora, ni los recamados, ni el oro tirado en hilos delgados. Dice vestidos, mas no dice diamantes ni rubíes. Pone lo que se puede tejer y labrar en casa, pero no las perlas que se asconden en el abismo del mar. Concede ropas, pero no permite rizos, ni encrespos, ni afeites. El cuerpo se vista, pero la cabeza no se desgreñe, ni se encrespe en pronóstico de su grande miseria. Y, porque en esto, y señaladamente en los afeites del rostro, hay grande exceso, aun en las mujeres que en lo demás son honestas, y porque es aqueste su propio lugar, bien será que digamos algo dellos aquí. Aunque, si va á decir la verdad, yo confieso á vuestra merced que lo que me convida á tratar desto, que es el exceso, eso mismo me pone miedo. Porque, ¿quién no temerá de oponerse contra una cosa tan recibida? O ¿quién tendrá ánimo para osar persuadirles á las mujeres á que quieran parecer lo que son? O ¿qué razon sanará la ponzoña del soliman? Y no solo es dificultoso este tratado, pero es peligroso tambien, porque luego aborrecen á quien esto les quita. Y así querer ahora quitárselo yo será despertar contra mí un escuadron de enemigos. Mas ¿qué les va en que yo las condene, pues tienen tantos otros que las absuelven? Y si aman aquellos que condescendiendo con su gusto dellas las dejan asquerosas y feas, muy mas justo es que siquiera no me aborrezcan á mí, sino que me oigan con igualdad y atencion: que cuanto ahora en esto les quiero decir será solamente enseñarles que sean hermosas, que es lo que principalmente desean. Porque yo no les quiero tratar del pecado que algunos hallan y ponen en el afeite, sino solamente quiero dárselo á conocer, demonstrándoles que es un fullero engañoso, que les da al reves de aquello que les promete, y que como en un juego, que hacen los niños, así él, diciendo que las pinta, las burla y entizna: para que conocido por tal hagan justicia de él, y le saquen á la vergüenza con todas sus redomillas al cuello. Pues yo no puedo pensar que ninguna viva en este caso tan engañada que ya que tenga por hermoso el afeite á lo menos no conozca que es sucio, y que no se lave las manos con que lo ha tratado

antes que coma. Porque los materiales dél los mas son asquerosos, y la mezcla de cosas tan diferentes como son las que casan para este adulterio es madre de muy mal olor, lo cual saben bien las arquillas que guardan este tesoro, y las redomas, y las demás alhajas dél. Y si no es suciedad, ¿porqué venida la noche se le quitan, y se lavan la cara con diligencia, y ya que han servido al engaño del dia quieren pasar siquiera la noche limpias? Mas, ¿para qué son razones, pues cuando nos lo negasen, á las que nos lo negasen les podríamos mostrar á los ojos sus dientes mismos, y sus encías negras, y mas sucias que un muladar, con las reliquias que en ellas ha dejado el afeite? Y si las pone sucias, como de hecho las pone, ¿cómo se pueden persuadir que las hace hermosas? ¿No es la limpieza el fundamento de la hermosura, y la primera y mayor parte della? La hermosura allega y convida á sí, y la suciedad aparta y ahuyenta. Luego ¿cómo podrán caber en uno lo hermoso y lo sucio? ¿Por ventura no es obra propia de la belleza parecer bien, y hacer deleite en los ojos? ¿Pues qué ojos hay tan ciegos, ó tan botos de vista, que no pasen con ella la tela del sobrepuesto, y que no cotejen con lo encubierto lo que se descubre, y que viendo lo mal que dicen entre sí mismos no se ofendan con la desproporcion? Y no es menester que los ojos traspasen este velo, porque él de sí mismo en cobrando un poco de calor el cuerpo se trasluce, y descúbrese por entre lo blanco un escuro y verdinegro, y un entre azul y morado, y matízase el rostro todo, y señaladamente las cuencas de los bellísimos ojos, con una variedad de colores feísimos: y aun corren á las veces derretidas las gotas, y aran con sus arroyos la cara. Mas si dicen que acontece esto á las que no son buenas maestras, yo digo que ninguna lo es tan buena que si ya engañare los ojos pueda engañar las narices. Porque el olor de los adobios, por mas que se perfumen, va delante dellas pregonando y diciendo que no es oro lo que reluce, y que todo es asco y engaño: y va, como con la mano, desviando la gente, en cuanto pasa la que yo no quiero nombrar. Tomen mi consejo las que son perdidas por esto, y hagan máscaras de buenas figuras, y pongáselas: y el barniz pinte el lienzo, y no el cuerpo, y sacarán mil provechos. Lo uno, que ya que les agrada ser falsas hermosas, quedarán á lo menos limpias. Lo otro, que no temerán que las desafeite ni el sol, ni el polvo, ni el aire. Y lo último, con este artificio podrán encubrir no solo el color escuro, sino tambien las facciones malas. Porque cierta cosa es que la hermosura no consiste tanto en el escogido color cuanto en que las facciones sean bien figuradas cada una por sí, y todas entre sí mismas proporcionadas. Y claro es que el afeite, ya que haga engaño en la color, pero no puede en las figuras poner enmienda, que ni ensancha la frente angosta, ni los ojos pequeños los engrandece, ni corrige la boca desbaratada. Pero dicen que vale mucho el buen color. Yo pregunto, ¿á quién vale? Porque las de buenas figuras, aunque sean morenas son hermosas, y no sé si mas hermosas que siendo blancas: las de malas, aunque se trasformen en nieve, al fin quedan feas. Mas dirán que menos feas. Yo digo que mas. Porque antes del barniz si eran feas estaban limpias, mas despues dél quedan feas y sucias, que es la

mas aborrecible fealdad de todas. Pero valga mucho el buen color, si de veras es buen color; mas este ni es buen color, ni casi lo es, sino un engaño de color que todos lo conocen, y una postura que por momentos se cae, y un asco que á todos ofende, y una burla que promete uno y da otro, y que afea y ensucia. ¿Qué locura es poner nombre de bien á lo que es mal, y trabajarse en su daño, y buscar con su tormento ser aborrecidas, que es lo que mas aborrecen? ¿Qué es el fin del aderezo, y de la cura del rostro, sino el parecer bien y agradar á los miradores? ¿Pues quién es tan falto que destos adobios se agrade? ¿O quién hay que no los condene? ¿Quién es tan necio que quiera ser engañado, ó tan boto que ya no conozca este engaño? ¿O quién es tan ajeno de razon que juzgue por hermosura del rostro lo que claramente ve que no es del rostro, lo que ve que es sobrepuesto, añadido y ajeno? Queria yo saber destas mendigantas hermosas si tendrian por hermosa la mano que tuviese seis dedos. ¿Por ventura no la hurtarian á los ojos? ¿No harian alguna invencion de guante para encubrir aquel dedo añadido? ¿Pues tienen por feo en la mano un dedo mas, y pueden creer que tres dedos de enjundia sobre el rostro les es hermoso? Todas las cosas tienen una natural tasa y medida, y la buena disposicion y parecer dellas consiste en estar justas en esto; y si dello les falta, ó sobra algo, eso es fealdad y torpeza: de donde se concluye que estas, de quien hablamos, añadiendo posturas, y excediendo lo natural, en caso que fuesen hermosas se tornan feas con sus mismas manos. Bien y prudentemente aconseja, acerca de un poeta antiguo, un padre á su hija, y le dice: « No tengas, hija, aficion con los oros: ni rodees tu cuello con perlas, ó con jacintos, con que las de poco saber se desvanecen. Ninguna necesidad tienes deste vano ornamento. Ni tampoco te mires al espejo para componerte la cara, ni con diversas maneras de lazos enlaces tus cabellos, ni te alcoholes con negro los ojos, ni te colores las mejillas, que la naturaleza no fué escasa con las mujeres, ni les dió cuerpo menos hermoso de lo que se les debe ó conviene. » ¿Pues qué diremos del mal del engañar y fingirá que se hacen, y como en cierta manera se ensayan y acostumbran en esto? Aunque esta razon no es tanto para que las mujeres se persuadan que es malo afeitarse, cuanto para que los maridos conozcan cuan obligados están á no consentir que se afeiten. Porque han de entender que allí comienzan á mostrárseles otras de lo que son, y á encubrirles la verdad: y allí comienzan á tentarles la condicion, y hacerlos al engaño: y como los hallaren pacientes en esto, así subirán á engaños mayores. Bien dice Aristóteles, en este mismo propósito, que « como en la vida y costumbres la mujer con el marido ha de andar sencilla y sin engaño, así en el rostro y en los aderezos dél ha de ser pura y sin afeite. » Porque la buena en ninguna cosa ha de engañar aquel con quien vive, si quiere conservar el amor, cuyo fundamento es la caridad y la verdad, y el no encubrirse los que se aman en nada. Que así como no es posible mezclarse dos aguas olorosas, mientras están en sus redomas cada una, así, en tanto que la mujer cierra el ánimo con la encubierta del fingimiento, y con la postura y

Naum. apud Stob., serm. 74.

Lib. 1., de cura rei famil. 4.

afeites esconde el rostro, entre su marido y ella no se puede mezclar amor verdadero. Porque si damos caso que el marido la ama así, claro es que no ama á ella en este caso, sino á la máscara pintada, que se parece y es como si amase en la farsa al que representa una doncella hermosa. Y por otra parte ella viéndose amada desta manera, por el mismo caso no le ama á él, antes le comienza á tener en poco, y en el corazon se rie dél, y le desprecia, y conoce cuan fácil es engañarle, y al fin le engaña, y le carga; y esto es muy digno de considerar, y mas lo que se sigue tras esto, que es el daño de la conciencia, y la ofensa de Dios. Que aunque prometí no tratarlo, pero al fin la conciencia me obliga á quebrantar lo que puse. Y no les diga nadie, ni ellas se lo persuadan á sí, que ó no es pecado, ó es muy ligero pecado; porque es muy al reves: ca él es pecado grave en sí, y que de mas desto anda acompañado de otros muchos pecados, unos que nacen dél, y otros de donde él nace. Porque dejando aparte el agravio que hacen á su mismo cuerpo, que no es suyo, sino del Espíritu Santo, que le consagró para sí en el bautismo, y que por la misma causa ha de ser tratado, como templo santo, con honra y respeto: así que aunque pasemos callando por este agravio, que hacen á sus miembros atormentándolos y ensuciándolos en diferentes maneras, y aunque no digamos la injuria que hacen á quien las crió, haciendo enmienda en su obra, y como reprehendiendo, ó á lo menos no admitiendo su acuerdo y consejo (porque sabida cosa es que lo que hace Dios, ó feo, ó hermoso, es á fin de nuestro bien y salud), así que aunque callemos esto, que las condena, el fin que ellas tienen, y lo que las mueve, é incita á este oficio, por mas que ellas lo doren y apuren, ni se pueda apurar ni callar. Porque pregunto, ¿porqué la casada quiere ser mas hermosa de lo que su marido quiere que sea? ¿Qué pretende afeitándose á su pesar? ¿Qué ardor es aquel que le menea las manos para acicalar el cuerpo como arnés, y poner en arco las cejas? ¿Adónde amenaza aquel arco? ¿y aquel resplandor á quién ciega? El colorado y el blanco, y el rubio y dorado, aquella artillería toda, ¿qué pide? ¿qué desea? ¿qué vocea? No pregunta sin causa el cantarcillo comun, ni es mas castellano que verdadero: «¿Para qué se afeita la mujer casada?» y torna á la pregunta, y repite la tercera vez, preguntando: «¿Para qué se afeita?» Porque si va á decir la verdad, la respuesta de aquel «para qué» es amor propio desordenadísimo, apetito insaciable de vana excelencia, codicia fea, deshonestidad arraigada en el corazon, adulterio, ramería, delito, que jamás cesa. ¿Qué pensais las mujeres que es afeitaros? Traer pintado en el rostro vuestro deseo feo. Mas no todas las que os afeitais deseais mal. Cortesía es creerlo. Pero si con la tez del afeite no descubrís vuestro mal deseo, á lo menos despertais el ajeno. De manera que con esas posturas sucias, ó publicais vuestra sucia ánima, ó ensuciais las de aquellos que os miran. Y todo es ofensa de Dios. Aunque no sé yo qué ojos miran que si bien os miran no os aborrezcan. ¡O asco, ó hedor, ó torpeza! Mas ¡qué bravo! direis algunas. No estoy bravo, sino verdadero. Y si tales son los padres de quien aqueste desatino nace, ¿cuales serán los frutos que dél proceden, sino enojos, y guerra continua, y sospechas mor-

tales, y lazos de perdidos, y peligros, y caídas, y escándalos, y muerte, y asolamiento miserable? Y si todavía os parezco muy bravo, oid ya, no á mí, sino á san Cipriano, las que lo decis, el cual dice desta manera: «En este lugar el temor, que debo á Dios, y el amor de la caridad, que me junta con todos, me obliga á que avise no solo á las vírgenes y á las viudas, sino á las casadas tambien, y universalmente á todas las mujeres, que en ninguna manera conviene ni es lícito adulterar la obra de Dios y su hechura, añadiéndole, ó color rojo, ó alcohol negro, ó arrebol colorado, ó cualquiera otra compostura que mude ó corrompa las figuras naturales. Dice Dios: «Hagamos al hombre á la imágen y semejanza nuestra,» ¿y osa alguna mudar en otra figura lo que Dios hizo? Las manos ponen en el mismo Dios cuando lo que él formó lo procuran ellas reformar y desfigurar, como si no supiesen que es obra de Dios todo lo que nace, y del demonio todo lo que se muda de su natural. Si algun grande pintor retratase con colores, que llegasen á lo verdadero, las facciones y rostro de alguno, con toda la demás disposicion de su cuerpo, y acabado ya y perficionado el retrato, otro quisiese poner las manos en él, presumiendo de mas maestro, para reformar lo que ya estaba formado y pintado, ¿paréceos que tendria el primero justa y grave causa para indignarse? ¿Pues piensas tú no ser castigada por una osadía de tan malvada locura, por la ofensa que haces al divino artífice? Porque dado caso que por la alcahuetería de los afeites no vengas á ser con los hombres deshonesta y adúltera, habiendo corrompido y violado lo que hizo en tí Dios convencida quedas de peor adulterio. Eso que pretendes hermosearte, eso que procuras adornarte, contradicion es, que haces contra la obra de Dios, y traicion contra la verdad. Dice el Apóstol, amonestándonos: «Desechad la levadura vieja, para que seais nueva masa, así como sois sin levadura, porque nuestra pascua es Cristo sacrificado. Así que celebremos la fiesta no con la levadura vieja, ni con la levadura de la malicia, y de tacañería, sino con la pureza de sencillez y verdad.» ¿Por ventura guardas esta sencillez y verdad cuando ensucias lo sencillo con adulterinos colores, y mudas en mentira lo verdadero, con posturas de afeites? Tu Señor dice que «no tienes poder para tornar blanco ó negro uno de tus cabellos;» y tú pretendes ser mas poderosa, por sobrepujar lo que tu Señor tiene dicho con pretension osada y con sacrílego menosprecio. Enrojas tus cabellos, y en mal agüero de lo que te está por venir les comienzas á dar color semejante al del fuego, y pecas con grave maldad en tu cabeza, esto es, en la parte mas principal de tu cuerpo, y como del Señor esté escrito que «su cabeza y sus cabellos eran blancos como la nieve,» tú maldices lo cano y abominas lo blanco, que es semejante á la cabeza de Dios. Ruégote la que esto haces, ¿no temes en el dia de la resurreccion cuando venga que el artífice que te crió no te reconozca? ¿que cuando llegues á pedirle sus promesas y premios, te deseche, aparte y excluya? ¿que te diga con fuerza y severidad de juez: Esta obra no es mia, ni es

Lib. De disciplina et habitu virginum.

Gen., 1.

1. Cor., 5.

Matth., 5.

Apoc., 1.

la nuestra esta imágen, ensuciaste la tez con falsa postura, demudaste el cabello con deshonesto color, hiciste guerra y venciste á tu cara, con la mentira corrompiste tu rostro, tu figura no es esa? No podrás ver á Dios, pues no traes los ojos que Dios hizo en tí, sino los que te inficionó el demonio: tú le has seguido; los ojos pintados y relumbrantes de la serpiente has en tí remedado; figuraste dél, y arderás juntamente con él.» Hasta aquí son palabras de san Cipriano. Y san Ambrosio habla no menos agramente que él, y dice así: «De aquí nace aquello que es via é incentivo de vicios, que las mujeres, temiendo desagradar á los hombres, se pintan las caras con colores ajenos, y en el adulterio que hacen de su cara se ensayan para el adulterio que desean hacer de su persona. ¡Mas qué locura aquesta tan grande, desechar el rostro natural, y buscar el pintado! ¡Y mientras temen de ser condenadas de sus maridos por feas, condenarse por tales ellas á sí mismas! Porque la que procura mudar el rostro con que nació, por el mismo caso da sentencia ella contra sí, y lo condena por feo: y mientras procura agradar á los otros, ella misma á sí se desagrada primero. Di, mujer, ¿qué mejor juez de tu fealdad podemos hallar que á tí misma, pues temes ser vista cual eres? Si eres hermosa, ¿porqué con el afeite te encubres? si fea y disforme, ¿porqué te nos mientes hermosa, pues ni te engañas á tí, ni del engaño ajeno sacas fruto? Porque el otro en tí afeitada no ama á tí, sino á otra: y tú no quieres como otra ser amada. Enseñaste en tí á ser adúltero, y si pone en otra su amor recibes pena y enojo. Mala maestra eres contra tí misma. Mas tolerable en parte es ser adúltera que andar afeitada. Porque allí se corrompe la castidad, y aquí la misma naturaleza.» Estas son palabras de san Ambrosio. Pero entre todos san Clemente Alejandrino es el que escribe mas extendidamente, diciendo: «Las que hermosean lo que se descubre, y lo que está secreto lo afean, no miran que son como las composturas de los egipcios, los cuales adornan las entradas de sus templos con arboledas, y ciñen sus portales con muchas columnas; y edifican los muros dellos con piedras peregrinas, y los pintan con escogidas pinturas; y los mismos templos los hermosean con plata, y con mármoles traidos desde Etiopia; y los sagrarios de los templos los cubren con planchas de oro: mas en lo secreto dellos, si alguno penetrare allá, y si con priesa de ver lo escondido buscare la imágen del dios que en ellos mora, y si la guarda dellos, ó alguno otro sacerdote con vista grave, y cantando primero algun himno en su lengua, y descubriendo un poco del velo le mostrare la imágen, es cosa de grandísima risa ver lo que adoran; porque no hallareis en ellos algun dios como esperavedes, sino un gato, ó un crocodilo, ó alguna sierpe de las de la tierra, ó otro animal semejante, no digno de templo, sino dignísimo de cueva, ó de escondrijo, ó de cieno, que como un poeta antiguo les dijo (1):

Lib. 1. de virg., ad Marc sor.

Lib. 3., Pedag., 2.

(1) San Clemente Alejandrino no pone esta sentencia como de poeta; y así parece que, por haberla leido en alguno fray Luis de Leon, la alegó como de tal.

Son fieras sobre púrpura asentadas
Los dioses á quien sirven los gitanos.

Tales pues me parecen á mí las mujeres que se visten de oro y se componen los rizos, y se untan las mejillas, y se pintan los ojos, y se tiñen los cabellos, y que ponen toda su mala arte en este aderezo muelle y demasiado, y que adornan este muro de carne, y hacen verdaderamente, como en Egipto, para atraer á sí á los desventurados amantes. Porque si alguno levantase el velo del templo, digo, si apartase las tocas, la tintura, el bordado, el oro, el afeite, esto es, el velo, y la cobertura compuesta de todas aquestas cosas, por ver si hallaria dentro lo que de veras es hermoso, abominaríalas, á lo que yo entiendo, sin duda. Porque no hallara en su secreto dellas por moradora, segun que era justo, á la imágen de Dios, que es lo digno de precio, mas hallara que en su lugar ocupa una fornicaria y una adúltera lo secreto del alma, y averiguara que es verdadera fiera, mona con albayalde afeitada, ó sierpe engañosa, que tragando lo que es de razon en el hombre, por medio del deseo del vano aplacer, tienen el alma por cueva; adonde mezclando toda su ponzoña mortal, y rebosando el tósigo de su engaño y error, trueca á la mujer en ramera aqueste dragon alcahuete. Porque el darse al afeite de ramera es, y no de buena mujer. Como claramente se ve, porque las que con esto tienen cuenta no la tienen jamás con sus casas. Su cuenta es desenlazar las bolsas de sus maridos, y el consumirles las haciendas en sus vanos antojos, y para que testifiquen muchos que parecen hermosas, el ocuparse asentadas todos los dias al arte del afeitarse con personas alquiladas á ello. Así que procuran de guisar bien su carne, como cosa desabrida y de mala vista: y entre dia, por el afeite, se están deshaciendo en su casa, con temor que no se les eche ver que es postiza la flor; mas venida la tarde, como de cueva, luego se hace afuera aquesta adulterada hermosura, á quien ayuda entonces, para ser tenida en algo, la embriaguez y la falta de luz. Menandro el poeta lanza de su casa á la mujer que se enrubia, y dice:

Ve fuera desta casa, que la buena
No trata de hacer rubios los cabellos.

Y no dice que se barnizaba la cara, ni menos que se pintaba los ojos. Mas las miserables no ven que con añadir lo postizo destruyen lo hermoso natural y propio, y no ven que matizándose cada dia, y estirándose el cuero, y emplastándose con mezclas diversas, secan el cuerpo y consumen la carne, y con el exceso de los corrosivos marchitan la flor propia: y así vienen á tornarse amarillas, y á hacerse dispuestas y fáciles á que la enfermedad se las lleve, por tener con los afeites la carne, que sobrepintan, gastada, y vienen á deshonrar al fabricador de los hombres, como á quien no repartió la hermosura como debia, y son con razon inútiles para cuidar por su casa, porque son como cosas pintadas, asentadas para no mas de ser vistas, y no hechas para ser caseras cuida-

dosas. Por lo cual aquella bien considerada mujer, acerca del poeta cómico, dice: «¿Qué hecho podremos hacer las mujeres que de precio sea, ó de valor, pues repintándonos y enfloreciéndonos cada dia, borramos de nosotras mismas la imágen de las mujeres valerosas; y no servimos sino de trastos de casa y de estropiezos para los maridos, y de afrenta de nuestros hijos?» Y asimismo Antifanes, escritor tambien de comedias, mofa de aquesta perdicion de mujeres, poniendo las palabras que convienen á lo que comunmente todas hacen, y dice: «Llega, pasa, torna, no se pasa, viene, pára, límpiase, revuelve, relímpiase, péinase, sacúdese, friégase, lávase, espéjase, vístese, almízclase, aderézase, rocíase con colores: y al fin si hay algo que no, ahógase y mátase.» Merecedoras no de una, sino de doscientas mil muertes, que se coloran con las freces del crocodilo, y se untan con la espuma de la hediondez, y que para las aveñolas hacen hollin, y albayalde para embarnizar las mejillas. Pues las que así enfadan á los poetas gentiles, ¿la verdad cómo no las desechará y condenará? Pues Alexi, otro cómico, ¿qué dice dellas reprendiéndolas? Que pondré lo que dijo, procurando avergonzar con la curiosidad de sus razones su desvergüenza perpetua, sino que no pudo llegar á tanto su buen decir; y verdaderamente que yo me avergonzaria, si pudiese defenderlas con alguna buena razon, de que las tratase así la comedia. Pues dice: «Demás desto acaban á sus maridos, porque su primero y principal cuidado es el sacarles algo, y el pelar á los tristes mezquinos; esta es su obra, y todas las demás en su comparacion les son acesorias. ¿Es por ventura alguna dellas pequeña? Embute los chapines de corcho; ¿es otra muy luenga? trae una suela sencilla, y anda la cabeza metida en los hombros, y hurta esto al altor; ¿es falta de carnes? afórrase de manera que todos dicen que no hay mas que pedir; ¿crece en barriga? estréchase con fajas, como si tranzase el cabello, con que va derecha y cenceña; ¿es sumida de vientre? como con puntales hace la ropa adelante; ¿es bermeja de cejas? encúbrelas con hollin; ¿es acaso morena? anda luego el albayalde por alto; ¿es demasiadamente muy blanca? friégase con la tez del humero: ¿tiene algo que sea hermoso? siempre lo trae descubierto. Pues que si los dientes son buenos, forzoso es que se ande riendo. Y para que vean todos que tiene gentil boca, aunque no esté alegre todo el santo dia se rie, y trae entre los dientes siempre algun palillo de murta delgado, para que, quiera, que no, en todos tiempos esté abierta la boca.» Esto he alegado de las letras profanas, como para remedio contra este mal artificio y deseo excesivo del afeite, porque Dios procura nuestra salud por todas las vias posibles: mas luego apretaré con las letras sagradas que al malo público natural es apartarse de aquello en que peca, siendo reprehendido por la vergüenza que padece. Pues así como los ojos vendados, ó la mano envuelta en emplastos, á quien lo ve hace indicio de enfermedad, así el color postizo y los afeites de fuera dan á entender que el alma en lo de dentro está enferma. Amonesta nuestro Divino Ayo y Maestro que no lleguemos al rio ajeno, figurando por el rio ajeno la mujer destemplada y deshonesta, que corre para todos, y que, para el deleite de todos, se derrama con

posturas lascivas. «Contiénete, dice, del agua ajena; y de la fuente ajena no bebas;» amonestándonos que huyamos la corriente de semejante deleite, si queremos vivir luengamente: porque el hacerlo así añade años de vida. Grandes vicios son los del comer y beber, pero no tan grandes con mucha parte como la aficion excesiva del aderezo y afeite. Para satisfacer al gusto, la mesa llena basta, y la taza abundante; mas á las aficionadas á los oros, á los carmesíes y á las piedras preciosas, no les es suficiente ni el oro que hay sobre la tierra ó en sus entrañas della, ni la mar de Tiro, ni lo que viene de Etiopia, ni el rio Pactolo, que corre oro, ni aunque se trasformen en Midas quedarán satisfechas algunas dellas, sino pobres siempre, y deseando mas siempre, aparejadas á morir con el haber. Y si es la riqueza ciega, como de veras lo es, las que tienen puesta en ella toda su aficion y sus ojos ¿cómo no serán ciegas? Y es que, como no ponen término á su mala codicia, vienen á dar en licencia desvergonzada, porque les es necesario el teatro, y la procesion, y la muchedumbre de los miradores, y el vaguear por las iglesias, y el detenerse en las calles para ser contempladas de todos, porque cierto es que se aderezan para contentar á los otros. Dice Dios por Jeremías: «Aunque te rodees de púrpura, y te enjoyes con oro, y te pintes los ojos con alcohol, vana es tu hermosura.» ¿Mas qué desconcierto tan grande que el caballo y el pájaro, y todos los demás animales de la yerba y del prado, salgan alindados cada uno con su propio aderezo, el caballo con crines, el pájaro con pinturas diversas, y todos con su color natural, y que la mujer, como de peor condicion que las bestias, se tenga á sí misma en tanto grado por fea, que haya menester hermosura postiza, comprada y sobrepuesta? Preciadoras de lo hermoso del rostro, y no cuidadosas de lo feo del corazon. Porque sin duda, como el hierro en la cara del esclavo muestra que es fugitivo, así las floridas pinturas del rostro son señal y pregon de ramera. Porque los volantes, y las diferencias de los tocados, y las invenciones del coger los cabellos, y los visajes que hacen dellos, que no tienen número, y los espejos costosos, á quien se aderezan, para cazar á los que, á manera de niños ignorantes, hincan los ojos en las buenas figuras; cosas son de mujeres raidas, y tales, que no se engañará quien peor las nombrare: trasformadoras de sus caras en máscaras. Dios nos avisa que no atendamos á lo que parece, sino á lo que se encubre, porque es lo que se ve temporal, y lo que no sempiterno: y ellas locamente inventan espejos, adonde, como si fuera alguna cosa loable, se vea artificiosa figura, á cuyo engaño le venia mejor la cubierta y el velo. Que, como cuenta la fábula, á Narciso no le fué útil el haber contemplado su rostro. Y si veda Moisen á los hombres que no hagan alguna imágen, competiendo en el arte con Dios, ¿cómo les será á las mujeres lícito en sus mismas caras formar nuevos gestos en revocacion de lo hecho? Al profeta Samuel, cuando Dios le envió á ungir en rey á uno de los hijos de Jesé, pareciéndole que el mas anciano dellos era hermoso y dispuesto, y queriéndole ungir, díjole Dios: «No mires

Eccli., 25.

Jer., 4.

2. Cor., 4.

Exod, 20.
Deut., 5.

1. Reg., 16.

á su rostro, ni atiendas á su buena disposicion de ese hombre, que le tengo desechado, que el hombre mira á los ojos, y Dios tiene cuenta con el corazon.» Y así el profeta no ungió al hermoso de cuerpo, sino consagró al hermoso de ánimo. Pues si la belleza de cuerpo, aun aquella que es natural, tiene Dios en tanto menos que la belleza del ama, ¿qué juzgará de la postiza y fingida el que todo lo falso desecha y aborrece?

2. Cor., 5. «En fe caminamos, y no en lo que es evidente á la vista.» Manifiestamente nos enseñó en Abrahan el Señor

Gen., 12. que ha de menospreciar quien le siguiere la parentela, la tierra, la hacienda, y riquezas y bienes visibles. Hízole peregrino, y luego que despreció su natural y el bien que se veia, le llamó amigo suyo. Y era Abrahan noble en tierra, y muy abundante en riqueza, que

Gen., 14. como se lee, cuando venció á los reyes que prendieron á

Esther, 5. Lot, armó de sola su casa trescientas y diez y ocho personas. Sola es Ester la que hallamos haberse aderezado sin culpa, porque se hermoseó con misterio, y para el rey su marido, demás de que aquella su hermosura fué rescate de toda una gente condenada á la muerte. Y así lo que se concluye de todo lo dicho es que el afeitarse y el hermosearse á las mujeres hace rameras, y á los hombres hace afeminados y adúlteros, como el poeta trágico lo dió bien á entender cuando dijo:

> De Frigia vino á Esparta el que juzgara,
> Segun lo dice el cuento de los griegos,
> Las diosas, hermosísimo en vestido,
> En oro reluciente y rodeado,
> De traje barbaresco y peregrino.
> Amó, y partióse así, llevando hurtada,
> A quien tambien le amaba, al monte de Ida,
> Estando Menelao de casa ausente.

¡O belleza adúltera! El aderezo bárbaro trastornó á toda Grecia. A la honestidad de Lacedemonia corrompió la vestidura, la policía y el rostro. El ornamento excesivo y peregrino hizo ramera á la hija de Júpiter. Mas en aquellos no fué gran maravilla, que no tuvieron maestro que les cercenase los deseos viciosos, ni menos quien les dijese: «No fornicarás ni desearás fornicar,» que es decir: No caminarás al fornicio con el deseo, ni encenderás su apetito con el afeite, ni con el exceso del aderezo demasiado.» Hasta aquí son palabras de san Clemente. Y Tertu-

Lib. de cultu feminarum. liano, varon doctísimo, y vecino á los apóstoles, dice: «Vosotras teneis obligacion de agradar á solos vuestros maridos. Tanto mas los agradareis á ellos cuanto menos procuráredes parecer bien á los otros. Estad seguras. Ninguna á su marido le es fea: cuando la escogió se agradó, porque ó sus costumbres ó su figura se la hicieron amable. No piense ninguna que si se compone templadamente la aborrecerá ó desechará su marido, que todos los maridos apetecen lo casto. El marido cristiano no hace caso de la buena figura, porque no se ceba de lo que los gentiles se ceban; el gentil en ser cosa nuestra la tiene por sospechosa, por el mal que de nosotros juzga. Pues dime, ¿tu

belleza para quien la aderezas, si ni el gentil la cree ni el cristiano la pide? ¿para qué te desentrañas, por agradar al receloso ó al no deseoso? Y no digo esto por induciros á que seais algunas desaliñadas y fieras, ni os persuado el desaseo, sino dígoos lo que pide la honestidad, el modo, el punto, la templanza con que aderezareis vuestro cuerpo. No habeis de exceder de lo que al aderezo simple y limpio se debe, de lo que agrada á el Señor. Porque sin duda le ofenden las que se untan con unciones de afeites el rostro, las que manchan con arrebol las mejillas, las que con hollin alcoholan los ojos. Porque sin duda les desagrada lo que Dios hace, y arguyen en sí mismas de falta á la obra divina, reprehenden al artífice, que á todos nos hizo. Repreháendenle, pues le enmiendan, pues le añaden. Que estas añadiduras toman las del contrario de Dios, esto es, del demonio. Porque, ¿quién otro será maestro de mudar la figura del cuerpo, sino el que trasformó en malicia la imágen del alma? Él sin duda es el que compuso este artificio, para en nosotros poner en Dios las manos en cierta manera. Lo con que se nace obra de Dios es, lo que se finge y artiza obra será del demonio. ¿Pues qué maldad á la obra de Dios sobreponer lo que ingenia el demonio? Nuestros criados no toman, ni prestado, de los que no son enemigos: el buen soldado no desea mercedes del que á su capitan es contrario, que es aleve encargarse del enemigo de aquel á quien sirve, y recebir ayuda y favor de aquel malo el Cristiano, si ya le llamo bien con tal nombre. ¿Si es ya de Cristo? Porque mas es de aquel cuyas enseñanzas aprende. ¡Mas cuan ajena cosa es de la enseñanza cristiana, de lo que profesais en la fe, cuan indigno del nombre de Cristo, traer cara postiza las que se os mandó que en todo guardeis sencillez; mentir con el rostro las que se os veda mentir con la lengua; apetecer lo que no se os da las que os debeis abstener de lo ajeno; buscar el parecer bien las que teneis la honestidad por oficio! Creedme, benditas, mal guardareis lo que Dios os manda, pues no conservais las figuras que os pone. Y aun hay quien con azafran muda de su color los cabellos. Aféntanse de su nacion: duélense por no haber nacido alemanas ó inglesas, y así procuran desnaturalizarse en el cabello si quiera. Mal agüero se hacen, colorando su cabeza de fuego. Persuádense que les está bien lo que ensucian. Y cierto las cabezas mismas padecen daño con la fuerza de las lejías. Y cualquier agua, aunque sea pura, acostumbrada en la cabeza destruye el cerebro, y mas el ardor del sol con que secan el cabello y le avivan. ¿Qué hermosura puede haber en daño semejante, ó qué belleza en una suciedad tan enorme? Poner la cristiana en su cabeza azafran, es como ponerlo al ídolo en el altar. Porque en todo lo que se ofrece á los espíritus malos, sacados los usos necesarios y saludables, á que Dios lo ordenó, el usar dello puede ser habido por cultura de ídolos. Mas dice el Señor: « ¿Quién de vosotras puede mudar su cabello, ó de negro en blanco, ó de blanco en negro? » ¿Quién? Estas que desmienten á Dios. Veis, dicen; en lugar de hacerle de negro blanco le hacemos rubio, que es mudanza mas fácil. Demás, de que tambien procuran de mudarle de blanco en negro las que les pesa de haber llegado á ser viejas. ¡O desatino, ó lo-

Matth., 5.

cura, que se tiene por vergonzosa la edad deseada, que no se asconde el deseo de hurtar de los años, que se desea la edad pecadora; que se repara y se remedia la ocasion del mal hacer! Dios os libre, á las que sois hijas de la sabiduría, de tan grande necedad. La vejez se descubre mas cuando mas se procura encubrir. ¿ Esa debe de ser sin duda la eternidad que se nos promete, traer moza la cabeza? ¿ esa la incorruptibilidad de que nos vestiremos en la casa de Dios? ¿ la que da la inocencia? Bien os dais priesa al Señor, bien os apresurais por salir deste malvado siglo, las que teneis por feo el estar vecinas á la salida. A lo menos decidme ¿ de qué os sirve esta pesadumbre de aderezar la cabeza? ¿ Porqué no se les permite que reposen á vuestros cabellos? Ya trenzados, ya sueltos, ya derramados, ya levantados en alto. Unas gustan de recogerlos en trenzas: otras los dejan andar sin órden, y que vuelen ligeros con sencillez nada buena. Otras, demás desto, les añadís y apegais no sé que monstruosas demasías de cabellos postizos, formados á veces como chapeo, ó como vaina de la cabeza, ó como cobertera de vuestra mollera: á veces echados á las espaldas, ó sobre la cerviz empinados. ¡ Maravilla es cuanto procurais estrellaros con Dios, contradecir sus sentencias! Sentenciado está que ninguno pueda acrecentar su estatura. Vosotras sino á la estatura, á lo menos añadis al peso, poniendo tambien sobre vuestras caras y cuellos no sé qué costras de saliva y de masa. Si no os avergonzais de una cosa tan desmedida, avergonzaos siquiera de una cosa tan sucia. No pongais como iguales, sobre vuestra cabeza santa y cristiana, los despojos de otra cabeza por ventura sucia, por ventura criminosa y ordenada al infierno. Antes alanzad de vuestra cabeza libre esa como postura servil. En balde os trabajais por parecer bien tocadas; en balde os servis en el cabello de los maestros que mejor lo aderezan, que el Señor manda que lo cubrais. Y creo que lo mandó porque algunas de vuestras cabezas jamás fuesen vistas. Plega á él que yo, el mas miserable de todos, en aquel público y alegre dia del regocijo cristiano, alce la cabeza, siquiera puesto á vuestros piés: que entonces veré si resucitais con albayalde, con colorado, con azafran, con esos rodetes de la cabeza. Y veré si á la que saliere así pintada la subirán los ángeles en las nubes al recibimiento de Cristo. Si son estas cosas buenas, si son de Dios, tambien entonces se vendrán á los cuerpos, y resucitarán, cada una conocerá su lugar. Pero no resucitarán mas de la carne y el espíritu puros. Luego las cosas que ni resucitarán con el espíritu, ni con la carne, porque no son de Dios, condenadas cosas son. Absteneos pues de lo que es condenado. Tales os vea Dios ahora cuales os ha de ver entonces. Mas direis que yo como varon, y como de linaje contrario, vedo lo lícito á las mujeres, como si permitiese yo algo desto á los hombres. ¿ Por ventura el temor de Dios, y el respeto de la gravedad, que se debe, no quita muchas cosas á los varones tambien? Porque sin ninguna duda, así á los varones por causa de las mujeres, como á las mujeres por contemplacion de los hombres, les nace de su naturaleza viciosa el deseo de bien parecer. Que tambien nuestro linaje sabe hacer sus embustes, sabe

Matth., 6.

1. Cor., 11.

atusarse la barba, entresecarla, ordenar el cabello, componerle, dar color á las canas, y quitar luego que comienza á nacer el vello del cuerpo, pintarle en partes con afeites afeminados, y en partes alisarse con polvos de cierta manera: sabe consultar el espejo en cualquiera ocasion, ó mirarse en él con cuidado. Mas la verdad es que el conocimiento que ya profesamos de Dios, y el despojo del desear aplacer, y la pausa que prometemos de los excesos viciosos, huye destas cosas todas, que en sí no son de fruto, y á la honestidad hacen notable daño. Porque adonde Dios está, allí está la limpieza, y con ella la gravedad ayudadora y compañera suya. «Pues cómo serémos honestos si no curamos de lo que sirve á la honestidad, como propio instrumento, que es el ser graves? ¿ó cómo conservaremos la gravedad, maestra de lo honesto y de lo casto, si no guardamos lo severo, ansí en la cara como en el aderezo, como en todo lo que en nuestro cuerpo se ve? Por lo cual tambien en los vestidos poned tasa con diligencia, y desechad de vosotras y dellos las galas demasiadas. Porque, ¿qué sirve traer el rostro honesto y aderezado con la sencillez que pide nuestra profesion y doctrina, y lo demás del cuerpo rodeado de esas burlerías de ropas agironadas, y pomposas, y regaladas? Que fácil es de ver cuan junta anda esa pompa con la lascivia, y cuan apartada de las reglas honestas, pues ofrece al apetito de todos á la gracia del rostro, ayudada con el buen atavío. Tanto que si esto falta, no agrada aquello, y queda como descompuesto y perdido. Y, al revés, cuando la belleza del rostro falta el lucido traje cuasi suple por ella. Aun á las edades quietas ya, y metidas en el puerto de la templanza, las galas de los vestidos lucidos y ricos las sacan de sus casillas, é inquietan con ruines deseos su madurez grave y severa, pensando mas el sainete del traje que la frialdad de los años. Por tanto, benditas, lo primero no deis entrada en vosotras á las galas y riquezas de los vestidos, como á rufianes que sin duda son y alcahuetes. Lo otro, cuando alguna usare de semejantes arreos, forzándola á ello, ó su linaje, ó sus riquezas, ó la dignidad de su estado, use dellos con moderacion, cuanto le fuere posible, como quien profesa castidad y virtud, y no dé riendas á la licencia, con color que le es fuerza. Porque ¿cómo podrémos cumplir con la humildad, que profesamos los que somos cristianos, sino cubijais como con tierra el uso de vuestras riquezas y galas, que sirve á la vanagloria? Porque la vanagloria anda con la hacienda. Mas direis: No tengo de usar de mis cosas. ¿Quién os lo veda que useis? Pero usad conforme al Apóstol, que nos enseña que usemos deste mundo como si no usásemos dél. Porque, como dice, «todo lo que en él se parece vuela.» «Los que compraren, dice, compren como si no poseyesen.» Y esto ¿porqué? Porque habia dicho primero: «El tiempo se acaba.» Y si el Apóstol muestra que aun las mujeres han de ser tenidas como si no tuviesen, por razon de la brevedad de la vida, ¿qué será destas sus vanas alhajas? ¿Por ventura muchos no lo hacen así, que se ponen en vida casta por el reino del cielo, privándose de su voluntad del deleite permitido y tan poderoso? ¿No se ponen entredicho algunos de las cosas que Dios cria, y se contienen del vino, y se destierran del

1 Cor., 7.

comer carne, aunque pudieran gozar dello, sin peligro ni solicitud, pero hacen sacrificio á Dios de la aficion de sí mismos, en la abstinencia de los manjares? Harto habeis gozado ya de vuestras riquezas y regalos: harto del fruto de vuestras dotes. ¿Habeis por caso olvidado lo que os enseña la voz de salud? Nosotros somos aquellos en quien vienen á concluirse los siglos. Nosotros, á los que siendo ordenados de Dios ántes del mundo, para sacar provecho y para dar valor á los tiempos, nos enseña él mismo que castiguemos, ó, como si dijesemos, que castremos el siglo. Nosotros somos la circuncision general de la carne y del espíritu, porque cercenamos todo lo seglar del alma y del cuerpo. ¿Dios sin duda nos debió de enseñar cómo se cocerian las lanas, ó en el zumo de las yerbas, ó en la sangre de las ostras? ¿Olvidósele, cuando lo crió todo, mandar que naciesen ovejas de color de grana ó moradas? ¿Dios debió de inventar los telares, do se tejen y labran las telas, para que labrasen y tejiesen las telas delicadas y ligeras, y pesadas en solo el precio? ¿Dios debió de sacar á luz tantas formas de oro, para luz y ornamento de las piedras preciosas? ¿Dios enseñaria horadar las orejas con malas heridas, sin tener respeto al tormento de su criatura, ni al dolor de la niñez, que entonces se comienza á doler, para que de aquellos agujeros del cuerpo, soldadas ya las heridas, cuelguen no sé qué malos granos? Los cuales los Partos se engieren por todo el cuerpo, en lugar de hermosura. Y aun hay gentes que al mismo oro, de que haceis honra y gala vosotras, le hacen servir de prisiones, como en los libros de los gentiles se escribe. De manera que estas cosas, por ser raras, son buenas, y no por sí. La verdad es que los ángeles malos fueron los que las enseñaron: ellos descubrieron la materia, y los mismos demostraron el arte. Juntóse con el ser raro la delicadez del artificio, y de allí nació el precio, y del precio la mala codicia que de ello las mujeres tienen, las cuales se pierden por lo precioso y costoso. Y porque estos mismos ángeles, que descubrieron los metales ricos, digo la plata y el oro, y que enseñaron cómo se debian labrar, fueron tambien maestros de las tinturas con que los rostros se embellecen, y se coloran las lanas, por eso fueron condenados de Dios, como en Enoc se refiere. ¿Pues en qué manera agradaremos á Dios, si nos preciamos de las cosas de aquellos que despertaron contra sí la ira y el castigo de Dios? Mas háyalo Dios enseñado, háyalo permitido, nunca Isaías haya dicho mal de las púrpuras, de los joyeles, nunca haya embotado las ricas puntas de oro; pero no por eso, haciendo lisonja á nuestro gusto, como los gentiles lo hacen, debemos tener á Dios por maestro y por inventor destas cosas, y no por juez y pesquisidor del uso dellas. Cuanto mejor, y con mas aviso andaremos, si presumiéremos, que Dios lo proveyó todo, y lo puso en la vida, para que hubiese en ella alguna prueba de la templanza de los que le siguen. De manera que en medio de la licencia del uso se viese por experiencia el templado. ¿Por ventura los señores, que bien gobiernan sus casas, no dejan de industria algunas cosas á sus criados, y se las permiten para experi-

1. Cor., 10. Ephes., 1. 2. Cor., 6.

Philip., 3.

Isai., 3.

mentar en qué manera usan dellas, si moderadamente, si bien? Pues que loado es allí el que se abstiene de todo, el que se recela de la condescendencia del amo. Así pues, como dice el Apóstol, « todo es lícito, pero no edifica todo. » El que se recelare en lo lícito, ¡cuanto mejor temerá lo vedado! Decidme, ¿qué causa teneis para mostraros tan enjaezadas, pues estais apartadas de lo que á las otras las necesita? Porque ni vais á los templos de los ídolos, ni salís á los juegos públicos, ni teneis que ver con los dias de fiesta gentiles, que siempre por causa destos ayuntamientos, y por razon de ver, y de ser vistas, se sacan á plaza las galas, ó para que negocie lo deshonesto, ó para que se engria lo altivo, ó para hacer el negocio de la deshonestidad, ó para fomentar la soberbia. Ninguna causa teneis, para salir de casa, que no sea grave y severa, que no pida estrechez y encogimiento. Porque, ó es visita de algun infiel enfermo, ó es ver la misa, ó el oir la palabra de Dios. Cada cosa destas es negocio santo y grave, y negocio para que no es menester vestido y aderezo, ni extraordinario, ni polido, ni disoluto. Y si la necesidad de la amistad, ó de las buenas obras, os llama á que veais los infieles, pregunto, ¿porqué no ireis aderezadas de lo que son vuestras armas, por eso mismo porque vais á las que son ajenas de vuestra fe, para que haya diferencia entre las siervas del demonio y de Dios? ¿para que les sea como ejemplo, y se edifiquen de veros? ¿para que, como dice el Apóstol, sea Dios ensalzado en vuestro cuerpo? y es ensalzado con la honestidad, y con el hábito, que á la honestidad le conviene. Pero dicen algunas: Antes porque no blasfemen de su nombre en nosotras, si ven que quitamos algo de lo antiguo que usábamos. Luego ni quitemos de nosotros los vicios pasados. Seamos de unas mismas costumbres, pues queremos ser de un mismo traje, ¿y entonces con verdad no blasfemarán de Dios los gentiles? ¡Gran blasfemia es por cierto que se diga de alguna que anda pobre despues que es cristiana! ¿Temerá nadie de parecer pobre, despues que es mas rica, ó de parecer sin aseo despues que es limpia? Pregunto: ¿á los cristianos cómo les conviene que anden conforme al gusto de los gentiles, ó conforme al de Dios? Lo que habemos de procurar es no dar causa á que con razon nos blasfemen. ¡Cuanto será mas digno de blasfemia, si las que sois llamadas sacerdotes de honestidad salís vestidas y pintadas como las deshonestas se visten y afeitan! ¿O qué mas hacen aquellas miserables que se sacrifican al público deleite y al vicio, á las cuales si antiguamente las leyes las apartaron de las matronas, y de los trajes que las matronas usaban, ya la maldad deste siglo, que siempre crece, las ha igualado en esto con las honestas mujeres, de manera que no se pueden reconocer sin error? Verdad es que las que se afeitan como ellas poco se diferencian dellas. Verdad es que los afeites de la cara, las escrituras nos dicen que andan siempre con el cuerpo burdel, como debidos á él, y como sus allegados. Que aquella poderosa ciudad, de quien se dice que preside sobre siete montes, y quien mereció que la llamase ramera Dios, ¿con qué traje, veamos, corresponde á su nombre? En carmesí se asienta sin duda, y en púrpura, y en oro, y en piedras pre-

1. Cor., 10.

Apoc., 17.

ciosas, que son cosas malditas, y sin que pintada ser no pudo, la que es ramera, maldita. La Tamar, porque se engalanó y se pintó, por eso á la sospecha de Judas fué tenida por mujer que vendia su cuerpo. Y como la encubria el rebozo, y como el aderezo daba á entender ser ramera, hizo que la tuviese por tal. Quísola y recuestóla, y puso su concierto con ella. De adonde aprendemos que conviene en todas maneras cortar el camino, aun á lo que hace mala sospecha de nosotros. Que, ¿porqué la entereza del ánima casta ha de querer ser manchada con la sospecha ajena? ¿Porqué se esperará de vos lo que huis como la muerte? ¿Porqué mi traje no publicará mis costumbres? para que, por lo que el traje dice, no ponga llaga la torpeza en el alma, y para que pueda ser tenida por honesta la que desama el ser deshonesta. Mas dirá por caso alguna: No tengo necesidad de satisfacer á los hombres, ni busco el ser aprobada dellos; «Dios es el que ve el corazon.» Todos sabemos eso, mas tambien nos acordamos de lo que el mismo por su Apóstol escribe: «Vean los hombres que vives bien.» ¿Y para qué? Sino para que la mala sospecha no os toque, y para que seais buen ejemplo á los malos, y ellos os den testimonio. ¿O qué es, si esto no es? Resplandezcan vuestras buenas obras. ¿O para qué nos llama el Señor luz de la tierra? ¿Para qué nos compara á ciudad puesta en el monte, si nos sumimos, y lucir no queremos en las tinieblas? Si ascondiéredes debajo del celemin la candela de vuestra virtud, forzoso será quedaros á escuras, y de fuerza estropezarán en vosotras diversas gentes. Las obras de buen ejemplo, estas son las que nos hacen lumbreras del mundo, que el bien entero y cabal no apetece lo escuro, antes se goza en ser visto, y en ser demostrado se alegra. A la castidad cristiana no le basta ser casta, sino parecer tambien que lo es. Porque ha de ser tan cumplida, que del ánima mane al vestido, y del secreto de la conciencia salga á la sobrehaz, para que se vean sus alhajas de fuera, y sean cual convienen ser, para conservar perpetuamente la fe. Porque conviene mucho que desechemos los regalos muelles, porque su blandura y demasía excesiva afeminan la fortaleza de la fe, y la enflaquecen. Que cierto no sé yo si la mano acostumbrada á vestirse del guante sufrirá pasmarse con la dureza de la cadena. Ni sé si la pierna hecha al calzado bordado consentirá que el cepo la estreche. Temo mucho que el cuello embarazado con los lazos de las esmeraldas y perlas no dé lugar á la espada. Por lo cual, benditas, ensayémonos en lo mas áspero, y no sentiremos. Dejemos lo apacible y alegre y luego nos dejará su deseo. Estemos aprestadas para cualquier suceso duro, sin tener cosa que temamos perder. Que estas cosas ligaduras son que detienen nuestra esperanza. Desechemos las galas del suelo, si deseamos las celestiales. No ameis el oro, que fué materia del primer pecado del pueblo de Dios. Obligadas estais á aborrecer lo que fué perdicion de aquella gente. Lo que, apartándose de Dios, adoró. Y aun ya desde entonces el oro es yesca del fuego. Las sienes y frentes de los cristianos en todo tiempo, y en este principalmente, no el oro, sino el hierro, la traspasa y enclava. Las esto-

Gen., 38.

1. Reg., 16. Psal., 7.

Philip., 4.

Matth., 5.

Exod., 32.

las del martirio nos están prestas, y á punto. Los ángeles las tienen en las manos para vestírnoslas. Salid, salid aderezadas con los afeites, y con los trajes vistosos de los apóstoles. Poneos el blanco de la sencillez, el colorado de la honestidad : alcoholad con la vergüenza los ojos, y con el espíritu modesto y callado. En las orejas poned como arracadas las palabras de Dios. Añudad á vuestros cuellos el yugo de Cristo. Sujetad á vuestros maridos vuestras cabezas, y quedareis así bien hermosas. Ocupad vuestras manos con la lana, enclavad en vuestra casa los piés, y agradarán mas así que si los cercásedes de oro. Vestid seda de bondad, holanda de santidad, púrpura de castidad y pureza, que afeitadas desta manera será vuestro enamorado el Señor. » Esto es el Tertuliano. Mas no son necesarios los arroyos, pues tenemos la voz del Espíritu Santo, que por la boca de sus apóstoles san Pedro y san Pablo condena este mal clara y abiertamente. Dice san Pedro : « Las mujeres estén sujetas á sus maridos, las cuales ni traigan por defuera descubiertos los cabellos, ni se cerquen de oro, ni se adornen con aderezo de vestiduras preciosas; sino su aderezo sea en el hombre interior, que está en el corazon ascondido. La entereza, y el espíritu quieto y modesto, el cual es de precio en los ojos de Dios : que desta manera en otro tiempo se aderezaban aquellas santas mujeres. » Y san Pablo escribe semejantemente : « Las mujeres se vistan decentemente, y su aderezo sea modesto y templado, sin cabellos encrespados, y sin oro y perlas, y sin vestiduras preciosas, sino cual conviene á las mujeres que han profesado virtud y buenas obras. » Este pues sea su verdadero aderezo, y para lo que toca á la cara hagan como hacia alguna señora deste reino. Tiendan las manos, y reciban en ellas el agua sacada de la tinaja, que con el aguamanil su sirvienta les echare, y llévenla al rostro, y tomen parte della en la boca, y laven las encías, y tornen los dedos por los ojos, y llévenlos por los oidos, y detrás de los oidos tambien, y hasta que todo el rostro quede limpio no cesen, y despues dejando el agua límpiense con un paño áspero, y queden así mas hermosas que el sol. Añade :

1. Pet., 3.

1. Tim., 2.

## CAPITULO XIII.

**La buena mujer ha de ser dicha, gloria, feliz suerte, y bendicion de su marido.**

*« Señalado en las puertas su marido, cuando se asentare con los gobernadores del pueblo. »*

(Prov., 31, v. 23.)

En las puertas de la ciudad eran antiguamente las plazas, y en las plazas estaban los tribunales y asientos de los jueces y de los que se juntaban

para consultar sobre el buen gobierno y regimiento del pueblo. Pues dice que en las plazas y lugares públicos, y adonde quiera que se hiciere junta de hombres principales, el hombre, cuya mujer fuere, cual es la que aquí se dice, será por ella conocido, y señalado, y preciado entre todos. Y dice esto Salomon, ó en Salomon el Espíritu Santo, no solo para mostrar cuanto vale la virtud de la buena, pues da honra á sí, y ennoblece á su marido; sino para enseñarle, en esta virtud de la perfecta casada, de que vamos hablando, que es lo sumo della, y la raya, hasta donde ha de llegar, que es el ser corona, y luz, y bendicion, y alteza de su marido. Pues es así que todos conocen, y cantan, y reverencian, y tienen por dichoso y bienaventurado al que le ha cabido esta buena suerte. Lo uno, por haberle cabido; porque no hay joya ni posesion tan preciada ni envidiada como la buena mujer. Y lo otro, por haber merecido que le cupiese: porque así como este bien es precioso y raro y don propiamente dado de Dios, así no le alcanzan de Dios sino los que temiéndole y sirviéndole se lo merecen con señalada virtud. Así lo testifica el mismo Dios en el Eclesiástico: « Suerte buena es la mujer buena, y es parte de buen premio de los que sirven á Dios, y será dada al hombre por sus buenas obras. » De arte, que el que tiene buena mujer es estimado por dichoso en tenerla, y por virtuoso en haberla merecido tener. De donde se entiende que el carecer deste bien en muchos es por su culpa dellos. Porque á la verdad el hombre vicioso y distraido, y de aviesa y revesada condicion, que juega su hacienda, y es un leon en su casa, y sigue á rienda suelta la deshonestidad, no espere ni quiera tener buena mujer; porque ni la merece, ni Dios la quiere á ella tan mal que la quiera juntar á compañía tan mala: y porque él mismo con su mal ejemplo y vida desvariada la estraga y corrompe. Pero torna Salomon á lo casero de la mujer, y dice:

Eccli., 26.

## CAPITULO XIV

**La industria y cuidado de la buena casada han de llegar, no solo á lo que basta en su casa, sino aun á lo que sobra.**

« *Lienzo tejió, y vendiólo: franjas dió al cananeo.* »

(Prov., 31, v. 24.)

Cananeo llama al mercader, y al que decimos cajero, porque los de aquella nacion ordinariamente trataban desto, como si dijésemos ahora al portugués. Y va siempre añadiendo una virtud á otra virtud, y lleva poco á poco á su mayor perfeccion esta pintura, que hace; y quiere que la industria y cuidado de la buena casada llegue, no solo á lo que basta en su casa, sino aun á lo que sobra: y que las sobras las venda, y las convierta en riqueza suya y en arreo y provision ajena. Y baste lo que ya acerca desto arriba tenemos dicho.

## CAPITULO XV.

**De la templanza y medio que ha de observar la perfecta mujer en su condicion y trato.**

*« Fortaleza y buena gracia su vestido, reirá hasta el dia postrero.»*

(Prov., 31, v. 25.)

Aunque esta buena casada ha de ser para mucho, que es lo que aquí Salomon llama fortaleza, no por eso tiene licencia para ser desabrida en la condicion, y en su manera y trato desgraciada; sino como el vestido ciñe y rodea todo el cuerpo, así ella toda y por todas partes ha de andar cercada y como vestida de un valor agraciado y de una gracia valerosa. Quiero decir que ni la diligencia, ni la vela, ni la asistencia á las cosas de su casa la ha de hacer áspera y terrible: ni menos la buena gracia, y la apacible habla, semblante ha de ser muelle, ni desatado. Sino que templando con lo uno lo otro, conserve el medio en ambas á dos cosas, y haga de entrambas una agradable y excelente mezcla. Y no ha de conservar por un dia ó por un breve espacio aqueste tenor, sino por toda la vida, hasta el dia postrero della. Lo cual es propio de todas las cosas, que ó son virtud, ó tienen raiz en la virtud, ser perseverantes, y casi perpetuas, y en esto se diferencian de las no tales: que estas, como nacen de antojo, duran por antojo, pero aquellas, como se fundan en firme razon, permanecen por luengos tiempos. Y los que han visto alguna mujer de las que se allegan á esta, que aquí se dice, podrán haber experimentado lo uno y lo otro. Lo uno, que á todo tiempo, y á toda sazon, se halla en ella dulce y agradable acogida: lo otro, que esta gracia y dulzura suya no es gracia que desata el corazon del que la ve, ni le enmollece, antes le pone concierto, y le es como una ley de virtud, y así le deleita y aficiona, que juntamente le limpia y purifica: y borrando dél las tristezas, lava las torpezas tambien: y es gracia, que aun la engendra en los miradores. Y la fuerza della, y aquello en que propiamente consiste, lo declara mas enteramente lo que se sigue.

## CAPITULO XVI.

Cuanto importa que las mujeres no hablen mucho, y que sean apacibles y de condicion suave.

*« Su boca abrió en sabiduría, y ley de piedad en su lengua. »*

(Prov., 31, v. 26.)

Dos cosas hacen y componen este bien de que vamos hablando, razon discreta y habla dulce. Lo primero llama sabiduría y piedad : lo segundo, ó por mejor decir, blandura. Pues entre todas las virtudes sobredichas, ó, para decir verdad, sobre todas ellas, la buena mujer se ha de esmerar en esta, que es ser sabia en su razon, y apacible y dulce en su hablar. Y podemos decir que con esto lucirá, y tendrá, como vida, todo lo demás de virtud que se pone en esta mujer, y que sin ello quedará todo lo otro como muerto y perdido. Porque una mujer necia y parlera, como lo son de continuo las necias, por mas bienes otros, que tenga, es intolerable negocio. Y ni mas ni menos la que es brava, y de dura y áspera conversacion, ni se puede ver ni sufrir. Y así podemos decir que todo lo sobredicho hace, como el cuerpo desta virtud de la casada, que dibujamos; mas esto de ahora es como el alma, y es la perfeccion y el remate, y la flor de todo este bien. Y cuanto toca á lo primero, que es cordura y discrecion, ó sabiduría, como aquí se dice, la que de suyo no la tuviere, ó no se la hubiere dado el don de Dios, con dificultad la persuadiremos á que le falta y á que la busque. Porque lo mas propio de la necedad es no conocerse, y tenerse por sabia. Y ya que la persuadamos, será mayor dificultad ponerla en el buen saber, porque es cosa que se aprende mal, cuando no se aprende en la leche. Y el mejor consejo que les podemos dar á las tales, es rogarles que callen, y que ya que son poco sabias se esfuercen á ser mucho calladas. Que, como dice el Sabio, « si calla el necio, á las veces será tenido por sabio y cuerdo. » Y podrá ser así, que callando y oyendo, y pensando primero consigo lo que hubieren de hablar, acierten á hablar lo que merezca ser oido. Así que deste mal esta es la medicina mas cierta, aunque ni es bastante medicina, ni fácil. Mas, como quiera que sea, es justo que se precien de callar todas, así aquellas á quien les convienen encubrir su poco saber, como aquellas que pueden sin vergüenza descubrir lo que saben; porque en todas es no solo condicion agradable, sino virtud debida, el silencio, y el hablar poco. Y el abrir su boca en sabiduría, que el sabio aquí dice, es no la abrir, sino cuando la necesidad lo pide, que es lo mismo que abrirla templadamente y pocas veces, porque son pocas las que lo pide la necesidad. Porque, así como la naturaleza, como dijimos, y diremos, hizo á las mujeres para que encerradas guardasen la casa, así

Prov., 17.

las obliga á que cerrasen la boca. Y como las desobligó de los negocios y contrataciones de fuera, así las libertó de lo que se consigue á la contratacion, que son las muchas pláticas y palabras. Porque el hablar nace del entender, y las palabras no son sino como imágenes ó señales de lo que el ánimo concibe en sí mismo: por donde así como á la mujer buena y honesta la naturaleza no la hizo para el estudio de las ciencias, ni para los negocios de dificultades, sino para un solo oficio simple y doméstico, así les limitó el entender, y por consiguiente les tasó las palabras y las razones. Y así, como es esto lo que su natural de la mujer y su oficio le pide, así por la misma causa es una de las cosas que mas bien le está y que mejor le parece. Y así solia decir Demócrito que el aderezo de la mujer, y su hermosura, era el hablar escaso y limitado. Porque, como en el rostro la hermosura dél consiste en que se respondan entre sí las facciones, así la hermosura de la vida no es otra cosa sino el obrar cada uno conforme á lo que su naturaleza y oficio le pide. El estado de la mujer en comparacion del marido es estado humilde: y es como dote natural de las mujeres la mesura y vergüenza, y ninguna cosa hay que se compadezca menos, ó que desdiga mas de lo humilde y vergonzoso, que lo hablador y lo parlero. Cuenta Plutarco que Fidias, escultor noble, hizo á los Elienses una imágen de Vénus, que afirmaba los piés sobre una tortuga, que es animal mudo y que nunca desampara su concha; dando á entender que las mujeres por la misma manera han de guardar siempre la casa y el silencio. Porque verdaderamente el saber callar es su sabiduría propia, y aquella de quien habla aquí Salomon, aunque para aprendida es muy dificultosa á aquellas que de su cosecha no la tienen, como deciamos. Y esto cuanto á lo primero. Mas lo segundo, que toca á la aspereza y desgracia de la condicion, que por la mayor parte nace mas de la voluntad viciosa que de naturaleza errada, es enfermedad mas curable. Y deben advertir mucho en ello las buenas mujeres. Porque si bien se mira no sé yo si hay cosa mas monstruosa, y que mas disuene de lo que es, que ser una mujer áspera y brava. La aspereza hízose para el linaje de los leones, ó de los tigres, y aun los varones por su compostura natural, y por el peso de los negocios en que de ordinario se ocupan, tienen licencia para ser algo ásperos. Y el sobrecejo, y el ceño, y la esquivez en ellos está bien á las veces, mas la mujer si es leona, ¿qué le queda de mujer? Mire su hechura toda, y verá que nació para piedad. Y como á las onzas las uñas agudas, y los dientes largos, y la boca fiera, y los ojos sangrientos, las convidan á crueza, así á ella la figura apacible de toda su disposicion la obliga á que no sea el ánimo menos mesurado que el cuerpo parece blando. Y no piensen que las crió Dios, y las dió al hombre, solo para que le guarden la casa, sino tambien para que le consuelen y alegren. Para que en ella el marido cansado y enojado halle descanso, y los hijos amor, y la familia piedad, y todos generalmente acogimiento agradable. Bien las llama el hebreo á las mujeres *la gracia de casa*. Y llámalas así en su lengua con una palabra que en castellano, ni con decir gracia, ni con otras muchas palabras de buena

Apud Estobæum, serm. 69.

Lib. de præc. conj.

significacion, apenas comprehendemos todo lo que en aquella se dice. Porque dice aseo, y dice hermosura, y dice donaire, y dice luz, y deleite, y concierto, y contento, el vocablo con que el hebreo las llama. Por donde entendemos que de la buena es tener estas cualidades todas, y entendemos tambien que la que va por aquí no debe ser llamada ni la gracia, ni la luz, ni el placer de su casa, sino el trasto della, y el estropiezo, ó, por darles su nombre verdadero, el trasgo, y la estantigua, que á todos los turba y asombra. Y sucede así, que como á las casas, que son por esta causa asombradas, despues de haberlas conjurado, al fin los que las viven las dejan, así la habitacion donde reinan en figura de mujer estas fieras, el marido teme entrar en ella, y la familia desea salir della, y todos la aborrecen, y lo mas presto que pueden la santiguan y huyen. ¿Qué dice el Sabio? «El azote de la lengua de la mujer brava por todos se extiende; enojo fiero la mujer airada y borracha, es su afrenta perpetua.» Conocí yo una mujer que cuando comia reñia, y cuando venia la noche reñia tambien, y el sol cuando nacia la hallaba riñendo, y esto hacia el disanto, y el dia no santo, y la semana, y el mes; y todo el año, no era otro su oficio, sino reñir. Siempre se oia el grito, y la voz áspera: y la palabra afrentosa, y el deshonrar sin freno, y ya sonaba el azote, y ya volaba el chapin, y nunca la oí, que no me acordase de aquello que dice el poeta:

Eccl., 26.

Ovid., Metam., lib. 4.

> Tesifone, ceñida de crueza,
> La entrada, sin dormir de noche y dia,
> Ocupa: suena el grito, la braveza,
> El lloro, el crudo azote, la porfía.

Y así era su casa una imágen del infierno en esto, con ser en lo demás un paraíso, porque las personas dellas eran no para mover á braveza, sino para dar contento y descanso á quien lo mirara bien. Por donde cargando yo el juicio algunas veces en ello, me resolví, en que de todo aquel vocear y reñir no se podia dar causa alguna que colorada fuese, si no era querer digerir con aquel ejercicio las cenas, en las cuales de ordinario esta señora excedia. Y es así que en estas bravas, si se apuran bien todas las causas de esta su desenfrenada y continua cólera, todas ellas son razones de disparate. La una, porque le parece que cuando riñe es señora. La otra, porque la desgració el marido, y halo de pagar la hija ó la esclava. La otra, porque su espejo no le mintió, ni la mostró hoy tan linda, como ayer, de cuanto ve levanta alboroto. A la una embravece el vino, á la otra su no cumplido deseo, y á la otra su mala ventura. Pero pasemos mas adelante. Dice:

## CAPITULO XVII.

**No han de ser las buenas mujeres callejeras, visitadoras, y vagabundas, sino que han de amar mucho el retiro, y se han de acostumbrar á estarse en casa.**

« *Rodeó todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde.* »

(Prov., 31, v. 27.)

Quiere decir: que en levantándose la mujer ha de proveer las cosas de su casa, y poner en ellas órden, y que no ha de hacer lo que muchas de las de ahora hacen, que unas en poniendo los piés en el suelo, ó antes que los pongan, estando en la cama, negocian luego con el almuerzo, como si hubiesen pasado cavando la noche. Otras se sientan con su espejo á la obra de su pintura, y se están en ella enclavadas tres ó cuatro horas, y es pasado el medio dia, y viene á comer el marido, y no hay cosa puesta en concierto. Y habla Salomon desta diligencia aquí, no porque antes de ahora no hubiese hablado della, sino por dejarla, con el repetir, mas firme en la memoria, como cosa importante, y como quien conocia de las mujeres cuan mal se hacen al cuidado, y cuan inclinadas son al regalo. Y dícelo tambien, porque diciéndole á la mujer que rodee su casa, le quiere enseñar el espacio por donde ha de menear los piés la mujer, y los lugares por donde ha de andar, y, como si dijésemos, el campo de su carrera, que es su casa propia, y no las calles, ni las plazas, ni las huertas, ni las casas ajenas. « Rodeó, dice, los rincones de su casa. » Para que se entienda que su andar ha de ser en su casa, y que ha de estar presente siempre en todos los rincones della: y que porque ha de estar siempre allí presente, por eso no ha de andar fuera nunca: y que, porque sus piés son para rodear sus rincones, entienda que no los tiene para rodear los campos y las calles. ¿No dijimos arriba que el fin para que ordenó Dios la mujer, y se la dió por compañía al marido, fué para que le guardase la casa; y para que lo que él ganase en los oficios y contrataciones de fuera, traido á casa lo tuviese en guarda la mujer, y fuese como su llave? Pues si es por natural oficio guarda de casa, ¿cómo se permite que sea callejera, y visitadora, y vagabunda? ¿Qué dice san Pablo á su discípulo Tito, que enseñe á las mujeres casadas? « Que sean prudentes, dice, y que sean honestas, y que amen á sus maridos, y que tengan cuidado de sus casas. » Adonde, lo que decimos « que tengan cuidado de sus casas, » el original dice así: « y que sean guardas de su casa. » ¿Porqué les dió á las mujeres Dios las fuerzas flacas, y los miembros muelles, sino porque las crió, no para ser postas, sino para estar en su rincon asentadas? Su natural propio pervierte la mujer callejera. Y como los peces, en cuanto están dentro

Tit., 2.

del agua, discurren por ella, y andan y vuelan ligeros, mas si acaso los sacan de allí quedan sin se poder menear: así la buena mujer, cuanto para de sus puertas adentro ha de ser presta y ligera, tanto para fuera dellas se ha de tener por coja y torpe. Y pues no las dotó Dios ni del ingenio, que piden los negocios mayores, ni de fuerzas, las que son menester para la guerra y el campo, mídanse con lo que son, y conténtense con lo que es de su suerte, y entiendan en su casa, y anden en ella, pues las hizo Dios para ella sola. Los chinos, en naciendo, les tuercen á las niñas los piés, porque, cuando sean mujeres, no los tengan para salir fuera, y porque para andar en su casa aquellos torcidos les bastan. Como son los hombres para lo público, así las mujeres para el encerramiento: y como es de los hombres el hablar y el salir á luz, así dellas el encerrarse y encubrirse. Aun en la iglesia, adonde la necesidad de la religion las lleva, y el servicio de Dios, quiere san Pablo que estén así cubiertas que apenas los hombres las vean: ¿y consentirá que por su antojo vuelen por las plazas y calles, haciendo alarde de sí? ¿Qué ha de hacer fuera de su casa la que no tiene partes ningunas de las que piden las cosas que fuera della se tratan? Forzoso es que, como la experiencia lo enseña, pues no tienen saber para los negocios de sustancia, traten saliendo de poquedades y menudencias: y forzoso es que pues no es de su oficio ni natural hacer lo que pide valor, hagan el oficio contrario. Y así es que las que en sus casas cerradas y ocupadas las mejoran, andando fuera dellas las destruyen. Y las que con andar por sus rincones ganarán las voluntades y edificarán las conciencias de sus maridos, visitando las calles corrompen los corazones ajenos, y enmollecen las almas de los que las ven las que por ser ellas muelles se hicieron para la sombra y para el secreto de sus paredes. Y si es de lo propio de la mujer el vaguear por las calles, como Salomon en los Proverbios lo dice, bien se sigue que ha de ser propiedad de la buena el salir pocas veces en público. Dice bien uno, acerca del poeta Menandro:

1. Cor., 11.

Prov., 7.

Apud Stobæum, serm. 74.

A la buena mujer le es propio y bueno
El de continuo estar en su morada,
Que el vaguear de fuera es de las viles.

Y no por esto piensen que no serán conocidas ó estimadas si guardan su casa, porque al revés ninguna cosa hay que así las haga preciar como el asistir en ella á su oficio, como de Teano la Pitagórica, que siendo preguntada por otra cómo vendria á ser señalada y nombrada, escribe que dijo: « Que hilando y tejiendo, y teniendo cuenta con su rincon. » Porque siempre á las que así lo hacen les sucede lo que luego se sigue. Esto es:

Sophocles in Phryxo.

## CAPITULO XVIII.

**De como pertenece al oficio de la perfecta casada hacer bueno al marido, y de la obligacion que tiene la que es madre de criar por si á los hijos.**

« *Levantáronse sus hijos, y loáronla, y alabóla tambien su marido.* »

(Prov., 31, v. 28.)

Parecerá á algunos que tener una mujer hijos y marido tales que la alaben, mas es buena dicha della que parte de su virtud. Y dirán que no es esta alguna de las cosas que ella ha de hacer, para ser la que debe, sino de las que si lo fuere le sucederán. Mas aunque es verdad que á las tales les sucede esto, pero no se ha de entender que es suceso que les adviene por caso, sino bien que les viene porque ellas lo hacen y lo obran. Porque al oficio de la buena mujer pertenece, y esto nos enseña Salomon aquí, hacer buen marido, y criar buenos hijos, y tales, que no solo con debidas y agradecidas palabras le den loor, pero mucho mas con buenos hechos y obras. Que es pedirle tanta bondad y virtud cuanta es menester, no solo para sí, sino tambien para sus hijos y su marido. Por manera, que sus buenas obras dellos sean propios y verdaderos loores della; y sean como voces vivas que en los oidos de todos canten su loor. Y cuanto á lo del marido, cierto es lo primero, que el Apóstol dice, que muchas veces la mujer cristiana y fiel, al marido, que es infiel, le gana, y hace su semejante. Y así no han de pensar que pedirles esta virtud es pedirles lo que no pueden hacer, porque si alguno puede con el marido es la mujer sola. Y si la caridad cristiana obliga al bien del extraño, ¿cómo puede pensar la mujer que no está obligada á ganar y á mejorar su marido? Cierto es que son dos cosas, las que entre todas tienen, para persuadir, eficacia: el amistad y la razon. Pues veamos, ¿cual destas dos cosas falta en la mujer que es tal cual decimos aquí, ó veamos si hay algun otro que ni con muchas partes se iguale con ella en esto? El amor que hay entre dos, mujer y marido, es el mas estrecho, como es notorio, porque le principia la naturaleza, y le acrecienta la gracia, y le enciende la costumbre, y le enlazan estrechísimamente otras muchas obligaciones. Pues la razon y la palabra de la mujer discreta es mas eficaz que otra ninguna en los oidos del hombre. Porque su aviso es aviso dulce. Y como las medicinas cordiales, así su voz se lanza luego y se apega mas con el corazon. Muchos hombres habria en Israel tan prudentes, y de tan discreta y mas discreta razon, que la mujer de Tecua, y para persuadir á David, y para inducirle á que tornase á su hijo Absalon á su gracia, Joab, su capitan general, avisadamente se aprovechó del aviso de sola esta mujer, y sola esta quiso que

1. Cor., 7.

con su buena razon y dulce palabra ablandase y torciese á piedad el corazon del rey justamente indignado, y sucedióle su intento. Porque, como digo, mejórase y esfuérzase mucho cualquiera buena razon en la boca dulce de la sabia y buena mujer. ¿Que quien no gusta de agradar á quien ama? ¿O quién no se fia de quien es amado? ¿ó quién no da crédito al amor, y á la razon, cuando se juntan? la razon no se engaña, y el amor no quiere engañar. Y así conforme á esto tiene la buena mujer tomados al marido todos los puertos, porque ni pensará que se engaña la que tan discreta es, ni sospechará que le quiere engañar la que como su mujer le ama. Y si los beneficios, en la voluntad de quien los recibe, crian deseo de agradecimiento, y la aseguran, para que sin recelo se fie de aquel de quien los ha recibido, y ambas á dos cosas hacen poderosísimo el consejo que da el beneficiador al beneficiado, ¿qué beneficio hay que iguale al que recibe el marido de la mujer que vive, como aquí se dice? ¿De un hombre extraño, si oimos que es virtuoso y sabio, nos fiamos de su parecer, y dudará el marido de obedecer á la virtud y discrecion que cada dia ve y experimenta? Y porque decimos cada dia, tienen aun mas las mujeres, para alcanzar de sus maridos lo que quisieren, esta oportunidad y aparejo, que pueden tratar con ellos cada dia, y cada hora, y á las horas de mejor coyuntura y sazon. Y muchas veces, lo que la razon no puede la importunidad lo vence, y señaladamente la de la mujer, que, como dicen los experimentados, es sobre todas. Y verdaderamente es caso, no sé si diga vergonzoso, ó donoso decir, que las buenas no son poderosas para concertar sus maridos, siendo las malas valientes para inducirlos á cosas desatinadas que los destruyen. La mujer por sí puede mucho, y la virtud y razon tambien á sus solas es muy valiente, y juntas entrambas cosas se ayudan entre sí, y se fortifican de tal manera que lo ponen todo debajo de los piés. Y ellas saben que digo verdad, y que es verdad que se puede probar con ejemplo de muchas, que con su buen aviso y discrecion han enmendado mil malos siniestros en sus maridos, y ganádoles el alma, y emendádoles la condicion en unos brava, en otros distraida, en otros por diferentes maneras viciosa. De arte, que las que se quejan ahora dellos, y de su desórden, quéjense de sí primero, y de su negligencia, por la cual no los tienen cual deben. Mas si con el marido no pueden, con los hijos, que son parte suya, y los traen en las manos desde su nacimiento, y les son en la niñez como cera, ¿qué pueden decir sino confesar que los vicios dellos, y los desastres en que caen por sus vicios, por la mayor parte son culpas de sus padres? Y porque ahora hablamos de las madres, entiendan las mujeres que si no tienen buenos hijos gran parte dello es porque no les son ellas enteramente sus madres. Porque no ha de pensar la casada que el ser madre es engendrar y parir un hijo, que en lo primero siguió su deleite, y á lo segundo les forzó la necesidad natural. Y si no hiciesen por ellos mas, no sé en cuanta obligacion los pondrán. Lo que se sigue despues del parto es el puro oficio de la madre, y lo que puede hacer bueno al hijo, y lo que de veras le obliga. Por lo cual, téngase por dicho esta perfecta casada que no lo será si no cria á

1. Reg., 14.

sus hijos: y que la obligacion que tiene por su oficio á hacerlos buenos, esa misma le pone necesidad á que los crie á sus pechos. Porque con la leche no digo que se aprende, que eso fuera mejor, porque contra lo mal aprendido es remedio el olvido: sino digo que se bebe y convierte en sustancia, y como en naturaleza, todo lo bueno y lo malo que hay en aquella de quien se recibe. Porque el cuerpo ternecico de un niño, y que salió como comenzado del vientre, la teta le acaba de hacer y formar. Y segun quedare bien formado el cuerpo, así le avendrá al alma despues, cuyas costumbres ordinariamente nacen de sus inclinaciones dél. Y si los hijos salen á los padres, de quien nacen, ¿cómo no saldrán á las amas, con quien pacen, si es verdadero el refran español? ¿Por ventura no vemos que cuando el niño está enfermo purgamos al ama que le cria, y que con purificar y sanar el mal humor della le damos salud á él? Pues entendamos que como es una la salud, así es uno el cuerpo, y si los humores son unos, ¿cómo no lo serán las inclinaciones, las cuales, por andar siempre hermanadas con ellos, en castellano con razon las llamamos *humores?* De arte, que si el ama es borracha, habemos de entender que el desdichadito beberá con la leche el amor del vino: si colérica, si tonta, si deshonesta, si de viles pensamientos y ánimo, como de ordinario lo son, será el niño lo mismo. Pues si el no criar los hijos es ponerlos á tan claro y manifiesto peligro, ¿cómo es posible que cumpla con lo que debe la casada que no los cria? esto es decir, la que en la mejor parte de su casa, y para cuyo fin se casó principalmente, pone tan mal recaudo. ¿Qué le vale ser en todo lo demás diligente, si en lo que es mas es así descuidada? Si el hijo sale perdido, ¿qué le vale la hacienda ganada? ¿O qué bien puede haber en la casa donde los hijos para quien es no son buenos? Y si es parte desta virtud conjugal, como habemos ya visto, la piedad generalmente con todos, las que son tan sin piedad que entregan á un extraño el fruto de sus entrañas, y la imágen de virtud y de bien que en él habia comenzado la naturaleza á obrar, consienten que otro la borre, y permiten que imprima vicios en lo que del vientre salia con principio de buenas inclinaciones, cierto es que no son buenas casadas, ni aun casadas, si habemos de hablar con verdad. Porque de la casada es engendrar hijos, y hacer esto es perderlos. Y de la casada es engendrar hijos legítimos, y los que se crian así, mirándolo bien, son llanamente bastardos. Y porque vuestra merced vea que hablo con verdad, y no con encarecimiento, ha de entender que la madre en el hijo que engendra no pone sino una parte de su sangre, de la cual la virtud del varon figurándola hace carne y huesos. Pues el ama que cria pone lo mismo, porque la leche es sangre, y en aquella sangre la misma virtud del padre, que vive en el hijo, hace la misma obra: sino que la diferencia es esta, que la madre puso este su caudal por nueve meses, y la ama por veinte y cuatro; y la madre cuando el parto era un tronco sin sentido ninguno, y el ama cuando comienza ya á sentir y reconocer el bien que recibe: la madre influye en el cuerpo, el ama en el cuerpo y en el alma. Por manera que echando la cuenta bien el ama es la madre, y la que parió es peor que madrastra, pues enajena de sí á su hijo, y hace borde lo que habia nacido legítimo, y es causa

que sea mal nacido el que pudiera ser noble, y comete en cierta manera un género de adulterio poco menos feo, y no menos dañoso, que el ordinario. Porque en aquel vende al marido por hijo el que no es dél, y aquí el que no lo es della: y hace sucesor de su casa al hijo del ama, y de la moza, que las mas veces es una ó villana ó esclava. Bien conforma con esto lo que se cuenta haber dicho un cierto mozo romano de la familia de los Gracos, que volviendo de la guerra vencedor, y rico de muchos despojos, y viniéndole al encuentro, para recibirle alegres y regocijadas, su madre y su ama juntamente, él vuelto á ellas, y repartiendo con ellas de lo que traia, como á la madre le diese un anillo de plata, y al ama un collar de oro: y como la madre, indignada desto, se doliese dél, le respondió que no tenia razon. Porque, dijo, vos no me tuvísteis en el vientre mas de por espacio de nueve meses, y esta me ha sustentado á sus pechos por dos años enteros. Lo que yo tengo de vos es solo el cuerpo, y aun ese me diste por manera no muy honesta, mas la dádiva, que desta tengo, diómela ella con pura y sencilla voluntad. Vos, en naciendo yo, me apartaste de vos, y me alejastes de vuestros ojos, mas esta ofreciéndose me recibió desechado en sus brazos amorosamente, y me trató así que por ella he llegado y venido al punto y estado en que ahora estoy. Manda san Pablo en la doctrina que da á las casadas, que amen á sus hijos. Natural es á las madres amarlos, y no habia para qué san Pablo encargase con particular precepto una cosa tan natural, de donde se entiende que el decir que los amen es decir que los crien, y que el dar leche la madre á sus hijos á eso san Pablo llama amarlos, y con gran propiedad, porque el no criarlos es venderlos, y hacerlos no hijos suyos, y como desheredarlos de su natural, que todas ellas son obras de aborrecimiento, y tan fiero que vencen en ello aun á las fieras. Porque, ¿qué animal tan crudo hay que no crie lo que produce? ¿Que fie de otro la crianza de lo que pare? La braveza del leon sufre con mansedumbre á sus cachorrillos, que importunamente le desjuguen las tetas. Y el tigre, sediento de sangre, da alegremente la suya á los suyos. Y si miramos á lo delicado, el flaco pajarillo, por no dejar sus huevos, olvida el comer, y se enflaquece, y cuando los ha sacado, rodea todo el aire volando, y trae alegre en el pico lo que él desea comer, y no lo come, porque ellos lo coman. ¿Mas qué es menester salirnos de casa? La naturaleza dentro de ella misma declara casi á voces su voluntad, enviando, luego despues del parto, leche á los pechos. ¿Qué mas clara señal esperamos de lo que Dios quiere, que ver lo que hace? cuando les levanta á las mujeres los pechos, les manda que crien: engrosándoles los pezones, les avisa que han de ser madres: los rayos de la leche, que viene, son como aguijones con que las despierta á que alleguen á sí lo que parieron. Pero á todo esto se hacen sordas algunas, y excúsanse con decir que es trabajo, y que es hacerse temprano viejas parir y criar Es trabajo, yo lo confieso. Mas si esto vale, ¿quién hará su oficio? No esgrima la espada el soldado, ni se oponga al enemigo, porque es caso de peligro y sudor. Y porque se lacera mucho en el campo, desampare el pastor sus ovejas. Es trabajo el parir y criar, pero en-

Tit., 2.

tiendan que es un trabajo hermanado, y que no tienen licencia para dividirlo. Si les duele el criar, no paran. Y si les agrada el parir, crien tambien. Si en esto hay trabajo, el del parto es sin comparacion el mayor. Pues, ¿porqué las que son tan valientes en lo que es mas se acobardan en aquello que es menos? Bien se dejan entender las que lo hacen así, y cuando no por sus hijos, por lo que deben á su vergüenza habian de traer mas cubiertas y disimuladas sus inclinaciones. El parir, aunque duele agramente, al fin se lo pasan. Al criar no arrostran, porque no hay deleite que lo alcahuete. Aunque si se mira bien, ni aun esto les falta á las madres que crian, antes en este trabajo la naturaleza, sabia y prudente, repartió gran parte de gusto y de contento. El cual, aunque no le sentimos los hombres, pero la razon nos dice que le hay, y en los extremos que hacen las madres con sus niños lo vemos. Porque, ¿qué trabajo no paga el niño á la madre, cuando ella le tiene en el regazo desnudo? ¿cuando él juega con la teta? ¿cuando la hiere con la manecilla? ¿cuando la mira con risa? ¿cuando gorjea? Pues, cuando se le añuda al cuello, y la besa, paréceme que aun la deja obligada. Crie pues la casada perfecta á su hijo, y acabe en él el bien que formó, y no dé la obra de sus entrañas á quien se la dañe: y no quiera que torne á nacer mal lo que habia nacido bien, ni que sea maestra de vicios la leche, ni haga bastardo á su succesor, ni consienta que conozca á otra, antes que á ella, por madre; ni quiera que en comenzando á vivir se comience á engañar. Lo primero en que abra los ojos su niño sea en ella, y de su rostro della se figure el rostro dél: la piedad, la dulzura, el aviso, la modestia, el buen saber, con todos los demás bienes que le habemos dado, no solo los traspase con la leche en el cuerpo del niño, sino tambien los comience á imprimir en el alma tierna dél, con los ojos y con los semblantes: y ame, y desee, que sus hijos le sean suyos del todo, y no ponga su hecho en parir muchos hijos, sino en criar pocos buenos. Porque los tales con las obras la ensalzarán siempre, y muchas veces con las palabras, diciendo lo que se sigue.

## CAPITULO XIX.

**Qué alabanzas merece la perfecta casada, y cómo para serlo es menester que esté adornada de muchas perfecciones.**

« *Muchas hijas allegaron riquezas, mas tu subiste sobre todas.* »

(Prov., 31, v. 29.)

Hijas llama el hebreo á cualesquier mujeres. Por riquezas habemos de entender no solo los bienes de la hacienda, sino tambien los del alma, como son el valor, la fortaleza, la industria, el cumplir con su oficio

con todo lo demás que pertenece á lo perfecto desta virtud, ó, por decirlo mas brevemente, riquezas aquí se toman por esta virtud conjugal puesta en su punto. Y dice Salomon que los hijos de la perfecta casada loándola la encubran sobre todas, y dicen que de las buenas ella es la mas buena. Lo cual dice, ó escribe Salomon, que lo dirán conforme á la costumbre de los que loan; en la cual es ordinario lo que es loado ponerlo fuera de toda comparacion, y mas cuando en los que alaban se ayunta á la razon la aficion. Y á la verdad, todo lo que es perfecto en su género, tiene aquesto, que si lo miramos con atencion, hinche así la vista del que lo mira, que no le deja pensar que hay igual. O digamos de otra manera, y es, que no se hace la comparacion con otras casadas que fueron perfectas, sino con otras que parecieron quererlo ser. Y esto cuadra bien, porque esta mujer que aquí se loa no es alguna particular que fué tal, como aquí se dice, sino el dechado, y como la idea comun, que comprehende todo este bien, y no es una perfecta, sino todas las perfectas, ó, por mejor decir, es la misma perfeccion: y así no se compara con otra perfeccion de su género, porque no hay otra, y en ella está toda, sino compárase con otras cualidades que caminan á ella, y no le llegan, y que en la apariencia son este bien, mas no en los quilates. Porque á cada virtud la sigue é imita otra, que no es ella, ni es virtud; como la osadía parece fortaleza, y no lo es, y el desperdiciado no es liberal, aunque lo parece. Y por la misma manera hay casadas que se quieren mostrar cabales y perfectas en su oficio, y quien no atendiere bien creerá que lo son, y á la verdad no atinan con él. Y esto por diferentes maneras. Porque unas, si son caseras, son avarientas. Otras, que velan en la guarda de la hacienda, en lo demás se descuidan. Unas crian los hijos, y no curan de los criados. Otras son grandes curadoras y acariciadoras de la familia, y con ella hacen bando contra el marido. Y porque todas ellas tienen algo de su perfeccion que tratamos, parece que la tienen toda, y de hecho carecen della. Porque no es cosa que se vende por partes. Y aun hay algunas que se esfuerzan á todo, pero no se esfuerzan á ello por razon, sino por inclinacion, ó por antojo, y así son movedizas, y no conservan siempre un tenor, ni tienen verdadera virtud, aunque se asemejan mucho á lo bueno. Porque esta virtud, como las demás, no es planta que se da en cualquier tierra, ni es fruta de todo árbol, sino quiere su propio tronco y raiz, y no nace ni mana, sino es de una fuente, que es la que se declara en lo que se sigue.

## CAPITULO XX.

De como la mujer, que es buena, ha de cuidar de ir limpia y aseada, para mostrar asi su ánimo compuesto y concertado, que ha de procurar adornar principalmente con el temor santo de Dios.

*« Engaño es el buen donaire, y burlería la hermosura; la mujer que teme á Dios, esa es digna de loor. »*

(Prov., 31, v. 30.)

Pone la hermosura de la buena mujer, no en las figuras del rostro, sino en las virtudes secretas del alma: las cuales todas se comprehenden en la Escritura debajo desto que llamamos temer á Dios. Mas aunque este temor de Dios, que hermosea el alma de la mujer, como principal hermosura, se ha de buscar y estimar en ella, no carece de cuestion lo que de la belleza corporal dice aquí el Sabio, cuando dice que es vana y que es burlería. Porque se suele dudar si es conveniente á la buena casada ser bella y hermosa. Bien es verdad que esta duda no toca tan derechamente en aquello á que las perfectas casadas son obligadas, como en aquello que deben buscar y escoger los maridos, que desean ser bien casados. Porque el ser hermosa ó fea una mujer es cualidad con que se nace, y no cosa que se adquiere por voluntad, ni de que se puede poner ley ni mandamiento á las buenas mujeres. Mas como la hermosura consista en dos cosas, la una que llamamos buena proporcion de figuras, y la otra que es limpieza y aseo, porque sin lo limpio no hay nada hermoso, aunque es verdad que ninguna, si no lo es, se puede figurar como hermosa, dado que lo procure, como se ve en que muchas lo procuran, y en que ninguna dellas sale con ello: pero lo que toca al aseo y limpieza, negocio es que la mayor parte dél está puesta en su cuidado y voluntad; y negocio de cualidad, que aunque no es de las virtudes que ornan el ánimo, es fruto dellas, é indicio grande de la limpieza y buen concierto que hay en el alma, el cuerpo limpio y bien aseado. Porque, así como la luz encerrada en la lanterna la esclarece, y traspasa, y se descubre por ella, así el alma clara, y con virtud resplandeciente, por razon de la mucha hermandad que tiene con su cuerpo, y por estar íntimamente unida con él, le esclarece á él, y le figura, y compone, cuanto es posible, de su misma composicion y figura. Así que, si no es virtud del ánimo la limpieza y aseo del cuerpo, es señal de ánimo concertado, y limpio, y aseado. A lo menos, es cuidado necesario en la mujer, para que se conserve y se acreciente el amor de su marido con ella, si ya no es él por ventura tal que se deleite y envicie en el cieno. ¿Porque cual vida será la del que ha de traer á su lado siempre en la mesa, donde se asienta para tomar gusto, y en la cama, que se ordena para descanso y reposo, un desaliño y un asco

que ni se puede mirar sin torcer los ojos ni tocar sin atapar las narices? ¿O cómo será posible que se allegue el corazon á lo que naturalmente aborrece, y de que rehuye el sentido? serále sin duda un perpetuo y duro freno al marido el deseo de su mujer, que todas las veces que inclinare, ó quisiere inclinar á ella su ánimo, le irá deteniendo, y le apartará, y como torcerá á otra parte. Y no será esto solamente cuando la viere, sino todas las veces que entrare en su casa, aunque no la vea. Porque la casa forzosamente, y la limpieza della, olerá á la mujer á cuyo cargo está su aliño y limpieza: y cuanto ella fuere aseada, ó desaseada, tanto así la casa, como la mesa, y el lecho, tendrá de sucio ó de limpio. Así que, de esto que llamamos belleza, la primera parte, que consiste en el ser una mujer aseada, y limpia, cosa es que el serlo está en la voluntad de la mujer que lo quiere ser, y cosa que le conviene á cada una quererla, y que pertenece á esto perfecto que hablamos, y lo compone y hermosea, como las demás partes dello. Pero la otra parte, que consiste en el escogido color, y figuras, ni está en la mano de la mujer tenerla, y así no pertenece á aquesta virtud, ni por ventura conviene al que se casa buscar mujer que sea muy aventajada en belleza. Porque, aunque lo hermoso es bueno, pero están ocasionadas á no ser buenas las que son hermosas. Bien dijo acerca desto el poeta Simónides:

Apud Estobæum, serm. 61.

Es bella cosa al ver la hembra hermosa,
Bella, para los otros, que al marido
Costoso daño es, y desventura.

Porque lo que muchos desean hase de guardar de muchos, y así corre mayor peligro: y todos se aficionan al buen parecer. Y es inconveniente gravísimo que en la vida de los casados, que se ordenó para que ambas las partes descansase cada una dellas, y se descuidase en parte con la compañía de su vecina, se escoja tal compañía que de necesidad obligue á vivir con recelo y cuidado, y que buscando el hombre mujer, para descuidar de su casa, la tome tal que le atormente con recelo todas las horas que no estuviere en ella. Y no solo esta belleza es peligrosa, porque atrae á sí y enciende en su codicia los corazones de los que la miran: sino tambien porque despierta á las que la tienen, á que gusten de ser codiciadas. Porque si todas generalmente gustan de parecer bien, y de ser vistas, cierto es que las que lo parecen no querran vivir ascondidas: demás de que á todos nos es natural el amar nuestras cosas, y por la misma razon el desear que nos sean preciadas y estimadas, y es señal que es una preciada cuando muchos la desean y aman: y así las que se tienen por bellas, para creer que lo son, quieren que se lo testifiquen las aficiones de muchos. Y si va á decir verdad, no son ya honestas las que toman sabor en ser miradas y recuestadas deshonestamente. Así que, quien busca mujer hermosa camina con oro por tierra de salteadores, y con oro que no se consiente encubrir en la bolsa, sino que se hace él mismo afuera, y se les pone á los ladrones delante los ojos: y que cuando no causase otro mayor daño y cuidado, en esto solo hace

que el marido se tenga por muy afrentado, si tiene juicio y valor. Porque, en la mujer semejante, la ocasion que hay, para no ser buena, por ser codiciada de muchos, esa mesma hace en muchos grande sospecha de que no lo es, y aquesta sospecha basta para que ande en lenguas menoscabada y perdida su honra. Y si este bien de beldad tuviera algun tomo, pudieran por él ponerse á este riesgo los hombres: ¿mas quién no sabe lo que vale, y lo que dura esta flor? ¿cuan presto se acaba? ¿con cuan ligeras ocasiones se marchita? ¿á qué peligros está sujeta? ¿y los censos que paga? « Toda la carne es heno, dice el profeta, y toda la gloria della, que es su hermosura toda, y su resplandor, como flor de heno. » Pues bueno es que por el gusto de los ojos ligero, y de una hora, quiera un hombre cuerdo hacer amargo el estado en que ha de perseverar, cuanto le perseverare la vida: y que para que su vecino mire con contento á su mujer, muera él herido de mortal descontento, y que negocie con sus pesares propios los placeres ajenos. Y si aquesto no basta, sea su pena su culpa, que ella misma le labrará; de manera que aunque le pese algun dia, y muchos dias conozca sin provecho, y condene su error, y diga, aunque tarde, lo que aquí dice deste su perfecto dechado de mujeres el Espíritu Santo: « Engaño es el buen donaire, y burlería la hermosura: la mujer que teme á Dios, esa es digna de ser loada. » Porque se ha de entender que esta es la fuente de todo lo que es verdadera virtud, y la raiz de donde nace todo lo que es bueno, y lo que solo puede hacer, y hace, que cada uno cumpla entera y perfectamente con lo que debe, el temor y respeto de Dios, y el tener cuenta con su ley; y lo que en esto no se funda nunca llega al colmo; y por bueno, que parece, se hiela en flor. Y entendemos por temor de Dios, segun el estilo de la Escritura Sagrada, no solo el afecto del temor, sino el emplearse uno con voluntad y con obras en el cumplimiento de sus mandamientos, y lo que en una palabra llamamos servicio de Dios. Y descubre esta raiz Salomon á la postre, no porque su cuidado ha de ser el postrero: que antes, como decimos, el principio de todo este bien es ella. Sino lo uno, porque temer á Dios y guardar con cuidado su ley, no es mas propio de la casada que de todos los hombres. A todos nos conviene meter en este negocio todas las velas de nuestra voluntad y aficion, porque sin él ninguno puede cumplir ni con las obligaciones generales de cristiano, ni con las particulares de su oficio. Y lo otro, dícelo al fin, por dejarlo mas firme en la memoria, y para dar á entender que este cuidado de Dios no solamente lo ha de tener por primero, sino tambien por postrero. Quiero decir que comience, y demedie, y acabe todas sus obras, y todo aquello á que le obliga su estado, de Dios, y en Dios, y por Dios: y que haga lo que conviene no solo con las fuerzas que Dios le da para ello, sino última y principalmente, por agradar á Dios, que se las da. Por manera que el blanco, adonde ha de mirar en cuanto hace, ha de ser Dios, así para pedirle favor y ayuda en lo que hiciere, como para hacer lo que debe puramente por él. Porque lo que se hace, y no por él, no es enteramente bueno: y lo que se hace sin él, como cosa de nuestra cosecha, es de muy bajos quilates. Y esto es

Isai., 11.

cierto, que una empresa tan grande, y adonde se ayuntan tan diversas y tan dificultosas obligaciones, como es satisfacer una casada á su estado, nunca se hizo, ni aun medianamente, sin que Dios proveyese de abundante favor. Y así el temor y servicio de Dios ha de ser en ella lo principal, y lo primero, no solamente porque le es mandado, sino tambien porque le es necesario: porque las que por aquí no van siempre se pierden, y demás de ser mal cristianas, en ley de casadas nunca son buenas, como se ve cada dia. Unas se esfuerzan por temor del marido, y así no hacen bien mas de lo que ha de ver y entender. Otras que trabajan, porque le aman, y quieren agradar, en entibiándose el amor desamparan el trabajo. A los que mueve la codicia no son caseras sino escasas, y, demás de escasas, faltas por el mismo caso en otras virtudes, de las que pertenecen á su oficio, y así por una muestra de bien no tienen ninguno. Otras, que se inclinan por honra, y que aman el parecer buenas, por ser honradas, cumplen con lo que parece, y no con lo que es: y ningunas dellas consiguen lo que pretenden, ni tienen un ser en lo que hacen, sino con los dias mudan los intentos y pareceres, porque caminan ó sin guia ó con mala guia; y así, aunque trabajan, su trabajo es vano y sin fruto. Mas al revés, las que se ayudan de Dios, y enderezan sus obras y trabajos á Dios, cumplen con todo su oficio enteramente, porque Dios quiere que le cumplan todo, y cúmplenlo, no en apariencia, sino en verdad, porque Dios no se engaña; y andan en su trabajo con gusto y deleite, porque Dios persevera; y son siempre unas, porque el que las alienta es él mismo; y caminan sin error, porque no le hay en su guia; y crecen en el camino, y van pasando adelante; y en breve espacio traspasan largos espacios, porque su hecho tiene todas las buenas cualidades y condiciones de la virtud: y finalmente ellas son las que consiguen el precio y el premio, porque quien le da es Dios, á quien ellas en su oficio miran y sirven. Y el premio es el que Salomon, concluyendo toda aquesta doctrina, pone en lo que se sigue.

## CAPITULO XXI.

**Del premio y galardon que tiene Dios aparejado para la perfecta casada, no solo en la otra vida, sino aun en este mundo.**

« *Dadle del fruto de sus manos, y lóenla en las plazas sus obras.* »

(Prov., 31, v. 31.)

Los frutos de la virtud, quienes y cuales sean, san Pablo los pone en la epístola que escribió á los galatas, diciendo: « Los frutos del Espíritu Santo son amor, y gozo, y paz, y sufrimiento, y largueza, y bondad, y larga espera, y mansedumbre, y fe, y modestia, y templanza, y limpieza. » Y á esta rica compañía de

Galat., 15.

bienes, que ella por sí sola parecia bastante, se añade ó sigue otro fruto mejor, que es gozar en vida eterna de Dios. Pues estos frutos son los que aquí el Espíritu Santo quiere y manda que se den á la buena mujer, y los que llama fruto de sus manos, esto es, de sus obras della. Porque, aunque todo es don suyo, y el bien obrar, y el galardon de la buena obra: pero, por su infinita bondad, quiere que porque le obedecimos, y nos rendimos á su movimiento, se llame, y sea fruto de nuestras manos, é industria, lo que principalmente es don de su liberalidad y largueza. Vean pues ahora las mujeres, cuan buenas manos tienen las buenas, cuan ricas son las labores que hacen, y de cuan grande provecho. Y no solo sacan provecho dellos, sino honra tambien. Aunque suelen decir que no caben en uno. El provecho son bienes y riquezas del cielo, la honra es una singular alabanza en la tierra. Y así añade: «Y lóenla en las plazas sus obras.» Porque mandar Dios que la loen es hacer cierto que la alabarán, porque lo que él dice se hace, y porque la alabanza sigue como sombra á la virtud, y se debe á sola ella. Y dice: «En las plazas,» porque no solo en secreto, y en particular, sino tambien en público y en general, sonarán sus loores, como á la letra acontece. Porque, aunque todo aquello, en que resplandece algun bien, es mirado y preciado, pero ningun bien se viene tanto á los ojos humanos, ni causa en los pechos de los hombres tan grande satisfaccion, como una mujer perfecta, ni hay otra cosa en que, ni con tanta alegría, ni con tan encarecidas palabras, abran los hombres las bocas, ó cuando tratan consigo á solas, ó cuando conversan con otros, ó dentro de sus casas, ó en las plazas en público. Porque unos loan lo casero, otros encarecen la discrecion, otros suben al cielo la modestia, la pureza, la piedad, la suavidad dulce y honesta. Dicen del rostro limpio, del vestido aseado, de las labores y de las velas. Cuentan las criadas remediadas, el mejoro de la hacienda, el trato con las vecinas amigable y pacífico; no olvidan sus limosnas, repiten cómo amó y ganó á su marido; encarecen la crianza de los hijos, el buen tratamiento de sus criados; sus hechos, sus dichos, sus semblantes alaban. Dicen que fué santa para con Dios, y bienaventurada para con su marido; bendicen por ella á su casa, y ensalzan á su parentela, y aun á los que la merecieron ver y hablar llaman dichosos; y como á la santa Judit la nombran gloria de su linaje y corona de todo su pueblo: y por mucho que digan hallan siempre mas que decir. Los vecinos dicen esto á los ajenos, y los padres dan con ella doctrina á sus hijos; y de los hijos pasa á los nietos, y extiéndese la fama por todas partes creciendo, y pasa con clara y eterna voz su memoria de unas generaciones en otras; y no le hacen injuria los años; ni con el tiempo envejece, antes con los dias florece mas, porque tiene su raiz junto á las aguas, y así no es posible que descaezca; ni menos puede ser que con la edad caiga el edificio que está fundado en el cielo; ni en manera alguna es posible que muera el loor de la que todo cuanto vivió no fué sino una perpetua alabanza de la bondad y grandeza de Dios, á quien solo se debe eternamente el ensalzamiento y la gloria. Ámen.

Judith., 15.

# POESÍAS SAGRADAS.

## PRIMERA PARTE.

## ODAS, CANCIONES, LIRAS, ETC.

### ODA PRIMERA.

A Felipe Ruiz de la Torre y Mota.

¿Cuando será que pueda
Libre de esta prision volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
Que huye mas del suelo,
Contemplar la verdad pura sin velo?

Allí á mi vida junto
En luz resplandeciente convertido
Veré distinto y junto,
Lo que es, y lo que ha sido,
Y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
El divino poder echó el cimiento
Tan á nivel y plomo,
Do estable eterno asiento
Posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
Columnas do la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Con que á la mar airada
La providencia tiene aprisionada.

Porque tiembla la tierra,
Porque las hondas mares se embravecen,
Do sale á mover guerra
El cierzo, y porque crecen
Las aguas del océano y descrecen.

De do manan las fuentes;
Quien ceba y quien bastece de los rios
Las perpetuas corrientes;
De los helados frios
Veré las causas, y de los estíos.

Las soberanas aguas
Del aire en la region quien las sostiene;
De los rayos las fraguas;
Do los tesoros tiene
De nieve Dios, y el trueno donde viene.

¿No ves cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano?
El dia se ennegrece,
Sopla el gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano.

Y entre las nubes mueve
Su carro Dios ligero y reluciente,
Horrible son conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente.

La lluvia baña el techo,
Envian largos rios los collados;
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados
Miran los labradores espantados.

Y de allí levantado
Veré los movimientos celestiales,
Así el arrebatado
Como los naturales,
Las causas de los hados, las señales.

Quien rige las estrellas
Veré, y quien las enciende con hermosas
Y eficaces centellas;
Porque están las dos osas
De bañarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno
Fuente de vida y luz do se mantiene;
Y porque en el invierno
Tan presuroso viene,
Porque en las noches largas se detiene.

Veré sin movimiento
En la mas alta esfera las moradas
Del gozo y del contento,
De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas.

## ODA II.

### NOCHE SERENA.

Cuando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado;

El amor y la pena
Despiertan en mi pecho una ansia ardiente,
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente,
La lengua dice al fin con voz doliente:

Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
Mi alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja oscura?

¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido
Sigue la vana sombra, el bien fingido?

El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando
Las horas del vivir le va hurtando.

¡Ay! despertad, mortales;
Mirad con atencion en vuestro daño;
¿Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
Podrán vivir de sombra y solo engaño?

¡Ay! levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera,
Burlareis los antojos
De aquesa lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es mas que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
A aqueste gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternales,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales:

La luna como mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor le sigue reluciente y bella:

Y como otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benino
De bienes mil cercado
Serena el cielo con su rayo amado:

Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro:

¿Quién es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira
Por romper lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz; aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De honra y de deleites rodeado.

Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura
Que jamás anochece;
Eterna primavera aquí florece.

¡O campos verdaderos!
¡O prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡O deleitosos senos!
¡Repuestos valles de mil bienes llenos!

## ODA III.

### AL APARTAMIENTO.

¡O ya seguro puerto
De mi tan luengo error! ¡ó deseado
Para reparo cierto
Del grave mal pasado,
Reposo alegre, dulce, descansado!

Techo pajizo adonde
Jamás hizo morada el enemigo
Cuidado, ni se asconde
Envidia en rostro amigo,
Ni voz perjura, ni mortal testigo:

Sierra que vas al cielo
Altísima, y que gozas del sosiego
Que no conoce el suelo,
Adonde el vulgo ciego
Ama el morir ardiendo en vivo fuego:

Recíbeme en tu cumbre,
Recíbeme que huyo perseguido
La errada muchedumbre,
El trabajo perdido,
La falsa paz, el mal no merecido.

Y do está mas sereno
El aire me coloca, mientras curo
Los daños del veneno
Que bebí mal seguro,
Mientras el mancillado pecho apuro.

Mientras que poco á poco
Borro de la memoria cuanto impreso
Dejó allí el vivir loco
Por todo su proceso
Vario entre gozo vano y caso avieso.

En tí, casi desnudo
De este corporal velo, y de la asida
Costumbre roto el nudo,
Traspasaré la vida
En gozo, en paz, en luz no corrompida.

De tí en el mar sujeto
Con lástima los ojos inclinando,
Contemplaré el aprieto
Del miserable bando
Que las saladas olas va cortando.

El uno que surgia
Alegre ya en el puerto, salteado
De bravo soplo, guia,
En alto mar lanzado
Apenas, el navío desarmado.

El otro en la cubierta
Peña rompe la nave, que al momento
El hondo pide abierta;
Al otro calma el viento;
Otro en las bajas sirtes hace asiento.

A otros roba el claro
Dia, y el corazon el aguacero;
Ofrecen al avaro
Neptuno su dinero;
Otro nadando huye el morir fiero.

Esfuerza, opone el pecho:
Mas ¿cómo será parte un afligido
Que va, el leño deshecho,
De flaca tabla asido
Contra un abismo inmenso embravecido?

¡Ay, otra vez y ciento
Otras, seguro puerto deseado!
No me falte tu asiento,
Y falte cuanto amado,
Cuanto del ciego error es codiciado.

## ODA IV.

### MORADA DEL CIELO.

Alma region luciente,
Prado de bienandanza, que ni al hielo
Ni con el rayo ardiente
Falleces, fértil suelo
Producidor eterno de consuelo:

De púrpura y de nieve
Florida la cabeza coronado,
A dulces pastos mueve
Sin honda ni cayado,
El buen Pastor en tí su hato amado.

Él va, y en pos dichosas
Le siguen sus ovejas, do las pace
Con inmortales rosas,
Con flor que siempre nace,
Y cuanto mas se goza mas renace.

Ya dentro á la montaña
Del alto bien las guia; ya en la vena
Del gozo fiel las baña,
Y les da mesa llena,
Pastor y pasto él solo, y suerte buena.

Y de su esfera cuando
La cumbre toca altísimo subido
El sol, él sesteando
De su hato ceñido
Con dulce son deleita el santo oido.

Toca el rabel sonoro,
Y el inmortal dulzor al alma pasa,
Con que envilece el oro,
Y ardiendo se traspasa
Y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡O son, ó voz! siquiera
Pequeña parte alguna descendiese
En mi sentido, y fuera
De sí el alma pusiese
Y toda en tí, ¡ó amor! la convirtiese!

Conoceria donde
Sesteas, dulce Esposo, y desatada
De esta prision adonde
Padece, á tu manada
Junta, no ya andará perdida, errada.

## ODA V.

### EN LA ASCENSION.

¡Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro,
Con soledad y llanto,
Y tú rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro!

¿Los antes bien hadados,
Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De tí desposeidos
A do convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?

¿Quien oyó tu dulzura,
Qué no tendrá por sordo y desventura?

¿Aqueste mar turbado
Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al viento fiero airado?
¿Estando tú encubierto,
Qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! nube envidiosa
Aun de este breve gozo ¿qué te aquejas?
¿Do vuelas presurosa?
¡Cuan rica tú te alejas!
¡Cuan pobres, y cuan ciegos, ¡ay! nos dejas! (1)

## ODA VI (2).

### A todos los Santos.

¿Qué santo, ó qué gloriosa
Virtud, qué deidad que el cielo admira,
O musa poderosa
En la cristiana lira,
Diremos entre tanto que retira

El sol con presto vuelo
El rayo fugitivo en este dia,
Que hace alarde el cielo
De su caballería?
¿Qué nombre entre estas breñas á porfía

(1) En un antiguo manuscrito se añaden á estas cinco estrofas las cuatro siguientes:

Tú llevas el tesoro
Que solo à nuestra vida enriquecia,
Que desterraba el lloro,
Que nos resplandecia
Mil veces mas que el puro y claro dia.

¿Qué lazo de diamante
(¡Ay, alma!) te detiene y encadena
A no seguir tu amante?
¡Ay! rompe y sal de pena,
Colócate ya libre en luz serena.

¿Qué temes la salida?
¿Podrá el terreno amor mas que la ausencia
De tu querer y vida?
Sin cuerpo no es violencia
Vivir, mas es sin Cristo y su presencia.

Dulce Señor y amigo,
Dulce padre y hermano, dulce esposo,
En pos de tí yo sigo
O puesto en tenebroso,
O puesto en lugar claro y glorioso.

(2) Por la plegaria que hace el autor en las dos últimas estrofas, se infiere que compuso esta oda en las cárceles de la inquisicion de Valladolid, donde estuvo preso cinco años, habiendo logrado un enemigo suyo que se le formase causa como sospechoso en la fe, bajo el pretexto de que habia traducido el libro de los Cantares en castellano, contra la prohibicion que habia entonces de hacer versiones de la Escritura en lengua vulgar. Al fin logró sincerarse de todos los cargos que se le hicieron, y salió libre y triunfante de la calumnia.

Repetirá sonando
La imágen de la voz, en la manera
El aire deleitando,
Que el Efrateo hiciera
Del sacro y fresco Hermon por la ladera?

A do ceñido el oro
Crespo de verde yedra, la montaña
Condujo con sonoro
Laud, con fuerza y maña
Del oso y del leon domó la saña.

¿Pues quién diré primero,
Que el Alto, y que el Humilde, que la vida
Por el manjar grosero
Restituyó perdida,
Que al cielo levantó nuestra caida?

Igual al Padre eterno,
Igual al que en la tierra nace y mora,
De quien tiembla el infierno,
A quien el sol adora,
En quien todo el ser vive y se mejora.

Tras dél el vientre entero,
La Madre de esta luz será cantada,
Clarísimo lucero
En esta mar turbada,
Del linaje humanal fiel abogada.

Espíritu divino,
No callaré tu voz, tu pecho opuesto
Contra el dragon malino;
Ni tú en olvido puesto,
Que á defender mi vida estás dispuesto.

Osado en la promesa,
Barquero de la barca no sumida,
A tí mi voz profesa;
Y á tí que la lucida
Noche te traspasó de muerte á vida.

¿Quién no dirá tu lloro,
Tu bien trocado amor, ó Magdalena?
¿De tu nardo el tesoro,
De cuyo olor la ajena
Casa, la redondez del mundo es llena?

Del Nilo moradora,
Tierna flor de saber y de pureza,
De tí yo canto agora,
Que de la santa alteza
De Arabia esparce luz tu fortaleza.

¿Diré el Rayo africano?
¿Diré el Stridones sabio elocuente?
¿O del Panal romano?
¿O del que justamente
Nombraron Boca de oro entre la gente?

Columna ardiente en fuego
El firme y gran Basilio al cielo toca,
Mayor que el miedo y ruego;
Y ante su rica boca
La lengua de Demostenes se apoca.

Cual árbol con los años
La gloria de Francisco sube y crece,
Y entre los ermitaños
El claro Anton parece
Luna que en las estrellas resplandece.

¡Ay, Padre! ¿y do se ha ido
Aquel raro valor? ¡ay! ¿qué malvado
El oro ha destruido
De tu templo sagrado?
¿Quién zizañó tan mal tu buen sembrado?

Adonde la azucena
Lucia, y el clavel, do el rojo trigo,
Reina agora la avena,
La granza, el enemigo
Cardo, la sinrazon, el falso amigo.

Convierte piadoso
Tus ojos, y nos mira; y con tu mano
Arranca poderoso
Lo malo y lo tirano,
Y planta aquello antiguo, santo y llano.

Da paz á aqueste pecho
Que hierve con dolor en noche escura,
Que fuera de este estrecho
Diré con mas dulzura
Tu nombre, tu grandeza y hermosura.

No niego, dulce amparo
Del alma, que mis males son mayores
Que aqueste desamparo;
Mas cuanto son peores
Tanto resonarán mas tus loores.

## ODA VII.

### DE LA MAGDALENA.

A una señora pasada la mocedad.

Elisa, ya el preciado
Cabello que del oro escarnio hacia
La nieve ha desmudado:
¡Ay! ¿yo no te decia:
Recoge, Elisa, el pié, que vuela el dia?

Ya los que prometian
Durar en tu servicio eternamente,
Ingratos se desvian,
Por no mirar la frente
Con rugas afeada, el negro diente.

¿Qué tienes del pasado
Tiempo sino dolor? ¿cual es el fruto,
Que tu labor te ha dado,
Si no es tristeza y luto,
Y el alma hecha sierva al vicio bruto?

¿Qué fe te guarda el vano
Por quien tú no guardaste la debida
A tu bien soberano?
¿Por quien mal proveida
Perdiste de tu seno la querida

Prenda? ¿por quien velaste,
Por quien ardiste en zelos, por quien uno
El cielo fatigaste
Con gemido importuno,
Por quien nunca tuviste acuerdo alguno

De tí misma? Y agora
Rico de tus despojos, mas ligero
Que el ave huye, y adora
A Lida el lisonjero,
Tú quedas entregada al dolor fiero.

¡O cuanto mejor fuera
El don de la hermosura que del cielo
Te vino, á cuyo era
Habello dado en velo
De santidad, ajeno al polvo, al suelo!

Mas hora no hay tardía,
Tanto nos es el cielo piadoso
En cuanto dura el dia;
El pecho hervoroso
En breve del dolor saca reposo.

Que la gentil señora
De Magdalo, bien que perdidamente
Dañada, en breve hora
Con el amor ferviente
Las llamas apagó del fuego ardiente.

Las llamas del malvado
Amor con otro amor mas encendido:
Y consiguió el estado,
Que no fué concedido
Al huésped arrogante en bien fingido.

De amor guiada, y pena,
Penetra el techo extraño, y atrevida
Ofrécese á la ajena
Presencia, y sabia olvida
El ojo mofador, busca la vida.

Y toda derrocada
A los divinos piés que la traian,
Lo que la en sí fiada
Gente olvidado habian,
Sus manos, boca y ojos lo hacian.

Lavaba larga en lloro
Al que su torpe mal lavando estaba;
Limpiaba con el oro
Que la cabeza ornaba
A la limpieza, y paz á su paz daba.

Decia: solo amparo
De la miseria, extrema medicina
De mi salud, reparo
De tanto mal, inclina
A aqueste cieno tu piedad divina.

¡Ay! ¿qué podrá ofrecerte
Quien todo lo perdió? aquestas manos
Osadas de ofenderte,
Aquestos ojos vanos
Te ofrezco, y estos labios tan profanos.

Lo que sudó en tu ofensa,
Trabaje en tu servicio, y de mis males
Proceda mi defensa;
Mis ojos, dos mortales
Fraguas, dos fuentes sean manantiales.

Bañen tus piés mis ojos,
Límpienlos mis cabellos, de tormento
Mi boca, y red de enojos,
Les dé besos sin cuento;
Y lo que me condena te presento.

Preséntote un sugeto
Tan malamente herido cual conviene,
Do un médico perfeto
De cuanto saber tiene
Dé muestra, que por siglos mil resuene.

## ODA VIII (1).

A nuestra Señora.

Vírgen, que el sol mas pura,
Gloria de los mortales, luz del cielo,
En quien la piedad es cual la alteza,
Los ojos vuelve al suelo,
Y mira un miserable en cárcel dura
Cercado de tinieblas y tristeza,
Y si mayor bajeza
No conoce ni igual el juicio humano,
Que el estado en que estoy por culpa ajena,
Con poderosa mano
Quiebra, Reina del cielo, esta cadena
Vírgen, en cuyo seno

(1) Se lamenta fray Luis de Leon en esta oda del estado miserable en que se hallaba preso y perseguido.

Halló la deidad digno reposo,
Do fué el rigor en dulce amor trocado,
Si blando al riguroso
Volviste, bien podrás volver sereno
Un corazon de nubes rodeado;
Descubre el deseado
Rostro que admira el cielo, el suelo adora,
Las nubes huirán, lucirá el dia,
Tu luz, alta Señora,
Venza esta ciega y triste noche mia.

Vírgen y madre junto,
De tu Hacedor dichosa engendradora,
A cuyos pechos floreció la vida,
Mira cómo empeora
Y crece mi dolor mas cada punto,
El odio cunde, la amistad se olvida;
Si no es de tí valida
La justicia y verdad que tú engendraste,
¿Adonde hallarán seguro amparo?
Y pues madre eres, baste
Para contigo el ver mi desamparo.

Vírgen del sol vestida,
De luces eternales coronada,
Que huellas con divinos piés la luna;
Envidia emponzoñada,
Engaño agudo, lengua fementida,
Odio cruel, poder sin ley ninguna
Me hacen guerra á una;
Pues contra un tal ejército maldito,
¿Cual pobre y desarmado será parte,
Si tu nombre bendito,
María, no se muestra por mi parte?

Vírgen, por quien vencida
Llora su perdicion la sierpe fiera,
Su daño eterno, su burlado intento;
Miran de la ribera
Seguras muchas gentes mi caida,
El agua violenta, el flaco aliento,
Los unos con contento,
Los otros con espanto, el mas piadoso
Con lástima la inútil voz fatiga;
Yo puesto en tí el lloroso
Rostro, cortando voy la onda enemiga

Vírgen del Padre Esposa,
Dulce Madre del Hijo, templo santo
Del inmortal Amor, del hombre escudo,
No veo sino espanto;
Si miro la morada es peligrosa,
Si la salida incierta, el favor mudo,
El enemigo crudo
Desnuda la verdad, muy proveida
De valedores, de armas la mentira:
La miserable vida
Solo cuando me vuelvo á tí respira.

Vírgen, que al alto ruego
No mas humilde *sí* diste que honesto,
En quien los cielos contemplar desean;
Como terrero puesto,
Los brazos presos, de los ojos ciego,
A cien flechas estoy que me rodean,
Que en herirme se emplean;
Siento el dolor, mas no veo la mano,
Ni puedo huir, ni me es dado escudarme;
Quiera tu soberano
Hijo, Madre de amor, por tí librarme.

Vírgen, lucero amado,
En mar tempestuosa clara guia,
A cuyo santo rayo calla el viento,
Mil olas á porfía
Hunden en el abismo un desarmado
Leño de vela y remo, que sin tiento
El húmedo elemento
Corre, la noche carga, el aire truena,
Ya por el suelo va, ya el cielo toca,
Gime la rota antena;
Socorre antes que embista en dura roca.

Vírgen, no inficionada
De la comun mancilla y mal primero
Que al humano linaje contamina,
Bien sabes que en tí espero
Desde mi tierna edad; y si malvada
Fuerza que me venció ha hecho indina
De tu guarda divina
Mi vida pecadora, tu clemencia
Tanto mostrará mas su bien crecido,
Cuanto es mas la dolencia,
Y yo merezco menos ser valido.

Vírgen, el dolor fiero
Añuda ya la lengua, y no consiente
Que publique la voz cuanto desea;
Mas oye tú al doliente
Animo que contino á tí vocea.

## ELEGIA (1).

### ESPERANZAS BURLADAS.

Huid contentos de mi triste pecho.
¿Qué engaño os vuelve á do jamás pudistes
Tener asiento ni hacer provecho?
Tened en la memoria cuando fuistes
Con público pregon, ¡ay! desterrados
De toda mi comarca y reinos tristes.

(1) Se queja fray Luis de Leon en esta elegía de la injusticia con que era perseguido.

A do ya no vereis sino nublados,
Y viento, y torbellino, y lluvia fiera,
Suspiros encendidos y cuidados.

No pinta el prado aquí la primavera,
Ni nuevo sol jamás las nubes dora,
Ni canta el ruiseñor lo que antes era.

La noche aquí se vela, aquí se llora
El dia miserable sin consuelo,
Y vence el mal de ayer el mal de agora.

Guardad vuestro destierro, que ya el suelo
No puede dar contento al alma mia,
Si ya mil vueltas diere andando el cielo.

Guardad vuestro destierro, si alegría,
Si gozo, y si descanso andais sembrando,
Que aqueste campo abrojos solo cria.

Guardad vuestro destierro, si tornando
De nuevo no quereis ser castigados
Con crudo azote y con infame bando.

Guardad vuestro destierro, que olvidados
De vuestro ser en mí sereis dolores;
Tal es la fuerza de mis duros hados.

Los bienes mas queridos y mejores
Se mudan, y en mi daño se conjuran,
Y son por ofenderme á sí traidores.

Mancíllanse mis manos si se apuran,
La paz y la amistad me es cruda guerra;
La culpa falta, mas las penas duran.

Quien mis cadenas mas estrecha y cierra
Es la inocencia mia, y la pureza;
Cuando ella sube, entonces vengo á tierra.

Mudó su ley en mi naturaleza,
Y pudo en mi dolor lo que no entiende
Ni seso humano, ni mayor viveza.

Cuanto desenlazarse mas pretende
El pájaro cautivo, mas se enliga,
Y la defensa mia mas me ofende.

En mí la ajena culpa se castiga,
Y soy del malhechor, ¡ay! prisionero,
Y quieren que de mí la fama diga.

Dichoso el que jamás ni ley, ni fuero,
Ni el alto tribunal, ni las ciudades,
Ni conoció del mundo el trato fiero.

Que por las inocentes soledades,
Recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,
Y el ánimo enriquece con verdades.

Cuando la luz el aire y tierras baña,
Levanta al puro sol las manos puras,
Sin que se las aplomen odio y saña.

Sus noches son sabrosas y seguras,
La mesa le bastece alegremente
El campo, que no rompen rejas duras.

Lo justo le acompaña, y la luciente
Verdad, la sencillez en pechos de oro,
La fe no colorada falsamente.

De ricas esperanzas almo coro,
Y paz con su descuido le rodean,
Y el gozo cuyos ojos huye el lloro.

Allí contento tus moradas sean,
Allí te lograrás; y á cada uno
De aquellos que de mí saber desean,
Les dí que no me viste en tiempo alguno.

## OCTAVAS.

### A nuestra Señora.

No viéramos el rostro al Padre eterno
Alegre, ni en el suelo al Hijo amado
Quitar la tiranía del infierno,
Ni el fiero capitan encadenado:
Viviéramos en llanto sempiterno,
Durara la ponzoña del bocado,
Serenísima Vírgen, si no hallara
Tal Madre Dios en vos donde encarnara.

Que aunque el amor del hombre ya habia hecho
Mover al Padre eterno á que enviase
El único engendrado de su pecho,
A que encarnando en vos le reparase;
Con vos se remedió nuestro derecho,
Hicistes nuestro bien se acrecentase,
Estuvo nuestra vida en que quisistes,
Madre digna de Dios, y así vencistes.

No tuvo el Padre mas, Vírgen, que daros,
Pues quiso que de vos Cristo naciese,
Ni vos tuvistes mas que desearos,
Siendo el deseo tal que en vos cupiese;
Habiendo de ser Madre contentaros
Pudiérades con serlo de quien fuese
Menos que Dios, aunque para tal Madre
Bien estuvo ser Dios el Hijo y Padre.

Con la humildad que al cielo enriquecistes,
Vuestro ser sobre el cielo levantastes:
Aquello que fué Dios, solo no fuistes,
Y cuanto no fué Dios atrás dejastes:
Del Espíritu santo concebistes,
Y al Verbo en vuestro vientre le cifrastes,
Que lo que el cielo y tierra no abrazaron
Vuestras santas entrañas encerraron.

Y aunque sois Madre, sois Vírgen entera,
Hija de Adan de culpa preservada,
Y en órden de nacer vos sois primera,
Y antes que fuese el cielo sois criada:
Piadosa sois, pues la serpiente fiera
Por vos vió su cabeza quebrantada:
A Dios de Dios bajais del cielo al suelo,
Del hombre al hombre alzais del suelo al cielo.

Estais ahora, Vírgen generosa,
Con la perpetua Trinidad sentada,
Do el Padre os llama Hija, el Espíritu Esposa,
Y el Hijo que engendrastes Madre amada.
De allí con larga mano y poderosa
Nos repartís la gracia que os es dada;
Allí gozais, y aquí pára mi pluma,
Que en la esencia de Dios está la suma.

## CANCION I.

### DEL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO.

En el profundo del abismo estaba
Del no ser encerrado y detenido
Sin poder ni saber salir afuera,
Y todo lo que es algo en mí faltaba,
La vida, el alma, el cuerpo y el sentido,
Y en fin mi ser no ser entonces era,
Y así de esta manera
Estuve eternalmente
Nada visible y sin tratar con gente,
En tal suerte que aun era muy mas buena
Del ancho mar la mas menuda arena,
Y el gusanillo de la gente hollado
Un rey era conmigo comparado.

Estando pues en tal tiniebla escura
Volviendo ya con curso presuroso
La sexta edad el estrellado cielo,
Miró el gran Padre Dios de la natura,
Y vióme en sí benigno y amoroso,
Y sacóme á la luz de aqueste suelo,
Vistióme de este velo
De flaca carne y hueso;
Mas dióme el alma, á quien no hubiera peso
Que impidiera llegar á la presencia
De la divina é inefable esencia,
Si la primera culpa no agravara
Su ligereza y alas derribara.

¡O culpa amarga! ¡y cuanto bien quitaste
Al alma mia! ¡cuanto mal hiciste!
Luego que fué criada, y junto infusa,
Tú de gracia y justicia la privaste,
Y al mismo Dios contraria la pusiste,
Ciega, enemiga, sin favor, confusa,
Por tí siempre rehusa
El bien, y la molesta
La virtud, y á los vicios está presta;
Por tí la fiera muerte ensangrentada,
Por tí toda miseria tuvo entrada,
Hambre, dolor, gemido, fuego, invierno.
Pobreza, enfermedad, pecado, infierno.

Así que en los pañales del pecado
Fuí (como todos) luego al punto envuelto,
Y con la obligacion de eterna pena,
Con tanta fuerza, y tan estrecho atado,
Que no pudiera de ella verme suelto
En virtud propia, ni en virtud ajena,
Sino de aquella llena
De piedad tan fuerte
Bondad, que con su muerte á nuestra muerte
Mató, y gloriosamente hubo deshecho,
Rompiendo el amoroso y sacro pecho,
De donde mana soberana fuente
De gracia y de salud á toda gente.

En esto plugo á la bondad inmensa,
Darme otro ser mas alto que tenia,
Bañándome en el agua consagrada;
Quedó con esto limpia de la ofensa,
Graciosísima y bella el alma mia,
De mil bienes y dones adornada,
En fin cual desposada
Con el Rey de la gloria:
¡O cuan dulce y suavísima memoria!
Y allí la recibió por cara esposa,
Y ella le prometió de no amar cosa
Fuera dél, ó por él mientras viviese:
¡O si (de hoy mas siquiera) lo cumpliese!

Crecí despues, y fuí en edad entrando;
Llegué á la discrecion con que debiera
Entregarme á quien tanto me habia dado;
Y en vez de esto la lealtad quebrando
Que en el bautismo sacro prometiera,
Y con mi propio nombre habia firmado,
Aun no hubo bien llegado
El deleite vicioso
Del cruel enemigo venenoso,
Cuando con todo dí en un punto al traste.
¿Hay corazon tan duro en sí, que baste
A no romperse dentro en nuestro seno
De pena el mio, de lástima el ajeno?

Mas que la tierra queda tenebrosa
Cuando su claro rostro el sol ausenta,
Y á bañar lleva al mar su carro de oro;
Mas estéril, mas seca, y pedregosa,

Que cuando largo tiempo está sedienta,
Quedó mi alma sin aquel tesoro,
Por quien yo plaño y lloro,
Y hay que llorar contino,
Pues que quedé sin luz del sol divino,
Y sin aquel rocío soberano
Que obraba en ella el celestial verano,
Ciega, disforme, torpe, y á la hora
Hecho una vil esclava de señora.

¡O Padre inmenso, que inmovible estando
Das á las cosas movimiento y vida,
Y las gobiernas tan suavemente!
¿Qué amor detuvo tu justicia, cuando
Mi alma tan ingrata y atrevida,
Dejando á tí del bien eterno fuente,
Con ansia tan ardiente
En aguas detenidas
De cisternas corruptas y podridas,
Se echó de pechos ante tu presencia?
¡O divina y altísima clemencia!
¡Que no me despeñases al momento
En el lago profundo del tormento!

Sufrióme entonces tu piedad divina,
Y sacóme de aquel hediondo cieno,
Do sin sentir aun el hedor estaba
Con falsa paz el ánima mezquina,
Juzgando por tan rico y tan sereno
El miserable estado que gozaba,
Que solo deseaba
Perpetuo aquel contento:
Pero sopló á deshora un manso viento
Del espíritu eterno, y enviando
Un aire dulce al alma fué llevando
La espesa niebla que luz cubria,
Dándole un claro y muy sereno dia.

Vió luego de su estado la vileza,
En que guardando inmundos animales
De su tan vil manjar aun no se hartara:
Vió el fruto del deleite y de torpeza
Ser confusion y penas tan mortales;
Temió la recta y no doblada vara,
Y la severa cara
De aquel Juez sempiterno:
La muerte, juicio, gloria, fuego, infierno,
Cada cual acudiendo por su parte,
La cercan con tal fuerza y de tal arte,
Que quedando confuso y temeroso,
Temblando estaba sin hallar reposo.

Ya que en mí vuelto sosegue algun tanto,
En lágrimas bañando el pecho y suelo,
Y con suspiros abrasando el viento,
Padre piadoso, dije, Padre santo,
Benigno Padre, Padre de consuelo,
Perdonad, Padre, aqueste atrevimiento.
A vos vengo, aunque siento
(De mí mismo corrido)
Que no merezco ser de vos oido:
Mas mirad las heridas que me han hecho
Mis pecados, cuan roto y cuan deshecho
Me tienen, y cuan pobre y miserable,
Ciego, leproso, enfermo, lamentable.

Mostrad vuestras entrañas amorosas
En recibirme agora y perdonadme,
Pues es, benigno Dios, tan propio vuestro
Tener piedad de todas vuestras cosas;
Y si os place, Señor, de castigarme,
No me entregueis al enemigo nuestro:
A diestro y á siniestro,
Tomad vos la venganza,
Herid en mí con fuego, azote y lanza,
Cortad, quemad, romped sin duelo alguno,
Atormentad mis miembros de uno á uno
Con que despues de aqueste tal castigo
Volvais á ser mi Dios, mi buen amigo.

Apenas hube dicho aquesto, cuando
Con los brazos abiertos me levanta,
Y me otorga su amor, su gracia y vida,
Y á mis males y llagas aplicando
La medicina soberana y santa
A tal enfermedad constituida,
Me deja sin herida
De todo punto sano,
Pero con las heridas del tirano
Hábito, que iba ya en naturaleza
Volviéndose, y con una tal flaqueza,
Que aunque sané del mal y su accidente,
Diez años ha que soy convaleciente.

## CANCION II.

### A nuestra Señora.

Vírgen muy mas que el sol resplandeciente,
Fuente de eterna vida,
Lucero que escureces al de oriente,
En tempestad bonanza,
Norte por quien me rijo en mi partida,
Puerto al alma afligida,
Ancora donde estriba su esperanza,
Hoy con tu industria y arte
Este tu siervo herido al mar se parte.

Partido el corazon huye llorando
De la brava tormenta,
En que andan por la tierra fluctuando
Altivos corazones,

Que quieren mas sufrir cualquiera afrenta,
Que por vida contenta
Trocar sus intereses y ambiciones,
Y no ven los cuitados
Los grillos en que están aherrojados,

Mas tú, Reina del cielo piadosa,
Que jamás te olvidaste
De la pasada vida religiosa,
En el mayor tormento
El corazon llagado conhortaste,
Los ojos enjugaste,
Y el ánimo oprimido cobró aliento,
Y así desta manera
Trocaste el sol ardiente en primavera.

Y mis ojos cobrando mucha lumbre,
Pasmaron del engaño,
En que andan los que rigen la alta cumbre
Del mundo á quien adoran,
Que viendo claramente el desengaño
Siguen siempre su daño,
Aunque con verso público lo lloran,
Apellidando el rio,
El campo, el mundo, el sol, el valle umbrío.

## LIRA I.

### A la vida religiosa.

Mil varios pensamientos
Mi alma en un instante revolvia,
Cercada de tormentos,
De pena y agonía,
Buscando algun descanso y alegría.

Mas como no hallaba
Contento en esta vida ni reposo,
Desalada buscaba
Con paso presuroso
A su querido amor y dulce esposo.

Y andándole buscando
Cansada se sentó junto á una fuente,
Que la iba destilando
Un risco mansamente,
Regando el verde prado su corriente.

Las parleruelas aves
Una acordada música hacian
De voces tan suaves
Que al alma enternecian,
Y en amor de su esposo la encendian.

Y con gentil donaire,
Plegando y desplegando sus alillas,
Jugaban por el aire
Las simples avecillas,
Divididas en órden por cuadrillas.

Y en forma de torneo
Las unas con las otras se encontraban
Con ligero meneo;
Despues revolcaban,
Y entre la verde yerba gorgeaban.

Gozando de esta fiesta,
Mi alma entre mil flores recostada
Durmió un poco la siesta,
Y estando descuidada
Oyó una voz que la dejó admirada.

No temas, le decia,
Mas oye atentamente lo que digo:
Si buscas alegría
Y estar siempre conmigo,
Huye del mundo y de quien es su amigo.

Que si el trabajo huyes,
Y gustas de deleites y consuelo,
Sabe que te destruyes,
Pues truecas por el suelo
La gloria eterna del impíreo cielo.

Mira que estás cercada
De tres contrarios tuyos capitales,
Y vives descuidada
De los crecidos males
Que te podrán causar contrarios tales.

Advierte que está el uno
Apoderado ya de tu castillo,
Y los dos de consuno
Comienzan á batillo,
Sin que tus fuerzas puedan resistillo.

Déjales por despojos
El contento, regalo, y la riqueza,
Y no vuelvas los ojos
A ver esa vileza,
Pues cuanto dejar puedes es pobreza.

Que si dejares uno,
Ciento tendrás por él en esta vida
Sin descontento alguno,
Y allá en la despedida
Daráte Dios la gloria prometida.

Verás en este suelo,
Dando de mano al mundo fementido,
Un retrato del cielo,
Que Dios tiene escondido
En la celdilla pobre y el vestido.

Ajeno del cuidado
Que al mercader sediento trae ansioso,
De solo Dios pagado
Se goza el religioso
Libre del mundo falso y engañoso.

No busca los favores
Que al ambicioso traen desvelado
En casas de señores,
Mas antes retirado
Goza su suerte y su feliz estado.

No tiene desconsuelo,
Ni puede entristecerle cosa alguna,
Porque es Dios su consuelo,
Ni la vana fortuna
Con su mudable rueda le importuna.

La casa y celda estrecha
Alcázar le parece torreado,
La túnica deshecha
Vestido recamado,
Y el suelo duro lecho delicado.

El cilicio tejido
De punzadoras cerdas de animales,
Que al cuerpo está ceñido,
Aparta de los males,
Que causa el ciego amor á los mortales.

La disciplina dura
De retorcido alambre le da gusto,
Pues cura la locura
Del estragado gusto,
Que huye á rienda suelta de lo justo.

En estos ejercicios
Su vida pasa mas que venturosa,
Apartada de vicios,
Sin que le dañe cosa
Mundo, demonio, carne pegajosa.

Cuanto el seglar procura
Adquirir con deleites y hacienda,
Le dan de añadidura,
No mas de porque atienda
Al servicio de Dios, y no le ofenda.

Gustaba en gran manera
Mi alma de la plática que oia,
Y para ver quien era
El que aquello decia,
Durmiendo aquí y allí me revolvia.

Mas tocando la mano
Al agua cristalina de la fuente,
Salió mi intento vano,
Pues luego de repente
La voz se fué, y el sueño juntamente.

## LIRA II.

En loor y honra de Dios nuestro Señor tomando ocasion de las criaturas.

Cuando la noche oscura
Romper quiere su velo tenebroso
Y triste vestidura,
Que afea el cielo hermoso
Y envuelve su belleza y ser gracioso:

La redondez criada
La aurora en su salida hermosea,
Su cabeza dorada,
Sus cabellos ondea,
Y todo el orbe con su luz rodea.

El aire en su pureza
Vestido de estos claros resplandores
Descubre su belleza,
Y los altos vapores
Ofrecen á la vista mil colores.

¿Quién los ojos estiende
Al horizonte ansí clarificado,
Que en fuego no se enciende,
Y queda enamorado
De quien ser tan hermoso fué criado?

En las ramas frondosas
Con arte natural cantan las aves,
En la pluma vistosas,
Con el cantar suaves,
Y el alma libran de cuidados graves.

¡O canto y armonía,
Que todo el bosque umbroso tiene atento,
Suave melodía
De dulce sentimiento,
Que al cielo tras sí roba el pensamiento!

La tecla mas aguda
En su mas alto punto levantada
Parece ronca y muda,
Si en canto es comparada
Con este son y música acertada.

Aquellas nueve hermanas,
Que en el Parnaso monte á coros cantan,
No se muestren ufanas,
Si á las fieras encantan,
Que á Dios estotras el amor levantan.

En su carro triunfal
De la naturaleza fabricado
Con mano artificial
De fino oro labrado
Y mas que de rubíes esmaltado,

Las riendas aflojando
El sol á nuestro polo se apresura
Sus caballos guiando
A la suprema altura
De donde da á las sombras estrechura.

Y luego que parece
Encima de la sierra, ó alta cumbre,
La luna se escurece
Vencida de esta lumbre
Con toda la estrellada muchedumbre.

Si alguna nube oscura
De sus dorados rayos es tocada,
Se vuelve clara y pura,
Hermosa, arrebolada,
De diversos colores matizada.

Rocío de Diana
Y de su cabellera sacudido,
En la fresca mañana
Siendo del sol herido,
Mas que cristal se muestra esclarecido.

De plantas olorosas
La verde pradería rodeada,
De flores y de rosas
Al natural pintadas,
De este rocío queda aljofarada.

Mas pues no se defiende
De las febeas llamas la verdura,
Y el aire mas se enciende,
Y pierde su frescura,
Quiérome retirar á la espesura.

¡O alta providencia
Del que crió los árboles hojosos
Para hacer resistencia
A los rayos penosos
Del sol al medio dia calurosos!

Al bosque está cercana
La cumbre de la sierra mas airosa,
Donde una fuente mana
En su correr graciosa,
Que al arboleda baja presurosa.

Con un dulce sonido
Su curso entre las yerbas va guiando,
Y con manso ruido
Las guijas va volcando,
A todas de la arena levantando.

Y por entre las hojas
Del sol los claros rayos aparecen,
Las arenitas rojas
Con ellos resplandecen,
Que á las del Tajo aurífero parecen.

Despues que aquesta fuente
Ha regado los árboles ramosos,
Juntando su corriente
Con pasos presurosos
Se estiende en dos estanques espaciosos.

Do las aguas cortando
Nadaran los peces con destreza,
Sus alas desplegando
Con tanta ligereza
Que vencen á la vista y su firmeza.

Aquí y allí pasean
Con saltos y ligero movimiento,
Adornan y hermosean
El frígido elemento,
De quien su ser reciben y sustento.

¡Ay, Dios! cuando esto miro
Para mi bien y gusto fabricado,
Y por tu amor suspiro,
Y ser tan inflamado
Cuanto por esto quieres ser amado.

En una fria peña
Vereis una gran vena y abertura,
Por donde se despeña
El agua ya mas pura
Para mostrar del todo su hermosura.

Despues sale brotando
Con natural donaire y gentileza,
Sus saltos levantando
Con el vuelo y presteza
Que á su peso negó naturaleza.

Al son de su ruido
Al rededor las aves se embebecen,
Deléitase el oido,
Los ojos se adormecen,
Que de velar cansados desfallecen.

Los árboles mirando
El agua cristalina en su pureza,
De sí se están pagando,
Mirando la belleza
Que á tal tiempo les dió naturaleza.

El frescor de esta fuente
El fuego de la siesta está templando,
Hasta que del oriente
El sol se va alejando,
Las sombras paso á paso acrecentando.

Y las aguas marinas
Con sus prestos caballos rompe á nado,
A las tierras vecinas
De su luz ha privado,
De noche el aire queda rodeado.

Esferas celestiales,
Que con primor divino estais labradas
De luces eternales
En órden esmaltadas,
Y de dorados clavos tachonadas;

Mostrad vuestra alegría
En esta escuridad centelleando,
Y todas á porfía
Los aires alumbrando,
Suplid la luz de quien os la está dando.

Salid, claros planetas,
De rayos mas serenos encendidos;
Corred, altos cometas,
Que siendo consumidos
Jamás sereis por rastro conocidos.

Las riendas retiradas
Afloja á los que traen tu litera,
O luna plateada
De la menor esfera,
Que la gente etiópica te espera.

¡Ay, orbes celestiales,
Cuan bien me da á entender vuestra figura
Los rayos divinales,
La gloria y hermosura,
Que tiene el gran pintor de esta pintura!

Y pues toda la tierra
Tan fea me parece viendo el cielo,
Y todo lo que encierra
El estrellado velo,
No quiero desde hoy mas amor del suelo.

Por tí, corte divina,
Por tí, casa de Dios, ciudad sagrada,
Mi alma peregrina
De tí tan alejada
Suspira caminando su jornada.

¡O aires sosegados
Ya libres de las voces y ruidos
Al cielo encaminados,
Del corazon salidos,
Llevad con vuestras ondas mis gemidos!

Lleguen á la presencia
Del uno entre millares escogido
Lamentando su ausencia:
En tierra del olvido
Queda mi corazon de amor herido.

Y mi alma afligida
En duro cautiverio, y mal tan fuerte,
Tendrá toda su vida
Por venturosa suerte
Vivir en esperanza de allá verte.

## LIRA III.

### A la Magdalena.

Si de mi bajo estilo,
De mi dura zampoña el descontento,
No me cortase el hilo
El que me da aliento
Para poder seguir tan alto intento,

Diré de Magdalena
Y su raro valor; pues pudo tanto
Que con su breve pena,
Y temporal quebranto,
Fué libre del eterno y triste llanto.

Estábase afligiendo
Sobre los piés sagrados derramando
Arroyos, que gimiendo
Iba de cuando en cuando
Con los rubios cabellos enjugando.

Y de oloroso ungüento
Cubriendo la cabeza delicada,
Mostrando el sentimiento
En lágrimas bañada
Del verse de su bien tan apartada.

Sintió allí convertirse
En piedad amorosa la aspereza:
¡O grande arrepentirse!
¡O dichosa terneza,
Que pudo quebrantar tan gran dureza!

Cual hielo empedernido
En los humidos brazos de Anfitrite
De la peñuela asido,
El claro sol derrite,
Y tener mas dureza no permite.

Estaba ya deshecho
En la amorosa vista de su amante
El cristalino pecho,
Mas duro que diamante
Producido del oro de levante.

Feliz alma y dichosa,
Que en haber por amor amor trocado
Mereces ser esposa
Del mayoral sagrado,
Socorre pues, Señora, á su ganado.

Hágate piadosa
Haberte amor sacado por su mano
De aquella temerosa
Region del gran tirano,
De enmedio de este tráfago mundano.

## LIRA IV.

A la Asuncion de nuestra Señora.

Al cielo vais, Señora,
Allá os reciben con alegre canto.
¡O, quien pudiese ahora
Asirse á vuestro manto
Para subir con vos al Monte santo!

De ángeles sois llevada
De quien servida sois desde la cuna,
De estrellas coronada,
Cual reina habrá ninguna,
Pues por chapin llevais la blanca luna.

Volved los linceos ojos,
Ave preciosa, sola, humilde y nueva,
Al val de los abrojos,
Que tales flores lleva,
Do suspirando están los hijos de Eva.

Que si con clara vista
Mirais las tristes almas de este suelo,
Con propiedad no vista
Las subireis de vuelo,
Como perfecta piedra iman al cielo.

## LIRA V.

A nuestra Señora.

Cortar me puede el hado
La tela del vivir sin que me ampare;
Mas aunque el cielo airado,
María, el dolor doblare,
Olvídeme de mí si te olvidare.

A tí sola me ofrezco,
A tí consagro cuanto yo alcanzare,
Sin tí nada merezco,
Y mientras yo durare,
Olvídeme de mí si te olvidare.

Nací para ser tuyo,
Viviré si esta gloria conservare,
La libertad rehuyo,
Y mientras yo reinare,
Olvídeme de mí si te olvidare.

El alma te presento,
Y si el furioso mar la contrastare,
Diré con sufrimiento
Mientras mas la tocare,
Olvídeme de mí si te olvidare.

## EPITAFIO

Al túmulo del príncipe don Carlos.

Aquí yacen de Carlos los despojos;
La parte principal volvióse al cielo;
Con ella fué el valor; quedóle al suelo
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

# SEGUNDA PARTE.

# TRADUCCIONES.

## PSALMO XI.

Salvum me fac, Domine.

O sálvame, Señor, que no hay ya bueno
Que faltan las verdades,
Y trata aun con quien tiene dentro el seno
Cada uno falsedades.

Con labios halagüeños cada uno,
Y con dos corazones:
No dejes de estos labios, Dios, ninguno,
Ni destos fanfarrones,

Que dicen: Prometamos largamente,
Mi boca está en mi mano,
¿Qué cuesta el hablar largo, ó qué viviente
Me estorbará el ser vano?

Mas dice Dios: Ya vengo comovido
De los menesterosos,
De sus agravios dellos, del gemido
De los pobres llorosos,

A serles su salud, y su bonanza,
Y soplo favorable:
Y son, Señor, tus dichos sin mudanza,
Y son firmeza estable.

Son en hornaza plata, en fuego ardiente
Mil veces apurada:
Y ansí nos librarás eternamente,
Señor, desta malvada,

Desta malvada gente, que contino
Nos cerca á la redonda,
Y crece, porque tu saber divino
Y tu grandeza honda

Les da pasar en gozo y en convites,
Y ansí se lo permites.

## PSALMO XVII.

Diligam te, Domine (1).

Con todas las entrañas de mi pecho
Te abrazaré, mi Dios, mi esfuerzo y vida,
Mi cierta libertad, y mi pertrecho.

Mi roca, donde tengo mi guarida,
Mi escudo fiel, mi estoque vitorioso,
Mi torre bien murada y bastecida.

De mil loores digno, Dios glorioso,
Siempre que te llamé te tuve al lado,
Opuesto al enemigo, á mí amoroso.

De lazos de dolor me ví cercado,
Y de espantosas olas combatido,
De mil mortales males rodeado.

Al cielo voceé triste afligido,
Oyérame el Señor desde su asiento,
Entrada á mi querella dió en su oido.

Y luego de la tierra el elemento
Airado estremeció, turbó el sosiego
Eterno de los montes su cimiento.

Lanzó por las narices humo, y fuego
Por la boca lanzó, turbóse el dia,
La llama entre las nubes corrió luego.

Los cielos doblegando descendia,
Calzado de tinieblas, y en ligero
Caballo por los aires discurria.

En querubin sentado ardiente y fiero,
En las alas del viento que bramaba,
Volando por la tierra y mar velero,

Y de tinieblas todo se cercaba,
Metido como en tienda en agua escura
De nubes celestiales, que espesaba.

(1) Habló David las palabras de este canto en el dia que el Señor le libró de la mano de todos sus enemigos y de la de Saul.

Y como dió señal con su luz pura,
Las nubes arrancando acometieron
Con rayo abrasador, con piedra dura.

Tronó rasgando el cielo, estremecieron
Los montes, y llamados del tronido,
Mas rayos y mas piedras descendieron.

Huyó el contrario roto, y desparcido
Con tiros, y con rayos redoblados,
Allí queda uno muerto, allí otro herido.

En esto de las nubes despeñados
Con su soplo mil rios, hasta el centro
Dejaron hecha rambla en monte, en prados.

Lanzó desde su altura el brazo adentro
Del agua, y me sacó de un mar profundo;
Libróme del hostil y crudo encuentro.

Libróme del mayor poder del mundo,
Libróme de otros mil perseguidores,
A cuyo brazo el mio es mùy segundo.

Dispuestos en mi daño y veladores
Vinieron de improviso, y ya vencian,
Mas socorrió con fuerzas Dios mayores.

Ya dentro en cerco estrecho me tenian,
Mi Dios abrió espacioso y largo paso,
Porque mi vida y obras le aplacian.

No se mostró en la paga corto, escaso
El premio, y la virtud, y mi inocencia
Vinieron, y su gracia al mismo paso.

Porque perpetuamente en mi presencia
Sus leyes conservé, sus santos fueros
Ni por amor quebré, ni por violencia.

Jamás fueron al mal mis piés ligeros,
Huí todo lo que es de Dios ajeno,
No me aparté jamás de sus senderos.

A las llanas anduve entero y bueno,
Delante del Señor continuamente,
Y siempre á mi apetito puse freno.

Y así correspondió perfectamente
El premio á mi justicia, á mi pureza
Que siempre ante sus ojos fué presente.

Que cual cada uno vive, ansí tu alteza
Se hace con el bueno bueno y pio,
Y llano con el que usa de llaneza.

Con el puro te apuras, Señor mio,
A cautelas cautela, á mañas maña,
Y al desvarío pagas desvarío.

En cuanto el sol rodea, y la mar baña,
Te muestras al humilde favorable,
Y abates la altivez con ira y saña.

Siempre lució ante mí tu luz amable,
Y en mis peligros todos siempre tuve
De tu bondad consejo saludable.

Por tí traspaso el muro, que mas sube;
Por tí, por los opuestos escuadrones
Rompiendo vitorioso, y salvo anduve.

El caso es que la regla y ley que pones
Lo bueno es, y lo puro, y ansí escuda
Aquellos que le dan sus corazones.

¿Quién hay fuera de tí, Señor, que acuda,
Cuando la fuerza y seso desfallece?
¿Qué roca hay que asegure sin tu ayuda?

Dios es el que me anima y fortalece,
El que todos mis pasos encamina,
Y hace que ni caiga ni estropiece.

Pusiste ligereza en mi vecina
Al gamo, y me defiendes colocado
En risco, que á las nubes se avecina.

Por tí la espada esgrimo, tu cuidado
Hace mi brazo diestro en la pelea,
Y fuerte mas que acero bien templado.

Tu amparo como escudo me rodea,
Tu diestra me da fuerza, tu blandura
Me sube á todo el bien que se desea.

Dotaste de presteza y de soltura
Mis pasos, que jamás en la carrera
Doblaron por trabajo ni longura.

Seguia, y alcanzaba la bandera
Contraria que huia, y no tornaba
Sin primero hacer matanza fiera.

De los que destrozados derrocaba,
Jamás se levantó ningun caido,
Y con pié poderoso los hollaba.

De fortaleza de ánimo ceñido
Por tí fuí en la batalla, por tí vino
El que se rebeló ante mí rendido.

Por tí sin corazon y sin camino
Huyó de mi cuchillo el enemigo;
Desórden fuí á su escuadra, y desatino.

Buscaban voceando algun abrigo,
Y no hubo valedor; á tí llamaron,
Y ni rogado tú les fuiste amigo.

En partes menudísimas quedaron
Deshechos por mi mano; como el viento
Volando lleva el polvo, ansí volaron.

Librástesme, Señor, del movimiento
Del pueblo bandolero; á mi corona
Sujetos allegaste pueblos ciento.

Quien nunca ví me sirve y me corona,
Apenas le hablé ya me obedece,
A su natural miente, á mí me abona.

Esto hace el estraño: el que parece
Mio, no mio ya, mas estranjero,
Cerrado en sus miserias vil perece.

Vivame, mi Señor, mi verdadero
Peñasco, mi bendito, mi ensalzado,
Mi Dios, y mi salud, y gozo entero.

Tú de venganzas justas has hartado
Mi pecho, y no contento con vengarme,
Mil gentes á mi sceptro has sujetado.

No te satisfaciste con librarme
Del opresor injusto, hasta el cielo
Te plugó sobre todos levantarme.

Por todo el habitable y ancho suelo
Celebraré tu nombre y tus loores,
Mi voz de tí cantando alzará el vuelo.

De tí, que te esmeraste en dar favores
A tu querido Rey, á tu Mesías,
Que amparas de David los sucesores,
En cuanto tras las noches van los dias.

## PSALMO XVII.

Diligam te.

Á tí amaré de hoy mas toda mi vida,
Gran Dios, dulce Señor, descanso mio,
Y tú solo en mi pecho harás manida.

Desde hoy te entrego todo el señorío
Deste mi corazon empedernido,
Porque dispongas dél á tu albedrío.

Tú mi defensor eres, tú mi nido,
Mi torre de homenaje, mi esperanza,
Mi caudillo, mi Dios, mi bien cumplido:

Refugio, fuerza, escudo, espada y lanza,
Guarida, protector, salud, reposo,
Y en fin mi suma bienaventuranza.

Invocaré tu brazo victorioso,
Celebrando en sonoro y dulce canto
Tu bondad y tu nombre glorioso.

Y luego se verán llenos de espanto
Mis enemigos, puestos en huida,
Y cesará mi miedo, y triste llanto.

Ya me ví en tanto estrecho, que mi vida
Estaba en gran peligro, y á la muerte
Me llevaba corriendo de vencida.

Los enemigos locos de tal suerte
Revueltos á mis piés, que me tiraba
A la huesa derecho mal tan fuerte.

Ya mi postrera hora se acercaba,
Y en medio de tan súbito accidente
El agua á la garganta ya llegaba.

A Dios clamé con voz ronca y doliente,
El cual me oyó, mostrando sentimiento
De verme así tratar injustamente.

Y apenas mi afligido pensamiento
Ante su real trono y piés postrado,
Llegó con el debido acatamiento;

Cuando la tierra que le vió enojado
Toda se estremeció, y del gran espanto
Quedó todo elemento alborotado.

Los altísimos montes entretanto
Temblando acá y allá bamboleaban,
En sentir demudar su rostro santo.

Sus narices en saña humo lanzaban,
Llamaradas de fuego le salian
Por la boca, que todo lo abrasaban.

Los cielos paso á su Señor hacian,
Que á la tierra bajaba, do allegado
Las nieblas de cortina le servian.

Ya sobre querubines asentado,
Sube volando, y hácenle la guia
Los vientos de que el carro va tirado.

Con tinieblas envuelve el claro dia,
Y en medio dellas hace armar su tienda,
Sin consentir ser visto por la via.

De espesas nubes como de una venda
Cubierto, y de aguaceros van cuajados
Los aires que le van haciendo senda.

Sáltanle de los ojos inflamados
Centellas, que en granizo prestamente
Resuelven, y deshacen los nublados.

Pues como su divina voz se siente,
De nuevo empieza con temor doblado
A relampaguear súbitamente.

El aire está otra vez todo turbado,
Ya los rayos con ímpetu furioso
Rasgan el espesísimo nublado.

La piedra, el torbellino impetuoso,
Los espantosos truenos, las saetas
De fuego hacen estruendo temeroso.

Discurren por el aire mil cometas,
La tierra se abre, y aguas trasparentes
Descubre allá en sus venas mas secretas.

Hiéndense las cimas eminentes
De los encumbradísimos collados,
Donde por maravilla aportan gentes.

De arriba abajo muestran despojados
Del hondísimo abismo los cimientos,
Que sobre el mismo centro están fundados.

Tan temido es de cielos y elementos
El trueno de la voz divina airada,
Y de tanta virtud sus mandamientos.

Al fin desde su santa y real morada
Consoló y esforzó mi sufrimiento
Con una amorosísima embajada.

Y sin mirar á mi merecimiento,
Por sola su bondad súbitamente
Me dió la mano, y puso en salvamento.

*Cargóme el enemigo en saña ardiente,*
*Cuando la aflicion debilitaba*
*Mi fuerza; mas libróme el Dios potente.*

Sacóme del estrecho en que me hallaba,
Y púsome en la via santa y pura,
Al tiempo que yo menos lo pensaba;

Dignándose aceptar la intencion pura,
Con que mi voluntad ha procurado,
Y siempre de guardar su ley procura.

No halló mancilla en mí de algun pecado,
Que la gracia que d' él he recibido,
En todo bien me ha siempre conservado.

Y así me dará el premio merecido
Conforme á mi buen ánimo y deseo,
Y á las obras que d' él han procedido.

Yo diré osadamente lo que creo
De tu bondad, y de lo que conmigo
Usas, Señor, experimento y veo.

De tus amigos eres buen amigo,
Extraño de los que andan de tí ajenos,
Y con los enemigos enemigo.

Tratas los malos mal, bien á los buenos,
Y en fin tal con nosotros te sentimos,
Cuales nos hallas ser, ni mas ni menos.

Con los que por favor á tí acudimos
Descubres tu grandeza y maravillas,
Si con fe y humildad á tí venimos.

Al pueblo humilde ensalzas y acaudillas,
Al que te teme sientas á tu lado,
Y con azotes al soberbio humillas.

Tú mi bajeza en el real estado
Has puesto, y me has en fin á esta grandeza
Del polvo de la tierra levantado.

En tu nombre me atrevo á alzar cabeza,
Y por medio de picas y de espadas
Entrar la mas guardada fortaleza.

¡O cuan seguras dejas tus pisadas!
¡Cuan limpias y seguras las carreras,
Que de tus santos piés han sido holladas!

¡O cuan suaves son, cuan verdaderas
Castas, santas, y fieles, y aprobadas
Tus palabras, mi Dios, y tus maneras!

Todas al fuego en el crisol cendradas,
Llenas de amor y de sabiduría,
Y de mí mas que el oro deseadas.

Tú, á quien en tu bondad todo se fia,
Y á tu sombra se acoge, das ayuda,
Favor, ánimo, esfuerzo y valentía.

¡O gente ciega y de piedad desnuda,
Que adorais piedras, palos, y animales,
Y esperais en deidad bestial y muda!

Mirad, si hallais quien entre dioses tales
De nada forje cielos y elementos,
Dé, y quite vida y ser á los mortales.

Ved si hay otro Señor, á quien mil cuentos
De serafines sirvan de rodillas,
Y obedezcan las aguas y los vientos.

Que en tierra y cielos obre maravillas,
Como Señor de la naturaleza,
Sin que en ella haya fuerza de impedillas.

Tal es el que esfuerza mi flaqueza,
El que me adiestra, y de uno y otro lance
Por el camino llano me endereza.

Y con presteza tal en cualquier trance
Me saca fuera de la vil canalla,
Que no hay gamo que á mas correr me alcance.

De arriba abajo me hace fina malla,
Y enseña cuales armas y qué suerte
De fuerzas debo usar en tal batalla;

Cómo flecheé y dispare el arco fuerte,
Que de acero finísimo es formado,
Y á cada golpe un enemigo acierte.

De tu escudo, Señor, vivo amparado,
Y esa tu diestra me defiende y rige,
Y me conserva en el real estado.

Tu disciplina que la carne aflige,
De todo mal mi espíritu preserva,
Y con suave freno le corrige.

Tal que por medio de la helada yerba
Corre sin desbarrar con la presteza,
Que á la vecina fuente herida cierva.

Y con la misma sed y ligereza
Perseguiré todo adversario mio,
Hasta ver en mi mano su cabeza.

Sin que cansancio, sed, hambre, ni frio,
Haga que me repose, ó que atrás vuelva,
Hasta tenerlos en mi poderío.

Y que por monte, valle, prado, ó selva,
A caer á mis piés cualquiera de ellos
Rendido y sin aliento se resuelva.

Porque vos los traeis de los cabellos,
Y haceis que al medio de la via tropiecen,
Y al yugo inclinen sus inhiestos cuellos.

Y porque á las maldades no se avecen,
Ordenais que por mas que ayuda clamen,
Los haga polvo como lo merecen,

Para que los esparzan y derramen
Los vientos, y cual lodo por las plazas
Los pisen, y deshechen aunque bramen.

Por vos de las contiendas y trapazas
Del vano vulgo ser librado espero,
Y de sus falsas y ambiciosas trazas.

Y armado de tal modo caballero,
Rey de todas las gentes ser llamado
Con título perfecto y verdadero.

Tal que del pueblo ya de mí ignorado
Sea perfectamente obedecido,
Habiéndoseme el mio enajenado.

Enajenádose ha, y endurecido,
Echando por sembrados y barbechos,
Del camino real se me ha salido.

Mas Dios que ve sus enconados pechos,
Y que aunque digan ser mis servidores,
No dicen sus palabras con sus hechos,

Dellos me vengará cual de traidores,
Que contra su Señor se han rebelado,
Dándome mas vasallos seguidores.

Viva, viva de hoy mas, y sea loado,
Y ensalcen tal Señor todas las gentes,
Pues sobre todos tanto me ha ensalzado.

Y yo mientras duraren los vivientes,
Me esforzaré á celebrar su gloria
Con voces é instrumentos diferentes.

Perpetuando la feliz historia
De las gracias, favores, y riqueza,
Que á David, á su casa y su memoria
Ha prometido y dado su grandeza.

## PSALMO XVIII.

Cœli enarrant.

Los cielos dan pregones de tu gloria,
Anuncia el estrellado tus proezas,
Los dias te componen larga historia,
Las noches manifiestan tus grandezas.

No hay habla ni lenguaje tan diverso,
Que á aquesta voz del cielo no dé oido;
Vuela esta voz por todo el universo,
Su son de polo á polo ha discurrido.

Allí hiciste al sol rica morada,
Allí el garrido esposo y bello mora,
Lozano y valeroso su jornada
Comienza, y corre, y pasa en breve hora.

Traspasa de la una á la otra parte
El cielo, y con su rayo á todos mira.
Mas ¿cuánto mayor luz, Señor, reparte
Tu ley, que del pecado nos retira?

Tus ordenanzas, Dios, no son antojos;
Avisos sabios son al tonto pecho.
Tus leyes alcohol de nuestros ojos,
Tu mandado alegría y fiel derecho.

Temerte es bien jamás perecedero,
Tus fueros son verdad justificada.
Mayor codicia ponen que el dinero,
Mas dulces son que miel muy apurada.

Amarte es abrazar tus mandamientos,
Guardallos mil riquezas comprehende,
Mas ¿quién los guarda, ó quién sus movimientos
O todos los nivela, ó los entiende?

Tú limpia en mí, Señor, lo que no alcanzo,
Y libra de altiveces la alma mia,
Que si vitoria deste vicio alcanzo,
Derrocaré del mal la tiranía.

Darásme oido entonces, yo contino
Diré: mi Redentor, mi bien divino.

## PSALMO XXIV.

Ad te, Domine, levavi.

Aunque con mas pesada
Mano, mostrando en mí su desvarío,
La suerte dura airada
Me oprima á su albedrío,
Levantaré mi alma á tí, Dios mio.

En tí mi alma puso
De su bien la defensa y de su vida:
No quedaré confuso,
Ni la gente perdida
Se alegrará soberbia en mi caida.

Porque jamás burlados
Los que esperando en tí permanecieron
Serán, ni avergonzados:
Confusos siempre fueron
Los que sin causa al bueno persiguieron.

Enséñame por donde
Caminaré, donde hay deslizaderos,
Y el lazo do se asconde,
Con piés vueltos ligeros,
Señor, me enseña á andar por tus senderos.

Guíame de contino,
Señor, por tu camino verdadero,
Pues solo á tí me inclino,
Y á ti solo yo quiero,
Y siempre en tí esperando persevero.

Que es tuyo el ser piadoso
Esté siempre, Señor, en tu memoria,
Y el número copioso
De tu misericordia,
De que está llena toda antigua historia.

Conforme á mis maldades
No me mires, Señor, con ojos de ira;
Conforme á tus piedades
Por tu bondad me mira,
Por tu bondad, por quien todo respira.

Es bueno, y juntamente
Es fiel y justo Dios; al que sin tino
Va ciega y locamente
Redúcele benino,
Mas con debido azote, al buen camino.

A los mansos aveza,
Que sigan de sus huellas las pisadas;
A la humilde llaneza
Por sendas acertadas
La guia, y por razon justificadas.

Todo es misericordia
Y fe cuanto Dios obra y tiene obrado
Por la antigua memoria,
Con los que su sagrado
Concierto, y lo por Dios justificado

Conservan: y por tanto
Que des dulce perdon, Señor, te pido
Por el tu nombre santo
A lo que te he ofendido,
¡Ay triste! que es muy grave y muy crecido.

¡Mas cual, y cuan dichoso
Aquel varon será, que de Dios fuere
Y su ley temeroso!
Irá Dios donde él fuere,
Será su luz en todo lo que hiciere.

Su alma en descansada
Vida de bienes mil enriquecida
Reposará abastada;
La tierra poseida
De su casta será, y esclarecida.

A los que le temieren
Hará Dios su secreto manifiesto,
Y á los que le sirvieren
El tesoro repuesto,
Que en su ley y promesa tiene puesto.

Mis ojos enclavados
Tengo, Señor, en tí la noche y dia,
Porque mis piés sacados,
Segun mi fe confia,
Serán por tí del lazo y su porfía.

Tus brazos amorosos
Abre, Señor, á mí con rostro amado,
Con ojos piadosos,
Porque desamparado
Y pobre soy, de todos desechado.

Los lazos de tormento,
Que estrechamente ciñen mi afligida
Alma, ya son sin cuento:
¡Ay Dios! libra mi vida
De suerte tan amarga y abatida.

Atiende á mi bajeza,
Mira mi abatimiento, de mi pena
Contempla la graveza,
Con mano de amor llena
Rompe de mis pecados la cadena.

Y mira cómo crecen
Mis enemigos mas cada momento,
Y cómo me aborrecen
Con aborrecimiento
Malo, duro, cruel, fiero, sangriento.

Por tí sea guardada
Mi alma, y mi salud de tan tirano
Poder sea librada,
Mi fe no salga en vano,
Pues me puse, Señor, todo en tu mano.

Al fin, pues que te espero,
Valdráme la verdad y la llaneza;
Mas sobre todo quiero
Que libre tu grandeza
A tu pueblo de angustia y de tristeza.

## PSALMO XXVI.

**Dominus illuminatio.**

Dios es mi luz y vida,
¿Quién me podrá dañar? Mi fortaleza
Es Dios y mi manida:
¿Qué fuerza ó qué grandeza
Pondrá en mi corazon miedo ó flaqueza?

Al mesmo punto cuando
Llegaba por tragarme el descreido,
El enemigo bando,
Yo firme, y él caido
Quedó, y avergonzado, destruido.

Si cerco me cercare,
No temerá mi pecho, y si sangrienta
Guerra se levantare,
O si mayor tormenta,
En esto espero yo salir de afrenta.

A Dios esto he pedido,
Y pediré que cuanto el vivir dura,
Repose yo en su nido,
Para ver su dulzura,
Y remirar su casa y hermosura.

Que allí en el dia duro
Debajo de su sombra ahinojado,
Y en su secreto muro
Me defendió cerrado,
Como en roca firmísima ensalzado.

Y tambien veré agora
De aquestos que me cercan el quebranto,
Y donde Dios se adora,
Le ofreceré don santo
De gozo, de loor, de dulce canto.

Inclina, ó poderoso,
A mi voz que te llama tus oidos;
Cual siempre piadoso
Te muestra á mis gemidos,
Sean de tí mis ruegos siempre oidos.

A tí dentro en mi pecho
Dijo mi corazon, y con cuidado
En la mesa, en el lecho
Mis ojos te han buscado,
Y buscan hasta ver tu rostro amado.

No te me ascondas, bueno,
No te apartes de mí con faz torcida;
Pues ya tu dulce seno
Me fué cierta guarida,
No me deseches, no, Dios de mi vida.

Mi padre en mi terneza
Faltó, y perdió mi madre el nombre caro
De madre con dureza;
Mas Dios con amor raro
Me recogió debajo de su amparo.

Muéstrame tu camino;
Guia, Señor, por senda nunca errada
Mis pasos de contino,
Que no me dañen nada
Los puestos contra mí siempre en celada.

No me des en la mano
De aquestos que me tienen afligido;
Con testimonio vano
Crecer de mí han querido,
Y al fin verán que contra sí han mentido.

Yo espero firmemente,
Señor, que me he de ver en algun dia
A tus bienes presente
En tierra de alegría,
De paz, de vida, y dulce compañía.

No tomes á despecho,
Si se detiene Dios, ó alma, espera,
Dura con fuerte pecho,
Con fe acerada entera
Aguarda, atiende, sufre, persevera.

## PSALMO XXXVIII.

**Dixi, custodiam.**

Dije: Sobre mi boca
El dedo asentaré, tendré cerrada
Dentro la lengua loca,
Porque desenfrenada
Con el agudo mal no ofenda en nada.

Pondréla un lazo estrecho,
Mis ansias pasaré graves conmigo,
Ahogaré en mi pecho
La voz, mientras testigo
Y de mi mal juez es mi enemigo.

Callando como mudo
Estuve, y de eso mismo el detenido
Dolor creció mas crudo,
Y en fuego convertido,
Desenlazó la lengua y el sentido.

Y dije: Manifiesto
El término de tanta desventura
Me muestra, Señor, presto;
Será no tanto dura,
Si sé cuando se acaba, y cuanto dura.

¡Ay! corta ya estos lazos,
Pues acortaste tanto la medida,
Pues das tan cortos plazos
A mi cansada vida,
¡Ay! ¡cómo el hombre es burla conocida!

¡Ay! ¡cómo es sueño vano,
Imágen sin sustancia, que volando
Camina! ¡Ay! ¡cuan en vano
Se cansa amontonando
Lo que deja, y no sabe á quien, ni cuando!

¿Mas yo en qué espero agora
En mal tan miserable mejoría?
En tí, á quien solo adora,
En quien solo confía,
En quien solo descansa la alma mia.

De todos (que sin cuento
Mis males son) me libra, y á mi ruego
Te muestra blando, atento,
No me pongas por juego,
Y burla al ignorante vulgo y ciego.

De nadie fundó queja,
Callando y mudo paso mi fatiga,
Y digo si me aqueja:
Mi culpa es mi enemiga;
Y que tu justa mano me castiga.

Mas usa de clemencia,
Levanta ya tu mano airada,
Tu azote, tu sentencia,
Que la carne gastada,
Y la fuerza del alma está acabada.

No gasta la polilla
Así como tu enojo y tu porfía
Contra quien se amancilla;
Consúmesle en un dia,
Que al fin el hombre es sueño y burlería.

Presta á mi ruego oido,
Atiende á mi clamor, sea escuchado
Mi lloro dolorido,
Pues pobre y desterrado
Como mis padres vivo á tí he llegado.

¡O! da una pausa poca,
Suspende tu furor para que pueda
Con risa abrir la boca
En vida libre y leda
Aqueste breve tiempo que me queda.

## PSALMO XLI.

Quemadmodum desiderat.

Como la cierva brama
Por las corrientes aguas encendida
En sed, bien ansí clama
Por ser restituida
Mi alma á tí, mi Dios, y á tu manida.

Sed tiene la alma mia
Del Señor, del viviente y poderoso;
¡Ay! ¡cuando será el dia
Que tornaré gozoso
A verme ante tu rostro glorioso!

La noche estoy llorando
Y el dia, y esto solo es mi sustento,
En ver que preguntando
Me están cada momento:
Tu Dios, di, donde está, tu fundamento?

Y en lloro desatado
Derramo el corazon con la memoria
De cuando rodeado
Iba de pueblo y gloria,
Haciendo de tus loas larga historia.

Mas digo: ¿Porqué tanto
Te afliges? fia en Dios, ó alma mia,
Que con divino canto
Yo cantaré algun dia
Las sus saludes y la mi alegría.

Y crece mas mi pena,
Dios mio, desto mismo que he contado,
Viéndome en el arena
De Hermon, y despoblado
De Mizaro, de tí tan acordado.

Y ansí viene llamada
Una tormenta de otra, y con ruido
Descarga una nubada,
Apenas que se ha ido
La otra, y de mil olas soy batido.

Mas nacerá, yo espero,
El dia en que usará de su blandura
Mi Dios; en tanto quiero,
Mientras la noche dura,
Cantalle y suplicalle con fe pura.

Decille he: ¡O mi escudo!
¿Porqué me olvidas, di? ¿Porqué has querido,
Que el enemigo crudo
Me traiga así afligido
Con negro manto de dolor vestido?

Esme tajante espada,
Que de mis huesos entra en lo mas dentro,
La voz desvergonzada,
Que cada dia siento
Decir: ¿Do está tu Dios, tu fundamento?

¿Porqué te encoges tanto
Y afliges? fia en Dios, ó alma mia,
Que con debido canto
Yo le diré algun dia:
Mi Dios, y mi salud, y mi alegría.

## PERIFASIS DEL PSALMO LXVIII.

Salvum me fac.

Hazme salvo, Dios mio,
Que entraron hasta el alma
Las aguas de mis penas trabajosas;
En su profundo rio
Sin sustancia y en calma
Quedé en el cieno y lama pegajosas;
Pasé las espumosas
Hondas del mar y altura;
La tempestad sorbióme,
Trabajé dando voces, y faltóme

La fuerza en la estrechura;
Quedóme la voz ronca
Rasgando la garganta seca y bronca.

Faltóme de mis ojos
La claridad entera;
Mientras que mi esperanza me tenia
En tí dulces dospojos,
Creció la rabia fiera
De tantos enemigos á porfía,
Que el número se hacia
Mayor que el de cabellos
Que ciñe mi corona;
Quisieron mal de balde mi persona:
La furia injusta dellos,
Todos hechos á una,
Me persiguió sin piedad alguna.

No se vean confusos
Aquellos que te buscan,
Dios de Israel: padezco siendo tuyo,
Siguiendo sus abusos,
Mirándome se ofuscan,
Y en el mirar su confusion arguyo;
En afrentas concluyo
Por tí, ante quien me postro;
A mi rostro afrentado
Tiene la confusion desfigurado;
Y mirándome al rostro
Ninguno me hablaba,
Y cada cual que fuese yo dudaba.

Extraño quedé hecho
A todos mis hermanos;
Peregrino á los hijos de mi madre
Me hice á mi despecho;
Salí contra tiranos
En el amar, que es justo que me cuadre,
Teniéndote por padre;
Comia mis entrañas
El zelo de su casa;
A tu suave ley su injuria pasa
Obrada con sus mañas:
A tí, Señor, la hicieron,
Y tus afrentas sobre mí cayeron.

Cubrí con el ayuno
Mi ánima afligida,
Y en cara con oprobios me fué dado:
Y sin quedar alguno,
Cuando truje vestida
Mi carne con cilicio acomodado,
Todos lo han murmurado,
Estando en sus corrillos;
De mí hablaban todos
Con lengua y doble pecho de mil modos,
Al parecer sencillos;
Y en su trono sentados
Hablaban contra mí los potentados.

Los que bebian vino,
Calientes de su fuego,
Cantaban contra mí cien mil donaires:
Con este desatino
Traian á su juego
Mi nombre envuelto en befas por los aires;
Y viendo sus desgaires,
A tí volví mis ruegos
Como á refugio cierto,
Que te agrada en tal tiempo tal concierto:
Crezcan en mí los fuegos
De tu misericordia;
Sácame á paz y á salvo en mi discordia.

Sácame de este lodo;
No me quede atollado,
Cercado de enemigos de este mundo:
Mas líbrame de modo
Que no muera ahogado:
La tempestad del agua y el profundo
No me sorban, que fundo
Por lo que al alma toca,
Que sobre mí rabioso
No cierre sobre mí el pozo su boca.
Oyeme, Dios piadoso,
En mis necesidades,
Segun la multitud de tus piedades.

No le escondas la cara
A tu siervo afligido;
Repárame que estoy atribulado;
Al alma presto ampara,
Que la libres te pido
Por confusion de mi enemigo estado:
Tú sabes que injuriado
Con reverencia vengo
A verte, y con respeto,
Y á quien me aprieta, en tu presencia tengo;
A miseria sujeto
Mi corazon espera
Por tí, Señor, afrentas, aunque muera.

Esperé compañero
Con quien mi mal pasase,
Llevando de mis ansias con mi pena
La carga, peso fiero:
Busqué quien consolase
Mi alma de dolor y rabia llena:
De mi casa á la ajena
Jamás hallarle pude,
Antes por quien manjares
A darme amargas hieles presto acude:
Sediento en mis pesares
Hallé quien me brindase
Vinagre de crueldad, que me amargase.

Su mesa se les vuelva
Cebo mortal en lazo,
Sin que lo puedan ver ante sus ojos,
Y sus vidas resuelva;
Vean por paga el plato
De escándalos mortales á manojos;
No vean sus enojos,

Tengan ciega la vista
De eterna negregura:
Encima sus espaldas siempre asista
Tal peso y desventura
De tus iras sobre ellos,
Que llegue tu furor á deshacellos.

Su albergue esté desierto,
Su rico tabernáculo
Con soledad desierto siempre obligues
Con morador incierto,
Por horrendo espectáculo,
Porque acosaron al que tú persigues;
Y porque al que fatigues
No le añadan dolores
Sobre las tristes llagas,
Sean como sus obras tus favores:
Sus nombres les deshagas,
Del lecho de la vida
No tengan con los justos mas cabida.

Soy pobre dolorido,
Ampárame en el llanto,
Solo cantar tu nombre es ya mi oficio,
Haréle engrandecido,
Y agradará mi canto,
Mas que el nuevo becerro en sacrificio;
Y por tal mas propicio,
Con alegría entera
Los pobres tengan vida,
Que Dios los oye opresos donde quiera,
Que es compaña escogida:
El cielo, mar y peces
Te alaben, y todo cuanto cria el suelo en veces.

Porque ha de librar presto
De sus tribulaciones
Dios á Sion resplandeciente estrella,
Las ciudades y el resto
De Judá y sus naciones
Le tendrán por herencia clara y bella,
Y habitarán en ella
Las reliquias perdidas
De la escogida casta,
Que á Dios ha restaurado tantas vidas.
Permite ya, pues basta,
Que quien ama tu nombre
Tenga morada en ella de renombre.

Seas, mi Dios sagrado,
En himnos y cantares alabado,
En psalmos y canciones,
Y pon en paz los tristes corazones.

## PSALMO LXXI.

**Deus, judicium.**

Señor, da al rey tu vara,
Y al hijo del rey da tu monarquía,
Que con justicia rara
Él solo regirá tu señoría.

Alcanzarán derecho
Los pobres por su mano, y los collados
No turbarán el pecho
Del vulgo, ni los cerros encumbrados

Harán mas sinjusticia,
Porque él dará el debido á cada uno,
Al humilde justicia,
Salud al injuriado, al importuno

Injuriador quebranto.
Serás temido tú mientras luciere
El sol y luna, en cuanto
La rueda de los siglos se volviere.

Influirá amoroso
Cual la menuda lluvia, y cual rocío
En prado delicioso,
Florecerá en su tiempo el poderío

Del bien, y una pujanza
De paz, que durará no un siglo solo;
Su reino rico alcanza
De mar á mar y de uno á otro polo.

Y puesto ante él postrado
El negro montesino, el enemigo,
El polvo besa hollado.
Los reyes de la mar con pecho amigo,

Y Grecia, y los romanos
Con los isleños todos, los sabeos,
Los árabes cercanos
Tributo le darán, y los deseos

De todos los vivientes
Así convertirá; las mas lucidas
Coronas de las gentes
Todas adorarán ante él caidas.

Por cuanto por su mano
Será librado el pobre, que oprimia
El soberbio tirano,
El triste á quien amparo fallecia.

Será el menesteroso
Cercado de perdon, la empobrecida
Alma con don piadoso
Será por él del logro redimida

Y de la violencia;
La sangre del cuitado muy preciosa
Será ante su presencia,
Y dalle ha por mortal vida gloriosa;

Y de oro ricos dones,
Por donde agradecido de contino
Con divinos pregones
Ensalzará sus loas su divino

Amor; sin pausa alguna
Por él será bendito. ¡O siglos de oro,
Cuando tan sola una
Espiga sobre el cerro tal tesoro

Producirá sembrada,
De mieses hondeando cual la cumbre
Del Líbano ensalzada!
¡Cuando con mas largueza y muchedumbre

Que el heno en las ciudades,
El trigo crecerá! por do despliega
La fama en mil edades
El nombre de este rey, y al cielo llega.

El nombre que primero
Que el sol manase luz resplandecia;
En quien hasta el postrero
Mortal será bendito, á quien de dia,

De noche celebrando,
Las gentes darán loa y bienandanza,
Y dirán alabando:
Señor Dios de Israel, ¿qué lengua alcanza

A tu debida gloria?
De maravillas solo autor, bendito
Tú seas, tu memoria
Vaya de gente en gente en infinito

Espacio, y hincha el suelo
Tu sacra majestad cual hinche el cielo.

## PSALMO LXXXVII.

Domine Deus salutis meæ.

Señor de mi salud, mi solo muro,
Juez de mi defensa, á tí voceo,
Cuando está el aire claro, cuando escuro.

Entrada en tu presencia sin rodeo,
Y halle en tus oidos libre entrada
La dolorida voz de mi deseo.

En males y en dolores anegada
El alma, y casi ya en la sepultura
Está la vida breve y fatigada.

Con los que moran la region escura
Y triste, con aquellos soy contado,
A quien faltó el amparo y la ventura.

Libre y cautivo, vivo y sepultado,
Cual el que duerme ya en eterno olvido,
Del todo de tu mano desechado,

Pusísteme en el pozo mas sumido,
Adonde á la redonda me contienen
Abismos, y tinieblas, y gemido.

Asiento en mí tus sañas firme tienen,
Y sobre mi cabeza sucediendo
De tu furor las olas van y vienen.

Su rostro mis amigos encubriendo,
Porque, Señor, lo quieres, me declinan,
O, por mejor decir, se van huyendo.

Antes me huyen, antes me abominan:
Contalles mis fatigas yo quisiera,
A quien ¡ay! tus entrañas no se inclinan.

En cárcel me detienes ansí fiera,
Que ni la pluma ni la voz se extiende
A publicar mi pena lastimera.

Cegado he con la lluvia, que desciende
Espesa de mis ojos, y contino
El grito á tí, y los brazos l'alma tiende.

Y dice: ¿Si verán tu bien divino
Los polvos? ¿ó los huesos enterrados
Tus loas si dirán con canto dino?

¿Tus hechos en la huesa celebrados?
¿Será de tus grandezas hecha historia
En la callada tumba, en los finados?

¿En las tinieblas lucirá tu gloria?
¿O por ventura habrá de tus loores
En la region de olvido gran memoria?

No ceso de enviarte mil clamores,
Y aun antes que despiertes tú l'aurora,
Despierto á referirte mis dolores.

¿Porqué, Señor, tu pecho, do el bien mora,
Desprecia ansí los voces de un caido,
Y huyes de mirarme mas cada hora?

Bien sabes de mi vida cuanto ha sido
El curso miserable, y cuan cuitado
Los golpes de tu saña he sostenido.

Encima de mis cuestas han pasado
Las olas de tus iras, tus espantos
Me tienen consumido y acabado.

Un mar me anega de miseria y llantos;
No en partes, sino juntos, me rodean
Un escuadron terrible de quebrantos.

A los que mi salud y bien desean,
A todos de mí triste los destierras,
Y porque en nada á mi dolor provean,
En sus secretos techos los encierras.

## PSALMO CII.

Benedic anima mea Domino, et omnia.

Alaba á Dios contino, ó alma mia,
Y todas mis entrañas, dad loores
A su glorioso nombre noche y dia.

Alaba y nunca olvides sus favores,
Sus dones tan diversos del debido
A tus malvados hechos y traidores.

Él te perdona cuanto has ofendido,
Y pone saludable medicina
En todo lo que en tí quedó herido.

Tu vida, que al sepulcro está vecina,
Él mesmo la repara, y te hermosea,
Con ricos dones de piedad divina.

Bastécete de cuanto se desea,
Cual águila será por él trocada
En bella juventud tu vejez fea.

Hace justicia Dios muy apurada,
Da Dios á los opresos su derecho,
A los que oprime injusta mano osada.

Notificó su ingenio y dulce pecho
Al santo Moisen, á su querido
Pueblo manifestó su estilo y hecho.

Y dijo: Para todo lo nacido
Soy de entrañable amor, soy piadoso,
Soy largo en perdonar, la ira olvido.

No tiene en sus entrañas ni reposo
La saña, ni sosiego. ni le dura
Eterno en ira el pecho corajoso.

No fué el castigo cual la desmesura,
Mas al contrario incomparablemente
La pena es menos que la culpa dura.

Cuanto se encumbra el cielo reluciente
Sobre la baja tierra, tanto crece
Su amor sobre la humilde y llana gente.

Lo que hay de do el sol nace á do anochece,
Tanto por su clemencia desviada
De nos nuestra maldad desaparece.

Con las entrañas que la madre amada
Abraza sus hijuelos, tan amable
Te muestras á tu gente regalada.

Conoces nuestro barro miserable,
Y tienes dibujado en tu memoria
Que nuestro ser es polvo vil instable.

De nuestros dias la mas larga historia
Es heno, y tierna flor que en un momento
Florece, y muere su belleza y gloria.

Pasó sobre ella un flaco soplo, un viento,
Y como si jamás nacido hubiera,
Aun no conocerás do tuvo asiento.

La gracia de Dios siempre es duradera
En quien dura en su amor, y sucediendo
Por mil generaciones persevera.

En los que su ley santa obedeciendo,
La escriben en su alma, y sin olvido,
Y velando la cumplen, y durmiendo.

No solo reinas sobre el sol lucido,
Mas tu corona alcanza, y comprehende
Cuanto será jamás, y cuanto ha sido.

El coro tierno, que en tu amor se enciende,
Te dé loor, el coro poderoso,
El que á tu voz alerto siempre atiende.

Bendígate el ejército hermoso
De todas las lumbreras celestiales,
A quien hacer tu gusto es deleitoso.

Bendígante tus obras inmortales,
Loores te dé cuanto el mundo cria,
El mar, la tierra, el aire, los mortales,
Y alábete tambien el alma mia.

## PSALMO CII.

Benedic, etc.

Alaba, ó alma, á Dios, y todo cuanto
Encierra en sí tu seno
Celebre con loor tu nombre santo
De mil grandezas lleno.

Alaba, ó alma, á Dios, y nunca olvide,
Ni borre tu memoria
Sus dones en retorno á lo que pide
Tu torpe y fea historia.

Que él solo por sí solo te perdona
Tus culpas y maldades,
Y cura lo herido, y desencona
De tus enfermedades.

Él mismo de la huesa á la luz bella
Restituyó tu vida;
Cercóla con su amor, y puso en ella
Riqueza no creida.

Y en esto que te viste, y te rodea
Tambien pone riqueza,
Así renovarás lo que te afea,
Cual águila en belleza.

Que al fin hizo justicia, y dió derecho
Al pobre saqueado:
Tal es su condicion, su estilo y hecho,
Segun lo ha revelado.

Manifestó á Moisen sus condiciones
En el monte subido,
Lo blando de su amor, y sus perdones
A su pueblo escogido.

Y dijo: Soy amigo, y amoroso
Soportador de males,
Muy ancho de narices, muy piadoso
Con todos los mortales.

No riñe, y no se amansa, y no se aira,
Y dura siempre airado,
No hace con nosotros, ni nos mira
Conforme á lo pecado.

Mas cuanto al suelo vence, y cuanto excede
El cielo reluciente,
Su amor tanto se encumbra, y tanto puede
Sobre la humilde gente.

Cuan lejos de do nace el sol fenece
El soberano vuelo,
Tan lejos de nosotros desparece
Por su perdon el duelo.

Y con aquel amor que el padre cura
Sus hijos regalados,
La vida tu piedad y el bien procura
De tus amedrentados.

Conoces á la fin que es polvo y tierra
El hombre, y torpe lodo;
Contemplas la miseria que en sí encierra
Y le compone todo.

Es heno su vivir, es flor temprana,
Que sale y se marchita;
Un flaco soplo, una ocasion liviana
La vida y ser le quita.

La gracia del Señor es la que dura,
Y firme persevera;
Y va de siglo en siglo su blandura
Con quien en él espera:

En los que su ley guardan, y sus fueros
Con viva diligencia,
En ellos, en los nietos, y herederos
Por larga descendencia.

Que así do se rodea el sol lucido
Estableció su asiento,
Que ni lo que será, ni lo que ha sido
Es de su imperio esento.

Pues lóente, Señor, los moradores
De tu rica morada,
Que emplean valerosos sus ardores
En lo que mas te agrada.

Y alábete el ejército de estrellas,
Que en alto resplandecen,
Que siempre en tus caminos claras bellas
Tus leyes obedecen.

Alábente tus obras todas cuantas
La redondez contiene,
Los hombres, y los brutos, y las plantas,
Y lo que las sostiene.

Y alábete con ellos noche y dia
Tambien el alma mía.

## PSALMO CIII.

Benedic, anima mea, Domino, Domine Deus.

Alaba, ó alma, á Dios: Señor, tu alteza
¿Qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de bellezas,
Y luz resplandeciente.

Encima de los cielos desplegados
Al agua diste asiento;
Las nubes son tu carro, tus alados
Caballos son el viento.

Son fuego abrasador tus mensajeros,
Y trueno y torbellino:
Las tierras sobre asientos duraderos
Mantienes de contino.

Los mares las cubrian de primero
Por cima los collados,
Mas visto de tu voz el trueno fiero
Huyeron espantados.

Y luego los subidos montes crecen,
Humíllanse los valles;
Si ya entre sí hinchados se embravecen,
No pasarán las calles,

Las calles que les diste, y los linderos,
Ni anegarán las tierras:
Descubres minas de agua en los oteros,
Y corre entre las sierras

El gamo, y las salvajes alimañas
Allí la sed quebrantan,
Las aves nadadoras allí bañas,
Y por las ramas cantan,

Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,
Y das hartura al llano:
Ansí das heno al buey, y mil legumbres
Para el servicio humano.

Ansí se espiga el trigo, y la vid crece
Para nuestra alegría:
La verde oliva ansí nos resplandece,
Y el pan de valentía.

De allí se viste el bosque, y la arboleda,
Y el cedro soberano,
Adonde anida la ave, adonde enreda
Su cámara el milano.

Los riscos á los corzos dan guarida,
Al conejo la peña;
Por tí nos mira el sol, y su lucida
Hermana nos enseña

Los tiempos. Tú nos das la noche escura
En que salen las fieras,
El tigre, que racion con hambre dura
Te pide, y voces fieras.

Despiertas el aurora, y de consuno
Se van á sus moradas:
Da el hombre á su labor sin miedo alguno
Las horas situadas.

¡Cuan nobles son tus hechos, y cuan llenos
De tu sabiduría!
Pues ¿quién dirá el gran mar, sus anchos senos
Y cuantos peces cria?

¿Las naves que en él corren, la espantable
Ballena que le azota?
Sustento esperan todos saludable
De tí, que el bien no agota.

Tomamos, si tú das; tu larga mano
Nos deja satisfechos.
Si huyes, desfallece el ser liviano;
Quedamos polvo hechos.

Mas tornará tu soplo, y renovado
Repararás el mundo,
Será sin fin tu gloria, y tú alabado
De todos sin segundo.

Tú que los montes ardes, si los tocas,
Y al suelo das temblores,
Cien vidas que tuviera y cien mil bocas
Dedico á tus loores.

Mi voz te agradará, y á mí este oficio
Será mi gran contento:
No se verá en la tierra maleficio,
Ni tirano sangriento.

Sepultará el olvido su memoria:
Tú, alma, á Dios da gloria.

## PSALMO CXXXVI.

Super flumina.

Cuando presos pasamos
Los rios de Babilonia sollozando,
Allí nos asentamos
A descansar llorando,
De tí, dulce Sion, nos acordando.

Allí de descontentos
Colgamos de los salces levantados
Los dulces instrumentos,
Que en Sion acordados
Solian cantar á Dios psalmos sagrados.

Colgámoslos de enojo
Por ver que aquellas bárbaras naciones
Tenian cruel antojo
De oir cantar canciones,
A quien hacen llorar mil sinrazones.

Ellos como se vieron
Cerca de Babilonia en su region:
Tañé y cantad, dijeron,
Y no cualquier cancion,
Mas uno de los cantos de Sion.

Con amargos extremos
Les respondimos: ¿Presos y en cadena,
Nos mandais que cantemos
Psalmos en tierra ajena
De Dios y de toda cosa buena?

Si yo mientras viviere,
De tí, Jerusalen, no me acordare,
Y do quiera que fuere,
Tu ausencia no llorare,
Olvídeme de mí, si te olvidare.

Si en tal prision y mengua
Puesto, por mi cancion fuere cantada,
Mi voz ronca y mi lengua
Al paladar pegada
Quede de haber cantado castigada.

Si tuviere contento

Sin tí, Sion, mi bien y mi alegría,
Con áspero tormento
Pague el placer de un dia
Con mil años de pena el alma mia.

Y ten, Señor, memoria
De los hijos de Edom en su alegría
De tu ciudad y gloria,
Vengando en aquel dia
Su furia, crueldad y tiranía.

Castiga á estos feroces
Guerreros, que venciendo no contentos,
Dicen á grandes voces:
Derribad los cimientos,
Asolad, asolad los fundamentos.

¡O Babilonia triste!
Dichoso el que te diere justo pago
Del mal que nos hiciste,
Y dijere: Yo hago
En nombre de Sion aqueste estrago.

Y en la justa venganza
Mas bendito será quien mas llevare
Por rigor la matanza,
Y los niños que hallare
En piedras sin piedad despedazare.

## CAPITULO ULTIMO

### DE LOS PROVERBIOS DE SALOMON.

El sabio Salomon aquí pusiera,
Lo que para su aviso, de recelo
Su madre, y de amor llena, le dijera.

¡Ay, hijo mio! ¡ay dulce manojuelo
De mis entrañas! ¡ay, mi deseado!
Por quien mi voz contino sube al cielo.

Ni yo al amor de hembra te vea dado,
Ni en manos de mujer tu fortaleza,
Ni en daño de los reyes conjurado.

Ni con beodez afees tu grandeza,
Que no es para los reyes, no es el vino,
Ni para los jueces la cerveza.

Porque en bebiendo olvidan el camino
Del fuero, y ciegos tuercen el derecho
Del oprimido pobre, y del mezquino.

Al que con pena y ansia está deshecho,
Aquel dad vino vos, la sidra sea
De aquel á quien dolor le sorbe el pecho.

Beba, y olvídese, y no siempre sea
Presente á su dolor, adormecido
Húrtese aquel espacio á la pelea.

Abre tu boca dulce al que afligido
No habla, y tu tratar sea templado
Con todos los que corren al olvido.

Guarda justicia al pobre y al cuitado,
Amparo halle en tí el menesteroso,
Que ansí florecerá tu grande estado.

Mas ¡ó si fueses hijo tan dichoso,
Que tuvieses por mujer hembra dotada
De corazon honesto y virtuoso!

Ni la piedra oriental así es preciada,
Ni la esmeralda que el Ofir envia,
Ni la vena riquísima alejada.

En ella su marido se confia
Como en mercaduría gananciosa,
No cura de otro trato ó granjería.

Ella busca su lino hacendosa,
Busca algodon y lana, y diligente
Despierta allí la mano artificiosa.

Con gozo y con placer continuamente
Alegra, y con descanso á su marido,
Enojo no jamás, ni pena ardiente.

Es bien como navío bastecido
Por rico mercader, que en sí acarrea
Lo bueno que en mil partes ha cogido.

Levántase, y apenas alborea,
Reparte la racion á sus criados,
Su parte á cada uno y su tarea.

Del fruto de sus dedos y hilados
Compró un heredamiento, que le plugo;
Plantó fertil majuelo en los collados.

Nunca el trabajo honesto le desplugo,
Hizo sus ojos firmes á la vela,
Sus brazos rodeó con fuerza y jugo.

Esle sabroso el torno, la aspa y tela,
El adquirir, la industria, el ser casera,
De noche no se apaga su candela.

Trae con mano diestra la tortera,
El huso entre los dedos volteando
Le huye, y torna luego á la carrera.

Abre su pecho al pobre, que llorando
Socorro le rogó, y con mano llena
Al falto y al mendigo va abrigando.

Al cierzo abrasador que sopla, y suena,
Y esparce hielo y nieve, bien doblada
De ropa su familia está sin pena.

De redes que labró tiene colgada
Su cama, y rica seda es su vestido,

Y púrpura finísima preciada.

Por ella es acatado su marido
En plaza, en consistorio, en eminente
Lugar por todos puesto y bendecido.

Hace tambien labores de excelente
Obra para vender, vende al joyero
Franjas tejidas bella y sutilmente.

¿Quién cantará su bien? Su verdadero
Arreo es el valor, la virtud pura;
Alegre llegará al dia postrero.

Cuanto nace en sus labios es cordura,
De su lengua discreta cuanto mana
Es todo piedad, amor, dulzura.

Discurre por su casa, no está vana
Ni ociosa, ni sin que ya se le deba
Se desayunará por la mañana.

El coro de sus hijos crece, y lleva
Al cielo sus loores, y el querido
Padre con voz gozosa los aprueba.

Y dicen: Muchas otras han querido
Mostrarse valerosas, mas con ella
Compuestas, como si no hubieran sido.

Es aire la tez clara como estrella,
Las hermosas figuras burlería,
La hembra que á Dios teme aquesa es bella.

Dadle que goce el fruto, l'alegría
De sus ricos trabajos: los extraños,
Los suyos en las plazas á porfía
Celebren su loor eternos años.

## CAPITULO VI DE JOB.

Soltando de su lengua las prisiones
Dijo Job á Elifaz, su duro amigo,
Respondiendo á sus ásperas razones:

¡O, si la ofensa con que mi enemigo
Hice al cielo la viese yo pesada
Con el rigor de este áspero castigo!

Mas que la arena de la mar salada
Se hallará que pena la que padezco
A mis culpas excede en ser pesada.

Y esta es la causa porque me aborrezco,
Y mis palabras de dolor teñidas
Publican que este mal no le merezco.

Que arroja sobre mí como llovidas
El Señor sus saetas vengadoras,
Que tienen ya mis fuerzas consumidas.

Y con voces que da amenazadoras
Me pone en mil rebatos cada dia,
Tocando el miedo al arma á las deshoras.

Porque nunca creais que bramaria
El gamo en las dehesas abundosas,
Ni el buey en el pesebre rugiria.

¿Y quién podrá comer como sabrosas
Las viandas sin sal desazonadas,
O gustar osará las ponzoñosas?

¿Quién sino unas personas apretadas
Con una estrecha hambre, á quien parece
Lo amargo ser viandas regaladas?

Y así lo que abomina y aborrece
Mi gusto, y lo que siempre dió de mano,
Ahora en este aprieto lo apetece.

¿Quién hará que conceda el Soberano
Lo que agora le pido, y lo que espero
Me dé con liberal y larga mano?

Aquel que me empezó á quebrar primero,
Ahora en menudo polvo me deshaga,
Y alce el destral, y corte este madero.

Y este consuelo solo satisfaga
Mi pecho, que contino me persiga
El Señor con dolor de alguna llaga.

Y que yo no rehuse ó contradiga
Lo que de mí ordenare el Señor mio,
Y en todo mi querer el suyo siga.

¿Tengo yo por ventura fuerza y brio
Para hacer resistencia, y defenderme
Del brazo de infinito poderío?

¿O el fin que yo pretendo podrá serme
Cepo para que al trueque de alcanzalle
Huelgue de padeciendo deshacerme?

No es mi fortaleza firme al talle
Del duro risco, que es del mar batido
Con mil furiosas ondas sin mellalle.

Que de muy tierna carne estoy vestido,
Que no es duro metal resplandeciente,
Que menosprecia el golpe mas temido.

Ni soy por mi persona tan valiente
Que ponga en solo el brazo mi esperanza,
Ni espero haber socorro de otra gente.

No hay de mis aliados una lanza
Enhiesta, todos dejan mi partido
Sin el temor de Dios y su venganza.

Pasa por mí mi hermano el mas querido
Sin reparar cual suele despeñarse
Al hondo valle arroyo muy crecido.

Pues cierto esté el que teme el pié mojarse

En el escarcha fria aljofarada,
Que algun dia en la nieve ha de anegarse.

Cuando esta gente esté desbaratada
En un reencuentro, entonces su enemigo
La dejará vencida y destrozada.

Y cuando viendo al ojo ya el castigo
Encendida en coraje se defienda,
Le harán desamparar el puesto amigo.

Y puestos en huida por tal senda
Echarán que poniendo el pié en vacío,
Se hunda el alma, el cuerpo y la hacienda.

Atended cómo vino, y con qué brio,
Elifaz del ardiente mediodia
Para enjugar al triste llanto mio.

Y los demás por diferente via
Venís á ser testigos de mis daños;
Pues esperad que pase el breve dia.

Juzgais mis esperanzas por engaños,
Y estais corridos que entre mis despojos
Se halle el atender alegres años.

Llegastes á poner en mí los ojos,
Y de roja vergüenza están teñidas
Vuestras mejillas, viendo mis enojos.

Al punto que llegando mis heridas
Sangrientas descubristes y enconadas,
Amenazó el temor á vuestras vidas.

¿Heos yo sido importuno con pesadas
Razones, demandándoos la presea
Rica, con que adornais vuestras moradas?

¿O que con mano poderosa sea
Libre por vos de la de mi contrario,
Que con estrecho cerco me rodea?

Tomad la mano, y con estilo vario
Mostradme lo que ignoro, enmudecido
Haré de mis rudezas un sumario.

Decidme, ¿porqué habeis escarnecido
De las palabras de verdad nacidas?
Pues de ninguno he sido convencido.

Las palabras compuestas y polidas,
Que usais para herirme y lastimarme,
Cual humo son del viento desparcidas.

¿Y porqué pretendeis atropellarme,
Viéndome en soledad desamparado,
Y siendo vuestro amigo derribarme?

Mas ya que proseguís lo comenzado,
No me negueis siquiera atento oido,
Y juzgareis si vivo yo engañado.

Responded sin contienda y sin ruido,
Y lo que vuestra lengua pronunciare,
Sea cual justa sentencia obedecido.

Y si en la mia iniquidad se hallare,
Y herida con el aire mi garganta
Indiscretas palabras resonare,
Será vuestra sentencia justa y santa.

## CAPITULO VII DE JOB.

La vida humana es peligrosa guerra,
Un combate sangriento en estacada,
Que no hay paz, ni la esperen en la tierra.

Toda la vida es dura y afanada
Como la de un cansado jornalero,
Que no deja de sol á sol la azada.

Cual el que ya sin huelgo al resistero
Del sol mas alto está segando, espera
La sombra, que mitigue el ardor fiero:

Cual rústico peon que desespera
Con la fatiga larga de un destajo,
Muere por ver atada la haz postrera:

Tal yo, que por demás ha que trabajo
Meses enteros sin algun provecho,
He contado mil noches de trabajo.

Cuando voy á entregar mi triste pecho
En los brazos del sueño regalados,
Voy ya con ansia de dejar el lecho.

Y aun apenas he visto los dorados
Cabellos de la aurora, y ya suspiro
Por ver cubierto el sol tras los collados.

Ni con este esperar vario respiro,
Ni engaño este dolor, que consumido
Me tiene hasta la noche donde aspiro.

Porque asquerosa cosa es el vestido,
Con que cubro la carne regalada,
Y suciedad del polvo podrecido.

Del liso cuero está la tez trocada,
Que con muy hondos surcos le han arado,
Seca ya su frescura y agostada.

Con mayor ligereza se han pasado
Mis dias, que cortara de una tela
El tejedor el hilo delicado.

Mas en el tiempo que cual ave vuela
Nunca yo osé poner mi confianza,
Y así no me consuela ó desconsuela.

Y atended vos, Señor, y habed membranza
Que mi vida es un soplo de este viento;
No ensañeis contra mí vuestra venganza.

Cerráranse mis ojos al momento,
Y apagada una vez aquesta lumbre,
No se abrirán al temporal contento.

Y no me mirará de la alta cumbre
La vista del Cordero Soberano
Con el acostumbrada mansedumbre.

Antes como leon fiero africano
Pondrás en mí tu vista penetrante,
Y no resistirá mi flaca mano.

Como la oscura nube en un instante
(Si con su rayo el claro sol la hiere)
Se desvanece y huye de delante,

Así el que á los infiernos descendiere
No subirá otra vez á ver el cielo,
Mientras que nuestro Dios, Dios nuestro fuere.

Que en el negro lugar del desconsuelo
El que pone una vez el pié cuitado,
No volverá jamas al patrio suelo.

Y el solar do nació y do fué criado
Le desconocerá y pondrá en olvido,
Como al que nunca ha visto ni tratado.

Y en estos desengaños he aprendido
A no cerrar jamás mi triste boca,
Pregonando quien soy, y quien he sido.

Y entonces el quejarme mas me toca,
Cuando mas la congoja me apretare,
Que llorada la pena se hace poca.

Y cuando alguna vez me retirare
Dentro en mi pecho, pena y amargura
Será cuanto en mi alma conversare.

¿Soy yo el insano mar por aventura,
O ballena sin freno monstruosa
Que me encierras en cárcel tan oscura?

Que si espero la noche tenebrosa
En las mullidas plumas consolarme
Con olvido de toda humana cosa:

O conmigo á lo menos aliviarme,
Dando y tomando cosas en mi lecho,
Y á solas responderme y preguntarme:

Has llegado á ponerme en tal estrecho,
Que si duermo con sombras engañosas
Traspasas de pavor helado el pecho.

Si velo, de visiones espantosas
Un millon á mis ojos se presenta,
Que hacen tremer las carnes temerosas.

Y así por no me ver en esta afrenta,
Escoge el alma un lazo para el cuello,
Y á mis huesos la muerte les contenta.

Ya cuelga la esperanza de un cabello,
En que vivir cansado se sostiene,
Y aun este estoy á punto de rompello.

Perdóname, Señor, que el alma tiene
En lo eterno la mira, y aborrece
Los dias en que poco va ni viene.

¿Qué valor tiene el hombre que merece
Que ponga en él los ojos y el cuidado
Tu majestad, y tanto lo engrandece?

Apenas por las nubes ha asomado
La bella aurora acompañando el dia,
Cuando el hombre te tiene ya á su lado.

¡Mas ay! ¡cuan poco dura el alegría,
Que con la misma ó con mayor presteza
Le desampara al punto y se desvia!

¿Hasta cuando, Señor, á mi flaqueza
Suspendes el perdon, y no consientes
Que trague mi saliva con dureza?

Yo te he ofendido, ¡ó guarda de las gentes!
¿Cómo podré hacer en mí castigo
Con que te satisfagas y contentes?

¿Porqué por tu contrario y enemigo
Me declaras, y á mí me soy pesado,
Y lo mismo que quiero contradigo?

¿Y porqué no me pones en estado,
Adonde de ofenderte esté seguro,
Y rematada cuenta en lo pasado?

Mira que presto dormiré el oscuro
Y postrer sueño en polvo convertido;
Si mañana me buscas te aseguro
Que ya me habré de tí desparecido.

EL PADRE FRAY

# PEDRO MALON DE CHAIDE.[1]

## TRATADO

### DE LA CONVERSION DE LA GLORIOSA

## MARIA MAGDALENA,

**sobre el evangelio que se pone en su fiesta (2).**

---

### PROLOGO.

Antes que comience á tratar la historia de la bienaventurada María Magdalena, quiero pedir licencia para no guardar en este tratado ó sermon el estilo acostumbrado del predicar, que es ir declarando cada palabra del Evangelio, y mostrando sus misterios particulares; porque, pues la Magdalena fué santa tan sin guardar Dios el órden y regalo ordinario que acostumbra en las conversiones de los demás santos, haciéndola tan grande de tan grande, tan poderosa santa de tan poderosa pecadora, mostrándose Dios absoluto señor de leyes de conversion, pues de la primera tisera y mano quedó tan acabada que dejó muy atrás á muchos de los muy aventajados santos, no será mucho que tampoco yo siga el estilo comun que suelo en predicar de los santos ordinarios. Y así, pre-

(1) Nació en la villa de Cascante, por los años 1530; tomó el hábito de la órden de san Agustin, en Salamanca, y fue al poco tiempo uno de los mas célebres teólogos y oradores de su siglo. De sus varios escritos solo han llegado á nosotros por medio de la prensa el *Tratado de la Magdalena*, uno de los libros clásicos de nuestra lengua, y la paráfrasis que hizo del sermon de Orígenes en la Resurreccion del Señor sobre el texto de san Juan: *María estaba cerca del monumento*, etc., etc., y dedicó á doña Beatriz Cerdan. - El estilo del padre Malon es, en lo general, brillante, pintoresco y donoso; ostenta á veces rasgos sublimes, abunda de floridas y vivísimas imágenes, y reviste con incomparable gala aun las ideas mas comunes; pero en cambio alguna vez, á fuerza de querer ostentar grandeza, degenera en afectado é hiperbólico. Su diccion es desigual: gusta de antítesis y juegos de palabras. Este es su principal defecto.

El *tratado de la Magdalena* se imprimió la primera vez en Alcalá de Henares, en 8º, en 1592, y luego en la misma ciudad en 1598 y en 1603. Otra edicion se hizo en Barcelona en 1598. Reimprimióse en Valencia en 1794, y de esta edicion es de la que hemos sacado las dos siguientes partes (1ª y 2ª) de dicho libro, que tratan de la Magdalena en su primer estado de *pecadora*.

(2) Dice así este evangelio: ***Rogabat Jesum quidam pharisæus ut manducaret cum illo***, etc. (Lucæ, 7).

tendo despedirme en este mi sermon de las leyes y preceptos que dan los mas acertados predicadores, y gozar de la voluntad de mi gusto en el proceder : y prevéngome en esto para los demás que en este mi libro escribiere, por salirme de una vez de todo ello, y por rematar con los censores, que quieren reglar el querer ajeno conforme á su antojo. Y quédese esto dicho de una vez para las demás que se pudiere ofrecer ocasion de excusa.

Para que por mejor órden procedamos, será menester considerar en la Magdalena tres estados : los cuales se deben pensar en todos los que de pecadores (por la gran misericordia del Señor, que los trae á su conocimiento) pasan á ser justos. El primero es de pecadores, cuando están apartados de Dios, y de su gracia y amor. El segundo es de penitentes, cuando prevenidos con la dulzura de las misericordias del Señor muy alto, comienzan á caer en la cuenta de su mal estado, y corridos de su daño y perdicion, avergonzados de la torpeza de sus obras se vuelven á Dios, y hacen verdadera penitencia. El tercero es cuando ya el alma vuelta en gracia y amistad de su clementísimo Padre y Señor, goza de la paz que dice san Pablo que sobra todo sentido; del cual estado solo tienen licencia de hablar los que en él se ven; porque los que no han llegado á sentir aquella gran dulzura y suavidad que á sus regaladas Esposas les comunica el celestial Esposo, de quien decia la Esposa en el primero de los Cantares : « Metióme el rey en el aposento de sus regalos y conservas, donde tiene lo mas precioso de sus olores y vinos. Allí me regocijé y alegré en mi amado, que me dió mas suave licor que los mas estimados vinos de Candia, ni de otras partes. » Así que quien no ha llegado á tener estos gustos no puede hablar dellos, sino con el poco mas ó menos con que suelen hablar los que tratan lo que no entienden, y lo menos que dejan es lo mas que ellos saben entender. Tratemos pues del primero destos estados, invocando para ello, y para todo lo demás que ovieremos de decir, la gracia y favor del Espíritu Santo, y la intercesion de la gloriosa Vírgen Maria y de todos los santos del cielo.

Philip., 4.

## PRIMERA PARTE.

Cuando el gran Monarca y Padre del cielo quiso comunicar su belleza y gloria en tiempo, siendo infinitamente sabio, y siendo fuente de amor de donde nace todo el bien á las criaturas, para hacerlas bienaventuradas á cada una en su tanto, viendo que fuera dél no podia haber felicidad alguna determinó de hacerse fin de todas ellas, y que así como nacian de Dios así tambien fuesen á parar en Dios, y hasta llegar á este punto ninguna de todas ellas tuviese perfeccion, y por el mismo caso ni reposo ni bienaventuranza : *Fecisti nos Domine ad te, et inquietum est cor nostrum, donec revertamur ad te.* Son palabras del glorioso doctor y padre nuestro san Agustin : « Hicístesnos, Señor, para vos, para gozar

de vos, para amaros á vos : » y así nuestro corazon jamas halla descanso, hasta que volvamos á vos. La figura esférica ó circular es tenida en geometría por la mas perfeta, porque acaba en el punto donde comenzó. Y por eso el Señor se llama principio y fin en el primer capítulo del Apocalipsi. Para alcanzar este fin dió Dios el cargo al amor, el cual como al gran artífice poniendo las manos en la obra, y mirando las criaturas que Dios habia criado, vió entre ellas dos, que eran las mas nobles y excelentes. La una era espiritual del todo, y la otra metalada, que es el hombre. Las primeras son los espíritus angélicos de todas las bienaventuradas jerarquías, los cuales los habia Dios criado para pajes de su casa. Las segundas son los hombres, para que despues de una larga guerra de dias y años vividos en Dios, recibiesen el triunfo y corona entre los ángeles en la gloria. Vió tambien que así los ángeles como los hombres tenian dos piezas de gran valor, por donde él podia salir con lo que se le habia encomendado, que son entendimiento y voluntad. Por el entendimiento conocemos; por la voluntad amamos. El amor está en duda por cual destos caminos guiará este negocio, y halla por su cuenta que si por el entendimiento lo lleva no sale con lo que pretende. Porque esta es la diferencia que hay, entre otras, entre estas dos potencias : que la voluntad es potencia unitiva; esto es, que hace unos al amante con el amado, lo cual no tiene el entendimiento. Esto hace la voluntad, saliendo fuera de sí, y pasando á lo que ama, y dejando su propio ser, toma el del amado. El entendimiento ejercita sus actos, recibiendo dentro de sí las especies ó semejanzas de lo que ha de entender, y ajustándolo á su talle. De aquí es que las cosas que valen mas que nosotros mejor es amarlas que entenderlas : porque amándolas cobramos ser mas perfeto, pues el amor nos une con lo amado; y entendiéndolas, parece que ellas pierden de su ser y valor, pues las ajustamos y entallamos conforme á nuestro entendimiento : pero si son de menos valor que nosotros, mejor es entendellas que amallas: porque con amallas nos hacemos de mas bajo ser, pues cobramos el que tienen, y perdemos el nuestro; y entendiéndolas las mejoramos por la razon ya dicha. Por esto dijo el glorioso padre san Agustin : « Si tierra amas, tierra eres : si cielo amas, cielo eres : y si á Dios amas, Dios eres; » conforme á lo que dice el Apóstol :

1. Cor., 6.

*Qui adhæret Deo, unus spiritus est cum eo :* « El que se une con el Señor, hácese una cosa con él, » y vive una vida misma, y del mismo espíritu; así como nuestro brazo vive la misma vida de nuestro cuerpo, porque la vivifica el mismo espíritu que á nuestro cuerpo. Tambien se entenderá de aquí un estilo de hablar que tenemos; y es, que *Dios nos ama en sí, y por sí.* Es muy gran verdad, porque no puede amarnos en nosotros, conforme á lo que habemos dicho, que el amado es fin del amante Dios no puede tener alguna criatura por fin suyo, porque el fin es mas noble : y como el que ama pasa en lo amado, y cobra aquel nuevo ser, seria cobrar Dios vida, y ser imperfeto, cosa que no puede ser. Amamos empero por sí, y en sí, adonde todos estamos y vivimos; y constitúyese por fin de su mismo amor, no amando cosa fuera de sí. Volviendo pues á nuestro propósito, quédese el entendimiento,

dice el amor, pues por él no puedo yo unir las criaturas con su fin, que es Dios, y afierra y apodérase de la voluntad. Y porque, como dicen los filósofos, ninguna cosa puede amarse sin que preceda primero el conocella, porque la voluntad, aunque es señora, empero es ciega, y el entendimiento es su gomecillo y paje, que la adiestra: y así el conocimiento ha de preceder al amor. Por esto el amor representa el fin, que es Dios, á los espíritus celestiales, que vueltos á mirar aquella fuente de amor dulcísima arden con un sabroso fuego, adonde ¿quién podrá decir lo menos de lo que gozan? Están rendidos á aquella divina, pura, antiquísima hermosura de Dios; llévalos el amor enlazados y presos de un dulce y libre lazo de amor, para que tornen á la fuente y principio donde salieron: y como ven aquel sol de infinita belleza, amante eterno de sí mismo, vanse aquellas mentes angélicas, atónitas, enajenadas de sí, libres sin libertad, presas sin prision, como las mariposas á la llama. Allí se encienden y no se queman, arden y no se consumen, apúranse y no se gastan. ¡Oh sol resplandeciente, hermosura infinita, espejo purísimo de la gloria! ¿quién podrá decir lo que sienten los que te gozan? ¡Oh ricas moradas de la celestial Jerusalen, adonde no se sabe qué cosa es noche! porque el Cordero es tu sol, que jamas se traspone: *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini.* « ¡Qué hermosas son, Señor, vuestras moradas! ¡qué dignas de ser amadas y deseadas de todos! Desmaya, Señor, mi alma, con el deseo de verme en ellas.» *Cor meum, et caro mea exultaverunt in Deum vivum*: «Mi corazon y mi cuerpo salen de sí de contento, y se alegran en Dios vivo.» Es tanta la alegría que mi alma siente, en acordarse de mi Dios, que como el corazon sea su principal asiento, y el cuerpo se gobierne por el corazon, al alegrarse el alma el corazon no cabe en el pecho de contento, y así es fuerza que se dilate el alegría por el cuerpo: no queda potencia en mi alma, ni sentido en mi cuerpo, en que no ande un sonido dulce de gloria. *O Israel, quam magna est domus Domini, et ingens locus possessionis ejus!* dice Baruc profeta. ¡Oh pueblo, oh alma, que deseais la casa de Dios, ensanchad ese deseo, abrid ese corazon, que casa rica tiene Dios para hinchiros de bienes! y tan grande es, que no se cierra su término con montañas ásperas, ni con el espacioso mar Océano, ni confina con reinos extraños. ¡Oh casa, oh ciudad, adonde todos aman, adonde el amor jamás tiene fin, porque el amado Dios carece de fin! Y, como dice Plotino, el amor es infinito, la hermosura es de otro linaje; la belleza ante toda belleza es flor y fuerza de toda hermosura, principio y fin de toda belleza, que hermosea todo aquello de quien es principio. De aquí desciende el amor á mezclarse entre los espíritus bienaventurados, y anda de pecho en pecho, tomando la posesion de todos ellos, y hace que se amen unos á otros: y no pueden dejar de amarse, porque así como muchas piedras preciosas puestas al rayo del sol cada uno representa otro sol, que deslumbra poco menos que el del cielo, así en cada serafin, y en los demás espíritus bienaventurados, heridos y rayados con aquella inmensa fuerza del amado eterno Dios, se

Psal., 83.

Baruch, 3.

parece otra fragua de amor divino, y cada uno parece un Dios, digno de ser amado. Por esto mirándose unos á otros, y viendo en cada uno aquel Dios que tan dulcemente aman, no pueden dejar de amarse entre sí. ¡Oh ciudad enamorada, quién se viese en tí!

## PSALMO LXXXIII.

**Quàm dilecta tabernacula tua, etc.**

¡Qué amables tus moradas,
Señor de los ejércitos del cielo,
Del alma deseadas,
Que desmaya en pensallas desde el suelo,

Y tal dulzura siente,
Cuando al Señor piensa en los umbrales,
Que al alma de impaciente
La dejan los espíritus vitales!

Alégranse en Dios vivo
Mi corazon, mi carne, que movidos
De aquel ardor nativo
De estar contigo, dan por tí gemidos.

Allí halla casilla,
A do descansa el simple pajarillo,
Allí la tortolilla,
Ejemplo de un amor casto y sencillo,

Hace su nido amado,
A do guarda sus polluelos,
Y cabe tu sagrado
Altar descansa libre de recelos.

Allí la golondrina
Parlera, con el pico artificiosa,
Junto á la ara divina
Edifica su casa presurosa.

A mí solo se cierra,
O Rey de las virtudes, este paso,
Y acá en ajena tierra
Lloro en destierro el infelice caso.

¡O bienaventurados
Los que viven, Señor, allá en tu casa,
Y en tus techos dorados,
A do jamas la gloria y bien se pasa!

Que con un dulce canto
Cual de los serafines, desde el suelo
Te cantan: Santo, santo,
Señor de los ejércitos del cielo.

¡O felice y dichoso
El varon que tiene á tí por muro!
Que el pecho generoso
Lo tiene en el peligro mas seguro:

Y en el corazon hace
Caminos por do vienen las divinas
Fuerzas, do el alma yace,
De tí bajadas por secretas minas.

Todos los de este talle
Andan como entre muchas limpias fuentes,
De un deleitoso valle,
Apagando la sed en sus corrientes.

¡O bienaventurado
El que en su corazon la escala arrima!
Por do de el estrellado
Cielo se alcanza la suprema cima:

Mientras en este suelo
De lágrimas, do vive en su destierro,
Sospira por el cielo,
Perdido por aquel primero yerro.

Que el legislador Cristo
Le vestirá de bienes, con que halague
A su pueblo que visto
Le servirá, porque con gloria pague.

Y contino mas fuertes
Crecerán en virtud, hasta aquel punto
Que se truequen las suertes,
Y vean todo el bien de Dios por junto.

Señor de las virtudes,
Oyeme agora, y atiende á mi gemido:
Y para que me ayudes,
Dios de Jacob, inclina á mí tu oido.

¡O defensor y amparo
Nuestro! pues mi destierro, Dios, has visto,
Vuelve tu rayo claro,
Y asiéntale en el rostro de tu Cristo.

De tu David te acuerda,
Que le ungiste en rey, y desterrado
Se ve, Dios, no se pierda:
Confírmale tú el reino que le has dado,

Que mejor es un dia
De los que allá se gozan en tu casa
Que mil de la alegría
Que da el mundo á los suyos, corta, escasa.

Mas quiero con trabajo
Ser en tu santa casa barrendero,
O, si hay otro mas bajo
Que aquel, me será á mí mas placentero

Que estar en las moradas,
Ni en las soberbias casas de señores,
De jaspe fabricadas,
Gozando sus privanzas y favores.

Que la misericordia
Es la que Dios mas ama y encarece:
Y la paz y concordia,
Con quien lo pequeñuelo en alto crece.

Y la verdad nacida
De aquella celestial y eterna fuente,
Y de allá descendida,
Para enderezar acá la humana gente.

Y así por la primera
Dará gracia el Señor al limosnero:
Tambien por la postrera
Lo colmará de gloria al verdadero,

Y al justo é inocente
No privará del bien que se le debe;
Antes en la luciente
Region, de donde todo el bien nos llueve,

De resplandor cercado,
Entre las jerarquías de la gloria,
Gozará descuidado
Del fruto que tendrá de su vitoria.

Señor de las Virtudes,
Defensa de los hombres verdadera,
Que en llamándote acudes,
Dichoso aquel que en tu bondad espera.

Hasta agora habemos tratado cómo se ha el amor con las criaturas intelectuales, que son los ángeles: bajemos agora á ver cómo se aviene con las racionales, que son los hombres La raiz de todas nuestras afecciones es el amor, porque todo lo que tenemos, aborrecemos ó deseamos, es por la conveniencia ó desconveniencia que tiene con nosotros. Y tanto es el temor que teneis de perder alguna cosa cuanto es el amor que la teneis. De aquí es que el gobierno de nuestra vida, los ejes en que se revuelve, es el amor. Por esto decia el gran padre san Agustin: *Amor meus, pondus meum, illo feror, quocunque feror.* Todas las cosas tienen su peso y gravedad, que las lleva tras sí: « Pues mi peso, dice Agustino, es mi amor, este me lleva do quiera que voy. » De aquí es que en acertar á entablar bien la voluntad y amor, consiste todo el juego de la vida, porque si este va errado todo va errado, y si se acierta todo se acierta. Y así el mismo Agustino dice que el amor propio, hasta despreciar el de Dios, edifica la ciudad de Babilonia: y el amor de Dios, hasta el desprecio de sí mismo, edifica la ciudad de Jerusalen; que Babilonia es la ciudad del infierno, y Jerusalen la del cielo. Y con irnos tanto en acertar á asentar el amor, es una potencia que no puede estar parada. De aquí nacen nuestros males, de no saber enfrenar este potentísimo apetito, y así de amor le volvemos en furor.

Hieroteo, y el gran Dionisio Areopagita, en aquel himno divino que cantaron del amor, dicen: *Amor circulus est bonus, a bono in bonum perpetuo revolutis.* « Es el amor un círculo bueno que perpetuamente se revuelve del bien al bien. » Necesariamente ha de ser bueno el amor, pues naciendo del bien vuelve otra vez á parar en el mismo bien donde nació, porque el mismo Dios es aquel cuya hermosura desean todas las criaturas, y en cuya posesion hallan su descanso. La razon desto es, porque lo que nace de la hermosura de Dios se dice *amor*, que imposible es que aquella infinita belleza no cause amor. Cuando viene á nosotros, enciende el *apetito*, y llámase *deseo*. Cuando sacando al alma de sí la arrebata, y la lleva, y une con Dios, se llama *deleite*: de suerte que todo el círculo consta de amor en la hermosura de Dios, de deseo en nuestro apetito, de deleite en la union divina. Y cuando decíamos *amor*, todas

estas tres cosas encerramos en su nombre. Por esto se llama perfectísimo, porque por sí solo encierra los efetos de todas las virtudes, y los frutos dellas, y sin él ninguna merece el nombre de virtud. Sino preguntáselo á aquel gran amador san Pablo, que dice: *Adhuc excellentiorem viam vobis demonstro.* « Quiero, dice, enseñaros un camino mas cierto, y un atajo mas alto, » por donde podais llegar mas presto á la cumbre de la perfeccion cristiana. ¿ Cual es? *Si linguis hominum loquar et angelorum, charitatem autem non habeam, factus sum velut æs sonans, aut cymbalum tinniens.* Es el atajo del amor, dice san Pablo, « porque si yo tuviese mas suelta lengua que los ángeles del cielo, y entendiese cuantos lenguajes se hablaban en la torre de Babilonia, » y fuese mas mi facundia y destreza en el hablallos que la de Tulio en latin, y Platon y Demóstenes en griego, si con esto me falta amor « seré un bacin de barbero, ó campana que retiñe en el aire. » Mas os digo, que si me diera Dios cuanto espíritu de profeta dió á Moisen, y á David, y á todos los santos profetas juntos, y conociera todos los misterios y secretos de la Trinidad, y toda la ciencia que saben los querubines, y tuviera tanta fe que mandara arrancar los montes de su asiento, y lo hiciese así, si con todas estas grandezas me falta el amor no soy nada. Poco digo, si fuese mas rico que Creso, y mas liberal que Alejandro, y en hacer hospitales, y edificar iglesias, y en casar huérfanas, y mantener pobres gastase toda mi riqueza, y cuanta tienen y han tenido los emperadores de Roma, y los reyes del Perú y de toda la India: y mas que es poco esto, si me hiciesen mas martirios que á todos los mártires juntos, que me apedreasen como á san Esteban, me asasen como á san Lorenzo, me aspasen como á san Andres, y me desollasen como á san Bartolomé; si me falta el amor, nada me aprovecha. Pues volved agora á mirar lo que hace, y cómo él solo es toda virtud, y excluye por sí todo mal. Añade el Apóstol: *Charitas non æmulatur, non inflatur, non est ambitiosa, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate.* « El amor, dice, no es envidioso, no es hinchado, ni entonado y altivo, no es ambicioso, no es enojadizo, jamas piensa mal, no le dan contento los dobleces y malicias de los malos. » Veis aquí como excluye todo mal. Pues mirad como encierra todo bien. Síguese luego en el Apóstol: « La caridad y amor es sufrido, es benigno, huélgase con la verdad, todo lo sufre, todo lo cree todo lo espera, todo lo lleva bien. » He aquí cómo encierra en sí todas las virtudes. Si uno ama, cree á quien ama, fíale las cosas de precio, perdónale los yerros de buena gana, no le envidia sus buenos sucesos, no le roba la hacienda, no le quita la honra. Dadme que ame, que yo os daré que cumple todo cuanto dice san Pablo. Y así no halló el Sabio con quien igualarlo, sino con la muerte. *Fortis est ut mors dilectio:* « El amor es fuerte como la muerte, » y aun mucho mas, pues venció á la muerte: que por amar tanto el Señor á María y Marta, resucitó á Lázaro. ¡ Oh amor que todo lo puedes, todo lo rindes, todo lo vences! *Omnia vincit amor, et nos cedamus amori.* Eres lo mas fuerte, pues no vences ejércitos armados, no sujetas reinos, no ligas las robustas manos de bravos jayanes, mas rindes los corazo-

1. Cor., 13.

Cant., 8.

nes humanos, no con hierro y mano armada, mas con dulzura, con regalos, con suavidad, con blandura. Eres, ¡oh amor! lo mejor del cielo y tierra, y lo mejor que Dios puede dar. Pida sabiduría el necio, pídate honra el ambicioso soberbio, pida hacienda el avariento cruel, pida deleites el hombre sensual, que yo, Señor, tu amor te pido. *Nolo tua, sed te*, dice san Agustin; « no quiero, Señor, á tus cosas, síno á tí. » Si tu amor me niegas, á tí te me niegas; y si tu amor me das, á tí te me das. Todas las otras cosas que tienes comunes son á buenos y á malos; pero tu amor solo es para los buenos, solo para tus amigos: con el amor lo tengo todo, sin el amor no tengo nada. Pero mirad que el amor puede ser bueno y malo; y para este supongamos que ninguna cosa hay en nosotros que sea verdaderamente nuestra, ni esté en nuestra mano, sino solo el amor. De aquí es que si nuestro amor es bueno, somos del todo buenos; y si este es malo, somos del todo malos. Síguese mas de lo dicho: que á quien damos el amor, damos cuanto podemos y somos; y ninguna otra cosa nos queda que le podamos dar que nuestra sea. Y si perdemos el amor, perdemos cuanto tenemos, y somos perdidos. Hay mas, que el amor es don, y no se puede forzar, y por esto se llama *don dado liberalmente*. El don que vos dais pasa en poder de aquel á quien le dais, de suerte que os desnudais del señorío que teníades; y el que recibe el don se embiste en él, y hace á su voluntad de lo que le distes. El amor consiste en la voluntad, porque es efeto y acto propio suyo: la voluntad es la señora, que manda á las demás potencias; el amor llámase potencia unitiva, que une el amante con el amado, sacándole de sí, y llevándole á lo que ama, y allí le trasforma y hace uno con él. Pues como el amor lleve la voluntad tras sí, y ella por ser señora lleve las demás potencias consigo, síguese que el amado es señor de todo el amante, y el amante se trasforma en el amado. Pero descubramos mas, de qué suerte se hace esta trasformacion, y para esto es de saber que un estilo de hablar que tienen los mundanos en sus profanos amores de llamar vida y alma á la persona que aman es tomada y se funda en una verdad averiguada, aunque aplicada á mal uso. Lo mas excelente y estimado que los hombres, ángeles, y el mismo Dios tienen, es la vida. Y de aquí es que todos los miembros se ponen á peligro, á trueque de que se conserve la vida, y por esto nació aquel dicho castellano: *viva la gallina*, etc. La razon desto es, porque perder una mano no es perdello todo: aunque me corten un pié, puedo vivir; pero la muerte es un perder por junto, donde se pierde mano, y pié, ojos, lengua, y los demás sentidos. Sabia bien el demonio cuan dulce le era al hombre la vida, cuando habiéndole quitado al santo Job la hacienda, los criados, el ganado, los hijos, y cuanto tenia, alabándole el Señor porque todo lo habia llevado bien, respondió el demonio: *Pellem pro pelle, et cuncta quæ habet homo, dabit pro anima sua*. « Señor, no os maravilleis de eso, dice Satanás, que á trueque de guardar el hombre su piel, dará de buena gana las ajenas, aunque sean de sus hijos. » Así que esta vida tan dulce hace temer tanto la muerte. Pues mirad agora el artificio de Dios, que para obligar á todas las cosas á que

Job, 2.

le amasen, hizo que ninguna dellas tuviese vida de suyo, sino que el cuerpo la tuviese en el alma, y el alma en Dios; el cual solo es vida, por esencia. De suerte que si habeis vos de tener vida, ha de ser en Dios. ¿Cómo? ¿Entendiéndole? No, sino amándole, porque, como habemos dicho, el amor une al amante con el amado, y hácele comunicar la vida de quien ama, y que el amado sea alma del amante. Y así, no es metáfora, ni solo estilo de hablar, cuando al amado le llamamos nuestra vida, nuestra alma. Pruébase claro: porque la razon que hay para que cuando el alma está triste el cuerpo desmaye, y se pare flaco, y pierda el color, como lo dice el Sabio, que «el espíritu triste seca los huesos,» es porque el alma da vida al cuerpo; y así, cual ella le diere la vida, tal la tendrá y la mostrará el cuerpo: pues así tambien, si el amado padece alguna cosa triste se entristece el amante. Por eso san Pablo, como buen amador, decia: *Mihi vivere Christus est:* «A mí Cristo me es vida.» Y por esto viendo á su vida crucificada, decia: *Christo confixus sum cruci*: «Estoy yo cosido con mi Cristo en la cruz.» David llamaba á Dios *mi salud*: *Dominus illuminatio mea, et salus mea.* «El Señor es mi luz, sol mio, resplandor mio, salud de mi alma.» Salud, luego vida; porque donde hay salud hay vida. La Esposa llama al Esposo *corazon mio*: *Ego dormio, et cor meum vigilat*: «Yo duermo, y mi corazon vela.» Y porque el lugar es muy curioso, quiérole declarar de asiento, y probar que sea este su verdadero sentido. Y porque los Cantares de Salomon son un égloga pastoril, en la cual se introducen un pastor, que es Cristo, y una pastora, que es la Iglesia, es menester tomar la proporcion de lo que acá en los amores humanos suele pasar á lo que pasa en los divinos. Muchas veces acaece que el que ama y sirve una doncella con quien pretende casarse, la rua de dia la calle, róndasela de noche, y aguarda arrimado á una esquina si verá abrir alguna ventana, ó por algun resquicio descubrirá luz, ó si acaso su dama se asoma á parte donde la pueda ver ó hablar. Y á esa sazon acaecerá que ella, aunque le quiera mucho, esté durmiendo con todo el descuido del mundo. Si acaso él le da música, ó hace algun ruido por donde ella despierte, en conociéndole, pues tanto le ama, ¿quién duda que no dirá: Yo estoy durmiendo á sueño suelto, y mi corazon, y el que amo mas que á la vida, está desvelado y en la calle? Así finge Salomon que una noche el Esposo rondando la puerta de su Esposa, comenzó á llamarla y decille: «Abridme, hermana mia, amiga mia, paloma mia: mirad que es pasada la mayor parte de la noche, y ya cae el rocío del alba.» A la voz del Esposo recordó la Esposa de su sueño, y como conoció á su Esposo dijo: *Ego dormio, et cor meum vigilat.* «Mira mi descuido, dice la Esposa, y el cuidado de mi corazon, y mi amado, que yo estoy durmiendo, y acostada, y mi Esposo en la calle desvelado.» Así que los santos porque viven en Dios le llaman su vida; san Pablo lo dijo bien como todo lo demás, en el capítulo tercero á los Colosenses: *Mortui estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo. Cum autem Christus apparuerit vita*

Prov., 17.

Philip., 1.

Galat., 2.

Psal, 26.

Cant., 5.

*vestra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria.* «Estais muertos, dice el Apóstol, porque no vivís en vosotros, ni al mundo; y donde el alma no obra, no se dice que habita: y pues el amor ha llevado á Dios, síguese que estais muertos.» ¿Pues dónde viven, san Pablo? En Dios adonde está escondida su vida, porque el mundo no llegue á descubrir con sus turbios ojos la vida espiritual de los justos, y por eso la llamó escondida. Pero no está sola, sino con Cristo, que está escondido en Dios, porque está en el seno del Padre, y dijo de sí mismo: «Nadie conoce al Hijo, sino el Padre.» Dícese tambien estar Cristo escondido en Dios, porque hasta el dia del juicio universal no es conocido de muchos gentiles, judíos y bárbaros, pero entonces le conocerán, como lo dijo David: «Será conocido el Señor cuando tomare las cuentas al mundo.» Entonces dice san Pablo: «Cuando apareciere Cristo nuestra vida aparecerá.» esto es, se descubrirá, y conocerá el mundo que vivíades. Llamó á Cristo nuestra vida, porque él nos la da. De aquí se sigue que conforme al amor sube ó baja de valor el hombre; porque no es mas bueno de cuanto lo fuere la vida, y esta la da el amor: luego no será mas buena de cuanto lo fuere lo que ama. Por esto dijo mi padre san Agustin: «Si tierra amas, tierra eres; si cielo, cielo eres; si á Dios, Dios eres;» porque: *Qui adhæret Deo, unus spiritus est cum eo.* «El que se allega á Dios, hácese un espíritu con él.» Luego si de un espíritu vive, tendrá la misma vida, y se llamará Dios en su tanto, conforme á lo del psalmo alegado, por el Redentor, en san Juan, en el capítulo décimo: «Yo dije: Dioses sois, y todos los buenos sois hijos del Altísimo.» Conocia bien David que lo que amase le daria vida cual ello fuese; y así decia: *Mihi autem adhærere Deo bonum est, et ponere in Domino Deo spem meam*: «Muy buena cosa me es á mí allegarme á Dios, y poner en él toda mi esperanza.» Y porque sin vida poco aprovecha la riqueza, ni aun el cielo, y con ella (digo la verdadera) no hace falta la gloria, decia: *Mihi autem quid est in cœlo? Et a te quid volui super terram?* ¿Qué quiero yo, Dios mio, bien mio, gloria mia, sin vos en el cielo? Si vos, esperanza mia, no estais allí, todo me será noche, todo tristeza, todo infierno: y si á vos, vida de mi alma, os tuviese en el infierno, me seria dulce paraíso; allí tendria yo gloria. ¿Qué quiero yo de vos sobre la tierra? Nada por cierto, pues sin vos no tengo vida, y el muerto nada ha menester de cuanto el mundo tiene. Pues decidme, David, ¿qué os daria contento? *Defecit caro mea, et cor meum: Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum.* «¡Ah! que desmaya el alma mia, y se enflaquece el corazon, acordándome de lo que quiero!» Dios mio, corazon mio, ¿qué puedo yo querer, sino á vos? Que vos seais mi heredad, de quien me viene todo el fruto de mi gloria: *Quia ecce, qui elongant se a te, peribunt*: «Porque los que de vos, ó fuente de vida, se apartan, perecen y mueren;» porque dejando la vida, ¿qué esperan sino topar con la muerte? Huyen de la fuente; ¿qué les queda sino morir de sed, en el calor del infierno? Apártanse de su alma:

Matth., 11.

Psal., 9.

1. Cor., 6.

Psal., 81.

Psal., 72.

Ibid.

luego serán una sombra vana. De lo dicho inferimos que pues lo mejor y mas dulce que el hombre tiene es la vida, y conforme á recta razon ha de desear para sí la mejor y mas perfeta, y esta es Dios, y pues no la podemos alcanzar si no es amándole, que lo primero que habemos de amar es Dios, pues él solo es superior á nuestra voluntad: esto mismo nos enseña toda la órden de naturaleza, porque las cosas inferiores, y menos dignas, se mudan en las superiores y mas dignas. Así se convierten los elementos en las plantas; estas por sus frutos, en naturaleza de animales que los comen; los animales se convierten en el hombre, comiéndolos y manteniéndose de su carne; y allí se perficionan y ennoblecen. Luego para que todo el hombre se mude en mejor, ha de amar primero á Dios Toda la naturaleza da voces que la cosa que primero se ha de amar es Dios; y cuando falta esta órden, es mal amor, y desordenado. Esto es lo de: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua, et ex omnibus viribus tuis.* Mandanos el Señor que le amemos de todo corazon, con todas nuestras fuerzas, así del alma como del cuerpo, con todas nuestras potencias interiores y exteriores, y con todo lo que somos, para que nosotros todos nos mudemos en él, y no haya parte en nosotros que no se ennoblezca, cobrando mas noble vida en él, amándole con todas ellas. He aquí agora la gran fuerza del amor, y de qué suerte une á los ángeles y á los hombres con Dios. Resta agora que digamos cómo va un hombre cayendo de tan alto estado, y viene á morir por el pecado, y á destruir y borrar la imágen de Dios, y á imprimir en su alma la del demonio. Matth., 22.

## SEGUNDA PARTE.

### § I.

Para pintar el estado de pecadora en que se vió la Magdalena, será bien tomar el Evangelio por guia, para que nos adiestre y no nos perdamos de nuestro intento. Y lo primero, supongamos que el espíritu de Dios nos pone delante los ojos á la Magdalena, como un raro y admirable ejemplo de penitencia. Suelen los grandes pecadores, á quien sus muchos pecados han traido á cegalles la luz del entendimiento, desconfiar de poder alcanzar perdon, porque cuando entran en cuentas con su conciencia, á sí mismos se aborrecen, y son intolerables. Y cuando les dicen: Hermano, ¿porqué no haceis penitencia? ¿Porqué no acabais ya de determinaros á salir de vuestro pecado? Responden: ¿Cómo quereis que salga, si ya para mí no hay cielo ni misericordia? Un hombre como yo, que toda su vida la ha gastado en ofensas contra Dios, ¿qué esperanzas podrá tener de su remedio? Y así dejan de volverse á Dios, como lo dice

Jer., 2. Jeremías : *Prohibe pedem tuum a nuditate , et guttur tuum a siti. Et dixisti : desperavi , nequaquam faciam : adamavi quippe alienos , et post eos ambulabo.* « Mira la locura de mi pueblo , dice el Señor, que diciéndole yo : Pueblo mio , ¿porqué pudiendo andar calzado en el invierno quereis andar descalzo ? Porqué pudiendo tener refresco en el verano , y beber frio , quereis perecer de sed ? » Mas claro : ¿ Porqué , alma , pudiendo andar vestida de gracia , que es ropa que os tendrá el frio de la desnudez del pecado , quereis andar desnuda de virtud, y sufrir los hielos de los vicios ? ¿ Y porqué pudiendo hallar refresco contra el calor desordenado de vuestras pasiones en mí, que soy fuente de vida eterna , quereis mas secaros al ardor de vuestros pecados, para haceros madero seco , para arder para siempre en el infierno ? Y, Señor, ¿ qué os respondió vuestro pueblo á tan justa querella ? *Desperavi , nequaquam faciam.* La respuesta fué : « Ya es tarde , que he desesperado del remedio. » No lo haré , porque toda la vida he amado á los extranjeros, esto es, á los vicios y pecados , que se llaman extranjeros porque no eran de nuestra cosecha , ni era lo que Dios habia sembrado en el alma , porque el Señor solas virtudes habia sembrado. Lo mismo dice en el capítulo décimooctavo del mismo profeta. Díceles el Señor : *Revertatur unusquisque a via sua mala , et dirigite vias vestras, et studia vestra.* « Aconsejéles yo que torciesen la rienda del camino que llevaban , que se volviesen á mí , que dejasen ya de pecar. » Respondiéronme : *Desperavimus : post cogitationes nostras ibimus , et unusquisque pravitatem cordis sui mali faciemus :* « Desesperado habemos : ya no hay mas de seguir tras nuestro deseo , y hacer cada uno su mal intento. » Otros hay que se excusan con decir que desean hacer penitencia , pero que no saben cómo la hagan. Y á las veces el pecado los ha traido á tal estado , que aunque á ellos y á los hombres les parezca que hacen penitencia , no la hacen á los ojos de Dios , porque no lloran por él , sino por sí mismos. Lloraba Esau , dice la Escritura ,

Gen., 27. y refiérelo san Pablo á los Hebreos en el capítulo doceno : *Esau propter unam escam vendidit primitiva sua ; scitote enim quoniam et postea cupiens hæreditare benedictionem , reprobatus est : non enim invenit pœnitentiæ locum , quanquam cum lacrymis inquisisset eam.* « No seais profanos como Esau , dice el Apóstol , el cual por una comida vendió el derecho de su mayorazgo. Que sabed que despues arrepentido , y deseando heredar la bendicion de su padre Isaac , se halló burlado , y llegó tarde su arrepentimiento , tanto que no le aprovechó la penitencia, aunque la buscó con lágrimas. » Pecó Esau en vender la herencia de primogénito , porque era el derecho que tenian al sacerdocio , que iba entonces por los mayorazgos ; y así cometió simonía. Jacob no , porque no compró propiamente , sino solo redimió su vejacion ; pues que , conforme á la ordenacion divina , á él se le debia el mayorazgo y la bendicion. Lloró Esau , no por su pecado , mas por el interés que perdia ; y así no fué verdadera penitencia , que á serlo no le negara el clementísimo Señor el perdon. Así fueron tambien las lágrimas del rey Antíoco , que habiendo robado el templo de Jerusalen , le castigó Dios con una

espantosa enfermedad; y siendo el dolor que le causaba vehementísimo, dice la Escritura: *Orabat scelestus Dominum, a quo non esset misericordiam consecuturus*: «Oraba el malvado rey al Señor, de quien no habia de recebir ni alcanzar misericordia.» 2. Mac., 9. Pero la divina bondad á nadie desecha, si de corazon se vuelven á él. Y así dice el Sabio: *Quis enim invocavit Deum, et despexit eum?* «¿Quién hay que pueda decir con verdad que habiendo llamado á Dios como debe, le haya Dios desechado, y dado con la puerta en los ojos?» Eccli., 2. Nadie por cierto. Así que volviendo á nuestro propósito, unos, desesperando del perdon por la grandeza de sus pecados, no hacen penitencia: otros dicen que no saben cómo la han de hacer, y ya que hacen algo no es verdadera penitencia. Pues para que ni los unos ni los otros tengan excusa de su pecado, pone la Sabiduría divina un raro ejemplo de penitencia: una Magdalena, cargada de pecados de piés á cabeza, que con sus lágrimas, y dolor, y amor que al Redentor tuvo, llegó á oir de la boca del mismo Dios aquel *bien te quiero* con que hace bienaventurados. Dice pues nuestro Evangelio:

## § II.

«Rogaba á Jesus un cierto fariseo que comiese con él.» Convidando uno á comer á Diógenes el cínico, no quiso ir, ni acetar el convite. Y preguntándole la causa, respondió: Porque el otro dia me convidaron, y no me dieron gracias por ello. Parecíale á este filósofo que le habian de agradecer el querer ir convidado: y cierto tenia razon, porque cuando vos llevais un hombre sabio á vuestra casa, y le sentais á la mesa, mayor merced os hace él en ir que vos en llevalle. La razon es porque lo que él en vuestra mesa come vale pocos maravedis, y lo que él allí os enseña no tiene precio. Dice el Sabio: *Narratio fatui quasi sarcina in via: nam in labiis sensati invenietur gratia. Os prudentis quæritur in Ecclesia, et verba illius cogitabunt in cordibus suis.* Eccli., 31. «Qué pesado es un necio en entenderse, dice el Sabio, y cómo muele si os habla!» ¡Qué torpe es en declararse! ¡qué cabezudo en sus porfías! No hay carga que tanto pese al que va á pié como la conversacion cansada de un necio: lo que es al contrario en un discreto. Luego bien decia Diógenes que se le habian de dar gracias porque acetaba el convite. Pues si las merece un hombre sabio, por el interés que trae su conversacion, ¿cuántas se deben de dar á Dios, que quiera comer con los hombres, y honrarles su mesa? «Yo estoy á la puerta, y llamo, dice el Señor; si alguno me abriere, entraré, y cenaré con él.» ¡Oh gran Dios! ¡que porque no sea menester buscarte estás á la puerta, y no quieres mas de que te la den, que tú te entrarás! No dices, Señor, «si alguno me rogare,» sino, «si alguno me abriere:» porque entienda el pecador que tiene un Dios tan pegajoso que ha menester pocos achaques para entrar y quedársele en casa. *Deliciæ meæ esse cum filiis hominum*, decias tú, Señor. ¿Pues qué mucho, que convidándote y Prov., 8.

rogándote este fariseo, comas con él? Pero aun aquí, Dios mio, hallo nueva razon de alabar tu bondad, tu clemencia y mansedumbre. No me espantaria yo de que Diógenes acetase la mesa ajena; porque al fin, ya que no le daban buenas gracias, no se las daban malas: mas espántome mucho ver que admite Cristo convite de fariseo; porque no solo no le agradecian el acetallo, mas aun mirábanle á las manos, y contábanle los bocados para calumniallo. Y así dice el evangelista que entró un dia de fiesta el Señor en casa de un fariseo á comer; y él y los demás le tenian ojo, para ver si se desmandaba en algo, para acusalle. Y así le llamaban gloton, destemplado, amigo del vino, y otras graves blasfemias Pues, Señor, ¿qué novedad es esta? ¿Vos no sois el que teneis nombre de comer con los publicanos y pecadores? En el capítulo veinte y tres de san Mateo, nos pintais las costumbres de los fariseos de tal manera que entendemos que no es gente de quien vos gustais. Gente que se pica de santa en lo exterior; vos, Señor, comeis corazones. Gente pagada de sí; vos, Señor, quereis los hombres descontentos de sí mismos. Gente ambiciosa, codiciosa, gran pregonera de sus cosas; vos, Señor, abominais todo esto Finalmente: por el mismo caso, que gustais tanto de comer con sus contrarios, los publicanos, entendemos que estotra gente no es á vuestro sabor. Convidaisos á comer con un Zaqueo, pero era príncipe de los publicanos. Vaisos con Mateo, pero era un alcabalero pecador. ¿Pues qué quiere decir agora mudar costumbre? Y aun por eso dice el evangelista: *Rogabat:* «Rogado va, y muy rogado.» A los otros él se convida, pero con estos, rogado, y casi por fuerza. Y entiendo que mas le lleva la pecadora, que sabe que ha de ganar allí. En casa del otro fariseo sanó un hidrópico, y por eso fué; aquí sana una gran pecadora, y por eso va. ¿Mas cómo no quereis que vaya, si dice: *Rogabat?* ¡Oh fuerza del ruego, é importunacion, que traes á Dios á casa de un pecador! *Et si ille perseveravit pulsans, dico vobis, propter improbitatem ejus surget, et dabit illi*, dice el Señor. Quien tiene un amigo, que si acaso de noche y á deshora le viene un huésped, y se halla desproveido de lo que ha menester para dalle de cenar, este vase á casa de su amigo, y dícele: Un huésped me ha venido, prestadme tanto pan y vino para dalle. Si estando ya acostado se le excusa que no es ya hora de abrir la puerta y que no hay quien se lo dé, si el que tiene la necesidad insiste llamando y ruega, «en verdad os digo, dice Cristo, que cuando no lo haga por su amigo, por la importunacion, y por echallo de sí, se levantará, y le dará lo que pide, y aun mas de lo que pide.» ¡Poderosa fuerza la de la oracion, que va cautivo Dios, va atadas las manos, va rendido! ¿Cómo quereis que vaya, adonde este fuerte Jacob, este vitorioso luchador de la oracion le lleva? Por eso va á comer. Esmérase Dios en pagar bien la posada; porque no cabe en ley de buena crianza posar en una casa y dejar al huésped descontento. Elías pagó la posada á la pobre sunamites, con dalle harina y aceite para el tiempo de la gran hambre, y despues le resucitó el hijo que era muerto. Su discípulo Eliseo, por sus oraciones, alcanzó que tuviese hijo su huéspeda; y despues habiéndosele muerto, le volvió

Luc., 11.

3. Reg., 17.

4. Reg., 4.

á la vida. Pues si entre gente de bien se tiene esto por falta, ¿cuanta razon será que entendamos que pagará bien Dios la posada que le diéremos? El bienaventurado san Ambrosio pondera mucho aquella diligencia con que Zaqueo hospedó á Cristo. ¿Qué priesa es esta? *Sciebat uberem esse hospitii mercedem.* Habia oido decir Zaqueo á otros huéspedes cuan bien pagaba Cristo, y por eso se mostraba tan diligente. Comia con pecadores, y perdonábales sus pecados; con los gentiles, y traíalos á la fe; con sus amigos, por acrecentallos en su amor; con los fariseos, para humillarlos; y así no quedó este sin galardon, pues fué alumbrado del error en que vivia, y en su casa se celebró tan alto sacramento como el de la penitencia.

## § III.

*Et ingressus domum pharisæi discubuit.* No es el Señor de los que mientras mas los ruegan mas se estienden. No os turbe el haberos dicho que le rogaba, y que á fuerza de ruegos se va con el que le convida: que no es esto porque él os quiera negar lo que pedís, sino por gozar de vuestro ruego, que es lenguaje que á él mismo agrada. Tiene un padre un hijo pequeñuelo, y el niño viendo al padre con una manzana en la mano pídesela: no se la da luego. Cierto es que huelga de dársela, pero por gozar de los halagos y lisonjas del niño se la detiene. Iba la cananea en pos del Redentor, lloraba, llamábale, pedíale misericordia para una hija que tenia: la necesidad era grande, Matth., 15. sus lágrimas muchas, su fe extremada, su trabajo digno de compasion, y con todo eso *non respondit ei verbum.* Dice el Evangelio que no le respondió palabra. Sobre lo cual dice san Crisóstomo, espantado que no le respondió palabra: ¡«Oh cosa nunca vista! ¡oh caso jamás esperado de Dios, que le ruegue una mujer, que le suplique, que le importune, que llore su causa, que cuente su pasion, y acreciente la tragedia con llantos, y que el amador de los hombres no le responda! ¡Que calle la Palabra! ¡Que esté cerrada la fuente! ¡Que el médico detenga las medicinas! ¿Qué es esto, espejo de los santos, resplandor de la gloria? ¿Qué novedad es esta, ¡oh guarda de los hombres! ¿Vos provocais á otros á que os sigan, y á esta miserable mujer que os sigue la desechais? ¿Qué esperanza me queda, ó Padre del cielo, á mí, tibio, si á tanta fe cerrais la puerta? ¿Adonde está lo de *Pulsate et aperietur vobis*, «llamad, y os abrirán?» ¿Vos, Señor, en naciendo trujiste de oriente á los reyes; y resucitando mandais á vuestros discípulos que vayan por el mundo á convertir gentes; y agora que viene esta desdichada mujer á rogaros por su hija, llorando su desventura, no le respondeis? Al centurion, que os rogó por su paje, le dijistes: Yo iré, y le curaré; á un ladron por una palabra le dais el cielo; al paralítico, sin pediroslo, le mandais que se levante sano; á Lázaro le volveis de allá del infierno: vos que curais los leprosos, resucitais los muertos, alumbrais los ciegos, salvais los ladrones, perdonais las rameras, ¿no respondeis á esta desventurada?» Era porque se holgaba del sufrimiento y paciencia de la ca-

nanea, y por acrecentalla en la fe, y porque la mas alta alabanza que damos á Dios es tener siempre grandes esperanzas de su misericordia.

Psal., 70. *Ego autem semper sperabo, et adjiciam super omnem laudem tuam*, dice David. Yo, Señor, siempre esperaré, aunque me vea el agua hasta la boca; siempre tendré esperanza que me ha de llegar á sazon vuestro socorro, y con esto acrecentaré sobre todo vuestra alabanza, porque huelga mucho el Señor que esperemos de su Majestad grandes cosas. Así en nuestro propósito, si se hace de rogar algunas veces, no es por no concedernos la merced que le pedimos, siendo justa, mas por el contento que recibe de que le roguemos. Sino miradlo en la facilidad con que en entrando se sentó á la mesa; parece que temia no le desconvidase. Parece esto á lo del hijo pródigo, que en

Luc., 15. viéndole de lejos, corrió los brazos abiertos á recibirle, como si temiera que se le habia de volver. ¡Oh entrañas de misericordia! ¿y adónde con tanta priesa? ¿Para dónde correis, Dios mio? Dejadme, que voy á recibir á mi hijo. Pues, Señor, ¿no veis que os ha gastado la hacienda? ¿no veis que os ha ofendido? ¿que es un perdulario? ¡Ha, que es mi hijo! dice el buen Padre Dios, y voy muy alegre para recebille. Luego en entrando se asentó el Señor; luego quiere posesion, y de tal manera, que despues de entrado no se os irá, hasta que le echeis de casa; y aun despues se os arrimará á la puerta esperando si le quereis abrir.

Cant., 2. *En ipse stat post parietem nostrum, respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos*, decia la Esposa. «¿No veis á mi Esposo, á mi amado, que está tras la puerta mirando por los resquicios del cancel, y acechando por las rendijas de las ventanas?» Es que está mirando qué es lo que hace la Esposa, el alma, con deseo de hallar por donde entrar. Por esto se llama sol: porque así como el sol entra por cualquier agujerito de la ventana, por pequeño que sea, así tambien Dios por cualquiera entrada que le deis, por cualquiera ocasioncita, por un oido que dejeis abierto, por una palabrita, por un sospiro dado con deseo, al fin se aprovecha de cualquier ocasioncilla que halla para nuestro remedio. Por agua se lanzó para entrar á una samaritana; por pesca para un san Pedro, y le hace de-

Luc., 5. cir: *Exi a me, Domine, quia homo peccator ego sum.* «Señor, salí de tan pobre barca como la mia, que soy un hombre pecador, que no merece tanto bien.» ¡Oh san Pedro! ¿y qué decís? Él anda por quedárseos en casa, y vos por echarle della. ¿Y si sois pecador? y aun por eso es bien detenerle, que á la presencia de la gracia necesario será que huya el pecado: paréceles á los hombres que es negocio de cumplimiento, y que es metáfora y manera de hablar que inventan los predicadores, sacada de sus cabezas, porque dicen ellos que no ven á Dios tras la puerta. Esto es de entendimientos muy carnales. ¿Y no miras una buena inspiracion que Dios te envia? ¿un castigo? ¿un no enviarte agua? ¿una enfermedad? Que sea esto así, que llame, y para ello envie estos castigos, pruébase en muchos lugares de la Escritura, particularmente en el cuarto capítulo del profeta Amos: y porque el lugar es galan, lo diré aquí todo. «Oid, vacas gordas, las que os apacentais en

los fertiles montes de Samaria; los que á los pobrecillos les armais lazos, y los calumniais, hechos acusadores de lo que no cometieron, por pelalles la poca hacenduela que tienen. Jurado ha el Señor por vida de su Hijo, que es su santo, y ha puesto la mano en el ara consagrada, que han de venir dias en que, hechos tasajos, os han de asar vuestros enemigos en lanzas, y hinchirán sus ollas de vuestras carnes, y que harán ollas podridas de vosotros. ¿Porqué, Señor, tal estrago en ellos? Porque yo, por vuestros graves pecados, os dí tanta falta de pan que se os olvidaba el comer y se os mohecian los dientes, y con todo eso no os volvistes á mí, dice el Señor. Yo tambien os quité la lluvia, y cerré el arca del agua; lloví sobre una ciudad, y no sobre otra, y los campos que no se llovieron se secaron; y venian dos pueblos, y tres, á buscar agua á otro donde sabian que habia alguna fuente; y les daban el agua por tasa, de suerte que no se hartaban; y no os habeis vuelto á mí, dice el Señor. Envié arañuela en vuestros frutales, helé las viñas, añublé vuestras huertas, comióse el gusano las aceitunas; y ni aun así os volvistes á mí, dice el Señor. Envié muerte y cuchillo en vosotros, camino de Egipto, cuando os salieron los enemigos con mano armada, y cayeron en la guerra los mas floridos y robustos de vuestros soldados: los enemigos apañaron la presa, y cautivaron vuestros caballos, y fué tanta la carnicería que llegaba el hedor de los muertos á vuestras narices; y no os volvistes á mí, dice el Señor. Mas, que os derroqué las casas y poblados, como á Sodoma y Gomorra, y salistes del fuego como tizones medio quemados; y con todo eso no habeis vuelto á mí, dice el Señor.» De manera que en todo este capítulo va probando remedios para entrarse en casa, y si los castigaba era no mas que llamarlos para que se volviesen á él. Y porque ví este capítulo cuarto del profeta Amos traducido á la letra, he querido ponerlo aquí, para desempalagar el gusto á los que esto leyeren.

Oidme, vacas gordas
Del monte de Samaria,
A do paceis las yerbas regaladas,
Y las orejas sordas
Volved ya voluntaria-
Mente, del verde pasto descuidadas:
Por vos son quebrantadas
Las fuerzas á los pobres,
Robando sus alhajas,
Hasta las pocas pajas
Del pobre lecho, que aun los duros robres
Lloran sus sinrazones,
Con no habelles Dios dado corazones.

Pues ya Dios ha jurado
Por vida de su Hijo,
Con la mano en el ara consagrada,
Que el enemigo airado,
Con grita y regocijo,
Le vengará esta injuria con la espada,
Y que despedazada
Vuestra carne, allí luego
Harán los asadores,
De las lanzas mayores,
Y asarán los tasajos en el fuego,
Y para sus comidas
Harán de lo que queda ollas podridas.

En Betel adorastes,
Do está el becerro de oro,
Y en Galgala lugar de idolatría:
Y pues ya comenzastes,
Gastá el rico tesoro
En tales sacrificios noche y dia.
Y de la hacienda mia
Les ofreced primicia,
Y al pan con levadura
Llamad ofrenda pura:
O hijos de Israel, ¿tanta malicia,
Cómo será posible
Que no se vengue con furor terrible?

Pensando de emendaros,
Por pan os dí gran hambre,
De suerte que el comer se os olvidaba.

No me bastó cortaros
De la vida el estambre,
Cuando en lo mas florido y verde estaba.
Y puesto que os llamaba,
Jamas á mí os volvistes:
Yo, faltando tres meses
Para coger las mieses,
Mandé que no llov ese, como vistes,
Y el agua cayó de arte,
Que á vuestras mieses no les cupo parte.

Los rios desmayaron,
Secáronse las fuentes,
La gente se caia de sedienta.
Dos pueblos se juntaron
Por buscar las corrientes
De quien acaso alguno les da cuenta.
Mas aun el agua lenta
En viéndolos huia,
Y así no se hartaban,
Aunque lo procuraban;
Mas esto no venció vuestra orfía,
Ni quisistes volveros
A mí, que me dolia solo en veros.

Pasó mas el castigo,
Porque os envié langosta,
Y vuestros huertos todos se añublaron;
Y al gusano enemigo
Mantuve en vuestra costa,
Cuyos dientes las viñas os talaron;
Tampoco perdonaron
Al olivo aceitoso,
Ni á la higuera verde,
Que el dulce fruto pierde;
Mas no os bastó un castigo tan furioso.
Ni quisiste volveros
A mí, que me dolia solo el veros.

Salió la muerte airada,
Y camino de Egipto
Desolló vuestros mozos mas valientes;
La juventud prostrada
Quedó en aquel conflito,
Para mayor espanto de las gentes.
Los caballos dolientes,
Y tristes, van cativos,
Y el hedor de los muertos
Llega de los desiertos
A dar en las narices de los vivos:
Mas no basta á volveros
A mí, que me dolia solo el veros.

No contento con eso,
Por sola vuestra emienda
Derroqué vuestras casas por el suelo,
Y de Sodoma el peso
Os cargué, porque entienda
Vuestra maldad la tierra y todo el cielo.
Quedastes deste duelo
Como tizon quemado.
Cielos, seime testigos
Que tras tantos castigos
Los hijos de Israel me han olvidado:
Ni se han vuelto con ellos,
A mí, que me dolia solo el vellos.

Yo haré, Israel, estas cosas contigo,
Y á lo menos, despues de ya pasadas,
Seime siquiera fiel, y tenme por amigo:
Y disponte á seguir tras mis pisadas.
Quien crió las peladas
Montañas, y el que cria
Este viento que vuela,
Y al hombre le revela
Su querer, y la noche vuelve en dia,
Tiene, porque te asombre,
Señor de los ejércitos por nombre.

De lo que el Señor dice en este capítulo del santo profeta se colige evidentemente cuanta verdad sea lo que ibamos tratando, del deseo que tiene de estar con nosotros. y que los castigos que envia, las amenazas, y todo lo que á nosotros nos parece aspereza y desamor, no es otra cosa sino un llamar á la puerta, y estar arrimado á ella, aguardando que le abramos. Al otro le levanta los ojos al cielo, para que vea las grandes obras de Dios, y de allí se mueva á recogerse, y á ver que ha ofendido á Dios. A unos amenaza, á otros halaga; á estos pide zelos, á aquellos se muestra enojado. ¿Pues qué otra cosa es tan vario modo de atraer, sino estar mirando Dios tras la puerta, para atalayar, si vos descubrís en vos algun portillo. por donde él pueda entrar á vivir con vos? Si no tuviéramos palabra de Dios, firmada con el sello del su Espíritu en la Sagrada Escritura, que nos dijera que es el gusto que Dios toma con el hombre, y con su trato, no lo dijera yo. Despues de criado el Hombre, que fué lo

último con que Dios alzó de obra, dice la Escritura: *Requievit Dominus ab universo opere, quod patrarat.* Esto es, cuando Dios en el primero dia hizo la luz, no quedaba del todo contento: y así al segundo dia hizo el cielo estrellado; y puesto que le dió contento su belleza, como tambien se le habia dado la luz, aun le faltaba algo para su regalo. Por eso al tercero dia descubrió la tierra, y poblóla de yerbas, y plantas, y de árboles de fruta: parecióle bien á Dios, pero aun quedaba lo mejor. Llega el cuarto dia, y cria esas dos lumbreras del cielo: el sol, que es fuente de luz, alegría del mundo, espejo purísimo y resplandeciente, ojo del cielo; y la luna, caudillo y princesa de las estrellas; para que el uno alumbrase el dia, y la otra presidiese de noche á las obras de los mortales. ¿Quién pensara que habia mas que desear, ni que quisiera Dios pasar mas adelante, viendo aquella hermosura que tanto lleva tras sí los ojos? Pues aunque le pareció muy rebien á Dios, dice que no lo ha por eso: y al quinto dia hinche esos senos del mar inmenso de diversidad de pescados, que jueguen á su placer en las espaciosas aguas; y los rios, estanques y fuentes, manda que se pueblen de peces; cosa que aunque la belleza del sol, y luna, y estrellas, es mucho, al fin no viven, ni sienten, ni tienen actos vitales como los peces, y por eso son mas nobles. Manda tambien que en ese mismo dia del agua se produzgan las aves, para que con libre vuelo, rompiendo el delicado viento con las vagas alas, jueguen en el abierto cielo, y que con las doradas plumas, pintadas de mil colores retocadas con los rayos del sol, hagan millares de vislumbres, pareciendo mas hermosas de lo que son en su ser natural. Ni aun aquí cansó la poderosa y liberal mano del gran Padre del cielo; y así, por no dejar la tierra mas pobre y despoblada de lo que habia hecho al aire, manda que al sexto dia salgan en nuevo ser todas las especies de animales, de que tan llenos vemos hoy los campos, y los montes, y toda la tierra, con tanta variedad de propiedades y condiciones que lo mas que dellas sabemos es lo menos que ellas tienen. ¿Hay mas que desear, gran Dios? ¿Falta aun algo para nuestro contento? ¿Queda cosa que sea de nuestro gusto que no esté ya hecha? Bien estais en la cuenta: aun falta lo mejor, y no ha llegado á su punto el descanso mio, dice Dios. Y para que mejor se entienda, nota lo que Abdalá sarraceno dijo. Preguntado cual era la cosa de mayor admiracion que en esta mundana farsa se hallaba, respondió que el hombre. Lo mismo dijo Hermes Trismegisto, hablando con su hijo Asclepio: *Magnum, o Asclepi, miraculum est homo!* «Por cierto, oh Asclepio, gran milagro es el hombre!» No es la razon las alabanzas que del hombre se dicen, que es lengua de todas las criaturas, pariente de los ángeles, intérprete de naturaleza, medio entre la eternidad y el tiempo; y, como dicen los persas, lazo del mundo, poco menor que los del cielo. Grandes cosas son estas, pero no tales que con derecho se alcen con el nombre de admirables, pues los ángeles les hacen mil ventajas. La razon principal es: Habia el Soberano Maestro compuesto esta mundana casa, á la traza de su sabiduría; habia hermoseado de espíritus la sobrecelestial region; las esferas de estrellas y planetas; todo este mundo inferior le

Gen., 2.

habia poblado de animales : faltaba quien conociese la grandeza del Hacedor, y la ilustre obra; por esto acabando ya todo lo demás, comenzó á tratar de producir al hombre. ¿Pero cómo será eso, que en los archivos divinos no hay de donde producir nuevo hijo, ni en los tesoros no hay con que héredalle, ni en las sillas del mundo no hay lugar adonde este contemplador del universo se asiente? Pero decidme, sabio moro, ¿cómo decís que en los archivos divinos no hay donde producir nuevo hijo, ni en los tesoros no hay con que heredalle, ni en las sillas del mundo no hay alguna vacía donde se asiente? Bien digo, responde Abdalá; porque ó el hijo ha de ser intelectual, ó no. Si ha de serlo, ya en el cielo los hay, y la region suprema está llena de espíritus intelectuales. Si no ha de tener entendimiento, ha de ser bruto; ya la tierra está llena dellos. Y mas, que si de sus tesoros se le ha de dar gloria, ya la tienen los ángeles; si tierra, ya la poseen los brutos. Y esto es lo que dice la Escritura : *Igitur perfecti sunt cæli, et terra, et omnis ornatus eorum ; sed homo non erat, qui operaretur terram.* « Acabó, dice Moisen, el Señor de dar perfeccion á los cielos, » hinchéndolos de ángeles ; á la tierra, poblándola de animales; crió todo lo que para el ornato y hermosura del cielo y tierra era menester : pero no habia criado al hombre, que pudiese trabajar y labrar el paraíso. Mas no era cosa decente que Dios no pudiese tener otro nuevo Hijo, siendo de poder infinito, ni le estaba bien á su gran sabiduría, ni á su paterno amor. Determinó pues el supremo artífice que aquel á quien no se le podia dar alguna cosa nueva, le fuese comun todo lo que á los demás animales les era propio. Toma pues al hombre, que aun no tenia propia imágen, y puesto en medio hablóle así : Ni te damos cierto asiento, ni propio rostro, ni don particular ; porque la silla que conforme á tu albedrío, y el rostro, y los dones que tú te desearas, y quisieres escoger, esos tengas. Todas las demás criaturas tienen limitadas leyes, y naturalezas: á tí ninguna te estrechan. Por tu albedrío, en cuya mano te he puesto, has de hacerte ley. Púsete en medio del mundo, para que de allí mirases mejor lo que hay en él. Ni te hicimos celestial ni eterno, mortal ni inmortal : tú has de ser como árbitro, y nuevo entallador de tí mismo. Podrás degenerar en las cosas inferiores, que son los brutos, y podrás trasformarte en las superiores, y divinas, segun te pareciere. ¡Oh suma liberalidad del Padre celestial! ¡Oh admirable felicidad del hombre, á quien fué dado tener lo que desea, ser lo que quisiere! Los brutos desde su nacimiento sacan consigo lo que han de ser. Los ángeles en siendo criados se hallaron perfetos, y en eso no se gastó tiempo; mas en el hombre sembró Dios todo linaje de semillas de virtud, y conforme á lo que cada uno labrare aquello cogerá : si regalos del cuerpo, haráse planta, que solo se aumenta y crece : si las cosas sensuales, será bruto : si las racionales, saldrá animal celestial : si las cosas intelectuales amare, será ángel : y si con ninguna destas suertes se contenta, si se volviere á su centro, y se uniere con él, haráse un espíritu, y endiosarseha; porque quien se llega á Dios, hácese un espíritu con Dios. He aquí al hombre criado, y compuesto el mundo. En acabando Dios de criar al hom-

Gen., 2.

bre, dice la Sagrada Escritura: *Et requievit Deus die septimo ab universo opere quod patrarat.* « Descansó Dios de las obras que habia hecho. » Esto es, no habia descansado en la creacion de todas las cosas, hasta que formó al hombre. Entonces dijo: Agora sí estoy contento, que he hecho casa para mí; ya tengo donde reposar; en el hombre estará mi descanso de aquí adelante. Diréisme que no es tan literal ese lugar, y que querríades que os diese alguno que os convenciese, pues es cosa en que tanto os va, y de que recibireis mucho gusto, y aun mucha confianza, si os lo persuadiésemos. Pues mirad: Dios quiso tanto al hombre, que primero le aderezó casa acá en la tierra, y despues le tomó posada allá en el cielo, como á gran señor; que cierto está que Dios no la habia menester para sí. En el capítulo octavo de los Proverbios pinta la Sabiduría Divina, que es el Hijo de Dios, la creacion de todas las cosas: que por pintalla David galanamente, la pondré aquí en verso, explicando el psalmo; porque el capítulo octavo de los Proverbios de su hijo, y este psalmo del padre, dicen una misma cosa. Gen., 2.

Las obras contemplando
De aquella mano, dina
Del gran Padre, y Artífice divino,
Mi alma va faltando,
Porque á luz tan vecina
No ve seguro paso, ni hay camino:
Mas á ciegas, y á tino,
Canta, alma, alguna cosa,
Y alaba, como quiera,
La gloria verdadera
Del que en la inacesible lumbre posa;
Pues mostró en lo criado
Que grandemente se ha magnificado.

Cubierto de hermosura,
Cercado de alabanza,
De claro resplandor estás vestido.
Y en la mayor altura,
Do humano ser no alcanza,
Los cielos como piel has estendido:
Y porque el encendido
Planeta acá enviase
Su fuerza con que al mundo
Le da ser tan fecundo,
Porque á la superior parte no pase,
Un cristalino cielo
Pusiste encima de aguas hechas hielo.

Cual nube en el oriente
Bañada del tesoro
De Febo, con mil luces hermoseas;
Así en resplandeciente
Nube bordada de oro
Subes, do el cielo mides y rodeas,
Y á veces te paseas
En las plumas del viento.
Los pajes de tu casa,
Como fuego que abrasa,
Ligeros mas que humano pensamiento,
Que del mas alto cielo
En un punto por tí bajan al suelo.

Sobre fuertes colunas
La tierra has asentado,
Que en sí misma está firme, eterna, estable,
A do jamás algunas
Fuerzas de brazo airado
La mudarán, que el centro no es mudable.
¿Qué lengua habrá que hable,
Como el inmenso abismo
Con sus aguas la viste?
A quien tú le dijiste:
Vos encerrad mil montes en vos mismo,
Y de ondas coronados
Sepulta el mar mil cerros empinados.

A la voz poderosa,
Que diste antiguamente,
Cuando todo de nada lo criaste,
Huyó la mar, medrosa,
Y encogió la corriente,
A do en sus anchos senos la encerraste,
Y sus ondas turbaste
Con un horrendo trueno.
¡Oh traza soberana,
Pues en la tierra llana
El valle de menuda yerba lleno
Fundaste, y de allí subes
Los montes que compiten con las nubes!

¡Oh fuerza! ¡oh poderío!
¡Oh valor verdadero
De tu brazo, que el bravo mar enfrena!
Y quebrantas su brio
No en montañas de acero,
Sino en una menuda y floja arena.

Y cuando brama y suena,
Porque con cruda guerra
Los vientos forcejando,
Y en las aguas luchando,
Con ellas piensan anegar la tierra;
Aquellas ondas bravas,
Aun sin cubrir la arena las desbravas.

Tú por secretas minas,
Y venas de la tierra,
En los valles amenos rompes fuentes:
Los rios encaminas
Por entre sierra y sierra,
Y entre montes das paso á sus corrientes.
En sus aguas lucientes
Bebe el leon; y el oso,
El gamo, el ciervo juegan,
Cuando á las fuentes llegan,
En medio del estío calurosos.
Y mientras su vez viene,
Al salvaje asno su gran sed detiene.

Sobre las altas breñas
Diste á las aves nido,
Do sin recelo libres anidasen:
Y en medio de las peñas,
Con canto no aprendido,
Con sus arpadas lenguas te alabasen.
Y que cuando callasen,
Por el escuro velo
De la noche serena,
Sola la filomena
Por dulce garganta en triste duelo,
Despida sus querellas,
Moviendo á compasion á las estrellas.

Y de la rueda helada,
Que tira el eje frio,
Del nocturno planeta va asentado;
De yerba aljofarada,
Con el fresco rocío
Las cumbres de los montes has pintado;
Con paso apresurado
Bajan de allá las fuentes,
Porque le quepa parte
A la tierra, y se harte,
Y pueda producir á los vivientes
Brutos el heno y yerba,
Cuyo ser para el hombre se conserva.

Que el bruto la trabaja,
Y la cerviz cerdosa
Del buey la rompa: adonde el pan se esconde.
Y despues con ventaja
Rinde el fruto gozosa,
Y al labrador á veinte le responde.
Riegas las viñas, donde
Nace el licor que alegra
El corazon humano,
Y quita con su mano
La vil melancolía escura y negra.
Y el aceite le diste,
Que torna alegre el rostro del mas triste.

Porque nada faltase,
Le diste el pan al hombre,
Que el corazon confirma desmayado;
Ni aun un árbol quedase,
Ni cedro que se nombre,
Que no sea de tu mano sustentado.
Hacen el nido amado
Las aves, en las ramas
De los bosques sombrosos:
Mas en los poderosos
Arboles las cigüeñas encaramas,
Do en su nido presidan
A las aves que mas abajo anidan.

Al ciervo temeroso
Le diste su vivienda
Sobre los altos montes, do se esconde:
Y al erizo espinoso
Para que se defienda [ponde).
La piedra (que es tú, Cristo, á quien res-
La blanca luna, donde
Del tiempo la mudanza
Conocemos, se viste
De luz, porque quisiste
Que ella y el sol guardasen alianza,
Saliendo á tiempo cierto,
Y poniéndose el sol, por su concierto.

Y cuando el encendido
Planeta al occidente
Fenece la jornada, le sucede
La noche, do adormido
El mísero doliente
Afloja su cuidado en cuanto puede.
No habiendo quien lo vede,
Los ligeros venados
Sin miedo de los perros
Dejan los altos cerros,
A do entre dia estaban emboscados:
Y juegan sin recelo
Corriendo por el prado y verde suelo.

El leoncillo hambriento
Se sale de la cueva,
A cuya voz los otros animales,
Mas ligeros que el viento,
Buscan guarida nueva,
Porque son en la fuerza desiguales.
A Dios piden los tales
Con la voz temerosa,
Y con la cerviz alta,
La presa que les falta,
Forzados de la hambre congojosa.
Que á cuanto tú heciste
De sustento bastante proveiste.

Mas cuando el rubio Apolo
Los rayos de oro muestra,

Huyen y se retiran á sus cuevas;
No queda ni uno solo;
El tigre y onza diestra
Se encovan á pensar en cazas nuevas.
Levántase á sus pruebas
El hombre, y deja el lecho,
Y sale á su ejercicio,
Hasta que, del oficio
Cansado, ve que el sol camina derecho,
Y llega al occidente
A dar luz á la ya hallada gente.

¡Que grandes son tus obras,
Señor de lo criado!
Altas, perfetas, sabias, acabadas.
Por tales hechos cobras
Un nombre que loado
Serás, en mil edades prolongadas.
En tu saber fundadas
Todas las cosas haces:
I la tierra poblaste
De lo que tú criaste,
Porque en tus criaturas te complaces.
I tú te sirves dellas
Desde el ínfimo centro, á las estrellas.

Tú diste al mar furioso
Sus aguas espaciosas,
Y senos que le sirven como manos:
Allí el pece escamoso
Rompe las espumosas
Ondas, con los lascivos juegos vanos.
No pueden los humanos
Contar la diferencia
De peces que allí viven;
Porque solo se escriben
En tu eterna memoria y alta ciencia.
Y en esas ondas tales
Navegan con sus naves los mortales.

El mar para su juego
Le diste, por mostrarte
A aquel fiero dragon que al mundo espanta,
Que con sus cejas ciego
Las grandes aguas parte,
Mas no le vale ser de fuerza tanta,
Que el lazo á la garganta,
Como con avecilla
Juegas con la ballena;
I de tu mano llena
Espera cada cual su partecilla,
Que á su tiempo repartes
A todo lo criado iguales partes.

Tú, como la gallina,
Que á sus tiernos hijuelos
El granillo señala con el pico,
Con tu mano divina
Desde los altos cielos
Repartes su manjar al grande i chico.
De bienes queda rico
El mundo, si la mano
Abres; pero si escondes
El rostro, y no respondes
Al gemino del hombre, ciego y vano,
Se turba y desvanece,
Que adonde tú no estás todo perece.

Está de tí colgado
El ser, sustento y vida,
Pues que de tí, y por tí, y en tí vivimos:
Mas si tú el aire amado
Nos quitas, es perdida
La vida, y en el polvo nos pudrimos.
Más luego revivimos,
Si tu espíritu envias.
Que la muerte destierra;
Y el rostro de la tierra
Renuevas con el sol y claros dias:
Que al fin esos tus ojos,
Del corazon destierran los enojos.

Dure, Señor, tu gloria
Por siglos prolongados,
Y alégrate, gran Dios, en tu hechura:
Y en eterna memoria
Tus hechos celebrados
Sean de toda humana criatura.
Cuando Dios de la altura
Mira, tiembla la tierra;
Y los altos collados
Siendo por él tocados
Humean, que su fuerza los atierra:
Y como cera al fuego,
Si tú los miras, se derriten luego.

Cantarte he, Señor mio,
Mientras no desampara
El alma este terreno y mortal velo:
Y cuando el cuerpo frio
Diere á la muerte avara
Su tributo, y quedare envuelto en hielo,
Ora en la tierra, ó cielo,
O en la region desierta
De luz y de alegría,
Ora en la gerarquía
Me pongas mas subido, á do la cierta
Gloria se goza con el verte,
Que allí te alabaré con vida ó muerte.

Séale mi alabanza
Suave á sus oïdos,
Y en su fuego amoroso arda mi pecho,
Que en mí no habrá mudanza,
Y con alma y sentidos
Me deleitaré en Dios; y allí deshecho,
Con un nuevo provecho
Me gozaré contento.
Mueran los pecadores,
Si no han de ser mejores,
Y acaben como humo al recio viento.
Y vos, ánima mia,
Bendecid al Señor la noche y dia.

De manera que David nos ha pintado en este psalmo la Creacion del mundo, por galan artificio, y lo mismo cuenta su hijo Salomon en el capítulo octavo, el cual introduce á la Sabiduría divina, que es el Hijo de Dios, que habla de cuando todas las cosas se hicieron, y dice: « Yo estaba con mi Padre componiéndolo todo. Tenia cada dia mis juegos y recreaciones diversas, en ver las obras tan perfetas que mi Padre hacia; pero entre ellas hizo una tan de mi gusto, y tan acabada, que me dió mas contento que las demás: esta fué el hombre. En este puse todo mi regalo y deleite: este fué siempre mi jardin de recreacion. » Y así ama tanto Dios á este hombre, que por gozar de su amor, en convidándole, se le entra por las puertas, y se le asienta á la mesa. Y si quereis ver qué tan gustoso manjar es para Dios el hombre, y qué fué lo que en este banquete le supo mejor, oid:

## § IV.

*Et ecce mulier quæ erat in civitate peccatrix.* Atencion, pecadores, que entra el manjar: « Mirad que viene una mujer. » ¿Pues para eso tanta atencion? Creo que la pide el sagrado evangelista para confusion de muchos hombres, que aunque se ven en graves pecados, aunque sienten mil aldabadas y llamamientos de Dios, nada basta para volverlos al verdadero camino de su remedio. Esta mujer pecadora era, pero con zelo, y acude á la fuente á limpiar sus culpas. Pero veamos, santo evangelista, ¿y esta mujer no tiene nombre? Sí tendria, que María se llamaba. ¿Pues porqué no la nombra? Bien os acordais de lo que atrás se dijo, que el amor hace unos, y trasforma al amante con el amado: esto es, que por aficion y amor parece que en alguna manera sale de sí, y se pasa en lo que ama; porque allí tiene sus pensamientos, sus deseos, su descanso, su deleite, y todo lo que quiere y entiende. Por esto decimos que el amante muere en sí, y vive en su amado, porque todos estos son efetos de vida. Pues, como lo que da vida y ser á alguna cosa lo llamamos forma de tal cosa (como al hombre llamamos racional, porque le da vida y ser el alma racional; y al caballo le llamamos animal sensitivo, porque le vivifica un alma sensitiva), así tambien al amante le damos nombre de lo que ama: y por esto á los que aman á Dios los llama la Escritura dioses. Pues como el pecador ame al pecado, ha de tomar el nombre suyo: luego si la Magdalena ama los vicios, y torpezas, y pecados, llámese pecadora, y diga el evangelista: *Mulier in civitate peccatrix*: « Una mujer habia en la ciudad gran pecadora. » Pasemos mas adelante. ¿Porqué no tiene nombre? Dicho habemos que Dios es vida del alma, como tambien el alma lo es del cuerpo: y así como en apartándose el alma decimos que muere ó es muerto el hombre, así en ausencia de Dios decimos que es muerta el alma, y mientras Dios está con ella decimos que tiene vida. El estar y vivir es por amor, que así lo dice san Juan: « En esto, hermanos, conocemos que habemos pasado de muerte á vida, en que amamos. »

1. Joan., 3.

Amor y pecado son contrarios, y no pueden estar juntos, que así dicen los teólogos que la caridad y amor alanzan y destierran el pecado. Tampoco vida y muerte : luego en pecando el hombre se va Dios de su alma, y con él la vida, y por el mismo caso queda muerto el pecador. Así lo dice el mismo Apóstol : « El que no ama está en muerte : » luego si la Magdalena era pecadora, bien se infiere que estaba muerta. El muerto no tiene nombre : *Non est priorum memoria*, dice el predicador; *sed nec eorum quidem, quæ postea futura sunt, erit recordatio apud eos, qui futuri sunt in novissimo :* « No hay ya memoria de los que murieron hoy ha cien años. » Sino pregunta, ¿cómo se llamaron los que murieron en la conquista de Granada? ¿ó en la de Canas, por manos de los africanos? O decidme, ¿cómo tuvieron nombre los vecinos de Numancia? Pues tampoco la habrá de los que hoy vivimos de aquí á cien años. Pues si los muertos no tienen nombres, conforme á lo de los Proverbios, *Nomen impiorum putrescet*, que « el nombre de los pecadores se pudrirá, » siendo la Magdalena pecadora estaba muerta, y si muerta luego sin nombre, pues no la nombra el evangelista. Extraño es el odio que Dios tiene al pecado, y si esto considerásemos no hay infierno que tanto nos espantase como el pecado. Es tan grave cosa, que dice san Anselmo, en el libro de las Semejanzas, que si fuese posible antes querria ir á padecer todas las penas del infierno sin pecado que ir al paraíso con él. ¿Pero qué mucho? Pues al santo Moisen le dió tanto dolor, fuéle tan horrible, que decia á Dios : « Señor, una de dos habeis de hacer : ó borradme del libro de vuestros privados, ó perdonad este pecado á vuestro pueblo : » que parece que mas queria que Dios le echase en las penas del infierno que ver un pecado sin perdon. Parais mientes, ¿qué mal tan grande es el pecado? San Pablo jura en su conciencia, por Jesucristo vivo, y por el Espíritu Santo, que deseaba ser maldito, y apartado de Cristo sin culpa, porque los judíos no pecasen : *Veritatem dico vobis in Christo Jesu, non mentior, testimonium mihi perhibente conscientia mea in Spiritu Sancto : quoniam tristitia mihi magna est, et continuus dolor. Optabam ego ipse anathema esse a Christo pro fratribus meis. Ego ipse*, dice : « Yo que lo he visto, yo que he visto la Divina Esencia, yo que subí al cielo, deseaba lo que os he dicho. » Desta manera estiman el pecado los que conocen y tienen ojos para saberlo mirar. ¿Ofensa de Dios? ¿Injuria de Dios infinita? ¿Que sola ella, y no otra cosa, nos aparta de Dios y nos hace sus enemigos? *Nihil odisti eorum, quæ fecisti*, dice el Sabio : «Sois tan bueno, Señor, que no aborreceis cosa de cuantas hicistes.» Y con ser así, que el lugar del infierno, y los fuegos infernales, donde están los demonios y los malos, quiere Dios bien, concluye luego : *Odio est Deo impius, et impietas ejus :* « A mí, si estoy en pecado, me aborrece, y huye de mí. » Así dice Isaías : « Vuestras maldades han hecho divorcio entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados hicieron que escondiese de vosotros su rostro. » Aun los gentiles conocieron esta verdad, que tenia Dios gran odio al pecado. Así lo dijo un amonita á

Eccl., 1.

Prov., 10.

Rom., 9.

Sap., 11.

Isai., 59.

Judith, 5. Holofernes: *Deus enim illorum odit iniquitatem:* « Sabed, señor, antes que á los hebreos les movais guerra, si acaso su Dios está mal con ellos; si le han ofendido; si le sirven bien: porque si han pecado tendreis cierta la vitoria, que sin duda estará su Dios mal con ellos, porque aborrece en extremo la maldad: pero si no le han ofendido, imposible será conquistarlos. » Y para que mejor se pondere lo que es pecado, es de saber que las cosas espirituales exceden mucho á las corporales en sus operaciones, porque obran mas poderosamente y mas prestamente. Si miramos las naturales, veremos que si las quiere alguno violentar rompen en efetos espantosos. ¿Quién habrá que pudiese tener en la region del aire los Alpes? ¿Qué apoyos, qué fuerzas bastarian? Romperíanlo todo por volver á su centro, y con su inmenso peso desharian todas las máquinas que el seso humano podria inventar. Vemos que por ser la naturaleza del fuego de subir á su esfera, si acaso le encierran, como lo hacen para minar los muros y fortalezas, lo vuela todo, y levanta las torres por el aire, por sola inclinacion natural de tirar á su centro. Pues la fuerza de un espíritu es tanta, que puede tomar monte, y tenelle sobre las nubes: luego menos posible será que haya cosa criada que á un ángel ni á un alma la detenga de tirar á Dios. Esto es tanta verdad, que si le cargase Dios con su poder todo el mundo junto, con todo ello daria al traves, y tiraria á su centro, que es Dios. Pues de aquí se conoce el inmenso peso del pecado, y que pesa mas que el mundo entero; pues cargado sobre un alma, la detiene de suerte que la derrueca hasta el infierno, lo que no pudieran hacer todos los elementos juntos. Poco digo. Un ángel, por ser de mas noble naturaleza que el alma, puede mucho mas; y con todo eso un pecado le derriba del cielo. Aun no lo dicho. Solo un pecado se cargaron todos los espíritus que cayeron, entre los cuales habia de todos los coros, y aquel supremo, y tan hermoso, y aventajado serafin: y con ser casi innumerables, fué tanto el peso de solo aquel pecado que los despeñó, mas desapoderados y furiosos que un rayo. Así dijo el Señor: « Yo ví á Satanás, que caia del cielo como rayo arrebatado. » Aun quedo corto. Una vez que el Hijo de Dios se cargó á cuestas, no las culpas, que esas no las pudo tomar, sino las penas de los pecados, le hizo sudar gotas de sangre el peso dellas, y arrodillar con la carga, y reventar con ella, hasta morir en una cruz. Porque, ¿qué otro mató al Hijo de Dios sino el peso de nuestros pecados? *Propter scelus populi mei percussi eum*, dice el Señor: « Por las maldades de mi pueblo he herido yo un solo Hijo que tenia. » Y san Pedro hablando desta materia, dice: « Cristo tomó nuestros pecados sobre sus hombros, y murió con ellos en una cruz. » Desto se queja el mismo Señor por Isaías hablando con su pueblo: *Servire me fecisti in peccatis tuis, præbuisti mihi laborem in iniquitatibus tuis*: « Hicistesme servir en vuestros pecados como si yo fuera un esclavo, y con llevar vuestras maldades me hicistes cansar. » Y como si le preguntaran: Decidme, Señor, y siendo vos el descanso de los ángeles, ¿quién os podia cansar? Siendo vos á quien todas las criaturas sirven,

Luc., 10.

Isaí., 53.

1. Pet., 2.

Isaí., 43.

de quien tiembla la tierra, y á cuya voz se encogen los cielos, y siendo la misma libertad, ¿quién os pudo hacer servir ni sudar? ¿Cuando llegó vuestro cansancio á tal término que la carga os hiciese gemir? Responde luego: *Ego sum, ego sum ipse, qui deleo iniquitates tuas propter me:* «Yo soy el que tomé tus pecados, y por descargarte á tí me cargué á mí; y en esos y en pagar por ellos me cansé tanto.» Agora creo que está bien ponderado lo que es pecado. Pues si tan odioso le es á Dios, ¿qué mucho que no quiera que el pecador tenga nombre en su Evangelio? Mirad: aunque acá en el mundo tengais mas títulos que una provision real, y parezcais milagroso y santo, si tras eso hay pecado no teneis nombre con Dios. No os conoce el que os crió, el que os redimió con su sangre, y tanto aborrece al pecador que antes se niega á sí que conocelle: pues con saber todas las cosas, y cuantos cabellos teneis en la cabeza, con todo eso dice que á vos pecador no os conoce. ¡Grande encarecimiento del odio del pecado, pues así desconoce Dios al malo que niega saber dél, ni jamás haberle conocido, que es negarse á sí! A las vírgines locas les dice: «En verdad que no os conozco, ni sé cómo os llamais.» Sabe cuantas estrellas tiene el cielo, y las llama por sus nombres: *Qui numerat multitudinem stellarum, et omnibus eis nomina vocat*, dice David; y tras eso no conoce al pecador miserable. Conoce á los santos: *Honorabile nomen eorum coram illo:* «Honrado nombre tienen los buenos para con Dios,» dice David. ¡Gran consuelo es este por cierto para el corazon del humilde y del pobrecillo, que aunque el mundo no le conozca, ni los reyes de la tierra tengan memoria dél, el alto y poderoso Dios le conoce, sabe su nombre, le tiene escrito en los cielos! Cuando los discípulos volvieron de la predicacion, adonde los habia enviado el Señor, dijéronle con mucho regocijo: «Señor, venimos los mas alegres del mundo de ver que aun hasta los demonios se nos rinden en vuestro nombre.» Respondióles Cristo: «No hagais mucho caudal de eso, ni pongais en cosa de tan poco cimiento vuestra alegría. ¿Sabeis de qué os habeis de regocijar? De que vuestros nombres están escritos en el cielo.» ¡Qué ufano y engreido anda el cortesano, y el otro privado, que el rey le mandó poner en el memorial, para mejorarlo en la consulta, en la encomienda, ó en el oficio, ó en el obispado! ¡Y qué desesperado cuando sabe que no está allí escrito! Y estarlo, ó dejarlo de estar, es todo sueño y aire: pero tener nombre en la casa de Dios, como el pobrecillo Lázaro, llagado y hambriento, que en muriendo luego son los ángeles con él, y le llevan en hombros al eterno descanso, esto sí que es gloria y bienaventuranza. Al otro desdichado ricazo, regalon, harto, y enjoyado, no le sabe el nombre en el Evangelio; y así en muriendo es sepultado en el infierno, para mostrarnos el infeliz y desdichado estado en que está el pecador, que primero arderá su desventurada alma en el fuego eterno del infierno que su cuerpo se enfrie en la tierra. Pues por esto no la nombra, porque el pecador no tiene nombre. Pero creo que tambien el santo evangelista guarda este punto de crianza, aprendido en

Matth., 25.

Psal., 146.

Psal., 71.

Luc., 10.

Luc., 16.

la escuela de Cristo, que cuando cuenta el ruin estado de alguno, no quiere nombrallo; pero si nos dice su emienda, dice tambien su nombre.

Luc., 5. Así lo hace el mismo san Lucas, que cuando habla de que san Mateo era cambiador, ó trampeador, ó portazguero, le llama Leví, nombre suyo, pero poco conocido: mas cuando en el capítulo sexto le cuenta apóstol, llámale Mateo, que era su comun nombre, porque ya seguia á Dios, y era estado honroso el que tenia. No se olvidó aquí de su propia crianza; porque aunque el pecado desta mujer era público, no la nombra, porque va contando su mal estado: mas en el capítulo octavo, cuando cuenta las santas mujeres que seguian á Cristo, la nombra entre ellas. Esto hace por enseñarnos los puntos de cortesanía de la casa de Cristo, que son los que debemos guardar con las famas de nuestros prójimos. ¿Porqué siendo los pecados desta mujer tan públicos calla su nombre el evangelista? ¿Cuánta mayor razon tenemos de encubrir los nombres de los pecadores secretos? Grande fué el pecado de Judas; mas antes permitió Cristo ser vendido, antes ser entregado en manos de sus enemigos, que no que se descubriese su nombre, aunque fué rogado: y estando ya el demonio embestido en él, con todo eso, por no descubrirlo, le dió su santísimo cuerpo. ¡Ah, Señor, y cuan pocos discípulos teneis hoy! Hallaré yo muchos que den cuerpo y sangre al diablo, y tendrán por bien que Satanás se les revista en el cuerpo, á trueque de hallar algun pecado que descubrir en su prójimo. Unas bocas peores que las del infierno, porque aquella mala es, pero traga solos los malos, mas las destos tragan malos y buenos. Por mas santo que seais no os escapareis de sus lenguas. ¡Qué contento estaba el santo profeta Jonás con la yedra que le habia hecho un toldo ó choza para defendelle

Jonas, 4. del calor; ó segun otros dicen era una mata de calabazas, que se enredó, y lo cubria, y hacia sombra con sus anchas hojas! Y en medio de su contento no faltó un gusanillo que royó la mata, y dejólo al sol que le quemaba. No os ha de faltar una mala lengua que os abrase la honra y fama. Sentia tanto esto el buen David, que parece que tomaba el cielo con las manos en aquel psalmo ciento y diez y nueve, que parece que no hubo cosa en la vida, ni persecucion de enemigo, ni aprieto de batalla tan sangrienta, que así le hiciese dar voces y bramar, ni tan alcanzado le trajese como una mala lengua. Dice el psalmo así:

## PSALMO CXIX.

Cuando mas fatigado
Me ví, llamé al Señor, y respondióme
Que en mi mayor cuidado
Siempre acudió y valióme,
Que no hay pena en sus siervos que él no tome.

Díjele: Fuerte muro
Del alma que te llama en su defensa,
Sin quien el mas seguro
Y mas libre de ofensa
Salta mas presto adonde menos piensa:

Libra aquesta alma mia
De los labios inicuos y la boca,
Do la ponzoña fria,
Que el cuerpo y alma apoca,
Con la engañosa lengua hiere y toca.

Tú del gigante fiero,
Con una honda sola y un cayado

Me libraste, y de acero
El grande cuerpo armado,
Le derroqué, en su sangre revolcado.

Tú de los escuadrones
De bravos enemigos me libraste,
Y en bárbaras naciones,
Con mi espada triunfaste,
Y en medio de las armas me guardaste.

Mas nunca tan medroso
Me vi jamás, en todo lo que cuento,
Como cuando el furioso
Enemigo sangriento
Con su lengua tocó mi sufrimiento.

Pues decid, generoso
David, vos que al leon y oso fiero
En el monte fragoso
Quitastes el cordero,
Desquijarando al lobo carnicero;

Una engañosa lengua
¿Qué daño os puede hacer que os cause pena?
No os puede venir mengua,
Pues la palabra ajena
Es solo un eco que en el aire suena.

Mal estais en la cuenta,
Pues no hay robusto brazo que despida
La saeta sangrienta,
Con furia desmedida,
Que haga mas estrago en alma y vida.

No hay encendida brasa,
Ni algun carbon de enebro en fragua ardiente,
Que al fuego en fuerza pasa,
Que abrase así el doliente
Leño, como la lengua maldiciente.

La flecha mas aguda
La resiste un arnés y un flaco muro,
Y de la llama cruda
Lo ausente está seguro,
Mas de una lengua no lo está el mas puro.

Que ni al santo perdona,
Ni al que descansa ya en la fria tierra:
Y al que en la ardiente zona
Huyendo se destierra,
Allí con su veneno le da guerra.

¡Ay me! que mi destierro
Se alarga cada punto, y yo cativo,
Atado al duro hierro,
Estoy muriendo vivo,
Entre los de Cedar linaje esquivo.

Dura y larga vivienda
Ha tenido mi alma entre esta gente,
Que no hay quien los entienda,
Pues cuando mas paciente,
Menos quiere mi paz, y la consiente.

Si de paz les hablaba,
Con la espada en la mano respondian:
Y si les enseñaba
El bien, que no sabian,
De balde y sin razon me aborrecian.

Por la sentencia deste psalmo se entenderá el mal que hace una mala lengua, que como si á David le dijeran: Por cierto, pues, no son lanzadas esas, que no son sino palabras, y siendo así no hay porque mostrar tanto sentimiento; porque, ¿qué os puede dar ni quitar una mala lengua? Responde en el cuarto verso: ¿Cómo decis que qué me puede hacer de mal? Bueno es eso: ¿y hay por ventura saeta tan aguda, despedida con tanta fuerza de algun robusto brazo del mas valiente parto? ¿Hay por dicha carbon de enebro encendido, que es el que con mayor estrago y fuerza quema, que tanto daño haga como una lengua venenosa? Porque á media legua estaré seguro de la flecha y del fuego, por mucho que sea: pero de una mala boca no lo estaré en el cielo al lado de Dios, ni en el infierno entre su fuego, ni en las entrañas de la ballena sepultado en el abismo con Jonás; ni al fin habrá rincon tan escondido, ni círculo boreal tan helado, ni zona tan abrasada, ni montañas tan cerradas, y sin paso, adonde una mala lengua no llegue, y no halle puerta para entrar. Por esto, pues, nuestro evangelista, como buen cortesano del cielo, calla el nombre desta pecadora: y lo que mas me espanta es que él mismo, contando la desastrada muerte del rico gloton, porque habia de decir él: *Mortuus est, et sepultus est in inferno:* « Que murió, y le dieron á la sepultura en lo mas hondo del infierno, » con ser así, que nos le pintan

condenado, no nos quiere descubrir su nombre. Y lo que tras esto me admira, es el gran cuidado que tuvo, de que no se quedase en el tintero el nombre del mendigo pobrecito Lázaro, porque contaba alabanzas suyas. ¿Pero qué mucho, pues su gran Maestro, y nuestro, Cristo, con ser Dios, Señor de las honras y vidas, pudiendo usar de todo lo que crió como quisiere, la noche de la cena habiéndole preguntado san Juan quién habia de ser el traidor, cuando volvió la cabeza para descubrillo á san Pedro se cayó dormido sobre el p cho de Cristo? que antes os habeis de caer muerto que descubrir el pecado de vuestro vecino. Así que á esta no la nombra: tiempo vendrá que seguirá al Señor, y entonces le dará nombre; agora solo pide atencion que entra en la representacion una pecadora. Y creo que la pide, porque es gran obra la conversion de un pecador, y mayor que criar cielos y tierra: como dice mi padre san Agustin, porque al criar el mundo no hubo resistencia en las criaturas, y así solo fué menester que de parte de Dios hubiese tanta fuerza que llegase con ella de no ser á ser; de nada á algo; mas en la conversion de un alma hay resistencia de parte del pecador, porque tiene la voluntad contraria á la de Dios. Y claro está que un hombre como Sanson mas fácilmente envainará una espada que pesará un quintal, que una culebra que no pesa una libra. Porque para lo primero bastaba que su fuerza pudiese levantar el peso de un quintal; mas para lo segundo no bastaba eso, sino que era menester mucha maña y arte para desenroscar la culebra. Así es en la creacion y conversion: parece que no le falta para ser el mayor de los milagros, sino ser cada dia. Mas milagro es que hacer de bueno bienaventurado, porque mayor distancia hay de malo á bueno que de bueno á bienaventurado. Pues que á un hombre encarnizado en sus pecados, sin torcello ni forzarle la voluntad, sin sacalla de los términos de libre, le vuelva á que quiera lo que no queria, y desquiera lo que poco antes adoraba, esta es fuerza no menos que de Dios. Es el hombre tan libre, cerrero, es tan esento y tan sobre sí, tan señorejo de su querer, que puede no querer cuando Dios quiere. Y así le puede ir á la mano á Dios, y decille: Señor, estaos en vuestra gloria mucho en hora buena, que yo no quiero ir allá. Y por esto se llama « obra de la mano derecha de Dios, » dice David. ***Et dixi: nunc cœpi: hæc mutatio dexteræ Excelsi.*** Caí, dice, en la cuenta, y dije: Ahora comienzo á seguir á Dios; al fin bien parece esta mudanza, que en mí siento, obra de la mano del Altísimo. Todas las obras que Dios hizo parece que las hizo con la izquierda, á quien se atribuyen las cosas menos perfetas, porque parece que le costaron poco, y le quedó el brazo sano: mas la reparacion del hombre, el redemir pecados, el justificar y salvar pecadores, aquí parece que se le cansó el brazo, y que lo puso todo de su casa. Digo que en lo primero le quedó el brazo sano, á nuestro estilo de hablar; porque el brazo ó virtud del Padre es el Verbo divino, y así nos le llama la Escritura en el psalmo noventa y siete. ***Cantate Domino canticum novum: quia mirabilia fecit. Salvavit sibi dextera ejus: et brachium sanctum ejus. Notum fecit Dominus salutare suum: in conspectu gentium revelavit justitiam suam.*** Es este psalmo de la gloriosa resur-

Psal., 76.

reccion de nuestro Príncipe, imagínale David la mañana de la resurreccion que sale glorioso, resplandeciente, lleno de mil luces, mas hermoso que el sol, y que acaba de triunfar de muerte, infierno y pecado: y viéndole tan hermoso convida á todo lo criado, para que canten un nuevo canto, pues todo lo ha renovado en este dia, y dice:

## PSALMO XCVII.

Cantad con voz suave y dulce acento
Al Señor del ejército del cielo
Una nueva cancion, pues desde el suelo
Os ganó de la gloria el rico asiento.

Pensaba aquel cruel pueblo sangriento
Vencelle con romperle el mortal velo,
Mas salvóle su diestra, y quebró el hielo
Del pecado, y quedó de muerte esento.

Su santo brazo fué el todo y la parte
De tan famosa hazaña que cayendo
Se levantó fuerte nuestro Anteo.

Solo tuvo sus fuerzas de su parte,
Su salud nos mostró en matar muriendo,
Y en ser por nuestro amor mostró el deseo:

De tí gran corifeo
Nos dice el Padre Dios que eres su diestra,
Su brazo, su salud, su gloria, y nuestra.

De manera que Cristo es el Brazo santo. En la creacion de las cosas quedóse el Verbo divino, este Brazo santo, sano, no cansado: esto es, no le costó mas de un « hágase, y se hizo todo. » Pero en la reparacion, en la justificacion, hubo de venir la diestra de Dios, que es el Hijo, y hízose hombre, y encogió la manga, para descubrir la vena del brazo, de donde le sangrasen, que fué recoger hácia arriba, que es al alma, la ropa de la gloria, para que quedase pasible, y se dijese: Que muere Dios, que sufre azotes Dios, que padece Dios. Pues como era el Hijo, el cual se dice diestra del Padre, y en la justificacion del Pecador concurre la sangre, y muerte, y méritos suyos, con los cuales nos ganó la justicia que no teníamos, segun aquello del Apóstol: *Factus est nobis a Deo justitia, sanctificatio, et redemptio*: « Cristo, dice san Pablo, se hizo nuestra justicia, nuestra santificacion, y nuestra redencion: » esto es, mereció para nosotros todo esto, porque el principio de nuestra justificacion es de Dios, que nos justifica: por esto se llama la conversion obra de la derecha de Dios, de Cristo: y aquí decimos que parece que se cansó, y que le costó sudor de sangre, como dice san Juan en el capítulo cuarto que fatigado del camino se asentó, por descansar, sobre el brocal de un pozo. Y en la pasion decimos, hablando conforme á la metáfora de arriba, que no le quedó tan sano el brazo deste golpe como del de la creacion: no porque el Verbo divino haya padecido algun detrimento, que esto no podia ser, mas porque padecia Cristo segun la humanidad, y él era Dios y brazo del Padre; por eso lo que decimos de Cristo lo decimos tambien de Dios. Volvamos agora á nuestro Evangelio, que dice que habia una mujer pecadora.

1. Cor., 1.

## § V.

Cuatro cosas agravan los pecados de la Magdalena: la primera, que eran pecados de sensualidad, que, aunque no son de mayor culpa, son de mayor afrenta; y aun si miramos son pecados que Dios castiga gravísimamente. Por estos vino el diluvio: *Videntes filii Dei filias hominum, quod essent pulchræ, acceperunt sibi uxores ex omnibus, quas elegerant*, dice la Sagrada Escritura. « Viendo los hijos de Set, » que son los que aquí llama hijos de Dios, « á las hijas de los hombres, » esto es, las que descendian de Cain, y los de Set se dicen hijos de Dios porque eran en quien entonces estaba el conocimiento de Dios, porque en el capítulo cuarto se dice que Set engendró á Enós: *Iste cœpit invocare nomen Domini:* que « este comenzó á llamar el nombre del Señor, » alumbrado de aquel sol eterno de Dios, de quien dice David: *Illuminans tu mirabiliter a montibus æternis: turbati sunt omnes insipientes corde:* « Alumbrando vos, » que sois luz, no criada, y resplandeciendo maravillosamente, « desde esos montes eternos, » de allá desde el cielo, con la fuerza de vuestro soberano resplandor, con que dábades luz á los mortales, « encandiláronse con ella los ojos de los necios de corazon, » que fueron aquellos tan celebrados sabios del mundo, los filósofos antiguos. Y díjolo galanamente en llamarlos necios de corazon, y no de entendimiento; porque el asiento de la voluntad, y reino y silla del amor, le ponemos en el corazon, y la ciencia en el entendimiento: pues llamarlos ciegos de corazon es decirlos ciegos ó necios de voluntad. Y que sea bien dicho de aquellos pruébalo san Pablo, hablando de los sabios del mundo, y dice: « Lo que de Dios se puede conocer acá en la vida les fué á ellos manifiesto, y el mismo Dios se les descubrió. » Porque lo que en Dios invisible no veian, lo conocian por esta hermosura visible del mundo, de suerte que son inexcusables; porque conociendo á Dios no le dieron gloria cual merece Dios, ni le hicieron gracias por aquella luz, con que los alumbraba, entre sus tinieblas. He aquí cómo no fueron necios de entendimiento. Pasa adelante el Apóstol, exponiendo lo de David, y dice: *Sed obscuratum est insipiens cor eorum: dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt:* « Pero quedó ciego y encandilado su necio corazon, y creyendo que eran sabios, quedaron para necios. » De manera que porque los hijos de Set tenian esta luz del conocimiento celestial, los llama la Escritura hijos de Dios: á los de Cain, malos y idólatras, hijos de los hombres.

Gen., 6.

Psal., 75

Rom., 1.

## § VI.

De suerte que porque Set engendró á Enós, que fué bueno y santo, y sus descendientes le imitaron, por eso los llama la Escritura hijos de Dios. Dicen los hebreos que en tiempo de Enós comenzó la idolatría y

adoracion de los dioses fingidos; y que solo Enós retuvo en sí y en sus descendientes el verdadero culto de Dios, heredado de sus padres, y restauró y reparó la piedad que los descendientes de Cain habian derrocado. En esto, de quien fué el primer inventor de los ídolos, hay diversas opiniones: los hebreos dicen que Tubalcain, porque fué muy ingenioso en cosas de metal, y porque esto le parece á Filon que debió de ser así verdad, y lo afirma en el libro de las Antigüedades de la Biblia, y lo mismo piensa Genebrardo en su Cronografía; y san Cirilo en el libro primero contra Juliano, y la Historia escolástica, tienen lo contrario; Lactancio Firmiano dice que Meliso, rey de Creta, la inventó; san Jerónimo mas cree que Júpiter la introdujo, y que se mandó hacer templos por el mundo donde fuese adorado: así lo dice en el prólogo sobre la epístola de san Pablo á Tito. Fulgencio y otros dicen que Sirofanes, egipcio, inventó el primer ídolo del mundo, por memoria de su hijo, que se le habia muerto: y esta opinion tiene gran fundamento en el capítulo catorceno del libro de la Sabiduría, donde á la letra cuenta que por habérsele muerto á alguno su hijo, que mucho amaba, y siendo hombre principal, hizo hacer una estatua que se le pareciese, y mandó á sus criados que le sacrificasen, y lo honrasen como á Dios; y que creciendo la maldad y la malicia de los hombres, vinieron muchos á dar en aquel desatino, y hacer estatuas de sus reyes, y á lisonjearlos y granjear su favor con ofrecelles incienso y sacrificios. Y así concluye diciendo: *Et hæc fuit vitæ humanæ deceptio*: «Este fué el engaño de la vida humana:» de donde casi se colige claramente que de allí tomó principio la idolatría. Y en el mismo capítulo da á entender que antes del diluvio no habia ídolos ni idolatría. Y si el gran averiguador de verdades divinas san Jerónimo no dió en esto, pienso que fué porque en su tiempo aun no estaba recebido el libro de la Sabiduría, donde se cuenta lo que habemos dicho. Tambien favorece mucho á los que dicen que Belo, rey de Babilonia, la inventó, el ver que en la Escritura santa todos los nombres de los ídolos comienzan por Bel ó Baal. Mas dejado esto, si es verdad que desde Adan á Enós no hubo cultos de demonios, como lo dice san Cirilo en el principio del libro primero contra Juliano, porque no vemos que en la Escritura sea notado alguno de idólatra, ni que haya jamás adorado á los demonios (que pienso que no lo pasara en silencio el Espíritu Santo si hubieran sido idólatras), siendo todos católicos, como dice la Escritura que Enós fué el que comenzó á invocar el nombre de Dios, pienso que debió de establecer algun culto de Dios mas solemne que el que hasta allí se tenia entre los hombres. De suerte que la Escritura sagrada usa de una galana antítesi y contraposicion en aquel capítulo cuarto del Génesis, contraponiendo los hijos y casta de Cain á la de Set: porque cuando cuenta que los de Cain se ocupaban en formar armas, labrar metales, edificar casas, y en casarse, y darse á músicas, y buscar pasatiempos, entonces cuenta y pone en contra de toda esta flota á Enós, el cual puso tanto cuidado en ampliar el culto divino, dándose á religion y al ejercicio de las cosas sagradas, cuanto pusieron los otros en las cosas caducas; y buscó un culto mas solemne, levantando el ánimo á mas sublime vida. De

suerte que buscaba las cosas útiles para la vida del cielo, cuando los de Cain buscaban las provechosas para la de la tierra. En hebreo se lee así: *Hic speravit vocari nomine domini Dei:* «Este esperó ser llamado con el nombre ó en el nombre del señor Dios.» Y Aquila en su traduccion dice: «Entonces este comenzó el llamamiento en el nombre del Señor:» que parece que da á entender que Enós, con su mucha piedad, y por su gran religion, fué el primero que alcanzó nombre divino, de suerte que fuese llamado Dios de sus parientes, y de otros muchos, y sus hijos se nombrasen hijos de Dios: como quien dice, los descendientes de aquel famoso Enós, que era como un Dios entre los hombres. He aquí porque dice: «viendo los hijos de Dios á las hijas de los hombres;» esto es, viendo los hijos de Set y Enós á las hijas de Cain, que eran hermosas. Dejo que, segun otros, los que dice hijos de Dios son los grandes y poderosos, que entonces tiranizaban y mandaban la tierra; porque las cosas grandes las atribuimos á Dios, llevados y guiados de la fuerza de su Divinidad, que nos mueve á que pensemos cosas grandes de Dios: y así todo lo que vemos grande lo llamamos y atribuimos á Dios; y la sagrada Escritura guarda esto mismo, porque se acomoda á nuestro lenguaje. Y así David á los cedros porque son altísimos, los llama cedros de Dios. Hablando de su pueblo debajo de la metáfora de la viña, que trasplantó de Egipto, dice: *Operuit montes umbra ejus: et arbusta ejus cedros Dei:* «Creció tanto mi viña, que con sus hojas cubria de sombra los montes, y sus cepas y pámpanos vencian en altura los empinados cedros.» Y en otro psalmo: «El monte del Señor Dios es monte fértil, monte grueso, de abundantes pastos;» porque como habla del monte Basan, donde se apacentaba mucho ganado, y por esto se hacian muchos quesos, y como se hace de leche cuajada y apretada, llamóle *coagulatus*, apretado ó cuajado. San Jerónimo traduce monte excelso, encumbrado: y por esta razon le llama monte de Dios; y así en lo hebreo hay una diccion que significa alto. Tambien á los grandes rios llama rios de Dios. *Flumen Dei repletum est aquis*: «El rio de Dios se hinchió de aguas,» y era el Jordan. Aunque tambien por los milagros que Dios obró en él, le llama suyo. Hinchióse de aguas cuando al pasar de los de Israel por él, para entrar en la tierra de promision, entrando los sacerdotes delante, con el arca del Señor, se dividieron las aguas; y las que venian por su natural corriente, detenidas con la presencia de Dios, hacian un muro altísimo, que con su movible curso amenazaban y espantaban á quien las veia. Así que porque las cosas grandes se llaman de Dios, como habemos probado, por esto los hombres poderosos, y de grandes estados, y aun aquellos que en aquel tiempo eran gigantes, se llamaban hijos de Dios; y á los flacos y de poco poder los llama hijos de hombres. Vieron pues estos á las hijas de los pobres, y por fuerza, por ser poderosos, se las quitaban, y se enviciaban con ellas, porque eran hermosas. O, segun el sentido primero, viendo los buenos, y que conocian á Dios, que las hijas de los idólatras eran hermosas, casábanse con ellas, y de aquí, por este vicio de torpeza, vinieron á que *omnis*

Psal., 67.

Psal., 64.

Josué, 3.

Gen., 6.

*caro corruperat viam suam*: « Que todos habian dado en maldades abominables, » y fué porque las mujeres eran idólatras: ellos, por complacellas, dejaban al verdadero Dios, y adoraban lo que no lo era. Y este es el mas verdadero sentido de aquel lugar, porque dice que las tomaban por mujeres. Pues si quiere decir que los poderosos y grandes se casaban con las hijas de los pobres, no solo no les hacian agravio, mas aun era su provecho dellas, y de sus padres, y veníales muy ancho, y no tenia Dios porqué indignarse; pero el primer sentido es conforme á la Escritura. Mandaba Dios en la ley: « Mirad que cuando entráredes en la tierra que el Señor Dios vuestro os ha de dar, que paseis á cuchillo todos los moradores que halláredes en ella. No hagais paces con ellos, ni trateis de amistades, y guardaos de tomar sus hijas para vuestros hijos, ni darles las vuestras para los suyos. » Y dando la razon, dice: *Quia seducent filium tuum, ne sequatur me, et ut magis serviat diis alienis: irasceturque furor Domini, et delebit te cito.* « Porque sin falta ninguna os engañarán, para que no me sigais, y os llevarán tras sus dioses; y mostrará Dios su saña contra tí, y deceparte ha en breve, y destruirte ha. » He aquí como dice bien claro nuestro primer sentido. Y lo que dice, que con ser sus mismas mujeres los pervertirán, eso mismo es lo que hicieron antes del diluvio. Y lo que dice, que los borrará ó raerá Dios de la tierra, es lo mismo que allá dijo: *Delebo hominem, quem formavi de superficie terræ.* Aunque si es verdad lo de san Cirilo, que no hubo idolatría antes del diluvio, habemos de decir que porque siendo ellas viciosas, hijas de malos padres, y dados á vicios, y ellas criadas en ellos, habian de pervertir á los maridos con sus blanduras y regalos, y hacellos malos y pecadores. Confírmase mas, porque Balaan dió por consejo á los madianitas que para vencer á Israel los hiciesen pecar: y que para esto el atajo mas corto era que, cuando llegasen, enviasen fuera de la ciudad las mas hermosas doncellas de Madian, y los convidasen á sus sacrificios, y á pecados de torpeza. Hiciéronlo, y salióles tan bien, que mandó Dios ahorcar á todos los capitanes y príncipes del pueblo, porque habian permitido á sus soldados tratar con los madianitas, y por eso habian idolatrado. Gravemente ofende á Dios, y mucho daño hace; pues los que no pudieron ser vencidos con armas lo fueron con este vicio. De aquí nacen todos los demás pecados. El ladron hurta, para traer á la otra con quien trata; el homicida mata, por no tener competidor en su pretension y torpeza; el otro no da limosna, y es cruel con el pobre, y mata de hambre á su mujer y hijos, por traer bien tratada y proveida la manceba. Gente de quien se puede decir lo de Cristo á la cananea: *Non est bonum tollere panem filiorum, et dare canibus.* Grave delito es que, habiendo de atesorar los padres para los hijos, no solo no lo hagan, mas aun les falten en el sustento necesario: y cruel es el padre que ve á su hijuelo que muere de hambre, y teniendo el pan en la mano huelga mas de arrojallo á un perro que dallo á su hijo que lo pide. ¿Quién hizo homicida á David, á Sanson ciego, á Salomon idólatra? solo este torpe vicio, que por esto se llama así; porque á los que mucho se envician en

Deut., 7.

Gen., 6.

Matth., 15.

él se les engendra una torpeza de entendimiento, que á trueque de no salir de sus contentos holgarian que los dejase Dios allí para siempre. Son pecados con que mas enreda el demonio, y mas detiene. Santo era David, y habiendo caido en este maldito vicio quedó tan olvidado de Dios que ya el niño era nacido y él no volvia de su sueño, hasta que le fué á despertar el profeta Natan. ¿Quién en estos nuestros desdichados tiempos ha derrocado tantas letras, y santidad, y de grandes defensores de la fe ha hecho grandes perseguidores della, sino la libertad para gozar deste vicio? ¿Quién hizo al rey Enrico hereje, y destruyó á Inglaterra, á Alemania, á Hungría, y á Flandes? ¿y quién ha hecho perder á Francia el nombre de *cristianisima*, sino la licencia y soltura que prometen los falsos predicadores de Satanás? ¿quién ha derrocado el culto divino, abrasado los templos, asolado los monasterios, quemado los altares, profanado los lugares santos, regado el suelo con sangre de católicos, sino solo el deseo de libertad en este vicio? Finalmente apenas hallaremos que haya habido hereje en la Iglesia de Dios que el principio de su perdicion no haya sido este maldito vicio. No sé que en la Escritura haya pecado mas ásperamente reprehendido ni castigado con tanto rigor como este. San Pablo á los Corintios, porque habia un incestuoso entre ellos, les escribe mil lástimas. «¿Qué es esto, dice, que se suena, que hay entre vosotros un fornicario, y tal que ni entre gentiles le ha habido jamás? ¿Y vosotros muy ufanos y hinchados, y no os habeis puesto luto? ¿y no llorais, ni habeis quitado tan mal hombre de entre vosotros? Pues yo por la autoridad que tengo, y de parte del Señor nuestro Jesucristo desde aquí le entrego en manos de Satanás, para que lo pague el cuerpo, á trueque de que se salve el alma. Teneos por desdichados, que hay un fornicario en vuestro lugar. ¿Qué teneis bueno, pues esto teneis? ¿de qué os gloriais, pues esto sufrís? ¿No sabeis que un poco de levadura corrompe toda la masa? Mirad que os aviso que no trateis con los adúlteros, que mas os valdria ser muertos: no me comais con ellos, ni me hableis con ellos, ni los mireis, que ni aun esto merecen.» ¡Oh santísimo apóstol! ¿Y qué dijérades si viérades en este tiempo tan perdido el freno de la vergüenza, los estados tan estragados que ya lo santo y lo profano es uno, las ciudades y repúblicas hechas unas Sodomas en lujuria, las madres profanas, las hijas deshonestas? Cumplido aquel refran de Ezequiel: *Omnis qui dicit vulgo proverbium, in te assumet illud: Qualis mater, talis filia ejus. Filia matris tuæ es tu, quæ projecit virum suum.* Ya se puede decir con verdad aquel proverbio castellano que nació de este de Ecequiel: Ruin la madre, ruin la hija, y ruin la manta que las cobija. Bien parecen el dia de hoy hijas de tales madres, que dan cantonada á sus maridos. Pues, ¿qué dijérades, ó gran Apóstol, viendo que ya ha llegado la perdicion á tanto que no se tiene por afrenta el pecar? Y si un fornicario os daba tanta pena que decíades que le llorase todo Corinto, ¿cual os la diera agora no uno, sino un millon; no de un estado, sino de todos? Creo que cegárades, llorando la destruicion y estrago de la república cristiana. ¡Oh vicio, que estragas todas las virtudes del alma!

1. Cor., 5.

Ezec., 16.

¡Vicio, que escureces el entendimiento, estragas la voluntad, entorpeces los sentidos, consumes lo mas fresco de la vida, enturbias la razon, corrompes la naturaleza, embruteces el alma, derruecas lo fuerte, tornas necio al mas sabio! Tú hiciste hilar á Hércules, moler á Sanson, huir á Anibal, á Marco Antonio ser vencido : y haces ser menos que hombre á quien te sigue. Dice Valerio hablando á este propósito, en la carta que escribe á Rufino : « Aquel sol de los hombres Salomon, tesoro de los deleites de Dios, casa propia de la Sabiduría, escurecido el entendimiento perdió por el amor de las mujeres la luz del alma, el olor de la fama, y la gloria de su casa : y al cabo derrocado delante del ídolo de Baal, de amado de Dios fué hecho miembro del demonio. » Todos los otros vicios parece que se pueden esperar, mas este solo se vence con huir. Espera David, y cae; huye José, y vence. Por esto decia san Pablo : *Fugite fornicationem* : « Huid la fornicacion : » que es liga que cuanto el ave mas se revuelve en ella mas se prende. Esto pues es lo primero que agrava los pecados de la Magdalena.

## § VII.

Lo segundo era el ser públicos : *In civitate peccatrix.* Tanto, que tenia perdido el nombre, y la llamaban la cantonera, ó por otro nombre mas desimulado la cortesana. A algunos les parece que la Magdalena no era pública pecadora, como las que agora llamamos rameras; porque parece que no se puede creer de una mujer principal que llegase á tanta rotura de vida, y á tanto estrago de costumbres, que se olvidase tan del todo de su honra que diese en tan abominable bajeza. Principalmente, que vemos de ordinario que los deudos, corridos de la disolucion de sus parientes, procuran de remediallo por fuerza, cuando de otra arte no pueden. Pues teniendo la Magdalena hermano, y caballero, y deudos nobles, no es de creer que consintiesen que una su hermana viviese tan disolutamente que de infame tuviese ya perdido el nombre. Paréceles que habiendo sido casada con un marido principal en Magdalo, ora por habello dejado, ora por ser muerto, comenzó á dejarse llevar de sus apetitos, y dió en las libertades que suelen traer consigo las riquezas, y la esencion de superior, cuando este falta. Y así comenzó á gustar del billete, y de la guitarrilla, y del sarao y conversacion, del paseo, y fiestas, y músicas, y de cosas semejantes : que puesto que no llegan á la persona, manchan al fin la fama y nombre, y ponen nota en la vida. Que no se puede negar aquel dicho : que la conciencia es para nosotros, mas la fama es para nuestros prójimos. ¿Quién no verá que una desenvoltura demasiada, un poco recato en la vida, una libertad en el trato, un cerrar con lo que los hombres pueden decir, que todo esto junto es ocasion á que las lenguas libres se desmanden, y que encaramen, y aseguren sus sospechas, y las tengan por certezas? y allende desto hacen gran daño en las repúblicas con el ruin ejemplo. No piense nadie que la compostura exterior, la modestia y reposo, y las ceremonias cristianas, y andar un hombre ó una mujer con un honesto vestido, los ojos reco-

gidos, el paso reposado, las palabras contadas, y pesadas, y medidas, y que en su trato, y meneo, y ademanes, y en el revolver de los ojos, y en todo lo demás, que mirar en esto y procurallo hace poco al caso, para conservar lo esencial de la virtud; porque antes es de tanto peso, y tan importante, que tengo casi por imposible que la bondad interior se conserve sin estas muestras exteriores. Porque naturaleza nos enseña lo que valen; pues son como el seto, ó valladar, que guarda la viña: son las hojas de la fruta del alma; y vemos que jamás naturaleza produce fruto que no le dé hojas que le conserven y amparen, y defiendan de la inclemencia y del rigor de los tiempos; antes bien guarda un primor particular en esto; y es, que cuanto la fruta es mas tierna y delicada, tanto le da hoja mas fuerte y dura: y por el contrario, al higo que es fruta sabrosísima, y de hollejo muy delgado, y que se puede dañar fácilmente, dióle en defensa una hoja áspera y recia con que se adargase de los turbiones que suelen acudir en el estío, y de la fuerza del granizo. Esto mismo hizo con el racimo, y con otras frutas semejantes: mas al almendra, á la nuez, y á otras tales frutas, que casi por sí son bastantes á defenderse, proveyólas de pequeñas hojas. Así son las ceremonias exteriores, y la composicion de que hablamos, que nos conservan el fruto de las buenas obras. Y de la suerte que en una viña deshojada necesariamente se ha de dañar y perder el fruto, así ni mas ni menos el alma, sin la compostura exterior, no puede conservar mucho tiempo la virtud. De lo dicho se saca que aunque la Magdalena no tuviera otro pecado de obra, sino las muestras exteriores, con las cuales tenia escandalizada toda la ciudad, pecaba gravísimamente, y merecia ser llamada la pecadora ó la cortesana. Pues veamos agora: si el Espíritu Santo, que movia la pluma al santo evangelista, hizo tanto caudal de solas unas muestras de pecado, ¿qué tanto hará dellas si van juntas con las obras? Si así pondera un parecer mala, no siéndolo, ¿cómo ponderará el serlo y parecerlo? Llega á tanto el aborrecimiento que Dios tiene al pecado, que aun no puede ver lo que os fué instrumento del pecado. Pecan los hijos de Israel en el desierto, hacen un becerro de oro. Estaba á esta sazon Moisen con Dios, sobre el monte Sinai, recibiendo de su mano la ley para aquel pueblo ingrato; y ellos idolatrando. Dios les labraba las tablas para escribirles la ley; y ellos labraban el becerro para adorarle por Dios, que al fin tales suelen ser los servicios de los hombres para las mercedes de Dios. Y porque lo digamos de paso, hicieron el becerro de los zarcillos de oro de sus mujeres, y de las ajorcas, y manillas, y joyas que les pidieron, que no fué poco darlas tan fácilmente, siendo de su naturaleza tan avarientas. De suerte que se quitaron los zarcillos, que adornan las orejas, y hacen un becerro, que les hincha los ojos. Pide Dios orejas, y ellos no, sino ojos; Dios el oido, porque por allí entra la fe, y ellos no, sino evidencia; un Dios que se vea y toque, que al Dios de Moisen no le ven: gente que no cree sino lo que ve. Pero dejado esto para su lugar, sintió mucho Dios tal ofensa, y á tal tiempo hecha. Quiso destruirlos, y decepar aquella mala casta; y estórbaselo Moisen, que ganado ya el perdon para aquella ruin gente, bajó hecho

Exod., 32.

un leon, y llega adonde está el becerro, y echa mano dél, hácele polvos, toma gran cantidad de agua, mézclalos con ella, llama al pueblo, y háceles beber aquella agua y polvos. Este fué el paradero de su Dios hecho en casa. Tomad, bebéosle, dice Moisen: tragaos el Dios que hecistes, y vereis qué operacion os hace vuestro Dios bebido. Bien sé que acerca deste lugar dicen diversas cosas, porque no falta quien diga que en mofa y escarnio de su desatino se les hizo beber, para que despues le purgasen, y saliesen con el excremento del cuerpo, y esto en abominacion y burla del Dios que querian: porque, ¿qué cosa mas infame y afrentosa que purgar su Dios? Otros dicen que tal fuerza puso Dios en aquella agua, que bebiéndola los tocados de la idolatría se hinchaban y reventaban con ella, como con la agua de la zelotipia (que llamaban), que era la prueba de los zelosos (como se dice en el libro de los Números), mas á los que no estaban untados de aquel pecado dejábalos libres. A Filon doctísimo, y contemporáneo de los apóstoles, le parece, y lo tiene por cierto, que bebiendo los delincuentes idólatras el agua, se les hendia la lengua: á los no culpados les resplandecia el rostro. Sea lo que fuere, que para nuestro propósito bien basta que no haya querido Dios que ni aun el polvo del ídolo quedase, por haber sido el que adoró y en quien pecó el pueblo incrédulo de Israel. No quede rastro del pecado, ni de su ocasion. Así mandó tambien que dejasen aquel lugar donde habian pecado, que aun el suelo que pisastes pecando lo aborrece Dios. Así que no era poco daño la desenvoltura de la Magdalena, cuando los suyos no fueran pecados de obra, sino de solas aparencias y exteriores muestras. Mas siguiendo la comun opinion, y la que mas pegada va con el Evangelio, creo que no solo paraba el daño de María en donaires y libertades de dama, sino que llegaba á obras infames, escandalosas, y de mal olor y ejemplo. Así entiende san Gregorio lo que el mismo evangelista san Lucas dice della en el capítulo octavo que seguian al Señor algunas santas mujeres, entre las cuales era una María, que era llamada Magdalena, de la cual habia alanzado el Señor siete demonios. Este número de demonios dice este glorioso dotor que son todos los pecados mortales: que el número de siete es perfeto, y en siete dias diferentes se revuelve todo el año, y por el mismo caso todo el tiempo, y siglos del mundo; y así se toma por todo el monton de los pecados. De manera que, segun san Gregorio, no fueron verdaderos demonios los que alanzó de la Magdalena, ni ella estuvo algun tiempo endemoniada, sino que el pecado se dice demonio, porque hace efetos de demonio, y torna tal á una ánima, y la trasforma en eso, y el pecador se llama endemoniado. Esta dotrina es bonísima y verdaderísima, pero no muy pegada al Evangelio respeto de la Magdalena; antes bien me parece que apenas se puede negar que aquella María Magdalena, que dice en el capítulo octavo san Lucas, haya sido de veras endemoniada, porque dicen así puntualmente las palabras, acabando de contar la conversion de la pecadora, con que remata el capítulo séptimo; y luego comienza el octavo así: «Y suedió des-

Num., 5.

Phil., de antiq. Bibl.

Luc., 8.

Luc., 8.

pues de esto que él caminaba por las ciudades y aldeas predicando y anunciando el reino de Dios, y los doce con él, y ciertas mujeres que habian sido curadas de los espíritus malignos, y de enfermedades: María que se llama Magdalena, de la cual habian salido siete demonios, y Juana, mujer de Cusa, procurador de Herodes, etc.» Hasta aquí dice el evangelista. Pues que de aquí se colija llanamente que esta tuvo demonios verdaderos, podemos proballo así. Dice que le seguian algunas mujeres que habian sido curadas de los espíritus malignos, y cuenta entre ellas á María. O todas eran torpes y malas, ó sola María: si sola María, pues en unas mismas palabras y contexto las encierra á todas, agravio se les hace á las demás en contallas en el número de las ruines. Si lo eran todas, ó por espíritus malignos entiende el vicio sensual, y los demás, ó los verdaderos demonios: si lo primero, no parece que lleva camino; porque ni esto es frasi de los evangelistas, ni se hallará en toda la Sagrada Escritura (si yo no me engaño) donde diga que alanzar demonios es sanar de pecados. Lo segundo, no suelen los escritores sagrados tratar los milagros y obras de Dios por esas metafísicas ni rodeos; y como á la pecadora le dijo, delante de Simon, el Señor: «Tus pecados te son perdonados,» y no: Tus demonios te son alanzados, y así lo escribió san Lucas, tambien lo dijera en el capítulo siguiente, que en solas cuatro líneas que hay de lo uno á lo otro no se habia de haber olvidado tanto san Lucas de sí mismo que lo que el Señor llamó pecados acá se le pareciesen demonios: principalmente que jamás dijo que el Redentor alanzaba demonios que no fuesen verdaderos; y siempre que era perdonar pecados usaba el Señor y sus evangelistas del término de pecados, como al otro paralítico que le guindaron por el techo de la sinagoga, que le dijo: «Confia, hijo, que tus pecados te son perdonados.» Y al otro de la piscina: «Mira que ya estás sano, no quieras mas pecar.» Y á la adúltera le dijo: «¿Qué se han hecho los que te acusaban, mujer? ¿nadie te ha condenado?» Respondió ella: «Nadie, Señor.» «Pues tampoco te condenaré yo, le dijo Cristo; vete, y de aquí adelante no quieras mas pecar.» He aquí á la Magdalena; he aquí cómo llanamente habla la Escritura, y hace diferencia del sanar las enfermedades del alma, ó perdonar pecados, y del alanzar demonios. Lo tercero seguiríase que todas aquellas mujeres habian sido como la Magdalena, pues de una misma suerte hablaba de las unas y de las otras; y esto no se puede creer fácilmente. Lo cuarto dice que le seguian las que el Señor habia librado del demonio y sanado de sus enfermedades. O por el sanallas de sus enfermedades entienden de sus pecados, como dicen los que siguen á san Gregorio, y que sea todo uno el alanzar los demonios y curalles las enfermedades, ó no. Si dicen que es todo uno, será repeticion por demás; pues no se declara mas lo que quiere decir por el un término que por el otro: y no hay donde los evangelistas señalen que curar Cristo las enfermedades quieran decir las del alma. Antes los teólogos sacan por conjeturas, y por ser conforme á la gran bondad de Dios, y porque principalmente vino á sanar almas, que á todos cuantos sanó en el cuerpo los sanó tambien en el alma, y esto lo deducen por

Luc., 5.
Joan., 5.
Ibid., 8.

razones aparentes, y que van muy parejas con el entendimiento; y no porque lo diga abiertamente el Evangelio, ni se sepa con mas certeza de la que un buen discurso puede sacar de algunos lugares de la Escritura. Y así dicen muchos dotores que aquel de la piscina, que no sabiendo quien le habia mandado tomar su lecho á cuestas, y irse á su casa, con ser dia de fiesta, cosa que al parecer de los judíos, que eran muy ceremoniáticos, les era pecado mortal (y dice san Juan que haciéndosele el Señor encontradizo, le dijo: « Ya estás sano; guárdate no peques, porque no te acaezca otra cosa peor ») este buen hombre conoció que quien se lo habia mandado era Jesus, y fuélo á decir á los fariseos y sacerdotes. Digo que aunque hay algunos á quien les parece que fué ingrato este contra el Salvador, pues parece que por hacer placer á los fariseos fué á acusar al Señor; con todo eso por la mayor parte le excusan, por la razon de arriba, diciendo que ya este era bueno, pues siempre Cristo sanaba primero el alma que el cuerpo; y así no lo hizo por ingrato, ni por acusar á su bienhechor, sino por solo publicar la maravilla y grandeza de Cristo. Y parece que se saca bien de lo que el Señor le dijo: « Ya estás sano, no quieras mas pecar. » Luego si la enfermedad habia nacido de pecados, pues le dice que ya está sano, da á entender que ya no tiene pecados. Y pues le dice: « Ya no peques mas, porque no te acaezca otra cosa peor, » síguese que ya habia dejado de pecar. Si dice alguno que no es todo uno, y que cuando dice san Lucas que las curó, alanzando los espíritus malignos, se entiende de los pecados, y cuando dice que las sanó de sus enfermedades entiéndese de las corporales, esta es diferencia voluntaria y sin fundamento en la Escritura. Así que por estas y otras muchas razones se prueba que estas mujeres que seguian á Cristo fueron verdaderamente endemoniadas, y tuvieron verdaderos demonios. Y pues entre ellas es contada la Magdalena, luego tuvo los siete que dice san Lucas, como el otro, que tenia una legion. Y por ventura no seria mal argumento este con otros, para en favor de los que tienen que la Magdalena, que aquí cuenta san Lucas, no es una con la pecadora, ni con la hermana de Lázaro; porque muchos santos ponen tres, otros dos. Mas como en esto va poco, y ya la comun opinion tiene que no fué mas que una, aunque en las cosas que no son de fe, ni contra toda la corriente de los doctores, tenga cada uno licencia de sentir como le pareciere, con todo eso en el hablar es bien que se conforme con los mas, principalmente en cosas que ni edifican á la Iglesia, ni hacen para la emienda de las costumbres, y que ya el pueblo está empapado y embebido en ellas, y que las mamó en la leche. Volviendo, pues, adonde nos apartamos, decíamos que los pecados de la Magdalena tenian mucha gravedad y peso, por ser públicos, etc. Grandemente aborrece nuestro Dios al fanfarron de sus propios pecados. ¿Que aquello de que os habíades de afrentar lo tomeis por blason y timbre de vuestras armas? ¿Que hagais gala y bizarría de vuestras maldades? ¿Que os jacteis dellas? Esto da muy en rostro á Dios. Concibe la hija mayor de Lot un hijo, y al nacer pónele nombre Moab, que quiere decir de padre; dando á entender que era hijo de su mismo

Joan., 5.

Gen., 19.

padre. ¿Pues cómo? ¿no os basta el haber cometido el pecado, embriagado á vuestro padre, concebido del mismo, sino que el hijo tambien lleve escrito en la frente vuestro pecado, en el nombre? ¿para que no se olvide? ¿que siempre que le llamaren os refresque vuestra torpeza? Así dice : «Llámamele Moab, de mi padre.» *Peccatum suum sicut Sodoma prædicaverunt, nec absconderunt.* Dice Dios por Isaías : «Mira la maldad de los de mi pueblo, que á voz de pregonero publican sus pecados, que no hacia mas Sodoma, cuyas maldades llegaban hasta el cielo.» ¿Y que, si tienen una fealdad natural en el rostro, ó en otra parte, procuran disimularla, y la encubren con afeites y con aderezos galanos; y sus pecados, que es la fealdad verdadera, esos descubran y los apregonen? A lo menos escondiéranlos, ya que no se avergüenzan de hacellos, que menos mal fuera este. Siempre la jactancia del mal y la publicidad dél pareció mal á Dios y á sus siervos.

Isal., 5.

Habia muerto Joab, capitan general de David, á Abner, príncipe de la caballería de Saul; y despues mató á Amasa, otro capitan famoso á quien David queria dar el cargo del ejército, y habíalos muerto entrambos á traicion : y al tiempo que David se moria, llama á su hijo Salomon, y dícele : «Bien sabes, hijo, lo que hizo Joab, hijo de Sarvia, conmigo, que contra mi voluntad, y sin yo sabello, mató dos príncipes mejores que él, que fueron Abner y Amasa, y con color de paz derramó su sangre como si fuera en la batalla, y tiñó el tahelí, con que colgaba del hombro izquierdo la espada, con la sangre de los muertos, para fiereza de soldado, y jactándose de valiente : pues mira, hijo, que te mando que no dejes llegar sus canas con paz á la sepultura, sino que le mates, pues mató á otros mejores que él.» Mas pena parece que le dió al buen David el blasonar Joab de su pecado, y teñir el cinto en la sangre, como quien mata la caza y pone la cabeza á la puerta, que lo principal del hecho, que fué el homicidio. Y aunque sea lo que suelen decir *miscere sacra profanis* (mezclar lo santo con lo profano), diré una cosa que viene muy á pelo. El poeta latino, contando cómo en una batalla habia muerto Turno el laurento á Palante, hijo de Evandro, y quitándole un hermoso cinto, ó tahelí, se lo habia echado al hombro, dice estas palabras :

2. Reg., 3.

Ibid., 20.

3. Reg., 2.

Virg., Æneid, lib. 10.

Quo nunc Turnus ovat spolio, gaudetque potitus,
Nescia mens hominum fati, sortisque futuræ,
Nec servare modum rebus sublata secundis!
Turno tempus erit, magno cum optaverit emptum
Intactum Pallanta.

«¡Oh ignorancia, dice, del juicio humano, y ciego para su hado y suerte, y que no sabe guardar el medio en las cosas prósperas, y se desvanece en ellas! Agora está Turno alegre con los despojos que ha quitado á Palante, y triunfa de la vitoria; pues tiempo le vendrá á Turno cuando descara haber comprado aquel cinto por muy caro precio, sin

haber tocado al príncipe Palante.» Esto dice porque aquel cinto le fué hado mortal á Turno : que habiéndole desafiado Eneas, amigo de Palante, y teniéndole rendido, pidiéndole Turno merced de la vida con muchas palabras tristes, estando Eneas movido para perdonalle, y teniendo la espada sin ejecutar el golpe, alzó los ojos, y vióle el cinto al hombro, y movido á saña díjole : « O fiero enemigo, ¿qué misericordia puedo yo haber de tí, viéndote adornado con los despojos de mi amigo? y pues tú no la tuviste del mal logrado jóven Palante, no es razon que la haya de tí.» Y diciendo esto, le mató.

La tercera, que mucho agrava los pecados en la Magdalena, es que eran escandalosos. Hay pecados que, aunque lo son, no escandalizan á nuestros vecinos, como son los que vos solo cometeis, y á vuestras solas : mas poner tienda de mal vivir, estos son muy aborrecibles. Perdonado habia Dios á David su pecado, pero con todo eso le dice Natan : « El Señor te ha traspasado tu pecado (que abajo lo declararemos mas) porque has sido ocasion de que muchos ruines blasfemen el nombre de Dios : no quedarás sin castigo, que el hijo que te ha nacido morirá.» Dice esto porque muchos del reino, sabiendo lo que habia hecho David, cargaban la culpa á Dios, diciendo : Oid por vuestra vida qué buen rey nos ha dado Dios. Quitónos á Saul, que nos conservaba en paz, y hanos dado uno que nos mata y se nos alza con nuestras mujeres y con nuestras hijas. Mas daño hizo Jeroboan con los becerros de oro, que hizo en Israel, que con cuantos pecados habia cometido en su vida. Pecados de mal ejemplo parece que los perdona Dios de mala gana. Y es, porque cuando yo peco en secreto parece que va solo por mí, que va de mí á Dios; yo daré cuenta por mí solo, pagaré por mí solo, y castigarme ha Dios á mí solo, y, al fin, si me condeno, condénome yo solo; no llevo gente tras mí, ni le quito á Dios mas que á mí, ni tengo que restituille sino solo á mí : mas cuando peco con escándalo ajeno, cuando por verme pecar muevo á otros á que pequen, y les quito ya el freno de la vergüenza, y pierden el miedo á Dios, entonces no solo he de pagar por mí, ni dar cuenta de mí, ni restituirme solo á mí, mas á los que le quité á Dios; y castigarme ha por los pecados de aquellos, como á hombre que pecó por las manos de aquellos, y como á culpado en todos los pecados de aquellos. En el libro de Ester cuenta la sagrada Escritura que habiendo hecho el rey Asuero un famoso banquete en una huerta, donde se hallaron todos los príncipes y señores de los persas y medos, y de todos los reinos y señoríos del rey, que eran ciento y veinte y siete ; y la reina Vasti, que era hermosísima, habia convidado á las damas persianas y medas, que eran en grandísimo número ; sucedió que estando regocijado y alegre el rey al cabo del banquete, que no habia bebido poco en la fiesta, parecióle que era bien que el último plato que se habia de servir á los convidados fuese la vista de la reina Vasti, para que todos ellos conociesen su mucha hermosura. Para esto, envióle un recado con ciertos eunucos (que era la gente de quien en aquel tiempo mas se servian los reyes de Persia, principalmente en recados de mujeres y guarda de damas).

2. Reg., 12.

Esther, 1.

Mandábale que, vistiéndose lo mas vistoso y costoso que pudiese, y poniéndose en la cabeza una riquísima corona, cual á tan alta reina convenia, viniese á la huerta, donde la esperaba con mucho deseo de todos aquellos príncipes y señores: para que conociesen cuan bien empleada estaba la corona de reina en hermosura tan extraña. Fué este recado de mucha pena y enfado para Vasti; y no se puede negar sino que, si no se atravesára la sujecion y obediencia que deben las mujeres á sus maridos, que la reina anduvo harto mas discreta en no ir que el rey en mandarla llamar: porque para la gravedad y honestidad de tan gran señora no le decia bien el ir á una huerta á ser terrero de los ojos de tantos hombres y criados suyos. Al fin determinó de no cumplir en esto la voluntad del rey, de lo que quedó sentidísimo y estomagado contra la pobre de la reina. Y como la cólera y el vino, y la afrenta que á su parecer le habia hecho, todas estas cosas juntas ocupasen á un tiempo el entendimiento de Asuero; dejándose llevar de la ira, vuelto á los príncipes les preguntó con qué pena debia ser castigada tal culpa como la reina habia cometido delante de tantos caballeros. Ellos, que no estaban menos bien bebidos, ni se tenian por menos injuriados que el rey, respondiéronle: «No solo, poderosísimo señor, la reina Vasti ha injuriado á vuestra majestad en no haber obedecido á su mandamiento; mas á todos los estados y reinos de vuestra majestad, y á los príncipes y gentes de todas suertes que están en su señorío: porque no hay que dudar, sino que la reina ha hecho daño á todas las mujeres del reino, y que con este hecho tan escandaloso ha levantado los brios y las crestas á cuantas lo oyeren, y oiránlo todas, para que en ninguna cosa obedezcan á sus maridos; y la razon es llana: porque si siendo Vasti reina, y por eso persona pública, con mucha mas obligacion de dar ejemplo que todas las demás; y siendo mujer de un tan poderoso rey como vuestra majestad, á quien como á señor debia servicio, como á marido sujecion; y como á quien la habia levantado en tanta alteza, fuera bien que mostrara agradecimiento: con todo eso, llamada, rogada y mandada, ha salido con su teson, y no curando de las muchas obligaciones que tenia, cerrando con ellas, y con los daños que al reino podian resultar, no ha querido venir á vuestro mandamiento. Cuando por todos los estados de vuestra majestad se entienda este caso, claro está que dirán nuestras mujeres, y todas las demás, que no tienen obligacion de obedecernos, ni de atenerse á nuestra voluntad y querer; pues la reina no obedece al rey, y que pues hubo un no para el sí del rey, ¿porqué no le ha de haber para su vasallo? Y si la reina se salió con ello, ¿porqué la de menor estado y obligacion ha de ser castigada? Finalmente, con este ejemplo de la reina resultará que habremos de dejar nuestras mujeres, ó no mandallas ó matallas.» Parecióles á todos los príncipes, y señores del reino, que decia muy gran verdad el que dió este primer voto; y así todos, con aprobacion y voluntad del rey Asuero, depusieron á la pobre de la reina, y la privaron de la corona y título real. De suerte que la razon con que dió torcedor á los entendimientos del rey y de sus grandes, y con que llevó todos sus votos tras sí, fué ser de mal ejemplo el delito de la reina,

porque mirándolo por sí solo no merecia tan riguroso castigo ; sola la circunstancia del escándalo le hizo de tanta gravedad. Y entre los escandalosos , los que mas lo son, y mas daño hacen, son los pecados sensuales. De aquí se entenderá la poca licencia que tienen las mujeres para andar muy galanas y afeitadas, hechas señuelo de livianos : porque con sus aderezos , y cabellos, y compostura, andan hechas redes de Satanás, para derrocar almas en el infierno. Bien sé que me responderán que no se aderezan con ese intento , ni es esa su intencion , que cada uno tenga cuenta con su conciencia y enfrene su deseo. Pluguiese á Dios que las cuentas que acá se hacen los hombres á sus solas se las pasasen allá ; y que los seguros de conciencia, que acá se finge cada uno, asegurasen aquel espantoso y terrible dia : mas yo he miedo que muchas de las partidas , que acá las tenemos nosotros por llanas , las borrará el Señor de la hacienda, y no las querrá pasar en cuenta. Dime, desatinada, tú que te amartirizas el rostro, y le sacas de sus naturales, y con artificios procuras de parecer otra de la que eres , si Dios quisiera que con otro rostro le sirvieras ¿ no te supiera hacer otro mejor que el que tú te haces? Demás desto , ¿cómo puedes decir que no deseas parecer bien á nadie? Por ventura, ¿cuando has de salir de tu casa no gastas muchos ratos en afeitarte, que no los gastarias si no hubieses de salir al sarao, á los toros , á las huertas , y á tus paseos? Pues luego, ¿porque te han de ver te aderezas? ¿Y piensas dar á entender á Dios que no es así? Dime mas , si vieses tu basquiña , ó tus almirantes, ó tu ropa bordada por el lodo, y que un puerco se revuelca sobre ella, y la trae entre los piés, ¿ no procurarias de quitarla con mucha priesa , y te pesaria de verla tratar así? Pues si una ropa, que con pocos dineros puedes sacar otra , te pesa de verla traer por el lodo , ¿no será mas razon que te pese de verte revolcar en un muladar de muy sucios y torpes pensamientos de un liviano , que por verte compuesta y afeitada ocupa el pensamiento en mil imaginaciones torpes , haciendo en su desenfrenado apetito mas potajes de tí que los que sufriria la mas vil y profana mujercilla de la tierra?

## § VIII.

Y porque no piensen las amigas de las galas, y trajes, que debe de ser cosa de poca importancia, será bien desengañarlas, y decir algo de las invenciones, de su orígen y antigüedad, y de lo mucho que desagradan á nuestro Dios, para que las tales, y las que en esto se toman tan larga licencia, cuanto le parece á su apetito, no puedan alegar ignorancia para disculpa y descuento de sus excesos y vanidad, y gastos desordenados. Y si miramos al principio y orígen del mundo, hallaremos que Dios crió á nuestros primeros padres desnudos de ropas y vestido , y no mas adornados del aparato, y galas exteriores, que á los demás animales; Gen., 3. antes bien menos compuestos y aun casi honestos que á los brutos: pues á una oveja le dió que se sacase la lana consigo, que le cubre y calienta el cuerpo; y al leon su pelo y guedellas; y al jabalí sus cerdas; y á la ave la

pluma, y así de todos los demás animales : y solo al hombre, con ser el señor, el del entendimiento, el de la libertad, y el mejorado en todos los bienes, y herencia del Padre Dios, á este solo se le dejó sin pluma (como suelen decir), porque le dió una piel lisa, blanda, tersa, delgada y tierna : y ni aun hizo con él lo que con un racimo, que con darle cuero, y algo recio, le dió tambien hojas, y bien anchas, con que se cubriese. Pero no anduvo Dios tan escaso con el hombre, como parece; ni le trató con tanta aspereza y rigor, ni tan como padrastro, que le dejase razon de queja, y que pareciese Dios de manos cortas, y escaso con él; porque le sacó vestido de la justicia original (dejemos aparte el sayo de la gracia, que este es aderezo y gala del alma). Esta justicia tocaba al cuerpo, y le hermoseaba, y cubria todo, y le suplia las veces del vestido : porque así como agora no nos corremos de que se vea la mano, ni el ojo, ni la oreja, así ni mas ni menos entonces de ninguna parte ni miembro del cuerpo nos corriéramos, ni nuestros padres Adan y Eva se afrentaban. Y así como cuando yo quiero muevo la mano para obrar y el pié para andar, así tambien en aquel estado no hubiera parte en nosotros nuestra que saliera por solo un punto de nuestro querer y voluntad. Y aun hay una gran diferencia, que agora aunque no se moverá mi mano, si yo no quiero, pero con todo eso la muevo á la obra desordenada, y de pecado, porque no puedo medir ni detener mis pasiones, que no pasen del punto y tasa que yo quiero; como decir; quiero enojarme tanto, y no mas; quiero que la irascible llegue á este grado, y no á estotro. Esto no está sujeto á mi querer y albedrío : mas estábalo en Cristo, Señor nuestro, que era Señor de sus pasiones, que mas propiamente se llamaron en él *propasiones;* porque cuando queria, y cuanto y cómo queria se enojaba, y se alegraba, y se entristecia : y no era como en mí, ni en vos, que nuestras pasiones nos llevan y mueven á nosotros; y por eso se llaman propiamente *pasiones :* mas en Cristo él las movia á ellas, y así se llamaban *propasiones;* esto es, *en vez de pasiones.* Pues digo que eso mismo, y de esa misma suerte pasaba, y pasara en la justicia original, si Adan no pecara. Y en cuanto á esto, Cristo tuvo los efetos del estado de Adan antes del pecado. Y pudiera Adan tomar la cólera y saña que quisiera; y la tristeza que viera que le era menester, sin que llegara á ser pecado, y mandar á todos los miembros, que, como, ó cuando quisiera él, hicieran sus operaciones, y todos sus movimientos fueran honestos, y los ordenara al bien, y actos, y obras meritorias, y de virtud. Por esta razon no tuvo necesidad de salir vestido, como los demás animales, en cuanto á la parte que toca á la honestidad. Hay otra segunda causa por donde el vestido nos es necesario; esta es, para defendernos de las impresiones de cielo, y de la inclemencia y destemple de los elementos : como del frio, de la agua, del calor, del sol, y de la helada, y de las demás cosas semejantes á estas. Mas tampoco por esta razon, ni para defensa destas miserias, teníamos necesidad de vestido; porque con tal temple fuimos criados, que á no estar el pecado de por medio no se nos atrevieran los elementos, y todas las cosas nos respetaran y sirvieran como quisiéramos : de suerte que por demás fuera el vestido donde no

habia de que defendernos con él. Fué pues el caso que en pecando Adan, y dar consigo en un piélago de miserias y desventuras, y descomedírsele todo lo criado, todo fué uno : entonces cargaron las dos razones que habemos dicho, por las cuales no tenia necesidad de vestido, y volviéronse contra el miserable del hombre ; y luego comenzó á correrse de su desnudez, y afrentóse mas de las partes que llamamos vergonzosas que de las otras. y pienso que la razon desto fué, porque como pecando él pecamos todos en él, y nos perdió en él, y todos habíamos de salir dél, y en virtud y semilla estamos todos en él , y por el acto de aquella generacion y de aquellas partes habíamos de ser derivados y producidos, parece que acudió la vergüenza á la parte por donde nos habia de comunicar el daño, como corriéndose y avergonzándose del mal que habia hecho á toda su posteridad y descendencia. Así dió Dios á su pueblo la circuncision en aquella parte, que era como prenda y arra de la promesa que habia hecho á Abrahan. Porque, como dice Ruperto; tres conciertos, ó pactos, y alianzas, ó tres señales dellos dió Dios á los hombres: el primero fué con Noé ; el segundo con Abrahan; el tercero con su descendiente, ó el sémen, que dijo Dios, en que se habian de bendecir las gentes, que lo declaró san Pablo de Cristo nuestro Dios. Y yo lo he explicado en el Tratado de todos los santos. Y segun la fe de cada uno de los que recibieron las señales, ó segun lo que queria confirmar con ellas, así las diferenció : y como mas se iba acercando su venida, y el cumplimiento de la promesa principal, así iba acercando, y como entrañando y engiriendo en los hombres la señal mas propia y mas significadora del efeto y del concierto que significaba por la tal señal. Dícele Dios á Noé que quiere enviar el diluvio al mundo, créelo; hace aquella famosisima carraca en que se salvó con su mujer, hijos y nueras ; sale della; pasada la tempestad, y enjuta la tierra, conciértase Dios con él que no desbaratará mas el mundo por agua; para este pacto y alianza dale por señal el arco del cielo, que vemos en las nubes. De suerte que le dió señal en aquello, que mas natural era al negocio de que trataba : de esa misma naturaleza tomó la señal para quitar el temor del diluvio; porque siendo cosa que se ve muchas veces, se consolasen los hombres, y perdiesen el miedo de ser anegados como la otra vez. La razon es llana, porque el arco que llamamos iris se hace en las nubes de la refraccion y quebrantamiento de los rayos del sol, que hieren la nube de la parte contraria; y como ella está mojada y espesa, rómpense allí los rayos, y quebrántanse, y multiplícanse aquellas varias y hermosas colores. Luego si este galan arco no se puede hacer, sino cuando el sol retoca la nube por la parte contraria y baja , síguese necesariamente que en la tierra, por donde entonces pasa el sol, no solo no llueve , mas aun que el cielo está sereno. Luego no habrá diluvio general, y así no hay que temer otro como el pasado cuando vemos el arco. Digo tambien que esta señal en sí no fué nueva, que pues es cosa natural ya otras muchas veces se habria visto : mas fué nueva en cuanto entonces el Señor la estableció y la ordenó para esta seguridad, y alianza, y concierto que hacia con los hombres.

Rup., super Joan., cap. 3.

Gen., 9.

## § IX.

Gen., 17. Llega el patriarca Abrahan, quiere Dios hacer otro nuevo contrato, y tomar pueblo y casa particular, y avecindarse con los hombres : prométele de nacer de su linaje, y para esto dale señal en aquella parte donde se hace la generacion, Por esto solo he traido estas dos señales; y así dejo la tercera por no detenerme. Decimos arriba que porque por aquella via habíamos de descender, por esto luego que pecó se corrió y afrentó el hombre de ver aquellas partes desnudas, por la razon ya dicha. Pienso tambien que luego sintieron rebeldía y desórden en sí mismos, y entendieron que en pecando habian quitado el freno á la sensualidad, y echaron de ver movimientos y barruntos sensuales en aquellas partes : y así comenzaron á correrse de lo que sentian, que hasta en aquel punto no habian experimentado. Viéndose así, determinaron de remediar su daño, con un medio harto ruin, que fué con hacerse sastres; y mirando por el jardin, parecióles que la higuera era la que mas anchas hojas tenia, y quizá debia de estar mas á la mano. Hilvanaron algunas dellas, y hicieron sendas cintas, con que se cubrieron como quiera. ¡ Mirad qué gentil ropa, y á qué miseria los trujo su pecado, y cómo los entonteció! He aquí agora nacida la necesidad del vestido, y su orígen, y cómo son las vendas con que nos tomaron la sangre de las heridas del pecado. Hecho este ruin remiendo, habiendo Dios penitenciado al hombre y á la mujer, determinó de hacerse sastre, é hizoles sendos vestidos de pellejos de animales. Ora fuese que con cólera que contra nuestros padres tuvo arrebatase dos de aquellos animales, y los matase delante dellos, para representalles la muerte en que habian incurrido pecando, como algunos dicen : ora fuesen membranas de algunos árboles vellosos, como le parece á Teodoreto, porque la palabra hebrea quiere decir pellejos y membranas, y no cree que mató animales para ello, pues, segun el mismo, no crió de cada especie mas que dos, macho y hembra, y no habia de destruir una especie para solo aquello, que esto seria quedar imperfeto el mundo, y tampoco quiere creer que crió allí algunas pieles para vestillos. Sea lo que fuere, al fin aquel fué el primero vestido del mundo, y Dios el sastre que le hizo, cortó y cosió.

## § X.

Ha sido despues tanta la vanidad de los hombres, y ha crecido tan por extremo su malicia, que han llegado á hacer golosina del pecado, y que lo que se dió por sanbenito y afrenta eso sirva de gala y honra, porque preciarse del vestido es como si uno se preciara de traer mas galan y costoso el sanbenito que por sus culpas le puso la Inquisicion. Plinio dice que los antiguos frigios fueron los primeros inventores de coser el vestido con hilo y aguja. Atalo, rey de Pérgamo en Asia, se preció de tejer ropas, y fué el que inventó mezclar el oro entre el paño al tiempo de tejelle.

El rey Aralio, que lo fué de los Asirios, fué, segun dice Beroso, el que comenzó á dar suelta, y á alargar la mano en los trajes, y galas mujeriles, concediéndoles perlas, y pompas, y otras superfluidades. Es mucho de culpar este rey, porque parte es de buen gobierno la tasa y moderacion en los trajes; y si con las mujeres no tratais de tasa, y de buenas costumbres, diraos Aristóteles, y con mucha razon, que la mitad del regimiento falta. Y el mismo dice que la mujer se ha de contentar con menos costoso traje de lo que la ley le concede; pues está claro serle mas honroso el decoro de su honestidad que el de las galas costosas. Y porque se vea lo que sintieron los santos destos excesos y trajes, san Clemente Alejandrino dice que es mayor falta en la mujer darse mucho á lo de sus atavíos que el ser borracha. Ponderacion es esta que, á no ser del glorioso san Clemente, no sé si se le consintiera decilla á alguno que él no fuera. Pues llegando san Ambrosio á esta consideracion, no dice menos de que los chapines les sirven de grillos, que traen echados á los piés: las cadenas de oro á los cuellos muestran su condicion servil, y de esclavas. Muchos autores hay que tienen que los obispos pueden mandar, so pena de descomunion, que las mujeres no se vistan suntuosa ni superfluamente, ni cómo provoquen á ser deseadas, y que no se afeiten, y que les obligará el tal mandamiento, por ser en favor de la honestidad. Pues si miramos á la policía romana y antigua, sola media onza de oro se concedia á las matronas nobles para adorno de su vestido y ropas. Lo que mucho espanta es que Cristo nuestro Dios en el Evangelio pone aquel terrible caso que cuenta san Lucas de aquel rico gloton, impío y cruel, con el pobre de Lázaro el mendigo, y el primer delito que se le prueba, y de lo primero que lo carga el Espíritu Santo, que fué el que le sustanció el proceso, es que se vestia costosamente, que traia ropas de púrpura y camisas de holanda. Era este desventurado como el gusano de la seda, que él mismo se hace la sepultura, y de seda, á do muere. ¿Quién vió la ceniza cubierta de seda? ¿el estiércol dorado? ¿el muladar con púrpura? Veamos: ¿no le era lícito á este traerse, y comer conforme á quien era? ¿No le estaba bien comer mas, y vestir algo mas costosamente que á los demás, pues tenia mas hacienda, y era mas noble, y no lo hurtaba ni robaba á nadie? No dice que tomaba la hacienda ajena, ni que dejaba de pagar al labrador que sudaba en labrar sus heredades, ni que detenia el salario de sus criados, ni que gastaba su hacienda con mujercillas, no que era homicida, blasfemo, jugador, ni enemistado; sino que vestia, comia, y se traia algo mas costosamente: y por esto, y porque no dió limosna, le condenan. Lícito le era tener alguna mas larga y suelta en estas cosas, mas excedia mucho á su estado, y del exceso en vestir y en comer vino á tener poca misericordia con los pobres: y así, aunque el pecado principal de su condenacion fué por ser crudo y sin misericordia, pero el evangelista nota esotros; porque siendo él hombre demasiado en trajes, y en el comer y beber, puestos estos principios no está en su mano no caer en otros pecados, principalmente en

Arist., 2, polit. 7, et 1 rhet., 15.

Arist., 2, OEcon., 1. Clem. Alex., 3, pedag. 2.

Ambr., lib. de Nabuc., 5.

Luc., 16.

falta de piedad y caridad con los pobres. De aquí les nace á muchos señores, que siendo muy ricos, y teniendo á ochenta y á cien mil ducados de renta, andan siempre empeñados, y que no pagan jamás al criado que les sirve y se envejece en sus palacios encantados, ni el sastre puede sacar el salario de su trabajo, ni el calcetero es señor de pedir lo que se le debe, ni el jubetero, ni el labrador que les vendió su pan, ni nadie puede sacalles un real, y mas fácil fuera sacar la clava de las manos de Alcides, como se dice en el proverbio; y se aprovechan de los sudores y trabajos ajenos, y dejan sus estados empeñados y gastados, y consumidos, y ellos se mueren sin pagar, y permite Dios nuestro Señor que les suceda un heredero, que los deje á mejor librar en un purgatorio, adonde salgan por sus cabales, por no pagar él las deudas de sus antecesores. Todos estos, y otros muchos daños, trae á un hombre la demasía y exceso en el vestido. Así el Espíritu Santo le nota estos pecados, porque no se pueden negar; sino que hay algunos que puestos en el alma son como menores, que no pueden dejar de inferir otros, y como parirlos, que les son como hijos. Pues si haciéndose proceso contra el rico le cargan y alegan los trajes, ¿qué será y qué se alegará contra vos, que profesais la pobreza de Cristo, y su Evangelio? ¿Vos á quien os han predicado los paños pobres, y las pajas de Belen, delante de cuyos ojos nació Dios en un establo? ¿Vos á quien os han dicho el *Vulpes foveas habent*, etc., que las raposas tienen sus covezuelas, y los pajarillos sus nidos, adonde criar sus hijos, y el hijo del hombre no tiene una teja propia con que cubrir la cabeza? ¿Vos á quien os han predicado que le dieron al Hijo de Dios una mortaja de limosna con que le envolviesen, y un sepulcro prestado por tres dias adonde descansase; y que de puro pobre comia él y sus discípulos pan de cebada; y que aun para pagar la moneda de la alcabala á los alcabaleros del césar no se halló con una blanca, y hubo san Pedro de ir á pescar al mar, y al primer lance la sacó de entre las agallas de un pez? Y finalmente, ¿con qué rigor será condenado el cristiano, viendo que su Señor, su capitan, su príncipe, su Dios, nace pobre, vive pobre, muere pobre, y se precia de pobre; si predica, es pobreza; si busca discípulos, son los mas pobres; si les manda algo, es dejar la hacienda? ¿pues qué espera el que va rico delante del juez pobre? ¿el que se pone de galan para oir sentencia del corregidor roto, desharapado, sabiendo que porque abomina las galas anda él tan sin ellas? ¡Oh locos, vanos, sin seso! decidme: ¿no seria desatino que habiendo el juez ahorcado á uno por solo que le topó con espada de noche, topásedes otro con espada y daga, y con una cota? Señor, ¿dónde vais á tal hora hecho un san Jorge? Voy á rogar al corregidor, que saque á fulano de la cárcel, que le tiene allí por una muerte. Señor, no vais allá, ni os vea con armas, que por mucho menos que esas que vos llevais ahorcó ayer á fulano: mirad que ese pleito ya está sentenciado en contra, por eso no asomeis por allá. ¡Oh pecadora loca, sin juicio! que por solo que aquel rico traia un vestido de púrpura le dan un garrote en el calabozo del infierno, y vas tú á la presencia de tal juez cargada de seda, y oro, y con mucha de la perla,

Matth., 8.

Matth., 17.

y del diamante, y del rubí, á rogalle que perdone, no á tu vecino, sino á tí misma, y no de la muerte de algun desuellacaras que mataste, sino de tu misma alma que metiste en el infierno, y de otras muchas que con tus galas, y dijes, y afeites, y cocos, y desenvolturas, y señas hiciste morir en el pecado : y lo que es mucho mas grave, le pides perdon de la muerte del Hijo de Dios, á quien, en cuanto es de tu parte, quitaste la vida pecando, y le volviste á crucificar, como dice san Pablo. Hebr., 6.

Luego no debe ser tan ligera cosa, ni de tan poco momento, lo de los trajes y galas, como se fingen algunas, que hallan consuelo en sus deseos, y ellas se pintan un dios bien acondicionado, y que no mira ni repara en estas menudencias y niñerías, que ellas llaman : unas dicen que siguen el hilo de la gente; otras, que no las ha de condenar Dios á todas; otras, que no lo piden á nadie, ni lo toman de la hacienda ajena, como si la compañía en el pecado quitase la culpa dél, y como si, por condenar á todo el mundo, perdiese Dios algo de su casa y de su reputacion, y como si el rico de san Lucas no fuera tan rico como ellas, ó lo robara para echárselo á cuestas, y comérselo y bebérselo. « ¡ Ay de vosotros, dice el Señor por Amos, los ricos y gordos de Sion, los puestos aparte, y señalados para el dia malo, para el matadero y rastro del infierno! ¡Los que gozais de los mejores cabritos, y comeis las terneras escogidas y mas tiernas de toda la vacada! ¡Los que comeis al son de las guitarrillas, y los loquillos os dan música en la mesa! ¡ Ay de los que dormís en márfil sobre colchones de pluma y de algodon, con las cortinas de brocado, las colchas bordadas y con recamos, y allí son vuestras torpezas y lascivia! ¡Los que bebeis en oro y comeis en plata, los afeminados, los de los olores, ungüentos, y los ámbares! Yo he jurado por vida mia, dice el Señor de la caballería del cielo, y á fe de quien soy, que tengo aborrecida la soberbia de Jacob, y que no puedo ver sus casas entapizadas. » ¿Qué mayor maldad se puede decir que esta delicadez? Que duerman en camas de márfil. ¿Por ventura la cama mas costosa hace el sueño mas suave? ¡ Oh engaño y ceguedad de los hijos de Adan! ¿Y no te contentarias con las de un rey? ¿Y no de cualquiera, sino de los mas poderosos? De aquel que decia : « Lavaré cada noche con lágrimas mi lecho, » no era todo de brocados, mas de lágrimas, y no una sola noche, mas todas, lo lavaba con ellas. ¡Cuántos pobrecitos duermen por esos portales, sin tener siquiera un pedazo de estera en que recostarse! Pero volvamos á las galas donde nos salimos. ¿El vestido costoso caliéntate quizá mas en invierno, ó es mas fresco de verano? ¡ Oh santo Job, y qué diferente era el vuestro de los que agora traen los hombres vanos y livianos del mundo! « Cosíme un saco sobre las carnes, dice Job, y cubrí mi cuerpo con ceniza : » vestíme de jerga, y el cilicio era mi gala, porque conocia bien lo mucho que desagrada á Dios la pompa y exceso del vestido. Y allá por Sofonías : « Hará el Señor visita, dice el profeta, sobre los varones que visten á lo estranjero. » Habia dado el pueblo de Dios en mudar de trajes, y hacer el vestido al talle de las naciones

Amos, 6.

Psal., 6.

Job, 16.

Soph., 1.

bárbaras y estranjeras, enfermedad propia de señores y de gente de palacio, porque solos los que poco pueden, y los labradores, y gente plebeya, esos son los que guardan el traje paterno, y el antiguo de sus abuelos; los de la corte y casas reales son los de las invenciones y así lo hacian entonces el rey y los caballeros en aquel pueblo de Dios. Sintiólo tanto, que dice que hará una visita general, y castigará asperísimamente á todos los que, dejado su ordinario y antiguo traje, se visten á lo extranjero, como se hace agora á la italiana y á la tudesca. Luego no debe de ser de tan poco momento, pues la visita que les hizo fué que salió el rey Joaquin, y la reina, sus hijos y criados, y los príncipes del reino, á entregarse en manos del rey de Babilonia, y él llevólos cautivos á su tierra, y con ellos toda la flor de la gente de guerra, y casi despobló á Jerusalen, sin dejalle sino la gente plebeya y pobre. Y adviértase de camino que queriendo castigar Dios los muchos pecados que aquel su pueblo cometia, envió á Nabuco, rey de Babilonia, que en venganza de sus yerros lo volviese á la tierra de sus padres. De allí los habia sacado; gran merced habia sido tomar de la mano á su padre Abrahan, y decirle el *Egredere de terra tua*. Y pues sus hijos no conocieron, ni sirvieron, ni agradecieron merced tan extremada, sea su castigo que los vuelvan á do salieron. Debe de serlo sin falta, y muy grande, que habiéndoos Dios sacado de un peligro, pues como ruin y desagradecido no lo supistes conocer ni servir, que os deje caer y tornar otra vez á él, y que allí murais y acabeis. Alababa un dia Jesucristo á su gran amigo y privado el Bautista, y dice á un gran auditorio que tenia á la sazon que predicaba: ¿Qué pensais que salíades á ver al desierto cuando dejábades vuestras casas y ciudades, y íbades en busca de Juan el Bautizador? ¿Pensábades que era algun cortesano de los que rozan seda, y arrastran brocado; de los que traen la holanda, ó la felpa, y las martas cebellinas, y los rapos-os ferreres? Estos allá viven en los palacios y cortes de los reyes del mundo.» Anda Juan con una piel de camello mas áspera que cilicio, los miembros desnudos, quemados del sol, el rostro tostado, que apenas tiene talle de hombre, que este es el traje de que se agrada Dios. Paréceme que cuando el ángel dijo á Zacarías, el padre de san Juan, que iria delante del Señor en espíritu y virtud de Elías, pudiera tambien añadir: y aun en traje, y todo; porque ese era puntualmente el que traia aquel famoso Elías, y estas eran las señas por donde le conoció Ocosías, el rey de Israel. Estas eran las sedas y las galas de los amigos de Dios. A vos no os conocerán por Elías, sino por liviano y sin seso. El vestido del cuerpo, y la risa de los dientes, y el movimiento del cuerpo, dice el Sabio que descubre quien es cada uno. Vuestro traje, vuestra risa demasiada y descompuesta, y vuestro meneo, y pasos lascivos y muelles, os apregonan y dicen vuestra disoluta vida. Que estemos cargados de pecados, y que nos llame Dios á penitencia, y que diga que si no la hacemos pereceremos todos, y que nos muestra el cómo se ha de hacer, y que dé voces Isaías, y diga: «Llamó el Señor Dios de los ejércitos en aquel dia á

4. Reg., 24.

Matth., 11.

Luc., 1.

Eccl., 19.

Isai., 2.

los hombres á llanto, á lloro, á cilicio, á saco, y á que se rayesen las cabezas, en señal de duelo y tristeza; y los locos, en vez de acudir á estas cosas, dábanse á galas y regocijos, y á comer y beber.» Pues yo oí una voz de Dios, que me hizo zumbar las orejas, diciendo: « No les perdonaré esta maldad hasta que mueran. » ¿Qué en tiempo de penitencia gala? ¿en tiempo de cilicio seda? ¿en tiempo de ceniza guirnaldas? ¡Oh locas! Peca Israel en el desierto, y adora un becerro, y dícele Dios: « Andad, desnudaos, dejad las galas, que quiero pensar cómo os tengo de castigar. » No puede ver Dios al pecador galan. Pues si para hacer penitencia los manda Dios desnudar y dejar las galas, ¿cómo tú te las pones, para ir á la presencia de Dios? ¿Dios airado, y tú enjoyada? ¿Dios amenazando, y tú afeitada? ¿Dios bravo, y tú con sedas? ¿No seria desatino que para llevar al otro á la hoguera, se hiciese hacer librea, y un vestido bordado? ¿Pues cómo? ¿que te lleven á tí á la hoguera del infierno, y que te vistas y engalanes para eso? Siempre las galas fueron aborrecidas y despreciadas de las mujeres santas. Cuando la tan famosa como hermosa Judit se determinó de poner en ventura su vida, por remediar la de sus ciudadanos, dice la sagrada historia suya que sacó todas las mejores galas y joyas de su cofre, y se compuso con mucho cuidado; y, segun dice el texto, no eran pocas. Quedó con una hermosura incomparable, y que llevaba tras sí los ojos de cuantos la miraban; mas advierte la Escritura que sobre la hermosura natural que ella se tenia, y era mucha, le puso Dios cierto resplandor, y una gracia mas particular, y le dió no sé qué luces, y lustre, y un particular espíritu en los ojos, y en todo el rostro, que la hacia mas admirable y amable á los ojos de todos; y dando la razon de porqué Dios la paró tan linda y bella, dice: porque toda esta compostura y atavío dependia no de lujuria ni liviandad, sino de una verdadera virtud y necesidad, nacida del peligro y tiempo en que se veia. De suerte que en tiempo de la necesidad, y cuando ha de nacer algun bien del prójimo, ó se ha de hacer servicio á Dios, licencia y vez propia tiene la gala, y el cuidado de la basquiña y de la saya: ¿mas tanto que haga olvidar lo del alma y conciencia? eso es lo malo, y lo que es culpa. Cuando la delicadísima Ester, que por la terneza de las plantas apenas podia andar sin arrimar la mano sobre el hombro de alguna de sus criadas, hubo de entrar á vistas á los ojos del gran rey Asuero Artajerjes, dice su historia que no curó de la compostura y adorno mujeril, sino que se contentó con solo lo que el eunuco Egeo, guarda de las damas, le quiso dar. Y despues, en aquella oracion que hizo rogando á Dios por el remedio de su pueblo, entre otras cosas que de su parte alega en favor de su demanda, una es que le dice á Dios: « Bien sabes tú, Señor, la necesidad y aprieto en que me veo, y tambien entiendes cuanto abomino las señales de mi soberbia y gloria que traigo sobre la cabeza los dias que soy forzada á salir donde me vean los ojos humanos, y que me es detestable mas que lo sabria encarecer: y sabes, Dios mio, que cuando vuelvo al rincon de mi silencio, y a donde no me obliga el contento del marido, que lo dejo y desprecio, contenta con solo pare-

Exod., 33.

Judith, 10.

Esther, 2.

Esther, 14.

cer bien á tus divinos ojos.» De suerte que esta santa y hermosísima reina mas queria agradar á Dios que á los hombres, y mas se preciaba de buena que de galana, y mas queria adornar el alma que afeitar el cuerpo. Sabia cuanto aborrece Dios el exceso del vestido, y qué tales habia prometido Dios de parar las damas y doncellas de Sion por esta misma culpa de los trajes. Pone espanto la invectiva que hace Isaías contra ellas, cuyas palabras espantosas pondré aquí, para que las de nuestro tiempo y tierra se confundan, y teman, y esperen otro tanto por su casa, como aquí dice Isaías que haria Dios con aquellas. Dice pues así:

Isai., 3. «Porque se me han engreido las hijas de Sion, y andan cuellierguidas, con los ojos halconeros, deshollinando ventanas, y porque se van cantoneando por la calle, componiendo los piés, por esto Dios las hará calvas, y les pelará el cabello. En aquel dia las descompondrá el Señor, quitándoles los botines argentados, y los zapatillos de carmesí y de raso azul, cairelados de oro, y prendidas las cuchilladas con lazos de perlas, y los chapines bordados. Quitalles ha tambien los collares de diamantes y rubís, las manillas, las ajorcas, las guirnaldas y almirantes, el escarpidor de oro, las plumas y los airones, los zarcillos y perlas de las orejas, los anillos, y la argentería y fulletería, y piedras de oriente, que les andan brillando delante de la frente, los arrojadillos y pañizuelos labrados de cadeneta, los alfileres de plata y los espejos de cristal, las pomas de ambar gris y los guantes adobados.» Hasta aquí son palabras de Isaías. Pues si el Espíritu Santo dice que ha de hacer un auto público contra las hijas de Sion, por las galas y dijes que ha contado que traian, con no les estar aun publicado el Evangelio, con no haber muerto aun Dios desnudo en una cruz, con no haberles aun predicado el infierno, ni la sentencia del rico gloton, condenado por sus trajes: decidme, ¿qué esperais los que tras tanta doctrina de Dios, tantos ejemplos de santos, tanto cilicio y jerga de vírgines, tanto derramamiento de sangre de mártires, y finalmente despues de tantas amenazas del Evangelio, vestís y os traeis tan costosa y soberbiamente? Pero pasemos adelante, al trueque que dice el profeta que hará Dios, y al vestido que les dará á las damas mas regaladas. «Entonces, dice Isaías, les dará Dios hedor intolerable, por las pomas y olor suave en que se deleitaron; por la cinta de oro y piedras las ceñirá con una soga de esparto; y por los rizos y encrespados, y por el cabello encarrujado con hierros calientes, las hará calvas; y en vez de los jubones recamados, y de telillas de oro, les dará cilicio negro y feo.» Esto hará Dios con las locas vanas, que mostraron la liviandad de de la cabeza en las gaiterías del vestido del cuerpo. Pues considera agora tú, que te llamas cristiana, que profesas la ley de Dios, que dices que crees el Evangelio, y haz cuenta que te sacan á una gran plaza, adonde caen muchos ventanajes, y todos llenos de gente, y que no cabiendo en la plaza se suben por los terrados y tejados, y otros se cuelgan de las rejas, y que los tablados están cargados de miradores, y que en medio de aquel teatro, y á vista de tantos ojos te sacan á tí muy vestida y enjoyada, con todos los aderezos que ha pintado Isaías, y te suben sobre un tablado, adonde puedas mejor ser vista; y

subido un ministro de la justicia, de un púlpito, como se suele hacer en los autos de la inquisicion, te lee el proceso de tu vida tan alto y claro que todos lo entiendan: adonde se descubren tus pensamientos abominables, tus muchas liviandades, tus deseos deshonestos y torpes, y tus palabras afrentosas, tus torres y castillos de viento, los testimonios que levantaste, las mentiras que dijiste, las quimeras que soñaste, las obras que hiciste, los pecados y maldades que cometiste contra Dios y contra tu prójimo, las cosas que en las tinieblas de la noche hacias con vergüenza de la luz del cielo, que huias por no ser vista, y que quisieras mas que se rompiera la tierra, y te tragara viva, antes que ser vista, aun de tu lacayo: y cuando veas que lo que pensaste que no lo sabia la tierra se publica delante del cielo; y veas que todos los que lo oyen se miran unos á otros, pasmados de que fueses tan otra de lo que de tí pensaban; y que te silban, y mofan, y burlan de la hipocresía con que los engañabas; y que leido el proceso manda el juez con gran severidad y gravedad de palabras, y semblante, que seas desnudada delante de toda aquella gente: y que luego llegan á tí, y te comienzan á quitar la guirnaldilla, y perlas, y prendedero, y todo el tocado, y te dejan en cabello. Tras esto (y estándolo mirando todos con grandísimo silencio) te quitan la saya de raso encarnado, bordada de cañutillo, la basquiña, jubon, gorguera, y faldellin, y manteo, hasta la camisa, y que allí te descalzan, y se comienzan á parecer tus carnes; y tú á confundirte, y desmayarte de vergüenza, y á salir arroyos de agua de tus ojos. Y no contento con esto, manda el juez que suba un barbero al tablado, y que con una navaja te raya la cabeza, sin dejarte cabello en ella; y que haciéndolo así te reluce el cuero y la calva, y quedas tan abominable que apenas te pueden mirar los presentes: y que luego te ponen en lugar de camisa un pedazo de jerga, atada con una cinta de esparto, pareciéndosete los brazos y carnes desnudas. Dime agora (yo te ruego si tal paradero tienen las galas, y esta confusion sucede tras la gloria vana del vestido) ¿cual será razon de escoger primero, aquella gala con esta afrenta, ó un moderado vestido sin ella? Y dime mas, si desta manera te vieses tratar, ¿no desearias que el cielo se te cayese encima y te matase? ¿ó que se hundiese la tierra, y te sepultase en los abismos, antes que esperar tan brava afrenta? ¿Pues no ves que lo dice Dios? ¿no ves que es fe que ha de pasar así, que te has de ver en esto? ¿Pues cómo osas vestirte de seda? ¿cómo no abominas el oro? ¿cómo no aborreces las galas? ¿cómo no te espanta el curioso traje? ¿cómo no tiemblas y miras á lo que ha de ser? Cuando este auto de inquisicion no fuera delante de Dios, y de sus ángeles y santos, sino delante de la corte del rey en una plaza de Madrid, era bastante razon para que (á no estar de por medio Dios y su Evangelio) tú misma te mataras, y fueras verdugo de tí misma: cuanto mas que ha de ser delante de todo el mundo junto de los del cielo, y de los de la tierra, de los ángeles y de los hombres. ¿Qué sentirá una doncella honesta y vergonzosa que se viese tratar así? Cuenta Plutarco que vino sobre las doncellas milesias una pasion, y mal monstruoso, sin tener causa ninguna manifiesta de do naciese, mas de que

Plut., de illustribus mulieribus.

parecceria ser una enfermedad pestilencial y contagiosa que provenia del aire : era tan furiosa y desatinada que les sacaba fuera de su juicio, de suerte que las hacia tomar codicia de matarse. Muchas dellas se ahogaron, sin que se supiese. Vínose á entender este daño, porque las hallaban á las riberas de los rios, que el agua las lanzaba á la orilla; otras se ahorcaban; otras se daban con cuchillo por los pechos. No aprovechaban para esto las razones y lágrimas de los padres, ni ver á sus madres derrocadas á sus piés, mostrándoles los pechos con que las criaron, ni que rompian el cabello, y se deshacian en lágrimas, diciéndoles palabras llenas de dolor y tristeza, ni los ruegos y consuelos de los amigos, ni alguno de cuantos medios los miserables de los padres podian buscar, para remedio de tanto mal, como veian por sus casas, y que los viejos desdichados, que aparejaban las hachas nupciales, y las guirnaldas, para celebrar las bodas de sus hijas, eran forzados á volverlas en los duelos y fuegos fúnebres de sus sepulturas, y los que pensaron que sus hijas les cerraran los ojos en su muerte, y que partieran contentos deste mundo, dejándolas con sus maridos, agora veian trocada la suerte, y que eran reservadas para ver las heridas y desastradas muertes de las hijas que amaban mas que á la propia vida. Finalmente, era tal esta dolencia, que la fuerza del mal y pasion vencia á todo el cuidado y diligencia de las guardas que les ponian, para estorbar este daño, hasta tanto que por consejo de un hombre sabio se mandó apregonar un edito, que los cuerpos de las que se matasen fuesen traidos desnudos á la vergüenza por todas las plazas y calles públicas á vista de todos los de la ciudad. Fué señal lo que hicieron ellas de ánimos virtuosos y ahidalgados, pues la opinion y miedo de aquella infamia valió tanto, acerca dellas, que aquellas á quien la muerte, que es el mayor mal de los humanos, y lo que mas horrendo y espantoso nos es, y lo mas terrible, y que mas rehuye nuestra naturaleza, ni el dolor y trabajo della, ni las lágrimas de sus padres, ni todo lo demás que se hacia no bastó para detenellas que no se matasen, solo el pensamiento que se les representaba de la fealdad é ignominia de que las habian de ver desnudas, las movió á no querer sufrir en ninguna manera la vergüenza que aun despues de muertas veian que tenian de padecer. Ejemplo es este digno de celebrarse, y mucho son de alabar aquellas honestísimas doncellas, pues es de creer que si por solo ser vistas de unos pocos hombres, y aun eso ya muertas, cuando no podian sentir la afrenta de su desnudez, se avergonzaron tanto que dejaron de matarse, cosa que con ningun medio se habia podido acabar con ellas, ¿qué mas hazañosos hechos hicieran estas si fueran cristianas, y creyeran el Evangelio, y supieran que vivas, y á vista de Dios, y de los ángeles y de los hombres, las habia de desnudar, y descomponer, y raer la cabeza, y tras eso les habia de dar un infierno? Pues tú, cristiana, que lo crees, que dices que eso creyeron tus abuelos, y que por esa verdad morirás, ¿cómo no te corres, ni temes aquella general afrenta que te espera en aquel dia? ¿Qué sentirás cuando te digan qué fruto os trajo el mal que os avergüenza?

Rom., 6. Que dice san Pablo: « El fin del pecado es muerte, y muerte eterna, y de cuerpo y alma.» Siempre, y en todos tiempos,

y á todos los hombres prudentes y amigos de la virtud, pareció bien la honestidad y moderacion en el vestido. Así cuenta Macrobio que habiendo salido un dia Julia Augusta, la hija del emperador Octavio, á unas fiestas con un vestido severo y grave, por emendar otra salida que el dia antes habia hecho con otro lascivo y licencioso, y de galas y colores, viéndola su padre dijo á los que estaban presentes: ¡Cuanto mas honrado y alabado traje es esto para la hija de Augusto que el de ayer! Así que en la Magdalena el traerse galana, el preciarse dello, el gustar de ser celebrada por muy dama, la trujo á tanta perdicion que ya como á pública infame la llamasen la pecadora.

Macrob., lib. 2. Satur.

## § XI.

Lo cuarto, que hacia muy graves los pecados desta mujer, era ser muchos: no quiero yo decir, ni Dios lo mande, que la misericordia suya tiene tasa, ni quiero estrechar aquella rica y liberal mano de mi Dios David, como hombre necesitado, y que habia mucho menester un Dios muy maniroto, no se harta de alabarle de clemente, misericordioso, lleno de misericordias: *Misericordia ejus super omnia opera ejus*: «Es su misericordia sobre todas sus obras.» Dice esto David, porque puesto que en Dios todo es uno, y la justicia es tan grande como la misericordia, como acá somos tan pecadores que si Dios anduviese siempre con la vara del alcalde entre nosotros en dos dias acabaria el mundo, tiene necesidad de sufrir nuestras miserias, y hacer de que no ve, y aun anda sembrando siempre misericordias, que nacen en todas partes, y en cada rincon. Y por eso dijo en otro lugar: *Misericordia Domini plena est terra*: «La tierra está llena de las misericordias del Señor.» Y en otra parte dice que sus misericordias no tienen fin: así es por cierto. Pero puesto caso que no puede pecar un hombre tanto que agote la paciencia y sufrimiento de Dios, con todo eso me pone espanto un estilo que veo en las divinas letras, y es que dan á entender que algunas veces suelen los pecados llegar á un cierto colmo, ó número, que de allí adelante cierra Dios la puerta al pecador, y le endurece el corazon, con lo cual se condena. Y porque es esta materia peligrosa, será bien declararla de asiento, y como todos la entiendan. Muchos lugares se hallan en la Escritura que parecen atribuir á Dios la causa de nuestras penas, y aun de los males. Así dijo Dios á David por el profeta Natan: *Ecce ego suscitabo super te malum de domo tua, et tollam uxores tuas in oculis tuis, et dabo proximo tuo.* «Yo, dice el Señor, porque me fuiste ingrato á los muchos beneficios que de mí has recebido, pues de pastor te hice rey, levantaré de tu casa un mal, que del monte salga quien el monte queme.» Esto dijo por Absalon, que fué hijo de David. «Y pues tú tomaste la mujer ajena, yo tomaré las tuyas, y las entregaré á tu enemigo.» Claro está que Absalon fué malo, y pecó con las mujeres de su padre; y con todo eso

Psal., 144.

Psal., 32.

2. Reg., 12.

le dice Dios que él hará ese mal. Y por Isaías, hablando de Egipto : « El Señor les mezcló un vaso de adormideras, y les dió vaguidos de cabeza, y hicieron errar á Egipto, en todo cuanto puso mano, como hace el harto de vino. » Y por Josué dice el Espíritu Santo fué decreto del Señor que se endureciesen sus corazones, y así no mereciesen alguna clemencia, segun lo habia mandado Dios á Moisen. Y mas claro en el psalmo : *Convertit cor eorum ut odirent populum ejus, et dolum facerent in servos ejus* : « Trastornóles el Señor el corazon, para que aborreciesen su pueblo, y para que engañasen á sus siervos. » Luego Dios parece que tiene la culpa de nuestros males y pecados. Y lo que parece que echa el sello es lo que dijo Dios á Faraon : « Para esto te hice, porque en tí mostrase la gran fuerza de mi poder. » Que da á entender que le puso por blanco, como quien juega á la ballesta, y que se holgaba de la dureza del rey, y aunque él mismo le habia dado un corazon berroqueño y de un guijarro para que no se supiese ablandar aunque quisiese. Así lo dijo al parecer en el Exodo en muchos lugares hablando con Moisen : « Yo endureceré el corazon de Faraon; y así ni te oirá, ni dejará mi pueblo. » Pues luego, Señor, vos teneis la culpa, si culpa es, y no el rey gitano. Y mas, cuando Semeí maldecia á David, que salia huyendo de su mal hijo, queriéndole matar los criados de David, les dijo : « Dejadle, que el Señor le ha mandado que maldiga. » Sale san Pablo, y parece que nos enreda mas, diciendo : *Deus quem vult indurat, et cui vult miseretur* : « Dios tiene misericordia de quien es servido', y endurece á quien le agrada. » Luego no tiene culpa el hombre, porque, como añade san Pablo, *voluntati ejus quis resistit?* « ¿Quién le podrá ir á Dios á la mano? » Pues si manda al otro que maldiga á David, y endurece á Faraon, y vuelve y trastorna los corazones para que persigan á sus siervos, síguese que él mismo es causa de nuestros males, así de pena como de culpa. Para mejor entendernos, es menester saber que los santos, y entre ellos mi padre san Agustin, responden á esto que Dios solo se ha de entender que permite; y que en los modos de hablar de la Escritura siempre que la letra suena que Dios hace ó manda algo que desdice de su infinita Bondad, se ha de entender que solo es permision, y no mandamiento ni accion. Como lo que dijo el Señor á Judas la noche de la cena : « Haz presto lo que has de hacer. » Como si dijera : En mi mano está mi muerte y mi vida; y si no es queriendo yo dejarla, nadie me la puede quitar (que es lo que, en otro tiempo, antes habia dicho); pues agora que es llegada la hora en que quiero morir, yo permito que des órden en la maldad que tú por tu malicia propia has fabricado en tu deseo. De suerte que dice mi padre san Agustin que cegar Dios es no alumbrar, y endurecer alguno es no ablandarle. Pero aunque es así, que es esto verdad, y lo que responden el mismo, y otros, que en los males que nos vienen hay el hacerlos y hay el padecerlos; y que la obra se ha de atribuir á la invidia del demonio,

Isaí., 19.

Josué, 11.

Psal., 104.

Exod., 9.

Exod., 7.

2. Reg., 16.

Rom., 9.

Aug., lib. de præd. et gratia, 4.

Joan., 13.

como en los de Job; y á la codicia de los sabeos en llevársele el ganado: pero lo que en ellos es pasion, que es sufrirlos para mérito ó satisfaccion de nuestras culpas, ó para gloria de Dios, eso al Señor se atribuye; digo que esto no agota del todo nuestra dificultad; porque aunque en muchos ejemplos venga bien, en otros parece que tiene alguna aspereza. La razon es, porque es doctrina de san Pablo que por pecados de los sabios del mundo y filósofos hinchados, los cuales viniendo en conocimiento de Dios por el rastro de las criaturas, ayudados con el rayo de la luz divina, de quien dice David muchos se espantan y dicen: «¿Quién nos enseñó el bien, y á seguirle?» y no miran que tenemos impresa en nuestras almas la luz de tu rostro, que nos enseña y adiestra en el bien; dice pues el Apóstol que porque estos filósofos conociendo á Dios no le honraron, ni le dieron gloria sirviéndole, los castigó Dios, entregándolos en manos de sus deseos, y que de ahí viniesen á dar en mil errores y pecados. Pues siendo verdad aquel dicho de mi padre san Agustin, que «ningun sabio es autor, de que alguno se haga peor de lo que es,» Dios, que es suma sabiduría, ¿cómo será causa que el pecador, en castigo de sus pecados, venga á ser peor, cayendo en otros mas graves? Porque aquí ya en el pecado siguiente, la accion y la pasion son malas, y así no hay razon de algun bien. Pues decir que endurecer es no alumbrar ó no ablandar, seguiríase que todos los que mueren en pecado mortal fueron cegados, pues no los alumbró; y los endureció, pues no los ablandó: y vemos que la Sagrada Escritura por particular castigo de algunos, y por muestra del rigor de su justicia, dice que los cegó ó endureció: y si no fuera mas que no alumbrar, ó no ablandar, no nos lo contara por cosa rara, por castigo particular. Digo pues que, hablando propiamente, Dios no se dice que endurece, ni ciega ni engaña, ni que mueve á los corazones á odio, ni que hace lo que al parecer suena la letra de la Escritura; porque todas estas cosas desdicen mucho de la naturaleza de Dios: y si dél se dicen, es impropiamente, y por figura. Las razones que tenemos para hablar así son que como quitada aquella soberana luz ninguna otra cosa queda, sino tinieblas y escuridad; y quitada la suavidad y regalo de su espíritu nuestros corazones se ornan de mármol, y en dejando de adestrarnos se tuerce todo el edificio de nuestras obras: de aquí es que se dice que ciega, endurece, y hace errar á los que quita la facultad del ver, del ablandarse, y del caminar derechos. Hay mas: que cuando decimos que quita esta facultad, no entendemos que quita el libre albedrío para ver, ni para ablandarse, ni para encaminar bien sus obras; mas hase de entender así, que porque sin luz nadie puede ver, y sin la suavidad del Espíritu Santo ningun corazon se puede ablandar, y porque si Dios no guia un alma todos sus pasos van desacertados: por esto, cuando por justo juicio de Dios quita á los hombres estas ayudas y favores, se dice que en alguna manera les quita el poder de ver y ablandarse. Pero mejor se entenderá por otra razon: y es que Dios usa de los demonios como de verdugos de justicia y ejecutores de sus castigos. Así lo dice el real profeta David: *Misit in eos iram indignationis suæ, indignationem, et iram*

Aug., lib. 83, 9, q. 3.

Psal., 77.

*et tribulationem; immissiones per angelos malos.* Cuando el pueblo de Dios estaba en Egipto, y quiso sacallos á la tierra de promision, por estorballo Faraon envió Dios muchas plagas con que castigó á los gitanos: que envió contra ellos la ira de su saña, ira, é indignacion, y tribulacion: y estas cosas las envió por manos de los ángeles malos. Pues como estos son los ejecutores de la justicia divina, dícese que hace lo que ellos hacen; como decimos acá que el rey cortó la cabeza á fulano, y no se la cortó sino el verdugo. Añade el glorioso san Jerónimo otra razon, escribiendo á Hedibia: «Así como con ser uno el calor del sol, con todo eso por la diversidad de las naturalezas que las cosas inferiores tienen, vemos que hace diversos efetos, que á unas ablanda como á la cera, y á otras endurece, como al lodo y barro, y con ser así no es mas que una naturaleza sola del calor, así Dios nuestro Señor con la misma luz se dice que ciega al que tiene enfermos los ojos del alma (que son el deseo y la intencion), y que alumbra al bien inclinado, y que con el mismo beneficio ablanda y trae á sí á este, al otro endurece y le retira, como lo tenemos en el santo y sagrado Evangelio, que con el milagro de Lázaro unos creyeron, otros fueron á dar cuenta dél á los fariseos para que se remediase. Lo mismo cuando alanzó el demonio del hombre sordo, mudo y ciego, unos dijeron: «En virtud de Belzebub lo hace;» la hilanderuela viejecita salió de acullá con el *Beatus venter*, etc.» Esto nace de que puesto que de su naturaleza la luz divina es para ver, pero habiendo de por medio ocasion causa accidentalmente ceguera en el que tiene enfermos los ojos, y dureza en el que tiene dañado el ánimo, he aquí agora cómo Dios queda disculpado siempre, y cómo se entenderá lo que dice el Señor por san Mateo y san Lucas, que hablando muchas parábolas á los que le seguian, y habiendo dicho la del labrador, que salió á sembrar su pan, le rogaron los discípulos que les declarase la parábola. Y respondióles: «A vosotros os es dado saber los misterios del reino de Dios, á los otros en parábolas; porque viendo, y teniendo ojos, no vean; y oyendo, no oyan.» La aspereza y rigor que parece que tiene el decir el Señor: «Hablóles en parábolas, porque viendo no vean, etc.,» que parece que da por causa de hablalles así el querer que ni vean, ni oyan, y con esto no se aprovechen de su doctrina, quitóla por san Mateo en la misma parábola, diciendo: «Hablóles así, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden.» De suerte que lo que en san Lucas está áspero al parecer, en san Mateo está templado, y muestra que es culpa suya de los oyentes. Y añade luego: «Con esto se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice: «Oireis con vuestras orejas, y no le entendereis; y viendo vereis, y no lo vereis:» y añade el profeta la razon. «El corazon deste pueblo está muy graso y pesado, y oyen con gran pesadumbre, y de industria cerraron los ojos; porque algun tiempo no vean con sus ojos, y oyan con sus oidos, y entiendan con su corazon, y se conviertan, y los sane.» Y puesto que en el profeta está de otra suerte, pues el Señor de los profetas lo tradujo y citó así, no hay que reparar en ello. Allegandonos agora al propósito por el cual habemos traido esta doctrina, digo

Matth., 13.

Luc., 8.

Isai., 6.

que en algunas partes de la Escritura parece que se pone número de pecados que tiene determinado el Señor de esperar al pecador: hasta cien pecados (pongamos este caso), y no ciento y uno; al otro mil, y no mil y uno. Hablando Dios con el gran patriarca Abrahan, y capitulando entre los dos el salario, que aun acá temporalmente le habia de dar, por el buen servicio que Abrahan le hacia, le dice el Señor: « Quejáisosme de que no os he dado hijos, y que el vuestro mayordomo habrá de ser el heredero de vuestra hacienda y casa: no será así, que yo os daré hijo heredero, y será su sucesion tan innumerable como lo son las estrellas del cielo. Mas haré: que les daré la tierra en que vos estais, y cuanta habitan los amorreos: pero eso será en la cuarta generacion: » *Necdum enim completæ sunt iniquitates amorrhæorum usque ad præsens tempus.* Y es como si dijera: « No les daré luego la posesion de la tierra á tus sucesores, porque las maldades de los amorreos aun no han llegado al colmo que yo he determinado de sufrilles. » Luego suele haber tasa, no en la misericordia divina, pero en la malicia del hombre, que llegando allí no le da Dios el auxilio y favor particularísimo que suele á los que él es servido. Y como la virtud en el pecador está prostrada, por el uso que tiene de pecar, de aquí es que quitándole, esto es no dándole los favores especialísimos que su Majestad suele dar á aquellos que dice san Pablo que tiene misericordia dellos, porque los previene con mas favores y socorros, dejándolos con los especiales, y con su libre albedrío, con lo cual se podrian volver á Dios, si quisiesen admitir este auxilio, no lo hacen, porque hechos á seguir sus pasiones se van tras ellas, y están tan metidos en sus pecados que con solo aquel auxilio no se salvarán, sino muy á fuerza de brazos, y como ven la dificultad dejan de volverse á Dios. Así que es culpa suya que no admiten este llamamiento: y llegar á este punto, de no acudilles Dios con mayores y especialísimos socorros, es lo que aquí llamo llegar al período ó colmo de los pecados. Y esto es lo que se suele decir: Guardeos Dios que alce la mano de vos y os deje; y esto mismo es el endurecer á alguno. Este favor particular lo deja de dar, porque á nadie lo debe; y así de su hacienda puede hacer lo que fuere servido: y puesto que es infinitamente misericordioso, suelen ser tales los pecados de un hombre que no merece que Dios le espere mas compases, y castigalle con no acudir con socorros particularísimos por sus deméritos. Llama la Escritura endurecer, y esto sucede cuando los pecados han llegado á la medida que Dios en su divino acuerdo tenia determinado de esperar. Y así dice Nicolao de Lira, sobre el capítulo quinceno del Génesis: « Dios espera en los pecados y pecadores la medida de su juicio: no que en su misericordia esté la tasa, sino en la malicia del pecador, que le cierra á Dios la puerta con sus deméritos; porque si él hiciese verdadera penitencia, misericordia hay en Dios para perdonalle infinitos pecados; pero no la hace, y así se condena. De suerte que tengo por cierto que el pecado de Judas fué el postrero que Dios habia determinado de esperalle. En Cain el fratricidio, y así en Saul, y los demás; en uno mas número, en otro menos, conforme á su divino y secreto consejo. Quiero decir que

Gen., 15.

llegando á aquellos pecados alzó Dios las manos, conforme al sentido que habemos dicho. A esto parece que aludió el Señor, cuando hablando con los escribas y fariseos, que decian: « Si nosotros fuéramos en los tiempos de nuestros padres, que mataban á los profetas de Dios, no consintiéramos en sus muertes, » el Señor les dijo: « Hipócritas, henchid la medida de vuestros padres. » Esto dijo, porque el colmo y el último pecado con que se hinchió fué con quitar la vida al Señor de los profetas. Pues si con tantos pecados pasados no los destruyó, y llegando á este les asoló la ciudad, y los llevaron cautivos, hasta hoy; y si en Asia sufrió muchos pecados, y al cabo abrasó ó dejó abrasar los templos, derrocar los altares, quemar las imágenes sagradas, desollar los inocentes, violando tantas vírgines y haciendo tantas crueldades como cuentan las historias que los moros y turcos ejercitaron en los miserables moradores de aquella tierra; lo que sin ir á buscar ejemplos prestados podemos ya de los de nuestras casas hinchir los libros ajenos, pues vemos, por nuestros pecados, á Hungría, Bohemia, Alemania, Flandes, Inglaterra y Francia casi perdidas; luego pues nuestro justísimo Dios no las ha sufrido mas, señal es que llegaron al colmo de las maldades adonde tenia determinado que la misericordia suya diese el lugar á la justicia. El profeta Amós, en el capítulo segundo, me parece que dijo esto divinamente: *Super tribus sceleribus Israel, et super quatuor non convertam eum: pro eo quod vendiderit pro argento justum, et pauperem pro calceamentis.* « Sobre tres maldades de Israel y sobre cuatro no lo convertiré, porque vendieron al justo por dinero, y al pobre por un par de zapatos. » Es como si dijera: « Convertirloshe, y volverloshe á mí á los dos pecados, y á los tres; pero no á los cuatro. » Tres y cuatro son siete; y siete es número perfeto, pues tómase este número por el colmo de pecados, y dices: « Habré misericordia de Israel, mientras no llegare á la medida que yo tengo determinado de esperalle; » mas cuando llegaren al colmo, que será vender á mi justo por treinta dineros, castigalles he, echallos he de mí, y no los convertiré á mí, como lo están el dia de hoy desperdiciados por todo el mundo, que parece que los tiene Dios olvidados, y duerme: *in utramque aurem*, que suelen decir. A este lugar aludió el Señor, cuando dijo por san Mateo á los fariseos: « Acabad vosotros de hinchir y colmar la medida de vuestros padres. » Esto hicieron con matar á Cristo, y tras esto los destruyó. Pruébase tambien esto, porque cuando el señor de la viña envió á coger la renta, y los villanos mataron á algunos de los criados, y á otros maltrataron, no los castigó el señor; antes los aguardó con paciencia, y envió otros; hiciéronles el mismo tratamiento, y esperólos. Ultimamente envió á su hijo, diciendo: Tendrán quizá respeto á que es mi hijo; pero echáronle de la viña, y matáronsele: entonces ya no los quiso mas esperar, como á gente que habia llegado al colmo, y habia hinchido la medida, y quitóles la viña, y castigóles. Todos estos lugares hacen alusion entre sí, y dicen una misma cosa, y esto llamo yo el tener número los pecados, conforme al secreto consejo de Dios, que quiere dar mas favores á este, y menos á aquel, que es lo de

Matth., 23.

Matth., 21.

san Pablo, que no es del que corre, ni quiere, sino de aquel de quien Dios tiene misericordia; que solemos decir: « Mas vale á quien Dios ayuda, que quien mucho madruga. » Creo que he sido pesado en esta materia; pero (como dije al principio) es dificultosa y espantosa, y así ha sido menester tratalla mas de asiento: y si acaso esta no fuere la mas verdadera resolucion, remítome al parecer de los doctos; pues soy mas amigo de errar con los sabios que acertar con los necios. Supuesta pues esta doctrina digo que los pecados de la Magdalena eran muy graves, porque eran muchos. Que vos seais un dia malo, y pecador un mes, pase; malo es, mas al fin no nos espanta mucho: mas que lo seais un dia, y otro, y un mes, y un año, y cuatro, y diez, y toda la vida, esto es lo que cansa mucho á Dios. Que useis mal de la espera y misericordia divina, y que en vez de emendaros os hagais peor, y que habiendo de reconocer los beneficios de Dios, y agradecellos, y salir del pecado, de su paciencia tomeis vos ocasion de ser peor, esto es lo que espanta. El bueno viendo que Dios le sufre, vuélvese á él, y dícele: ¡ Ah Señor, que no es razon que no salga de mi pecado! Vos, Padre de misericordia, me habeis esperado con infinita paciencia, llamástesme con vuestros regalos, rogástesme que os abriese el corazon: yo á ofenderos, y vos á perdonarme; yo á esconderme, y vos á buscarme; yo, mi Dios, á huiros, y vos á seguirme, á atajarme, á cerrarme los pasos; yo á saltar el soto y paredes. Pues ya no mas, mi buen Dios, ya no mas, todo seré vuestro, véisme rendido, venza vuestra bondad á mi malicia. Basta, basta ya, gran Señor, lo ofendido; á vos me vuelvo: yo os prometo, Redentor de mi alma, de poner tasa en mi vida, y de enfrenar mis deseos, y serviros de aquí adelante con vuestro favor y gracia. ¡ Oh cómo se queja Dios de su pueblo ingrato! Dice por el profeta Isaías: *Væ genti peccatrici, populo gravi iniquitate, semini nequam, filiis sceleratis.* Isai., 1.

Y luego: *Super quo percutiam vos ultra, addentes prævaricationem?* « ¡ Ay, dice Dios, de la gente pecadora, ay del pueblo pesado en maldades, mala casta, hijos malvados! ¿ En qué parte os castigaré, y añadiendo siempre pecados á pecados? » Es el lugar divino para nuestro propósito; dice pues: ¡ ay de la gente pecadoriza! Llamamos enfermizo un hombre que está sujeto á muchas enfermedades, que cualquier aire le destempla, con cualquier pequeño exceso da consigo en la cama: á este tal mejor le llamamos enfermizo que enfermo. Así dice el profeta: ¡ Ay desta gente tan dispuesta y pronta para pecar, que con cada ocasioncita peca! Es lo que nuestro evangelista dice de la Magdalena: *In civitate peccatrix*: que era pecadoriza, ocasionada para pecar. Pues porque los judíos del buen tratamiento, y del malo, del rigor, y del regalo, de todo sacaban materia de ofensa, los llama gente pecadoriza. ¡ Ay de unos hombres, que por la gran costumbre de pecar, de todo lo que les habia de ser materia de virtud sacan ellos veneno y ponzoña! Gente que tienen las fuerzas del alma tan gastadas, y tan prostrada la virtud, que ni con beneficios ni con maleficios podreis curalles su dañado corazon. Dice mas: « ¡ Ay del pueblo pesado con maldades! » Eran llenos de pecados. El pecado es pesado: por esto los pecadores se llaman pesados.

Psal., 37. Sentia David esta carga, cuando llorando sus pecados decia: *Quoniam iniquitates meæ supergressæ sunt caput meum; et sicut onus grave gravatæ sunt super me. Miser factus sum, et curvatus.* « Son tantas mis maldades, dice David, que me cubren la cabeza. » Tomó la metáfora del que lleva una gran carga, que le cubre de piés á cabeza. « Y sonme tan pesada carga, que me derruecan, y no puedo con ella. » Háceme andar como ganapan, inclinado el cuerpo con el peso de la carga. Por eso dice Zacarías que vió por el aire volar un

Zach., 5. gran cántaro de alambre, y que le llevaban á Babilonia, y iba dentro un talento de plomo, y le dijo el ángel: « Esta es la maldad. » Quísoles dar á entender la cautividad de Babilonia, y que por sus pecados los llevaban allá: y por el plomo que iba dentro, que es metal pesadísimo, les mostró la gran carga y peso de sus pecados. Por eso dice el bienaventurado san Gregorio que el pecado que no se alimpia con penitencia, con su peso nos derrueca en otros. Dice mas Isaías: « ¡ Ay de la mala casta! » Porque semen en la Escritura se toma por la succesion y descendencia. Mala casta, que parecen á sus padres en las maldades, que las mamaron en la leche, y saben á la pega. Oseas dice

Oseæ, 9. hablando del pueblo: *Ephraim quasi avis avolavit, gloria eorum a partu, et ab utero, et a conceptu.* « Efrain voló de las manos de su Dios. » El ave una vez suelta mal se prende. Así lo ha hecho mi pueblo, cuya gloria y jactancia les viene desde las entrañas, que mamaron en la leche el ser malos. Bien sé que tiene este lugar otro sentido, y es: gloriábanse que sus mujeres eran fecundas y fáciles en parir, pues yo les quitaré esa gloria. Y corresponde á lo que añade luego: « Pues si criaren hijos, yo los privaré dellos. » Y mas abajo dice el profeta: « Dadles, Señor, ¿ qué les dareis? Dadles vientre estéril sin hijos, y pechos secos sin leche. » Pero tambien es buen sentido el primero. Dice mas el profeta: « *Filiis sceleratis*: ¡ Ay de los malvados hijos! » Hales dicho mala casta, y agora les dice peores hijos; como si les dijera: Sois tales como vuestros padres, que es lo que les dijo David:

Psal., 77. *Quemadmodum patres eorum conversi sunt in arcum pravum*: « Son estos, dice, como arco torcido, como lo fueron sus padres; » que por dar á la caza os da en lo mano. Y el Redentor por san Mateo: « Sois hijos de los que mataron á los profetas; pues

Matth., 23. colmad vosotros su medida. ¡ Ah serpientes, casta de víboras! » como motejándoles de que salian inficionados de las entrañas. Prosigue Isaías, y dice: *Super quo percutiam vos ultra, addentes prævaricationem?* He aquí porque habemos traido este lugar. Deciamos de los pecados de la Magdalena que eran muchos, y hallareis pecadores que jamás se cansan de pecar, y que no bastan castigos, ni todos los pertrechos y máquinas que Dios levanta para atajarles la corriente de sus maldades. Dice pues Isaías: « Grandes han sido vuestros pecados, y muy grande mi sufrimiento y espera que en disimularlos he tenido. Castigado os he muchas veces, cansado estoy de andar á los palos con vosotros, y siempre malos: ya no sé que me haga, dónde os azotaré, pues no hay parte sana en vosotros, ¿ y tras eso

siempre malos? ¿siempre pecadores? ¿siempre pecando de nuevo? ¿hechos pedazos, y no cansados? ¿y no emendados? Tantas veces me habeis provocado á saña con vuestros pecados que os he desollado de piés á cabeza, de suerte que ya no hay parte que no esté bañada en sangre, y siempre tiseretas.» Que lo dijo en una palabra David: *Dissipati sunt, nec compuncti*: «Despedazados están, y no emendados.» Tomo Dios la metáfora de un padre que tiene un hijo travieso, y con deseo de emendarle le castiga, azótale, y no hay género de castigo que no lo ejecute con él; pero es tan malo el muchacho que no siente ya los azotes. Viéndole el padre siempre peor, dice: ¿Qué haré con este bellaco? ya no sé donde castigarle. Hele abierto á azotes, tráyole siempre vendado, y quebrados los cascos, ya con la pierna desconcertada, ya quebrado el brazo, y él siempre peor. Así dice Dios: ¿Dónde os castigaré ya? Que: *Omne caput languidum, et omne cor mœrens. A planta pedis*, etc. No veo en vosotros lugar sin herida; ¿pues dónde os castigaré en venganza de las nuevas maldades que cada dia cometeis? ¿si en la cabeza? *Omne caput languidum:* «No hay ninguna que no esté descalabrada:» ¿si con males interiores, y con mal de corazon? No hay corazon sin tristeza. ¿Pues si en el cuerpo? *A planta pedis.* Y del cabello á la planta estais hechos sangre: y tan recientes son las heridas que aun no os han tomado la sangre dellas. ¿Pues qué os haré? El remedio mas corto será dejaros. *Terra vestra deserta*, etc. Yo asolaré vuestras ciudades, etc. He aquí, pecador, el estado á que te traen tus muchos pecados, á que haga Dios del cansado, y que ya no te pueda sufrir, y que te deje y se vaya. Pues si tu Dios te deja, ¿quién te recibirá? Si se te va, ¿adónde irás tú sin Dios? *Curavimus Babylonem, et non est sanata: derelinquamus eam, et eamus, unusquisque in terram suam.* Cuando un hombre principal está enfermo, suélense llamar médicos de muchas partes; entran en consulta cada dia, hacen mil remedios, púrganle, sángranle, danle unciones, baños, fomentaciones, dietas, sudores, y todo cuanto mandaron Hipocrates y Galeno, y tan malo siempre como de primero. Háblanse: Señores, ya habemos hecho cuanto en nosotros ha sido, habemos agotado las medicinas, los boticarios están cansados de hacer purgas y mezclar jarabes, los remedios de la medicina se nos han acabado, no habemos dejado cosa por intentar de cuantas hallamos en los libros, y el Señor don fulano siempre peor: lo mejor será dejalle á naturaleza; volvamos nosotros á nuestras casas. ¡Ha, pecador desventurado! que esto mesmo hace y dice Dios: Curado he tu alma, ya te he purgado con mi sangre, te he dado jarabes de trabajos, unciones de amor y gracia: hanse agotado los remedios á poder de curarte, los predicadores están roncos, los confesores cansados, mis sacramentos y medicinas ya no te hacen provecho, quiérome ir y dejarte. Esto es lo que arriba llamamos endurecer, y cegar, y llegar los pecados á colmo: porque como no quiere aprovecharse de la misericordia de Dios, ni hace verdadera penitencia, muere en su pecado. Pues dime, pecador, ¿cómo no te espanta el pecar cada dia de nuevo? ¿Qué sabes si ese pecado que vas á hacer es el último que

Psal., 34.

Jer., 51.

Dios querrá sufrirte? ¿qué sabes si te cerrará la puerta, por indigno de su misericordia, ingrato á sus beneficios? ¿qué sabes si quien te ha esperado un año te querrá esperar año y hora? *An divitias bonitatis ejus contemnis? Ignoras quod benignitas Dei ad pœnitentiam te adducit?* « ¿No sabes, hombre pecador, que la paciencia y benignidad de Dios te provoca á penitencia? » ¿O acaso desprecias las riquezas de su bondad, y atesoras ira para tí, con tu dureza y con tu corazon no arrepentido? Esto dice el Apóstol, escribiendo á los romanos. Pues mirad á qué estado traen sus pecados á un hombre, cuando son muchos, que le vuelven insensible á los tocamientos de Dios, y el pecar se le convierte como en naturaleza. Daniel cuenta que soñó Nabucodonosor, rey de Babilonia, un sueño que le trajo muy fatigado, y fué que veia una estatua grande y espantosa; tenia la cabeza de finísimo oro, los brazos y pechos de plata, el vientre y muslos de bronce, las piernas de hierro, y los piés parte de hierro y parte de barro. He aquí como va el pecador de bien á mal, y de mal en peor. Es propia figura y traza suya esta imágen: que puesto que allí le quisiese Dios declarar la succesion y mudanza de los reinos que le habian de suceder, con todo esto se trae y viene muy á pelo para los pecadores. Tiene el hombre la cabeza de oro, porque allí recibió el bautismo, y su principio espiritual y regeneracion fué divina. Diéronle la fe, la esperanza, la caridad, que es la señora, y el oro puro y resplandeciente, que enriquece el alma. Allí le infundieron los hábitos de todas las virtudes, y quedó riquísima: pero comienza á entibiarse en el amor de Dios, enfriase la caridad, descuidase un poco, y admite algunas ocasioncillas, y viene á perder el lustre del oro, de aquel hervor que solia tener; siente el corazon menos casto, la devocion mas caida, el gusto de las cosas de Dios postrado, cánsale la confesion, la comunion sin lágrimas; finalmente se ve con barruntos de caer en alguna grave enfermedad. Así viene á dar en plata, que aunque es de estima, no como oro: así tú, ni mas ni menos, aunque por esta tibieza no se pierde la gracia y la amistad de Dios, y aun el hombre tiene valor, mas al fin no es de oro, ni las obras le son de tanto mérito, ni son tan perfetas como las que solia hacer. Con este descuido y flojedad viene de plata á cobre, porque se descuida y cae en pecado, por donde ya ni sus obras valen, ni son de estima, y no le queda mas que el sonido del lenguaje cristiano, con que habla de la virtud, y retiñe aun á lo que fué: porque un hombre recien pecador no tan del todo se olvida de la virtud, y del buen estado que tuvo, que no le queden á manera de unos cariños de lo que ha perdido. Por eso decimos que viene á cobre, que es metal sonoroso. Dije que con aquella flojedad y relajamiento que tiene de la virtud, viene á caer en pecado; porque seria milagro que entibiándose el hombre en la caridad, y descuidándose en el ejercicio de las obras de virtud, no venga á caer poco á poco en las graves. Y por esto está Dios tan mal con las almas tibias, que dice que le revuelven el estómago, y que le provocan á vomito. Dícele Dios á san Juan: « Escribe una carta al ángel de Laodicea (esto es al obispo de aquella Iglesia), y dile: Yo sé muy bien tus

Rom., 2.

Dan., 2.

Apoc., 3.

obras, y las tanteo y peso, y les miro los quilates que tienen, y veo que no eres frio ni caliente; y ojalá fueses una destas dos cosas; mas porque eres tibio te vomitaré y lanzaré de la boca.» Aludió á lo que suelen hacer para vomitar, que es beber agua tibia, y con aquel disgusto que causa en el estómago, le mueve y revuelve, y hace vomitar. De manera que deseaba Dios que le sirviese, ora fuese por amor (que es ser cálido), ora por temor (que es ser frio). Y pienso que la razon desto es porque, cuando de gran frialdad se pasa á calor, se hace y produce mas vehemente calor, y queda el agua mas ardiente que cuando estando tibia se calienta. Siendo pues ya venida el alma del oro á la plata, y de la plata al cobre, esto es, del hervor del amor á la tibieza de la caridad, y desta al cobre del pecado, si no se vuelve luego á Dios, y se descuida de la penitencia, viene á perder el sentimiento de los tocamientos divinos, y á estar sorda á todas sus palabras, como el hierro que es un metal sordo, y muy terrestre, y el mas bajo, y de menos valor y estima de todos los que cria la tierra. Tenia la estatua de Nabuco los piés de hierro mezclado con barro, y por cierto muy bien; porque cuando llega un pecador á este punto, ya todos sus deseos, sus pensamientos, sus tratos, todo cuanto hace, dice, piensa y halla, todo es tierra y polvo, y eso ama, y busca, y en eso está encerrado, olvidado de Dios, y de su cielo, y de su gloria, hasta decir David: « Declinaron los ojos á la tierra. » Y estos tales ya el pecado le tienen tan casero, y como vecino, y tan familiar, que casi se les vuelve en naturaleza. Y ya acaece á muchos estar tan envejecidos en la costumbre del pecar, que pecan, no por deleite, sino por uso, que suelo yo llamarlos pecadores de balde, que casi sin pensar en lo que hacen, sin gusto, sin otro interés, forzados de la mala costumbre, pecan: que es lo que dijo el que hizo este soneto, hecho á este mismo propósito. Y por parecerme que lo concluyó bien, he querido ponello aquí.

Psal., 16.

## SONETO.

¡Oh paciencia, infinita en esperarme!
¡Oh duro corazon, en no quereros!
Que esté yo ya cansando de ofenderos,
Y que no lo esteis vos de perdonarme?

Cuántas veces volvistes á mirarme
Esos divinos ojos, y á doleros,
Al tiempo que os rompia vuestros fueros!
¿Y vos, mi Dios, callar, sufrir y amarme?

¡Oh guarda de los hombres! vuestra saña
No mostreis contra mí, que soy de tierra:
Mirad á lo que es vuestro, y levantalde,

Que no es deleite ya lo que me engaña,
Sino costumbre que me vence en guerra;
Pues por solo pecar peco de balde.

## § XII.

Estas cuatro cosas hacian muy graves los pecados de la Magdalena, y así no es mucho que diga el evangelista : *Ecce mulier, quæ erat in civitate peccatrix* : « Veis una mujer pecadora en la ciudad. » Hora no me parece que habemos aun desentrañado del todo lo que hay en estas palabras. Dos *Ecce* hallo en la Sagrada Escritura, que parecen contrapuestos el uno del otro : el uno es este *Ecce mulier*, y el otro el *Ecce homo* que se dijo del Hijo de Dios. Cuenta el evangelista san Juan que queriendo Pilato librar al Redentor de las manos de los judíos, sabiendo que por envidia le buscaban la muerte, por moverlos á lástima mandó azotar al Redentor : sácale desnudo, con una corona de espinas en su sagrada cabeza, y cubierto con una ropa vieja de púrpura. Y al tiempo que salió, vuelto á los judíos, que pedian con grande instancia su muerte, les dijo : *Ecce homo* : « Veis aquí al hombre ; » como si les dijera : Acusais á este hombre por alborotador y revolvedor del pueblo ; decís que tiene humos de rey ; pues véisle aquí, que lo menos que tiene es talle de hombre, cuanto mas de príncipe. Poned pues á una parte á Cristo llagado, atado, espinado, el rostro lleno de cardenales y salivas, el cuerpo cubierto de sangre de los azotes, y aquellos divinos ojos llenos de lágrimas : poned á otra parte á la Magdalena suelta, profana, llena de pecados, infame, sin nombre, hecha una añagaza del demonio, un despeñadero de almas. Oid á Pilato, que dice *Ecce homo ;* y volved á san Lucas, que le contrapone, *Ecce mulier*. Y mirad agora el misterio tan galan que ahí está : *Ecce homo*, pues *Ecce mulier*. Para que haya un *Ecce mulier*, es menester que haya un *Ecce homo :* que si este no hay, no habrá aquel. *Ecce homo*, que se hizo hombre por gracia ; *Ecce mulier*, que es mujer por flaca naturaleza. *Ecce homo*, que es justo ; *Ecce mulier*, que es pecadora. *Ecce mulier*, que peca ; pues *Ecce homo*, que lo paga. *Ecce mulier*, culpada ; pues *Ecce homo*, penado. *Ecce mulier*, que merece el castigo ; pues *Ecce homo*, que es el azotado. *Ecce mulier*, suelta ; pues *Ecce homo*, atado. *Ecce homo*, que siendo Dios se hizo hombre ; pues *Ecce mulier*, que siendo pecadora queda santa. *Ecce homo*, que muere porque esta viva ; pues *Ecce mulier*, que vive porque este muere. *Ecce homo*, que le presentan por esta mujer á Pilato ; pues *Ecce mulier*, que la presentan por este hombre al Padre. Pilato da este *Ecce homo* á los hombres para su rescate ; Cristo da esta *Ecce mulier* al Padre para su regalo. ¡ Oh trueque soberano ! ¡ Dulce bien nuestro, que te pones en competencia de una pecadora, porque tu amor te fuerza, y tu Padre te lo manda ! Mirad, hombres, el gran amor de nuestro Dios, que dice : « Tomad un Dios, y dadme un hombre : tomad mi Hijo, y dadme una pecadora. » Pues dime, gran Señor : ¿ y este es trueque que se puede sufrir ? ¿ No ves que te engañan mas que en la mitad ? Dar un Dios por un hombre, ¿ quién tal vió ? ¿ El justo por un homicida ? ¿ el inocente por el culpado ? ¿ el Señor por el siervo ? ¿ el Hijo por el esclavo ? ¿ el Hacedor universal por su misma hechura ? ¿ Quién vió trocar la gloria por el

Joan., 19.

polvo? ¿la riqueza suma por la suma pobreza? ¿la alteza de Dios por la bajeza del hombre? *Ecce homo*, remedio de mis males, hombre que paga mis deudas, sangre con que se lavan mis culpas, precio con que se redime mi ofensa. Pilato te me muestra, Redentor de mi alma; tu Padre te me da; tú mueres por mí. Tú dices: « Esta es mi sangre, que derramo por vosotros; » tu Padre dice: « Así amé al mundo, que le dí un solo Hijo que tenia. » Pilato me dice: Pues veis al hombre, que todo eso hace: *Ecce homo*. Él me dice: *Ecce homo;* mas yo digo: *Ecce Deus*. Hombre te me muestran, mas Dios te conozco. *Ecce homo*, que muere por mí: *Ecce Deus*, que resucita por sí. *Ecce homo*, que muestra mi flaqueza padeciendo: *Ecce Deus*, que me da su fortaleza venciendo. ¡Dulce retrato de mi remedio, que así te habia yo menester para mí que te perdieses á tí para hallarme á mí! De manera que lo primero que tenemos es esta contraposicion.

## § XIII.

*In civitate peccatrix*. Extraña cosa es ver que por menudo nos cuenta el evangelista san Lucas las circunstancias desta conversion. Pecadora, y en la ciudad, que era la de Nain, donde el dia antes habia resucitado el Señor al hijo de la viuda. ¿Pues hace mas al caso ser uno pecador en la ciudad, ó sello en la aldea? ¿Qué importa irse uno al infierno desde su lugar, ó irse desde Sevilla? Creo que fué encarecimiento de los pecados de la Magdalena. Mucho va, señores, de ser uno ruin en Roma, ó en una aldea de Sayago: que en el lugarejo do no se sabe qué cosa es sermon en mil años, y que el cura no sabe leer aun en su breviario, que no hay uno que os dé un consejo, ni quien os retraya de un vicio, ni os adiestre á la virtud; que allí seais vos pecador, no es milagro: mas que en la ciudad donde están los prelados de la Iglesia, los doctores y predicadores de la fe, la luz del Evangelio, donde tantos monasterios, y tan llenos de religiosos, se ocupan en los divinos oficios, adonde se predica tan continua la palabra de Dios, donde hay tantos ejemplos de siervos del Señor, tantos confesores tan doctos, tanta frecuencia de sacramentos, y que todo huele á santo, y bulle en devocion, ¿y que allí seais malo, y jamás salgais de vuestra ruin vida? eso es lo que cansa á Dios, y lo que encarece el evangelista en la Magdalena. Mayor fué el pecado de Judas, siendo malo entre los apóstoles, que el de san Pedro, negando entre los verdugos de maldad. Esto aun cotejando los pecados, que en sustancia fueran iguales, decia Isaías: *Misereamur impio, et non discet justitiam facere: in terra Sanctorum iniqua gessit, et non videbit gloriam Domini*. « Andaos, dice, á tener misericordia, y á hacer bien al malo, y no hayais miedo que por eso sea mejor. » Entre los santos y en tierra santa ha hecho maldades: que á ser en la plaza, ó en la lonja, ó en las gradas de Sevilla, ó el sarmental de Burgos, donde se trata de cambios y logros, y donde se engaña al prójimo, y se roban las haciendas, y trampean los mercaderes, no fuera mucho: mas que estando en una cartuja entre santos sea diablo, entre los buenos sea malo, esto

Isai., 36.

no se puede sufrir. ¿Pues qué merece este tal? Que *non videbit gloriam Dei*. No se quedará sin castigo, y será que no verá la gloria de Dios. « Habia, dice en el capítulo primero de Job, un varon en tierra de Hus,» que era de gentiles, « y él era bueno y sencillo. » Parece que lo cuenta como por milagro, que entre malos fuese bueno. Y el santo Lot es tan alabado, porque con ser tales los de Sodoma, y viviendo entre ellos, él fué justo. Mas claro lo dice la Escritura en el capítulo veintisexto de los Números; y es, que contando como Coré y muchos con él fueron tragados de la tierra, porque se rebelaron contra Moisen y Aaron, dice : Hizo Dios un gran milagro en aquel dia, que pereciendo Coré no murieron sus hijos; y es porque no estaban envueltos en los pecados de su padre. Y cuéntalo por milagro, que siendo malos los padres, y viviendo con ellos, sus hijos fuesen buenos, y no les hubiesen pegado los ruines siniestros de sus padres. Pues por esto pone el sagrado evangelista que era la Magdalena pecadora, y en la ciudad.

## § XIV.

Pero, Señor, ¿qué quiere decir que ya que haceis tal merced á esta mujer quereis que sea tan á costa suya? Bien vendeis vuestra mercadería. Y ya que en un banquete la perdonastes, ¿porqué quisistes que os pagase tan caro el escote que á trueque desto quereis que cada año por esos púlpitos se publiquen sus pecados á voz de pregonero, y que vuestro evangelista le escriba el proceso de su ruin vida, y lo deje firmado de su nombre? Cierto, si tomásemos el voto de muchos, que dijesen que es caro perdon. ¿Hay aquí quien, si le dijesen que le perdonarian sus pecados si desde un púlpito los apregonase todos delante de la gente que hay en un mediano auditorio, que no le pareciese caro perdon? Hora mirad, señores: los siervos de Dios muy de otra arte sienten de la honra que los del mundo, porque á trueque de que el Señor sea honrado huelgan que todos sepan que fueron unos grandes pecadores. ¿Qué mas honra puede ser para el médico que el enfermo, despues de ya sano, publique sus enfermedades, las cuales mientras mas y mas mortales fueron, mas gloria es para el médico que le dió sano? San Pablo, escribiendo á su discípulo Timoteo, le dice : *Gratias ago ei, qui me confortavit, Christo Jesu, quia fidelem me existimavit, ponens in ministerio : qui prius blasphemus fui, et persecutor, et contumeliosus.* « Gracias muchas doy, dice el Apóstol, á mi Señor Jesucristo, que me esperó, y le pareció que seria fiel, y de algun provecho, si me empleaba en su servicio, con ser antes un blasfemo de su nombre, perseguidor de su Iglesia, injuriador de sus santos. » No dice esto san Pablo por jactarse de sus pecados, mas por engrandecer la cura que el médico celestial hizo en él, haciéndole de lobo oveja, de perseguidor predicador, de tirano Apóstol. Así el santo rey David, en quien y en cuya doctrina quiso Dios que nada faltase para nuestro provecho, en el psalmo de la Penitencia, rogando con mil requiebros á Dios que le perdonase su pecado, le

1. Tim., 1.

Psal., 50.

dice: «Habed misericordia de mí, Dios mio; y pues mi pecado es grande, séalo tambien vuestra clemencia.» Y si me decís, Señor, que ya otras veces me habeis alimpiado, y que basta lo sufrido: «Lavadme, Señor, aun otra vez, y alimpiad esta nueva mancha de mi pecado. Y si me notais de importuno, no es maravilla que lo sea, pues conozco mi maldad, y traigo siempre mi pecado delante de los ojos. A tí solo pequé, ó gran Señor, y lo que mas me lastima es que no me espantó tu presencia. Pequé contra tí, porque á tí solo toca castigar los pecados.» Y si Adan pecó, y escondió su pecado, y le castigaste, yo le descubro, que mal se cura la llaga cuando del médico se esconde. Perdóname, médico del cielo, porque quedes por justo; y de tu palabra dijiste en el Deuteronomio á tu pueblo: «Si cuando pecares, arrepentido hicieres penitencia, y te volvieres á mí, yo que soy misericordioso te perdonaré.» Deut., 30. Pues mira, Dios mio, que muchos han oido los grandes bienes que me has prometido; y si agora ven que me desechas de tus ojos, no sabiendo la causa, se quejaran de tu justicia. Pues haz, Señor, que cumpliendo tu palabra en perdonar á mí que te llamo, salgas verdadero y vencedor cuando los hombres quisieren juzgar tus consejos. Y si no basta, buen Dios, para que me perdones, conocer yo mi pecado, y ser tú tenido por fiel en tus promesas, baste ver mi flaqueza, y el ruin metal de que soy hecho. Bien lo saben tus manos, pues ellas me amasaron; de barro y flaca tierra compusieron mis huesos y mis nervios; saben que el barro no es metal de muchas pruebas; ¿pues qué mucho que se quiebre y salte al fuego de la tentacion? Mamé mis defectos en la leche; «con pecados me concibió mi madre;» con ellos me engendró mi padre; y en ellos nací yo. Y pues ves, Señor, que soy lodo, compadécete de tu hechura, y halle lugar en tu misericordia el que conoce su miseria. No te maravilles, gran Señor, que peque quien nació con el pecado. Y si me dices, Dios y Señor de mi alma, que los ángeles pecaron, y no los perdonaste, es verdad, pero no se visten de tierra, ni están tapiados ni emparedados en barro, como el miserable del hombre. No te alego, Señor, mi flaqueza por excusar mi malicia; mas solo muestro la razon que puedes tener de perdonarme. Finalmente, despues de haberle dicho grandes ternuras para moverle á perdonarle, le dice: *Docebo iniquos vias tuas, et impii ad te convertentur.* Señor y Redentor, si me perdonais, si me sanais desta tan grave dolencia, ó médico del cielo, «yo mostraré á otros dolientes el camino de vuestra santa casa, y todos los enfermos acudirán á vos.» De manera que diré al mundo cual al cabo estuve, y cómo vos me sanastes; y os tendrán por el mas famoso médico de la tierra. He aquí para qué cuentan los santos sus pecados y defectos. Aquel venturoso ciego que cuenta san Juan, habiéndole sanado el Señor, con haber bandos y cisma entre los judíos, unos decian: Joan., 9. ¿Es él? no es él, mas parécele; otros: Él es, que bien le conocemos; sale él, y dice: Yo soy, yo soy, y Jesus me sanó; y á todos contaba su enfermedad. Si á la Magdalena le preguntasen en el cielo si le pesa que sus pecados se publiquen en las iglesias cada año, diria que no, pues saca Cristo gloria de su conversion. No piense nadie que los pecados que los

santos cometieron en la vida los afean; porque acaece que la otra dama que salió con una ropa galana, y al atravesar por un cancel se dió un desgarron, y viendo su ropa rota échale unos vivos de otro color, y hace labor de lo roto, y queda mucho mas hermosa. Así es en las faltas de los santos, que echaron unos vivos de penitencia en las ropas de sus vidas, con que quedaron mucho mas hermosos: y no solo no los afean, mas aun muchos que antes de la caida servian á Dios tibia y flojamente, despues de haberse conocido y corrido de sus culpas, y haciendo penitencia, se levantan con tanto hervor de amor de Dios que dejan atras á los que antes iban primeros. Porque, como dicen los teólogos, algunas veces el pecador se levanta á mayor gracia que la que tenia antes que cayese: porque así como nunca un elemento se fortifica tanto como cuando topa con su contrario, que entonces para resistirle se une, y ayunta toda su virtud y fuerza, porque desea rendir y vencer á su enemigo, así ni mas ni menos suele suceder en algunos corazones generosos, y escogidos, y santos, que mientras no caen en las manos del pecado no muestran aquellos hervores y deseos encendidos de la caridad que vemos en otros particulares, mas cuando topan con el pecado, y se ven caidos y derrocados á los piés de sus enemigos, sintiendo la gracia divina que los llama, sin la cual no puede un hombre, despues de caido, levantarse, conócenla y danle entrada en el alma, y con ella, y con su libre albedrío, y con una generosa fuerza, ayuntando y recogiendo toda su virtud, espelen el pecado, y todos los rastros dél, y quedan con doblado espíritu, y viven con mas cautela y recato, y andan mas sobre sí, por no verse otra vez rendidos. Y aunque les quedan las señales de las heridas, estanles entonces muy bien: como al soldado, que peleando en la batalla cayó, y herido y corrido se levanta, y mata á su enemigo, despues le vereis preciarse en las plazas de que tiene medio cortada la pierna, y una lanzada por el muslo; no se jacta de las heridas, sino de que parándole tal su contrario, con todo eso pudo mas que él, y le venció y mató; así los santos cuentan en el cielo las victorias que ganaron del demonio, y como, aunque heridos, y derramando sangre, al fin se levantaron y vencieron. Yo, dirá la Magdalena en el cielo, me ví derrocada y vencida, porque las habia con el espíritu inmundo, que preside á la torpeza y vicios sensuales. Teníame tan ahogada, y tan medrosa y sin fuerzas, que siempre que queria me heria en descubierto, y á su salvo: mas como llegó á mí el aliento y soplo de la divina gracia de mi capitan Jesucristo, cobré fuerza y coraje, y levantéme, y acoceéle muy bien, de suerte que jamás se volvió á descomedir conmigo. Así tambien cuenta san Pedro su negacion, y san Pablo la persecucion que levantó contra la santa Iglesia en sus principios. Por esto, pues, cuenta el glorioso evangelista los pecados de la Magdalena, y por esto se cuentan las caidas de los otros santos.

Tambien quiere Dios que se publiquen para nuestra confianza, y que nos sirvan de ejemplo que no desconfiemos de alcanzar perdon, pues vemos grandes pecadores perdonados: y de allí nos nace una santa osadía para presentarnos delante de Dios, y pedille perdon de nuestros pecados. Por esto me ponen á un Aaron, gran pontífice, caido y levantado,

para que si el papa pecó no piense que ya todo es acabado, y que no hay remedio para él, pues le hubo para Aaron. Leo un David adúltero y homicida, pero perdonado y puesto en cabecera de linaje de Dios, porque no diga el rey en pecando que ya se cerró la puerta para pecados de reyes. Y á un Zaqueo, para espuela del mercader; á un san Mateo, para el escribano; y á una Magdalena, para las rameras y mujeres erradas; y finalmente, pocos estados hay en la república de quien no haya ejemplos de pecadores perdonados en la Escritura, y esto para nuestra informacion y ejemplo. Así lo decia el Apóstol, y para esto decia que se escribian estas cosas. «Todo lo que está escrito, dice san Pablo, sabed que se escribió para nuestra doctrina, para que con la paciencia y consolacion de las escrituras tengamos esperanza.» Rom., 15. He aquí porque quiere Dios que los pecados de la Magdalena se prediquen y apregonen cada año por los púlpitos, y no por afrentalla: y para esto quiere que los escriba su historiador, porque con esto la hace mas famosa en el mundo, y cumple la palabra que le dió allá, cenando en casa de Simon leproso, cuando murmurando los discípulos porque María habia ungido al Señor con aquel ungüento extremado, y porque no se habia vendido, dándolo por malgastado, díjoles el Redentor que no le fuesen molestos, que él haria que su nombre y hechos se celebrasen por todo el mundo. Matth., 26. Y es así que cuanto mas se predican los pecados, penitencia y obras, y amor admirable, y la remision de las culpas de la Magdalena, tanto mas famosa, y celebrada, y engrandecida queda.

## SERMON QUE HACE ORIGENES

### EN LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

*A la ilustre señora doña Beatriz Cerdan.*

Habiendo concluido ya, con el favor y gracia del Señor, el tratado de la gloriosa Magdalena, porque vuestra merced quedase con buena boca, y perdiese la acedia que con mi grosero estilo habrá tomado, por ser menos bueno de lo que agora se escribe en los libros que en nuestro lenguaje castellano se imprimen, he querido rehacer esta mi falta con aprovecharme del dulce y sabroso estilo del gran viejo Adamancio Origenes, el cual sobre aquellas palabras del evangelista san Juan en el capítulo veinteno, que dice que «María estaba la mañana de la resurreccion llorando cerca del monumento,» hace un tratadillo dulcísimo, aunque breve, y digno de que se traya entre las manos: porque está tan requebrado con el Señor, y dice razones tan tiernas y tan enamoradas vol-

viendo por la Magdalena, que á mi corto juicio debia de estar fuera de sí, y muy dentro de Dios, cuando las escribió, y pienso que tenia algun horno de fuego en el pecho á aquella sazon; porque palabras tan encendidas, y razones tan azucaradas, y con tanta miel, no las pudiera decir sino una lengua que otro serafin, como el de Isaías, la hubiera caldeado con fuego venido del cielo. Está este tratado, mirado y leido en su fuente, tan bien puesto, y por términos tan escogidos, y con tan levantado estilo, que temo que lo he de gastar al traducillo; pero pues vuestra merced no lo puede gozar en su propia lengua donde yo lo saco, que es la latina, recompensarse ha el daño de la traduccion menos buena con el provecho del entendelle en el castellano. Podrá ser que añada algunas cosas que me parecerá que no desdicen del propósito y frasi de Origenes, que no será cortar el hilo á la materia que va tratando, y esto haré porque vuestra merced tenga algo mas en que entretenerse, porque, como ya he dicho, el tratadito es muy breve: y siendo vuestra merced tan aficionada á esta gloriosa santa, á quien su gran enamorado la hizo igual á los apóstoles, y aun la hizo apóstola de los apóstoles, pues la envió á ellos para que les diese las alegres nuevas de su resurreccion, halle en ella mas razones de regalarse en amalla, y se aficione mas á imitalla, y parecelle en el amor que tuvo al Hijo de Dios. Y si en lo que dijere se hallare menos gusto de lo que prometo, ó cosa alguna que no haga tanta consonancia á la oreja, no quiero que se entienda que es falta de Origenes, ni que en el latin disuena alguna palabra, sino que solo ha sido defecto de no sabello yo traducir por términos tan dulces y tan propios como lo son los latinos: no por mengua de nuestro lenguaje español, pues es tan abundante que ni en sello, ni en tener galanos frasis, y suavidad, y muy cortados y propísimos términos para todo cuanto ha de decir, tiene envidia á la lengua griega, ni latina, ni italiana, ni tiene necesidad de mendigar estilo, ni términos, ni compostura, ni gala, ni otra cosa de sus vecinos, pues ella por sí sola basta y sobra; sino que la falta que en esto se hallare, si acaso la hubiere, que sí hará, pues hay tantas en mí, es mia, y es bien que á mí se me cargue: pues siendo mas corto que vizcaino, quiero correr tras el caudal y elocuencia de Origenes. Vuestra merced me ayude con sus oraciones, para que el Señor me alumbre el entendimiento, y me dé su Espíritu para siempre serville; y el mismo Señor dé á vuestra merced su santa gracia, y la conserve en su santo servicio. Amen.

«*María estaba cerca del monumento llorando, á la parte de fuera.*»

(Joan., cap. 20.)

Habiendo de hablar, hermanos muy amados, de la presente solemnidad en presencia de vuestra caridad, lo primero que á la memoria me ocurre es el amor, que pide el primer lugar en este tratado, y con razon, y quiere que digamos como María Magdalena, que sobre todas las

cosas amaba al Señor, le seguia cuando iba á dejar la vida en un palo, habiéndole desamparado y huido los discípulos; y ardiendo en vivo fuego de amor, encendida el alma en un excesivo deseo, deshaciéndose en lágrimas, no queriendo poner treguas al llanto, no sabia, ni queria, ni aun podia apartarse del monumento. Oido habemos á María, que estaba fuera del monumento: oido habemos que lloraba. Pues veamos, si podemos, porqué estaba, y veamos porqué lloraba. Aprovechémonos de su estar, y saquemos fruto de su llorar. Estaba, y miraba, por si acaso hallase al que amaba; pero lloraba, porque creia que le habian hurtado al que buscaba. Habíase renovado su dolor, pues un dia antes lo habia llorado difunto, y agora lo llora hurtado. Era este dolor segundo mas grave que el primero, pues no le quedaba con que se consolar. La primera causa de su dolor fué haber perdido á su maestro vivo, mas quedábale alguna manera de consuelo, con pensar que le tendria consigo muerto; mas agora es imposible consolarse, pues no hallaba el cuerpo del difunto. Temia María que no se resfriase en su pecho el amor de su maestro, si no hallaba su cuerpo, con cuya vista se encendiese. Habia venido María al monumento; habia traido consigo preciosos ungüentos, para que, así como en otro tiempo habia ungido los piés de su maestro vivo, así agora embalsamase todo el cuerpo de su Señor difunto: y así como otro tiempo habia lavado sus piés con lágrimas de sus ojos por la muerte de su alma, así venia agora al monumento á regallos otra vez por la muerte de su Maestro; pero como no le hallase en el monumento, acabóse el trabajo de ungillo, y creció la ocasion de llorarlo: faltó al servicio la que sobró al dolor: faltó á quien ungiese, mas no por quien llorase. Lloraba grandemente María, porque le habian añadido dolor sobre dolor, y traia dos grandes dolores en un solo y flaco corazon; queria ablandallos con lágrimas, mas no podia: y así, toda ocupada del dolor, desmayaba su cuerpo y alma; y aunque sabia llorar, y dolerse, pero no sabia qué hacerse. ¿Qué podia hacer esta mujer sino llorar, pues tenia un intolerable dolor, y no hallaba consolador? Venido habian Pedro y Juan al monumento con ella, mas en no hallando el cuerpo se volvieron; pero María estaba llorando fuera del monumento: estaba, y casi desesperando esperaba, y esperando perseveraba. Pedro y Juan temieron, y por eso no esperaron; mas no temia María, y por eso estaba, porque ya le parecia que no le quedaba qué temer, pues no le quedaba mas qué perder. Habia perdido á su Maestro, á quien amaba tan tiernamente que fuera dél no le quedaba qué amar, ni tenia ya qué esperar. Perdido habia María á la vida de su alma, y así le parecia que le estaba mucho mejor el morir que el buscar la vida; porque por ventura hallaria muriendo al que habia perdido viviendo, sin el cual era por demás la vida. Es el amor mas fuerte que la muerte. ¿Qué mayor estrago pudiera hacer la muerte en María? Estaba sin alma, sin sentido: sintiendo, no sentia; viendo, no via; oyendo, no oia; ni aun estaba donde estaba, porque toda estaba donde su Maestro estaba, del cual empero no sabia donde estaba. Buscábale, y no le hallaba, y por eso estaba y lloraba. ¡Oh María! ¿qué esperanza, qué consejo, qué corazon tenias, para que, yéndose los discípulos, te que-

dases tú sola en el monumento? Veniste antes que ellos, y volviste con ellos, y al fin te quedas sin ellos. Dime, ó mujer admirable, ¿porqué lo hiciste? ¿Sabias mas que ellos, ó amabas mas que ellos, que no temias como ellos? Por cierto entonces ninguna otra cosa sabia María sino amar y dolerse de su amado. Olvidado se le habia el temor; olvidada estaba del contento; y olvidada estaba de todas las cosas, sino de aquel que amaba sobre todas las cosas; y, lo que es mas maravilloso, que estaba tan olvidada que aun al mismo no conocia. Creedme, que si María lo conociera, nunca lo buscara en el monumento; y si guardara sus palabras en el corazon, no se doliera del muerto, mas alegrárase del vivo; ni llorara por el hurtado, mas regocijárase del resucitado. Habia dicho el Señor que así habia de morir, y que al tercero dia habia de resucitar, mas el mucho dolor le habia hinchido el corazon, y borrado dél estas palabras; ningun sentido habia quedado en ella; habia perecido todo su consejo; habíanle faltado, y burlado, á su parecer, sus esperanzas; solo le habian quedado lágrimas que derramar por los ojos, y sospiros con que abrasar su pecho. Lloraba, pues, porque podia llorar; y llorando volvió á mirar el monumento, y vió dos ángeles vestidos de blanco, con el rostro hermoso y alegre, con una librea de fiesta, que en el traje mostraban el contentamiento interior y la ocasion que de solennizalle tenian, y díenle á María: Mujer, ¿porqué lloras? ¡Oh, María venturosa, mujer de gran dicha! agora, á lo menos, contenta estareis con tan buen consuelo: hallado habeis mas de lo que buscábades: mejor os sucede de lo que vos creíades. Buscábades uno, y hallais dos: un muerto buscábades, y topais dos vivos: hallástedes dos, que, á lo que muestran, tienen cuidado de vos, y quieren ablandar vuestro dolor y llanto. El que vos buscais parece que no cura de vuestro sentimiento, ni hace caudal de vuestras lágrimas. Llamáisle, y no os oye; rogáisle, y no acude; buscáisle, y no le hallais; dais golpes, y no os abre; vos le seguís, y él os huye. ¿Qué es esto, María? ¿Qué gran mudanza es esta? Este Jesus que agora se ha apartado de vos, y por ventura no sabeis si agora os ama, otro tiempo os amaba, otro tiempo os defendia del fariseo, excusábaos con vuestra hermana, alabábaos cuando le ungíades los piés, cuando se los regábades con vuestras lágrimas, alimpiábadeslos con vuestro cabello, aplacaba vuestro duelo, y perdonábaos vuestros pecados. Otro tiempo os buscaba estando ausente; os llamaba no estando presente. Una vez, ó buen Jesu, que le enviaste á decir con su hermana: «El Maestro está aquí, y os llama;» que presto se levantó, dejó la visita, no hizo caso de los principales que le habian venido á consolar, no se despidió dellos, no curó de nadie; porque tú, Dios mio, la llamabas. Y mas, Señor, que lloraste tú cuando la viste llorar á ella; consolástela blandamente diciendo: «¿Adónde pusistes el muerto?» Finalmente, por el mucho amor de María resucitaste á su hermano Lázaro, y convertiste en alegría el llanto desta gran enamorada tuya. Pues, dulcísimo Jesus, ¿en qué ha pecado despues acá esta discípula tuya, que así huyes della? ¿O en qué ha ofendido tu tierno corazon esta amante tuya, buscándote como te busca? Nosotros por cierto despues desto ningun pecado oimos della, sino que cuando á

tí, Dios mio, te sepultaron, ella madrugó mas que todos, y vino al monumento antes que todos, y te lloró mas que todos, y trajo mas ungüentos para ungirte que todos, y agora te busca mas que todos, pues que se queda sola, yéndose todos. Tus discípulos vinieron, y vieron, y se fueron: esta empero está, y te busca, y llora. Si esto es pecado, no lo podemos negar: pero si no lo es, y es amor, y amor tuyo, y si es deseo que tiene de tí, ¿porqué, Señor, te le escondes así? ¿Porqué te ausentas della? ¿Tú que amas á los que te aman, y te dejas hallar de cuantos te buscan? Tú, Dios mio, dices por el Sabio: «Yo amo á los que me aman, y me dejo hallar de los que madrugan á buscarme.» Prov., 8. Luego, Señor, esta mujer que te ama, ¿porqué no te halla? esta mujer que madruga, ¿porqué no te topa? ¿porqué no miras las lágrimas que derrama por tí, su Señor, pues consolaste las que derramó por su hermano? y si la amas, como sueles, ¿porqué, Señor, alargas tanto su deseo? ¡Oh verdad infalible! Acuérdate del testimonio que diste de María á su hermana Marta: «María escogió la mejor parte, que jamás le será quitada.» Verdaderamente escogió la mejor parte María, pues escogió estar á tus piés, y oir tus palabras: verdaderamente escogió la mejor parte, pues escogió de amarte. Escogió la mejor para sí, pues te escogió á tí: ¿pero cómo, Señor, es verdad que no le será quitada si tú le faltas á ella? y si no le es quitada la mejor parte que escogió, ¿porqué llora María? ¿ó qué es lo que busca María? Por cierto María no busca otra cosa sino lo que escogió, y por eso no deja de llorar, porque ha perdido la parte escogida que amaba. Pues, ¡oh guarda de los hombres! ó guarda tú en ella la parte que escogió, ó yo no sé cómo será verdad el «no le será quitada,» si no es que se entienda que, aunque te hayan quitado de sus ojos, tú no te has apartado de su corazon. Pero, María, ¿qué os deteneis ya? ¿qué os turbais? ¿porqué llorais? Ya teneis ángeles, básteos el habellos visto; que por ventura aquel que vos buscais, y por quien llorais, ve algo en vos, y por eso no quiere ser visto de vos. Cese ya vuestro llanto, poned término á vuestro dolor; acordaos de lo que é mismo os dijo á vos, y á las demás mujeres: «No querais llorar sobre mí, sino sobre vosotras mismas.» Pues, María, ¿qué es lo que haceis? Él os dice: «No me querais llorar,» y vos no cesais de llorar, ni os acabais de consolar. Temo, María, que ofendais en llorar al que no dejais de llorar; porque si él (como otro tiempo) amara vuestras lágrimas, por ventura no pudiera detener las suyas. Pues tomad agora mi consejo, y contentaos con el consuelo de los ángeles; quedaos aquí con ellos, habladles, preguntadles, y quizá sabrán qué se ha hecho de lo que vos buscais, y adonde está aquel por quien llorais. Cuanto yo por cierto tengo que ellos han venido para daros razon del que buscais, y tambien creo que aquel por quien llorais los ha enviado por sí, y por vos, para que publiquen su resurreccion, y consuelen vuestro dolor. Mirad, María, que es mucha entonacion esa no querer hablar á dos ángeles. Allá Moisen temblaba á la presencia de uno que bajó sobre el monte Sinai, y dijo: «Espantado estoy, y atónito de miedo, y casi no podia echar la palabra de la boca.» Daniel, en viendo otro, dió consigo en tierra, y se le descoyun-

taron todos los huesos; y san Juan se derrocó á adorar á uno, que vió una vez; ¿y vos no haceis caso de dos? Pues en verdad que son gente de cuenta y cortesanos del cielo, vecinos de la gloria, y que donde los conocen que les dicen merced: no sé yo como vos haceis tan poco caudal de gente tan granada. Habladles, María, mirad que se correrán: ¿y vuestra cortesanía do la? ¿qué se ha hecho vuestro aviso? ¿vuestra discrecion y comedimiento do se ha ido? mirad que aguardan respuesta; mirad que os dicen: « Mujer, ¿á quién buscas? » No encubras de nosotros tus lágrimas, descúbrenos tu corazon, y nosotros te mostraremos tu mayor deseo. Esto le dicen los ángeles: mas María, deshecha en llanto, consumida de dolor, puesta toda en exceso de entendimiento, ni recibe consolacion ni cura de algun consolador; antes dice allá en su pecho: ¡Ah dolor cruel! ¿y qué consuelo es este? ¿qué visita es esta? Cansados consoladores me son estos; atormentanme, que no me alivian: busco yo al Criador, y así me es pesada toda criatura. No quiero ver ángeles, ni quiero quedarme con los ángeles, porque (aunque lo sean) pueden acrecentar mi dolor, mas no pueden aliviar mi sentimiento. Si me comenzaren á contar muchas cosas, y si yo quisiere respondelles á todas ellas, temo que antes entibiarán que encenderán el amor que tengo en mi pecho. No busco yo á los ángeles, mas al que hizo á mí, y á los ángeles: no busco los ángeles, sino á mi Señor, y de los ángeles. A tí busco, Señor mio, y tú envíasme los pajes de tu casa: hánteme llevado, Rey mio, y no sé donde te me habrán puesto. A tí solo busco, pues tú solo, bien mio, puedes consolarme, mas no sé adonde te han llevado: miro á todas partes por si acaso te veré, ó dulce Maestro mio, mas no te veo; deseo hallar el lugar donde te han puesto, y no lo hallo. ¡Ay de mí miserable! ¿y qué haré? ¿adónde iré? ¿adónde te me fuiste, amado mio? Hete buscado en el sepulcro, y no te hallo; llámote, y no me respondes, dulce Jesus mio; ¿qué es de tí? ¿porqué te fuiste de mí? ¿y cómo quedaré yo sin tí? ¡Ay de mí! ¿y adónde te buscaré? ¿y adónde te hallaré? Quiérome levantar, y cercar todos los lugares que pudiere; no daré sueño á mis cansados ojos, no tendrán sosiego mis piés, hasta que halle al que ama mi alma. Llorad, ojos mios, y salgan las entrañas deshechas por vosotros: no canseis, ó piés flacos, de caminar; huid del reposo; y pues otro tiempo distes tantos pasos en vuestra perdicion, dadlos agora en busca de vuestro remedio. ¡Ay de mí! ¿y adónde estás, esperanza de mi vida? ¿porqué me has desamparado, salud del alma mia? ¡oh dolor! ¡oh angustia intolerable! cercada estoy de angustias, y no sé lo que escoja. Si me quedo en el monumento, no lo hallo: si me voy del monumento, no sé, desdichada, adonde vaya, ni tampoco sé á do le busque. Apartarme del sepulcro de mi bien me es muerte, y estarme en el monumento me es dolor irremediable. Pues mejor me será guardar el sepulcro de mi Señor que ausentarme lejos dél: porque por ventura, mientras me voy, se me le habrán llevado, y habrán destruido el sepulcro. Aquí pues estaré, aquí quiero morir, porque pueda mi cuerpo quedar junto al sepulcro de mi Señor. ¡Oh qué venturoso seria este mi cuerpo, si mereciese ser sepultado al lado de mi Maestro! ¡oh, qué dichosa seria en-

tonces mi alma, pues saliendo deste frágil vaso mio de tierra se entraria en el glorioso sepulcro de mi Señor! Siempre mi cuerpo fué pesada carga para mi alma; mas el sepulcro de mi Señor le seria alegre descanso. No desampararé este sepulcro; pues morir así me será consuelo, y en esta muerte hallaré mi descanso. Mientras viviere, estaré cerca dél, muerta me quedaré cabe él, ni viva ni muerta me apartaré dél. ¡Ay, descuidada de mí! ¿cómo no caí en la cuenta cuando ví enterrar á mi Señor y Redentor Jesucristo? ¿cómo no me quedé con él? ¿cómo entonces no guardé con mas cuidado el santo sepulcro? No le llorara agora hurtado, porque ó estorbara el hurto ó siguiera los robadores. Mas¡ ay, dolor! que yo quise guardar la ley, y dejé al Señor de la ley: obedecí á la ley, y no guardé al que obedece y manda á la ley. Cuanto mas que quedar con Cristo no fuera quebrar la ley, sino guardalla, porque este difunto renuévala: que no la contamina este muerto, no ensucia los limpios, mas alimpia los sucios, sana los que le tocan, y alumbra á los que á él se allegan. ¿Mas para qué cuento mi dolor? Fuíme, volví, hallé abierto el sepulcro, pero no al que buscaba en él: pues aquí estaré, aquí esperaré, por si acaso pareciere en alguna parte. ¿Mas cómo estaré sola? Fuéronse los discípulos, y dejáronme sola y llorando, y no veo nadie que conmigo se duela, ni hay quien á mi Señor le busque. Han venido los ángeles, mas no sé la causa de su venida: si ellos vinieran á consolarme no ignoraran la causa de mis lágrimas; y si la saben ¿cómo me la preguntan? ¿Pregúntanmela, por ventura, por estorbarme mi llanto? yo les ruego que no lo hagan, no lo intenten; antes me quiten la vida que el descanso de mis lágrimas. ¿Para qué es gastar palabras? yo no los obedeceré, y antes se me acabará la vida que se acabe mi llanto. Llorad, ojos mios, y salgan las entrañas deshechas por vosotros; quede yo vuelta en fuente, porque aun muerta haga el débil cuerpo mio el oficio que el alma le enseñó viviendo: y si acaso faltare el humor para el llanto, pedidlo á la triste de mi alma, allá donde estuviere, que ella os proveerá; pues le sobrará la razon del sentimiento, mientras no dejare de ser. ¡Ah! ¿dónde estás, dulce Rey mio? ¿quién me dirá de tí, ó á quien preguntaré por tí? ¿quién se apiadará de mí? ¿y quién me dirá de tí? ¿quién me consolará? ¿ó quién te me descubrirá? Dime, ó amado de mi alma, ¿adónde estás? ¿adónde descansas al medio dia? ¡Oh ángeles del cielo! yo os ruego mucho que si hállaredes al mi amado, si por allá le viéredes, le digais que estoy enferma de amor, y que me consume y desmaya el dolor; pues *non est dolor sicut dolor meus.* ¡Oh amable! ¡oh deseable! ¡oh admirable! vuélveme el alegría de tu deseada presencia, muéstrame tu rostro sereno, suene tu voz en mis oidos, porque tu voz me es dulce, y tu rostro muy hermoso. ¡Oh esperanza mia, no confundas ni burles lo que de tí espero! Muéstrame tu presencia, véante una sola vez mis ojos, y bástame, y acábese luego la vida, que no habrá jamás muerte tan dichosa y bienaventurada.

Oyeme, dulce Esposo,
Vida del alma que en la tuya vive,
Y alienta el congojoso
Pecho, do se recibe
La pena que el amor en l'alma escribe:

Perdíte yo (¡ay perdida!),
Perdí mi corazon junto contigo;
Pues di, bien de mi vida,
No estando acá conmigo,
¿Cómo podré vivir si no te sigo?

Vuélveme, dulce amado,
El alma que me llevas, con la tuya,
O lleva el cuerpo helado
Con ella, pues es suya,
O haz que tu presencia no me huya.

¿Porqué, mi bien, te escondes?
Vuelve á mí, que te llamo y te deseo,
Mas! ay! que no respondes,
Y como no te veo,
El dia me es escuro, y el sol feo.

¡Oh luz serena y pura!
¡Oh sol de resplandor, que alegra el cielo!
¡Oh fuente de hermosura!
Si pisas nuestro suelo
Véate, y de mis ojos quita el velo:

Pero si las estrellas
Con inmortales piés mides agora,
Atiende á mis querellas,
Y al alma, que te adora,
La lleva para tí, pues en tí mora.

Y á mi cuerpo cansado
Cerca de tu sepulcro da reposo,
Pues si no está á tu lado,
El cielo mas hermoso
Le será escuro, triste y congojoso.

¡Oh fuerte piedra dura,
Do se depositó el rico tesoro
De la carne mas pura
Que vió el sol por quien lloro
¿Cómo tan mal guardaste tan fino oro?

¿No viste, mármol crudo,
Que cuando te tocó aquel sacrosanto
Cuerpo, de alma desnudo,
Pusiste al cielo espanto,
Viendo en tí lo que él mismo estima en tanto?

Que si á Dios tiene el cielo,
Tú tambien en tu seno le encerraste:
Pues dí, mármol de hielo,
¿Cómo no te abrasaste
Cuando con tanto fuego te abrazaste?

Y ya que le tenias,
¿Cómo á tan mal recado le pusiste?
Que aun apenas tres dias
Guardar no le supiste,
Para no ver jamás el bien que viste.

¡Mas ay! ¿de quién me quejo,
Debiéndome quejar de mi cuidado?
Yo soy la que le dejo,
Yo la que, á mal recado,
Dejé á mi Bien, y así me le han robado.

Dejé á mi Bien, y así me le han robado:
¡Ay ojos! llorad tanto,
Que se ajuste la pena con la causa,
Guardad no hagais pausa,
Si no la hace la causa de mi llanto.

Si no la hace la causa de mi llanto,
No la hagais, mis ojos:
Y vos, alma cansada, encende el viento,
Hasta que el sentimiento
Acabe de la vida los despojos.

Acabe de la vida los despojos
Quien acabó mi gloria:
Muerte, porqué detienes el cuchillo?
Que menos es sufrillo,
Pues mas que tú me mata esta memoria.

Pues mas que tú me mata esta memoria,
Deshaz esta lazada,
Irá el alma á buscar su dulce Esposo.
¡Ay rato congojoso!
¿Qué hará sin su bien l'alma cansada?

¿Qué hará sin su bien l'alma cansada,
Sino morir viviendo?
¡Oh ángeles! si veis mi dulce amado,
Ora esté recostado
Junto á las claros fuentes, ó durmiendo
La siesta al medio dia
Allá en la jerarquía
Suprema de la gloria,
Gozando la victoria
Que en este escuro suelo ha merecido,
Ora esté de los ángeles ceñido,

Ora en aquellos prados celestiales
De lirios coronado
Veais que las hermosas flores pisa,
Cuando por la devisa
Echeis de ver qu'él es mi dulce amado;
Contadle paso á paso
El fuego en que me abraso,
Que nace de su ausencia,
Y sola su presencia
Puede curar mi mal:
Que no me huya,
Si no quiere que el alma se destruya.

Mientras que así lloraba y se lamentaba María diciendo estas cosas,

volvió el rostro á mirar atrás, ora fuese porque vió levantar á los ángeles y hacer cortesía al que venia, ora porque sintió pasos de alguno que venia hácia donde ella estaba, y vió á Jesus, pero no le conoció. Díjole el Señor: « Mujer, ¿porqué lloras? ¿y á quién buscas? » ¡Oh deseo de su alma! ¿Y porqué preguntas á esta mujer el porqué llora, y á quién busca? Ella poco antes, muy á costa de su contento, y con gran dolor de su corazon, habia visto colgada de un madero su esperanza; y dícesle tú agora: ¿Porqué lloras? Ella tres dias antes habia visto tus manos sagradas, con las cuales muchas veces tú la bendecias, y tus santos piés, los cuales otro tiempo habia besado y ungido, y en los cuales habia hallado el remedio de sus culpas, cosidos á un palo; ¿y tú, que eres su dolor, le preguntas porqué llora? Habíate visto espirar en una cruz, y dar el alma á tu Padre, y dícesle tú: ¿Porqué lloras? Y aun agora piensa que han hurtado tu cuerpo, que venia á ungille, por tener ese poco de consuelo; y dicesle tú: ¿porqué lloras? y ¿á quién buscas? Bien sabes tú, Rey de gloria, que á tí solo busca, á tí solo ama, por tí solo aborrece cuanto cubre el cielo, por tí se derraman aquellas lágrimas, que bastan ablandar las peñas. Tú, Señor, eres por quien resuenan aquellos sospiros que van rompiendo el cielo y encienden el aire con su fuego; ¿y pregúntasle porqué llora? Dulce Maestro, ¿á qué fin provocas el alma desta mujer? ¿A qué le alborotas y mueves el corazon? Toda ella está colgada de tí, toda está en tí, toda espera en tí, y toda desespera de sí: así te busca á tí, que nada busca fuera de tí; ni piensa en otro sino en tí; y aun por ventura por eso no te conoce á tí, porque no está en sí, antes por tí está fuera de sí. ¿Pues porqué le dices: Porqué lloras? Y ¿á quien buscas? ¿Piensas por ventura que te dirá: A tí busco, y por tí lloro, si tú primero no le dijeres á su corazon: Yo soy por quien lloras, yo soy el que buscas? ¿O piensas, Señor, que te conocerá á tí, mientras tú te le encubras así?

Pensando pues María que el Señor fuese el dueño de la huerta, vuelta á él le dijo: « Señor, si tú le has tomado, dime, yo te ruego, adonde le pusiste, y yo le tomaré de allí. » ¡Oh dolor miserable! ¡oh amor inefable! Esta mujer, como estaba cubierta de una espesa nube de dolor, no via el sol, que levantándose por la mañana rayaba por sus ventanas, y entraba por los resquicios de sus oidos. Ya que el sol resplandeciente de la gloria entraba por la casa del corazon de María; pero como estaba enferma de amor, esta misma enfermedad le tenia tan encandilados los ojos que no via al que via. Via á Jesus, mas no sabia que era Jesus. ¡Oh María! Si buscais á Jesus, ¿porqué no conoceis á Jesus? Y si conoceis á Jesus, ¿porqué buscais á Jesus? ¿y cómo llorais por Jesus? Mirad que viene á vos Jesus; y el que vos buscais os busca, y os pregunta: « Mujer, ¿porqué llorais? » Y vos pensais que es hortelano, para no conocelle. María, mirad que es Jesus, y hortelano es tambien, que siembra en vuestra alma mil semillas de virtud, y en los corazones de los fieles planta este celestial labrador nuevas plantas de santos deseos. Pero por ventura vos no le conoceis, porque habla con vos: vos le buscais muerto, y por eso no le conoceis vivo. Verdaderamente, María, esta es la razon por la cual

se va de vos, y no se os descubre á vos. ¿Porqué se os ha de mostrar el que vos no buscais? Buscais vos lo que no es, y no buscais lo que es: buscais á Jesus, y no buscais á Jesus; y así viendo á Jesus no veis á Jesus. ¡Oh dulce y piadoso Jesus! No puedo excusar del todo esta discípula tuya; no puedo defender libremente este error suyo; y al fin erraba, porque tal te buscaba cual te habia visto, y cual en el monumento te habia dejado. Habia visto ese difunto cuerpo tuyo descolgalle de la cruz, y ponelle en el sepulcro; y tanto fué el dolor que la ocupó en tu muerte, que no dejó lugar vacío para esperar de tu vida; y tanto dolor le dió tu sepultura, que no pudo pensar nada de tu resurreccion. Puso José en el sepulcro tu cuerpo, y María sepultó contigo su espíritu; y con tal lazo le enlazó y le encadenó con tu cuerpo, que mas presto se pudiera apartar su alma de su cuerpo, que animaba vivo, que del tuyo, que amaba difunto. El alma de María mas estaba en tu cuerpo que en el suyo: luego cuando buscaba el cuerpo tuyo, buscaba tambien el espíritu suyo; y adonde perdió tu cuerpo, allí perdió juntamente su espíritu. ¿Pues qué mucho que no tenga sentido la que tiene el espíritu perdido? ¿Y qué maravilla que no te conozca la que le falta el alma con que habia de conocerte? Vuélvele, pues, Señor, el Espíritu que le tiene tu cuerpo, y así cobrará el sentido, que le falta al suyo, y dejará el engaño que agora tiene del tuyo. Pero, ¿cómo erraba la que por tí se dolia, y tan de veras te amaba? Por cierto que si erraba, que creo que ella ignoraba, y así su error no procedia de yerro, sino de amor y dolor. Pues, misericordioso y justo juez, si por ventura yerra en tí, excúsela el amor que te tiene á tí, y el dolor que tiene por tí. No mires á su error, sino solo á su amor, pues no por error llora, sino por amor y dolor, y te dice: Señor, si tú le has llevado, dime adonde le pusiste, y yo le tomaré de allí. ¡Oh, qué sabiamente ignora, y con cuanta discrecion yerra! A los ángeles dijo: «Llevaron á mi Señor, y no sé donde le pusieron:» no les dijo llevastes y pusistes, porque ni los ángeles te sacaron del monumento, ni te pusieron en otra parte; mas á tí te dice: Dime si tú le llevaste, y adonde le pusiste; porque tú á tí mismo te resucitaste, y te sacaste del monumento, y te pusiste donde agora estás. No les dice á los ángeles: Decidme, porque no pudieran decir el órden por entero de lo que de tí y por tí se hizo; mas pregúntatelo á tí, á quien le será posible decir lo que le fué tan fácil de hacer. ¿Qué es esto, Señor, que tan á menudo repite María esta palabra: ¿Adonde le pusiste? Primero habia dicho á los apóstoles: ¿Adonde le pusieron? despues á los ángeles: No sé donde le pusieron; agora te dice á tí de tí: ¿Adonde le pusiste? Muy dulce le debe ser esta palabra al corazon de María, pues tan ordinaria la trae en la boca. Cierto, Señor, que tu dulzura la hace mas dulce, y tu amor le hace que no se le caya de la boca, pues jamás se le parte del corazon. Acordábase que hablando de su hermano dijiste: «¿Adónde le pusistes?» Y así, desde que oyó esta palabra de tu boca, jamás se le cayó del corazon, y deléitase de mezclalla en sus palabras. ¡Oh, cuanto debe de amar tu persona la que así ama tus palabras! ¡Oh, cuanto desea ver tu rostro la que con tanta dulzura pronuncia tus dichos! ¿Y qué es esto, dulcísimo Jesus, que te dice á tí de tí: Yo le tomaré? ¿Temió José, y no se atrevió á des-

colgar tu santo cuerpo de la cruz sin licencia de Pilato, y aun aguardó á hacerlo entre dos luces; y María no aguarda á la noche, no cura de Pilato, no teme la justicia, ni la detiene el ser mujer flaca, y dice con ánimo desmedroso: Yo le tomaré? Pues veamos, María: y si el cuerpo de vuestro Maestro estuviese en la sala del sumo Sacerdote, adonde el príncipe de los apóstoles san Pedro se calentaba al fuego, ¿qué haríades vos entonces? De allí le tomaré. ¡Oh admirable ánimo de mujer! ¡Oh mujer, no mujer! Y si la criada y portera de la casa os preguntase, ¿qué haríades vos? De allí le tomaré. ¡Oh inefable amor el desta mujer! ¡oh maravillosa osadía! ¡oh mujer mas que mujer! Ningun lugar saca, ninguna diferencia pone, sin temor lo dice, sin condicion promete: dime dónde le pusiste, que yo le tomaré de allí. ¡Oh mujer! ¡qué grande es tu fe, y no es menos tu firmeza! ¿Pues porqué tú, ó buen Señor, te olvidas de decir el *fiat tibi sicut vis?* ¿Porqué no le dices el *confide, quia fides tua te salvam fecit?* ¿Por ventura, Dios de misericordia, haste olvidado de tenella desta miserable, que te llora y te desea? ¿Pues cómo no le dices á do te pusiste, para que ella te ponga sobre su corazon, y dé la buena nueva á tus discípulos? No alargues mas, ó dulce Maestro, su deseo: mira que ha tres dias que te espera, y ni tiene que comer, ni con que matar la hambre de su alma, sino que manifestándotele tú le des el pan de tu sacrosanto cuerpo, y hinchas el vacío de su corazon. Luego si no quieres que desmaye, y se acabe en el camino, refresca tú las entrañas de su alma con la dulzura de tu presencia. Eres tú, Señor, pan vivo, en quien se encierran todos los sabores dulces que puede desear el alma: ¿pues cómo vivirá sin tí la que no puede gustar sino de tí? Habla á tu amada, ó buen Jesus; mira que se le derriten las entrañas en agua, y el corazon se deshace en llanto, y se ciegan llorando aquellos ojos que tenian su gloria en solo mirarte. A esta sazon díjole el Redentor: María; y volviendo ella en sí, díjole conociéndole: Maestro. Diciéndole esto, con la no esperada alegría, dejándose llenar de la fuerza del amor que le abrasaba el pecho, fuése para el Señor; mas él deteniéndola le dijo: No me toques. No me toques. ¡Oh mudanza de la diestra del Altísimo! Volvióse el gran dolor en gran contento; cesó la tristeza, y acudió en su lugar la alegría; cesó la ocasion de las lágrimas, mas no cesó el derramallas, porque aunque se mudó la razon del llanto, pero no mudaron el oficio los ojos: las lágrimas de dolor se mudaron en lágrimas de amor. Cuando oyó llamarse por este nombre de María (que así la solia llamar el Señor), sintió un sonido de gloria que llegó de la oreja al corazon; hinchióse de dulzura y terneza el alma, que hasta aquel punto habia estado tan lejos de contento; desmayóse de regalo y sentimiento amoroso el pecho, que el ñublado del pasado dolor le tenia turbio, y conoció que quien la llamaba era su Señor y su amado. Entonces alentó su espíritu, recibió su esperanza, y cobró el cuerpo sus perdidos sentidos, que el dolor se los habia robado. Y así como el amor es mal sufrido, no curó María que el Señor pasase adelante en hablalla, porque le parecia que al Verbo ó Palabra divina mejor era tenella que escuchalla, ni le parecia que tenia necesidad de oir palabra la que la habia hallado tras tanto buscalla. ¡Oh amor fuerte! ¡amor impa-

ciente! antes se contentara María con saber á do estaba Jesus; mas ya no se contenta con velle, si no llega á tocalle. ¡Oh piadosísimo Señor! ¡oh dulce Jesus! ¡qué bueno eres para los de buenos corazones! ¡qué suave para los sencillos y de humildes pensamientos! ¡Oh venturosos los que te buscan con sencillos corazones! ¡y dichosos los que en tí ponen sus esperanzas! Es verdad que no falta certeza que no miente, que tú, mi Dios, amas á todos los que te aman, y que jamás dejas á los que no te dejan, y que siempre acudes á los que te esperan. He aquí que tu amadora te buscaba con ánimo sencillo, y hállate con verdad y alegría: esperaba en tí, y no fué desamparada de tí; antes alcanzó mas por tí que ella esperaba de tí.

Sigamos pues, hermanos, el afecto desta mujer, para que lleguemos al efecto. Lloremos por Jesus, y busquemos con fe pura á Jesus; pues que no se escondió á una pecadora, no hay porque desconfiar que se descubra á nosotros, aunque seamos pecadores. ¡Oh hombre pecador! ¿y porqué te ha de hacer ventaja una flaca mujer en el amor, y en buscar á Dios? Si pecaste, tambien pecó María: si fuiste desagradecido á tu Dios, tambien lo fué esta pecadora; mas lloró, amó, buscó, y halló á Dios. Tambien le puedes hallar tú, si le buscas. Y si me dices: ¿Cómo puedo yo hallar á Dios? ¿cómo puedo yo conocer á mi Padre celestial? Si le busco fuera de mí, veo que me produjo á mí su hechura interiormente: si solo le busco dentro de mí, veo que es mayor que yo: pues el que está dentro de mí sin falta es menor que yo. El que yo busco es sobre todas las cosas; y mayor y mejor que todas ellas: ¿pues cómo puede ser que sea fuera de mí, y esté dentro de mí? ¿que sea mayor que todo, y menor que lo mas pequeño? Esto querria yo, Dios mio, que me enseñásedes de vuestra mano, para que yo sepa cómo os tengo de buscar, y adónde os he de hallar. Soy contento, alma, dice Dios; sabed que estoy presente á vos, porque estoy en vos, porque vos estais en mí; que á no estar en mí no estuviérades en vos, ni aun fuérades vos. Cuanto yo soy en cantidad menor que todas las cosas, tanto en virtud soy mayor que todas ellas: y porque soy angostísimo, estoy dentro de todas las cosas: y porque soy anchísimo, estoy fuera de todas ellas. He aquí, alma, donde os estoy presente fuera de vos, y dentro de vos, y soy anchísima angostura, y angostísima anchura. Hínchelo, pero no soy hinchido, porque soy la misma plenitud; penétrolo, y no soy penetrado, porque soy la mesma Potestad de penetrar; conténgolo, pero no soy contenido, porque soy la mesma Potestad de contener y encerrar. No soy hinchido, por no ser pobre, pues soy la misma abundancia. No soy penetrado, por no dejar de ser, porque soy el mismo ser. No soy contenido de nadie, por no dejar de ser Dios, pues soy la misma Infinidad. Entro por todas las cosas sin mezclarme con ellas, porque puedo andar sobre todas ellas, pues soy la misma Excelencia. Ando sobre todas las cosas, no apartado dellas, porque pueda entrar en ellas y unirlas, pues soy la misma Union por la cual se hacen, y por quien constan, y la cual apetecen todas las cosas. ¿Pues porqué, alma, desconfiais de hallar vuestro Dios y Padre? No es muy dificultoso de hallar adonde estoy, pues por

mí tienen ser, y por mí se conservan, y en mí están todas las cosas. Antes, alma, no hallareis parte donde yo no esté, porque aun ese preguntar de mí nace, y es de mí; y por mí que soy luz, y por mí que soy guia, obra y busca cualquiera que pregunta adonde estoy; jamás se desea sino Bien, nunca se halla sino Verdad; yo soy todo Bien, yo toda y suma Verdad; pues buscad mi rostro, y vivireis. Pero no os movais á tocarme, que soy la misma Estabilidad; no os derrameis por diversas cosas, para comprehenderme, que soy la suma Unidad; cese el movimiento, recoged la muchedumbre de Marta, buscad una cosa con María, y luego topareis conmigo. Pues, Dios mio, suplícoos que me deis algunas mas señas, para que mas claro os pueda conocer; y dadme licencia para que yo me atreva á preguntaros qué es lo que no soy; quizá que así podré tener algunos mas barruntos de vuestra grandeza, y vivirá esta alma postrada con vuestras palabras. Soy contento, alma, y sabed que no es vuestro Padre alguna naturaleza corpórea: tanto mejor sois cuanto mejor obedeceis á vuestro Padre; y tanto sois mas noble cuanto mas contraria os mostrais de lo que es cuerpo. Bueno os es estar con vuestro Padre, y malo estar con el cuerpo; luego no es vuestro Padre cosa corpórea. Tampoco, alma, os engendró algun ánimo, porque á ser así ninguna otra cosa pensárades sino aquel ánimo, y con su mutabilidad os contentáredes, sin buscar otra naturaleza estable. Tampoco os crió algun entendimiento vacío, porque jamás alcanzárades la suma sencilleza, y bastáraos alcanzalle á él: mas veis, alma, que amando y entendiendo subís á la misma Vida, á la misma Esencia, y al mismo Ser absoluto; y esto sobre todo entendimiento: ni os contentais con solo saber, sino entendeis lo bueno, y eso bien entendido. Pero lo que es verdadero bien, eso es lo que os basta sin falta; porque no por otra razon buscais algo, sino por solo que es bueno: luego síguese, alma, que ese sumo Bien es vuestro sumo progenitor. No el buen cuerpo, no el buen ánimo, no el buen entendimiento, sino lo absolutamente bueno. Bueno, que consiste en sí mismo; Infinito, fuera de los límites y términos del sujeto, y que os da vida infinita, y que os durará para siempre. ¿Deseais ver el rostro deste Bueno? Pues mirad todo este mundo lleno de la luz del sol; mirad la lumbre mudable en esta materia del universo, lleno de las formas de todas las cosas: quitad, pues, la materia, y dejad lo demás, y tendreis el alma, que es luz incorpórea, mudable, y que tiene todas las formas en sí. Quitad agora lo que queda, que es la mutacion, esto que es ser mudable, y tendreis el Entendimiento angélico, luz incorpórea, que contiene todas las formas; porque el ánima y el ángel las forman en su entendimiento, y son como monas mias, que así como yo hago un caballo, un leon, un sol, y lo demás, así ellos los forman en el entendimiento, aunque yo produzgo sustancia, y ellos solos accidentes; pues digo que tendreis el Entendimiento angélico, luz incorpórea, que tiene todas las formas, y ajeno de mudanza, en lo cual difiere del alma. Quita agora á este Entendimiento aquella diversidad, por la cual cada forma es diversa en luz, y esa luz la tiene de otra parte, de suerte que lo que queda sea esencia de todas las formas, y de sus lu-

ces; y esta lumbre se forma á sí misma, y por sus formas forma todas las cosas. Esta tal luz resplandece infinitamente, porque resplandece por su misma naturaleza, ni es inficionada por mezcla de otra cosa alguna, ni estrechada por alguna cosa, antes está, y anda por todas las cosas, porque no está en ninguna, y en ninguna está propiamente: porque resplandezca en todas, vive de sí misma, y da vida á todo lo que vive, porque su sombra, que es la luz deste sol, solo en las cosas corporales es luz vivífica, que da vida. Si su sombra despierta los sentidos, siente cada cosa; y finalmente ama cada cosa, si cada cosa procura de ser suya. Pues, ¿qué es la luz del sol? Sombra de Dios ¿Y qué es Dios? Sol del sol. Dios es luz del sol en el cuerpo del mundo. Dios es lumbre del sol sobre los entendimientos angélicos. Tal es, ó alma mia, mi sombra, que es la mas hermosa de las cosas corporales: y si tal es mi sombra, ¿cual pensais que será mi luz? si así resplandece mi sombra, ¿cómo resplandecerá mi lumbre? Pues decidme, alma, ¿amais mas la luz que todo lo demás? ¿y amais solamente la luz? Puez amadme á mí solo, que soy luz infinita; amadme infinitamente, y resplandecereis vos, y os deleitareis infinitamente.

¡Oh Dios dulce, Dios amable, Dios admirable! ¡y qué maravilloso es lo que de vos me decís! ¿qué nuevo fuego de amor me abrasa? ¿qué es esto, que agora siento en mí? ¿donde es este nuevo sol, que ahora resplandece en mi entendimiento? ¿qué dulce y no acostumbrado espíritu penetra y halaga mis entrañas? ¿qué amarga dulzura es la que ahora siento? Amarga, porque me desentraña, me derrite el corazon; pero dulcísima, porque de puro regalo y ternura desmaya, y pierde las fuerzas mi espíritu, en cuya comparacion todo lo que parece dulce me es amargo. Dulcísima, pues con esto lo muy acedo se me hace dulce. ¡Oh, qué necesaria voluntad es esta! pues no puedo no querer el bien; y antes puedo excusar, y no querer la vida, que deje de querer este Uno y Bueno: porque si quisiese no quererlo, seria porque ese mismo no querer creeria que es bueno. ¡Oh, qué voluntaria necesidad es esta! Pues no hay cosa mas voluntaria que el mismo Bien por quien son todas las cosas, y al que quiero y busco en todas las cosas: y así lo quiero, que querria no poder no quererle. ¡Oh, qué viva muerte esta! por quien muero en mí, y vivo en Dios; por quien muero á la muerte, y vivo á la Vida; y vivo con Vida, y me gozo con gozo. Muero en mí, porque no me amo á mí; y mi alma está donde ama, y ama á su Bien; luego vive en él. Este es Dios, luego vive en Dios; Dios es Vida, luego vive en su Vida; es riqueza eterna, y lo que desea el alma es ser rica; lo que la enriquece le da gozo, el gozo alegría; luego gózase con gozo inefable. ¡Oh deleite sobre todo sentido! ¡oh alegría sobre todo entendimiento! ¡oh gozo, que no cabe en el alma! Agora, mi Dios, estoy fuera de sentido; pero no loca, porque sobrepujo al Entendimiento: véome furiosa, pero no me despeño, porque antes me levanto á lo alto. Alégrome toda, y derrámome por mil partes; pero no me desperdicio, porque me recoge consigo, y me da Vida, y vive conmigo mi Dios, que es Unidad de unidades. Alegraos, pues, ahora conmigo los que poneis en Dios vuestra alegría. Mi Dios se

me ha hecho encontradizo, el Dios de todas las cosas me ha abrazado, el Dios de los dioses se ha infundido en mis entrañas, ya mi Dios me mantiene toda, y el que me engendró me reengendra : engendróme el alma, refórmame en ángel, conviérteme en Dios. Pues, ¿ qué gracias te daré, ó gracia sobre toda gracia? Enséñame tú á amarte, á alabarte, á hacerte gracias ; enseñame, y dame el poder : pues sin tí ni sé lo que debo, ni puedo lo que quiero. Dáteme á tí, Señor, pues todo lo que tú no eres es menos que tú ; y es poco para mí, y no me harta sin tí. Deseo vida, y sin tí (que lo eres de mi alma) todo me es muerte Huyo la muerte, y sino en tí (que en tu infinita vida anegaste la muerte) en nada hallo vida. Pues ya, mi amado, te tengo, ya te veo, porque tú por tu misericordia te me has descubierto. Troquemos, Señor, y tómame á mí, y dáteme á tí : á mí para que te sirva, y á tí para que te goce.

FRAY

# DIEGO DE YEPES.[1]

## VIDA

DE

## SANTA TERESA DE JESUS.

(Véase esta obra en el Tomo I°, al frente de las de la bienaventurada madre.)

(1) Nació este ilustre escritor y venerable prelado en el lugar de Yepes, cerca de Toledo, en el año 1529. Tomó el hábito de san Jerónimo en el monasterio de Sisla, en Toledo; obtuvo varias dignidades eclesiásticas y fué últimamente prior del monasterio del Escorial por eleccion de Felipe II, que gustaba mucho de su trato y comunicacion, cuando estaba en aquella real casa. Felipe III le nombró en 1599 para el obispado de Tarazona. Murió en 20 de mayo de 1613 á los ochenta y cuatro de su edad.

Las obras que escribió son: 1ª Una *Historia particular de la persecucion de Inglaterra desde el año* 1570 (Madrid, 1599, en 4°). — 2ª La *Vida de la santa madre Teresa de Jesus* (Madrid, 1599). — 3ª Un *tratado de la muerte del rey Felipe II*, por mandado de su hijo Felipe III, y otras varias, que no han llegado á imprimirse.

De estas obras la mas apreciada es la Vida de santa Teresa. El lenguaje de este escritor es puro, castizo y elegante; tiene alguna semejanza con el de fray Luis de Granada, pero es menos expresivo y armonioso. Alguna vez peca de lánguido en fuerza de aspirar á suave; suele faltarle fluidez, mas en general la locucion de este autor es hermosa y noble.

EL PADRE

# J. EUSEBIO DE NIEREMBERG.[1]

## DIFERENCIA

ENTRE

## LO TEMPORAL Y ETERNO.

### LIBRO PRIMERO.

### CAPITULO I.

**La ignorancia que hay de los bienes verdaderos, y no solo de las cosas eternas, sino de las temporales.**

Para el uso de las cosas ha de preceder su estima, y á su estimacion su noticia, la cual es tan corta en este mundo que no sale fuera de él á considerar lo celestial y eterno para que fuimos criados. Pero no es maravilla que estando las cosas eternas tan apartadas del sentido, las conozcamos tan poco, pues aun las temporales que vemos y tocamos las ignoramos mucho. ¿Cómo podremos comprehender las cosas del otro mundo, pues las

(1) Hijo de padres alemanes, nació este piadoso y docto escritor en Madrid, en 1595. Estudió en Alcalá y en Salamanca, y en esta ciudad abrazó el instituto de la compañía de Jesus, en 1614. Murió en el colegio imperial de Madrid, en 1658.

Sin contar sus obras inéditas, las que escribió en castellano y se han publicado son las siguientes, todas impresas en Madrid: *Obras y dias*, *Manual de señores y príncipes*, 1629 y 1641. — *Diferencia entre lo temporal y eterno*, 1633. — *Centurias de dictámenes prudentes y reales*, 1640. — *Prodigio del amor divino*, 1641. — *Curiosa filosofía*, 1643. — *Corona virtuosa y virtud coronada*, 1643. — *Aprecio de la Gracia*, 1643. — *Tratado de la constancia en la virtud*, 1647.

Participa el estilo de este escritor de los vicios generales de su tiempo, y es además desaliñado y algo incorrecto, pero compensa estos defectos con una elevacion y energía admirables, y con una riqueza sin igual de atrevidas metáforas y animadas imágenes en que fué felicísimo. En la expresion de sus pensamientos, generalmente nuevos y grandiosos, es siempre valiente y á veces sublime. Véanse en comprobacion los dos siguientes libros de su tratado de la *Diferencia entre lo temporal y eterno*, la mas apreciada de sus obras.

de este en que estamos no las conocemos? A esto puede llegar la ignorancia humana, que aun no conoce aquello que piensa que mas sabe. Las riquezas y las comodidades, las honras y todos los bienes de la tierra, que tanto manejan y codician los mortales, por eso los codician, porque no los conocen. Razon tuvo san Pedro cuando enseñó á san Clemente Romano que el mundo era una casa tan llena de humo, en la cual nada se puede ver, porque así como el que estuviese en semejante casa ni veria lo que estaba fuera de ella, ni lo que estaba dentro, porque el humo estorbaria la vista clara de todo, de la misma manera sucede que los que están en este mundo ni conocen lo que está fuera de él, ni lo que está dentro, ni entienden cuánta sea la grandeza de lo eterno, ni la vileza de lo temporal, ignorando igualmente las cosas del cielo como las de la tierra, y por falta de conocimiento truecan los frenos de la estimacion de ellas, dando la que merecen las eternas á las que son temporales, y haciendo tan poco caso de las celestiales, como se debe haber de las perecederas y caducas, sintiendo tan contrario á la verdad, como nota san Gregorio que al destierro de esta vida tienen por patria, á las tinieblas de la sabiduría humana por luz, y al curso de esta peregrinacion por estancia y morada; siendo causa de todo esto la ignorancia de la verdad, y poca consideracion de lo eterno. Por lo cual á los males califican por bienes, y á los bienes por males. Por esta confusion del juicio humano rogó David al Señor que le diese de su mano un Maestro que le enseñase cuales eran los verdaderos bienes, diciendo: « ¿Quién me mostrará los bienes? »

Clem. Rom., Epit.

Greg., lib. 8. Mor., 12.

Porque todo lo ignora el mundo, aun los mismos bienes del mundo, y lo que mas tiene entre manos, sucediéndonos lo que á los hijos de Israel, que teniendo el maná á la vista y en las mismas manos no lo conocian, y preguntaban qué era aquello. Pero aun esta curiosidad nos falta á nosotros, que no preguntamos qué son estas riquezas por las cuales pasan los mortales tantos peligros de muerte. ¿Qué son las honras, por las cuales se rompen los corazones humanos de envidia y ambicion? ¿Qué son los deleites, por los cuales se estraga tanto la salud, y viene á perderse la vida? ¿Qué son los bienes de la tierra, que solo se pueden gozar en la peregrinacion que hacemos en el destierro de esta vida, y han de desaparecer á la entrada de la otra, como desapareció el maná á la entrada de la tierra prometida? Con razon Cristo nuestro Redentor llamó en el Apocalipsi escondido al maná, porque teniéndole en las manos no lo conocian los hebreos. Así son las cosas de esta vida, escondidas al sentido, las cuales aun tocándolas no las conocemos, y confundimos la estimacion de ellas, haciendo por las temporales lo que solo deberíamos hacer por las eternas, y menospreciando á estas por estimar aquellas, que debian ser menospreciadas; porque faltando el conocimiento de las cosas, faltará su estimacion, y se errará en su uso. Lo que va en esto se podrá tambien echar de ver en los que comian el maná, porque á unos les vino á causar hastío y provocar al vómito, á otros les sabia dulcemente y al manjar que mas querian.

Exod., 16.

Tanta diferencia como esta hay en el bueno ó mal uso de las cosas, y el buen uso de todas depende de su noticia. Despierten y abran los mortales los ojos, y conozcan la diferencia que hay entre lo temporal y eterno, para que den á cada cosa su estimacion debida, despreciando todo lo que el tiempo acaba, y estimen todo lo que la eternidad conserva, á la cual deben buscar en el tiempo de esta vida, y por las mismas cosas temporales granjear las eternas; lo cual no podrán conseguir sin el conocimiento de unas y de otras, porque puesta la mira en lo eterno, como de mas estima, conserven lo temporal, aunque por sí no tenga alguna, y de lo que es caduco y perecedero hagan consistente y duradero. El maná que dió nuestro Señor á los hebreos mientras peregrinaban en el desierto hasta llegar á la tierra prometida, entre otras misteriosas significaciones que tenia, una es ser símbolo de los bienes de esta vida, en la cual peregrinamos hasta llegar á la tierra que les tenia prometida de la Bienaventuranza eterna. Por eso se empodrecia y corrompia luego, durando muy poco, como lo hacen todas las cosas de este mundo: solo la parte del maná que se cogia con intencion de guardarlo para el sábado, que es figura de la gloria, y de conservarlo en el arca para llevarlo á la tierra prometida, no se corrompió: de suerte que cogerse con diferente respeto hacia á lo corruptible de condicion eterna, como notó Balduino, antiguo doctor, doctísimo intérprete de la sagrada Escritura. Tanto importa tener el respeto levantado y puesto en las cosas eternas, para que aun del uso de las temporales y caducas ganemos la eternidad, y lo pequeño volvamos grande, lo mudable consistente, y lo mortal inmortal y sin fin.

Bald., apud Tibr. (Exod., 15).

Algunos filósofos, que consideraron mejor las cosas de esta vida, aun sin atencion á la eterna, hallaron en ellas muchas faltas, las cuales reduce á tres el sabio emperador y filósofo Marco Aurelio Antonino, el cual dice que tiene estas tres tachas, de ser pequeñas, mudables y corruptibles hasta llegar á su fin. Todas estas condiciones hallaremos dibujadas en el maná, porque su pequeñez era tanta que dice la sagrada Escritura que era menudo y tan pequeño como cosa molida en un mortero cuando se hace polvo: su variedad y mudanza era tan notable, que llevado desde el campo donde se cogia hasta los reales, si llevaban un quintal, se venia á resumir y mermar en una pequeña medida de Gomor. Para con unos se espesaba, y para con otros se extendia y esponjaba: su corrupcion era en tan breve, que no pasaba un dia sin que se llenase de gusanos y corrompiese del todo. Con todas estas condiciones costaba mucho trabajo el gozar de él y comerle; porque primero se cansaban moliéndolo muy bien, cociéndolo, y haciéndolo otros beneficios; de la misma manera que los bienes de esta vida, con todas sus tachas y malas calidades, no se alcanzan ni gozan sin mucho molimiento y cansancio. Tras todo esto, no todos gozaban de la condicion que el maná tenia de suyo de saber á lo que querian: porque los pecadores sentian limitado y menguado gusto en él. Así es que nosotros aun los gustos naturales disminuimos con nuestros vicios, como en su lugar veremos. Es verdad que

Marc. Aur., in vita sua.

Boef., Comm. (Exod, 20.)

Sept. Int. (Num. 11). la apariencia tenia buena, porque, como dicen los setenta intérpretes, era semejante al cristal trasparente y lucido. Esta es la condicion de los bienes de este mundo, que tienen resplandor y apariencia, pero son mas frágiles que el vidrio: son menguados; son variables é inconstantes, con mil mudanzas que tienen; y son corruptibles, caducos y mortales; y solo por el resplandor que muestran al sentido los buscamos como eternos y grandes.

Dejemos la apariencia y superficie pintada, y miremos la sustancia y verdad de las cosas, y hallaremos que todo bien temporal es muy pequeño, el eterno grande; lo temporal inconstante, lo eterno firme; lo temporal breve é instantáneo, mas lo eterno duradero, y al fin eterno. Esto solo bastaba para que se estimase mas que todo lo temporal, aunque esto fuese mas que lo eterno. Pero siendo lo temporal en sí tan corto y tan mudable, y lo eterno tan grande y tan firme, ¿qué diferencia habrá de lo uno á lo otro? San Gregorio juzgó que era bastante para que fuese la distancia inmensa, por lo cual dice: « Inmenso es lo que se seguirá sin término, y poco es todo cuanto fenece. » El mismo santo notó que el poco conocimiento y memoria de la eternidad es la causa del engaño de los hombres, que estimen los bienes falsos de esta vida, y desestimen los espirituales y eternos de la otra. Y así dice « que el pensamiento de los predestinados siempre tiene su intencion puesta en la eternidad, aunque estén poseyendo gran felicidad de esta vida. Aun no tienen peligro de muerte, y siempre la miran presente. Al contrario hacen las almas obstinadas que aman la vida temporal como cosa permanente, porque no atienden cuan gran cosa sea la eternidad de la vida futura. Y como no consideran la solidez de lo perpetuo, juzgan al destierro por patria, á las tinieblas por luz, y á la carrera por estancia; porque los que no conocen las cosas mayores aun de las muy pequeñas no podrán juzgar. » Por esto empezaremos á correr el velo, y descubrir la distancia que hay de los bienes del cielo á los que son de la tierra, por la consideracion de la eternidad y flaca condicion del tiempo. Luego llegaremos á tratar de la vileza de lo temporal, y de la grandeza de lo eterno. Porque como un filósofo dijo de la luz que no habia cosa mas clara ni mas oscura, se puede decir lo mismo de otras cosas tenidas por muy claras, las cuales no están entendidas, y no son las menos oscuras la eternidad y tiempo, y así procuraremos darlas mas á entender, ayudados de la lumbre de fe, doctrina de los santos, y desengaño de los filósofos.

Greg., lib. 7 Mor., 12.

Greg., lib. 8 Mor., 12.

## CAPITULO II.

**Cuan eficaz consideracion sea la de la eternidad para mudar la vida.**

El pensar en la eternidad llama san Agustin grande pensamiento, porque es su memoria de grande gozo á los santos, de grande horror á los pecadores, y para unos y otros de gran provecho. Hace obrar cosas grandes, y muestra la pequeñez de las cosas de la tierra perecederas y caducas. Por esto quiero dar principio con esta luz á descubrir el campo de la poquedad, engaño y vileza de lo temporal, y encomendar la consideracion de lo eterno, porque es la que mas habia de estar en nuestro pensamiento, como perpetuamente la tenia en el suyo David, al cual porque fué pecador le causó horror y pasmo, y cuando santo le alentó mucho á serlo mas, sacando de su meditacion incomparables provechos de su espíritu: y así repite su memoria tantas veces en sus psalmos, no solo en el cuerpo de ellos, donde á cada paso dice para siempre, ó eternamente, ó por los siglos de los siglos: pero aun en la inscripcion y título de ellos, porque ningun título pone mas ordinariamente que este: «Cóntra el fin, ó en el fin,» porque los componia con la consideracion de lo eterno, que se sigue al fin de esta vida; y para mas claridad añade en algunos: «Contra el fin por la octava.» Esto es, segun san Agustin, por la eternidad, porque ella es la octava despues de los siete dias de la semana, en que se resuelven todos los tiempos, los cuales pasados no ha de haber mas semanas, sino únicamente el dia de la eternidad, como habla san Pedro. Aug., Comm. (Psal., 76).

En esta eternidad pues pensaba el profeta de dia, y esta meditaba de noche; esta le forzaba dar voces al cielo; esta le hacia clamar á Dios; esta le enmudecia y quitaba el hablar con los hombres; esta le pasmaba y hacia con su consideracion faltar los pulsos; esta le atemorizaba; esta le ponia acíbar en los gustos de esta vida, y daba á conocer la pequeñez de todo lo temporal; esta le hacia entrar dentro de sí, y examinar su conciencia; esta finalmente le redujo á hacer una milagrosa mudanza de su vida, empezando con mas fervor á servir al Señor. Todos estos efectos de la memoria de la eternidad se verán en solo el psalmo setenta y seis. Allí dice entre otras cosas: «Anticipáronse mis ojos á las vigilias: turbéme, y no hablé palabra.» La razon de esto da luego, diciendo: «Pensé en los dias antiguos, y he tenido en mi pensamiento los años eternos, y los medité de noche en mi corazon.» Este pensamiento le fué causa de que se desvelase tanto, porque en él pensaba antes que saliese el sol, y en él se estaba pensando muchas horas despues de puesto, con tan gran asombro de lo que es eternidad que le faltó el aliento, como él mismo dice, y se estremecia con el vivo concepto que hacia de lo que es perecer eternamente en el Psal., 76.

infierno, ó gozar la bienaventuranza para siempre. Y no es maravilla que este grande pensamiento de la eternidad atemorizase á un tan santo rey, pues el profeta Habacuc dice que los mas altos collados del mundo se encorvaron, estremeciéndose de los caminos de la eternidad. El santo mancebo Josafat, cuando se le representó la eternidad, puesto de una parte el infierno, y de otra el cielo, quedó atónito y sin fuerza, sin poderse levantar de una cama como si tuviera una mortal dolencia. Los filósofos mas bárbaros, con menor luz, se atemorizaron de lo mismo; y así, para símbolo de la eternidad, escogian cosas espantosas. Unos la pintaban en forma de basilisco, que es la serpiente mas para temer de todas, y que con solo su vista no solo asombra, sino mata: porque no ha de haber cosa que mas nos ha de espantar que la eternidad de los tormentos en que puede caer uno. Y conforme á esto san Juan Damasceno representó la duracion eterna en figura de un dragon feroz, que desde una grande hoya, con la boca abierta, acechaba los hombres para tragárselos vivos. Otros la dibujaron pintando una horrible y profunda caverna, en cuya entrada habia cuatro gradas, una de hierro, otra de bronce, otra de plata, y otra de oro: en las cuales estaban muchos niños de diversas suertes jugando y entreteniéndose, sin reparar en el peligro de caer en aquella profundísima mazmorra. Fingieron esta sombra de la eternidad, no menos para significarla digna de temor y espanto, que espantados ellos de la locura de los hombres, que se rien y se entretienen en las cosas de esta vida, sin acordarse que han de morir, y que pueden caer en lo profundo del infierno, porque no eran otra cosa aquellos niños que jugaban á la entrada de tan horrenda y lóbrega sima sino los hombres mientras viven en esta vida, cuyas ocupaciones son de niños, y estando tan cercanos á la muerte y eternidad que despues de ella se sigue, no les causa pavor ni cuidado para dejar sus entretenimientos y vanas ocupaciones de la tierra. Verdaderamente es mucho de espantar que esperándonos tales extremos como son ó gloria eterna ó tormentos sin fin, vivamos tan sin temor ni cuidado de lo eterno. La causa es porque no se ponen los hombres á considerar lo que es esto: qué es eternidad, qué es infierno, para mientras Dios fuere Dios, qué es gloria sin fin. Por eso se quedan tan de asiento y obstinados en sus gustos perecederos, como si fueran inmortales; lo cual significaban aquellas gradas de metales tan duros. Pero David, que lo meditó, y hizo concepto de lo que son años eternos, le causó tan grande pasmo, y le despertó con tal cuidado y diligencia, que hizo una extraordinaria mudanza de su vida, y dijo con grande resolucion entre sí: « Ahora empiezo. Esta es una mudanza de la diestra del Muy Alto. Ahora empiezo (como declara Dionisio) á vivir espiritualmente, á entender sabiamente, á conocer verdaderamente, viendo la vanidad de este siglo presente, y la felicidad del futuro, y reputando por nada toda mi vida pasada, mi aprovechamiento y perfeccion: y tomaré á pechos con nuevo propósito, con mas nuevo fervor, con estudio mas vehemente, las sendas de una vida mejor, entrando los caminos del aprovechamiento espiritual, y comenzando cada dia de nuevo.»

Dam., in vita ejus.

Dion., Comm. (Psal., 76).

Y porque conoció él mismo tan trocado su corazon, confesó que aquella resolucion era milagrosa, diciendo: «Esta mudanza es de la mano del Altísimo.» «Como si dijera, dice el mismo Dionisio: El haberme mudado de esta suerte de las tinieblas de la ignorancia al resplandor de la sabiduría, de los vicios á las virtudes, de hombre carnal en espiritual, se ha de atribuir á la ayuda y misericordiosa asistencia de Dios, que por medio de este conocimiento de la eternidad ha dado tan notable vuelco á mi corazon.» Alumbra grandemente este grande pensamiento de lo eterno, da conocimiento verdadero de las cosas. Por eso en el título de algunos psalmos que hizo David con esta consideracion (como habemos dicho), añadió esta palabra: «Entendimiento, ó para entendimiento.» Esto es, para dar entendimiento á los que meditaren en el fin de esta vida, y eternidad de la otra, y así despreciaron los bienes temporales. Psal., 76.

Con la experiencia de lo que pasó por su alma, exhorta el mismo profeta á todos que mediten con sosiego y despacio en la eternidad de las dos suertes tan opuestas que les aguardan, para que no solo corran, sino que vuelen en su aprovechamiento, y sufran todas las dificultades de la virtud. Y así con gran misterio promete de parte de Dios á los que durmieren entre las dos suertes, esto es, á los que en la quietud de la oracion meditaren en la eternidad de la gloria y del infierno, que se les dará alas de paloma plateada, la cual ave es de las que mas ligeramente vuelan, y tambien espaldas doradas; porque la vida espiritual no sola consta de la actividad de buenas obras propias, sino de la paciencia y sufrimiento en las malas ajenas. El levantarse del lodo de la tierra para caminar al cielo es obrando actos de virtudes muy heróicos y preciosos, sin rendirse á los trabajos y penalidades que cargan sobre uno; y todo esto, cuando se hace con vivo concepto de lo eterno, es con mayor mérito, solicitud y perfeccion. Por eso le declaró el profeta con la semejanza de las cosas mas preciosas que estiman los hombres, que son el oro y la plata; pero como sea comunmente mas dificultoso, y por esta parte mas meritorio el padecer que solo el hacer, aunque todo es muy precioso, por eso dijo que las espaldas serian de oro, y las alas de plata. Tambien el patriarca Jacob tuvo esto por tan singular bien que lo echó por bendicion á su hijo Isacar, diciéndole que se recostaria entre los términos, esto es, que consideraria despacio los dos extremos de la bienaventuranza ú miseria eterna, llamándole por eso fuerte jumento por la fortaleza de ánimo que tiene para vencer las dificultades de la virtud, llevar los trabajos y cargas de esta vida, sufrir los desprecios del mundo, y hacer grandes penitencias, quien considerare vivamente cualquiera de los dos términos eternos que nos están aguardando.

Pero no solo en los santos, sino en filósofos, causó particular efecto y desprecio de las cosas temporales la consideracion quieta y sosegada de lo eterno, aun mirado sin los dos extremos tan diversos que nos propone la religion cristiana. Séneca se queja mucho que le hubiesen interrumpido la meditacion de la eternidad, en la cual estaba embebido como en un dulce sueño, suspensos y aligados los sentidos, gustando mucho

de esta consideracion. «Deleitábame, dice entre otras co-
Sen., ep. 22. sas, de inquirir en la eternidad de las almas, y por cierto de creerla: entregábame todo á tan grande esperanza, y ya me enfadaba de mí mismo, y despreciaba todo lo que quedaba de la edad aun con salud entera, por haber de pasar á aquel tiempo inmenso, y á la posesion de todo siglo.»

Tanto pudo en este filósofo la consideracion de lo eterno, que le hizo despreciar lo mas precioso de lo temporal, que es la vida. En los cristianos debe causar mayor efecto; pues conocen que no solo pueden vivir eternamente, sino que han de gozar ó penar para siempre, conforme á sus obras y vida.

## CAPITULO III.

**La memoria de la eternidad es de suyo mas eficaz que la de la muerte.**

### § I.

Por esto importará mucho hacer vivo concepto de la eternidad, y despues de hecho tener continua su memoria, porque será de suyo mas eficaz que la memoria de la muerte; que sí bien una y otra es muy importante, mas generosa es la de la eternidad, mas fuerte y mas fecunda de santas obras. Por ella las vírgenes han guardado pureza, los anacoretas han hecho severas penitencias, y los mártires han padecido la muerte, á los cuales en sus tormentos no alentó el miedo de la muerte, sino el temor santo de la eternidad y amor de Dios. Los filósofos, aunque no esperaban la inmortalidad de la otra vida, como nosotros, solo con la memoria de la muerte se retiraban de la vanidad del mundo, despreciaban sus grandezas, componian sus acciones, y ajustaban su vida á las reglas
Epict., apud Hier., Comm. (Matth., 10). de la razon y virtud. Epicteto aconsejaba que se trajese siempre la muerte en nuestro pensamiento. «De esta manera, dice, no tendrás bajo pensamiento, ni desearás nada con ansia.» Platon decia que tanto mas sabio seria uno cuanto mas vivamente pensaba en la muerte; y así mandaba á sus discípulos que anduviesen descalzos siempre que hiciesen camino, significando con esto que en el camino de esta vida siempre habíamos de tener descubierta su extremidad y fin, que es el morir, y acabarse todo; mas los cristianos, que tienen fe de la otra vida, han de añadir la memoria de la eternidad. Las ventajas que hará esta memoria á la de la muerte se podrá echar de ver por lo que va de lo eterno á lo temporal. Por eso á los filósofos movia tanto la muerte, porque con ella se habian de acabar todas las cosas de la vida mortal, y es el término hasta donde solamente pueden gozar los hombres de riquezas, deleites y honras, y con ella ha de cesar todo. Otros que deseaban morir, era porque con eso habian de fenecer sus males. Pues si

así espanta la muerte, solo porque quita los bienes de la vida, los cuales por otras mil maneras suelen faltar, y son de suyo, aun antes de la muerte de su poseedor, perecederos, y en sí tan cortos y menguados, peligrosos y llenos de cuidados y sobresaltos; y si la esperaron otros porque quita males temporales, aunque tan pequeños como son los de este mundo; ¿porqué no nos ha de mover mas la eternidad, pues asegura no solo bienes eternos, sino inmensos, y amenaza con males, no solo sin fin, pero excesivos? Sin duda si se hace concepto de la eternidad, mucho mas poderosa es su memoria que lo es la muerte; y si de esta han tenido los hombres sabios tan notable memoria, y la aconsejaban á otros, mas se debe tener de la eternidad. Zenon deseoso de saber un medio eficacísimo para componer su vida, refrenar los apetitos de la carne, y guardar las leyes de virtud, consultó sobre ello á un oráculo, el cual le remitió á la memoria de la muerte, diciendo: Anda á los muertos y consúltalos, y de ellos aprenderás cómo has de componer tu vida: porque viendo que los muertos ya no tienen nada de lo que tuvieron, y que juntamente con su vida espiraron todas sus felicidades, no las estimaria, ni se ensoberbeceria con ellas. Por la misma causa bebian y comian algunos filósofos en cascos de hombres muertos, por tener continuo en la memoria que habian de morir, y no tener gusto de esta vida, aun necesario, que no corrigiesen con semejante recuerdo. Asimismo grandes monarcas usaron de la memoria de la muerte por antídoto de su fortuna, para que no fuese peor su vida que su prosperidad. El rey Filipo de Macedonia tenia mandado á un paje que le dijese cada mañana tres veces: Filipo, hombre eres, acordándole que habia de morir y dejarlo todo. El emperador Maximiliano Primero, cuatro años antes de morir mandó le hiciesen su ataud, el cual llevaba consigo donde quiera que iba, para que siempre le acordase otro tanto, y estuviese con voz muda diciendo: Maximiliano, piensa que te has de morir, y dejarlo todo. Tambien los emperadores del oriente, entre otras insignias de la majestad, traian en la mano izquierda un libro con las hojas de oro, al cual llamaban inocencia, y estaba todo lleno de tierra y polvo, en significacion de la mortandad humana, para acordarse con esto de aquella antigua sentencia: «Polvo eres, y en polvo te convertirás.» No fué sin mucha conveniencia estar en forma de libro este recuerdo de la muerte, para dar á entender de cuanta enseñanza y doctrina sea su memoria, y que ella sola es escuela de grandes desengaños. Tambien tenia misterio ser de oro, y traerle en la mano izquierda, que es la que está mas junto al corazon, para notar cuan precioso es este desengaño, y cómo le hemos de tener esculpido en nuestra alma. Llamábase con razon aquel libro inocencia, porque ¿quién se atreverá á pecar que sabe se ha de morir? Ni los emperadores abisinos se descuidaron mas en esto, porque en su coronacion les traian, entre otras ceremonias, un vaso lleno de tierra, y una calavera de muerto, advirtiéndoles al principio de su reinado cómo habia de tener fin. Finalmente convinieron en esto todos los filósofos que toda la filosofía era la meditacion de la muerte.

Nich. Gogd., lib. 1, de reb. Abisi.

Pero sin duda que hay mas que filosofar sobre la eternidad, y mas espantoso es haber de durar para siempre los tormentos del infierno que haber de acabarse presto los mayores imperios. Mas horrible cosa es haber males eternos que pasarse bienes temporales; mas maravilla es que sea nuestra alma inmortal que lo es que haya de morir nuestro cuerpo. Así los cristianos, principalmente los que tratan de perfeccion, mas han de procurar hacer concepto de la eternidad que temer la muerte, cuya memoria no habian de haber menester para despreciar todo lo temporal; porque el primer paso, segun el consejo de Cristo, habia de ser este de renunciar todo lo que poseen, para que quitados los impedimentos de la perfeccion cristiana, se empleasen en santas obras y ejercicios de virtudes, con la consideracion y memoria de la eternidad que les aguarda para premio de ellas. Habia de sonar en nuestro corazon muchísimas veces esta horrenda voz: Eternidad, Eternidad; no solo has de morir, sino despues de muerto te aguarda una eternidad. Acuérdate que hay infierno sin fin, y ten memoria que hay gloria para siempre. Mas poderosa cosa será para que cumplas la ley de Dios acordarte que eternamente lo has de pagar, ú si la quebrantas que lo has de pagar con dolores sin fin, que saber que han de acabar contigo los bienes y males de esta vida. Acuérdate pues de la eternidad, y resuene en lo mas íntimo de tu alma: Eternidad, Eternidad. Por eso la Iglesia cuando consagra á los padres de ella, que son los obispos, les trae á la memoria esta tan eficaz y fuerte memoria de lo eterno, diciendo: « Estén en tu pensamiento los años eternos, » como lo hizo David. Y en la asuncion y coronacion de los pontífices, les queman delante de los ojos un poco de estopa, con estas palabras: « Padre santo, así se pasa la gloria del mundo,» para que á vista de aquel resplandor breve y transitorio se acuerden de los ardores sempiternos. Y Martino Quinto tomó por armas y blason una hoguera encendida, que llegaba á quemar en breve una tiara de pontífice, una diadema imperial, una corona de rey, y un capelo de cardenal; porque si no cumplen con las obligaciones de su oficio, arderán en breve por una eternidad en los infiernos, cuya memoria quiso tener siempre presente en aqueste provechoso símbolo.

## § II.

El nombre de Isacar, á quien, como dijimos, bendijo su padre Jacob, porque se recostaria entre los dos términos de la eternidad, significa lo mismo que el que tiene memoria, y tambien el varon del premio ó paga, encargándonos con este misterio el Espíritu Santo la memoria de los premios eternos. Y para mostrar el Señor cuan preciosa es en su divino acatamiento y provechosa para nosotros, mandó que se esculpiese este nombre Isacar en un preciosísimo ametisto que traia el sumo sacerdote en el racional, la cual piedra fué tambien revelada á san Juan, que es uno de los fundamentos de la ciudad de Dios, y por ella dice san Anselmo que significa la memoria de la eternidad, que es un principalísimo

fundamento del edificio de toda nuestra perfeccion. Y verdaderamente, si consideramos las propiedades de esta piedra, son otras tantas señales de las propiedades de la memoria de la eternidad y bienes que trae al alma que la considera. El ametisto causa vigilancia; ¿y qué cosa hay que la deba causar mayor que andar entre estos dos extremos de gloria ó pena eterna? ¿Qué habia de hacer mas para desvelarnos que correr este peligro de caer en el infierno? ¿Cómo pudiera dormir á quien solo le sirviese de puente entre dos altísimos peñascos un estrecho madero de medio pié de ancho, y corriendo mientras pasaba vientos fortísimos, y viendo que se caia en un horrendo despeñadero? No es menor el peligro de esta vida, porque el camino para pasar al cielo es estrechísimo, los vientos de tentaciones vehementísimos, los riesgos de ocasiones frecuentísimos, los daños de los malos ejemplos grandísimos, los engaños de los ruines consejeros muchísimos. En evidentes peligros andamos; ¿cómo podrá un cristiano dormirse y descuidar? Sin duda ninguna es cosa mas dificultosa salvarse, mirando á nuestra naturaleza depravada, y las asechanzas del demonio, que pasar un hombre muy pesado sobre una cañaheja quebrada un caudaloso y precipitado rio.

Alb. Magn. Mil. et Ruiz. v. Ces. de Min., lib. 4, part. 2, c. 14, sec. 12.

Dicen tambien del ametisto que no solo hace al que le tiene vigilante, pero que aparta de él los malos pensamientos. Y no sé yo cómo puede tener otros pensamientos quien se acuerda de la eternidad, porque habia que pensar en ella una eternidad. ¿Cómo puede pensar en los deleites breves del sentido quien piensa en los tormentos eternos de su alma, si consintiese en algun pecado grave? El ametisto tambien es contra la embriaguez, conservando á los que la tienen en su sentido y juicio. Ni hay cosa que mas conserve el juicio de los hombres entre el vino de los deleites de esta vida que la memoria de la otra, y que por un gusto de un momento se haya de penar no solo por horas, no solo por dias, no solo por meses, no solo por años; sino por los siglos, y por todos los siglos de los siglos. El ametisto, fuera de esto, es contraveneno, y quita su fuerza á las ponzoñas. ¿Y qué mejor antídoto puede haber contra la ponzoña del pecado que acordarse uno del infierno que por él merece, y del cielo que por él pierde? Tambien el ametisto quieta al hombre, y le sosiega. ¿Pues qué cosa mas eficaz puede ser para no inquietarse uno por las cosas de esta vida, para echar freno al orgullo de la avaricia y reprimir la altivez de la ambicion, que considerar los bienes eternos que aguardan á los humildes y pobres de espíritu? Finalmente el ametisto da fecundidad; tambien este grande pensamiento de la eternidad es fecundo de santas obras, porque ¿quién hay que si considera con viva fe que por lo que es momentáneo y leve se da un peso de gloria eterna, no se animará á obrar cuanto pudiere, á padecer mucho, y sufrir por Dios? ¡O cuan fecundo de obras heróicas es este santo pensamiento: *Espérame gloria eterna!* Los triunfos de los mártires, la victoria de las vírgenes, las penitencias de los confesores, efectos son de esta consideracion. ¡O santo pensamiento, y preciosísimo ametisto, que así haces vigilantes y atentos á los descuidados, así das sabiduría y juicio á los mas engañados,

así sanas á los mas encancerados y corrompidos con el veneno del pecado, así sosiegas las mayores tormentas de nuestra concupiscencia, así fecundas en santas obras á los mas tibios y estériles de virtudes! ¿Quién hay que no procure tenerte y fijarte en su alma? ¡O si los cristianos le grabasen en su corazon, para que nunca le borrasen ni echasen de sí, cuan diferentemente vivirian, y cómo se les luciria en sus obras! Porque aunque la memoria de las cuatro postrimerías sea muy eficaz para reformar la vida, esta de la eternidad es como la quinta esencia, la cual en virtud contiene á todas.

## CAPITULO IV.

### El estado de los hombres en esta vida, y miserable olvido que tienen de la eternidad.

Antes que lleguemos á declarar las condiciones de la eternidad, cosa tan necesaria para vivir santa y virtuosamente, pongamos delante de los ojos el olvido y engaño miserable de los hijos de Adan, de cosa tan importante, pues viven tan descuidados, amenazándolos por momentos la eternidad, y no distando de ellos mas espacio de dos dedos, como dijo un filósofo. Porque ¿qué hay de los navegantes á la muerte, sino el grueso de una tabla? ¿Qué hay del colérico á la eternidad, sino el filo de una espada? ¿Qué hay del soldado á su fin, sino cuanto puede alcanzar una bala? ¿Qué hay del ladron á la horca, sino lo que hay de ella á la cárcel? Finalmente, ¿qué distancia hay en el mas sano y robusto hasta la eternidad, sino lo que hay de la vida á la muerte, que está muy inmediata, pues tantas veces sucede repentinamente, y por momentos debe esperarse? La vida del hombre no es sino un camino peligroso, que va orilla de la eternidad, y con certeza de caer en ella; ¿cómo vivimos descuidados? ¡Qué abiertos llevaria los ojos, con qué tiento pondria los piés, quien caminase junto á un grande despeñadero, no por mas ancha senda que cuanto cabian los piés, y esa llena de tropiezos! ¿Pues cómo los que andan cerca de la eternidad no atienden á su peligro?

Dam., Hist. Bar., 12.

Declaró bien san Juan Damasceno este riesgo y engaño de los hombres con una ingeniosa parábola, en que nos propone al vivo el estado de esta vida. Dice que iba un hombre huyendo de un furioso unicornio, que solo con sus bramidos hacia temblar los montes, y resonar los valles: huyendo de esta manera, sin advertir adonde iba, cayó en una profunda hoya; pero al caer extendió las manos para asirse donde pudiese, y topó con las ramas de un árbol que allí estaba, al cual se agarró fortísimamente, y se detuvo en él muy contento, pensando habia escapado con eso de su peligro; pero mirando á la raiz del árbol, vió á dos grandes ratones, uno negro y otro blanco, que le estaban continuamente royendo muy apriesa, y que ya estaba para dar de

allí abajo él. Mirando despues el suelo de la hoya, vió en ella un disforme dragon, que echaba fuego por los ojos, y le estaba mirando con aspecto terrible, la boca abierta, esperando á que cayese para tragársele. Luego echando los ojos á un lado de la pared de la hoya, á que estaba arrimado aquel árbol, vió que tenian sacadas las cabezas cuatro ponzoñosas áspides para morderle mortalmente: pero mirando tambien á las hojas del árbol, advirtió que algunas destilaban unas goticas de miel, con lo cual él muy contento, olvidado de los demás peligros que por tantas partes le amenazaban, se estaba entreteniendo cogiendo gota á gota de miel, sin reparar en mas, no haciendo ya caso de la fiereza del unicornio que estaba en lo alto, ni de la terribilidad del dragon que estaba en lo bajo, ni de la ponzoña de las áspides que estaban al lado, ni de la fragilidad del árbol que estaba para caer, ni del riesgo que él tenia de írsele los piés y despeñarse, porque todo esto le hacia poner en olvido una gota de miel, con la cual estaba todo ocupado cogiéndola y gustando de ella. En esta imágen veremos representado el estado de los hombres, que olvidados de los peligros de esta vida tan llena de ellos, se dan á sus gustos, porque el unicornio significa la muerte, que desde que nace un hombre le sigue y va tras él; la hoya es el mundo, que está lleno de males y miserias; aquel árbol es el curso de esta vida; los ratones que lo roen, uno blanco y otro negro, son el dia y la noche, que sucediéndose continuamente le van por horas y momentos acabando; las cuatro áspides son los cuatro elementos ó humores que constituyen nuestra complexion, que en excediendo alguno se turba y acaba la composicion humana, y con ella la vida; aquel horrendo y espantoso dragon es la eternidad del infierno, que está dilatando su garganta y boca para tragar los pecadores. La gotica de miel son los gustos y entretenimientos de esta vida; y es tan grande el divertimiento de los hombres, que no advierten por un breve deleite á tantos riesgos como están expuestos; y viéndose cercados por todas partes de tantos peligros de la muerte cuantos son los modos y causas que hay de morir, que son infinitos, y son otras tantas bocas ó puertas de la eternidad, se están saboreando en una gota de miel de un gusto momentáneo, que les ha de hacer echar las entrañas por los siglos de los siglos.

Pasmo es el olvido que de esto tenemos, asombro es que no nos sobresalte este riesgo. ¿Cómo es esto, que cada momento nos amenace una eternidad, y que nos descuidemos tantos dias y meses? Dígame el mas sano y robusto, ¿qué año tiene seguro de que no le acometerá la muerte, y le arrojará de un empellon al abismo eterno? ¿Qué digo año seguro? ¿qué mes del año, y qué semana del mes, y qué dia de la semana? ¿y qué hora del dia? ¿y qué instante de cada hora tiene seguridad? ¿Pues cómo comemos descuidados? ¿cómo dormimos seguros? ¿cómo nos podemos holgar con gusto y agrado de este mundo? Si uno entrase en un campo que estuviese todo lleno de asechanzas y trampas secretas, que en poniendo el pié sobre una habia de caer sobre alabardas y picas, ó en la boca de un dragon, y viese á sus mismos ojos que otros hombres que con él habian entrado iban cayendo en ellas, y desapareciendo él se

estuviese danzando y corriendo en aquel campo, sin recelo de nada, ¿quién no dijera que aquel hombre estaba loco? Por cierto mas loco estás tú: pues viendo que tu amigo cayó en la trampa de la muerte, y que á tu vecino se le sorbió ya la eternidad, y que tu hermano se hundió ya en la hoya de la sepultura, tú te estás tan seguro como si no te esperara otro tanto. Aun siendo incierto el morir, te habias de desvelar por cualquier duda ó peligro que de ello tuvieses: ¿qué debes hacer siendo tan cierto, y que tarde ó temprano te han de entrar por la boca de la eternidad? Maravilla es cómo se previenen los hombres contra los peligros, aunque sean muy inciertos. Si oyen decir que hay salteadores en algun camino, que roban á los pasajeros, ninguno pasa por allí sino armado y prevenido, y muchos juntos. Si oye que hay pestilencias, busca muchos antídotos y contrapestes, guardándose en cosas muy menudas. Si sospecha que ha de haber hambre, previénese con tiempo de trigo. ¿Pues cómo sabiendo que hay muerte, que hay juicio de Dios, que hay infierno, que hay eternidad, no estamos alerta y nos apercibimos? Abramos los ojos, y miremos el peligro en que estamos, miremos donde asentamos el pié, porque no perezcamos, que es muy peligroso el estado de esta vida, y con razon le comparó Isidoro Clario á una puente tan angosta que apenas caben los piés, debajo de la cual está un lago de aguas negras, lleno de sierpes y fieras, y animales ponzoñosos, que se sustentan de los que caen de la puente: al un lado y al otro hay jardines, prados, fuentes y edificios muy hermosos; pero así como seria locura del que pasase puente tan peligrosa divertirse en mirar los prados y edificios, sino tener cuidado con los piés, así es locura de los que pasan por esta vida pararse á mirar los bienes de ella, sino mirar por sus pasos y obras. Añade Cesareo Arelatense que esta puente tiene el mayor peligro en el fin, porque allí es lo mas estrecho de ella, y donde se viene á peligrar: y este es el paso estrechísimo de la muerte. Miremos en vida dónde asentamos el pié con seguridad para el cielo, porque en la muerte no le pongamos en vago, y perdamos la eternidad, á la cual viene á parar nuestra vida. ¡O eternidad, eternidad, qué pocos son los que se previenen para tí! ¡O eternidad, peligro de peligros, y riesgo sobre todos los riesgos, si se yerra el golpe! ¿Cómo no se aperciben para tí los mortales, y cómo no te temen? No hay peligro mayor que el de la eternidad, no hay riesgo mas cierto que el de la muerte, ¿cómo no nos apercibimos y armamos para ella? ¿Cómo no nos prevenimos de lo que será de nosotros mientras Dios fuere Dios? Esta vida presente ha de durar muy poco, las fuerzas nos han de faltar, los sentidos se nos han de entorpecer, las riquezas nos las han de quitar, las comodidades se nos han de huir, el aliento se nos ha de acabar, el mundo nos ha de echar de sí, ¿porqué pues no miramos lo que ha de ser de nosotros despues? A otra region nos han de enviar para muy despacio; ¿porqué no miramos lo que hemos de hacer allá?

Isid. Clar. et Greg.

Pues para que veamos esta nuestra suerte, y sepamos ser prudentes, diré otra parábola del mismo san Juan Damasceno. Habia una ciudad muy grande y populosa, cuyos moradores te-

Dam., in vita Josaph.

nian esta costumbre de elegir por rey á un extranjero que no tuviese noticia de aquel reino y república, al cual por un año le dejaban libremente hacer cuanto quisiese, pero despues cuando él estaba mas descuidado y sin recelo, pensando que habia de reinar toda su vida, llegaban de repente á él, y le despojaban de las vestiduras reales, y sacándole desnudo por la ciudad le llevaban á una isla muy lejos, donde venia á padecer extrema pobreza, sin tener que comer ni vestir, mudándosele tan sin pensar su fortuna en todo lo contrario, sus riquezas en pobreza, su gozo en tristeza, sus regalos en hambre, su púrpura real en quedarse desnudo. Pero sucedió una vez que uno de estos que eligieron por rey era hombre muy prudente y astuto, el cual entendiendo por un consejero aquella mala costumbre de los ciudadanos, y su notable inconstancia, no se ensoberbeció nada con la dignidad y reino que le habian dado; solo cuidaba de cómo habia de mirar por sí para que despues de privado del reino, y desterrado á aquella isla, no pereciese de pobreza y hambre, cuyo destierro estaba por momentos temiendo. El consejo que tomó fué, mientras le duraba el reino, hacer pasar con gran secreto todos los tesoros de aquella ciudad, que eran muy grandes, á la isla donde habia de venir á parar. Habiéndolo hecho así, vinieron al cabo del año los ciudadanos con grande alboroto, para deponerle de su dignidad y oficio de rey, como lo habian hecho con sus antecesores, y enviarle desterrado: él se partió para allá sin ninguna pena, porque habia enviado adelante grandes tesoros, con los cuales vivió con mucha abundancia y grandeza, habiendo perecido de hambre los demás reyes. Esto es pues lo que pasa en el mundo, y lo que debe hacer el que quiere ser prudente; porque aquella ciudad significa este mundo loco, vano, inconstantísimo, en el cual cuando piensa uno que reina, de repente le despojan de todo, y desnudo va á parar á la sepultura, cuando menos lo esperaba, y mas ocupado estaba en gozar y entretenerse con sus bienes transitorios y caducos, como si fuesen inmortales y perpetuos, sin tener memoria alguna de la eternidad, adonde en breve le destierran: region tan lejos y apartada de su pensamiento, adonde va sin pensar desnudo y desamparado, para perecer con una muerte eterna, y solo vive para penar en aquella tierra de muertos, oscura y tenebrosa, donde no entra luz, y solo hay sempiterno horror y lobreguez. Pero el prudente es el que considerando lo que le ha de suceder en breve, de salir despojado de este mundo, se previene para el otro, aprovechando el tiempo de esta vida para hallarlo en la eternidad, y con obras santas de penitencia, caridad y limosna, traspasa sus tesoros á la region en que ha de habitar para siempre, ordenando bien aquí toda su vida. Pensemos pues en lo eterno, para que ordenemos lo temporal, y logremos lo temporal y eterno. La consideracion de la eternidad entendió san Gregorio que estaba figurada en aquella despensa bien proveida de precioso vino, en la cual decia la Esposa que la introdujo el Esposo, y ordenó en ella la caridad; porque dice que cualquiera que con atencion algo profunda considerare en su ánimo la eternidad, se podrá gloriar, diciendo: Ordeno en mí la caridad; porque conservará mejor órden de amor amándose á sí menos, y mas á

Dios, y por Dios; porque aun lo que fuere mas necesario de lo temporal no lo usará sino por lo eterno.

## CAPITULO V.

Qué sea la eternidad, segun san Gregorio Nacianceno y san Dionisio.

Empecemos pues á declarar algo de lo que es inexplicable, y formar algun concepto de lo que es incomprehensible, para que conociendo los cristianos, ó, por mejor decir, ignorando menos lo que es eternidad, tiemblen de cometer una culpa, ó dejar una obra de virtud, estremeciéndose, que por cosas tan pocas como las de la tierra desperdicien las que son tan grandes, como las del cielo. Viendo Agripina, romana, el gran desperdicio de su hijo, que derramaba el oro y plata, como si fuese agua, deseó corregir su prodigalidad, y una vez que mandó dar cuasi la cuarta parte de un millon, hizo la madre juntar otra tanta cantidad de dinero, y extendida en unas mesas se la mostró toda junta, para que viendo con los ojos lo que montaba aquello que tan temerariamente habia malbaratado, se moderase en sus grandes desperdicios. No tiene otro remedio el perdimiento y locura de los hombres, sino ponerles delante lo que pierden y malbaratan por un gusto que se toman contra la ley de Dios: pues por lo que es muy pequeño pierden lo que es sumo, y por lo que dura un instante pierden lo que no tiene fin. Por esto deben considerar qué sea no tener fin, qué es durar para siempre, qué es eternidad. Pero ¿quién podrá declarar esto? porque la eternidad es un océano inmenso, cuyo fondo no se puede hallar; es un abismo oscurísimo, donde se hunde toda la facultad del entender humano; es un laberinto intrincado, donde nadie puede salir; es un perpetuo estar, que carece de futuro y pasado; es un continuo círculo, cuyo centro está en todas partes, y su circunferencia en ninguna; es un grande año, que siempre empieza, y nunca topará con el fin; es la que no se puede comprehender, y siempre se debe aprender y pensar. Pero porque digamos algo, y hagamos alguna aprehension de lo incomprehensible, veamos cómo la definen los santos. San Gregorio Nacianceno no sabe qué decirse de lo que es, sino lo que no es, y así dice: «La eternidad no es tiempo, ni parte de tiempo, porque el tiempo y sus partes se pasan, mas en la eternidad no se pasa, ni se ha de pasar nada; porque todos los tormentos con que entra un alma en el infierno, tan enteros y vivos como fueren al principio, le han de atormentar despues de millones de años: y de todos los gozos con que entra el justo en el cielo no se ha de menoscabar alguno. El tiempo tiene de suyo traer costumbre, y disminuir las cosas, porque lo que al principio pareció nuevo despues disminuye su sentimiento; pero la eternidad siempre está entera, siempre es una misma, no pasa nada por ella; los dolores, en que empieza en los condenados,

despues de mil siglos serán flamantes y nuevos; la gloria que en el primer instante recibe quien se salva, siempre le parece reciente. No tiene partes la eternidad, toda es de una pieza, no hay en ella disminucion ni menoscabo; y aunque los gustos de esta vida, que andan con el tiempo, sean de tal condicion que con el tiempo se disminuyen, ni haya en este mundo algun deleite que si durase mucho no se trasformara en pena, y por el contrario las penas con el tiempo se menoscaban y curan, muy al contrario es la tela que hace la eternidad, porque toda es uniforme, no tiene gusto que canse, ni pena que afloje.» Y así conforme á san Dionisio Areopagita, la eternidad es inmutabilidad, inmortalidad, incorruptibilidad de una cosa toda existente, y un espacio que no parece, sino que siempre se está de una misma manera; porque, como dijo el Sabio, donde cayere el leño allí quedará. Si cayeres como tizon infernal en el profundo del abismo, siempre te estarás allí ardiendo como caiste, sin que nadie te levante; mientras Dios fuere Dios, allí te estarás, sin que te puedas volver de un lado á otro. Dion. Ar., de Div. nom., 10.

Es la eternidad inmutable, porque no se compadece con ella mudanza; es inmortal, porque no cabe en ella fin; es incorruptible, porque nunca tendrá diminucion. Los males de esta vida, por desesperados que sean de remedio, no carecen de este consuelo que ó con la mudanza se alivien, ó con la muerte se acaben, ó con la corrupcion se disminuyen. Todo falta á los males eternos, los cuales jamás tendrán el alivio de mudarse, ni el remedio de acabarse, ni el consuelo de disminuirse. La mudanza de trabajo suele servir de descanso, y un enfermo, por congojado que esté, con mudar lado se alivia; pero las penas eternas en un mismo punto y fuerza permanecerán mientras Dios fuere Dios, sin modo alguno de mudanza. El manjar mas gustoso y saludable del mundo, que fué el maná, solo porque fué continuo vino á causar hastío y vómito. Las penas que se continúan para siempre, ¿qué tormento no causarán permaneciendo siempre de una misma manera? La mar tiene sus menguantes y crecientes, los rios sus avenidas, los planetas varios sitios, el año sus cuatro tiempos, á las mayores fiebres les viene su declinacion, y el dolor mas agudo en llegando á lo sumo suele descrecer: solo las penas eternas no tendrán declinacion, ni verán sus ojos mudanza. El andar por un camino todo llano, que parece el mas descansado, suele cansar mas, porque le falta variedad. ¡Cuánto cansarán los caminos de la eternidad, aquellos dolores perpetuos que no pueden mudarse, ni topar con el fin, ni experimentar diminucion! Lo que fueron los tormentos de Cain ahora cinco mil años, esos son ahora, despues de pasados tantos siglos, y lo que son ahora eso serán de aquí á otro tanto tiempo; sus partes compiten con la eternidad de Dios, y la duracion de su desdicha con la duracion de la gloria divina: y mientras Dios vive, ellos lucharán con su muerte, y estarán muriendo inmortalmente; porque aquella muerte eterna dura, y aquella vida miserable mata, porque tiene lo peor de la vida y de la muerte. Viven los miserables para padecer, y mueren para no gozar, ni tienen el descanso de la vida, ni el término de la muerte, sino para mayor tormento suyo tienen la pena de la muerte, y la duracion de la vida. Mira

por el contrario cuan dichosa suerte sea la de los que mueren en gracia, pues su gloria será inmortal, sin miedo de que se ha de acabar su bienaventuranza inmutable, sin poderse envejecer su corona incorruptible, sin haberse de marchitar, donde no pasará dia por los gozos, donde siempre el contento será nuevo, y su gloria reverdecerá por perpetuas eternidades, donde la bienaventuranza será siempre una misma, y la gloria que ahora seis mil años tuvo san Miguel tiene tan fresca ahora como el primer dia, y la que ahora tiene será tan nueva de aquí á seis mil millones de años como hoy.

## CAPITULO VI.

### Qué sea la eternidad, conforme á Boecio y Plotino.

Lleguemos á escuchar el parecer de Severino Boecio y Plotino, dos grandes filósofos, y el uno no menor teólogo, qué sienten acerca de este misterio y secreto de lo eterno. Difinió Severino Boecio á la eternidad, diciendo que era «una total y perfecta posesion de una vida indeterminable;» la cual difinicion, aunque principalmente conviene á la eternidad de Dios, tambien se puede ajustar á la eternidad de las criaturas racionales que le gozan, porque tienen una total y perfecta posesion de bienes en una vida eterna que nunca se ha de acabar. Con razon la llamó posesion, por el cumplimiento de su gozo: porque la posesion es el mejor modo de gozar una cosa, el cual denota señorío pleno; porque el que tiene algo prestado, ó en depósito, aunque goce de ello, no es con la libertad del que lo posee. Dice mas, que esa posesion es total, porque es de todos los bienes, sin faltarle alguno, y es de todos juntos, sin ser menester para gozarse que sean unos despues de otros, porque todos juntos se pueden gozar. No tienen los bienes de esta vida esta tan notable condicion: porque aunque uno tuviese todos los bienes de ella, no los pudiera lograr juntos, sino sucesivamente, yéndose unos y sucediendo otros. El emperador Eliogábalo, que fué quien mas quiso y procuró gozar de ellos, por mucha diligencia y prisa que se dió apenas pudo lograr de una vez á tres ó cuatro juntos; mientras estaba en los banquetes, no pudo atender á los saraos; y mientras estaba en los saraos, no pudo atender á las fiestas de los espectáculos; y mientras se ocupaba en esto, no se entretenia en las músicas; y mientras oia las músicas, no pudo solazarse en la caza y montería; y mientras se dilataba en la montería, no pudo cebarse en su sensualidad. Para gozar de unos gustos, habia de dejar otros: de suerte que aunque no tuvo todos, porque le faltaron los que gozaban otros hombres particulares, aun de aquellos que pudo gozar no los pudo gozar juntos. Mas al justo en el cielo no le falta bien, y teniendo todos los bienes no ha menester sucesion para gozarlos, porque de todos goza juntamente. Es

Sev. Boec., lib. 5, de Cons. Filos., pros. 6.

tambien perfecta la posesion de la Bienaventuranza por la seguridad que tiene de no poderla inquietar nadie: ninguno puede poner pleito sobre ella, ninguno la puede hurtar, ninguno la puede turbar.

Es tambien perfecta su posesion, porque se goza cumplidamente, no como los bienes de la tierra, que no se pueden gozar enteros; porque, ó la distancia del lugar, ó la imperfeccion del sentido, ó la mezcla de algun dolor y cuidado, ó por lo menos la multitud de objetos, y oposicion suya, es causa de que no se gocen entera y perfectamente. Mas aquella bienaventuranza eterna toda se posee perfectamente, y se percibe enteramente su gozo, y se penetra y embebe en el alma todo lo esencial de su dulzura, la cual no puede menoscabar mezcla de pena, ni sobresalto de cuidado, ni incapacidad del sujeto, ni distancia del sitio, ni grandeza del objeto; porque dolor ni cuidado no cabe allí, y el sujeto se eleva, y el objeto se acomoda, y por distancia y espacio no se proporciona su gusto y deleite eterno. Por todo esto dijo tambien Plotino que la eternidad era una vida llena, y toda juntamente; porque en ella estará lleno y cumplido cuanto hubiere de vida, porque estará lleno y vivo el sentimiento de todos los bienes con toda la capacidad del alma, y porque no habrá parte de vida en el hombre que no ha de estar llena de dulzura, gozo y descanso. La vida de los oidos estará llena, percibiendo concertadísimas músicas; la vida del olfato estará llena con la fragrancia de suavísimos olores; la vida de los ojos estará llena, apacentándose de toda la hermosura; la vida del entendimiento estará llena, conociendo al Criador; la vida de la voluntad estará llena, amándose, gozándose y deleitándose con él. La vida temporal no puede tener esta llenura ni satisfaccion, aun en cosas menores, y la atencion de un sentido impide á la del otro, y la del cuerpo á la del espíritu. No se puede gozar aquí sino por partes de la vida, y eso menoscabada. Pero en aquella eterna felicidad ha de ser lleno el vivir, total el poseer y perfecto el gozar, donde vive todo lo que puede aquí morir, que ni por incompatibilidad de los objetos, ni por impedimento de los sentidos, ni por incapacidad del alma se dejan de gozar todos los bienes juntos, con todos los sentidos y potencias juntas. Demás de esto esta posesion tan total, y tan perfecta y tan llena, es por una vida sin muerte, por un espacio sin término, por un dia que es eterno, el cual vale por todos los dias, y encierra todos los años, y abraza todos los siglos, y sobrepuja todos los tiempos; porque en ella nada pasó, y bien de ella no pasará.

Plot., Æneid. 3, lib. 7, c. 2.

Al contrario es en los miserables pecadores, cuya eterna miseria tiene semejantes condiciones para el mal que la eternidad del bienaventurado para el bien, en los cuales están los males, no como quiera, sino en posesion; porque estarán en sus tormentos con todo lo que son, con alma, con cuerpo, con todos sus sentidos y potencias. Aquella se dice posesion que se adquiere con cuerpo presente, pues estos desdichados, con todo su cuerpo y cuanta sustancia tienen, estarán en ellos no como en cosa prestada, sino como en cosa tan propia que ni aun enajenarla podrán; porque no hay cosa mas propia y debida que lo es la pena á la culpa: y

no solo ellos, pero los males en ellos tomarán posesion de cuanto son; porque los sentidos, los miembros, los artejos del cuerpo, las potencias del alma, las facultades mas espirituales, estarán poseidas de fuego, amargura, dolor, rabia, despecho, miseria y maldicion, por lo cual esta posesion de los malaventurados será total, porque será de todos los males: no habrá mal que falte allí, donde harán concurso todas las desdichas y tormentos: no faltará allí ni en el gusto amargura, ni en el apetito hambre, ni en la lengua sed, ni en la vista horror, ni en el oido asombro, ni en el olfato pesadumbre, ni en el corazon pena, ni en la imaginacion espanto, ni dolor en cada miembro, ni fuego en las mismas entrañas. Todos los males poseerán los desdichados, y todos totalmente; porque con ser tantos sus tormentos que si uno á uno los hubiesen de padecer habia que hacer en ellos muy largos años, y bastara para ser tremenda su muerte; pero sobre todas sus desdichas, es que los han de padecer de por junto, ni el dolor de una parte del cuerpo ha de esperar á que cese en otra, ni la pena del espíritu ha de aguardar que acabe el fuego de abrasar la carne. Todos los males á una han de acometer, todos de un golpe han de estar cayendo sobre los pecadores. Una gotera sola cava una piedra, y para acabar Dios con el mundo bastó que lloviese en él por cuarenta dias. ¿Pues qué será cuando llueva su justicia fuego, azufre, tempestades sobre un condenado, no por cuarenta dias, sino mientras Dios fuere Dios? Demás de esto no solo poseerán los males todos, y de por junto, sino consumada y enteramente; porque no se menoscabará el sentido con la multitud de los dolores, ni se embotará con su grandeza, pues tan despierto y vivo estará para todos como si padeciera en uno solo. Tan perfectamente han de sentir el rigor entero de cualquiera de sus tormentos, que el fuego solo no solo les ha de penetrar los huesos, corazon y entrañas, pero hasta la misma alma inmediatamente ha de abrasar su incendio con tormentos inmortales; porque la posesion de su miseria será total, será perfecta, será llena: total, porque padecerá todos los males; perfecta, porque los padecerá totalmente; y llena, porque padecerá con todos los sentidos, facultades y potencias que puedan padecer. No es este estado y vida para durar, ó por mejor decir no es esta muerte para vivir; pero vivirá en los malaventurados esta muerte para mientras tuviere Dios vida, y durará su miseria para mientras tuviere Dios gloria.

## CAPITULO VII.

**Declárase qué es la eternidad, conforme á san Bernardo.**

### § I.

De otra manera declara san Bernardo la eternidad, diciendo que es la que abraza todo tiempo, el pasado, el presente, y el futuro; porque no hay dias, ni años, ni siglos, que harten la eternidad. Esta sola se sorbe todos los tiempos posibles é imaginables, y le queda estómago desembarazado para mas. Fuera de esto, abraza todo tiempo, porque goza cada instante lo que ha de gozar en todo tiempo; por lo cual llamó Marsilio Ficinio á la eternidad momento eterno; y nuestro Leonardo Lesio dijo que era juntamente larguísima y brevísima. Es larguísima, porque sobrepuja á todo tiempo, y durará infinitos espacios. Es brevísima, porque en un instante de tiempo tiene lo que puede tener por tiempo infinito; porque así como el tiempo es un instante que vuela y pasa, porque no hay del tiempo mas que el instante presente, el cual está siempre corriendo y mudándose de uno en otro cada paso y momento, así la eternidad no es mas que un instante, que permanece, y que está siempre fijo y estable, porque en ella están todas las cosas juntas, y consistentes siempre en un mismo estado. Por ella pasan todos los tiempos, y sucediéndose unos á otros ella está presente y perseverante á todos. El tiempo y todas las cosas temporales son como un arrebatado rio, en el cual con mucha prisa van corriendo unas olas y otras, sin cesar de estarse mudando perpetuamente. Pero la eternidad es como una roca firmísima, ó la madre del mismo rio, por donde pasan las aguas, que corriendo por ella unas y otras, sin volver mas á parecer, ella se está siempre en un mismo lugar. Así son todas las cosas temporales, que sin permanencia ni consistencia alguna, van, sin volver jamás, pasando muy aprisa á la presencia de la eternidad. Y como la madre del rio, con estar parada, contiene todas las aguas que corren en el rio, así la eternidad abarca todos los tiempos que pasan por ella. Es tambien la eternidad como el punto que está en el centro de un círculo, el cual corresponde á toda la circunferencia del mismo círculo, y á cada uno de sus puntos, y se los está mirando igualmente. Porque de la misma manera la eternidad corresponde á todo tiempo y á todos los instantes de tiempo, y tiene presente con modo maravilloso lo que por todos los siglos ha de tener. Y así es un instante, que equivale á infinitos tiempos; porque no tiene una parte despues de otra, sino toda su extension la tiene recogida en un instante; de suerte que en cada momento de tiempo tiene todo junto cuanto se extendiere por infinitas distancias del tiempo. Porque así como la inmensidad de Dios tiene en un

Bern., serm. 1.

punto toda la grandeza divina, que sin término ni linde se dilata por todas partes, de suerte que no tiene menos en un punto que en millones de leguas; así tambien la eternidad recoge en un instante toda la duracion divina, aunque se extiende por tiempo infinito, y esto participan las criaturas racionales en la otra vida, en el modo que son capaces, cuanto á lo esencial de su gloria ó pena, y conforme á su capacidad.

De donde se sigue una cosa bien para considerar, que aquel bien, donde se llegare la eternidad, le hace infinitamente mejor, y aquesto de dos maneras; esto es, como si dijéramos, como dos infinidades. Por el contrario, aquel mal, al cual se le apegare la eternidad, le hace infinitamente peor. Tambien de otras dos maneras; la primera por razon de la duracion, porque le da duracion infinita. Y una cosa, cuanto mas dura, por mayor se tiene. El contento de un dia no es tanto como el de una semana; pero mucho mayor bien será el de un mes, y mucho mayor el de un año, y mucho mayor el de cien años, y mayor el de cien mil, y así irá creciendo su estima mientras mas durare. Por lo cual el que durare infinito es mas estimable infinitamente. De la misma manera el dolor, cuanto mas tiempo durare, mayor mal será, y si durare infinitamente será mal infinito, que excederá infinito á otro cualquiera; aunque sea mayor en grandeza, en tanto grado que si á uno le dieran á escoger estarse quemando vivo en un horno de cal, y juntamente padecer cuantas enfermedades y dolores conoce la medicina, y cuantos géneros de tormentos han padecido los mártires, y los atroces suplicios que se han ejecutado en hombres facinerosos, y todo esto habiendo de durar tan largo tiempo como son doscientos mil millones de años, pero que no habian de pasar de allí, ó solo sufrir una jaqueca ó dolor de muelas por toda una eternidad, sin haber de tener fin jamás, debia escoger antes todos aquellos tormentos juntos que no solo este dolor; porque aunque aquellos excedian tanto en grandeza, este los excedia infinito en duracion. Al fin aquellos, aunque tan excesivos, eran temporales, y este, aunque tanto menor, eterno; con esto aumenta su mal infinitamente; en aquellos habia esperanza que se habian de acabar, este no tenia remedio. Atrévome á sospechar que con el concepto vivo que tienen los condenados de la eternidad, si le dieran á uno de ellos á escoger cual quisiera mas, que le aliviasen de sus tormentos, y quedarse con solo un mal de piedra continuo eternamente, ó que se le añadiesen cuantas penas y tormentos padecerán en todos sus sentidos todos los condenados juntos por espacio de mil millones de años limitadamente, escogiera esto; por lo menos, en rigor se debia escoger por menor mal. Porque aunque las penas eran tanto mayores, habian de tener fin, y el dolor de piedra, aunque tanto menor, habia de ser eterno.

Vengan ahora á cuenta todos los estimadores de lo temporal. Si los tormentos del infierno tan excesivos fueran llevaderos, con solo que fuesen temporales, y se escogieran antes que un solo dolor eterno, aunque fuese ligero: ¿cómo no sufren con paciencia un solo mal ligero por tan breve tiempo, como el de esta vida, á trueque de no sufrir eternamente los tormentos del infierno? Si los gigantes en tiempo (hablemos así) á la

presencia de un pigmeo en la eternidad no hacen bulto, ni parecen, ¡cómo le espanta á uno un pigmeo, titubeando en tiempo, y no le hace temblar un gigante armado y caballero en la eternidad! ¿Cómo no nos mueve eterno infierno, y tememos un dolor temporal? ¿Cómo no hacemos penitencia? ¿Cómo no tenemos paciencia en nuestros males? ¿Cómo no sufrimos cuanto hay que sufrir en esta vida, por no sufrir un solo tormento en la eternidad? No son de temer las penalidades de este valle de lágrimas, pues han de tener fin, en comparacion de las que no se han de acabar. Esté uno muy contento de padecer aquí donde se padece poco, y por poco tiempo, por no padecer donde se padece mucho, y por mucho tiempo.

Lo mismo considera en los bienes: si hubiese uno de tener todos los tesoros de la tierra, y todos los gustos de los sentidos por cien mil cuentos de millones de años, pero sin pasar de allí, los pudiera todos juntos trocar por solo un gusto para siempre. ¿Pues cómo no trocamos un gusto perecedero de la tierra, por los inmensos bienes y gozos que hemos de poseer en el cielo eternamente? Todos los bienes del mundo temporales se podian dar por solo asegurar uno que fuese eterno. ¿Porqué no aseguramos todos los eternos, dejando á veces solo uno temporal? Infinitamente excederia al señorío de todo el mundo, por todo el tiempo que él durare, solo ser señor de una casa para siempre. No hay comparacion de tiempo á la eternidad. Todo lo temporal, por grande que sea, se ha de estimar bajamente. Todo lo eterno, por pequeño que sea, se ha de estimar muy sublimemente: de modo que lo temporal, ni por su grandeza, ni por su duracion, tiene comparacion con lo eterno, por pequeño que sea esto. Y para que exageremos esto lo posible, el mismo ser de Dios, si fuese solo por tiempo, se podia dejar por otro ser, que fuese eterno; y estará muy contento el avariento con el corto tesoro que mañana se le quitará la muerte, y podrá ser que hoy se le quite el ladron, despreciando por él en el cielo sus tesoros eternos. Por cierto que aunque Dios no nos prometiera en la otra vida sino solo el gusto de un sentido, que habia de ser para siempre, habíamos de dejar en esta todos los gustos de ella: y así es inmensa locura de los hombres, prometiéndonos para siempre los inmensos gozos del cielo, no dejemos nosotros algunos de la tierra.

El segundo modo, por el cual hace la eternidad, donde se llega al bien infinitamente mejor, y al mal infinitamente peor, es por razon de que recoge en cada instante, como á sí toda; de manera que en cada instante se siente lo que ha de tener, por cuanto durare; y como ha de durar infinito, recoge en cada instante como un infinito, sintiéndose cada instante lo que tiene de presente y tendrá de futuro; y así dice un doctor: «Con la eternidad, todo el bien que una cosa puede tener sucesivamente en infinito tiempo lo recoge en uno, y hace que se dé y sienta, y goce de por junto, como si todo el gusto que un espléndido banquete pudiera dar sucesivamente por parte de tiempo infinito le resumiera en uno, y todo ese deleite junto se diese por tiempo eterno, seria infinitamente mejor y de mayor estima. Lo mismo

Les., de perf. div., lib. 4, c. 3.

hace la eternidad en los males y penas, porque las recoge de cierta manera en uno, y hace que se sientan de por junto; porque aunque no estén actualmente juntas, hace que se aprendan todas juntas, y así causa en el alma un dolor sin medida ni tasa. Estos son verdaderamente males, pues son males por todas partes, por su extension y por su intension; por lo que duran, y por lo que son; pues por lo que duran no tienen fin, y por lo que son no tienen medida. ¿Qué doliente hay que considerando esto tiene impaciencia, pues su dolor en esta vida ha de tener fin, y tiene en sí medida? Picaduras de mosquitos son los mayores males temporales, respecto del menor eterno; y así, por escapar de todos los eternos, no es mucho se padezca uno temporal. Temblemos de estas dos lanzas que tiene la eternidad, de estas dos infinidades con que aumenta sus males, porque son dos lanzas mortales, que atraviesan de parte á parte á los condenados, y dos incomparables peñascos con que les abruma y despedaza. Todo lo de acá es risa, es un capirote, es una chinita, respeto de lo eterno, que abarca á todos tiempos, y con el mal de todos ellos da sobre un condenado cada instante.»

## § II.

Demás de lo dicho tienen esto los bienes y males de la eternidad, que no solo les condiciona y aumenta lo futuro, sino tambien lo pasado, aunque fuese temporal; porque los bienaventurados del cielo no solo se están gozando en esta hora de la gloria que tienen de presente y de futuro, sino de la pasada, y hasta de los bienes verdaderos que tuvieron en esta vida, que son sus virtudes y obras buenas, de las cuales se están ahora recreando, y se gratularán de ellas por toda la eternidad: de suerte que todo bien pasado, presente y futuro, concurre á una al colmo de su gozo, y se amontona en su felicidad el bien de todos tiempos, hasta el de esta vida. ¡Cuan diferentes son los bienes temporales, pues aun de lo que tienen de presente no se dejan gustar! porque no hay gozo temporal que no le desazone alguna falta, ó sobresalto ó peligro. Y si aun en lo presente no se dejan gozar, menos lo harán en lo futuro; porque como no tengan seguridad, están tan lejos de comunicar su gozo venidero, que desabren al gusto presente con el temor de perderlo, y este mismo temor quita la advertencia, para que la memoria de lo pasado les consuele, antes suele causar mas pena su temor cuanto mas gozo se experimentó antes.

Por todos los lados son mejores los bienes eternos, á los cuales hemos de aspirar y afanar por alcanzarlos á costa de todo lo temporal. Y en esta vida, en cuanto se pudiere, se ha de imitar la misma eternidad, lo cual será con las tres virtudes que señala san Bernardo, el cual dice: « Con la pobreza de espíritu, con la mansedumbre y con el llanto se renueva en el alma una semejanza é imágen de la eternidad, que abraza á todos tiempos; pues que con la pobreza merece lo futuro, con la mansedumbre posee lo presente, y con el lloro de la peni-

Bern., serm. 1.

tencia recobra tambien lo pasado. Y verdaderamente quien tiene estima de lo eterno no habia de hacer cosa mas que el ejercicio de estas tres virtudes. Lo primero, dejando con la pobreza de espíritu todo lo temporal, y trocándolo por lo eterno, no queriendo nada en esta vida, por hallarlo mejorado en la otra; porque así como la eternidad aumenta infinitamente al bien ó mal adonde se arrima, así el tiempo disminuye grandemente á todo aquello adonde se llega, lo arrebata tras sí. Cosas que se han de acabar no haria mucho uno en dejarlas: cosas que han de parar en nada, por nada se pueden reputar. Lo segundo, con la mansedumbre y paciencia debe insistir el cristiano en obrar bien, y vencer las dificultades de la virtud, pues ha de ser remunerado eternamente su trabajo leve. Todo lo que se padece en esta vida es regalo, respeto de lo que se padece en la otra. ¿Quién viendo el infierno abierto, sin tener fondo el abismo de sus males, no llevará con paciencia el rigor de la penitencia, y con mansedumbre la sinrazon de la injuria, sin turbarse por nada la paz interior del alma, atendiendo únicamente por fuego y por agua á obrar bien, y agradar á su Redentor? ¿Quién viendo el cielo que le aguarda, no se anima con grande regocijo á hacer mucho, y padecer por Dios con mucho fervor y aliento? Escribe Rufino que vino una vez al abad Aquilio cierto monje para darle cuenta cómo en guardar la celda sentia mucho tedio y tristeza. Al cual respondió el prudente abad: Esto nace, hijo mio, de que no piensas en los tormentos eternos que tememos, ni en el descanso y gozo que esperamos; porque si esto pensaras, aunque estuviera tu celda manando é hirviendo en gusanos, y te llegaran hasta la garganta, con todo eso estuvieras en medio de ellos, y perseveraras en tu recogimiento sin tedio ni enfado. Lo tercero, con lágrimas y dolor del alma se debe procurar recompensar por los pecados pasados, y satisfacer por ellos con dolorosa contricion y amargura de su corazon; pues la eternidad de bienes que por ellos perdió con la penitencia se repara, porque es tan eficaz esta virtud que restaura lo pasado. Y aunque dicen que lo hecho no tiene remedio, y que en lo pasado no hay poder, esta poderosísima virtud tiene tanto poder que deshace lo hecho, y prevalece en lo pasado, pues los pecados hechos quita como si no se hubiesen hecho.

Rufin., n. 107, et Pelag., lib. 7, n. 28.

## CAPITULO VIII.

### Qué es en la eternidad no tener fin.

### § I.

Todas estas declaraciones y definiciones de la eternidad aun no son bastantes para significar su concepto, ni para declarar su grandeza, ni aun se entiende bien, como notó Plotino, lo que los autores que la definen sin-

tieron. Antes se podia decir de ella lo que dijo Simonides cuando le pidió el rey Hieron de Sicilia que declarase qué cosa era Dios. Tomó el filósofo espacio de un dia para responderle, y considerarlo entre tanto. Pasado aquel dia, dijo que habia menester considerarlo mas tiempo, y pidió para ello otros dos dias, al cabo de los cuales pidió otros cuatro, los cuales pasados dijo que mientras mas lo pensaba mas hallaba que pensar, y menos cómo explicarse, porque se le escondia mas, mientras mas andaba en su consideracion. Lo mismo se puede decir de la eternidad, que es un abismo tan profundo que no puede hacer pié en su ponderacion el conocimiento humano, porque mientras mas se considera tiene mucho mas que considerar. Y así, como dijo san Dionisio Areopagita, que de Dios no se podia decir lo que era, sino lo que no era, así tambien la eternidad no se puede tanto declarar por lo que es como por lo que no es, ó sobre lo que es. No es la eternidad tiempo, no es espacio, no es siglo, no es millones de siglos : sobre todo tiempo es, sobre todo espacio. No es eternidad esta vida que gozas, y presto se ha de acabar; no es eterna la salud con que ahora estás; no son eternos tus entretenimientos; no son eternas tus pasiones; no son eternos tus tesoros; no son eternos aquellos en que confias; no son eternos estos bienes en que te complaces; dejarlo tienes todo; mayor cosa es la eternidad, y sobre todo eso son las cosas eternas sobre los reinos, sobre los imperios, y sobre toda felicidad. Por eso Lactancio, y otros autores, declararon á la eternidad por lo que no era, diciendo unos que eternidad es la que no tiene fin; otros la que no tiene mudanza; otros la que no tiene comparacion; esto es, la que no es limitada, la que no es mudable, la que no es comparable. Bastará declarar y hacer anatomia de estas tres condiciones de la eternidad, si bien no para dar á entender lo que es, por lo menos para causarnos pavor y estima de ella, que es lo que mas nos conviene, y juntamente gran desprecio de todo lo temporal, que es limitado, mudable y poco.

Dion. Ar., de Myst. Theolog.

Lact., de Fals. Relig., lib. 1, c. 12.

## § II.

Por la primera condicion de no tener fin, dijo Cesareo que la eternidad es «un dia que carece de tarde,» porque nunca verá puesto el sol de su claridad. Esto se entiende de la eternidad de los santos, porque la de los pecadores no es sino una noche que carece de mañana; porque nunca les amanecerá el sol; en eterna lobreguez y oscuridad han de estar abrasándoles sus cuerpos, y atormentando sus almas. Y si al calenturiento que se desvela, estándose en su cama regalada, una hora de la noche le parece un siglo, y está por momentos esperando la mañana; ¿qué será estar una noche eterna sin dormir los que durmieron en esta vida, donde habian de velar, padeciendo tantos tormentos, y en cama de fuego abrasador, sin esperanza de mañana? Por cierto que aunque no hubiera en el infierno otra pena sino estar en aquella lobreguez y noche sin fin, era para asombrar su memoria. Esta

Ces., Dial. 3.

misma condicion de carecer de fin significaron los antiguos con la figura del anillo con que figuraban á la eternidad, porque en el anillo no se halla fin. Con mas misterio la llamó David corona, segun Dionisio Cartusiano, cuya redondez tambien carece de fin; para significar que una eternidad sin fin ha de ser el premio y corona de nuestras buenas obras y paga de las malas. Temblar habíamos de esta voz: «Sin fin por las obras malas.» Gozarnos debíamos de esta palabra: «Sin fin por las obras buenas;» si cabe en nuestro concepto lo que es durar sin fin, porque nadie puede decir con demasía, ni exagerar lo que es, y siempre se dirá menos. Porque, como pondera san Buenaventura, si un condenado derramara de cien á cien años una lágrima solamente, y se fuese guardando cada gota de estas hasta que viniesen, despues de innumerables centenares de años, á ser tantas que igualasen con la mar, ¡cuántos millones de años fueran necesarios para igualar, no digo yo al mar océano, sino un solo arroyuelo! ¿Por ventura podriase decir despues de lleno un mar en tantos millones de siglos: Esta es eternidad, aquí acabó? No, sino empezó. Tórnense á guardar otra vez las gotas de lágrimas tan tardías de aquel condenado, llenen otra vez el piélago despues de tantos millones de centenares de años, ¿acabaria entonces la eternidad? No, sino empezaria como el primer dia. Repítase lo mismo otras diez, y otras veinte, y otras cinco mil veces. Hínchense y rebosen otros cinco mil océanos con las pausas y tardanzas que hemos dicho; ¿toparíase por ventura con el suelo de la eternidad? No, sino que nos quedaríamos en la superficie, y tan profunda, inapeable estaria ella como al primer paso. No hay número ni guarismo que pueda comprehender los años de la eternidad; porque si todos los cielos fueran otros tantos pergaminos, todos escritos de una parte y de otra de números y mas números aritméticos, no llegaran todos ellos á decir la mas mínima parte de la eternidad, porque no tiene parte, sino que está toda entera. Y aunque no hubiera océano que tuviera tantas gotas, ni monte que tuviese tantos granos de arenas, no se podia contar por ellos los años de la eternidad. Bonav., de Inf., 49.

Para declarar mas esto, quiero contar lo que pasó á Arquimedes. Habia en su tiempo unos filósofos que decian que el número de las arenas del mar era infinito. Otros, aunque decian que era en sí infinito, pensaban que no podian comprehenderse en número alguno. Para refutar á unos y otros, hizo Arquimedes un libro muy docto y agudo, que dedicó al rey Gelon, en el cual probaba que aunque el mundo estuviese todo lleno de arenas, y él fuese mayor que ahora es, era toda aquella multitud de arenas limitada, y que se podia reducir á número, y él hace la cuenta de todas cuantas serian. Despues de este filósofo, el padre Clavio hizo la misma cuenta de cuantos granitos de arena se podia llenar todo cuanto espacio hay debajo del firmamento, cuanto ocupan agua, aire, fuego, y los cielos, esto es, cuanto espacio hay debajo de las estrellas fijas, y haciendo cada granito de arena tan pequeñito, ó invisible, que diez mil de ellos hicieran un granito de adormidera, ó mostaza, viene á sumarlos todos en tan breve cuenta que la puso en un renglon, porque el número de todos ellos

no consta mas que en una unidad y cincuenta y un ceros. Supuesto, pues, que tanta multitud de millones de millones de granos se comprehende en tan breve cuenta, cotéjese qué será los años infinitos que comprehenderá la eternidad; porque no digo una palabra de un libro, sino que si todo un libro fuese de guarismo, ni digo solo un libro, pero cuanto papel hay en el mundo; y aunque el mundo todo desde el firmamento estuviese lleno de papel, y todo el firmamento estuviese escrito de números, no comprehenderian todos la mas mínima parte de la eternidad, con ser tanta la multiplicacion que se añade en cada número que á cada cero que se añade lo va diezdoblando siempre, porque si á una unidad se añade un cero hace diez, si se añade el segundo hace ciento, si se añade el tercero hace mil, y de esta manera se van con tanta priesa multiplicando los números. Por donde podrá uno considerar que añadiendo cien ceros se hace tal número cuanto no puede concebir la imaginacion; ¿pues qué seria añadiéndose tantos cuantos pudiesen caber en un pergamino tan grande como el cielo? Pues todo este número innumerable no es la menor partecita de la eternidad; porque despues de pasados tantos años, como se pudieran comprehender en tan gran suma, estuviera la eternidad tan infinita como el primer dia. Todos aquellos años, últimamente, toparian con fin, y se vendrian á acabar, y otros tantos mas, y millones de veces mas, pero la eternidad siempre será y estará despues de pasados todos estos millares de siglos como si empezase entonces.

Piense uno despacio cuan larga vida seria la de cien mil años, pues no ha pensado nada, respeto de la eternidad. Piense diez veces cien mil, no ha hecho nada. Piense mil veces mil millones, no ha quitado ni una partecita de ella. Piense mil millares de millones de millares de millares de millones, aun está entera, sin tocar á la eternidad. Piense otros millones de veces otro tanto, no ha dado aun con el fin de la eternidad, antes se estará siempre en su principio; porque, como dijo Lactancio, «¿con qué años se puede hartar la eternidad, pues no tiene fin?» Hallaráse siempre en el principio, porque toda es principio, y verdaderamente de esta manera se pudiera definir, no poco significativamente: *Eternidad es un perpetuo principio, y ningun fin;* porque siempre está al principio, y nunca estará en su fin, siempre está nueva, siempre está entera, con nada la pueden disminuir. Quiten de la eternidad tantos años cuantas gotas de agua hay en la mar, cuantos átomos hay en el aire, cuantas hojas hay en los campos, cuantos granos de arena hay en la tierra, cuantas estrellas hay en el cielo, aun se estará toda entera. Andenla otros tantos años, no por eso será mayor, ni estará mas lejos de su fin, porque nunca le tendrá, y en cualquier punto tiene su principio. Nunca tendrá fin, y siempre, siempre estará en el principio. Considere uno que hubiese un monte de arena que llegase desde la tierra al cielo, y un ángel quitase de allí cada mil años un granito solamente, ¿cuantos millares de años, y mas millares, é innumerables de millares se pasaran, hasta que se desapareciese aquel monte? Póngase á hacer cuenta el mas diestro contador qué tantos años pasarian hasta que se menoscabase la mitad de él, disminuyéndole tan despacio aquel ángel. Parece esto que no era posible tener fin, pero engáñase nuestro entendi-

miento, que fin tendria aquello, y llegaria tiempo en que se hubiese consumido la mitad de aquel monte, y todo él. Ultimamente llegaria tiempo en que solo faltase el último granito, y este tambien se quitaria de allí; pero de la eternidad nunca llegará fin, y despues que se hubiese acabado de consumir aquel monte de arena, no se hubiera disminuido nada de lo eterno, sino que estuviera el monte de la eternidad tan entero como al principio: despues de pasados millones de siglos, despues de consumidos millones de aquellos montes, estarán las penas de los condenados tan enteras, flamantes y vehementes, como al principio. Esto parece que es lo que notaba Habacuc cuando dijo: « Desmenuzáronse los montes del siglo, y encorváronse los collados del mundo, por los caminos de la eternidad. » Porque mil montes y collados tan grandes como todo el mundo, se podrán deshacer mil veces, mientras pasa por ellos la eternidad de los pecadores, que nunca podrá acabar de pasar; y así los miserables pasarán en medio de aquel fuego voraz y tormentos eternos, mil años, y mil años, y mil años, y millones de millones de años, sin acercarse mas al fin que el primer dia.

Habacuc., 3.

## § III.

¿Quién pudiera sufrir que le estuviesen quemando medio lado por un año entero? Pero ¿qué digo estarse quemando de un lado, no sino solo el estar descansado recostado de un lado sin levantarse, ni mudarse al otro por espacio de un año? Lo cual fué una rigurosa penitencia que hizo el profeta Ezequiel, por mandado de Dios, que le ordenó que estuviese echado sin levantarse de un lado por espacio de trescientos y noventa dias. Esto cumplió el santo profeta con la gracia divina; pero fué un género de penitencia rigurosísima. Pues si en solo estar un año echado de un lado hay tanto que sufrir, ¿qué será estar por toda una eternidad en aquella noche y lobreguez del infierno, tendido como cayere el condenado en una cama de fuego, lloviendo sobre él todo linaje de males sin fin, ni sin término alguno? ¿Qué cristiano hay que si considerara esto de manera que hiciera de ello vivo concepto, no fuera otro? ¿Quién pudiera tener gusto momentáneo de la tierra, corriendo tanto peligro de los dolores eternos del infierno? ¿Quién se atreverá á pecar, arriesgado á penar tanto? ¡O cuán eficaz remedio fuera de las estragadas costumbres de los pecadores, si se pusiesen á pensar esto, que la eternidad no tiene fin, que ha de durar para siempre! ¡O si cada dia pasasen en esto media hora, ó siquiera cada semana, cómo mejorarian su vida! pero no se ha de pasar en esto de corrida, sino despacio con atencion y profundidad, revolviendo en su ánimo que es eternidad lo que nunca ha de tener fin, nunca, nunca; porque así como el manjar que no se desmenuza y digiere no entra en provecho, así la eternidad bien pensada, rumiada y digerida, hará gran provecho en nuestras almas.

La fuerza de esta consideracion declara el caso que refiere Benedicto Renato, de un hombre mundano bien desvanecido y vicioso, que se llamaba Fulcon, el cual como era dado á

Ben. Ren., lib. 5. Mag. Ord. Cist.

todo género de gustos y regalos, así tambien no queria que le faltase el de la cama blanda y sueño largo. Pero una noche que le faltó la gana de dormir, pasóla dando vuelcos de un lado á otro, deseando por momentos que amaneciese el dia. Entre este desvelo le vino al pensamiento esta consideracion: ¿Porqué tanto tomaras estar de esta suerte por espacio de dos ó tres años en continuas tinieblas, sin la conversacion de tus amigos, y el entretenimiento de tus juegos, aunque estás en cama de plumas tan blandas? Por cierto intolerable trabajo seria. Pues has de saber que no has de salir libre de esta vida; no pienses que has de salir sin que te toquen al pelo de la ropa, porque para bien ser has de caer en una cama enfermo, donde pasarás malas noches, si no es que mueras de repente, que será peor. Y despues de salir de la cama, donde hubieres de morir, ¿sabes qué cama te aguarda? ¿Sabes en qué lecho te ha de hospedar la muerte? Tu cuerpo tendrá por colchon la tierra dura, y será comido de gusanos; ¿pero de tu alma qué podrás decir de cierto? ¿Sabes adónde has de ir? Por cierto, segun tu vida presente, al infierno irás á parar: ¡qué terrible cama de fuego te espera allí, donde no dos ó tres años, pero una eternidad, habrás de estar en perpetuas tinieblas y tormentos, y mil, y otra vez mil, y mil millones de veces mil años no bastarán á pagar por uno de tus gustos ilícitos! Allí no verás eternamente al sol, ni al cielo, ni á Dios. ¡Ay de mí miserable! ¡Ay de mí! Si este poco de desvelo no puedo sufrir, ¿cómo sufriré eternos tormentos? Lo que importa es mudar camino, pues por este vas perdido. Con estas consideraciones hizo tal concepto de la eternidad, que no podia echar de sí el pensar en ella hasta que determinó entrarse religioso, diciendo entre sí muchas veces: ¿Qué hago yo aquí, miserable? Gozo del mundo, y no se me logra su gozo; padezco muchas cosas que no quisiera, y carezco de otras que quisiera tener; aférrome por cosas de esta vida, ¿pero qué premio me aguarda de este trabajo vano? No tienes gusto cumplido; pero aunque lo tuvieras, ¿qué te puede durar? ¿No ves cada dia los que se mueren y entran en la eternidad? ¡O eternidad, eternidad, que si no eres en el cielo, donde quiera serás pesada, aunque fuese en una cama muy regalada! Aseguremos el cielo, y por poco no perdamos lo mucho, ni por lo temporal lo eterno. Así lo ejecutó, y se entró religioso cisterciense.

## § IV.

En todas nuestras obras habíamos de tener en el pensamiento: *Para siempre, para siempre* me han de premiar lo que hiciere bueno, ó me castigarán si pecare gravemente. Con esto se animara el cristiano á obrar siempre buenas obras, y obrarlas bien. Eliano escribe de Ismenias, embajador de los tebanos para con el rey de Persia, que habiendo de dar su embajada le advirtieron que antes de hablar palabra le habia de adorar, pero pareciéndole á Ismenias que era esta honra demasiada para un rey bárbaro, mas que no la podia excusar, usó de esta traza. Tomó el anillo, que antiguamente era de grande estimacion y significacion de autoridad propia, el cual llevaba en un dedo,

Elian., lib. 1., Var. Hist., 21.

y echóle secretamente junto á los piés del rey, diciendo entre sí mientras estaba postrado : No á tí, sino al anillo. Si tambien en todas nuestras acciones pusiésemos la mira, y tuviésemos respeto á la eternidad, no hallaríamos dificultad en ninguna obra buena, y así en todas fijemos los ojos en la eternidad, que se ha de dar por la obra que se hace en un momento. Bendito sea Dios, que nos dará un premio sin fin por trabajos tan breves que apenas tienen principio. Quejóse una vez Eurípides, insigne poeta de los griegos, que en tres dias enteros no pudo hacer, sino con gran trabajo, solo tres versos. Estaba presente otro poeta llamado Alcéstides, y dijo : Pues yo para hacer cien versos bástame un dia, y los haré con gran facilidad. Replicóle entonces Eurípides : No os espanteis, porque vuestros versos no son mas que para tres dias, mas los mios son para una eternidad. De la misma manera Zeuxis, excelentísimo pintor, pero espacioso sobremanera, preguntado porqué era tan prolijo en su pintura, deteniéndose tanto en ella, respondió : Pinto despacio, porque pinto para la eternidad. Engañóse por cierto, porque ya no hay pintura suya, y de Eurípides se han perdido muchas obras; mas ninguna obra buena del justo perecerá, y no hemos menester gastar un dia para ganar una eternidad, porque con el acto de contricion que se hace, en un momento ganamos el gozo que ha de durar sin fin. Pero debémonos aprovechar de la consideracion de Eurípides y Zeuxis para hacer no solo las obras buenas, sino muy bien hechas, pues no obramos para solo esta vida, sino para la eternidad, que siempre debe estar en nuestra memoria.

El provecho que causó en David su consideracion, fué una resolucion firme de mejorar la vida, mudándose en otro hombre, alentándose á mayor observancia y mas alta perfeccion : y así en aquel psalmo, en que dice que pensaba en los dias antiguos y en los años eternos, añade luego el efecto de su meditacion, diciendo que habia de empezar de nuevo, porque la mudanza que sintió en su corazon era de la poderosa mano de Dios : porque considerando que la eternidad nunca acaba y siempre empieza, que toda es principio, y ningun fin, se determinó dar principio á nuevo fervor y vida mas perfecta, que nunca desmayase en su propósito, queriendo en esto imitar á la eternidad, que así como ella siempre empieza, así él queria siempre empezar á merecerla. ¿Y qué mucho si lo que hemos de gozar ó hemos de penar siempre ha de empezar, que tambien nosotros empecemos siempre á merecer lo uno y huir lo otro? El premio no ha de desfallecer, y es razon que el servicio no se canse : el gozo siempre ha de empezar, ¿qué mucho que el trabajo sea como de quien siempre empieza? El descanso no ha de tener fin, y el merecimiento debe estar siempre como su principio. Con esta consideracion aprovechó mucho el santo Arsenio, haciendo cuenta, aun despues de muchos años que habia hecho una vida santísima, que entonces empezaba, repitiendo el dicho de David : « Ahora empiezo, ahora empiezo. » Nunca hemos de mirar lo trabajado, sino animarnos á trabajar mas por Dios, como lo hacia el apóstol san Pablo, el cual dijo de sí que se olvidaba de todo lo pasado, y dilataba su corazon y ánimo, extendiéndose para lo de adelante; lo cual dijo el Apóstol

Philip., 3.

en sazon que habia pasado tanto, y hecho tales servicios á Dios, y en bien de las almas, que habia trabajado mas que todos los apóstoles. Despues que se entró por las sinagogas de Damasco á predicar públicamente á Jesucristo, con peligro evidente de la vida, y padeciendo tal persecucion que si no fuera echándole por los muros de la ciudad le hubieran hecho mil pedazos; despues que en Arabia convirtió muchas gentes; despues de haber convertido muchos en Tarso y Antioquia; despues de haber sido arrebatado al tercer cielo; despues de haberle escogido el Espíritu Santo por su apóstol, y hecho grandes milagros y prodigios; despues de haber dado algunas vueltas en Asia la Menor, y toda Grecia y lo mejor de Europa, convirtiendo innumerables gentes; despues de haber hecho grandes limosnas, y recogídolas con gran trabajo suyo, y hecho grandes jornadas, llevándolas á los pobres de Jerusalen; despues de haber padecido innumerables persecuciones; despues de haber sido apedreado muchas veces, y la una haberle dejado por muerto; despues de haber sido azotado varias veces, y sido preso muchas; despues de haber hecho infinitos servicios á la Iglesia; despues de todo esto no le parecia que habia padecido, ni hecho nada por Cristo, y olvidado de todo esto estaba como el primer dia de su conversion, determinando de hacer mas, de sufrir mas, de trabajar mas, y empezar de nuevo, teniéndose despues de tantos trabajos y servicios por siervo inútil y sin provecho, como nos aconsejó Cristo cuando dijo: «Despues que hubiésedes hecho todo lo que os he mandado, decid: Siervos somos inútiles, hicimos lo que debíamos hacer.» Compare uno sus trabajos, su zelo, su predicacion, su caridad con los del Apóstol, y hallará que no ha empezado. Pues si el Apóstol, despues de haber pasado á los merecimientos en que muchos santos murieron con grande santidad, se olvidó de todo, y juzgó que no habia hecho nada, tornando á empezar de nuevo; nosotros que aun no hemos empezado, ¿porqué nos hemos de cansar antes de empezar? Empecemos siempre de nuevo, pues la eternidad que esperamos siempre ha de ser nueva, siempre ha de empezar: «No nos gloriemos, dice Dionisio Cartusiano, de los méritos de la vida pasada, ni pensemos de nosotros que somos algo, sino hayámonos cada dia tan nueva y fervorosamente como si aquel mismo dia empezáramos de nuevo, y juntamente hubiésemos de morir.»

Luc., 7.

## CAPITULO IX.

### Cómo es la eternidad sin mudanza.

La otra condicion de la eternidad es perseverar sin mudanza, lo cual daban á entender los antiguos con misteriosos símbolos. Unos la significaban pintando una silla, conforme á lo cual dice el profeta Isaías que vió al Señor sentado en un trono muy levantado, representándole en esto

la grandeza de su eternidad. Y san Juan en el Apocalipsi celebra tantas veces la silla de Dios, dibujándonos por ella su eterna duracion. Mas claramente el profeta Daniel, cuando se le representó Dios, como era eterno, y por eso le llama el antiguo de los dias, le vió todo el cabello blanco y asentado. Con la misma consideracion entre los Nasamones, que eran unos pueblos de Africa, cuando habia uno de morir le hacian sentar, para que así sentado espirase, significando en la figura de su cuerpo el estado en que entraba su alma, que era el de la eternidad, y por la misma causa enterraban á los muertos sentados, dando á entender juntamente que el descanso no se habia de buscar en esta vida, sino despues de la muerte, cuando nos entramos por las puertas de la eternidad. No es esta vida para de asiento, no nos hemos de parar en ella; las miserias que en ella hay dan bastantemente á entender que no la hizo Dios para de propósito, ni para durar. De prestado es, no hay que detenernos en ella, sino caminar á largo paso al monte de la eternidad. Vida tan miserable ella misma se dice que hay otra donde hallaremos descanso, pues aquí no lo topamos. En el cielo han de cesar todas nuestras desdichas y miserias: allí se han de enjugar las lágrimas de este valle de ellas; allí han de tener descanso nuestras fatigas; allí ha de hallar asiento la inquietud de nuestro corazon. No hay modo de vida, ni suerte de estado, ni condicion de hombre, ni grandeza de dignidad, ni abundancia de riquezas, ni felicidad de la fortuna, que haya dado en este mundo descanso. Por esto los romanos cuando levantaban estatuas á algun emperador difunto, le ponian sentado, dando á entender que toda la felicidad del mundo no habia podido dar en vida descanso verdadero al que gozó de todo en el mundo; porque nació el hombre para el trabajo, como dice Job, hasta la muerte no se podrá hallar descanso, ni nosotros le queramos buscar, sino pongamos la silla de nuestro gozo en parte firme y estable, que es la eternidad, no en la inquietud y turbacion de las cosas temporales, porque por lo menos la muerte nos la echará por tierra.

Isai., 6.
Dan., 7.

Otros pintaban la eternidad en forma de culebra ó serpiente, para notar esta misma condicion de carecer de mudanza, y permanecer en su vigor y estado; porque no tiene este animal piés, que son las extremidades de los animales; y así la eternidad carece de extremidad y fin. Demás de esto, las serpientes, aunque sin piés, sin manos, sin alas, sin escamas y sin otro órgano natural extrínseco, como lo hacen los demás animales, se mueven ligerísimamente, y vencen en su curso á los que tienen manos y piés, y solamente hacen esto con su gran espíritu y viveza. Así es que la eternidad sin dias, sin noches, sin mudanza, que son los piés con que corre el tiempo, vence á todos los tiempos. Demás de esto, las serpientes tienen tal vivacidad y tan larga vida, que dice Filon Biblio que no mueren si no las matan, de suerte que apenas tienen muerte natural, porque no tienen las mudanzas de los otros animales, de la mocedad á la vejez, de la salud á la dolencia, sabiéndose conservar siempre en la mocedad, renovando muy á menudo, y dejando la piel antigua. Demás de esto, no tienen de-

Euseb., lib. de Præp. Evang., 7.

terminado término de su grandeza, como los demás animales, sino siempre van creciendo mas y mas como la eternidad, que no tiene ningun término, ni en sí tiene declinacion ni mudanza. Esta circunstancia de lo eterno es muy para temer en los malos, que hayan de estar en aquellos tormentos eternos, sin haber mudanza en ellos, cuanto á la pena esencial, sin sentir alivio alguno, ni aun de mudar un tormento en otro igual, ni revolverse de un lado. San Paulino dijo de san Martin que su descanso era mudar de trabajo, porque verdaderamente, aunque no cese de trabajar, el mudar un trabajo en otro, aunque no sea menor, alivia. No han de tener este refrigerio los miserables, ni les será permitido mudarse de un lado á otro. Cosa espantosa es que despues que cayó en el infierno el primer hombre que se condenó, que habrán pasado ya cinco mil años, no haya tenido mudanza que le haya sido alivio desde entonces acá, habiendo habido tantas en el mundo, mientras aquel miserable ha estado sin mudarse en sus atrocísimas penas, pasado grandes alteraciones en el mundo, que una vez se acabó todo él con el diluvio, no quedando vivas sino ocho personas solamente. Despues hubo tal mudanza de las cosas, que estando todos en su libertad le tiranizaron los asirios, haciéndose monarcas de todo. Pasó á otra parte su imperio, aunque despues de mil doscientos y cuarenta años que duró, en los cuales se mudó en treinta y seis cabezas que le gobernaron, al cabo se trasegó toda la potencia y monarquía á los medos, que fué revolviéndose toda Asia; y aunque duró en ellos trescientos años, al fin se acabaron, y se mudó á los persas; despues se mudó á los griegos, trastornándose otra vez el mundo; despues pasó á los romanos, que fué otra mudanza mayor que las pasadas: la monarquía de los romanos tambien ha desfallecido, y con tantas revoluciones y mudanzas del mundo no ha pasado entre tanto ninguna por aquel miserable. Demás de esto, ¿la naturaleza qué alteraciones no ha padecido en este tiempo? ¿Cuantas islas se ha tragado el mar? De una dice Platon que anegaron las aguas, que era mayor que Europa y Africa; á otras ha escupido de nuevo. ¿Los terremotos qué edificios han dejado seguros, ó, por mejor decir, qué montes? Porque muchos se han trastornado, otros han brotado de nuevo. ¿Cuantas ciudades se han hundido? ¿Cuantos rios se han secado, y vomitado otros por diversas madres? ¿Qué torres no se han caido? ¿Qué muros no se han deshecho? ¿Qué memorias no se han olvidado? ¿Cuantas caras han mudado las cosas? ¿Cuantos vuelcos han dado los mayores reinos, y aquel miserable no ha podido dar uno? ¿Cuantas veces se ha revuelto el año? ¿Cuantas primaveras y otoños han pasado? ¿Cuantas noches? ¿Cuantos dias? Y él está como el primer dia en aquella noche oscura; y con haber, entretanto que está penando, dado vueltas el sol á todo el mundo elemental cosa de un millon y setecientas mil veces, el miserable no podrá haberse mudado, ni una vez, ni un paso de donde cayó en el infierno.

Fuera de esto, ¿qué trabajos no han pasado hasta este punto innumerables hombres, y ya están pasados? ¿Qué enfermedades no han padecido? ¿Qué tormentos no han sufrido? ¿Qué dolores no han experimentado, y ya están todos olvidados? Mas ningun dolor ni tormento de

aquel miserable se ha pasado en cinco mil años, ni se ha mudado á menos. Ptolomeo bramaba con su gota; á Aristarco molestaba su hidropesía; Cambises padecia su gota coral; Teopompo se afligia con su tísica; Tobías sentia su ceguera, y el santo Job su lepra; pero tuvieron fin estas dolencias: no le tienen, ni tendrán todos los males juntos en aquel miserable: los de Rabdat fueron aserrados, otros atrillados, otros quemados vivos en hornos de ladrillos, otros despedazados, mas ya pasó aquel tormento. Anaxarco fué molido en un mortero, mas ya pasó aquel dolor: Perilio fué abrasado en un buey de bronce, mas ya pasó aquella pena. Pero aquel miserable nunca ha acabado, por decirlo así, ni ha empezado á pasar sus tormentos; porque de aquí á cien mil años estarán tan vivos como al principio. ¿Qué desesperacion será la suya, viendo tantas mudanzas en las cosas, y en sus penas y tormentos ninguna? Porque si los gustos de esta vida no se mudasen, se convertirian en penas; ¿cómo se podrán sufrir tantas penas sin mudarse? ¿Qué despecho será el suyo, viendo que las llamas de san Lorenzo, los azotes de san Clemente de Ancira, y la cruz de san Andres, los ayunos de san Hilarion, el cilicio de Simeon Estilita, las disciplinas de santo Domingo, y todos los tormentos de los mártires, y penitencias de los confesores, ya se pasaron y mudaron en eternos gozos? mas sus penas ni se pasan, ni se mudan, ni tienen esperanza que se muden ni acaben, ni que él pueda acabarse. Estos son males para temer, no los temporales, que se mudan, y se alivian y acaban, ó acaban con quien los padece. No se congoje el enfermo en su dolencia, ni el pobre en su necesidad, ni el afligido en su tribulacion, pues los males de esta vida se mudan con el tiempo, ó se alivian con el consuelo, ó se acaban con la muerte. Pero los miserables condenados ni aun con la esperanza de morir se pueden consolar; porque si entre tanta multitud de penas hubiese alguna esperanza de su fin, seria de algun alivio; mas no es así, que por todas partes tienen cerradas las puertas al consuelo. La esperanza es la que engaña los males, y quita gran parte de su sentimiento, ni hay trabajo que con ella no sea tolerable, y los mas afligidos y ahogados respiran con solo pensar en el fin de sus miserias, ó en la mudanza de sus males. ¿Pero qué alivio puede tener un condenado, pues sus desdichas no han de tener fin, ni alteracion sus dolores? Tuvieran por consuelo que de aquí á mil años le dieran la gotica de agua que pidió el rico avariento; ¿qué digo de aquí á mil años? de aquí á cien mil años, y de aquí á mil veces cien mil, como les diesen término señalado, y abriesen la puerta á una ligera esperanza. Si todo el espacio de cuanto ocupa la tierra y cubre el agua llena el aire, y se extienden todos los cielos, estuviese lleno de granos de trigo, y dijesen á un condenado que despues que los hubiese comido todos un pajarito, que de cien mil á cien mil años vendria á tomar uno, y en llevándose el último le darian la gota de agua que se pidió á Lázaro, se consolaran de ver en el rigor de sus penas esta sola mudanza y alivio tan pequeño, pero no le tendrán; y despues de tantos millares de millones de años, estarán como al principio, tan penados, tan rabiosos, tan sin consuelo como siempre. Esto les ha de hacer despedazar los corazones, viendo su reme-

2. Reg., 12.

dio imposible, habiéndoles sido tan fácil; porque con unas migajas de pan que le caian de la mesa pudiera granjear aquel rico los gozos eternos. Y ahora le es imposible el alivio de una gota de agua. ¿Qué rencor tendrán contra sí mismos acordándose que con carecer el gusto de un momento pudieran haber escapado de tormentos eternos? ¿Qué rabiosas tendrán las entrañas, considerando que pudieron tener remedio, y que ahora sin remedio penan?

Abra pues el cristiano los ojos, y remedie ahora que puede lo que no podrá cuando quiera. Ahora es tiempo aceptable, ahora es tiempo de salud, ahora es tiempo de perdon y jubileo, ahora puede ganar en un momento lo que en toda la eternidad no podrá remediar. ¿Qué otra cosa nos significan aquellas llamas del horno de Babilonia, de las cuales dice la sagrada Escritura que subieron en alto cuarenta y nueve codos? no dice cincuenta, como en otras partes suelen poner los números cabales, aunque falten algunos pocos. ¿Y quién llegó á medir con tanta puntualidad aquella llama que volaba por el aire, que pudiese discernir que su altura era de cuarenta y nueve codos, y en ninguna manera de cincuenta? Pero esto tiene el misterio que vamos diciendo, porque el número cincuenta era del jubileo, y significaba indulgencia y perdon, y las llamas del infierno, figuradas por las de aquel horno, por mas y mas que suban sobre todos los tormentos de esta vida no llegarán á alcanzar jubileos y remision de su pena, por millones de siglos que duren. Ahora sí que es tiempo de perdon cada año y cada mes, y cada dia, y cada hora y cada momento. ¿Qué diera un condenado por un cuarto de hora de los dias enteros y semanas que pierden los hombres en esta vida, para poder hacer penitencia? No seamos nosotros pródigos de cosa tan preciosa; no perdamos tiempo, perdiendo en él la gloria, y arriesgando el infierno. El tiempo de esta vida es cosa tan preciosa, que dijo de él san Bernardino este encarecimiento: «El tiempo vale tanto como Dios,» porque con él se gana á Dios. No despreciemos cosa de tanto valor, sino gocemos de este barato, que por tiempo ganemos eternidad, y al mismo Dios Señor de la eternidad, cumpliéndose lo que dijo el Eclesiástico: «Hay quien con poco precio redima muchas cosas.» Sobre las cuales palabras dice Calfrido: «Si se te debe á tí una amargura eterna, te puedes escapar de ella por sufrir lo temporal; grandes cosas sin duda compraste con poco precio.» En los bienes eternos es tambien gran consuelo carecer de mudanza, y que no solo no se ha de acabar, pero que ni disminuirse podrán; y que consumiéndose ó mudándose todos los bienes temporales, ellos siempre permanezcan en un mismo ser y estado para siempre.

Dan., 30.

Eccli., 20.

Calf. Clar., in Cant.

Coteje el cristiano la brevedad y mudanza de los bienes de esta vida con la inmutabilidad y eterna duracion de los gozos de la otra. Atienda la diferencia que hay entre estas dos palabras: *ahora*, y *siempre*. Los necios del mundo dicen: holguémonos ahora. Los cuerdos y virtuosos dicen: mas vale, dejándonos de holgar ahora, gozar siempre de los bienes eternos. Los mundanos dicen: vivamos ahora regalados. Los

siervos de Cristo dicen : muramos ahora á la carne, para que vivamos siempre y sin mudanza por toda la eternidad. Los pecadores dicen : gocemos ahora del mundo. Los temerosos de Dios dicen : huyamos del mundo instable, para que gocemos siempre del cielo. Coteja cuales son mas cuerdos, los que miran lo que dura el momento de *ahora*, ó los que atienden á la eternidad de lo que es *siempre*. Los que quieren padecer sin provecho alguno eternamente, ó los que quieran ahora padecer un poco de tiempo con tan gran provecho como es el del reino de los cielos. ¡O vida miserabilísima é inconsolable de los condenados, que ni han de tener fin sus tormentos, ni mudanza sus dolores, ni provecho sus penas! Tres cosas solas son las que consuelan en los trabajos de esta vida, ó que vendrán á tener fin, ó que con la mudanza se aliviarán, ó con el provecho que de ellos se espera se recompensarán. Todo esto ha de faltar á las penas eternas, en las cuales ni habrá esperanza de fin, ni de mudanza, ni de utilidad y provecho. Tremenda cosa será padecer por toda una eternidad, sin provecho ninguno, por no haber querido padecer un momento de tiempo, con tan gran provecho como es la gloria de Dios eterna, y el reino de los cielos.

## CAPITULO X.

### Cómo es la eternidad sin comparacion.

De todo lo dicho se colige la tercera calidad de la eternidad, que es ser sin comparacion : porque así como no hay comparacion de lo infinito á lo finito, así no la puede haber de lo eterno á lo temporal. Y así como dista tanto de la grandeza de Dios un grano de arena, como el monte Olimpo, ó si hay otro mayor en el mundo, así dista tanto de la eternidad mil años como un cerrar y abrir de ojos; por lo cual dijo Boecio que mas semejantes son un momento de tiempo, y diez mil años, que diez mil años y la eternidad. No hay encarecimiento que pueda declarar la grandeza de lo eterno, ni exageracion que explique la pequeñez de lo temporal y brevedad del tiempo. Por eso David, cuando se puso á pensar cuanto habia pasado desde que crió Dios al mundo, llamó dias á los siglos que habian corrido hasta su tiempo, diciendo : «Pensé en los dias antiguos.» Y no es mucho que llamase dias á los siglos, pues en otra parte dijo que mil años eran delante de Dios como el dia de ayer que ya pasó. Aun mas lo significó san Juan, cuando llamó hora á todos los años que habia desde su tiempo hasta el fin del mundo, con haber pasado ya mil y seiscientos años. Pero cuando se puso David á pensar en la eternidad, con ser sola una, y como hablan los santos, un dia, la llamó años eternos, los cuales dijo que tenia en su pensamiento, aumentando como pudo el concepto de la eternidad, y dis-

Psal., 76.

1. Joan., 2.

minuyendo el del tiempo. Por lo mismo el profeta Daniel, declarando la gloria de los varones apostólicos, dijo en número plural que resplandecerian como estrellas en perpetuas eternidades: pareciéndole que no bastaba su nombre ordinario para declarar lo que es una eternidad, la explicó con nombre de muchas, diciendo: eternidades. Y añadiendo fuera de esto el pretérito de perpetuas: pero por mas que se declare la eternidad, no se puede declarar. Háganse lenguas los profetas; llámenla años eternos; llámenla perpetuas eternidades; llámenla eternidad de eternidades; llámenla dias muchos; llámenla siglos de los siglos; llámenla eternidad, y mas allá; todo queda corto para explicar su infinita duracion. Por lo cual dijo Eliu de Dios que el número de sus años era inestimable, porque cuantos años son imaginables no se pueden comparar con sola la eternidad; antes tuviera proporcion un minuto de tiempo con cien mil años; pero cien mil años no tienen proporcion alguna con la eternidad. Bien se puede comparar un cuarto de hora con mil millones de siglos; pero mil millones de siglos no tienen comparacion con la eternidad, respeto de la cual todo tiempo se desvanece, ni es mas un momento que millones de años; porque ni en el momento ni en los años hay proporcion, comparándose con la eternidad; y así, respeto de ella, todo es igual, ó por mejor decir todo es nada, todo desaparece: por lo cual dijo el Sabio: «Si hubiese vivido el hombre muchos años, y en todos ellos hubiese gozado de deleites, debe acordarse del tiempo tenebroso, y de los dias muchos (así llama á la eternidad), los cuales, cuando vinieren, todo lo pasado se hallará ser vanidad, porque desaparecerá todo.» Si hubiese vivido Cain y gozado de toda la felicidad del mundo hasta el dia de hoy, y en este punto muriese, ¿qué tendria ya de todo? ¿Qué tendria ya de sus dias? Por cierto no mas que su hermano Abel, á quien ha que mató mas de cinco mil y quinientos años, igualmente habrian desaparecido sus años. ¿Y qué tendria ya de sus gustos? No mas que tener mas que pagar en el tiempo tenebroso, y los dias muchos de la eternidad, porque, segun el Eclesiástico dice, «el mal de una hora hará olvidar grandes gustos.» Y el momento en que acaba el hombre le desnudará de cuanto hizo en vida mas por su gusto y apetito. ¿Pues cómo no hará olvidar de los gustos de la tierra el tormento del infierno? ¿Y cómo le desnudará á uno de sus pasatiempos y deleites la eternidad de los males? Si con la malicia de una hora se olvidan los deleites de muchos años, ¿con la malicia de la eternidad cómo no se olvidará el deleite que tuvis'e en un momento, por el cual caerás en el infierno? Si el instante de la muerte del cuerpo desnuda á uno de todos sus entretenimientos, ¿á la eternidad de la muerte del alma cómo la despojará? En el punto que murió Eliogábalo, ¿qué tuvo de todos sus pasatiempos y contentos? Nada. Y en este punto de ahora, desde tantos años metido en la eternidad del infierno, ¿qué tendrá? Tormentos sobre tormentos, dolores sobre dolores, penas sobre penas, males sobre males y un ay para mientras Dios fuere Dios. En el punto que mueren los hombres, todos son iguales, cuanto á las cosas de

Dan., 12.

Job, 39.

Eccl., 11.

Eccli., 11.

esta vida: el que vivió mucho, y el que vivió poco; el que se deleitó mucho, y el que se deleitó poco; y aun el que tuvo grandes gustos, y el que tuvo muchos trabajos, porque todo se acabó, y ya ni el uno siente los gustos, ni al otro duelen los trabajos. En el punto que espiró san Romualdo, despues de cien años de asperísima vida, ¿qué tuvo de todos sus rigores? Y en muriendo el penitentísimo Simeon Estilita, ¿qué tuvo de ochenta años de la prodigiosa penitencia que en ellos hizo? ¿Qué tuvo de pena del áspero cilicio, que en tan largo tiempo no se quitó de dia ni de noche? ¿Qué tuvo de su continuo ayuno y largas oraciones? Por cierto no tuvo ya mas pena que si en todos ellos hubiera tenido los regalos de Sardanápalo: de dolor no tuvo nada; pero de gozo y gloria tuvo, tiene y tendrá mucho. ¿Qué tuvo san Clemente Ancirano en el tiempo que murió de veinte y ocho años, en que fué rabiosamente atormentado de los tiranos? Por cierto de dolor no mas que si hubiera gozado en ellos de todos los deleites del mundo; pero de gloria tiene una eternidad: porque si la malicia de una hora hace olvidar los deleites de cien años, mucho mejor la bondad y bienaventuranza de una eternidad haria olvidar los dolores de solos veinte y ocho años. ¡O prodigioso momento de la muerte, que acaba todo lo temporal, y da principio á lo eterno, y trastrueca todas las cosas! acaba con los gustos de los pecadores, y empieza con los tormentos, para nunca acabar; acaba con las penas y asperezas de los santos, y empieza con los gozos eternos.

Mire el cristiano lo que escoge. Igualmente han de tener fin los gustos con que peca, y las penas con que satisface, y igualmente no han de tener fin los tormentos porque pecó, y los gozos porque mereció. Escoja lo que le estará bien; mire si le será mejor labrar para sí un eterno peso de gloria, con el ligero y momentáneo trabajo de la penitencia: porque aunque la hiciera por cien años, respeto de la eternidad es un momento. No espante á ningun penitente la vida larga, que no hay nada largo respeto de lo eterno. Bien dijo san Agustin que todo lo que tiene fin es breve. Fin tienen cien años de penitencia, y así es breve esta penitencia; fin tienen mil años, y fin tienen cien mil, y fin tienen cien mil millones; y así todo este tiempo, al parecer inmenso, es breve, y respeto de la eternidad no mas que un instante. De la misma manera habíamos de mirar cien mil años, como una hora; y por sí la vida larga tan poco se habia de desear como la breve, porque tan poco bulto hace, respeto de lo eterno. Y así como respeto de un cuerpo sólido no tiene mas proporcion una superficie que cien mil, porque no bastarán todas á componer una partecita sólida mas que si fuera una sola, así tambien, respeto de lo eterno, no es menos un año que cien mil, ni mas cien mil que un año, y á todo tiempo, aunque sea un millon de siglos, hemos de mirar como á un instante, y á todo lo temporal, como una superficie, que tiene solo apariencia; pero nada de solidez ni sustancia: y todos los tiempos, con cuantos bienes temporales hay, no podrán componer un bien solo de la eternidad. Si toda la tierra, respeto del cielo, se dice que es un punto, con ser finita y limitada la grandeza del cielo, ¿qué mucho que todo tiempo sea como un instante, respeto de

Aug. (Psal., 45).

la eternidad, que es infinita? De la tierra al cielo, y aun de un granito de arena al mas alto cielo, hay proporcion, y con todo eso es un punto en su comparacion. Pero de cien mil años á la eternidad no hay proporcion, y así será menos que un instante. ¡O ceguera de los hombres, que hagan tanto caso del tiempo que en vida quieran gustos, y en muerte memoria, y en vida y muerte nombre y fama! ¿Para qué? ¿Para un momento, para un instante? ¿Para qué quieres gustos en vida, que mañana se te acabarán? ¿Para qué quieres memoria vana despues de muerto, pues no te puede durar mas que hasta el fin del mundo, y este no tardará muchos años, y aunque tarde un millon de siglos breve es, pues se ha de acabar, y todo es como un momento, respeto de lo eterno? Así como se ha la inmensidad de Dios, respeto del lugar, así se ha la eternidad respeto del tiempo; y como respeto de la inmensidad de Dios no es mas todo el mar que una gota de agua, ni menos un átomo del aire que todo el mundo, así tambien, respeto de la infinidad de la eternidad, no es mas cien mil siglos que medio cuarto de hora. Pues si Dios te diera medio cuarto de hora de vida solamente, y supieras que despues de muerto dentro de una hora se habia de acabar el mundo, ¿gastaras aquel tiempo en acomodarte, y en procurar fama despues de tu vida? Por cierto no te acordaras mas que de aparejarte para morir, y no trataras de dejar nombre vano, y gran memoria de tí. Sábete que lo mismo debes hacer, aunque estuvieras cierto que habias de vivir cien años, y que el mundo no se habia de acabar en cien mil; porque todo lo que tiene fin breve es, y todo tiempo, respeto de la eternidad, es como un dia, una hora y un momento. Sábete que san Juan dijo que ya estaba su tiempo en la última hora del mundo, aunque faltaban tantos años; porque todos esos años no eran mas que una hora, respeto de lo eterno. Y así, si no tuvieras cuenta de dejar nombre de tí en el mundo, si solo faltase una hora para acabarse, tampoco la debes tener ahora, aunque faltasen muchos siglos.

Si supieras de cierto que habias de vivir cien años, y que en todos ellos no tuvieras que comer sino lo que sacaras del tesoro de un gran rey por espacio de una hora que determinas para ello, ¿fuéraste por ventura aquella hora á pasear? ¿detuviéraste en alguna vana conversacion? ¿pusiéraste á entretenerte? Por cierto que no cesarias de trabajar, y darte priesa, cargando de aquellos tesoros. ¿Pues cómo te descuidas, sabiendo que tu alma ha de vivir una eternidad, y que no ha de tener sino lo que en esta vida ganare y mereciere? Mira el tiempo que te dan para proveerte para lo eterno, cómo te descuidas, cómo te paseas, cómo te entretienes, cómo ries, y cómo no lloras, y haces pedazos tus carnes á penitencia y rigor. Mas es una hora respeto de cien años, y de cien mil, que son cien mil respeto de la eternidad. Pues si en aquella hora de atesorar no pararas, por parecerte poco tiempo, ¿porqué paras de merecer en el tiempo de esta vida, aunque fuese de cien años, pues fuera un momento respeto de lo eterno? Mira qué son cien años respeto de un millon de años, y mira qué serán respeto de la eternidad. Si te dieran cien años de tormento por un millon de contentos, te venia á salir muy barata esta

feria, pues dabas diez mil veces menos de lo que recibias; porque cien mil años son menos que un millon diez mil veces: mas no por cien años de penalidades, sino por una hora de mortificacion, te dan una eternidad de gloria. Considera cuanto menos das de lo que recibes; porque si tan larga vida de trabajos fuera, respeto de un millon de años, diez mil veces menos, ¿qué será comparada con la eternidad, respecto de lo cual millones de millones de siglos no es un instante? Mira que es poco el espacio de esta vida para granjear la eterna. Mira que es poco todo tiempo para merecer la eternidad. Con razon dijo san Agustin: « Por el descanso eterno habias de tomar un trabajo eterno; habiendo de recibir la eterna felicidad, habias de sufrir eterno padecer. » ¿Pues cómo te puede parecer mucho el tiempo breve de esta vida? No dudo sino que no hay justo en el cielo, ni pecador en el infierno, que todas las veces que tiende los ojos por la eternidad no se admire y asombre de que una cosa tan breve como esta vida será la llave de bien ó mal tan largo. Mira cuán barata se te da la eternidad de gloria, lo que es infinito por la finito; pesa mil años en contraposicion de lo eterno, pesa diez mil, pesa cien mil, no haces nada, todo es humo y paja, porque no hay comparacion de lo infinito á lo finito, de lo vivo á lo pintado. Bien dijo Plotino que el tiempo era imágen de la eternidad, conforme á lo cual dijo David que el hombre se pasa en imágen, por decir que se pasa en tiempo. Lo mismo que se dice del tiempo se puede decir de lo que con él corre, que los males y bienes temporales son pintados, respeto de los eternos. Pues mira cuan barata se te da una gloria sin fin, por un trabajo breve, y una bienaventuranza verdadera por un trabajo pintado: y que la quieras despreciar por un gusto fingido, y de un momento, por cierto que no digo evitar deleites de esta vida, pero abominar de ellos debes, y buscar la eternidad por penas por hierro y fuego; porque así como ella sin comparacion excede á todo tiempo, así debe buscarse en todo tiempo, con fervor, diligencias y ansias incomparables sobre todo lo temporal. Dijo Salomon de la Sabiduría que en la mano derecha tenia la eternidad, y en la izquierda las riquezas y la gloria, para significar con cuantas mas veras habia de buscar lo eterno que lo temporal, y preferir la virtud á las riquezas y honras; porque así como la mano derecha tiene muchas fuerzas, y la izquierda pocas, así debemos tener y conservar lo eterno con todas nuestras fuerzas, mas no lo temporal; porque los mayores bienes de este mundo, y la mayor gloria de él, ¿si no ha de ser eterna qué puede aprovechar? En teniendo fin las cosas, se hunden en el abismo del no ser, como si no hubieran sido. No digo los gustos de la vida, sino la misma vida en medio de lo eterno, ¿qué es sino una sombra de ser? Mira antes que tuviste un gusto, que por una eternidad no tuvo ser tu gusto, mira despues de pasada otra eternidad, en que no le tendrá, ¿qué viene á ser mas que si no hubiera sido? Todo lo que tiene principio y fin en medio de la eternidad, que ni tuvo principio, ni tendrá fin, se hunde y absorbe, como si no hubiera sido; y así poco te aprovechará todo lo temporal que pasa, si no sacas de ello algun fruto eterno, que permanece.

Aug. (Psal., 89).

Prov., 3.

## CAPITULO XI.

**Qué cosa sea el tiempo, segun Aristóteles y otros filósofos, y la poca consistencia de la vida.**

Aunque de todo lo dicho se puede colegir lo que es el tiempo y la vida temporal, y cuanto con el tiempo pasa, con todo eso lo consideraremos ahora mas particularmente, despues de haber tratado de la eternidad, para formar mas vivo el concepto de la bajeza de las cosas temporales, y grandeza de la eterna. Define el tiempo Aristóteles, diciendo que es la medida del movimiento, porque donde no hay mudanza, ni sucesion, no hay tiempo. Declara mas esto Espeusipo, añadiendo que tiempo es la medida del apresuramiento y carrera que hace el sol; y Proclo dijo que era el número de las correrías y revoluciones de los cuerpos celestes. Los pitagóricos dijeron que era la última esfera que rodea las demás; esto es, el último cielo, cuyo rapidísimo movimiento es sobre toda ligereza y movimiento; conforme á lo cual dijo Alberto Magno que era la medida del movimiento del primer moble, de manera que el tiempo es un accidente de cosa tan inconstante como el movimiento. Por lo cual dijo Avicena: « El tiempo es cosa mas flaca que el movimiento. » Mira pues qué hay que fiar de la vida humana, pues es miembro de una cosa tan inconstante, flaca y veloz, que se pasa y corre al paso que corre el sol, y dan vueltas al mundo las estrellas del firmamento, que exceden en su curso y velocidad, no solo á las aves que vuelan, pero al mismo viento. Sábete que no viene la muerte tras tí con zapatos de plomo; alas trae, y volando viene á buscarte, con tanta celeridad que no se puede imaginar mayor: no solo excede á las aves del aire, pero ni hay pieza de artillería disparada que con mas furia se mueva, que ella corre por toda parte, y no te dejará de alcanzar. Considera cuantas cosas conoces que hay ligeras, y piensa que todas se mueven á paso de tortuga en comparacion de la muerte. Muy velozmente se mueve un neblí, cuando va tras la garza; pero flema es toda su velocidad, en comparacion del tiempo y de la muerte, que viene en él caballera, para hacer en tí presa. Mas ligeramente que un ave se mueve una saeta que dispara el cazador, pues la hiere y mata, aunque vaya volando por los aires; pero lerda es la saeta mas ligera, en comparacion de la que te ha disparado la muerte desde el punto en que naciste. ¿Y qué cosa se puede imaginar mas veloz que un rayo que cae del cielo? Con todo eso es movimiento muy espacioso, respeto de la presteza con que corre la muerte, porque es al paso del movimiento de las estrellas del firmamento, que mas ligeramente se mueven, cuya velocidad es tan prodigiosa que corren en un dia mas de mil y diez y siete millones y medio de leguas, y en

Arist., lib. phys.

De Plat. Def. Elem. Phys. defin. apud Gabr. Bur. de Temp.

Alb. Magn., 3. Phys., tract. 2, c. 3.

Avic., suffic., lib. 2. c. 13.

una hora mas de cuarenta y dos millones, segun el cómputo mas moderado del padre Clavío. A este paso, viniendo la muerte tras tí, ¿cómo no te recelas? Mas ligera viene que una águila, mas veloz que un rayo, con tal ligereza que aun el pensamiento no la alcanza; ¿cómo no temes y sobresaltas? Ya está suelto el arco contra tí, ya está disparada una saeta, y viene á dar en tí; ¿cómo no bajas siquiera la cabeza, y te humillas y reconoces? Si supieses que un tiro de artillería querian dispararte, y que no podias huir el golpe, no sabrias qué hacerte; ¿pues qué si te dijesen ya está disparado? murieras con solo el susto. Pues sábete que mucho mas precipitada y ligeramente se ha disparado contra tí el tiro de la muerte, y que no hay cuarto de hora que no corra por alcanzarte mas de diez millones de leguas, y no sabes desde donde partió, ni donde está ya, porque aunque estuviera muy lejos de tí, ella corre con tanta priesa que no puede dejar de dar contigo muy presto. Pero como no sabes de cuan lejos partió, debes por momentos estarla esperando, pues por momentos viene.

Fuera de la ligereza, se ha de considerar aquella condicion del tiempo que notó Aristóteles, que es medida del movimiento en cuanto tiene primero y postrero: esto es, en cuanto con continua sucesion unas partes tiene despues de otras, lo cual tiene esencialmente el mismo tiempo, como notó Averroes: de manera que no tiene capacidad para dar de por junto las cosas, sino por partes, dejando unas de ser para venir otras, muriéndose cada momento las primeras para que vengan las segundas. Los bienes que puede gozar la vida en la niñez se han de dejar cuando vienen los de la mocedad; y los de la mocedad cuando vienen los de la vejez. La candidez, seguridad é inocencia de los niños se pierde con la juventud; y las fuerzas y vigor de la juventud no están ya con el seso y juicio de la vejez: de suerte que no es el tiempo para darnos todo junto, inocencia, vigor y prudencia, sino con ser tan limitados los bienes de la vida, los da tan limitadamente que á la misma vida da por partecitas, y mezcla en ellas tantas partes de muerte como da en trozos de vida. Primero que venga la niñez, ha de morir la edad de infante, y primero que venga la vida pueril ha de morir la niñez, y antes que venga la juventud ha de acabarse la puerilidad; y la misma juventud muere primero que venga el estado de varon, el cual tambien antes que venga la vejez ha de espirar, y hasta la misma vejez muere, porque venga la edad decrépita: de suerte que en una misma vida hallará uno antes de morir que ha muerto muchas veces, y con todo eso no acabamos de persuadirnos que hemos de morir una. Volvamos, pues los ojos á nuestra vida pasada; y consideremos qué se hizo de nuestra niñez, de nuestra puerilidad, de nuestra juventud; ya murieron en nosotros; pues de la misma manera morirán todas las demás edades y vidas de la vida; ni solamente moriremos en los principales tiempos de ella, sino cada hora y momento, con una perpetua sucesion y mudanza de cosas. ¿Qué contento hay en la vida que no muera luego, y le suceda algun pesar? ¿Qué afecto de pena que no le suceda otro con otra pesadumbre igual y mayor? Por lo ausente, porque se entristeció uno, te-

Aver., Ex dest. disp., lib. 1. c. 1.

niéndolo presente se enfada: lo que deseado le dió congoja poseido le da cuidado, y perdido pena. El breve rato que viene algun gozo no se puede lograr todo junto, sino gustándole por partes, sin sentir el gusto de las primeras cuando vienen las segundas, disminuyéndose cada momento, y muriéndonos nosotros con él cada instante; porque no hay punto de vida en que no gane tierra la muerte. Ni es otra cosa el movimiento de los cielos sino un ligerísimo torno en que está siempre recogiendo el ovillo de nuestra vida, y un velocisímo caballo en que corre la posta la muerte: no hay momento de vida en que no tenga igual jurisdiccion la muerte. Y, como dijo un filósofo, no hay punto de tiempo que no le dividamos con la muerte; y si bien se considera no vivimos sino un punto, porque no tenemos de vida sino este instante presente: los años pasados ya pasaron, y no tenemos de ellos mas que si fuéramos muertos. Los años que han de venir aun no los vivimos, ni tenemos de ello mas que si no hubiéramos nacido. El dia de ayer ya se desvaneció, el de mañana no sabes lo que será; del de hoy ya se te han pasado muchas horas que no vives, y te faltan de vivir otras que no sabes si las vivirás: de manera que, sacado todo en limpio, no vives sino este momento, y en este mismo te estás muriendo; de suerte que no puedes decir que la vida es sino la mitad de un momento, y un indivisible dividido entre vida y muerte. Con razon se puede llamar esta vida temporal, como dijo Zacarías, porque á sombra de la vida se nos entra la muerte; y como á cada paso que da uno da otro su sombra, así tambien no da paso la vida que no dé otro la muerte: y así como la eternidad tiene esta propiedad, que siempre empieza, y así es un perpetuo principio, así tambien esta vida siempre acaba, y se está feneciendo; por lo cual se puede decir un perpetuo fin, y una continua muerte. No hay gusto en la vida, aunque durara veinte años continuos, que se pueda gozar presente, sino solo un punto, y esto con tal contrapeso que no menos se avecina en él la muerte que le goza la vida. Finalmente es de tan poco ser y sustancia el tiempo, y por consiguiente nuestra vida, que no tiene ser permanente, como dice Alberto Magno, sino sucesivo y arrebatado, sin poderse detener en su carrera, con la cual va precipitado á dar en la eternidad, y como si fuera un caballo desbocado atropella con todo, y lo arruina, sin poder pararse. Y á la manera que no se pudiera gozar la vista de un bizarro caballo lleno de joyas y galas, si fuese siempre corriendo á rienda suelta, así tambien porque no paran un punto las cosas de esta vida no se puede gozar bien de ninguna: todos corren á rienda suelta, hasta estrellarse con la muerte, y hacerse pedazos con su fin. No significó poco esta misma condicion del tiempo el nombre que le dió el emperador y filósofo Marco Aurelio, cuando dijo: «El tiempo es una ola arrebatada;» porque así como una recia ola hunde con gran velocidad la nao, y no deja gozar al navegante de las riquezas que lleva, así hace el tiempo con su arrebatamiento y furia, que arruina y anega todo. Consideró este filósofo tanta brevedad y presteza en el tiempo, que lo mismo juzgó era vivir largo tiempo que corto; y así añadió una sentencia que quiero referir aquí, para desengaño nuestro: «Si te dijera

Alb. Magn., 4 Phys., tract. 7, c. 4.

Marc. Aurel., 4.

Dios que habias de morir mañana, ó esotro dia, no hicieras ya mucho caso en que murieses esotro dia, y no mañana, si no es que tuvieses un ánimo muy apocado é inútil; porque ¿qué diferencia habia de uno á otro, por ser tan poca la distancia? Pues de la misma manera juzga que no has de tener por gran diferencia morir despues de mil años, ó morirte mañana. Considera á menudo cuantos médicos se han muerto que tomando el pulso á los enfermos arquearon las cejas; cuantos matemáticos, que se alabaron de haber dicho á otros cuando habian de morir; cuantos filósofos, que disputaron largamente de la muerte, y de la inmortalidad; cuantos muy celebrados en la guerra, que mataron á muchos; cuantos reyes y tiranos, que con gran insolencia usaron de su poder; cuantas ciudades se han muerto, para decirlo así, Helice, Pompeyos, y otras innumerables. Añade á estos cuantos has conocido y ayudado á sus exequias, que uno tras otro se han muerto, y lo que ayer fué pez hoy es guisado ó ceniza; momento es todo tiempo.» Todo esto es de este sabio príncipe.

## CAPITULO XII.

**Cuan breve sea la vida, por lo cual se debe despreciar todo lo temporal.**

Mira pues ahora qué es el tiempo, y qué es tu vida, si se puede imaginar cosa mas veloz é inconstante. Compara la eternidad, que siempre está en un estado con el tiempo, que tan arrebatadamente corre y se muda. Mira que así como la eternidad da una estimacion infinita á las cosas adonde se llega, así el tiempo ha de quitar la estimacion de cuantas cosas con él se acaban. El menor gozo del cielo debes estimarlo infinito, porque ha de durar infinitamente; y el mayor contento de la tierra debes estimar en nada, porque ha de acabarse y parar en nada. El menor tormento del infierno te habia de causar un pavor inmenso, por haber de durar sin fin, y los mayores tormentos de esta vida no tenias que temer, pues han de cesar y acabarse. Cuanto la eternidad engrandece las cosas, tanto las disminuye el tiempo; así como lo eterno debe tener estimacion de cosa infinita, aunque ello fuese pequeño, así lo temporal se debe estimar en nada, aunque fuese infinito, porque ha de parar en nada. Por cierto que, aunque fuese uno señor de infinitos mundos, y tuviesei infinitas riquezas, si las habia de dejar, y acabar con todo, no tenia que estimarlo en mas que la nada, pues en nada ha de parar. Y si todas las cosas temporales tienen esta mala propiedad, por ser caducas y perecederas, debe no dárseles mas estimacion que á lo que no es, pues han de dejar de ser tan presto. Con muy particular razon se debe estimar en nada la misma vida del hombre, porque es mas frágil y perecedera, y poco mas que el no ser. No tiene el hombre cosa mas frágil y caduca que

su vida: las pasiones, las heredades, las riquezas, los títulos, las demás cosas del hombre, duran aun despues del hombre, pero no su vida, la cual es tan delicada que un poco de frio ó calor que exceda la acaba; y un poco de viento que corra, ó una respiracion de un enfermo, ó una gota de ponzoña basta para que desaparezca: de manera que si se considera bien no hay vidrio como ella, porque el vidrio si no le tocan dura, mas nuestra vida sin tocarla se consume y acaba. Al vidrio puédenlo guardar, y durará siglos: para la vida no hay guarda ninguna; ella por sí misma se consume.

Todo esto tuvo muy bien entendido David, que fué el mas dichoso y poderoso príncipe que tuvieron los hebreos, y rey de un reino tan grande que abrazaba los dos reinos de Judá y de Israel, y de cuanto prometió Dios á los israelitas, que no lo alcanzaron á poseer hasta su tiempo, y extendió su imperio á otras muchas provincias, con tanta sobra de riquezas que el oro rodaba por su casa y corte, por lo cual dejó grandes tesoros á su hijo Salomon. Pues este tan afortunado príncipe, considerando que habia de tener fin su grandeza, luego lo calificó todo por nada, y no solo sus reinos y riquezas tuvo por vanidad, pero su misma vida; por lo cual dice: «Pusiste, Señor, á mis dias medida, y así toda mi sustancia es como la nada.» Todas mis rentas, todos mis reinos, todos mis tesoros, y toda mi hacienda, cuanto poseo, con ser rey tan poderoso, todo es nada. Luego añade: «Pero sobre todo es una universal vanidad todo cuanto es el hombre que vive;» esto es, toda mi vida, porque la vida del hombre es la cosa mas frágil de cuantas tiene el hombre. Esta baja estimacion y esta vanidad tienen las cosas, aunque las hubiésemos de gozar mil años; pero habiéndose de acabar tan presto, y mas de lo que pensamos, ¿qué caso se puede hacer de todo? ¡O si hiciésemos concepto de esto, de cuan breve es la vida, y cómo se despreciarian todos sus gustos! Es cosa esta tan importante, que mandó Dios al mas principal de sus profetas que saliese por las calles y plazas, y á voces lo pregonase, y diese grandes clamores de cuan frágil y breve es nuestra vida, porque estando profetizando el profeta Isaías el mas grave y escondido misterio que le reveló Dios, que es la encarnacion del Verbo Eterno, oyó de repente una voz del Señor, que le decia que alzase el grito y diese voces, diciéndole: «Clama, clama.» El profeta respondió: «¿Qué es, Señor, lo que tengo de clamar y quieres que pregone á gritos?» Díjole Dios: «Que toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del campo;» porque así como el heno se corta y seca de la noche á la mañana, y la flor se marchita luego, así es la vida de toda carne, y su hermosura y lozanía se pasa y se marchita en un dia. Sobre este lugar dice san Jerónimo: «Verdaderamente quien mirare la fragilidad de la carne, y que cada hora crecemos y descrecemos por momentos, sin permanecer en un estado, y que esto mismo que hablamos, que dictamos, que escribimos, y se nos pasa volando de nuestro vida, no dudara decir á su carne que es heno. El que ayer era niño se hace al momento muchacho, el muchacho se hace de repente mancebo, y hasta

Psal., 38.

Hier., Comm.

la vejez se va mudando por plazos inciertos, y antes se siente viejo que empiece á maravillarse que no es mozo. » Otra vez, considerando el mismo santo á Nepociano, que murió en la flor de su edad, dice: « ¡ O miserable condicion de la naturaleza humana! Vano es todo lo que vivimos sin Cristo; toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del heno. ¿Adónde está ahora aquel rostro hermoso? ¿Adónde está la dignidad de todo su cuerpo, con la cual, como con un hermoso vestido, se vestia la hermosura de la alma? ¡Ay dolor! Marchitóse la azucena, corriendo ábrego, y el color de púrpura de la violeta se mudó en amarillez. » Luego añade: « Debemos pues considerar nosotros que lo que hemos de ser en algun tiempo, y lo que queramos, ó no queramos, no puede estar muy lejos, porque si excediese nuestra vida á novecientos años, y se nos concediese la edad de Matusalen, con todo eso toda esta longitud de vida pasada no seria nada, pues deja de ser; porque entre aquel que vivió diez años, y aquel que hubiese vivido mil, despues que les hubiese venido el fin de la vida, y la necesidad irrecusable de la muerte, lo mismo es, sino que el viejo sale mas cargado con mayor haz de pecados. » Pues esta fragilidad y brevedad de la vida humana, con ser tan cierta, quiso nuestro Señor que publicase su profeta juntamente con el misterio mas escondido é ignorado del entendimiento humano, que era su encarnacion, y el modo de la redencion del mundo: que aun los mas altos serafines no conocian ser posible, porque no acaban los hombres de persuadirse esta verdad, y conocer la brevedad de su vida, y con verla acabar cada hora no creen que se ha de acabar en alguna, y con oirlo cada dia les es como un misterio escondido, que no acaban de entenderlo; y así mandó Dios que como cosa nueva, pero de grande importancia, nos le persuadiese y publicase Isaías á grandes gritos y pregones, para que penetrase los corazones humanos. Oigamos pues de Dios esta verdad: Toda carne es heno, toda edad es breve, todo tiempo vuela, toda vida se desaparece, y gran multitud de años es gran nada.

Hier., Epist. ad Nepot.

Oye tambien cuanta verdad sea esta de los mas experimentados en vivir, qué sienten de la vida. ¿Acaso te prometes vivir cien años, y que esa es larga vida? Pues escucha al santo Job, que vivió doscientos y cuarenta y ocho años, y fué el hombre que mas pudo sentir lo que es vivir, así por su prosperidad como por sus trabajos, que parece alargan mas el tiempo; ¿qué dice de todos sus años? « Nada son mis dias: » nada dice que son casi tres siglos de vida. Otras muchas veces habla de la brevedad de la vida, declarándola con varias comparaciones y metáforas. Una vez dice que eran sus dias mas ligeros que un correo que va por la posta, y que se pasaron como una nave que pasa de ligero, y como el águila real cuando arrebatadamente se abate á la presa. En otra parte dice que se pasaron mas presto que el tejedor da una tijeretada en la tela. Otra vez se compara á la hojarasca seca, que se la lleva el viento, y una pajuela seca. En otro lugar dice que es la vida del hombre como la flor que sale, y

Isid., de vitæ et mort. pat., 14.

Job, 7.

Job, 9.

Job, 7.

Job, 14.

luego se pisa, y que huye como la sombra, sin permanecer en un mismo estado. Tan poco es la vida, pues por sombra la calificó el santo Job, aun en tiempo que era tres ó cuatro veces mayor que ahora. Y no es maravilla, pues sintieron de ella lo mismo los que la alcanzaron tan larga que pasaba de novecientos años, que son los que vivieron antes del diluvio, de los cuales los mas están en el infierno, diciendo lo que refiere el Sabio: « ¿ Qué nos aprovechó nuestra soberbia, ó el fausto de nuestras riquezas qué nos ha dado? Pasáronse todas esas cosas como sombra, y como el correo que pasa por la posta, y como la nave que rompe las aguas inquietas, que no podrá hallarse rastro por donde atravesó, ni deja senda de sí; ó como el ave que vuela por el aire, de cuyo camino no deja señal alguna, sino solo el ruido de las alas, que azotaron el viento ligero, y rompiendo por fuerza camina por los aires, revoloteó conmoviendo sus alas, despues de lo cual no se halla vereda por donde hizo su jornada; ó como la saeta tirada al blanco, que no hubo bien dividido el aire cuando se tornó á juntar y cerrar como antes, para que no se sepa por donde pasó Así tambien nosotros apenas hubimos nacido, cuando al improviso dejamos de ser. » Estas son palabras aun de los condenados, que vivieron mas de ochocientos años, y si tan larga vida la tuvieron por sombra, y juzgaron que apenas habian nacido cuando al momento murieron, ¿ cómo piensas tú vivir mucho, pues en este tiempo es mucho llegar á setenta años ? La vida de ochocientos años no es mas que el revolotear de un gorrion, ó el disparar de una saeta, ó, por mejor decir, un paso de una sombra. ¿ Qué piensas que será cincuenta años que podrás vivir ? Por cierto que á vida mas larga, esto es, á todo aquello que se puede extender la vida humana, comparó Homero á las hojas de un árbol, que cuando mucho duran un verano, y pareciéndole mucho á Eurípides, dijo que la felicidad humana bastaba que tuviese nombre de un dia. Mas juzgando esta por sobrado, dijo Demetrio Falereo que la bastaba llamarse no hora, sino momento. Platon tuvo por demasía darla algun ser, y así se lo quitó diciendo que era sueño de despierto. Y teniendo esto por mucho san Juan Crisóstomo, lo corrigió diciendo que era no sueño de gente despierta, sino de dormida. No parece que hallaban los filósofos ni los santos comparacion con que acabasen de declarar la brevedad de esta vida, porque ni posta por la tierra, ni navío por la mar, ni ave por el aire pasa con mas prisa. Todas estas cosas, y otras que se tienen por veloces, no tienen siempre en un ser su velocidad sin que alguna vez no aflojen ó se paren; pero la carrera é ímpetu de nuestra vida, con que corre á la muerte, aun mientras dormimos no se pára, y así le pareció á Filemio tan presta y veloz, que dijo que no era esta vida mas que nacer y morir, y que al nacer salíamos de un sepulcro oscuro, y que al morir nos poníamos en otro mas triste y temoroso. Pues de esta vida tan breve quita el tiempo del sueño, y quitarás la tercera parte de ella. Quita tambien el de la niñez y de otros accidentes que impiden el sentido y fruto del vivir, y presto te quedarás con la mitad de esa nada, que tienes por mucho. En la vida se cumple bien lo que dijo Averroes, que el tiempo

Aver., Phys., 4, text. 13.

era un ser disminuido en sí, pues ella en sí es tan poco, y de lo que es se disminuye tanto, pues tantas partes de vida se quitan de un punto, que es la vida, respeto de la eternidad. Demás de esto, ¿piensas que esa mitad de vida que sacaste en limpio es cierta? Engáñaste, porque, como dice el Sabio, « no sabe el hombre el dia de su fin. » Y así como á los peces, cuando mas seguros están los prenden en el anzuelo, y á los pájaros en el lazo, así saltea la muerte á los hombres en el tiempo malo, cuando ellos menos piensan.

Considera pues ahora cuan viles sean todas las cosas temporales, y cuan frágil es toda la gloria del mundo, pues se funda en tan flaco cimiento, pues todos los bienes de la tierra no pueden ser mayores que la vida, y si ella es tan poca, ¿qué serán, pues son bienes por ella? ¿Qué puede ser un gusto del hombre, pues toda la vida del hombre es un sueño y una sombra, y un cerrar y abrir de ojos? Si la vida mas larga es tan breve, ¿qué puede ser el deleite de un momento por el cual se pierde la bienaventuranza eterna? ¿Qué bien puede ser de estima que se sustente de una vida tan desestimable y llena de miserias? Figura de esto es aquella estatua de Nabucodonosor, que, aunque era de metales tan ricos como el oro y plata, todo se fundaba en los piés de lodo, que dando en ella una china dió con todo en tierra. Todas las grandezas y riquezas del mundo tienen por fundamento la vida de los que las gozan, la cual es tan deleznable que no digo una piedrecita, pero un granito de uva, ha bastado para deshacerla. Con razon dijo David que todo cuanto es el hombre que vive era universal vanidad, porque basta la brevedad de la vida del hombre para envilecer y desvanecer cuantos bienes puede gozar el hombre. Vanas son las honras, vanos los aplausos, vanas las riquezas, vanos los gustos de la vida, pues es tan vana y frágil la vida, cuya brevedad es la vanidad de vanidades, pues hace todas las cosas vanas y viles; y así es una vanidad universal de todas las cosas. ¿Qué caso harias de una torre fundada en arena movediza? ¿Y qué seguridad tendrias de lo que lleva una nave barrenada? No debes por cierto hacer mas caso de los bienes de esta vida, pues se fundan en cosa tan inestimable como ella. ¿Qué puede ser toda la gloria humana, pues la vida que la sustenta no tiene mas consistencia que el humo, segun David, ó, segun Santiago, que un vaporcito, que al momento se desvanece? Y aunque fuese de mil años, en llegando su fin es igual con la que duró un dia: porque así la felicidad de la vida larga, como la de la corta, es humo y vanidad, pues una y otra se pasa, y pára en la muerte. Guerrico, dominicano, gran filósofo y médico, y despues teólogo, oyendo leer el capítulo quinto del Génesis, donde la Escritura comienza á contar los hijos y descendientes de Adan (y el término de que usa es este: « Toda la vida de Adan fué novecientos y treinta años, y murió. La vida de su hijo Set fué novecientos y doce años, y murió; ») hizo su cuenta que si tales y tan grandes hombres, despues de tan larga vida, al fin paraban en morir, no era justo perder tiempo en el mundo, sino poner la vida en cobro de manera que cuando acá se acabase no se perdiese; y con esto dió consigo en la religion de santo Domingo, y fué de santísima vida.

¡O cuan locos son los hombres, que siendo tan breve la vida tratan de vivir mucho, y no tratan de vivir bien, siendo cosa averiguada, como dijo Séneca, que todos pueden vivir bien, y que ninguno puede vivir mucho por mas que viva! Échase de ver mas esta locura con lo que dice Lactancio, que siendo tan breve esta vida es fuerza que los males y bienes que hay en ella sean breves, como los males y bienes de la otra sean eternos; y queriendo Dios repartir competentemente estos bienes y males, ordenó que á los bienes breves que se gozan en esta vida sucedan en la otra males eternos, y á los males breves que se sufren aquí por amor de Dios sucedan bienes perdurables. Y así poniéndonos Dios delante esta diferencia de bienes y males, y dejándonos libertad para escoger la suerte que quisiésemos, es gran locura, por no sufrir tan breves males, perder bienes eternos; y por gustar de bienes tan breves padecer males tan largos, que no tendrán fin.

Lact., lib. 9 Div. Inst.

## CAPITULO XIII.

### Qué es el tiempo segun san Agustin.

### § I.

Veamos tambien qué sintió el gran doctor de la Iglesia Agustino, sobre la naturaleza del tiempo, la cual tuvo en su gran entendimiento tan poca estimacion y ser, que despues de haber disputado con suma sutileza para averiguar lo que es, viene á concluir que no lo sabe, y que no sabe esto mismo, que es no saberlo. Lo mas que llega á alcanzar es que no hay tiempo largo, y que solamente se puede decir tiempo lo que es presente, que es solo un momento. Lo mismo sintió el emperador Antonino en su filosofía, por lo cual dice esta sentencia: « Si hubieses de vivir tres mil años, y sobre estos otros treinta mil, acuérdate que nadie deja otra vida, sino la que vive de presente, y así lo mismo es un espacio larguísimo de vida, que uno brevísimo, por lo que es presente, á todos es lo mismo, aunque no sea lo mismo aquello que yo paso, y así parece que no hay sino un punto del tiempo, porque ni lo pasado, ni lo futuro, nadie lo puede perder; porque ¿cómo se puede perder lo que no se tiene? Por lo cual se deben considerar estas dos cosas en la memoria: una, que desde el principio todas las cosas tienen una misma figura, y se revuelven en un círculo, y no hay diferencia del que las esté viendo cien años ó doscientos, y del que las viese infinito tiempo. La otra cosa es que aquel que vivió muchísimo, y aquel que se murió luego, pierden lo mismo; porque solo son privados de lo que es presente, pues esto solo tienen, porque lo que no se tiene tampoco se pierde.» Todo esto dice este sabio

Aug., lib. 12 Conf., 15 et 25.

Aur. Ant., lib. 2.

príncipe, porque no halló mas sustancia en el tiempo que el momento que es presente; pero advierte san Agustin cuan poco ser tiene ese mismo momento presente, pues no se puede afirmar que es, y así dice: « Lo presente para que sea tiempo es porque pasa, ¿pero cómo se dice que es, pues la causa porque es es porque no será, de suerte que no diremos con verdad ser, sino porque camina á no ser. » Mira de qué fias tu felicidad; mira en qué columna de bronce colocas tus esperanzas, en una cosa tan poco consistente que no tiene mas consistencia que el no dejar de ser, y del mismo venir á no ser recibe su ser, si tiene alguno; porque ¿qué ser puede tener lo que es y no es dejando siempre de ser, con tanto ímpetu que no le podrás detener que se pare mas de un momento? Pero ni ese momento se pára, pues el momento que es está siempre en perpetuo curso. Dígame el que está en la flor de su edad qué fuerza puede haber que detenga los años de su vida, que no corran siquiera solo un dia. ¿Qué poder habrá que el gusto que tuviste una hora se detenga, para que no se haya pasado? Procura asir del tiempo, y no hallarás de qué, porque no tiene bulto, y con todo eso corre con tan gran fuerza que antes te llevará tras sí que tú le puedas detener: corre á su fin perpetuamente. Por eso, hablando de la vida el mismo santo doctor, dijo que era su tiempo una carrera á la muerte, la cual es tan veloz, y mezclada con tantas muertes de un propio hombre, que viene á dudar el santo si la vida de los mortales se ha de llamar antes vida que muerte, y así dice: « Desde el punto que empieza uno á estar en este cuerpo que ha de morir, siempre se hace en él el venir la muerte, porque esto obra su mutabilidad por todo el tiempo de esta vida, si acaso se ha de decir vida la que es para que venga la muerte, porque no hay ninguno que despues de un año no esté mas cerca de morir que antes del año, y mañana y hoy que ayer, y ahora que poco antes, porque todo el tiempo que se vive se quita del tiempo de vivir, y cada dia se hace menos y menos lo que queda: de tal suerte que no es otra cosa el tiempo de esta vida sino una carrera para la muerte, en la cual no se permite á alguno pararse un poco, ó irse mas despacio, sino todos apremiados á ir con igual apresuramiento. »

Aug., Conf., 14.

Aug., de Civ., lib. 3.

Luego añade: « ¿Qué otra cosa se hace cada dia, y cada momento, hasta que se acabe de consumar aquella muerte que se obra, y comienza á ser el tiempo que se sigue despues de la muerte, el cual ya estaba en la muerte mientras se le quitaba de vida? De aquí se sigue que nunca está el hombre en la vida desde que está en este cuerpo, que muere antes que vive, si juntamente estar en la vida y muerte no puede; pero por ventura está junto en vida y muerte, esto es, en la vida que vive, hasta que toda se le quite, y en la muerte, porque ya muere á quien se le quita la vida. » Por esto mismo dijo Quintiliano que por momentos moríamos antes de tiempo. Y Séneca dice: « Erramos cuando miramos á la muerte que ha de seguirse, como sea así que ya ha precedido y se ha de seguir: todo lo que fué antes, muerte es. ¿Y qué importa que no empieces, ó que acabes, pues de uno y otro es el mismo efecto de no ser? » Cada dia morimos, cada dia se quita alguna parte de la vida,

Quint., Mal.

y en el mismo crecer nuestro descrece y se mengua la vida, y este mismo dia que vivimos lo dividimos con la muerte. Bien dijo quien llamó á la vida de este mundo sueño de una sombra. Tambien se dice en el libro de la Sabiduría que es nuestra vida un paso de la sombra, porque la sombra es como una mezcla de la noche y del dia; y así como la sombra se puede decir que es cierto género de noche, así la vida es cierto género de muerte; y como la sombra tiene mezcla de alguna luz, así la vida tiene su parte de morir, y su parte de vivir, hasta que venga á parar en una muerte pura y sólida; y pues ha de venir á parar en no ser, será muy poco, principalmente comparado con lo eterno, que siempre será.

## § II.

Todo lo que tiene fin es poco, pues viene á parar en nada; ¿pues porqué quieres perder lo mucho por tan poco, y lo verdadero por lo falso y soñado? Oye á san Juan Crisóstomo, que dice: « Si porque uno tuviese solo una noche un sueño alegre hubiese de ser atormentado despues de despierto cien años, ¿qué hombre hubiera que apeteciera tal sueño? » ¿Pues cuanta mayor distancia hay de la verdad de la eternidad al sueño de esta vida? ¿De los años eternos del otro siglo á los transitorios de este? Menos es esta vida, respeto de la eterna, que una hora de sueño respeto de cien años de vela; menos que una gota respeto de todo el mar. Private ahora de algun gusto, por no estar privado de todo gusto para siempre: pasa ahora algun trabajo, porque no pases eternamente mil tormentos; porque con razon dijo san Agustin: « Mejor es una poca de amargura en la garganta que eterno tormento en las entrañas. »

Chrys., Hom. 10.

A todo lo que pasa en tiempo llamó Cristo nuestro Redentor poquito. Poquito llamó el tiempo de su pasion, con tantos géneros de acerbísimos tormentos que en ella padeció: poquito llamó el tiempo del martirio de los apóstoles, con tan extraños modos de martirios que sufrieron; poco y poquito es cuanto en esta vida podemos padecer, respeto de los años eternos, si bien, como dijo san Agustin, « este poquito nos parece largo, porque aun estamos en ello, pero cuando se hubiere acabado echaremos de ver cuan poquito es. » Pongámonos en el fin de la vida, y veremos cuan pequeña es; y todo lo que en ella parece grande, y de cualquiera manera, es muy poco comparado con lo eterno. A un muy observante y religioso padre de nuestra compañía, que se llamaba Cristóbal Caro, le envió nuestro Señor este recado, que considerase estas dos cosas: *¡O qué mucho! y ¡ó qué poco!* esto es, lo mucho que es la eternidad sin fin, y lo poco que es el tiempo de la vida; lo mucho que es Dios poseido para siempre, y lo poco que es un contento de la tierra que hemos de dejar; lo mucho que es reinar con Cristo, y lo poco que es servir á nuestro apetito; lo mucho que es gloria eterna, y lo poco que es vivir mucho en este valle de lágrimas. Porque, como dijo el Eclesiástico, « el número de los dias de los hombres, cuando mucho, son cien años, y son reputados como una gota de

Aug., tract. 10 (Joan.).

Eccli., 19.

agua del mar, y como un granito de arena, y así son pequeñitos los años en el dia de la eternidad.» Poco parecerá cualquier tiempo para merecer lo eterno. Con razon san Bernardo repetia á sus monjes aquel dicho de san Jerónimo : « Ningun trabajo duró, ningun tormento debe parecer largo, con que se adquiere la gloria de la eternidad.» A Jacob le parecieron poco siete años que sirvió á Laban, por el amor que tenia á Raquel; ¿pues á nosotros porqué nos ha de parecer mucho ningun tiempo por servir á Dios? Mira á quién sirves tú, y porqué, y mira á quién servia Jacob, y porqué. Tú sirves al Dios verdadero, y por la gracia eterna. Jacob servia á un idólatra engañador, y por una hermosura caduca. Coteja ahora tus servicios con los de Jacob; mira si ha veinte años que tú sirves á Dios, como Jacob sirvió á Laban; mira si le puedes decir : « De dia y de noche te serví, abrasándome con el estío y el hielo, y el sueño se huia de mis ojos, y así te serví por veinte años en tu casa.» Con esta fidelidad sirvió aquel siervo de Dios á un pagano; ¿cómo será razon que tú sirvas á Dios, si deseas ser su siervo? Todo te ha de parecer poco, pues sirves á tan gran Señor, y por tan gran premio. Gen., 31.

Mira en qué empleas tus breves años, que siendo cortos para ocuparlos en el merecimiento de una eternidad se te pasan entre los dedos sin hacer cosa de provecho. Bien dijo san Agustin que el tiempo de esta vida se significaba en el hilado de las parcas, de las cuales fingieron los sabios antiguos que estaban hilando la vida. El tiempo pasado era lo que estaba revuelto en el huso; el tiempo por venir lo que quedaba en la rueca por hilar, y el presente lo que se pasaba entre los dedos; porque verdaderamente no sabemos emplear el tiempo, ocupando en él las manos llenas con santas obras, sino que se nos pasa sin pensar en cosas sin sustancia ni provecho. Mira qué tela tan basta sacará de tu vida, pues tan poco cuidas de lograr bien el tiempo de ella, que se pasa para nunca volver. Mejor declaró David este mal empleo cuando dijo que nuestros años meditarán como las arañas. Otra letra dice : « Se ejercitarán ; » porque las arañas aun no hilan lana ó lino, sino los excrementos de sus entrañas, deshaciéndose y desentrañándose por urdir su tela, la cual labran con los piés de tan poca consistencia que en un momento se deshace, y tan de poco provecho que no sirve sino de cazar moscas. La vida del hombre toda está llena de vanos trabajos y fatigas, de varios pensamientos, trazas, sospechas, temores y cuidados que la ejercitan grandemente, encadenando y tejiendo cuidados á cuidados, afanando siempre por mas, no habiendo bien acabado con una ocupacion cuando se embarazan con otras, y todas tan mal hechas como si las hiciesen con los piés, añadiendo unos afanes á otros, y trabajo á trabajo, como la araña añade unos hilos á otros. Ya pensamos cómo se ha de alcanzar lo que deseamos, luego cómo se ha de adelantar, luego cómo se ha de gozar, y todo viene á deshacerse entre las manos. ¡Qué trabajos cuesta á la araña urdir su tela! Anda de una parte y de otra, y vuelve á un mismo puesto muchas veces; consúmese por sacar mas hilos de sus entrañas, para formar su toldo, y para ponerle en lo alto hace muchos caminos, y en habiendo Aug., lib. 20, cont. Faust. Man., 6. Psal., 80.

acabado su obra muy extendida y ancha, con solo que la toque una escoba cae todo en tierra. Así son los empleos de la vida humana, de mucho afan y poca firmeza, quitando el sueño, y llenando de cuidados, para desvanecerse en un punto, gastando lo mas de la vida en trazas y pensamientos vanos. Por eso dijo David que los años de la vida meditaban ó pensaban como las arañas trabajan y se afanan todo el dia en formar sus telas. Así se va la vida del hombre en continuos pensamientos y cuidados de lo que ha de ser uno, lo que ha de procurar, lo que ha de alcanzar, y todo es vanidad de vanidades, y afliccion de espíritu, como dice el Sabio; y en las cosas del servicio de Dios solo se tienen pensamientos y ningunas obras. Con mucha razon dijo Aristóteles que la esperanza de la vida por venir era un sueño del que vela. Y Platon de la misma manera llamó á la vida pasada sueño de gente despierta, porque así la esperanza humana como la vida se igualan en esto al sueño, que no tienen consistencia ni ser. Y ninguno hay que despues de haber hecho discurso de su vida pasada, no diga que los sueños y las verdades han sido de una misma manera : porque ya no tiene mas de lo que gozó que de lo que soñó, pareciendo todos sus gustos tan breves que se les han juntado los fines con los principios, sin dar lugar á los medios.

## CAPITULO XIV.

**El tiempo es ocasion de la eternidad, y cómo debe el cristiano aprovecharse de ella.**

### § I.

Con ser tan poco y tan deleznable el tiempo, tiene una cosa preciosísima, que es ser ocasion de la eternidad, pues podemos ganar en poco tiempo lo que hemos de gozar eternamente, por lo cual es de inestimable valor. Por eso, cuando san Juan dijo : « El tiempo está cerca, » en el griego original se dice : « La ocasion está cerca; » porque el tiempo de esta vida es la ocasion de ganar la eterna, y en pasándose no tendrá remedio ni esperanza de él. Procuremos emplearle bien y no perder la coyuntura de bien tan grande, cuya pérdida es irreparable, y la lloraremos con eterno llanto. Consideremos qué bien es el de la ocasion, y cuan grande sentimiento suele causar el haberla perdido, para que por aquí conozcamos cómo nos hemos de aprovechar de la ocasion temporal de nuestra salud eterna, porque no tengamos el arrepentimiento inconsolable que de no haberla aprovechado tienen los que están en el infierno. Es grande negocio el de la salvacion, y depende de la velocidad del tiempo de esta vida que es irrevocable, y muy cierto su término, y así con cien ojos debemos mirar no se nos pase ocasion tan importante, y con cien manos la debemos asir. Conociendo los antiguos la importancia

de la ocasion, la fingieron diosa, para declarar los grandes bienes que trae á los que se aprovechan de ella, cuya imágen adoraban en esta misteriosa figura: poníanla sobre una rueda, que se estaba continuamente moviendo al rededor, y con alas en los piés, para denotar la velocidad con que se pasa; no se le veia el rostro, porque le tenia cubierto con el cabello largo, que por la parte anterior tenia muy poblado y tendido, porque es difícil de conocer cuando viene, pero cuando está presente tiene de donde asirse; mas por la parte posterior de la cabeza estaba rasa y calva, porque en volviendo las espaldas no tiene de donde la puedan detener. Ausonio, para significar el efecto que deja á los que la dejaron pasar, que es el arrepentimiento, añadió que tenia detrás de sí á Metanea, que es la penitencia, la cual solamente quedaba en pasándose la Ocasion, porque es grande el pesar que deja por no haberse logrado. Otros figuraron á la misma ocasion teniendo las manos ocupadas de grandes dones y bienes, por los muchos que trae consigo; pero acompañada del tiempo muy veloz en hábito de peregrino, que no solo con dos, pero con cuatro alas, la guiaba por la priesa con que se pasa. Por lo cual llamó con mucha razon Hipócrates precipitada á la ocasion, porque corre con tanto apresuramiento como cae lo que se despeña. Pongamos en medio de la eternidad el mas largo tiempo de la vida humana; sean cien años, sean doscientos, sean novecientos, como se vivia antes del diluvio, no parecerán mas que un instante, y quien extendiese los ojos por la inmensidad de la duracion eterna, quedaria asombrado que cosa tan breve, pequeña y precipitada, sea ocasion de cosa tan larga y grande y estable. Hagamos ahora esta consideracion que es todo el tiempo de esta vida breve para ganar la eterna, y no perdamos tiempo principalmente, pues no le tenemos seguro. Y así, aunque estuviésemos ciertos de que habíamos de vivir cien años, no habíamos de dejar perder un momento en que no ganásemos eternidad. Pero estando inciertos de lo que viviremos, pudiendo morir mañana, ¿cómo nos podemos descuidar, dejando pasar la ocasion de asegurar nuestra gloria, no habiendo de ofrecérsenos otra semejante jamás? Si á un diestro artífice hubiese mandado un grande príncipe pena de la vida que le tuviese acabada cada y cuando se la pidiese una obra prima de su arte, para la cual era menester tiempo de un año, pero pudiera ser que se la pidiese antes, ¿cómo podia descuidarse en trabajar par tenerla prevenida, pues le iba en ello la vida? Pues si á nosotros nos va la vida eterna en estar en gracia de Dios, teniendo viva su divina imágen en nuestra alma, ¿cómo puede haber en esto descuido, dejando pasar la ocasion de nuestra salvacion?

Joan., lib. de Ocas. arrept.

Hip., Aphor.

Al tiempo llamaron Teofrasto y Demócrito preciosísimo gasto. Terencio dijo que el tiempo era la primera, esto es, la principal de todas las cosas. Zenon decia que no habia cosa que mas faltase á los hombres que el tiempo, y que no tenian de otra cosa mas necesidad. Plinio estimaba tanto el tiempo que ni un momento de él queria se perdiese; y así viendo pasearse á su sobrino, le reprehendió diciendo: Pudieras emplear estas horas mejor; y porque leyéndole uno,

Teoph. Diog., lib. 1.

hizo repetir el mismo sobrino la palabra de un acento mal pronunciado, pareciéndole que en aquella repeticion se habia perdido algun tiempo, le reprehendió de la misma manera. Séneca estimaba el tiempo sobre todo precio y valor, y así dice: « Hazlo así, y véngate á tí, y al tiempo recógele y guárdale: porque ¿quién me darás que ponga precio al tiempo? ¿que estime al dia? ¿que entienda que ha de morir cada dia? » Da en estas palabras á entender que debe ser el tiempo estimado sobre toda estimacion y aprecio. Pues si los gentiles, que no esperaban eternidad que con el tiempo granjeasen, le estimaban en tanto, ¿qué debemos hacer ahora los cristianos, cuando es el tiempo ocasion de eternidad? Oigamos

Bern., serm. ad schol.

á san Bernardo, que dice en esta materia: «No hay cosa mas preciosa que el tiempo; pero ¡ay, dolor, que no se halla el dia de hoy cosa mas vil! Pásanse los dias de la salud del alma, y nadie repara en ello, nadie se dice á sí mismo que el dia se le ha de acabar y nunca ha de volver. » El mismo santo, doliéndose mucho de que se malbarate cosa tan preciosa, dice: « Ninguno estime en poco el tiempo que se gasta en palabras ociosas. Dicen algunos: Bien podemos ahora parlar hasta que se pase esta hora. ¡O lastimosa razon, *hasta que se pase la hora*, siendo la que te ha dado la misericordia de tu Criador para hacer penitencia, para alcanzar perdon, para adquirir gracia, para merecer gloria! ¡O lastimosas palabras *mientras se pasa el tiempo*, siendo aquel en que puedes granjear la piedad divina! » Y en otra parte dice lo que es bien á propósito para aprovecharnos de la ocasion del tiempo

Bern., serm. 71.

de esta vida. Sus palabras son estas: « Mientras tenemos tiempo obremos bien, principalmente, pues el Señor dijo claramente que vendria la noche cuando nadie podrá obrar. ¿Por ventura hallarás tú para buscar á Dios, y obrar bien, otro tiempo en los siglos venideros fuera del que te señaló Dios para acordarte de tí, y por eso es dia de salud? Porque aquí ha obrado tu salud antes de siglos en medio de la tierra. Vete pues tú, y espera salud en medio del infierno, habiéndose obrado en medio de la tierra. ¿Qué posibilidad te sueñas de alcanzar perdon entre los ardores sempiternos, cuando pasó ya el tiempo de tener misericordia? No te queda, habiendo muerto en pecado, hostia por los pecados: no se crucificará otra vez el Hijo de Dios; murió una vez, ya no morirá; no baja á los infiernos la sangre que se derramó por la tierra, bebiéronla los pecadores de la tierra, y no hay que tomen parte de ella los demonios para apagar sus llamas, ni los hombres compañeros de los demonios. Una vez bajó allá, no la sangre de Cristo, sino el alma; esto es lo que tuvieron los que estaban en la cárcel; una visita por la presencia del alma, cuando el cuerpo exánime pendia en la cruz sobre la tierra. La sangre regó la tierra, la sangre se derramó en la tierra, y como la embriagó la sangre pacificó á los de la tierra y del cielo; pero no á los que estaban debajo de la tierra en los infiernos, sino que una vez sola fué allá el alma, como dijimos, y hizo en parte redencion (por las almas de los santos Padres, que estaban en el limbo) para que ni por aquel momento faltaran las obras de caridad, pero no pasó mas adelante. Ahora es el tiempo aceptable y á propósito para buscar á Dios, en el cual

sin duda quien le buscare le hallará; pero si le busca dónde y cómo conviene.» Esto es de san Bernardo.

## § II.

Considera que tendrás arrepentimiento eterno si no te aprovechas de esta ocasion del tiempo para merecer el reino de los cielos, viendo que con tan poca diligencia le pudiste ganar, y que por gusto tan breve le perdiste. ¿Esaú qué rabia y qué furor tenia cuando volvió sobre sí, y vió que su hermano menor le habia llevado la bendicion de primogénito, por haberle él vendido la primogenitura por una escudilla de lentejas? Bramaba y deshacíase de coraje. Mírate á tí en este espejo, que por un gusto vilísimo y brevísimo vendiste el reino de los cielos, ¿qué harias si hubieras caido en el infierno, sino lamentar con eternas lágrimas lo que en un breve tiempo perdiste? Can, cuando conoció que él y sus descendientes fueron malditos é infames por no haberse sabido valer de la ocasion, de la cual se aprovecharon sus hermanos, habiéndole primero venido á él á las manos, ¿qué sentimiento tendria, ó debió tener? Mide por aquí el sentimiento que tendrá un condenado, que no aprovechándose del tiempo de su vida, se ve maldito de Dios por una eternidad; y otros, que fueron menos que él, estarán benditos y premiados en el cielo. Pues los yernos de Lot, cuando vieron que pudiéndose escapar del fuego, y habiéndoles rogado mucho que se viniesen con él, no lo quisieron hacer, riéndose de sus consejos; cuando despues vieron que llovia fuego del cielo sobre ellos, y abrasaba á toda su ciudad, ¿qué pesar tendrian de no haberse aprovechado en aquella ocasion tan buena, que les entró por sus casas? ¡O qué llanto, ó qué pena, ó qué rabia, ó qué desesperacion tendrá un condenado, cuando se acuerde que habiendo sido convidado de Cristo para salvarse en el cielo, vea que sobre sí está lloviendo eternamente una tempestad de fuego, azufre y tormentos! Pues el rey Amon, que tuvo tan buena ocasion de tener paces con David, porque le convidó y rogó con ellas, cuando vió arruinar sus ciudades, y quemar sus habitadores como los ladrillos en el horno, á otros trillar, á otros despedazar, ¿qué diera por haberse aprovechado de la ocasion que tuvo de tener amistad con un tan gran rey, y poseer en paz su propio reino? ¿Pero qué tiene que ver eso con lo que sentirá el pecador cuando se vea á sí mismo abrasar en el infierno, y enemigo eterno del Rey del cielo, habiendo él perdido de reinar con los santos? ¿Qué despecho y pesadumbre tendrá? El mal ladron, que fué crucificado con el Salvador del mundo, y tuvo tan buena ocasion de salvarse como su compañero, y no se supo aprovechar de ella, ¿cuan grande llanto hará ahora por esto? ¿Y qué arrepentimiento será el del rico avariento, á quien se le entró tan buena ocasion por sus puertas, pidiéndole Lázaro limosna con la cual pudiera redimir sus pecados? y él la dejó pasar, siendo mas inhumano que sus perros, los cuales no le dejaban irse sin lamerle primero sus llagas, usando de mi-

Gen., 9.

Gen., 19.

sericordia con quien fué tan poco misericordioso su amo. ¿Qué dirá ahora, cuando le falta todo, hasta una gota de agua, por no haber dado de limosna siquiera una migaja de pan? ¿Qué despecho, qué rabia, qué desesperacion tendrá por no haber logrado tan buena ocasion para salvarse?

Porque si bien es verdad que todo el tiempo que vivimos es ocasion de alcanzar la gloria, pero hay en el discurso de la vida particulares sucesos, de los cuales depende mas especialmente nuestra salvacion, porque en ellos ó desobligamos mas á Dios, ó le obligamos, como lo hizo el santo José, cuando por no ofender á su Criador huyó de su ama, dejándole la capa en sus manos. Este fué un acto excelente con que obligó mucho á Dios, y mereció que le favoreciese tanto como lo hizo. De la misma manera Susana se aprovechó de una gran ocasion para salvarse con muchos merecimientos, cuando escogió antes morir que consentir en aquel torpe gusto con que la convidaban aquellos dos ancianos. No se nos ha de pasar coyuntura de mostrarnos finos con Dios, y obligarle con un acto heróico, que depende de ocasiones, por lo cual dijo el Sabio: «No te defraudes del dia bueno, y partecita del buen dia no se te pase.» A la ocasion definió Tulio que era parte del tiempo acomodado para hacer alguna cosa. Mitrídates dijo que era la madre de todas las cosas que se han de hacer. Y Polibio que era la que dominaba en las cosas humanas. Y no hay duda sino que ocurren algunas coyunturas, que nos dan á las manos grandes ocasiones de merecer y de obrar virtudes excelentes y actos heróicos, que si se logran aseguran mucho nuestra salvacion: por lo cual ponen algunos, entre otras señales de predestinacion, el haber hecho alguna obra de heróica virtud. Miremos cómo se han aprovechado algunos de las ocasiones de cosas temporales, para que seamos nosotros en las eternas no menos solícitos y diligentes. ¡Raquel con qué diligencia ocurrió á cubrir los ídolos que llevaba hurtados de su padre! ¡Abigail cuan diligentemente procuró salir al encuentro á David por no perder la ocasion de aplacarle! Y sin duda, si se tardara, corria evidente riesgo de la vida ella y su marido, y toda su familia. ¡Pues Abrahan con qué solicitud fué á buscar á aquellos cinco reyes que llevaban preso á Lot su sobrino, porque no se le pasase la ocasion de alcanzarlos! ¡Y Saul con cuanta presteza recogió ejército para tener lugar de socorrer á Jabes Galaad! No nos importa menos ganar el cielo, no seamos mas tardos en esto que otros en granjear las cosas de la tierra. Oigamos la diligencia y presteza con que el Sabio nos aconseja que cumplamos la palabra que se dió á un hombre: «Hijo mio, si prometiste por un amigo, clavaste tu mano en un extraño; enlazado te has en las palabras de tu boca, y cautivo estás en tus propias razones. Haz pues lo que digo, hijo mio, y líbrate á tí mismo, porque caiste en las manos de tu prójimo; discurre, apresúrate, despierta á tu amigo; no des sueño á tus ojos, y no dormiten tus pestañas; escápate de la mano, como la cabra montés, y como el pájaro de la mano del cazador.» Los que están obligados al demonio por su pecado miren con qué diligencia deben escaparse de él,

Eccli., 14.

Prov., 6.

sin perder tiempo ni ocasion. Y los que están obligados á Dios por sus infinitos beneficios, y palabra que le han dado, miren cómo le deban satisfacer, aprovechándose de todas ocasiones. Apresúrense, como dice el Sabio; no sean tibios y tardos, no den sueño á sus ojos, ni peguen sus pestañas, por escaparse del infierno y del cautiverio de Satanás, sin perder punto ni ocasion. Lástima es que se nos pase la vida en cosas de la tierra, sin buscar las del cielo, siendo ella tan corta y tan breve, para merecer lo que es tan largo y extendido para gozar, como la eternidad. Con razon nos amonesta el Apóstol: «Esto os digo, hermanos mios; el tiempo es breve, lo que resta es que los que tienen mujeres estén como si no las tuviesen, y los que lloran sean como los que no llorasen, y los que gozan como si no gozasen, y los que compran como si no poseyesen, los que usan de este mundo como si no lo usasen, porque se pasa la figura de este mundo.» Considerando el Apóstol tanta brevedad del tiempo, quiere que estemos tan metidos en las cosas de nuestra salvacion y de la otra vida que en las de este mundo estemos muy superficialmente, y enajenados de todas ellas, estando en ellas, y usándolas como si no las usásemos.

Miremos que si se nos pasa la ocasion del tiempo de esta breve vida, aun la esperanza de remedio nos ha de faltar en la otra. No carece de enseñanza la que fingió la antigüedad, que Júpiter dió á uno un vaso lleno de los bienes, el cual muy contento con tanta grandeza de don, que contenia cuanto se podia desear, deseó gozarle luego; y habiendo de gozar de los bienes en su sazon y tiempo, y no todos juntos, y á bulto, abrió con imprudencia el vaso, para verlos y gozarlos á un mismo tiempo; pero apenas le hubo descubierto, cuando todos se volaron por el aire, y desaparecieron, y por mucha prisa que se dió á cerrarle ya se le habian escapado todos; solo le quedó la esperanza. Bien diferente es en esto la ocasion de nuestra salvacion, que aunque está llena de bienes, en pasándose ni aun la esperanza deja, sino en lugar de ella viene el arrepentimiento y pesar eterno, y mas siendo por culpa. Cuando el rey Joas hirió la tierra tres veces, y el profeta Eliseo le dijo que si la hubiera herido seis ó siete veces, como la hirió tres, acabaria con toda Siria, ¿qué pesar tendria de no haberlo hecho, aunque no tuvo en ello culpa? Porque bastaba para su dolor haber tenido ocasion de aquella dicha, y no haberla logrado, aunque sin culpa propia; pero los condenados miserables, cuando por culpa suya vean que se les haya pasado la ocasion de bienes tan grandes como son los del cielo, y que están sin esperanza de ello, no es creible el sentimiento que por esto tendrán.

## CAPITULO XV.

**Qué es el tiempo, segun Platon y Plinio, y cuan engañoso sea todo lo temporal.**

Para que entendamos mas la pequeñez y vileza de todo lo temporal, no quiero pasar en silencio la descripcion que dió del tiempo Plotino, insigne filósofo de los platónicos, el cual dijo que el tiempo es una imágen ó sombra de la eternidad, lo cual es conforme á la sagrada Escritura, porque fuera de David, que dijo que el hombre se pasaba en imágen, esto es, en tiempo, define al Sabio al tiempo, diciendo: « Nuestro tiempo es paso de una sombra: » la cual no es otra cosa sino una imágen imperfecta, movediza y vana, de una cosa consistente y sólida. Job tambien dijo: « Como la sombra son nuestros dias sobre la tierra. » Y el profeta David: « Mis dias descaecieron como sombra. » Y en otras muchas partes de la Escritura se usa de la misma comparacion para significar la velocidad del tiempo y vanidad de nuestra vida: ni es sin misterio repetirse tantas veces una misma comparacion en las sagradas letras; y verdaderamente pocas comparaciones habrá mas proporcionadas para conocer lo que es eternidad y tiempo que la de una estatua ó sombra, porque así como estándose queda é inmoble la estatua, sin crecer ni menguar, se está su sombra moviendo continuamente, siendo ya mayor, ya menor, así tambien, correspondiendo tiempo y eternidad, la eternidad siempre está inmoble, firme y fija, sin recibir mas ni menos; pero el tiempo siempre se está moviendo y mudando: y como la sombra á la mañana es grande, al medio dia menor, y á la tarde torna á crecer, sin haber momento en que no se mude, mueva, ni altere, ya á un lado, ya á otro, de la misma manera la vida no tiene punto fijo, sino siempre anda con perpetuas mudanzas, y en la mayor prosperidad suele ser mas corta. Aman, el mismo dia que pensaba sentarse á la mesa con el rey Asuero, por el cual habia sido ensalzado sobre todos los príncipes del reino, fué ignominiosamente ahorcado. Holofernes cuando pensaba tener el mejor dia de su vida, fué miserablemente degollado. El rey Baltasar en el dia mas célebre que tuvo en todo el tiempo que reinó, en el cual hizo ostentacion de la grandeza de sus riquezas y regalos, fué muerto de los persas. Herodes cuando mostró mas su majestad, para lo cual se vistió de brocado riquísimo de oro, y fué aclamado casi por dios, fué herido mortalmente. No hay cosa constante en la vida; la luna cada mes tiene sus mudanzas, pero el tiempo de la vida del hombre las tiene cada dia y cada hora; ya está uno enfermo, ya sano, ya triste, ya colérico, ya airado, ya temeroso. Con razon comparó Sinesio la vida al Euripo, que es un estrecho mar, que siete veces cada dia crece y mengua; porque el mas constante hombre del

Sap., 2.

Job, 10.

Psal., 101.

Sin., Hymn. 6.

mundo, que es justo, cae cada dia siete veces. La sombra por donde pasa no deja rastro de sí, y en acabando la vida quedan los mayores hombres del mundo como si no hubieran nacido, ni vivido en él. ¡Cuantos emperadores precedieron en la monarquía de los asirios, tan señores del mundo como Alejandro, y ya ni sus huesos se sabe dónde están, ni sus nombres no se conocen! ¿Del mismo Alejandro Magno qué tenemos sino el retintin de su fama vana? Pet. Alph. et Rik. de Nov., art. 14. Díganoslo aquella congregacion de filósofos, que se juntaron en su sepulcro. Uno dijo: Ayer no bastó á Alejandro toda la redondez de la tierra, ahora le sobran solo dos varas de tierra. Otro se admiró diciendo: Ayer pudo librar Alejandro de la muerte á numerosos pueblos, ahora no puede ni á sí mismo. Otro exclamó: Ayer oprimió Alejandro á toda la tierra, ahora le oprime á él la tierra, y no hay en ella ya huella por donde pasó.

Demás de esto, ¿qué diferencia va de una estatua de mármil ú de oro á su sombra? Aquella es de una sustancia muy preciosa y sólida; esta no tiene ser, ni cuerpo, ni consistencia. Así tambien la vida eterna es preciosísima y de gran momento: mas la temporal es vana y miserable, sin tener sustancia en cuantos bienes tiene. La sombra no tiene mas ser que ser privacion de la calidad mas buena que hay en la naturaleza, y de la cosa mas hermosa del mundo, que es la luz del sol, de la cual está privada para nunca lo ver. Así tambien esta vida, sin sustancia ni ser, es privacion de grandes bienes: por lo cual dijo Job que sus dias huyeron, y no vieron de sus ojos el bien. Esto Job, 9. dijo aquel que fué rey, y gozó de grandes riquezas, tuvo muchos criados, y numerosa familia, y todo lo que podia el gusto desear: con todo eso dice que en su vida no vió al bien, lo cual pudo decir con mucha verdad, porque todos los bienes de esta vida no se han de calificar por tales; y aunque lo fueran, duraran tan poco sus gustos que se puede decir que ni aun los vemos, y aunque duren, teniendo fin, no son mas que si no hubiesen sido, como lo confesó aquel caballero llamado Hist. de Santo Dom. Rolando, que despues de haber entrado en una gran fiesta con grandes galas y bizarría, y regocijo de todos, cuando llegó á la noche exclamó amargamente, diciendo: ¿Dónde está la fiesta que hoy hicimos? ¿Dónde está la gloria de todo el dia? Como este dia se pasó sin dejar rastro de sí, así se pasarán los demás, y así será toda la vida, sin dejar nada de sí sino un eterno pesar. Esta consideracion le bastó solo para mudar á otro dia de vida, y entrarse en religion.

Y como en la sombra no hay luz, sino oscuridad, así esta vida está llena de tinieblas y engaños. Por lo cual dijo Zacarías que estaban los hombres sentados en tinieblas y en la sombra de la muerte. Muy engañados vivimos, pues siendo esta vida breve nos parece larga, y siendo miserable estamos contentos con ella, y siendo nada nos parece todo, pues no hay trabajo á que no se pongan los hombres por su causa, aun á peligro de perder la eternidad. Esto sin duda es lo peor que tiene la vida temporal, pintándonos muy hermosos sus bienes, para perdernos con ellos, no teniendo en sí sustancia. Por lo cual dijo Esquilo no solo que

era sombra de la vida, sino sombra del humo, que ciega y tizna, y es cosa tan inconstante y vana, lo cual es tambien conforme á lo que dijo David, que sus dias se desvanecieron como humo, y declinaron como sombra, juntando en uno la sombra y el humo, dos cosas las mas vanas del mundo. Aun Píndaro lo exageró mas, añadiendo que era no sombra, sino sueño de sombra: ¿y qué es sino soñar pensar que esta vida es larga, y esperar prosperidad en ella? Este es el mayor engaño de los hombres, y gran causa de los demás, no acabarse de persuadir lo que es la vida, y su grande brevedad: porque á la manera que la sombra no es nada menos que la estatua cuya sombra es, pero parécese á la estatua, y es figura suya; así tambien, aunque no es nada menos esta vida que la eternidad, nos parece ser eterna, como á la verdad sea brevísima. Esta es un engaño muy perjudicial y costoso, porque si la vida pareciese lo que es, y no nos mintiese, no nos fiaríamos de ella, ni estimaríamos bien alguno de lo que nos promete, pues son tan engañosos é inciertos; pero como es imágen y sombra, no son todas sus cosas sino fingimiento y disimulo, que prometiéndonos bienaventuranza, está toda llena de miserias, aunque no las conocemos. ¡Qué contenta va la doncella á casarse, y cuan en breve llora su estado! ¡Qué gustoso toma el ambicioso el oficio que le ha de ser seminario de mil pesares! ¡Qué alegría dan las riquezas, que han de ser ocasion de muerte á su posesor! Engaño es todo, disimulacion, falsedad y daño, pero como frenéticos no sentimos nuestro daño. ¿A cuantas enfermedades del cuerpo está expuesto el hombre? ¿De cuantas imaginaciones es afligido y engañado? ¿Con cuantos trabajos lucha? ¿De cuantas imaginaciones es atormentado de sí mismo? ¿Cuantos peligros de alma y cuerpo corre? ¿Cuantas sinrazones verá? ¿Cuantas injurias padece? ¿Cuantas necesidades y aflicciones? Tal es toda la vida que le pareció á san Bernardo poco menos mala que la del infierno, si no fuera por la esperanza que tenemos de otra mejor en el cielo; la infancia está llena de ignorancia y de temores; la juventud de pecados; la vejez de dolores, y toda edad de peligros; no hay quien esté contento con su estado, sino quien quiere morir en vida: de suerte que no puede ser la vida buena, sino cuando mas se pareciere á la muerte. Finalmente, así como la sombra de tal suerte es imágen, que tiene todas las cosas al revés, porque quien se pusiere entre la estatua y su sombra echará de ver que lo que está á mano derecha de la estatua lo representa la sombra á la izquierda, y lo que está á mano izquierda lo tiene ella á mano derecha, así el tiempo de tal manera es imágen de la eternidad que tiene todas sus propiedades al reves. La eternidad no tiene fin, pero la vida y el tiempo le tienen. La eternidad no es mudable, pero no hay cosa mas mudable que el tiempo. La eternidad no tiene comparacion, por su infinita grandeza, pero la vida y todos sus bienes son tan cortos y pequeños que se alcanzan de la tierra, que es un punto.

# LIBRO SEGUNDO.

## CAPITULO I.

### Del fin de la vida.

### § I.

Consideremos ahora cuan contrarias condiciones á las de la eternidad se hallan en nuestra vida miserable; y empezando por la primera de tener fin y límite, hay en esto dos cosas que considerar: una es el fin, otra el modo de él, una haber de acabarse, otra la manera de acabarse, que aun es por ventura mas miseria que el mismo acabarse: porque verdaderamente, aunque el fin de la vida pudiera caer debajo de eleccion humana, y le dieran á uno á escoger los años que quisiese estar en esta vida, y el modo de salir de ella, aunque no fuese por medio de la muerte, y de las enfermedades, el solo haber de acabarse estas cosas temporales bastaba para que se despreciasen, y echaria la consideracion de su fin un jarro de agua en todos sus gustos; porque así como las cosas, por su mayor ó menor duracion, tienen mayor ó menor estima, así la vida, por haberse de acabar, fuese de cualquier manera que fuese, se hace muy desestimable. Un hermoso vaso de cristal, si fuese tan constante y de dura como el oro, fuera mas precioso que el mismo oro; pero por ser frágil y quebradizo pierde su estimacion, aunque pueda ser que dure mucho tiempo, porque solo el poder no durar, quebrándose por algun descuido, le vuelve de menos valor. Así tambien nuestra vida, y con mayor razon, porque la suma fragilidad que tiene es mucho mayor que la del vidrio, pudiendo acabarse por mil accidentes que suceden, y aunque no le sucediera ninguno, porque no puede durar mucho, pues se consume por sí misma, se hace despreciable con todos sus bienes temporales; pero considerando el modo de acabarse por medio de la muerte, enfermedades y desgracias, que llaman el camino á la muerte, y la anteceden, es para espantar que hombre que haya de morir haga aprecio de ninguna felicidad temporal, viendo la miseria á que va á dar toda la prosperidad del mundo, y la majestad de los mayores monarcas. ¿En qué vino á parar el rey Antíoco, señor de tantas provincias? En una melancolía inconsolable y mortal, en un pervigilio que le sacaba de juicio, sin poder dormir de dia ni de noche; en un dolor de las entrañas que se las hacia echar, en un quebrantamiento de huesos que no podia menearse; y aquel que parecia que tenia imperio

1. Mac., 6. 2. Mac.,9.

sobre las ondas del mar, y que colgaban de su mano los montes mas empinados de la tierra, y que se levantaba su majestad sobre toda humana potencia, no podia tenerse en su estado, ni dar un paso. Aquel que vestia ricas sedas, y delicadísimas holandas, y traia sus vestidos mas olorosos que los mas preciosos aromas, echaba de sí tal olor que nadie podia parar en su presencia de hediondez y asco; y estando aun vivo, le hervian por todo el cuerpo asquerosos gusanos, y las carnes se le caian, y sobre todo estaba despechado y rabioso. Considere uno á Antíoco, cuando estaba resplandeciendo mas que el oro, cargado de riquezas y galas, en un generoso caballo, haciendo temblar la tierra, y mandando á numerosos ejércitos, y despues cuando estaba en su lecho, exhausto, pálido, sin fuerzas, hediondo, manando podre y gusanos, huyendo de él las gentes, porque el pestilencial hedor que echaba de sí contaminaba á todos los reales de su ejército; y finalmente, considéresele morir rabiando. ¿Quién viendo este fin tuviera envidia á sus principios? ¿Quién viendo esta muerte quisiera la felicidad de la vida? ¿Quién con carga de tal miseria quisiera su fortuna? Miren en qué paran los bienes de la vida: porque como las claras aguas del Jordan van á parar al cieno pestilencial del mar Muerto, y se hunden en aquel asqueroso betun, así tambien el mayor resplandor de esta vida va á parar á la muerte, y al asco de las enfermedades que la suelen acompañar. Miren en qué cieno y suciedad pararon los dos Herodes, Ascalonita y Agripa, reyes tan poderosos. Este, que vestia brocado, y ostentaba mayor majestad que de hombre mortal, vino á parar á poder de los gusanos, que vivo se le comian las carnes, todas corrompidas y apostemadas, manando horrible podre y materia. Pues la majestad del Ascalonita, ¿á qué llegó? A ser consumido de piojos, acabándole á bocados estas sabandijas asquerosas. Aquel rey Acab, vencedor del rey de Siria, y de otros treinta y dos reyes, ¿cómo vino á fenecer su reino? Atravesado el estómago y pulmon con una saeta descaminada, teñido todo el carro real de su negra sangre, para mantenimiento de perros, que la lamieron como si fuera de fiera. Ni la fortuna de su hijo el rey Joram fué de mejor condicion, pues atravesada la espalda y corazon acabó, y á él le comieron las aves y los perros, faltándole aun siete palmos de tierra para sepultura al que en vida era señor de tanta. Pues á César, ¿quién le conociera triunfando del pueblo, triunfador del mundo, y despues agonizando, todo ensangrentado, con veinte y tres fuentes de sangre que corrian por su cuerpo, las cuales abrieron otras tantas puñaladas? ¿Y quién creyera que era un mismo Ciro el que sujetó al imperio medo, asirio y caldeo, el que por treinta años de victorias admiró al mundo, rindiendo grandes reyes y capitanes, y el que fué rendido y muerto ignominiosamente de una mujer? Pues para parar en esta afrenta gastó treinta años de honras. ¿Quién creyera que era un mismo Alejandro el que con la espada en la mano sujetó á los persas, á los indios, al mundo; y el que despues de sola una calentura no se podia tener en su estado, flaco, débil, exhausto, lleno

Act., 12. Joseph.

4. Reg., 9.

Plut., in ejus vita.

de palidez y quebranto, ardiendo de sed, sin gusto en la comida, y sin ninguno de la vida, quebrados los ojos, afilada la nariz, levantado el pecho, sin poder pronunciar palabra? Asombro es cómo consumió á la mayor potencia y fortuna del mundo el calor de una sola fiebre: asombro es cómo se hunde toda la prosperidad temporal con solo un humor desconcertado.

Asombro es cuan grande monstruo es la vida humana, pues tiene tan desproporcionados extremos. La felicidad incierta de toda la vida pára en una cierta miseria. Grande monstruo fuera si uno tuviera un brazo de hombre, y otro de elefante, el un pié de caballo, y el otro de oso; pues no tiene la vida mas proporcionadas sus partes. ¿Quién hay que quisiera casarse con una mujer de lindo talle y cuerpo, pero con la cabeza de un dragon monstruosísimo y hediondo? Por cierto que aunque trajera grande dote, ninguno la apeteciera. ¿Pues para qué nos cansamos con esta vida, aunque parezca que nos trae muchos bienes, pues no es menor monstruo porque tenga hermoso cuerpo, si su fin es horrible y lastimoso? Bien dijo un filósofo que el fin era la cabeza de las cosas: y la verdad es que así como los hombres se conocen por el rostro, así tambien debemos conocer las cosas por sus fines: por lo cual quien quisiere conocer la vida mire su fin. ¿Qué fin de la vida hay que no sea miseria? Y así toda la vida debe tenerse por miserable. No se engañe nadie con el vigor de la salud, con la abundancia de las riquezas, con el resplandor de la autoridad, con la grandeza de la fortuna; porque cuanto mas dichoso fuere tanto será mas miserable, parando toda su dicha en miseria. Así Agesilao, oyendo alabar por muy dichoso al rey de Persia, corrigió á los que le alababan, diciendo: Detenéos, que tambien el rey Priamo, cuyo fin fué tan lastimoso, cuando era de la edad del rey de Persia no era desdichado; dando á entender cómo los mas dichosos no se habian de envidiar, por el fin incierto que los espera. ¡Cuantos son los que parecen dichosísimos en este mundo! pero en breve tiempo dirá la muerte cual puede ser la felicidad de esta vida. Por esto Epaminondas, cuando le preguntaron cual era mas valiente capitan, él, ó Cabrias, ó Isicrates, respondió que mientras vivian no se podia saber eso, que el último dia de la vida de cada uno diria la sentencia de ello. Nadie se engañe, viendo la prosperidad de un rico, ni mida su felicidad por lo que ve de presente, sino por aquello en que vendrá á parar, no por los grandes palacios, no por la multitud de criados, no por la gala de los vestidos, no por el lustre de su dignidad, sino atienda en que vendrá á fenecer todo aquello que mas admira, porque á bien librar vendrá á parar en una cama, donde todo podrido y deshecho luche con las ansias de la muerte; esto es á mejor librar: porque, ó el enemigo á puñaladas, ó una fiera á bocados, ó una teja que arrojó el viento, ó un rayo del cielo, podrá acabar con todo cuando menos se piensa. Esto dicta la razon, aunque no hubiera experiencia de ello; pero vemos el testimonio que cada dia dan los que están ya en las puertas de la muerte; porque esta vida nadie la conoce ni mira mejor que quien la tiene vueltas las espaldas. Estando Magon, ínclito capitan de los cartagineses, y hermano de Anibal, herido mortalmente,

Plut., In Aphor Græc.

confesóle esta verdad á su hermano, diciéndole: ¡O cual es el fin de la fortuna y de la vida! ¡Cuan gran locura es holgarse del puesto levantado! El estado de los poderosos está sujeto á innumerables borrascas, cuyo remate es irse á pique y hundirse. ¡O cuan tembladiza es la cumbre de las grandes honras! La esperanza de los hombres es falsa y vana toda su gloria, afectada con fingidas caricias. ¡O vida incierta, debida á un perpetuo trabajo! ¿Qué me aprovecha ahora haber puesto fuego á los mas altos edificios y alcázares, destruido las ciudades, y turbado á los hombres? ¿Qué me aprovecha, hermano mio, haber levantado palacios tan costosos, tan altos y dorados, de precioso márfil, pues muero ahora en el campo á vista del cielo? ¡Cuantas cosas tienes pensamiento de hacer, no sabiendo qué fin tan amargo han de tener! Vesme aquí que muero, y sábete que presto me seguirás.

## § II.

Pero no miremos todos los géneros de muertes que hay, sino la que se tiene por muerte mas dichosa, que es cuando no por violencia ni repentinamente muere uno, sino despacio, con alguna enfermedad, que naturalmente le acaba. ¿Qué mayor miseria de la vida, que llegue á ser dicha cosa tan miserable, solo porque es menor miseria? Pero en sí no lo deja de ser muy grande; porque ¿qué angustias y congojas no pasa quien de esta manera muere? ¡Cuanto le afligen los accidentes de la enfermedad, el calor de la calentura, que le abrasa las entrañas; la sed de la boca, que no le deja hablar; el dolor de cabeza, que le impide el atender; las congojas del corazon, que le melancolizan de muerte; y otros graves accidentes, que suelen ser mas que tiene el cuerpo humano miembros! Sobre ellos vienen los remedios, que no son menos penosos que los mismos males. Allégase á esto el cuidado de lo que deja y mas bien quiere; y sobre todo no sabe donde ha de ir á parar, si al cielo ó al infierno. Si sola la memoria de la muerte se dice amarga, ¿qué será su experiencia? A Saul, con ser hombre de grande ánimo, porque le dijeron que habia de morir á otro dia, se cayó de espanto medio muerto en tierra. Porque ¿qué nuevas mas terribles para un pecador que decirle que ha de morir, habiendo de dejar todos sus gustos con la muerte, y de dar cuenta de su vida á Dios? Si se echasen suertes sobre uno, si le habian de atenacear y matarle, ó levantarle por rey, ¿con qué sobresalto estaria esperando lo que saliese? ¿Cómo estará uno que agoniza esperando dentro de dos horas la suerte que le saldrá, de gloria ó infierno, luchando entre tanto con toda la eternidad que le aguarda? ¿Por ventura esta no es miseria? ¿Pues qué vida se puede llamar dichosa, si tiene por dicha acabar con esta miseria? Si no queremos creer esto, preguntémosle á uno que está agonizando qué le parece de la vida. Preguntémosle cuando está ya el pecho levantado, los ojos hundidos, la nariz afilada, los piés muertos, las rodillas frias, el rostro pálido, los pulsos sin movimiento, la respiracion dificultosa, con un Cristo y la

candela en las manos, diciéndole los que le ayudan á bien morir: Jesus, Jesus, encomendándole que haga actos de contricion. Este tal, ¿qué dirá que fué su vida, sino cuanto mas próspera fué que fué mas vana, y su felicidad engañosa, pues vino á tener tal remate? ¿Por cuanto dará todas las honras del mundo? Creo que no solo las diera de balde, pero que pagara mucho por no haberlas tenido, si le dieron ocasion de desagradar á Dios. Todas las trocara por haber hecho una confesion bien hecha. El ser monarca de las Españas, y señor de tantos reinos en las cuatro partes de él, dijo Felipe III que lo trocara por las llaves de la portería de una humilde religion. Lo que quisiera uno entonces haber sido, y no podrá ya serlo, séalo ahora, pues puede. ¡Gran luz de desengaños es la muerte! Mira lo que entonces quisieras haber hecho, y no podrás, para que ahora que puedes lo hagas. Necio serás si cuando puedes no quieres lo que querrás cuando no puedas. Si hubiera uno tenido hasta la hora de la muerte los mayores gustos del mundo, ¿qué tendrá entonces de ellos? Nada, cuando mucho gran pesar. ¿Qué tendrá uno de las penitencias y trabajos que llevó por Cristo, aunque hubiese padecido mas que todos los mártires? Por cierto que entonces ningun dolor ni pena sentirá, sino mucho consuelo. Juzga pues cual te estará peor hacer ahora, por lo que entonces juzgaras mejor haber hecho. Mira cuan poca sustancia tendrán las cosas temporales, cuando te veas á vista de las eternas. Las honras que te hicieron ya no las tendrás; los deleites que gustaste ni aun los podrás tener; las riquezas ha de tener otro. Mira cual es la dicha del mundo, si es digna que dejemos por ella, siendo menos larga que la vida, la felicidad eterna.

Ruégote que consideres qué es vida y qué es muerte. Vida es el pasar de una sombra; es breve, trabajosa y peligrosa; es un plazo que Dios nos da en tiempo para merecer la eternidad. Ponte á considerar para qué trazó Dios el rodeo de esta vida, pudiéndonos poner en un momento y del primer golpe en el cielo. ¿Fué por ventura para que perdieras tiempo, viviendo en este mundo como bestia, dándote á los gustos vilísimos del sentido, inventando quimeras de honras vanas? No fué sino para que obrando virtud alcanzases por merecimiento el cielo, y mostrases lo que debes á tu Criador, para que en medio de penalidades y trabajos descubrieses cuan fiel le eras. Para eso te puso en estacada, para que hicieses sus partes y defendieses su honra; para eso te puso en esta milicia y guerra, porque, como dice Job, milicia es la vida del hombre sobre la tierra, para que peleases por tu Dios, y en medio de enemigos se experimentase cuan leal le eras. ¿Seria bueno que en tiempo de la batalla estuviese un soldado desarmado y entretenido, jugando á los dados? ¿Y qué risa causara un gladiator romano, si entrando en el lugar del combate se asentara en la arena y arrojara las armas? Esto hace quien busca en esta vida descanso, y las cosas de la tierra, no procurando las del cielo, ni mirando la muerte, donde ha de parar. Peregrinacion es esta vida: ¿y qué pasajero hay que se divierta tanto en el camino que se olvide para donde hace jornada? ¿Cómo te olvidas tú de la muerte, adonde con gran priesa caminas, aunque mas te quieras parar, porque

el tiempo te llevará allá, aunque no quieras? El camino de esta vida no es como el de los peregrinos voluntario, sino necesario, como los condenados á la horca cuando salen desde la cárcel á la plaza. A la muerte estás condenado, y para ella caminas: ¿cómo te ries? Un malhechor, despues que le dan sentencia de muerte, le causa tan gran sobresalto que no puede ya reirse, sino pensar en la muerte. Todos estamos ya condenados á morir; ¿cómo podemos alegrarnos en las cosas que hemos de dejar presto? ¿Quién sacándole á la horca se alegraria con una florecita que le diesen, ó se fuese recreando en la misma soga? Pues si desde el mismo punto que sale el hombre del vientre de su madre camina como condenado á la muerte, y no sabe si pasará de allí al infierno, por lo menos puede pasar, ¿cómo se puede holgar con una flor del gusto de su apetito, ó por mejor decir con un poco de heno? Porque, segun el profeta, no es mas la gloria de la carne que un poco de heno, que luego se seca. ¿Cómo se recrea en las riquezas, que tantas veces son á los hombres causa de la muerte? ¿Cómo no miramos esto, y conocemos la vanidad de todo lo que hacemos en la vida, si no es el aparejarnos para la muerte? Pero en ella lo veremos cuando no haya otro remedio, y nos dejen los bienes de la vida por necesidad, ya que no los quisimos dejar con merecimiento.

La muerte es una privacion general de todos los bienes temporales, un despojo tan riguroso de todas las cosas que aun despoja al cuerpo del alma: ¿qué sentimiento tiene uno á quien han hurtado sus tesoros, ó confiscan toda su hacienda? Esto hace la muerte (por eso se compara al ladron), la cual fuera de quitar la hacienda quita el alma y la vida. Pues lo has de dejar todo, ¿para qué andas cargado y reventando en vano? ¿Qué mercader hay que si supiese que en llegando al puerto se habia de hundir el navío que cargase de mucha mercadería? En llegando á la muerte se ha de hundir para tí todo; ¿para qué cargas de lo que no has menester para salvarte, y antes ha de ser de impedimento? ¿Cuantos en una gran tempestad, por no echar su hacienda al mar, ha tragado el mar á ellos y á su hacienda? ¿Cuantos por tener muchos bienes temporales se han perdido en la hora de la muerte por no haberlos echado al mar, que aun cuando los bienes los dejan ellos no los quieren dejar, pensando mas en ellos que en la salvacion de su alma con grandes congojas por dejarlos? Porque, como dice san Gregorio, « nunca se pierde sin dolor lo que con amor se posee. » Escribe Humberto de un hombre muy rico, que estando ya para morir hizo traer sus vajillas y tesoro de plata y oro, y hablando con su ánima la decia: Anima mia, todo esto te prometo, y que lo gozarás, si no dejas mi cuerpo, y mayores cosas; te daré muchas heredades y suntuosas casas, con condicion que te quedes conmigo. Pero como le apretase mas la enfermedad, dijo con gran rabia: Pues no quieres hacer lo que te pido, ni quedarte conmigo, encomiéndote al diablo. Con estas palabras espiró luego miserablemente. En esta historia se puede echar de ver la vanidad de las cosas temporales, y el daño que hacen á quien las posee con demasiado afecto. ¿Qué mayor vanidad que no ser útiles en el trance de mayor necesidad é im-

portancia? ¿Y qué mayor daño que cuando no pueden ser de provecho al cuerpo son de daño al alma? Bastaba lo que impiden la salvacion, cuando se tiene en ellas puesta la aficion, para que las aborreciésemos, y no solo las despreciásemos. Roberto de Licio escribe que estando él amonestando á un enfermo para que se confesase y cuidase de su alma, los criados y domésticos andaban muy solícitos por la casa, cogiendo cada uno lo que podia, y el enfermo, que lo estaba viendo, y atendia mas á lo que le hurtaban que á lo que le decian de su salvacion, daba suspiros y voces, diciendo: ¡Ay de mí, ay de mí, que he trabajado tanto por adquirir riquezas, y ahora que quiera ó no quiera las tengo de dejar, y me las arrebatan! ¡O riquezas mias! ¡O dineros mios! ¡O joyas mias! ¿Quién os ha de poseer? Y entre estas voces murió, sin hacer mas caso de su alma que si fuera un moro. Escribe tambien Vincencio Velvacense de uno que habiendo prestado cuatro libras de moneda, con condicion que de allí á cuatro años le habian de volver doce, llegó cuando estaba para morir un sacerdote, que le exhortaba á que se confesase, pero no pudo sacar del enfermo otras palabras sino estas: Fulano me ha de pagar doce por cuatro. Repitiendo esto murió luego. Escribe tambien san Bernardino que estando persuadiendo el confesor á un rico que se confesase, él no le decia otra cosa, sino preguntarle: ¿A cómo pasa ya la lana? ¿Cuanto vale ahora? Y como el sacerdote le dijese: Señor, por amor de Dios que deje eso, y mire por su alma; el enfermo proseguia en informarse de lo que pasaba en cosas de donde podia esperar ganancia, y decia: Padre, ¿cuando vendrán las naves? ¿Han venido ya? Porque estaba tan metido en las cosas temporales, y en sus ganancias, que ni podia hablar ni pensar otra cosa; pero instándole mas el confesor á que mirase por sí, y se confesase, lo mas que pudo sacar de él fué decirle: No puedo. De esta manera murió sin confesion.

Este es el pago que suelen dar los bienes de la tierra á los que mas los aman, que cuando no se dejan ó pierden antes de la muerte siempre dejan á sus amadores, y muchas veces les pierden. ¡O locos hijos de Adan! Se nos da esta breve vida para adquirir los bienes del cielo, que han de durar eternamente, y la gastamos en buscar los de la tierra, que han de perecer luego. ¿Porqué perdemos tiempo en lo temporal, y no logramos con el empleo de breve tiempo una eternidad, donde no hemos de tener mas de lo que hubiéremos merecido en esta vida, la cual se nos da solo para granjear gloria por toda una eternidad? ¿Cómo no haces nada de esto, y solo te ocupas en las cosas temporales, que luego has de dejar, y negocios de este mundo, de donde luego has de salir, y entrar en nueva region de lo eterno? Menos serian mil años respeto de la eternidad que un cuarto de hora respeto de sesenta años. ¿Porqué nos descuidamos, en tan breve tiempo que se puede vivir, de adquirir lo que ha de durar por los siglos de los siglos? La muerte es un momento entre el tiempo y la eternidad, para que en ella se tenga en tiempo negociada la eternidad. No nos descuidemos en esto, acordémonos cuanto importa morir bien, y que nos hemos de morir, para que viviendo bien muramos bien.

## § III.

Demás de esto, aunque muera uno lo mas dichosamente del mundo, basta ver su cuerpo muerto, en saliendo el alma de él, cuan feo y espantable queda el miserable cadáver, que aun los mas amigos huyen de su presencia, y no se atreven á estar solos con él una noche. Los mas parientes y obligados luego le procuran echar de casa con sola una vil mortaja, y metido en la sepultura á dos dias se olvidan de él; y el que no cabia en grandes palacios cabe en aposento tan estrecho como son siete piés de tierra. El que se acostaba en camas regaladas y ricas tendrá por cama el duro suelo, y, como dice Isaías, tendrá por colchones la polilla, y por cobertores los gusanos; las almohadas serán, cuando mucho, los huesos de otros muertos, y cubierto de tierra, y con una losa encima, le satisfarán, cebándose entre tanto en sus carnes los gusanos, mientras sus herederos triunfan con su hacienda. El que ejercitó las armas, y danzó en festivos saraos, estará inmóvil y frio, y sus manos sin movimiento, y todos sus sentidos sin vida. El que con su imperio y soberbia queria atropellar á todos, será pisado de todos. Considérese uno despues de ocho dias muerto cómo estará, y cuan horrendo espectáculo apareciera si le abriesen la sepultura. ¿En qué se diferenciaria de un perro muerto, lleno de gusanos en medio de un muladar? Mira pues á quién regalas, á un cuerpo que puede ser que dentro de cuatro dias sea comido de gusanos asquerosos. ¿Sobre qué fundas tantas fábricas de vanas pretensiones? Todas son torres de viento, pues se fundan en un poco de tierra, que convirtiéndose muy presto en polvo caerá todo el edificio que estaba sobre él edificado. Mira en qué pára la grandeza humana, y como no es menos miserable y asqueroso su fin que su principio. Sírvate esta consideracion para despreciar todas las cosas de la vida, como ha servido á muchos siervos de Cristo para empezarlo á ser.

Alex. Faya, tom. 2. Joan. Mayor, verbo Mors, ex. 21.

Escribe Alejandro Faya que habiéndose abierto el sepulcro en que estaba enterrado un conde muy principal, vieron los circunstantes que estaba sobre el rostro de su príncipe un sapo de extraordinaria grandeza, comiéndole la carne, y le hacian compañía gran cantidad de feos y asquerosos gusanos, y otras sabandijas, que les causaron tanto horror que dieron á huir todos. Lo cual, como viniese á noticia del hijo del mismo conde, que estaba entonces en la flor de su edad, quiso ir á ver aquel espectáculo. Cuando vió tanta podredumbre y gusanos, dijo: ¿Estos son nuestros amigos, que criamos y sustentamos con nuestros regalos? ¿A estos hacemos descansar en camas blandas, y en aposentos entapizados y pintados, y hacemos que vayan creciendo con la variedad de guisados? Mas vale que los maltratemos con el ayuno, y matemos con la penitencia, para que muriendo ellos en vida no nos persigan despues de la muerte. Con esto, dejando su gran estado, y las vanas pompas del mundo, se fué huyendo con solo un vivo deseo de ser pobre por Cristo, teniendo esto por suma bienaventuranza. Vino á Roma, donde castigó su cuerpo rigurosamente,

viviendo en el temor santo del Señor, y ejercitando oficio de carbonero, con que se sustentaba. Finalmente, viniendo un dia á Roma para vender su carbon, dióle una grave enfermedad, la cual sufrió con maravillosa paciencia, hasta que entregó en las manos del Señor su santísima alma, y al punto que espiró se tocaron por sí mismas todas las campanas de la ciudad: de lo cual, como el papa y toda la corte romana se espantasen mucho, el confesor del difunto, persona de santa vida, dió cuenta de todo lo que pasaba, y quién era el muerto, y hallándose á la sazon en Roma caballeros y soldados de la casa del príncipe, que andaban en su busca, y no hallándole vivo, llevaron su santo cuerpo muerto con grande contento á su tierra.

No causó menos efecto en el corazon del bienaventurado san Francisco de Borja, siendo marqués de Lombay, la vista de la emperatriz doña Isabel, mujer de Cárlos Quinto, cuyo cuerpo difunto llevó para enterrar á Granada. Hizo para entregarla destapar la caja de plomo en que iba, y tenia tan feo y abominable rostro que puso horror á los presentes, sin atreverse á jurar ninguno que aquella era la emperatriz. Fué tan vehemente el hedor que echaba de sí, que se retiraron los demás, por no poderle sufrir. ¿Quién no ve aquí la vanidad del mundo? ¿Qué cosa de mas respeto y estima que el cuerpo de un gran rey ó reina cuando viven, y ahora huyen de él cuantas guardas y caballeros le acompañan? Tiénese por dichosísimo quien se consiente estar cerca; háblanles de rodillas como á dioses; pero despues de muertos los desamparan, y se les atreven aun los gusanos, los sapos, y los perros. Buen testigo es de esto la reina Jezabel, cuyo cuerpo regalado en vida fué despues de muerto despedazado de los perros ignominiosamente. Pero volviendo á nuestra historia, solo se quedó el marqués allí, considerando lo que fué la emperatriz, y lo que veia; diciendo entre sí: ¿Dónde está ahora aquella hermosura de rostro, sino hecha podre y gusanos? ¿Adónde aquella majestad y gravedad de semblante, que hacia respetarse de todos, y tenerse por dichosos los pueblos que la veian? ¿Ahora ha hecho huir á sus mas obligados? ¿Dónde el imperio y cetro, sino resuelto ya en podre y asco? Esta consideracion le trocó el corazon, para despreciar todo lo temporal y buscar solo lo eterno, determinándose de no servir mas á señor que se le pudiese morir.

Esta misma memoria de la fealdad de un cuerpo muerto ha de servir para despreciar la hermosura del vivo, como aconseja san Pedro Damiano, el cual dice: « Si el enemigo astuto te pone delante la hermosura deleznable de la carne, vaya luego tu pensamiento á mirar los sepulcros de los muertos, y atienda qué se podrá hallar allí suave al tacto y deleitable á la vista. Considere que aquella ponzoña ahora hiede intolerablemente; que aquella podre engendra y apacienta gusanos; que cuanto hay allí de polvo y ceniza fué antiguamente linda carne, que en su primavera estuvo sujeta á semejantes pasiones. Considérense los nervios secos, los dientes desnudos, desbaratada la disposicion de los huesos y artejos, toda compostura de los miembros enormemente deshecha; y así el monstruo de esta figura informe y confusa sacará del corazon humano todo embeleso y encanto. » Esto es de san Pedro Damiano.

Todo esto ha de pasar por tí, á bien ser; ¿porqué no lo consideras, para enmendar tus costumbres? Este ha de ser tu fin, endereza á esto tu vida y tus acciones. De aquí nacen todos los yerros de los hombres, que se olvidan del fin de su vida, habiéndole de tener siempre delante de los ojos, para ajustarse al cumplimiento de sus obligaciones. Con razon aquellos filósofos, que llaman Bracmanes, tenian delante de las puertas de sus casas abiertos los sepulcros, para que siempre que entrasen y saliesen se acordasen de la muerte para vivir bien. En este sentido es muy verdadera la sentencia de Platon, cuando dijo que la sabiduría era la meditacion de la muerte, porque este saludable pensamiento de la muerte nos desengaña de las vanidades de la vida, y da fuerzas para mejorarla, por lo cual debian todos los cristianos acordarse de su fin. Escriben algunos autores que como un confesor no pudiese alcanzar con sus persuasiones de un penitente suyo que hiciese penitencia de sus pecados, contentóse con que le dió la palabra de hacer que un criado suyo le avisase todas las noches, al tiempo que se fuese á acostar, cómo se habia de morir, diciendo estas palabras: Piensa en que te has de morir. Habiendo pues oido este recuerdo muchas veces, y rumiándolo profundamente en la cama dentro de sí, volvió finalmente al confesor bien dispuesto para admitir cualquier penitencia. Lo mismo sucedió á otro, que despues de haber confesado con el papa casos gravísimos, y diciendo que no podia ayunar, ni traer cilicios, ni hacer otras cosas de aspereza, su Santidad, habiéndolo encomendado á Dios, le dió un anillo en que estaba escrito: *Memento mori*, « Acuérdate que te has de morir; » con cargo de que siempre que le mirase leyese las letras, y se acordase de la muerte. Dentro de pocas horas la memoria de esto le dió tales y tantas vueltas al corazon, que se ofreció á cumplir cuanto el papa le mandase. Por esto mismo parece mandó Dios al profeta Jeremías que se fuese á la casa de un alfaharero, y allí oyese sus palabras. Bien pudo enviar el Señor á su profeta para hablarle á otra mas limpia, y no tan cerca del lodo, en el cual habia muchos hombres ocupados; pero hizo esto con particular misterio, para darnos á entender que á la presencia de los sepulcros donde está el lodo de nuestra naturaleza, como en la casa del alfaharero, es muy á propósito que nos hable Dios, por oir mejor su palabra con la memoria de la muerte. Por esta causa procura el demonio hacer que nos olvidemos de ella, porque ¿qué otra causa puede ser que la sospecha sola de alguna pérdida ó daño notable suele quitar el sueño á los hombres, y que la certeza de la muerte, que es de las cosas terribles la mas terrible, no nos dé cuidado?

Joan. Brom., in Sum. ver. pœnit., num. 12.

## CAPITULO II.

### Notables condiciones del fin de la vida temporal.

### § I.

Fuera de la miseria á que viene á parar toda la felicidad del mundo, tiene otras notables condiciones el fin de nuestra vida, muy dignas de considerarse para despreciar todos sus bienes. Ahora principalmente diremos tres. La primera, ser la muerte infalible, que sin remedio haya de ser. La segunda, ser incierta, porque no se sabe cuando ni cómo haya de ser. La tercera, ser única, porque no se puede probar segunda vez á morir, para enmendar con la segunda muerte lo que salió mal de la primera. Cuanto á la certidumbre é infalibilidad de la muerte, conviene mucho que nos la persuadamos; porque así como es infalible que la otra vida no ha de tener fin, así lo es que esta le ha de tener; y como los miserables condenados están desesperados de hallar término en sus tormentos, así hemos de estar prácticamente desesperados de que los contentos de esta vida hayan de durar. No ha hecho Dios ley mas inviolable que la de la muerte, porque con haber dispensado en otras leyes, y atropellado varias veces con los fueros de la naturaleza, no ha dispensado, ni dispensará con la ley del morir, antes ha dispensado con otras leyes, porque con esta no se falte; y no solamente se ha ejecutado esta sentencia de morir en los que deben morir, pero tambien en quien no debia. En la concepcion de Cristo se rasgaron las leyes tan asentadas de la naturaleza, como son nacer los hombres de la propagacion de otros hombres, y rompiendo la integridad de las madres; pero porque esto no sucediese en Cristo, hizo Dios milagros estupendos, violando las leyes naturales, para que su Hijo naciese de madre virgen. Mas estuvo tan lejos de exceptuarle de la ley de la muerte, que no perteneciéndole á él, pues era Señor de la ley, y carecia de todo pecado, aun del original, por el cual contraimos la ley del morir, antes debiéndose á su cuerpo santísimo la inmortalidad, y los cuatro dotes de gloria, pues su alma benditísima gozaba de la vision clara de la esencia divina, con todo eso no le quiso cumplir este derecho; y hizo milagros suspendiéndole con su omnipotente brazo los dotes de gloria del cuerpo, que le habian de resultar de la gloria del alma, todo para que muriese; de manera que guarda Dios la ley de la muerte con tal rigor, que haciendo milagros, porque no se guarden las leyes de la naturaleza en otras cosas, los hace porque se guarde la de la muerte, aun en quien ni la merecia ni la debia. Y ya que el Hijo de Dios tomó sobre sí la redencion del género humano, por lo cual convenia á su grande caridad morir muerte de cruz, faltando en su santísima Madre esta razon, y con no deber ella morir por causa del pecado original,

pues careció de él, y habiéndola privilegiado en otras muchas cosas, no quiso exceptuarla en la ley inviolable del morir? Pues qué encanto es este, que con ser tan cierta la muerte no la acabamos de entender y persuadirnosla? Morir tienes; persuádete á ello; ley irrevocable es esta; sin remedio morirás; tiempo vendrá en que esos ojos con que esto lees estén quebrados y sin sentido, y esas manos que ahora meneas estarán sin movimiento ni vida, y ese cuerpo que tan ligeramente mueves á una parte y á otra ha de estar frio y yerto, y esa boca con que hablas ha de estar sin aliento ni espíritu, y esas carnes que ahora regalas han de estar deshechas y comidas de gusanos asquerosos. Infalible cosa es que ha de venir tiempo en que estés cubierto de tierra, hediondo tu cuerpo, manando asquerosos gusanos, mas horrible á los sentidos que un perro muerto, que está podrido en un muladar. Tiempo vendrá en que estarás olvidado de los hombres como si nunca hubieras sido, y te pisarán los que pasaren por encima, sin acordarse que ha nacido tal hombre. Considera esto, y persuádete á tí que has de morir como todos. Lo que ves que ha pasado por tantos cree que por tí ha de pasar. Tú, que ahora tienes miedo de los muertos, has de estar muerto. Tú, que tienes asco de ver en una sepultura abierta los huesos de otros medio podridos, has de estar todo hecho gusanos y corrompido entre siete palmos de tierra. Piensa un rato en esto, mirándote despacio, cómo estarás cuando muerto, y te servirá esta consideracion para gran desengaño de tu vida y desprecio de tus bienes.

Verdaderamente es tal la muerte, que aunque fuera solo contingente y no cierto el morir, nos habia de hacer andar muy solícitos y cuidadosos. Si Dios hubiera criado el mundo lleno de hombres, y antes que supieran qué era muerte cayera uno sin pensar malo de tabardillo, y padeciera á vista de los demás todos los accidentes de aquesta enfermedad, los calenturones que le llevaban y causaban ansias y congojas mortales, la sed que le abrasaba, la inquietud y vuelcos que daba, el frenesi que le sacaba de juicio, la flaqueza y asco de la enfermedad, y últimamente le viesen todos desfigurado agonizar con la muerte, y dando la última boqueada quedar su cuerpo pálido y frio, é inmoble, quedarian todos asombrados de aquella miseria, la cual les pareceria mayor cuando despues de tres ó cuatro dias empezaba el cadáver á oler mal y corromperse, llenándose de gusanos y hediondez: sin duda les cayera una tristeza mortal, temiendo otra suerte semejante; y aunque Dios les dijera: No quiero que mueran todos los hombres, yo me contento que mueran algunos; y no revelase cuales habian de ser, sino que lo dejase incierto, bastaba esto para que todos temblasen, y anduviesen muy despiertos y solícitos, temiendo cada uno fuese aquel á quien hubiese de caber aquella desdicha. Pues si en este caso estando incierto el morir, temblaran todos con solo que podian morir, ¿ahora que es infalible que todos hemos de morir, porqué no estamos con cuidado? Si dudosa solamente la muerte es para temblar, ¿cómo siendo cierta no nos hace temer? Y aunque dijese Dios: solo un hombre de cuantos viven en el mundo ha de morir, pero no declarase quien fuese, temerian todos.

¿Pues porqué ahora no temes tú, pues todos han de morir, y tú quizá primero que ninguno? Y si Dios lo declarase, quien habia de ser el que muriese, y viviese tan descuidado como tú vives, ¿qué dirian los demás hombres? ¡Qué espantados estarian de su descuido y temeridad, que una cosa tan terrible despreciaba! ¿Qué le dijeran? Sin duda le darian voces: Hombre, que te has de volver en polvo, ¿cómo vives así? Hombre, que has de ser comido de gusanos, ¿cómo te regalas? Hombre, que has de parecer ante el tribunal de Dios, ¿cómo no piensas en la cuenta que te han de tomar? Hombre, que te has de acabar, y contigo todas las cosas, ¿porqué haces caso de ellas? Nosotros sí, que hemos de vivir siempre, bien podemos edificar casas, y adquirir hacienda, porque no tenemos mas que esta vida, y nos ha de durar siempre. Pero tú, que estás en esta vida de paso, que la has de dejar mañana, ¿quién te mete en edificar casa? ¿Quién te mete en cuidados y solicitudes? ¿Para qué cuidas de esto temporal, que no lo has menester? Cuida de la otra vida, adonde has de ir á parar. Tú, tú que eres el que Dios ha determinado que muera, ¿porqué no lo crees? Y si lo crees, ¿porqué te ries? ¿porqué te huelgas? ¿porqué vives tan de asiento donde no le has de tener? Déjate de cuidados de la tierra, y mira adonde has de ir. Tú no habias de vivir entre nosotros, sino irte á un yermo, para disponerte para el trance terrible que te aguarda.

Hágase pues cada uno esta cuenta, y diga: Yo soy el que tengo de morir, y resolverme en polvo; este mundo no habla conmigo, y el otro se hizo para mí, y así solo de la otra vida tengo de cuidar: de paso estoy aquí, por lo cual tengo de mirar por lo eterno, donde tengo de ir á parar: cierto es que ha de venir la muerte, y arrebatarme; quiero tratar solamente de disponerme para tan duro golpe; y pues ningun hombre me ha de poder librar de él, quiero servir á aquel Señor, que solo me podrá salvar en peligro tan cierto. Bien á propósito es, para desengaño nuestro, la historia que recopiló Juan Mayor. Sirvió fidelísimamente por muchos años cierto soldado á un marques, á cuya causa le habia cobrado un amor grande. Dióle al soldado la última enfermedad: cuando su amo el marques tuvo de ella noticia, vino luego á visitarle acompañado de buenos médicos, y le preguntó de su salud, diciéndole muchas palabras de consuelo, y grandes caricias, y se le ofreció para cuanto fuese necesario para su alivio y salud, rogándole que lo pidiese todo, porque sin reparar en gasto ni trabajo se le acudiria con grande liberalidad. Y como le importunase mucho sobre que pidiese algo, el enfermo le dijo que le hiciese merced de una de tres cosas: ó que diese traza cómo se escaparia de la muerte, que ya tenia delante, ó que siquiera se le mitigasen los dolores grandes que padecia por espacio de una hora, ó que si partia de esta vida, que por una noche no mas le hiciese dar una buena posada. Respondióle el marques que esto solo á Dios pertenecia, que le pidiese cosas acá de la tierra factibles, y le acudiria de muy buena gana. De esta manera, replicó el enfermo, he perdido yo mi trabajo, y cuantos servicios os he hecho en el discurso de mi vida han sido en balde y de poco fruto. Y volviéndose á

Joan. Mayor, et Alex. Faya, tom. 2.

los que se hallaron presentes, les dijo con grande sentimiento y lágrimas en sus ojos: Hermanos, atended cuan vanamente he gastado el tiempo, siendo él una joya tan preciosa, en servir á este amo, obedeciendo á sus mandatos con tanto cuidado, y con tan grandes peligros de mi alma, que es el mayor dolor que en este punto siente mi corazon; mirad cuan poco es su poder, pues por espacio de una hora sola no tiene poder para valerme en tantas angustias y penas. Por tanto, amonéstoos, hermanos, que abrais los ojos con tiempo, y mi yerro os sea escarmiento, para que os guardeis de un peligro tan notable, y procureis en este mundo servir á un Señor tal, que no solo os pueda librar de estas presentes angustias, y guardar de los males futuros, sino que tambien sea poderoso para coronaros de gloria en la otra vida. Y si el Señor fuese servido, por medio de vuestras oraciones, de darme salud, yo prometo de no ocuparme mas en servicio de un amo tan flaco y pobre para remunerar sus servicios, sino que mi total empleo y esfuerzo ha de servir á quien es poderoso para ampararme á mí y al mundo universo con su divina virtud. Con este grande arrepentimiento murió, dejándonos ejemplo de cuan con tiempo habemos de procurar aprovechar el que Dios nos da para merecer los premios eternos.

## § II.

Vengamos ahora á la incertidumbre que tiene la muerte cuanto á las circunstancias; porque cuanto es cierto que hemos de morir, tanto es incierto el modo con que hemos de morir. No hay cosa tan sabida como que vendrá sobre todos la muerte; y no hay cosa menos entendida que cuando y cómo ha de venir. ¿Quién sabe si ha de morir viejo, ó mozo, si de enfermedad, ú de un rayo, si de pesadumbre, ó á puñaladas, si de repente, ú despacio, si en poblado, ó en desierto, si de aquí á un año, ó el dia de hoy? Siempre tiene la muerte abierta la puerta, siempre está este enemigo en celada, y cuando menos se piensa nos salteará. No sé cómo hay hombre que se descuide en prevenirse para este peligro que siempre amenaza. Miremos como se guardan las cosas temporales, aun cuando no corren riesgo. A las ovejas guardan siempre los pastores, prevenidos con perros veladores, aunque no crean que haya de venir el lobo, solo porque puede venir. Las ciudades muradas se guardan con fuertes presidios aun en tiempo de paz, cuando no se teme enemigo, solo porque en algun tiempo vino, y podria venir; pero ¿cuando hay seguridad de la muerte? ¿Cuando podremos decir: Ahora no vendrá? ¿Pues cómo no nos prevenimos para peligro tan peligroso? En las ciudades de frontera siempre hay centinelas que velan toda la noche, aun cuando no parece contrario, ni se teme asalto; ¿porqué no estamos siempre velando, pues nunca nos podemos asegurar que no nos salteará la muerte? Si uno sospechara que habian de venir ladrones á su casa, velara toda la noche, porque en ninguna hora de ella le cogieran durmiendo. Pues no siendo sospecha, sino evidencia, que has de morir, y no sabes cuando, ¿porqué no velas siempre? Mira cuanto va de la hacienda á tu

ánima, de las riquezas temporales á las eternas, que perderás, si la muerte te coge descuidado. En continuo peligro estamos, y así debemos estar en continua vela. Bueno es tener siempre hechas las cuentas con Dios, pues no sabemos si nos llamará tan apriesa que nos dé lugar de hacerlo. Bueno es jugar á lo seguro, y estar siempre en gracia de Dios, pues si no lo estamos está pendiente nuestra eterna condenacion de un hilo. ¿Quién quisiera estar en este peligro, que estuviese colgado de un bramante en tal parte que en quebrándose habia de dar en un profundo despeñadero, donde se hiciera pedazos? Este, ó por mejor decir, mucho mayor peligro corre quien está en pecado mortal; pendiente está sobre el infierno del hilo de la vida, que es un estambre tan delgado que no digo un cuchillo, pero el viento le puede cortar, y el vaho de un enfermo le rompe. Asombro es el riesgo que corre quien está un ave maría en pecado grave, pues le sobrará á la muerte tiempo para hacer su tiro, porque el tiempo de una palabra, y un cerrar y abrir de ojos, le basta. ¿Quién estando desnudo y sin armas entre muchos enemigos pudiera reirse y estar contento? Entre tantos enemigos está el hombre como son los caminos por donde puede suceder la muerte, que son innumerables, pues una vena que se rompa en el cuerpo, una apostema que reviente en las entrañas, un humor que suba á la cabeza, una pasion que ocupe al corazon, una teja que caiga de lo alto, un aire colado, que penetre, un yerro de cuenta, y cien mil otras ocasiones, abren la puerta á la muerte, y son ministros suyos. ¿Cómo puedes estar desarmado y desnudo de la gracia entre tantos contrarios y riesgos de morir? No es esta vida mas que el camino que hace el ladron desde la cárcel á la horca. Desde que nacimos estamos con sentencia de muerte: del vientre de nuestras madres salimos como los ajusticiados de la cárcel, y caminamos á que se haga justicia de nosotros, por lo que debemos del pecado original. ¿Quién hay que sacado á ajusticiar vaya diciendo gracias y entreteniéndose en el camino? No somos todos los hombres sino como muchos ajusticiados, que van á la horca por diferentes calles que ellos no conocen, ni saben si van derechos, ó por rodeos. Todos vamos á parar á la muerte; mas ¿quién sabe si va por rodeos, ó camino derecho? ¿Si ha de llegar presto, ó tardarse mas? Lo que puedes saber es que estás en el camino, pero no que esté lejos, y así debes temer que encontrarás luego con ella, y estar siempre aparejado, y no admitir gusto de esta vida. Bastaba este riesgo de poder morir luego para nunca estimar gusto de la tierra. El rey Dionisio de Sicilia, para desengañar á un filósofo que tenia por suma su felicidad, pues no le faltaba nada de gusto ni regalo, mandó ponerle una mesa con platos regaladísimos, y todos los entretenimientos cuantos podia desear, y luego que se sentase en tal parte donde estaba pendiente sobre él una espada muy afilada y aguda pendiente solamente de una cerda de caballo. Bastó este riesgo solo para que aquel filósofo no pudiese comer bocado, ni gustar cosa de toda aquella fiesta. Pues no está mas segura tu vida, ¿cómo puedes gustar de gustos del mundo? Quien por momentos está aguardando morir, en ningun momento debia gustar de la vida. Por cierto que esta consideracion sola-

mente bastaba, como advierte Ricardo, para quitar el gusto de todos los gustos de la tierra. Un grande peligro ó temor bastaba para quitar la advertencia á menores gozos, para que no se sientan. ¿Y qué mayor peligro que el de la eternidad? Esta incertidumbre de la muerte es para que aciertes á despreciar esta vida, y disponerte para la otra. El poder morir siempre es para que siempre estés aparejado. ¿Qué es la muerte, sino el camino de la eternidad? Gran jornada tienes que hacer; ¿porqué no te previenes con tiempo, y mas no sabiendo cuando te han de forzar á partir? Porque no sabia el pueblo de Dios cuando habia de marchar, siempre estaba á punto de camino los cuarenta años que estuvo en el desierto. Tú está siempre aparejado, porque no sabes si partirás hoy. Mira que hay mucho que hacer en morir; disponte con tiempo para hacerlo bien, y para esto era necesario muchos años. Pues si no sabes si tendrás un dia, ¿porqué no te dispones hoy? Si cuando haces una jornada breve, despues de bien prevenidas las cosas hallas ordinariamente que se te olvidó alguna, ¿cómo para jornada tan larga como es la eternidad piensas que estarás bien apercibido, no aparejándote jamás? ¿Quién hay que no desee le coja la muerte siquiera dos años despues de haber servido con fidelidad á Dios? Pues si no tienes seguro uno, ¿porqué no empiezas luego? No te fies en la salud, ó mocedad, porque muchas veces viene la muerte á traicion, y acomete cuando menos la mirares: porque, segun dijo Cristo nuestro Redentor, vendrá en la hora que no se piensa. Y el Apóstol dijo que el dia del Señor vendria como el ladron viene de noche, sin que nadie le sienta, y cuando duerme á sueño suelto el señor de la casa. No te prometas el dia de mañana, que no sabes si vendrá la muerte esta noche. El dia antes que saliesen los hijos de Israel de Egipto, ¡cuantos señores mayorazgos de aquel reino se prometerian hacer ó alcanzar grandes cosas á otro dia, ó en aquel año! Pero ninguno llegó á la mañana vivo. Cuerdamente hacia Mesodamo, como escribe Guidon Bituricense, que convidándole uno para que comiese á otro dia con él, respondió: Amigo mio, ¿para qué me citais para mañana, pues ha muchos años que no me he atrevido á prometer el dia siguiente, y cada hora espero la muerte? No hay que fiar de las fuerzas del cuerpo, ni de los pocos años, ni de las muchas riquezas, ni de las esperanzas humanas. Oye lo que dice Dios por el profeta Amós: «En aquel dia se pondrá el sol al medio dia, y hará que se llene de tinieblas la tierra en el dia de su lucimiento.» ¿Qué es ponerse el sol á medio dia, sino que cuando piensan los hombres que están en la mitad de su vida, y en la flor de su edad, cuando esperan vivir muchos años, y tener grandes riquezas, y casarse ricamente, y lucir en el mundo, entonces viene la muerte, y lo pone todo de luto en el dia de mas lustre, como aconteció en aquella historia que refiere Alejandro Faya? Ladislao, rey de Hungría y Bohemia, envió una embajada solemnísima al rey Carlos de Francia, para que trajesen y viniesen sirviendo á una hija suya, que estaba ya desposada con el príncipe su hijo. El principal embajador de esta jornada era Udabrico, obispo pasaviense, para cuyo

1. Thess., 5.

Amos, 8.

Alex. Faya, tom. 2.

acompañamiento se escogieron doscientos caballeros los principales de Hungría, y doscientos de Bohemia, y otros doscientos de Austria, todos personas señaladas en nobleza. Iban tan ricamente vestidos, y con tal aparato, que cada uno de ellos parecia digno de corona y cetro real. El obispo, demás de esto, escogió otros cien caballeros de sus súbditos, de suerte que salieron para Francia setecientos caballeros riquísimamente aderezados, y para que del todo fuese grandioso el acompañamiento, fueron tambien en su compañía cuatrocientas doncellas muy hermosas y ataviadas con costísimos aderezos de joyas y vestidos. Las carrozas todas llevaban tachonadas de oro, y cuajadas de finas piedras preciosas. Sin esto eran infinitos los dones y ricos vestidos que traian para hacer presentes con ellos; pero el dia mismo que esta solemne embajada entró en París, antes que se sentasen en la pieza donde se habia de hacer el recibimiento, llegó un correo con nueva de la muerte del desposado. Fué tal el dolor que atravesó el corazon del rey con tan no pensada nueva, que no pudo dar respuesta ninguna á la embajada, ni hablar al embajador, ni á los que le iban acompañando, y así se partieron tristísimos de París, y cada cual se fué á su casa. De esta manera sabe Dios, por medio de la muerte, llenar de tinieblas y luto la tierra en el dia de mas lucimiento, como dijo su profeta.

Pues no sabes cuando has de morir, piensa que puedes morir hoy, y está siempre dispuesto para lo que siempre puede venir; confia en la misericordia de Dios para implorarla luego, mas no presumas para dilatar tu conversion un momento. ¿Qué sabes si te darán tiempo para que la puedas invocar, ó si despues de invocada merecerás ser oido? Sabe que la misericordia de Dios no está prometida á los que se fian de ella para pecar, con esperanza del perdon, sino á los que temiendo á la justicia divina cesan de pecar; y así dice san Gregorio: « La misericordia de Dios Omnipotente se olvida de aquel que se olvida de la justicia de Dios Omnipotente: porque no podrá hallar á Dios misericordioso quien no le teme justo. » Por eso se repite tanto en la sagrada Escritura que la misericordia de Dios es para los que le temen. En una parte se dice: « La misericordia del Señor desde lo eterno, y hasta la eternidad, es sobre los que le temen. » Y en otra: « De la manera que tiene misericordia el padre de sus hijos, tiene Dios misericordia de los que le temen. » Otra vez dice: « Segun la altura desde la tierra al cielo, corroboró su misericordia sobre los que le temen. » Finalmente, la misma Madre de misericordia dijo en su divino cántico que la misericordia del Señor seria « de generacion en generacion para los que le temen. » ¿Ves cómo la misericordia divina no se promete á todos, y cómo quedarás excluido de ella mientras presumieres de ella, y no temieres la justicia? ¿Pues qué temor de la justicia será, que pudiéndote morir hoy dilates tu conversion para despues de algunos años, cuando los vicios no tanto los dejes tú cuanto ellos te dejarán? Mira lo que dice san Agustin: « La penitencia en la muerte es muy peligrosa, porque no se halla en la sagrada Escritura sino uno, esto es, el buen ladron, que en su muerte tuviese verdadera penitencia; este se halla para que nadie desespere;

Greg., Mor.

pero hállase solo, para que nadie presuma; porque en el hombre sano la penitencia es sana, en el enfermo enferma, y en el muerto muerta.» Algunos se han con Dios, como el rey Dionisio con la estatua de Apolo, á la cual quitó una capa de oro que tenia, diciendo: Esta capa ni es buena para invierno, ni para verano, porque para verano es muy pesada, y para invierno fria y sin abrigo. Así son algunos, que no hallan tiempo conveniente para servir á Dios. En la mocedad dicen que es muy temprano, y que se ha de dar á la edad su tiempo; que cuando viejos tratarán de veras de virtud, y que no se ha de enflaquecer con penitencias el vigor de la juventud, porque quedan enfermizos siempre, y no son de provecho toda la vida; pero llegando la vejez, si acaso llega, dicen que están llenos de achaques, y que no tienen fuerzas para hacer penitencias: de esta suerte quieren engañar á Dios, mas ellos mismos se engañan. Al apóstol Santiago no le parece bien el modo de hablar: mañana iremos á tal ciudad, y estaremos allí un año, porque no sabemos lo que será mañana. Pues si aun hablando de cosas temporales no es bueno decir mañana lo haré, ¿en el procurar la salvacion del alma cómo puede uno decir de aquí á diez años, cuando sea viejo, pues quizá nunca lo será? ¿De qué sirve dilatar á mañana lo que tanto importa que sea hoy, pues importa tanto que sea, y podrá ser que mañana no sea, si no fuere hoy?

Aug., Conf.

En este engaño estaba san Agustin, y dice así: «Sentia que era detenido, y repetia estas voces: Miserable, ¿hasta cuando? ¿hasta cuando? Mañana y mañana; ¿porqué no será esta hora el fin de mi torpeza? Esto decia, y lloraba con muy amargo sentimiento de mi corazon.»

## § III.

Sobre la incertidumbre de la muerte se añade el ser una, porque no se puede enmendar el yerro de morir mal con morir bien segunda vez. Dios dió al hombre doblados los sentidos, y otras partes del cuerpo; dióle dos ojos, para que si le faltase el uno le quedara otro de que servirse; dióle dos oidos, para que ensordeciendo el uno pudiera suplir tambien con el otro; dióle dos manos, para que despues de perdida la una no estuviese todo perdido: pero muertes no le dió sino una, y si una sale mal somos del todo perdidos. Terrible caso que la cosa de mas importancia que tenemos, que es el morir, no tenga prueba, ni experiencia, ni remedio. ¡Que se haya de hacer de una vez sola, en un momento, pendiendo de ella la eternidad, y si se yerra la primera vez no se puede enmendar su yerro! Escribe Plutarco de Lamaco centurion, que reprendiendo á un soldado por un yerro, le prometió no hacerlo mas, al cual replicó el cuerdo centurion: Bueno está eso. Claro está que en la guerra no se puede errar dos veces, por el grande daño que de un yerro se puede seguir. Pero si en la guerra no se puede errar dos veces, en la muerte no se ha de errar ni una, porque su yerro no tiene remedio. Si á un rústico que no hubiese disparado saeta ninguna le diesen arco y aljaba, y mandasen tirar á un blanco muy apartado, con esta

condicion que si le errase la primera vez le habian de quemar vivo, pero si le acertase le premiarian con muchos dones y riquezas, ¿en qué afliccion se veria ese hombre? ¡Cuan congojado estuviera, pues estaba forzado á hacer una cosa tan dificultosa, y de la cual no tenia destreza, y en que le iba tanto, y que la habia de hacer una vez sola sin poder enmendar con el segundo tiro el yerro del primero! Pues esta es nuestra suerte, no sé cómo nos podemos reir: nunca hemos muerto, ni tenido experiencia ni destreza de cosa tan dificultosa, y una vez sola hemos de morir, y en ello nos va la eternidad de los tormentos infernales, y de la bienaventuranza del cielo. ¿Cómo vivimos tan descuidados y olvidados de morir bien, pues para esto nacimos, y se ha de hacer una sola vez? Esta accion, que es la mas importante de la vida, la cual hemos de hacer delante de los ángeles, y de la cual depende la eternidad, es sin reparo ni enmienda. Las acciones humanas que se repiten son de tal condicion que si salió mal una otra podrá salir bien, y lo que se perdió en una se puede ganar en otras. Si á un rico mercader se le hundió un año su nave en el océano, otro le llegará otra cargada de riquezas que recompense la pérdida pasada. Y si á un gran orador le salió mal una declamacion, y por eso perdió el crédito, con otra le podrá cobrar; pero en saliendo mal la muerte una vez, no puede haber otra mejor, ya no se restaurará su pérdida. Lo que es único es digno de mayor estima, pues su pérdida ha de ser irreparable. Estimemos el tiempo de la vida, pues no hemos de tener otra vida en que ganemos la eternidad. Estimemos aquello con que podemos hacer una muerte preciosa, ó por mejor decir vida y muerte preciosísima, aprendiendo en la vida á morir. Bien dijo un piadoso doctor: Si todos los que han de ejercitar un oficio, ó hacer alguna cosa de importancia (y aun de solo gusto, como es el danzar y bailar), estudian primero cómo lo han de hacer, ¿qué razon hay para que no se estudie el bien morir, siendo la mas difícil é importante cosa de cuantas hay en el mundo? Si un hombre estuviese obligado á dar un salto muy dificultoso, con esta condicion que si saltase bien le diesen un reino muy opulento y rico, y si saltase mal fuese esclavo y remero perpetuo, sin duda ninguna que se prevendria para dar bien el salto, y se ensayaria antes que llegase el tiempo señalado para el efecto de que tan diferentes suertes esperaba. ¡Cuanto mas diferentes son las que se esperan del salto que hemos de dar de la vida á la muerte, pues los reinos de la tierra, comparados con el del cielo, son basura; y el remar en galeras, comparado con el infierno, es gloria! Cuando el salto es largo y peligroso, suele el que ha de saltar, para darle mejor, tomar la carrera de atrás. Pues sabemos que el salto de la vida á la muerte es tan peligroso y largo, razon será que para darle mejor tomemos la carrera desde el principio de nuestra corta vida, desde que comienza en nosotros el uso de la razon, y conozcamos por ella que es vida mortal lo que vivimos, y censo al quitar, y que hemos de pagar réditos y principal cuando menos pensáremos. El dia en que coronaban al emperador, acostumbraban los antiguos (segun refiere san Juan Eleemosinario) presentarle, en manos de los arquitectos mas primorosos de aquel tiempo, unos pedazos de diferentes

mármoles, para que escogiese de ellos el que mas le contentase para fabricar su sepulcro; dándole á entender que habia de durar tan poco su imperio que era menester comenzar luego su sepulcro, para que se acabase antes que se le acabase la vida, y que no podria gobernar bien á sus vasallos si no gobernaba á sí con la memoria de la muerte. Y á todos los demás avisaron en esta ofrenda misteriosa, que cuando comenzase en nosotros el imperio y dominio de nuestra alma (que es el uso de la razon) tratásemos luego de nuestra muerte, entendiendo que en el aparejo de ella consiste el buen gobierno y la perfeccion de la vida. «La perfecta vida, dice san Gregorio, es meditacion de la muerte.» Aquel tiene la vida perfecta que la gasta en estudiar en la muerte. Aquel vive bien que aprende y estudia cómo ha de morir. Y el que no sabe esto no sabe nada, ni le son de provecho las demás ciencias. ¿Qué le aprovechó á Aristóteles todo cuanto estudió, y todo cuanto supo? Nada. Así lo confesó estando cercano á la muerte, cuando rogándole sus discípulos que les dijese alguna sentencia notable, pues tantas habia dicho y escrito en su vida, respondió esta: «Entré con pobreza en este mundo, viví con miseria, y muero con ignorancia de lo que me importaba saber.» Dijo bien, porque no habia estudiado cómo habia de morir. Muchos discípulos tiene Aristóteles de las ciencias que supo, muchos le siguen de sus opiniones, pero muchos mas le imitan en esta ignorancia que tuvo en la muerte.

Greg., llb. 13 Mor.

Ganemos el tiempo en que podemos ganar la eternidad, porque una vez perdido perderemos el tiempo de esta vida, y la eternidad de la otra. ¡Cuantos millones de hombres están en el infierno que despreciaron el tiempo mientras estaban en el mundo, y ahora padecieran por un millon de años, y aun por un millon de millones, cuantos tormentos se padecen en el infierno, porque les diesen un instante de tiempo en que pudiesen ganar la vida eterna de la gloria, haciendo penitencia, y no tendrán remedio! Y tú no solo instantes de tiempo pierdes, sino horas, dias y años. Mira lo que diera un condenado por ese rato que tú pierdes para poder salir del infierno. Guarda no te veas tú con el mismo pesar, cuando no tendrás reparo del tiempo que ahora desperdicias. ¡O locos cuantos buscan vanos entretenimientos para pasar el tiempo, como si el tiempo no tuviera ese cuidado de pasarse, aunque ellos no quieran! Pásase y vuela el tiempo de esta vida, y tú no quieres granjear la otra. Mira que en tiempo puedes ganar eternidad; no mires la pérdida de tiempo solo como pérdida de tiempo, sino como pérdida de eternidades, pues en un instante de tiempo puedes ganar infinitos instantes de lo que has de gozar los siglos de los siglos. Poco es para ganar premio eterno el tiempo de esta vida, que pasa mas ligero que el viento. Mira cómo no pierde tiempo la velocidad con que viene la muerte tras tí, pues aun mientras tú duermes corre ella, y tú te atreves á estar ocioso: «Tú duermes, dice san Ambrosio, y el tiempo anda.» No estes un instante parado, pues puedes en él ganar mas cielo. Mercado y ferias de la eternidad es el tiempo, como dice el Nacianceno; no dejes de lograr el barato, porque en pasándose esta vida no hay la ocasion de merecer: y mira que es corto

Ambr. (Psal., 1).

el plazo en que dura el granjear, y la ganancia ha de ser eterna. Oye lo que te enseña un gentil, que no conoció este bien del tiempo de ganar en él la eternidad, y con todo eso dice: «No nos dió la naturaleza tan liberal el tiempo que haya lugar de perder alguna partecita de él: y considera cuantos tiempos pierden aun los muy diligentes; á unos les ocupa algun tiempo la falta de su salud ú de los suyos, otro tiempo los negocios necesarios, otro las ocupaciones públicas; tambien el sueño nos divide la vida. Pues de este tiempo tan estrecho y tan veloz, ¿qué nos aprovecha gastar en vano la mayor parte?» El mismo autor aconseja que hemos de porfiar vencer la ligereza del tiempo con la diligencia de su buen uso y empleo. Sen., Epist. 118. Sen., lib. de Brev. vitæ, etc.

Sin conocimiento de fe dijo esto Séneca, sin saber que con un instante de tiempo se podia granjear una eternidad de gloria. ¿Qué debemos hacer nosotros con la luz del cielo que tenemos, y la noticia de los bienes eternos, y con las amenazas del infierno? Vivamos siempre muriendo, y cada instante de tiempo entendamos que es el último: con esto no perderemos el tiempo tan precioso, y ganaremos lo eterno. Acordémonos de lo que dijo san Juan Clímaco: «No se pasa el dia presente bien, si no es que pensemos que esta hora es la última de toda nuestra vida. Aquel es bueno que cada hora aguarda la muerte; pero aquel es santo que todas las horas la desea.» Clim., grado 6.

Por lo menos tratémonos como mortales, y creamos que lo somos, mostrando con nuestras obras que sabemos que hemos de morir, y que ha de topar con fin nuestra vida. Pidámosle á Dios lo que le suplicaba David: «Señor, haced que conozca mi fin.» Claro está que hemos de morir: claro está que no sabemos cuando: claro está no ha de ser mas que una vez; pero va mucho, como nota san Ambrosio, cuando nos lo dice Dios, á cuando lo discurrimos nosotros. Persuadámonos que nos hemos de morir, y no sabemos cuando, y que esto ha de ser una vez sola, sin tornar á coger en las manos el tiempo que una vez salió de ellas. Avergoncémonos de lo que un gentil dice que hemos de hacer con la memoria de estas tan notables condiciones de la muerte, aconsejándonos á obrar bien. El emperador Marco Antonino da estos admirables consejos en su Filosofía: «Repara en el fin del tiempo que tienes señalado, el cual, si no le gastares en procurar la paz de tu ánimo, se te pasará, y no volverá, y mas despues de difunto. Cada hora solicite tu ánimo para obrar con fortaleza, como conviene á un varon romano, con una perfecta y no fingida gravedad, humanidad, liberalidad, justicia; y entre tanto aparta á tu ánimo de todo otro pensamiento, lo cual harás si de tal manera hicieres cualquiera obra y negocio como si fuera el postrero de tu vida, para que no admitas vanidad alguna.» Este es admirable consejo. Pues sabes que has de morir, y no sabes cuando, haz cada obra como si fuera la última que en acabándola de hacer hubieses de espirar. Sobre todo procure uno quitar pecados, quitar malas inclinaciones, quitar los pensamientos de la tierra, y levantarlos al cielo, juntamente con su corazon y afectos, que siempre sea recto, y puesto en Dios. Un árbol que está torcido, hácia allí cae cuando Ant., lib. 2.

le cortan adonde estaba inclinado. Si no está uno inclinado al cielo cuando vive, ¿adónde puede caer en muerte? Tema el infierno.

## CAPITULO III.

**Del momento que está en medio del tiempo y eternidad, y cómo por ser el fin del tiempo de esta vida un momento es por eso terribilísimo.**

### § I.

Debemos tambien considerar, lo que es sin duda asombro, todo lo que ha de pasar en el momento de la muerte, para el cual nos dan el tiempo de esta vida, y del cual depende lo eterno de la otra. ¡O tremendo punto, que es fin del tiempo, y principio de la eternidad! ¡O espantoso instante, en el cual se cierra el plazo de esta vida, y se determina el negocio de nuestra salvacion! ¡O momento del cual pende la eternidad, y cómo debes estar ahora con provecho en nuestra memoria, para que no lo estés despues con nuestro arrepentimiento, y sin utilidad alguna! ¡Cuantas cosas han de pasar en tí! En un instante se acaba esta vida, y en él se revuelven todas las obras de ella, y se da la sentencia que se ha de ejecutar eternamente. ¡O último momento de la vida, y primero de la eternidad, qué temeroso eres, pues en tí no solo se deja la vida, pero se da cuenta de ella, y se entra en region no conocida! En un momento tengo de dejar de vivir, y en él tengo de ver á mi juez: en él se me han de mostrar mis pecados con toda su gravedad y muchedumbre: en él se me ha de hacer estrecho cargo de todos los beneficios divinos, y se ha de pronunciar la sentencia de mi salvacion, ú de mi condenacion eterna. Asombro es que para tan importantes cosas no se dé mas tiempo que un punto de tiempo, y que no haya lugar de réplica, diligencia, ni apelacion. ¡O tremendo momento, del cual pende tanto! ¡O momento el de mas importancia, que tendré en tiempo y eternidad! Admirable es la suma sabiduría de Dios, que puso un punto en medio del tiempo y de la eternidad, al cual se enderece todo el tiempo de esta vida, y del cual depende toda la eternidad de la otra. ¡O momento, que ni eres tiempo ni eres eternidad, sino el horizonte del tiempo y la eternidad, que partes lo temporal y eterno! ¡O qué estrecho momento, y qué dilatado punto donde se concluyen tantas cosas, y se da tan estrecha cuenta, donde se oye tan rigurosa sentencia, que se ejecutará siempre! ¡Extraño caso, que el negocio de la eternidad se haya de resolver en un momento, sin dar lugar á diligencia! Cuando no podrás acudir á los santos del cielo, ni á los sacerdotes de la tierra, ni aquellos rogarán por tí, ni estos te darán absolucion, porque el rigor del juez, en el punto que espirares, no dará lugar á misericordia. San Juan dice que de la presencia del juez huirá la tierra y el cielo. ¿Qué podrás tú

Apoc., 20.

hacer, que no podrás huir, y eres contra quien es el pleito? Dícese que huirá en aquel punto el cielo y la tierra, porque ni los santos del cielo te favorecerán con sus intercesiones, ni los sacerdotes de la tierra te podrán acudir con los sacramentos de la Iglesia, porque de nada habrá lugar, ni habrá quien te ayude. ¿Qué diera entonces un pecador por pedir confesion? Ya no habrá lugar de nada, y lo que entonces te estuviera bien, y ahora desprecias, no podrás hacer. Prevente en tiempo cuando te puedes ayudar, y no aguardes al punto donde nadie te ayudará: ahora puedes ayudarte, ahora quieren los santos favorecerte, no aguardes al momento donde ni tú podrás ni los santos querrán.

Para que se haga algun concepto de esto, quiero contar una historia que refiere san Pedro Damiano en una carta que escribió al papa Alejandro II, de la cual dice el mismo santo que siempre que se acordaba de ella le causaba espanto. El caso fué que yendo dos hombres á cortar leña á un monte, les salió al encuentro una sierpe de disforme grandeza, que levantadas dos cabezas que tenia, y abiertas las bocas de entrambas, y sacadas las lenguas de tres puntas ó saetillas cada una, y centelleando los ojos, les acometió. El uno de aquellos hombres, que era mas animoso, en llegando á él la sierpe la tiró un recio golpe con el hacha de suerte que la cortó la una de las dos cabezas, pero luego se le cayó el hacha de las manos. La serpiente, como se vió ofendida, llena de furia y rabia acometió al que estaba desarmado, y le rodeó todo el cuerpo, enroscándole apretadamente. El hombre afligido dió voces á su compañero que le viniese á ayudar, ó que por lo menos le diese el hacha para herir aquella serpiente, y defenderse de ella, la cual le llevaba arrastrando á su cueva; mas el compañero fué tan cobarde que no se atrevió á nada, sino que despavorido y espantado echó á huir, dejando á aquel triste hombre en poder de la serpiente, que muy rabiosa se le llevó á su cueva sin remedio ni ayuda, por mas voces que daba y gritos que arrojaba hasta el cielo. Con ser esta historia solo un tosco borron de lo que pasará al pecador en el punto que salga de la vida, donde sin remedio ni esperanza de él quede en poder del dragon del infierno, que con rabiosa furia le acometerá, dice san Pedro Damiano que no podia declarar el inmenso pavor y espanto de su corazon que le causó este miserable suceso, que le hizo estremecer todo su corazon, y que se ponia á considerar muchas veces cómo estarian el hombre y la serpiente en su cueva, sin haber quien les pusiese en paz, ni le sacase de aquel peligro, sin valerle sus fuerzas y voces, sin ablandarse en cosa alguna el fiero corazon de la bestia, y mas añadiendo á su fiereza natural el estar irritada con la injuria de aquella herida. ¿Cómo estaria aquel hombre en poder de un enemigo que no sabia usar de misericordia, y no teniendo él esperanza de quien le socorriese, dándole mil dentelladas, y comiéndoselo á bocados? Pues si no tener esperanza de la vida temporal, y estar sin remedio de salir del poder de una culebra, es cosa lamentable, ¿qué pasmo y asombro no ha de causar cuando en aquel punto del juicio de Dios esté un pecador sin remedio ni esperanza de librarse en poder del dragon infernal, que asirá su alma y llevará á la

Pet. Dam., lib. 1, c. 10.

cueva del abismo? Acordémonos, y temamos de lo que temió y dijo del demonio el profeta: «No arrebate alguna vez como leon mi alma mientras no haya quien me libre, ni quien me haga salvo.» ¡O qué tremendo caso, verse en manos de Lucifer, no solo desamparado de los hombres, sino de los ángeles, y de la reina de hombres y ángeles, y del Padre de misericordia! Prevengámonos con tiempo para lo que se ha de hacer en un punto, y ha de durar para una eternidad. ¡O momento! ¡O momento terrible y espantoso! ¡O momento, en que se perderá todo tiempo, si en tí se pierde uno, y quedará perdido eternamente! ¡O momento, del cual pende la eternidad, y cuanta es tu importancia, pues tú aseguras todas las obras buenas de la vida, y haces olvidar todos los gustos de ella, para que el hombre no se cebe en ellos, pues no le han de aprovechar entonces, y continúe en la virtud, pues no la asegura, si no la conservare hasta aquel punto!

Psal., 7.

## § II.

¿Cómo se descuidan los hombres, viendo que el negocio tan importante de su salvacion depende de un punto, donde no se pueden hacer nuevas diligencias, y este punto es incierto, que no se sabe cuando será, para que, pues no tenemos certidumbre de este momento, no estemos desapercibidos un momento? No es este negocio para descuidar un punto, pues ese punto puede ser el de tu condenacion. ¿Qué le aprovecharán á uno cien años que hubiese servido á Dios en grande aspereza y penitencia, si al cabo de ellos cometiese en un momento pecado grave, y luego le cogiese la muerte? No se asegure nadie de las virtudes pasadas, continúelas hasta que se muera; pues si no espira en gracia todo lo tendrá perdido; y si muere en gracia, ¿qué importa haya vivido mil años en los mayores trabajos del mundo? ¡O momento en que se olvida el justo de todas sus penas, y se asegura de todas sus virtudes! ¡O momento, en que empiezan al pecador sus penas, y se le acaban todos sus gustos! ¡O momento, qué cierto es que has de ser, y qué incierto el cuando has de ser, y qué certísimo que no has de tornar á ser, porque eres una vez sola, y no se podrá revocar en otro momento lo que en uno se determinó! ¡O momento, y qué digno eres de estar ahora en memoria, para que no estemos en tí con nuestro daño! Como lo hacia el abad Elías, el cual decia: Yo tres cosas temo, una cuando se me ha de arrancar el alma del cuerpo; otra, cuando ha de parecer delante de Dios para ser juzgada; la tercera, cuando se me ha de dar la sentencia. Pues todas estas tres cosas tan tremendas han de pasar en este momento, que por eso es muy tremendo. Póngase el cristiano muchas veces en vida en aquel punto en que espirará, donde mire de una parte el tiempo de la vida que deja, y la eternidad en que cae: coteje allí una cosa con otra, mire qué tendrá de la vida de que sale; y mire qué le espera en la eternidad en que entra. ¡Cuan breves le parecerian á Matusalen en aquel punto, al pié de mil años que vivió, y cuan

In vitis PP., lib. 5.

largo se le representaria solo el dia de la eternidad! En aquel punto mil años de vida no parecerán al pecador sino una hora, ó por mejor decir un punto; y una hora de sus tormentos le parecerá mil años. Mire desde esta atalaya y horizonte la vida, y mídala con lo eterno, y no verá en ella cosa de sustancia y tomo: mire qué tendrá en las manos de ella, y no se podrá escapar de las manos de la eternidad. ¡O momento espantoso, que cortas el hilo de los tiempos, y empiezas la tela de la eternidad! Prevengámonos con tiempo para este momento, porque no perdamos la eternidad. Este momento es la preciosa margarita, que por asegurarle debemos dar cuanto tenemos y somos. Esté en nuestra memoria momento tan importante, para que esté siempre en nuestro cuidado. Estemos siempre solícitos, pues siempre puede ser. La eternidad depende de la muerte, la muerte de la vida, y la vida de un hilo, que en un instante se corta, rompe ó quema, y esto se hace cuando menos se piensa, y aun cuando mas se espera ó procura alargar la vida. Buen testimonio es de esto lo que cuenta Paulo Emilio de Carlos, rey de Navarra, el cual habiéndose enflaquecido y perdido las fuerzas con la demasía de torpes apetitos á que se dió, le mandaron los médicos ajustar á las carnes desnudas unos lienzos empapados en aguardiente: el que se los cosia para romper el hilo le llegó á una candela que allí estaba, y como se habia teñido de aquella agua, comenzó á arder con tal presteza que pegándose el fuego á los lienzos quemaron al rey, de suerte que murió luego. De un hilo dependió la vida de este príncipe, para tener muerte tan desastrada. Y no hay duda sino que el hilo de la vida no es mas dificultoso de cortar que el de lino. Tiempo es menester para cortar este, pero aquel en un momento se quiebra, y mas causas hay para acabar la vida del hombre que para romper una hebra de hilo. No está segura en ningun tiempo nuestra vida, y así debemos temer cada instante que acaba con el tiempo y da principio á la eternidad. Paul. Æmil., lib. 9.

Para espantar son los caminos que halla la muerte, y de cuan pequeñas cosas depende la vida, porque no solo de un hilo, pero de un sutil cabello puede pender, y así á Fabio, senador, un cabello que topó en un trago de leche que sorbió le sacó el alma del cuerpo. No hay puerta cerrada á la muerte, cabe por donde no cabe el aire, y encuéntrase en las mismas acciones de la vida. Cosas muy pequeñas privan de un bien tan grande como el vivir. Un granito de una pasa quitó la vida á Anacreonte; y un pero que se cayó, jugando con él, en la boca de Druso Pompeyo, le ahogó de repente. Aun por los afectos del alma y gustos del cuerpo halla tambien camino real la muerte. Homero murió de una tristeza: Sofocles de gozo. Al rey Dionisio mataron las buenas nuevas de una victoria que alcanzó. Aureliano murió bailando, cuando se casó con la hija de Domiciano emperador. Talés Milesio, viendo en el teatro unas fiestas, espiró de sed. Cornelio Galo y Tito Eterio murieron en un torpe deleite. Giacheto Saluciano en el mismo acto venereo se quedó muerto juntamente con su amiga, los cuales fueron hallados juntos, como sus almas juntas se fueron á los infiernos. De muy pocas cosas y de inopinados sucesos depende un tan grande suceso como el Val. Max., lib. 9.

And. Ebor., de morte non vulgari.

momento del cual pende la eternidad. Cada uno abra los ojos, y no se asegure en la vida, pues tiene tantas entradas la muerte. Nadie diga: no moriré hoy, porque cuantos han muerto de repente tampoco pensaban que habian de morir aquel dia, y murieron cuando menos pensaban; y lo que sucedió á otro te puede suceder á tí. Con tan pocas causas como las dichas murieron tantos, y tú puedes morir sin ninguna; porque para una muerte repentina no es menester un cabello que atragante, ni una espina que ahogue, ni una melancolía que aflija, ni un gozo que deleite; sin nada de estas causas exteriores puede suceder; basta un humor que se corrompa en las entrañas, y llegue sin verlo nadie al corazon; y es maravilla que no mueran de repente mas de los que mueren, segun son nuestros excesos y desórdenes, y segun es frágil nuestro cuerpo. No somos de hierro ni de bronce, sino de carne blandísima. A un reloj vemos que con ser de duro metal se gasta, y cada hora es menester aderezarle, y quebrándose una rueda pára y se detiene todo. Pues mayor artificio hay en el cuerpo humano, mas sutil que delicado, y los nervios no son de acero, ni las venas de bronce, ni las entrañas de hierro. ¡A cuantos se les ha corrompido ó desasido el hígado ó bazo, y muerto al improviso! Nadie ve lo que tiene dentro de su cuerpo, y puede estar tal que no viva una hora aunque se sienta sano. Temblemos todos de lo que puede suceder.

## CAPITULO IV.

### Porqué es terrible el fin de la vida temporal.

### § I.

Por ser fin de la vida la muerte, dijo Aristóteles que era de las cosas terribles la terribilísima. ¿Qué diria por ser principio de la eternidad, y como una puerta por donde entramos en aquel abismo profundísimo, no sabiendo uno de qué lado ha de caer en esta hondura? Si es la muerte tan terrible, por ser fin de las cosas de esta vida, ¿qué será por haberse de dar en ella cuenta y razon de toda á aquel tremendo juez inflexible y justísimo, que murió porque las usásemos bien? No es lo mas terrible de la muerte dejar la vida en este mundo, sino haber de dar cuenta de ella al Criador del mundo, y mas cuando no ha de usar de misericordia. Esto es cosa tan tremenda, que hacia estremecer al santo Job, con tener tan buena cuenta que dar que el mismo Dios se preciaba de tenerle por siervo; y el Espíritu Santo testifica que no pecó en cuanto dijo en sus trabajos y calamidades, y que no se las envió Dios por pecados, proponiéndonosle por ejemplo de paciencia y virtud; y él mismo dijo que no le remordia la conciencia. Con todo esto tembló tanto del justo juicio que Dios hace al fin de la vida, y hará al fin del mundo, que espantado de la

severidad de la divina Justicia, dijo hablando con Dios: « ¿Quién me diera que me ampararas, y escondieras en el infierno mientras se pasa tu furor?» Por lo cual dijo Dionisio Rikel que aquel punto en que uno es juzgado de Dios es mucho mas terrible, no solo que la muerte, sino que el padecer por tiempo las penas del infierno; y esto no solo á los que se han de condenar, pero á los escogidos para el cielo. Pues siendo tan justo y santo Job, se estremecia tan extrañamente del juicio cuanto le tenia lejos, y las cosas no se suelen sentir como son, y sin duda ninguna verse uno desagradecido á su Redentor, verse que ha ofendido á su Criador, aunque sea en culpas pequeñas, es para sentir mas que padecer las penas mayores. Por eso juzgó san Basilio que era menos padecer eternamente los tormentos del infierno que la confusion que tendrán de Cristo los pecadores; y así ponderando aquella reprehension que se dió al rico, cuando le dijeron: «Necio, esta noche te quitarán la vida: ¿de quién serán las cosas que adquiriste? » dice el santo: « Este escarnio sobrepuja á una pena eterna. »

Dion. Rik., art. 16. de Novis.

Basil., hom. cont. div. av.

Esta terribilidad es por muchas razones, y cada una bastante para causar un espanto mortal. No es la menor la vista sola del Juez, que juntamente con ser Juez es parte y testigo irrefragable, porque será tal la severidad que mostrará en el rostro á los malos, que dice san Agustin que quisieran antes padecer todo tormento que ver el rostro de su Juez airado. Y san Crisóstomo dice: «Mejor fuera sufrir ser herido de mil rayos que ver aquel rostro lleno de mansedumbre y piedad, que se extraña de nosotros, y aquellos ojos de toda serenidad, que no se les sufre el mirarnos.» Una vez que á los que estaban en esta vida, donde está el campo de la misericordia abierto, miró una imágen de Cristo crucificado con ojos airados, bastó para asombrar y aterrar tanto á trescientos hombres que estaban presentes que los derribó en tierra, y tuvo sin sentido como muertos por algunas horas. ¿Qué asombro causará, no la imágen, sino el mismo Jesucristo vivo? No en la humildad de la cruz, sino en el trono de su majestad y sitial de su justicia; no en el tiempo de misericordia, sino en la hora de todo rigor; no desnudo y enclavadas las manos, sino armado contra los pecadores con la espada de su justicia, cuando aparezca para juzgarlos, y vengar las injurias que le hicieron. Dios es tan cabal en su justicia como en su misericordia; y así como ha dado su tiempo á la misericordia, le ha de dar á la justicia; y como en esta vida está el rigor de su justicia como suspenso y represado, en el punto de la muerte, cuando es juzgado el pecador, ha de como soltarse, é inundar al miserable. Un caudaloso rio que tuviese su corriente detenida y violentada por veinte ó treinta años, ¡cuanta inmensidad de agua tuviera recogida! Y en el punto que se soltase toda, ¿con qué ímpetu correria? ¿Qué resistencia pudiera suspenderla? Pues la justicia, que el profeta Daniel comparó á un rio, no como quiera, sino de fuego, por la grandeza de su severidad y rigor, está como represada por veinte ó treinta años de la vida de un hombre, ¡cuan infinito abismo tendrá junto, y cómo se soltará en el punto de la muerte contra el desagradecido pecador!

Chrys., hom. 24. in Matth.

Rad., in opusc. et in Annuis societ.

Todo este rigor y severidad de justicia verá el miserable en el rostro del Juez, y así le causará tan extraña confusion y pasmo. Por lo cual dijo el profeta Daniel que un rio de fuego arrebatado saldrá de su rostro; dice mas, que su trono es llamas de fuego, y las ruedas en él eran fuego encendido, porque todo será fuego, rigor y justicia. Propónenos tambien su tribunal y trono con ruedas, para significar el ímpetu y velocidad de su omnipotencia para ejecutar el rigor de su justicia, porque se mostrará toda en el momento que fuere uno llevado á juicio, con lo cual quedarán confusos y atónitos los pecadores. Por lo mismo dijo David: «Entonces les hablará con su ira, y les turbará con su furor.»

Dan., 7.

Esto mismo declaran otros profetas con palabras bien tremendas y espantosas. Isaías dice que vendrá el Señor vestido con vestiduras de venganza, y cubierto con un palio de zelo, como para vengarse, y dar á sus contrarios su indignacion, y á sus enemigos su vez. Para declararlo mas el Sabio dice: «Su zelo (esto es, su indignacion) tomará armas, armará á las criaturas para la venganza de sus enemigos, vestirá por peto á la justicia, tomará por morrion el juicio cierto, embrazará por escudo inexpugnable á la equidad, y aguzará su ira por lanza.» El profeta Oseas declara lo mismo, proponiéndonos al Juez, no solo como hombre enojado y armado, sino como una fiera brava; y así dice hablando en persona de Dios: «Yo les saldré al encuentro, esto es, yo les apareceré en aquel punto como una osa á quien han quitado sus cachorros; despedazaréles sus entrañas, y consumiréles como leon.» No hay animal mas fiero que el leon por su naturaleza, ni que la osa cuando ha perdido sus hijos, la cual acomete rabiosamente al primero que encuentra. Pues aquel Dios, cuya naturaleza es suma bondad, se quiso comparar á fieras tan terribles para declarar la terribilidad de su justicia y rigor con que merecerán los pecadores que se les muestre y trate. La consideracion de esto hizo tanto peso al abad Agaton, cuando estaba para morir, que estuvo tres dias admirado, teniendo de espanto abiertos los ojos, sin moverse de un lado á otro. Por cierto que toda comparacion y encarecimiento es corto, pues es aquel el dia de ira y calamidad; aquel dia, cuando ha de dar voces el Señor por los muchos en que calló; aquel dia, del cual dijo por su profeta: «Callé, enmudecí; pero hablaré con gritos, como mujer de parto;» aquel dia, que ocupará toda la justicia, y se ha de recompensar en él por los muchos años que gozó la misericordia; aquel dia y aquella hora será de justicia pura, sin mezcla de misericordia, sin esperanza de compasion, ni de ayuda ó favor, ni de otro patrocinio que el que dieren á cada uno sus obras. Esto se significó en lo que dice Daniel, que el trono y tribunal de Dios es de llamas, y que saldrá un rio de fuego de su cara; porque el fuego, fuera de ser elemento mas activo, mas presto y mas vehemente de todos, es el mas puro, que no permite en sí mezcla de otra cosa, porque aunque la tierra está mezclada con minas de metales, y vetas de piedras, y el agua sufra en su gremio mucha variedad de peces y árboles, el aire gran multitud de ex-

Isai., 59.

Oseæ, 13.

In vitis Patrum.

halaciones y vapores, y otros cuerpos, el fuego no permite mezcla de otra cosa; al bronce derretirá, á la piedra deshará, á los animales consumirá, y á los árboles convertirá en sí; de suerte que no solo no consiente en sí otra cosa, pero que convierte en sí á lo que le es contrario; no solo á la nieve deshace, sino que al hierro frio enciende. Así será en aquel dia, que todo será fuego de rigor y justicia, sin mezcla de misericordia; antes las mismas misericordias que Dios ha usado con el pecador serán entonces mayor argumento y cebo de su justicia. ¡O hombre, que tienes ahora tiempo, mira que te has de ver en aquel punto, en que no ha de haber para tí sangre de Cristo derramada, ni el Hijo de Dios crucificado, ni intercesion de la Vírgen piadosísima, ni ruegos de los santos, ni misericordia divina, sino solo Dios airado y justiciero, á quien servirán todas sus misericordias para aumentar su mayor justicia! en tal punto te has de ver que no has de tener ninguno de tu parte, y todas las cosas estarán contra tí. La misma Vírgen Madre de misericordia, la misma misericordia de Dios, la sangre de tu Redentor, será contra tí, y por tí solo serán tus obras buenas; porque en pasando de esta vida no has de tener otro padrino ni amparo, sino el de tus obras; solo has de estar acompañado de ellas, y cuando te deje el ángel de tu guarda, y tus santos abogados, no te dejarán las obras. Mira cómo te apercibes ahora para aquel dia; sábete aprovechar de la sangre de Cristo para tu salvacion, y sino te servirá para tu mayor condenacion. Asombró á todo el orbe cristiano el modo con que el papa Teodoro condenó á Pirro hereje; convocó concilio en Roma, y delante de todos, junto al sepulcro de san Pedro, tomando el cáliz consagrado, echó de la sangre de Cristo en el tintero, y con ella escribió de su mano la sentencia de excomunion y anatema, con que apartó de la Iglesia á Pirro. Los que oyeron este caso temblaron: tiemble pues á quien le puede suceder que la sangre de su Redentor le sirva para su sentencia de muerte eterna; porque tan severa ha de ser en aquel dia para el pecador la justicia divina, que si fuera menester para dar la sentencia de condenacion firmarse con la sangre de Cristo, aunque se derramó en la cruz para su bien, ya en aquel punto le servirá para su daño y eterna reprobacion. Si esto es así, como lo es tanto que no puede ser cosa mas cierta, ¿cómo nos descuidamos? ¿cómo nos holgamos? y ¿cómo nos reimos? Por cierto con mucha razon un viejo del yermo, viendo reir á uno, le reprehendió diciendo: Hemos de dar cuenta estrecha delante del Señor del cielo y tierra, Juez inflexible, ¡y tú te atreves á reir! ¿Cómo se atreverá á reir el pecador, pues ha de venir punto en que no le ha de aprovechar llorar? ¿Cómo no pide ahora con lágrimas perdon de sus culpas, pues despues de muerto no le podrá alcanzar? No habrá allí ya misericordia, no habrá remedio, no habrá amparo de Dios ni de criatura, si no es lo que defendieren á uno sus obras; y así procuremos tenerlas buenas, porque no tendremos en la otra vida otra cosa. No tendrá allí el rico criados que le autoricen, ni abogados bien pagados, y beneficiados que le defiendan su pleito; solo le autorizarán sus obras santas, y estas solas le defenderán; y en aquel

Theoph., ann. 20. Her., Imp. Conc. in not. ad vit. Theod. Pap.

In vitis PP., lib. 5

punto, cuando le faltare aun la misericordia de Dios, y la sangre de Cristo no aplacará á la Justicia Divina, solo sus buenas obras no le faltarán. Allí donde faltarán á los hombres los tesoros que amontonaron, y tuvieron muy guardados, no les faltará la limosna que dieron al pobre. Allí donde faltarán los hijos, los parientes y domésticos, no faltarán los peregrinos que se albergaron, los pobres del hospital que se visitaron, los necesitados que se socorrieron. La hacienda deja el rico en el mundo, sin saber á qué personas vendrá; las obras solo llevará consigo, y estas solo le valdrán cuando no le podrá valer otra cosa. Ni Cristo, Juez de vivos y muertos, admitirá entonces otros patrocinios ni abogados, sino el de las buenas obras. Mire uno no convierta contra sí lo que solo ha de estar por él.

Para espantar es cómo se atreve uno á obrar mal, estándolo viendo quién ha de venir á ser su Juez, para con quien nada hade valer, sino haber obrado bien; y este espanto es mayor, pues agraviamos con la obra mala al mismo Juez que ha de sentenciar nuestra causa. Porque estándolo viendo el corregidor, no se atreviera á hurtar el ladron á un vecino suyo, y fuera tenido por loco si al mismo corregidor fuera á hurtar en su casa, ó agraviarle. ¿Pues cómo se atreve un hombrecillo á injuriar la misma persona de su Juez rectísimo y justo? ¿Quién es tan sin consideracion que teniendo certidumbre que un juez severísimo le habia de convencer del delito, y sentenciar la causa, se fuese á robarle á su casa? ¿Pues qué seso es el nuestro, que teniendo mas que evidencia que hemos de venir á parar á manos de Jesucristo, Juez integérrimo y justísimo, nos atrevemos á ofenderle, y mas siendo tan injustos contra él que le posponemos al demonio? ¡Cuan grande fué la maldad de los judíos, que juzgaron por mejor que viviese Barrabás que el Hijo de Dios! Considera aquí el pecador su insolencia, que juzga por mejor dar gusto al demonio que á Jesus su Redentor. Cada uno que peca hace como un juicio en en que condena á Jesucristo, y da la sentencia á favor de Satanás. De este injustísimo juicio ha de tomar residencia y cuenta estrechísima el mismo Hijo de Dios contra quien sentenció injustamente el pecador. Mire por su injusticia cuanta ha de ser la justicia divina; mire el cristiano cómo mira ahora por la causa de Cristo; mire cómo obra, pues todas sus obras las ha de mirar y remirar su Redentor. Un artífice que supiese habia de parecer su obra ante un gran rey, ó que la habia de examinar un gran maestro del arte, se esmeraria en sacarla muy perfecta. Pues todas nuestras obras han de parecer delante del Rey del cielo y del sumo Maestro de virtudes Jesucristo, procuremos sean todas perfectas y acabadas; y mas pues no las ha de examinar por sola curiosidad, sino para darnos por ellas sentencia de condenacion ó de bienaventuranza eterna, traigamos á la memoria que hemos de dar cuenta á Dios, y así miremos lo que hacemos, y lloremos lo que hemos hecho: obremos virtudes, y quitemos pecados. Considerémonos ya como reos, y procuremos temer al juez, como aconsejó Amnon, del cual se refiere en el libro de las Vidas de los Padres, que tradujo Pelagio Cardenal, que, preguntado de un monje mozo qué haria para

In vitis PP., lib. 5, libell. 3, c. de Comp.

aprovechar mucho, le respondió: Anda, y ten el mismo pensamiento que tienen los facinerosos en la cárcel, los cuales andan preguntando: ¿Adónde está el juez? ¿Cuando vendrá? Y aguardando su castigo y pena lloran. De esta suerte debe estar siempre el monje con sobresalto, y reprehendiéndose, diciendo: ¡Ay de mí, ¿cómo tengo de parecer delante del tribunal de Cristo? ¿Cómo le tengo de dar cuenta de todas mis obras? Si siempre pensares esto, podrás salvarte, y no dejarás de hacer lo que pudieres para asegurar tu salvacion, y todo será poco. Escribe san Juan Clímaco de un monje, que habiendo vivido con poco fervor, cayó en una grave enfermedad, y en ella, quedando sin sentido, fué llevado al juicio de Dios; mas volviendo á la vida, fué con tanto pasmo y asombro que hizo le tapiasen la puerta de su celdilla, que era tan pequeña y estrecha que apenas se podia mover en ella, y allí encerrado perseveró doce años dentro de aquella cárcel, sin hablar todo este tiempo con nadie, ni comer mas que pan y agua: y estando sentado y atónito revolvia en su corazon lo que en aquel arrebatamiento habia visto, y tenia tan fijo el pensamiento en esto que nunca mudaba el rostro de un lugar, sino perseverando así atónito y callando no podia contener la fuerza de las lágrimas que por su rostro corrian. «Estando ya vecino á la muerte, dice el santo, rompimos la puerta, y entramos todos dentro, y como le pidiésemos con toda humildad nos dijese alguna palabra de edificacion, solamente nos dijo esto: Perdonadme, padres, ninguno que de verdad y de corazon supiere qué cosa es pensar en la muerte tendrá jamás atrevimiento para pecar.» Esta mudanza y vida tan penitente causó en este monje el rigor del juicio divino, que se hace en la muerte. Clim., grad. 5.

## § II.

Hay tambien otra vista terribilísima al fin de esta vida en el punto que espira el alma, por la cual será á los pecadores muy horrible aquella hora; y es la vista de los pecados, cuya fealdad, gravedad y multitud se verá entonces clara y distintamente, aunque ahora ignoramos muchos, y no conocemos la fealdad de ellos. Pero en el punto que parte uno de esta vida se descubrirán todos con la misma gravedad, horribilidad y número que tienen en sí. Esto nos significó el profeta Daniel cuando dijo que el trono del tribunal de Dios era llamas de fuego; porque el fuego no solo quema, sino alumbra. Así en el Juicio divino no solo se ejercitará el rigor de la divina justicia, sino que se descubrirá la horribilidad de la malicia humana. No solo estará el Juez severo, sino que se descubrirán nuestros pecados patentes, y su vista bastará para hacernos estremecer de pena y espanto; porque así como la vista del Juez alterará á los pecadores, así tambien la vista de sus pecados les asombrará, principalmente viendo que están claramente manifiestos al mismo que es Juez y parte. Por lo cual se dice en un psalmo: «Desmayamos, Señor, con tu ira, y con tu furor somos conturbados.» Y añadiendo luego la razon de tan gran turbacion y desmayo, dice: Psal., 89.

« Pusiste nuestras maldades delante de tu acatamiento. » Porque el ver la multitud y gravedad de sus culpas hará á los pecadores temblar, y causará en ellos ansias infernales. Ahora está cubierta la fealdad del pecado, y así no nos asombra; pero en aquel punto se descubrirá toda su deformidad, y aterrará con sola su vista. Ahora nos parecen ligeros los pecados, y la mitad de ellos no conocemos; pero á la salida de esta vida nos parecerán tan pesados que nos serán incomportables: porque así como una grande viga, mientras está en el agua, un niño la puede mover y traer á una parte y á otra, y la mitad de ella está hundida y escondida bajo de las aguas, pero al sacarla del rio se halla tan pesada que muchos hombres no la pueden mover, y se descubre toda entera, así tambien en las aguas de esta vida tan deleznable y borrascosa no nos parecen graves nuestras culpas, y la mitad de ellas se nos esconden; pero al salir de la vida nos parecerán con toda gravedad incomportables, y se nos descubrirán del todo.

Sin duda ninguna serán dos espadas agudas, que atraviesen la conciencia del pecador, cuando vea delante de los ojos tan innumerable multitud de culpas, y la horrible monstruosidad de ellas: y empezando por la multitud, quedará pasmado cuando eche de ver tantos pecados que él ignoraba; y lo que mas es, lo que pensaba estar bien hecho hallará ser culpas. Por eso dice en el psalmo: « Cuando tomare tiempo yo juzgaré á las mismas justicias. » Porque muchas acciones que á los ojos humanos parecerán virtudes serán en el acatamiento divino vicios; porque si hay tan grande diferencia en los juicios humanos que lo que muchas veces juzgan los mundanos y mozos por bien hecho los sabios y ancianos lo juzgan por desacierto y pecado, ¡cuanta diferencia habrá de los juicios divinos á los de los hombres, pues el mismo Espíritu Santo dijo por sus profetas que los juicios de Dios eran un grande abismo, y que distaban sus pensamientos de los pensamientos de los hombres cuanto va del cielo á la tierra! Y si los hombres espirituales tienen tan perspicaces ojos que condenan con verdad lo que los temporales alaban, ¿qué ojos serán los divinos para conocer mancha aun en una pureza que parezca angélica? Y si en los ángeles halló maldad, como dice la Escritura, en los hombres no se le esconderá vicio. El mismo Señor dice por uno de sus profetas: « Escudriñaré á Jerusalen con candelas. » Si tal averiguacion se ha de hacer en la ciudad santa de Jerusalen, ¿qué será en Babilonia? Si en los justos ha de haber tal rigor, ¿cómo se disimulará con los enemigos de Dios? Allí han de salir á plaza cuantas obras hicimos y las que dejamos de hacer, y se descubrirá por culpa no solo lo malo que hicimos, sino lo bueno que no hicimos, debiendo hacerlo; ni solo se nos ha de tomar cuenta de lo malo que obramos, sino tambien de lo bueno, porque no lo hicimos bien. Todo se ha de desenvolver y remirar, y apurarse, y pasar por muchos ojos. El demonio como acusador revolverá el proceso de la vida, y calumniará cuanto sabe de tí; y aunque el demonio no lo supiese todo, no por eso se disimulará, porque tu conciencia dará voces, y te acusará tambien. Y porque podria ser que la conciencia no echase de ver todo su mal, no por eso se pasará entre ren-

glones, que el mismo ángel de guarda, que ahora es nuestro ayo, entonces será tambien fiscal y acusador contra los pecadores declarando la justicia divina, y lo que la propia alma ignora de sus culpas él las confesará. Y si los ojos del demonio, y la confesion de la propia conciencia, y el testimonio del ángel no lo declararen todo, porque podrian no saberlo, el mismo Juez, que es parte y testigo juntamente, con su infinita sabiduría lo publicará, porque con mas que ojos de lince penetrará lo profundo de nuestra voluntad, declarando ser muchas cosas vicios que se tenian por virtudes. ¡O extraña manera de juicio, donde ninguno habrá que niegue, donde todos son acusadores, hasta el mismo reo; donde todos son testigos, hasta la misma parte, y el mismo Juez! ¡O tremendo juicio, donde ningun abogado hay, y habrá cuatro acusadores! El demonio te acusará, el ángel te acusará, tu conciencia te acusará, y el mismo Juez te acusará aun de muchas cosas con que por ventura pensabas defenderte.

¡O qué gran confusion será que se cuente por delito lo que pensabas ser servicio! ¿Quién pensara que el llegar Oza á detener el arca del testamento cuando se iba á caer no fuese bien hecho? Pero castigólo el Señor como gran pecado, con pena de muerte desastrada, mostrando ser diversos sus juicios divinos de los nuestros humanos. ¿Quién pensara que el querer saber David el número de su pueblo no era prudencia y gobierno? Pero juzgólo Dios por tan mal hecho que por eso le castigó con una peste, nunca vista semejante, que en tan breve tiempo mató á tantos. Saul, cuando se tardaba Samuel, y sacrificó apretado de los enemigos, pensó que hacia un acto de las mayores virtudes que hay, que es de religion, y Dios lo calificó por tan grave pecado que por él le reprobó. ¿Quién juzgara que no fuese acto de gran magnanimidad y clemencia cuando el rey Acab, habiendo vencido á Benadab, rey de Siria, se hubo con él tan humano que le perdonó la vida, y dió lugar en su carroza real? Pues esto que los hombres alabaron desagradó tanto á Dios, que le envió un profeta para que dijese al rey Acab como él habia de ser muerto por ello, y habia de llevar la pena él y su pueblo que merecia Siria y su rey. Pues si aun en esta vida se han mostrado tan contrarios los juicios de Dios de los humanos, ¿qué será en aquella hora tremenda, que está reservada para que cumpla Dios con su justicia? Allí se descubrirá todo y cubrirá de confusion el pecador con la multitud de sus pecados. ¡Cómo se correrá verse delante del Rey del cielo con vestiduras tan manchadas! Entonces se dice uno que está confuso cuando salen las cosas contrarias á lo que esperaba, ó está con mas indignidad de lo que le parecia decente; ¿pues qué confusion será, cuando, pensando uno hallar virtudes, advierta que son vicios sus obras, y juzgando tener servicios, halle ofensas, y esperando premio halle castigo? Demás de esto, si uno, cuando ha de ir á hablar á un príncipe, va bien vestido, y se corriera parecer delante de él medio desnudo y enlodado, ¿cómo se avergonzará el pecador de verse delante del Señor de todo desnudo de buenas obras, y enlodado con tantos males abominables y horrendos? Porque fuera de la multitud de sus culpas, de que hallará llenos los dias

enteros, se ha de descubrir su gravedad, y se estremecerá de lo que ahora le parece culpa ligera; porque allí se verá toda la horribilidad del pecado, verá la disonancia que hace á la razon, la deformidad que causa en el alma, la grandeza de la ofensa que se hace al Señor del mundo, el desagradecimiento á la sangre de Cristo, el daño que se hizo á sí mismo el pecador, el infierno en que cayó por el pecado, y la gloria que perdió. Cada causa de estas bastaba para cubrir el corazon de luto y llanto inconsolable: ¡todas juntas qué pasmo y confusion nos causarán! Y mas viendo que no solo los pecados mortales causan en el alma una monstruosidad horrenda, pero que los veniales aun la deforman mas que cualquiera monstruosidad corporal se puede imaginar. Si la vista de solo un demonio es tan horrible que dijeron muchos siervos de Dios que escogerian antes padecer todos los tormentos de esta vida que verle por un momento, siendo toda su fealdad sola la que le pegó un pecado mortal, porque por su naturaleza fueron los demonios muy hermosos, ¿cómo estará allí un pecador, no solo viendo al demonio con toda su fealdad que le acusa rabiosamente, pero á sí mismo con igual fealdad, y podrá ser que mayor que la de muchos demonios, con tantas deformidades como pecados tuviere mortales y veniales? Evítelos ahora, porque todos han de salir á plaza; de todos le han de pedir cuenta, hasta el último maravedí.

No ha de ser esta cuenta á bulto, no ha de ser por piezas mayores; hasta el mas mínimo pecado se ha de descubrir y desenvolver, y de él le han de pedir cuenta. ¿Qué señor hay que así tome cuentas á su mayordomo que le pregunte por un cabo de agujeta, y á su tesorero no le deje pasar una blanca, sin que le diga cómo la gastó? El derecho humano dispone que no ha de hacer tribunal el juez de cosas pequeñas, pero en el Juicio divino no se ha de pedir menos diligentemente cuenta de lo mas pequeño que de lo mas grande. Confirmacion de esto es lo que escriben muchos autores, que se amaban tiernamente dos religiosos de santas y loables costumbres. Murióse el uno de ellos, y estando el otro en oracion, se le apareció vestido de una ropa vil, y con semblante triste. Preguntóle el vivo la causa de aparecerse de aquella manera. Respondió diciendo tres veces: Ninguno lo cree, ninguno lo cree, ninguno lo cree. Pidióle que le declarase lo que queria decir en esto. Añadió el difunto: Nadie puede entender cuan por menudo toma Dios cuenta, y con cuanto rigor castiga los pecados. Diciendo esto desapareció. En lo que ha sucedido á muchos siervos de Dios, aun antes de salir de esta vida, se podrá echar de ver el rigor con que se tomará esta cuenta despues de la muerte. San Juan Clímaco escribe de un monje, que deseó mucho vivir en soledad y quietud, el cual despues de haberse ejercitado en los trabajos de la vida monástica muchos años, y alcanzado gracia de lágrimas y de ayunos, con otros privilegios de virtudes, edificó una celda á la raiz del monte donde Elías en los tiempos pasados vió aquella divina y sagrada vision. Este padre de tan rigurosa vida, deseando aun mayor rigor y trabajo de penitencia, pasóse de allí á otro lugar, llamado Sides, que era

Joan. Major., Judic. ex. 8.

Clim., grado 7.

de los monjes anacoretas, que viven en soledad, y despues de haber vivido con grandísimo rigor en esta manera de vida, por estar aquel ugar apartado de toda humana consolacion, y fuera de todo camino, y desviado setenta millas de poblado, al fin de la vida vínose de allí, deseando morar en la primera celda de aquel sagrado monte. Tenia él allí dos discípulos muy religiosos de la tierra de Palestina, que tenian en guarda la dicha celda, y despues de haber vivido unos pocos dias en ella cayó en una enfermedad, de que murió. Un dia pues antes de su muerte súbitamente quedó atónito y pasmado, y teniendo los ojos abiertos miraba á la una parte del lecho y á la otra, y como si estuvieran allí algunos que le pidieran cuenta, respondia él en presencia de todos los que allí estaban, diciendo algunas veces: Así es cierto, mas por eso ayuné tantos años. Otras veces decia: No es así; ciertamente mentís, no hice eso. Otras decia: Así es verdad, así es, mas lloré, y serví tantas veces á los prójimos. Y otra vez dijo: Verdaderamente me acusais, así es, y no tengo qué decir, sino que hay en Dios misericordia. Y era por cierto espectáculo horrible y temeroso ver aquel invisible y riguroso juicio. «Miserable de mí, dice el santo, ¿qué será de mí, pues aquel tan gran seguidor de soledad y quietud decia que no tenia qué responder? El cual habia cuarenta años que era monje, y habia alcanzado la gracia de las lágrimas. ¡Ay de mí! ¡ay de mí! Algunos hubo, añade san Juan Clímaco, que me afirmaron que estando este padre en el yermo daba de comer á un leon pardo por su mano; y siendo tal partió de esta vida, pidiéndosele tan estrecha cuenta, dejándonos inciertos cual fuese su juicio y término, y cual la sentencia y determinacion de su causa.»

En las crónicas de los Menores se escribe que estando un novicio de la órden de san Francisco ya casi fuera de sí peleando con la muerte, dió una terrible voz, diciendo: ¡Ay de mí, y quién nunca fuera nacido! Poco despues dijo: Pesa fielmente. No tardó mucho, que replicó: Poned algo de los merecimientos de la pasion de nuestro Señor Jesucristo; y luego dijo: Ahora está bien. Maravilláronse mucho los frailes que un mozo tan inocente dijese cosas tan temerosas, y con extraño sonido. Al cual, volviendo en sí, preguntaron que les declarase la significacion de aquellas palabras y voces. Respondióles: Vi que en el juicio de Dios se tomaba tan estrecha cuenta de las palabras ociosas, y de otras cosas pequeñas, y pesábanlas tan sutilmente, que los merecimientos, respeto de los males, eran casi nada, y por esto dí aquella primera terrible y triste voz. Despues ví que los males eran con mucha diligencia pesados, y que hacian poca cuenta de los bienes; por eso dije la segunda palabra. Y viendo que los bienes eran tan pocos, ó casi ningunos, para ser justificado dije la tercera. Y como con los méritos de la pasion de Cristo pesase mas la balanza donde estaban los bienes que yo habia hecho, luego fué dada la sentencia en mi favor, por lo cual dije: Ahora bien está. Dichas estas palabras dió su espíritu al Señor.

Chron. Sanct. Franc., part. 2, lib. 4, num. 35.

## § III.

Hay en el fin de la vida otra vista de grande espanto para los pecadores, que es el conocimiento vivo que tendrán de los beneficios divinos, y el cargo que les harán de ellos por no haberlos agradecido. Esto se significó tambien en lo que dijo el profeta Daniel del trono y tribunal de Dios, porque no solo dice que era de llamas de fuego, en lo cual dió á entender el rigor con que habia de juzgar los pecadores, significando en la violencia, calor y actividad del fuego, y el descubrimiento y manifestacion de todos los pecados, significada en la luz y claridad de las llamas, pero añadió que del rostro del Juez salia un rio caudaloso, y tambien de fuego, significando por la corriente y raudal de aquel rio que salia de Dios la multitud de sus beneficios, los cuales son un destello é influjo de la bondad divina, que se comunica y derrama en sus criaturas, con tantos beneficios como les hace. Pues decirnos que en aquel dia será este caudaloso rio de fuego es tambien darnos á entender el rigor con que se nos ha de hacer cargo de sus infinitos beneficios, y juntamente la luz y claridad con que los hemos de conocer, y quedar espantados y atónitos del poco caso que de ellos hemos hecho, é intolerable desagradecimiento que hemos tenido; de suerte que no solo han de poner espanto á los pecadores sus obras malas, pero las obras buenas de Dios para con ellos. Cubriráles otro manto de luto y confusion cuando vean lo que Dios hizo por obligarles y ayudarles para su salvacion, y lo que ellos al contrario hicieron para su condenacion. Estremeceránse de ver lo que Dios hizo por su bien, y que hizo tanto que no pudo hacer mas, y ellos lo malograron todo. Está este punto tan justificado de parte de Dios, que el mismo Señor pone á los hombres por testigos y jueces; y así hablando de esto con la metáfora de una viña, dice por Isaías: «Habitadores de Jerusalen, y varones de Judá, juzgad entre mí y mi viña; ¿qué debí hacer mas por mi viña, y no lo hice?» Despues de encarnado el Hijo de Dios, tornó á zaherir á los hombres con el mismo sentimiento, y, significando mas cumplidamente la multitud de los beneficios divinos, con la metáfora misma de la viña, que plantó un hombre, y la benefició tanto que llegó á enviarla á su hijo, que fué muerto en esta demanda. Vengan pues á juicio los hombres contra sí mismos, y sean ellos jueces; ¿qué mas pudo hacer Dios por ellos que no lo hizo, siendo ellos tan ingratos contra su Criador como si les hubiera sido enemigo y malhechor?

Isai., 1.

Matth., 12.

Llegando pues á considerar cada uno de estos beneficios, el primero es el de la creacion, que significó Jesucristo cuando dijo que plantó la viña. ¿Qué mas pudo hacer Dios en esta parte? Porque en este beneficio de la creacion te dió cuanto eres en cuerpo y alma. Y si faltándote un brazo te le dieran bueno y sano, quedáras muy agradecido, ¿porqué no lo estás á Dios, habiéndote dado brazos, y el corazon, y vida, y todo tu cuerpo y alma? Mira qué eras antes que Dios te diese el ser. Nada eras,

y ahora tienes el mejor ser de todo este mundo elemental. Y dicen los filósofos que del no ser al ser hay distancia infinita. Mira lo que debes á tu Criador, y verás que le debes infinito; porque fuera de haberte dado ser, y mas tan noble ser, te le dió con amor infinito, y con eleccion, escogiéndote entre tantos infinitos de hombres posibles que pudiera criar. Si para un cargo honroso se echaran suertes entre cien hombres, se tendria por muy dichoso el que saliese entre tantos. Mira tu dicha, pues saliste de la nada al ser entre infinitas criaturas posibles. ¿Esta dicha de dónde te vino sino de Dios, que te escogió entre tantos, y mas dejándose otros muchos que vió que le servirian mejor que tú si los criase? Mira qué mas pudo hacer Dios por tí, y no lo hizo, pues te entresacó entre tantos, no lo mereciendo, y prefiriéndote á otros, que se lo agradecieran. Fuera de esto, no solo te crió con eleccion, y dió tan noble ser, sino que no debiéndote la bienaventuranza sobrenatural te crió para ella, y dió por fin de tu naturaleza el mas alto que se puede imaginar, que es la eterna posesion de tu Criador. Bastaba haberte criado Dios para darte una bienaventuranza natural, conforme á tu naturaleza, pero por no dejar de hacer cuanto pudo te ordenó á la bienaventuranza sobrenatural, de suerte que no hay criatura que tenga mas alto fin que tú. Mira qué mas pudo hacer Dios por tí, y no lo hizo; mira qué debes hacer, mira á qué estás obligado. Por solo este beneficio debes no menear una mano, ni pestañear, que no sea por Dios. Un labrador que planta un árbol tiene derecho á todos los frutos de él; así Dios que te crió tiene derecho á todas tus obras, que son los frutos del hombre. Por eso de la túnica del Sumo Sacerdote, que representaba este beneficio de la creacion, colgaban muchas granadas, que es el mas noble fruto de los árboles; y está coronado, para significar cuan buenos frutos de obras santas has de hacer por Dios, coronadas todas con una perfectísima y purísima intencion. Mira tú si puedes hacer mas, porque Dios no pudo hacer mas que criarte para tan alto fin, no debiéndose la posesion de Dios á tu naturaleza flaca.

Pues con ser tan grande este beneficio de haberte criado, mayor es el de haberte conservado hasta este punto, y sufrídote sin echarte en mil infiernos por tus pecados. Esta gracia de la conservacion notó el Salvador cuando dijo que rodeó con cerca la viña, la cual fué para conservarla. Mira qué pudo hacer mas tu Criador en este punto de la conservacion que lo que ha hecho contigo, pues despues de ser tu enemigo te ha conservado como á amigo. Mira á cuantos, despues de haber pecado una vez, no ha conservado en esta vida, y tiene en el infierno; y algunos de ellos le fueran mas agradecidos que tú si los hubiera perdonado. Mira á tantos ángeles como al primer pecado despeñó del cielo, y no les esperó, y á tí te espera. Mira qué mas pudo hacer por tí; mira tú qué debes hacer por Dios; mira que le debes mas por la conservacion que por la creacion, porque en la conservacion le debes cuanto le debiste en la creacion, y fuera de esto le debes, que siendo tu enemigo te sufra y conserve. En la creacion, aunque no mereciste el ser, no lo desmereciste, pero en la conservacion lo desmereciste.

Sobre todo lo dicho es el beneficio de la Encarnacion, que nos significó Cristo con decir que el Señor de la viña le envió á su hijo. Mira si pudo hacer mas Dios por su salvacion que hizo por la tuya, enviando á su Unigénito Hijo al mundo para que encarnase por tí. Obra mayor no pudo hacer el omnipotente brazo de Dios. Mira como esto no lo hizo por los ángeles, y lo hizo por tí. Mira si cumples con menos que ser un serafin en su amor. Mira tambien que pudiéndote redimir con solo hacerse ángel, y rogando por tí, no quiso dejar de hacer esta honra á tu naturaleza, haciéndose hombre, y no ángel. Mira si pudo hacer mas por tu bien, pues pudiendo juntamente honrar los ángeles, y aprovecharte á tí, haciéndose ángel, no quiso, sino haciéndose hombre honrarte, junto con aprovecharte. Y si fuese verdad lo que dicen algunos doctores, que la caida de los ángeles fué porque habiéndoles Dios propuesto que habian de adorar á un hombre, que juntamente habia de ser Dios, y estar sobre todas las jerarquías, ellos no se quisieron sujetar al que era de inferior naturaleza. Mira qué debes á Dios por este singular favor, que se quiso hacer hombre por tí, porque tú no te perdieses, aunque perdiese él á tantos ángeles mejores que tú. Mira de donde te sacó por este beneficio, que fué del pecado y del infierno, y estando tu negocio desesperado, sin tener remedio humano. Mira adonde te ensalzó, á su gracia, y á ser heredero del cielo. Mira el modo con que hizo todo esto, con cuan singular amor, pues fué á costa suya, hasta anonadarse, como habla el Apóstol, por ensalzarte á tí, y haciéndose de tu naturaleza, sin ser esto menester, solo por hacerte esta honra, la cual no hizo á los ángeles. Mira qué mas pudo hacer Dios por tí, y mira tú qué mas podrias hacer por Dios.

Del beneficio de la redencion, por la pasion y muerte de Cristo, no se olvidó el mismo Señor, significándonoslo aun antes que muriese, diciendo que el hijo que envió el Señor de la viña fué muerto en la demanda. ¿Qué mas pudo hacer por tí el Hijo de Dios que morir, y derramar su Sangre por tu bien, y mas no siendo necesario para tu redencion? El encarnar Dios, ó hacerse ángel, necesario fué para que te redimiese con todo rigor de justicia; pero padecer y morir, no. Pues mira qué mas pudo hacer Dios por tí, pues hizo mas de lo que fué menester: ya que quiso padecer, no se contentó con padecer como quiera, sino tan ignominiosamente que no parece pudo padecer mas. Ponte delante de los ojos de Cristo crucificado en el monte Calvario; mira si es posible ni imaginable hombre mas infamado, pues fué ajusticiado públicamente entre los ladrones, á título de hereje y traidor, por doctrina falsa, y porque se hacia rey, como traidor al césar. Estos delitos son los que mas infaman, porque no solo infaman al que los comete, pero á todo su linaje. Mira con qué pobreza murió, si es posible otra mayor, para que veas si pudo hacer mas por tí de lo que hizo. Cuando vivia, no tuvo donde reclinar la cabeza, pero al fin tuvo vestidos que le cubrian honestamente; mas cuando murió aun los vestidos le faltaron; ni una gota de agua tuvo para refrigerar sus labios, ni la cabeza pudo reclinar, ni manos tuvo para tener; aun la tierra le faltó, muriendo sin tener en ella un pié. Mira con qué dolores espiró, pues de piés á cabeza fué una continua lástima, los

piés y manos atravesados con clavos, la cabeza con espinas; todo fué extremo, todo fineza, todo un excesivo amor, y hacer por tí cuanto pudo hacer. Mira tú lo que debes hacer y padecer por quien padeció y hizo por tí cuanto pudo hacer, pudiendo todo lo que quiso.

Despues de todos estos beneficios, considera el habérsete dado en comida y sustento en el Santísimo Sacramento, lo cual notó Cristo cuando dijo que el Señor de la viña edificó un lagar, por el vino en que te da su Santísima Sangre. Parece que para mostrarse finas con el hombre andaban en competencia las Personas de la Santísima Trinidad, digámoslo así, para declarar á nuestro modo lo que ni entenderlo como es en sí bastara un entendimiento de ángel. Podíase aplicar aquí lo que la antigüedad admiró en dos grandes pintores. Fué Apeles á Rodas para ver á Protogenes, y no hallándole en casa tomó el pincel, y echó una línea sutilísima, encargando que le dijesen que quien habia hecho aquella raya le habia buscado. Cuando vino Protogenes, y le dijeron el caso, tomó el pincel, y echó otra línea de diverso color por medio de la otra, y tornando á sus negocios dejó encargado que si le tornase á buscar aquel hombre, le dijesen que á quien habia buscado era el que habia echado la otra línea por medio de la suya. Parece no se podia imaginar mayor extremo y fineza que haber dado el Padre Eterno su Hijo, y entregádole á la muerte por los hombres. Pues por estos mismos extremos hizo el Hijo otro raro extremo, que es el Santísimo Sacramento, al cual llaman algunos extension de la Encarnacion, y es representacion de la pasion, y una cifra y memoria de las maravillas de Dios. Aquí verdaderamente echó el Hijo de Dios la raya de su amor, y parece que consumó los beneficios divinos, pues se dió á sí mismo por beneficio, y se entra en nuestro pecho á solicitar su amor. Celebró Anacreon que estando muy fuerte, y resistiendo á todas las saetas que le tiró el dios de amor, habiéndosele ya acabado todas se le tiró á sí mismo por saeta, y entrándosele dentro del pecho y entrañas le rindió. ¿Pues qué son los beneficios de Dios sino otras tantas saetas de amor, á que resistia el hombre? Quien no se rindió con el beneficio de la creacion, ni con el de la conservacion, ni con el de la encarnacion, ni con el de la pasion, ríndase con este, pues el mismo Hijo de Dios se entra en el pecho, se da por saeta, y se le entra hasta las entrañas, para solicitar su amor; y si no lo hace, ¿qué juicio de Dios le aguarda? Por eso dijo con razon san Pablo que quien llega á comulgar indignamente se come y bebe el juicio de Dios; esto es, que se traga todo el peso del juicio divino.

Mire ahora cuan espantable será el pecador, cuando le hagan cargo, no solo de todo lo que es, y de toda su vida, sino de lo que es Dios, de la encarnacion, pasion, vida y muerte de Cristo, que tantas veces se le ha dado en en el sacramento de su cuerpo y sangre. El homicida, que es en cargo la vida de un hombre, aunque fuese de un malhechor, teme si le prenden y sacan á juicio. Pues el que es en cargo la vida de Dios, ¿cómo no tiembla? ¡O qué tremenda cosa cuando entre una vil criatura en juicio con su Criador, y le pidan cuenta de la Sangre de Cristo, cuyo precio es infinito! ¿Qué descargo podrá dar á este beneficio, y á los demás de que le han de pedir cuenta rigurosa, desde el mayor

hasta el menor? ¿ Cuando le diga Cristo aquellas palabras de san Cri-
Chrys., hom. 24, in Matth., part. 38. sóstomo : « Yo , como tú no tuvieses ser, hice que tuvieses ser, y te inspiré el alma, y te puse sobre cuanto hay en la tierra. Yo por tí crié el cielo , aire, mar, tierra, y todas las cosas, y he sido deshonrado de tí, y tenido por peor y mas vil que el diablo; y con todo eso no cesé de hacerte bien, sino despues de todo esto te hice innumerables beneficios. Por tu causa, siendo Dios, me quise hacer siervo, fuí abofeteado, escupido, y condenado á un castigo de esclavos, y por redimirte de la muerte sufrí muerte de cruz, y en el cielo intercedí por tí, y te dí al Espíritu Santo , te convidé al reino de los cielos, quise ser tu cabeza y esposo, y vestido, y casa, y raiz , y comida y bebida, y pastor y hermano. Yo te escogí para heredero del cielo, y te saqué de tinieblas á la luz. » ¿A tantos extremos de amor qué podremos responder, sino estar atónitos y confusos de que hayamos sido tan desagradecidos, y dado ocasion al demonio para una de las mayores befas que pueda hacer á nuestro Redentor? diciéndole : Tú criaste á este hombre, naciste por él en pobreza, viviste en trabajos, y moriste con dolor. Yo no he hecho nada por él; antes le deseo mil infiernos, y quisiera haberle bebido la sangre, y con todo eso me ha dado gusto á mí, y no á tí. Tú le tenias aparejado un premio de eterna gloria; yo le quiero atormentar en el infierno, y con todo eso me ha servido á mí sin interés, y á tí no, con tan grande galardon como le prometiste. Vergüenza tuviera yo de haberle criado y redimido, pues él no la tuvo de desagradar á quien tanto debia; mas pues él no te quiso á tí , sino á mí , mio es y debe ser, pues tantas veces se me entregó.

No solamente ha de dar uno razon de estos beneficios generales, sino de los mas particulares, del buen ejemplo que vió, de la sentencia que oyó, de la inspiracion que sintió, de los sacramentos que recibió. Mucho tenemos que hacer para corresponder á todos. Temblemos aquel juicio estrecho, y temblemos de nosotros mismos, pues tanto nos descuidamos donde no basta todo cuidado. Y si no fuera por la sangre de Cristo, ¿qué seria de nosotros? Pero entonces no es tiempo de aprovecharse de ella , sino ahora ; y si ahora la despreciamos y ultrajamos , ¿qué será entonces de nosotros? No despreciemos ahora el tiempo de la vida , pues nos han de pedir tan estrecha cuenta de tantos beneficios; y uno de ellos es el tiempo de la misma vida , y de todos los bienes de ella. Miremos cómo usamos de todo , no perdamos tiempo , pues hemos de dar cuenta
Sofr., Prat. Spir., 59. de B. Thalil. de él. Esto hacia temblar al bienaventurado Talileo, llorando amargamente ; y preguntándole la causa de su llanto, respondió : El tiempo se nos ha concedido para hacer penitencia, y se nos ha de pedir estrecha cuenta si le despreciamos. No es nuestro aquello de que hemos de dar cuenta, no somos señores del tiempo, no dispongamos de él por nuestro gusto, sino por el servicio del divino. Aunque no tuvieran otra cosa los bienes temporales para no poner en ellos nuestra aficion , sino aspirar á lo eterno , bastaba esta sola consideracion de haber de dar cuenta del tiempo, y de todas las cosas temporales, no siendo señores de ellas. Y pues hemos de dar razon de cómo

las usamos por el gusto de Dios, no usemos nada sin razon, por solo nuestro gusto.

## CAPITULO V.

### Cómo aun en esta vida hace Dios rigurosísimo juicio.

Todo lo que hasta aquí hemos dicho del rigor del tribunal divino, cuando sea presentada el alma al fin de la vida delante de su Redentor, para que dé cuenta de toda ella, es menos de lo que será. Y así para que hagamos mayor concepto de ello, propondré aquí la severidad con que hace Dios juicio, aun de los que están en esta vida, cuando usa de misericordia, porque de aquí se rastree la que tendrá en la otra, donde ha de usar solo de justicia. Por el profeta Ezequiel dice á su pueblo: « Derramaré mi ira sobre tí, y llenaré en tí mi furor, y yo te juzgaré segun tus caminos, y te haré cargo de tus maldades, y no perdonarán nada mis ojos, ni me compadeceré, sino que te cargaré de todos tus pasos, y tus abominaciones estarán en medio de tí, y sabreis que yo soy el Señor que hiere. » Luego añade: « Mi ira será sobre todo el pueblo, la espada por defuera, y la peste, y hambre por de dentro. El que está en el campo morirá á cuchillo, y los que están en la ciudad serán tragados de la pestilencia y hambre. Salvaránse los que huyeron de ellos, y estarán en los montes como palomas de los valles, todos temblando en su iniquidad. Descoyuntaránseles las manos, y todas las rodillas se resolverán en agua, » por el gran pavor y asombro que les causará Dios enojado. Pero no es mucho que esto se hiciese en los pecadores que dejaron á Dios, pues en los que deseaban mirar por su honra se guardó todo rigor. Veamos cómo nos propone el profeta Zacarías al gran sacerdote, hijo de Josedec, que vivia entonces, y se hizo en él una representacion de este juicio. Porque estaba delante de un ángel, que hacia oficio de juez, todo vestido de unas vestiduras muy sucias, y tal que le llamó el Señor un tizon sacado del fuego, y á su lado estaba Satanás acusándole. Pues si en el acatamiento de un ángel estaba tan abatido y confuso este gran sacerdote, y deseoso de la gloria de Dios, que parecia un tizon requemado y negro del infierno, con las vestiduras inmundas y tiznadas, ¿cómo parecerá un gran pecador y menospreciador del servicio divino delante de su mismo Dios? Pero mas cumplidamente se nos significó esto en el Apocalipsi, donde hizo juicio Jesucristo de los siete obispos de Asia, que estaban vivos, y de ellos habia muy grandes siervos de Dios, y tan santos, como san Timoteo, discípulo querido del apóstol san Pablo, san Policarpo, san Cuadrato, san Carpo y san Sagaris, y todos de gran opinion de santidad. Veamos primero cómo estaba Cristo cuando hizo juicio de ellos, y luego el riguroso cargo que les hizo. Lo primero, para significar que no se le

Ezec., 7.

Zac., 3.

escondia nada estaba en medio de siete blandones, con antorchas encendidas, ó con siete lámparas que tenia cada uno, como estaba el candelero de oro del templo, y así causaban una grande claridad : demás de esto tenia el Señor siete estrellas en la mano, que tambien alumbraban mucho con su resplandor y rayos. Sobre todo esto, el rostro de Cristo era como el sol cuando está á medio dia en su mayor fuerza, que no dejaba átomo que no descubriese, y con tanta claridad de antorchas, estrellas y sol, no habia alguna sombra, para dar á entender que no se puede esconder nada, por mínimo que sea, á nuestro justo Juez, sino que todo se ha de ver, y todo como es en sí, con suma claridad. Pero no contento con tantos argumentos de la evidencia que ha de haber de todos los pecados, se añade que tenia Cristo los ojos como una llama de fuego, porque eran mas penetrantes que de lince, para ver todo y averiguar todo; y no menos para que entendiésemos la severidad y rigor con que mira los pecadores cuando quiere hacer juicio de ellos, que es con unos ojos de fuego. Esto por cierto bastaba para darnos á entender el rigor de su justicia, pero como es suma quiso declararlo con otra grande señal, que fué con una espada agudísima de dos cortes, muy afilada, la cual tenia en la boca, para significar que el rígor de sus obras seria aun mayor que el de sus palabras, aunque de sus palabras lo serian tanto, que eran como espada cortante. Al fin, todo estaba tan terrible, todo tan justiciero, que sin irle nada á san Juan Evangelista, ni hablar este rigor con él, porque no era él juzgado, le causó tan gran temor, que se cayó en el suelo como muerto de pavor y espanto. Pues si no mostrándose el Señor enojado con san Juan, solo porque le vió como lo estaba con otros, aunque queria usar con ellos de misericordia, le hizo caer de su estado, y quedar sin pulsos, ¿qué será cuando despues de esta vida se muestre enojado al pecador, y no habiendo ya de tener con él misericordia alguna? Creo que si las almas se pudieran morir, mil vidas les quitara tan terrible vista.

Veamos ahora qué hallaron los ojos de fuego con que examinó Cristo las obras de aquellos siete obispos, que con ser tales que el mismo Señor les llamó ángeles, halló mucho que reprehender en ellos, para que se verificase lo que se dice en Job, que halló en los ángeles maldad. ¿Quién dijera que en un san Timoteo, de quien hizo tanta estimacion y confianza el Apóstol, habia de tener cosa por lo cual fuese digno que Dios le quitase de su silla, y privase de su Iglesia de Efeso? Pues halló Cristo en él que era digno de eso, y así le amenaza que lo haria, si no se enmendase, y da de él muy vivas quejas, porque habia descrecido de su antiguo fervor; y así le exhorta que haga penitencia, como lo hizo, juzgándole por necesitado de ella. Mayores culpas halló en el obispo de Pérgamo, y en el de Tiatira, que fué san Carpo; y así los exhorta á hacer penitencia. Y porque se vea cuan diferentes son los juicios de Dios de los juicios humanos, aunque era tenido de todos por santo el obispo de Sardis, y tenia gran opinion de virtud, y hacia obras buenas, halló Jesucristo que no era santo, sino que estaba en pecado mortal. ¡O santo Dios! ¿quién no temerá si aquel que era tenido por án-

gel de los hombres fué reputado de Dios por un demonio? pero no es menos para temer lo que pasó con el obispo de Laodicea, á quien no le acusaba la conciencia de nada, y le parecia que cumplia con sus obligaciones, y que ejercitaba muchas virtudes, sin remordimiento de culpa grave, ó cosa de importancia. Con todo eso era tan al contrario en los ojos divinos, que le dice el Señor que era miserable, digno de compasion, pobre y desnudo de toda virtud, y ciego. Bien dijo el Sabio que no sabe el hombre si es digno de amor ú de odio. Y David con razon pedia que Dios le limpiase de los pecados que no conocia. ¡O Santísimo Señor, y rectísimo Juez! ¿cómo no os temen los hombres, pues por lo que ellos saben debian temblar; y por lo que vos sabeis de ellos, aunque ellos se tengan por justos, podreis á muchos condenar? Temblemos, que nos ha de pedir Dios cuenta de los pecados que no sabemos, como lo hizo en este obispo de Laodicea, y tambien de los pecados ajenos, como lo hizo con el obispo de Tiatira. Pero no solo alcanzan los ojos de Cristo á ver los pecados ocultos y ajenos, sino á descubrir los de omision. Y así reprehende las omisiones que tenia el obispo de Pérgamo, aunque en las obras buenas era muy fiel á Dios, buscando su gloria y la exaltacion de su santo nombre. En todo reparó Cristo, en las malas obras, así conocidas como ocultas, así propias como ajenas; y tambien en las obras buenas, porque no se hacian con fervor y perfeccion. Temblemos nosotros, pues en san Timoteo no halló obras fervorosas. Mas es, que en el santo obispo de Filadelfía, con ser irreprehensible, y no haber aflojado en nada, halló que reprehender, no por comision de obras malas, ni por omision de buenas, ni por remision de fervor, sino solo dice: « Porque tienes pequeñita virtud; » con ser verdad que tenia grandes merecimientos este santísimo obispo, por los cuales era amado de Dios, y muy favorecido. Pero como nuestras obligaciones sean infinitas, no hay virtud ni santidad que á su vista no parezca pequeña. Tan menudo y tan exacto como esto es el juicio divino, que de siete obispos, que eran tenidos por ángeles, halló en los seis que juzgar y reprehender; en uno negligencia, en otro inconstancia y desmayo, en otro flaqueza, en otro cansancio, en otro temor, en otro tibieza é imprudencia, y en los dos por lo menos que estaban en pecado mortal. Si en tales ángeles hallaron sus divinos ojos culpa, ¿en nosotros pecadores qué hallará?

Aprovechó tanto en estos obispos el saber que Cristo les habia juzgado, que se alentaron á gran fervor; y de los que se sabe quiénes eran consta que murieron santos, y como tales los venera la Iglesia. Sirva tambien á nosotros el saber que hemos de ser juzgados con igual rigor para no cometer culpa contra aquel á quien tanto debemos, para no tener tibieza en su servicio, y para hacer obras santas, perfectas y cumplidas. Temamos los tibios aquellas palabras que dijo el Señor á uno de estos obispos: « Ojalá fueras frio ó caliente; pero porque eres tibio, y no eres frio ni caliente, te comenzaré á vomitar de mi boca. » Apoc., 3. De esta amenaza nota un intérprete que es mas temerosa que si fuese de condenacion, porque tiene alguna cosa mas particular que la comun suerte de los réprobos, significada con la metáfora del vómito, que denota una

detestacion de Dios irreconciliable, un desamparo de su paternal providencia, una negacion de los auxilios eficaces, una gran dureza de corazon. Temblemos de esta amenaza del justo Juez, para que no perezcamos con su sentencia y condenacion. Temblemos tambien no oigamos de la boca de Cristo lo que dijo al obispo de Sardis: «No hallo tus obras llenas delante de mi Dios.» Miremos cómo es nuestra caridad, si acaso es llena; porque no estará llena si ama á este, y no á aquel. Si quiere solo al bienhechor, y aborrece al que le agravia. Si obra solo, y no sufre, mire si lleva las cargas de su prójimo, como si fueran propias, y si prefiere el gusto de otros al suyo; si abraza con deseo de agradar á Dios cosas muy penosas y duras, y ama no solo con palabra, sino con la obra; mira si tu humildad es llena, si no solo huyes las honras, sino que te abrazas con tu desprecio; si no solo no te antepones á nadie, sino si te pospones á todos; mira si tu paciencia es llena, si no se te da mas sufrir esto que aquello, si no solo sufres, sino que te quejas; mira cómo es tu obediencia, si acaso está llena, si obedeces en lo fácil, y no en lo trabajoso, si al igual, y no al inferior, si miras al hombre, y no á Dios, si es con repugnancia, ó con gusto; mira las demás virtudes, si las tienes llenas; de todo te han de pedir razon, procura darla buena; mira no te halles con tus obras huecas y vanas en el dia de la cuenta, porque te la han de tomar no solo si hiciste buenas obras, sino si las hiciste bien. Aun en esta vida nos castigará Dios por el descuido que tenemos; ¿qué será en la otra?

Saquemos fuerza de flaqueza, para que sirvamos con todas veras, y con todas nuestras fuerzas, á quien tanto bien nos hace. Mira lo que has recibido, para que sepas lo que has de dar; mira la grandeza de los beneficios que se te han hecho, para que sepas medir la fineza de tu agradecimiento; y como los beneficios de Dios fueron tan colmados y llenos, no sean nuestros servicios menguados y cortos. No se olvidó el Señor de acordar esta obligacion de sus beneficios á aquellos siete prelados, y así dice al obispo de Sardis: «Ten en tu alma de qué manera has recibido.» No dice lo que has recibido, sino la manera como lo has recibido; porque en los beneficios divinos no solo hay que agradecer la sentencia de ellos, pero su modo y circunstancia, para que nuestros agradecimientos no solo sean santas obras cuanto á su sustancia, sino tambien cuanto al modo y á todas sus circunstancias; sean no solo buenas, sino bien hechas, y cumplidas y llenas. Y si Dios nuestro Señor te hizo beneficios, amándote, tú sírvele con gran amor. Y pues Dios empleó su omnipotencia por tu provecho, tú emplea tus fuerzas y facultades por su gloria y servicio.

Apoc., 3.

## CAPITULO VI.

### Del fin de todo tiempo.

Fuera de tener fin el tiempo de esta vida, es muy para considerar el fin de todo tiempo, para que, pues la ambicion humana llega á traspasar los límites de la vida, deseando aun despues de ella honras y célebre memoria, sepa que aun despues de su muerte hay otro fin y muerte, en que ha de topar su memoria y desvanecerse como humo. Despues que uno acabe el tiempo de su vida, ha de acabar tambien todo tiempo, y con él se ha de acabar todo cuanto dejó en este mundo. Conozca que no son menos vanas las cosas que dejó para memoria suya despues de difunto que las cosas de que gozó viviendo. Levante uno soberbios mausoleos, erija estatuas de mármol, edifique populosas ciudades, deje numerosa familia, escriba doctísimos libros, imprima en bronce su nombre, fije con mil clavos su memoria; todo ha de tener fin. Las ciudades se hundirán, las estatuas se caerán, el linaje fenecerá, los libros se quemarán, tu nombre se borrará, y todo se acabará, porque se acabará todo tiempo. Importa mucho que nos persuadamos esto para desengaño de las cosas, porque no solo se han de acabar los gustos con la muerte, sino las memorias con el fin del tiempo. Y pues todo ha de tener fin, todo debe despreciarse, como perecedero y caduco. Ciceron, con ser tan deseoso de honra y fama, y como lo muestra en una larga carta que escribió á un su amigo, pidiéndole encarecidamente escribiese la historia de la conjuracion de Catilina en tomo aparte, para extender la fama de su nombre, pues él la habia descubierto, añadiendo que diese en ella algo á la amistad que tenian, y que la publicase en su vida, para que pudiese gozar vivo la gloria que de allí resultaba, con todo eso, considerando el fin que ha de tener el mundo, echó de ver que ninguna gloria ni memoria puede ser inmortal, y así dijo: « Por los diluvios é incendios de la tierra, que en cierto tiempo es necesario que acontezcan, no podemos alcanzar gloria, no digo eterna, pero ni duradera. » Sépase que en este mundo no ha de haber memoria inmortal, pues el tiempo es mortal, y el mismo mundo. Tiempo ha de venir en que no ha de haber mas tiempo; pero esta verdad es como la memoria de la muerte, que cuanto es mas importante tanto la piensan menos los mortales, y prácticamente no se la persuaden. Mas Dios, para que no faltase su providencia y cuidado de nosotros en esta parte, quiso se pregonase verdad tan importante con toda solemnidad; lo primero por su mismo Hijo, y despues por sus apóstoles, y aun por los mismos ángeles. Y así escribe san Juan en su Apocalipsi que vió á un ángel fuerte y poderoso que bajaba del cielo, teniendo por vestido una nube, y por diadema al

Cic., Epist. ad Luc. Tull.

Apoc., 10.

arco iris en la cabeza, con un rostro que resplandecia como el sol; los piés tenia como columnas de fuego, el derecho puso sobre la mar, y el izquierdo sobre la tierra, y dió una grande y espantosa voz como leon que brama, á la cual respondieron con otras espantosas voces siete truenos. Luego aquel prodigioso ángel, que estaba puesto de piés sobre la mar y la tierra, levantó la mano al cielo. ¿Para qué esta ceremonia? ¿Para qué tan extraño traje, y tanto aparato y ruido de truenos? Todo fué para promulgar la muerte de los tiempos; y para que mas persuadiese su infalibilidad, lo juró con un solemne juramento no solo con aquel fuero de levantar la mano, sino con una fórmula muy legítima de palabras de toda solemnidad, porque junto con levantar la mano juró «por el que vive en los siglos de los siglos, que crió el cielo y cuanto en él hay, que no ha de haber mas tiempo.» ¿Con qué mas se podia autorizar esta verdad, que ha de tener fin el tiempo, que con juramento tan solemne de un ángel tan autorizado y poderoso?

El peso y gravedad del juramento da á entender la consideracion de la cosa que afirma, así porque importa mucho entenderla como por lo que es en sí, porque ¿quién duda, sino que es cosa de grande espanto considerar cómo se ha de acabar el tiempo? Porque si el haber de morir un monarca ó príncipe de un rincon del mundo cuando lo pronostica un eclipse ó cometa, causa espanto, el haber de morir el mundo, y con él todo lo temporal, y el mismo tiempo, y esto pronosticado por un ángel con tan prodigiosa aparicion y espantosa voz, ¿qué espanto no debe causar? Es tan conveniente la consideracion del fin que han de tener todas las cosas, que solo por haberse de acabar este mundo bastaba para que las despreciásemos todos. Persuadámonos á esto, que no solo se ha de acabar esta vida temporal, sino que no ha de haber mas tiempo. Tiempo ha de faltar al hombre de su vida, y tiempo ha de faltar al mundo de la suya, cuyo fin no ha de ser menos horrible que lo es el fin del hombre: antes cuanta distancia hay del mundo, y todo el linaje humano, á un hombre particular, tanto mas espantosa ha de ser la muerte del mundo á la de un hombre solo. Y así son espantosas las profecías que hay del fin del mundo, que si no fuera el Espíritu Santo el que las dijo no se pudieran creer. Por lo cual Cristo nuestro bien, despues de haber dicho algunas de ellas á sus discípulos, porque parecian exceder á todo lo que se puede imaginar, acabó confirmándolas con aquel modo de juramento ó aseveracion, de que solia usar en cosas de grande importancia, diciendo: «Amen (esto es, por mi verdad) os digo que no se acabará el mundo sin que todas estas cosas se cumplan, porque el cielo y la tierra faltarán, mas mis palabras no faltarán.» Creamos pues que ha de acabarse el tiempo, que ha de tener muerte el mundo, y, si así se puede decir, desastrada; creamos, pues lo jura el ángel, y el mismo Señor de los ángeles. Así es, así, que aun las memorias mas inmortales de los hombres han de tener fin; pues el género humano le ha de tener, cuidemos solo de estar en la memoria eterna de aquel que no ha de tener fin. Y no menos despreciemos estar en la memoria de los hombres, que se han de acabar, que

Matth., 13. Luc., 22.

gozar los gustos de nuestros sentidos, que han de morir. Así como allegar tesoros en la tierra es engaño de nuestra avaricia, así tambien querer en este mundo eternizar nuestra memoria es error de nuestra ambicion. Los tesoros ha de dejar el avariento, sino que se los quite el ladron, y la fama y nombre ha de acabar con el mundo, si no es que la borre antes el olvido, ó quite la envidia. Todo lo que tiene fin es vano; y pues todo este mundo ha de tener fin, todo cuanto en él se estima es vano, y todo él es vanidad de vanidades. Lo eterno solo procuremos, y á lo eterno solo aspiremos, porque el justo solo estará en la memoria eterna de Dios, como dijo el profeta, porque la memoria de los hombres tan caduca y perecedera es como los mismos hombres. ¿Qué ambicioso de quedar en perpetua memoria no escogiera ser estimado de diez hombres que hubiesen de vivir cien años, antes que de mil que hubiesen de morir luego que él espirase? No estimemos sino estar en la memoria de Dios, cuya vida es eternidad; porque la memoria entre los hombres no puede durar mas que los mismos hombres, que morirán como tú; y así no puede haber memoria inmortal entre los que son mortales. Tambien es de grande importancia que haya de acompañar al fin del mundo el juicio universal que en él se hará de todos los hombres, donde se han de manifestar las cosas mas ocultas y secretas, para que no se fie el homicida que con la muerte que dió á su prójimo porque no descubriese su maldad, ella ha de quedar ocultada; ni se atreva á pecar nadie por falta de testigos, pues ha de saber todo el mundo aquello que si supiera otro hombre se muriera él de pena.

## CAPITULO VII.

### Cómo se han de alterar los elementos y cielos al acabarse el tiempo.

### § I.

Veamos pues el modo tan extraño del fin del universo, que por ser tan terrible se podrá echar de ver el abuso que tienen de sus cosas los hombres, y la vanidad y engaño de ellas, porque sin duda no tuviera fin tan desastrado el mundo si no fuera por la mucha malicia que en él hay. Escribió san Clemente Romano que aprendió de san Pedro apóstol cómo tiene Dios determinado un dia desde su eternidad, en el cual combatan con todas sus fuerzas, y, para decirlo así, de poder á poder, el ejército de todas las penas con el ejército de todas las culpas. Este dia se suele llamar en la Escritura dia del Señor, en que el ejército de las penas ha de dar batalla campal á las culpas, y acabar de una vez con ellas y con el mundo, donde han reinado. Y si la terribilidad de este dia ha de ser al paso de la multitud y gravedad de los pecados, no me espanto de cuanta terribilidad

Lib. Recog.

dicen de él las sagradas letras y los santos padres. Pero como en las guerras suele acontecer que antes de darse la última batalla se hacen primero varias correrías y escaramuzas, así tambien antes de aquel formidable dia en que se encuentren todas las penas con todas las culpas, enviará Dios por partes varias calamidades, que como caballos ligeros corran primero el campo, como se significó á san Juan en el Apocalipsi en aquellos soldados que vió salir en varios caballos, uno rojo, otro negro y otro pálido. Ya enviará hambre, ya peste, ya guerra, ya terremotos, ya inundaciones y diluvios, ya sequedades de tierra. Si estas cosas afligen ahora tanto, ¿qué será cuando haga la justicia divina el último esfuerzo, y toda criatura se arme contra los pecadores, siendo capitan general el zelo de la justicia divina, como lo declara el Sabio por estas palabras: « Tomará armas su zelo, y armará á las criaturas para vengarse de sus enemigos; vestirá por cota la justicia, y por morrion el juicio verdadero. Tomará por escudo la equidad, y aguzará una ira cruel por lanza, y peleará por él la redondez de la tierra; contra los insensatos irán derechos los tiros de los rayos que se arrojarán de las nubes, como de arco bien flechado y tirante, y saltarán á lugar cierto. Enviaránse granizos llenos de ira pedregosa (esto es, que servirá como de máquina y catapulta para arrojar piedras): embraveceráse contra ellos el agua del mar, y los rios combatirán duramente. Contra ellos estará un viento fortísimo, y como un torbellino los dividirá. » Bien temerosas son estas palabras, aunque no contienen mas que la guerra que han de hacer tres elementos contra los malos. Pero no solamente el fuego, el aire, el agua los han de aterrar, sino tambien la tierra y el cielo, como dicen otros lugares de la Escritura; porque todas las criaturas mostrarán el furor de aquel dia, enfureciéndose contra los hombres. Y si las nubes tirarán rayos y piedras á los pecadores, el cielo les tirará no menos balas que sus estrellas, que, como dijo Cristo, caerán de allá: y si el granizo tan pequeño como una china, por caer de las nubes suele destruir los campos y matar los animales, cuando caigan á pedazos las estrellas desde el firmamento ú otra region sublime, ¿qué estrago harán, y qué pasmo causarán en las gentes?

Sap., 5.

No es encarecimiento lo que dice el Evangelio que se secarán los hombres de temor de lo que sobrevendrá sobre el universo, porque así como en un hombre particular, que se dice mundo pequeño, cuando se ha de morir se turban dentro de él los humores, que son sus elementos; y los ojos, que son como el sol y la luna, se escurecen, y los demás sentidos como astros menores se descaecen, y la razon, que es como una virtud del cielo, se desquiciará de su lugar; de la misma manera en la muerte del mundo mayor, que es el universo, el sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, las estrellas se caerán, y sintiendo todo el mundo su muerte cercana, se estremecerá con horrendo sonido y estruendo, antes que se disuelva y espire. Si el sol, la luna y otros cuerpos celestes, que se tienen por incorruptibles, se han de alterar y escurecer tanto, ¿qué se hará en los elementos deleznables y tan corruptibles como el aire, agua y tierra? Si este mundo in-

Luc., 21.

ferior depende de los cielos, como dijeron los filósofos, alterados y despedazados los cuerpos celestes, ¿en qué estado pueden quedar los elementos cuando las virtudes de los cielos titubearán, y descaminadas as estrellas no acertarán á ponerse en su órden? ¿Cómo estará entonces el aire, sino turbado con arrebatados remolinos, lóbregas tempestades, horrendos truenos, y furiosos rayos? ¿Cómo estará la tierra, sino estremeciéndose con espantosos terremotos, abriéndose en mil bocas, y escupiendo volcanes de fuego? Serán tan espantosos los temblores de la tierra que no solo arrojará en el suelo las mas altas torres, sino que sepultará en sus entrañas las ciudades enteras, y se sorberá montes muy altos. ¿Pues la mar cómo se enfurecerá? Pondránse sus olas tan hinchadas y sublimes que parecerá han de anegar la tierra, y partes de ella inundarán. Dará tales bramidos el océano que aterrará á los que están muy apartados y metidos en el corazon de la tierra firme: por lo cual dijo Cristo «que habrá en las tierras aflicciones de las gentes, por la confusion del sonido del mar.» Luc., 1.

¿Qué harán en esta turbacion los hombres? Quedarán todos atónitos y pálidos como la muerte. ¿Qué consuelo tendrán? Estaránse mirando unos á otros; cada uno en su vecino se espantará de nuevo, viendo en él una imágen de la muerte. ¿Qué pavor y miedo concebirán con esto, temiendo el espantoso fin y suceso que tan horrendos prodigios y monstruosidades naturales significan? Cesarán entonces los comercios, estarán las plazas despobladas, los tribunales solos, ninguno habrá entonces ambicioso, no buscará nadie pasatiempo, ningun codicioso cuidará de sus tesoros, no habrá quien pare en los palacios de los reyes, aun de comer y beber no se acordarán, sino cada uno procurará escaparse de los diluvios, terremotos y rayos, buscando lugar seguro, aunque no lo hallará. ¿Quién hará allí caso de su linaje, quién de la nobleza de sus armas, y de su sabiduría y talento? ¿Quién se acordará allí de la hermosura que vió, del edificio que admiró, de lo agudo que leyó, de lo discreto que habló? Y si de sus cosas no hará memoria, ¿quién se acordará de las ajenas? ¿Qué memoria habrá allí de las hazañas de Alejandro Magno, de la sabiduría de Aristóteles, y de todos los mas afamados del mundo, cuya fama se quedará desde entonces sepultada para siempre, y morirá con el mundo por toda una eternidad? Los navegantes, cuando en una brava tempestad están á pique de hundirse, ¡cómo están asustados por ver alterado el elemento del agua! ¡qué afliccion tienen, cuantas plegarias hacen, cuan desinteresados de las cosas de la tierra, pues echan sus mismas haciendas en el mar! ¿Pues cómo estarán los hombres cuando no solo les espantará el mar con sus bramidos, sino el cielo y la tierra con mil prodigios? Cuando el sol se les ponga de luto, y cause horror con sus tinieblas, y la luna toda se ensangriente, y las estrellas se desgajen, y la tierra los sacuda de sí con la inquietud de sus estremecimientos, y los torbellinos furiosos los derriben de su estado, y los rayos espesos les asombren, ¿qué harán entonces los pecadores, por cuya causa se obrarán cosas tan espantosas?

## § II.

El pavor y asombro que ha de haber en el concurso de toda la naturaleza armada contra los pecadores, se podrá echar de ver por el espanto que han causado algunas mudanzas suyas en estas mismas cosas, que tenemos profetizadas han de suceder en el acabamiento del mundo, cuando han de venir de por junto, y cada una con exceso muy grande, para que cotejemos cuán espantosa será la junta de tantas calamidades, si la parte de algunas lo es tanto. Y empezando por la tierra, que parece el mas lerdo de los elementos, escribe el cardenal Jacobo de Papia lo que pasó en su tiempo en el año de 1436 á cinco de diciembre, que todo el reino de Nápoles se estremeció tres horas antes de amanecer, hundiéndose lugares enteros, y mucha parte de otros, con tanta gente que murió que fueron sesenta mil hombres los que perecieron, parte hundidos y tragados de la tierra, parte oprimidos de las ruinas de los edificios. ¿Qué seguridad pueden tener los hombres en esta vida, pues aun no lo están de la tierra que pisan? ¿Qué firmeza puede haber en el mundo, pues una sola cosa que hay en él firme es tan instable? ¿De dónde no nos podrá venir la muerte, pues nos nace de entre los piés? Pero no es mucho que con el terremoto de un reino se hiciese tanto estrago, pues el de una ciudad lo causó. Escribe Evagrio que la noche que se casó el emperador Mauricio, tres horas despues de haber anochecido, se estremeció con tan gran violencia la ciudad de Antioquía que se cayeron casi todos sus edificios, quedando sepultadas en ellos sesenta mil personas. Si en estos particulares terremotos estuvo la tierra tan cruel, ¿qué haria en el que sucedió en tiempo de Tiberio, del cual escribió Plinio que trastornó doce ciudades principalísimas de Asia, y las hundió? Aun mas temor pone lo que refiere Nicéforo, que sucedió en tiempo del emperador Teodosio, que duró por espacio de seis meses un terremoto continuo y horrendo, y tan dilatado que se estremeció con él casi toda la redondez de la tierra, porque llegó al Quersoneso, Alejandría, Bitinia, Antioquía, Helesponto, las dos Frigias, grandísima parte del oriente, y muchas regiones del occidente.

Jacob. Pap., in Epist.

Evagr., lib. 6, c. 8.

Plin., lib. 2, c. 48. Phleg., lib. 14. Sen., Natural. QQ., lib. 6. Nic., lib. 4, c. 46.

Y para que digamos tambien de la violencia del mar, aun contra los que están apartados de sus olas y seguros en sus casas, fué horrible el terremoto que cuenta san Jerónimo y Amiano Marcelino, que fué testigo de vista, y sucedió despues de la muerte del emperador Juliano; porque en él se estremeció toda la tierra, y los mares traspasaron sus términos, y como si volviera otra vez el diluvio, ó se tornara á envolver el mundo, y resolver en el caos que tuvo primero, se subieron las naves sobre los altos montes, y en Alejandría sobrepujaron sus mas altos edificios; y despues de sosegado el piélago quedaron los navíos sobre los tejados de aquella ciudad, como escribe Nicéforo, y en otras partes sobre altos riscos, como testifica san Jerónimo. Pero oigamos cómo lo cuenta Amiano Marcelino,

Hier., in vita S. Hil.

Nic., lib 10, c. 35.

cuyas son las palabras siguientes : «Estando aun vivo Procopio Tireno, á los veinte y uno de julio del año en que fué cónsul la primera vez Valentiniano con su hermano, se embravecieron de repente por toda la redondez de la tierra horrendos levantamientos de los elementos, cuales ni las fábulas fingieron, ni en las historias verdaderas se refieren. Poco antes de amanecer, estando el cielo cerrado con una tempestad de rayos, estremeciéndose toda la estabilidad del peso de la tierra, se conmovió, y arrojando el mar atrás se retiró con sus olas alborotadas, de tal manera que descubriendo la profundidad de su suelo se vieron mucha variedad de pescados tendidos en el lodo, viendo los rayos del sol aquellas profundidades que la naturaleza desde el principio del mundo hundió debajo de aguas inmensas, quedándose muchas naves en el suelo atascadas, y otras bamboleando en algunos arroyuelos de agua que en algunas partes se hicieron, de manera que pudieran coger con las manos á los peces. Las olas del mar, por el contrario, como enojadas de verse desterrar de su asiento natural, se embravecieron, y levantaron con furiosas avenidas contra las islas y otros largos trechos de tierra continentes, y estrellándose con gran violencia en los edificios de las ciudades, y donde quiera que los encontraban los arrasaban por el suelo, de tal modo que trocada la cara del mundo con la furiosa discordia de los elementos mostraba varias suertes de prodigios; porque rebelándose sobre la tierra de repente la inmensidad del piélago, murieron muchos millares de hombres ahogados; y cuando se retiraron las olas á sus asientos, y se sosegó el mar hinchado, se vieron los navíos destrozados, y los cuerpos muertos en aquel naufragio, unos boca abajo, otros mirando al cielo. A otros navíos muy poderosos dejaron las aguas sobre los techos de las casas, como aconteció en Alejandría; otros lejos de la orilla, como nosotros somos testigos de vista, porque pasando por Metion vimos allí una nave ya carcomida toda.» Toda esta lastimosa historia es de Amiano Marcelino. Am. Marc., lib. 20.

No es menos temerosa la que refiere Nauclero y Tritemio, que por el año de 1218 se entró el mar alborotado por Frisia, y murieron en medio de las olas y de sus casas mas de cien mil personas. Añade Lango que otra vez el año de 1287 tornó á entrar el océano furioso por aquella provincia, y no se retiró sin haber dejado ahogados ochenta mil hombres. No es mucho toda esta mortandad en una provincia, respeto de la que ha hecho la mar en una ciudad. Escribe Surio en sus comentarios del año 1509, que el dia de la Exaltacion de la santa cruz de setiembre se embraveció tanto el mar que está entre Constantinopla y Pera, que se levantó sobre los muros de una y otra ciudad con tan gran estrago que solo los turcos que murieron en Constantinopla llegaron á trece mil. Con estos ejemplos tan ciertos no era menester lo que escribe Platon, y aprueba Tertuliano y muchos autores de estos tiempos, que la isla Atlántida, que estaba en ese extendido espacio del océano que cae entre España y las Indias occidentales, y dicen era mayor parte del mundo que Africa y Asia, y estaba llena de gentes innumerables, con un Naucl., gem. 4. sub fin. Trit. Chron. Hiraug. Tert., Apol., 39.

horrendo terremoto, y con un diluvio de un dia y una noche, en que el cielo se deshizo en lluvias, y la mar traspasó sus lindes, quedó sepultada en el océano con todos sus habitadores. No quiero aprovecharme de esta historia para dar á entender la fuerza de los elementos airados contra el hombre, porque bastan las mas modernas que hemos referido con mayor fe y certidumbre, y son de bastante asombro las que en Frisia sucedieron, en que se ve la furia con que el mar encarcelado en sus términos sale cuando Dios le da alguna licencia para combatir los pecadores. ¿Qué será cuando mande el Señor de todo armar todos los elementos contra ellos, y toque al arma á toda criatura, para que vengue sus injurias en los hombres desagradecidos á sus beneficios infinitos?

Aun el aire, que es elemento tan blando y suave, en el cual vivimos, y con el cual respiramos, cuando le suelta Dios la rienda saca fuerzas de flaqueza, y son tan grandes que arruina lo que topa. Hase visto arrancar bosques muy poblados, traspasando los árboles á otras partes bien distantes. Surio escribe que á veinte y ocho de junio del año 1507 á la media noche se levantó en Alemania tal viento que hizo estremecer los edificios, y arrancó los techos de las casas, y los árboles de cuajo, y arrojó muy lejos. Conrado Argentino escribe que siendo emperador Enrico VI, vió él volar por el aire, espacio de una milla, vigas muy grandes que llevó el viento del chapitel de la iglesia de Maguncia, las cuales eran como vigas de lagar, y eran de madera pesada como la encina. Sobre todo, ¿á quién no espanta lo que dice Josefo en sus Antigüedades, y Eusebio Cesariense en la Preparacion evangélica, que la torre de Babilonia, que fué el edificio mas fuerte y prodigioso del mundo, con viento le derribase Dios? ¿Qué diré, cuan espantosas y pesadas tempestades han llevado de una parte á otra los aires, para castigar los pecadores con rayos y piedras, las cuales mataron en Egipto á todos los ganados, y en Palestina mató innumerable multitud de amorreos un granizo de extraña grandeza? Y despues acá se ha visto tan grande, que escribe Clavitelio que el año de 1524 cayó en Cremona tal granizo que era como un huevo de gallina. Y en el campo de Bononia el año de 1157 cayeron tan grandes piedras que pesaron veinte y ocho libras. Olao Magno afirma que en el septentrion ha caido granizo del tamaño de una cabeza de hombre. Y la Historia Tripartita, que en el año 269 vino sobre Constantinopla tal tempestad que el granizo era como peñascos. Por cierto que no es mucho que diga el profeta Ezequiel que caerán en el fin del mundo piedras inmensas. Y san Juan escribe que serán del peso de un talento, que contenia algunas arrobas. Tempestad que tal piedra arroja, ¿con cuan horrendos truenos resonará? En las tempestades de Scitia ha sucedido haber tan espantosos truenos, que han quedado muertas muchas personas de espanto. ¿Qué estruendo traerán aquellas últimas tempestades, cuando quiera Dios acabar el mundo?

Ovied., Hist. Ind., lib. 6, c. 3.

Sur., in Comm.

Conr. Arg., in Chron.

Exod., 9. Jos., 10. Eccl., 42. Lud. Clav., in Coru. Alap., c. 9. Exod. Olean. Mag., lib. 4, c. 22.

Hist. Trip., lib. 7, c. 22.

Ezec., 38.

Apoc., 16.

Todas las alteraciones pasadas de los elementos no son mas que esca-

ramuzas, ¿cual será la batalla campal que han de dar á los pecadores, cuando aun el cielo les tirará saetas, y tocará al arma con prodigiosos truenos, y se mostrará airado con horrendas apariencias? San Gregorio Magno escribe, como testigo de vista, que vió en una pestilencia de Roma que visiblemente caian del cielo saetas, y herian á los hombres. Juan Diácono declara que era lluvia de saetas. ¿Qué será cuando el aire y el cielo lluevan pedazos de estrellas? Asombróse el mundo cuando en tiempo de Irene y Constantino se oscureció el sol por diez y siete dias. Y en tiempo de Vespasiano por doce desaparecieron el sol y la luna. ¿Qué será en los últimos dias, cuando el sol cubra de luto tristísimo sus rayos, y la luna se vista de sangre, en significacion de la guerra que han de hacer las criaturas á fuego y sangre contra los que menospreciaron á su Criador: cuando por una parte se levante la tierra contra ellos, y como no pudiéndolos sufrir los sacuda de sí; por otra les embista la mar, y busque dentro de sus casas, y el aire no les deje estar seguros en los campos? Por cierto no será maravilla que pidan entonces á los montes que les cubran, y á los altos collados que les escondan en sus cavernas. Esto es mas para pensar que para poder explicar, y el solo pensarlo atemoriza. Gimen ahora las criaturas de verse usar mal del hombre en desprecio de su Criador; pero en aquel tiempo sacudirán el yugo, y se vengarán así de los agravios que las hacemos, y vengarán las injurias que hemos hecho al Criador de todo. Las violencias de los elementos y turbaciones de la naturaleza, que suceden antes del fin, no tienen que ver respeto de las que sucederán en los últimos dias del mundo, las cuales dice san Agustin que han de ser mas horribles y tremendas que las pasadas; pues si las pasadas son tales como hemos visto, ¿qué será entonces, y mas viniendo de por junto de todas partes, cuando esté rebelado todo el mundo contra los hombres, cuando todo ha de ser confusion, y el invierno se trocare en verano, y el verano en invierno; y ninguna criatura guarde ley fija para los que no guardaron la ley de Dios, para vengar á Dios, y vengarse á sí mismo?

Greg. Magn., lib. 4. Dial., 36.

Joan. Diac., in vita S. Gregor., lib. 1, c. 37.

Zon. in Irene. Plin., lib. 1.

## § III.

Pero para que se vea mas la espantosa alteracion que ha de haber de las criaturas, especificaremos algunas que pone san Juan en su Apocalipsi. Bien tremenda es la que dice en el capítulo octavo, de un granizo y fuego, con una lluvia de sangre tan general y copiosa que ha de abrasar la tercera parte de la tierra, y de los árboles, y toda yerba verde. Considere uno qué estrago será este, pues tan horrenda tempestad de piedra, fuego y sangre, ha de consumir, no solo una vega, no solo una provincia ó reino, sino tantos como pueden caber en la tercera parte de este mundo. ¿Qué pasmo causará en los hombres así el modo de aquella tempestad sangrienta como un estrago tan general del orbe? Pero no ha de parar en esto solo, porque luego se ha

Apoc., 8.

de ver en esos aires un grandísimo monte de fuego, todo ardiendo en vivas llamas, el cual caerá de golpe en el mar, cuya tercera parte convertirá en sangre, y abrasará tambien la tercera parte de los peces y naves, y de cuanto hay en el mar, el cual monte ó masa de fuego horrible, al caer en el mar se dividirá en varias partes, con afectos tan extraños como se ha dicho. Demás de esto se verá una estrella ó cometa de fuego prodigiosa, la cual arderá á modo de hacha, y caerá tambien, dividiéndose en varias centellas en los rios y fuentes, volviendo las aguas amarguísimas como ajenjos, y tan pestilentes que apestarán á los que bebieren de ellas, y morirán muchos hombres por haberlas gustado. Herirá juntamente un ángel al sol y luna y estrellas, y los descantillará, disminuyéndoles la luz la tercera parte, de suerte que al dia mas sereno le falte la tercera parte de claridad. Mas horrible cosa que todo lo pasado es que, despues de tantas calamidades reventará el abismo, esto es, el infierno, abriéndose una boca profunda, por la cual saldrá tan espeso humo que se escurecerá con él el sol y el aire. Saldrá juntamente de aquel humo del infierno grande multitud de disformes langostas, que se esparcirán en gruesos enjambres por toda la redondez de la tierra, las cuales, dejando los campos, las yerbas y sembrados, han de hacer presa solamente en los hombres infieles á Dios, á los cuales por cinco meses les han de estar atormentando mas rabiosamente que escorpiones. Estas langostas entienden unos doctores á la letra que han de ser cierto género de verdaderas langostas, y aunque de extraña figura y mordacidad. Otros dicen que han de ser demonios del infierno en figura de aquellas langostas. Y no será maravilla que en la destruccion del mundo se aparezcan los demonios en forma visible, pues en la destruccion de Babilonia se aparecieron en varias figuras de bestias, como profetizó Isaías. De cualquiera manera esta plaga ha de ser tan cruel que dice san Juan que buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán, y que desearán morir, y la muerte huirá de ellos.

Apoc., 9.

Les., de Perf. div., lib. 13, c. 18.

Corn., in Apoc.

Isai., 13 et 34.

Otras muchas plagas horrendas habrá en aquellos dias últimos; porque así como antes que anegase Dios á los gitanos, y librase á su pueblo, envió á Egipto tan horrendas plagas como se cuenta en el Exodo, así tambien, antes que anegue á los pecadores en aquel diluvio y mar de fuego, que ha de cubrir la tierra de donde han de salir libres los santos, precederán tanto mas horrendas plagas cuanto es mas el mundo que Egipto, porque no solo llegarán á convertirse los rios y fuentes en sangre, pero todo el mar, cuyas olas serán una sangre muy negra. Enviará tambien el Señor terribles dolores y llagas á los hombres, y el sol les ha de abrasar, de manera que les haga salir de sí, y algunos malos se volverán contra Dios, y le blasfemarán, como si ya estuvieran en el infierno. Fuera de esto, los elementos se han de alterar tan extrañamente como significa san Juan en el Apocalipsi de la tierra, de la cual refiere varios terremotos, y no siendo el mayor el que cuenta en el capítulo sexto, dice de él tales cosas que pone espanto. Sus palabras son estas: « Hízose un gran terre-

moto, y el sol se puso negro como un saco de cilicio, y la luna como sangre; las estrellas cayeron del cielo sobre la tierra, y de la manera que una higuera arroja sus brevas cuando la combate un recio viento; el cielo se retiró como un libro, ó pergamino enrollado, y todos los montes é islas se movieron de sus lugares.» Dejo á la consideracion de cada uno qué harán en este conflicto los hombres que quedaren vivos. San Juan dice que los reyes y príncipes, los ricos, los fuertes, los esclavos y los libres, se esconderán en las cuevas, en las piedras de los montes, y dirán á los montes y piedras: Caed sobre nosotros, y escondednos, etc. Aun otro mayor terremoto dice el mismo san Juan que habrá, que será el mayor que ha habido en el mundo, en el cual se hundirán las islas, y los montes se allanarán: habrá horrendos truenos y relámpagos, y caerá del cielo tal piedra que los granizos serán de un talento, esto es, de cinco arrobas cada piedra, porque un talento hebreo pesaba ciento y veinte y cinco libras romanas. Tal granizo como este dice san Juan que caerá sobre los hombres. Esta plaga, junta con tan extraño terremoto, ¡cómo tendrá atónitos á los que quedaren vivos!

Apoc., 6.

Apoc., 16.

## § IV.

¿Pues qué será, cuando despues de todo esto vendrá aquel fuego abrasador, profetizado en las Divinas letras, que ó bajará del cielo ó subirá del infierno? Y segun Alberto Magno, será uno y otro, el cual irá abrasando y consumiendo cuanto hallare. ¿Qué harán los miserables cuando vean aquel rio de llamas, ó por mejor decir inundacion y diluvio, que se les vaya acercando, y no tengan donde acogerse? ¿Qué les podrá valer allí, sino la vida santa? Porque todo lo demás acabará aquel general incendio del universo, que entonces empezará. ¿Qué aprovechará á los mundanos sus vajillas de oro y plata, sus ricos bordados, sus tapicerías preciosas, sus jardines compuestos, sus altos palacios, y cuanto en el mundo estiman? ¿Qué les podrá aprovechar lo que verán arder con ellos mismos? Porque á sus ojos verán quemarse los brocados de sus tapicerías, derretirse las piezas mas ricas de oro, y abrasarse sus amenos y floridos huertos, y sin poderlo remediar, ni poderse librar á sí mismos, todo se abrasará, y con esto morirá el mundo, y cuanta memoria y fama en él hubo. Porque lo que pensaban los mortales que tenian inmortal entre los hombres, entonces acabará de morir. Ya no se citará á Aristóteles en las cátedras, ya no se alegará Ulpiano en los tribunales, ya no se leerá Platon entre los eruditos, ya no imitarán á Ciceron los oradores, ya no se admirará Séneca entre los entendidos, ya no se alabará Alejandro entre los capitanes, porque ya murió toda su fama, y se olvidó toda memoria. ¡O vanidad de los hombres, cuya memoria es tan vana como ellos mismos, la cual á pocos años perece, y la que mas durare no puede durar mas que el mundo, el cual ha de

P. Gran., de Nov. Alb. Magn., in Comp. Theol.

tener no menos dichoso fin que el que hemos dicho! ¿Qué se hizo la estatua de oro macizo que colocó en Delfos Georgias Leontino para eternizar su nombre; y la de Gabrion dorada en Roma; y la de Beroso, con su lengua de oro, de Atenas; y otras innumerables que se levantaron á diversos capitanes, de bronce y mármol durísimo? Por cierto muchos años ha perecieron, y si no hubieren perecido perecerán en este incendio: solo á la virtud no podrá abrasar ningun fuego.

Trescientas y setenta estatuas levantaron los atenienses á Demetrio Falereo, por haber gobernado diez años su república con gran demostracion de virtud y prudencia; pero fué tan poco durable esta memoria, que las mismas prendas de ella, que levantó el agradecimiento, destruyó la envidia, y el mismo que vió levantar sus estatuas en tan gran número las vió tambien derribar; pero tuvo este consuelo, que podrian tomarle los cristianos, porque viendo como echaban en tierra sus imágenes dijo: Por lo menos no podrán derribar las virtudes por cuya causa se me levantaron. Si fueron verdaderas virtudes, dijo bien, porque estas no podrán derribar la envidia, ni el poder humano destruir, y, lo que mas es, ni el poder divino las consumirá en este estrago del mundo, antes eternizará en su memoria eterna á cuantos perseveraren en ellas muriendo en su gracia. Solo la caridad y virtud cristiana no se acabará, aun despues de acabado el mundo. De los triunfos de grandes capitanes, que vencieron á poderosos reyes, bien poco duró su vista, y su memoria poco mas. Aun ahora ¿qué pocos son los que saben que Metelo triunfó del rey Yugurta, Aquilo del rey Aristónico, Atilo del rey Antíoco, Marco Antonio del rey de Armenia, Pompeyo del rey Mitrídates, y Aristóbulo y Jarba Emilio de Perseo, Aurelio emperador de Cenobia, reina de los palmerinos? Pues si esto apenas lo saben mas que los libros mudos, y el papel muerto, ¿cuando este tambien se acabe cómo quedará su memoria? ¡Cuantas historias ha ya consumido el fuego, y no se sabe mas de ellas que si no hubieran pasado! Ni aprovecha obrar ni escribir para hacer inmortal la memoria de los hombres. Aristarco escribió mas de mil comentarios diversos, y ya no ha quedado un renglon suyo. Crisipo escribió setecientos volúmenes, y aun no ha quedado una hoja de ellos. Teofrasto escribió trescientos volúmenes, y apenas duran tres ó cuatro. Sobre todo esto es lo que se dice de Dionisio gramático, que llegó á escribir tres mil y quinientos libros, y ya no tenemos de él ni una plana. Mas es lo que Yamblico testifica del grande Trismegisto, que compuso treinta y seis mil quinientos y veinte y cinco libros, y es como si no hubiera escrito una letra, porque cuatro ó cinco pliegos que andan con su nombre aun no son suyos. Ni libros ni librerías no deja el tiempo en pié, aun antes que se acabe el mismo tiempo. El rey Ptolemeo allegó una grandísima librería en su corte de Alejandría, ayudándose para ello de Aristóteles, y despues de Demetrio Falereo: recogió en ella cuantos libros pudo de Caldea, Egipto y Roma: llegó hasta setenta mil cuerpos; pero en la guerra civil de los romanos pereció con el incendio que causó Julio César. Otra rara librería de los griegos, de Policrates y Fiastro, la despojó Jerjes. La librería de Bizancio, que tenia ciento y veinte mil

libros, tambien se quemó en tiempo de Basiliseo. La de los romanos del Capitolio, con un cayo que rayó en tiempo de Cómodo, se resolvió en ceniza. ¿Y ahora qué tenemos de la librería de Pérgamo, donde habia doscientos mil libros? aun antes del mundo mueren las cosas mas constantes del mundo. ¿Y qué mucho que las memorias del papel se quemen, pues las de bronce se derriten, y las de mármol se deshacen? Aquel prodigioso anfiteatro, que levantó de piedra Estabilio Tauro, se quemó en tiempo de Neron, y no se pudo defender el duro mármol de la blandura de las llamas. Las grandes riquezas de Corinto, de oro y plata acendrada, con un incendio se derritieron, no pudiendo estos preciosos metales ni por su dureza resistir ellos, ni por su estima hallar quien los defendiese. Pues si este fuego particular hizo tal estrago en el mas florido tiempo del mundo, ¿aquel incendio general que ha de acabar con el universo cómo acabará con todo?

Lips., in Amph.

## § V.

Consideremos el pavor y estrago que causa una grande quema, para que por aquí veamos lo que causará la quema universal del mundo. ¿Qué lástima habria en Roma cuando se abrasó por siete dias? ¿Qué alaridos resonarian en Troya cuando se vió toda arder en mil llamas? ¿Qué asombro y llanto habria en Pentápolis cuando fueron abrasadas sus ciudades con fuego del cielo? Unos dicen que fueron diez ciudades, Estrabon que trece, Josefo y Lira que cinco: lo que es de fe, que fueron cuatro por lo menos las ciudades que con todos sus habitadores quedaron abrasadas. ¿Qué lágrimas habria en Jerusalen, cuando vió envuelta en fuego y humo la casa de Dios, la joya de su reino, y la maravilla del mundo? Y, para que nos acerquemos mas á nuestros tiempos, cuando un rayo del cielo, que cayó en la ciudad de Stokolmo, insigne emporio de Suecia, levantó tal fuego que la abrasó casi toda, quemándose en ella mil y seiscientos hombres, los demás, que era multitud innumerable, con mujeres y niños, queriendo escapar por mar del incendio, y cargando demasiado los navíos, se anegaron todos. Juzgue uno qué sentiria aquella gente, cuando vieron quemarse sus casas y hacienda, sin poderlo remediar, y que el marido oia los gemidos de su mujer, y el padre los de sus hijos, que se estaban abrasando, y que no los podia librar. Y el que se hallase cercado (sin pensar) de llamas por todas partes, y que dando voces nadie le venia á favorecer, ¿cómo tendria el corazon? Pues los que fueron forzados á huir del fuego de la tierra á las aguas del mar, ¿con qué susto y apresuramiento entrarian á embarcarse? ¿Qué pasmo les causaria, cuando trastornado el navío se viesen pelear con las olas del océano, por quererse escapar del incendio de su patria? ¿Qué aprieto será el de aquel incendio general, pues los que escaparán de los tormentos, de las inundaciones del mar, de las furias de los torbellinos, de los rayos del cielo, vendrán ahora á parar en el fuego, en

Steph., lib. de Urb. Strab., lib. 16.

Lor. (Sap., 10).

Hib. Krant. Suec., lib. 5, c. 33.

aquel diluvio de llamas, que lo abrasará todo, y acabará con hombres, y con las memorias de los hombres? De los que fueron antes del diluvio, con haber quedado en pié el género humano, si no es de los pocos que cuenta la sagrada Escritura, no sabemos nada de ellos, y por heróicos hechos que algunos hubiesen hecho, y ganado por ellos fama incomparable, allí quedó sepultada en las aguas, y no hay mas de ellos que de los que nunca nacieron. Pues no ha de ser mas poderosa la fama de los que ahora resuenan en los oidos del mundo, Ciro, Alejandro, Anibal, Scipion, César Augusto, Platon, Aristóteles, Hipocrates, Euclides, porque no quedando mundo no quedará fama en él; con este fuego acabará todo su humo.

No sin conveniente proporcion ha de parar el mundo en fuego, pues está ahora todo lleno de humo. Pocas comparaciones hay que mas declaren lo que es el mundo que lo que aprendió san Clemente Romano de san Pedro apóstol. Dice que el mundo es como una casa llena de humo, el cual ciega los ojos, y no deja ver las cosas; así es que este mundo con sus engaños nos ciega, para que no veamos las cosas como son: la ambicion y honra humana, de que está lleno, no es mas que humo sin sustancia ni tomo, que ciega nuestros entendimientos, para no conocer la verdad, y no es maravilla que venga tanto humo á parar en llamas. El humo de los montes Vesuvio y Etna, cuando vienen á parar en fuego, y revientan en prodigiosos incendios, han espantado al mundo, y rios de fuego han corrido de sus volcanes. El Vesuvio está junto á Nápoles, y ha salido su fuego con tal ímpetu algunas veces, que las cenizas han llegado hasta Constantinopla y Alejandría, como testifican graves autores. Del monte Etna escribe san Agustin que sus cenizas hundieron á la ciudad de Catania. En nuestros tiempos, cuando ha reventado el Vesuvio, ha atemorizado á los mas apartados y seguros solo con su fama; y ahora recientemente año 1578, cuando á tres de junio, cerca de la isla de San Miguel, una de las Terceras, reventó fuego debajo del mar, de altura ciento y cincuenta brazas, y venciendo todo el peso de tantas aguas llegaban las llamas á las nubes, hizo temblar aun á los que estaban mas distantes. ¿Pues con qué furia saldrá aquel incendio general del orbe? La parte que saliere del infierno ú debajo de la tierra llenará el mundo de cenizas, antes que le envuelva en sus llamas; y la parte que bajare del cielo ¿qué ímpetu y violencia traerá? Porque si un solo rayo espanta, ¿aquella lluvia de fuego cómo parará al mundo? El sobrino de Abrahan, Lot, con tener segura su conciencia y promesa de los ángeles de Dios que por su causa no se abrasaria la ciudad de Segor, para que él se guareciese en ella, estaba tan espantado del fuego (aunque no lo vió) que cayó sobre las otras ciudades de aquel valle de Pentápolis, que no teniéndose por seguro se acogió á los montes. ¿Pues qué consejo tomarán entonces los pecadores, que tendrán la conciencia contra sí, y verán abrasarse el orbe? ¿Dónde irán á guarecerse, pues ningun lugar estará seguro? Subirán á los montes, pero allí les perseguirán las llamas; bajarán á los valles, y allí les acometerá el fuego; encerrarse han en los

Clem. Rom., Epist.

Zona in Tit. Proc., lib. 2. Bibl. Got.

Aug., lib. 3, de Civit., 39.

castillos y ciudades mas guarnecidas de fosos y murallas, mas allí les buscará la ira de Dios, y aquel incendio saltará los fosos, y abrasará las piedras vivas, y acabará hasta sus nombres, pues ha de acabar con todo.

Fuera del desprecio de todo cuanto estima el mundo, que hemos de sacar de este incendio suyo, podremos echar de ver lo abominable que es el pecado, pues para purificar Dios al mundo de las inmundicias que le han pegado nuestras culpas, le quiere limpiar con fuego como antiguamente le lavó con las aguas del diluvio; tales son nuestros pecados, que por solo haberse cometido en el mundo es el mismo mundo condenado á que muera. ¿Qué se hará de los mismos pecadores? Pero de este fuego tan tremendo escaparán los santos que entonces hubiere vivos, para que se vea que fué por los pecados, y que nada puede aprovechar sino la virtud y santidad. No podrán escapar al rico sus riquezas, ni al robusto sus fuerzas, ni al astuto sus industrias, y solo librarán al justo sus virtudes. No habrá remedio de librarse de este incendio por mar en navíos, ni por tierra por uña de caballo, porque á las mismas aguas abrasará, y á la mejor posta alcanzará; solo la santidad y caridad defenderá á los siervos de Cristo, á los cuales todas las tribulaciones de aquellos tiempos servirán para purificar sus almas, porque satisfaciendo con ellas por sus pecados, purgarán con merecimiento lo que en el purgatorio habian de hacer sin él. Notó Alberto Magno la conveniencia de los elementos, con que determinó Dios acabar dos veces con el mundo. La primera vez lo hizo por agua, contra el fuego de la carne, y ardor de la concupiscencia, que tan enormemente tiranizó toda virtud antes del diluvio universal. La segunda vez lo ha de hacer con fuego, contra la frialdad de la caridad, que en los dias últimos del mundo ya envejecido ha de haber. Pues así como del diluvio de aguas solo el casto Noé, porque fué muy continente en el matrimonio, y antes castísimo, escapó con sus hijos y mujeres, que guardaron castidad todo el tiempo que estuvieron en el arca, así tambien en el incendio último del mundo no morirán en él los justos que estuvieren llenos de caridad. No vinieron las aguas del diluvio sobre el que no tuvo el fuego del amor carnal, ni acabará este diluvio de fuego á quien tuviere el fuego del amor divino.

Les.. de Perf., Div. 10, lib. 14.

## CAPITULO VIII.

**Cómo debia el mundo acabarse con fin tan espantoso, y en que se hiciese juicio general de todo él.**

### § I.

El tener fin las cosas temporales era bastante causa para su desprecio, porque todo lo que ha de venir á no ser está muy cerca del mismo no ser,

y dista muy poco de la nada, lo cual debe tenerse en poca mas estimacion que la nada. Pero añádese á esta condicion del fin la circunstancia tan notable del modo del fin tan espantoso y terrible que han de tener las cosas, como habemos visto, y para eso me he detenido tanto en declararle, para que se echase de ver en este modo de remate tan extraño lo que ha añadido nuestra malicia, con el abuso que de las cosas tiene; porque las hemos puesto tales con nuestros vicios, que son mucho menos, por culpa nuestra, que ellas son por condicion suya; y así son como están ahora muy para despreciarse. Los deleites naturales mas puros y menos dañosos son por su naturaleza que los ha hecho la malicia humana, volviéndolos mas costosos, mas peligrosos, mas difíciles, y así menores, cuanto mas tienen de riesgo y de dificultad; porque no puede dejar de haber alguna pena donde se ve peligro, y cuanto hubiera de pena ó cuidado se quitare de gusto, porque tanto menos dulce será la miel cuanto en ella se mezclare de hiel, y un generoso vino, revolviendo con él un poco de vinagre, se corrompe: en lo cual se echa de ver el desacierto de nuestro apetito, que por aumentar gustos los ha disminuido, y no ha inventado menos penas que ha procurado fabricar contentos, queriendo añadir nuevos gustos á los que nos señaló la naturaleza. La gula ya no se contenta con el manjar, busca tambien el color y olor. No se contenta con que se guise la comida, sino que se ha de pintar. Ni solo se contenta con que se pinte, sino quiere tambien que se adobe con varias aromas; ya no solo sal ó azúcar ha de sazonar lo que se come, sino ámbar y algalia. Ni se contenta el tacto con el abrigo del vestido; busca tambien el color, la forma y la costa; porque siendo el vestido para cubrir y abrigar los miembros humanos, mas se gasta en su hechura, para que parezca bien á otros, que para que abrigue á quien le trae, y de la necesidad de la naturaleza tomó ocasion para alimentar los vicios, y sirven mas los vestidos á la soberbia y ambicion del ánimo que á la desnudez del cuerpo.

¿Pero qué mucho no nos contenten estas cosas con su uso natural, si nuestra misma naturaleza no nos contenta por sí misma, y se buscan artificios con que se adultere? Tíñense el cabello, no solo las mujeres, sino los hombres. La cara se quiere desmentir, y la estatura, y con injuria del Criador se atreve la criatura á hacerse de otra manera que Dios la hizo. Tampoco las riquezas se miden ya por la necesidad humana, ni aun por la comodidad, sino por la arrogancia, y no tanto se mira en su adquisicion y uso por la vida y gusto cuanto por el fausto, por el cual gastando mas quieren muchos perder el uso de ella; porque siendo las riquezas para remedio de la necesidad, lo que con su uso bastara para quitarla, su abuso la aumenta. Y así suele ser que los mas ricos son los que carecen de mas cosas, y los mas poderosos sienten mayor necesidad, y están mas empeñados. La honra y fama están tan adulteradas que no solo se desea por las virtudes, sino tambien por los vicios. Todos estos abusos de las cosas son delitos del mundo, que ha hecho mas trabajosa y peligrosa la vida humana, que ella lo es por su necesidad y condicion; y así convino que el mundo tuviese fin de tanto estruendo,

pues su abuso ha sido de tanta desvergüenza, y que juntamente se haga juicio de todo él en los que de cosas tan despreciables han apreciado y sustentado en hombros su vanidad y locura. Los filósofos antiguos pusieron la felicidad del hombre y la virtud en vivir segun la naturaleza. ¿Pues qué contento puede haber donde se han inventado todas las cosas de la vida con artificio y malicia, y tan fuera de lo que la naturaleza pide? ¿Y qué virtud puede haber en quien viviere conforme á tanta malicia? Pero considerando los cristianos que no solo deben vivir segun la naturaleza, sino segun la gracia, á imitacion de Cristo, echarán de ver cuan justo es que se les tome cuenta del abuso de las cosas tan contra el gusto divino.

## § II.

Y así, no solo es lo que hemos dicho en el capítulo pasado lo que hay de terror y espanto en el fin de todo tiempo, sino tambien la cuenta de él, que ha de tomar Dios á todos los mortales; porque así como en muriendo un hombre particular se hace de él juicio particular, así tambien en muriendo el mundo se ha de hacer de todo él juicio general. Y así como lo mas terrible de la muerte de uno es haber de tomar Dios en ella cuenta de toda su vida, así tambien lo mas terrible del fin del mundo es la cuenta universal, y juicio estrecho que Dios ha de hacer en él de todos. Cuando pida cuenta al linaje humano de sus beneficios divinos, y haga juicio del abuso de ellos, y de todos los pecados de los hombres, dándoles á entender lo que los pecadores fueron para con Dios, y lo que Dios fué para con ellos, esta sola verdad conocida, como es, ha de ser mas terrible cosa para los malos que cuantas plagas precedieron antes, de terremotos, inundaciones, tempestades, langostas, pestes, hambres, guerras, rayos y fuegos. Y así dijo bien Guido Cartusiano que la mas terrible cosa de aquel dia ha de ser la verdad que se ha de manifestar contra los pecadores. Y sin duda ninguna, ni los truenos estupendos, ni el bramar furioso de los mares, ni otro prodigio de aquel último tiempo, así ha de aterrar á los malos como ver la razon que Dios tiene para ser servido, y la poca razon que ellos tuvieron para no servirle. Convino pues mucho que despues del juicio particular que se hace en cada hombre, se haga un juicio universal de todos, en que Dios muestre al mundo la razon que en todas las cosas tiene, y dé satisfaccion general de su justicia, aun á los condenados, y á los mismos demonios. Tambien porque con la muerte del hombre no suelen morir todas sus cosas, porque queda despues de él su memoria, como notó santo Tomás, quedándole los hijos, quedan muchas obras suyas, quedan sus ejemplos, queda su cuerpo, y quedan las cosas en que puso su aficion. Todas estas cosas es razon que entren en el juicio entero que se ha de hacer del hombre, para que no piense que solo le han de tomar cuenta de su vida, sino lo que deja despues de ella. La memoria y fama de uno, despues de la muerte, muchas veces no corresponde al merecimiento de la vida, y es

Guido Cart., in med.

Thom., part., 2. q. 95, art. 39.

justo que este engaño se deshaga, y que el virtuoso, á quien no estimó el mundo, le reconozca por tal, y que al que tuvo fama y gloria, sin tener el mérito de ella, se le trueque en confusion y vergüenza.

¡O qué engañados se hallarán los ambiciosos, que por dejar nombre de sí no guardaron con otros justicia, ni consigo virtud! ¡Cómo se les trocará su gloria en ignominia! Veamos algunos, que han llenado al mundo con su fama, los cuales padecerán mayor afrenta cuanto la honra que el mundo les hizo fué mayor. ¿Quién mas gloriosos en el mundo que Alejandro Magno y Julio César, á los cuales honró sobre todos los mortales, por valientes, continuándose esta gloria por tantos siglos? ¿Qué hicieron sino injusticias, y tiranizar lo ajeno, sin título ni derecho, y derramar sangre de muchos inocentes, por hacerse señores de la tierra? Todas estas acciones fueron viciosas, y así indignas de honra, fama y memoria entre los hombres; por lo cual, pues han estado en su memoria y admiracion tantos centenares de años, ha de caer sobre ellos un dia tanta ignominia y confusion, que recompense toda la honra pasada, que indignamente tuvieron, y ellos viciosamente desearon. Fué esta ambicion con tal extremo en Alejandro, que oyendo decir á Anaxarte filósofo que habia muchos mundos, suspiró con grande sentimiento, diciendo: ¡Miserable de mí, que aun no soy señor de uno! Esta diabólica ambicion fué alabada de muchos por grandeza de ánimo, siendo la mayor ambicion del mundo, pues no cupo en él, y con un solo deseo tiranizó muchos mundos, y cometió millones de injusticias: y así será castigado con ignominia pública de todos los hombres del mundo, no solo porque se recompense la fama que indignamente posee, sino tambien el mal ejemplo que á otros dió, principalmente á Julio César, que así como le imitó en la tiranía, lo hizo en la ambicion y deseo de honra vana; el cual viendo en Cádiz, cuando estaba por cuestor en España, una estatua de Alejandro, suspiró, diciendo: ¡Ay, que en la edad que Alejandro habia ya sujetado á toda la Asia, yo no he hecho cosa de importancia! Por cosa de importancia tuvo tiranizar todo el mundo, y por ser él señor cautivar á su patria. De la misma suerte Aristóteles, tan celebrado por sus escritos, en los cuales se desveló por ganar gloria, y por alcanzarla mayor refutó á otros filósofos poco ingénuamente, tomando sus palabras en diverso sentido que ellos les dieron. No fué este su trabajo digno de gloria, pues no fué virtud trabajar por la gloria, y con tan poca sinceridad y llaneza, y así le espera igual confusion á la honra que le hacen ahora; y pues echó en vergüenza á Teodecte su discípulo su ambicion, le causará á él mayor confusion. Dió Aristóteles á este su discípulo Teodecte unos libros de arte oratoria, para que lo publicase; mas despues, envidioso de que se llevase la honra otro, publicó que eran suyos; y así en otros libros que escribió se alega á sí mismo, diciendo: «Como lo dije en los libros de Teodecte.» En esto se echa de ver la ambicion de gloria de Aristóteles, y que así fué indigno de ella, y pagará con justa ignominia la injusta gloria que hoy tiene; de suerte que no solo son vanos los de-

Val. Max., lib. 8.

Fulg., lib. 8.

Val. Max., lib. 8.

seos de memoria y fama entre los hombres, por haberse de acabar con el mundo toda memoria, y tener fin con las demás cosas la fama; pero tambien porque se ha de satisfacer la gloria no merecida, y pretendida con empacho y confusion igual, equivaliendo la afrenta de un dia á la honra y fama de millares de años; porque no podrán en diez siglos ser admirados de tantos los hombres mas famosos de la gentilidad, de cuantos serán confundidos en un dia. ¡Cuantos no conocen ahora que ha habido Alejandro en el mundo, ni han oido decir en su vida á Aristóteles, y en aquel dia le conocerán, no por su fama, sino por su confusion! A Alejandro afamado y honrado le ignoran ahora mas gentes que le conocen. Los japones, los chinos, los cafres, los angolanos, y otros extendidísimos pueblos y naciones del orbe, y no saben quién fué, y en aquel último dia sabrán que fué un ladron de reinos, salteador público del mundo, gran bebedor, y mayor ambicioso.

Lo mismo que en la memoria y fama ha de pasar en los hijos, en los cuales, dice santo Tomás, viven los padres, y de muchos buenos salen hijos malos, al contrario de los malos nacen hijos buenos, y serán en aquel dia confusion de los que los engendraron, la cual tendrán tanto mayor cuanto menos buen ejemplo les dieron, y del malo que tomaron, no solamente los hijos, sino los extraños, ha de hacer riguroso juicio el Señor; y no solo del ejemplo, pero de cuanta ocasion de mal hubieren dado á otros, principalmente en las obras malas, ó con el efecto de ellas, que quede despues de la muerte: como del engaño de Ario, dice el angélico doctor, y de otros hombres engañados, nacieron varios errores y herejías, hasta el fin del mundo. Conviene que se vea en el último dia de los tiempos el daño ó bien que en todo tiempo hubiere ocasionado uno, y cuide de sus obras, no solo por sí, sino tambien por los otros. Es terrible cosa lo que nota Cayetano sobre este artículo del angélico doctor; que aun aquellas cosas que son *por occidente*, como hablan los teólogos, esto es, las que son sin querer, ni pretenderlas, se extiende el juicio divino.

Thom.. super.

Thom., part. 3, quæst. 59.

Advierte tambien santo Tomás que por razon del cuerpo que queda despues de la muerte, conviene que se repita el juicio de cada uno en el universal de todo el mundo; porque muchos cuerpos de hombres justos han sepultado las fieras en sus vientres, ó quedado sin enterrar; al contrario, grandes pecadores han tenido suntuosos entierros, y magníficos sepulcros: esto se ha de recompensar en aquel dia del Señor, y el pecador que gozó rico mausoleo verá su cuerpo miserable sin resplandor ni lustre, antes afligido con intolerables tormentos; mas el justo que murió sin sepultura, y comido de las aves, estará con resplandores del cielo, y con un cuerpo muy glorioso, llevando el malo mayor confusion, por la honra que gozó su cuerpo. Consideren esto los que consumen costosas impensas en edificarse grandes túmulos, y vistosas urnas, grabando en mármoles sus nombres, hechos y dignidades; será todo para mayor confusion y pena, si fuesen condenados. De esta vida no se han de llevar sino las buenas obras, y á las malas que hiciere uno en vida no añada el de la gloria vana en buscar despues de muerto glo-

Plin., lib. 50, c. 13.

ria. ¿Qué tendrá el rey Porsena de lo que grabó y afligió á su reino, para edificarse á sí un sepulcro, dejando en él por una rara y suntuosa obra testimonio de su locura y soberbia? Tambien el emperador Adriano, la gloria de su sepultura, con que parecia ilustrarse toda Roma, se le trocará en afrenta. Ultimamente, enseña santo Tomás que las cosas temporales en que cada uno puso su aficion, porque unas duran mas tiempo despues de muerto, y otras menos, han de entrar en el juicio divino. Miremos bien en qué cosas ponemos el corazon, pues nos podrán servir de castigo con el cumplimiento de nuestros mismos deseos. Las cosas de la tierra, que mas amamos y deseamos que duren, si no duran, será justo castigo de nuestra aficion terrena; y si duran, temamos no sea en premio temporal de alguna obra buena, y se nos disminuya ó quite el eterno. Demás de esto, porque no solo pecó el alma del hombre, sino todo el hombre en cuerpo y alma, conviene que cuerpo y alma sean juzgados, y parezcan ante el tribunal de Cristo, y que sea esto en publicidad, para que nadie se fie para pecar del secreto, pues ha de ser publicado su pecado, y sabido de todos los hombres del mundo, que son, fueron y serán. ¡Terrible caso! Que este paso del juicio divino, que segun dijimos del santo Job les parece á los santos mas terrible que padecer los tormentos del infierno, con todo eso ha de ser dos veces, y repetirse trance tan amargo á los pecadores, siéndoles aun la segunda vez de mayor confusion que la primera.

## CAPITULO IX.

### Del último dia de los tiempos.

### § I.

Para venir á tratar el modo cómo se ha de hacer este juicio universal de todos los tiempos y hombres, se ha de suponer que el fuego que ha de preceder antes que baje Cristo para hacer justicia general del mundo, se ha de continuar en su asistencia y venida: y despues de subido á los cielos con todos los justos, ha de acabar de purificar los elementos, como advierte Alberto Magno, y se colige de varios lugares de la Sagrada Escritura. Tambien se ha de suponer que esta venida ha de ser la de mayor terror y majestad que haya hecho persona divina por sí misma, ó por alguna criatura; porque si por solo dar la ley un ángel, que representaba á Dios, vino al monte Sinaí con tal majestad que hizo estremecer al pueblo hebreo, con estar apercibido para ello, y muy purificado, cuando venga el mismo Señor de la ley á tomar cuenta de ella, ¿con qué aparato, majestad y terror aparecerá de repente á los hombres, que han de ser juzgados en el último dia de los tiempos, en el cual se han de presentar todos?

Alb. Magn., Comp. Theol., lib. 7, c. 15. Les., de Perf. Div., lib. 13, c. 23 et 30.

El dia en que se dió la ley fué muy memorable á los hebreos, y este dia final, en que se tomará cuenta de la ley, ha de ser horrible, y quedará en eterna memoria de los hombres. Pues para decir lo que ha de pasar en él, digamos primero lo que pasó en el que se dió la ley, para que de la horribilidad del uno colijamos la terribilidad del otro; y de la majestad con que vino un ángel entendamos la majestad con que vendrá el Señor de los ángeles. A los cincuenta dias despues de haber salido los hijos de Israel de Egipto, despues de haber sucedido tan espantosas plagas en aquel reino, y sepultándose en las aguas del mar Rojo todos los gitanos infieles que les seguian, y estando los hebreos alojados cerca del monte Sinaí, se vió que venia por los aires de muy lejos, esto es, desde el monte Seir, que está en Idumea, un señor de grande majestad, acompañado de infinita multitud de ángeles, tanto que David cantó que rodeaban á su carroza diez mil ángeles. Y Moisés dijo que millares, y traia en su mano derecha la ley toda de fuego. Este que venia tan autorizado y rodeado de soberanos espíritus no era el mismo Dios, sino un ángel, como advirtió san Esteban, el cual era san Miguel, que por venir en nombre de Dios se llama en la Sagrada Escritura Señor, y venia con tanta guarda y acompañamiento. Venia sobre espesas nubes, que arrojaban rayos, y resonaban con espantosos truenos. Desde el monte Seir vino hasta el monte Farán, que cae en la tierra de los ismaelitas, y de allí vino tambien por el aire con la misma majestad, y desencajándose de su asiento muchos collados, y estremeciéndose los mas altos riscos, hasta llegar al monte Sinaí, donde estaban los de Israel; los cuales al amanecer del alba se asombraron y estremecieron, oyendo de repente truenos horrendos, y viendo relampaguear infinitas veces una nube muy negra y densa, que cubria el monte, con una lluvia, torbellino, y tempestad grande, como dice el Apóstol, y trastornándose las cumbres de algunos montes. Y juntamente resonó una trompeta tan vehementemente que tembló todo el pueblo, que estaba en sus reales. Todo el monte humeaba, porque bajó en él aquel ángel con tan grande fuego que llegaba el incendio desde la tierra hasta el cielo, del cual salia humo tan negro como de un horno de cal, y estaba tal todo el monte que aterraba con su vista, y con haberse estremecido todo como un grande terremoto, estaban al pié de él los hebreos temblando de espanto; y el sonido de aquella trompeta iba siempre creciendo mas y mas, con que aumentaba su pavor y miedo. Y habiéndose mandado al pueblo por Moisés que no se llegase alguno al monte, porque no se muriese (tanto como esto queria ser respetado aquel ángel), empezó á promulgar la ley con voz espantosa: porque no cesando los truenos horrendos, ni los relámpagos espantosos, ni la sonora y penetrante voz de la trompeta, pronunció la ley el ángel con una voz tan viva y levantada que, sobrepujando al estruendo de los truenos y ruido de la trompeta, resonó tan clara y distintamente que todas las personas de los reales hebreos, que estaban extendidos por aquellos campos, con los

Deut., 33. Parl., lib. 6, Itin., 5. Psal., 65.

Deut., 33.

Act., 7.

Deut., 3.

Exod., 19.

Hebr., 13. Deut., 4.

cuales habia innumerable multitud de egipcios, que se habian convertido y seguídoles, llegando todos á millones de almas, la oyeron, percibieron y entendieron con toda claridad, porque era tan penetrante que se les imprimió en las entrañas, hablando con cada uno como si él fuera solo, causando en todos tan gran reverencia, estremecimiento y pavor, que pensaron morir si pasara mas adelante el hablar el ángel. Y así pidieron por gran merced que no les hablase mas, si no es por medio de Moisés, porque temian morir. Pero el mismo Moisés, con estar acostumbrado á ver y hacer tantos prodigios, y ser de un ánimo muy grande y generoso, confesó su temor, diciendo: « Aterrado estoy y temblando, » como notó san Pablo.

Deut., 8.
Hebr., 12.

Considere uno qué dia tan memorable seria este para aquella gente, en que vieron tales visiones, y oyeron tales voces, que sintieron tales terremotos, y se estremecieron con tan notable pavor que pensaron morir. ¿A quién no espantaria ver por esos aires, y tan de lejos, que venia aquel ángel con tan grande majestad, y acompañado de tanta multitud de espíritus, y viniendo con tantos truenos y rayos y lluvia, parar en el monte Sínaí, que estaba tan cerca de los hebreos; y luego ver temblar todo el monte, y arder en llamas, y cubrirse de humo con una niebla densísima, y oir el sonido espantoso de aquella trompeta, y sobre todo la voz tremenda del ángel, con que promulgaba la ley? No me espanto por cierto del temor que tuvieron en dia tan prodigioso con tantos prodigios. Pero no tiene que ver con el dia en que vendrá el mismo Señor de los ángeles á pedir cuentâ de su ley; porque despues de haber enviado al mundo mucho mayores plagas que fueron las de Egipto, y abrasado con aquel diluvio de fuego á los pecadores del mundo, quedando vivos los santos que en él hubiere, para que se cumpla literalmente el haber de venir Cristo á juzgar los vivos y los muertos, perseverando aun aquel incendio del mundo, á vista del valle de Josafat se romperán los cielos, y bajará el Redentor del mundo á juzgarlo, con una majestad inmensa; porque todos los ángeles del cielo le han de venir acompañando en forma visible con resplandores admirables. Irá delante del Juez de vivos y muertos su señal, que será, como dice san Juan Crisóstomo, y otros muchos doctores, la propia cruz en que redimió el mundo. Los justos que estuvieren vivos (porque será tan grande la fuerza de su espíritu que llevará tras sí el cuerpo pesado, como vemos que ha acontecido á algunos santos) se levantarán en el aire para recibir á su Redentor, como dijo el Apóstol, el cual al salir de los cielos, con una voz que se oiga por todo el mundo, pronunciará este mandato: « Levantaos, muertos, y venid á juicio. » Y cuatro ángeles con unas trompetas intimarán lo mismo en los cuatro hemisferios del mundo con tanta vehemencia que llegará su voz hasta los abismos infernales. Entonces saldrán del infierno las ánimas de los condenados, y entrarán dentro de sus cuerpos, los cuales desde aquel punto padecerán los terribles tormentos del infierno. Saldrán tambien del limbo las ánimas de los que murieron con solo el pecado original, y poseerán sus cuerpos

Chrys., t. 3, de Serm. de cruc. et latr. Vald., lib. 4, tit. 20, c. 150. Gran., de Nov. tr. Gret. ser. Val. Joan., 5. Les., lib. 18, c. 2.

sin pena ni tormento. Vendrán tambien las ánimas de los bienaventurados, y llenarán á sus cuerpos de los cuatro dotes de gloria, volviéndolos mas resplandecientes que el sol, y con el dote de agilidad se juntarán con los justos que quedarán vivos despues del incendio del mundo, y se levantarán en el aire en cuerpo pasible; y así no pudiendo sufrir un cuerpo mortal los afectos de su corazon, que tendrá muy vehementes, de gozo, deseo, reverencia, amor, y admiracion de Cristo, morirán, y al improviso verán la Esencia divina, y serán sus almas con gran presteza unidas otra vez á los cuerpos, antes que puedan tener corrupcion, ni aun caer al suelo; los cuales quedarán desde entonces gloriosos, porque en aquel instante que murieren serán purificados de los malos humores y cualidades que tienen ahora nuestros cuerpos, para lo cual convino que muriesen, y entre tanto se limpiasen de toda hez, y restituyéndoseles el alma bienaventurada recibiesen los cuatro dotes de gloria. Considere uno qué efectos tan diferentes pasarán aquí por las almas de los hombres; ¿quién podrá explicar el gozo de las almas santas, cuando se vean tomar posesion de sus cuerpos tan hermosos y bellos, habiendo estado antes comidos de gusanos ó fieras, ó deshechos en ceniza y polvo, algunos por cuatro mil y cinco mil años? ¿Qué gracias darán á Dios, que despues de tan largo tiempo se les restituya su antigua compañía? ¿Y qué parabienes darán las almas de los que vivieron en aspereza, y penitencia al cuerpo, por las aflicciones y rigores que padeció, por los cilicios, disciplinas y ayunos que observó? Al contrario las ánimas de los condenados, ¿qué rabia tendrán con sus mismos cuerpos, pues por regalarlos, y darles gusto, fueron ocasion de sus tormentos y desdicha eterna? Como los miserables condenados no tendrán el don de agilidad, no podrán por sí mismos ir al lugar del juicio, y así serán llevados mal de su grado temblando ellos de pavor.

## § II.

Estando, pues, los réprobos en este valle de Josafat, y los predestinados en el aire, acabará de llegar el Juez sobre el monte Olivete, á quien servirán de carroza las nubes. Vendrá Cristo con su cuerpo glorioso, echando de sí resplandores tan incomparables que en su comparacion será el sol un carbon; porque aunque los predestinados resplandecerán como el sol, los sobrepujará tanto la luz y claridad de Cristo cuanto ahora excede el sol á las estrellas; lo cual será una vista admirable, y mas con el acompañamiento que traerá, porque será de cuantos espíritus soberanos hay en el cielo, los cuales como son millones de millares, y tomarán de aire cuerpos muy resplandecientes, conforme á la jerarquía y dignidad de cada uno, llenarán toda la region del aire y fuego, y cuanto espacio hay hasta el cielo, con admirable variedad y hermosura. Asentaráse Jesucristo en un trono de grande majestad, hecho de una nube blanca y bellísima, que echará de sí luces admirables; mostrará un rostro muy

Zac., 11.

apacible para los buenos, y con ser uno mismo será terribilísimo á los malos. De la misma manera de sus llagas sacratísimas saldrán rayos de claridad muy suaves y amorosos para los justos, pero para los pecadores serán como de fuego y de ira, y llorarán amarguísimamente, por lo mal que se aprovecharon de ellas. Será tan grande la majestad de Cristo que los miserables condenados, los mismos demonios, por mas odio que le tengan, se le sujetarán y adorarán, y mal que les pese le conocerán por su Dios y Señor, hincándole la rodilla los que mas blasfemaron y ultrajaron su nombre; cumpliéndose aquí totalmente la promesa que el Padre Eterno le hizo de sujetar todas las cosas, y poner á sus enemigos debajo de sus piés, y que toda rodilla se le hinque. Aquí verán los judíos, con gran confusion suya, al que crucificaron. Aquí verán los malos cristianos al que tornaron á crucificar con sus pecados. Aquí verán los pecadores tan glorioso al que despreciaron por una vileza de la tierra. ¿Qué pasmo será ver aquel Rey de tanta gloria, que fué el mismo que padeció tantas ignominias en la cruz, y despues las padeció de aquellos mismos que redimió con su sangre? ¿Qué dirán entonces los que por burla coronaron al Señor con espinas, y dieron por cetro una caña, y vistieron de una ropa colorada, vieja y rota, y le abofetearon y escupieron en la cara? ¿Y qué dirán los que, proponiéndoseles Cristo por delante con toda su pasion y muerte penosísima, no les hizo nada fuerza, y cometieron contra él tantos pecados, no haciendo mas caso de su sangre derramada por su bien que si fuera de un tigre, ó de su mayor enemigo? No sé cómo la memoria de esto no nos parte el corazon, y mueve á grande compuncion. Tomemos el consejo de un santo padre del yermo, al cual como preguntase uno qué haria para ablandar su corazon, respondió que se acordase cuando habia de parecer delante del Señor, que le habia de juzgar; cuya vista será tan espantosa á los malos que dijo otro santo monje que si posible fuera morir las almas en la venida del Hijo de Dios á juicio, todo el mundo se quedaria muerto de espanto y pavor.

Psal., 109. 1. Cor., 15. Philip., 2.

In Vita PP.

Al lado de Cristo se pondrá otro trono de grande gloria para su Santísima Madre, no para abogar entonces por los pecadores, sino para que se confundan de no haber querido valerse de su amparo, y ella quede honrada delante de todo el mundo. Estarán tambien al rededor de Cristo otros tronos para los apóstoles y otros santos pobres de espíritu, que dejaron todas las cosas por Cristo, los cuales han de asistir con su Redentor como jueces, condenando con su vida ejemplar la vida escandalosa de los pecadores, y aprobando la sentencia del Supremo Juez, y declarando en su nombre su grande justicia, con la cual quedarán pasmados de admiracion y espanto los malos, y sucederá aquí lo que tantos años há tiene profetizado el Sabio: «Viendo los malos á los justos que fueron mas despreciados en vida tan honrados, se turbarán con un temor horrible, y se maravillarán de su salvacion tan no esperada, diciendo entre sí con gran dolor, y gimiendo de angustia y pena: Estos son los que algun tiempo nos fueron materia de risa y mofa; nosotros insensatos y necios pensábamos que su gloria era

Sap., 5.

locura, y que su fin habia de ser sin honra. He aquí que son contados entre los hijos de Dios, y su suerte es entre los santos: luego errados anduvimos del camino de la verdad, y no nos amaneció la luz de la justicia, y el sol de la sabiduría no nació para nosotros. Cansámonos en el camino de la maldad y perdicion, y anduvimos por veredas muy difíciles; pero ignoramos el camino del Señor. ¿Qué nos aprovechó la soberbia, y qué bien nos trajo el fausto de las riquezas? Pasáronse todas estas cosas como sombra, y como un correo que pasa de corrida, y como una nave que atraviesa el agua inestable, de la cual no queda rastro despues de haber pasado, y somos consumidos en nuestra malicia.» Los tiranos que afligieron y martirizaron á los mártires, ¿cuando les vean gloriosos qué dirán? Los que atropellaron la justicia y derecho de los pobres de Cristo, ¿qué harán cuando los vean ser sus jueces? ¿Y qué harán, y qué dirán entonces los inicuos jueces, viéndose aquí condenados por sus injustas sentencias? Cumpliendo lo que dijo Salomon: «Vi un grande mal debajo del sol, que en el trono del juicio estaba la impiedad, y en lugar de la justicia la maldad; y dije en mi corazon: Dios ha de juzgar al bueno y al malo, y entonces se verá quien es cada uno.» Acá en esta vida el justo y el pecador no tienen siempre el lugar que merecen; muchas veces el malo ocupa la mano derecha, y el santo la izquierda. Cristo deshará estos agravios, y apartará el trigo de la cizaña, y á los buenos pondrá á su mano derecha, levantados en el aire, para que todo el mundo los honre como santos; y á los malos pondrá á la izquierda, dejándolos en la tierra para que todos los desprecien y confundan. ¿Qué envidia tendrán los pecadores á los buenos, cuando los vean tan honrados, y á sí tan despreciados? ¿Qué confusion tendrá un rey cuando vea en tan alta honra á su vasallo, y un señor cuando mire á su esclavo entre los ángeles, y á sí que está en igual abatimiento con los demonios? Porque tambien parece que tomarán cuerpos aéreos los demonios, para ser vistos sensiblemente de los malos, y estarán entre ellos, para mayor afrenta y tormento suyo.

Eccl., 3 et 10.

Les., de Perf. div., lib. 13, c. 22.

## § III.

Luego se abrirán los libros de las conciencias, y se publicarán los pecados de todos; veránse los secretos del corazon, y los pecados torpes de la obra, que se cometieron á escondidas, y los que por vergüenza se callaron en la confesion, ó se encubrieron con excusas. Manifestaránse las intenciones torcidas, las traiciones ignoradas y virtudes fingidas. Conoceránse allí los amigos fingidos, las mujeres adúlteras, los criados infieles, los testigos falsos, con grande confusion de verse descubiertos: porque si ahora tanto siente uno que se murmure de él, ó que su hecho infame se diga á los hombres, ¿cómo se sentirá que se publiquen todos juntos á todos los hombres y ángeles? ¡Cuantos hay que si supieran que sabia su padre y hermano lo que habian cometido de secreto, ó pensaban

cometer, se moririan de pena! Mas en aquel punto lo sabrán sus padres, sus hermanos, sus amigos y enemigos, y todo el mundo con una grande confusion. Manifestaránse tambien las buenas obras de los justos, por secretas que las hicieron, sus santos pensamientos, piadosos deseos y puras intenciones; y las obras santas, que el mundo tuvo por malas, y por locura, y así las calumnió; pero en aquel punto serán honrados por ellas. Veráse allí con toda hermosura la virtud, que es admirable; y el pecado con toda su fealdad, que es horrible. Allí se verá cuan decente y hermosa cosa fué el humillarse uno siendo grande, el callar siendo injuriado, el perdonar siendo agraviado, y el rendirse y sujetarse á otro; al contrario se verá cuan insolente y horrenda cosa es el querer atropellar á otros, el injuriar al humilde, el querer vengarse y señorear á todos. Descubriránse tambien las buenas obras que hicieron los malos, para mayor afrenta suya, por no haber perseverado en el bien; y acordándose de los buenos consejos que dieron á otros que se salvaron por ellos, quedarán avergonzados por no haberlos tomado para sí. Y aunque tambien los pecados de los justos serán publicados, será juntamente con la penitencia que hicieron y el bien que de ellos sacaron: de suerte que no les sean de confusion, sino motivo de alabanzas divinas de aquel Señor, que les quiso perdonar. Será gran despecho y confusion de los malos ver en tanta honra á los que hicieron iguales pecados, y aun mayores que los suyos, por haber hecho con tiempo penitencia, la cual ellos despreciaron. Acrecentará la confusion de los pecadores los cargos que interiormente les hará Dios de sus beneficios divinos, á lo cual ayudarán los mismos ángeles de la guarda, que darán testimonio de lo mucho que hicieron para disuadirlos, y desviarlos de su mala vida, y cómo ellos fueron rebeldes á sus santos avisos é inspiraciones. Tambien los santos les acusarán porque se rieron de sus consejos, otros por el peligro en que se vieron con los malos ejemplos que les daban.

Abul. Matth. Jansen. sensu. Sot. Les., lib. 13, c. 22, et alii.

Pronunciará luego el justo Juez con voz sensible la sentencia en favor de los buenos, con estas palabras amorosas: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que se os aparejó desde la creacion del mundo.» ¿Qué gozo será el que sentirán en esta ocasion los santos? ¡Y cómo se les romperá el corazon de envidia y despecho á los pecadores! y mas cuando vean se pronuncia contra ellos la sentencia contraria, hablándoles Cristo con la severidad que significó el profeta Isaías cuando dijo: «Sus labios están llenos de indignacion, y su lengua como fuego voraz.» Mas terrible que todo fuego y tormento les parecerá á los miserables la voz del Hijo de Dios cuando les diga: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y sus ángeles.» Quedarán con esta sentencia aterrados y cubiertos de confusion y llanto. Con solo oir la voz enojada de san Pedro quedaron muertos Ananías y Safira; ¿qué harán los malos oyendo la voz de Cristo airado? Echaráse bien de ver esto por lo que pasó á santa Catalina de Sena, la cual porque no gastó mejor un poco de tiempo fué reprehendida por san Pablo, y dijo que quisiera mas ser avergonzada de-

Isal., 30.

In vita, 24.

lante de todo el mundo que lo que sintió aquella reprehension. ¿Pero qué tendrá que ver con la del Hijo de Dios, en aquel dia de venganzas? Porque si cuando fué llevado á ser juzgado, con solo dos palabras que dijo: « Yo soy, » derribó en el suelo atónita la multitud de soldados, ¿cómo hablará cuando juzgue? En el libro de las vidas de los Padres, que compusieron Severo Sulpicio y Casiano, se escribe que, queriendo un mancebo hacerse monje, pretendia su madre estorbárselo, y traíale para ello muchas razones. Él en ninguna manera quiso condescender con ella, ni volver atrás de sus propósitos, poniendo esto siempre por escudo: Quiero salvar mi ánima, quiero asegurar mi salvacion, que es lo que mas me importa. Con esto respondió á la molesta demanda de su madre. Al fin como ella vió que no aprovechaban nada sus importunaciones, díjole que hiciese todo lo que quisiese, y así se entró en religion, pero comenzó presto á aflojar, y á vivir con mucho descuido y negligencia en ella. De allí á algunos dias murió su madre, y él cayó en una muy grave enfermedad, en la cual un dia le dió tal parasismo que le sacó de sí, y arrebatado en espíritu fué llevado ante el juicio de Dios, donde halló ante el divino tribunal á su madre y á otros muchos que con ella estaban aguardando la sentencia de su condenacion. Volvió la madre los ojos, y viendo allí á su hijo, entre los que habian de ser condenados, quedó espantada, y díjole: ¿Qué es esto, hijo? ¿En esto has venido á parar? ¿Dónde están aquellas palabras que me decias: Quiero salvar mi ánima? ¿Para esto entraste en religion? Él quedó tan confuso y avergonzado que no supo qué responder. Volvió en sí, y fué nuestro Señor servido que escapase de aquella enfermedad, y considerando que aquella habia sido amonestacion divina, dió una vuelta tan grande que todo era llorar lo pasado, y hacer penitencia; tanto que muchos le decian que se moderase, y remitiese algo del rigor, para que no perdiese la salud. Pero él, no admitiendo esos consejos, respondió: Si no puedo sufrir el baldon de mi padre, ¿cómo sufrir podré el de Cristo y sus santos ángeles el dia del juicio? Acordémonos de esto muchas veces, y no solo nos haga temblar la voz de Cristo enojado, pero la sentencia de sus palabras, con que apartará á los malos de su presencia. Escribe Rafael Columba de Felipe Segundo, rey de España, que estando oyendo misa oyó hablar entre sí á dos grandes que estaban cerca; disimuló por entonces, pero acabada la misa les dijo con gravedad: Vosotros dos no parezcais en mi presencia. Estas solas palabras les fueron de tanto sentimiento, que el uno se murió de pena, y el otro quedó por toda su vida atolondrado y atónito. ¿Qué será oir al Rey del cielo y tierra: Apartaos de mí, malditos? Y si las palabras del Hijo de Dios son tanto para temer, ¿qué serán las obras de la justicia?

In vitis PP., lib. 2. apud Rosulid.

Raf. de Col. Serm. 2. Dom. 1. in Quad.

Al punto embestirá en los miserables el fuego de aquel incendio del mundo, y la tierra se abrirá, y el infierno ensanchará su garganta, para sepultarlos eternamente en su abismo, cumpliéndose la maldicion de Cristo y del psalmo que dice: « Venga la muerte sobre ellos, y bajen vivos al infierno. » Al caer se

Les., lib. 13, c. 23.

Psal., 54.

Psal., 139. Psal., 10. cumplirá tambien lo que dice en otra parte : « Caerán sobre ellos carbones, arrojarálos en el fuego, y no se valdrán en sus miserias. » Y en otra parte : « Lloverá sobre los pecadores lazos, fuego y azufre. » Finalmente se ejecutará lo que dijo san Juan, que el diablo, la muerte, el infierno, y todos los que no estaban escritos en el libro de la vida, fueron echados en el estanque del fuego, y piedra azufre, donde serán atormentados de dia y de noche por todos los siglos de los siglos, con el antecristo y su falso profeta. Y esta es la muerte segunda, amarga y eterna, que comprehende almas y cuerpos, que murieron la muerte espiritual de la culpa, y la corporal que de ella se siguió. Los justos se alegrarán, segun David, viendo la venganza que toma de los pecadores la divina Justicia, y cantarán otro cántico como el de Moisés, cuando fueron los de Egipto hundidos en el mar; y el cántico del Cordero, que refiere san Juan, diciendo con gran afecto : « Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los siglos. ¿Quién no temerá, Señor, y engrandecerá tu nombre? » Con estos y otros mil cantares de alegría y júbilo se irán levantando sobre las estrellas en un gloriosísimo triunfo, hasta llegar al cielo empíreo, donde se pondrán en los tronos de la gloria que han de gozar por eternidades de eternidades. Entre tanto se acabará de purificar la tierra con aquel incendio general, que parece aun estaba contaminada por haber sustentado los cuerpos de los condenados. Renovaráse luego tierra, cielo, las estrellas y el sol, y resplandecerán siete veces mas que antes; porque las criaturas que se veian oprimidas y ultrajadas de los pecadores con el mal uso que tenian los hombres de ellas, y se habian unas armado contra ellos, para vengar las ofensas de su Criador, y otras puesto de luto y llanto, ahora se regocijarán de verse libres de pecados y de pecadores, y gozosas del triunfo de Cristo se pondrán de gala y alegría. Este es el fin en que ha de parar todo tiempo; este remate tan tremendo para los malos han de tener todas las cosas temporales; miremos cómo usamos de ellas, y para usar bien de ellas acordémonos de su fin, y de este dia último, de este dia de calamidad y de justicia, de este dia de temor y espanto, y servirá mucho su memoria para reformar nuestras vidas. Pensemos en él, y temámosle, porque es la cosa mas terrible de las terribles, y provechosísima su consideracion, para causar temor santo de Dios, y convertirnos á él. Escribe Juan Curopalta que el rey Bogoris de los bulgaros, siendo pagano, y tan dado á cazar fieras que gustaba de verlas pintadas en su casa muy bravas y horribles, mandó á Metodio, monje, que era buen pintor, le hiciese una pintura tan horrible que causase temor el verla. El prudente monje no hizo sino pintarle el dia del juicio; llamó luego al rey, para que viese lo que habia pintado : él cuando lo vió quedó tan espantado de aquel acto de justicia, viendo al Hijo de Dios juzgar los hombres, y que los justos eran coronados y los malos castigados, que todo asombrado dejó su mala vida, y se convirtió á la fe de Jesucristo. Pues si solo el juicio pintado es tan terrible, ¿qué

Apoc., 20.

Psal., 57. Exod., 15. Apoc., 15.

Joan. Curop. Hist. apud in opusc. in Vitis PP. occid.

será ejecutado? Casi lo mismo sucedió á san Dositeo, el cual siendo mancebo muy regalado no habia oido decir en toda su vida que hubiese de haber dia de juicio, hasta que acaso se encontró con una pintura, en que vió las penas de los condenados, de cuya vista quedó atónito, y no sabiendo lo que era llegó una matrona que se lo declaró, con tanto espanto de él que estaba como muerto, no pudiendo respirar por lo mucho que estaba fuera de sí de pavor y miedo. Cuando cobró mas aliento, preguntó qué haria para no caer en aquella suerte miserable, y respondióle que ayunar, abstenerse de carne, y orar. Empezó desde luego á ejecutarlo, y aunque se lo estorbaban y disuadian los de su casa, á él le quedó tan fijo el temor santo de Dios, y la memoria de la condenacion eterna, en que podia incurrir el dia del juicio, que no cesó de su propósito y rigurosa penitencia hasta que entrándose monje la continuó con mas fruto. Tengamos pues siempre en la memoria este dia de temor, para que vivamos con él toda la vida, y gocemos de seguridad por toda la eternidad de Dios.

Anonymus, in Elogio Dorotei et Dositei.

# POESÍAS ESPIRITUALES

## DE VARIOS AUTORES.

## DE FRAY JUAN DE PINEDA.

### OBRA DOCTA Y DEVOTA

### SOBRE LA SALUTACION EVANGÉLICA (1).

*Invocacion á la Vírgen.*

¡O suma de nuestros bienes,
Y de todos nuestros males
Finiquito,
O Vírgen, que vírgen tienes
Apretado ya en pañales
A tu hijo Dios chiquito!

¡O nuestra torre mas alta,
Donde la gracia y verdad
Nunca mengua!
Pues sabeis cuanto me falta,
Vos, Señora, me lo dad,
Con que os alabe mi lengua.

AVE.

¡O disculpa original,
Donde la gracia se estrena,
Dios te salve!
Pues te hizo toda tal,
Tan del todo toda buena,
Que ningun mal no te malve.

Dios te salve de dolor,
Nunca cubra el rostro tuyo
Triste velo:
El divino resplandor
A tí hizo centro suyo,
Para mirar dende el cielo.

MARIA.

¡O mar amarga y salada,
Cuya sal saló la carne
Corrompida;
Cuya mirra aheleada
No sufre que se descarne
La carne convalescida!

¡O mar nunca peligrosa,
Sino á quien no se te acerca
De cobarde!
¡O medicina sabrosa!
La salud del que te merca
No puede ser que se tarde.

GRATIA.

Que tus gracias y donaires
Sanan la rabia muy fiera
Del pecado,
Con aquellos frescos aires
Que corren por tu ribera
Y reposan en tu vado.

Lustre de las gracias todas
Es el sonido jocundo
De tu voz,
Que contrajo tales bodas,
Que te dan lugar segundo
En el palacio de Dios.

(1) Hállase esta curiosa composicion al fin del *Libro de la vida y excelencias maravillosas del glorioso san Juan Bautista*, compuesto por fray Juan de Pineda, fraile del bienaventurado padre san Francisco, de Valladolid, é impreso en Salamanca en 1574.

PLENA.

Donde pariste, sin pena,
Sin dolor y sin presura,
Mal ni daño,
Porque fuiste Vírgen llena,
Recibiéndolo natura
Por injuria y por engaño.

Llena de la inmensidad
De aquel Dios inmesurable
Dios de Dios;
Llena de sonoridad
Del Verbo eterno inefable,
De quien fué san Juan la voz.

DOMINUS.

Aquel Señor, que David
Ser su Señor confesó,
No de sí,
Por el cual venció la lid,
Por el cual solo reinó,
Por él solo y no por sí.

El Señor, que hace escoria
Los consejos de las gentes,
Cuando exceden;
Aquel gran rey de la gloria,
Contra quien los mas potentes
Menos pudieron y pueden,

TECUM.

Porque solo amor le doma,
Con esta dulce porfía
Llama á tí;
Ven, ya ven, la mi paloma,
Ven, ya ven, amiga mia,
Ven, ya ven, hermana, á mí:

Ven, ya ven, fuente sellada,
Ven, ya ven, huerta ceñida,
Ven, ya ven,
Ven, ya ven, vírgen preñada,
Ven, ya ven, vírgen parida,
Reina de Jerusalen.

BENEDICTA.

Siempre bendita del Padre,
Siempre del divino amor
Muy querida;
Del Hijo para su madre,
Por la mayor y mejor
Abeterno prevenida.

Todas las generaciones
Siempre bienaventurada
Te dirán:
Que de los divinos dones
Ni sube ni sobra nada
Sobre los que á tí se dan.

TU.

Tú la fuerza y la virtud,
Tú la virtud y la gracia
De la ley;
Tú la vida y la salud,
Tú la sala, do se espacia
La gran majestad del rey.

Tú le tienes, tú le das
A quien quieres, y te place,
Sin cohecho:
¿Pues qué quieres, Vírgen, mas,
Que quien servicio te hace
A Dios piensa que le ha hecho?

IN MULIERIBUS.

¡O gloria de las mujeres!
Ya por tí el Cerbero triste
No les ladre;
Porque tú la Vírgen eres,
Vírgen, despues que pariste
Hombre y Dios tu hijo y padre.

¡O mujer toda perfeta!
¡Cómo abarcará mi voz
Tu renombre!
Que es verdad, aunque secreta,
Que hiciste al hombre Dios,
Y á Dios hiciste hombre.

ET BENEDICTUS.

Glorificado y bendito,
Alabado y ensalzado
Siempre sea
Nuestro gran Dios infinito,
De tus manos abarcado,
Vestido de tu librea.

El cielo y toda su corte
Gracias y glorias le den,
Sin medida,
A este divino norte,
En el cual solo se ven
Las horas de nuestra vida.

FRUCTUS.

En este fructo nos das,
Abrazadas en concordia
Y amicicia,
A la verdad y á la paz,
Obrando misericordia,
Sin quebrantar la justicia.

Que ya Dios no quiere guerra,
. . . . . .
Y muy benino,
Porque dió fructo á la tierra,
Dulce, sabroso, oloroso,
Mas que pan y mas que vino.

VENTRIS.

¡O tierra nunca maldita,
Vientre bienaventurado
De María,
Por quien tanto mal se quita,
Por quien tanto bien se ha dado
A quien tanto mal tenia!

Vos sois vientre consagrado,
La tierra de promision
De Israel,
La que mana de sagrado,
Por divina bendicion,
Blanca leche y dulce miel.

TUI.

¡O Vírgen! tuya es la caja
Donde Dios dobló los velos
De su rima;
El licor de tu almarraja
Llenos tiene ya los cielos,
Y aun rebosa por encima.

Secretos del vientre tuyo
Al serafin que mas sabe
Mas se encubren;
Que dél hizo nudo suyo
Del corto manto, en que cabe,
A quien mil mundos no cubren.

JESUS.

Toda carne y corazon
El sacro sacro Jesu
Desdeñó:
Mas tu limpia concepcion
Al primero. . . . . .
Por las pilmelas le asió.

Con gran gana se abatió,
Y se asentó sin pereza
En tu humildad;
Porque le engolosinó
El cebo de tu pureza
Con olor de soavidad.

SANCTA.

Sancta, nunca mancillada,
Porque dende aquella luz
De eterno dia,
Fuiste pieza señalada
Para ser rico capuz
De que Dios se vestiria.

El cual se vistió de ti
(Todas las naturas hartas
De socorros),
Con aquel tu carmesí,
Al cual las divinas martas
Se juntaron por aforros.

MARIA.

¡O mar, por do navegó
Hecho Dios mercadería,
Y el amor
Mercader, que le trocó
(Dejándote cual solia)
Por un hombre sin favor!

¡O mar, por do, si navegan
Los que quieren ir al cielo,
Van sin guerra!
¡O mar, do todos se anegan
Los que toman por consuelo
Desembarcar en la tierra!

MATER.

¡O árbol, delante quien
La fructa mas sana y buena
Causa tos!
No demandes ya mas bien,
Pues todos á boca llena
Te llaman Madre de Dios.

Y aun cantan lo que mereces
Las estrellas que llamamos
Matutinas:
Nuestras tierras enloqueces
Con las flores de tus ramos,
Que llevan frutas divinas.

DEI.

El que en todo Dios se espacia,
Y es la inmensidad del Padre
Su escondrijo,
Te pide, Vírgen, de gracia,
Que te plegue ser su madre,
Que él desea ser tu hijo.

O princesa soberana,
¿No basta que tal riqueza
Se te entregue,
Sino que con tanta gana
Aquella divina alteza
Te lo mande y te lo ruegue?

ORA.

Ruégale (pues te rogó,
Y es tu hijo, y tanto privas
Ya con él),
Nuestras almas, que formó,
Queden sanas, queden vivas,
Despues de juzgadas dél.

No prosiga la sentencia
Por el rigor de justicia;
Mas pregone
Misericordia y clemencia,
Antes que nuestra malicia
Su braveza mas encone.

PRO NOBIS.

Por nosotros, que ya estamos
Ahogados en dulzores
De pecados;
Por nosotros imploramos
No nos dejen tus favores
Al mejor tiempo olvidados.

Por nosotros, que no vemos,
Porque los graves delitos
Nos cegaron,
Que las sillas heredemos
De los ángeles malditos,
De que no se contentaron.

PECCATORIBUS.

Esclavos de mil pecados
Nos dejó hechos Adan
En sus lomos;
Mas ya por tí libertados
Del rey, á su mesa y pan
Mantenidos, Vírgen, somos

Esclavos de nuestras obras,
En que ya nos revecemos,
Siempre malas,
Si tú, Vírgen, no nos cobras
Gracia, para que volemos
So la sombra de tus alas.

AMEN.

Dí, Vírgen, amen, amen,
Y pues tanto nos amaste,
No nos dejes;
Pues que nuestro sumo bien
Contigo nos le acercaste,
Nunca ya te nos alejes.

¡O tregua de nuestra paz!
Manda luego apaciguar
Mis temores;
Vaya yo donde tú estás,
Do mejor pueda cantar
Amen, amen, tus loores.

DE DON

# BERNARDINO DE MENDOZA.

## ODA.

### EN LA CONVERSION DE UN PECADOR (1).

Jesus piadoso, enciende
Con tu divino fuego y zelo santo
Esta alma, que pretende
Apartarse de tanto
Pecado, digno del eterno llanto.

Creciendo noche y dia
Me ha puesto del abismo en el profundo
La grande maldad mia;
Hame hecho sin segundo
El hombre mas perverso deste mundo.

El peso del pecado
Del alma la virtud tan acabada
Tiene, que del estado
De gracia derribada,
Sin tí no espera verse levantada.

Bien sé que levantaste
Al gran profeta rey de la caida
Que dió, en que nos mostraste
Que el alma será oida
Siempre que te llamare arrepentida.

Y que la Magdalena,
Cuando limpió tus piés con sus dorados
Cabellos de fe llena,
Oyó que sus pecados
Le eran por mucho amarte perdonados.

Tambien que asegurado
Que allá en el paraíso se hallaria,
Siendo glorificado
Contigo el mesmo dia,
Fué el buen ladron, que alma lo reprendia.

¡Mas ay! que sus pecados
Son con mis culpas cual pequeños rios
Con mares comparados,
Y así pierdo los brios
En el golfo espantoso de los mios.

Si bien me da esperanza
Tu infinita bondad, Rey soberano,
Que promete bonanza
Y victoria, al tirano
Enemigo rompiendo por tu mano.

Por tanto no permitas
Que yo me pierda en tus seguras vias,
Por do con infinitas
Tristes lágrimas mias
Te buscaré, mi Dios, noches y dias.

No juzgues por entero,
Señor, mis obras, con que te he ofendido,
Porque si eres severo,
Me doy por despedido
De poder defender mi ruin partido.

En el mundo quedamos
De la primera culpa maculados,
Y es fuerza que seamos
Nacidos y engendrados
Por tal culpa en pecado y con pecados.

Pero si yo, malvado,
Distintamente de contar hubiese
Cuantos he acumulado,
Aunque me deshiciese,
Es como si agotar el mar quisiese.

¿Qué tiempo bastaria?
¿Qué lengua á fenecer tan largo cuento
Arenas no hallaria,
Ni en tu celeste asiento
Estrellas, que igualasen á mi intento.

(1) Escribióla siendo embajador de Felipe II en Francia, y se la envió á Diego Alfonso Velazquez de Velasco, segun este refiere en la dedicatoria que hizo de sus *Odas* al conde de Fuentes, en Amberes, 1593: al frente de ellas se lee impresa la de Mendoza.

Creo quedo excusado
De no los numerar menudamente,
¡O mi bien deseado!
Porque tienes presente
El tiempo todo junto eternamente.

Ya, Señor, te llamaste
De ejércitos gran Dios y de venganza;
¡Y cuan bien lo mostrate
En la áspera matanza
Que á Datan abrasó sin esperanza!

Despues te habemos visto
En el mundo cual un manso cordero,
Tierno Jesus y Cristo
Muriendo en un madero,
Dios infinito y hombre verdadero.

Hacer tan grande hazaña,
Tú, mi Criador, por tanta vil criatura,
Fué caridad extraña,
Vivir en amargura,
Eterno siendo, por quien nada dura.

Habiendo pues tú tanto
Hecho por mí, ¿cómo podré invocarte?
Mi maldad me da espanto;
¡Que ose yo nombrarte,
Siendo tan pecador en toda parte!

Mas dame atrevimiento,
Aunque mi gran maldad me desespera,
Saber con fundamento
Por cosa verdadera
Ser mayor tu piedad en gran manera.

Que no quieres la muerte
Del pecador; mas antes deseando
Que á convertirse acierte,
Le das vida, esperando,
Y tiempo de poder irse emendando.

No solo una vez esto,
Pero cien mil conmigo lo has usado;
Mas soy tan descompuesto,
Tan terco y arraigado,
Que estoy con la maldad siempre abrazado.

Ya de hoy mas apartarme
Propongo de tan dura servidumbre,
Y por mejor cobrarme,
De dejar la costumbre
Del pecar, y su enorme pesadumbre.

Pues no tan presto vuelve
A su lugar primero de reposo
El arco que revuelve
Diestro brazo animoso,
Ayudado del nervio vigoroso,

Cual una alma tocada
Sobre sí torna al punto, prestamente
De mal en bien mudada,
El hielo en fuego ardiente,
Si tú miras, Jesus, piadosamente.

Ardese en dulce fuego,
Su fealdad conociendo y tu pureza;
Tras esto humilde luego
Confiesa su torpeza,
Tu suma alta bondad y su bajeza.

Conoce la admirable
Paciencia en el sufrirla tiempo tanto
Su vida abominable;
Y arrepentida en cuanto
Vive se baña en un amargo llanto.

Así trocada mi alma
Se reconocerá de gozo llena;
Mas si pierde la palma,
Y cae en la cadena,
¿Quién te confesará en tan dura pena?

Mis labios por tí abiertos
Anunciarán alegres ya tu gloria;
Y con ojos despiertos
Haré siempre memoria
De tu gran Majestad y mi victoria.

A todos los errados
Tu ley predicaré; y con tal ejemplo
Los impíos obstinados
Convertirse contemplo,
Volviendo de rodillas á tu templo.

Entonces, Señor, muera
La muerte, que los justos han pasado;
Y sea de manera
Que mi fin recontado
Se vea ser el suyo figurado.

DE DIEGO ALFONSO

# VELAZQUEZ DE VELASCO.

## PSALMOS PENITENCIALES. (1)

### I.

### PSALMO VI.

Pide perdon á Dios, y promete penitencia.

Señor, no me reprendas,
Como suele un airado, riguroso;
Ni tu castigo extiendas;
Mas cual padre benigno pon piadoso
Los ojos en salvarme,
Y no como juëz en condenarme.

Misericordia pido,
Señor, por tu bondad, tanto doliente
Y al grave mal rendido,
Que la alma siempre helar y arder se siente;
Porque ha ya mi pecado
Hasta los secos huesos penetrado.

No hay, Señor, en mí parte
Que no esté de afliccion atribulada;
Si bien en esperarte
Está mi alma firme asegurada:
¿Pero porqué, Dios santo,
Tarda nuestro socorro tiempo tanto?

A mí, Señor, te vuelve;
Libra esta alma de un triste y ciego estado;
Pues cuanto en sí revuelve,
De tu misericordia ve abrazado:
No permitas que muera
Quien la salud de tu piedad espera.

Que á mi eterna muerte,
Considerando el fin, no comprehendo
Lo que puede moverte;
Pues ningun condenado en fuego horrendo
Te loa, ¿en el infierno
Quién confiesa, me di, tu nombre eterno?

Ya yo rompiendo el pecho
En mí de mis pecados me he dolido;
Y bañando mi lecho
De noche, en larga fuente convertido,
He con memoria amarga
Mis errores culpado y vida larga.

Como lo muestro ahora,
De mis ojos la vista consumida
Del dolor que en mí mora,
Sintiendo la vejez de mí homicida,
Por culpa de infernales
Enemigos principio de mis males.

Malvados, que instigando
Vais siempre á mal obrar, estadme lejos:
Dejadme lamentando,
Pues no amo vuestros tratos ni consejos;
Porque Dios, en quien fio,
Oido habrá la voz del llanto mio.

Y si el Señor oido
Ha, como suele, mi clamor y ruego,
Creo que condolido
Recibirá de mi dolor el fuego,
Haciendo de manera
Que goce la alma lo que dél espera.

Confúndanse por tanto
Mis enemigos en dolor helados;
Atónitos de espanto
Cayan por tierra aflictos, disipados;
Sea la ruina presta
Con su vergüenza al mundo manifiesta.

(1) Estas poesías se imprimieron en Amberes, en 1593, y han llegado á hacerse rarísimas.

## XI.

## PSALMO XXXI.

**Exhortacion para convertirse, y ponerse en estado de gracia.**

Puede como inocente
Llamarse justo y bienaventurado
Aquel seguramente
Que se ve de sus culpas perdonado,
Y de quien son cubiertos
Los pecados pasados descubiertos.

Digno del bien eterno
Será quien el Señor no permitiere
Que obligado al infierno
Le tengan los pecados que hecho hubiere;
Que no va pretendiendo
La opinion de ser bueno, malo siendo.

Antes que confesase
Mi pecado, por mas que exteriormente
Con gran clamor orase,
Sentia endurecerme interiormente;
Y el hábito creciendo,
La culpa irse agravando y aun cundiendo.

Mas lo que en mis pasiones
Me ayudó fué que tú me trabajaste;
Pues con las vejaciones
Me diste entendimiento, y alumbraste
Con tal remordimiento,
Que á tí me convertiste en un momento.

Hice lo que podia;
Abriéndote, Señor, las culpas mias;
Y tal dolor sentia
Que en llorar ocupé noches y dias:
Y aunque atemorizado,
Nunca disimulé ningun pecado.

Y tú fuiste tan presto,
Señor, por tu bondad á consolarme,
Que como fuí dispuesto
A confesar mi error, por levantarme
Me perdonaste al punto
La culpa, estando al precipicio junto.

Así debe cualquiera,
Ya que no hay santo que pecar no pueda,
Orar de tal manera
Que al pecado destruya: mas proceda
Con tiempo en esta vida,
Pues no hay obrar despues de la partida.

Secando de esta suerte
La costumbre y arroyos del pecado,
No hay temer que sea fuerte
El diluvio; y estando acostumbrado
A detestar menores
Culpas, no le acometen las mayores.

Dios mi refugio cierto
Es, y de todos cuantos cubre el cielo
Seguro y manso puerto,
Do siempre se halla sin faltar consuelo:
Y cuando mas penados,
Nos saca del rigor de los pecados.

Pero con todo esto,
O hombre, te conviene tener seso;
Séate manifiesto
Este consejo; tenle en la alma impreso;
Con lo cual yo piadoso
Iré mirando siempre á tu reposo.

Y es, como ya te dije,
Que si de tu pecado te divierte
La costumbre, y aflige,
Huyas dél, no le esperes; mira, advierte,
Que es cosa muy de bestia
Esperar para alzarse la molestia.

Usa, Señor, de freno,
Cuando obstinado el pecador nó quiere
De sus maldades lleno
Volverse á tí; con fuerza tal le hiere,
Como has hecho conmigo;
Que sé cuanto aprovecha lo que digo.

¡O si alguno entre tanto
Pensase cuan grande es la diferencia
Que hay desde el malo al santo!
¡Cómo con útil suyo haria experiencia
Del bien que al bueno sobra,
Y cómo el malo está siempre en zozobra!

Esto así contemplado
Será de extremo gozo al inocente;
Y el ya justificado
Sentirá gloria inmensa interiormente:
Alégrense los buenos,
A quien Dios tiene de su gracia llenos.

III.

## PSALMO XXXVII.

Las dificultades é impedimentos que se oponen al pecador, cuando se quiere convertir.

Señor, en grande extremo,
Como hombre pecador y miserable,
Tu justo juicio temo:
No mires mi maldad intolerable
Con tu furor severo;
Ni me corrijas desdeñado y fiero.

Como aguda saeta
Traigo un remordimiento en la conciencia,
Que con rigor me inquieta
Sin cesar, recelando la sentencia;
Y esta memoria amarga
Es para mí la mas pesada carga.

Y los graves pecados,
Que siempre están delante de mis ojos,
Del cuerpo á la alma entrados,
Me han envuelto la carne en sus abrojos,
Y los huesos movido,
Y así el efecto del deseo impedido.

Y por esto pensando
En el presente estado y muchedumbre
De mis culpas, temblando
Estoy si ha de pasarme de la cumbre
El diluvio, y cargarme
De tanto cieno que no pueda alzarme.

Y despues cuando miro
Los pasados errores, que me han sido
Perdonados, me airo
Conmigo, porque ¡triste! he recaido
Por mi culpa y flaqueza,
Renovando mis llagas y dureza.

Esto me aflige tanto,
Que vivo hecho un ejemplo de miseria;
Y acrecienta mi llanto
Conocer que merezco mas laceria,
Por haberme dejado
Llevar de la corriente del pecado.

Y si pienso adelante
Con presupuesto de arrepentimiento,
Me asalta mas pujante
Sensualidad, con cualque vil contento
De mis inclinaciones,
Cortando el paso á buenas intenciones.

Congójome de suerte,
Que de ánimo perdido ando gimiendo
Con un dolor de muerte,
La vida entre temores consumiendo,
Contino sollozando,
Y el corazon de pena reventando.

¡O cómo, Señor pio,
A quien son manifiestos los deseos,
Sabes do llega el mio!
En mi conciencia atajos y rodeos;
¿Y cuando los clamores
Remedio alcanzarán de mis dolores?

Mas, señor, una cosa
Me turba, cuando en mis pecados pienso;
Y es la fuerza forzosa
Que para arrepentirme con intenso
Dolor conviene hacerme,
Que entonces siento de ánimo perderme.

Dificultad me hace
Ver los que un tiempo fueron mis amigos,
Que parece les place
Mi mal, como perversos enemigos;
Y que de mí burlando,
Apartarme de tí van procurando.

Y de cualquier manera,
Usando de la fuerza y del engaño,
Y con crueldad de fiera,
Van siempre procurando hacerme daño;
Siendo todos á una
Con menosprecio, sin piedad alguna.

Todos mis adversarios,
Así del mundo como del infierno,
Con sus motivos varios
Me quieren engañar, y á su gobierno
Traerme con razones
Falsas, fingiendo ser inspiraciones.

Mas porque conocida
Tengo mi gran flaqueza, les doy vado,
La oreja ensordecida
Con temor del lenguaje emponzoñado,
Teniendo por grán mengua
Un sólo acento pronunciar mi lengua.

Como si á punto fuese,
Cualque insensible estatua que no entiende,
Ni bien ni mal sintiese;
Cuando cualquiera de argüir pretende,
Quedo sin dar respuesta
A su falsa malicia manifiesta.

Mas, Señor, todo cuanto
Yo hago, para hacerles resistencia,
Es viento, si entretanto
No sintiese tu ayuda y tu potencia;
Y así porque confio
En tí, no dudo del remedio mio.

Espero harás de suerte
Que no burlen de mí de aquí adelante,
Haciéndome tan fuerte
Que ningun enemigo sea bastante
Con falsas persuasiones
A rendirme, ni fuertes tentaciones.

Porque, Señor, dispuesto
Estoy con tu favor á mudar vida,
Arrepentido y presto
A tu servicio la alma convertida,
A tomar muy paciente
Cualquier duro castigo y pena ardiente.

Y no solo á pesarme
De mis graves errores y torpeza;
Antes á confesarme,
Publicándolos yo por tu grandeza:
Que cuando en ella pienso,
Me penetra un dolor terrible intenso.

Señor, dame tu ayuda
En la necesidad que se me ofrece,
Pues la enemiga y cruda
Caterva en mi afliccion no se adormece;
Antes se va aumentando,
Con mas fuerzas mi daño procurando.

Y por ver que pretendo
Ser tuyo, me dan mas fiero el asalto,
Mil insidias poniendo,
Con que vivo en contino sobresalto;
Y por el recibido
Bien me dan mal, y soy escarnecido.

Señor, no desampares
Esta alma de pecados perseguida,
Que si tú la mirares
Los llevaré deshechos de vencida:
No me niegues tu amparo,
Pues ves que á resistirlos me preparo.

¡Ay! vuélvete á mi ayuda,
Piadoso Padre, Dios y Señor mio,
(Aunque la alma desnuda
De méritos está) como confio
De tu bondad, que espero
La salud y el consuelo verdadero.

## IV.

## PSALMO L.

**Pide con grande instancia perdon de sus culpas.**

No, Señor, de justicia,
Antes de gran piedad necesitado
Estoy; mas la malicia
No cause, te suplico, del pecado,
Que castigues la ofensa,
Sino conforme á tu piedad inmensa.

Y por las altas obras
De tu misericordia innumerables,
Con que contino cobras
De pecados á tantos miserables,
Ahora te contenta
De librarme del mal que me atormenta.

Señor, lavame tanto
Como mi maldad pide sin disculpa,
Que no basta mi llanto;
Pues fuera del perdon de mi gran culpa,
Hay reliquias que debo
Purgar, de que me limpia mas de nuevo.

Que si antes no pensaba
De mis muchos pecados la dureza,
O los disimulaba,
Los conozco hora bien con mi bajeza,
Y cualquiera presente
En mi conciencia está continuamente.

A muchos he ofendido;
Mas mi pecado contra tí confieso
Solo, porque partido
Me he de tu ley, que agrava mas mi exceso,
Y haber puesto en efecto
Mis maldades, Señor, sin tu respecto.

Mis culpas perdonando,
Mostrarás tus promesas ir cumpliendo,
Y al enemigo bando
Confundirás: que siempre pretendiendo
Va que caya en pecado,
Por mi fruto impedir tan deseado.

Y bien que en mi defensa
Debo alegar la fragilidad mia
Y tu piedad inmensa;
Y aunque el pecado original podria
Servirme de descargo,
Si puedo darle, en caso tan amargo:

Porque sé que te agrada,
Cuando contigo el pecador procede
Con verdad allanada,
Y que la excusacion muy poco puede;
Dejo, Señor, aparte
Cuantas razones tengo, y puedo darte.

Señor, mi alma hiere;
Con el hisopo limpia mi conciencia,
Y lo que no pudiere
Lavar mi llanto supla tu clemencia;
Que así de muy escuro
Seré mas que la nieve blanco y puro.

Tambien, Señor, te pido
De mi conciencia aquel contento interno,
Que he ¡ay de mí! perdido
Por mi viciosa vida y mal gobierno:
Haz que del cuerpo y alma
Las potencias de hoy mas no estén en calma.

El rostro á mi pecado
Tuerce, borrando ya de tu memoria
La maldad que ha causado
Traerme á punto de perder tu gloria:
Que bien podré llamarme
Mísero, si por ella has de juzgarme.

Dame una mente sana
Con limpio corazon, que no apetezca
Ninguna cosa humana,
Por buena que á mi gusto me parezca;
Tu espíritu me infunde
De do la eterna gracia y bien redunde.

Y de tu acatamiento
Ahuyenta mis pecados, como hechura
Del enemigo hambriento;
Mas á mí no, tu humilde criatura:
Ni el Espíritu Santo
Me niegues, ó buen Dios, que yo amo tanto.

Vuélveme la alegría,
Señor, que ya sentí de estar en gracia;
Recibe la alma mia,
Con tu divino spíritu la espacia;
Haz que de mis pasiones
Sea príncipe, venciendo tentaciones:

Y que no solamente
Con tu doctrina, mas con el ejemplo
De mí mesmo yo aliente
Y enseñe tus caminos, que contemplo
Venir los pecadores
A convertirse en fe de tus loores.

Líbrame del pecado
Que la corrupta sangre hacer me ha hecho,
Habiendo adulterado
Con muerte de inocente amigo pecho,
¡Ay Dios! de quien depende
El bien del hombre, que á servirte atiende.

Y entonces muy gozoso
La lengua soltaré con dulce acento,
Señor todo piadoso,
Sin cesar celebrando muy contento
Tu bondad y potencia,
Con tus justos juïcios y clemencia.

Mis labios dedicados
A tu inmensa bondad, que enmudecidos
Tengo por mis pecados
Sin cantar tus loores merecidos,
Señor, abre, y mi boca
Siempre celebrará lo que te toca.

Y si el usar contino
De sacrificios exteriores fuese
Para el perdon camino,
No hay víctima que yo no te ofreciese:
Mas para tal efeto
Ninguno por sí solo te es aceto.

Por esto, el que es mas cierto,
Uso de contricion y penitencia
Con pecho humilde abierto;
Porque tengo, Señor, hecha experiencia
Que nunca has desechado
Un corazon contrito y humillado.

Haz, Señor, de manera
Que esta alma de tus gracias ya dotada
Vuelva de hoy mas cual era;
Y de Jerusalen tu estancia amada
Los muros reparando,
Verás la celestial irse aumentando.

Que entonces ofrecidos
Te serán dignos muy copiosamente
Sacrificios debidos
De oblacion y holocausto, procediente
De interior justicia
Y pureza, en virtud de tu amicicia.

Y entonces en tu santo
Altar te ofreceremos yo y los tales
Los becerros con llanto
De loor y de gracia espirituales,
Nuestras vidas y acciones
Siendo de tí contínuas bendiciones.

## V.

## PSALMO CI.

**Aflígese por la tardanza del Mesias, y despues se anima y asegura de que al fin, temprano ó tarde, serán cumplidas sus promesas.**

Oye la oracion mia,
Señor, con el clamor de mi deseo;
Ve el dolor que se cria
Dentro en mi alma del pecado feo;
Haz ya que mi bajeza
De tu gran Majestad llegue á la alteza.

No me tuerzas la cara
Con el rigor que pide mi malicia;
Mas antes dulce y clara,
Inclinando la oreja tu justicia,
La vuelve á mí aplacado,
Cual sueles siempre al mas desconsolado.

Así en tiempo cualquiera,
Que tu favor con viva fe invocare,
Oye de tal manera
Mis voces de dolor, que si llegare
El enemigo asedio,
No quiera otro socorro ni remedio.

He perdido los dias;
En humo sin honor todos se han ido;
Huesos y carnes mias
Arden como árbol viejo carcomido;
Sin el vigor ¡ay triste!
De la esperanza que, Señor, me diste.

Tan deshecho me siento
Como la yerba convertida en heno;
Y el corazon contento
Un tiempo de tu amor y gozo lleno,
Está ya al mal tan hecho
Que olvido el pan, ó no me es de provecho.

Los suspiros y el llanto,
Que siempre me acompañan, con mis altas
Voces llenas de espanto,
Y el dolor que me aflige de mis faltas,
Me han todo descarnado,
Y la piel con los huesos apegado.

Del trato de la gente
Huyo, la soledad solo buscando,
Para que mas se aumente
Mi pena; y al pelícano imitando,
Me voy, cual se desvia
La ave nocturna de la luz del dia.

No duermo, ó al momento
Me despierta el dolor con sobresalto;
Y vuelvo á mi lamento,
Viéndome ¡triste! de tu gracia falto,
Como hace el solitario
En alto techo con su canto vario.

Y por acrecentarme
El temor, me dan ya con mis pecados
En la cara, mudarme
Pretendiendo los mas á mí llegados:
Que los que me adularon
Un tiempo, ahora contra mí se alzaron.

Mientras que reducido
A tal término soy que no me agrada,
Antes me es desabrido
El pan mas que ceniza, que mezclada
Con él es mi alimento,
Templando el vino lágrimas sin cuento.

Señor, considerando
De tu desden la justa vehemencia,
Se me va acrecentando
La pena en mi debida penitencia,
Creyendo que el alzarme
En tanto grado fué para humillarme.

Y mis alegres dias,
Que con mucha razon tuve por tales,
Pues que en tus dulces vias
Me daban resplandores celestiales,
Como sombra se han ido,
Dejándome cual heno consumido.

Mas me consuela en tanto
Saber que tu virtud eternamente,
Señor piadoso y santo,
Ha de durar, y que de gente en gente
Crecerá la memoria
De tus obras altísimas y gloria.

Y á piedad te inclinando,
En socorro vendrás del pueblo amado,
Tu Iglesia levantando;
Porque, si no me engaño, ya es llegado
El tiempo, que yo espero,
De compasion y de mi bien entero.

Tus fieles escogidos
Mandarás que se ocupen en su aumento;
De aquel zelo movidos
Con que ya renovaron de cimiento
Tus siervos la tu santa
Ciudad, apiadados de ruina tanta.

Y entonces aun temiendo
Las gentes extranjeras, tu bendito
Nombre reconociendo,
Vendrán, Señor, en número infinito;
Y así todos los reyes
Tu poder confesando, gloria y leyes,

Parecerá tan bella
La Iglesia universal reedificada,
Conociendo ya en ella
La santidad primera restaurada,
Que con su luz interna,
Señor, descubrirá tu gloria eterna.

Con tus ojos benignos
De los humildes la oracion piadosa
Has ya mirado, dignos
Haciéndolos de tu vista gloriosa;
Pues siendo cuasi ciegos,
No has desechado sus continos ruegos.

Esta obra será escrita
Para las por venir generaciones,
En memoria infinita;
Y los que nacerán por tantos dones
Te harán, omnipotente
Dios, gracias y loor eternamente.

Porque, Señor, pusiste
Sobre nosotros con paterno zelo
La vista; y nos abriste
Tu santuario, mirando al bajo suelo
Con un amor extraño,
Por remediar nuestro terrible daño.

Y por haber oido
Benigno el llanto de los prisioneros,
De compasion movido
Vendrá á librar á los que por los fieros
Enemigos ya fueron
Muertos, con cuantos hijos parecieron.

Y así en la Iglesia santa
Sueltos y libres siempre celebrando
Tu nombre irán; y á cuanta
Gente fiel se juntare, recontando
Loores con terneza
De tu inmensa piedad, gloria y alteza,

Con el concurso todo
De los pueblos en uno congregados,
Y por el mesmo modo
Los mas soberbios reyes humillados
De su libre albedrío
Vendrán presto á servir al Señor mio.

De donde el justo viendo
Acercarse este tiempo tan dichoso,
Y á demostrar viniendo
Su poder, pedirá al Señor gozoso.
Dime si en esta vida
Veré prosperidad tan sin medida.

Y por verlo cumplido,
Al Señor rogará por todas vías
De alegre enternecido:
No me llames en medio de mis dias,
Pues que sin mi partida
Riges los siglos con eterna vida.

Mas de cualquier manera,
O que lo vea ó no, me es gran consuelo,
Saber bien que primera-
Mente, Señor, fundaste tierra y cielo
De tu mano y potencia
Con alta inexplicable providencia.

Y que ha de faltar todo
Del estado en que vemos se gobierna;
Mas tú del mesmo modo
Cual eres durarás en vida eterna:
Que todo al fin perece
(Sino tú) cual vestido, y envejece.

Pero no se trasforma
Tan fácilmente vieja vestidura,
Como mudar de forma
Los puedes en un punto, y de natura;
Y siendo siempre el que eres,
Tus años han de ser en cuanto fueres.

Así será cumplido
Todo: no hay que dudar de tu clemencia,
Señor, pues siempre ha sido,
Es y será conforme á tu potencia:
Y por esto, imitando
La paterna piedad, y fe observando,

Entonces quietamente
Los hijos de tus siervos la triunfante
Iglesia, omnipotente
Señor, habitarán con fe constante;
Y por tribulaciones
Les darás sempiternos largos dones.

## VI.

## PSALMO CXXIX.

**Rogando á Dios que le libre de tantos peligros, se esfuerza mucho, y anima á otros á que no se desesperen por los pecados cometidos, antes confien constantemente en la bondad del Señor.**

Estando perseguido
De pecados ¡ay triste! y tentaciones,
De miserias ceñido,
Desde un profundo abismo de pasiones
Te llamé, Señor mio;
Oye mi voz, Señor, clemente y pio.

Las orejas inclina
Atentas á las ansias de mi ruego;
Que á tu piedad benina
Todo mi corazon contrito entrego:
Oye mis oraciones,
Pues son mas que mis culpas tus perdones.

Que si como severo
Juëz mirar quisieres nuestros males,
Señor, y por entero
Darnos justo castigo y penas tales;
¿Quién tendrá tal conciencia,
Me di, que pueda estar en tu presencia?

Mas es muy lejos esto
De tí que eres, Señor, todo clemencia,
Inclinando mas presto
A la misericordia la sentencia:
Por lo cual me he acercado
A tu ley con firmeza y animado.

Y hase mantenido
Mi alma con la cierta confianza
Que ha, Señor, tenido
En tus palabras llenas de esperanza:
Y así muy deseoso
He puesto solo en tí vida y reposo.

Y voy siempre exhortando
A hacer lo mesmo desde la mañana
La noche continuando,
En niñez, juventud y edad mas cana,
En cuanto pretendiere,
Al fiel, que firme en el Señor espere.

Porque continuamente
Anda con él su gran misericordia,
Larguísima, asistente,
Por librarnos de males y discordia;
Y siempre nos va dando
Sus verdaderos bienes, y ayudando.

Y así de las maldades
Rescatará las almas de sus fieles,
Y de penalidades
Merecidas por ellas muy crueles;
Y siendo á él entregados,
Los hará cierto bienaventurados.

## VII.

## PSALMO CXLII.

**Pidiendo á Dios perdon de sus culpas, narra el modo como se ha vuelto á él; y pide lo que desea para conservarse en bien, y espera alcanzarlo.**

Señor piadoso y santo,
Recibe mi oracion en tus oidos;
Haz ya penetre tanto
Que hallen lugar en tí mis alaridos,
Conforme á tu justicia,
Verdad y clemencia, y no á mi gran malicia.

Porque si entrar quisieres
Con tu siervo en juicio de conciencia,
Ninguno, en cuanto fueres,
Se podrá llamar justo en tu presencia:
Pues sabes claramente
Lo porvenir, pasado y lo presente.

Mas yo ¡ay de mí! confieso
Que de nuestro adversario me he dejado
Llevar por un avieso
Camino; y reducir á tal estado,
Que con las tentaciones
Me han echado por tierra mis pasiones.

Y lo que yo mas siento
Es que con el deleite oscurecido
Traigo el entendimiento,
Poniendo mis pecados en olvido;
Sin que jamás atienda
Como hombre muerto á mi debida emienda.

Y acordándome ahora
De cometido haber tantos pecados,
El temor, que en mí mora,
Me tiene los espíritus turbados
Y el corazon, de suerte
Que cuasi me ha traido á darme muerte.

Sino que en este medio
Me he puesto á meditar por animarme,
Y es singular remedio
Para en el mesmo punto consolarme,
Desde el principio cuantas
Obras has hecho, que son pias y santas.

De aquí tomo esperanza,
Y á la oracion me vuelvo; confesando
Que la alma confianza
Sin tu gracia no tiene, pues pecando
Está mas desecada
Que tierra sin humor no cultivada.

Por esto, Señor mio,
Te suplico que me oigas con presteza,
Que sin tí no confio
Cosa alcanzar que pueda haber firmeza;
Pues si en mi alma siento
Alguna compuncion, no es de momento.

No me tuerzas la cara
De tu santo favor, porque si falta
De la alma la luz clara,
La desesperacion luego me asalta,
Para que del eterno
Bien dé en el lago del profundo infierno.

Mas, ó mi eterno y santo
Señor, susténtame con cualque prenda
De tu gracia hasta tanto
Que tu dulce y piadosa voz entienda,
Pues solo en tí he esperado
De haberme ya mis culpas perdonado.

Enséñame el camino
De tus santos preceptos claramente;
Que soy cual peregrino
Perdido, lejos de su patria y gente;
Ya que en tí solo he puesto
El ánimo á servirte humilde y presto.

Líbrame de las manos,
Señor, de mis contrarios perniciosos,
Perversos é inhumanos,
Pues vengo á tí con pasos presurosos:
Que no podrá dañarme
Ninguno, si tú quieres ampararme.

Señor, muéstrame el modo
De hacer tu voluntad, pues que confieso
De mi corazon todo
Que solo eres mi Dios en la alma impreso,
En quien siempre confio,
Criador y salvador, protector mio.

Y así, Señor, espero
Que del mar de mis culpas y aflicciones
El viento verdadero
De tu espíritu santo con sus dones
Me llevarán al puerto
Glorioso, sin temor, seguro y cierto.

Y en la dulce y dichosa
Patria me sacarás en salvamento,
Sino por otra cosa,
Aunque no halles en mí merecimiento,
(Tanto quieres al hombre)
Solo por gloria de tu santo nombre.

Y por la fe constante
De tus palabras sacarás mi alma
De miserias triunfante
De tu misericordia con la palma,
Dejando atribulados
Todos mis enemigos derribados.

Con tu fuerza divina,
Señor, destruirás en fuego ardiente
A los que la ruïna
Pretenden de mi alma fieramente;
Pues aunque te he ofendido,
Tu siervo al fin desde la cuna he sido.

## PSALMO XC.

Cuan seguro de todo mal puede vivir el hombre que pone solo en Dios su esperanza.

Quien toda su esperanza
Ha puesto en el Altísimo, y se aquieta
Sin hacer confianza
De cosa que este mundo le prometa,
Téngase por seguro
Que el cielo es su defensa y fuerte muro.

Señor, refugio mio,
Podrá decir el tal seguramente,
En tí solo confio
Con viva fe: buen Dios omnipotente,
A tí solo amo y quiero,
Mi esperanza y consuelo verdadero.

Que tú de aquellos daños
De los que por cazarme van tendiendo
Sus lazos con engaños,
Siempre me vas guardando y defendiendo
De la áspera sentencia
De la falsa doctrina, y de dolencia.

Al que en mi Dios confia,
Le sale cierto cuanto se promete;
Porque siempre le guia
Cercado de su sombra; y si acomete
El enemigo airado,
Le tiene con sus alas amparado.

Serále escudo cierto
La inefable verdad, con que ha ofrecido
Su muy seguro puerto
A quien pretende dél ser socorrido,
Ni las persecuciones
Temerá de nocturnas tentaciones,

Ni de las mas potentes
Que á guisa de saeta diligente
Caen, con que á las gentes
El demonio maltrata claramente,
De noche en su secreto,
O cara á cara sin mudar de aspeto.

Con el que no anda armado
Contino de esperanza, bien podria
Cogerle descuidado,
Y hacerle el mal que Dios permitiria:
Mas saetas sin cuento
Nunca son contra el bueno de momento.

Antes otro consuelo
El tal tendrá perfecto y de contento;
Que en el tartáreo duelo
Verá á quien le afligió puesto en tormento,
Por sus graves pecados
Entre aquellos malditos reprobados.

Esto, por haber puesto
En Dios con firme amor sus pensamientos,
Resuelto en todo y presto
A cumplir de su ley los mandamientos,
Diciendo con certeza:
Tú eres mi esperanza y fortaleza.

Irá siempre excusando
Las insidias, los daños y violencia;
Que todos desviando
Se irán, huyendo lejos su presencia,
Sin que hacer pueda alguno
En su casa ni en él daño ninguno.

Y aun de los otros males,
Que á sí mesmo se hiciere inadvertido,
O por su culpa tales,
¡Buen Dios! cual ellos fueren, defendido
Será, porque ha ordenado
Que tengan dél los ángeles cuidado.

Y ellos muy obedientes,
Llevándolo en sus manos con recato,
Serán tan asistentes
Que no caerá en tropiezo del ingrato
Lucifer: si bien fuese
Contra él todo el infierno, y le embistiese.

Y además de las cosas
De que no hay que temer por la union santa
Con Dios, las perniciosas
Criaturas rendirá con fuerza tanta,
Que hollará leones,
Aspides, basiliscos y dragones.

Que de su propia boca
Dice Dios: Porque en mí solo ha esperado
Le libraré; y me toca
Hacerlo, pues que siempre ha procurado,
Mi nombre conociendo,
La proteccion, del ofenderme huyendo.

Llamado me ha contino:
Mi oficio es oir luego á quien me quiere;
Y por cualquier camino
Yo le acompañaré mientras viviere,
De las tribulaciones
Sacándole glorioso mis legiones.

Despues de concedido
Haberle largo tiempo ya en el suelo,
Por haberme servido,
Le daré la immortal vida del cielo;
Que goce del superno
Bien mio cara á cara *in sempiterno*.

DEL PADRE FRAY

# PAULINO DE LA ESTRELLA.[1]

## ROMANCES PARA LA HORA DE LA MUERTE.

### ROMANCE I.

De una alma contrita hablando con Cristo crucificado.

¿Vos en esa cruz, Señor,
De piés y manos clavado?
¿Vos en tormentos y angustias,
Yo en delicias y en regalos?

Yo el delito cometí,
Como confieso y declaro,
Yo fuí el que erré la licion,
¿Y á vos os han azotado?

Yo el desobediente fuí,
El criminoso y el malo;
¿Y vos pagais por mis culpas
De ese madero colgado?

¿Vos, Señor, que cielo y tierra,
Y todo lo habeis criado,
Y que teneis sobre el sol
Puesto vuestro tabernáculo,

Haceis trono de esa cruz
Entre uno y otro culpado,
Y solo por darme vida
La vuestra dais en ese árbol?

¿Quién sois vos, y quién soy yo,
Gran Señor, para obligaros
De amor á tan nuevo extremo,
Para que hagais por mi tanto?

Vos Criador, y yo criatura;
Vos sois Rey, yo soy vasallo;
Vos poderoso Señor,
Yo un humilde vil y esclavo.

Al fin, Señor, sois Dios mio,
Y yo el hombre mas ingrato;
Pues no me muero de amores
Por quien hizo por mí tanto.

¡Mas ay, que es llegado el tiempo,
Y se ha de acabar el plazo,
Si corto para serviros,
Para ofenderos muy largo!

¡O cómo, Señor, me pesa
De haber rompido el contrato
Que os prometí de guardar
En el bautismo sagrado!

¡O qué cuenta os he de dar,
No solo de lo que he obrado,
Sino de lo que no obré,
Sin acogerme al engaño!

¡O cómo daré descuento
(Pues que lo he de dar es claro)
De pensamientos, palabras,
Que hasta ofenderos llegaron!

¡O cómo daré del tiempo,
Que tan mal tengo gastado,
La cuenta, pues es sin duda
Que de todo me hareis cargo!

¡O quien entonces pudiera
Acogerse á lo sagrado!
Mas ¿cómo me he de ocultar,
Si en cualquiera parte os hallo?

(1) Religioso de la órden de san Francisco. Estas poesias están sacadas del libro que publicó en Lisboa (1675) con este título: *Flores del Desierto*, 1ª y 2ª *parte*, *cogidas en el jardin de la clausura minorítica de Londres*.—Ni don Nicolás Antonio ni Barbosa Machado en su *Biblioteca lusitana* dan noticia de este ascético escritor.

¡O cómo, Señor, me aflige
Daros cuenta de los pasos,
Que solo para ofenderos
Fueron por mí tan mal dados!

¡O cómo daré la cuenta,
Señor, de los que pecaron
Por mi ocasion, siendo yo
La causa de su pecado!

¡O cómo daré, Señor,
De aquello que no hice caso
Tan menuda cuenta allí,
De lo presente y pasado!

Mas ¿qué mucho me pidais
Cuenta de lo que relato,
Si hasta de las obras buenas
Tambien seré preguntado?

La intencion con que las hice;
Si por haberlas obrado
He dejado de hacer otras,
Que estaban mas á mi cargo.

¿Pues á quién me llegaré,
Señor, á pedir amparo,
Si ha de temer un Francisco,
Un Jerónimo y un Pablo?

Si hasta los ángeles mismos,
Espíritus que has criado
En gracia, allí temblarán,
Porque hayan de ser juzgados:

¿Qué haré yo tan pecador
En trance tan apretado?
¿Cómo daré bien la cuenta?
¿Cómo daré mis descargos?

¡O cómo aborreceré
Lo que tengo amado tanto,
Que es mi cuerpo, que aunque mio
El fué mi mayor contrario!

Paréceme le diré,
Señor, en aqueste paso,
Viéndole tan hediondo,
Oscuro, sucio y mudado:

O enemigo, ó traidor,
Cruel, pues en el regalo
Fuiste complice al delito,
Selo ahora en el trabajo.

Participa de las penas,
Pues tú me las has causado,
Siguiendo tus apetitos
Y gustos desordenados.

¡O fementido, alevoso,
Cómo me has vendido caro
Los deleites de la vida,
Tan breves como pasaron!

Que por un breve placer,
Que cuando empieza ha acabado,
La eterna vida perdí;
¡O cómo me has sido falso!

Por este vil muladar
Y por este cuerpo ingrato
Perdí el ser de Dios amigo,
Despues de costarle tanto.

Este es el cuerpo, por quien
Hice siempre extremos vanos;
Por quien la gracia de Dios
Perdí por un vil gusano.

Este es quien me hizo la guerra,
Este el mas terrible daño;
Este el mas fuerte enemigo,
Este el mas fiero tirano.

Este, que ahora aborrezco,
Este fué el cuerpo engañado,
Que por Dios tenia el vientre,
Y por gloria su regalo.

Este el cuerpo que guardaba
Del calor en el verano,
Y del hielo en el invierno,
Con ansia, afan y cuidado.

Este aquel á quien el mar
Regalaba con pescados,
Con varias aves el aire,
Con caza y flores el campo.

Este á quien el oro y plata
Y diamantes mas preciados
Para adorno le servian
En las telas y brocados.

Este el que en la cama blanda
Y en el tálamo dorado
Dormia tan dulcemente
Al son de instrumentos varios.

Este para quien el mundo
Era pequeño palacio;
Este á quien todos los hombres
Aun eran pocos vasallos.

Este era á quien los aromas
Y los olores arabios
Perfumaban los cabellos,
Ornando su rostro falso.

Este es el mismo que miro
Tan sucio, tan vil y bajo:
¡Qué efectos son de la culpa,
Que así trasforma á un culpado!

Serán mis acusadores,
Señor, allí mis pecados;
Y aún la misma conciencia
Relatará en sus encargos.

Y serán los alguaciles
Tambien los ángeles malos,
Que alegarán su derecho
Mejor que muchos letrados.

Y dirán : ¡O justo Juez!
Este hombre ha muy mal gastado
Los talentos que le diste,
Y guardó mal tus mandatos.

Este tuyo era, Señor,
Y él se me vendió barato,
Porque tú le redemiste,
Y la vida te ha costado,

Pero siguió mis banderas,
Hase pasado á mi bando;
Mis órdenes guardó siempre,
Y sin sueldo es mi soldado.

Hizo cuanto le mandé
Sin prometer de pagarlo
Mas que á veces, cuando mucho,
Solo con deleites falsos,

Poniendo para esto á riesgo
Alma, vida, hacienda, y cuanto
Tú, Señor, le diste á él
Desde el bautismo sagrado.

Y tú al fin eres su Dios,
Su Redentor y su amparo,
Que le diste tantos bienes
De gracia, que no relato.

Y sobre todo quisiste
Ser por él tan maltratado,
Que clavado en un madero
Aun la propia vida has dado.

Y con todo te ofendió
Tantas veces que excusado
Será referirlas yo,
Si todo el tiempo es escaso.

Ahora, pues eres justo,
Hazme justicia, que aguardo
Que no me niegues, Señor,
El sudor de mi trabajo.

Esto dirán los demonios,
Y lo demás que no hablo;
Y querrán asirme luego,
Y tragarme de un bocado.

Seré maniatado al punto,
Para llevarme á aquel lago
De cavernas infernales,
Que me está ya aparejado,

Para atormentarme allí
Como á reo condenado;
Que es imposible el decirlo,
Siendo posible el pasarlo.

Pero aquí, Dios y bien mio,
Antes que se acabe el plazo,
Huyo de vos justiciero
Para vos crucificado.

Solamente en vos, Señor,
Unico remedio hallo;
Y desde luego me acojo,
Mi Dios, á vuestro sagrado.

En las llagas sacrosantas
De manos, piés y costado,
Me he de ocultar de vos mismo,
Pues para mí se rasgaron.

Y si lágrimas, Señor,
Para con vos valen tanto,
Acceptad, Dios de mi alma,
Estas que ante vos derramo.

Y por haceros, mi Dios,
Además de ellos un plazo,
Os ofrezco aquí, Señor,
Estos suspiros amargos.

Esto os ruego, esto os suplico,
Esto solo os pido, en cuanto
El alma seguro entrego,
Buen Jesus, en vuestras manos.

## ROMANCE II.

De un pecador hablando con Cristo á la hora de la muerte.

Escuchad, Señor divino,
Soberano Emperador,
Muy ilustre descendiente
De la casa de Jacob :

Monarca de los dos polos,
De cielo y tierra Señor,
Y del pecado de Adan
Unico restaurador :

Amante Rey de las almas,
Cuyo infinito valor
Al hombre comunicastes,
Cuando por pan os comió :

He buscado mil caminos
Para alabaros, mi Dios,
Por todas cuantas mercedes
Hicistes al pecador.

Criastes el cielo y tierra,
Y vuestra mano formó
Al hombre para gozaros;
Mas al momento os perdió.

Pero vos, compadecido
Con la fuerza del amor,
Pagastes deudas tan grandes
Como el hombre cometió.

Aquí, Monarca divino,
Mi Dios y mi Redentor,
He menester que escucheis
Como Dios mi peticion.

Yo os acuerdo que dijistes
(Supuesto que bien sé yo
Que estais á todo presente,
Y todo es presente á vos):

Que en cualquier hora, ó instante,
Que gimiendo el pecador
Viniese á vos convertido
Con dolor y contricion,

Le oirias, Dios y bien mio;
Pues si esto es así, mi Dios,
¿Qué dudo, ó qué temo ahora,
Para pediros perdon?

Y si profesan los reyes
Por ley, por obligacion,
Cumplir las palabras dadas,
Vos mejor, pues que sois Dios.

Facilité las ofensas,
Cuando las cometí yo;
Y dificulto el remedio,
Para pedir el perdon.

Siguiendo mis apetitos,
Mi Rey, mi padre y Señor,
Abrí la puerta á la culpa,
Cerrándola á la razon.

¿Es posible que llegué
Tanto á ofenderos, mi Dios;
Y que conservo la vida,
Y no muero de dolor?

¿Es posible que he llegado
Tanto á olvidarme de vos,
Siendo la verdad y vida,
Y quise la muerte yo?

¿Es posible que despues
Que obrastes mi redencion,
Volví de nuevo á ofenderos,
Cuando tan cara os costó?

¿Es posible que mil veces
Mis culpas con vuestro amor
Anduvieron á porfía
Sobre cual era mayor?

¿Es posible que pudiendo
Tomar vos satisfaccion
De tantas ofensas cuantas
Yo cometí contra vos;

Es posible que me distes
Tan largo tiempo, Señor,
Esperándome á la emienda,
Por no perderme, mi Dios?

¿Es posible que en mi mano
El ofenderos, ó no,
Estuvo, y que os ofendí
En paga de vuestro amor?

¿Es posible que el camino
Del infierno seguí yo
A costa de mi caudal,
De vida, hacienda y honor?

¿Es posible que el camino
Dejé de la salvacion,
No pudiendo en él perderme
Teniendo por guia á vos?

¿Es posible que pudiera
En vuestra casa, Señor,
Ser príncipe de la sangre
Que vuestro amor derramó?

¿Es posible que pudiera
Estarme ardiendo, mi Dios,
Con las furias infernales,
Y en su perpetua prision?

¿Es posible que quisistes
Librarme de aquel dragon,
Pudiendo haberme tragado
Sin alguna remision?

Pues si todo esto es posible,
Posible será, mi Dios,
Que habiéndome ya mudado
De lo que fuí á lo que soy,

No os acordeis de mis culpas,
Pues aunque tan graves son,
Y tantas como sabeis,
Es vuestra piedad mayor.

Es verdad que llego tarde;
Mas tarde llegó el ladron,
Y el perdon llevó primero,
Que no hay tarde para vos.

Tarde llega quien no viene,
Pero tarde no llegó
Aquel que vino, aunque tarde,
Con perfecta contricion.

Aquel padre de familias,
Que á los obreros mandó
A toda hora á su viña,
Igualmente los pagó.

¡Mas ay, que llego, Dios mio,
Desnudo de vuestro amor!
Pero suplirá por mí
Vuestra sagrada pasion.

Suplan por mí los azotes,
Los clavos, la cruz, mi Dios,
Vuestras llagas sacrosantas;
Pues son de tanto valor.

Mirad que no se malogre
Del huerto en aquel sudor
Vuestra sangre derramada,
Pues por mí se derramó.

A vuestra sagrada Madre,
Y á los santos cuantos son,
Y á todos los paraninfos
Que allí os asisten, Señor;

Al seráfico Francisco,
Mi padre, humildad mayor,
Que despues de vos ninguno
Mas por humildad subió;

A todos al fin invoco,
Y pido de corazon
Sean mis intercesores
Y abogados ante vos.

Y si es que el cielo se alegra
Tanto con la conversion
De un pecador penitente,
Haga fiestas el cielo hoy.

Ya, Señor, otro me siento,
Ya mi alma se alegró;
Pues parece le otorgastes
En todo mi peticion.

Ya vuelvo pues á pedirles
Os den las gracias, mi Dios,
De la merced que me hicistes
En concederme el perdon.

## ROMANCE III.

Al mismo intento.

Un esclavo fugitivo
Hoy vuelve á buscar la casa
Del Señor, que le compró,
Y de esta suerte le habla:

Señor, antes que el castigo,
Que á mis culpas amenaza,
Y antes que en mí se ejecute
La sentencia ya firmada,

Dadme licencia que os diga
Solamente una palabra,
Pues no puedo decir muchas,
Porque la muerte me ataja.

Digo una sola, porque
Yo sé, Señor, que una basta;
Y si el corazon la dice,
Cierto estoy que os satisfaga.

Pequé, Señor: ya lo he dicho,
¿Es posible que esto pasa,
Que confiese sin vergüenza
Culpa tan fea y tan mala?

Mas bien hice, si el remedio
Solo estaba en confesarla
Con propósitos muy firmes
De no ver ya mas su cara.

Y así dejad, Señor mio,
Pues es mi culpa tan clara,
Que claramente la diga,
Si es que el tiempo no me falta.

Prosigo pues, si el dolor
De ofenderos no me mata,
Que de pura contricion
Se me va saliendo el alma.

Esclavo fuí del demonio;
Mis padres fueron la causa,
Cautivando por la culpa
La naturaleza humana.

Pero vos, Señor, movido
De vuestra clemencia santa,
Me librastes del demonio
En una pública plaza.

No fué, no, el precio, Señor,
Con que hicistes esta paga,
Ni de las minas el oro,
Ni de las Indias la plata.

Mas sabiendo que era yo
Tan vil criatura y tan baja,
Hicistes al fin la compra,
Que os ha salido muy cara.

Bajastes del cielo al suelo
Para tomar carne humana
En un vientre virginal,
Puerto de nuestra esperanza.

Nacistes en un pesebre,
El heno os sirvió de cama;
Y allí fuistes conocido
Por Dios, por Rey, por Monarca.

Circuncidado quisistes
Ser, sin haber en vos mancha,
Pues sois la fuente divina
De donde mana la gracia.

Y perseguido de Herodes,
Con la Vírgen soberana
Y con vuestro padre á Egipto
Os fuistes por las montañas.

Los trabajos que pasó
La humanidad sacrosanta
Mal podré yo referirlos,
Pues la razon no lo alcanza.

Fuistes preso y maniatado
Con sogas al cuello echadas;
Y azotado despues de esto
Con impiedad inhumana.

La cabeza os coronaron
Con espinas como lanzas;
Y una cruz sobre los hombros
Pilatos poneros manda.

Una sentencia pregonan
Por las calles y las plazas,
Y así dice el pregonero,
Que iba delante, en voz clara:

Justicia, dice el pregon,
Que Pilatos manda se haga;
Y es que muera en una cruz
Este, que Jesus se llama.

Llegastes, mi Dios, al monte
Con esa cruz tan pesada;
Y tendiéronos en ella,
Los piés y manos clavadas.

Y despues de dar allí
La vida, y al Padre el alma,
Un amigo, que hoy es vuestro,
Os dió una cruel lanzada.

Este en suma ha sido el precio,
Y esta fué en suma la paga,
Con que vos me habeis comprado,
Y traido á vuestra casa.

Parece, Dios de mi vida,
Parece que esto bastaba
Para ser agradecido,
Para que siempre os amara.

Pero he sido tan ingrato,
Que volviéndoos las espaldas
Tomó otra vez posesion
El contrario de mi alma.

Y dando rienda á los vicios,
Vivido he tan á la larga,
Que dudo si hubo instante
Alguno en que no pecara.

Porque corria á la ofensa
Cual ciervo sediento al agua,
O de la sed oprimido,
O del hierro de la lanza.

Ahora, Señor, ahora,
En la postrera jornada,
Cuando ya me deja el mundo,
Y no cuando él me llamaba:

Ahora, Señor, os busco,
Cuando él ya me desengaña;
Ahora ya, cuando el tiempo
Para la cuenta me falta.

Ahora cuando la muerte
Ni perdona ni me aguarda,
Pues viene á pedir la deuda
Que todo el viviente paga;

Ahora me vuelvo á vos
En hora tan apretada,
Cuando no tengo una hora
Para una cuenta tan larga.

Ahora á la noche os busco,
Llamándome vos al alba,
Que despertase del sueño
De la muerte, en que me hallaba.

Ahora cuando en las olas
Zozobra mi rota barca,
Ahora, Señor, os busco,
No cuando fué el mar bonanza.

Ahora cuando vencido
De tres contrarios del alma,
Vuestro auxilio, Señor, busco,
Perdida ya la batalla.

Ahora cuando me veo
Privado de vuestra gracia,
Ahora busco la Iglesia,
Y ahora quiero me valga.

Ahora que este edificio
De humilde polvo se acaba;
Y ahora, cuando ya vuelve
A ser, como de antes, nada.

Ahora que os veo airado,
Puesta la mano en la espada
Para castigar las culpas
De una criatura tan mala.

Ahora cuando no puedo
Dar por disculpa á mis faltas,
Ni el faltarme los auxilios,
Ni el pecar por ignorancia.

Pues conociéndoos, Dios mio,
Dulce Jesus de mi alma,
Os he ofendido á sabiendas
Muchas veces, mas que cuantas.

Los árboles tienen hojas,
Y tienen fruto las plantas,
Atomos descubre el sol,
Y arenas hay en las playas.

Mis culpas á todo exceden,
Y su enormidad es tanta
Cuanta sabeis vos, Señor:
Pero si decirlas basta

Con un corazon contrito,
Este acceptad, que á esas plantas
Corrido, humilde y confuso,
Busca otra vez vuestra gracia.

Cerrados teneis los ojos,
Empero abiertas las llagas,
Precio de mi redencion;
Haced que otra vez me valgan.

Mirad, Señor, que es costumbre
Que en llegando á ver la cara
El delincuente á su rey,
Es su culpa perdonada.

Pues, Señor, si esta clemencia
Entre los hombres se halla,
¿Vos, que siendo hombre sois Dios,
Cómo es posible negarla?

Mandad que me echen los grillos,
Mi Dios, que vuestro amor fragua,
Para que no pueda huir
Otra vez de vuestra casa.

Ya con los brazos abiertos,
Con la cabeza inclinada
Parece me estais llamando,
Me recoja en esas llagas.

Mirad que os costé, Señor,
Vuestra sangre sacrosanta;
Clemencia y piedad os pido,
No la veais mal lograda.

Acceptad á buena cuenta,
Por una cuenta tan mala,
Estas lágrimas, Señor,
Que mi corazon derrama.

Holgárame yo que fueran
De pura sangre, no de agua;
Pero aun así recibidlas,
Porque me salen del alma.

Yo sé bien que vuestro amor
De estas ofrendas se paga;
Y así esta, aunque pequeña,
Dulce Jesus, acceptadla.

En cuanto ruego á la Vírgen,
Vuestra Madre soberana,
Y á los santos, que os alaben,
Pues mi lengua no lo alcanza:

Ya se me niega el aliento,
Ya el corazon solo os habla,
Ya de todo á vos me entrego,
Y en vuestras manos el alma.

## ROMANCE IV.

Al mismo intento.

No, Señor, porque la muerte
Ya por instantes me aguarda;
Ni porque de los infiernos
Los tormentos me amenazan:

Tampoco porque perdí,
Por ser criatura ingrata,
Vuestra gloria, Señor mio,
Y me privé de gozarla:

No porque mi juventud
Pasó, como todo pasa;
Y ya la postrera edad
Me sirve de peso y carga:

No porque penas me afligen,
Y tan crueles que hasta el alma
Parece que por instantes
Quieren, Dios mio, sacarla:

No porque me deja el mundo,
Ni porque el vivir me enfada;
No porque ya los amigos
Del todo me desamparan:

No porque me hallo tan solo,
Señor mio, en esta cama,
Porque en teneros presente
Todo mi bien me acompaña:

Al fin no mas de porque
Os amo, Dios de mi alma,
Hoy os busco en esa cruz
Los piés y manos clavadas.

Que si otro tiempo, Señor,
Por la ofensa no os buscaba,
Y otras veces por la culpa
Me ausenté de vuestra casa;

Ahora en la cruz os busco
Confiado en vuestra palabra;
Porque, bien que tarde sea,
Quien viene, Señor, no tarda.

Y bien que para pediros
Todo el mérito me falta,
Confiado llego, Señor,
En esas divinas llagas.

Que como es cierto que yo
De ellas he sido la causa,
Posible será tambien
Que hoy segunda vez me valgan.

Es verdad que arrepentido
De las ofensas pasadas,
Tan otro, Señor, me siento,
Que el corazon se me abrasa.

No permitais que se anegue,
Señor, esta nave flaca
En el puerto de esos ojos,
En donde todos se salvan.

Ya mi corazon, Señor,
Solamente ahora os habla;
A vuestras plantas le pongo,
Y en vuestras manos el alma.

## ROMANCE V.

Al mismo intento.

Antes, Señor, que la muerte,
Que por instantes aguardo,
Cruel me pida la deuda,
De que siempre abrevia el plazo:

Antes que aqueste edificio
De frágil, tosco y vil barro
A la tierra restituya
Lo que le tomó prestado:

Antes, Señor, que me falte
La lengua y voz para hablaros,
En cuanto, Señor, os veo
En esa cruz enclavado:

Una cosa sola os pido,
Solo una súplica os hago;
Que como estais de ganancia
Me la dareis de barato.

Y pues que para ofenderos
Me distes tiempo tan largo,
Para pediros perdon
Hoy mal me podreis negarlo.

*Peccavi* dijo un David,
Y un *peccavi* dijo amargo
Tambien, despues que os negó,
Un Pedro de sí olvidado.

La Magdalena un *peccavi*
Dijo, y un *peccavi* Pablo;
Y otro *peccavi* un ladron
Estando en la cruz clavado.

Pues si un *peccavi* bastó
A estos, cuando pecaron,
Baste tambien un *peccavi*
A mí, aunque he pecado tanto.

No permitais, Señor mio,
Mi Dios, mi bien, mi regalo,
Que se pierda esta ovejuela,
Que vuelve á vuestro rebaño.

Que si las noventa y nueve
Dejastes, por ir buscando
Una perdida, y á cuestas
La volvistes al ganado:

Recoged esta, que os busca,
Que procura vuestro amparo
Acosada de los lobos,
Que tanto la desgarraron.

Pues sois buen Pastor divino,
Dadme, Señor, vuestra mano;
No me negueis vuestro auxilio
Hoy, pues ya me disteis tantos.

Confieso, Señor, confieso,
Mi Dios, que me habeis llamado
Por infinitos correos,
Y que todos me llegaron.

Y fué, Señor, el primero
Cuando los dientes faltaron;
Y el segundo cuando ya
Mal podia dar un paso

Sin arrimarme á un bordon,
Sin valerme de un cayado,
Porque ya con la vejez
El cuerpo se hacia un arco.

El tercero fué, Señor,
Cuando ya de desengaños
Me cubrí; y el cuarto ha sido
Cuando temblaron las manos.

El quinto, cuando la vista
Ya, Señor, me iba faltando,
Pues apenas divisaba
El rojo color y el blanco.

Y por no faltarme avisos,
El sexto aviso fué cuando
Veia morir un vecino,
Veia morir un hermano.

Y sabiendo que este pecho
No era esento de pagarlo,
Adormecido en la culpa
De nada de esto hice caso;

Ni de la misma conciencia,
Que es el espejo mas claro,
En que mis culpas y vicios
Estaba siempre mirando.

Y puesto que las ofensas,
Aun el número pasaron
De las arenas que el mar
Dentro en sí tiene encerrado:

Las inspiraciones fueron
Muchas mas, y avisos claros
Que vos me enviastes, Dios mio;
Con que me hallo mas culpado,

Porque cerré los oidos:
Y así todos no bastaron
Para despertar del sueño,
Para dejar el pecado.

Confieso, Dios y bien mio,
Confieso cuan mal os pago
Las gracias que me habeis hecho,
Los bienes que me habeis dado.

Y aun hoy á vuestros piés llego
Animado á suplicaros,
Que me alienta la esperanza
Que en vuestra clemencia traigo.

Fáltame la contricion
De un Agustin, ó de un Pablo,
O las lágrimas de Pedro,
Con que sus culpas lavaron.

Sin embargo estas que ofrezco
Acceptadlas entretanto,
Porque de un mal pagador
Todo se accepta en descargo.

Vuestras llagas sacrosantas
Suplirán donde yo falto;
En cuanto el alma encomiendo,
Buen Jesus, en vuestras manos.

## ROMANCE VI.

### Al mismo intento.

En las últimas completas
De mi vida, que se acaba,
Y vísperas de la muerte,
Que por instantes me aguarda:

En esta ocasion, en esta,
Dulce Jesus de mi alma,
En que todos mis contrarios
Mas fuertemente me asaltan:

He menester mas socorro,
Mas auxilios y mas gracia,
En que una gloria se pierde,
O que una gloria se gana.

En esta hora, en este instante,
En que mi alma se aparta
De aqueste cuerpo, que ha sido
Enemigo tan de casa:

En este instante de vida,
Que solo, Señor, me falta,
El temor mas me atormenta,
Y me anima la esperanza.

Digo el temor, porque aquí
La memoria me acompaña
De que te ofendí, Dios mio,
Tan sin medida y sin tasa.

Y que la cuenta he de darte
En el fiel de la balanza,
En que aun átomos se pesan,
É indivisibles se apartan.

Los instantes se numeran,
Y las mínimas palabras;
Y de todo al fin se pide
Estrecha cuenta y descarga.

La esperanza es porque veo
Los piés y manos clavadas,
Aunque mis culpas han sido
De esos tormentos la causa.

Y por navegar seguro
De esa cruz me hicistes salva;
Que de la cruz nunca hiciste
Acciones sino de gracia.

Y sino digalo Dimas,
Aquel famoso pirata
A quien has dado tu gloria,
Porque en la cruz te alababa.

Sino dígalo mi padre,
De los pobres patriarca,
A quien de la cruz hiciste
El favor de aquesas llagas.

Pero entre estos dos extremos
La incerteza me desmaya
De cual de estos dos caminos
Tiene de gozar mi alma;

Y el ver que no hay remision
Al instante que se aparta;
Que uno para siempre deja
Y otro para siempre abraza.

Sola la imaginacion
De aquesto, mi Dios, bastaba,
Para que todo hombre cuerdo
Eternamente te amara.

Porque si considerase
Lo que pierde ó lo que gana,
Lo que arriesga ó asegura
La gloria que nunca acaba,

O las penas y tormentos
Con que los culpados pagan
Para siempre en el infierno,
Parece que esto bastaba

Para amarte muy de veras:
Pero pues todo me falta,
No me faltes tú, Señor,
En hora tan apretada.

Decid pues, mi dulce Esposo,
¿Tengo de verme en la patria
De Jerusalen celeste,
De todos los bienes plaza,

Paraíso de deleites,
Puerto de nuestra esperanza,
Jardin de flores eternas,
De promision tierra santa,

Aposento de tu gloria,
Y de tus fieles morada,
Palacio de tu grandeza,
De tu cielo trono y aula?

Adonde los Querubines
Y Serafines te alaban,
Las Potestades te sirven,
Y los Angeles te aclaman:

Los Arcángeles, los Coros
Y las Virtudes te exaltan,
Los Principados te adoran,
Dominaciones te cantan:

Patriarcas y profetas
Y apóstoles te acompañan;
Mártires y confesores
Te dicen mil alabanzas.

¿Tengo de ver por mis ojos
Tu hermosura cara á cara,
O tienes de desterrarme
Para siempre de tu casa

Para aquella cárcel donde
Lo merecido se paga,
En donde no hay redencion,
Y la pena nunca acaba;

Para aquel fuego infernal
Que quema y nunca se gasta,
Que atormenta y no consume,
Pues siempre arde en viva llama;

Donde no hay misericordia,
Ni se admite la esperanza,
Ni entra el arrepentimiento,
Ni el dolor merece nada;

En donde al fin los culpados
Son punidos por la tasa
De sus culpas y delitos,
Con que todo allí se paga?

Allí pues los avarientos
Con necesidades rabian;
Con hambre y sed los glotones,
Sin remedio ni esperanza.

Los deshonestos allí
Y los sensuales se abrasan
En fuegos de piedra azufre
Con aguijones de brasas.

Los envidiosos tambien
Como hambrientos lobos braman;
Y los soberbios confusos
Con los tormentos que pasan.

Allí los murmuradores
Y blasfemos con mordazas
De serpientes en las bocas
Inmensos tormentos pasan.

A los que aquí codiciosos
Han sido de honras mundanas
Los aguijan los demonios
Con muy encendidas hachas.

Allí pagan los sentidos
Conforme fueron las causas,
Pues el castigo y la pena
Allí á la culpa se igualan.

Allí los carnales ojos
Con las visiones extrañas
De los demonios horribles
Se atormentan y se espantan;

Los oidos con las voces
De los culpados, que braman;
Con el hedor las narices;
El gusto con hambre y rabia;

El tacto y todos los miembros
Del cuerpo con frio y calma;
Cosa imposible el decirla,
Siendo posible el pasarla.

La imaginacion padece
En ver lo que allí se pasa;
Y padece la memoria
De los deleites la falta.

Padece el entendimiento,
Con mucha razon y causa,
Así los bienes perdidos
Como los males que aguarda.

Todo es sentir, todo gritos,
Todo llanto, todo saña,
Todo aflicciones, y todo
Lo dicho parece nada.

Comparado con la pena
De no ver á Dios la cara:
Allí sí que es el gemir,
Allí sí que es todo rabia.

Y finalmente allí siempre
Todo cuanto es pena se halla,
Y todos tormentos juntos
Para atormentar el alma.

Y el ver que esto eternamente
Ha de ser, sin haber pausa,
Es el tormento mayor
Que allí padecen las almas.

Aquí, Señor, me castiga,
Aquí me hiere y me mata,
Aquí, Señor, me consume,
Aquí toma, Dios, venganza:

Aquí, Señor, por no verme
En esta oscura morada,
Donde con tanta justicia
Lo merecido se paga.

Pero, Señor de mi vida,
Ya se me perturba la habla,
Ya se humedecen los ojos,
Ya todo el calor me falta.

Ya los postreros anuncios
Me están diciendo que parta
Muy seguro y muy confiado
En esas divinas llagas.

Ya ningun vital espíritu,
Señor mio, me acompaña;
Ya de todo á vos me entrego,
Y en vuestras manos el alma.

## ROMANCE VII.

**Al mismo intento.**

Despues ya de treinta abriles,
Que alegres flores tejieron,
Aunque pasaron veloces
Mas que el veloz pensamiento,

Llegó la parca á cortar
El hilo en la flor del tiempo
A un pecador, que vivia
Sin cuenta, medida ó peso.

Al apuntar las tijeras
Para cortar por el cuerpo,
Humilde el hombre le pide
Que detenga el duro acero,

Que quiere ajustar las cuentas
De un antiguo y grande feudo,
Para confesar en muerte
Lo que no pagó viviendo.

A su llanto al fin piadosa
Y obligada de sus ruegos
Detuvo el golpe la parca,
Una hora poniendo en medio.

Y pidiendo él le trajesen
Ante su presencia luego
Un Cristo crucificado,
Señor de la tierra y cielo,

De esta manera le habla
Delante de todo el pueblo,
Que como sabe la deuda
No quiere hablar en secreto:

En esta hora, Señor,
Que sola de vida tengo,
Espero me perdoneis
Lo que en años treinta os debo.

Yo confieso que me distes
El ser de hombre, pudiendo
No haberme, Señor, criado,
Ni darme derecho al cielo.

Distesme potencias libres,
Y distesme entendimiento
Para reprobar lo malo,
Y para elegir lo bueno.

Hombre perfecto me hicistes
Con proporcionados miembros,
Pudiendo nacer un monstruo,
Como otros muchos nacieron.

No quisistes que naciese
Entre gentiles, pudiendo,
Señor, permitirlo vos,
Y que fuera yo uno de ellos.

En el bautismo me distes
La gracia, que se perdieron
Por falta de la obediencia
Eva y Adan, padres nuestros.

Disteme quien me enseñase
De vuestra ley los misterios,
Y tambien administrase
Los divinos sacramentos.

Conservastesme la vida,
Dándome largo sustento,
No solo para vivir,
Mas con regalo y consuelo.

Librastesme de peligros,
Y de estos muchos mas fueron
Los que no vieron mis ojos
Que los que mis ojos vieron.

Distesme para guardarme,
Buen Señor, un ángel bueno;
Pero por fiscal á un malo
Me lo permitistes luego.

Distesme, Señor, lugar,
Y distesme largo tiempo
Para mejorar la vida,
Para despertar del sueño.

Distesme, Señor, auxilios
Para amaros y quereros,
Y para serviros siempre
Como agradecido siervo.

Distesme en vuestra real casa,
Señor, el lugar primero
Que hoy indignamente ocupo,
Y sin méritos poseo.

Distesme, Dios de mi vida,
La enfermedad que padezco,
Para darme de mis culpas
Mas claro conocimiento.

Porque pudiendo quitarme
La vida, sin yo saberlo,
Me dais un tiempo tan largo
Para conocer que muero.

Sin duda que os debo mucho,
Pues aun mucho mas os debo,
Porque os debo mas yo solo
Que los ángeles del cielo.

Porque al quereros criar
No os costó mas de quererlo,
Y con sola una palabra
Todos luego os asistieron:

Mas el hombre, que criastes,
Os costó despues de hacerlo
El redimirlo, Señor,
Con vuestra sangre por precio.

Y déboos mas vuestro amor,
Pues amores os trajeron
De allá del seno del Padre
A tomar humano cuerpo.

Amor os hizo nacer
En aquel virginal huerto
De María, vuestra Madre,
Nuestro bien, nuestro consuelo.

Amor solo os obligó
A querer estar expuesto
En el portal de Belen
A los rigores del tiempo.

Amor os hizo sufrir
Tan tierno el primer tormento
De aquella circuncision,
A que no estábais sujeto.

Amor os hizo perdido,
Cuando os vieron en el templo
Perdidas almas ganando,
Enseñando á los maestros.

Finalmente por amor
Vuestro sacrosanto cuerpo
Con vuestra sangre nos distes,
Por daros todo en sustento.

Y por amor derramastes
Sangre, sudando en el huerto:
Amor os ató las manos
Como inocente cordero.

Por amor os azotaron,
Y por amor os pusieron
Esa corona de espinas,
Escarneciéndoos el pueblo.

Amor os clavó las manos
Y piés en ese madero:
Esa fuente al fin de gracias
Amor os la abrió en el pecho.

Amor os quitó la vida;
Y solo amor en efecto,
Mi Dios, pudiera obligaros
A llegar á tanto exceso.

Ahora, Dios de mi vida,
Confieso que todo os debo;
Y quien confiesa la deuda
Pagar desea á lo menos.

Confieso que descuidado
Viví, como ingrato siervo;
Mas ya solamente á vos
Busco, adoro, estimo y quiero.

Y si amor os obligó,
Señor, á ese mar inmenso
De amores, el perdonarme
Aun será mayor extremo.

Todo, para conseguirlo,
Lo que aquí he dicho os ofrezco
Con este llanto que el alma
Hace salir de mi pecho.

Ya se me acaba la vida,
Ya de todo á vos me entrego,
Ya el alma, mi buen Jesus,
*In manus tuas commendo.*

## ROMANCE VIII.

### Al mismo intento.

A puertas de la Ocasion
Paseaba el Apetito,
Sin reparar en los daños,
Sin recelar los peligros.

Y apenas al umbral llega
De la puerta del Delito,
Cuando su consentimiento
El alma y pecho le ha herido.

No siente luego el dolor
Del penetrante cuchillo,
Que hasta que el gusto se hiele
No siente el hierro del vicio.

Sin vigor para obra buena
Se halló luego enflaquecido,
Que las heridas del alma
Penetran hasta lo vivo.

El Médico celestial
Para visitarle vino,
Y no le abrieron la puerta,
Por mas diligencias que hizo.

Sufrió el agravio y afrenta,
Aunque por eso no quiso
Ni quejarse de la injuria,
Ni darse por ofendido.

A buscar volvió la casa,
Y viendo abierto un resquicio
En el aposento entró,
Y al punto al enfermo dijo:

Mira, hermano, que te mueres;
No digas que no te aviso;
Mira que tienes la vida
Solo colgada de un hilo.

Médico soy, y si quieres
Te curaré, que es mi oficio;
Sin llevarte mas que el gusto
De librarte del peligro.

Es tu dolencia mortal,
Y yo solo me acredito
En curar un peligroso
Y en restaurar un perdido.

Si es que temes la violencia
De los remedios, te afirmo
Que te parezcan suaves,
Porque todos son divinos.

No rehuses el remedio,
Cuando á curarte me obligo;
Ni repares en la costa,
Porque te la haré yo mismo.

Pues ya á tus primeros padres,
Estando en el paraíso,
Cuando por una manzana,
Cuando por un apetito

Perdieron luego la gracia,
De que estaban bien vestidos,
Y por un bocado solo
Mataron todos sus hijos,

Los curé, y para volverlos
A la gracia de principio,
Ejecuté los remedios
En mí como buen amigo.

Fueron ellos tan violentos,
Y en grado tan excesivo,
Que solo pensando en ellos
Sudé yo de sangre un rio.

Y despues me maniataron
En una columna asido,
Me dieron una sangría
Cual otra jamás se ha visto.

Pusiéronme en la cabeza
Por único defensivo
Una corona tejida
Con setenta y dos espinos.

Abriéronme cinco fuentes,
De que luego de improviso
Cinco arroyos me salieron,
Que manaron hilo á hilo.

Gusté demás una purga
De hiel mezclada con vino;
Que por ser grande la sed,
Fué, mas que tormento, alivio.

Luego al *consummatum est*
Un caballero Longinos,
Aunque ciego, me acertó
Con la lanza el pecho frio.

Estos los remedios fueron
Que tomé por tus delitos;
Mira si cura de gracia
Quien tanto de gracia hizo.

Si eres sediento de bienes,
Yo te prometo hacer rico,
Y tanto que á boca llena
Digas que tal nunca has visto.

Y si acaso estás hambriento,
Y por eso tan aflicto,
A mi mesa te pondré,
Y daréte hasta á mi mismo.

Y si ambicioso eres de honras,
Yo te prometo, hijo mio,
Hacerte príncipe grande
En el reino donde asisto.

Y si un bocado privó
A tus padres del paraíso,
A tí ahora otro bocado
Te hará de mi gracia digno.

Mira que te quiere sano
Quien te hace tantos partidos,
Y que no quiere te pierdas
Quien te muestra estos caminos.

Ahora pues que te ofrezco
Los remedios, como has visto,
Haz que te puedan servir
Antes que llegue el castigo.

Abrió el enfermo los ojos,
Y mirando á Jesucristo,
Postrado humilde á sus piés
De aquesta suerte le dijo:

¿Tú en esta casa, Señor,
De un pecador tan indigno,
Cuando una palabra sola
Tuya libra del peligro?

¿Es posible que llegué
Tanto á ofenderte, Dios mio,
Y que aun el perdon me ofreces
Cuando merezco castigos?

¿Quién, mi Señor, sino tú
Me hiciera tal beneficio,
Que aun afrentado me buscas
Para que sea tu amigo?

Pero, Señor, yo confieso
Que si de tí me retiro,
Es de puro avergonzado
De haberte tanto ofendido.

Mas pues que perdon me ofreces
De mis culpas y delitos,
Aquí me tienes, Señor,
A tus plantas ya rendido.

Protesto, Dios de mi vida,
Y á guardarlo aquí me obligo,
Que no he de ofender ya mas
A quien tanto bien me hizo.

Solo quisiera, Señor,
Un corazon tan contrito,
Que de pura contricion
En dos se hubiera partido.

Pero aquestos dos arroyos
De allá traen su principio,
A quien embargan los labios,
Porque corran de contino.

Dame, Señor, de tu gracia;
Otórgame de tu auxilio,
Porque entonces guardaré
Mas sin falta lo que digo.

Y pues pródigo de gracias
Te muestras, sola una pido,
Y es que, porque no recaiga,
Me lleves luego contigo.

## ROMANCE IX.

Al mismo intento.

Una alma triste, afligida
A solas en un desierto,
Con lágrimas y suspiros,
Y con gemidos sin cuento,

Del mas íntimo del alma
Mil quejas le están saliendo,
Que de las penas y gustos
Es el alma propio centro.

¡Ay, dice, triste de mí,
No sé si vivo ó si muero,
Pues ha treinta años que vivo
Como un hombre sin gobierno!

¡Ay, que he sido el homicida
De mi alma, vida y cuerpo,
Gastando mi juventud
Sin cuenta, medida ó peso!

¡Ay de mí, que adormecí,
Como si fuera hombre muerto,
Sin acordarme de Dios
Con solo un buen pensamiento!

¡Ay de mí triste! ¿qué haré?
¿Cómo podré hallar remedio
Que baste para sanarme
De aqueste mal, que padezco?

¡Ay de mí, que siete heridas
Han traspasado mi pecho,
Y cualquier de ellas mortal,
Sin otras mil que no cuento!

Hoy la Esperanza llamé;
Mas aunque es médico viejo,
Por esperar el verano
Deja pasar el invierno.

Y como es grave dolencia
La de que ahora me quejo,
Por no poder dilatarla
Hice llamar otro médico.

Y así llamé al Desengaño,
Que me dicen que es maestro
En cualquiera facultad,
Y descubríle mi pecho.

Hame tomado los pulsos;
Dice que sin duda muero,
Porque en heridas mortales
Es difícil el remedio.

Hízome luego llamar
Tambien al Conocimiento,
Porque este y el Desengaño
Son los mejores del pueblo.

Y como en dolencias graves
Es malo el dilatar tiempo,
El Temor con la Esperanza
Hice juntar en secreto:

Porque como son hermanos,
Uno sabio, otro discreto,
Cuando curan ambos juntos
Está seguro el enfermo.

Vinieron juntos los dos
Con el Arrepentimiento,
Que es de todos cuantos curan
El que tengo por mas cuerdo.

Estos me hicieron llamar
A la Contricion, que creo
Que la dolencia que cura
No ha menester mas maestro.

Al fin á todos llamé,
Y todos juntos dijeron
Que se obligan á curarme,
Y me darán sano y bueno:

Pero que luego al instante
He de tomar su consejo,
Porque arriesgo la salud
Si es que dilato el remedio.

Que me recoja, me dicen,
En parte do esté secreto;
Que á nadie mire ni hable
En el dia todo entero.

Que haga reseña menuda,
Desde que he caido enfermo,
Cuantas veces tropecé
Sin levantarme del suelo.

Que lo diga al padre cura,
Que cura el alma, y que luego
Sin duda me hallaré sano
De las heridas que tengo.

Y por hacerlo mejor,
Me he pasado á este desierto,
Donde amargamente gimo,
Si del pecado me acuerdo.

¡O amador de mi alma,
Dios divino, Dios eterno!
¿Cómo hablo, cómo respiro,
Cómo es posible que puedo

Ponerme ante tu presencia
Sin vergüenza, horror ni miedo,
Si otros con menos delitos
Has condenado al infierno?

¡Qué ocultos son tus caminos!
¡Qué admirables tus secretos!
Nadie penetra, aunque lince,
Los juicios tuyos supremos.

¡O quién fuera tan dichoso,
Señor mio, que á lo menos
Pudiera desde la cuna
Al ataud pasar luego!

¡O quién despues del bautismo
(Pues que de dolor no muero)
Se ocupara en tu servicio
Como agradecido siervo!

¡O quién sufriera por tí
Todo lo que padecieron
Cuantos mártires, Señor,
Gozan hoy de tí en el cielo!

Pero si hasta ahora anduve
Engañado, errado y ciego,
Huyendo de tu presencia,
Ya á tu presencia me vuelvo.

Si te ofendieron mis ojos,
Hechos están arroyuelos;
Si la lengua te ofendió,
Con la lengua lo confieso.

Si con las manos y piés,
A los tuyos estoy puesto;
Y si con el corazon,
Aquí el corazon te ofrezco

Tan otro, Dios de mi vida,
Que á tí solo adoro y quiero;
Todo lo demás despido,
Todo lo demás desecho.

¡O regalo de mi alma,
Mi bien, mi Dios, mi consuelo,
Yo tan perverso y tan malo,
Tú tan piadoso y tan bueno!

¡O clementísimo Dios,
Supremo Rey, bien eterno,
De la muerte destruidor,
Y triunfador del infierno;

Conservador de los justos,
De pecadores consuelo,
De convertidos abrigo,
De penitentes remedio!

Si para obligarte á tí,
De todos el mayor medio
Es, Señor, confesar culpas,
Confieso, Señor, confieso

Que te he ofendido, Dios mio,
Tan sin tasa y tan sin miedo
Como si para ofenderte
No mas tú me hubieras hecho.

Y aun llego á tí tan confiado
A pedirte lo que quiero,
Como si de las ofensas
Hiciera merecimiento:

O como si yo tuviera
Aquel arrepentimiento
Que tuvo la Magdalena,
O Jerónimo en el yermo:

O la contricion de Pablo,
O de Agustin, ó de Pedro;
O si tuviera el amor
De los ángeles del cielo.

Mas aunque todo me falta,
Y nada de aquesto tengo,
Tus santas llagas, Señor,
Por mis pecados te ofrezco:

En cuyo valor confio,
En cuyo mérito espero,
Despues de un perdon de culpas,
Un lugar allá en tu reino.

Si yo tuviera mil vidas
Como no mas de una tengo,
Todas las diera por tí,
Sin pagar lo que te debo.

Tenme pues, Dios, de tu mano;
Líbrame, pues yo no puedo,
De todos mis enemigos:
Esto te suplico y ruego.

Y dadme, para servirte,
Gracia, que es la que pretendo;
Porque si tengo tu gracia,
No temo todo el infierno.

No te acuerdes de mis culpas,
Pues que tú eres mi consuelo;
Y por remate te pido
Quieras hacerme tu siervo.

## ROMANCE X.

Al mismo intento.

Por la puerta de la culpa
Entró la Muerte en la tierra,
Que no viéramos su cara
Si no le abrieran la puerta.

Quedó con esta visita
La humana naturaleza
Tan flaca para lo bueno
Como á lo malo dispuesta.

Comunicó su malicia
Luego al alma esta flaqueza,
Y quedó frágil y flaco
Lo que tan fuerte antes era.

Quedó el entendimiento
Tan diminuto de fuerzas
Que enfermó, y cuasi sin vida
Perdidas las tiene y muertas.

Y quedó el libre albedrío
Tan inclinado á la ofensa
Que le aprisiona el valor,
Para elegir cosa buena.

Estragado el apetito,
La memoria descompuesta,
Los sentidos perturbados,
La imaginacion inquieta:

La voluntad para el mal
Tan curiosa y tan propensa
Cuan sucia y mal inclinada
La carne para torpezas.

Y finalmente quedó
Naturaleza sujeta
A la muerte por castigo
De aquella culpa primera.

Nadie de pagar despues
Este tributo se esenta,
Que hasta Cristo, por tomar
Humana naturaleza,

Aunque estaba esento y libre
De esta culpa y de esta pena,
Murió: y en todos la ley
Quiere que, pues nacen, mueran.

Pues, hombre, si estás sujeto
A pagar aquella deuda,
Y ves que tantos fiscales
Tienes que el alma te cercan:

No te descuides un punto,
Cual piloto que navega
Entre la Scila y Caribdis,
Que va siempre el ojo alerta:

O cual navegando en bancos
Sobre doradas arenas,
Y con el plomo en las manos,
Por no dar la nave en ellas.

Vela como buen soldado
Que toda la noche vela,
Por no ser de su enemigo
Fácil despojo ó presea.

Y pues tienes el morir
Por cosa infalible y cierta,
Y el cuando será no sabes,
Que es á cada instante piensa,

Y que te llaman á juicio
Para dar menuda cuenta;
Pues si así no lo haces antes
Nunca podrás darla buena.

Y si por la muchedumbre
De tus culpas es que dejas
De procurar el remedio,
Hermano, confiado llega.

Que si la injusticia y culpa
Hizo á la muerte una puerta,
Hoy la clemencia y piedad
Otra te tienen abierta.

Y si por una mujer
La muerte vino á la tierra,
Por otra vino la vida,
Que es María *gratia plena*.

Y si vino al hombre el daño
Por una desobediencia,
Por la humildad mas profunda
Hoy nos perdonan la pena.

Y si por solo un bocado
Nuestros padres nos condenan,
Mira que en otro se da
Quien cielo y tierra sustenta.

Y si en un árbol se hizo
A Dios una tal ofensa,
Se hizo en otro árbol tambien
La redencion mas suprema.

Con que claramente aquí
Bien parece que Dios muestra
Que del paño de la culpa
Quiso cortar la librea.

Llega, hermano, llama y pide,
Pues tan franco Dios se muestra;
Pide gracia en esta vida,
Y en la otra gloria eterna.

## ROMANCE XI.

Al mismo intento.

Aquel padre de familias
Hoy sale á buscar obreros
Desde el alba hasta la tarde,
Que Dios llama á todo tiempo.

Nadie por ser tarde deje
De acudir al llamamiento;
Que tarde vino el ladron,
Y en el premio fué el primero.

Pero ni por eso deje
El que es prudente y discreto,
Por esperar el verano,
Pasar en vano el invierno.

Que si el ladron se llevó
El cielo por un momento,
Por un momento no mas
A pique tuvo el perderlo.

Él fué ladron tan sutil,
Y en el hurtar fué tan diestro,
Que á Dios delante sus ojos
Aun le hurtó su propio reino.

Mas con todo no me admiro
De que lo hurtase en efecto,
Si vió que el Rey en la cruz
Estaba clavado y preso.

Demás que á sus enemigos
Tenia ganado el resto
En la cruz, y así al ladron
De barato le dió el cielo.

A Longinos dió la vista
En el alma y en el cuerpo,
Aunque él con una lanzada
Le abrió su sagrado pecho.

Dió su discípulo amado
Por hijo y por compañero
A su Santísima Madre,
Como lo declara el texto.

La túnica á los soldados
Dió con que andaba cubierto,
Que por no partirla en partes
Allí la jugaron luego.

Dió mas la vida á la muerte,
Y á la sepultura el cuerpo;
Y al fin el alma en las manos
De su Padre entregó luego.

Y porque nunca se hartaba
De dar, aun estando muerto
Del pecho dió sangre y agua,
Por volver á dar de nuevo.

Dadme licencia que os diga,
Señor, que estais muy enfermo
De amores, pues para todos
El pecho teneis abierto.

Ahora pues lo que os pido,
Pues á pediros me atrevo,
Es que no entreis en juicio
Con aqueste humilde siervo,

Porque ante vuestra presencia
Justificarme no puedo;
Y que me deis un lugar,
Buen Jesus, en vuestro reino.

## ROMANCE XII.

Al mismo intento.

Señor, el mas vil gusano
Que criado has en la tierra,
Hoy á tus piés mas humilde,
Y ya en la hora postrera,

Que le oigas te suplica
Por tu piedad y clemencia,
Pues el usarla con él
No será la vez primera.

Yo no rehuso el morir,
Cuando la muerte es tan cierta;
Antes la tengo por dicha,
Porque cesan las ofensas.

Ni la pena del infierno,
Señor mio, me da pena;
Aunque la haya merecido
Con mi vida torpe y fea.

Pero, Señor de mi vida,
Lo que mas hoy me atormenta
Es el ver que te he ofendido;
Y solo de esto me pesa,

Tanto que me holgara yo
Que mi corazon se viera
En mas pedazos deshecho
Que arroja el fuego centellas.

Y si otros tantos infiernos
Como tú crear pudieras,
Los padeciera yo solo;
Con que en tu gracia estuviera,

Lo tuviera, Señor mio,
Por merced de tu grandeza:
Pues con tantos no se pagan
Aun las mínimas ofensas.

Pero, Señor, si bajaste
De aquesa corte suprema
Solo á salvar pecadores,
Yo soy aquella ovejuela

Que me ausenté del rebaño;
Y si no quieres me pierda,
Tan flaco estoy por la culpa
Que he menester me sostengas.

El Hijo pródigo soy,
Que dando al vicio las riendas,
De mi Padre me aparté,
Por vivir libre y sin cuenta.

Al fin dijera quien soy,
Señor, si no lo supieras;
Y si no para decirlo
El plazo tan breve fuera.

Pero ya tan otro estoy,
Señor, de lo que antes era,
Que mas confiado me animo
A llegar á tu presencia.

Siendo yo pues quien tú sabes,
Confieso que tú á mi puerta
Muchas aldabadas diste,
Y me hablaste á mis orejas

Que despertase del sueño,
Para que no se ofendiera,
Y á todo al fin me hice sordo:
Pero tu piedad inmensa

Me ha dilatado el castigo,
Por esperarme á la emienda;
Que los castigos y culpas
En tí no corren parejas.

¡Ay, Señor, que si aquel hilo
Cortaras, como pudieras,
Ya estuviera sepultado
En infernales cavernas!

Pues debiéndote de amar,
Señor mio, muy de veras,
Tantas veces te ofendí
Como tiene el cielo estrellas:

O como átomos el sol
Descubre, ó el mar arenas;
Pero tu misericordia
Sobrepuja á todas ellas.

Y así llego á tí confiado,
Siendo tantas las ofensas;
Pues tu sagrada pasion
Hoy te ofrezco en recompensa.

Esa corona de espinas,
Que tienes en la cabeza,
Y aquesa fuente del pecho,
Que tu amor nos tiene abierta;

Las llagas de piés y manos,
Que tú, Señor, tanto precias;
Y los cinco mil azotes
Que te rompieron las venas.

Aquesa sangre preciosa,
Que hizo fecunda la tierra,
Te ofrezco tambien, Señor,
Y los oprobios y afrentas

Cuantas pasaste, Dios mio,
Solo por pagar mis deudas,
Por ser el hombre incapaz
De poder satisfacerlas.

Y por hacerte, Señor,
En una cuantas ofrendas
Pudiera hacer repartidas,
Si tuviera tantas lenguas:

Aquesa cruz tan pesada
Que al monte llevaste á cuestas,
Y la vida que por mí
Tú, Dios mio, diste en ella,

Te ofrezco yo por mis culpas;
Aunque solo aquesta ofrenda
Para redimir mil mundos
Bastara, si los hubiera.

Y demás de esto, Señor,
He llegado á tu presencia;
Y á la vista de los reyes
No es bien que nadie padezca.

Y si solo por salvar
Almas bajaste á la tierra,
No dejes hoy zozobrar
Esta, que cuasi se anega.

Pues libraste de la mar
Mi bajel, cuando inquieta,
Ahora, mirando el puerto,
No es razon que aquí se pierda.

Y si, como una hora sola
De vida, Señor, me resta,
Tuviera yo muchos siglos
Para servirte de veras,

Para reformar la vida,
Para tratar de la emienda,
Para hacer en mí justicia
De mis culpas, yo lo hiciera:

Y lo tuviera por dicha,
Para que satisfaciera
En parte, Señor, mis culpas,
Y para aliviar mis penas.

Dadme un perdon general,
Y una plenaria indulgencia
Con tu gracia en esta vida,
Para prendas de la eterna.

# ROMANCES, REDONDILLAS Y GLOSAS

SOBRE VARIOS ASUNTOS.

## ROMANCE I.

**A las quince señales que aparecerán antes del Juicio universal.**

Hombre, si es que adormecido
Estás, despierta del sueño,
Y unas verdades oirás
Que te han de ser de provecho.

Abre los ojos del alma,
Escúchame un rato atento,
Que si aplacen novedades,
Unas mas ciertas refiero.

Ya sabes que es infalible
El morir, y despues de esto
Que hay juicio universal
Y paraíso ó infierno.

Ahora lo que no sabes
Por ventura es lo que quiero
Me escuches, hermano mio,
Pues te va mucho en saberlo.

Ha de haber quince señales
Antes del dia postrero,
En aquellos quince dias
Ultimos advenideros.

Será el primero que el mar,
Sin que salga de su centro,
Subirá cuarenta estados
Sobre el monte mas excelso.

Será la señal segunda
Que aqueste mar tan inmenso
Se encogerá de tal suerte,
Que será un espanto el verlo.

Será la señal tercera
(¡Qué espectáculo tan feo!)
Que las ballenas del mar
Y los monstruos mas horrendos

Serán vistos sobre el agua,
Y harán tan grandes estruendos
Con los gemidos que lleguen
Sus bramidos hasta el cielo.

La cuarta será que el mar
Arderá en un vivo fuego,
Y cuantas fuentes y rios
Hay en todo el universo.

La quinta señal será
Que los árboles mas densos
Y las yerbas mas humildes
Sudarán sangre en efecto.

Será la sexta señal
Que las casas y los templos
Caerán sobre la tierra,
Altos, grandes y pequeños.

La séptima será que
Las piedras y los roquedos
Todos se harán mil pedazos,
Sin quedar memoria de ellos.

Será la octava señal
(A decirlo no me atrevo)
Que habrá un grande terremoto
General en todo el suelo:

Y será tan espantoso
Que parezca que los cielos
Se caen desde sus quicios,
Y se verán los infiernos.

La nona señal será
Que todo este firmamento
De la tierra será llano,
Sin tener valle ni otero.

La décima será que
Saldrán los mozos y viejos
De las cuevas de la tierra,
Donde estarán por el miedo.

Saldrán como enajenados,
Haciendo grandes extremos,
Atónitos y confusos,
Perdido todo el aliento.

Y la undécima señal
Será que todos los huesos
De los muertos se hallarán
Sobre sus sepulcros puestos.

La duodécima señal
Será que caerán del cielo
Las estrellas, aunque no
Saldrán de su firmamento.

Terciadécima será
Que los racionales cuerpos
Todos allí morirán,
Por resurgir con los muertos.

Cuartadécima señal
Será que la tierra y cielo,
Tambien la region del aire,
Se abrazarán con un fuego.

La quintadécima al fin,
Que es por afeite postrero,
Será que el cielo y la tierra
Se renovarán de nuevo:

De manera que parezcan
Tierra nueva y cielo nuevo,
Resucitando tambien
Al punto todos los muertos;

Y caminarán al valle
De Josafat, para que ellos
Sean juzgados allí
Todos por el juez supremo

Cristo Jesus, justo juez,
Adonde malos y buenos
Con la insignia le verán
De aquel sagrado madero

En que fué crucificado,
Aunque no ha de ser el mesmo,
Sino de un color celeste,
Y los demás instrumentos

De su sagrada pasion,
Y como tales trofeos
De la victoria alcanzada
Por medio de todos ellos.

Y hecha la separacion
De los malos y los buenos,
Unos á poblar irán
Luego de allí los infiernos,

Y para siempre jamás
A sempiternos tormentos,
Donde pagarán las culpas
Que contra Dios cometieron:

Y los buenos á la gloria
Irán á gozar del cielo,
En donde siempre sin fin
Han de reinar muy contentos.

Dejo aquel juicio al tuyo,
Hermano mio, pues pienso
Que no será necesario
Referirlo, si eres cuerdo.

Ahora, si eres cristiano,
Esto que digo creyendo,
Si no hicieres nueva vida
Es tu corazon de acero.

Pero con estos avisos
Y el favor del cielo espero
Que amarás á Dios de veras,
Que es lo que mas te encomiendo.

## ROMANCE II.

Consideraciones de la muerte para despertar una alma para bien vivir.

Considera, ó pecador,
Las agonías del alma,
Las congojas y aflicciones,
Cuando del cuerpo se aparta.

¡Qué de temores la cercan,
Qué de terrores la asaltan,
Qué gusano de conciencia
La estimula y despedaza!

Recordando los delitos
Que cometió descuidada,
No cumpliendo los preceptos
Que la ley de Dios mandaba.

Duélese de haber perdido
Todo el tiempo que á la larga
Dios le dió de penitencia,
Y que ahora al fin le falta.

Llora ya como presentes
Las penas que le amenazan,
Porque son muchas las culpas,
Y ninguna la descarga.

Desea quedar, si puede,
Pero siéntese obligada
A partir y caminar,
Sin que el no querer le valga.

Para cobrar lo perdido
No puede ser escuchada;
Porque al fin perdió de vista
La vida, que tanto amaba.

Y si vuelve atrás los ojos
Para la vida pasada,
Un momento le parece
Cuando ya todo se acaba.

Y si mira lo adelante,
Ve una eternidad tan larga
Que no tiene fin alguno
Ni medio para evitarla.

Llora al fin, porque pudiera,
Si en tiempo lo procurara,
Lograr por todos los siglos
Una gloria no pensada.

Llora tambien, que por breves
Contentos, que luego pasan,
Perdió dulzuras eternas,
Que nadie puede contarlas.

Tambien se avergüenza, viendo
Que por una vil sustancia
Que estaba sujeta á ser
En gusanos trasformada,

Despreció aquella sublime
Que en las celestes moradas
Con los ángeles pudiera
A su Dios cantar la gala.

Y levantando los ojos
De su luz cuasi eclipsada,
Contemplando la excelencia
De gloria tan soberana,

Se corre de haber perdido,
Confundida en su desgracia,
Por una vida tan pobre
Una vida tan sobrada.

Y cuando baja los ojos,
Y mira la gloria vana
De este valle de miserias,
Por que antes se desvelaba:

Todo le parece oscuro,
Humo todo y sombra vana,
Todo feo, torpe, horrendo,
Todo abismo, y todo nada,

En comparacion de aquella
Luz divina, eterna y clara;
Y entonces ve claramente
Que era noche cuanto amaba.

¡O cuanto entonces sé aflige
¡O cuanto entonces tomara
Algun instante de tiempo
Para corregir sus faltas!

¡Qué penitencias hiciera!
¡Qué de lágrimas llorara!
¡Qué hiciera de devocion!
¡Qué vida tan ajustada!

¡Qué propósitos! ¡qué intentos!
¡Cuantas cosas, al fin cuantas
Prometiera de cumplir,
Si el tiempo no le faltara!

Mas faltando ya el aliento
Para prevenciones tantas,
Cuando la lengua enmudece
Y se anuda la garganta,

Cuando la vista se ofusca
Y los ojos se quebrantan,
Cuando se parten los dientes
Con fuerza horrenda y extraña,

Cuando el corazon palpita,
Cuando el pecho se levanta,
Y entre roncos y sonidos
La respiracion le falta;

Cuando la color se muda,
Y verde y negra se pára;
Los miembros todos de hielo
Tiemblan, y se desencajan:

Cuando tantos accidentes
En la postrera batalla
Sirven como de correos
De la muerte á la jornada,

Allí se ven juntamente
Las obras y las palabras,
Y aun los leves pensamientos,
Que el hombre no imaginaba,

Que sirven como testigos
En esta mortal demanda
Contra el autor de las culpas,
O contra el reo de causa.

Todo allí se representa
Ante los ojos del alma,
Para que sus culpas mire,
Aunque no quiera mirarlas.

Allí tambien se le opone
Aquella horrenda canalla
De demonios, que la turban,
Acusan y sobresaltan.

Los ángeles de otro lado
Tambien le asisten de guarda;
Unos y otros á la mira,
Por ver quién ha de llevarla.

Y si á la parte siniestra
La juzgaran sus desgracias,
¡Qué intolerable terror
La persigue y la acompaña!

Con repentinos impulsos
Y con violencias extrañas
Es invadida al momento,
Perseguida y obligada

A que de la carne ó cárcel
Del mísero cuerpo salga,
Para que en penas eternas
Sea siempre atormentada.

Y al salir del triste cuerpo,
¡Qué de enemigos la aguardan!
¡Qué de demonios la cercan
Con mil visiones extrañas!

¡Con qué rabia! ¡con qué aullidos
Le preparan la jornada,
Y como bravos leones
Quieren echarle las garras!

Cual como perro rabioso
Parece la despedaza,
Y cual como lobo hambriento
Allí pretende tragarla.

Cada uno al fin la espera,
Y todos quieren llevarla
A aquella cárcel horrenda
En donde todo se paga.

Pero si al lado derecho
Mira el ángel de su guarda,
Que la anima y la conforta,
Porque sin temores salga,

Para llevarla consigo
A la celestial morada,
Donde es todo suma gloria,
Y gloria que nunca acaba,

¡O qué dicha, ó qué placer
Entonces recibe el alma!
¡O cómo alegre y contenta
Ya desea que se parta

A gozar de aquella gloria
Que se le está aparejada,
Pareciéndole mil siglos
Si un instante se dilata!

Pensar esto muchas veces
Es de muy grande importancia,
Para del todo dejar
Toda la gloria mundana,

Y aspirar con sumo afecto
A la perfeccion mas alta,
Con que la gracia se aumenta,
Con que la gloria se alcanza.

## ROMANCE III.

### Una gitana á la Vírgen nuestra Señora.

Como Dios te dé ventura,
La linda cara de rosa,
Favorece á la gitana
Con tu bendita limosna.

Del que los orbes gobierna
Eres Hija, Madre, Esposa,
Archivo de los secretos
De tres divinas personas.

Estrella resplandeciente,
Del divino sol aurora,
Dia, que volviste clara
A la noche tenebrosa.

Dame esa mano de plata,
Diréte, morena hermosa,
La gracia que Dios te ha dado,
Que no se la ha dado á otra.

Eres del Líbano cedro,
Oliva que cubrió toda
La tierra de blanca plata,
Y eres de Jesé la rosa:

De Moisen la verde zarza,
Y de Jericó olorosa
Azucena, pues quien eres
Ya tu pureza denota.

Plátano hermoso y florido,
Vid fructífera y frondosa,
Mirto fresco, ciprés verde,
Rosal en que Dios reposa:

Palma fuerte levantada,
Y de la guerra victoria,
Mirra, bálsamo precioso,
Espejo sin mancha ó nota:

Azucena, flor y palma,
Bálsamo, mirra, victoria,
Plátano, zarza, ciprés,
Vid, mirto, rosal y rosa;

Ramillete de mil flores,
Jazmin blanco, que atesora
Los olores y perfumes
Que al abril y mayo adornan:

Eres llave que abrió el cielo
Con oraciones devotas,
Que los devotos te ofrecen
De ciento y cincuenta horas:

Huerto lleno y encerrado,
Del prado bella pastora,
Que ese corderillo crias,
Porque mi alma le coma:

Carbunclo reluciënte,
Margarita muy preciosa,
Piedra fina de tal precio
Que solo el cielo la compra:

Tálamo sagrado y santo,
Que con tu pureza adornas,
Puerto de nuestra esperanza,
Que guias la Iglesia toda.

Portento eres celestial,
Y de milagros corona;
Fecunda Lia, que diste
Hijos sin cuento á la gloria.

Tus nombres, tus atributos,
Es atrevido quien osa
Decir que puede contarlos
Ninguna humana persona.

El que cuenta las estrellas,
Y del mar la arena toda,
Podrá solo numerar
Todas tus prendas gloriosas.

¡O qué donaire tan lindo!
Un Rey ama tu persona;
Y aunque tú te hagas su esclava,
Él quiso hacerte Señora.

Aunque en todo tu linaje
Hay gente de toda broza,
En tu persona no tienes
Ni cuanto sea una jota.

Bien se sabe que tuviste
Una enemiga envidiosa;
Mas no te llegó á tocar,
Ni aun al hilo de la ropa.

Y como todos te llaman
Del cielo mística rosa,
Has parido ese clavel
Mas rubio que una amapola.

¡O qué pico ha de tener!
En las partes mas remotas
Le han de oir, aunque no hable
Mas que una palabra sola.

Mal haya quien mal le quiere:
¡O qué cara tan graciosa!
Rey le verás, Reina mia,
Y á sus piés muchas coronas.

Una raya de su mano
Bien claramente denota
Le pariste sin dolores,
Aunque ahora perlas llora.

Huyendo con él irás
Desde una ciudad para otra,
Por librarle de un tirano,
Y de una accion envidiosa.

Perdido le buscarás
Con mil ansias amorosas;
Que él mismo se hará perdido,
Por ganar á los que ignoran:

Que aunque el Niño es Rey supremo,
Tambien las reales personas
Tienen vasallos rebeldes,
Pero seránlo á su costa.

Él será tan liberal,
Tan franco y de manos rotas,
Que dará su propia vida
Cuando no tenga otra cosa.

Por deudas ha de estar preso,
Pero no por deudas propias,
Porque ha de ser una fianza
La que en la cárcel le ponga.

Pagará por el deudor
Con una muerte afrentosa;
Y aunque ha de ser en un palo,
De todo saldrá con honra.

No llores, mi Reina, no,
Deja lágrimas ahora;
Bastan las que llora el Niño,
Pues que por mi bien las llora.

Que estará tan olvidado
De aquestas injurias todas
Que saldrá pascua de flores
Con una cara de rosa.

Y aunque hoy viste mi sayal,
Verásle con tanta gloria
Resplandeciente que el sol
Temblará de ver su sombra.

Hará tan grandes mercedes
Que hasta á los abismos ponga
Espanto, pues ha de hurtarles
Mil millares de personas.

Tú serás la dispensera
De todo cuanto atesora,
Pues de tal hijo ser madre
Tú lo mereciste sola.

Y pues tan rica de bienes
Estás que todo te sobra,
Solo te ruego y te pido
Que seas mi intercesora.

*Dame una limosna, cara de rosa,*
*O hurtaréte las perlas que el Niño llora;*
*Limosna pido,*
*O hurtaréte las perlas que llora el Niño.*

## ROMANCE IV.

Recopilacion de la vida de Cristo Señor nuestro, desde su nacimiento hasta venir á juzgar á los vivos y los muertos.

A toda parte que miro,
Adoro imágenes tuyas;
Y aunque muchas me parecen,
Nunca me parecen muchas.

Aquí te veo nacido,
Siendo tú Criador, criatura,
En un humilde pesebre
Entre un buey y entre una mula.

Allí te veo adorado
De tres reyes, que apresuran
Los pasos á obedecerte
En pobre y humilde cuna.

Allí la circuncision
Padeces; mas es sin duda
Que á tí te hirieron el cuerpo,
Y á tu Madre el alma suya.

Aquí te veo explicando
A doctores la Escritura,
Por ganar almas perdidas,
Pues perdidas almas buscas.

Allí te contemplo huyendo
De un bárbaro rey la furia,
Que tantas vidas quitó
Solo por estorbar una.

Aquí bautizarte veo
Con humildad muy profunda;
Que si es de culpas remedio,
En tí no pudo haber culpa.

Allí en el desierto estás,
En donde veo que ayunas
Una larga cuarentena,
Cuando el contrario te busca.

Aquí veo que le vences,
Cuando vencerte procura
Con sagacidad y maña,
Y falsas promesas suyas.

Allí te veo á la mesa,
En donde la carne tuya
Se da en manjar á los hombres
En realidad, no en figura.

Aquí te veo postrado,
Lavando los piés á Judas;
Pero no basta esta accion
Para que tú le reduzcas.

Allí te veo en el Huerto
Lleno de pena y angustia,
Orando al Padre que pase
De tí el cáliz de amargura.

Aquí veo que vas preso,
Atado con sogas duras,
Cual llevan á un malhechor,
Con mil afrentas y injurias.

Allí te veo amarrado
De mármol á una coluna,
Tan crudamente azotado
Que el cuerpo te descoyuntan.

Coronado aquí te veo
Con setenta y tantas puntas;
Pero corona sin cruz
Es cierto que no hay ninguna.

Aquí te veo cargado
En la calle de amargura
Con el peso de la cruz
Y de penas y de angustias.

Allí te veo clavado
En una cruz por mis culpas;
Que son hierros mas que hierros,
Porque son graves y muchos.

Aquí te veo bajado,
Despues de muerte tan cruda,
En los brazos de tu Madre,
En lamentable figura.

Allí te veo llevado
Al sepulcro, ó sepultura;
Y tu Madre te acompaña,
Aunque está cuasi difunta.

Aquí ya resucitado
Te veo con gloria mucha;
Y á Tomás muestras las llagas,
Para quitarle las dudas.

Allí subir á los cielos
Te veo, sin que te suban;
Pues que por propia virtud
Te subes á las alturas.

Aquí á confortar tu Madre
Envias por lenguas mudas;
Pero aunque mudas, de fuego,
Que encienden, lucen y alumbran.

Allí te veo en juicio,
Juzgando á las criaturas;
Y á todo el mundo abrasado,
Eclipsado el sol y luna.

Aquí te pido, Dios mio,
Aquí donde á todos juzgas,
Que no me juzgues á mí
Como merecen mis culpas.

## ROMANCE V.

**Contemplacion sobre el grande beneficio que recibimos en la lanzada del costado de Cristo Señor nuestro.**

Dulcísimo dueño mio,
Nueva obligacion es esta
En que vuestro amor me pone,
Despues de tantas finezas.

Si es la mayor dar la vida
Por el amigo, la vuestra
Ya por mí, Señor, la distes,
Sin que yo la mereciera.

Mas aun pasais adelante,
Añadiendo invencion nueva,
Dejándoos romper el pecho
Por abrirme á mí la puerta.

Sangre salió de ella y agua
Al instante que fué abierta,
Sangre para mi rescate,
Agua por lavarme en ella.

Mas si bastaba la sangre
De las cicatrices hechas,
Y la que habia salido
De esas sacrosantas venas,

Para redimir al mundo,
Y cien mil, si los hubiera,
¿Para qué despues de muerto
Un soldado os alancea?

Danos la razon san Juan,
San Agustin la pondera,
Que no rompió como lanza,
Mas como llave abrió puerta.

De cuya divina fuente,
Al punto que estuvo abierta,
Manaron los sacramentos
De la Santa madre Iglesia.

Porque como era tan frágil
La humana naturaleza,
El remedio de la culpa
Nos quedase acá en la tierra.

Tambien pienso que el abriros
El pecho fué porque os vean
El corazon sin enojos,
Despues de tantas ofensas.

Mas si la sangre, Señor,
De una persona ya muerta,
Toda cuanta le ha quedado,
Al punto se le congela:

¿Cómo el corazon aquí
La que tenia la echa,
Y despues de estar helada
Corriendo sale acá fuera?

¡Ay, mi Dios! que en esto veo
De vuestro amor la gran fuerza,
Pues que se conserva aun
En las finezas ya muerta.

Para que con eficacia
La misericordia vuestra
Diese á Longinos la vista,
La temporal y la eterna.

Pues aplicando al costado
La lanza, por ella corre
Hasta sus ojos la sangre,
Y á los del alma se llega.

¡O bondad incomprehensible!
¡O misericordia inmensa!
Pues pagais con beneficios
Tan sacrílegas ofensas.

¿Quién, buen Jesus de mi alma,
Quién á tanto se atreviera,
A romper ese sagrario
Sino una persona ciega?

Y pues á un ciego tan ciego
Le distes luz verdadera,
Para que viese sus culpas,
Y se arrepintiese de ellas;

Dadme tambien en el alma
Vista con que no os ofenda,
Con que en esta vida os ame,
Y con que en la eterna os vea.

## REDONDILLAS.

### A un pecador contrito.

Despues de haberos perdido,
Vuelvo, mi Dios, á buscaros;
Mas no sé con qué obligaros,
Habiéndoos tanto ofendido.

Si á vuestra gracia, Señor,
No quisiereis admitirme,
¿Adonde podré yo huirme,
En donde me irá mejor?

¿Cual otro padre hallaré
Que mas me quiera que vos,
Que sois mi padre y mi Dios,
Y en quien solo tengo fe?

¿Qué médico mas prudente
Me podrá curar mis males,
Siendo ellos tantos y tales
Que no hay cuenta que los cuente?

Vos que los habeis sabido,
Vos solo los curareis,
Pues solo curar podeis,
Siendo vos el ofendido.

Y si vos, Dios de mi vida,
Ese favor no me haceis,
Parecerá que quereis
Que mi alma sea perdida

Contra lo que está ya escrito,
Firmado de vuestro nombre,
Que vos no quereis del hombre
Sino un corazon contrito.

Y es cosa tambien muy cierta
Que vos no quereis, Señor,
La muerte del pecador,
Sino que á vos se convierta.

Convertidme pues, mi Dios,
Y perdonadme esta vez
Mis culpas, porque despues
Viva solamente en vos.

Y porque diga con Pablo
Que hasta ahora no viví,
Y que hoy vive Cristo en mí
A pesar del mismo diablo.

Así vos veais buen gozo
De las almas que estimais,
Pues con ellas os mostrais
Tan tierno y tan amoroso.

Así vos os veais querido,
Estimado y venerado,
Como lo habeis deseado,
Y lo habeis bien merecido.

Y en esto, Señor, veremos
Cuanto á los hombres quereis;
Pues que por ellos haceis
Cuanto alcanzar no podemos.

Así veais los mayores
Pecadores convertidos,
Pues son de vos tan queridos
Aun los grandes pecadores.

Por un san Pablo os lo pido,
Que de gran perseguidor
Vino á ser predicador,
Y vuestro vaso elegido.

Y por una Magdalena,
Que de grande pecadora
Vino á ser predicadora,
Y de vuestra gracia llena.

Y por un san Agustin,
Que de tinieblas y errores
Vino á ser de los doctores
Luz, antorcha y querubin.

Queredme, Esposo divino,
Con un amor tan ardiente
Que me ameis eternamente,
Pues por vuestro amor me fino.

Ea, Señor, dadme un sí,
Y decidme un *Yo te quiero;*
Que por este solo espero
Que vos me querais á mí.

A vos, dulce Jesus, vengo
A que mercedes me hagais,
Como vos acostumbrais,
Que en vos muy ciertas las tengo.

Miradme, Señor, con ojos
De vuestra inmensa piedad,
Con grande liberalidad,
Y no hagais ya mas enojos:

Que pues vos sois mi abogado,
Y juntamente fiador,
Confiado espero, Señor,
El perdon de lo pasado.

Pues interesados vamos
Ambos en esto los dos,
Vos por mí, yo por mi Dios,
Y así conformes quedamos:

Yo como reo y deudor
De culpas, que he cometido;
Vos fiador de mi partido,
Y principal pagador.

¡O Padre eterno en amar!
¡O mi Dios omnipotente!
Yo os suplico humildemente
Que me querais perdonar.

Y si otras veces, Señor,
Misericordia he pedido,
Ahora justicia os pido,
Justicia en todo rigor.

Vos me la debeis hacer,
Que Cristo por mí ha pagado;
Pues él no tuvo pecado,
Ni le podia tener.

Mia es su sangre inculpable,
Mios sus méritos son;
Porque él me hizo donacion
De todo esto irrevocable,

Para que sean el precio
De mi rescate bendito;
Pues tuvo precio infinito,
Y mi alma tanto aprecio.

Tomadle pues en descargo
De mis pecados y errores;
Porque, aunque fueran mayores,
Mas de lo que os debo os pago.

Mas os doy que vos me dais,
Mas os ofrezco que os pido;
Y pues vengo arrepentido,
Os pido que me querais.

Ea, mi Dios y mi bien,
Ya lo pasado pasado;
Si á tantos has perdonado,
Perdóname á mí tambien.

Pues la misma condicion
Teneis, mi Señor, ahora,
Merezca yo en esta hora
Alcanzar tambien perdon.

No sea, mi Señor, yo
Mas que todos desdichado,
Porque seré condenado
Si me dijéredes *no.*

No se diga, no, hoy por mi,
Que vine á la fuente, y vos
Me mandais con sed, mi Dios,
Porque en ella no bebí.

Que beba, me conceded,
En esa fuente de vida;
Que quien bebe esa bebida
No puede tener mas sed.

## GLOSA I.

*Soledad, que aflige tanto,*
*Tan solo la alivia el llanto.*

Si en el mayor padecer
El premio mas se asegura,
¿Quién duda que es mas ventura
Penar para merecer?
Luego si yo he de tener
Glorias por aqueste llanto,
No ceseis, ojos, el planto,
Mas empezad á llorar,
Si es que se os ha de pagar
*Soledad, que aflige tanto.*

Y si en tanta soledad
Buscais, mis ojos, consuelo,
Os afirmo que en el suelo
No le hallareis en verdad.
Y así, mis ojos, llorad,
Porque solo vuestro planto
Remediará dolor tanto;
Y eso os aconsejo á vos,
Porque una ausencia de Dios
*Tan solo la alivia el llanto.*

## GLOSA II.

*O dulce suspiro mio,*
*No quisiera dicha mas*
*Que las veces que á Dios vas*
*Hallarme adonde te envio.*

Ojos, que llorando estais,
No cesen vuestras corrientes,
Si con haceros dos fuentes
A mis penas aliviais.
Y pues tal dicha lograis,
Lágrimas del pecho frio,
Caminad donde os envio;
Y os pido que no ceseis,
Hasta que á Jesus halleis,
*O dulce suspiro mio.*

No os digo yo que lloreis
Por aplacar mi dolor,
Que es menosprecio de amor,
Si en eso alivio teneis.
Mas si por culpa lo haceis,
Ojos, no volvais atrás,
Que es un remedio eficaz
Sacar lágrimas del pecho;
Mas si mal no hubiera hecho,
*No quisiera dicha mas.*

Pero si habeis ofendido
A un Señor que os ha criado,
Ojos, llorad el pecado,
Mostrándoos arrepentido.
Y tú, suspiro advertido,
Al mundo no vuelvas mas,
Queda en la gloria do estás,
Porque acá son mis pecados
Mas cien mil veces doblados
*Que las veces que á Dios vas.*

Y pues me dejas aquí,
Y te vas de aquesta suerte,
Procúrame allá la muerte,
Porque no viva sin tí.
Hazme este favor á mí,
Como de tí lo confio;
O no digas que eres mio,
Si me niegas este bien,
Hasta que pueda tambien
*Hallarme donde te envio.*

## GLOSA III.

*Alma, que á la fuente vienes*
*A gozar gloria tan alta,*
*Si á Dios tienes ¿qué te falta?*
*Y si te falta ¿qué tienes?*

¿Cómo así tan olvidada
Te apartas, alma, de mí,
Cuando en esta cruz por tí
La mia está enamorada?
Llega pues acelerada,
Gustarás eternos bienes;

Y si acaso te detienes
Por cobarde ó no sedienta,
Llega animosa y contenta,
*Alma, que á la fuente vienes.*

Con cinco clavos fijado
Me hallarás, porque no huya,
Cuando aquesa boca tuya
Apliques á mi costado.
Si te sientes en pecado,
Con la sangre que de él salta
Te purifica y esmalta,
Para llegar limpia á mí;
Y no te llegues así
*A gozar gloria tan alta.*

No busques, alma, camino
Que de quererme te aparte,
Y deprende solo el arte
De amarme á mí de contino:
Porque mi amor es tan fino,
Que no hay cosa, no, mas alta:
Del amor mundano salta
A los brazos de tu amado;
Y llegando á tal estado,
*Si á Dios tienes ¿qué te falta?*

Yo soy camino y verdad,
Soy vida, y tu amigo soy,
Hagamos las paces hoy,
No quieras mi enemistad.
Si humillo mi majestad
Por darte gustos y bienes,
¿Cómo á gozarlos no vienes?
Llega, y mi gracia procura,
Pues con ella estás segura;
*Y si te falta ¿qué tienes?*

DE FRAY

# PEDRO DE PADILLA.[1]

## GLOSA DE LA SALVE REGINA.

Alta Reina esclarecida,
Como los cielos hermosa,
Sacra Vírgen escogida
Para ser Madre y Esposa
Del que á todos nos dió vida;
Si al Rey de paz y consuelo,
Verbo divino del Padre,
Pudiste bajar del cielo,
Siendo tú su Hija y Madre,
Bien te dicen los del suelo:
*Dios te salve, Reina.*

El unicornio hermoso,
Que es Dios, á quien humanaste,
Quedó de muy riguroso
Manso y misericordioso,
Despues que tú le humillaste:
Porque la antigua discordia
Sola tú aplacar pudiste,
Y en tan dichosa concordia
Bien te cuadra, pues pariste
La misma misericordia,
*Madre de misericordia.*

De triste en alegre estado
Tú nos trocaste la suerte;
De tí nació disfrazado
El que dió, muriendo, muerte
A la muerte y al pecado.
Benditísima María,
Consuelo de nuestra pena,
Pues que vida y alegría
Al mundo de tí se ordena,
Sola tú, Señora mia,
*Vida y dulzura.*

Si Dios en tí no encarnara,
La esperanza se perdiera
De que el hombre se librara,
Que sin Dios hombre no hubiera
Quien al mundo rescatara:
Así que en cuanto tú hiciste
Nuestro bien solicitaste,
A Dios de carne vestiste,
Y con esto aseguraste
Que eres y serás y fuiste
*Esperanza nuestra.*

Celestial Emperadora,
Tú dejaste rico el suelo
De cuanto bien tiene ahora,
Y despues subiendo al cielo
Eres nuestra intercesora:
Sentada estás á la diestra
Del Hijo á quien engendraste,
Y pues al hombre se muestra
Desde allí cuanto le amaste,
Esperanza y gloria nuestra,
*Dios te salve.*

¿A quién hemos de acudir
En todas las ocasiones
Que nos pudieren venir,
Sino á las intercesiones
Que tú nos sabes pedir?
Como del Hijo sabemos
De tí que aunque mas pidamos,
Vírgen, no te cansaremos,
Así cuando nos hallamos
Sin el bien que pretendemos,
*A tí llamamos.*

El que una vez ha caido
Mal se podrá levantar,
No siendo favorecido,
Porque sin Dios no hay pensar
Que se cobre Dios perdido:
Necesitados estamos
De tu favor si caemos,
Porque al punto que pecamos,
Sin la gracia, que perdemos,

(1) Religioso carmelita, autor del *Jardin espiritual* (Madrid, 1585, en 4°), libro rarísimo, del que están sacadas las poesías que insertamos á continuacion.

Tan solamente quedamos
*Desterrados hijos de Eva.*

Nuestra miseria te mueva,
Bendita Vírgen sagrada,
A pedirnos gracia nueva,
Que sin tí los hijos de Eva
Mal podremos pedir nada:
Y viendo que no succede
Que pidas y no te den;
Cuando nuestra culpa excede,
Para recobrar el bien,
Como á quien todo lo puede,
*A tí suspiramos.*

A tí, que sagrario fuiste
De aquella divinidad
Que de tu carne vestiste,
Y con tu gran humildad
Le enamoraste y rendiste:
A tí, por quien nos cobramos,
Divino y celestial medio,
Por quien á Dios granjeamos,
Cuando nos falte remedio
Será muy bien que acudamos
*Gimiendo y llorando.*

Que un corazon humillado
No despreciareis los dos,
Tú y el Hijo tan amado
Que se humilló, siendo Dios,
De la humilde enamorado:
Tu intercesion pueda tanto
Con el Verbo soberano
Que del reino del espanto
Nos libre, Vírgen, tu mano;
Pues aquí no hay sino llanto
*En este valle de lágrimas.*

Si tu favor no socorre
Para lo que nos conviene,
Nadie habrá que nos ahorre,
Porque lo que el mundo tiene
Es moneda que no corre:
Todos estamos de suerte
Que no sufre dilacion
La cura de mal tan fuerte;
Y pues hay tal ocasion,
Vírgen, de compadecerte,
*Ea pues, Señora.*

Pide para el daño hecho
Perdon, y á lo porvenir
Un tan abrasado pecho,
Y tan dispuesto á servir,
Que á Dios deje satisfecho:
Pide lo que tú supieres
Que nos conviene, Señora;
Y pues que tanto nos quieres
No te descuides ahora,
Pues ha tanto tiempo que eres
*Abogada nuestra.*

Ante la suma grandeza,
Que ha ofendido nuestra culpa,
Presenta nuestra bajeza,
Y aquesta flaca disculpa
De nuestra naturaleza.
Muestra al Hijo regalado
El pecho en que le criaste,
Y habiéndosele mostrado
Di: Pues tanto los amaste,
Vuelve y mira, Hijo amado,
*Aquellos tuyos.*

Pues quieres del pecador
Que á tí se convierta y viva,
Y estos conocen su error,
En su amparo los reciba,
Hijo, tu divino amor:
Y pues con fe verdadera
Humildes vuelven á tí,
Y yo soy su medianera,
Válgales ser esto así
Que se les muestren siquiera
*Ojos misericordiosos.*

Todo este favor tenemos
De tu mano, Vírgen santa,
Mas tantas veces caemos
Que á cada paso traemos
El cuchillo á la garganta:
De suerte que es menester
No dejarnos un momento,
Vírgen, de favorecer;
Y si mudares intento,
Por nuestro desmerecer,
*Vuelve á nosotros.*

Que en siendo de tí olvidados,
Quedamos todos perdidos,
De piés y manos atados,
Con fuertes lazos tejidos
De nuestros propios pecados.
Y pues por nosotros fuiste
Madre del Hijo que tienes,
De quien tanto recibiste,
No nos niegues de tus bienes,
Señora, pues tantos diste,
*Y á Jesus.*

Para que nuestra desgracia
En ventura mude el nombre
Por tu ruego y su eficacia,
Como nos le diste hombre,
Danosle ahora por gracia.
Échese, Vírgen, el resto
En remediar nuestros males,
Y el Hijo dulce dispuesto
Con tus ruegos virginales
Hará que saquemos de esto
*Fruto bendito.*

Quedaremos prevenidos
Con su gracia, y reformados;

Y de esta favorecidos
Seremos de los llamados,
Y despues los escogidos.
Quien por Madre te eligió
Lo puede muy bien hacer,
Pues que Vírgen te crió,
Y sin dejarlo de ser
Con traje nuestro salió
*De tu vientre.*

Nació para ser modelo
Y regla de nuestra vida,
Abrió el camino del cielo,
Y la esperanza perdida
Resucitó y el consuelo.
Murió, porque no muriese
El hombre, que tanto amó,
Y para que á sí volviese,
Todo cuanto padeció
Quiso, Vírgen, que sirviese
*A nosotros.*

Dejó su cuerpo en comida,
Para que convaleciese
Con aquel manjar de vida
El que la gracia tuviese
Por sus ofensas perdida.
Quedónos para memoria
De su sagrada pasion,
Y para alcanzar victoria
De cualquiera tentacion,
Con que merezcamos gloria
*Despues de este destierro.*

Las mercedes recibidas
Son tantas del que pariste,
Que fueran pocas mil vidas,
Cuanto mas una tan triste,
Para serle agradecidas.
Y estando tan obligados,
No osaremos pedir mas;
A tí iremos humillados,
Vírgen; y llevarnos has
Al Hijo, y nuestros pecados
*Muestra.*

Y no es posible que vista
Nuestra gran necesidad,
A tu peticion resista,
Ni que el autor de maldad
Nos venza en esta conquista:
Que para estas ocasiones
Te guardan los que te aman,
Y así en sus tribulaciones
Entre otros nombres te llaman
Todas las generaciones:
*¡O clementísima!*

Porque viendo tu clemencia
Acudir á nuestra falta,
Sabemos de cierta ciencia
Que ella suple en lo que falta
Nuestra gran insuficiencia.
Éresnos madre piadosa,
Aunque no lo merezcamos,
Siempre misericordiosa;
Y por eso te llamamos,
Sagrada Vírgen gloriosa:
*¡O piadosa!*

No hay blason que no te cuadre
Por solo tu merecer
Tanto que siendo tu Padre
El que te pudo hacer,
Te quiso escoger por Madre:
De tí nos vino el consuelo
Y el descanso de la vida,
Por tí se cobró en el suelo
Toda la gracia perdida,
Y tú enriqueces el cielo,
*¡O dulce Vírgen!*

Tu santo nombre glorioso,
Que á los demonios asombra,
Es tan dulce y tan sabroso
Que á cualquiera que le nombra
Le da un valor milagroso.
Y el que por sí ya no es parte
A resistir tentaciones,
Lo será con invocarte;
Y así en las tribulaciones
Nos valemos de llamarte
*María.*

Con tu nombre, Vírgen pura,
Se ilustra nuestra memoria,
Y es para nuestra ventura
Salvoconducto de gloria
Que los puertos asegura.
Por él nos hacen mercedes,
Y con poder soberano
Rompen los lazos y redes
Del enemigo inhumano,
Vírgen; y pues tanto puedes,
*Ruega por nosotros.*

Dile al mismo que engendraste,
Que es hombre y Dios verdadero:
Mira aquellos que criaste,
Por quien puesto en un madero
Tanta sangre derramaste.
Que con esto es imposible,
Si á nuestro arrepentimiento
Se da todo lo posible,
Que lleve á colmo su intento
El enemigo invisible,
*Santa Madre de Dios.*

Haz que de sus confianzas
Sea el fruto confusion,
Y que de sus asechanzas
En lugar de perdicion
Nazcan nuestras esperanzas:

Y pide al que le envió
Do no ha de verle jamás,
Vírgen, pues de tí nació,
Y cuanto quieras podrás,
De aquel bien que le quitó,
*Que seamos dignos.*

Pídele que nos ampare,
Y nos confirme en su fe,
Y lo que no le agradare
Fuerzas de gracia nos dé
Con que luego se repare:
Y con medios como estos
Por tu mano grangeados,
Aunque estamos con él puestos
Tan mal por nuestros pecados,
Gozaremos bien dispuestos
*De las promesas de Cristo.*

Para que en todo se acierte,
Le pide al que nos dió vida
Que nuestras vidas concierte;
Y tú, Vírgen escogida,
Nos ampara en vida y muerte.
No nos falte tu consuelo
En la postrimera hora,
Porque partiendo del suelo
Libres de culpa, Señora,
Te alabemos en el cielo.
*Así sea.*

## COPLAS CASTELLANAS.

### Imitacion de las de don Jorge Manrique.

No estés, alma, tan dormida,
Tu memoria se despierte,
Imaginando
El fin de la mortal vida,
Y que se va eterna muerte
Aparejando.
Pues el mundano placer
Dará, con verle acabado,
Tal dolor,
Múdese de parecer,
Pues es lo mas acertado
Y lo mejor.

Del bien que tienes presente
Será lo mismo que ha sido
Del pasado;
Y pensar que otro accidente
Tendrá lo que no ha venido,
Es excusado.
Y pues de lo que pasó
No queda sino el pesar,
¿Qué se espera
De lo que nunca llegó,
Sino que se ha de acabar
De esa manera?

Haz los ojos sendos rios,
Para que puedan llorar
Y plañir
Tus pasados desvaríos,
Pues no se ha de dilatar
Al morir.
Con llanto lava tus males,
Los grandes y los medianos
Y los chicos:
Que con esto los mortales
De los bienes soberanos
Quedan ricos.

Huye de las ocasiones
Que á mudanza están sujetas
Y á dolores:
Sigue las inspiraciones
Que Dios te diere secretas,
Por favores.
Por la carrera corriendo
No vayas que te mostró
La maldad,
Sino procura viviendo
Seguir la que te enseñó
La verdad.

Penitencia es el camino
De la celestial morada
Sin pesar,
Y es un precursor divino
Para andar esta jornada
Sin errar:
Tabla segunda, que al puerto
(Tras el naufragio pasado)
Lleva y guia:
Amparo seguro y cierto,
Y triste dolor colmado
De alegría.

Pues el bien de mas valor
Por vanas sombras trocamos
Y perdemos,
Justo será que el amor
De las cosas, tras que andamos,
Olvidemos.
A lo que no vence edad,
Ni los casos desastrados
Que acaecen,
Volvamos la voluntad,
Que sin esto los estados
Empobrecen.

Alma, tu gran hermosura,
El resplandor y la tez
De tu cara,
Tu limpieza y tu blancura,
Pecando sola una vez
¿Cual se pára?
Como el carbon denegrida,
Y la semejanza bella
Deslustrada
Que en tí de Dios fué esculpida,
Para que fueses con ella
Mas honrada.

Y pues estos bienes todos
Se pierden, y tu nobleza
Es ofendida,
Procura con nuevos modos
Que de tí no sea bajeza
Consentida.
Deja ya de obedecer
A los terrenos sentidos,
Que no tienen
Sino bajo y pobre ser,
Y con regalos fingidos
Se entretienen.

De la mundana riqueza
Cuando fueres poseedora,
¿Quién lo duda
Que no saldrás de pobreza,
Porque es cosa que en una hora
Se nos muda?
Que es oficio de fortuna
Hacer esto con su rueda
Presurosa,
Sin dejar cosa ninguna,
Que sin mudanza ser pueda
Venturosa.

De bienes, que te acompañen
Hasta el cielo, que es tu empresa,
Hazte dueño;
Y los de acá no te engañen,
Que se acaban muy apriesa,
Y son un sueño.
A tu Dios busca, que da
Los bienes que deseamos
Inmortales,
Que no los hay sino allá
En las sillas que esperamos
Celestiales.

Allí no hay sino dulzores,
Donde vida descansada
Gozaremos,
Libre de perseguidores,
Que aquí nos arman celada,
En que caemos.
Allí no saben qué es daño,
Ni cosa de gusto envuelta
Con pesar:
Todo es gloria y bien extraño,
Que no sabe dar la vuelta
Ni acabar.

Mira que podrás tener
Esta riqueza preciosa
Celestial,
Solamente con hacer
Del que te llamas esposa
Mas caudal.
Regálale con fe viva,
No siéndole mas traidora
Ni molesta;
Y saldrás, pobre cautiva,
De la prision en que ahora
Te veo puesta.

Valedores poderosos
Para ver tus desventuras
Acabadas
Serán suspiros ansiosos,
Salidos de entrañas puras
Abrasadas.
Y un propósito tan fuerte
De aborrecer tus errores
Y pecados,
Que admitas antes la muerte
Que volver á los amores
Mal fundados.

Porque son viles y vanos,
Y los que cebados vimos
En sus glorias,
Con tormentos inhumanos
Que lo han pagado leimos
En historias.
No te conviene perder
Tiempo en amar lo pasado,
Porque en ello
Lo que fué muy bueno ayer
No hay mañana, si es buscado,
Nada de ello.

Los bienes que durarán,
Los que tienen perfeccion,
Y la tuvieron,
Son los que á tí te darán,
Que, si mudas de opinion,
Te ofrecieron.
Deja los vanos deseos
De las mundanas locuras
Y quimeras,
Olvida sus devaneos,
Porque son todas verduras
De las eras.

Aborrece ya lo que amas,
Pues son vanos y fingidos
Sus favores:
Deja con divinas llamas
Que se abrasen tus sentidos
En amores.

Puédante desengañar
Esperanzas acabadas,
Que solian
Prometer y nunca dar
Cosa de las regaladas
Que ofrecian.

Ya sabes que es lisonjero
El que regalas y quieres,
Y que daba
Lo falso por verdadero,
Y con fingidos placeres
Te burlaba:
Y que con nombre de amigo
Asegurado y fiël
Te engañó,
Y despues como enemigo
Esquivo, duro y cruel
Te dejó.

Las riquezas desmedidas,
Los edificios reales
Llenos de oro
Son todas cosas fingidas,
Visto de las celestiales
El tesoro.
Aquellos es bien dejarlos,
Que turban los albedríos
Libertados;
Y tras eso compararlos
Con el cielo, son rocíos
De los prados.

Lo que dura eternamente
Tendrás de su poseedor,
Que te amó
Con amor tan excelente
Que abrasado de este amor
Se humilló.
Y junto lo divinal
Con lo humano, hizo luego
Que en la fragua,
Donde se encendió tu mal,
Apagasen todo el fuego
Sangre y agua.

Y lavada y redimida,
Pues que con las dos quedaste,
Lo pasado,
Alma, renuncia y olvida,
Pues lo que mas estimaste
Te ha faltado.
Sigue, pues tiempo se ofrece,
De los contrarios que tienes
La victoria,
Que si tu fe permanece,
Cristo te dará los bienes
De tu gloria.

## SOLILOQUIO I.

Un pecador pidiendo á Dios perdon.

Tu misericordia inmensa,
Pues á ninguno ha faltado
Como llegase humillado,
Reconociendo su ofensa:

Muéstrala, Señor, en mí,
No tardando en remediar
Estos males, que curar
Ninguno puede sin tí.

Que eres Dios, y son sin cuento
De tu clemencia las obras,
Con que reformas y cobras
Las almas cada momento.

Borren tan graves delitos
Mi confesion y dolor
Del libro de tu rigor,
En que los tienes escritos.

Y con agua de tu gracia
Lava una vez y otra vez
Del alma la negra tez
Que ha cobrado en tu desgracia.

Porque limpia de pecado
Tus misericordias cante,
Cuando al cielo se levante
De este cieno, donde ha estado.

Si excusándome negase
Mis culpas en tu presencia,
Tu soberana clemencia
Seria justo me faltase:

Mas si no hay de tiempo instante
En que esconda el corazon,
Parece que es ocasion
Para moverte bastante.

Que aunque es confusion y espanto
Ver lo mucho que ofendí,
Bastará volverme á tí
Con angustia y dolor tanto,

Para tener entendido
Que me valdrás con tus bienes,
Pues que firmado lo tienes
De tu mano, y prometido.

Con la culpa fuí engendrado
De nuestro primero padre,
Que será ocasion que cuadre
Tu perdon á mi pecado

Mas que si libre naciera
De esta miserable herencia,
Porque entonces tu clemencia
Menos obligada fuera.

Sé que la verdad, que amaste,
Ha de ser en mi favor,
Dando en premio á mi dolor
El perdon que aseguraste.

Y esto, que tan cierto sé,
(Que un tiempo no lo sabia)
La eterna sabiduría
Me lo enseñó con la fe.

Como el sacerdote sumo
Con hisopo rociaba
Al leproso, y le sanaba,
Que me has de sanar presumo;

Pues con tu sangre preciosa
Rociando el alma mia,
Sin la lepra que tenia,
Quedará limpia y hermosa.

Tu rostro lleno de gloria
Aparta de mi maldad,
Borrando la iniquidad
De mi alma en tu memoria.

Y porque mas tu clemencia
En mí se pueda mostrar,
Juntamente has de borrar
De mi muerte la sentencia.

De una pureza extremada,
Que al campo de nieve exceda,
Me da un corazon do pueda
Ser tu gracia aposentada.

Y porque con nueva fuerza
Conserve el bien en mi pecho,
Dame espíritu derecho,
Que á ninguna parte tuerza.

De tu presencia no vaya
Mi alma desconsolada,
Que con la carga pesada
De sus ofensas desmaya.

Y aquel tu Espíritu Santo,
Con que te pude invocar,
No me le quieras quitar,
Pues en mi bien puede tanto.

De tu salud la alegría,
Que es Cristo, Padre eternal,
Me da, porque su caudal
Enriquezca el alma mia.

Y confirma de tal arte
En ella tan alto don,
Que por ninguna ocasion
Para siempre de él me aparte.

Y de merced tan crecida
Seré tan reconocido,
Que en mostrarme agradecido
Gastaré toda la vida.

Y con lengua tan despierta
A los malos mostraré
Los caminos de tu fe,
Que el mas malo se convierta.

Con particular cuidado
Me libre tu omnipotencia
De carnal concupicencia,
Fuente de todo pecado:

Porque pueda alegremente
(Libre de infernal malicia)
Esta lengua tu justicia
Celebrar de gente en gente.

Abriendo el duro candado
De estos mis labios cerrados,
Que de mis propios pecados
Fué en mi daño fabricado.

Que si este favor alcanza
De tí mi lengua, yo solo
Desde el uno al otro polo
Anunciaré tu alabanza.

## SOLILOQUIO II.

### Un pecador contrito á Dios.

Un pecador atrevido
Que con tantas culpas va
¿Con qué cara llegará
Ante su Dios ofendido?

¿Qué me podrá disculpar,
Si cielo y tierra me culpa,
Y no tengo en mi disculpa
Testigo que presentar?

Y aunque de todos mal quisto,
Vengo á ti, Padre y Señor,
No fundado en mi dolor,
Sino en el que sufrió Cristo.

Lo que á seguirte me llama,
Despues de tanto pecar,
Es ver y considerar
Cómo perdona quien ama.

Y si de veras amaste
Al que de nada hiciste,
Digalo el mal que sufriste,
Y la cruz en que espiraste.

Lo que el humano querer
Muestra sin tasa y medida,
Es aventurar la vida
Por quien lo ha de agradecer.

Mas tú, mi Dios y Señor,
Amas tan como quien eres
Que abrasado de amor mueres
Por quien no te tiene amor.

Y así no me desalienta
Mi mal, ni me pone espanto,
Viendo que voy á dar cuenta
A quien me ha querido tanto.

Que aunque mi grave malicia
(Por todo lo que me toca)
Mueve, despierta y provoca
El rigor de tu justicia:

Siendo Dios y enamorado,
Y tan largo en perdonar,
Sé que le podrá obligar
Un corazon humillado;

Y que viéndole de veras
Contrito y arrepentido,
Le será de él concedido
Término de las esperas.

Y para que no me pierda,
Lo que debo no pagando,
Al arco, que está vibrando,
Quitará luego la cuerda.

Y en tanto que se convierte
De veras el alma mia,
Cubrirá con alegría
Todos los vasos de muerte.

Que para verle contento,
Solo será menester
Perseverar en tener
De su ofensa sentimiento.

Y aunque la senda es angosta
De la virtud, al entrar
En ella sabe Dios dar
Cien mil ayudas de costa.

Que si los trabajos vemos
De los justos, no alcanzamos
Sino el dolor que miramos,
Y el consuelo no entendemos.

Que debe ser alegría
Y regalo soberano,
Pues Dios mismo de su mano
A sus amigos le envia.

La Magdalena y ladron
Dicen que no desespere,
Mas tu justicia no quiere
Sino igual satisfaccion,

Y esta no puedo yo darla:
Desde luego me condeno,
Si de algun caudal ajeno
No me dan con que pagarla.

Lléveme, Señor, tras tí
El olor de tus ungüentos,
Y el fruto de los tormentos
Que padeciste por mí.

Y pon, Divino Señor,
Porque no queden señales,
En mis heridas mortales
El bálsamo de tu amor.

Y porque puede llevar
Pensamientos confiados,
Haz que pese mi pesar
Lo que pesan mis pecados:

Y que aligere la carga
Con que el alma está oprimida,
Y que la sabrosa vida
Me parezca triste y larga:

Y que el corazon de suerte
Ocupe yo en tu memoria
Que no procure otra gloria,
Sino tu cruz y tu muerte.

Dale al pecho empedernido
De su culpa sentimiento,
No por temor del tormento,
Mas por ser tú el ofendido.

Y el dolor y contricion
Saquen de mí por despojos
Deshecho este corazon
En lágrimas por los ojos.

Y dame gracia, Dios mio,
Que me halle brevemente
Al bien del cielo ferviente,
Y al del mundo helado y frio.

Mas llegando á merecer
Que te humilles á escucharme,
¿Qué diré para mover
Tu clemencia á perdonarme?

No tengo ni sé razon
Que de nuevo no me culpe,
Porque no la hay que disculpe
Tu ofensa y mi perdicion.

Tú del bien profundo abismo,
Porque yo no me destruya,
Con la propia bondad tuya
Te provocas á tí mismo:

Que no tuvieron jamás
Igualdad ni proporcion
La breve humana pasion,
Y lo que por ella das.

Y sé que me dejarias
A eterno dolor sujeto,
Si tus obras y su efeto
No quilatasen las mias.

Para perderte y negarte
Tengo extraña prontitud,
Mas no fuerzas ni virtud
Para volver á cobrarte.

Son mis ofensas sin cuento,
Que llegadas á contar
No las podrán igualar
Números ni pensamiento.

Ciego estaba de tal suerte,
Dios mio, que imaginaba
Que ganancia aseguraba
Con los medios de perderte.

Fuí castigado relaso,
Del vicio tan satisfecho
Que por camino derecho
Jamás acerté á dar paso.

Quise medrar con engaños,
No considerando en ellos
Que despertaba en hacellos
Verdugos para mis daños.

Puse el alma, como loco,
Del demonio en servidumbre,
Y por la mucha costumbre
Tuve mis culpas en poco.

Fué de ordinario afilada
En propia y ajena mengua
Esta cortadora lengua
De dos filos, como espada.

Tuve tanta presuncion
De todo cuanto hacia,
Que de ninguno sufria
Consejo ni correccion.

Fuí tan poco recatado
En todo lo que trataba,
Que como virtud loaba
Mi desvergüenza y pecado.

Fué mi presuncion tan loca
Que no supe contentarme,
Sino solo en calentarme
Como horno por la boca.

En la verdad fuí tan flaco
Cuanto fuerte en la malicia,
Porque rompió la codicia
De los deleites mi saco.

No supe guardar secreto
De ninguna cosa mia,
Sabiendo que me hacia
De libertado sujeto.

Fuí médico en juventud,
Que del alma en la dolencia,
Por hacer nueva experiencia,
Aventuré la salud.

Pequé tan á rienda suelta,
Olvidado del morir,
Que nunca supe huir
Del vicio, ni dar la vuelta.

Al sabio en poco tenia,
De los cuerdos me burlaba;
Porque nada me agradaba
Que no fuese cosa mia.

De misericordia tanta
Como la tuya, Señor,
Usé yo como traidor
Tan mal que pensarlo espanta.

Que viendo que habias de ser
Liberal en perdonarme,
Dilataba el emendarme,
Sin dejarte de ofender.

Mas como tú me querias
De veras, disimulabas,
Porque con esto mostrabas
El amor que me tenias.

Y no sé, mi Dios, de qué
Estás tan aficionado,
Habiéndote yo quebrado
Como enemigo la fe.

¿Para qué te puede ser
Un gusano de provecho,
Si tú, por haberle hecho,
No le quisieses querer?

¿Qué te importa conservarle,
O qué pierdes en perderle,
Qué ganas de entretenerle
Con regalo y mejorarle?

Y para poder mostrarte
Sumamente liberal,
Me has querido dar caudal
De dolor con que pagarte.

Y haces esta concordia
Conmigo, que al mundo espanta,
Porque, aunque mi culpa es tanta,
Es mas tu misericordia.

Y al fin tienes cinco puertas
En piés, manos y costado
Para el mísero culpado,
Que quisiere entrar, abiertas.

Y como da mi malicia
Contra mí tantas querellas,
Entrarme he por una de ellas,
Huyendo de tu justicia.

Y estando allí recogido,
Considerando tu amor,
Forzoso será el dolor
De haber tal Dios ofendido.

Y con este y el caudal
De tu divina riqueza
Tendrá, Señor, mi pobreza
Socorro, y cura mi mal.

Mas no sé cómo creerás
Que estoy tan arrepentido,
Si mil veces te he mentido,
Y siempre te ofendo mas.

Será bien, sacro Señor,
Pues que tanta razon tienes,
Que me prives de tus bienes
Por mentiroso y traidor.

¿Mas qué haré si me dejas
Y me tratas con desden?
Si tú te me escondes ¿quién
Acoger querrá mis quejas?

En cielo y tierra ninguno
Hay que pueda socorrerme,
Y así me es fuerza valerme
De serte tan importuno.

Que tú lo tienes mandado,
Y aunque tiemblo y me confundo
Por verme en este profundo
De mis males sepultado,

Desde aquí te he de llamar,
Pues que sé de cierta ciencia
Que no estrecha tu clemencia
Ver tanto que perdonar.

La vergüenza y confusion
A los piés de tu bondad
Disculparán la maldad
De este ingrato corazon.

Y ellas podrán suplicarte
Que mis ofensas perdones,
Pues disculpas de razones
Son para mas indignarte.

No tardes en socorrerme,
Pues ya para ser mejor
Me valdrá mas tu favor
Que mi mal para perderme.

Y con esta confianza,
Señor, fundada en tu fe,
Con mucha razon tendré
De mi remedio esperanza.

Y aunque no pueda obligarte
Con nada mi insuficiencia,
Al menos dame licencia
Para poder suplicarte

Que por el amor bendito,
Entrañable y sin segundo,
Con que rescataste el mundo,
Dando un tesoro infinito:

Por la Vírgen, que tuviste
Para Madre preservada,
Y por la librea sagrada
Que en sus entrañas vestiste:

Por la vida trabajosa
Que tantos años pasaste,
Por la muerte que acceptaste
Tan dura y tan afrentosa:

Por el triunfo y la victoria
Que ganaste del infierno,
Y por el divino, eterno
Premio sin par de tu gloria:

Y por tu nombre sagrado
Y la paciencia con que,
Pecando como pequé,
Me has sufrido y esperado;

Y por tí mismo te pido
Que á mi peticion te humanes,
Y en mí reformes y sanes
Todo lo que está ofendido.

Y de suerte se destruya
Mi propension á maldad,
Que no tenga voluntad
Sino de hacer la tuya.

Porque hecho de esta suerte,
Mi Dios, contigo conforme,
Por gracia en tí me trasforme,
Y suba do estás á verte.

## SOLILOQUIO III.

**Bendice el alma á Dios por los beneficios recibidos.**

Mi alma con sus potencias,
Llena de tus esperanzas,
Te dé, Señor, de alabanzas
Infinitas diferencias.

Tu voluntad cumpla y siga
De ordinario en toda cosa,
Porque tu mano preciosa
Para siempre la bendiga.

Ocupe la mortal vida
Solo en hacerte servicios,
Con que de tus beneficios
Se muestre reconocida:

Pues que de ella te apiadaste
Perdonando sus maldades,
Y de sus enfermedades
Con tu gracia la sanaste;

Y muriendo la victoria
De la muerte le adquiriste,
Y á sus obras prometiste
La corona de tu gloria.

Siempre fué tu regalada,
Mas con la nueva salud
Quedará su juventud
Cual de águila renovada.

Porque como justo y sabio,
Y enemigo de malicia,
Favorece tu justicia
A los que sufren agravio.

Que de propia condicion
Eres misericordioso,
Manso, benigno y piadoso,
Y largo de corazon.

No te cansa el esperar
Culpados á penitencia,
Porque eres Dios de clemencia,
Y enseñado á perdonar.

Y así como los pecados
No das las adversidades,
Ni conforme á las maldades
Son los tormentos cortados.

Porque ha levantado el vuelo
Tu misericordia tanto
Sobre los humildes cuanto
Dista de la tierra el cielo.

Y cuando el rosado oriente
Se aparta del negro ocaso,
Las culpas á cada paso
Alejas del delincuente.

Que ese amor puro entrañable
De padre nunca se tasa:
Y al fin conoces la masa
De este cuerpo miserable.

Y á perdonarme te incita
Ver, soberano Señor,
Que soy polvo, y una flor
Que en un punto se marchita.

Y por esto perseveran
Tus efectos amorosos
En los hijos temerosos,
Que en tu Majestad esperan.

Y si duraren perfetos
En tu obediencia y servicio,
Harás ese mismo oficio
Con los suyos y sus nietos.

Porque del eterno asiento
(Que siempre tuviste y tienes)
Nuevos celestiales bienes
Les vendrán cada momento.

Que como todo lo puedes,
Los que guardaren tu ley
Es justo de tan gran Rey
Que esperen grandes mercedes.

Los ángeles poderosos
En soberana virtud
A tí, Dios de mi salud,
Bendigan siempre gozosos.

Y todas con igualdad,
Por el bien con que me acudes,
Te bendigan las virtudes
Que cumplen tu voluntad.

Bendigan todas tus obras
Esa grandeza, Señor,
Por el soberano amor
Con que de nuevo me cobras.

Y entre ellas el alma mia
Te dé por su redencion
Con entrañable aficion
Alabanzas cada dia.

DE FREY

# LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.

## SIETE SOLILOQUIOS AMOROSOS

DE UNA ALMA A DIOS.

### INTRODUCCION.

Por tan extraños caminos
Van mis pasos derramados
Que por mis graves pecados
Tiemblo los ojos divinos.

La razon, á quien solia
Volver mi engaño la cara,
Viendo en lo que todo pára,
Hoy al remedio me guia.

Del deleite, en que dormidos
Tantos años se olvidaron,
Parece que despertaron
Todos mis cinco sentidos.

Ya por la parte mas alta
Mi entendimiento me guia:
Ya la voluntad es mia,
Solo rendilla me falta.

Pero vos triunfareis de ellos,
Buen Jesus, y por memoria
De que es vuestra la victoria
Pondreis vuestro nombre en ellos.

Que cuanto me tuvo en calma
Aquel mi pasado error,
Tanto mas á priesa amor
Me lleva á daros el alma:

Que en esa cruz es muy cierto
Que os tiene el vuestro excesivo,
Para perdonarme vivo,
Para castigarme muerto.

Y así espero, Cristo santo,
Tener el perdon que os pido,
Cuando os acordeis que he sido
El que os ha costado tanto.

Y pues nacistes por mí,
Miradme, y decid siquiera:
¿Cómo sufriré que muera
Hombre por quien yo nací?

Que si en vuestra piedad fundo
El quererme remediar,
A salvar, no á castigar
Venistes, Señor, al mundo.

Yo cumpliré agradecido
La palabra que os he dado,
Que sobre desengañado
Viene bien arrepentido.

Todo cuanto el mundo alcanza
Cosas tan frágiles son
Que su mayor posesion
Es engañar la esperanza.

Su deleite y su grandeza
Todo es engaño sin vos,
Porque quien no tiene á Dios
No puede tener riqueza.

Y así, dejando su abismo,
Cuanto soy quiero ofreceros,
Que no es digno de teneros
Quien no se deja á sí mismo.

Vos me ayudareis tambien,
Que como el bien de vos viene
Solo es dichoso el que tiene
De vuestras manos el bien.

Dadme pues á vos, mi Dios,
Porque venga á ser así
La ventura para mí
Y la gloria para vos.

## SOLILOQUIO I.

Dulce Jesus de mi vida,
¡Qué dije! esperad, no os vais,
Que no es bien que vos seais
De una vida tan perdida.

Pero si no sois de mí,
Yo, mi Jesus, soy de vos;
Porque quiero hallar en Dios
Esto que sin Dios perdí.

Mas ya vuelvo á suplicaros
Que de mi vida seais,
Que si vos no me la dais
No tendré vida que daros.

Deseo daros mi vida,
Y sin vos no es daros nada;
Porque con vos va ganada
Cuanto sin vos va perdida.

Muérome de puro amor
Por llamaros vida mia,
Que la que sin vos perdia
Ya no la tengo, Señor.

Pues vuestra piedad me advierte
Como á oveja reducida,
Quiero llamaros mi vida,
Aunque he sido vuestra muerte.

Vida mia, en este dia
Me habreis de hacer un favor:
(¡O qué bien me va, Señor,
Con llamaros vida mia!

Luego que vida os llamé,
A pediros me atreví;
Porque el regalo sentí
Que en vuestros brazos hallé:)

Y es que jamás permitais
Que otra vida sin vos tenga,
Que no es bien que á vivir venga
Vida donde vos no estais.

¡Ay, Jesus! ¿cómo viví
Solo un momento sin vos?
Porque si la vida es Dios,
¿Qué vida quedaba en mí?

¡Qué cosas tuve por vida
Tan miserables y tristes!
¿Es posible que pudistes
Sufrir cosa tan perdida?

Pero sospecho, mi Dios,
Que fué permitirlo así,
Para que viesen en mí
Qué sufrimiento hay en vos.

Pero no lo habeis perdido,
O soberana piedad,
Pues conozco mi maldad
Por lo que me habeis sufrido.

Porque sé de aquel vivir
Como si Dios no tuviera,
Que quien menos que Dios fuera
No me pudiera sufrir.

¡Qué de veces os negué
Por confesar mi locura
A la fingida hermosura,
Donde no hay verdad ni fe!

¡Si la vuestra en la cruz viera,
Ay, Dios, y cuanto os amara!
¡Qué de lágrimas llorara,
Qué de amores os dijera!

No sé, mi bien, qué os teneis,
Que todo me enamorais:
O es que como abierto estais,
Mostrais lo que me quereis.

Amenazado de vos
Parece que no os temí,
Y lleno de sangre sí;
Decid, ¿qué es esto, mi Dios?

¡O qué divinas colores
Os hace esa sangre fria!
¡O cómo estais, vida mia,
Para deciros amores!

Pero ya que me provoco
Con veros á tal dolor,
Harto os he dicho, Señor;
Dejadme llorar un poco.

## SOLILOQUIO II.

Venid, Señor celestial,
Que os llamo de lo profundo
De los peligros del mundo,
Que me tuvieron mortal.

No tardeis en socorrerme,
Que no es ya el tiempo, mi Dios,
En que llamándome vos
Yo procuraba esconderme.

Dicen que me habeis buscado:
Por eso, Señor, os pido
Que en hombros este perdido
Lleveis á vuestro ganado.

¶ Llevadme, mi bien, mi luz,
Pues que mi remedio os nombro,
Que ya me conoce el hombro
Desde que fuí vuestra cruz.

Mirad, dulcísimo Padre,
Que está vuestra Madre aquí,
Y me dice que por mí
Fué vuestra Divina Madre.

Entre vos y ella, mi Dios,
Amor me manda poner,
Que no me puedo perder
Entre vuestra Madre y vos.

Si mis manos homicidas
Os causan tantos enojos,
Que poniendo en mí los ojos
Darán sangre las heridas:

En tanta sobra de hazañas,
Como falta de disculpas;
No los pongais en mis culpas,
Ponedlos en sus entrañas.

Dulce bien mio, si aquí
Esas estrellas volveis,
Vereis, aunque ya lo veis,
Que fuistes hombre por mí.

Abrazad, Jesus querido,
Este pródigo segundo
Desengañado del mundo,
Roto de vida y vestido.

No mireis mis desconciertos,
Que ya no podeis negarme
Que quereis los brazos darme,
Pues que los teneis abiertos.

Abrazémonos, mi Dios,
Mi bien, no haya mas enojos:
Abrid á verme los ojos,
Y crucificadme en vos.

Que aunque á vuestra cruz le dais
El honor, que adoro y sé,
Mejor cruz en vos tendré,
Si en vos me crucificais.

Cristo mio, Padre amado,
¿Cómo andándome á buscar
Os han puesto en tal lugar
Vuestro amor y mi pecado?

¿Pero qué razon os pido,
Estando la mesa puesta?
Hagan los ángeles fiesta
Al pródigo que ha venido.

Dadme ese pan verdadero
Con la gracia que me espera;
No mandeis matar ternera,
Que ya está muerto el cordero.

¡Qué soberano vestido
Me ha dado vuestro perdon
Despues de la confesion
De tanto tiempo perdido!

Antes que con vos me asiente
A la mesa, Padre mio,
Llorar quiero el desvarío
Del tiempo que estuve ausente.

Si la boca os causa enojos,
Que sin gran limpieza os toca,
Ya para limpiar la boca
Quieren dar agua los ojos.

¿Pero cómo será tanta
Adonde la culpa excede?
Pero donde ella no puede,
Supla vuestra Sangre santa.

## SOLILOQUIO III.

Manso cordero ofendido,
Puesto en una cruz por mí,
Que mil veces os vendí
Despues que fuistes vendido:

Dadme licencia, Señor,
Para que deshecho en llanto
Pueda en vuestro rostro santo
Llorar lágrimas de amor.

¿Es posible, vida mia,
Que tanto mal os causé?
¿Que os dejé? ¿que os olvidé,
Ya que vuestro amor sabia?

Tengo por dolor mas fuerte
Que el veros muerto por mí
El saber que os ofendí,
Cuando supe vuestra muerte.

Que antes que yo la supiera,
Y dolor tanto os causara,
Alguna disculpa hallara;
Pero despues no pudiera.

¡Ay de mí, que sin razon
Pasé la flor de mis años
En medio de los engaños
De aquella ciega aficion!

¡Qué de locos desatinos
Por mis sentidos pasaron,
Mientras que no me miraron,
Sol, vuestros ojos divinos!

Lejos anduve de vos,
Hermosura celestial,
Lejos, y lleno de mal,
Como quien vive sin Dios.

Mas no me haber acercado
Antes de ahora seria
Ver que seguro os tenia,
Porque estábades clavado.

Que á fe que si yo supiera
Que os podíades huir,
Que yo os viniera á seguir
Primero que me perdiera.

¡O piedad desconocida
De mi loco desconcierto,
Que donde vos estais muerto
Está segura mi vida!

¿Pero qué fuera de mí
Si me hubiérades llamado,
En medio de mi pecado,
Al tribunal que ofendí?

Bendigo vuestra piedad,
Pues me llamais á que os quiera,
Como si de mí tuviera
Vuestro amor necesidad.

Vida mia, ¿vos á mí
En qué me habeis menester,
Si á vos os debo mi ser,
Cuanto soy y cuanto fuí?

¿Para qué puedo importaros,
Si soy lo que vos sabeis?
¿Qué necesidad teneis?
¿Qué cielo tengo que daros?

¿Qué gloria buscais aquí?
Que sin vos, mi bien eterno,
Todo parezco un infierno,
Mirad cómo entrais en mí.

¿Pero quién puede igualar
A vuestro divino amor?
¿Como vos amais, Señor,
Qué serafin puede amar?

Yo os amo, Dios soberano,
No como vos mereceis,
Pero cuanto vos sabeis
Que sabe en sentido humano.

Hallo tanto que querer,
Y estoy tan tierno por vos,
Que si pudiera ser Dios,
Os diera todo mi ser.

Toda el alma de vos llena
Me saca de mí, Señor;
Dejadme llorar de amor,
Como otras veces de pena.

## SOLILOQUIO IV.

De mi descuido, Señor,
Dicen que teneis cuidado;
¿Pues si á Dios cuidado he dado,
Cómo no le tengo amor!

Yo pensaba que os amaba,
No mas de porque os queria;
Quien tales obras hacia
Lejos de amaros estaba.

¿Deciros amores yo
Qué importa en tantos errores?
Obras, Señor, son amores,
Que buenas razones no.

¡Ay, Señor! ¿cuando seré
Tal como vos deseais?
¿Si no os amo, y vos me amais,
De mí y de vos qué diré?

Diré de vos que sois Dios,
Y de mí que no soy hombre;
Que no merece este nombre
El que no os conoce á vos.

¡Ay, ciegos errores mios!
Abridme, Señor, los ojos
Para ver vuestros enojos
Y entender mis desvaríos.

Dadme bien á conocer
Lo que va de vos á mí,
No mireis á lo que fuí,
Sino á lo que puedo ser.

No me escondais vuestra cara,
Cristo, juëz soberano;
Clavada teneis la mano,
Y en las espaldas la vara.

Cuanto mi pecado admira,
Templa el ser vos el remedio;
Poned vuestra cruz en medio
De mi culpa y vuestra ira.

Si estais, mi vida, enojado,
Y sois fuerte como Dios,
Dejadme esconder de vos
En vuestro mismo costado.

Mas si lo que Job respondo,
Y ha de guardarme el infierno,
¿Cómo yo, mi bien eterno,
En vuestro pecho me escondo?

Mas dejadme entrar allí,
Que si allí me hallais, mi Dios,
Lastimaros fuera á vos
El no perdonarme á mí.

Vida de toda mi vida,
No de toda, que fué loca;
Pero vida de esta poca
A vos tan tarde ofrecida:

Veisme aquí, dulce Señor,
Enamorado y corrido
Del tiempo que no he tenido
A vuestra hermosura amor.

Queredme, pues tanto os quiero;
No aguardeis á que mañana
Me vuelva en ceniza vana
Que lleva el viento ligero.

Que si entonces me buscais,
Por dicha no me hallareis,
Pues que vos solo sabeis
El término que me dais.

Siendo tan fiera mi culpa,
Parece que os hago fieros:
Perdonad, si es ofenderos
Daros la vida en disculpa.

Vos sabeis su brevedad,
Y yo sé qué os ofendí;
Vos sabeis lo que hay en mí,
Y yo sé vuestra piedad.

No por tener confianza,
Mas porque la fe me muestra,
Que en la misma sangre vuestra
Se ha de poner la esperanza.

Si no templais los enojos,
Tomad, Señor, entre tanto
Este presente de llanto
En el plato de mis ojos.

## SOLILOQUIO V.

Dulcísima vida mia,
En quien la inmortal está,
Por quien vivo, y por quien ya
Morir mil veces querria.

Cuando en esa cruz os miro,
Puesto que tantas se os ven,
No teneis llaga, mi bien,
Que no me cueste un suspiro.

Queda el sentimiento en calma
Del consuelo que procuro,
Porque pienso que las curo
Con el aliento del alma.

Entristézcome de suerte,
Que á veces, Señor, quisiera
Que un ángel por vos muriera,
Por no sentir vuestra muerte.

Mas luego vuelvo, mi Dios,
A pensar que me obligara
Tanto, que me enamorara,
Como yo lo estoy de vos.

Mejor es que á vos os deba,
Dulce Jesus, tanto amor,
Aunque ver vuestro dolor
A tanto dolor me mueva.

Cuando niño os contemplaba
Niño en brazos de María,
Y en su divina alegría
Tiernamente me alegraba.

Mas hombre, y hombre tan malo,
Que no haceis ley que no quiebre,
Ya no os busco en el pesebre,
Sino clavado en un palo.

Cuando vuestra Madre sale
Con tal agnus por joyel,
No hay rosa, lirio y clavel,
Que vuestra hermosura iguale.

Mas cuando, Cristo amoroso,
De la cruz pendiente os ven,
Como me haceis mayor bien
Me pareceis mas hermoso.

Porque con esas corrientes
Y llagas dulces y hermosas
Todo sois lirios y rosas,
Todo jardines y fuentes.

Que esas espinas divinas
Son para enseñar, mi Dios,
Que aunque sois jardin, en vos
Se ha de entrar por las espinas.

Pues dejadme entrar, Señor,
A coger rosas tan bellas:
Descanse el alma con ellas,
Que se desmaya de amor.

Causais amor tan profundo,
Muerto de amores, mi Dios,
Que envidio los que por vos
Parecen locos al mundo.

No hay amor, no hay voluntad,
En cuantos el mundo admira,
Porque todos son mentira,
Y solo amaros verdad.

Dulce Señor de mi vida,
Es vuestra lumbre tan cierta,
Que en llegando á vela muerta
Queda por vos encendida.

Rebelde estuve primero,
Y en ofenderos constante,
Mas ya labró mi diamante
La sangre de tal Cordero.

No le tengais en prision,
Dad lugar ¡ó cruz suave!
A que los brazos desclave,
Para que me dé perdon.

Que pienso, aunque le ofendí
Con tanta mortal flaqueza,
Que ha bajado la cabeza
Para decirme que sí.

Pero dejadme llorar,
Que aunque habeis por mí pagado,
Ya para el menor pecado
Me parece corto el mar.

## SOLILOQUIO VI.

Ojos ciegos y turbados,
Si pecados son venenos,
¿Cómo estais claros y buenos,
Despues que llorais pecados?

Si mis pecados llorais,
Que el alma lavar desea,
Y es una cosa tan fea,
¿Cómo tan claros estais?

No sé qué sienta de vos,
Que despues que habeis llorado,
Tan claros habeis quedado
Que osastes mirar á Dios.

En la cruz debió de ser,
Donde su costado aplica
El agua, que clarifica
Los ojos que le han de ver.

Y aunque por lanza sacada,
No es lance que merecistes,
Pues siempre que le ofendistes
Le distes otra lanzada.

Mas ya los tengo, Señor,
En dos mares anegados;
Ya lloran por mis pecados,
Ya lloran por vuestro amor.

Si por mirar os dejaron,
Echo de ver que tambien
Por ellos gané mi bien,
Pues que llorando os hallaron.

Llorar por satisfaccion
De mis culpas, justo es,
Pero tiene el interés
De conquistar el perdon.

Que las lágrimas, que van
A vuestra sangre divina,
Saben correr la cortina
De los enojos que os dan.

Y importándome, Señor,
Tanto el verlos perdonados,
Mas que llorar mis pecados,
Me sabe llorar de amor.

Pésame de no tener
Gran caudal para llorar,
Por mí, de puro pesar,
Por vos, de puro placer.

Prestadme, fuentes y rios,
Vuestras eternas corrientes,
Aunque en estas cinco fuentes
Las hallan los ojos mios.

Ya, Jesus, mi corazon
No sabe mas de llorar,
Que le ha convertido en mar
El mar de vuestra pasion.

Hay unos hombres tan raros
Que se sustentan de olor;
¡O quién viviera, Señor,
De llorar y de miraros!

Y cuando del llanto en calma,
Por falta de humor quedase,
¡Quién por dedentro llorase
Desde los ojos al alma!

Para llorar he pensado,
O celestial hermosura,
Que no hay mejor coyuntura
Que veros descoyuntado.

¡Ay, Dios, si os amara yo
Al paso que os ofendí!
Mi amor me dice que sí,
Y mis pecados que nó.

Si tanta pena es perderos,
Y tanta gloria es ganaros,
Cuando supe imaginaros
¿Cómo no supe quereros?

¡O gloria de mi esperanza!
¿Cómo fué tal mi rudeza,
Que dejase la firmeza,
Y buscase la mudanza?

Mas yo lloraré de suerte
Mis pecados, Cristo mio,
Que mi vida vuelta en rio
Corra hasta el mar de la muerte.

## SOLILOQUIO VII.

Hoy para rondar la puerta
De vuestro santo costado,
Señor, un alma ha llegado
De amores de un muerto muerta.

Asomad el corazon,
Cristo, á esa dulce ventana,
Oireis de mi voz humana
Una divina cancion.

Cuando de Egipto salí,
Y el mar del mundo pasé,
Dulces versos os canté,
Mil alabanzas os dí.

Mas ahora que en vos veo
La tierra de promision,
Deciros una cancion,
Que os enamore, deseo.

Muerto estais, por eso os pido
El corazon descubierto,
Para perdonar despierto,
Para castigar dormido.

Si decís que está velando,
Cuando vos estais durmiendo,
¿Quién duda que estais oyendo
A quien os canta llorando?

Y aunque él se duerma, Señor,
El amor vive despierto,
Que no es el amor el muerto,
Vos sois el muerto de amor.

Que si la lanza, mi Dios,
El corazon pudo herir,
No pudo el amor morir,
Que es tan vida como vos.

Corazon, de mi esperanza
La puerta teneis estrecha,
Que á otros pintan con flecha,
Y á vos os pintan con lanza.

Mas porque la lanza os cuadre,
Un enamorado dijo
Que á no haber puerta en el Hijo
¿Por dónde se entrará al Padre?

Anduve de puerta en puerta,
Cuando á vos no me atreví,
Pero en ninguna pedí
Que la hallase tan abierta.

Pues como abierto os he visto,
A Dios quise entrar por vos,
Que nadie se atreve á Dios
Sin poner delante á Cristo.

Y aun ese lleno de heridas,
Porque sienta el Padre eterno,
Que os cuestan, Cordero tierno,
Tanta sangre nuestras vidas.

Vuestra Madre fué mi estrella,
Que siendo huerto cerrado,
A vuestro abierto costado
Todos llegamos por ella.

Ya con ansias del amor
Que ese costado me muestra,
Para ser estampa vuestra
Quiero abrazaros, Señor.

La cabeza imaginé
Defendieran las espinas,
Y hallé mil flores divinas,
Con que el desmayo pasé.

Porque ya son mis amores
Tan puros y ardientes rayos,
Que me han de matar desmayos,
Si no me cubrís de flores.

Cuando á mi puerta salí
A veros, Esposo mio,
Coronada de rocío
Toda la cabeza os ví.

Mas hoy que á la vuestra llego,
Con tanta sangre salís
Que parece que decís:
*Socórreme, que me anego.*

Ya voy á vuestros abrazos,
Puesto que descalza estoy;
Bañada en lágrimas voy;
Desclavad, Jesus, los brazos.

# TRADUCCIONES.

## HIMNO A LA VIRGEN.

*Ave maris stella.*

Salve del mar estrella,
Salve Madre sagrada
De Dios, y siempre Vírgen,
Puerta del cielo santa.

Tomando de Gabriel
El Ave Vírgen alma,
Mudando el nombre de Eva,
Paces divinas trata.

La vista restituye,
Las cadenas desata,
Todos los males quita,
Todos los bienes causa.

Muéstrate, Madre, y llegue
Por tí nuestra esperanza
A quien, por darnos vida,
Nació de tus entrañas.

Entre todas piadosa
Vírgen, en nuestras almas
Libres de culpa infunde
Virtud humilde y casta.

Vida nos presta pura,
Camino firme allana,
Que quien á Jesus llega
Eterno gozo alcanza.

Al Padre, al Hijo, al Santo
Espíritu alabanzas,
Una á los tres le demos,
Y siempre eternas gracias.

## EL LLANTO DE LA VIRGEN.

*Stabat mater dolorosa.*

La Madre piadosa estaba
Junto á la cruz, y lloraba
Mientras el Hijo pendia;

Cuya alma triste y llorosa,
Traspasada y dolorosa,
Fiero cuchillo tenia.

¡O cuan triste, ó cuan aflita
Se vió la Madre bendita
De tantos tormentos llena,

Cuando triste contemplaba,
Y dolorosa miraba
Del Hijo amado la pena!

¿Y cual hombre no llorara,
Si la Madre contemplara
De Cristo en tanto dolor?

¿Y quién no se entristeciera,
Piadosa Madre, si os viera
Sujeta á tanto rigor?

Por los pecados del mundo
Vió á Jesus en tan profundo
Tormento la dulce Madre;

Y muriendo el Hijo amado,
Que rindió desamparado
El espíritu á su Padre.

¡O Madre, fuente de amor,
Hazme sentir tu dolor,
Para que llore contigo!

Y que por mi Cristo amado
Mi corazon abrasado
Mas viva en él que conmigo:

Y porque á amarle me anime,
En mi corazon imprime
Las llagas que tuvo en sí.

Y de tu Hijo, Señora,
Divide conmigo ahora
Las que padeció por mí.

Hazme contigo llorar,
Y de veras lastimar
De sus penas, mientras vivo:

Porque acompañar deseo
En la cruz, donde le veo,
Tu corazon compasivo.

Vírgen de vírgenes santas,
Llore yo con ansias tantas,
Que el llanto dulce me sea.

Porque su pasion y muerte
Tenga en mi alma de suerte
Que siempre sus penas vea.

Haz que su cruz me enamore,
Y que en ella viva y more,
De mi fe y amor indicio.

Porque me inflame y me encienda,
Y contigo me defienda
En el dia del juicio.

Haz que me ampare la muerte
De Cristo, cuando en tan fuerte
Trance vida y alma estén;

Porque cuando quede en calma
El cuerpo, vaya mi alma
A su eterna gloria, amen.

DEL MAESTRO

# JOSÉ VALDIVIESO.

## ENSALADILLA DE LA ESPOSA Y ESPOSO

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO (1).

ESPOSA.

Si sabes tú, el corazon,
Cuanto es el dolor que siente
Una alma que perdió á Dios
En quien todo su bien pierde,

Si sabes qué es bien querer,
Alza la voz, porque llegue
A sus piadosos oidos,
Y con lo que adoro aciertes.

PREGON.

Quien supiere de mi amor
Por mis culpas perdido,
Pues le dejé á la puerta
Cubierto de rocío,

Si no sabeis quien es
El ausente amor mio,
Sabed que entre millares
Es solo el escogido.

Mas que un jazmin y rosa
Es blanco y encendido;
Su divina cabeza
Es toda de oro fino,

Sus ojos de paloma,
Sus manos de jacintos;
Los labios son dulzuras
De panales nativos.

RESPUESTA.

Alma de amor enferma,
Que con blandos suspiros
Por calles y por plazas
Buscas tu bien perdido:

Sabe que se apacienta
Entre cándidos lirios,
Al sol de medio dia
Entre ellos escondido.

En cuerpo le hallarás
Con el blanco pellico,
A quien sigue balando
El manso ganadillo.

Ya se pasó el invierno;
La primavera vino;
Escucha, que le cantan
Aqueste villancico:

VILLANCICO.

*Este sí que es Rey poderoso,*
*Que estando en el cielo*
*Se está con nosotros.*

Este es Rey, en quien está
Gloria y grandeza infinita,
Que nuestros pechos nos quita,
Porque el suyo abierto está;
A todos todo se da,
Liberal y maniroto.

*Este sí que es Rey poderoso,*
*Que estando en el cielo*
*Se está con nosotros.*

ESPOSA.

Mi divino Amante,
Detrás de ese velo,
Aunque os reboceis,
Os conozco y veo.

¿Cómo os ausentais?

ESPOSO.

Aunque te parezco,
Alma, que me voy,
Contigo me quedo.

(1) Sacada del *Romancero espiritual* (Madrid, 1612).

Tal vez de tus puertas
Hago que me ausento,
Y me quedo á ver,
Qué es lo que en tí tengo.

De verte llorar
¡Ay, como me alegro!
Por ver que me amas
Como te merezco.

Siéntate á mi mesa,
Y juntos cenemos,
Y mientras cenamos
Te cante, mi cielo:

*Venga en hora buena*
*La flor de mayo,*
*Venga en hora buena*
*La mas linda flor.*

Venga en hora buena
La mas linda flor.
La que es toda hermosa,
La mas linda flor,
La hermosa morena,
La mas linda flor,
Morena graciosa,
La mas linda flor,
Pues como á su Esposa
La mas linda flor
La hace Dios el plato.

*Venga en hora buena*
*La flor de mayo,*
*Venga en hora buena*
*La mas linda flor.*

Venga del desierto
La mas linda flor,
De riquezas llena,
La mas linda flor.

Al Dios que encubierto,
La mas linda flor,
Se le da en la cena
La mas linda flor.
De sí la enajena
La mas linda flor,
Con este bocado.

*Venga en hora buena*
*La flor de mayo,*
*Venga en hora buena*
*La mas linda flor.*

FIN.

PARIS.—IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT, CALLE RACINE, 28, CERCA DEL ODEON.

247.08
Oc3
44730
OCHOA, EUGENIO DE
AUTHOR
Tesoro de Escritores Místicos III.
TITLE
DATE LOANED | BORROWER'S NAME | ROOM NUMBE
STORAGE - CBPL
44730